



EL *José Frèches*
IMPERIO
DE LAS
LÁGRIMAS

Lectulandia

En realidad este libro, en su versión original francesa, fue editado en 2006 como dos libros independientes: *La guerre de l'opio*, *Le sac du palais d'été*, formando la saga *L'empire des larmes*. En la versión española ha sido editado en un solo volumen.

Pekín, 1847. China, un Imperio sublime y misterioso, se muere. Para esclavizarla, franceses e ingleses vierten sobre ella un funesto veneno: el opio. Y matando de hambre a su pueblo roban, de paso, sus maravillas ancestrales. Sin embargo, un niño —el hijo secreto del emperador Daoguang— puede cambiar el destino del Imperio. Se llama «La Piedra de Luna». Amenazado de muerte y perseguido por el clan de los eunucos más poderosos de China, da inicio una búsqueda despiadada y frenética en la que «La Piedra de Luna», para salvar la vida, tendrá que sortear mil avatares y peligros. Una joven contorsionista, un príncipe Tang rebelde, una joven londinense... serán algunos de los fantásticos personajes que «La Piedra de Luna» se encontrará en su viaje.

Lectulandia

José Frèches

El imperio de las lágrimas

ePub r1.0

Titivillus 18-12-2016

Título original: *L'empire des larmes*
José Frèches, 2006
Traducción: Roser Berdagué & Dolors Gallart

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

12 de octubre de 1860

En el segundo patio del templo de los Lamas^[1], el periodista y dibujante John Bowles acababa de coger entre sus manos una pequeña escultura de turmalina realizada con oro que presentaba unos toques de bermellón en los ojos, labios y puntas de los senos.

Acarició con suavidad aquel minúsculo cuerpecito desnudo de mujer, terriblemente sensual, cuyas formas afinadas, sugestivas y apetecibles se ofrecían a su mirada. A buen seguro que el artista era brujo porque la mujer dormida parecía real y la piedra en la que estaba labrada se le antojaba tibia y palpitante. No le habría sorprendido que la estatuilla se hubiera desperezado, puesto de pie en la palma de su mano y guiñado, picara, un ojo.

Aquella divagación un tanto errática hizo sonreír a John Bowles.

Preciso es decir que, después de unas semanas agotadoras, aquel hombre que se había convertido en leyenda viva del periodismo tenía verdadera necesidad de descompresión.

Pero John Bowles estaba acostumbrado a las aventuras peligrosas.

Más que sus estudios inéditos sobre la China profunda, sus sociedades secretas, las innumerables víctimas del opio o las rebeliones que minaban el poder central, cosas todas citadas a menudo y recogidas por todos los grandes periódicos anglosajones, lo que había marcado la memoria de sus lectores y compañeros de trabajo era el increíble valor del que había dado prueba cuando, en julio de 1855, fue capturado por unos piratas japoneses en el mar de la China.

El junco de guerra en el que Bowles se había embarcado con el fin de hacer un reportaje sobre la marina manchú había sido abordado y hundido por aquellos piratas de los mares que, tras masacrar a toda la tripulación, se dignaron perdonar la vida al periodista por ser el único extranjero a bordo. Seguidamente, lo habían conducido a la isla de Tanegashima^[2], donde estuvo cinco años prisionero hasta que consiguió huir matando a un pescador y apoderándose de su barca. Estuvo navegando diez días a la deriva en un mar infestado de tiburones antes de que lo salvara *in extremis*, atrozmente quemado por el sol y a punto de morir de deshidratación, un *steamer*^[2a] holandés que se encargaba habitualmente de cubrir la travesía entre los puertos de Tokio y Shanghái.

Durante su detención, el capitán de los piratas había tratado de cobrar un rescate de las autoridades británicas por la liberación del reportero inglés, pero estas se habían negado sistemáticamente a pagarlo porque no aceptaban ese tipo de extorsiones.

De regreso a Shanghái como triunfador, a aquel hombre excepcional que había languidecido en la isla japonesa le habían bastado dos meses para recuperar los veinte kilos perdidos y su forma olímpica. A los cinco días de haber iniciado la sobrealimentación a la que se había sometido, había vuelto a consagrarse al oficio que ejercía con pasión y redactado un artículo dedicado a su cautividad que no tardó en dar la vuelta al mundo.

—¿De qué piedra está hecha esta figura? —preguntó Bowles al suboficial encargado de la vigilancia de los objetos, que tenía todo el aire de un filibustero y a quien Bowles había decidido poner a prueba.

—¡De piedra de luna, amigo! Como todas las figuras de este tipo pertenecientes a los emperadores...

El sinvergüenza sabía de qué hablaba.

—Un hermoso trabajo... digno de los mejores alumnos de la Royal Academy —dijo por lo bajo el periodista contemplando el objeto que sostenía en la palma de la mano.

—Es una obra de encargo. Cuando la concubina se ponía enferma, señalaba en la estatua al médico qué punto del cuerpo le dolía y este hacía el diagnóstico sin necesidad de que ella se desnudara. Los emperadores de China fueron siempre muy celosos.

—Ya lo veo...

A pesar de sus maneras rústicas y de las patillas rojizas que se le comían la mitad de la cara de asiduo bebedor de *whisky*, daba la impresión de que el hombre conocía bien los usos y costumbres del Imperio del Medio.

—Sabed que algunos emperadores chinos no dudaron en mandar decapitar al médico al que habían ordenado que examinase de ese modo el cuerpo de su favorita al declarar que era incapaz de detectar por medio de aquel procedimiento la dolencia que padecía la mujer —explicó el sargento dándose aires de entendido, como si lo informara de la cosa más natural del mundo.

—Es hermosa... —dijo Bowles mientras acariciaba el contorno de los rotundos muslos de la mujer esculpida en piedra de luna.

—Si la queréis, puedo arreglar las cosas de modo que la subasta os sea favorable —murmuró el militar con una mirada cargada de intención.

Bowles optó por no proseguir la conversación. Tenía poco dinero y no debía malgastarlo si quería conseguir sus objetivos. Dejó de nuevo la estatuilla, aun en contra de su voluntad, en la larga mesa recubierta de fieltro en la que se acumulaban todas aquellas maravillas que iban a salir a subasta.

Un cuarto de hora más tarde comenzaba la venta y John Bowles a agitarse de impaciencia sentado en su silla plegable.

A su alrededor había muchos más compradores igual de excitados que él. Transcurridas dos horas y después de que la estatuilla del diagnóstico diera lugar a una reñida batalla entre varios soldados que no veían en ella otra cosa que las

connotaciones sexuales, en la corte de los Lamas reinaba el ambiente electrizante que es propio de todas las subastas cuando los precios empiezan a subir. Los soldados presentes entre el público, arrebuados en sus hopalandas de campaña, confeccionadas con una tela tan gruesa que se habrían tenido de pie sin ellos dentro, se agitaban y vociferaban como verdaderos demonios. El lote siguiente alcanzó la vertiginosa suma de mil dólares de oro. Se trataba de dos leones de oro que los emperadores manchúes habían mandado patinar con polvo de bronce para protegerlos de la codicia de los criados, muy numerosos en la corte china, capaces de mil argucias para echar mano de todo lo que brillaba.

Finalmente, fue expuesto a subasta el objeto que Bowles anhelaba.

Daga en mano, que utilizaba para golpear la mesa con la hoja plana en lugar del martillo de marfil, el suboficial a quien el general Grant, comandante en jefe de las tropas británicas, había confiado la misión de vender en la almoneda lo que se había podido salvar de la ocupación del Palacio de Verano, se puso a gritar:

—¡Diez libras esterlinas por este cofrecillo en filigrana de plata! ¡Diez libras! Ni una menos. Comienza la subasta... Diez libras... ¿Quién da más?

Bowles levantó inmediatamente el brazo. Una primera vez, después otra, otra más y una más aún. Quería poseer aquel cofre de los sellos. El precio fue aumentando porque eran varios los que se lo disputaban. A medida que iban subiendo las pujas, algunos desertaban del terreno hasta que llegó un momento en que el suboficial acabó por gritar:

—¡Treinta y cinco libras! ¡Treinta y cinco libras por esta hermosa cajita de delicada filigrana de plata que perteneció nada menos que al emperador Daoguang!

En aquel momento solo quedaban dos aspirantes: Bowles y un artillero escocés.

Pero este continuaba pujando, apoyado contra un enorme trípode de bronce relleno de arena que bloqueaba el extremo de la sala donde estaban consumiéndose centenares de bastoncillos de incienso.

Al llegar a las cuarenta libras, el artillero bajó el brazo. Estaba fuera de juego.

Bowles, jadeante y sudoroso, levantó el brazo por última vez.

—¡Cuarenta y cinco libras! ¡Cuarenta y cinco libras esterlinas! ¿Hay quien dé más? ¿Nadie? ¡Es vuestro! ¡Adjudicado a mi izquierda por cuarenta y cinco libras! — concluyó el suboficial dando el último golpe con la hoja plana de la espada.

John Bowles estaba contento como un niño. Ni siquiera le dolía el oportuno salto de cinco libras que el cateto del oficial se las había arreglado para introducir en las últimas pujas: no hay beneficios pequeños. En caso necesario, había decidido que rompería la hucha y llegaría a las sesenta libras con tal de poseer aquella caja.

Al igual que todas las maravillas que hoy se habían vendido, el cofrecillo pertenecía al Yuan Mingyuan, en chino, Jardín de la Claridad Celestial, llamado también Palacio de Verano, que acababa de ser objeto de un bárbaro saqueo por parte de las tropas francesa y británica.

En China llaman «jardines» a los palacios imperiales construidos en medio de

parques sabiamente cuidados, provistos de inmensos árboles y de plantas raras. En ellos se reproducen paisajes naturales más auténticos que los que se dan en la naturaleza, unos paisajes que parecen perderse de vista gracias a ingeniosas perspectivas ideadas para engañar a los ojos, con sus mares y sus lagos, sus ríos y sus torrentes, sus cascadas y sus rocas, sus colinas y sus montañas, sus llanuras cubiertas de hierba y sus desiertos de piedra, todo perfectamente artificial, pero sin que sea visible la mano del hombre debido al empeño que este pone en borrar su intervención.

El Palacio de Verano de Pekín era para los emperadores de China lo que fue Versalles para los reyes de Francia, o quizás más..., puesto que sin Luis XIV, el Rey Sol francés que mantenía unas complicadas relaciones con el emperador Kangxi, en las que la cortesía estaba en pugna con la rivalidad, jamás se habría construido el Jardín de la Claridad Celestial.

En los siglos XVII y XVIII, los Tres Grandes Emperadores^[3] quisieron emular Versalles e hicieron construir una cuarentena de suntuosos pabellones unidos entre sí por galerías cubiertas donde los Hijos del Cielo recibían con gran pompa, con intención de deslumbrarlas, a las múltiples delegaciones extranjeras que se agolpaban en las puertas de Pekín.

Así pues, el cofrecillo que acababa de adquirir John había salido indemne del saqueo de los soldados. El valor de aquel estuche de plata se basaba en el hecho de haber pertenecido al emperador Daoguang, como lo atestiguaban los seis caracteres arcaicos que reproducían su marca imperial grabada en el centro de la elegante tapadera. Antes de adquirirlo, John, que había descubierto el cofre el primer día de la exposición, tuvo ocasión de sopesarlo, aunque no de abrirlo. El suboficial que ejercía las funciones de tasador le había precisado que solo entregarían la llave que encajaba en la cerradura a aquel que lo adquiriese. Bowles se dijo que era una sabia medida. Los soldados a quienes se les había confiscado habían saqueado y robado a mansalva y era seguro que no se habrían percatado de apoderarse del precioso contenido de aquel cofrecillo.

Si de algo estaba seguro John era que no se encontraba vacío. Tras agitarlo suavemente, había oído un levísimo ruido que salía del interior. Un entrechocar de objetos, música dulce para su corazón. Con un poco de suerte, todavía guardaría los sellos personales de Daoguang, en cuyo caso la operación sería para él un *jackpot*^[3a] seguro.

En aquel momento, como les ocurre a todos los compradores que se llevan un buen bocado después de reñida lucha, Bowles experimentó una alegría intensa e indecible, casi inconfesable, comparable en todos los aspectos a la exaltación jubilosa del cazador a quien el sabueso le trae, apresada en sus fauces, la pieza cobrada.

Contempló con ansia cómo circulaba el objeto de mano en mano y exhaló un suspiro de alivio al verlo arribar a buen puerto, es decir, a sus rodillas. Seguidamente, atrapó al vuelo la llave que el suboficial le arrojó y se apresuró a abrir el cofre.

¡Eureka! ¡Allí estaban!

Como huevos en el nido, los cuatro sellos de jade estaban cuidadosamente colocados en sus alvéolos forrados de seda.

Como era habitual, dos eran redondos y dos cuadrados, uno grande y otro mediano de cada tipo. Con el corazón alborotado, se cercioró de que todos ostentasen los seis caracteres de la marca del reinado de Daoguang y a punto estuvo de proferir un grito jubiloso al ver confirmadas sus esperanzas, lo que habría sido un inconveniente en aquellos lugares sacros ocupados por el cuerpo expedicionario británico en que los lamas tibetanos, tan impenetrables como las estatuas de los sepulcros, seguían rindiendo culto a Buda.

Se contentó, pues, con cerrar los ojos y dar gracias al destino.

Seguidamente, se eclipsó y se dirigió con discreción a un altar consagrado a Guanyin, el *bodhisattva*^[3b] compasivo y caritativo que hace de intermediario entre los seres humanos y los que ya están fuera de su alcance, porque, como el propio Buda, han culminado el estadio de la iluminación.

Había llegado la hora de la verdad.

Con el corazón palpitante, desplegó en el suelo una hoja caligrafiada, sacó del cofre el sello más pequeño, de sección redonda, y comprobó que coincidiese perfectamente con la marca impresa al pie del texto.

¡Se cerraba el círculo!

Apretando entre sus manos el precioso cofrecillo, no más grande que una vulgar caja de zapatos donde el Hijo del Cielo guardaba los sellos que le servían de firma, John Bowles realizó la prueba definitiva e irrefutable de la autenticidad de la extraordinaria historia que había estudiado durante años.

Hasta entonces había estado en poder de la alfa. Ahora poseía la omega.

Saciado como el tigre ahíto después del festín de carne y sangre que se ha permitido, Bowles volvió a sentarse en su silla a la chita callando, satisfecho del deber cumplido.

En cuanto pudiese, arrojaría la bomba. Durante su cautividad en Tanegashima, no había pasado día sin pensar en el momento en que por fin podría dar salida a aquella primicia que hacía meses cocía a fuego lento en su cabeza como un enorme muslo de cordero. En el empecinamiento que había puesto en evadirse de aquella isla-prisión donde había languidecido radicaba mucha de su obsesión de periodista. Pero ahora, juzgándolo retrospectivamente, valoraba más la espera ya que, gracias al cofrecillo de los sellos, poseía la prueba irrefutable de lo que pensaba desvelar a sus lectores.

Ya nadie se atrevería a desmentir sus palabras.

Pero la reivindicación de Bowles, por encima de la del periodista estudioso movido por la pasión de la verdad, respondía también a una exigencia de justicia.

Iluminar el famoso enigma equivalía también a denunciar las criminales artimañas de algunos y obligarlos con ello a presentar cuentas, por lo menos ante la opinión pública occidental, esperando así presionar a los respectivos gobiernos de

Francia y Gran Bretaña, las dos principales potencias involucradas.

Entre 1847, fecha en que había tenido noticia de la primera parte de la «historia», y hoy, en que cerraba el último capítulo de la misma, habían transcurrido no menos de trece años.

Trece años no eran gran cosa en la vida de un hombre y, sin embargo, Bowles tenía la impresión de haber vivido una eternidad; tantas eran las peripecias y los acontecimientos por los que había tenido que pasar.

En el curso de aquellos años de terribles tensiones, el Imperio del Medio y el eje anglo-francés habían aguzado los colmillos y se habían infligido mutuamente despiadados mordiscos, lo que había exacerbado la guerra del opio^[4]. La situación había virado pronto a favor de los occidentales, los que en la Edad Media habían robado la pólvora a los chinos para usarla de manera mucho más eficaz y cruel que en los fuegos artificiales. A fuerza de ultimátums y de demostraciones de poder, primero en Cantón a finales de diciembre de 1857 y después en Shanghái el año siguiente, las tenazas anglo-francesas habían ido presionando progresivamente el régimen manchú. En el mes de junio de 1858, la gran ciudad portuaria de Tianjín había caído sin defenderse ante el cuerpo expedicionario de la reina Victoria y del emperador Napoleón III. Bastaba remontar el canal que conducía a Pekín y en dos días de navegación la capital estaría al alcance de aquellos cañones capaces de matar de un solo disparo a una cincuentena de chinos.

Acorralado, el emperador Xianfeng, que hasta entonces no se había enterado del drama que se desarrollaba al alcance de un disparo de fusil de su trono, había aceptado el tratado de Tianjín^[5], un texto desatinado, aún más humillante e injusto para la pobre China que los acuerdos anteriores y sus aventuras coloniales en beneficio de los occidentales. Pero cuando se trató de la aplicación de aquel pacto leonino, las autoridades chinas, sin llegar a dar nunca la cara ni rebelarse, habían remoloneado, se habían echado atrás, habían tergiversado los términos. Tras decidir que dejarían que el tiempo corriera a su favor, se sirvieron de aquella carta reina que los chinos siempre han sabido utilizar a las mil maravillas: *no decir nunca que no... mientras no se ha dicho que sí*.

Así pues, el tratado de Tianjín se quedó más o menos en papel mojado hasta que Francia e Inglaterra decidieron dar el gran golpe haciendo acto de presencia con su flota en las costas de los fuertes de Dagou, que defendían la entrada al puerto de Tianjín. Pero el 25 de junio de 1859, cuando los aliados, no sin dar muestras de cierta ingenuidad —no hay que fiarse nunca del agua mansa—, creían tener expedito el camino, las baterías chinas ocultas en los fortines abrieron fuego por sorpresa contra la nave almirante inglesa *Plover* e hirieron en la cabeza y piernas a James Hope, comandante en jefe de la flota británica. Con el *Plover* a la deriva, Hope consiguió saltar *in extremis* al cañonero *Opossum*, desde donde presencié la carnicería de las fuerzas aliadas por obra de los artilleros chinos.

Para los miembros de la alianza anglo-francesa, aquello pasaba todos los límites.

Aun así, llevó a que el 5 de julio el régimen manchú promulgase un edicto imperial en el que se preconizaba «el exterminio de los bárbaros franceses e ingleses».

No quedaba más que una salida: la marcha sobre Pekín y hacérselo pagar muy caro al Hijo del Cielo.

Los preparativos de aquel asesinato a dos manos habían durado un año. Y fueron confiados a dos hombres, a dos veteranos. Lord Elgin era un aristócrata de origen escocés, un hombre de carácter y un tanto arrogante que había sido gobernador de Jamaica y del Canadá. En cuanto al barón Gros, bastante más gris que su homólogo inglés, era un diplomático curtido que gozaba de la confianza personal de Napoleón III.

Las flotas de los dos países, verdaderas «armadas invencibles», se habían visto reforzadas mientras que un nutrido refresco de soldados complementaba a los desgastados soldados, castigados por el clima y las malas condiciones de vida infligidas a los hombres.

Y así fue como a primera hora de la mañana del primero de agosto de 1860, después de múltiples titubeos y contrariedades, desembarcó en Beitang una oleada de dos mil soldados, provenientes de los dos cuerpos expedicionarios capitaneados respectivamente por los generales Grant y Cousin-Montauban. Beitang era un gran pueblo de pescadores situado al alcance de un tiro de fusil de las calles de Tianjín. Iban acompañados de doscientos *coolies* cantoneses, los cuales transportaban todo el material necesario (cañones, escaleras y municiones), así como de mulos, además de una sección de ingenieros y un destacamento médico.

Antes de tomar el puerto, que había servido siempre de salida marítima de Pekín, fue necesario que transcurrieran tres espantosas semanas durante las cuales los soldados que formaban los cuerpos expedicionarios se habían abierto paso chapoteando bajo la lluvia a través del barro de las lagunas, soportado el ataque de cuatro mil jinetes tártaros, repelido en el último instante por el destacamento de caballería de los *sijis*^[5a], y se habían apoderado de la fortaleza de Tanggu, donde habían hecho una carnicería y, finalmente, los días 21 y 22 de agosto, habían ocupado por asalto y reducido las fortificaciones de Dagu tras espantosos combates con arma blanca.

Caída Tianjín, el objetivo siguiente era Pekín.

Bajo un cielo de plomo y en medio de un calor agobiante, la marcha hacia la capital, como era previsible, había estado sembrada de emboscadas. Ataques por sorpresa de una soldadesca manchú en situación desesperada, negociaciones de paz solicitadas por el círculo del emperador Xianfeng e intensas ofensivas de una caballería tártara que quemaba sus últimos cartuchos en la batalla eran hechos que habían ido sucediéndose como trampas colocadas a su paso.

Bowles, que era uno de los corresponsales de prensa autorizados a cubrir las operaciones militares, había sido testigo privilegiado de todos aquellos acontecimientos y, mezclado con los soldados, consiguió protegerse lo mejor que

pudo de los tiros cruzados sin dejar de apartar los ojos de las luchas cuerpo a cuerpo ni las manos de sus cuadernos de dibujo y de notas, que protegía de la intemperie guardándolos en una especie de zurrón de lona embreada. El único momento en que el periodista se sintió partícipe de un acto estético fue cuando dibujó, haciendo abstracción de los charcos de sangre que lo manchaban y de los cadáveres que lo alfombraban, el célebre puente de Bali Qiao, elegante construcción de piedra y mármol levantada alrededor de 1650 bajo la dinastía de los Ming, que permitía cruzar el canal que unía Pekín con Tongzhou.

La toma de Bali Qiao por las tropas del general Cousin-Montauban^[6], como remate de un memorable combate cuerpo a cuerpo, fue el último cerrojo que se hizo saltar para poder abrir aquella puerta que permitía el camino triunfal hacia la capital a los dos cuerpos expedicionarios, agotados por el esfuerzo y muy tocados por las pérdidas humanas sufridas a pesar de su aplastante superioridad militar.

Nuestro reportero no olvidaría fácilmente los últimos días de la expedición anglo-francesa antes del famoso 5 de octubre, es decir, una semana antes de descubrir las altas murallas de ladrillo gris detrás de las cuales los manchúes habían edificado su capital, ni tampoco los cortejos de mujeres y niños harapientos huyendo del enemigo y bajando hacia el mar y abandonando todo cuanto poseían, ni la creciente proporción, a medida que se iban acercando a Pekín, de mendigos y tullidos, imposibilitados para huir y ponerse a buen recaudo, ni las exacciones de los soldados occidentales, saqueando los comercios de bebidas y emborrachándose con alcohol de sorgo ante la mirada benévola de los oficiales, ya que la borrachera permite afrontar sin miedo el combate, ni olvidaría tampoco las ratas, enterradoras y carroñeras, que no se sabía de dónde salían pero que aparecían en cuanto uno arrojaba al suelo un mendrugo del pan de la ración, por insignificante que fuese, o cualquier ínfima migaja. Ni el hambre, cuyo inmenso velo parecía cobijar por igual a todos los supervivientes, ni las miasmas que pululaban a su alrededor, ni el olor a carne asada a la mongola que embalsamaba el aire y llenaba la boca de saliva, tras semanas en las que había sido preciso contentarse con el infame comestible destinado al cuerpo expedicionario, aquel olor que se percibía al pasar junto a las casas de los patricios, ahora abandonadas y, ¡ay!, despojadas de todo su contenido.

El toque de corneta que anunció el final de la venta truncó de raíz las ensoñaciones de John Bowles, quien volvió a meterse el documento en el bolsillo del abrigo y cerró el precioso cofrecillo antes de ponérselo debajo del brazo.

John volvió de nuevo al patio donde acababa de celebrarse la venta.

—¡Bravo a todos! ¡Bravo a todos! —vociferó a grito pelado el suboficial dirigiéndose al público—. ¡La venta ha reportado ciento veintitrés mil dólares a la corona británica!

Era una cantidad exorbitante y la demostración de que, dadas las circunstancias, todos los asistentes habían participado en ella con sus economías. Hay que precisar que los oficiales de rango habían recibido la paga el día anterior, satisfecha

oportunamente con varios días de antelación.

Bowles notó el contacto de dos manos que se apoyaban en sus hombros.

Era el general Grant.

A los pies de Grant, ataviado con su uniforme de gala de comandante en jefe del cuerpo expedicionario británico, se agitaba *Rockett*, un perro pekinés^[7] de hocico achatado y ojos saltones que no se separaba nunca del generalísimo.

—Espero que los malditos franceses nos estarán agradecidos, ya que hemos actuado con total transparencia en esta venta pública —le dijo Grant por lo bajo, interesado en que Bowles hablara bien de él en sus artículos o, cuando menos, lo presentara bajo sus rasgos más halagadores.

Al lado del general había un muchacho de expresión simpática y con el cráneo sorprendentemente calvo pese a su edad. Era el cónsul adjunto Thomas Wade^[8].

Wade, eminente sinólogo, había sido el intérprete de lord Elgin, el embajador plenipotenciario, y desempeñaba las mismas funciones junto al comandante en jefe de las tropas británicas.

—Los franceses no acostumbran a andarse con tantos miramientos. Si hubieseis visto cómo embarcaban, sin recato alguno, todo lo que pillaban... ¡Una vergüenza! —dijo Wade con desprecio.

—Solo os diré que yo mismo me quejé a mi colega Cousin-Montauban —exclamó el general inglés.

—¡Ya lo creo! El altercado traspasó la lona de vuestra tienda, mi general. El saqueo del Palacio de Verano no caerá en saco roto —intervino el intérprete con rostro descompuesto.

El 6 de octubre, en lugar de apoderarse fácilmente de Pekín, cuyas autoridades se amparaban en el hermetismo de sus fortificaciones y se negaban a rendirse, las tropas aliadas habían decidido ocupar el Versalles chino, que no se encontraba más que a doce kilómetros.

Pero, como siempre, en aquella improbable y caótica alianza franco-inglesa que no era otra cosa que una paz armada, se trataba en realidad de ganar por la mano al contrincante y, cuando hubo que invadir simultáneamente el Yuan Mingyuan, tanto las tropas de Grant como las de Cousin-Montauban se lanzaron a una carrera de obstáculos cuyo objetivo era tratar de llegar el primero.

Aquel día funesto en que los occidentales se disponían a saquear una de las maravillas del mundo, el calor era agobiante y a Bowles, que iba siguiendo el avance de los soldados ingleses, le llamó la atención comprobar hasta qué punto el bagaje trababa su avance. La verdad era que la tropa reclamaba aguardiente y que al parecer este no llegaba. En resumen, que cualquier cosa podía convertirse en pretexto para hacerse el remolón, actitud que adoptaban ahora de continuo los hombres de Grant, cada vez más malhumorados e irritables. Para acabar de arreglar las cosas, cuando llegó por la noche la noticia de que los franceses ya estaban apelotonados delante de la puerta sur del Palacio de Verano, el comandante en jefe de los ingleses no pudo por

menos que montar en cólera.

Al día siguiente, mientras las tropas inglesas seguían empantanadas en sus dificultades logísticas, Cousin-Montauban dejó que sus hombres derribaran las puertas de la residencia de verano del Hijo del Cielo. Les bastó para ello sacarse de delante a empujones a los diez eunucos aterrados que en un primer momento intentaron impedirles la entrada.

Y entonces comenzó el alegre saqueo practicado a la gala, acompañado de generosos tragos de coñac para que no Saquearan los ánimos.

Además de las colecciones de antigüedades que por tradición atesoraban los emperadores de China, se descubrieron en el palacio todo tipo de regalos con que estos habían sido obsequiados por las embajadas extranjeras, desde relojes donados por un rey de Inglaterra hasta tapicerías de los gobelinos enviadas por Luis XVI, pasando por espejos de cristal de Bohemia, regalo del rey de Prusia, por no citar los innumerables objetos preciosos de oro y plata, los jarrones de jade, pórfito o jaspe, los pebeteros de bronce, las cuberterías y dameros de marfil y las vajillas de porcelana que el emperador usaba a diario.

Bowles había conseguido acompañar a Grant cuando el generalísimo inglés, furioso porque su homólogo se le había adelantado, también lanzó sus soldados al ataque. Incluso fue testigo directo de la violenta algarada entre Grant y Cousin-Montauban, el primero de los cuales reprochó con acritud al segundo la falta de respeto a la palabra dada y el pillaje que sus hombres habían librado.

Por fortuna para Cousin-Montauban, temiéndose el incidente diplomático, había impedido oportunamente a sus hombres que destapiasen fuera de la presencia del general Grant el húmedo escondrijo atiborrado de collares preciosos^[9] y de lingotes de oro cuya entrada habían descubierto sus hombres en el segundo patio del pabellón reservado a la emperatriz.

Recorriendo las salas devastadas de los pabellones imperiales, Grant no dejó un momento de echar en cara los hechos al comandante en jefe del cuerpo expedicionario francés, quien se defendía blandamente y reivindicaba su buena fe.

—Vuestros soldados se comportan como espantosas bestias salvajes —le escupió el inglés cuando los dos hombres se encontraron de manos a boca con un artillero francés que salía del vasar imperial.

El pobre diablo sostenía en su negruzca mano de dedos gordos y mugrientos que parecían morcillas un cuenco de porcelana amarilla de fabricación limitada a menos de diez ejemplares, reservado para el uso exclusivo del emperador, y lo estaba llenando de coñac.

Para Grant la visión de aquel cuenco lleno hasta los bordes de coñac fue la gota que faltaba para colmar su paciencia, tan grande era el contraste que producía aquella rareza de precio incalculable, salida de las manos de los mejores artesanos de Jingdezhen, tenue hasta parecer translúcida colocada delante de una fuente de luz, y la vulgaridad de la persona que la tenía en la mano.

—¡Un escándalo! No se equivocaron esos endiablados *bookmakers*^[9a] del gremio del algodón de Cantón cuando apostaron de diez mil a cincuenta mil dólares a que nuestras tropas entrarían fácilmente en Pekín. Si hubieran sabido esos desgraciados que la ofensiva acabaría en ese pillaje, no hay duda de que habrían triplicado la apuesta —le había remachado el generalísimo inglés.

—Estoy abochornado. Pese a mis órdenes, mis hombres hacen lo que se les antoja. Dicen mis suboficiales que, aunque no exista una regla escrita al respecto, todo soldado tiene derecho a un botín de guerra.

—Los autóctonos tampoco pierden el tiempo —había añadido el coronel de Bentzmann, uno de los adjuntos más valientes del comandante francés, aludiendo a los habitantes de los pueblos de los alrededores, que habían aprovechado las escaleras colocadas por los franceses e ingleses para escalar el cerco amurallado de aquel Palacio de Verano que pisaban por primera vez en su vida y que también se apresuraban a arramblar con todo lo que podían.

Bowles, estupefacto, había descubierto a un grupo de *coolies* que se le acercaban corriendo desde el fondo de un largo pasillo con los muros salpicados de manchas de la luz que se filtraba a través de las mamparas caladas. Iban cargados de cestas atiborradas de cortes de seda que acababan de robar del ropero imperial.

Detrás de los dos generalísimos, John, más furioso por momentos al ver los muebles destrozados y los objetos que alfombraban el suelo, había hecho un vano intento de evitar el saqueo. Ante las burlas de aquellos patanes, que no veían en él más que un impedimento para obrar a su antojo, se vio obligado a batirse en retirada.

Mientras se entregaba a esta tarea inútil, los dos militares se dedicaron a guardar las apariencias antes de que fuera demasiado tarde.

—¡No hay nada peor que las reglas que no están escritas! En nuestro país, el botín de guerra va a parar directamente a la corona británica y esta se encarga de hacer una distribución equitativa entre sus hombres. Viene haciéndose desde los tiempos de nuestro venerado Enrique IV —soltó Grant, parado delante de un suntuoso bargueño de laca roja cuyas puertas adornadas con bajorrelieves dorados en forma de ave fénix habían sido evisceradas a martillazos por aquellos bárbaros.

—Os propongo que convoquéis a la Comisión de Incautaciones —aconsejó en tono agrio Cousin-Montauban exhalando un suspiro.

La Comisión de Incautaciones era el organismo oficial del cuerpo expedicionario franco-británico que decidía el destino del botín de guerra.

—Pero antes que nada debéis ordenar a vuestros hombres que devuelvan lo que han cogido..., mejor dicho, lo que han robado —le espetó Grant.

—No iréis a decirme que vuestros soldados se comportan como santos y no se apoderan de lo ajeno —exclamó, molesto, Cousin-Montauban.

Para causar mayor impresión en su homólogo francés, al que veía profundamente contrariado, Grant llamó a uno de sus apuestos oficiales de Estado Mayor, al que ordenó con su fuerte vozarrón:

—Todo lo que cojan mis hombres sin contar con mi autorización será vendido en subasta en el hospital real de Chelsea una vez publicada la lista detallada de los objetos en la *London Gazette* a fin de que todo el mundo tenga conocimiento de ello.

Cousin-Montauban había cedido y la Comisión de Incautaciones había celebrado una reunión delante de la puerta lacada de rojo de la gran sala de las audiencias imperiales cuya cerradura había quedado retorcida por el incendio. De su motivo circular compuesto de unos dragones entrelazados del tamaño de una rueda de carretilla no quedaban más que las colas calcinadas colgando en el vacío.

En el curso de las deliberaciones de aquel cenáculo celebrado entre ruinas nació la idea de organizar aquella famosa subasta de todo lo que los soldados no habían conseguido escamotear, ya que toda la soldadesca había sido objeto de registro personal sistemático a su regreso al campamento.

Mientras John Bowles contemplaba la cajita de plata que había pertenecido al emperador Daoguang, no pudo por menos de decirse que su historia era realmente extraordinaria... y hasta extraordinariamente bella, aunque desoladora para algunos.

Y si era a un tiempo tan extraordinariamente bella y desoladora, no merecía terminar en el olvido.

¡Palabra de periodista!

PRIMERA PARTE

El río de las perlas

II

Cantón, San Petersburgo
10 de marzo de 1844, 8 de la mañana

Sobre Cantón, como un dios vengador e implacable que se alimentase de la barbarie de los hombres, un sol de plomo acaba de atravesar la gruesa capa de nubes que no han dejado de verter en toda la noche una lluvia diluviana sobre una tierra fangosa constelada de numerosos charcos.

El astro bárbaro, ahora que nada estorba su mirada, podrá contemplar el suplicio más terrible infligido jamás a hombre alguno por sus semejantes.

Un rito de muerte abominable que se despliega delante de la muralla almenada del palacio del virrey, lúgubre cerco que eleva al cielo un amontonamiento de piedras cuidadosamente talladas en tiempos antiguos por millares de esclavos y prisioneros de guerra que dedicaron a la labor sus menguadas fuerzas.

De ordinario, ese sitio que se extiende hasta perderse de vista desde la puerta septentrional de la mansión señorial hasta los fulgores del río de las Perlas es un lugar bullicioso, animado y alegre, pese a que la multitud que en él se congrega va cubierta de harapos y no pasa de ser miserable. Sin embargo, una vez por semana reina allí un pesado y angustioso silencio, verdadera bóveda sepulcral que suplanta risas y palabrotas, hálito de vida, dejando sentir todo su peso sobre la aglomeración de mirones que han acudido atraídos por el horror del espectáculo anunciado.

Sumidos en hierática espera, todos retienen la respiración.

Aquellos pobres diablos cuya vida se reduce a transportar pesadísimas cargas valiéndose tan solo de sus brazos, interrumpen el vaivén de sus idas y venidas infernales. Sus carretillas quedan inmóviles y ellos abandonan sus balancines. Los vendedores ambulantes que venden frutas, verduras y bollos a los pobres a precios prohibitivos dejan a un lado su arrogancia.

El único ruido perceptible, aunque es preciso aguzar el oído o estar muy cerca para captarlo, se oye en primera fila, en el escenario del suplicio, provocado por el batallón de moscas azules que zumban enloquecidas, sedientas de sangre, sobre el cuerpo desnudo del hombre.

El hombre en cuestión tiene sujetos muñecas y tobillos a dos planchas cruzadas en forma de «X».

Así que haya exhalado el último suspiro, se iniciará el festín de los insectos carnívoros, y la nube ronroneante, libre y sedienta de sangre de esos carroñeros voladores cubrirá con un manto voraz su cadáver aún palpitante.

Solo entonces, el ácido olor a muerte irá disipándose y el lugar se vaciará poco a poco.

Pero las moscas de suntuosos reflejos turquesa deberán cargarse de paciencia. La condena que pesa sobre este hombre lleva por nombre «muerte por descuartizamiento lento».

Hay que tomar la expresión al pie de la letra.

Se desgarrarán sus carnes con minuciosidad y paciencia y se realizará todo con tal lentitud que la víctima va a tardar mucho tiempo en morir. El verdugo ha aprendido a prolongar el placer o, mejor dicho, a dilatar hasta límites extremos sus espantosos sufrimientos, haciendo que las principales venas y arterias de su cuerpo permanezcan indemnes el mayor tiempo posible mientras él procede a descuartizar a la víctima.

Los únicos capaces de presenciar desde el principio al fin ese suplicio inventado por los mongoles^[10] sin bajar los ojos ni una sola vez ni desviar la mirada son aquellos que están bajo los efectos del opio y, debido a ello, son insensibles tanto al dolor como a la visión del mismo.

Ni siquiera los más sádicos criminales, aquellos cuyas cabezas se exhiben hincadas en picas en las principales encrucijadas, acompañadas de un letrero donde se explica la razón de su condena a muerte —*fulano de tal... cuando cantaba el gallo, mutiló a un viejo antes de apuñalarle el corazón..., rebanó los pies a un mercader antes de huir con la caja que le había robado..., emasculó al juez que no le había aplicado la sentencia que él esperaba..., desangró a un comerciante en sedas para apoderarse de su mercancía...*—, soportan la visión de la muerte por descuartizamiento lento.

Además de los opiómanos, los que detengan sus pasos ese día delante del hombre cubierto de sangre no permanecerán mucho tiempo en su sitio. A los pocos minutos reemprenderán la marcha con andar vacilante y hombros vencidos, haciendo votos para no encontrarse nunca en las circunstancias de aquel pobre desgraciado... porque la verdad es que no se sabe nunca. ¡La justicia es tan insondable y la gente iletrada se encuentra tan desvalida frente a la ceguera de los jueces!...

En medio de la chusma petrificada por el horror, que más parece un bosque de estatuas de sal, hay un niño que no aparta los ojos de la víctima.

Se ha empeñado en permanecer allí, aunque no sabe qué espera ni tampoco qué espera a la víctima.

Porque la víctima es su padre, a quien ha venido a dar el último adiós.

Si dejase de mirarlo tendría la impresión de abandonarlo a su triste suerte.

Y eso es algo que no desea a ningún precio, aunque el pobre niño está a mil leguas de sospechar que, para su serenidad, habría sido mejor ignorar la suerte que ha correspondido a su padre.

De pronto, el niño empieza a jadear como un perro que ha corrido demasiado, cuando el verdugo hiere a la víctima con extrema delicadeza hundiendo apenas la afilada punta del cuchillo, fina como la de una navaja, en la piel que une el cuello con los hombros del condenado.

Si pudiera, el niño manifestaría a gritos la repulsa que siente, maldeciría al

verdugo y a quienes han puesto a su padre en sus manos. Pero, pese a sus pocos años, sabe que no puede hacerlo. Atraería la atención de los tres guardias que custodian al condenado en su suplicio. Los que se aventurasen a acercarse demasiado serían apartados sin contemplaciones: el verdugo tiene necesidad de silencio para concentrarse y no arrebatarse la vida demasiado aprisa a su víctima, a fin de no cometer el error de provocar una hemorragia compasiva seccionándole por error la aorta o la carótida. En tal caso, el verdugo tendría que dar explicaciones a las autoridades de las que depende.

La regla intangible del suplicio manchú es esta: fue concebido para durar. Hay que desollar el cuerpo de la víctima como quien monda una fruta. Primero la piel, después la carne a pedacitos hasta llegar a los músculos, procurando eludir las grandes arterias vitales, pero cortando tendones y ligamentos, si bien nunca por su zona central, ya que el hecho podría producir un paro cardíaco liberador.

No hay que seccionar nada que pueda abreviar los terribles sufrimientos de la persona sometida a suplicio: tal es el objetivo al que los verdugos, convenientemente ejercitados en esta práctica —apenas dos o tres en cada gran ciudad capaces de respetar el pliego de condiciones—, deben consagrar todo su arte.

El condenado a los Diez Mil Cuchillos debe asistir al espectáculo de su propia muerte.

Su sufrimiento debe conducirlo a los límites extremos de la inconsciencia sin llegar en ningún momento a caer en ella. Todo gira en torno a la sutileza de ese vaivén perfectamente equilibrado en el que se mueve el ejecutante, cuyo instrumento debe pasar rápidamente de un encarnizamiento al paro, de los cortes superficiales a penetraciones más profundas que arranquen a la víctima gritos desgarradores o, —más impresionante aún— hondos suspiros de desesperación.

Bajo el corte de la hoja afilada del cuchillo, que se desliza como un pincel por el torso de su padre, rezuman perlas de sangre. Al llegar al pecho, la mano derecha del verdugo hunde la daga en la carne y la utiliza como una barrena con la que extrae un trocito en forma de bola que arroja con la mano izquierda sobre la multitud congregada. La gente se aparta. Nadie quiere tocar el trozo de carne cuyo contacto le traería mala suerte. El niño vacila. ¿Y si recoge ese fragmento del cuerpo de su padre y lo deposita después en el altar de sus antepasados? Un perro flaco y sarnoso se encarga de poner fin a sus cavilaciones.

El niño cuyo corazón late ahora como un enloquecido carillón hace mil esfuerzos para apartar los ojos.

Se ve de nuevo con su padre en la sala de torturas de la pagoda de la Compasión. Expuestos en las paredes, figuran los suplicios del infierno. Hasta entonces se había figurado que nunca vería nada peor que aquellas rocas erizadas de púas de hierro en las que arrojaban a los envidiosos y orgullosos, aquellas planchas que servían para aserrar, como si de simples troncos de árbol se tratara, a los parricidas, aquellos tizones ardientes que introduce un diablo en el vientre de la mujer adúltera donde

tenía las tripas que acaba de arrancarle, aquel clavo que traspasa la lengua de los embusteros y aquella rueda de hierro que machaca el pecho del loco que prendió fuego a las casas de su barrio.

Pero aquellos bajorrelieves en estuco destinados a impresionar con su extraordinario realismo la imaginación de los creyentes y a disuadirlos de caer en malos karmas no son nada comparados con aquellos Diez Mil Cuchillos infligidos a un ser de carne y hueso.

El niño concentra con todas sus fuerzas sus pensamientos en la imagen de su padre. No en la imagen de ahora, sino en la de antes, la de aquellos tiempos en que le enseñó las mil y una cosas que el «hombre de bien^[11]» debe conocer.

El verdugo, cuyo largo delantal de cuero cubre la túnica bordada con animales benéficos, lleva una máscara con un dragón cornudo. Sostiene en la mano izquierda una minúscula pipa de opio *yandou*^[12], que hace fumar a su padre. Este, con los ojos dirigidos al cielo, aspira a fondo el humo con gran delectación. ¿Qué ve? ¿Oye algo? ¿Siente alguna cosa? ¿Por qué deja que hagan con él lo que quieran sin debatirse ni quejarse?

El niño se pierde en conjeturas. Angustiado, no entiende por qué su padre no grita, por qué parece casi feliz.

Es la segunda vez que lo ve fumar su pipa de opio. Mientras contempla cómo lo torturan, piensa en aquella primera vez, hace de eso unos dos años.

Lo ve entrando en uno de los innumerables fumaderos que jalonan la calle paralela a la de su tenderete de calígrafo. El niño pasa por delante a toda prisa y ve en el interior cuerpos de hombres que fuman tumbados en colchones. De sus minúsculas pipas se escapan finas volutas azules que forman un velo brumoso en el que solo se distingue el brillo de las bujías encendidas sobre las mesillas junto a aquellos despojos humanos.

¡Opio! ¿Es opiómano su padre?

Se estremece porque, pese a sus tiernos años, ya odia el opio.

¿Y si fuera para dar ejemplo por lo que ese verdugo enmascarado se dispone a descuartizar a su padre con su meticuloso proceder?

Aquel niño sabe que el consumo de opio está estrictamente prohibido, a pesar de que haya tantísimos fumaderos, todos llenos a rebosar. Se trata de una prohibición, anunciada en carteles caligrafiados con esmero a fin de que incluso aquellos que solo poseen los rudimentos de la lengua escrita puedan leerlos, aunque nadie los toma en serio.

Buena prueba de ello es que ahora en Cantón estos establecimientos son más numerosos que los salones de té.

Lo que ignora el niño es que han sido los ingleses quienes han introducido el opio en China como producto de masas y que ahora se cuentan por millones los chinos que lo consumen.

Para darse ánimos, aprieta con todas sus fuerzas el estuche de pinceles que guarda

en el fondo del bolsillo.

Envuelto en un pañuelo rojo, ese elegante tubo de bambú tan suave al tacto, pulido por los años y forrado de seda amarilla en su interior, ha sido siempre su bien máspreciado. Guarda dentro un magnífico pincel de pelo de nutria cuyo mango de madera de sándalo ostenta las marcas de generaciones de letrados que se sirvieron de él. Tanto el estuche como el pincel son regalo de su padre, recuerdo del día que cumplió siete años y pudo tocarse con el bonete viril mientras un sacerdote confuciano pronunciaba las fórmulas en chino arcaico del ritual de los Zhou que transforman a un muchacho en persona adulta y responsable.

Para conjurar la suerte, el niño se esfuerza en concentrarse en las palabras que le musitó su padre sin darles importancia a los escalones musgosos del templo ancestral, todavía envuelto en la bruma, en medio de su inmenso parque cubierto de un bosque de estelas en honor de los antepasados el mismo día en que le hizo aquel presente:

«Debes guardar ese estuche como un objeto precioso. Será el compañero de los días más importantes de tu existencia. Te servirá a ti y tú te servirás de él... Un día, hijo mío, reflexionarás sobre lo que hoy te he dicho».

Después, su padre sacó un pañuelo rojo del bolsillo y envolvió el estuche. Aquello sorprendió al niño.

—¿Vale más el estuche que el pincel que guarda en su interior?

El niño ya sabía que los pinceles de pelo de nutria eran muy valorados por los calígrafos por la finura y precisión de los trazos que permitían dibujar.

—Pinceles de pelo de nutria los hay en abundancia, pero es imposible encontrarlos en un estuche como este.

—¿Por qué, papá?

—¡Un día lo sabrás! Eso deseo, por lo menos.

El niño conserva en su memoria la sonrisa enigmática de su padre en aquel preciso momento.

Esa oleada de recuerdos felices vividos en compañía de aquel que le enseñó tantas cosas es tan intensa que le impide cerrar los ojos durante una fracción de segundo.

Y en aquel momento, como un hálito de aire puro que despejase los miasmas que suben del fondo del pozo, surgen las imágenes de su padre explicándole el mundo que le rodea, desde las formas de los jarrones antiguos hasta el nombre de los árboles e insectos que se posan en los estanques de los jardines a la puesta del sol. «Este de aquí es un trípode Ding..., se utilizaba para cocer mijo antes de ofrecérselo a los antepasados... Ese es un árbol de escudos, si bebes la infusión de sus hojas en tisana vives diez mil años más... Fíjate en esa libélula roja, no vuela más que un día y después muere arrastrada por el viento... Esa efigie representa a Mulian, un hombre muy devoto que creía en Buda y que no dudó en bajar a los infiernos para ir en busca de su madre perdida en ellos...»

Sin las explicaciones de su padre las cosas no habrían tenido alma y el niño no habría sabido jamás de qué estaba hecho el mundo donde vivía.

Cuando abre de nuevo los ojos, el puñal del verdugo dibuja un horrible damero en la espalda desnuda de su padre como si se dispusiera a jugar una partida de ajedrez con unos malvados demonios *gui*, esas criaturas medio pájaros, medio mamíferos que rondan las casas cuando no se observan los ritos de purificación adecuados.

Como la mayoría de calígrafos, el padre del niño es un buen jugador de ajedrez y ha sabido transmitir esa habilidad a su hijo.

Todos los calígrafos profesionales de Cantón viven en el mismo barrio, el de los Tres Tesoros del Letrado, todos con su piedra de tinta, su pincel y su papel. Las calles de los Tres Tesoros, como se acostumbra a llamar a esa zona de la ciudad, son algo menos fangosas que las de otros barrios comerciales, especialmente las de los restaurantes, donde los mendigos, agazapados en el barro, rebañan huesos de pollo, espinas de carpa o de siluro, mondas de verdura y semillas de sandía escupidas por los clientes.

Verdad es que en el barrio de los Tres Tesoros no hay muchos mendigos si se lo compara con el de la Cesta Amarilla o el de los Remedios, pero hay en cambio muchos tenderetes de calígrafos. Los hay de todo tipo: los más lujosos, de dos pisos y con muros de ladrillo, tienen una sala de espera en la planta baja para los clientes ricos; los más pobres constan de una sola habitación encerrada entre cuatro tabiques y se abren directamente a la calle y apenas tienen cabida para dos personas.

La tienda de su padre tiene dimensiones razonables, no dispone de sala de espera pero ofrece por lo menos un lugar cerrado donde guardar los pinceles, las piedras de tinta y los diferentes tipos de papel utilizados en las escrituras públicas. El niño ha pasado horas allí dentro, dedicado a comparar la calidad de las hojas cuidadosamente amontonadas en los estantes: papeles lisos destinados al papeleo oficial en los que la tinta corre igual que la lluvia sobre la hoja del banano; papeles grumosos utilizados en la correspondencia privada y en la literatura, que absorben la tinta al primer contacto del pincel; papeles de seda reservados para la poesía, en que los sellos de cera roja dejan la orgullosa marca de los poetas; papeles de arroz destinados a los dioses, transparentes como alas de mariposa nocturna o élitros de mosca, que sustentan las fórmulas mágicas de los oficiantes taoístas, papeles «de los que las palabras pueden escapar volando». Cada familia de papel posee una vocación particular a la que corresponde un estilo caligráfico: clásico, arcaico, cursivo, moderno, exaltado, radiante, relativo, fulgurante, sabio..., y los hay tan elaborados que solo pueden leerlos aquellos que los inventaron.

La caligrafía es un arte del que participa y en el que se implica todo el cuerpo, ya que este deja en ella su marca y su rastro al practicarla. Es una habilidad en la que el pincel y el brazo deben formar un todo indisoluble, una danza donde todos los elementos se encuentran unidos a través de un implacable encadenamiento: la tinta, el papel, el pincel, la mano, la muñeca, el brazo, el torso, la cabeza, el espíritu, el alma, el vacío... ¡y la plenitud!

Este arte casi marcial, ya que exige un gran control personal, está reservado a los

letrados que son los caballeros del pincel.

Para ser letrado hay que aprenderse de memoria la forma de varios millares de caracteres y practicar su representación bajo la tutela de un calígrafo. Nadie puede convertirse en letrado por cuenta propia ya que en la manera de escribir no hay sitio para la improvisación. Observar y reproducir casi al milímetro los gestos del maestro constituye la base del aprendiz de letrado. Pero, a pesar de su edad, el niño ha superado ya ese estadio. Gracias a su padre, ese padre que está ahora ante las puertas de la muerte, conoce el arte de saber elegir un buen pincel y restregar la piedra de tinta para obtener la textura adecuada y, sobre todo, ya es capaz de trazar los caracteres a su manera. Si su padre hubiera seguido instruyéndole, habría podido inventar un estilo que le sería propio y se habría convertido en maestro.

Sabiendo que son muy pocos los que practican la lengua escrita, los tenderetes de los calígrafos permanecen activos hasta una hora avanzada de la noche, al igual que ocurre con los establecimientos del barrio de los Placeres Carnales y Espirituales, situado a tres calles de distancia, compuesto de un intrincado dédalo de callejones donde los farolillos multicolores de las casas continúan encendidos hasta que se levanta el sol.

Antes le encantaba vagar de matute por aquellas calles en compañía de Liu y Zhang, dos vecinos también hijos de calígrafos, y curiosear en aquel barrio donde la gente de dinero lo gasta sin miramientos.

Allí descubría restaurantes de todo tipo, así como casas de té y burdeles delante de los cuales unas niñas tan ultrajantemente pintarrajeadas como los actores de la ópera llamaban a los viandantes y les pregonaban la mercancía que se ofrecía en el interior. Enjambres de mendigos a cual más pegajoso acechaban a los clientes cuando salían. No es difícil sonsacar una moneda de cobre a un cliente satisfecho cubriéndolo de halagos y diciéndole por lo bajo que posee la Vara de Jade más hermosa de la ciudad o que las exclamaciones de la guapa chica que acaba de ensartar se oían desde la calle. Ciertas noches los marinos británicos «narigudos», apelativo aplicado a los extranjeros, abundan más en esas calles que los propios chinos. Deambulan por ellas cogidos del brazo, guiados por intérpretes que los llevan de aquí para allá a tenor del tamaño de la bolsa. Si el bolsillo está repleto, los conducen a establecimientos lujosos donde las muchachas huelen a flor de azahar y cuyo primer saludo consiste en sacarles un *liang* de plata por acariciarles el sexo con la punta de la lengua. Pero si el bolsillo es flaco, los llevan a infames antros que huelen a demonios, donde unas putas viejas y sudorosas cumplen con su servicio en cadena. Esta prostitución a gran escala permite a China recuperar de los ingleses una pequeña parte del dinero que estos le roban vendiéndole opio.

A fuerza de seguir a los «narigudos» a través de las calles del jardín de los placeres venales, el sexo no tiene secretos para el niño, pese a no haberlo practicado nunca. Un día, una afable y simpática patrona, enternecida ante el aspecto infantil del muchacho, le da entrada en el salón principal del establecimiento. En medio de un

grupo de muchachas sentadas según los cánones en altos taburetes, la pierna izquierda doblada bajo el anca, la derecha ofreciendo al cliente la visión del pie fracturado, mientras cloqueaban a su alrededor como las gallinas, tuvo ocasión de hojear un enorme álbum donde vio a hombres y mujeres totalmente desnudos en toda clase de posturas. Aquellas raras contorsiones le arrancaron unas risas nerviosas que hicieron que lo expulsaran del burdel por maleducado, de lo que se encargó un gigantesco guardián de cráneo rapado a pesar del clamor de protesta de las muchachas.

Se diría que el verdugo de la máscara de dragón se ha convertido en calígrafo y que lo que tiene en la mano no es un cuchillo sino un pincel. Se diría que el cuerpo torturado de su padre se ha convertido en papel. El cuchillo-pincel recorre su carne, hurga en su interior, extirpa con delicadeza pequeños fragmentos de carne para ahondar un poco más, despedaza en rápido movimiento los bíceps y pectorales, hace asomar tendones en las masas de músculo, desprende sutilmente venas y arterias. Al mismo tiempo, el cuchillo-pincel dibuja con tinta de sangre misteriosos caracteres cursivos en la piel-papel, aunque el niño no sabe leerlos.

El horror es absoluto, indecible, insoportable.

De pronto, como una ola que rizara la superficie inmóvil de un lago donde acaba de hundirse una piedra, un murmullo recorre la asistencia. Uno de los mirones incluso esboza un aplauso: los tres guardianes despliegan sus remendadas oriflamas. El muchacho, sorprendido, no sabe que es la señal que indica que el sacrificio está a punto de terminar. La multitud, que sí lo sabe, exhala un suspiro de alivio. El macabro ritual va a terminar y el verdugo con la máscara de dragón se transforma en monstruoso músico. Con gesto teatral, pellizca los tendones y nervios de su padre como si fueran las cuerdas de un *pipa*^[13] y seguidamente deja de entonar su macabra melopea y abandona la escena.

Su padre, despojo humano desnudo de piel y carne desde la cabeza a los pies, rezuma viscosos humores que lo dejan convertido en estuche lacado de sangre.

—Sí, casi ha terminado... —murmura una matrona situada detrás mismo del muchacho, el cual ha percibido por encima del hombro su fétido aliento.

—Ese criminal tiene que haber cometido actos muy abominables para que no le hayan reventado los ojos antes de descuartizarlo vivo —dice con voz temblorosa un mendigo a quien el atroz espectáculo no impide tender la mano a su alrededor.

En ese momento el chico teme que alguno de los guardias presentes acabe la espantosa tarea del verdugo con la máscara de dragón reventando los ojos a su padre y arrancándoselos después. Privar a un cadáver de ojos es la peor de las ofensas porque le impedirá ver el camino del más allá. El muchacho quiere comprobar que a su padre no le han arrancado los globos oculares de las cuencas. Haciendo acopio de las pocas fuerzas que aún le quedan, da un paso adelante para situarse en el eje de la cabeza, cierra los ojos y después, con un esfuerzo de la voluntad, vuelve a abrirlos y comprueba con alivio que los de su padre siguen en su sitio... aunque vacíos y

vidriosos.

La muerte les ha barrido el color, el brillo, la transparencia, la ternura.

¿Habría tenido la suerte, por lo menos, de no ser testigo de su propio suplicio? El chico se lo desea ardientemente. Si aún le quedara valor, invocaría a todos los dioses capaces de atender su súplica, incluidos los Viejos Inmortales de las islas Penglai, esos trozos de tierra arrancados al continente donde crecen árboles de jade con frutos de oro, trozos de tierra que flotan en el mar de la China asentados en el caparazón de tres tortugas gigantescas.

El rostro de su padre le recuerda el de las estatuas impávidas del buda Sakiamuni, de pie en la gran sala de oración de la pagoda de la Oca Salvaje, donde él, cuando era niño, burlando la vigilancia de los bonzos, robaba bananas, mandarinas, melocotones y collares de flores ofrendados por devotos que anhelaban liberarse de algo y los colocaba en inmensas bandejas de cobre.

Liberar a su padre. Arrancarlo de las manos que lo han despedazado en diez mil fragmentos. Llevarlo muy lejos de aquel lugar lleno de charcos de fango y sangre. Coser su cadáver y sepultarlo entero, a la manera confuciana, ya que de lo contrario los demonios penetrarán en el interior de su tumba y no dejarán que repose en paz.

Al final el niño rompe a llorar. Sabe que ahora ya puede porque ha terminado todo.

A los pies de su padre, ya en la agonía, todavía está la canga cubierta de sangre coagulada en la que, ayer sin ir más lejos, estuvo expuesto a los escupitajos de la multitud delante de la puerta de la prisión central. El chico advierte en el suelo una pancarta vuelta del otro lado donde, en caracteres de cancillería^[14], dice: «Diez Mil Cuchillos contra los traficantes de veneno de cigarra».

Por desgracia, vuelve el verdugo. El chico retrocede unos pasos y trata de fundirse con la multitud que se dispersa lentamente.

Tras dirigir una mirada a su alrededor, descubre a un hombre de edad madura y rostro simiesco que lleva unas gafas inmensas que le prestan todo el aire de una caricatura de letrado.

—Perdón, señor..., quisiera saber qué significa «veneno de cigarra».

—¿O sea, que sabes leer? ¿Cuántos años tienes?

—Trece, señor.

—Los cerdos de los oficiales de la marina inglesa llevan levitas cortas por delante y largas por detrás, de ahí el nombre que les dan de «cigarras». En cuanto al veneno, es la mercancía que transportan en sus barcos, con la que tienen la desvergüenza de inundar esta desgraciada ciudad —dice con un suspiro el simio hecho hombre levantando los ojos al cielo.

—Pero ¿se puede saber qué transportan en sus barcos los narigudos ingleses?

—Opio, querido niño. Siglos atrás era un medicamento conocido con el nombre de «pasta de la felicidad y de la longevidad». Hoy lo llaman «barro negro» y bien ganado que tiene el nombre. Esos bárbaros ingleses compran opio barato en la India y

lo transportan aquí para venderlo a bandidos de la calaña del que ves aquí.

—Al parecer, basta con tomarlo una sola vez para no poder prescindir nunca más de él. ¿No es verdad, señor?

—Peor aún. Como tomes opio todos los días, te vuelves loco de atar. Si tomas una bolita minúscula, no sientes nada, ni placer ni dolor. Si el verdugo no hubiera metido el fusil de opio en la boca de ese hombre, haría mucho tiempo que habría muerto. El dolor le habría provocado el paro total de los Cinco Órganos y la paralización de las Cinco Vísceras^[15]... —explica el hombre de las antiparras.

—¿Sois médico?

—¡Exactamente, pequeño!

—¿Ha muerto ya? —le pregunta señalando el cadáver de su padre.

—No tardará. Así que el cuerpo se haya vaciado de toda la sangre y se le escapen los estertores que le permiten ir al encuentro de la Claridad Suprema..., allí donde reina el Dragón Amarillo. A partir de ese momento, ya se encontrará en el mundo de los «sin forma».

El muchacho desea que su padre llegue muy pronto al mundo de los «sin forma», ese mundo donde el cuerpo deja de sufrir.

—¿Jadea aún?

—Como el árbol que muere porque huye de él el verde que lo verdea, el hombre pierde el jadeo poco a poco y va desinflándose igual que un globo. Si observas con atención el cuerpo de ese criminal, verás que va cambiando de aspecto a medida que la vida lo abandona. ¡Buen viaje!

La sangre coagulada viste el cadáver de su padre de una armadura de guerrero. El niño distingue las negras escamas del Dragón de las Tinieblas. Se da cuenta de pronto de que busca con los ojos la perla luminosa de la Claridad Suprema que se supone tiene ese dragón en la boca.

La ve de repente, brillante como la luna llena, sobre el cuerpo despedazado del hombre torturado.

Alrededor del cadáver no queda nadie.

Las moscas, que no esperaban otra cosa, se aprestan a su macabra limpieza. En horribles enjambres, se aglutinan zumbando en aquellas zonas del tórax donde todavía no se ha coagulado la sangre. Ya saciadas, remontan el vuelo antes de volver a precipitarse, igual que proyectiles, sobre el banquete. No necesitan más que unos segundos para consumir la energía almacenada y eso las condena a volar y comer sin darse tregua.

El verdugo, que se acerca para cerciorarse de que la víctima está muerta del todo, seca el cuchillo y se eclipsa, precedido de las tres oriflomas ante las cuales los viandantes, con la cabeza baja, se apartan temerosos. Cuando un cuerpo queda «sin vida», entran en acción los demonios. Los más maléficos no dudan en atacar a los vivos y en inocularles todo tipo de miasmas. Mejor seguir adelante. ¡No se sabe nunca qué puede pasar!

Ahora el sitio está vacío y han cargado lo que queda de su padre en una carreta tirada por dos *coolies* andrajosos.

La carreta se aleja y el niño se queda solo.

La vida normal no tardará en reanudar su curso.

Muy pronto, cuando los perros y las moscas se hayan encargado de limpiar el lugar del suplicio, ya no habrá nada que señale el paso de los Diez Mil Cuchillos, a no ser unos pocos restos de sangre que la tierra no tardará en absorber.

Sobre la tierra cae un sol de plomo.

Después de haber caminado como un sonámbulo a través de un ambiente tórrido, sofocante, tan denso que hasta se palpa, el niño ha ido a sentarse a la orilla del río de las Perlas. Le encanta esa suavidad engañosa del río, capaz de causar los peores estragos cuando está crecido pero que, con buen tiempo, sosiega su espíritu cuando contempla su majestuoso fluir hacia el mar. Cuántas veces se había acercado hasta aquí con su padre, amparado en la sombra del único sauce llorón de la ribera ondulada y coronada de hierbas, entre cabañas de pescadores y el pontón de ese pequeño astillero en el que unos hombres reparan juncos tan maltrechos y tan gastados que más bien parecen fósiles.

Necesita comprender, poner las cosas en su sitio.

Las contrariedades y el cortejo de desgracias comenzaron a principios de la semana pasada.

Hacía dos días que su padre había desaparecido y no se tenían noticias suyas. En casa, la angustia había cedido paso a la inquietud. Las «mujeres», como las llamaba el calígrafo, no paraban de gemir y lamentarse: su madre, una mujer de hermoso y triste semblante, que no dice nunca palabra; su abuela, encorvada como un sauce viejo, que tiene los pies tan fracturados que apenas puede andar como no sea con mil precauciones; sus dos hermanas, Jacinto de Agua Viva y Capullo de Rosa Perla, gemelas, verdaderos diablillos que se pasan el día riendo, cantando y burlándose de los demás a la espera de que la vecina les vende los pies por vez primera tras romperles de un golpe certero la articulación del dedo gordo y doblárselo debajo de la planta.

Las «mujeres» no se han entrometido nunca en esa fusión que caracteriza la relación entre padre e hijo. La caligrafía es un mundo de hombres. Las mujeres están excluidas de él. Pocas son las capaces de dominar la lengua escrita.

Hasta época muy reciente, las mujeres chinas solo en muy raras ocasiones salieron de una condición próxima a la esclavitud. En el mejor de los casos, fueron floreros elegantes colocados en un rincón de la casa, sujetas a la prohibición de abandonarla y, en el peor, trabajadoras esforzadas, condenadas a hacer todo aquello que al hombre no le apetece: manipular la tierra y las piedras para convertir las montañas en arrozales; construir diques con las manos a lo largo de los ríos; vaciar los depósitos fecales humanos y animales destinados a abonar los cultivos; trasplantar arroz con los pies metidos en el fango a riesgo de ser mordidas por la serpiente

asesina; transportar inmensos barreños de agua desde el pozo hasta casa; desollarse las yemas de los dedos a fuerza de cardar lana o algodón o de hilar seda; romper a golpe de mazo el bloque de sal mineral en el fondo de la mina.

Comparadas con las de sus congéneres, las «mujeres» de aquel hijo y de aquel padre gozan de unas condiciones de vida envidiables, lo que no les impide pasar el día entero quejándose.

Esta es la razón de que, en el hogar de Ramillete de Pelo Celestial, la desaparición del «hombre» haya creado una inquietud comparable a la de una sacudida sísmica.

La cortinilla de su despacho de escribano público seguía corrida para contrariedad de sus clientes, que acudían a buscar este un certificado de examen, este otro un requerimiento del juez tal o del funcionario cual, ya que solo se puede establecer contacto con las autoridades administrativas por escrito, lo que evita al Estado tener que dar explicaciones a los millones de ciudadanos analfabetos del país.

Nadie sabía qué había sido de Ramillete de Pelo Celestial.

El niño ya no tenía que dar la clase de escritura china que todos los días le impartía su padre, consistente en recitarle una página aprendida de memoria y a caligrafiarla después con gran atención en una hoja de papel de arroz antes de corregirla, con la mano de su padre guiando la suya como quien maneja un pincel.

Loco de inquietud, había buscado en vano a su padre y recorrido primero el barrio de los Tres Tesoros, tienda por tienda, y a continuación el de los Placeres Carnales y Espirituales, establecimiento por establecimiento.

Allí lo había encontrado finalmente al detenerse a observar el fumadero de opio más grande de Cantón que llevaba el nombre evocador de Fábrica de Nubes, sujeto en aquel momento a un concienzudo registro policial.

Cuando la policía hacía una batida en uno de los establecimientos del barrio de los Placeres Carnales y Espirituales, los mendigos y viandantes se apretujaban, ávidos, en la entrada y contemplaban con mirada más o menos burlona el raro espectáculo de aquella gente acomodada —¡hace falta dinero para poder fumar!— que por una vez recibía el mismo trato que los pobres, los únicos que en general eran objeto de las malas maneras de los milicianos.

El establecimiento en cuestión se encontraba invadido por todo un tropel de hombres uniformados que vociferaban mientras blandían sus largos bastones. Ya dentro, habían empezado a liarse a bárbaros golpes con los cuerpos momificados de los fumadores, que a duras penas conseguían levantarse. El chico había pasado largos minutos oyendo el ruido de los golpes en brazos y cráneos. Algo más tarde, obedeciendo las órdenes del capitán, un hombre vestido de azul marino y que ostentaba el brazal rojo de la milicia municipal, habían sacado del establecimiento *manu militari* a una veintena de fumadores, a los que habían encadenado entre sí. Avergonzados, apretaban contra el pecho, a manera de escudo, las almohadas de barro cocido cuyo fondo perforado permite guardar el dinero en el interior para evitar que alguien pueda robarlo cuando el espíritu se extravía a merced del opio. Era tanta

la gente congregada que la calle estaba enteramente ocupada por la multitud.

Vociferando órdenes y contraórdenes, los esbirros habían puesto a sus jadeantes presas, conscientes a medias, contra la fachada del fumadero y obligado a la muchedumbre a retirarse varios metros. La mayor parte de los fumadores, sorprendidos en pleno viaje, parecían ignorar lo que estaba sucediendo.

No se puede arrancar a un opiómano de sus ensueños con una simple orden. Necesita largas horas para emerger del calabozo psíquico donde está preso.

—Está prohibido que nadie se comuniquen con nadie. En cuanto a este de acá, ahora que lo tenemos, hay que ponerlo aparte y no dejarlo escapar. ¡Ese tiene asegurados los Diez Mil Cuchillos! —había soltado el capitán en tono perentorio señalando a un despojo humano de espalda encorvada cuyo rostro no podía distinguir el niño.

¡Menudo susto el que tuvo cuando el hombre había levantado la cabeza y había reconocido en él a su padre! Negándose a creer lo que veía, se había acercado a él. Le había parecido que su padre no lo reconocía. Pero el chico, después de mirarlo largamente, se le había dirigido con un hilo de voz:

—Padre, soy yo..., tu hijo..., La Piedra de Luna.

—¡No te quedes aquí, La Piedra de Luna! ¡Vuelve a casa! Un calígrafo, por joven que sea, debe permanecer siempre en su tenderete... —la boca de su padre había articulado las palabras, pero estaba tumefacta como si hubiera recibido miles de golpes.

En cuanto a los ojos, de mirada fija e inquietante a causa de las dilatadas pupilas, parecían velados por la bruma.

En la mano de su padre, La Piedra de Luna había descubierto la pipa con boquilla de jade de la que jamás se separaba. Y en aquel momento, después de haber creído siempre que todos los calígrafos tenían un *yandou*, había comprendido que su padre era adicto al opio. Sí, como tantos hombres que se cruzaban con él en las calles de Cantón, era aficionado a aquel esparcimiento mortífero que empujaba a la muerte a gente de todas las edades, seres pálidos y enjutos como estatuillas de marfil que arrastraban hasta la tumba los estigmas del terrible vicio.

El niño le había suplicado:

—Te necesito, papá, aún no me has enseñado todos los caracteres. No quiero que te lleven los policías.

—Ya conoces las bases de la caligrafía, La Piedra de Luna. Si sigues la racha que has emprendido, dentro de unos meses sabrás escribir con la perfección de un letrado confirmado.

El tono de su padre traicionaba una inmensa lasitud.

—¿Dónde van a llevarte? ¿Cuándo volverás a la tienda, papá?

—Te he dicho que vuelvas a casa, La Piedra de Luna. ¡No pienses más en mí! Van a matarme... Júrame que no te separarás nunca del regalo que te hice cuando cumpliste siete años —consiguió articular su padre después de largo silencio.

Su aliento era entrecortado. El opio, al tiempo que acelera el ritmo cardíaco, va haciendo paulatinamente más difícil cualquier esfuerzo.

—Lo tengo guardado en el bolsillo, papaíto.

El capitán de policía, furioso al ver que su prisionero más ilustre desobedecía sus órdenes y parecía urdir alguna añagaza, había asestado un terrible taconazo en plena cara a Ramillete de Pelo Celestial y obligado después a meterse en una jaula con ruedas en la que se amontonaban otros prisioneros.

Tan pronto como, ante su mirada desesperada, se alejó el convoy en dirección a una de las cárceles centrales de Cantón donde estaban pudriéndose miles de hombres a la espera de toda la gama de castigos que tenían destinados, el chico se informó de la suerte que esperaba a su padre.

Entró en una tienda donde vendían medicamentos y, empinándose en sus piernecillas, debiluchas aún, había preguntado ingenuamente al comerciante:

—Señor, ¿qué hay que hacer para asistir a los Diez Mil Cuchillos?

—Los niños no están autorizados a presenciar los Diez Mil Cuchillos.

A fuerza de insistir, el charlatán le había indicado que los Diez Mil Cuchillos se celebraban todas las semanas después de la salida del sol en una explanada situada delante de la puerta norte del palacio del virrey, el mismo lugar donde azotaban a los rateros cuya cabeza podía acabar cercenada de un sablazo si acaso se les ocurría reincidir en sus fechorías.

En eso está pensando La Piedra de Luna cuando contempla con mirada triste cómo relucen las aguas del río de las Perlas.

* * * *

En ese mismo momento, en la estepa situada al otro extremo del mundo, en San Petersburgo, bajo un sol velado por el día ya avanzado que hace brillar como hojas de acero pulido los carámbanos de hielo que todavía cuelgan de los tejados, una mujer elegantemente vestida está acodada en el parapeto de un puente. Contempla pensativa cómo se resquebraja el banco de hielo azulado debajo del cual ya se percibe el rumor de las aguas del Neva. Siempre la ha fascinado el espectáculo del deshielo del río cuando todavía está prisionero del frío. Le gusta observar esas nervaduras que en un primer momento no son más que simples rayas que se cruzan y entrecruzan hasta formar una trama de grietas cada vez más profundas en la que bloques enteros acaban por ceder a la succión brutal, explosiva, despiadada del agua ya no tan fría, borboteante y agresiva, que parece querer vengarse de haber estado tantos largos meses prisionera.

Dentro de unas semanas, la fauna y la flora de primavera y verano volverán a por sus derechos. Las primeras en emerger del letargo serán las algas microscópicas que desencadenarán la eclosión sucesiva de plantas cada vez más nutritivas para la fauna acuática, hasta que ya les toque el turno a los alevines y renacuajos, prestos a

aventurarse en aguas ricas en oxígeno y nutrientes. Por espacio de tres meses, el Neva estará rebosante de truchas, salmones y lucios hasta que, a finales de septiembre, los primeros hielos pondrán fin a tanta efervescencia.

La mujer sabe que el tiempo es cíclico. Los hechos se repiten. La desventura vuelve una vez y otra. No hay nada definitivo. No hay que renunciar nunca a nada.

Contempla la flecha dorada del Almirantazgo que proyecta al cielo su punta fulgurante mientras que a lo lejos, parcialmente ahogada en la bruma, se adivina apenas la elegante arquitectura rococó de la fachada verde pistacho del palacio del Ermitage.

En marzo, en ese intervalo de un invierno que duda en marcharse y un verano que empuja, la ciudad del zar Nicolás I se engalana con suntuosos, aunque frágiles, efímeros y a veces indefinibles colores.

Esa mujer es una guerrera, una leona que ya ha provocado algunas víctimas.

Hoy su hermoso rostro está arrasado en lágrimas.

Acaba de volver una página del libro de su vida: su esposo, el príncipe Alejandro Ivanovitch Morosov, murió ayer, mientras dormía, a la edad de ochenta y tres años. Hacía seis meses que había iniciado el declive. Su muerte era ineluctable.

Su esposa se apresuró a llamar a un médico para que certificara su defunción.

—El príncipe no se ha despertado. Seguro que no se ha dado cuenta de nada... — afirmó el médico antes de darle el pésame.

Delante del hombrecillo cuyos dedos gordos como morcillas daban vueltas a la *chapka*^[15a] sobre la barriga, la mujer adoptó una expresión de tristeza. Pero cuando el hombre se creyó en la obligación de dirigirle un vago cumplido y con gran torpeza le manifestó que no «sentía inquietud alguna en lo que a ella respectaba puesto que era rica y hermosa», a la mujer le hirvió la sangre y no pudo evitar pegarle una bofetada.

La mujer tiene carácter. Y cuenta con los medios necesarios para afirmarlo.

Dentro de tres días se celebrarán las exequias de su esposo en la catedral de San Isaac, que en esa ocasión resonará con los cánticos funerarios previstos para los ritos mortuorios de la Iglesia ortodoxa de la Santa Rusia. El coro de hombres despertará ecos en la inmensa bóveda dorada y sus voces de bajo, elevándose hacia el cielo, arrancarán lágrimas incluso a quienes jamás las han vertido.

Con un extraño silbido, acaba de hundirse en las negras aguas un bloque de hielo que aquellas absorben como las fauces de un monstruo una masa de azúcar.

La mujer remonta el tiempo y desgrana recuerdos de una vida de aventurera totalmente colmada.

Piensa, en primer lugar, en su casamiento con Morosov. Han vivido once años juntos o, mejor dicho, uno al lado del otro..., aunque eso no lo sabe nadie más que ella. Él le doblaba la edad y no dejaba un momento de asegurarle que se había casado con ella por amor. Los viejos achacosos y podridos de oro como él dicen siempre esas cosas a las mujeres jóvenes, hermosas y sanas con las que se casan. Aportan así una razón práctica a sus mitades, que de ese modo evitan tener que justificarse o incluso

mentir cuando alguien las interroga acerca de las verdaderas razones de su matrimonio.

No tenía nada de extraño que Morosov le hubiera echado el ojo. Jamás, en toda su larga vida de mujeriego y soltero recalcitrante hasta aquel matrimonio tardío, se había cruzado con una mujer tan seductora como aquella. No se puede negar que la mujer que está junto al Neva es encantadora, atractiva, endiabladamente hermosa. No lo dice ella, sino los hombres. Todos se rinden a sus pies. La han adorado y deseado siempre. Así que el príncipe la vio entrar en el suntuoso salón de baile donde sus amigos Galitzín daban su recepción anual, sus espléndidas formas realzadas por un vestido color fucsia cuyo vertiginoso escote había levantado un murmullo de admiración, le hizo presentar su tarjeta de visita por mano de un mayordomo y seguidamente la invitó a cenar, herido por un auténtico flechazo que remató con una petición de mano al día siguiente.

Y todo hay que decirlo, la relación de esta mujer con los hombres no fue siempre de color de rosa.

Un año antes de casarse con Morosov, estuvo a punto de quemarse las alas igual que esas bellas mariposas nocturnas que se acercan demasiado a la luz... o, en su caso, al farol.

Digamos, para comodidad del relato, ya que a la mujer del Neva le interesa, por razones que se entenderán muy bien, que el farol aludido conserve el anonimato, que al hablar de él lo llamemos «el otro».

El hijo que tuvo con «el otro» marcó el final de una de esas aventuras amorosas que empiezan como un cuento de hadas y terminan muy mal.

Tan mal que, en el momento más candente de la relación con «el otro», había tenido la gran suerte de no dejar la vida en el lance.

Hacía doce años de aquello.

Ese rastro de un pasado caótico y doloroso que todavía se remueve en su espíritu la obliga a sacar un pañuelo para secarse las lágrimas.

Llorar hace bien, incluso cuando la que llora es una luchadora implacable.

Después, para levantarse el ánimo, se dice que si hoy está aquí es porque no tiene elección, que habría sido imposible actuar de otro modo sin poner su vida en peligro.

Lo que no quiere de ninguna manera es dejarse abatir considerando que doce años es el tiempo que tarda un niño en convertirse en adulto irreconocible si uno se cruzara entonces con él en la calle.

Ahora que vuelve a sentirse capaz de llevar a buen término la tarea interrumpida, intenta convencerse de que doce años no son nada. Que aquello ocurrió ayer. Que en doce años no ha cambiado nada. Que le bastaría ir al encuentro del «otro» para encontrar al niño que se vio obligada a abandonar a su suerte.

No tuvo más remedio.

En primer lugar, en vida de Morosov, no había que pensar en abandonarlo. Aquel hombre a quien tenía en muy alta estima la había sacado de una precariedad que la

hubiera condenado, en el mejor de los casos, a terminar sus días como prostituta de lujo en una de las grandes casas de tolerancia de la ciudad de Pedro el Grande y, en el peor, como esclava sexual en un infame lupanar de la Ruta de la Seda.

Cuando su príncipe se casó con ella, no era más que una aventurera con la belleza como única riqueza y regresaba a su país sin la menor perspectiva, pero Morosov no escatimó ningún medio para compensar los cuarenta años que lo separaban de su joven esposa.

Alejandro Ivanovitch Morosov la dejó heredera de todos sus bienes: el inmenso palacio de su familia, uno de los más bellos de la ciudad, construido por un arquitecto francés en medio de un inmenso parque poblado de abedules y álamos; los muebles raros y objetos preciosos que contenía; una finca de mil hectáreas de tierras de labor donde quinientos *mujiks*^[15b] cultivaban cebada, patatas y centeno.

En aquella jaula de oro dejó transcurrir su vida reprimiendo sus sufrimientos y ahogando sus dolorosos recuerdos a base de fiestas, vestidos, viajes y joyas. Vivir con un vejestorio riquísimo que tiene cuarenta años más que una no tiene que ser por fuerza divertido todos los días, aunque se trate de un hombre brillante y refinado que siente curiosidad por todo y, sobre todo, que está sinceramente enamorado de una porque posee lo que le falta a él: la juventud, que hace olvidar que la muerte se acerca. Al final, una acaba por aburrirse aunque no le falte nada, porque el tiempo va pasando y contempla en el otro el paso de los años mientras ella, a causa de sí misma —o quizás gracias a sí misma—, no lo acuse.

Todos los días, durante aquellos once años de vida en común con Morosov, la mujer del Neva no dejó de pensar en el niño y trató de imaginar que lo veía crecer. Todas las noches, agobiada por la angustia y los remordimientos, no dejó de preguntarse qué habría sido de él.

Jamás se había acostumbrado a la idea de no volver a verlo nunca más. Hubo un tiempo en que pensó que, en uno de los innumerables viajes que hacía con su marido, podía ir a buscarlo. Pero Ivan Morosov no quiso nunca ampliar sus periplos a otros países fuera de la vieja Europa, donde se contentaba yendo de capital en capital, del hotel Continental de Viena al Danieli de Venecia, del Hassler de Roma al Savoy de Londres y los Ritz de París y Bruselas. Quedaba descartado confesar a su esposo que había tenido un hijo con otro hombre, ya que él se figuraba que se había casado con una mujer virgen, por no añadir que, si ella le hubiera revelado la identidad del «otro», seguramente la habría tomado por mitómana.

No tenía más salida que esperar la muerte del viejo príncipe.

Por eso se le antojó una liberación la muerte de su marido.

Su vida con Morosov le parecía un paréntesis necesario que ahora se cerraba de forma definitiva. Ahora podría reanudar la corriente de la vida.

Encontrar a aquel hijo cuyo rastro había perdido hacía doce años.

Jamás había tenido la menor duda de que un día volvería a verlo y lo estrecharía entre sus brazos.

Sigue en el inmenso puente, donde una brisa helada le pellizca las mejillas, frente al vacío que se abre sobre las aguas que renacen... y ahora no tiene miedo alguno pese a que suele temer el vértigo más que a nada en el mundo.

Es una señal. Un feliz presagio. Se siente a gusto a pesar del frío que va en aumento porque el sol ya está cediendo sitio a esa estación intermedia que, sin llegar a ser una noche blanca, no es aún una noche totalmente negra.

Abajo, los hielos azulados del río Neva se han licuado algo más bajo los efectos del caos líquido que borbotea y los ataca.

La mujer del Neva se siente tan poderosa como el agua que renace ante sus ojos, molécula tras molécula.

Hace mucho tiempo que aguarda ese momento en que podrá estrechar a su hijo contra su corazón y contarle toda la verdad.

* * * *

En ese mismo momento, en una gran mansión de los barrios selectos de Cantón, bajo el dosel florido que tiene como adorno la figura de los Tres Hábitos Primordiales, el sacerdote hace el gesto que da inicio al rito de los Tres Puros antes de entonar con voz potente:

—Corrige tu cuerpo, unifica tu visión y la armonía natural acudirá a ti. Reúne tu saber, unifica tu conducta y los dioses habitarán en ti. Entonces, la Virtud será tu belleza y el Tao tu morada. Y torpe como el cachorro recién nacido, ni siquiera querrás saber por qué. Y será mejor así.

Mientras tanto, en la oscura sala cuyos resquicios han sido cuidadosamente taponados, un pebetero emana la humareda del incienso y todos permanecen callados, meditan y beben las palabras del oficiante.

—¡Y así será mejor, Gran Maestro de los Intercambios Cósmicos! —repite a coro la asistencia.

En la Mesa de Oro cubierta con un mantel bordado con las figuras del emisario del incienso, del mensajero que cabalga a lomos del dragón y del niño que custodia el Uno, colocan la Inefable Copa de Jade llena hasta los bordes de píldoras de larga vida.

Antes de reemprender la vida banal, cada participante del ceremonial beberá de ese concentrado de «sudor de piedra» que permite a todo aquel que lo toma que su vida se prolongue Diez Mil Años.

—¡Que el Viejo Sabio nos ayude a encontrar en nosotros la energía suficiente para expulsar a los invasores de nuestro hermoso País del Centro! —prosigue el sacerdote con voz cavernosa.

Los presentes, entonces, viejos y jóvenes, ricos y pobres, todos con el mismo odio incontenible en el pecho, gritan con una sola voz:

—¡Que mueran! ¡Que mueran aquellos que mancillan la pureza del País del

Centro!

Todos tienen sed de libertad e independencia para la nación de la que se tienen por hijos. Creen en ella. Todos son conscientes del valor de su pobre pueblo martirizado. Todos sienten odio hacia los que han consentido que China, hermosa nave en otro tiempo grandiosa, se haya convertido ahora en un endeble junco a merced de las olas, que ese país poseedor de tradiciones milenarias que antes era el «Centro del Mundo^[16]» haya quedado relegado ahora a la categoría de nación de segunda, país que se prostituye y ofrece unos placeres al recién llegado a cambio de unas monedas de bronce.

Pero esos hombres no se resignarán nunca: saben que, si quieren, pueden decidir el destino de su país.

El camino es el Tao. No hay nada que pueda retener el aura ni el viento, porque son fluidos etéreos. Y puesto que el Gran Ritual los regenera, son inagotables.

Basta con ser conscientes. Basta con querer.

* * * *

Algo más tarde, en San Petersburgo, a punto ya de caer la noche sobre la ciudad, la mujer del Neva regresa a su palacio.

Los criados, que sienten adoración por ella, la esperan inquietos, temerosos de verla hundida. Respondiendo a sus deseos, han encendido todas las lámparas de Murano que iluminan salones y estancias.

Pero esta noche, a causa del luto, no la agobiará ningún invitado. No habrá ningún caballero que la corteje y levante los ojos al cielo deplorando el lamentable estado de Alejandro Ivanovitch después de dos vasitos de vodka. Permanecerá sola, pero, como ha odiado siempre la oscuridad —porque hace revivir recuerdos demasiado dolorosos—, el palacio Morosov permanecerá, como todas las noches, iluminado desde la bodega hasta la buhardilla y será joyero que custodia una inestimable alhaja.

Se tiende entre las sábanas de seda de la cama.

Está tranquila. No está lejos de la euforia.

Hace muy poco rato, mientras seguía el curso del Neva camino de casa, ha decidido que no demoraría el retorno.

* * *

No tardará en levantarse el día en Cantón y el niño vuelve a casa. Como no le apetece ver a las «mujeres», ha preferido dormir al raso.

Ha atravesado toda la ciudad sin volver la vista atrás, apenas la mira. A uno y otro lado desfilan fachadas y más fachadas de casas. Sin prestar atención por vez primera a sus pasos, sorteando el número habitual de cadáveres de hombres y mujeres de todas las edades, incluso recién nacidos, apartados a un lado para no estorbar el paso de los

viandantes, a la espera de ser recogidos por los bonzos así que se levante el día para proceder a quemarlos. Como siempre, cada vez que descubre un cadáver en el fango o cubierto de polvo, el corazón le da un brinco y se aparta todo lo que puede.

No espera nada de las «mujeres» cuando llegue a casa, ni siquiera que lo riñan por no haber advertido de su ausencia. No le han manifestado nunca unos sentimientos particulares. No recuerda que su madre lo haya sentado en su regazo una sola vez en la vida. Su primera infancia es un agujero negro. Las reprimendas y los pescozones en la nuca vienen siempre de su abuela.

No se ha equivocado. Recibimiento glacial y mirada de reojo de la abuela, cuyas arrugas están a la altura de su malevolencia. Siempre es ella la primera en hablar:

—¿Dónde has estado, La Piedra de Luna? ¿No estábamos bastante preocupadas con la ausencia de Ramillete de Pelo Celestial?

En cuanto a su madre, atrincherada detrás de un silencio reprobador, llora con suavidad, pero sus lágrimas son ardientes. La resignación ha sido siempre el eje alrededor del cual gira su conducta.

Las gemelas Jacinto de Agua Viva y Capullo de Rosa Perla, junto a la puerta que se abre al jardincillo de la casa, lo miran con el mismo aire socarrón de siempre. Esas dos brujitas no dejan nunca de hostigarlo.

Se traga los sollozos que le suben garganta arriba, pero quedan allí atascados.

—En el barrio de los Placeres Carnales, ¿dónde iba a estar? Con Liu y Zhang.

La abuela, irguiéndose sobre sus pies fracturados, muy engallada, le echa en cara con voz desapacible:

—Estamos sin noticias de mi hijo. Ya está tardando demasiado.

Hace como quien no ha oído nada.

—¿Voy a dar de comer a las carpas? Suele hacerlo mi padre y deben de estar con hambre.

—No sabrás. ¡Qué vas a saber! —exclaman al unísono las dos gemelas, muy remilgadas.

—Las carpas tienen que comer todos los días. Mi padre se ocupaba de darles de comer. Decía que una carpa puede vivir diez mil años. Que el emperador Yu el Grande había conseguido amansar las aguas del río Amarillo gracias a una gigantesca carpa que remontó el curso de las aguas hasta las Puertas del Dragón —insiste el niño.

—¿Por qué hablas en pasado de mi hijo Ramillete de Pelo Celestial? ¿Acaso no va a volver? ¿No te da vergüenza, La Piedra de Luna? —exclama en tono áspero la abuela.

—Estoy seguro de que las carpas de mi padre están hambrientas. Llevan tres días sin comer —se lamenta el niño, que hace esfuerzos para no irse de la lengua—. Si no les doy comida, morirán y mi padre se va a enfadar.

Su madre y su abuela no lo miran.

En ese instante el niño comprende que la pérdida de su padre lo ha dejado solo en

el mundo y que ahora tiene que desenvolverse sin ayuda de nadie.

De pronto, en el estanque de las carpas empiezan a caer de las ominosas nubes, que se han ido acumulando durante la noche, unas gotas grandes como huevos de codorniz. El agua donde están los peces hierve como un caldero puesto al fuego. El niño, con el rostro bañado por una mezcla de lágrimas y agua de lluvia, corre a acodarse en el brocal del estanque. Al momento, propulsándose con un enérgico coletazo, las carpas, voraces como cerdos, asoman a la superficie con las fauces abiertas.

El muchacho les habla en voz baja.

—Soy yo y vengo a daros de comer. Nuestro padre se ha marchado a las montañas del más allá, donde vive la princesa de las Nubes Azuladas.

Reprimiendo los sollozos, el chico busca en el cobertizo del fondo del jardincillo el cuenco de hierro usado para dar de comer a los peces. A menudo había oído a su padre, hombre de talante independiente, por no decir rebelde, bromear sobre aquellos letrados —despreciables a su modo de ver que se procuraban un «cuenco de hierro para el arroz^[17]», expresión con la que se designaba entonces el empleo estable del funcionario seleccionado por concurso.

No tarda en oír un espantoso guirigay fruto del entrechocar de armas y vainas, unido a pasos de hombres calzados con botas que aporrean con fuerte estrépito el maderamen de la sala familiar de la casa de su padre.

Al erguirse, sorprende con espanto al capitán de los policías que detuvo a su padre en el fumadero.

—¿Vive aquí el llamado Ramillete de Pelo Celestial? —pregunta con su voz inimitable, áspera y arrogante, el hombre uniformado de azul que lleva un brazal rojo y que acaba de hacer irrupción, desbordante de odio, en casa de La Piedra de Luna.

Como el chico le había hablado de su padre en pasado, la abuela, anonadada, comprende en aquel momento que ya no volverá a ver nunca más a su hijo. Pierde el conocimiento y queda desplomada en la silla.

—Sí, aquí... —responde su esposa con voz temblorosa.

—Buscamos al llamado La Piedra de Luna. ¿Dónde está?

Para encaramarse al tejado del cobertizo basta con subirse a la mesa de jardín que su padre tiene la costumbre de arrimar debajo del sobradillo y desde allí dar tres zancadas.

Afortunadamente el chico se conoce como los propios bolsillos todos los tejados del barrio.

Los ha recorrido innumerables veces en compañía de Liu y Zhang con sus majestuosas alas soñando que podían arrebatarlo de pronto y llevarlo volando hasta el otro extremo del mundo..., ese paraje donde, como evocan los grandes maestros cuyos poemas ha tenido ya ocasión de caligrafiar, el mar se confunde con el cielo y las nubes.

¡Cuántas veces se ha sentado a horcajadas en sus curvadas aristas en forma de

cola de golondrina y ha imaginado que se transformaban en máquinas voladoras capaces de llevarlo volando hasta el Techo del Mundo!

La Piedra de Luna levanta los brazos y extiende las piernas. Ya está: ante él se extiende hasta perderse de vista todo el batiburrillo de tejados del barrio de los Calígrafos, un océano de tejas esmaltadas, esas tejas sobre las que salta como un pajarillo ese niño acosado por la policía, convencido de que son a un tiempo la espina dorsal, las escamas, los anillos y las garras afiladas del Gran Dragón de Occidente sobre cuyo lomo pretende huir hacia las Islas Inmortales.

—¡Está allí! —exclama al unísono todo el coro de mujeres aterradas.

Con un único gesto le indican el estanque de las carpas.

El capitán de la policía sale a escape al jardincillo, donde no encuentra a nadie. Furioso, vuelve a entrar en la casa.

—¡No hay nadie! ¡Si quisiera, podría inculparos por testimonio falso! —dice con voz de trueno mientras las tres mujeres, arrojándose desconsoladas a sus pies, le juran por los dioses que ellas jamás habrían osado mentirle.

En los tejados del barrio de los Calígrafos, La Piedra de Luna es un gato enamorado de libertad. Recuerda aquella famosa mañana en que cegó en secreto los ojos de los estilizados pájaros que pueblan las ciénagas —una grulla y dos garzas— que las gemelas le exigieron como regalo de cumpleaños. El vendedor de pájaros le explicó, en el momento en que llevó a su padre aquellos desgraciados volátiles ciegos, que aquel era el único medio de impedirles que escaparan volando. Pero recuerda también que desplegaron, majestuosos, las alas y que oyó los gritos de despecho de sus hermanas al ver que desaparecían más allá de los tejados.

Había ocurrido hacía seis años, él, entonces, tenía siete. Sus hermanas, su madre y su abuela lo habían maldecido, mientras su padre le decía al oído que había hecho muy bien.

Cuando La Piedra de Luna era niño no soportaba que le pusieran trabas.

Su padre había sido el único que había comprendido su gesto. Su padre, de quien le place ahora imaginar que su hálito, libre ya del peso de la envoltura carnal, vuela de montaña en montaña y, ¿quién sabe?, tal vez también vela sobre el destino de su hijo.

Y sin sospechar ni de lejos que acaba de escapar a la muerte, el huérfano, ahora, echa a volar hacia otros cielos.

III

Londres, Nickerbocker Club
12 de octubre de 1845, 15 horas 30 minutos

Así que hizo irrupción en la sala llena de humo con paredes pintadas de color verde esmeralda, tonalidad que desde hacía algunos años causaba furor en los clubes londinenses. Aquel hombre de alta estatura con abrigo corto de *tweed* echó una mirada a su alrededor y no tardó en descubrir a la persona que buscaba. El individuo en cuestión estaba modosamente sentado en el sitio de costumbre, entre la veintena de mesas a cuyo alrededor cotorreaban ruidosamente, bajo la discreta vigilancia de un camarero de mirada de águila, unos treinta jugadores de cartas congregados aquel día en el Nickerbocker Club.

—¿Qué tal el viaje, amigo Arthur? ¡Qué envidia os tengo por la vida que lleváis! ¡Siempre un pie en el aire! —le espetó por todo saludo el hombre vestido de *tweed* al otro que lo esperaba, acompañando sus palabras de una sonora carcajada.

A continuación el hombre de figura estilizada que se llamaba Nash Stocklett hizo voltear en el aire su redingote de pura lana escocesa que un mayordomo presuroso recogió al vuelo y se llevó para guardarlo, con la debida compostura, a la guardarropía enteramente forrada de terciopelo rojo, como si se dispusiese a guardar en su estuche la más valiosa alhaja de la corona inglesa.

El personaje con quien Nash se había citado, cuyo nombre era Arthur Homsley, después de doblar con aire descuidado el ejemplar de la revista *Illustrated London News*, que dejó sobre la mesa, exclamó:

—¿Me tenéis envidia? Si yo fuera tan rico como vos, me encantaría no moverme de esa magnífica ciudad de Londres..., igual que vos, mi querido Nash. ¿Os apetece una cerveza?

Apenas había tenido tiempo de asentir, cuando el camarero se precipitó, jarra en mano, llena hasta los bordes, a servírsela.

—Así pues, ¿qué tal el viaje? —insistió Nash Stocklett apoderándose del recipiente chorreante de espuma.

Guardándose las gafas, Arthur Homsley acarició maquinalmente —reflejo del gran bebedor que era a pesar de su hígado— el asa de la jarra de estaño con las armas del Nickerbocker.

Sin sus gafas, el hombre lucía, debajo de una pelambarrera flamígera y entre dos patillas de un rojo más apagado, un rostro rubicundo de piel tensa y lisa parecida a la de los desgraciados cochinitos escaldados que los carniceros de los barrios de postín exhibían complacidos a su clientela en prueba de la calidad de sus carnes.

A Nash, la facundia y gesticulación desaforada del orondo pelirrojo que era

Arthur le hacía pensar inevitablemente en aquellos zangolotinos apostados en la puerta de las casas de lenocinio que pululaban en las callejas del East End que, con gestos elocuentes, ponderaban los méritos de las criaturas de ambos sexos que ofrecían a los burgueses puritanos con ganas de juerga, tocados con bombín, que habían hecho creer a sus esposas que iban a su club habitual.

—¡Odio los viajes y no tengo vuestra suerte! No sé qué diríais si sufrieseis mareo y os vieseis obligados a pasar día y noche en un barco que se balancea de tal modo que uno acaba por tener la impresión de que la borda tocará el mar y en el momento más impensado se verá obligado a nadar en aguas negras y heladas. ¡Brrrr! Me entran escalofríos... —dijo Homsley levantando la jarra para brindar.

—Los viajes en barco me causan horror. Basta con que me suba a una barcaza del Támesis para que a los cinco minutos comience a darme vueltas la cabeza. ¡Menos mal que los libros de contabilidad de Jardine & Matheson viajan sin necesidad de que yo los acompañe!

—Tenéis una profesión ideal, Nash, y la suerte de trabajar en una de las empresas más prestigiosas del país. Me lo he dicho siempre. Un trabajo bien remunerado, sedentario..., en pocas palabras, lo que yo habría deseado para mi personita si no hubiera sido un zoquete en mi época escolar. ¡Si lo hubiera sabido! —suspiró Arthur antes de beber ávidamente de la jarra, como si el alcohol de lúpulo fuera el único remedio capaz de hacerle olvidar los fracasos de su juventud.

Stocklett, lleno de desconfianza, hubo de preguntarse qué se escondía detrás de aquellas palabras y siguió escrutando el rostro de su interlocutor para descubrir un resto de ironía que le probase que estaba tomándole el pelo.

—Todavía no me habéis contado cómo fue vuestra última expedición, querido Homsley —insistió, entre bromas y veras.

—¿Expedición? ¡Menuda palabreja para un pobre comerciante en lanas como yo! Nada del otro mundo, el viaje en cuestión. Además, en cuanto te acercas a la costa de Calais, el insoportable olor del continente se te pega a la garganta. Es el olor rancio que despiden esos arrogantes franceses apegados a sus convicciones. Un hedor peor que el de una cuadra de sementales que no limpiara nadie...

El personajillo blandía una nueva jarra de cerveza ya vacía en sus tres cuartas partes, muerto de risa ante la ocurrencia que acababa de proferir. A decir verdad, tenía un gran éxito en todos los clubes de Londres, todos ellos parecidos a este donde los dos hombres se reunían todos los segundos miércoles de mes, a primera hora de la tarde, para entregarse a su sempiterna partida de tarot. Homsley era un comerciante de lana que cada trimestre embarcaba hacia Francia un abundante cargamento de lana que sería cardada en Amiens y tejida en Abbeville y que los ganaderos de Yorkshire obtenían del lomo de sus enormes bestias, de abundantísima pelambreira, algunas de las cuales alcanzaban las dimensiones de un ternero joven acabado de destetar.

—Vuestra animosidad contra los franceses acabará por perjudicaros, querido Homsley. Los buenos comerciantes no deben tener enemigos. Después de todo, el

continente seguirá siendo durante mucho tiempo nuestra salida comercial más importante... aparte de que los franceses compren lo que sea, incluso gafas para ciegos —lo riñó con severidad el experto contable, que en el fondo estaba convencido de que el otro hablaba en broma.

Arthur Homsley seguía mondándose de risa, tan satisfecho de sus ocurrencias como contrariado estaba Nash Stocklett viendo que no conseguía cerrarle el pico con las suyas.

Cierto es que Homsley repetía siempre sus mismas gracias antifrancesas por poco achispado que estuviese, aunque nunca se daba cuenta de que decía siempre lo mismo.

Por ejemplo, la anécdota del mono que se había escapado de un combate naval entre una fragata británica y una goleta napoleónica frente a las costas de Hartlepool y que había estado a punto de que la población local lo ahorcase al encontrarlo en la playa y tomarlo por un espía francés al ver que no comprendía las preguntas que le hacían...

Dándose enérgicos golpes en los muslos, el mercader de lana, cada vez más satisfecho de sus ocurrencias, hizo una señal al camarero para indicarle que les trajese lo necesario para la partida de tarot, es decir, una baraja y un tapete verde.

Stocklett lo interrumpió:

—Lo siento, Arthur, pero hoy no podremos jugar. Tengo una cita importante en el despacho a las cinco.

—¿Con vuestro jefe?

—Con una chica.

—¡Vaya, vaya! ¡Lo que faltaba! —soltó Homsley con un brillo pícaro en el ojo izquierdo y guiñando con viveza el derecho.

Molesto, Nash se apresuró a puntualizar.

—No es lo que os figuráis. Se trata de mi ahijada..., la hija de unos amigos.

—Ha sido un detalle de vuestra parte que me avisarais. De hecho, en nuestro último encuentro, ya debíais conocer los detalles acerca de vuestra prima. Espero que hayáis conseguido lo que esperabais —le espetó Homsley, cortés pero algo decepcionado por tener que borrar de sus planes la partida de tarot.

Homsley, como tantos ingleses entendidos en negocios, estaba fascinado por el éxito insolente de la compañía comercial conocida con el nombre de Jardine & Matheson en la que Stocklett prestaba sus servicios como jefe de contabilidad. El balance financiero de aquella empresa era, en efecto, uno de los más florecientes del Reino Unido.

Hay que decir que el escocés William Jardine había tenido una magnífica intuición cuando, después de trabajar quince años como enfermero en los barcos de East India Company^[18], había descubierto en el opio, extraído de la flor de la adormidera —planta cultivada a gran escala en la India—, la mercancía ideal para todo aquel que quisiera comerciar con China y enriquecerse rápidamente. Las

autoridades británicas, ávidas de equilibrar el balance comercial del reino, muy afectado por las importaciones de té —que los ingleses habían convertido en bebida nacional—, además de seda, algodón y porcelana procedente de este país, alentaban por todos los medios las exportaciones al Imperio del Medio. En este sentido, el opio, que se cultivaba en la India y costaba muy poco a los ingleses, era el producto milagro, un artículo que parecía pedir a gritos que lo importara China. Bastaba con obligar a los chinos a que lo consumieran y, dado que la costumbre haría el resto, la partida estaba ganada de antemano.

Era un juego de niños.

William Jardine había sido uno de los primeros en oler el negocio extraordinario que representaba el extracto de la adormidera.

La verdadera suerte de aquel hombre de negocios excepcional había sido conocer en 1827 a la persona con quien se asoció: James Matheson, un compatriota de Edimburgo que, a diferencia de él, procedía de un ambiente acomodado. Era un pájaro que, así que terminó sus estudios superiores, decidió partir hacia la India para enriquecerse lo más rápidamente posible. En cuanto llegó a Calcuta, al joven Matheson le pareció que la ecuación que debía resolver era de una simplicidad bíblica. Le había bastado con hablar con uno de los subdirectores de East India Company, canoso y medio borracho, acompañando la conversación de generosos tragos de jerez viejo, y con el director de la administración de la aduana local, oriundos como él de Escocia, para meter el negocio en el saco.

Siguiendo el ejemplo de los dirigentes de la Compañía de las Indias Orientales, que lo habían entendido desde el primer momento, Jardine y Matheson sabían más que nadie que la mejor manera de enriquecerse y de llenar las arcas de una empresa consiste en vender lo más caro posible aquello que se ha comprado lo más barato posible.

Para servir de contrapartida a las exportaciones chinas de té que desde hacía años había hecho explotar la demanda británica, la compañía había decidido ofrecer tinte de añil a los chinos. Por espacio de unos diez años, los ingleses se dedicaron a inundar China de cantidades astronómicas de jugo de índigo. Los comerciantes al por mayor revendían a su vez a precio de oro a las manufacturas imperiales de seda aquella mercancía que la mayor parte de los dirigentes corrompidos hasta el tuétano se contentaban con acumular en inmensas tinajas. Hasta el día en que, al descubrirse el pastel, las manufacturas se vieron obligadas a dejar de comprar aquella materia viscosa que no tenía utilidad ninguna.

En Calcuta cundió el pánico. Había que revisar de pies a cabeza toda la estrategia de la Compañía de las Indias Orientales. Por fortuna para ella, mientras caía drásticamente la demanda china de índigo, comenzó a subir de forma vertiginosa la de opio. Pero a la orgullosa East India le repugnaba cambiarse de chaqueta y trocar el índigo por el opio.

Además, se encontraba en falso. El consumo de opio, que ya había sido prohibido

por el emperador de China a principios del siglo xvii, fue prohibido oficialmente en 1729 mediante un edicto imperial. Se notificó a East India el tenor del texto y, aunque en aquel momento el hecho no la obligaba a mucho, la compañía se apresuró a dar una respuesta favorable. Por otra parte, y aquí está uno de los puntos clave del problema, a diferencia de lo que ocurría con la producción de añil, la compañía no dominaba la de la adormidera, cultivada por cientos de miles de campesinos pobres a los que había que comprar individualmente las cosechas, lo que no dejaba de ser poco práctico y no favorecía el precio bajo del producto. Y finalmente, *last but not least*^[18a], la especialidad de la venerable casa cuyos dirigentes se consideraban infalibles no consistía precisamente en improvisar. Se daban, pues, las condiciones para que unos aventureros como Jardine y Matheson sacasen las castañas del fuego e hiciesen irrupción en un mercado donde no les esperaba nadie.

El joven Matheson no había desperdiciado aquella ocasión única de ganar por la mano la partida a aquella veterana del comercio anglo-chino. Tras romper la hucha para costear el fletamento de un barco con rumbo a Cantón, había atiborrado la bodega de cajas de opio de sesenta y cinco kilos de peso. Y una vez llena, y tras comprobar que el barco aguantaba, se las había arreglado para apilar más cajas en la cubierta, afianzándolas a los mástiles con cuerdas de yute. Tan cargado iba el barco que el nivel del agua había alcanzado los dos metros por debajo del puente. Poco había faltado para que zozobrara a consecuencia de la tempestad que había debido arrostrar cuando faltaban dos días para avistar las costas chinas, si bien, como seguramente hay un Dios que protege a los forajidos y aventureros capaces en todo momento de jugárselo todo a una carta, la nave había llegado a buen puerto.

En menos de cinco años, la joven empresa de aquellos dos filibusteros de los negocios acaparaba más de la mitad del comercio del opio. A partir de 1834, la abolición del monopolio comercial de East India Company había ejercido en ellos una fuerte coerción. Además del extracto de adormidera, Jardine & Matheson ya llevaba a China todo tipo de mercancías, desde tapones de corcho de Portugal hasta piezas de artillería fabricadas en empresas alemanas u holandesas.

Dada la progresión constante de la cifra de negocios de la empresa y la complejidad de sus actividades, la cincuentena de empleados de finanzas y cuentas que, bajo la batuta de Stocklett, se encargaban de los inventarios, de asegurar los pagos y de percibir los cobros, bastaban apenas para ocuparse de la enorme masa de documentos que aportaban periódicamente a la sede los capitanes de barco en abultados maletines de cuero que ostentaban las iniciales en oro de los nombres de los dos fundadores.

Hacía doce años que Nash Stocklett había ingresado en Jardine & Matheson en calidad de simple empleado encargado de la contabilidad. Pero enseguida había empezado a subir los escalones del departamento hasta convertirse en el jefe del mismo, puesto estratégico que ocupaba desde hacía tres años.

Como los demás directivos de Jardine & Matheson, las actividades de Stocklett se

ceñían, aparte del cierre del balance contable de la sociedad, a una evaluación anual que podía reportarle la concesión de la famosa prima con respecto a la cual se había interesado Homsley.

Como el precio de venta del opio no dejaba de ir en aumento, los beneficios de Jardine & Matheson se habían más que triplicado en un año, al igual que la prima con la que se gratificaba a Nash, quien tenía muy presente que el año anterior había ascendido a ciento cincuenta libras. El jefe de contabilidad consideraba que el proceder de los accionistas era totalmente *fair-play*, aunque si se guiaba por el conocimiento íntimo que tenía de la realidad de la cuenta de explotación de la empresa, cuyo margen de beneficios —que superaba el cincuenta por ciento de la cifra de negocios— era totalmente desahogado, no podía por menos que pensar que era lo mínimo que se merecía.

—Me han servido peor de lo que yo esperaba —respondió Nash a Arthur recurriendo a aquel instinto de los campesinos que consiste en no dar nunca a los demás cifras demasiado precisas concernientes a sus negocios, sobre todo si son buenos.

Conviene precisar que, desde hacía algunas semanas, Stocklett estaba meditando con respecto a la mejor manera de colocar quinientas libras, cantidad que no dejaba de ser importante.

Dudaba ante la posibilidad de elegir entre el apartamento que genera una renta y las tres o cuatro hectáreas de bosque que produce leña para calefacción, pasando —aunque esta era una hipótesis más improbable debido a su escaso conocimiento de la pintura— por un cuadro del pintor John Partridge, el niño bonito de la *gentry*^[18b], e incluso por aquellos purasangres anglo-árabes capaces de aguantar una jornada entera galopando en una montería. De todos modos, dado que él no cazaba y que no habría sabido qué hacer con un retrato de su persona firmado por Partridge y puesto que ya poseía dos apartamentos en Londres, uno donde vivía y otro que alquilaba, Nash Stocklett pensaba que haría mejor orientándose hacia la compra de un bosque en Yorkshire destinado a la explotación de madera, región muy de su gusto y de donde procedía la rama materna de su familia.

—¡Os felicito y me alegra muchísimo! Yo habría debido dedicarme a las colonias, como vos, en lugar de tratar de colocar lana a esos puercos de los franceses.

—¡Ay, amigo mío, yo no soy más que una minúscula ruedecilla! Podéis creerme si os digo que los herederos del difunto William Jardine y del señor Matheson, todavía vivo, se dan el gustazo de ganar en un solo día el equivalente a mi lamentable prima.

—De todos modos, que se hayan labrado una fortuna comerciando con una materia tan controvertida como el opio me hace pensar que vuestros jefes son unos verdaderos genios —soltó Homsley, más rojo que una amapola pero sinceramente admirado.

—Mi madre, que su alma descanse en paz, decía siempre que no hay trabajo

reprobable. Y además, tampoco puede decirse que se trate de un comercio cómodo. Una vez embarcada la mercancía, es preciso colocarla, y sobre todo venderla, a buen precio. Y hay que decir que los chinos, en lo tocante a negocios, son de lo más retorcido —exclamó el jefe de contabilidad, que, por vez primera, no se limitaba a responder con evasivas ni de forma sibilina cuando Homsley intentaba hacerle hablar de su trabajo.

—Si me atengo a mi experiencia, hay mucho que hablar de los franceses. ¡Si yo os contara! Mi principal cliente en el comercio de la lana, un comerciante de Abbeville, que parece que es más rico que Crespo, se presenta ante mí vestido como un pordiosero. Casi le darías limosna. Y ese personaje es capaz de pasar horas regateando..., aparte de que me tiene hartado con sus infames y pantagruélicas comilonas francesas cuando lo que a mí me gusta es nuestra cocina inglesa —farfulló Homsley, que iba poniéndose progresivamente más agresivo.

—No os podéis imaginar la energía que tuvieron que desplegar mis patronos para acostumbrar a los malditos amarillos a consumir la sustancia en cuestión. Cuando fundaron la compañía tuvieron que recurrir a un pastor alemán llamado Cari Gutzlaff, uno de los pocos extranjeros de Cantón que hablaba perfectamente el chino.

—¡Qué cosa tan rara!

—Figuraos que hubo que contratar a aquel prelado como intérprete a bordo de un barco que cubría la ruta con rumbo norte y que costeaba el litoral haciendo escala en todos los puertos. Y mientras ese tal Gutzlaff iba predicando Biblia en mano, Jardine y Matheson hacían fumar opio a los notables locales y procuraban reclutar a un corresponsal para que se encargase de venderles la mercancía.

—¡Unos verdaderos genios esos escoceses! —suspiró con aire soñador Arthur Homsley, que de buena gana habría abandonado el negocio de la lana de cordero a cambio del comercio del opio, a pesar de que Calais y Abbeville eran ciudades mucho más próximas a Londres que Cantón.

—¡Más que eso! ¡Auténticos guerreros eran! Teniendo en cuenta sobre todo que en China estaba prohibida la venta de opio..., por lo menos oficialmente.

—Lo mismo que aquí. Entre lo que está oficialmente prohibido y lo legalmente tolerado acostumbra a existir un margen invisible. Hay que reconocer, de todos modos, que Jardine y Matheson debían de tener mucho carácter para lanzarse a tamaña aventura —exclamó con un suspiro el comerciante de lana.

—¡Podéis estar seguro! Todos los empleados de la empresa temían las cóleras de Matheson más que a la peste. En el caso del señor Jardine, ¡que Dios lo tenga en su gloria!, la cosa iba algo mejor porque tenía más *self control*. Pero lo que es el señor Matheson..., se sale de sus casillas como un purasangre cuando siente la espuela. Sin ir más lejos, el mes pasado insultó a uno de mis empleados jóvenes porque había tardado demasiado en presentarle un documento que le había pedido.

—Todos los patronos son iguales. Y lo digo porque yo no tengo patrono. Se figuran que sus deseos son órdenes y no toleran la más mínima espera en respuesta a

sus órdenes.

—Dicho sea de paso, mis patronos también demostraron que, en determinadas ocasiones, eran perfectamente capaces de dominar... sus pulsiones.

—¿Sus pulsiones?

—Sí..., las mujeres...

—¿Cómo las mujeres? ¿Las de los pies vendados? Dicen que las chinas tienen unos pies tan minúsculos que apenas pueden caminar y que si los tienen así es para satisfacer los deleznables gustos de sus maridos.

—No, os equivocáis. Me refiero a nuestras mujeres. Cuando los señores Jardine y Matheson llegaron a Cantón, la zona reservada a los «bárbaros extranjeros» estaba estrictamente vedada a sus mujeres. En 1829, uno de los honorables directores de East India olvidó la norma y llevó a ese sitio a su mujer, lo que valió a la «honorable compañía» una protesta oficial del virrey de Cantón, alto mandarín que era representante personal del emperador de China —exclamó el jefe de contabilidad de Jardine & Matheson, a quien la cerveza había desatado la lengua.

Arthur Homsley adoptó aire de persona entendida.

—No es mi intención criticar a vuestros patronos. Como todos los ricos, tienen todas las mujeres del mundo a sus pies.

El camarero, eficaz en todo momento, se encargó de servirles otras dos jarras colmadas así que vaciaron las que estaban trasegando y los dos hombres se lanzaron alegremente a consumirlas.

—Hay que decir que mis patronos son felices desde que la corona británica ejerce el control del «puerto perfumado» —explicó Nash Stocklett levantando su jarra al nivel de la de su interlocutor.

Este hipó para reprimir un eructo.

—¿El puerto perfumado?

—Sí, es el nombre chino de Hong Kong, un lugar ideal situado a poca distancia de las costas chinas y que dispone de multitud de calas donde las embarcaciones pueden fondear con toda tranquilidad... y mucho más agradable que ese islote siniestro del norte de Cantón donde hacinan a los mercaderes extranjeros como si fueran bestias..., según cuentan mis jefes, ya que son demasiado roñosos para que yo pueda comprobarlo personalmente.

—Ignoraba que la corona británica había metido mano en el «puerto perfumado» —rezongó Homsley.

—Hace años que firmamos un acuerdo con los chinos para que nos cedieran Hong Kong^[19]. Una buena revancha, ¿no os parece?

—¿Revancha? Pero ¿qué decís, amigo? —soltó, farfullando las palabras, el comerciante de lana, a quien contrariaba que su amigo lo hubiera cogido en flagrante delito de ignorancia.

—¡De la guerra del opio! Hace más de tres años que dura esa querrela con China. En casa de Jardine & Matheson no nos avergonzamos de contar cómo empezó la

cosa. Fue en un famoso mes de abril de 1839 —dijo Stocklett, hincando un cigarro puro entre los dientes amarillentos por abuso de la nicotina.

—Confieso que no soy buen cliente de los periódicos, ya que viajo de continuo. Y, además, si no me engaño, esta es la primera vez que me habláis de vuestro trabajo, Nash —le soltó Homsley con aire ofendido, aunque parecía haberse recobrado.

—El emperador Guangxu había terminado por darse cuenta de que salía más dinero de China del que entraba y de que el hecho era debido al opio. Según los cálculos de William Jardine, que era hombre de números, eso puedo asegurároslo, entre 1820 y 1839 los chinos se habían gastado unos cien millones de onzas de plata en opio... ¡El precio de tres o cuatro marinas de guerra!

—¡Pues vaya! Es lógico que quisieran poner coto a la situación.

—Desde la antigüedad, los chinos utilizan el opio como medicamento. Los portugueses de Macao fueron los primeros que los indujeron a fumarlo. Y está visto que tomaron gusto a la cosa... Imposible contar los fumaderos de opio que existen actualmente en todas las grandes ciudades de China. Parece que a veces ocupan calles enteras.

—¿Lo habéis fumado vos, Nash? —le preguntó Homsley, ligeramente inquieto.

—¿Por quién me tomáis? Todos los que trabajamos en Jardine y Matheson estamos sensibilizados en lo referente a los peligros de la adicción al opio.

—Ya entiendo: haced lo que os digo, pero no hagáis lo que hago.

—Mi compañía no se contenta con vender opio a los amarillos —le replicó Stocklett.

—¿Qué otra cosa les vende? ¿Pianos?

—No tenéis ni idea. Les vende todo tipo de productos fabricados aquí, desde fusiles a enseres de cocina —exclamó Stocklett tras una pausa—. Así, cuando estemos en guerra, todos lucharemos con nuestras propias armas.

—Pero informadme sobre ese famoso día de abril de 1839. Ya que la partida de tarot se ha ido al garete, por lo menos aprenderé un poco de historia contemporánea —concluyó el comerciante de lana, que cada vez estaba más locuaz.

Tras vaciar de un trago la cerveza que le quedaba en la jarra, Nash Stocklett, bajo los efectos del alcohol, ahora incluso encontraba ocurrente a Homsley. Atento como siempre, el camarero les sirvió otras dos jarras, lo que obligó al comerciante de lana a apurar la suya.

—Un dignatario del emperador llamado Lin Zexu ordenó la destrucción de veinte mil cajas. Tardaron más de veinte días en consumirse en el fondo de una docena de pozos que aquel maldito mandarín había hecho llenar previamente de cal viva. A consecuencia del hecho, mis patronos se vieron al borde de la quiebra y estuvieron obligados a ahuecar el ala y a refugiarse en Macao en compañía de una sesentena de familias de residentes ingleses. ¡Una vergüenza!

—Supongo que la respuesta de la corona británica estuvo a la altura de las sumas perdidas por vuestros jefes...

—No exagero en nada. La corona tardó un año en decir esta boca es mía y os aseguro que los señores Jardine y Matheson no regatearon esfuerzos para convencer al ministro de Asuntos Extranjeros, a la sazón lord Palmerston^[20], de que convenía dar una lección a China. William Jardine llegó al extremo de hacerse elegir miembro de la Cámara de los Comunes.

—Vuestros jefes alcanzaron sus propósitos... y no hay que negarles que disponen de todos los medios de persuasión —susurró Homsley con aire de persona entendida.

—Nos vimos obligados a..., ¡no encuentro la expresión!..., a poner sobre el tapete más de cuarenta barcos de guerra y más de cuatro mil soldados.

—Al decir «nos», ¿os referís a nuestro país o a Jardine y Matheson?

—¡A Inglaterra, por supuesto! ¡A Inglaterra y a nadie más que a Inglaterra!, que fue la que ganó la guerra del opio.

—Para beneficio de vuestra empresa. Vuestros patronos son gente de mucho peso. Hacen que el país pague para servir sus propios intereses. ¡Fabuloso! ¡Ojalá que yo pudiera hacer lo mismo con mis pieles de cordero! —bromeó el mercader de lana.

—No os equivoquéis, quien sacó mejor partido de la situación fue Inglaterra. Aparte de quedarse con Hong Kong, la corona británica percibió una indemnización colosal de las autoridades chinas: el equivalente de treinta mil cajas de opio, es decir, bastante más que lo que aquel coriáceo mandarín había mandado quemar.

—Por no hablar de la apertura total de las puertas del comercio del opio delante de los señores Jardine y Matheson. ¡Todo gracias a la corona británica!

Stocklett, acorralado en sus últimos reductos, habría acabado por admitir que Homsley no se equivocaba, pero la absorción de la mitad de la tercera jarra de cerveza lo había dejado muy susceptible. Haciendo un último esfuerzo, le pareció oportuno defender la corona británica.

—No está bien poner en tela de juicio a nuestra bien amada reina Victoria. Hay que tener en cuenta que consiguió doblegar a los amarillos.

—Amigo mío, estáis confundido. El cumplido era totalmente sincero —bromeó el otro.

—Mirad, como no reprimamos a los chinos, como dejemos que se reproduzcan como conejos, acabarán por meterse en nuestra casa. Y dado su número, os aseguro que les va a costar muy poco adueñarse de ella.

Homsley, a quien aquella perspectiva le obligó a fruncir la nariz, se levantó y, balanceándose peligrosamente, exclamó con voz insegura:

—¡Larga vida a nuestra reina!

Tras dejar reposar un momento la cerveza, a punto estuvo de volcar la silla, lo que interrumpió bruscamente las conversaciones de los demás clientes del Nickerbocker Club.

—Dispongo solo de un cuarto de hora si no quiero llegar tarde a la cita — consiguió articular Stocklett levantándose a su vez.

—Espero que no me toméis manía —replicó el otro, desmoronándose

pesadamente, con las piernas separadas, en su silla igual que un saco de arena.

El jefe de contabilidad de Jardine & Matheson le dio a entender con el gesto que la cosa no tenía importancia.

—Para hacerme perdonar, os voy a plantear una adivinanza. Así quizás yo también pueda enseñaros alguna cosa. ¿Sabéis por qué designan con el nombre de «guardia consular francesa» a las prostitutas argentinas? —dijo, entre hipos, Homsley, a quien las borracheras conducían inevitablemente a los chistes antifranceses de tono escabroso.

—Pues no, pero me muero de ganas de saberlo —murmuró Nash, ya agobiado y con ganas de cortar por lo sano.

—En el curso de una cena en honor de nuestro gran novelista Anthony Trollope, dada por unos amigos en su casa, el escritor informó a los comensales, de los que yo me honraba en formar parte, que la expresión derivaba del gran número de chicas de vida alegre originarias de Buenos Aires que merodeaban por los alrededores del consulado de Francia... Parece que cuando un cliente acude a una de esas chicas, dice que va a una clase de francés.

—¿En serio?

—Os lo juro porque lo oí del propio Trollope.

—¡Una cosa bien curiosa! Ahora comprendo mejor por qué hay tantos marinos ingleses que no hablan de sífilis sino del «mal francés».

—O de la «viruela francesa».

—O mejor aún, de la «gota francesa» —insistió el contable.

—¡Qué horror, amigo mío! ¡Una lástima! —exclamó Arthur, que ya se aprestaba a volver a levantar el codo.

—Yo hablo completamente en serio, amigo mío. ¡No hay que fiarse nunca de nada francés!

En el saloncito saturado de humo, los clientes congregados alrededor de las mesas vecinas, que no habían perdido detalle de aquel diálogo, se reían como locos, excitados como pulgas por todo aquel surtido de impropiedades que, dicho sea de paso, era moneda corriente en la sociedad inglesa victoriana, en la que burlarse de Francia y de sus ridículos habitantes había adquirido el rango de deporte nacional.

—Cuando se visita a esas señoritas, hay que protegerse con una «carta francesa» —añadió un hombre de rubicunda faz a quien los mostachos amarilleados por el humo de la pipa se le juntaban con las patillas.

—Quisiera puntualizar, querido señor, que en Francia, en lugar de hablar de «carta francesa», se suele hablar de «capote inglés» —dijo Stocklett cerrando el debate y levantándose, lo que desencadenó unos atronadores aplausos y risotadas, acompañados por toda una avalancha de brazos levantados, todos con su jarra vacía, que el previsor camarero se apresuró a sustituir con presteza por sendas jarras llenas.

—Parecéis uno de esos políticos que aspiran a hacerse elegir por el populacho así que circula la petición. ¿Sabéis el chiste aquel de Place y Lowett^[21], los dos ebanistas

que querían instituir el sufragio universal? Ni más ni menos... —vociferó Homsley, a quien los labios ribeteados de espuma blanca se le escondían detrás de los bigotes.

—Amigo mío, tenéis un defensor vuestro en mi persona. ¡Conceder el derecho a votar a quien sea no deja de ser una grotesca imprevisión! —cloqueó un individuo que tenía el rostro encendido y flanqueado por unas patillas más encendidas aún.

Nash Stocklett se sacó el reloj del bolsillo y se levantó de su asiento tratando de sostenerse lo mejor que podía.

—¡Bueno, ahora ya no tengo más remedio que marcharme!

—Pues no ponéis muy buena cara... —le dijo Homsley por lo bajo.

—Es que no me gusta ni pizca el palo que me espera —le confesó con aire sinceramente agobiado el jefe de contabilidad de Jardine & Matheson antes de estrechar la mano reblandecida por el alcohol que le tendía su contrincante en el tarot.

—Mucho cuidado, señor, porque el suelo está resbaladizo... —le recomendó el portero del club abriendo los dos batientes de la puerta al interesado, quien se preguntó para sus adentros si en la frase no se encerraría una alusión a su estado de embriaguez avanzada.

Al pie de la escalinata se extendía la acera mojada. Por lo visto había llovido mientras departía con Homsley.

—¡El paraguas, señor Stocklett! —le gritó el conserje precipitándose hacia el jefe de contabilidad que ya iba a cruzar la calle.

—¡Gracias! —respondió el último buscando en el bolsillo la moneda de cobre que había que dar en tales circunstancias.

Pero cuando, después de haber bajado la escalera saltando los escalones de cuatro en cuatro, ya ponía un paraguas en manos de Stocklett, el portero del club cayó cuan largo era a los pies del primero.

—¡Mierda! Ejem..., perdonad la palabra francesa, señor —murmuró el portero poniéndose de pie y alisándose lo mejor que pudo el abrigo apañuscado y manchado de barro.

—Os perdono de todo corazón —respondió el jefe de contabilidad de Jardine & Matheson al botones, que permanecía impávido a pesar del violento dolor de espalda que lo martirizaba y se quitó pomposamente el sombrero de copa de color ciruela, como correspondía al dirigirse a un miembro del club.

Y seguidamente Nash Stocklett, procurando sortear los charcos, se dirigió con paso presuroso hacia Regent's Park y al poco rato ya comenzó a percibir, por encima del verde casi fosforescente del césped, las hojas de las hayas, sauces y castaños relucientes y doradas debido a las incursiones del otoño.

De buena gana habría eludido la cita a la que acudía, pero el hecho no impedía que Nash Stocklett dejase de pensar que Londres era decididamente la ciudad más hermosa del mundo.

IV

Pekín

12 de octubre de 1845

El invierno llamaba a la puerta de Pekín bajo la engañosa apariencia de un cierzo procedente de las estepas que, si por un lado barría todas las nubes del cielo, por el otro levantaba contra los pobres desgraciados que se habían arriesgado a asomar la nariz al aire libre un muro ensordecedor, una pared glacial, una mano gigantesca animada por fuerzas de una violencia inaudita que les impedía avanzar, los rechazaba, los tumbaba de bruces en el suelo.

En la capital manchú, los habitantes estaban acostumbrados a inviernos crudos. Los ricos se acurrucaban junto a las estufas, pero los pobres no llegaban a calentarse nunca, pese a amontonar sobre su cuerpo prendas y más prendas mientras paseaban los dedos por encima de las brasas de la única chimenea encendida en la casa, donde se congregaba toda la familia.

En el caldeado y agobiante ambiente que reinaba en la salita de techo bajo del Toi et Moi, una especie de *cabaret* semejante a los muchos que habían comenzado a inaugurarse desde hacía unos meses en Pekín, los espectadores, sudando a mares, no apartaban los ojos del cuerpo totalmente desnudo, flexible como una liana y blanco como el marfil, de la divina Jazmín Etéreo.

Hacía un cuarto de hora largo que aquella hermosa contorsionista estaba entregada en cuerpo y alma a un número muy osado que consistía esencialmente en exhibirse delante del excitado público, fascinado ante su elasticidad, y en separar al máximo las piernas y deslizarías después, como si se tratara de la cosa más natural del mundo, a uno y otro lado del cuello para enderezar seguidamente el torso valiéndose tan solo de la fuerza de los brazos y efectuar un espectacular movimiento de balanceo hacia delante y hacia atrás.

Su cuerpo formaba parte de la esfera de lo incomprensible, lo que todavía lo hacía más seductor para los hombres maduros que constituían el público. Las comisuras de las rodillas pasaban a convertirse en casco de sus orejas, cuyos lóbulos acariciaba con los dedos de los pies, mientras los de las manos se apoyaban en sus muslos y hacían que se abrieran ligeramente los rosados labios del sexo. Recorrió las mesas un prolongado murmullo de sorpresa y algunos carraspeos, y sobre ellas flotó una oleada de concupiscencia.

Si Jazmín Etéreo hubiera sido un néctar, los espectadores, que no cesaban un momento de agitarse en sus asientos, sedientos de deseo, lo habrían sorbido a bocanadas.

Apoyado en una enorme estufa que consumía leña, un hombre apuesto no

apartaba los ojos de la danzarina. Los espectadores que lo rodeaban lo trataban de forma extremadamente obsequiosa. El hombre en cuestión, que no aparentaba los cuarenta años cumplidos que tenía, iba vestido con ricos ropajes de brocado azul marino por los que volaban aves bordadas con hilo de plata. Era un príncipe de sangre nacido en Nanquín, descendiente de la ilustre familia de los Tang^[22], que había reinado en China hacía mil doscientos años. Se contaba entre los miembros más eminentes de la clase noble china que se habían puesto al servicio del poder mongol. Para gobernar el país que habían invadido en 1644, después de derrotar al último emperador de la dinastía de los Ming, los manchúes, la mayoría de los cuales no sabían leer el chino clásico e ignoraban por completo cómo se dirigía la administración del país, se habían visto obligados a confiar en aquellos dignos herederos de una tradición ancestral en lo tocante al gobierno de los asuntos públicos. Para los mongoles, aquellos insignes servidores del Estado eran unos colaboradores indispensables. Los interesados se encontraron con que se les atribuían cargos de confianza como contrapartida del mantenimiento de su condición nobiliaria, así como los emolumentos anejos.

Fue el caso del príncipe Tang, que a ojos de la mayor parte de los suyos pasaba por un traidor, aunque este era un detalle que le importaba muy poco dadas las precarias condiciones materiales en las que vivían las grandes familias principescas chinas que se negaban a colaborar con la dinastía mongol de los Qing^[23]. Algunas se habían visto obligadas a abandonar Pekín, donde la vida había adquirido un nivel desorbitado, y se habían refugiado en el campo o habían ingresado en el clero budista, ya que por lo menos así no les faltaba comida.

Los rasgos regulares del hermoso rostro lampiño del príncipe Tang eran acordes a su silueta atlética de Han^[24] de pura cepa, que fortalecía sus músculos gracias a una práctica cotidiana de las artes marciales.

—Preguntad a la chica cuánto quiere por pasar la noche conmigo —dijo dirigiéndose al dueño del Toi et Moi, un hombre obeso de origen mongol y maneras afeminadas que llevaba las uñas pintadas de rojo carmín y cuya procedencia quedaba confirmada por la ausencia de coleta.

Conviene precisar que en Pekín, al frente de los negocios más lucrativos, había siempre un manchú.

—Hay un problema, príncipe, y es que esta muchacha se niega a acostarse con ningún cliente por mucho dinero que le ofrezca.

—¿Ni siquiera tratándose de mí y de la persona que me manda?

—Decídselo a ella. Pero como he sido testigo de muchas negativas, estoy seguro por adelantado del resultado.

Tang, que estaba deseoso de saber más cosas acerca de la bailarina cuyas inéditas proezas eran dignas de una medalla de oro, siguió interrogando al director.

—Dime dónde has pescado una muchacha de ese calibre.

—En Luoyang^[25], en ocasión de un espectáculo del Circo del Sol Rojo. Ante un

público fascinado que la aplaudía enloquecido, tumbada en un colchón articulado, Jazmín Etéreo hacía juegos malabares con los pies al tiempo que hacía girar a velocidad alucinante, a veces como un rodillo y otras como una hélice, una pesada columna de madera lacada de rojo que medía el doble de su altura y pesaba como una persona.

Daba la impresión de que el gordo manchú afeminado cargaba las tintas, como si pretendiera situarse en posición ventajosa en la negociación que iba a iniciarse.

—¡Me parece increíble lo que me cuentas!

—Pues es la pura verdad, mi señor.

—¿Y si te la comprase? Dime cuánto pides por ese soberbio fenómeno.

—Esa muchacha no está en venta, príncipe. No voy a privar a mi establecimiento de su número más valioso.

Tang miró fijamente al coriáceo patrono. El bribón que trataba de hacer subir la cotización era un tipo de sobra conocido de todos los noctámbulos de la capital china por su legendaria rapacidad. Las minúsculas dimensiones de la única sala del Toi et Moi eran inversamente proporcionales no solo a la fama de que gozaba aquel establecimiento dedicado al placer sino también a su rentabilidad. Habían bastado unos meses para que aquel local medio restaurante y medio lupanar pasase a convertirse en uno de los lugares de esparcimiento más concurridos de la capital a causa de la profusión de alcoholes que se servían y de la calidad de las muchachas que allí se exhibían todas las noches.

Al terminar el espectáculo y la cena, que se servía al mismo tiempo, los clientes no tenían más que indicar el objeto de sus deseos y ya podían encerrarse una hora con la chica en una de las pequeñas estancias acolchadas situadas en el piso superior, siempre habiendo satisfecho el importe correspondiente a uno de los tres inmensos factótums, cuya generosa musculatura era lo bastante impresionante para disuadir de cualquier veleidad de huida a todos los aficionados a la carne fresca. Si se pasaban de la hora, tenían que pagar un recargo y toda hora adicional pasaba a engrosar la cuenta adeudada.

Pekín ya contaba con más de una docena de ese tipo de burdeles de nuevo cuño que no era preciso indicar con ninguna enseña especial, ya que los clientes acudían a ellos gracias al procedimiento del boca en boca, lo bastante efectivo para llenarlos cuando la «mercancía» lo valía.

Dadas las circunstancias, cada vez que escogía a una jovencita que se exhibía en el Toi et Moi, el príncipe Tang sabía que no corría ningún riesgo.

Aun siendo aficionado a lo varonil, el gordo manchú no tenía igual en lo tocante a escoger bailarinas. Sus jovencitas procedían de todos los rincones de China y las había para todos los gustos, desde las longilíneas de piel clara y rasgos mongoloides, lo que confería a su gran estructura ósea un matiz andrógino que extasiaba a ciertos clientes, hasta las regordetas, fornidas y musculosas como *coolies*, que habían comido todos los días de su vida a espuestas y cuya piel oscura revelaba su

ascendencia meridional. Los padres de esas muchachas procedentes del campo les habían hecho aprender nociones de danza en la esperanza de que alguno de los ojeadores que rastrillaban las zonas rurales en busca de presas fáciles las descubriese. Las familias estaban prestas a venderlas a cambio de unas monedas, contentas de desprenderse de una boca que alimentar y de desmentir el adagio que aseguraba que «criar hijas es perder el tiempo», puesto que era obligatoriamente la familia del marido la que «heredaba» a la esposa, con lo que descargaba a sus padres de una mano de obra que habían alimentado como mínimo hasta la boda.

En aquel momento Tang no conseguía apartar la mirada del minúsculo cofre en el que Jazmín Etéreo había conseguido introducirse y que un ayudante de escena acababa de cerrar con doble vuelta de llave.

Consciente de la emoción que embargaba al príncipe, el patrono aprovechó la ocasión para seguir con su propaganda.

—¡Dobla la espalda con tanta gracia! Pensad que incluso llega a deslizarse debajo de una varilla de madera colocada sobre dos cuencos de sopa.

—Necesito sin falta a esa chica en el gineceo imperial.

A pesar de aquella declaración, que en otras circunstancias habría sido terminante, el gordo manchú no daba muestras de querer variar su proceder.

—Jazmín Etéreo tiene un éxito tan clamoroso que me vería incapaz de proseguir el negocio sin ella. Así que le eché el ojo, me di cuenta de que la quería en el Toi et Moi. Si supierais lo mucho que me costó convencer al maldito jefe de la tropa del circo ambulante donde trabajaba... Se había empeinado en no vendérmela. Esa muchacha vale oro. En Tianjín, un militar inglés no sabía qué ofrecerme para que se la vendiera. Y bromas aparte, para que un inglés se decida a comprar cualquier cosa en China, por insignificante que sea, os puedo asegurar que hay mucho camino que recorrer...

La vulgaridad del director del Toi et Moi era ilimitada y de buena gana el príncipe Tang le habría pegado un puñetazo en plena cara si no hubiera pensado que entonces habría echado por la borda toda posibilidad de conseguir a la muchacha.

El cazador no debe abandonar nunca a la presa. Nada debe distraerlo de su objetivo. Aquel que, por causa de un ego mal entendido, deja de perseguir a la pieza significa que es débil, incapaz de conseguir sus propósitos.

—¡Fija tú el precio! Te pagaré con buenos y auténticos *liang*. Una proposición tan tentadora como esta no se presenta dos veces en la vida —dijo el príncipe reprimiendo la cólera que lo invadía.

En medio de la concurrencia cada vez más excitada, compuesta de hombres sudorosos y jadeantes como caballos de la estepa después de un galope, Jazmín Etéreo, que acababa de salir de la caja fresca como una rosa recién abierta, a pesar de haber afrontado tan incómoda postura, se abrió de piernas en un gesto tan perfecto que los rosados labios de su adorable sexo, pegados a las tablas del escenario, parecían besarlos. Aunque hastiado en apariencia, dada la cantidad de chicas guapas

que pasaban por sus brazos, el príncipe Han sintió que, al tiempo que la sangre le aflucía al sexo, un estremecimiento le recorría todo el cuerpo de pies a cabeza.

Tan turbado estaba que le pareció escuchar divinas palabras de amor que llegaban de las orillas del Valle de Rosas de Jazmín Etéreo.

Aquella muchacha emanaba una sensualidad animal unida a un increíble impudor. Como si estuviera a mil leguas de aquella jaula de fieras, la contorsionista, con la misma naturalidad que si estuviese charlando en una esquina, exhibía sus intimidades con absoluta franqueza, igual que si de un acto banal se tratase, mostrando una total inocencia, mirando a los espectadores sin ver a ninguno.

¿En qué mundo se encontraba? ¿Qué paisajes contemplaba? A buen seguro que eran sublimes y remotos a juzgar por la serenidad que demostraba la bailarina.

Tang, maravillado y subyugado hasta el punto de olvidarse del rencor que le inspiraba el gordo manchú, no soñaba más que con penetrar en el universo de aquella joven.

Aquella muchacha le brindaba lo que venía buscando desde hacía meses: una presa sobre la cual seguramente el emperador Daoguang se arrojaría con avidez, un trofeo de caza que el Hijo del Cielo le agradecería infinitamente; la ocasión de entrevistarse finalmente con él.

Era indudable que aquella muchacha llamada Jazmín Etéreo, de cuerpo tan armonioso y flexible, sería seleccionada por el intendente para pasar a formar parte del gineceo imperial.

Con el tiempo, debido a su fama de entendido en hermosas mujeres, Tang había pasado a convertirse en suministrador oficial. Cuando alguna de sus presas le parecía lo bastante digna, tras haberla probado personalmente para asegurarse de que valía la pena, la enviaba a Alto Surtidor, el manchú del Palacio Imperial que se encargaba de la comprometida tarea de canalizar a las chicas guapas hacia aquel coto herméticamente cerrado donde el emperador hacía sus incursiones. Entonces, para aquellas que Daoguang accedía a ver de nuevo tras haber pasado con él la primera prueba *in vivo*, se iniciaba el largo recorrido del combatiente en el que abundaban las intrigas y las alianzas tácticas en las que todo estaba permitido. Las más afortunadas o las más taimadas alcanzaban el rango de concubinas titulares y podían llegar más tarde a favoritas, aunque siempre tras haber sido capaces de eliminar a sus rivales. La más osada podía aspirar al título de Primera Concubina, una especie de esposa oficial bis del Hijo del Cielo. El sueño de toda Primera Concubina era pasar a ser emperatriz, pero esta era otra historia, ya que era obligatorio superar antes diferentes estadios: «asesinato», «complot», «alianza con los eunucos» y otras trapacerías de aquel terrible juego de la oca donde la simplicísima regla válida podía resumirse en la fórmula de ganar o morir.

Haciéndose ya a la idea de que, como de costumbre, pondría él primero a prueba a la bella e impúdica contorsionista, Tang empezó a imaginar lo que solicitaría de ella en concepto de prestaciones amorosas, ya que no dudaba un momento de que la chica

sería capaz de adoptar sin problemas uno de los nueve métodos o posturas que estipulaba el *Tratado de la Muchacha Oscura*^[26] por ejemplo, la de los «monos luchadores», que consiste en que la mujer, tumbada en la cama, levanta las piernas alrededor del cuello del hombre; la del «acercamiento del tigre», en que la mujer arrodillada ofrece la grupa a su compañero; la de la «tortuga que escala la Montaña Sagrada», cuya práctica se recomienda mientras se retiene la eyaculación, ya que centuplica las fuerzas... Pero el príncipe sentía debilidad por la figura del «conejo que chupa los pelos», donde el hombre tumbado boca arriba recibe el homenaje de la mujer sentada a horcajadas sobre él con las nalgas sobre su rostro.

La boca se le hacía agua al pensar en los dulces y sugestivos remedios que pensaba administrar a Jazmín Etéreo para obtener por parte de ella una contrapartida equivalente.

Cuanto más da el hombre a la mujer, mejor se lo devuelve ella.

Ya imaginaba con delectación los gestos preconizados por el autor —¡no dudaba de que se trataba del Emperador Amarillo en persona!— del *Libro del Viejo a Orillas del Río*^[27], gracias al cual había enseñado a la mujer a caminar por la Vía del Placer: primero hay que pensar en ella, en su placer, en la satisfacción a la que tiene derecho; después hay que pasar la mano por sus adorables Fuentes de Agua Clara y atravesar su fastuoso Gran Mar antes de emprender la ascensión de su inefable Monte Eterno y terminar tocando con el dedo su sublime Puerta Oscura mientras se acaricia con la otra mano su sutil Cuadrado de los Nervios. Entonces, el vientre de la mujer se tensa como un arco y seguidamente se relaja bruscamente, al mismo tiempo que de la Vara de Jade del hombre brota la inefable energía vital. La Raíz del Cielo y de la Tierra no tendrá más que unirse con la Puerta Oscura y —¡oh, triunfo!— el Yin se confundirá con el Yang, un instante que parecerá una eternidad.

Se llevó la mano a la entrepierna para que los demás no advirtieran hasta qué punto su Vara de Jade, sometida a cruel necesidad, deseaba a Jazmín Etéreo.

Pese a que Daoguang, el Hijo del Cielo, todavía no lo había llamado para decirle de viva voz qué facultades poseían en materia amorosa las muchachas que él le había seleccionado, el príncipe Tang estaba convencido de que su función de suministrador de carne femenina al ogro imperial le confería una situación interesante. Mucho más interesante y en todo caso más gratificante que la misión casi imposible que se le había confiado.

Más que una intuición, era una certidumbre: el emperador estaría interesado en dar las gracias a la persona que le había descubierto a aquella joven única en su género.

A menos que...

Pero barrió con presteza de su espíritu aquella idea que empezaba a tomar cuerpo.

Así que, cuando terminó su número, la contorsionista saludó a la concurrencia y se retiró tras haberse cubierto la espalda con una capa de seda negra adornada con estrellas de plata.

Decidido a cerrar el trato, el príncipe volvió a la carga junto al patrón del Toi et Moi.

—Dime, ¿cuánto quieres por esta chica?

—No me será fácil encontrar a otra tan impresionante como esta y con un cuerpo tan flexible como el suyo.

—Odio los regateos inútiles. ¡Al grano! Como dice el refrán, «el tigre no se anda con detalles».

—Príncipe, ¿puedo pedirlos un favor?

—¡Adelante!

—¿Podrías conseguir que pusieran el Toi et Moi en la lista de establecimientos de placer de la capital dónde se tolera el opio? Mi *cabaret* sufre la competencia desleal de los fumaderos. Todos mis buenos clientes son adictos al opio. Lo encuentran a dos pasos de aquí, pero no en mi casa. Eso me causa un enorme perjuicio —se lamentó el adiposo manchú.

—¿Te das cuenta de lo que me pides? ¡Esa lista de la que hablas no existe! El opio está prohibido. Los fumaderos trabajan por su propia cuenta y riesgo. Si el Inestimable y Muy Poderoso Daoguang oyese lo que me acabas de decir, mandaría que te cortasen la cabeza por muy manchú que seas.

Aquella diatriba no turbó lo más mínimo al hombre a quien iba destinada. En Pekín todos los favores eran venales. Bastaba con «encontrar el camino», es decir, saber llegar al que era capaz de decidir, lo que evidentemente no era fácil, y una vez conseguido ese primer objetivo —bastante caro de por sí en lo que respectaba al pago a intermediarios—, saber «persuadirlo de lo bien fundado de la petición» o, dicho en otros términos, engrasar bien los tornillos.

El director del Toi et Moi no abrigaba dudas con respecto a que el príncipe Tang tenía el brazo lo bastante largo para llegar a donde quisiera. En todas las ciudades grandes de China había numerosos personajes de alto rango que disponían de milicia propia, lo que les permitía proteger mediante la adecuada financiación un número de fumaderos ilegales en los que la policía municipal no practicaba nunca ninguna redada.

—Sé muy bien qué precio tiene Jazmín Etéreo. Esa chica no tiene igual en Pekín. Un cuerpo de serpiente como el suyo, capaz de adoptar la postura que sea para satisfacer los caprichos de sus amantes, no se encuentra así como así —dijo entre melindres y sonrisas el amo del *cabaret*.

—Veré lo que hago —se limitó a responder el príncipe.

Le costaba arrancarse de los pensamientos a aquella muchacha con un cuerpo capaz de efectuar mil proezas, aquella Jazmín Etéreo que no se parecía a ninguna de las mujeres que se había llevado a la cama.

—¡Si vos queréis, podéis, príncipe! Aquí saben todos que vuestra poderosa red es muy activa.

La sonrisa del director era tan exagerada que las muecas le deformaban la cara.

Tocado en lo más vivo, Tang saltó de su butaca como un guerrero dispuesto al ataque. Si no se hubiese sentido consumido por el deseo de recorrer con las manos el cuerpo de aquella muchacha y de explorar sus rincones más recónditos, habría dejado allí mismo a su interlocutor con la palabra en la boca y habría renunciado definitivamente a pisar de nuevo aquel establecimiento.

—¿Qué quieres decirme? Ten presente que yo no formo parte de esa ralea. Por el contrario, si hiciera caso de tus exigencias junto a las altas esferas, estabas aviado — le soltó Tang, profundamente contrariado al ver que su país sucumbía a tal ausencia de principios después de tantos milenios de tradición y de respeto a los ritos.

Los hombres que formaban el séquito del príncipe se pusieron de pie y se agruparon alrededor de su señor, todos con la mano en el puño del sable. En aquella sala pequeña pero sobresaturada del Toi et Moi, de haber sido la estación de las moscas, se las habría oído volar. Viendo el cariz que tomaban los acontecimientos, el manchú comprendió que lo mejor que podía hacer era bajar un poco el tono. Como buen negociador, sabía hasta dónde podía llegar sin ofender a su interlocutor, sobre todo tratándose de un Han.

—Voy a prestaros encantado a la chica para que la probéis. Corre de vuestra cuenta si se niega a satisfaceros.

El príncipe Tang se tranquilizó e hizo una señal a los hombres de su pequeña escolta para que volvieran a sentarse.

—Después nos pondremos de acuerdo vos y yo en cuanto al precio —añadió el director del Toi et Moi secándose la frente.

Ahora correspondía a Tang hacer que el infame manchú, por haberse decidido a renunciar a sus pretensiones, estuviera sobre ascuas.

—¡Voy a denunciar tus manejos!

—Os suplico, mi señor, que no lo hagáis. La muchacha está a vuestra disposición.

El príncipe, que había obtenido exactamente lo que quería, bajó algo los humos.

—Envíamela mañana por la noche. Te la devolveré el día siguiente por la mañana. Me comprometo a hacerlo. De ese modo podrás continuar explotándola y yo tendré tiempo de reflexionar y decidir cuál es el precio justo que se le puede adjudicar. ¡La palabra de Tang es sólida como el jade!

—No lo he puesto jamás en duda, mi señor —masculló el director, que se esforzaba en disimular lo indignado que estaba por haberse dejado engañar.

El príncipe salió exultante del Toi et Moi. Gracias a su larga experiencia en el arte de la cama, confiaba en que Jazmín Etéreo acabaría por rendírsele. Bastaría con que se dejase frotar un poco con la yema de los dedos y era seguro que sucumbiría. No había una sola mujer que se negase a gozar. Todo se reducía a mucha habilidad de dedos y a un poco de tacto. Por algo tantas jovencitas habían acabado por ceder a sus caricias y pedirle más cuando en un primer momento las había visto dominadas por el pánico al presentarse desnudas ante él. Algunas incluso le habían suplicado que no parara una vez emprendido el camino.

Así que entró en su casa y cuando uno de sus criados le quitó el manto con que se cubría, se sintió invadido por el vértigo.

¿Y si, en el caso de esta Jazmín Etéreo, conseguían fundir sus respectivas savias y convertirse en un único ser?

La fusión del Yin y del Yang.

La llave encaja en la cerradura adecuada, la cerradura encaja en la llave adecuada y consiguen formar un todo único y perfectamente indisociable.

Tal vez esta joven contorsionista era esta llave única, la única capaz de encajar en «su» cerradura.

En tal caso se reservaría a Jazmín Etéreo para él solo. No se la ofrecería al Hijo del Cielo, porque ella no valdría para él ni él para ella.

Cerró los ojos e imaginó la regeneración de los hálitos leves y sutiles, aquellos que, como se demuestra en el *Yijing*^[28], producen la mezcla que sirve para fabricar los seres humanos.

Cuando aquellos se consiguen, es posible la inmortalidad. El Yang claro y celestial se une al Yin turbio y terrenal. Por fin se confunden Tierra y Cielo, tal como se encontraban antes de la creación del mundo, cuando este aún formaba parte del Caos Primordial.

Como Fuxi y Nigua^[29], cuyas colas se enroscan entre sí, las miradas de los amantes unidos se enroscan una con otra y juntos, al unísono, cuando el placer es tan intenso que linda con el dolor, alcanzan la plenitud del vacío y penetran en la antecámara de las Diez Mil Vidas para llegar al Espacio de la Globalidad Interior, allí donde el ser humano es absolutamente feliz y se encuentra totalmente sereno.

Entonces, loco de esperanza, el Han de origen principesco soñó que aquella alquimia secreta e inaudita de la Gran Fusión Última del Yin y del Yang a la que aspiraba desde hacía tanto tiempo tal vez, por fin, estaba al alcance de su mano...

V

Londres
12 de octubre de 1845

Al llegar a la sede de la compañía Jardine & Matheson, un inmueble señorial de estilo neoclásico pintado indefectiblemente de blanco todos los años, donde ya debía de estar esperándole, dado su retraso, la persona con la que tenía que entrevistarse, Nash Stocklett se sentía algo achispado, lo que le provocaba cierta vergüenza.

Haciendo un esfuerzo para causar buena impresión y caminar en línea recta, pero sin conseguir evitar una trayectoria ligeramente sinuosa, irrumpió en el amplio vestíbulo al que daba su despacho después de haber estado a punto de desmoronar y desparramar sobre el pavimento superpulimentado todo el montón de documentos que le traía su secretaria para que los firmara.

—¡Buenos días, mi querida ahijada favorita! —le espetó en un tono que pretendía ser jovial a la jovencísima muchachita de ojos azules y larga cabellera rubia que parecía arrancada de una tela de Rafael y que lo estaba esperando en su despacho, sentada muy formalita en una silla.

—Buenos días, señor —le respondió la chica situándose a la misma altura de la boca del jefe de contabilidad de Jardine & Matheson, no sin imprimir una ligera torsión a su cabeza, ya que odiaba el contacto de las mejillas rasposas de Stocklett tanto como la manía de este de llamarla ahijada teniendo en cuenta que no era su padrino.

El movimiento de retroceso provocó una graciosa ondulación de la cabellera de la muchacha, que brilló con el reflejo de la luz. Los labios de aquel que pretendía indebidamente ser su padrino no hicieron más que rozar su oreja izquierda y proyectaron hacia ella una infame vaharada de cerveza que le provocó náuseas.

Al atravesar Regent's Park, Nash Stocklett había procurado respirar aire a pleno pulmón ya que lamentaba profundamente haberse dejado arrastrar a la ingestión de tanta cerveza por influencia de Arthur Homsley antes de acudir a la cita que tenía con Laura Clearstone, puesto que no quería que la chica informase a su madre, Barbara, enemiga jurada tanto del tabaco como del alcohol, de que apestaba a cerveza como un vulgar borracho.

Para escapar a tamaño oprobio, se precipitó a una de las ventanas del despacho, asió el pomo en forma de cabeza de gorgona y la abrió de par en par. Al momento una ráfaga de viento recorrió la habitación y hojas de papel y documentos emprendieron una danza voladora y fueron a parar al parqué encerado de donde, acompañándose de lamentos de contrariedad, los recogió la secretaria que acababa de entrar cargada con un nuevo montón de papeles.

—Supongo que esta vez me habrás traído el sobre, ¿verdad?

A Laura no le gustaba en absoluto la voz de su «padrino». Era dulzona y sonaba a falsa..., tan a falsa, de hecho, como la de la señorita Tart, su profesora de inglés, que cuando hacía salir a sus alumnos a la pizarra les pellizcaba la oreja con la sana intención de arrancarles quejas de dolor y de asustarlos. Sus ojos del color de la inocencia se agrandaron un poco debido a la repugnancia que le producía el personaje a quien acababa de tender el sobre que le pedía. Poco después, además del insoportable hedor a alcohol de lúpulo que emanaba la boca del señor Stocklett, pareció como si en su desahogado despacho, una habitación que hacían más sombría aún las estanterías que tapizaban las paredes desde el suelo hasta el techo, quedara suspendido en el aire un velo invisible pero nefasto.

—Sí, señor —respondió la muchachita, cuya voz, aun no siendo más que un hilo, atravesaba a duras penas el nudo que se le había formado en la garganta.

Tras restituir los papeles en el sitio que les correspondía en la mesa después de recogerlos del suelo, la secretaria, en la esperanza de que su jefe le firmara el contenido del portafirmas, intentó intervenir, pero Stocklett la paró en seco con gesto brusco y le indicó con el ademán que quería quedarse a solas con la joven. Como un animal apaleado, la secretaria salió del despacho cerrando la puerta de golpe para dejar patente a su jefe que no aprobaba sus prioridades.

—¿Por qué me llamas «señor» cuando te he autorizado a que me llames «padrino»?

—Mi padre me dijo que debía llamaros siempre «señor».

—¿Y qué más te dijo?

—Que os advirtiera de que no podría pagaros los seis meses últimos de alquiler. Dentro del sobre os lo explica.

—Pues con los seis anteriores que me adeuda, va a ser ya un año —farfulló, contrariado, el jefe de contabilidad de Jardine & Matheson.

¿Servía de algo sermonear a la jovencita cuando era su padre y nadie más que su padre el que estaba en falta? ¿No era, en efecto, nada más y nada menos que el condenado de Brandon Clearstone quien se permitía no pagarle el alquiler de aquel apartamento encantador situado a dos pasos de Oxford Street que Nash se había avenido a alquilarle, aunque, a decir verdad, a petición de Barbara? Sí, aquel cobarde de Brandon le enviaba a su hija para darle la buena noticia porque no tenía arrestos suficientes para dársela él.

Nash estaba que echaba chispas, por eso le temblaban las manos al abrir el sobre. Reconoció al momento la tinta verde del ridículo artista. Brandon escribía las cartas en papel birlado a Barbara, que Nash identificaba por el embriagador pachulí a la violeta que lo impregnaba, efluvios que le recordaron de forma inequívoca las numerosas cartas que ella le había dirigido.

¡Era el colmo!

Querido señor Stocklett:

Mis negocios van de mal en peor, razón por la cual me veo obligado a pedirlos un último favor...

Suspendió la lectura. ¡Era demasiado! Terminar de leer aquella carta de tono ampuloso era superior a sus fuerzas. Además, ya conocía el final porque Laura, con esa inocencia que caracteriza a los jóvenes, le había comunicado la petición de su padre.

—¿No queréis leerla, señor Stocklett? —le preguntó la muchacha con aire inocente, antes de insistir—: Mi padre me ha dicho que era importante.

Nash miró a la hija de Barbara, que bajó al momento los ojos. Jamás había logrado establecer un verdadero contacto con ella. Desde niña huía de él como de la peste. No había nada que hacer. No habían servido de nada los libros de Jane Austen o de Walter Scott en lujosas ediciones que le había regalado con ocasión de su último cumpleaños, ni las muñecas de cabeza de porcelana y cubiertas de cintajos, ni las maquetas de palacios principescos con que colmaba a los dos hijos de los Clearstone desde su más tierna edad.

A buen seguro que Laura sería tan guapa como su madre, pensó para sus adentros contemplando el rostro de la jovencita de semblante serio, casi severo, que acentuaba aún más su faceta rafaelesca y fuera de época. Al igual que Barbara, tenía labios carnosos, pero sin exceso; como su madre, el extremo de las cejas perfectamente dibujadas se perdía en la sien y suavizaba la mirada dándole un aire angelical; y hasta tenía las mismas manos finas y blancas como las de las estatuas de alabastro de los relicarios góticos, unidas en modoso gesto sobre el regazo. También las manos eran las de su madre, aquellas manos en las que tantas veces había posado los labios.

¡Ah, si Barbara Clearstone hubiera sido su mujer! Aquella Barbara a la que conocía desde la adolescencia, aquella Barbara, la mujer de su vida, aquella de quien había estado y seguía estando locamente enamorado.

Era la historia de un gigantesco fracaso, una de aquellas terribles ocasiones fallidas que dejan un regusto a ceniza en la boca de los protagonistas.

Cuando ella tenía once años, los padres de Barbara Wilson, anglicanos ultrapracticantes y de obediencia radical, se habían instalado en Durham en una casa que lindaba con la suya cuando él tenía doce años. Sus encuentros semanales estaban poblados de juegos y risas locas, ya que cada semana Nash, que estaba interno en el colegio donde su padre era profesor, iba a visitar a su familia. Barbara solía invitarlo a su casa, donde su madre preparaba unas tartas exquisitas de ruibarbo y de arándanos, servidas en grandes fuentes rústicas. Nash, por su parte, llevaba a Barbara a visitar los bosques que rodeaban las casas donde, sintiéndose solos en el mundo, jugaban a Robin de los Bosques.

Un día de primavera del año 1819, aprisionándola dulcemente contra el suave

tapiz de musgo que cubría el tronco de un roble, Nash la besó. Ella se dejó hacer. Tenía doce años y él trece, esa edad en que a los chicos les empiezan a trabajar los primeros apetitos sexuales e influir en su comportamiento. La semana siguiente había repetido la escena, esta vez forzando los labios de Barbara e introduciéndole la lengua en la boca. El juego había encantado a la chica hasta el punto de que fue ella quien tomó la iniciativa en la siguiente ocasión, que ocurrió en una cabaña de cazadores de patos construida a orillas de un pequeño estanque. Fueron, pues, los sombríos bosques de hayas, rodeados de verdes praderas de hierba de los alrededores de Durham, los testigos de sus primeros arrebatos adolescentes.

Aunque locamente enamorados, se esforzaron en mantener secreto aquel idilio. Pero transcurrido un año, aquellos besos profundos ya no bastaron a sus jóvenes cuerpos sedientos de deseo. Y quiso el azar que, en uno de sus paseos, el 13 de mayo de 1820, fecha que quedó grabada para siempre en la memoria de los dos, al final de un camino recóndito a través del cual perseguían mariposas de los prados, encontraran un granero que olía a heno. Al amparo de la rústica alcoba en aquellos parajes olvidados del mundo, se arrancaron mutuamente las ropas con los gestos torpes de los neófitos mientras la boca de uno devoraba el cuerpo del otro. Bastaron unos pocos instantes para que se encontraran totalmente desnudos, temblorosos de placer y embriagados de deseo, maravillados ante el inefable descubrimiento de sus respectivas naturalezas, prontos a franquear el paso. Solos en el mundo y envueltos en un océano multicolor de flores campestres, se habían entregado uno a otro sin la menor reserva, insensibles a la relativa incomodidad de la situación en la que se encontraban y decididos a que la hierba recién cortada fuera testigo de la pérdida de su virginidad.

Pero todo lo bueno tiene un final.

Al idilio íntimo, bucólico y placentero de los dos adolescentes locamente enamorados puso un brutal final la inopinada partida de la familia Wilson.

Un sábado, al llegar a Durham procedente del colegio, Nash llamó en vano a la puerta de la casa de Barbara, cuyas ventanas tenían desesperadamente cerrados todos los postigos. Presa de loca angustia, Nash fue a casa de la señorita Jones, una vecina que solía pasar el tiempo espiando la calle desde la ventana de la cocina, disimulada detrás de una cortina de cretona a cuadros blancos y rojos.

—Claro que no están en casa. Se marcharon anteayer —le respondió la arpía levantando los ojos al cielo, maravillada por lo absurdo de la pregunta.

Anonadado, poco faltó para que Nash saltara al cuello de aquella víbora.

—¿Se han ido?

—¡Acabo de decírtelo! —remachó la señorita Jones, encantada del efecto causado.

—¿Sabe usted adonde, señorita Jones?

—No tengo ni idea. Y aunque lo supiera, no te lo diría. ¡Eran tan discretos! —exclamó, escandalizada, la temible vecina, como si se tuviera por representante de la

discreción, ella que era una fisgona incorregible.

La pérdida de Barbara fue un golpe terrible para Nash, aunque no quiso hacer partícipes a sus padres de su desgracia. Era impensable que pudiera revelarles el amor que sentía por la adolescente, pese a que en casa, su padre, librepensador y ateo convencido, profesaba ideas liberales. Se había pasado noches enteras llorando a su amada, convencido de que no volvería a verla nunca más. Pero pasaron los años, durante los cuales, atormentado por el recuerdo de la muchacha, no llegó jamás a aceptar la realidad. Dado que era un alumno brillante, sus padres lo enviaron a Cambridge, donde fue admitido en la Facultad de Derecho y cursó la carrera de Leyes a la que aspiraba. Sin embargo, la muerte prematura de su padre lo obligó a interrumpir sus estudios. Se instaló, pues, en Londres, donde fue contratado por un importante gabinete de abogados cuyo principal cliente era precisamente Jardine & Matheson, empresa que no tardó en prescindir de sus servicios. Como Nash estaba convencido de que no encontraría su alma gemela, buscó una salida en el trabajo y se contentó con las relaciones efímeras que no comprometen a nada.

La verdad era que hasta tal punto estaba marcado por el recuerdo de Barbara que tuvo la impresión de que no hacía más que un día que la había visto cuando, diez años después de haberse separado de ella, se la encontró en el puesto de un florista de Oxford Street, donde le estaban confeccionando un ramo de calas. La reconoció al momento. Apenas había cambiado. Su figura solo había adquirido unos kilos más.

—¡Barbara, qué alegría encontrarte! —exclamó abriendo los brazos.

Por su manera de abrazarlo y apartarlo después, había comprendido que también ella había debido de sufrir, pero que seguramente no era libre. Había pasado tanto tiempo desde Durham...

Ante la mirada de contrariedad del florista, que había comprendido que lo mejor que podía hacer era guardarse las flores, Barbara se había librado a irreprimibles sollozos y sus lágrimas mojaron su estola de zorro azul. Una vez en la acera y del brazo de Nash, que se empeñó en poner en sus manos un ramito de violetas, la joven exclamó con acento desgarrado:

—Estoy casada, Nash. ¡Qué terrible! Si nos hubiésemos encontrado no hace más que tres meses... yo entonces era libre. ¡Qué gran desgracia!

—Nunca es demasiado tarde, Barbara, mi único amor. Alegrémonos de lo que acaba de ocurrirnos. Es la felicidad que llama a nuestra puerta.

Era ese momento del final de la tarde en que los burócratas abandonan el lugar de trabajo y la multitud era tan densa que resultaba imposible seguir hablando con tranquilidad. Nash le suplicó que lo acompañase a su casa, situada en el barrio universitario, proposición que ella aceptó de mil amores y que llevó a que ocurriera lo que debía ocurrir. Ansiosos de revivir el pasado, hicieron el amor, él como un león hambriento, ella algo reticente al principio pero entregándosele después con ardor en el estrecho camastro de aquella habitación espartana que Nash ocupaba en un edificio de apartamentos para estudiantes. El ramito de violetas esparcidas, machacadas y

aplastadas por las manos febriles de Barbara, había quedado desparramado al pie de la cama, desde donde exhalaba su embriagador perfume.

Después de hacer el amor, Barbara lo abrazó con tal fuerza que le hizo daño.

—¡Pobre Nash y pobre de mí, en qué lío nos hemos metido! Estamos en un callejón sin salida.

—¡Cásate conmigo, Barbara!

—¡Ya tengo marido, Nash! Un joven muy agradable. Nos ha unido un sacerdote.

—¡Al diablo los sacerdotes y sus pamplinas! Tú y yo tenemos derecho a la felicidad.

—Yo soy creyente, Nash. No hables así conmigo.

—Si me hubieses enviado tu dirección cuando te fuiste de Durham, habría sido yo quien te habría pedido en matrimonio así que hubiera podido reunir el dinero suficiente para casarme contigo. Con mi salario podría alquilar un gran apartamento. Si sigo viviendo en este pisito de estudiante es porque no he tenido tiempo de buscar un apartamento digno de ese nombre. Si te decides a vivir conmigo, mañana mismo podemos tener un magnífico apartamento de cuatro habitaciones en los muelles.

Barbara se limitó a darle un beso furtivo. Nash la observó, pensativo, mientras ella se levantaba, se vestía y se disponía a marcharse. Tenía las mejillas y el cuello arrebolados después de los arrumacos a que se había entregado con Nash.

—¡Quiero que me des la dirección, Barbara!

—¿Lo crees útil, Nash? ¿No te parece que será mejor dejar las cosas como están?

Necesitaba ganar tiempo a toda costa. No podía perderla así de pronto. Debía mendigarle otro encuentro y esperar a que acabara por ceder.

—Te lo suplico, por lo menos una vez más. Va a ser la última.

Había cedido una vez, dos veces, jurándose siempre que aquella iba a ser la última, pero él le imploraba siempre una vez más. En lo tocante a Barbara, el engranaje se había puesto en marcha. Él se sentía incapaz de dejar de verla y ella no tenía fuerza suficiente para romper de una vez por todas.

Pero si por un lado habían acabado por instalarse en una relación regular, Barbara Wilson, que era ahora la señora Clearstone, no quería oír hablar de divorcio. Apoyándose en sus principios morales y religiosos, se negaba obstinadamente a esta posibilidad. Nash, por su parte, cuyos escarceos sexuales se habían limitado a frecuentar dos o tres veces al mes a las prostitutas de todas las edades y estilos que ofrecía la capital de la corona británica, no había renunciado a casarse con Barbara, convencido de que con el tiempo ella cambiaría de opinión.

Brandon Clearstone, su marido, dirigía una pequeña fábrica de pianos heredada de su padre. Perteneecía a una familia de constructores de instrumentos de teclado con una tradición transmitida de padres a hijos. El taller donde se fabricaban estaba enclavado en Greenwich, lo que obligaba a Brandon a permanecer toda la semana en esa población y volver a Londres solo los fines de semana, gracias a lo cual los amantes no tenían problema alguno para encontrarse, siempre que les parecía

oportuno, en casa de uno o de la otra.

La armonía física era tan perfecta que ni siquiera tenían necesidad del picante que suele añadir el tabú del adulterio.

Antes de enlazar a su amante, Nash la desnudaba lentamente siguiendo un ceremonial invariable. Cuando la única prenda que le quedaba sobre el cuerpo era el ligero, le besaba vorazmente las partes íntimas. A continuación le acariciaba la espalda, donde aparecían muy visibles las marcas dejadas por las ballenas del corsé que Barbara, como la mayoría de inglesas de la época victoriana, no se quitaba de día ni de noche, ya que la educación negaba a las mujeres la propiedad de su cuerpo, lo que las degradaba al rango de máquinas de fabricar niños con vocación de pertenencia exclusiva al marido.

Nash y Barbara eran una pareja ilegítima, con todo lo que ello implica de frustración y mentira: la separación al caer la noche, la unión amorosa precipitada, el miedo a que alguien te reconozca al entrar en un restaurante del brazo del amante. Pero con el paso del tiempo, Nash iba ejerciendo más presión sobre ella.

—Barbara, si no te divorcias, dejaremos de vernos —le espetó un día Nash mientras se ponía los pantalones y ella, jadeante aún, se concedía unos minutos más en la cama de su amante antes de ir al lavabo a arreglarse y peinarse.

Pese al placer que acababa de experimentar, su respuesta fue la de siempre:

—El matrimonio es un vínculo sacramental que solo Dios puede disolver, Nash. Si dejamos de vernos después de habernos enamorado fue porque el Señor lo quiso así.

—Yo sigo enamorado de ti. Tú eres la mujer de mi vida. Podríamos fundar una familia, tener hijos. ¡Estoy cansado de esta relación secreta!

Pero Barbara, deshecha en lágrimas y desesperada, se había apresurado a puntualizar las cosas.

—¡Es imposible, Nash! Además, el día que vaya a confesarme con el cura, me ordenará que deje de verte y me verá obligada a obedecerlo.

Nash se enfureció al comprobar que las convicciones religiosas de Barbara trababan hasta aquel punto su libre arbitrio.

—¡No sabía que tenías necesidad de un padre espiritual!

—Estamos viviendo en pecado, Nash —se había lamentado Barbara.

La vio tan desesperada que decidió posponer la ofensiva para mejores días.

Un año y medio más tarde las cosas seguían igual, salvo que a su regreso de una breve estancia estival que ella había pasado con su marido en el campo, huéspedes de la finca familiar de Lancashire de la que se ocupaba su hermano, ella le había anunciado, pálida y desencajada, que estaba encinta de Brandon. Nash montó en cólera. Fue un duro golpe que no se esperaba. A diferencia de él, Brandon había conseguido sus fines.

—¿Estás segura de que no soy yo el padre del niño? Nos acostamos la víspera de tu partida.

—Nash, no me vengas con fantasías. El padre es Brandon. Estuve con él todas las noches. Estaba como un animal en celo. No me preguntes más porque me asquea hablar de esas cosas.

La violencia de las palabras de Barbara fue para Nash una puñalada en el corazón.

Consciente de que la posibilidad de matrimonio se alejaba, había tratado de romper la relación, pero el amor total e ilimitado que sentía por ella se lo había impedido. Además, Barbara no le había manifestado el deseo de dejar de verse, por lo que Nash trató de agarrarse a la esperanza de que, a pesar del hijo que esperaba, tal vez conseguiría de ella que se divorciara.

—¿No encuentras que esa niña se parece a mí? —había lanzado a su amante con intención de arrancarle una sonrisa, cada día más deprimida después del parto, cierta vez que vio a la pequeña Laura en su cuna, al poco de haber nacido.

Se habían encontrado de nuevo en la habitación de los criados situada en un semisótano de un elegante edificio de Knightsbridge que Brandon alquiló después de que su esposa diera a luz.

—¡Mi pobre Nash! Decididamente, no cambiarás nunca. Tu perseverancia me admira —dijo Barbara con un suspiro y mirada ausente antes de encerrarse en un profundo mutismo.

—¡Te amo! Si te divorcias, educaré a esa niña como si fuera hija mía.

—Yo no soy tu mujer, Nash. No soy más que tu amante..., y espero que Dios me perdone —exclamó la joven madre con voz cansada.

Era una época en la que Barbara, extenuada debido a la lactancia, tenía cada vez un aire más triste, como si ser madre fuese para aquella mujer una cruz más.

—¿Y si nos fuésemos lejos? A Francia o a Alemania, por ejemplo. Allí podríamos comenzar una vida nueva.

Barbara, muy triste, lo miraba con aire impotente.

—No me gusta viajar, Nash.

El nacimiento de Laura había marcado un viraje en sus relaciones. Sus encuentros habían pasado de dos y tres veces por semana a irse espaciando hasta que pasaron dos o tres semanas sin verse. Nash, que seguía pensando en el medio de poder posesionarse del cuerpo de su amante, sentía el mismo ardor de siempre por ella aunque, a medida que iba pasando el tiempo, se veía obligado a confesarse que su relación con una Barbara que cada vez se iba alejando más, iba también perdiendo empuje.

Si la situación financiera de Nash Stocklett subía de cuatro en cuatro los escalones de su profesión, la de Brandon Clearstone no paraba de deteriorarse, hasta que llegó un punto en que ya pudo decirse que estaba haciendo aguas. El matrimonio no paraba de cambiar de domicilio y pasaba del piso amueblado a zahúrdas húmedas e insalubres. Pero, para fastidio de Nash, aquellas dificultades materiales no conseguían hacer flaquear la voluntad obstinada de Barbara de continuar al lado de Brandon.

Dos años más tarde, nueve meses después de las vacaciones de verano, tuvo a Joe, el hermanito de Laura, un niño con una graciosa cara de chinito que no paraba de babear. Esta vez Nash no le gastó la broma de que él podía ser el padre del niño, ya que llevaba casi un año sin hacer el amor con Barbara.

La llegada del segundo hijo obligó a los Clearstone a abandonar la sórdida vivienda donde se alojaban, por lo que Nash propuso a Brandon, a quien Barbara había presentado como un amigo de la infancia, que le alquilase un apartamento que él había adquirido como inversión. Era precisamente ese apartamento de tres habitaciones más cocina cuyo alquiler Brandon se había confesado incapaz de pagar desde hacía bastantes meses.

Como siempre que se encontraba en presencia de Laura, aquella hija que habría deseado tanto tener con Barbara, Nash se sintió embargado por la emoción.

En la penumbra del despacho solo alterada por el cono de luz que bajaba del techo, los grandes ojos color de aguamarina, bordeados de inmensas pestañas que acentuaban su candor, miraban a Nash con curiosidad. Laura, cachorro salvaje siempre esquivo ante aquel hombre, se preguntaba por qué no leía la carta que le había traído de parte de su padre. En cuanto a Nash, en su cabeza se entremezclaban esperanzas, deseos y anhelos inaccesibles: separar a Barbara de Brandon, casarse con ella, tener con ella un hijo que tuviera unos ojos tan bellos como los de Laura, mimarla y hacerla feliz hasta el fin de sus días.

Recordó entonces la ocurrencia de Homsley a propósito de vender pianos a los chinos. Se estremeció, se pasó una mano indecisa por la nuez del cuello, reflexionó unos segundos y se decidió. Tenía allí, al alcance de la mano, la solución de aquel problema insoluble hasta entonces. Era un desgraciado, un incapaz. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

No tenía más que poner aquella solución en marcha cuanto antes, demasiado se había atrasado ya todo. Si continuaba de brazos cruzados, Barbara y él llegarían a viejos y seguirían estando en el mismo punto.

—Supongo que esta noche tu padre estará en casa, ¿verdad?

—Sí, señor Stocklett. He ayudado a mi madre a preparar unos buñuelos de bacalao y una tarta de ruibarbo para la cena. Es el cumpleaños de Joe —respondió la hija de Barbara y Brandon.

—¿Cómo está tu hermanito?

—Mi madre está preocupada con él. Ahora se encuentra en la fase agitada.

—Ya comprendo. Bueno, ¿nos vamos? Te acompaño.

El estado mental de Joe Clearstone tenía en vilo a sus padres desde su nacimiento. Como todavía no habían llegado a unas conclusiones definitivas las investigaciones del doctor Langdon Down^[30] sobre el síndrome del mongolismo, nadie había podido establecer un vínculo entre el rostro inexpresivo y los ojos oblicuos y el trastorno que imperaba en la mente de los afectados. En aquel entonces se daba el nombre de «chinitos» a los niños que presentaban estas características morfológicas cuya causa

era desconocida en aquella época y a veces se atribuía a una lejana ascendencia.

Antes incluso de que aprendiera a caminar, lo que no hizo hasta los tres años, Joe Clearstone alternaba fases de intensa agitación y de profundo abatimiento hasta que sus padres decidieron consultar con un «médico del alma», quien diagnosticó un «desarreglo del humor vinculado a una dificultad de relación como resultado de la influencia del planeta Saturno en su carta astral». Por todo tratamiento había que recubrir de nieve al niño y sumergirlo después en un baño de agua hirviente. Era invierno, por lo que Barbara aprovechó la abundancia de nieve para poner en práctica el remedio, que resultó peor que la enfermedad. Al sacarlo del agua hirviendo, Joe sufrió una crisis de nervios muy violenta que obligó a su madre a llamar a Brandon para que la ayudara a sujetar al niño. Enloquecido por tan bárbaro tratamiento, el niño había mordido y arañado a su madre hasta hacerle sangre. Hubo que abandonar a toda prisa el tratamiento aconsejado por el «médico del alma» y sustituirlo por remedios de comadre, bastante menos agresivos, a base de tisanas y plantas, aunque igualmente inefectivos y sin ningún resultado positivo sobre la conducta del niño retrasado. Poco a poco, Barbara se había ido acostumbrando a la idea de que su hijito Joe, tan cariñoso él, no sería nunca un niño como los demás, pese a lo cual seguía preocupándole que sus crisis pudieran agravarse. Desde su nacimiento, Barbara se había entregado en cuerpo y alma a aquel niño y se negaba por adelantado a internarlo en uno de aquellos establecimientos especializados en débiles mentales que habían empezado a construirse desde la promulgación del Lunacy Act^[31].

Joe no había podido ir a la escuela y si su madre, a fuerza de abnegación y paciencia, le había enseñado algunos rudimentos de lectura, escritura y cálculo, apenas conseguía dominar la expresión oral. Únicamente sus padres y su hermana comprendían su lenguaje infantil, en el que los borborismos, reforzados con gestos desordenados, venían a sustituir las palabras corrientes. Al hacerse mayor, al igual que todos los deficientes mentales cuando abandonan el mundo de la infancia y descubren la crueldad del mundo de los adultos, Joe Clearstone sufría la dura prueba de la mirada de los demás y las contrariedades inherentes, lo que servía para provocarle crisis cada vez más violentas.

Tomaron un coche de alquiler para dirigirse a casa de los Clearstone, situada en el otro extremo de la ciudad, un barrio en plena renovación inmobiliaria no lejos de la torre de Londres. Los inmuebles destinados a viviendas iban sustituyendo poco a poco en la zona a los campamentos de chabolas construidas con planchas metálicas. El apartamento que Nash Stocklett alquilaba a los Clearstone estaba en el cuarto y último piso de uno de los innumerables edificios de ladrillo que se alineaban a uno y otro lado de la calle. En un extremo, la London City Mission había construido un templo evangélico cuya gigantesca fachada ornamentada con frontón y columnas parecía aplastar con su arrogancia la monotonía de las construcciones que la rodeaban, salidas todas del mismo molde, con sus fachadas estrechas y austeras, que un arquitecto con deseos de imitar las construcciones de los barrios elegantes había

amenizado con una sucesión de ventanas de estilo neogótico flanqueadas de curiosas pilastras de fundición con capiteles corintios.

Al llegar al rellano, Laura hizo tamborilear los dedos en la puerta y su padre acudió a abrir.

—Parecéis sorprendido de verme, Brandon Clearstone —le espetó Stocklett, contento del efecto causado.

—Señor Stocklett, estoy peor que nunca. Me encuentro verdaderamente en la ruina más absoluta —le soltó el otro antes de indicarle con el ademán que podía entrar.

Al atravesar el minúsculo recibidor, el jefe contable de Jardine & Matheson no pudo evitar una mirada furtiva a la habitación de Barbara y Brandon, que daba al mismo. Vio la cama cubierta con una colcha de fondo verde manzana con florecillas de color rosa. Una cama que todavía no había abordado. Hacía tanto tiempo que no había hecho el amor con Barbara que ni siquiera recordaba cuándo había sido la última vez.

Así que vio aparecer en la puerta de la cocina la silueta de su antigua amante, ahora ligeramente entrada en carnes, pero tan apetitosa como siempre, con un vestido verde fruncido que él había tenido ocasión de quitarle en multitud de ocasiones antes de que naciera Laura, sintió un alfilerazo en el vientre y tuvo que afianzarse en el suelo separando los pies para no vacilar. Siempre tenía esa misma sensación cuando veía a Barbara: una impresión que se transformaba en una ola que le subía a la cabeza y lo hacía titubear ligeramente mientras su instinto de posesión se multiplicaba con la indignación provocada por haber desaprovechado la ocasión de casarse con ella. En aquellos momentos horribles de buena gana la habría raptado y se la habría llevado muy lejos, lo más lejos posible, para conseguir que fuera solo suya.

Sus miradas se cruzaron furtivamente, preñadas de sobreentendidos y de cosas no dichas. Sabía que ella odiaba verlo en presencia de Brandon.

De todos modos, tuvo tiempo de observar que tenía el mismo aire desolado que su marido, lo que hizo que casi se odiara a sí mismo por haber irrumpido en su casa sin previo aviso.

Pero no era momento para echarse atrás. Había ido a cumplir una misión en bien de Barbara y del suyo propio, una misión en la que quedaba descartado abandonar a medio camino. No había más que poner el asunto sobre el tapete y convencer a Brandon de la sensatez de su idea.

—Señor Clearstone, he venido a...

Apenas había pronunciado las primeras palabras de la frase que se disponía a dirigir al interesado en relación con su comportamiento inadmisiblemente de inquilino mal pagador cuando Barbara le cortó la palabra:

—Estamos preocupados, señor Stocklett. Hace dos horas que nuestro hijo Joe debería haber vuelto de la tienda donde lo he enviado a comprar un paquete de azúcar. No tiene más que once años y se expresa con dificultad.

—Y nada menos el día de su cumpleaños... —añadió Brandon, que se frotaba la barbilla como tratando de fingir serenidad.

—Es la primera vez que ocurre. Normalmente vuelve así que ha hecho el recado —se lamentó la mamá del pequeño *trisómico*^[31a].

—No sé por qué lo has enviado a ese recado —farfulló el padre.

—Joe no se puede pasar el día entero encerrado en casa. ¡Es un niño! A todos los niños les gusta salir de casa —dijo Barbara mirando a Nash como esperando que le diera la razón.

Barbara tenía una manera de hablar de Joe como si Nash no estuviera al corriente de la merma que padecía, lo que resultaba muy molesto para este último. En este aspecto, Barbara fingía a las mil maravillas. Con todo, la norma que habían instaurado de común acuerdo consistía en que, en presencia de Brandon, había que evitar que trascendiera la más mínima sospecha en lo relativo a la relación existente entre los dos.

—No siempre ocurre lo peor, señora Clearstone. Joe acabará por aparecer —Nash se creyó en la obligación de afirmar, no sin una mueca de contrariedad.

La verdad es que estaba sobre ascuas porque odiaba tener que dispensar aquel trato de cortesía a Barbara y dirigirse a ella con el pomposo apelativo de «señora Clearstone».

Las convenciones sociales pueden reducir a la nada la verdad de los seres humanos.

—¿No es hora de cenar, cariño? Está usted invitado, señor Stocklett —dijo de pronto el esposo de Barbara, que se esforzaba por todos los medios en quedar bien.

—Ya podemos sentarnos. La mesa está puesta —añadió su mujer antes de incorporar una silla y un cubierto más a la mesa ovalada del comedor.

La habitación, que también hacía las veces de salón, era de techo bajo y más bien triste a causa de la tapicería de un vago color ciruela a la que unas cortinas de satén verdes prestaban una solemnidad casi ridícula, muy típica de los interiores pequeño burgués de la época victoriana que se contaban por millares en Londres.

Seguida de Laura, dispuesta siempre a ayudar a su madre, Barbara se dirigió a la cocina, de donde salió con una bandeja de estaño con los famosos buñuelos de bacalao sobre un lecho de escarola.

—Los había preparado para Joe —dijo Barbara reprimiendo una lágrima.

Nash Stocklett tragó saliva y, pese a que las circunstancias no eran propicias, se forzó a entrar con voz firme en el tema que le interesaba.

—Señor Clearstone, ¿cómo van los negocios?

El ambiente era opresivo y Nash percibía la respiración jadeante de Barbara, su angustia y la mirada airada fija en la mesa. Su inquietud reforzaba su cólera al ver a su amante inmiscuido en su intimidad. En cuanto a su marido, a quien todo aquello no parecía turbar demasiado, respondió sin vacilar a la pregunta.

—Mal. Mejor dicho, yo diría que van de mal en peor. En fin, ya os lo especifico

en la carta.

—Seguramente el coste de fabricación de sus instrumentos es demasiado elevado —replicó el contable en un tono de voz que pretendía ser sentencioso pero que, en realidad, sonaba falso ante la mirada ahora francamente hostil de Laura.

—Mire usted, señor Stocklett, no tengo ningún recelo en afirmar con absoluta franqueza que mis pianos son los mejores del planeta. ¡Hechos totalmente a mano! Solo los martinets, por no hablar de lo demás, me cuestan una fortuna.

—¡Cálmate, Brandon! Gritas tanto que te oirán los vecinos —le advirtió su mujer.

Pero Brandon le hizo caso omiso y prosiguió su perorata *pro domo* con un énfasis impregnado de vehemencia.

—Proceden de la casa Rothluff de Dusseldorf, indiscutiblemente el mejor fabricante del mundo. Si Clearstone & Sons no fuera el mejor fabricante de pianos, ¿sería el suministrador de Taddeus Rudelski? El solista ruso más grande de nuestra época solo accede a tocar con pianos Clearstone & Sons.

—El problema no es este, señor Clearstone. No os niego la razón. Vuestros pianos son excelentes, pero el problema no es este. El problema está en darles salida —murmuró Stocklett, a quien Barbara acababa de acercarle la bandeja de los buñuelos.

—Hasta aquí os he seguido desde el principio al fin. Tengo doce pianos en el almacén..., que es como decir en brazos, si así lo preferís. Uno más y serán trece.

Al pronunciar aquel número fatídico, Brandon, que era muy supersticioso, se estremeció.

Nash Stocklett, seguro de haber dado en el clavo, estaba radiante. Dado que andaba escaso de fondos, Brandon Clearstone era absolutamente incapaz de financiar sus existencias. Acorralado, agobiado por los acreedores, se encontraba en un callejón sin salida del que se sentía incapaz de salir. Al contable de Jardine & Matheson solo le quedaba descargar la estocada que había preparado con tanto detenimiento y la suerte estaba echada.

—¿Y si exportaseis vuestros pianos a China, Brandon?

Aquella era la primera vez que Nash, con intención de establecer un clima de confianza con su rival, se dirigía a él por su nombre de pila.

—¿A... Ch... China? —preguntó con voz ahogada el interesado.

—Sé lo que me digo. ¡A China, sí! En Cantón, por ejemplo, los venderíais en menos de un mes.

—¿Dónde está Cantón?

—En el sur. Es el puerto más importante de China.

—¿Decís que yo podría vender, en Cantón, todos mis pianos?

—¡Eso he dicho, Brandon! No olvidéis que China está veinte o treinta veces más poblada que Inglaterra, tan poblada que nadie sabe exactamente cuántos habitantes tiene.

—¿Tocan el piano los chinos? Porque eso es lo más importante... —exclamó Brandon con una mueca infantil.

Había pasado de la sorpresa a la alegría. Gracias a Nash Stocklett —algo curiosísimo, ya que le debía dinero—, tal vez tenía en perspectiva la solución de sus problemas.

—Cada día hay más chinos ricos que no sueñan más que en una sola cosa: vivir al estilo occidental. Todos mis agentes comerciales me aseguran que a esta gente le encanta imitarnos. Poseer un piano es un signo de opulencia.

—¡Eso es indiscutible!

—Confiad en lo que os digo: aquí tenéis un verdadero filón. Reflexionad sobre el asunto, Brandon Clearstone. El comercio con China es el futuro del mundo moderno.

Nash estaba satisfecho. A juzgar por la rapidez con que se había transmutado la expresión de Brandon, acababa de alcanzar su objetivo: el modesto fabricante de pianos al borde de la bancarrota, agarrándose a la cuerda que Stocklett acababa de lanzarle como el que está en trance de ahogarse se agarra al salvavidas, había descubierto algo evidente: China, aquel lejano país de donde venía el té que extasiaba a los ingleses, se presentaba ahora como una especie de El dorado ante los ojos del fabricante de pianos.

Bastaba con reflexionar un poco sobre la cuestión... y lanzarse a la ofensiva.

—¿Tú qué dices, Barbara? ¿Has oído lo que acaba de decir el señor Stocklett? —preguntó Brandon a su mujer, que se contentó con levantar los ojos al cielo, ya que a medida que iba pasando el tiempo iba creciendo su inquietud ante la inexplicable ausencia de su hijo.

De pronto se oyeron unos golpes insistentes en la puerta de entrada. Barbara, con el rostro iluminado por la esperanza, se precipitó a abrir diciendo:

—¡Voy yo! ¡Seguro que es Joe!

Pero reapareció al momento en el comedor con el rostro demudado, seguida de un hombre rechoncho que llevaba el uniforme de policía.

—¿El señor Clearstone? —preguntó el agente sin llegar a entrar.

Brandon pegó un salto en la silla.

—Para serviros, señor. ¿Queréis decirme qué ocurre, por favor?

—Se trata de vuestro hijo. Como ya he explicado brevemente a la señora Clearstone, ha sido sorprendido en flagrante delito de hurto... en una corsetería. A menos que estuviera allí para espiar los pechos de las dientas.

—Bueno, eso es lo que ha dicho la tendera —anunció el policía en tono severo retorciéndose las puntas del bigote, que apuntaban al cielo.

—Pero ¿se puede saber dónde está ahora ese condenado pillastre? —gritó el padre fuera de sí.

Para Brandon, el episodio no podía ocurrir en peor momento, precisamente cuando estaba comentando con Nash Stocklett un proyecto que podía sacarlo de apuros, de los que parecía haberse convertido en coleccionista en los últimos meses.

—Te prohíbo que hables en esos términos de Joe —vociferó Barbara dirigiéndose a su marido—, sabes muy bien que no es culpa suya si no sabe dominarse.

—Hacedme el favor de acompañarme a la comisaría, señor Clearstone. Allí os espera el joven Joe.

—¡Mi hijo en la comisaría de policía! —suspiró Brandon, agobiado, poniéndose la levita.

—Joe no es un niño como los demás. No hay que echarle las culpas de nada —murmuró Barbara con la intención de que la oyera el policía, para quien todo delincuente en potencia requería un correctivo.

—Espero que tendréis la amabilidad de disculparme, señor Stocklett. Barbara, dejo al señor Stocklett en tus manos. Ojalá no me entretengan mucho rato.

—¡Papá, me gustaría ir contigo! —suplicó Laura.

—Laura, ve a tu habitación. No quiero que acompañes a tu padre a la policía. No es sitio para una chica.

—Pero es que Joe se pondrá contento de verme, mamá. Lo consolaré.

—No insistas, por favor —concluyó con firmeza su madre.

Pero Laura, que adoraba a su hermano, no parecía oír de aquel oído.

—¡Papá, te lo ruego, deja que vaya contigo!

A Brandon le costaba resistirse a su hija. Preciso es decir que Laura, desde su más tierna edad, había dado pruebas de un carácter particularmente voluntarioso. Brandon acabó, pues, por ceder a sus ruegos pese a la mirada de desaprobación de su mujer.

Así que Brandon y Laura hubieron salido, precedidos por el policía, Nash y Barbara se encontraron solos, lo que no les ocurría desde hacía meses.

Para Nash era una magnífica ocasión. Hacía un montón de tiempo que anulaba todas las citas pretextando siempre mil excusas que no hacían sino exacerbar su rabia y sus celos. Ya se disponía a hablarle cuando Barbara desapareció en la cocina. A diferencia de él, era evidente que no tenía el más mínimo deseo de conversar. Y aquella noche, además, obnubilada por lo ocurrido a Joe, se sentía más madre que amante. Nash, ofendido e irritado, se precipitó tras ella y, cuando ya iba a encerrarse en su habitación —la habitación del apartamento que pertenecía a Nash, donde no habían hecho nunca el amor... (¡el mundo al revés!)—, la enlazó por la cintura y, arrinconándola contra la puerta, consiguió unir su boca a la de ella. Pero Barbara se revolvió con violencia, lo que le hizo perder todo el aplomo.

Estaban frente a frente, jadeantes como boxeadores después de haberse dado de puñetazos, ya incapaces de seguir luchando, pero a punto de desfallecer uno en brazos del otro.

La deseaba como nunca, como aquella primera vez en el granero de Durham cuando se amaron tumbados en el heno, como en las habitaciones de hotel donde hacían el amor de tapadillo, como en aquellos tiempos en que ella todavía no había tenido a sus malditos hijos, los culpables del distanciamiento.

De haberse atrevido, la habría empujado por la fuerza sobre la cama y después le habría arrancado salvajemente toda la ropa que llevaba encima.

—No quieres tener nada que ver conmigo, ¿verdad? —murmuró, desesperado.

—¡Te odio!

Barbara consiguió deshacerse de sus brazos, pero él pudo sujetarla y la empujó contra la tapicería.

—Pero ¿a qué viene eso, Barbara? ¿Qué mal te he hecho?

—¿Cómo puedes tener la desfachatez de meter en la cabeza de Brandon toda esta historia de la venta de pianos en China? ¿Se puede saber qué buscas? —pudo articular por fin después de haberlo rechazado con firmeza una vez más.

—Estoy convencido de que es muy buena idea —le replicó Nash, ofendido, anonadado, consciente del rencor que inspiraba a Barbara.

Le resultaba insoportable que defendiera de aquel modo a Brandon.

—Espero que Brandon traiga pronto a Joe a casa... —dijo esta, pensativa de pronto.

—Si Brandon tiene que viajar a China, tú permanecerás en Londres, ¿verdad, Barbara?

—Brandon es el padre de mis dos hijos, Nash. Todavía son pequeños. Y uno de ellos exige atención constante. Mi vida está junto al padre de mis hijos. Me parece que he sido bastante clara contigo sobre este particular.

Su rostro se había vuelto tan inescrutable que a Nash ya no le parecía el de la mujer que había amado tanto.

—Pero tú detestas los viajes y los barcos...

—¡No importa!

—Podrías quedarte aquí conmigo. Educaríamos juntos a tus dos hijos. Me siento tan capaz de hacerlo como tu Brandon. ¡No tienes más que ver cómo administra sus negocios! —dijo Nash con un suspiro, jugándose el todo por el todo.

—¡Es imposible, Nash! —exclamó Barbara, fuera de sí.

—¿Imaginas acaso a tu hijito Joe en China?

—¿Qué insinúas? Joe tiene una constitución normal, pese a que acusa cierto retraso que, por otra parte, está reabsorbiéndose lentamente. Dentro de unos años tendrá el mismo nivel mental que los niños de su edad.

—Joe necesita médicos, medicamentos..., tranquilidad.

—He oído decir que la medicina china es una de las más evolucionadas del mundo.

A Nash le parecía increíble. Ella no lo había desafiado nunca de aquel modo.

—¡Pamplinas! —gritó él.

—Una cosa, Nash.

—¿Qué?

—Júrame que no intentas enviar a Brandon al otro extremo del mundo porque te figuras que de ese modo su mujer caerá en tus brazos. Si así fuera, vas a conseguir lo contrario de lo que persigues.

Herido en lo más vivo por aquella diatriba que acababa de dar en el blanco, aquel irreductible jefe de contabilidad de Jardine & Matheson, capaz de conseguir que se

doblegaran ante él los clientes más importantes cuando se retrasaban un solo día en el cumplimiento de sus compromisos, bajó la cabeza en actitud humillada. Ahora todo le parecía hostil en aquella habitación que no era la de sus amores, sino de unos amores ajenos con la mujer a la que seguía amando con todas sus fuerzas: las pesadas cortinas azul oscuro que enmarcaban la ventana entreabierta y que ondulaban de forma inquietante como si un fantasma se hubiera escondido detrás, el mudo lacayo, testigo de los pálidos amores de la pareja legítima que dormía en la habitación con la cabeza coronada por una gorra de Brandon, la aviesa cómoda de madera de pino con los cajones medio desfondados sobre la que destacaba un ramo de flores mustias, olvidado en su jarrón de opalina color amarillo canario, un ramo agobiante, gris, que emanaba una amarga tristeza, un ramo tan deprimente como la vida de la pobre Barbara... y, finalmente, la cama matrimonial con su frío cubrecama de color verde, brillante como la superficie del agua bajo la luna llena, a la que el tembloroso centelleo de una lámpara de petróleo, suspendida del techo, revestía de una importancia que lo desazonaba.

Desvió la mirada.

—Lo entiendo: ya no me quieres.

—¡Es que tú me fuerzas hasta el mismo borde!

—Pues perdóname. Eres la mujer de mi vida, Barbara. Si a tus padres no se les hubiera ocurrido la mala idea de mudarse de casa, haría veinte años que estaríamos casados y tendrías tres o cuatro hijos. El destino ha sido injusto con nosotros.

—¡Nash!... —gimió ella con voz implorante de pronto—. No sabes todo lo referente a Brandon.

—Cuéntame.

—Cuando me casé con él, prestó dinero a mis padres. Estaban a punto de perder la casa familiar. Mi padre no devolvió nunca a Brandon el dinero que le debía. Pero él fue generoso. No es malo, ¿sabes? Y además, nosotros...

—Pero ¿dónde está el problema, Barbara? Jamás he dicho que Brandon fuera un monstruo. Lo único que pienso es que es profundamente indigno de ti. ¡Yo soy tu único amor! —le gritó empujándola hacia el interior de la habitación.

Trató de que se sentara en la cama, pero ella no estaba dispuesta a ceder a sus intenciones. Entonces descubrió la gruesa Biblia sobre la mesilla de noche del lado donde dormía ella. Un libro enorme encuadernado en cuero rojo que dejaba sentir su ominosa presencia en la habitación. Un libro abrumador que descargaba todo su peso en la conciencia de Barbara. Ante el insolente corte dorado de las hojas que parecían desafiarlo con su brillo, a Nash se le abrieron de pronto los ojos. Estaba muy claro: aquel libro era la causa del comportamiento obtuso, irracional y francamente incomprensible de su amante con respecto a él. Aquellas «escrituras» calificadas de «sagradas», al prometer el tormento del fuego a todos los que no respetasen los códigos sociales intangibles de la sociedad victoriana, las pusilánimes normas de vida en las que era evidente que Dios y Cristo imperaban de lleno, eran la guía de millones

de pobres desgraciados mantenidos en situación de esclavitud.

La Biblia es una droga comparable al opio... o peor aún, pensó, desbordado por el despecho.

Barbara, a la que había interrumpido, prosiguió con su perorata:

—Mi hermano mayor, William Wilson, se hizo cargo de la finca familiar. Si Brandon le reclamase lo que mi hermano le adeuda, se vería obligado a venderla. ¡Sería terrible! William tiene ocho hijos. ¿Te das cuenta, Nash? ¡Ocho hijos!

Barbara exhaló un gemido.

Nash Stocklett, pese a no tener nada que ver con aquel tal William y sus ocho hijos, estuvo a punto de proponerle que él se encargaría de satisfacer aquella deuda que, a lo sumo, equivalía a menos de la cuarta parte de la prima que él percibía, pero se retuvo a tiempo.

La sola idea de sacar de apuros a aquel incapaz de Brandon, que no solo le debía dinero sino que encima le había robado la mujer de su vida, le resultaba insostenible. Consideró que no tenía por qué hacerle ningún regalo más.

A menos, claro, que Barbara consintiese en abandonarlo de una vez por todas.

—Si he entendido bien, Barbara, lo que tú me dices es que no eres dueña de tus actos a causa de esa deuda de tu hermano —le dijo Nash desafiándola con la mirada.

—Hay algo más, Nash —siguió ella con voz apagada.

—¿Qué más? ¡Habla de una vez!

—El reverendo Paxton, con quien me confesé, me ordenó que dejase de relacionarme contigo.

—¡Conque era eso!

Stocklett ya había oído a Barbara mencionar el nombre del padre Paxton, el cura de la parroquia anglicana donde ella asistía al oficio todos los domingos y que, como era evidente, se había convertido en su director espiritual. La idea de que bastaba con hacer partícipe a un cura de lo que uno hacía para que este lo perdonase y quedara en paz le pareció en aquel momento todavía más absurda que de costumbre.

Nash vio en los ojos de Barbara el brillo del espanto. Tenía miedo. Paxton la tenía totalmente embrujada.

—Yo tengo una familia, Nash. No es tu caso. No puedo soportar seguir viviendo en pecado. Hay que volver página. Si quieres, podemos ser amigos. Te invitaré a los cumpleaños de mis hijos.

Aunque fue pronunciada con resignación y tristeza, la frase fue una terrible puñalada para Nash.

—Estoy seguro de que tu querido reverendo Paxton tiene más fulanas que dedos en las manos. Como nadie ignora, los curas son muy solicitados por las mujeres, sobre todo por las beatas.

—Tendría que darte vergüenza hablar así de un hombre de bien.

Incapaz de dominarse por más tiempo, Nash levantó la mano sobre Barbara por vez primera en su vida, pero esta consiguió esquivarlo, lo que hizo que él tropezara

con la única silla coja en la que ella dejaba su ropa cuando se acostaba.

—¡Nash, lo nuestro ha terminado! Aparte de esto, de un momento a otro llegará Brandon con los niños. La comisaría está a dos pasos.

Delante de las cortinas que ahora parecían ondear con más fuerza, Barbara apretó, furiosa, los puños y de pronto su rostro se cargó con diez años más debido a que la cólera reveló unas arrugas invisibles hasta aquel momento.

—En tal caso, me marchó —le gritó él, decidido a salir dando un portazo.

Unos gritos en la escalera le impidieron hacerlo. Brandon tenía asido a su hijo por una oreja y le reprochaba en términos encendidos el desliz que acababa de cometer.

—¡Le harás daño, Brandon! —se lamentó la madre.

—¡Ese pillastre lo va a pagar muy caro! Como siga por ese camino, va a convertirse en un perdulario.

—¡No volverá a ocurrir! ¡Todavía es pequeño! ¿Verdad que no volverás a hacerlo?

Joe, terriblemente afectado, lloraba y babeaba como si tuviera cuatro años. Aunque rara vez profería sonido alguno, de su boca salían ahora incomprensibles onomatopeyas. Tras refugiarse en los brazos acogedores de su madre, se le agarró al cuello y, como un animal huidizo, escondió la cara en el pecho de ella y, apelotonándose junto a su cuerpo, se introdujo el pulgar en la boca.

—Mi niño querido... Joe es mi niño querido... —murmuraba Barbara.

—Pero ¿es que no te das cuenta de que te manipula? ¡Joe consigue de ti lo que quiere! ¡Estoy más que hartó!... —vociferó Brandon dirigiéndose a Barbara, que defendía a su hijo como una leona a su cachorro.

En cuanto a Laura, no paraba de mirar con ansiedad tan pronto a su padre como a su madre.

No era la primera disputa que tenían sus padres sobre la manera de tratar aquel insalvable objeto de discordia que minaba su relación y se erguía entre los dos como una infranqueable muralla china. Brandon, insensible al retraso mental de su hijo, al que casi reprochaba la merma que padecía, era más bien partidario de un trato rígido, a lo que Barbara se oponía resueltamente. Algunas noches, al llegar a casa ligeramente achispado después de una parada demasiado prolongada en algún *pub* y cuando se disponía a aplicar un correctivo a Joe por haberse ensuciado encima, incluso habían llegado a las manos. En tales ocasiones, ante la mirada desesperada de Laura, que contemplaba la escena desde la puerta de su habitación, platos y vasos solían volar de la mesa del comedor al techo y se estrellaban contra las paredes. Así que Brandon se había acostado, Barbara se precipitaba a recoger los restos del desastre escoba en mano, dispuesta a borrar lo antes posible las vergonzosas huellas de sus disputas mientras Laura consolaba a su hermanito jugando a las muñecas con él.

Con toda la energía de la que es capaz una madre para proteger a su hijo, Barbara rechazó de un violento puntapié a su marido, que intentaba arrancarle al niño de los

brazos para administrarle el castigo, anunciado, pero Brandon lanzó un alarido porque fue a dar con la cabeza en el marco de la puerta de la habitación.

—¡Me has hecho daño!

—¡Eso es porque no sabes dominarte! Este niño no es responsable de sus actos. ¿Todavía no sabes que tiene la cabeza en la luna?

Nash comprendió que estaba de más. Destrozado por la ruptura que le había anunciado Barbara, se encontraba a disgusto en la casa y no tenía ganas de hablar del retraso del alquiler ni de seguir insistiendo sobre el asunto de la venta de pianos en el Imperio del Medio. En cuanto a Barbara, cubierta por su máscara de dolor y con su hijo ahora dormido contra su cuerpo, parecía no tener conciencia de su presencia.

Totalmente desesperado, el jefe de contabilidad se puso el redingote.

—Bien, voy a dejarles —dijo Nash a Clearstone, quien estaba frotándose la cabeza con un paño húmedo que había traído de la cocina.

—En lo tocante a la venta de pianos en China, señor Stocklett, debo decirles que es un asunto que no ha caído en oídos sordos. Os ruego que os olvidéis de mi última proposición, ya que era muy poco realista.

—¿Vuestra proposición? ¿Qué proposición?

—¿No habéis leído la carta? ¿La que os ha llevado Laura?

—Por supuesto que sí —farfulló Stocklett, confuso, sabedor de que había dejado la lectura en suspenso tras las primeras líneas.

—No deseo otra cosa que pagar a mis acreedores, creedme. Creo, en efecto, que China puede ser la solución de mis problemas.

Brandon, con aire eufórico y sonriendo vagamente, miró a Nash con reconocimiento, como quien mira a un mensajero celestial.

—Habláis de acreedores en plural. Eso significa que no soy el único.

—Debo también una cantidad importante a mi suministrador de madera y..., para no esconderos nada, estoy pagando a mis trabajadores con tres meses de retraso.

—Bien, volveremos a hablar del asunto en otra ocasión, en un momento más tranquilo —dijo Nash antes de salir.

Ya en su casa y con un nudo en la garganta después de haber atravesado a pie la ciudad, se acomodó en un sillón, se quitó los zapatos y encendió un puro, si bien el humo acre no consiguió tranquilizarlo. Se sentía extenuado. Tenía la absoluta seguridad de que Barbara no se avendría a razones. Le entró una gran angustia al pensar en todos aquellos años desperdiciados, años que ahora se le antojaban siglos, siempre a la espera de que ella decidiese convertirse un día en su mujer. Ahora todos sus sueños se habían esfumado, rotos en mil pedazos. Había equivocado el camino, el que había emprendido lo había llevado a un callejón sin salida o, peor aún, a un muro contra el que había topado alegremente.

Desesperado, se levantó para ir a su habitación, esperando que el sueño consiguiera poner entre paréntesis la triste realidad de la que acababa de tener conciencia.

Al vaciarse los bolsillos antes de desnudarse y acostarse, se encontró con la carta de Brandon.

Aspiró de nuevo el perfume turbador de violeta que impregnaba el papel de la carta. Recorrió la misiva primero con mirada distraída pero, al llegar al punto importante, notó que lo inundaba una oleada de cólera como el agua que rebosa el contenedor lleno en exceso.

Brandon Clearstone le proponía una participación en el negocio con miras a un aumento del capital. ¡Y qué más! ¡El colmo! Su padre solía decírsele: el mundo estaba dividido en dos grupos, los inconscientes e imbéciles que siempre lo tienen todo pero siempre quieren más y los lúcidos y obstinados, que solo han conseguido lo que tienen arrancándolo con uñas y dientes y a los que a veces los primeros les esquilan incluso la lana del lomo.

No es preciso decir en qué categoría situaba Nash a Brandon y en cuál se situaba a sí mismo.

Aquel fabricante de pianos, personaje tan presumido como deplorable, no se arredraba ante nada. No solo le había robado a Barbara, la mujer de su vida, sino que tenía la desvergüenza de querer arrastrarlo a él a un pozo sin fondo.

Después de arrebatarse la mano de la mujer que amaba, resultaba que aquel cerdo pretendía, además, arrebatarse el dinero.

Nash Stocklett, rebosante de cólera y con el corazón lleno de odio, hizo una bola con la misiva de Brandon y la arrojó con todas sus fuerzas a través de la ventana, ante la cual se quedó un momento con los ojos húmedos de lágrimas contemplando cómo la bola de papel se perdía en la penumbra de la noche londinense.

VI

Pekín
13 de octubre de 1845

Nunca, a lo largo de su corta existencia, había visto Jazmín Etéreo un dormitorio tan espacioso ni tan suntuosamente decorado.

Cierto es que la impresionante y hasta se diría deslumbrante habitación del príncipe Tang habría podido ser objeto de todos los superlativos, ya que parecía quedar aplastada bajo el esplendor de las pesadas telas acolchadas, bordadas con hilos de oro y plata, así como por las molduras doradas que tenían como modelo las que decoraban los aposentos del Rey Sol en Versalles y por los espejos biselados de cristal de Bohemia, seleccionados por eunucos entre los regalos de un embajador austro-húngaro que el Hijo del Cielo no se había dignado recibir porque sus cartas credenciales tenían faltas de ortografía.

La habitación se abría al último salón del palacio, cedido al príncipe por Daoguang, así como a otros dos dignatarios de origen Han que, al igual que él, se habían avenido a prestar juramento de fidelidad al emperador. Situados a unos diez *hutong*^[32], aquellos islotes de casas bajas de la Ciudad Púrpura Prohibida, lujosa morada donde residía el primer ministro en la época de los Ming, comprendía no menos de tres pabellones residenciales, compuesto cada uno de una docena de habitaciones, así como de una inmensa sala de recepciones que podía dar fácil cabida a más de doscientos invitados.

Es preciso decir que los Han, personajes de noble extracción que garantizaban el poder manchú coadyuvando con él, fueron tratados siempre con extrema generosidad. Percibían un buen salario, contaban con alojamiento a expensas de la corte, donde se encontraban al abrigo del escrutinio del pueblo en lugares tan secretos como lujosamente amueblados, contruidos en medio de vastos jardines rodeados de infranqueables murallas. Tang y sus congéneres se beneficiaban igualmente de regalos venidos de Occidente que el emperador no consideraba dignos de figurar en sus colecciones personales del Palacio de Verano o de la Ciudad Púrpura Prohibida: vajillas de Sajonia, cuberterías de Flandes, cristalerías de Bohemia, lámparas de Venecia y muebles de marquetería Boulle, regalos al Hijo del Cielo de las embajadas extranjeras que creían que, con aquellas fruslerías, compraban el buen trato de China, es decir, su tolerancia en relación con sus trapicheos comerciales.

La joven, pese a sentirse intimidada, se acercó a los paisajes esculpidos en la madera policromada que adornaba las paredes. Impresionada por el esplendoroso trabajo de ebanistería, no pudo evitar el gesto de acariciar suavemente la obra con el dedo.

Era la primera vez que penetraba en un mundo que no era el suyo: el mundo de los ricos y poderosos, el mundo de aquellos que tenían acceso a la belleza y refinamiento de todo lo material.

Los que carecen de dinero son los últimos en hacerse una idea precisa de todo lo que este permite a los ricos. Esa es la razón de que los pueblos tarden tanto en librarse de sus acaudalados dictadores, ya que si supieran que lo que ven no es más que la punta del iceberg de su tren de vida y de su fortuna, provocarían mucho antes las revoluciones.

Cuando, cerrando los ojos, el dedo índice de la contorsionista comenzó a recorrer las nervaduras delicadamente cinceladas, lisas como la piel de un niño, que dibujaban dulces colinas e impresionantes picos, lagos tranquilos y ríos impetuosos, bambúes y ondulantes pinos afianzados en roquedales de escarpados y atrevidos contornos, volvió a ver de pronto aquella montaña esculpida de bancales con la sola fuerza de sus manos por los campesinos de su pueblo. Gracias a esfuerzos sobrehumanos conseguían cultivar en ellos sorgo y mijo. Eran raros los hombres de su pueblo que llegaban a los cuarenta años y en cuanto a las mujeres, eran ya muy viejas las pocas que alcanzaban los cincuenta.

Si para los ricos la naturaleza era hermosa y generosa a la vista, para Aquellos que vivían de ella era dura y avara.

Se quedó soñando en los tiempos en que, siendo niña, iba a pescar truchas a hurtadillas en el lago local cuando el hambre los atenazaba con tal rudeza que no les quedaba más remedio que violar la prohibición de pescar en dicho lago.

Para sobrevivir hay que saber desafiar las leyes humanas, las leyes hechas para los ricos, esos que viven en mansiones suntuosas...

Abriendo de nuevo los ojos, comenzó a recorrer con la vista todo el mobiliario del príncipe: sus canapés de cedro oloroso densamente trabajado», sus muebles delicados y raros, de formas sabiamente torneadas y patas seguiteadas, algunos de palo de rosa y otros lacados, sus mesillas de sándalo rojo colocadas delante de mullidos canapés, sus trípodes formados por serpientes que se enlazaban con la cola en los que se sostenían calderos antiguos de los que se escapaban azuladas humaredas... Contempló la repetición infinita de aquellos esplendores, limitados por biombos lacados de negro y oro esparcidos aquí y allá, reflejados en altos espejos de patas hendidas, sabiamente distribuidos, cuya combinación reducía con sutileza, al desestructurarlos, los colores y las formas. Contempló, pensativa, la gigantesca cama cuadrada de madera tan trabajada, que más que de madera parecía de blonda.

Allí, en aquel estrado redondo cubierto por una alfombra persa, era donde Tang ponía a prueba sus conquistas antes de expedirlas al gineceo.

Aturrullada ante tanto lujo, Jazmín Etéreo seguía pasando revista al extravagante salón del príncipe cuando este apareció de pronto ataviado con una túnica de seda negra salpicada de máscaras bienhechoras y armas de gala. El generoso escote del suntuoso atavío dejaba entrever unos pectorales y una pared abdominal que eran fruto

de la práctica cotidiana de las artes marciales.

Tang, que iba siempre directamente al asunto, se había jurado que ese día sería la encarnación de la seducción personificada. Con este fin, se había ataviado con sus mejores galas. Con un gesto amplio, invitó a la muchacha a sentarse en la cama, intimación a la que ella obedeció con reticencia, y a continuación se acercó a su futura conquista adoptando una postura vanidosa.

Tenía la garganta seca ya que, vista de cerca, Jazmín Etéreo era todavía más apetecible que en el escenario del Toi et Moi.

—*¡Los cabellos como una nube, el rostro como una flor!* —murmuró el príncipe clavando los ojos en el cuello de la muchacha, cuya piel sedosa habría querido acariciar sin esperar más tiempo.

Como toda persona ilustrada que se respeta, también tenía sus momentos de poeta.

Jazmín Etéreo lo miró, desconcertada.

Al ver su sorpresa, al príncipe le pareció oportuno precisar:

—Es un verso de un poema de Du Fu.

—Ignoro quién es ese señor.

—El poeta más grande de la dinastía de los Tang, mis ilustres antepasados que reinaron en China.

—Tampoco tengo el honor de conocerlos.

Como era lógico, Jazmín Etéreo no sabía nada de la historia de las dinastías chinas, lo que hizo que Tang, que cada vez se sentía más excitado ante los encantos y la inocencia de la bella contorsionista, se decidiera a abandonar rápidamente el dominio de la cultura y de las artes para entrar en lo más vivo de la cuestión que lo ocupaba.

Así pues, se sentó en un sillón de estilo rococó tapizado de damasco.

—¿De dónde procedes, Jazmín Etéreo? ¿Y por qué no tienes los pies vendados?

—Pasé mi infancia en un pueblo de montaña situado aproximadamente a trescientos *li*^[32a] de Wuhan.

—¿A qué se dedican tus padres?

—Soy huérfana. La mina de sal donde trabajaban mi padre y mi madre se inundó a causa de unas lluvias torrenciales y los dos murieron ahogados. Yo no tenía más que dos años y medio. Mi abuela me vendió a un circo ambulante cuando cumplí los diez años y este me cedió después a otro más grande y así sucesivamente. Participé en diez espectáculos. El productor del último me dejó en el Toi et Moi a cambio de dinero contante y sonante que yo no vi siquiera. Y si tengo los pies enteros es gracias a que en mi casa no tenían dinero para pagar a la mujer que los vendaba a las niñas — le explicó la muchacha.

Como normalmente era muy poco locuaz con respecto a su pasado, ella misma estaba sorprendida de la facilidad con que acababa de contar todo aquello a aquel príncipe que la miraba con tan inquietante fijeza.

—¡De buena te libraste, pues! ¡Por lo menos eso pienso yo!

A diferencia de todos los hombres salidos de su propio medio, Tang no era aficionado a aquella costumbre y no le producía ninguna excitación física especial estar en la cama con una mujer calzada con unas minúsculas pantuflas de seda o terciopelo con la suela cubierta de bordados.

—Lo mismo pienso yo. Si me hubieran vendado los pies, no podría bailar en un escenario. Compadezco a todas las mujeres que tienen los pies rotos —exclamó Jazmín Etéreo con un suspiro.

—Ni siquiera podrías caminar por la calle, como no fuera montada en un palanquín —murmuró Tang, que no había podido evitar rozar con la mano uno de los pliegues del vestido de Jazmín Etéreo.

Ese día llevaba una especie de hábito de monja budista —toda precaución era poca—, una túnica grisácea desfavorecedora, abotonada hasta el cuello, indumentaria que no dejaba entrever ni de lejos su excepcional elasticidad ni tampoco los encantos que le había desvelado la víspera cuando había bailado completamente desnuda en el escenario del *cabaret*.

—¿Qué queréis de mí? —le preguntó ella retrocediendo con viveza.

El príncipe, a quien el deseo había dejado seca la garganta, anhelaba ardorosamente conseguir su objetivo.

—¡Que te desnudes! Para admirar una hermosa alhaja, hay que sacarla primero del estuche.

—¡Ahora no!

—¿Por qué te niegas, Jazmín Etéreo?

—No quiero que entréis en mí. Estoy en el periodo en que mi Valle de las Rosas exuda sangre —dijo la muchacha con voz temblorosa, pero sin dejar de sostener la mirada de aquel príncipe a punto de abalanzarse sobre ella como un tigre sobre su presa.

—¡Quiero verte sin ropa! —insistió el príncipe Tang con dulzura, enloquecido por la fulgurante belleza de la muchacha y presa de un acceso de vértigo al contemplar las imágenes de Jazmín Etéreo de espaldas, de perfil y de cara, la acariciadora oleada de sus cabellos y la dulzura de las curvas de su grácil cuello, que los espejos de la habitación reflejaban.

—Pero ¿por qué tenéis tanto interés en verme desnuda? ¡Me habéis visto ya!

El director del Toi et Moi no le había mentado. Aquella joven era mucho más obstinada de lo que él se figuraba. Acostumbrado a que sus innumerables conquistas le obedecieran con solo indicar sus deseos con el dedo o la mirada, siempre felices de que un personaje tan importante reparase en ellas, Tang acusó un momento la ofensa. Era evidente que Jazmín Etéreo no estaba hecha de la misma madera que las demás. Sin embargo, lejos de enfurecerse, aquella era una característica que todavía la hacía más apetecible a sus ojos.

Ante una mujer que era a la vez tan bella y tan rebelde, consideró que lo mejor

que podía hacer era abandonar la fuerza y optar por la seducción.

—Pero allí había mucha gente. Las circunstancias eran tan turbadoras que ni siquiera pude admirarte con la concentración necesaria. Y además, para confesarte la verdad, aquello no me bastó. Uno no se cansa nunca de admirar pájaros hermosos o hermosas plantas.

Jazmín Etéreo seguía callada. Como un joven animal salvaje e inquieto que está decidido a vender cara su piel a los depredadores, estaba atenta a sus menores gestos, dispuesta a saltar al cuello de aquel hombre si por ventura se le ocurría forzarla.

No pensaba entregarse al hombre que tenía enfrente pese a sus innegables atractivos, a su extraordinaria prestancia y a sus buenas maneras, todo lo cual no tenía nada que ver con la grosería de los individuos que le habían hecho la corte hasta entonces.

Detrás de su apariencia exhibicionista, Jazmín escondía un inmenso recato.

Los espíritus puros e inocentes no ven el mal en parte alguna y toda perversidad les resulta extraña. Lo que los hombres tomaban por extremo impudor era en realidad el fruto único de la inocencia. Cuando sus ojos se prendían de la firmeza de sus pechos turgentes y bajaban después hacia su vientre plano y a sus muslos torneados de gimnasta sin conseguir apartarse del punto donde se juntaban, cuando se lamían con la lengua los labios al contemplar aquella espalda que sabía doblarse por la mitad, estaban muy lejos de sospechar que detrás de aquel cuerpo flexible había un alma muy sencilla, la de una muchacha de apenas diecinueve años que no se había entregado nunca a ningún hombre porque se reservaba para el gran amor.

Milagrosamente y a pesar de la vida que se había visto obligada a llevar hasta entonces, Jazmín Etéreo no había permitido que entrara nunca en su Cámara de Oro ninguna Vara de Jade, como tampoco había inundado jamás su Carne de Nieve ninguna Purísima Esencia. La bella contorsionista había conseguido frenar siempre los innumerables asaltos de que había sido objeto.

Seguía siendo virgen, hazaña nada desdeñable teniendo en cuenta que había sido una joven y bella artista de circo que se ganaba la vida ofreciendo su cuerpo a la vista de los hombres.

Pero mirar no es tocar y Jazmín Etéreo, que había erigido aquella máxima en dogma, tenía especial pundonor en no abdicar nunca de este principio. Como despertaba la concupiscencia de centenares de machos, no le habría costado nada, de haberlo deseado, rendir a sus pies y hacer perder la cabeza a cualquiera de aquellos vejetes forrados de oro que aspiraban a verla cuando terminaba sus actuaciones. Tampoco había dejado que se le acercaran los directores de circo, a los que amenazaba con dejar de hacer el número del espectáculo si no la dejaban en paz. Incluso había arañado a uno hasta hacerle sangre cierta noche que intentó meterse en mi cama. No había dudado en gritarle a la cara que, como diera un paso más, no dudaría en pegarle una dentellada como un perro, lo que fue difidente para que el violador en potencia diera marcha atrás. De haber acabado con aquella insolente que

osaba desafiarlo, podía despedirse de mi espectáculo.

Defendiéndose así con uñas y dientes, supo tener a raya a todos aquellos que aspiraban a explorar demasiado cerca sus encantos.

Con el dueño del Toi et Moi no había tenido necesidad de pelearse, ya que al buen hombre no le atraían las mujeres. Era medio luna y medio sol, mitad Yin y mitad Yang, y lo único que le interesaba eran los chicos.

Hay que reservarse para el buen paladar.

Sabedora de que su único bien era la virginidad, Jazmín Etéreo no titaba dispuesta a entregársela al primero que encontrase.

Enfrentado al mutismo de la joven y tratando de no forzar las cosas, el príncipe llamó a un sirviente y le pidió que preparara té verde.

Este desplegó una alfombra de oración procedente de Persia —un rectángulo que ofrecía todo el esplendor de la seda realzado con ornamentos florales— sobre el que puso un pequeño taburete de madera de cedro. Fue a buscar después un horno de reverbero en forma de tortuga Zhen.

Tang se concentró.

La tortuga celestial, aquel «digno mensajero vestido de verde», era de gran ayuda, incluso en las situaciones más desesperadas: cuando el monstruo Gonggong, apenas creado el mundo, sacudió la bóveda celestial hasta que el Cielo comenzó a desmoronarse y el Río Celestial amenazó con mezclar sus aguas divinas con las de los vulgares ríos terrenales, Nuwa, la tierna esposa del dios fundador Fuxi, llamó en su ayuda a una tortuga marina a la que cortó las cuatro patas para hacer con ellas pilares que sostuviesen la bóveda celestial.

Rogando con todas sus fuerzas al batracio que acudiera en su ayuda, Tang encendió el fuego con gestos medidos y precisos. Muy pronto, en la fina tetera de bronce que tenía por asa una salamandra con una cola de forma sinusoide, el agua empezó a hervir.

Jazmín Etéreo, que observaba llena de curiosidad al príncipe mientras este cumplía con el ceremonial, pareció menos tensa cuando las fauces de la salamandra comenzaron a vomitar humaredas cuyas volutas se desvanecieron hacia el techo de la sala.

—El agua no tardará en estar caliente. ¿Te gusta el té verde de los Tesoros Sutiles?

—Me gusta beber té verde, pero no sé qué son los Tesoros Sutiles —respondió la muchacha, cuya mirada ahora se había dulcificado.

—¡Con razón te gusta el té! Ese brebaje es la primera de las Siete Necesidades y a ella le siguen los combustibles, el arroz, el aceite, el vinagre, la salsa de soja y la sal. Cuando yo era pequeño, decían en mi casa que, para preparar un buen té, se precisaba agua de lluvia recogida el año anterior y que había que hervirla hasta que las burbujas fuesen igual de grandes que los ojos de una langosta —prosiguió el príncipe en tono amable.

Con gestos medidos, abrió la caja del té, que era de madera de alcanforero porque su olor ahuyenta a los insectos, y tomó tres pellizcos de hojas, que echó en la tetera. Así que comenzaron a hincharse, unió a la mixtura un tallo de bambú cuyo extremo estaba cortado en forma de corona y se sirvió de él como de un agitador. Tras añadir unas semillas de pino, unas hojas de menta y una corteza de naranja, vertió un poco de aquel té espumoso en dos copelas policromas «cáscara de huevo^[33]» y dejó reposar la mixtura antes de incorporarle un poco de agua hirviente y una pizca de sal. Después, procurando no derramar ni una gota, puso las dos copas en una bandeja lacada que tenía adornos de begonias y dragones-nube.

Jazmín Etéreo no había visto nunca a nadie realizar con tanta calma toda aquella serie de gestos minuciosos.

—Pruébalo, mi querida niña. *Cuanto más fina es la copa, mejor sabe el té.* Lo escribió un poeta de la dinastía de los Tang hace mil años, cuando el Hijo del Cielo era el señor de mi clan.

A Jazmín Etéreo le importaba muy poco que el príncipe Tang fuera descendiente de una familia que había contado con Hijos del Cielo entre sus miembros. Hacía falta bastante más para impresionarla. En lo tocante al verso del poema recitado por su anfitrión, le pareció de una lamentable banalidad. Por el contrario, se había sorprendido y, de hecho, emocionado incluso, al ver los gestos delicados con que su anfitrión le había preparado el brebaje. En lo tocante a maneras, el príncipe Tang no tenía nada que ver con los hombres que había frecuentado hasta entonces.

Ahora que sentían el té hirviente bajarles por la garganta, tras rociarse de perfume, el noble Han volvió a la carga.

—No te quiero ningún mal. Déjame hacer y todo irá bien. En cuanto a tu Valle de las Rosas, no me importa su estado. Ya me he encontrado en estas situaciones y esto me evita toda reticencia. Tengo una gran experiencia en mujeres. Ni una sola me ha maldecido nunca.

—¡No, hoy no os acercaréis a mí!

—Si me abres tus muslos, te cubriré de joyas. ¡Mira! ¡Para ti!

Acababa de meter la mano en un cofrecillo de estaño del que había lacado un puñado de broches y brazaletes de oro macizo.

—Me importan muy poco los collares y los pendientes. Hasta ahora he prescindido de ellos. No creo tener necesidad de aderezos ni de alhajas.

La joven contorsionista volvía a mirarlo con dureza.

—Me encanta esa personalidad orgullosa tuya. No me sorprendería que fueras de noble casta. Debes saber que cada vez me gustas más, Jazmín Etéreo.

—¡No estoy a vuestras órdenes! Podéis reservaros vuestros cumplidos.

En el salón que parecía hundirse bajo los artesones dorados con pan de oro y delicadamente trabajados que adornaban el techo, acercó muy lentamente, para no asustarla, su rostro al suyo de manera que pudo aquilatar la finura, la diafanidad casi, del cutis de Jazmín Etéreo. Como una sutil envoltura de seda, su piel hacía resaltar el

verde fulgurante de sus ojos y, debido a la contrariedad que sentía, también las aletas de la nariz dilatadas y la boca contraída en una mueca en la que podía leer todo el desprecio que inspiraba su proceder a la chica.

En resumen, estaba adorable.

—Eres luminosa como la estrella de la Hilandera, la que se junta todos los años con la constelación del Boyero a través del puente de la Gran Vía Láctea —le murmuró al oído.

No se atrevía a confesarle que la encontraba más sensual aún que cuando la vio bailando desnuda en el escenario del Toi et Moi.

—No sé nada de ese boyero ni de esa hilandera —repuso la chica casi a punto de llorar, retrayéndose y con las rodillas pegadas a la barbilla.

Se le ocurrió, entonces, a aquel hombre acostumbrado a los honores y a las mujeres la idea de proponerle que compartiera la comida con él. Después del té, era la continuación normal.

—¿Te apetece comer algo? —le preguntó con expresión de enamorado perdido.

—No tengo hambre.

—Mi cocinero nos preparará unas excelentes gambas al jengibre.

Ya se disponía a tocar la campanilla para llamar a su lacayo y ordenarle que encargara el plato a la cocina cuando este hizo irrupción en el salón con el rostro enfurruñado, el aire severo y expresión de alarma.

—Apuesto a que me reclaman en el Palacio Imperial —exclamó el príncipe con un suspiro.

—En efecto, señoría. El Inestimable Daoguang ha ordenado que os comuniquen que os presentéis cuanto antes en sus aposentos privados de la Ciudad Púrpura Prohibida. Su segundo secretario Siempre Aquí os aguarda con el salvoconducto delante de la Gran Puerta del Meridiano.

Las palabras del sirviente habían puesto de buen humor al príncipe, que ahora estaba exultante y alegre. Se volvió, pues, hacia Jazmín Etéreo, que miraba para otro lado y que no estaba descontenta por el contratiempo y, mirándola, cayó de rodillas a sus pies y le dijo:

—¡Me has traído suerte, Jazmín Etéreo! Al final llega todo. Acaba de convocarme el emperador en persona. Hace años que lo estaba esperando. Cuando el Hijo del Cielo convoca a uno de sus vasallos, este no puede llegar con retraso. Mientras estoy ausente te servirán la comida. Y después, si quieres tomar un baño perfumado, las doncellas se ocuparán de todo.

Tras ponerse un vestido de gala, se apresuró a dirigirse a la Ciudad Púrpura Prohibida. Como un gran dragón embarrancado en una ciudad compuesta de casitas bajas y desmedradas con sus paredes de ladrillo desmoronado, la Ciudad Púrpura Prohibida se encontraba a poca distancia de las casas de su palacio y no era difícil de localizar dada la altura de sus murallas púrpura y las dimensiones de sus majestuosas puertas, imponentes y disuasorias para el populacho, que pasaba ante ellas bajando la

frente a la vista de los soldados, con sus impresionantes uniformes, encargados de custodiarlas noche y día.

Así que el príncipe Tang descubrió la silueta —largo poste fluctuante de color escarlata— del eunuco Siempre Aquí, encaramado en lo alto de sus zapatos de altísimas suelas, paseándose de un lado a otro con el cuello muy estirado en lo alto de la escalinata de la Gran Puerta del Meridiano, su euforia bajó unos grados y se le ensombreció el semblante.

Siempre Aquí era uno de los ocho segundos secretarios particulares del Hijo del Cielo. Tres eran eunucos y los cinco restantes eran hombres íntegros. Como él era el de más edad de los ocho, en ausencia del primer secretario que había muerto el año anterior sin haber sido sustituido, era uno de los pocos, junto con tres o cuatro grandes ministros, que podían acercarse al emperador sin necesidad de que este los llamara, lo que hacía de él un personaje temible.

Con el paso de los años, el emplasto de afeite blancuzco que transformaba su rostro en terreno cubierto de nieve resquebrajada, más que disimular las arrugas, las acentuaba. En la vida llega un momento en que se hace imposible enmascarar el desgaste operado por el tiempo. Hacía mucho que el viejo eunuco había rebasado ese momento, ya que había entrado al servicio de Daoguang cuando este todavía era niño. Si aun estando en la cima del poder no hay subordinado que pueda jactarse de gozar de la confianza absoluta de su soberano, el rumor que aseguraba que el emperador concedía un crédito particular al viejo castrado no era del todo infundado.

El príncipe Tang, profundo conocedor de la historia de China, no ignoraba que la prudencia aconsejaba que hubiera que desconfiar de los eunucos como de la peste. Detrás de los golpes bajos, las intrigas, los derrocamientos y a veces, incluso, los asesinatos de algunos Hijos del Cielo, se entreveía siempre la sombra de aquellos individuos en quienes la ausencia de atributos iba siempre acompañada de una inextinguible sed de poder.

Bajo los Ming, la dinastía anterior, hubo un tal Wei Zhongxian que había llegado a hacerse castrar para escapar a la cárcel tras ser condenado por deudas de juego. Las fechorías de aquel castrado eran de dominio público. Tras hacerse sospechoso de haber envenenado al emperador Taichang en 1620, consiguió que le nombraran encargado de la construcción de los mausoleos imperiales, circunstancia que le permitió acumular una considerable fortuna gracias a extorsiones y sobornos. En 1627, contando con el apoyo de miembros muy activos en el seno de las fuerzas de oposición al emperador, faltó poco para que el siniestro personaje consiguiese hacerse con el poder.

Como sus predecesores, los emperadores manchúes hacían todo cuanto estaba en su mano para vigilar a los castrados que tenían a su servicio. Pero era una tarea tanto más difícil cuanto que se habían convertido en relevos indispensables con los Hang, a quienes los Qing seguían confiando los principales engranajes del Estado y de los ejércitos.

O sea, que el príncipe Tang tenía motivos para desconfiar de Siempre Aquí.

—¡Ahí tienes lo que necesitas! —le dijo el eunuco tendiéndole la preciosa placa de marfil que hacía las veces de salvoconducto.

La pieza debía encajar en la que ya tenían los guardianes de las ocho puertas monumentales que había que franquear antes de llegar a los aposentos privados del soberano y permitía salvar todos los obstáculos que impedían que los intrusos, por razones de seguridad, pudieran entrar en los sucesivos salones de los palacios de la Ciudad Púrpura Prohibida.

—¿Voy a ser recibido de veras por el emperador? —musitó el príncipe, que no sabía si debía alegrarse o no.

Pasado el primer momento de euforia, comenzaba a inquietarse a causa de las razones de aquella cita personal que, como mínimo, era inhabitual.

Si uno se acerca demasiado al sol, acaba quemándose las alas.

—Su secretario particular me ha pedido que te avisara —le explicó el eunuco con su voz de falsete mientras las alineaciones de espadas y los bosques de lanzas de la guardia imperial situada delante de la puerta del Gran Salón Estimado de la Armonía Suprema^[34] se ponían en movimiento como por encanto.

No era una respuesta.

A pesar de la presencia de sus compañeros, el eunuco apretó el paso y, juntos, atravesaron a toda marcha uno de los cinco puentes de mármol que cruzaban el río del Cinturón de Jade y daban acceso a una plataforma donde el visitante era recibido, por la parte de poniente, por el león de bronce que juega con una pelota^[35] y, al este, por la leona que retiene a su cachorro debajo de una pata.

—¿Qué asunto quiere tratar conmigo el Hijo del Cielo? —insistió Tang.

—Tang el Hermoso, se trata del mismo asunto de siempre —le soltó el eunuco, molesto.

El noble Han tenía la impresión de navegar en barco al rodear la sala de la Armonía Perfecta, totalmente tapizada de seda escarlata, donde los emperadores solían reposar entre dos audiencias antes de entrar en la de la Armonía Preservada, donde el emperador en persona recibía con gran pompa a los premiados en los concursos de mandarines. Allí, entre músicos y bailarinas, el emperador Qianlong, uno de los predecesores más ilustres de Daoguang, había recibido a los jesuitas Castiglione y Benoist, que habían colaborado activamente en el embellecimiento de los edificios y jardines del célebre Palacio de Verano.

Evitando con sumo cuidado los puentes y pasos reservados exclusivamente al Hijo del Cielo, tardaron apenas un cuarto de hora, entre las miradas y cabriolas serviles de todos aquellos con quienes se cruzaban, en llegar al umbral del Salón de la Pureza Celestial, donde el emperador Daoguang tenía sus aposentos privados.

Cada vez que se acercaba al corazón del poder, Tang sentía un nudo en el suyo. Siempre tenía entonces un recuerdo para sus ilustres antepasados, que habían ocupado aquel mismo lugar en Chang'An y en Luoyang cuando esas dos ciudades

eran respectivamente la capital de invierno y la capital de verano de la China imperial.

Aquel día, sin embargo, por vez primera en su vida, no pensaba ni en Taizong el Grande ni en Xuanzong el Valiente^[36], como tampoco en ninguno de sus demás antepasados. Su espíritu estaba en otro sitio y se sentía bastante confuso después de tanto perderse en toda suerte de conjeturas.

¿Qué podía contar al Hijo del Cielo que este no supiera ya con respecto a un expediente administrativo sobre el cual ni siquiera él veía la utilidad de volver a hablar, ya que no había avanzado ni una pulgada desde que se había reunido por última vez con Siempre Aquí? ¿No correría el riesgo de molestar al soberano y aparecer ante él como uno de sus colaboradores más ineptos? La otra hipótesis le decía que el motivo de aquella entrevista podía ser otro, lo que tampoco lo tranquilizaba, pese a que los reyes no informaban nunca de sus inquietudes a sus colaboradores y dejaban siempre este menester en manos de sus factótums.

A menos que el motivo no fuera Jazmín Etéreo, lo que indicaría que había llegado a oídos del soberano la noticia de la existencia de la contorsionista.

¿No sería que el Palacio Imperial había enviado un espía al Toi et Moi? Se decía que el emperador tenía esa costumbre, como buen aficionado que era al juego del ratón y el gato..., y sobre todo, se dijo secándose la frente empapada de sudor, cuando el gato se convierte en fantasma invisible y omnipresente con ojos que lo ven todo y oídos que lo oyen todo, al ratón no le queda ninguna oportunidad.

Desde la noche de los tiempos, los emperadores de China han cultivado la desconfianza. El primero y más ilustre de todos, Qin Shihuangdi, destacaba en la actividad de hacer espiar a los que formaban su círculo más próximo y llegaba al extremo de no decir jamás en qué palacio —¡y los poseía a docenas!— pasaba la noche, rodeado siempre de guardaespaldas que estaban permanentemente puñal en mano, preparados en todo momento para defender a su amo.

Los regímenes totalitarios solo sobreviven si su jefe supremo demuestra ser capaz de desafiar a los demás y de tener aterrado al pueblo. Por poco que suelte la brida, los que se han visto marginados y, amparados en la sombra, urden la venganza, por no hablar también de los traidores de turno preparados en todo momento a pasarse al bando que convenga en caso de un cambio de fuerzas, aprovechan la coyuntura para llevar a cabo sus felonías.

Ninguno de los Hijos del Cielo escapó a ese síndrome. Puede afirmarse incluso que aquellos que confiaron demasiado en su círculo inmediato lo pagaron muy caro, ya que les costó el trono.

Con los manchúes ocurrió lo mismo y, debido a ello, la ilegitimidad de los Hijos del Cielo de origen mongol que habían sucedido a los Ming complicaba singularmente su labor y explicaba la permanencia constante de la paranoia de unos métodos policiales siempre vigentes. Dos mil años después de Qin Shihuangdi, pocos secretos escapaban a la policía secreta imperial. Se trataba para ellos de una cuestión

de supervivencia.

Así pues, Tang contaba con buenos fundamentos para pensar que los secuaces de Daoguang estaban siempre donde nadie esperaba encontrarlos.

Se comprenderá, pues, que al llegar al umbral del poder supremo, el noble Han se sintiera presa de profunda angustia.

En aquel momento estaba tan convencido de que el Hijo del Cielo debía de estar al corriente de la proposición de comprar la bailarina que había hecho al gordo manchú que ya se veía entregando la contorsionista al gineceo imperial.

Es decir, perdiéndola.

Temía haber caído en la trampa.

Pese a querer cubrirse las espaldas con un grueso manto acolchado, no pudo por menos de estremecerse al pensar en aquella posibilidad que, aun siendo hipotética, lo dejaba helado: tener que abandonar a Jazmín Etéreo cuando, sin haberla conquistado ni puesto a prueba, presentía en ella cualidades que no había encontrado jamás en mujer alguna, habría supuesto un terrible desastre.

Por fin llegaron al santo de los santos.

Aunque estaban rodeados de magníficos jardines, los aposentos imperiales parecían singularmente insignificantes y casi mediocres comparados con la munificencia de los grandes salones que los habían precedido. Su arquitectura no debía reflejar la importancia de su ocupante, puesto que se trataba de espacios estrictamente privados por los que solo transitaban los familiarizados con el poder supremo.

Para penetrar en ellos había que atravesar una estrecha puerta que tenía más de rendija que de verdadera puerta, ante la cual se encontraba, sable en mano y vestido con uniforme de gala, uno de los cinco capitanes de la Gran Soldadesca Imperial.

—¡Deponed las armas, quitaos el manto y dejad aquí los zapatos! —ordenó el capitán al príncipe Tang tendiéndole una cesta de mimbre.

El noble Han dejó en ella sus botines de piel de becerro y su pectoral de jade y oro y a continuación mostró al militar sus bolsillos vacíos.

Entonces, surgiendo de un inmenso biombo de laca que representaba el desembarco de los primeros portugueses en Macao, apareció Elevación Paradójica, el Gran Chambelán del soberano.

—¡Bienvenido, príncipe Tang! —lo saludó el achacoso anciano, un hombre de evanescente delgadez que más bien parecía un saco de piel con un montón de huesos dentro, frágil y translúcido como un cuenco verdecelado de secreta decoración.

Personaje de talante impasible, su rostro era como la hoja de un cuchillo e iba tocado con un bonete de visón traído expresamente de Siberia que le cubría por entero el cráneo, liso como un huevo.

—Mis respetos, Gran Chambelán —murmuró el príncipe, a quien se le había hecho un nudo en la garganta.

Elevación Paradójica era un hombre dotado de una discreción que se había hecho

legendaria. Debido a su cargo, era el único que conocía con todo detalle cómo empleaba el tiempo el emperador ya que, entre otros oficios, tenía el de organizárselo. Los hechos y gestos del Hijo del Cielo constituían el secreto de Estado mejor guardado de China, al objeto de que el pueblo no pudiera saber nunca dónde se encontraba su soberano.

Cuanto más invisibles e inasequibles son los dictadores, más temidos non. *El poder del príncipe se mide por su ausencia...*, escribía Han Feizi, gran teórico del legismo, la ideología de la dictadura que sirvió de modelo al primer emperador. Y cuando acaban por tener el don de la ubicuidad a ajos de sus vasallos, la cosa llega a su nivel máximo, puesto que quien ejerce el derecho de vida o muerte y, además, puede estar en todas partes a la vez, disfruta del temor de todos sus súbditos y acaba convirtiéndose en su fantasma. Entonces, el príncipe se vuelve intocable porque se confunde con el «ojo» que observa a su pueblo y en el «oído» que lo escucha.

Aquel Gran Chambelán de edad canónica era el único que sabía a qué hora se despertaba Daoguang, el que conocía la composición de sus menús y el tipo de té que bebía, los libros y poemas que quería que le leyeran en voz alta y hasta la identidad de las concubinas con las que se le antojaba pasar la noche. Sabía también el nombre de los albergues campestres donde el soberano, muy aficionado a la montería, dormiría de incógnito con su séquito antes de hacer sus batidas de ciervos en las montañas ricas en caza del norte de Pekín, al otro lado de la Gran Muralla.

Aquel viejo había ejercido la misma función junto a Jiaqing, el emperador anterior. Tenía a Siempre Aquí en su colimador. Este se había convertido en el enemigo íntimo de Elevación Paradójica, quien recelaba en él bajas maniobras de todo tipo destinadas a reforzar la influencia del clan de los eunucos.

Algo ansioso, Tang atravesó toda una sucesión de estancias en penumbra que, por razones de seguridad, tenían muy pocas ventanas. Sobre inmensas mesas de madera de sándalo con incrustaciones de laca y cobre según el método francés Boulle estaba expuesto todo el cúmulo de regalos, los últimos, enviados a Daoguang por las embajadas extranjeras: un batiburrillo donde el oropel se codeaba con lo inútil, inmerso todo en un ambiente en el que destacaba mayormente el mal gusto.

Rara vez es bello lo que está pensado para deslumbrar.

Reinaba un ambiente más solemne, más sosegado, en el saloncito llamado del Sello Imperial donde, sobre unos zócalos de palo de rosa, se tenían unos extraordinarios y arcaicos jarrones de bronce, en cuyas panzas estaban grabados los grandes códigos inmemoriales que trataban de la buena manera de gobernar, algunos de los cuales tenían la altura de un hombre. Habían sido coleccionados por los emperadores Ming, que pagaban fortunas por ellos a los ladrones de tumbas. Sus sucesores mongoles se habían guardado muy bien de desembarazarse de los jarrones y habían tenido la desvergüenza de hacer grabar sus nombres en el lugar y sitio de sus signatarios originales.

El rostro del príncipe Tang se ensombreció cuando, al entrar en el gabinete de

trabajo de Daoguang, la estancia mejor guardada de sus aposentos privados, situada al lado mismo de su dormitorio, comprendió por qué Siempre Aquí había eludido su pregunta: no se veía ni rastro del Hijo del Cielo.

Había que admitir que no era buena señal, ya que cuando el emperador quería anunciar alguna noticia desagradable a alguno de sus subordinados, se servía siempre de una persona interpuesta.

Para gran sorpresa de Tang, Elevación Paradójica se eclipsó y Siempre Aquí se situó delante de un suntuoso tabique de alabastro encajado en un marco de madera de cedro, regalo del Imperio otomano que el emperador solía mostrar, orgulloso, a sus colaboradores empujándolos con gesto enérgico a admirar aquel extraordinario mapa del cielo diseñado por el astrólogo más grande de Constantinopla.

—El Hijo del Cielo salió a la caza del ciervo ayer por la tarde, pero quiere que te comunique que está muy irritado contigo.

Aunque se sacaba un peso de encima al no tener que presentar cuentas al soberano en persona, al príncipe Tang le incomodaba disimular su cólera ante lo grosero del procedimiento, ya que le habían hecho creer que lo recibiría el propio emperador y lo habían forzado a suspender bruscamente la entrevista a solas con Jazmín Etéreo.

—Está visto que no tengo suerte. Es la tercera vez que el Hijo del Cielo me convoca y no está presente. ¿Por qué no se me ha informado cuando he entrado en la Ciudad Púrpura Prohibida?

—Conoces el protocolo tan bien como yo. Cuando Daoguang se expresa a través de una persona interpuesta, esta debe hacerlo siempre en el gabinete de trabajo de aquel. De no ser así, podrías preguntarte si hablo realmente en nombre del todopoderoso Hijo del Cielo.

—¿En qué me he equivocado, pues? —no pudo abstenerse de exclamar Tang, picado en lo más vivo.

—Pues muy sencillo: no eres lo bastante expeditivo —susurró el eunuco, que parecía experimentar un malévolos placer mostrando el puñal con que se disponía a hurgar en la llaga de su interlocutor.

—Me parece que oí esas mismas palabras de tu boca en nuestra última entrevista. Y te repito lo mismo: hago lo que puedo —farfulló el noble Han.

El eunuco, erguido sobre sus coturnos como un gallo con los espolones en ristre, parecía un viejo pavo enfurecido cuyo cuello descarnado emergiera del plumaje, en su caso una larga túnica de seda roja adornada con llamativos bordados que representaban estilizadas aves del paraíso.

—¡Vamos a ver! Las arcas del Estado se vacían a ojos vistas. Dentro de poco el Hijo del Cielo no tendrá dinero suficiente para pagar a sus mercenarios. Por consiguiente, los ejércitos corren el riesgo de morder la mano que los alimenta. Daoguang no se hace ilusiones en este sentido.

Tang ya iba a responder que era muy normal dada la incapacidad que

demostraban los manchúes para organizar ejércitos dignos de ese nombre, pero rectificó y pensó en Jazmín Etéreo, que lo esperaba en su habitación. Si quería estar pronto a su lado, lo mejor que podía hacer era tragarse el orgullo y aparentar sumisión.

—Desde la última vez que nos vimos, no he estado mano sobre mano, sino que he actuado...

—¿Qué has hecho?

—Conforme a los deseos del Hijo del Cielo, di orden de que pasaran por las armas a la persona que protegía al interesado —murmuró, molesto, Tang el Hermoso, antes de añadir con voz siniestra acompañándose de un suspiro y después de un largo silencio—: Le administraron los Diez Mil Cuchillos.

—Lo sé. Sé incluso cómo se llama el verdugo que se encargó de administrarle el castigo.

—Si lo sabes todo, ¿por qué me llamas? —no pudo dejar de soltarle Tang.

El eunuco fue a situarse delante del mapa monumental de China grabado por el jesuita Matteo Ripa^[37], colgado de la pared detrás de la mesa de trabajo de Daoguang, y apretó con rabia el índice en el punto donde estaba situado Cantón antes de exclamar:

—A propósito del chico, ¿por qué dejaron que se escapase?

—El pájaro se escapó *in extremis*, antes de que lo capturaran. Son cosas que pasan. La policía municipal le sigue la pista. Por desgracia, sin resultado de momento. Pero tarde o temprano lo cazaremos, díselo de mi parte al Hijo del Cielo. Lo garantizo.

—No se ha practicado un registro a fondo de Cantón.

—Fue precisamente lo que yo exigí...

—Desde lejos, jamás le obedecen a uno como él quiere. Cuando uno no está en el escenario de los hechos, la gente hace lo que le da la gana. Si no hay gato, los ratones bailan —gritó el eunuco.

Pero, dándose cuenta de que había metido la pata, quiso recuperar terreno y añadió:

—¡Salvo aquí!

—¿Debo entender que tengo que actuar en persona?

—La pregunta no merece respuesta. De todos modos, yo que tú lo pensaría en serio —prosiguió Siempre Aquí, que sabía muy bien a qué sitio quería llegar.

Considerando la expresión de contrariedad del niño atrapado en falta que mostraba su interlocutor, el viejo castrado consideró que había llegado el momento propicio de asestarle la estocada.

—Dicho sea de paso —añadió como quien no dice nada importante y con semblante perfectamente impávido—, ¿cuándo piensas traernos a esa chica del Toi et Moi capaz de contorsionarse como una mona?

El príncipe Tang acusó el golpe y permaneció mudo unos instantes antes de

responder, furioso:

—¡Está visto que no es posible ocultar nada al Palacio Imperial!

El viejo eunuco se echó a reír y sus ojos se fruncieron hasta convertirse en finas rendijas ribeteadas de un reborde de piel.

—Suerte que el emperador del Centro cuenta con buenos ojos y con oídos eficaces... Si no fuera así, haría tiempo que habría otro en su sitio.

Tang tuvo conciencia de pronto de que él no era más que una especie de rehén de lujo a merced de aquel emperador mongol a quien había vendido su honor igual que algunos venden su alma a un demonio *gui* y se ven condenados a convertirse en famélicas almas errantes y a recorrer los infiernos con la boca cosida para que no entre por ella ni la más mínima migaja.

Los traidores obtienen su merecido.

Pensó, angustiado, en la joven que lo esperaba modosamente en su habitación y que muy pronto debería acompañarla al gineceo donde permanecería hasta el fin de sus días.

Son muchos los bellos pájaros acostumbrados a volar al aire libre los que, cuando son encerrados en una jaula, aunque sea de oro, languidecen hasta que, al fin, mueren.

Aquello lo indignaba.

—¡Vaya manera ruin de presionarme!

Siempre Aquí rodeó la mesa de trabajo del emperador y fue a situarse en el lugar preciso donde el soberano ponía el sello imperial en los decretos administrativos y nombramientos de generales y prefectos.

—Estoy seguro de que la contorsionista será del gusto del todopoderoso Hijo del Cielo... ¡Según me han dicho, posee atractivos suficientes para resucitar a un muerto!

Era una broma del eunuco.

—Como de costumbre, si la muchacha vale la pena, la presentaré al gineceo — exclamó el príncipe exhalando un suspiro.

—Todo el mundo sabe que Tang el Hermoso, deseoso de cumplir como es debido las tareas que le están oficialmente encomendadas, solo pone a prueba a aquellas muchachas que valen realmente la pena —concluyó en tono guasón el viejo eunuco antes de indicar con el ademán a un guardián que acompañase al visitante a la salida.

Como un autómatas, Tang recorrió el trayecto a la inversa y fue desde el Palacio Imperial hasta su casa sin dejar de maldecir a Daoguang y a todos los que lo rodeaban. Por nada en el mundo habría querido que le cupiera en suerte el destino de la mariposa que, por haberse aproximado demasiado al sol, acaba por quemarse las frágiles e inflamables alas.

Solo le correspondía a él ahuyentar aquella posibilidad.

Y aunque arriesgaría mucho desobedeciendo la orden de la casa imperial que no tardaría en llegar, una orden con la que se le conminaría a entregar a la muchacha al gineceo de Daoguang, ya había tomado la decisión: no pensaba obedecer la orden terminante que acababa de darle Siempre Aquí.

A menos, claro, que Jazmín Etéreo no fuera como todas sus restantes compañeras en las lides amorosas y demostrara ser incapaz de realizar con él aquel milagro que estaba esperando desde hacía tiempo.

Si fuera así, la cedería a la corte sin el menor resquemor.

Pero había percibido tantas vibraciones positivas en aquella muchacha que estaba casi seguro de haber acertado en la elección.

Al irrumpir en su habitación, descubrió a la contorsionista dormida en la enorme cama cuadrada. Igual que un cachorrillo, estaba acurrucada debajo del cobertor y dormía profundamente.

Se acercó a la muchacha, se sentó en el borde de la cama y permaneció largos minutos contemplando su rostro juvenil al que el sueño había devuelto la inocencia, aunque no pudo evitar rozarle la espalda suavemente con la mano.

La chica se despertó inmediatamente.

Descubrió entonces que había trocado aquella espantosa túnica gris que antes llevaba por un magnífico pijama de seda con estampados de animales celestiales que su lacayo le había traído.

Que hubiera accedido a vestir aquella prenda que hacía poner siempre a sus amantes antes de que le rindieran homenaje era una buena señal que lo animó a ir derecho al objetivo propuesto.

—Jazmín Etéreo, mañana nos vamos.

—Mi director me ha dicho que debía volver al espectáculo mañana por la noche —dijo la muchacha en tono sombrío.

—Mañana por la noche estaremos lejos de Pekín.

—¿Y si me niego a seguirus?

—¿Quieres pasarte la vida en la cárcel dorada donde las mujeres permanecen encerradas a disposición del Hijo del Cielo? En la Ciudad Púrpura Prohibida saben de tu existencia.

—¿Cómo es posible?

—Tenían un espía en el Toi et Moi. El círculo del emperador exige que te entregue al intendente del gran gineceo.

Jazmín Etéreo se puso a temblar.

—¡Eso jamás! ¡Antes prefiero morir! No quiero terminar mi vida entre cuatro paredes, forzada a estar a disposición de un hombre. ¡Jamás!

Había recuperado la actitud feroz de la bestia acosada.

—Quiero que sepas, Jazmín Etéreo, que yo deseo tu bien.

—¿Cómo puedo estar segura? —gimió ella bajando la voz.

Tendida en la cama, se envolvió en el cubrepiés forrado de cibelina.

Al verla arrebujaada de aquella manera, igual que un gatito, Tang sintió una profunda ternura. En la estancia donde los pebeteros alimentados de continuo embalsamaban el ambiente de incienso, los espejos multiplicaban hasta el infinito la imagen de aquella muchacha de la que ya estaba a punto de enamorarse.

Resultaba evidente que con ella era posible la Gran Fusión.

—Esta noche no voy a tocarte. No te forzaré. Me inspiras demasiado respeto, amiga mía. No aprisiones el pájaro con fuerza porque puedes ahogarlo.

—¿Y mañana?

—Mañana, si quieres, nos iremos. Tomaremos un barco y navegaremos hacia el sur a través del Gran Canal Imperial^[38].

—¿Y si me negase? —protestó, reticente como de costumbre.

—No estamos en condiciones de elegir, Jazmín Etéreo. ¿Quieres ser la esclava del Hijo del Cielo?

La hermosa contorsionista, con los ojos arrasados en lágrimas, sin querer acceder totalmente al juego que le planteaba el hombre, esbozó apenas un gesto de negación con la cabeza.

—¿Por qué lloras, querida mía?

Subir a un barco y deslizarse por las aguas tranquilas de un canal... Desde pequeña soñaba con poder hacerlo para poder escapar del furioso torrente del mundo donde había vivido hasta entonces, un mundo hostil sembrado de trampas y añagazas, donde nadie da nada a nadie, un mundo donde es preciso contar únicamente con las propias fuerzas y luchar por la supervivencia. Pero como era orgullosa y desconfiada, se escabulló.

—No es nada. ¿Hacia el sur? ¿Hacia dónde?

Tang le cogió la mano. Por vez primera, la chica no opuso resistencia.

—Ir allí donde fluye el majestuoso río Azul. Siempre he soñado que un día me sentaría en sus orillas y contemplaría las tumultuosas olas en cuyo fondo dormitan los li...

—¿A qué llamas tú los li?

—A los dragones acuáticos. Duermen entre las algas, agazapados sobre los guijarros que tapizan el fondo de los ríos. De vez en cuando asoman al mundo de los humanos y entonces el río se desborda.

—¿Y si esos dragones li nos devoran? Mi abuela decía que los dragones devoran a los seres humanos.

—No todos, hay dragones amables.

—De todos modos, si un dragón *li* llegase a atacarme, yo sabría defenderme.

Rebelde e indomable, la bella contorsionista no había renunciado ni a una sola pulgada de su orgullo.

—¡Yo te protegeré! Te ruego que creas en mí y que me tengas confianza.

—¿Por qué?

—Pues, sencillamente, porque te amo, Jazmín Etéreo.

Era la primera vez que hablaba a una mujer en aquellos términos.

Y también la primera vez que Jazmín Etéreo oía aquellas palabras.

VII

Nanquín
5 de noviembre de 1845

Tang, feliz como un niño al sentir a Jazmín Etéreo a su lado, contemplaba el cielo azulado con reflejos rosados en el que las estrellas iban apagándose una tras otra para dejar paso a la aurora que no tardaría en asomar.

El gran silencio que reinaba en el canal a través del cual se deslizaba sin ruido la barcaza en la que viajaban fue roto por el grito estridente de un marinero:

—¡Nanquín a la vista!

Unos minutos más tarde, la gran gabarra oficial, sirgada desde la orilla por centenares de *coolies*, empapados de sudor y encorvados sobre las maromas, estaba rodeada de toda una miríada de barcas más pequeñas. La proa del navío en forma de cabeza de dragón cornudo que prolongaba su casco ventrudo dominaba con su altura a los marinos vocingleros y febriles que se ofrecían a ayudarles a descargar la mercancía.

—La mitad son ladrones que quieren aprovechar la ocasión para hurtar el género que transportamos —explicó Tang, en tono jocosos, dirigiéndose a la muchacha.

En el Gran Canal Imperial, cada vez que se encontraban en las inmediaciones de las ciudades importantes, se repetía la misma escena: así que se acercaba un gran navío que exhibía pabellón oficial, se veía acosado por todo aquel enjambre de embarcaciones más pequeñas que se atropellaban mutuamente en aquella vía de agua a todas las horas del día. Y desgraciadas aquellas a las que tenía que llamar la atención alguna embarcación de la administración porque, aunque fueran víctimas de un error de pilotaje del barco oficial, sus propietarios estaban sujetos a importantes multas por degradación de bienes públicos.

Frente al poder omnímodo del Estado, el individuo es únicamente, y en el mejor de los casos, un contribuyente al que se puede exprimir a voluntad.

Divisaron algo más lejos un elegante junco de mandarín que se abría paso lo mejor que podía entre los sampanes cargados hasta la borda. En la parte posterior, reservada al propietario, se afanaban los criados, ocupados en servirle la comida de la mañana. Con el cuerpo proyectado hacia delante, un marinero blandía el remo como una lanza a fin de apartar las barcas que pudiesen perturbar el paso del junco propiedad del poderoso.

El Gran Canal fue, por espacio de siglos, tan esencial para la China como puede serlo la médula espinal para el cuerpo humano.

Los emperadores que lo construyeron en el siglo v de nuestra era habían visto la utilidad de aquella larguísima vía de agua salpicada de esclusas que une la cuenca

inferior del río Azul con Pekín. Para excavarlo, habían trabajado durante más de quinientos años centenares de miles de prisioneros de guerra transformados en peones, muchos de los cuales encontraron allí la muerte. Entre la obra de consolidación de los diques y la necesidad de purgarlo de continuo, el mantenimiento del Gran Canal Imperial costaba cada vez más dinero al Ministerio de Canales y Ríos encargado de su tutela.

Dicha administración poseía tres «gabarras oficiales» que permitían que toda una multitud de inspectores navegase permanentemente por aquella inmensa vía de agua con objeto no solo de vigilar los trabajos de rehabilitación, sino también de comprobar que los responsables del cobro de los derechos de uso no se llenasen los bolsillos más allá de unos límites razonables.

El noble Tang había entablado relaciones con el ministro que tutelaba el Gran Canal Imperial, un mandarín que era como él de origen Han, lo que le permitía pedirle prestada una de sus embarcaciones siempre que la necesitaba.

Aquella en la que se había embarcado con Jazmín Etéreo había abandonado Pekín tres semanas antes y recorrido sin problema los mil trescientos kilómetros que separaban esa ciudad de Nanquín, la antigua capital del sur.

Tang distinguió a lo lejos, iluminada por los rayos rasantes del sol y escalando una hilera de colinas, una larga muralla dentada que serpenteaba como un dragón en busca de luz tras largo periodo de hibernación en el tenebroso vientre de la tierra.

Inclinado sobre el hombro de la joven, le murmuró con dulzura:

—Observa la longitud de esa muralla. En tiempo de los Ming, Nanquín fue una capital orgullosa. Fue aquí donde Hongwu, el fundador de esta dinastía, restauró el imperio de los Han después de expulsar de Pekín la dinastía mongol de los Yuan.

—Parece una ciudad hermosa, en efecto. Me gustaría conocer como vos la historia de nuestro pasado —repuso, soñadora, la joven contorsionista.

—Allí dejaremos la embarcación. Entonces visitaremos Nanquín a placer. En cuanto a la historia de la China, pienso ir enseñándotela poco a poco.

Ella entonces clavó sus hermosos ojos en los suyos, lo que lo hizo vacilar, y le dijo:

—En Pekín me dijisteis que iríamos al sur, junto a las orillas del río Azul.

—Nanquín no es más que una etapa, pero es el único sitio donde podemos abandonar la gabarra oficial sin llamar la atención de las autoridades. Es una ciudad grande y en la escala se hace un cambio de tripulación. Si observamos un mínimo de precauciones, conseguiremos eclipsarnos sin que adviertan nuestra presencia.

—¿O sea, que nos convertiremos en fugitivos?

Tang se echó a reír.

—En cierto modo, sí. Me haces correr riesgos inmensos. Estoy seguro de que en Pekín ya nos andan buscando.

—Yo no os he obligado a nada.

En un rasgo de humor, pensando en que no había ocurrido nada entre los dos

desde que habían partido de Pekín y teniendo en cuenta que el único dormitorio de la embarcación constaba como mínimo de unas diez camas, todas ellas ocupadas por pasajeros relevantes, repuso:

—¡Yo tampoco!

Jazmín Etéreo no se dio por enterada.

—¿Conocéis Nanquín?

—Nací allí y pasé allí toda mi infancia.

—¿Viven allí vuestros padres?

—Por desgracia, murieron hace tiempo. Mi abuelo era el jefe de archiveros del gobernador de la ciudad. Mi padre era mandarín, pero no ejercía; me refiero a que se negó a colaborar con los manchúes. Pero, en cambio, tengo allí un viejo amigo.

—¿Quién es?

—Un sabio que se llama Prosperidad Singular. Suponiendo que no haya muerto.

—¿Es viejo?

—Debe de tener unos ochenta años cumplidos. Fue mi padre espiritual. Sus consejos fueron siempre preciosos para mí. Él me enseñó a leer y a escribir antes de que me pusieran el bonete viril. Es oriundo de Yunnan, donde había sido nombrado prefecto.

—No sé qué es un prefecto.

—Es el jefe de los mandarines de una región. Los prefectos tienen trato directo con el Hijo del Cielo.

—¿Vos sois prefecto?

—¡Podría serlo! Desde que los manchúes reinan en este pobre país, sus funciones se han vuelto mucho menos prestigiosas. En realidad, los tártaros desconfían de los mandarines porque son todos de origen Han. El país está dirigido por bárbaros incultos —dijo Tang con un suspiro.

—¿Y por qué los Han no los expulsan?

—Tu observación es muy justa, Jazmín Etéreo. Un verdadero problema. Además, los Ming, que eran Han, no habrían debido perder nunca el poder.

—¿Por qué lo perdieron?

—Los manchúes eran guerreros terribles. Los Han se habían vuelto demasiado sensatos. Así como el hombre obeso no está en condiciones de defenderse porque su corpulencia se lo impide, el lujo y la opulencia son enemigos de las naciones porque socavan su capacidad defensiva.

—¿O sea, que si los Ming hubiesen estado más delgados habrían podido echar a los manchúes?

—¡Ni más ni menos!

—¿Cuánto tiempo hace que no venís a Nanquín?

—Unos diez años. Desde que murió mi padre.

—¿Y vuestra madre?

—Mi madre ya había dejado este mundo miserable cinco años antes que mi

padre.

—En diez años la ciudad ha debido de cambiar muchísimo. ¡Vuestro profesor quedará sorprendido al veros! —repuso ella, más alegre.

—Es un hombre culto y sumamente agradable, un gran sabio que enriquece el espíritu de todos cuantos lo conocen. Me sorprendería que nos negase su hospitalidad.

Una sacudida violenta puso término a su conversación. La gabarra oficial, al pararse, había chocado con el pontón de desembarco en el que esperaban unos hombres uniformados dispuestos en dos hileras que exhibían, como toda la soldadesca del Imperio cuando estaba de gala o en combate, una oriflama en la espalda.

—¿Qué hacen aquí esos soldados? —dijo Jazmín Etéreo.

—Son funcionarios de la administración de aduanas y de impuestos indirectos; se encargan de comprobar que los barcos hayan satisfecho los derechos de tránsito para sus mercancías.

—¿Van a hacernos pasar un control?

Tang le indicó, no lejos de donde estaban, a un hombre de expresión severa que llevaba la misma indumentaria que los del pontón, salvo la oriflama, el cual no había abierto la boca en todo el viaje y se había pasado la mayor parte del tiempo haciendo cálculos con el ábaco.

—Es uno de sus jefes. Está en viaje de inspección. Por una vez, los encargados de controlar serán sometidos a examen. Entretanto, nosotros aprovecharemos la ocasión para escapar de toda esa gente —dijo Tang en voz baja, seguro de la argucia que había ideado.

Así que colocaron la pasarela, el inspector en cuestión la recorrió con paso firme y bajó a tierra, donde fue acogido con deferencia por el jefe de correos. Después, como un oficial superior que inspeccionase las tropas antes de la batalla, hizo que le presentaran uno por uno a los hombres alineados en el pontón. Seguidamente, todo el grupo se encaminó a la administración de aduanas, donde esperaban al alto funcionario los documentos que debía inspeccionar.

Correspondió después a la tripulación el turno de abandonar la embarcación.

—Jazmín Etéreo, ha llegado el momento —le dijo Tang por lo bajo tras comprobar que ya no quedaba nadie en la pasarela.

Aprovechando la inspección a la que estaban sometidos los aduaneros, envueltos en el aire húmedo que impregnaba el ambiente, abandonaron la embarcación ahora desierta transportando en la mano su ligero equipaje.

En el muelle se afanaban algunos *coolies* que desplazaban pesadas cargas hasta la orilla del agua en previsión de la llegada de la próxima barcaza cuyo estrave ya se divisaba a lo lejos a pesar de que la bruma matinal estaba desplegando sus velos algodonosos. Faltaban pocas horas para que, después de la llegada de dos o tres grandes navíos, el lugar fuera invadido por una turbamulta industriosa y vocinglera,

ya que el ajetreo de entrada y salida de mercancías no se detenía hasta que caía la noche.

Recorrieron sin tropiezo la calle principal del puerto fluvial, donde ya estaban abiertas las tabernas, de las que salía olor a buñuelos fritos, y pararon a dos portadores de sillas a quienes el príncipe ordenó que los llevaran al centro de la ciudad.

—Todo sucede tal como estaba previsto —murmuró Jazmín Etéreo cuando el vehículo que los transportaba franqueó una de las puertas de Nanquín A través de una multitud de mendigos harapientos que tendían su escudilla.

Sentado en el exiguuo asiento donde se encontraban prácticamente pegados, Tang sentía contra la suya la cadera flexible y recia de Jazmín Etéreo y también prometedores hormigueos en la base de su Vara de Jade.

He encontrado por fin en ti lo que busco desde siempre.

Pero se rehízo. No era el momento de abandonarse ni de ceder a las expansiones.

Dejaron a mano izquierda el templo confuciano del Reconocimiento y su célebre torre de porcelana, cuyos muros de sostén, custodiados de noche y de día, presentaban la curiosidad de tener incrustadas piezas de preciosa vajilla, y bordearon un lago junto al cual había centenares de grullas que aguardaban pacientemente, posadas en sauces llorones, a que se dispersase el vapor exhalado por las aguas para lanzarse a atrapar peces. Por fin se encontraron al pie de la muralla de la célebre y orgullosa ciudad que los emperadores Ming habían convertido en capital de China. No tenían más que cruzar la puerta del Farol para penetrar en ella, y esto hicieron, Tang con ánimo ligero y Jazmín Etéreo bastante más angustiada.

—Mi viejo maestro vive entre la torre del Tambor y la de la Campana. Estamos en la zona. ¡Hay que ver cómo ha cambiado este barrio!

Como vivo reflejo de su prosperidad, Nanquín, que con el transcurso de los siglos se había convertido en el eje de la industria y el comercio de la seda, era una inmensa fábrica. En medio de gritos y sudores, trajinaban miles de peones, albañiles, carpinteros y techadores entre cohortes de portadores de tierra y de piedras. En todas partes se construía, se excavaba, se nivelaban los desmontes, se aserraba, se talaban árboles, se hincaban clavos y se ponían cimientos. Casas flamantes de ladrillo nuevo, construidas allí donde antes no había más que casuchas levantadas con endeble planchas de las que todavía quedaban algunos vestigios, se alineaban impecablemente a uno y otro lado de avenidas trazadas a cordel que parecían casi tan anchas como largas.

—Aquí se ha destruido todo —observó Tang al pasar delante de las ruinas de los cinco puentes de Mármol.

Aquellas obras de arte salvaban los fosos del suntuoso palacio de los Ming antes de que lo saquearan los manchúes durante la ocupación de la ciudad.

—¡Qué lástima! Todo esto debía de ser muy hermoso... —suspiró Jazmín Etéreo.

—Cuando los Qing se apoderaron de las provincias del sur de China, no

concedieron tregua. Debo decir que mis antepasados se mostraron irreductibles. Muchos cabezas de familia Han degollaron a sus mujeres y a sus hijos antes de suicidarse ellos, porque no querían ser testigos de la entrada de los tártaros en la capital de los Ming. Nanquín fue saqueada.

—Pero ¿por qué hay que atarse a las cosas bonitas en lugar de aprovecharlas y disfrutarlas?

Ante aquella mezcla de ingenuidad y pragmatismo, Tang no pudo evitar una sonrisa. Había que admitir que Jazmín Etéreo no dejaba de sorprenderlo.

—Todos los invasores tratan de intimidar a los pueblos y ciudades que quieren conquistar. Los últimos soberanos Ming se refugiaron en el palacio cuyas ruinas estás viendo. El edificio era un símbolo que había que eliminar. Y por lo mismo fueron también pulverizados todos los tesoros que mis antepasados habían ido acumulando a lo largo de los siglos.

—¡No sabía que los mongoles fueran tan salvajes!

—Los mongoles no conceden nunca tregua —respondió el príncipe contemplando a la hermosa contorsionista por quien acababa de convertirse en desertor.

Los mongoles no conceden nunca tregua...

Era un adagio que se podía aplicar a sí mismo y, por consiguiente, también a ella. Se echó a temblar.

Las consecuencias de su gesto eran fáciles de imaginar.

Apenas sería confirmada en palacio la noticia de su desaparición, Siempre Aquí acudiría al Ministerio de los Canales y Ríos, y la policía secreta, omnipresente en el territorio, averiguaría al momento que su rastro se perdía en Nanquín, la antigua capital del sur, la ciudad rebelde, aquella ciudad de la que los Qing desconfiaban como de la peste y de donde habían surgido tantas revueltas contra el poder central, una ciudad que debía de estar repleta de espías, confidentes y policías.

Nanquín, pues, podía convertirse en una terrible trampa. De pronto, no pudo evitar mirar a todos lados, sobre todo atrás, para asegurarse de que no los seguían.

—Aquí todo el mundo parece rico y feliz —dijo Jazmín Etéreo, que contempló con aire absorto la abigarrada multitud de matronas que se agolpaban en el mercado ante los puestos donde se levantaban pirámides de frutas y verduras.

Era un hecho que los habitantes de Nanquín, a pesar de todas las afrentas que les habían inferido los Qing, respiraban la alegría de vivir.

Los hombres, afortunadamente, olvidan pronto las calamidades que han sufrido, porque el ser humano posee una naturaleza tal que, incluso después de los peores sufrimientos, es capaz de recuperar la felicidad.

Tang respiró profundamente y se obligó a sonreír a pesar de la angustia que lo atenazaba. Lo importante era no preocupar a Jazmín Etéreo, no ofrecerle la imagen de una persona atribulada. Había que sobreponerse y hacer como si todo funcionase a las mil maravillas, aunque no por ello dejar de estar siempre muy alerta.

—¡Aquí mismo! —gritó a los dos porteadores, animado por las resoluciones que

acababa de tomar, al divisar en la esquina de un callejón la larga pared de ladrillo gris detrás de la cual había sido construida la casa de su viejo maestro.

Llamó a la puerta. Un portero canoso y encorvado por los años acudió a abrir.

—¿Está el venerable Prosperidad Singular?

—Sois su discípulo Tang el Hermoso, ¿verdad? Os he reconocido. Ya vinisteis a visitar al señor... —exclamó el hombre de blanca pelambreira con el rostro radiante de alegría apresurándose a hacerlos pasar al interior.

Protegida por su recinto, la casa del viejo maestro del príncipe se levantaba en medio de un gran jardín decorativo compuesto de diversas variedades de paisajes en miniatura. De acuerdo con los preceptos del *Vientos y Aguas* —*Fengshui*, en chino—, el arquitecto de paisajes de Prosperidad Singular se había ocupado de que cada planta estuviera en el sitio que le correspondía y de que ninguna hoja ni ninguna rama perturbase inútilmente a todo aquel que penetrase en el jardín. En aquel minúsculo marco natural donde reinaban un orden y una armonía propicios a la meditación, todos los ángulos agudos eran romos, todo lo puntiagudo estaba cuidadosamente recortado, todas las piedras estaban pulimentadas y del jardín habían quedado proscritos todos los pinchos. Entre dos cipreses funerarios enanos que parecían meditar, con un follaje amorosamente esculpido por la mano de aquel viejo que hacía las veces de jardinero y que les daba todo el aire de guardianes bonachones, proliferaban matorrales de peonías arborescentes, rododendros y azaleas. Sabiamente dispuestos al pie de montículos recubiertos de una suave capa de musgo a los que servían de atentos centinelas, se habían plantado viejos árboles enanos, la mayoría de los cuales no excedía en altura el nivel de la rodilla. Esparcidos en el césped, había extravagantes pedruscos zoomorfos del tamaño de una alfombra de oración, perforados artificialmente por la herramienta de un hábil escultor, que poblaban aquel espacio artificial donde uno habría creído encontrarse en medio de un calvero al pie de las laderas del monte sagrado Taishan.

—¿Dónde está Prosperidad Singular? Dada la hora, debe de estar sentado al borde del estanque de las carpas dando de comer a sus peces, ¿verdad? —preguntó Tang al portero.

—Os equivocáis, príncipe. El señor no abandona nunca la cama antes de que el sol haya subido el tercer escalón camino del cénit.

—¿Está enfermo?

—Para su edad, el señor dista mucho de tener mala salud. Hace más de tres años que celebramos su ochenta cumpleaños.

—Si está durmiendo, no hay que despertarlo.

—El señor ya se habrá despertado. El señor duerme solo con un ojo.

El príncipe confió a Jazmín Etéreo al portero y entró en la habitación donde sus ojos tardaron algunos segundos en acostumbrarse a la penumbra. Descubrió entonces a su viejo maestro acostado en la simple plancha de madera que le servía de cama, con la cabeza vuelta hacia la entrada. En la mesilla de noche tenía el pastillero y una

taza de té llena hasta la mitad. Para conservar sus fuerzas, el viejo funcionaba gracias a las «cinco piedras», llamadas también «polvo de la comida fría», resultado de la alquimia de leche de estalactita y cuarzo mezclado con rejalgar y oropimente, además de mica unida a polvo de *ginseng*^[39].

Prosperidad Singular tenía muy abiertos sus hermosos ojos, fruncidos y de mirar suave. Era evidente que se sentía muy feliz y emocionado al ver a su discípulo junto a la cabecera de la cama.

—¿Qué viento te trae por aquí, mi querido Tang?

Su voz estaba preñada de emoción.

—Me dirijo a Cantón... y Nanquín está de camino. No se puede ignorar la nostalgia del lugar donde uno ha nacido ni del maestro que te ha enseñado a escribir y a pensar.

—¡Qué bueno eres! Yo también te echo de menos a menudo.

—Os digo la pura verdad. En lo tocante a formación, os debo más a vos que a mi padre.

El viejo lo estrechó entre sus brazos. Al separarse, cuando el príncipe vio que estaba llorando, le preguntó:

—¿Cómo os encontráis?

—*Un día soy gato y al día siguiente perro*. Depende de los días. Pero solo verte ha hecho que hoy me encuentre mejor que ayer.

—Sois muy amable, maestro Prosperidad.

—¿Qué es de tu vida? La última vez que estuviste aquí me dijiste que te disponías a entrar al servicio de los manchúes —dijo el viejo con un suspiro.

Una sombra de contrariedad pasó por el rostro de Tang, que exclamó con una voz que la cólera hizo temblorosa:

—¡No tenía donde elegir! Mi padre estaba agobiado por las deudas. De haber rechazado la proposición del Palacio Imperial, se habría visto obligado a vender su casa. Por eso me vi abocado a servir a los desalmados invasores.

—Lo sé, lo sé todo. Además, no recuerdo que yo tratara de disuadirte —dijo Prosperidad Singular con voz cansada mientras una nube de tristeza ensombrecía un momento su mirada.

—A menudo lamento no haber tenido vuestro valor. En aquella época me parecía inconcebible renunciar al cuenco de hierro del arroz. Os admiro porque vos lo hicisteis.

Reprimiendo una mueca y profiriendo un leve gemido de dolor, Prosperidad Singular extendió las piernas antes de asomar su cuerpo descarnado fuera de la cama, reseco y deformado por el reumatismo.

—Tengo dolores en toda la vieja osamenta. ¡Venga, salgamos! Hablaremos mejor delante de mis queridos nenúfares. Deben de estar aburridos después de toda una noche sin mí.

Pasaron de la penumbra de la habitación a la suave luz del jardín y fueron a

sentarse bajo una pequeña glorieta sobre pilotes que se abría a un paisaje en miniatura donde lagos, montañas, rocas y ríos ocupaban apenas un cuadrado de un metro y medio de lado.

Allí, meditando en silencio lejos del mundo, el viejo esperaba el fin de sus días.

—La naturaleza os es indispensable —le musitó Tang así que su viejo maestro se hubo sentado en su piedra favorita.

—Nuestro gran filósofo Zhuangzi explica que la pérdida de la naturaleza puede ocurrir de cinco maneras distintas, que es preciso evitar a toda costa: la pérdida de visión como consecuencia de la fatiga ocular originada por los cinco colores; la del oído, a consecuencia de la fatiga auditiva originada por los cinco sonidos; la fatiga cerebral, a consecuencia de la obstrucción de los conductos de la nariz a causa de los cinco olores; la del gusto, como consecuencia de la fatiga gustativa originada por los cinco sabores..., pero por encima de todo, los incentivos y el asco que perturban el espíritu y lo hacen irritable. ¡Yo he sabido precaverme de todo eso!

—¡Cómo os admiro!

—No hay motivo. He decidido simplemente retirarme del mundo.

—Pues es una gran hazaña para un antiguo gobernador acostumbrado a los honores. Una auténtica proeza renunciar al poder cuando uno es poderoso y rico —exclamó, admirado, el alumno dirigiéndose al maestro.

—Ya no soportaba las imposiciones de la vida a las que está sometido un prefecto en el desempeño de sus funciones. En cuanto a los honores, jamás me han afectado en lo más mínimo.

—Sois un verdadero sabio, Prosperidad Singular.

—Si uno quiere coger un puñado de arena, se le escapa entre los dedos y la mano sigue vacía. ¡Ocurre igual con tantísimas cosas! Apegarse a las cosas es la mayor de las debilidades. Abandonar las prestigiosas funciones de prefecto de una región para volver a ser un simple ciudadano no me costó nada, salvo una pequeña cantidad de dinero. Vivo en una hermosa casa, en medio de una naturaleza que me colma por entero. Cuando me encuentro con ánimos, voy al Jardín Perfumado con mi surtido de tintas y allí, delante de verdaderos lagos, dibujo sauces y urracas... Soy un letrado que pasa sus días apaciblemente apartado del mundo. Es una situación envidiable, ¿no te parece? Sería un mentecato si me lamentara. A veces me digo que tal vez habría podido terminar mi carrera como profesor de literatura antigua en el palacio de la Dinastía Celestial^[40] enseñando a leer y a escribir a los hijos de los ricos que, pese a todo, seguirán analfabetos toda su vida. Pero para mí era muy poco. Antes que ser miembro de la Academia Imperial, prefiero contemplar mis árboles y mis pájaros —prosiguió el viejo con una sonrisa.

—Como mi pobre padre —comentó el príncipe exhalando un suspiro.

—Ni más ni menos, mi querido Tang. Tang Zhou habría podido convertirse en un excelente archivero, pero prefirió, no sin razón, mantenerse al margen.

—Y dejar que nos muriéramos de hambre en casa. Cuando vinieron a buscarme,

aparte de que aquellos que querían reclutarme esgrimían sólidos argumentos para convencerme de que los siguiera, ya no nos quedaba un solo grano de arroz en la despensa —se lamentó Tang.

No podía dejar de sentirse dolido con su padre porque, por culpa de su ociosidad, lo había obligado a ponerse al servicio de la dinastía usurpadora.

—Estoy perfectamente al corriente de todo, mi querido Tang —dijo el viejo reprimiendo una lágrima.

Contemplaba a Tang de una manera extraña, como si se reprochaba algo.

—Todavía me acuerdo de la mirada amenazadora del ministro del Interior cuando me instó a aceptar que mi nombre figurase en la lista de los príncipes reintegrados. Si hubiera cometido el error de negarme, habría sido como acariciar el lomo de un tigre —prosiguió el príncipe sin advertir el aire agobiado del anciano.

—No tengo que reprocharte nada, mi querido Tang. Cumpliste con tu deber. Un hijo no debe permitir nunca que sus padres mueran de hambre —murmuró con dulzura el anciano, en cuyo hombro acababa de posarse una mariposa.

Aquellas palabras apaciguaron al príncipe, que se tranquilizó, no sin lamentar la falta de humildad y susceptibilidad fuera de lugar que no había sabido reprimir delante de su antiguo maestro.

—Admiro vuestra sabiduría. A decir verdad, en parte también es por esto que hoy me encuentro ante vos. Vuestra actitud debería ser mi fuente de inspiración. En este aspecto todavía me queda mucho que aprender.

El portero acababa de colocar una mesita baja delante del quiosco de bambú. A los pocos instantes apareció un cocinero que dejó en ella una bandeja humeante de carne con su salsa colocada sobre un trípode.

Tang hizo un ademán a Jazmín Etéreo para indicarle que se acercara. La muchacha estaba hambrienta. Aunque muy intimidada por el carisma del viejo maestro, la joven se sentía confiada.

—Esta carne está riquísima —exclamó tras haberla probado.

—El cocinero hace hervir nervios de ciervo en el jugo del cabrito. Mi médico me recomienda, como si de un medicamento se tratase, que consuma este plato por su valor energético.

—Yo no como carne. Observo la dieta taoísta —dijo Tang.

—¡Pues vaya, nunca es tarde para empezar! Cuando yo tenía tu edad, también me abstenía de comer carne. Me atracaba de brotes de soja ya fueran crudos o cocidos, eso era lo de menos. Ahora que me faltan las fuerzas, me veo obligado a consumir una alimentación más rica en carne. Pero tranquilízate, siempre con moderación.

Remataron el ágape en silencio con un plato de bananas asadas en el horno. Tras echar los restos a los peces, el viejo se levantó y acompañó al visitante al salón.

—Cuéntame lo que haces, mi querido Tang, o mejor dicho, qué te obligan a hacer los sanguinarios invasores. No acostumbran a hacer regalos a los Han de alto linaje que se avienen a ponerse a su servicio.

—Ya no estoy con ellos.

—Pues no podías darme mejor noticia. ¿Cuándo les presentaste la dimisión?

—En realidad, he desertado. Tenéis ante vos, Prosperidad Singular, a un fugitivo, un hombre que no tardará en verse perseguido por la policía del reino.

—Has elegido un camino arriesgado. En lo que a mí concierne, cuando renuncié a mi cargo, lo hice mediante una misiva oficial.

—No he tenido más remedio que obrar así. En primer lugar, ya estaba harto, no aguantaba más. Y además, he arrancado de sus garras a esta joven —le confesó él mismo sorprendido de su franqueza, refiriéndose a Jazmín Etéreo, que estaba recostada en un minúsculo macizo de narcisos aspirando su delicado perfume.

—Muy hermosa. Tienes buen gusto. Pero no me sorprende en ti.

De las palabras del anciano sabio no se desprendía ironía alguna, por lo que el príncipe, tranquilizado, prosiguió:

—El eunuco Siempre Aquí me exigía que entregase a Jazmín Etéreo al gineceo imperial. Esta joven es contorsionista y está enamorada de la libertad. Ha ido de circo en circo. La prisión sería excesiva para ella —dijo no sin cierta torpeza.

—El amor no es una enfermedad vergonzosa.

—¿Cómo sabéis que la amo?

—No hay que ser un gran adivino para descubrirlo. Debo decirte que tus sentimientos hacia esta muchacha te han orientado en la dirección adecuada, la dirección de la libertad y de la dignidad. Un Tang de alto linaje puede aspirar a algo más que a ser comparsa del ilegítimo Hijo del Cielo que gobierna ese desgraciado país. ¡Me siento orgulloso de ti!

—Tan pronto como Siempre Aquí se entere de que me he ido de Nanquín, lo que no tardará en ocurrir debido a que debía presentarle cuentas, pondrá precio a mi cabeza y lanzará a los esbirros de la policía secreta detrás de mis pasos.

—Desconfía de ese eunuco como de una serpiente.

—Estoy de acuerdo con vos. *La serpiente no pierde su natural marrullero ni aun metida en una caña de bambú.*

—Cuando yo era prefecto, ese maldito personaje estaba siempre en connivencia con el Hijo del Cielo hasta el punto de que me hacía dudar de quién mandaba y, sobre todo, de qué pensaba realmente el emperador.

—Pues la situación no ha cambiado. Continúa expresándose en nombre de Daoguang. ¡Y hablo por experiencia!

—¿No has tenido contacto con el Hijo del Cielo? —preguntó no sin tristeza el viejo maestro.

Afloraron a su memoria desagradables recuerdos que le rememoraron tiempos de falsedades, engaños, duelos de florete con botón entre cortesanos y sórdidas intrigas en los que hubo de sentirse el más desgraciado de los hombres, antes de que aquel famoso y extraordinario acontecimiento lo aliviara milagrosamente.

Las más infames cloacas están más limpias que la corte de los reyes poderosos.

—¡Una sola vez!

—¿Cuándo?

—El día en que me puso el collar *chaozu*^[41], al mismo tiempo que a toda la hornada de los demás príncipes sometidos que también prestaron juramento de fidelidad. El emperador se contentó con darme las gracias con una desvaída y distante sonrisa. ¡Nada más!

Tras unos momentos de silencio, el venerable letrado adoptó un aire de contrariedad.

—¿O sea, que desde que estás al servicio de los manchúes solo presentas cuentas a Siempre Aquí?

—Exclusivamente a él.

—Pues es inaceptable. Yo que tú, habría desconfiado.

—¿Qué queréis decir? A través de él, el Hijo del Cielo me confió una misión que no sufría demora alguna —exclamó Tang, ligeramente desorientado.

—Cuando el tigre no está, no hay más reyes de la montaña que los monos. Daoguang haría bien vigilando más de cerca a sus eunucos.

—De hecho, la misión que me encomendaron parecía muy seria —exclamó Tang con un carraspeo para despejarse la garganta.

—¿De qué se trata?

—De encontrar a uno de los hijos naturales del emperador del Centro.

—¿Nada menos que eso?

—Si os parece poco...

—Según se murmura, los bastardos de Daoguang se cuentan por centenares. No debe de ser empresa fácil.

—Lo complicado de la situación es que el chico en cuestión dispone de un certificado oficial de reconocimiento aceptado por el emperador, lo que le permitiría reivindicar en cualquier momento su condición de príncipe heredero.

—Y Siempre Aquí quiere recuperar ese documento.

—Eso parece. Pero ¿cómo lo sabéis?

—Por simple deducción. Todo el mundo sabe que el Hijo del Cielo corre el riesgo de no vivir mucho más dada su edad. En la guerra de sucesión que está en puertas, el clan de los eunucos seguramente tiene donde elegir.

—¿Cómo podéis estar tan seguro? —exclamó el príncipe, estupefacto ante tanta clarividencia.

—Tengo una sola ventaja sobre ti: mi edad. Y un amplio conocimiento de las altas esferas... y de sus intrigas. ¡Si supieras todo lo que he visto!

—¡Quisiera creerlo! —murmuró Tang, impresionado al ver la calma con que aquel viejo iba desmontando pieza por pieza toda la situación.

—Si yo estuviera en el sitio de esos malditos castrados, no obraría de otra manera. Hay que ponerse siempre en el lugar del adversario, no subestimarle nunca, si uno quiere combatirlo.

—Según vos, me han manipulado, ¿verdad?

El rostro desolado del noble Han ahora estaba rojo de cólera.

—Deberás confesarme, mi querido Tang, que me has hecho una pregunta que merece una respuesta. En el círculo que rodea al Hijo del Cielo hay mucho macaco adornado con plumas de pavo real. *Cuando se derriba el árbol, los macacos huyen*^[42]. Llegará el día en que arranquen el árbol —exclamó, como sin darle importancia, Prosperidad Singular, cuyos ojos, transformados ahora en rendijas, despedían un brillo malicioso.

En aquel preciso instante, profundamente convencido por los argumentos de su viejo maestro, tuvo la plena seguridad de haber sido objeto de burla por parte del clan de los eunucos. Era un hecho incontrovertible. Se odiaba a sí mismo por su falta de clarividencia. Recordó con rabia la sonrisa torcida de aquel viejo horrible que era Siempre Aquí, situado en lugar del emperador, instándolo a llevar a cabo cuanto antes la vil tarea que tenía entre manos con el pretexto de que el Hijo del Cielo estaba impaciente.

Apesadumbrado y muerto de vergüenza, recordó la innoble batida y el infame suplicio de los Diez Mil Cuchillos que se había visto obligado a organizar para tratar de arrancar a aquel pobre calígrafo llamado Ramillete de Pelo Celestial el famoso certificado con el sello oficial de Daoguang. Pero la víctima se había negado a hablar y se había guardado el secreto. Por culpa de su ingenuidad, se había hecho responsable de la muerte injusta de un hombre que no tenía nada que reprocharse.

—Soy culpable de la muerte de un inocente —se lamentó antes de revelar a su antiguo maestro el destino que había correspondido al pobre Ramillete de Pelo Celestial.

—¿No era ese hombre calígrafo de oficio?

—¡Uno de los mejores de Cantón! ¿Cómo lo habéis adivinado?

—Por su nombre, mi querido Tang. *Dime cómo te llamas y te diré quién eres y de dónde vienes*. Eso sin tener en cuenta que los hijos secretos del emperador acostumbran a ser confiados a letrados para que se ocupen de su educación. Menos mal que a mí no me tocó nunca en suerte semejante tarea. Me hubiera costado trabajo ocuparme de un enésimo retoño imperial... y encima, acabar bajo los Diez Mil Cuchillos. ¡No me hubiera faltado más que eso! —dijo el anciano con un suspiro.

Tang, anonadado, se sentía incapaz de responder al sabio.

Acababa de derrumbarse todo un periodo de su vida y debajo de él habían quedado sepultadas montañas de ilusiones que dejaban en la boca un sabor amargo. Se veía henchido de orgullo y envuelto en certidumbres, se creía importante y útil, extendiendo la mano sobre el enorme jarrón ritual del código penal bajo la mirada impávida y distante de Daoguang, que parecía no enterarse. De haber sabido hasta dónde podía llevarlo por el camino de la abyección aquel funesto juramento de fidelidad, se habría negado a prestarlo.

—¡No soy más que un pobre hombre! —exclamó ahogando un sollozo.

—Solo las almas generosas pueden ser manipuladas por los seres perversos. La rectitud suele ser ingenua. *El becerrillo recién nacido no teme al tigre.*

—Por desgracia, no soy tan joven como eso.

—Comparado conmigo, todavía lo eres, mi querido Tang.

—Vuestra indulgencia me conmueve, pero no decís verdad. Me he aprovechado de la autoridad usurpadora.

—El mejor caballo puede derrumbarse y la historia no se detiene nunca, Tang, mientras el héroe no suelte prenda. De ti depende que ese niño imperial pueda salvarse y escapar al funesto destino que le tiene reservado el clan de los conspiradores.

El príncipe, cuya mirada reconocida y emocionada iba de Jazmín Etéreo a Prosperidad Singular, los dos seres que le importaban más que nada en el mundo, hincó una rodilla en tierra.

—He hecho bien viniendo a visitaros. Vuestras palabras son un bálsamo para mi corazón. Haré lo que sea para enmendar mi triste error.

—No lo dudo —respondió Prosperidad Singular con voz extremadamente dulce.

—Juro sobre la cabeza de Jazmín Etéreo que moveré montañas para encontrar a ese bastardo y salvarle la vida, y también, si fuera posible, para que haga valer sus derechos imperiales. Todo hijo tiene derecho a conocer a su padre —concluyó el noble Han al borde de las lágrimas.

—Comprendo muy bien tus motivos —puntualizó su maestro en un tono de voz más que elocuente.

Tras beber un último cuenco de té, Tang se despidió de Prosperidad Singular y, cuando a Jazmín Etéreo le tocó el turno de saludarlo, el sabio, como para demostrarle que había aprobado el examen con nota, acogió a la muchacha entre sus brazos y la besó en la frente.

* * * *

—¿Y si subimos a lo alto de la torre de Porcelana? La vista de Nanquín es espléndida. desde allí arriba —propuso Tang a la muchacha al franquear los umbrales de la casa de su anciano y sabio maestro.

—¿Por qué no? Nanquín es una ciudad tan hermosa...

Por primera vez, Jazmín Etéreo respondía con un sí implícito a una sugerencia del príncipe.

Hay días en que un hombre o una mujer vuelve varias páginas del libro de la vida.

Al penetrar en el recinto del edificio, vieron a unos bonzos de cráneo rapado revestidos con una toga color ciruela que se afanaban en silencio en el interior. Unos atizaban los hornillos donde los devotos hincaban unos bastoncillos de incienso; otros, en fila india, daban vueltas de dos en dos alrededor del edificio al tiempo que tañían una campana de bronce. Tang comenzó por hacer admirar a la bella

contorsionista el elegante edificio octogonal de nueve pisos cuyos tres primeros tenían incrustados en las paredes cuencos de porcelana de color verde, azul y blanco.

—Cuando yo era niño, solía venir aquí a menudo con Prosperidad Singular. Según dicen los bonzos, en el último piso se respiran a pleno pulmón los efluvios de los hálitos vitales de los espíritus que vagan por las montañas durante la noche.

Jazmín Etéreo levantó los ojos. En la última plataforma de la torre brillaba la rueda de oro, símbolo de las Nobles Verdades de Buda.

—¡Cuánto oro! Jamás había visto nada tan suntuoso. ¿Creéis en los espíritus?

—Creo en los hálitos y en la unión de los hálitos —murmuró Tang, que había iniciado, detrás de Jazmín Etéreo, la penosa ascensión de los trescientos escalones de la escalera interior que permitía acceder a la rueda de la Verdad.

—¿A qué llamáis «unión de los hálitos»?

El noble Han se detuvo, miró intensamente a su compañera y le respondió:

—La fusión entre dos seres complementarios, la unión total entre ellos, que multiplica sus fuerzas mutuas y pone la Vía a su alcance.

—¿La Vía? Jamás había oído hablar de eso.

—La Vía es el principio de orden sin el cual no existiría nada. Las plantas, los ríos, los animales, los pájaros y los peces, los hombres, tú y yo..., no existiría nada de todo esto sin la Vía.

—El mundo, en cambio, parece tan ordenado... ¿Son conformes a la Vía cosas como el mal, la violencia, la inmensa miseria?

El príncipe dijo en un murmullo:

—*La Vía no es el mundo*^[43]. Si el mundo es malo a veces, es a causa del comportamiento de los hombres. La Vía es vaga e indistinta para todo aquel que no se esfuerza en asomarse a ella. Sus símbolos son igual de vagos e indistintos. La Vía no se deja atrapar. Es como el pájaro, que hay que cazarlo. *La Vía se encuentra en el origen y sucesión de todos los seres y de todas las cosas visibles e invisibles*^[44].

—Habláis bien. Me gustaría mucho que me mostraseis la Vía —murmuró ella, sonriente y pensativa.

Era la primera vez que la muchacha le dirigía un cumplido y por eso Tang se sintió inmensamente halagado.

Continuaron subiendo la escalera. Tensas por la ascensión, las nalgas de la acróbata se estremecían y se le ofrecían, totalmente accesibles, bajo la finura de la tela que las cubría. Pero el deseo de respetarla era en el príncipe tan grande que no quería sobresaltarla ni violentarla, sino obtener únicamente con su consentimiento lo que esperaba de ella. Por eso se abstuvo de tender las manos.

Cuando llegaron al último piso de la torre de Porcelana, los rayos del sol poniente hacían brillar como las olas del mar los techos curvos de los suntuosos palacios de la ciudad rebelde. Subyugados ante tanta belleza, permanecieron unos minutos en silencio. A lo lejos, subía de Nanquín el bullicio de la gran ciudad donde Tang había pasado una infancia colmada de halagos. Golondrinas despreocupadas y caprichosas

zigzagueaban hendiendo el azul que pronto derivaría hacia el verde y el rojo antes de que descendiera la nebulosa nocturna. Se había levantado una brisa ligera que hacía muy grato el ambiente.

—¿Cómo esperáis que salgamos de la ciudad sin hacernos notar? —le preguntó la muchacha, acodada en el pretil de piedra que rodeaba la torre de la plataforma terminal en la que estaba fijada la rueda de la Noble Verdad.

—Embarcaremos a bordo de un barco-flor —murmuró el príncipe a aquella joven que tenía la orgullosa capital de los Ming a sus pies y, muy cerca, a un hombre que la amaba.

Ella le sonrió.

Entonces, tomando infinitas precauciones, acercó la mano a la de la joven y, por un instante y sin que ella las retirara, rozó finalmente sus estilizados dedos.

VIII

Cantón
18 de marzo de 1846

Compasiva con los demás, como era habitual en ella, Barbara Clearstone observaba con inquietud a la señora Rosy Elliott, que iba moviéndose de uno a otro invitado.

¿Cómo era posible que una mujer tan obesa se desplazara con tanta soltura? Debía de ser un calvario para el corazón de la interesada teniendo en cuenta el peso enorme del cuerpo que sus pobres piernas se veían obligadas a transportar.

A ojos de una observadora menos condescendiente que la esposa de Brandon, la mujer del cónsul de Gran Bretaña en Cantón le habría hecho pensar en una montaña de gelatina o en un pato gordo contoneándose a través de un prado. Pero su magnitud no era consecuencia de la crinolina, sino de sus generosas caderas, que deformaban el vestido de excepcional holgura en que se hallaban embutidas. También era un verdadero milagro que los botones del corpiño en el que estaban empotrados sus descomunales pechos no saliesen disparados ante el menor de sus gestos.

Dios sabe muy bien que la gorda inglesa se veía en la necesidad de hacer innumerables gestos cuando su marido recibía a sus compatriotas.

Ese día, obligada por la elegancia y en previsión de la reunión en la que ella oficiaba en calidad de ama de casa, los cabellos teñidos de negro de la señora Elliott, resultado de la visita semanal a la peluquería que en esta ocasión había avanzado trasladándola a aquella misma mañana, se curvaban de forma impecable y hacían destacar el inmaculado maquillaje en el que predominaba a su vez el carmín de labios tono «sangre fresca» que imprimía a su sonrisa todo el aire de un animal carnívoro.

—¿Y cómo se llama esta encantadora jovencita? —inquirió la enorme masa de carne con patas.

Como buena esposa de diplomático, la señora Elliott era una profesional consumada en materia de relaciones públicas y sabía manejar a las mil maravillas ese lenguaje hecho de clichés que imponen las conveniencias, del que se servía con pasmoso brío amenizándolo con todo un surtido de sonrisas: desde la comedida, es decir, la de tipo «humilde y discreto», reservada a los poderosos y a aquellos ante quienes su marido se sentía obligado, hasta la provocativa, al borde casi de la desvergüenza, que solo adjudicaba a los jóvenes que superaban el metro setenta, aunque sin hacerse la más mínima ilusión, ya que era una mujer realista, sobre sus posibilidades de seducirlos.

Laura Clearstone pronunció su nombre esbozando una reverencia en medio del cuerpo de *ballet* formado por los criados chinos con guantes blancos y librea a rayas

que servían a la treintena de invitados varones el «cóctel de la casa», una mezcla explosiva a base de almíbar y alcohol de jengibre que cortaba como un cuchillo, para usar la expresión fetiche del mayordomo del cónsul. Algunos lo probaban con circunspección y otros lo paladeaban con delectación, según los casos.

En un ambiente progresivamente menos silencioso a medida que iban dejándose sentir los efectos de aquella mixtura capaz de tumbar al osado que se tomara más de tres copas, unas veinte mujeres sentadas algo aparte en sillones de mimbre hablaban de banalidades mientras sorbían lo que era correcto que les sirviesen.

Todos los primeros jueves de mes, a última hora de la tarde, se celebraba el mismo ceremonial. El antiguo capitán de los *marine corps*, Charles Everett Elliott, nombrado posteriormente cónsul de su majestad la reina Victoria en Cantón, y su esposa Rosy-Ann-Mary recibían a sus compatriotas. Como era de rigor, los recién llegados a China que habían notificado debidamente su presencia a los servicios consulares también se beneficiaban de una invitación en toda regla. En cuanto a los demás, instalados desde hacía más o menos tiempo en Cantón, podían presentarse en la casa a su conveniencia.

Preciso es decir que en casa de los Elliott no eran tacaños en materia de repostería.

En una vida anterior, el diplomático había sido uno de los militares a quienes las autoridades inglesas debían la rendición del puerto de Cantón ocurrida el 27 de mayo de 1841. Debido a ello, todavía era considerado una de las glorias del Imperio británico. Para ser más exactos, Charles había obtenido sus títulos de nobleza gracias a la ofensiva de abril de 1839 dirigida por el virrey Lin Zexu cuando este había ordenado la ocupación y destrucción de la totalidad del cargamento de opio de los barcos ingleses fondeados delante de la desembocadura del río de las Perlas. En aquel entonces simple oficial superior de la Royal Navy, había organizado la evacuación — primero hacia Macao y después hacia Hong Kong— de la sesentena de familias británicas que residían en Cantón, lo que permitió salvar gran cantidad de vidas inglesas al ahorrarse los numerosos actos xenófobos protagonizados por los chinos, consecuencia del endurecimiento del trato dispensado por las autoridades del país a los comerciantes extranjeros.

Es cierto que los *coolies*, aquellos pordioseros capaces de todo, explotados tanto por los occidentales como por los «compradores» —grandes comerciantes chinos que trataban con los ingleses y portugueses y se encargaban de canalizar el opio hacia los fumaderos—, se lo pasaban en grande arremetiendo contra los símbolos de la presencia occidental. Agrupados en bandas armadas de menesterosos empapados de alcohol de arroz, habían estado días enteros perpetrando su venganza, tamizando hasta el más insignificante callejón del barrio donde los extranjeros tenían casa propia, saqueando y quemando sus viviendas vacías, violando y masacrando sistemáticamente a las criadas de los «bárbaros narigudos» que habían ido a China con el propósito de envenenar a sus habitantes, una imputación que, dicho sea de

paso, no estaba fuera de lugar.

El único edificio que había escapado a los excesos de la multitud enfurecida había sido precisamente el del consulado de la corona británica, donde también tenía su sede la oficina de su representación comercial. Elliott tuvo la buena idea de instalar una lancha cañonera en el tejado.

Tenido en Londres por un héroe y en Pekín por enemigo jurado de China, Charles Elliott gozó incluso del privilegio de ver cómo ponían precio a su cabeza, valorada en cincuenta mil dólares por un edicto del emperador Guangxu. Con poderes de su gobierno para dispensar la respuesta inglesa a la ofensiva de Lin Zexu, había obtenido de China la cesión de Hong Kong, así como la apertura de los puertos de Xiamen y Fuzhou. Fue por los inmensos servicios prestados a su país por lo que había obtenido el envidiable cargo de representante oficial de Gran Bretaña en Cantón.

El consulado ocupaba un edificio de estilo neoclásico con una columnata en la fachada que era pintada periódicamente de color crema. El leopardo rojo sobre fondo de oro, símbolo de la corona británica, mostraba sus zarpas en el centro mismo del frontón neoclásico. Construido en el centro de un extenso terreno cubierto de césped, recortado permanentemente por las tijeras de todo un ejército de jardineros de ojos oblicuos, el immaculado edificio con ínfulas de templo griego parecía construido a propósito para contrastar con su entorno, un conjunto de polvorientos y grisáceos chamizos donde las familias se apelotonaban en alojamientos minúsculos que bordeaban sinuosos callejones que el más mínimo temporal transformaba regularmente en impetuosos torrentes.

Dado que un edificio puede ser más elocuente que cualquier otra cosa, el impresionante contraste entre aquel remanso de refinamiento y la miseria que lo rodeaba simbolizaba a la perfección la manera de cómo Gran Bretaña pretendía ejercer su dominio sobre China. Confortados por su incontestable supremacía en todos los mares del globo y por la potencia de su capitalismo, los ingleses no veían en China otra cosa que un enorme mercado del que había que apoderarse, un país inmovilizado en unas tradiciones tan extrañas como retrógradas y cuyos gobernantes habían cometido el imperdonable crimen de atentar contra la sacrosanta libertad del comercio.

Mientras Rosy seguía con su recorrido de pista, el cónsul Elliott, enfundado en su uniforme de gala y con su sombrero emplumado de dos picos bajo el brazo, se paseaba de aquí para allá con los mostachos enhiestos como un gallo haciendo la parada o, mejor dicho, se paseaba «de una a otra», ya que su debilidad eran las mujeres, y preguntaba incluso a las más guapas no solo el nombre sino también el domicilio, después de lo cual dejaba en manos del cónsul adjunto —un joven tan obsequioso como insulso— la labor de informarse sobre sus esposos y de manera especial sobre los motivos que los habían conducido a Cantón.

Cuando le tocó el turno a Barbara Clearstone, Charles, deslumbrado por sus

encantos, se quedó en posición de firmes. Deseoso de presentar su faceta más halagadora a una mujer tan deseable como aquella, se irguió en toda su altura como queriendo ofrecer el mejor perfil de su silueta, comprimida con ayuda de un ancho cinturón de contención, sin el cual no habría cabido en el pantalón negro con ribete de satén azul.

—¿Cómo os llamáis, querida señora? —murmuró llevándose a los labios la mano que Barbara le había tendido no sin reticencia.

—Clearstone, señor cónsul. ¡Barbara Clearstone! Somos de Londres. Mi marido ha venido a Cantón a vender pianos.

El bigote áspero de Elliott se demoró en el dorso de su mano, lo que hizo ruborizar y turbó a Barbara. Al observarlo de cerca, esta distinguió perfectamente las venillas rosas que le recorrían las mejillas violáceas, señal reveladora de que no le hacía ascos a la diosa botella.

—Estáis en vuestra casa, señora. ¿Me daréis vuestra dirección? —preguntó mientras acariciaba la doble sarta de medallas que le colgaban de la pechera.

—Nos alojamos en el hotel. Mi marido todavía no ha tenido tiempo de encontrar una casa apropiada. Pero no tardaremos en tenerla.

La llegada de la señora Elliott interrumpió la conversación. La mirada de lince de la mujer, constantemente al acecho, vigilaba desde lejos al mujeriego de su marido. Como no deseaba que se demorara más de la cuenta departiendo con una invitada tan atractiva como aquella, se había lanzado con la furia del rayo sobre los dos. La abundancia de sus carnes no le impedía desplazarse con celeridad, lo que provocaba un movimiento pendular de sus gigantescos senos, que se movían debajo del vestido como dos grandes campanas balanceadas con brío por el campanero.

A pocos pasos detrás de su madre, Laura tenía asida la mano de su hermano Joe, que no paraba de babear y patalear en aquel ambiente envarado donde no se encontraba nada a gusto. Para el niño *trisómico*, China no significaba nada especial.

Aparte de que, cuando se quedan sin referentes, los débiles mentales sufren más que las personas normales en las mismas circunstancias.

Desde la llegada de los Clearstone a Cantón, su agitación habitual había aumentado hasta el punto de adquirir proporciones inquietantes, al tiempo que daba la impresión de que su edad mental se había reducido a las tres cuartas partes. Si al abandonar Londres Joe observaba unas medidas mínimas de higiene, en China, donde prorrumpía en risotadas al ver el culo desnudo de los niños chinos, volvía de nuevo a ensuciarse encima. Su madre se veía obligada a dedicar horas leyéndole cuentos para conseguir que se durmiera. Atraído como un imán por la calle donde estaba enclavado su hotel, por sus penetrantes olores, buenos algunos y otros malos, por sus colores sucios algunos y otros atractivos, por sus innumerables miasmas y, sobre todo, por la oleada a veces amable y otras amenazadora, pero ininterrumpida siempre de viandantes, era preciso vigilarlo de continuo para impedir que se perdiera entre la multitud.

Observando que las miradas que los reunidos dirigían a su hermano denotaban una desaprobación progresiva rayana en la hostilidad, Laura propuso a su madre llevarlo a dar un paseo fuera de la casa.

—¡Ni hablar! Tú no sabes una palabra de chino y aquí la calle es peor que la jungla. El pobre Joe se extraviaría al momento —exclamó su madre sin disimular la terrible angustia que le producía aquella simple posibilidad.

Para Barbara, Cantón solo podía ser un mundo hostil para su hijo, por lo que debía protegerlo a cualquier precio.

—¿Aunque nos acompañe Wang el Afortunado?

Wang el Afortunado, que no debía de superar el metro cincuenta y cinco de altura y cuyo rostro en forma de pera —tan huesudo que parecía esculpido a hachazos— se prolongaba en una especie de larga perilla enmarañada con tan escasos pelos que se habrían podido contar, era el intérprete que los Clearstone se habían visto obligados a contratar al llegar a Cantón, al igual que hacían todos los extranjeros residentes que no hablaban chino.

Cuando Brandon y Barbara Clearstone toparon con él a los dos días de su llegada, Wang el Afortunado les había explicado que había aprendido el inglés gracias a su relación con un misionero anglicano que posteriormente había regresado a Inglaterra.

—¿Podríais acompañar a Laura y a Joe a dar un paseo, Wang? Por el jardín, por supuesto, sin salir a la calle.

Al igual que todos los «locales» en su trato con los «narigudos» que los empleaban, Wang, que pertenecía a esa clase de hombres de carácter impenetrable o, más exactamente —lo que viene a ser lo mismo—, a los de índole risueña cualesquiera que fueran las circunstancias, pareció doblarse en dos antes de responder en tono obsequioso y a la vez alegre:

—¡Sí, sí! ¡A vuestras preciosas órdenes, señora Clearstone! ¡Sí, sí! No nos moveremos del parque. El señor Joe y la señorita Laura no saldrán a la calle. Os lo garantizo. ¡Sí, sí! Os lo aseguro, señora Clearstone, os lo aseguro.

Barbara se volvió hacia sus dos hijos y los miró con la angustia que le producía verlos engullidos por la inmensa turbamulta que inundaba los callejones más ínfimos de una ciudad que contaba con casi un millón de habitantes.

—Os autorizo a salir, pero a condición de que obedezcáis en todo a Wang.

Pese al deseo que sentía de relacionarse con la gente y de intercambiar con ella algo más que miradas y sonrisas, ya que no era posible la conversación, Barbara Clearstone temía a los habitantes de Cantón en general. Todo o casi todo lo que se relacionaba con aquella gente le producía inquietud: la pobreza en la que vivía la mayoría y, en algunos casos, aquella manera que tenían de mendigar, exenta del más mínimo pudor, exhibiendo a los ojos de los viandantes todas sus miserias o las de sus hijos, desde muñones hasta deformaciones congénitas; la violencia de que eran capaces, una violencia que se notaba en naderías porque era endémica y latente, omnipresente, pronta a estallar a la más mínima, que tanto podía traducirse en un

empujón como en un altercado entre dos borrachos y que podía degenerar en una reyerta generalizada y dejar a una persona cosida a navajazos; un simple robo en el tenderete de un vendedor, aprovechando un momento de distracción del tendero, podía costarle el precio de toda su mercancía y verse desvalijado por unos miserables muertos de hambre.

A partir del momento de su llegada, así que desembarcó del *Flying Arrow*, un barco mixto de tres palos que cubría la ruta regular entre Cantón, Macao y Hong Kong, había descubierto que era un mundo atestado de pobres donde el individuo, insignificante frente a la masa, se veía obligado a una lucha permanente cuerpo a cuerpo para sobrevivir. El choque con aquella omnipresencia opresora de multitudes compactas que transitaban día y noche por las calles y más oscuros callejones de la megalópolis, había sido duro. Había tenido la impresión de encontrarse a merced de un torrente en fase de crecida sabiendo que podía verse arrastrada por la corriente y perecer si tenía la desgracia de caer en ella.

Cuando lo que una quiere es ayudar a los demás, contentarse con quedarse al margen sin mezclarse con el magma de pobres, menesterosos, mendigos, enfermos y a veces moribundos, por miedo a perderse entre ellos, es un duro ejercicio, sobre todo para una persona de natural benévolo como ella, ya que acaba siempre por culpabilizarse.

Barbara pertenecía a esa clase de gente.

Trataba desesperadamente de captar la mirada de algunos viandantes queriendo con todas sus fuerzas demostrarles su comprensión y su solidaridad, pero se sentía terriblemente culpable cuando lo único que percibía en ellos era, en el mejor de los casos, un sentimiento de sorpresa teñida de cortesía o, en el peor, la sorda hostilidad que muchos chinos del pueblo testimoniaban entonces a los narigudos.

Tanto de día como de noche, Cantón era una ciudad llena de gente y de bullicio: escupitajos y gritos, llantos y risas, murmullos y juramentos, regüeldos y bostezos, admoniciones y oraciones, halagos e injurias, todo mezclado en una especie de caldo glauco y ensordecedor, un olor asfixiante de carretillas llenas a rebosar de excrementos humanos utilizados por los labriegos de las afueras de la ciudad para abonar campos y huertos.

La primera impresión es siempre la buena. La de Barbara había sido terrible y la había marcado profundamente.

Desde el palanquín que los condujo al único hotel recomendado a los extranjeros, en el que habían alquilado dos habitaciones, había visto a una pordiosera joven de impresionante delgadez que llevaba sentados en la cintura a sus dos hijos, ambos con una cabeza desproporcionadamente grande comparada con su minúsculo cuerpecillo. Fue una visión impresionante. Las nalgas de los niños movían a lástima por su marchita carne. Al observar el interés que dejaba translucir la mirada compasiva de Barbara, que era como un salvavidas arrojado al mar, la pobre mujer, que había levantado en brazos a uno de sus dos hijos como ofreciéndolo, había sido

salvajemente arrollada por una carreta lanzada a toda velocidad en la que cuatro hombres ricamente ataviados se reían a mandíbula batiente mientras fustigaban con el látigo a los caballos. La mendiga se había visto propulsada al barro junto con el niño, cuyo cuerpecillo fue despanzurrado por las pezuñas de un búfalo que tiraba de una pesada carga.

Barbara Clearstone, impresionada pero impotente al ver brotar la sangre del esmirriado tórax, había tratado de detener el palanquín, pero Brandon, absorto en la estrategia de introducir pianos en el mercado chino, estaba como ausente. En cuanto a Laura y Joe, agotados por el agobiante calor y la humedad, estaban profundamente dormidos. Aunque había hecho gestos desesperados a los porteadores indicándoles que quería apearse, estos habían seguido adelante: no podían imaginar que una nariguda quisiese bajar de un palanquín en plena calle y menos aún para interesarse por una pordiosera. Los *coolies*, por el contrario, se habían aturullado y habían interpretado su insistencia como una manifestación de pánico, por lo que todavía habían acelerado la marcha.

A partir de aquel momento, Barbara había comprendido que le sería muy difícil acostumbrarse a tanta miseria. Habría querido abrir los brazos a aquel niño que había visto derribado en el fango con el pecho fracturado. ¿Qué habría sido de él? Seguramente había muerto. Mejor augurar esa suerte a aquel cuerpecillo machacado, ya que lo único que le esperaba en caso contrario era una existencia de hambre y miseria.

Pero la cosa no terminó aquí.

Mientras Barbara cavilaba sobre el destino funesto que habría correspondido a aquel niño, vio que una bandada de granujas había volcado dos puestos de verduras, lo que había sembrado un pánico indescriptible y obligado a los comerciantes a sacar los machetes usados para cortar la caña de azúcar a fin de impedir que la multitud se precipitara sobre la mercancía que había inundado la calle. Algo más allá vio a un viejo jorobado, jadeante y de piel diáfana, que había sido sorprendido mientras robaba una torta de trigo duro en una panadería y había sido detenido por dos policías que le iban siguiendo los pasos. Uno de los dos esbirros, tras desenvainar el sable, sordo a las súplicas del desgraciado viejo, le había asestado un golpe en el cráneo que se lo había partido en dos, mientras el palanquín donde viajaba Barbara Clearstone proseguía su ruta, imperturbable, abriéndose paso entre seres sujetos a enfermedades y malformaciones de todo tipo que ella, con ojos desorbitados y gran espanto, descubría por vez primera en la vida.

Visión apocalíptica la de aquellos pobres indigentes a cual más demacrado y sarnoso, arrimados a las paredes en la esperanza de conmovier a los transeúntes o de recoger las migajas que alguno dejaba caer por inadvertencia, codo con codo con paralíticos, hombres tronco, leprosos, hidrocéfalos y enanos no más altos que niños de cinco años.

Aunque era un pobre consuelo para Barbara, al lado de aquellas enfermedades el

simple retraso mental de Joe le parecía muy poca cosa. Como los ricos no pisaban nunca la calle con los pies, aquellas piltrafas humanas, en el supuesto de que tuvieran manos, tendían sus dedos mugrientos hacia las sillas transportadas por porteadores o hacia los palanquines que, como inaccesibles navíos, navegaban en aquel mar de miseria y degradación.

Pululaban los rateros, que llegaban al extremo de interceptar el paso a los viandantes abandonando a niños de pecho a sus pies para desviar su atención y poder robarles más fácilmente. Los adivinos supuestamente capaces de leer el porvenir a través del estudio del signo astral los seguían horas enteras y no abandonaban la presa a no ser que les soltara un óbolo en caso de no solicitar sus servicios adivinatorios. Los comerciantes, más gordos si más ricos, sin ni siquiera apartarse de la tabla de separación detrás de la cual pasaban la parte esencial de sus jornadas chupando semillas de girasol, pregonaban a gritos su mercancía e incluso invitaban a los clientes a entrar en sus tenderetes, donde les restregaban en las narices sus espectaculares gangas. Viejos abocados al hambre, abandonados a su triste suerte por su progenie, ofrecían a la venta con dignidad y discreción el último testimonio del pasado glorioso de su familia: una joya, un texto caligráfico o un simple bonete orlado de piel. Después ya no le quedarían más que ojos para llorar.

Desfilaban escenas duras, hasta insoportables, ante la mirada indiferente de los viandantes.

Desgraciados aquellos que, aplastante mayoría, debían caminar a través del polvo o del barro, ya que eran engullidos por aquel colosal océano de miseria.

Por otra parte, como dejaban la calle a los pobres, que se contentaban con llevar sandalias de cáñamo o chinelas de tela si no se veían obligados a caminar descalzos, los ricos, identificables por sus zapatos de cuero al estilo occidental o sus botines de fieltro forrados de seda, no dejaban lugar a dudas: circulaban siempre en palanquín.

Barbara, horripilada, acababa de descubrir la terrible ley de la jungla que, ensañándose en las sociedades pobres, hace que cada uno se vengue de las afrentas de los fuertes en aquel que es más débil que él. En este aspecto, la sociedad china estaba muchísimo más atrasada que la inglesa y, visto desde Cantón, Londres, donde algunas noches los altercados podían dejar en la calle varias docenas de cuerpos ensangrentados y de cadáveres, se le antojaba ahora un remanso de paz y bienestar.

Observó con ternura a Laura, que en aquel momento ayudaba a Joe a bajar la escalinata de piedra de la residencia consular. Sus dos hijos se comprendían con medias palabras. Laura se dirigía a su hermano en un lenguaje que solo comprendían ellos dos, el único que Joe, pese a su deficiencia, dominaba en parte. Más aún que Barbara, Laura era para Joe el vínculo que lo unía con el mundo exterior.

Barbara notó que le asomaba una lágrima en la comisura del ojo.

Si Laura era su consuelo, Joe era la razón que tenía en la vida para batirse por un mundo terrenal mejor.

* * * *

Al llegar al césped del parque del consulado británico, el joven *trisómico*, excitado como una pulga y retenido por su hermana, que lo tenía agarrado por el cinturón, se precipitó hacia los jardineros que, con el torso desnudo, se afanaban a las órdenes de un guardián provisto de un contundente garrote. El hombre en cuestión, dotado de una impresionante musculatura, no dudaba en explotarla para castigar la menor falta o acelerar la cadencia del trabajo.

Llovían golpes tanto en las espaldas encorvadas de los hombres como en sus pantorrillas. Unos podaban árboles o regaban las jarras de bronce en las que flotaban nenúfares y lotos; otros, agachados casi hasta el suelo, igualaban los tallos de hierba con tijeras minúsculas más propias para recortar barbas; algo más lejos, un hombre de edad madura consolidaba con infinitas precauciones una especie de enorme muleta formada por bambúes ensamblados en la que sustentar el nudoso tronco de un pino varias veces centenario que más bien parecía una vieja divinidad claudicante.

Las plantas eran mejor tratadas que los seres humanos.

A Laura la sorprendían tanto los bastonazos del jefe de los jardineros, que llovían como chuzos en las descarnadas y enrojecidas espaldas de los hombres, como la sumisión que demostraban quienes los recibían.

Como todos los chinos de origen Han desde la invasión de su país por la dinastía mongol de los Qing, los jardineros del consulado llevaban el cráneo totalmente rapado pero usaban coleta.

Desde el primer momento de su contacto con China, a Laura Clearstone le chocó sobremanera el uso de aquel peinado tan poco práctico que obligaba a los chinos a afeitarse el cráneo prácticamente todos los días, aunque preservando siempre aquel largo apéndice capilar.

Acabó por comprender su razón de ser al ver que permitía que unos policías agarrasen por la coleta a hombres y niños con extrema facilidad, lo que les provocaba una mueca de dolor. Para los Han, la coleta no era más que una especie de trailla cuyo uso había sido impuesto obligatoriamente por los Jürchen de Manchuria^[45], bajo pena de muerte en caso de desobediencia a partir de 1645, es decir, apenas diez años después de su advenimiento al poder. A los condenados a la pena de decapitación — forma de pena capital considerada la menos cruel, ya que el condenado sufre tan solo durante breves instantes— también los agarraba el verdugo por la coleta cuando les descargaba el machete en la nuca.

En una sociedad china que no acababa nunca de descomponerse, los cabellos largos trenzados contribuían a que los implacables invasores pudieran ejercer el control sobre una población cincuenta veces más numerosa.

Joe, a quien complacía mucho más el ambiente del parque de la residencia del cónsul que el de sus salones, no sabía en qué fijarse porque todo le llamaba la

atención. Tras meter la mano en un pequeño estanque poblado de nenúfares, ante la mirada de desaprobación que le lanzó el guardián, condujo a su hermana hacia el pino centenario cuyo tronco un jardinero estaba envolviendo con fieltro.

Al ver el interés que despertaba su trabajo en el niño *trisómico*, el jardinero le enseñó las minúsculas tijeras de barbero de las que se servía para cortar las agujas y después hizo como que las cortaba.

Joe profirió un ligero gruñido acompañado de una exclamación áspera parecida a la que emiten los animales cuando están ahitos con la que quería expresar su satisfacción y a continuación se acurrucó contra el tronco nudoso y lo abrazó y acarició como quien prodiga mimos al cuello de un perro o de un caballo. El pino viejo acababa de convertirse en un amigo. La evidente comunión entre el niño y el árbol más venerable del jardín provocó el estupor del receloso vigilante, quien dejó de hostigar a los trabajadores, se acercó a Joe y preguntó a Wang:

—¿Habla chino ese niño tan simpático que parece un Han?

El intérprete tradujo sus palabras a Laura y esta sonrió.

—Dile que Joe es mi hermano y que es inglés —respondió.

—¡Increíble! Habría apostado cualquier cosa a que el niño era chino y había nacido en Pekín —repuso con una sonrisa el inspector de los jardineros antes de regresar a su puesto, ya que el mayordomo se había asomado a la terraza y le ponía mala cara.

Laura, a quien Joe había comunicado que tenía sed, decidió volver a entrar con el pequeño en el salón no sin que este hubiera abrazado efusivamente el pino.

* * * *

Como había llegado el momento del discurso de bienvenida, el cónsul Elliott ordenó a su paliducho secretario que lo anunciara sonoramente, después de lo cual se dirigió a un pequeño estrado al que se encaramó no sin trabajo. Al momento se congregaron todos los invitados. Casi todos los hombres caminaban con paso vacilante y tenían la cabeza turbia por haber abusado del «cóctel de la casa». En cuanto a las mujeres, que habían tomado el té aparte, andaban con mucha más soltura y gracia con sus elegantes vestidos y sus vaporosas capelinas.

Laura, con su hermano pegado a ella, cada vez más baboso, se reunió con el grupo con la mayor naturalidad del mundo. La chica estaba acostumbrada a llevar a su hermano tras de sí y este se dejaba guiar dócilmente. Se habría dicho que ella era la única que podía desempeñar aquella función junto al niño.

Elliott, después de alisarse los grandes bigotes y encoger el vientre lo mejor que pudo, se libró a una perorata que, sobre la cuestión de fondo de la superioridad de la raza blanca, versaba sobre la suerte que tenía China al poder contar con personas de la calidad de las que componían el auditorio, capaces de «beneficiarla» y de «mostrar el ejemplo que seguiría su pueblo», constituido por «una aplastante mayoría de

analfabetos y desarraigados». Al antiguo capitán de fusileros marinos convertido en diplomático no le disgustaba el papel de filósofo, pese a que sus disertaciones tenían más de charla de café de comercio que de la materia que se enseña en las universidades de Oxford o Cambridge.

Barbara observaba a su marido con consternación. Se sentía hervir por dentro, aunque no se atrevía a demostrarlo. Brandon escuchaba al cónsul, pero no parecía afectado por aquellas diatribas un tanto racistas.

Tras un cuarto de hora de digresiones en el mismo tono, Charles Everett Elliott concluyó su discurso con voz emocionada:

—Mis queridos compatriotas, antes de desearos la mejor de las estancias en Cantón, tengo que recordaros un triste aniversario: hoy se cumplen tres años de la muerte del honorable William Jardine. ¡Que descanse en paz aquel gran hombre sin el cual hoy no estaríamos aquí!

El público respondió con aplausos corteses mientras el cónsul adjunto invitaba a sus compatriotas a instalarse en las mesillas preparadas bajo el mirador, donde les sería servida una colación después del té y del «cóctel de la casa».

Como la proximidad de las mesas propiciaba la relación social, Brandon y Barbara Clearstone entablaron amistad con las parejas que tenían a ambos lados, una de natural locuaz y la otra más bien taciturna.

Hechas las presentaciones, cada uno expuso su historia. Los primeros acababan de desembarcar en China, al igual que los Clearstone. La mujer, una espingarda de roja cabellera, exaltada y pretenciosa, les explicó en tono perentorio que su marido, un gordinflón bajito y mudo como una carpa, al que ella llevaba por donde se le antojaba, había decidido lanzarse al comercio de muebles de estilo Chippendale. Proyectaba fabricarlos en China y venderlos a chinos ricos que, al decir de ella, se los quitarían de las manos. En cuanto a la segunda pareja, venida de Irlanda, hacía falta la energía de la pelirroja para movilizar tanto al marido como a la mujer, aquejados ambos de intensa timidez, quienes ya llevaban tres años en Cantón, donde habían abierto una escuela de inglés para enseñar este idioma a los retoños de la alta sociedad china. Parecía que, en su caso, el negocio marchaba viento en popa.

Cuando correspondió a Brandon el turno de explicarse, Barbara comprobó, acongojada, que todos escuchaban a su marido con sonrisa educada y complaciente. Imperturbable, seguro de sí mismo y sin hacerles el regalo de entrar en detalles, les expuso su estrategia consistente en interesar al virrey de Cantón en el piano y conseguir que, más adelante, el emperador de China en persona le encargase uno. La noticia entonces se difundiría como mancha de aceite y ya no habría un solo chino rico que quisiese privarse de aquel instrumento musical. ¡Lo que estaba por demostrar!

—¿Creéis de veras que los chinos son capaces de arrancar notas de un teclado? —inquirió el profesor de inglés con una mueca dubitativa.

—¿Por qué no?

—La música que ellos hacen es inaguantable.

—El que no se arriesga, no cruza la mar.

El profesor, que era inflexible, redondeó la faena.

—Os deseo valor. El sucesor de Lin Zexu^[46], ese mandarín que nos costó tan caro, parece tener con el emperador una relación mucho peor que su ilustre predecesor.

Molesto y más bien corrido, Brandon hizo una señal a Barbara para indicarle que se iba a otra mesa a cuyo alrededor se habían congregado unas diez personas. Tras unos momentos de vacilación, también ella decidió unírsele. La conversación giraba en torno a William Jardine, cuya sorprendente personalidad fascinaba a más de uno, y estaba monopolizada por dos inspectores de aduanas británicos que lo habían conocido personalmente y ahora se dedicaban a intercambiar sus respectivos puntos de vista ante la mirada levemente admirada de los demás.

—De todos modos —dijo uno exhalando un suspiro—, cuando pienso que el comerciante de opio más importante del mundo murió en la cama como una persona normal me parece una importante proeza.

—Jardine había conseguido sus fines: convenció a lord Palmerston de desencadenar la guerra del opio de 1840. La carta donde reclamaba el inicio de las hostilidades fue publicada por los periódicos y recuerdo que la leí temblando de emoción. ¡El hombre no se andaba con chiquitas! Le parecía inconcebible que los beneficios procedentes del comercio inglés permaneciesen a merced del «capricho» de las autoridades chinas cuando habría bastado con la presencia de unos cañones delante de las costas de Cantón para rebajarles las pretensiones —añadió el otro.

—Así es. William Jardine poseía el arte de saber poner las fuerzas del Estado a su propio servicio. ¡Qué maestría! —subrayó un tercero, cuya cara quedaba medio oculta por unas patillas amarilleadas por la nicotina.

—¡Pero no siempre fue así! Unos años antes se había estrellado contra el Duque de Acero.

—¿Os referís a Wellington?

Al oír aquel nombre mágico que, junto con el del almirante Nelson, era sinónimo del hundimiento de la epopeya napoleónica, se congregaron alrededor de la mesa otros comensales más o menos achispados.

—¡Exactamente! Jardine le había enviado a Matheson para tratar de convencer a aquel viejo lobo de que se batiera con China y la obligara a dejar entrar opio.

—¿Y qué respondió el viejo lobo en cuestión?

—Colmó de injurias al pobre Matheson, que regresó a China con el rabo entre las piernas para dar cuenta a Jardine de cómo había sido recibido por el ministro de Asuntos Extranjeros de la corona. Tened en cuenta que, unos años más tarde, así que partió el viejo lobo, Jardine encontró un oído mucho más atento en lord Palmerston... que no vaciló en declarar la guerra del opio.

—¡Afortunadamente! Con el pan que les dio Inglaterra, a los chinos fueron

bajándoseles los humos. ¡Mira que figurarse que podían dictarnos lo que teníamos que hacer! —exclamó uno de los invitados en tono ofendido.

En el seno de aquel grupo, compuesto esencialmente de ciudadanos británicos que un revés de fortuna o el afán de riquezas habían empujado a probar suerte en China, pese a no dudar ni un solo instante de la superioridad de su país de origen sobre el resto del planeta, se elevó una voz femenina.

—¿Pero no encontráis raro que vuestra bienamada reina Victoria favorezca de ese modo la propagación de un veneno entre una población que no le ha hecho ningún daño?

La observación, formulada en tono más bien desabrido, cayó como un jarro de agua fría y provocó instantáneamente que todos, espoleados por la curiosidad, trataran de averiguar qué criatura había osado plantear una pregunta tan fuera de lugar como aquella.

Se trataba de una mujer de aspecto arisco, más bien menuda y totalmente vestida de negro. Sus ojos febriles, que fulguraban en unas órbitas azuladas muy hundidas en un rostro extremadamente pálido y demacrado, revelaban un carácter más bien exaltado.

—¡Veneno! ¿Se puede saber quién sois para emplear un lenguaje tan altisonante?

Acompañándose de gestos casi zalameros y nada impresionada por la acre pregunta que acababa de formularle el aduanero, la mujer en cuestión señaló al hombre de elevada estatura que tenía a su lado.

—Me llamo Melanie Bambridge y ayudo en su apostolado al reverendo Issachar Jacox Roberts.

—Debo precisaros que nuestra religión es la baptista. La de la señorita Bambridge y la mía —añadió el hombre.

La severidad de su rostro cuadrado y huesudo, prolongado por una larga riada de pelos que componían su barba cuyo extremo final cubría la mitad de su pecho, se veía acentuada más aún por su austera vestimenta clerical.

—Pues yo pertenezco a la Iglesia presbiteriana. ¿De dónde sois? Tal vez procedamos de la misma región —exclamó una de las mujeres de la mesa.

—Soy norteamericano. Exactamente del estado de Tennessee, condado de Sumner. Llevo seis años en China y mi misión consiste en evangelizar a su gente. ¡Desventurados los que persiguen a los pobres! Nunca es tarde para convertirse. Las puertas de la casa del Señor están siempre abiertas de par en par. Yo acojo en el templo a todo aquel que desee entrar en él...

Las palabras evangélicas del misionero presbiteriano con voz de bajó —o de ultratumba— cortaron por lo sano las diatribas antichinas que había escuchado hasta aquel momento y fueron un bálsamo para el corazón de Barbara Clearstone.

—En lo que a mí concierne, nací en el estado de Mississippi —consideró oportuno precisar la ayudante de Roberts.

—Ese hombre religioso dice la verdad. El tráfico de opio al que se entregan

algunos de nuestros compatriotas en este país donde abunda la miseria es una verdadera vergüenza —exclamó la esposa de Brandon dirigiéndose a su marido, quien le propinó un pellizco en el brazo con la sana intención de hacerla enmudecer.

No era el momento adecuado de armar un escándalo en casa del cónsul Elliott.

—Debéis tener en cuenta que tal vez la reina Victoria no esté al corriente de los estragos que causa esta droga en el cerebro humano. ¡Si la pobre señora lo supiese! Al igual que todos los soberanos, vive aislada del mundo. Para avalarlo voy a referir una anécdota que a buen seguro ignoran todos. ¿Saben que Lin Zexu, en la época en que era virrey de Cantón, envió una carta a la reina Victoria, que esta no llegó a recibir, donde le pedía que interrumpiera las importaciones de opio, producto que él sabía que estaba prohibido en Gran Bretaña? Aquel mandarín ilustrado insistía con razón en que China exportaba al resto del mundo productos útiles como el té o la seda mientras que Inglaterra importaba de China «fantasías de las que podía muy bien prescindir^[47]» —prosiguió con habilidad el pastor baptista americano, deseoso de convencer a su estupefacto auditorio, que no se atrevía a abrir la boca.

No hay que afrontar nunca de cara a los legitimistas. Si uno quiere influir en ellos, lo primero que debe hacer es instilarles la duda.

Pasados unos instantes, sin poder contenerse por más tiempo, Barbara Clearstone volvió a hacer uso de la palabra, pero esta vez con voz decidida:

—Estoy convencida de que su majestad la reina Victoria de Inglaterra se escandalizaría si supiera lo que ocurre aquí. Bastante sufre este país sin necesidad de infligirle encima el castigo del opio.

A su alrededor, las miradas eran ahora de consternación o teñidas de desconfianza. A ojos de todos los presentes, que una mujer tuviera la osadía de expresar una opinión tan extrema, y para colmo en presencia de su marido, excedía los límites de lo conveniente.

—Vamos a ver, querida mía, cállate, por favor. Hablas de lo que ignoras —le murmuró furtivamente Brandon, molesto en grado extremo.

Pero Barbara Clearstone, animada por la mirada que le dirigía Melanie Bambridge, no tenía intención de callar ahora que había emprendido tan buen camino. Estaba agresiva como un león.

—¿A qué esperamos para terminar con esta terrible injusticia? El trato que Inglaterra, nuestro país, dispensa a esa pobre gente es realmente abominable —prosiguió Barbara, levantando un dedo y fulminando con la mirada a todos los presentes que ahora la observaban como quien acaba de descubrir un temible animal.

Era la primera vez que Barbara, aparentemente sin el menor reparo, se comportaba como una sufragista. Su voz, ordinariamente suave, se había tornado áspera, agresiva, vulgar casi. Hasta la misma Laura, estupefacta y admirada, descubría una faceta de su madre que le era totalmente desconocida.

—El opio es un veneno tan eficaz como solapado en sus efectos. Vender una sustancia tan terrible como esta a gente inocente es un acto que podría calificarse de

pecado mortal —añadió con vehemencia la señorita Bambridge, que se sabía de memoria la lección de su maestro.

Issachar Roberts aprobó doctamente mientras recorría el público con mirada sombría. Después levantó el índice y señaló a Barbara. Había llegado el momento de presentar su propio alegato. Estaba preparado. No lejos de la diatriba. Pero para convencer a unos ingleses bien pensantes —especie extremadamente coriácea— había que hacer primero varias incursiones.

—Comparto totalmente la opinión de esta dama. La gran China no había sufrido nunca tanto como ahora. Cuando la antigua capital del Imperio cayó en manos de las tropas inglesas, sus habitantes, en su mayoría tártaros manchúes, se suicidaron en masa por miedo a que los torturaran y exterminaran. Según testigos dignos de crédito, a través de las puertas de las casas podían verse hombres que cercenaban precipitadamente el cuello a sus mujeres e hijos y los arrojaban después a los pozos. ¿Cómo queréis que, después de cosas como esas, este pueblo no esté sediento de venganza? Creedme, señoras y señores, cuando China se despierte, que tiemble el mundo occidental. Todos deberíamos pedir perdón al Señor por haber inferido este suplicio a los habitantes de Nanquín. ¡Y todo por el opio! ¡Por culpa de ese veneno!

Los asistentes escuchaban en silencio al predicador y parecían conmocionados, aunque dejaban que el pastor, adoptando aires cada vez más imperativos, siguiera exponiendo sus argumentos.

—¡Ay, maldito opio! ¿Sabéis cuántos chinos lo consumen? ¡Más de quince millones! ¿Me oís? ¡Quince millones de muertos en vida que se privan de lo necesario para satisfacer el vicio! Y todo por los intereses económicos de Inglaterra. Todo porque vuestra gran nación se ha empeñado en vender más a China que lo que esta le compra.

Era demasiado. En el seno del grupo de invitados congregados alrededor de la mesa planeaba la cólera. Un hombre de sienes plateadas que usaba monóculo se dispuso a desmentir las palabras del pastor:

—¡Los chinos tienen lo que se merecen! Los mandarines son tan corruptos que hasta niegan la comida al pueblo. Después de todo, si este deja que lo manipulen de ese modo, es por culpa suya.

Se trataba de un notario de Lancashire medio arruinado a causa de inversiones erróneas que había venido a Cantón para probar fortuna en la especulación inmobiliaria. Uno de esos personajes que se convierten en ciudadanos predilectos de todos los Estados porque defienden el sistema con uñas y dientes sin plantearse ninguna pregunta.

—Para evitar la ocupación de esta ciudad, el general Yishan, comandante en jefe de los ejércitos chinos, desembolsó el equivalente de seis millones de dólares en moneda de plata. ¡Una descarada extorsión! ¿Cómo queréis que, en estas condiciones, quedara comida para el pueblo? Cuando se tiene hambre, ni siquiera quedan fuerzas para rebelarse —le replicó Roberts con vehemencia.

El notario del monóculo, a quien la monserga de Roberts le había cerrado el pico, se vio secundado por otro individuo que llevaba unas gruesas gafas con montura de acero y no parecía dispuesto a dejar que el americano pronunciase la última palabra.

—No parece sino que queréis decir que el tal Yishan se avino a pagar muy caro algo que, de hecho, ya era suyo.

—Ni más ni menos.

—Aquí veo una contradicción. ¿Quién va a comprar lo que ya le pertenece?

Las gafas con montura de acero parecían encantadas del efecto causado en tanto que parecía que ahora correspondía al monóculo el turno de pavonearse.

—Por supuesto que se encontraban en su casa. Por lo menos en teoría, ya que los occidentales poseían los cañones. Por desgracia, las armas tienen siempre más fuerza que el derecho —exclamó Roberts.

—La falta de realismo de esos chinos que nos pintáis da verdadera pena. Pensad que quien mandaba su artillería había situado las baterías de cañones tan lejos del río que era imposible que pudiesen alcanzar a los navíos ingleses cuando pasasen por delante. ¿Sabéis qué ordenó a los habitantes de Cantón para combatir «la hechicería de los bárbaros narigudos» que, según vuestro general Yishan, era la única explicación posible de la superioridad militar de los ingleses? Pues colgar en las ventanas orinales llenos de excrementos de mujer. ¡Algo verdaderamente grotesco! —prosiguieron en tono acerbo las gafas ribeteadas de acero.

—¡Exageráis! Deformáis los hechos. Y eso no está ni medio bien —rugió Roberts.

—¡No os permito que digáis tal cosa! Estáis hablando con un antiguo capitán de artillería de la corona británica. He sido testigo ocular de todo lo que acabo de contar —afirmaron los lentes, heridos en lo más vivo.

—No hay duda de que, cuando se occidentalice China, morirá a fuego lento, pero Occidente también acusará su pérdida si no pone término a su comportamiento imperialista. Siempre se sucumbe por el mismo sitio por donde se peca. Y eso no lo digo yo: está en la Biblia —afirmó el americano con voz estentórea.

—Ni vos ni yo estaremos aquí para presenciar la muerte de China. Y en cuanto a Inglaterra, ese día seguirá viva —concluyeron las antiparras dando el caso por cerrado.

Fue entonces cuando el cónsul Charles Elliott, que no había perdido ni un ápice del final de la diatriba del pastor, se abalanzó sobre este último y le dijo con aspereza:

—Reverendo señor, os ruego que reservéis vuestras reflexiones para vuestros feligreses. Me limitaré a remitiros al discurso que hizo ante la Cámara de los Comunes nuestro sinólogo más importante, sir Thomas Staunton^[48], unos días antes de la ofensiva de nuestras tropas. No creo que ese hombre sea sospechoso de denigrar a ese país, sino que debo decir que lo conocía muy bien. Pues bien, aunque deploraba esa guerra, no solo la consideraba justa sino también necesaria.

—Perdonad, señor cónsul. En lo que a mí concierne, quisiera remitirlo a las

palabras del honorable William Gladstone^[49], que no se abstuvo de denunciar esta guerra —le respondió, sin dejarse amilanar, el sacerdote americano antes de levantarse y saludar al público, después de lo cual salió, más tieso que un palo, seguido de Melanie Bambridge.

—¡Al diablo, Roberts! Aquí no estamos en su maldita iglesia y no queremos saber nada de vuestros sermones —vociferó Elliott, furioso de rabia.

Mientras el pastor se batía en retirada, hubo numerosos invitados que se adelantaron a felicitar al viejo cónsul por sus enérgicas palabras.

Laura asía con fuerza el brazo de Joe, a quien aquella justa oratoria había puesto sumamente excitado. Presa de desordenada agitación de brazos y piernas que parecían impulsar invisibles balones, su hermanito movía además a un ritmo convulsivo la cabeza hacia delante y hacia atrás. Así que presenciaba un acto de violencia, no podía por menos de reaccionar.

La única manera de calmarlo consistía en apartarlo de la escena, razón por la cual su hermana lo condujo hacia el mirador bajo el consentimiento de su madre.

Joe, tranquilizado inmediatamente ante la visión del parque donde los jardineros ya estaban recogiendo sus herramientas de trabajo, contempló de soslayo el venerable pino centenario —su amigo— al que quería saludar de nuevo. Pero así que vio al guardián y al encargado del cuidado del árbol, encorvados los dos contra el puntal que le servía de sostén, seguramente con la intención de enderezarlo unos centímetros, el corazón le dio un vuelco. Imaginó sin duda que los dos hombres estaban torturando a su viejo amigo o pretendían matarlo. Súbitamente, después de unos largos segundos de apnea, le asomó una mucosidad por la boca, se le quedaron los ojos en blanco y, entre frenéticos gritos, se desplomó víctima de violentas convulsiones.

La crisis era violenta, por lo que Barbara, abandonando a su vecina y a su marido, corrió a atender a su hijo. Acurrucado en la postura del feto, su pequeño Joe, con el rostro mongoloide retorcido como si fuera de alambre, rodaba por el suelo profiriendo sonidos inarticulados. Sus gritos eran tan estridentes que suspendieron las conversaciones del gran salón, donde los invitados se esforzaban en disimular su turbación.

Barbara se inclinó sobre su hijo e intentó tocarle la mejilla, pero Joe, con ojos desorbitados que no la veían, intentó morderle la mano gritando más y mejor. Barbara levantó los ojos hacia Laura, tan desesperada como ella.

—Jamás lo había visto en ese estado. Habrá que darle manzanilla —murmuró Laura buscando con la mirada a su padre.

Pero Brandon se encontraba en el otro extremo del salón, enzarzado en animada conversación con un matrimonio, seguramente poniéndoles al corriente de sus antecedentes de fabricante de pianos.

En aquel momento, cuando Barbara ya se disponía a sujetar a su hijo y a acostarlo en alguna cama, oyó detrás de ella una voz profunda que reconoció al momento.

—Permitidme... ¿Cómo se llama el niño?

—Joe, señor Roberts. Joe Clearstone.

La larga silueta del pastor Roberts se encorvó sobre el niño, pequeña figura espasmódica tendida en el suelo que parecía la de un animal caído en la trampa. La mano del eclesiástico, grande y fría, se posó sobre la frente escarlata de Joe y las rendijas que este tenía por ojos se entreabrieron al momento y dejaron ver unas pupilas dilatadas por el espanto.

—El Señor Jesucristo cuida de ti, Joe Clearstone. Tú eres su hijo y él es tu padre. ¡Mírame a los ojos, Joe Clearstone! —le dijo en voz baja el reverendo Roberts fijando sus ojos en los del niño.

Y fue repitiendo las mismas palabras hasta que la mirada del pequeño se clavó en la suya como atraída por una corriente misteriosa o por ondas invisibles. Y a continuación Roberts, cuya mano seguía en la frente del mongólico, rezó un padrenuestro con voz dulce. A medida que el americano iba desgranando la oración, conocida de todos los niños que asisten al catecismo pero de la que Joe Clearstone no entendía una sola palabra, el pequeño iba relajándose y remitía su agitación hasta que fue disminuyendo la violencia y quedó completamente inmóvil.

—Creo que Joe Clearstone ya está tranquilo —dijo Roberts a Barbara en un murmullo, y esta, infinitamente agradecida, miró al pastor como quien contempla al Mesías hecho hombre.

—No sé cómo agradeceros lo que acabáis de hacer. ¡Ha sido maravilloso! —dijo Barbara cogiéndole las manos.

—He practicado exorcismos, señora. Solo he cumplido con mi deber de pastor. No es preciso que me lo agradezcáis.

—Mi hijo no está poseído por el diablo. Solo padece un leve retraso mental y..., ¿cómo os lo explicaría...? Algo así como crisis de temperamento. Sí, eso es, crisis de temperamento. ¡Y con este calor! —a Barbara le pareció oportuno puntualizar aquellos extremos mientras se secaba la frente.

—No he dicho que ese niño padeciera una posesión demoníaca, señora. Me he limitado a rezar y nada más..., nada más que acompañar mis palabras de la imposición de manos.

Esas manos que ahora mantenía abiertas ante ella como si quisiera refrendar sus palabras, unas manos que Barbara habría besado y que ya habían sido objeto de observación por su parte cuando, en el curso de la discusión que acababa de enfrentarlo a todos aquellos ingleses indiferentes a los sufrimientos que infligían a China, Barbara las había observado fascinada. Aquellas manos conferían a los gestos del pastor una fuerza que sublimaba su elocuencia.

Eran unas manos finas y muy móviles que, desde la abertura de las mangas de su chaqueta de eclesiástico, dibujaban arabescos en el aire y parecían marcar el ritmo de una misteriosa partitura musical. Eran unas manos que concordaban a la perfección con su actitud y con su indignación imprecatoria. Eran unas manos, en fin, que habían

sabido calmar a Joe así que se las había impuesto, a la manera de las manos de Cristo cuando tocaron la frente de la adúltera o del hombre poseído por el demonio. Manos santas que los habían sanado y purificado al instante.

—Muchísimas gracias.

—Hasta la vista, señora.

—¿Ya os vais? —preguntó Barbara, como presa de pánico, al igual que habría dicho un nadador a punto de ahogarse al ver alejarse el salvavidas que le había arrojado su salvador, pero en aquel momento vio detrás de Roberts la mirada dura y casi hostil de Melanie Bambridge y renunció a insistir.

—Ya habréis advertido que yo aquí soy persona non grata —comentó el americano ajustándose la levita.

Y a continuación desapareció.

Barbara vio su alta silueta abrirse paso entre la multitud de invitados ocupados en sus chismorreos y bajar después los escalones de piedra de cuatro en cuatro antes de desaparecer detrás de una de las macizas columnas del mirador.

—O sea, que Joe ha vuelto a las andadas... —comentó Brandon, que acababa de reunirse con su mujer.

—¡Por fortuna estaba el pastor! De no estar él, no sé qué habría ocurrido. Si hubieras visto su estado...

—Todos los pastores baptistas cometen los mismos excesos. Según ellos, la inmensa mayoría de la humanidad acabará en el infierno —dijo su esposo sin dar su brazo a torcer.

Justo cuando ella iba a replicarle con aspereza, se vio interrumpida por Charles Elliott.

El cónsul se había acercado a Barbara porque quería hablar con ella y así pudo oír las últimas palabras de Brandon.

—Tenéis toda la razón. ¿Sabéis que ese americano llamado Issachar Roberts llega al extremo de predicar la rebelión a los desgraciados que cruzan la puerta de su iglesia? Y según me han dicho, cada vez son más los que acuden. Aprovecha que el gobierno americano todavía no ha nombrado cónsul en Cantón, porque a mí me encantaría poderle hacer una visita y decirle lo que pienso de los manejos de su paisano.

La voz del cónsul temblaba de indignación.

—Ignoraba que a los americanos les interesase tanto China —dijo Brandon medio en broma.

—Cuando hay conversiones en perspectiva, los pastores baptistas acuden como las moscas a un tarro de miel, amigo mío, y más si son americanos. No tardarán en superar en número a nuestros pobres sacerdotes anglicanos —se quejó Elliott, que creía haber hecho un rasgo de humor.

En aquel mismo momento un indio de cráneo rapado y vestido con librea de mayordomo, cuyo estudiado envaramiento traicionaba su bien cimentada experiencia

de perro viejo en materia de etiqueta, se acercó al cónsul y le murmuró al oído:

—Señor cónsul, he visto que se acerca el señor Niggles.

—Decídselo enseguida a mi mujer y servidle sin tardanza una copa de champán francés —dijo Elliott, algo aturullado.

—En previsión de la visita del señor Niggles, ya había puesto dos botellas de champán en fresco, señor cónsul —precisó el factótum indio.

—Muy bien, George, sois un excelente mayordomo..., eso es lo que sois, ni más ni menos, puesto que conocéis los gustos de mis invitados importantes en sus más mínimos detalles.

Aprovechando el bullicio ambiental, Barbara Clearstone, cuyo corazón palpitaba aceleradamente desde que Roberts se había marchado, se dirigió discretamente a su vecina.

—¿Cómo es posible establecer contacto con ese pastor? ¿Sabéis dónde vive? —le preguntó.

—En Cantón solamente hay un templo baptista y todo el mundo sabe dónde está. Basta preguntar por el barrio del Cesto Amarillo —respondió la interesada, que no ocultaba una sorpresa teñida de desprecio al ver la avidez con que Barbara Clearstone le había formulado la pregunta.

* * * *

Cuando Jack Niggles hizo entrada en el gran salón, Charles se precipitó hacia él, cogió al interesado por los hombros, imprimió la presión necesaria para significarle el grado de importancia y consideración que le concedía y, tras verificar los efectos, le estrechó efusivamente ambas manos.

Decir que Niggles formaba parte de los invitados distinguidos del cónsul Elliott sería un eufemismo.

Más que director de la filial china de Jardine & Matheson, era en cierto modo su embajador extraordinario y plenipotenciario. Jack Niggles era considerado en Cantón un personaje como mínimo tan importante como el cónsul de Gran Bretaña.

Niggles, que había llegado al Imperio del Medio cinco años antes, hablaba perfectamente el chino por haberlo estudiado en la Universidad de Londres. Aquel pelirrojo con dedos cargados de sortijas, vivaz, más bien gordo y barrigón, aunque vestido siempre con elegancia, que se movía de continuo entre Shanghái —donde tenía su sede la filial—, Hong Kong y Cantón, dirigía con mano maestra los intereses de la empresa fundada hacía veinticinco años por los dos aventureros escoceses. Teniendo en cuenta la enorme cantidad de negocios que movía desde la mañana hasta la noche, no era exagerado afirmar que Niggles poseía un inmenso poder y que tenía fama de ser el único europeo capaz de negociar de igual a igual con los poderosos *cohong*^[48a] de Cantón y Shanghái.

—¡Mi querido Elliott! Acabo de llegar de Shanghái. Perdonad el retrato, pero los

días en que zarpa barco para Hong Kong tengo asuntos por resolver hasta el último minuto. Si supierais todo el papeleo que nos exige Londres...

—¡Tranquilizaos! A mí me ocurre lo mismo, mi querido amigo. El departamento me exige un informe todos los meses.

—En nuestra empresa, el hecho se debe principalmente al nuevo jefe de contabilidad..., ¡un auténtico burócrata! Me acribilla a notas y me conmina a responderle a vuelta de correo. ¡Uf! Esa clase de gente no ve que carga con excesivo trabajo a los hombres experimentados que hacen funcionar la máquina.

—Nosotros decimos que son diplomáticos con bata de andar por casa, pero es una raza que no tiene trazas de extinguirse, os lo aseguro.

—Si supierais cómo echo de menos aquellos tiempos en que la compañía donde trabajo era más pequeña, menos burocratizada, en una palabra, más humana y mucho más eficaz —exclamó Niggles con un suspiro antes de adueñarse con delicadeza de la copa de champán que acababa de ofrecerle el mayordomo indio.

Niggles, que adoraba el invento del monje Dom Pérignon, vio que se acercaba, podríamos decir que al galope, la enorme silueta de la señora Elliott.

—Jack, ya desesperaba de veros. Espero que os hayan servido lo que os gusta. Sí, ya veo que sí. ¿Qué tal vuestros asuntos? Supongo que bien, ¿verdad? —le espetó la mujer del cónsul en un tono de voz convencional y artificioso en consonancia con el empleado hasta entonces con el resto de los invitados.

Era evidente que acababa de pulsar la tecla de la «obsequiosidad seductora» entre las posibles que componían su canon social.

—¡Pues sí! ¡Excelente el champán! —exclamó Niggles, que acababa de vaciar la copa y a quien el mayordomo ya le estaba ofreciendo la siguiente.

Elliott, con el rostro arrebolado por la excitación, no esperó a que el visitante la vaciase y, seguido por su esposa, arrastró a Jack Niggles a un lugar aparte.

—Rosy quiere pedirnos un pequeño favor, Jack —dijo el cónsul en voz baja.

—Si puedo, os lo haré encantado, señora Elliott.

—¡Llamadme Rosy! —protestó la interesada dándose por aludida, lo que provocó un vaivén de uno a otro lado de sus imponentes pechos.

En el registro de la «obsequiosidad seductora» hay una frontera tan ínfima entre gemir y suplicar que puede calificarse de imperceptible.

—¡Rosy!

A punto estuvo de proferir un grito de alegría, pero se contuvo a tiempo. No habría sido conveniente —ni tampoco eficaz, probablemente— delante de un visitante tan ilustre.

—¿Queréis venir un momento, Jack?

—Por supuesto, señora Elliott.

Dos minutos después le tocó a Niggles contener un grito, aunque el suyo habría sido de sorpresa.

No cabía un alfiler en la inmensa estancia situada en el primer piso de la

residencia consular hasta el que Rosy Elliott y su marido lo habían conducido, tal era la profusión de muebles preciosos y objetos de arte chino antiguo.

Desde el suelo hasta el techo, mezclados en una confusión increíble, los Elliott habían acumulado una inmensa cantidad de jarrones y armazones de bronce decorados con máscaras de dragones, además de rollos de pinturas y textos caligrafiados, cajas oblongas y cuadradas destinadas a guardar preciosos objetos de esmalte tabicado, asientos de ceremonia y de repo-10, elegantes mesas de trabajo de letrado en palo de rosa y palisandro, preciosos biombos de laca de Sichuan, por no mencionar macizos armarios de ébano que desaparecían bajo la abundancia de esculturas que las adornaban, todo ello en medio del tornasol multicolor de centenares de piezas de vajillas de porcelana en las que estaban representados todos los matices del arco iris.

En medio de aquella alegre mezcolanza digna de los más importantes anticuarios de la ciudad, Niggles, que no era un gran entendido en arte chino pero no quería parecerlo, reparó en una lámpara de aceite que representaba a una sierva arrodillada sosteniendo una copa.

—¡Qué cosa tan curiosa! —exclamó cogiéndola con grandes precauciones.

—Es de la época Han y está cubierta con pan de oro. Los Han fundían el oro de los escitas. El viejo letrado que me la vendió me aseguró que era auténtica —dijo entre arrumacos la gorda inglesa.

—Al igual que esta sortija —comentó Jack Niggles tendiendo la mano Izquierda en cuyo dedo índice lucía una piedra de jade de un verde luminoso engarzada en un anillo de oro.

—Una pieza así encontraría comprador en Londres por cien libras —comentó la mujer del cónsul Elliott.

Al oír el precio, el corazón de Niggles pegó un salto. La suma era colosal si se tenía en cuenta que el salario medio de los empleados londinenses de Jardine Se Matheson no superaba las veinte libras mensuales.

—Os referís a esa sortija, ¿verdad? —dijo Niggles, medio en broma, indicándosela.

Aquella alhaja tenía su historia, pero era una historia que no estaba anudada a buenos recuerdos. Frunciendo los párpados, intentó rehuirlos. Rosy le echó una mano al precisar:

—¡No! Aunque esa piedra es muy hermosa y está magníficamente montada, hablo de la lámpara de aceite.

—No sabía que lo chinesco alcanzase precios tan altos. Hay que ver lo rápido que van las cosas cuando China se entromete —exclamó el mercader de opio, inmerso de nuevo en la realidad del momento.

—Desde hace dos años se asiste a una inflación de precios de las antigüedades chinas, Jack. China está de moda. Presumir ante los invitados de una hermosa vitrina adornada con celadones o de un bello rollo pintado en tiempo de los Ming se ha

convertido en un *must*^[48b] para nuestra *gentry* —añadió el cónsul frotándose las manos.

Considerando llegado el momento, su esposa se aclaró la garganta en repetidas ocasiones antes de fijar los ojos en los de Niggles y de decirle con una sonrisa:

—Es el caso, Jack, que nos gustaría enviar a Londres algunas cajas de antigüedades y hemos pensado que podríais ayudarnos. Y como es lógico, sin que tenga que suponer un perjuicio para vos, sino todo lo contrario.

—Pero ¿cómo os las arregláis para procuraros todas estas rarezas? —inquirió Niggles haciendo como quien no ha oído nada.

—Preguntad a Rosy. De eso se encarga ella.

En el tono de voz de Elliott se percibía cierta incomodidad. Hay que precisar que su condición de diplomático de su majestad la reina Victoria de Inglaterra era incompatible, desde el punto de vista jurídico, con la de comerciante de antigüedades chinas.

—Como bien sabéis, la gente de aquí lo vende todo. Basta con visitar los mercadillos para ver curiosidades como estas expuestas en las aceras. No hay más que agacharse para comprar figurillas, jarrones antiguos o porcelanas sublimes azules y blancas de la época de los Ming. Los chinos no tienen ni idea del valor de su patrimonio. Ya que en esto no son exigentes, vale la pena aprovechar la ocasión —soltó entre confusa y satisfecha la interesada.

Muchos cabezas de familia que se habían hecho adictos al consumo de opio se veían obligados a vender sus bienes más preciados para frecuentar los fumaderos, lo que daba pie a la prosperidad de la corporación de anticuarios y revendedores. Libros raros, pinturas sobre seda, joyas de oro y plata, jades y bronce arcaicos conservados como reliquias desde hacía siglos eran ahora ofrecidos a la venta por mujeres muy dignas en la misma puerta de sus casas aunque fuera con el dolor pintado en el rostro. Y a consecuencia del efecto devastador de aquel fango negro que socavaba los mismos cimientos de la sociedad china, ya estaban apareciendo en el mercado de la reventa objetos rituales confucianos que sus poseedores habían considerado hasta entonces inalienables y que ahora unos burgueses con el rostro embadurnado de albayalde cedían a precios vergonzosos. Pese a llevar los pies vendados, lo que en otro tiempo ya habría justificado que no salieran de casa más que encerradas en herméticos palanquines, no se privaban de correr detrás de los clientes y a veces de recorrer de puerta en puerta los barrios elegantes donde vivían los nuevos ricos.

—No he visto ese fenómeno en Shanghái —murmuró con aire pensativo Jack Niggles, a quien aquella visita a la reserva de los Elliott le había revelado la existencia de un filón prometedor.

Hacía años que Jack Niggles soñaba con algún negocio que le permitiera enriquecerse y cavilaba en la posibilidad de descubrir alguna actividad que pudiera ejercer discretamente a título personal sin abandonar, por lo menos de momento, el cargo que desempeñaba en Jardine & Matheson.

Rosy Elliott adoptó aires de conspiradora:

—Aquí, en Cantón, es frecuente ver carretillas de anticuarios en los barrios donde viven las familias burguesas. En la actualidad tenemos tratos con unos diez anticuarios de esa clase. Así que cae en sus manos alguna pieza digna de interés, nos la ofrecen a nosotros con preferencia a otros clientes. A veces nos ceden la mercancía a peso... a cambio de unas monedas de cobre o de plata. ¡Verdaderas gangas, para decirlo claramente!

Indicó a Niggles todas las peonías y flores de ciruelo que adornaban la profusión de cuencos y platos de porcelana. Era indudable que las manos que habían tocado aquella vajilla y las bocas que habían comido de ella no eran de origen plebeyo.

El comerciante de opio decidió replantear la pregunta que había eludido:

—¿Qué puedo hacer por vos, Rosy? A mí me parece que estáis muy bien organizada.

—Pues la cosa es muy sencilla, Jack —dijo la mujer.

—Sí, sencillísima —remachó el cónsul.

—Se trata de lo siguiente: ¿no podríamos aprovechar algún rinconcito de la bodega de uno de vuestros barcos? Los únicos barcos seguros son los fletados por Jardine & Matheson. El mar de la China está infestado de piratas y se ha convertido en un lugar sumamente peligroso. Por no hablar, además, de los precios disuasorios que exigen ciertos armadores.

—¿Cuántas cajas querríais transportar?

—No serían más de diez. Esta vez se trataría de una especie de prueba. Nosotros nos encargáramos de los embalajes, esto por descontado..., aparte de que procuraríamos que pasaran completamente inadvertidas entre la carga general. ¡Me comprometo a conseguirlo! —precisó Rosy.

Niggles no cabía en sí de gozo. Nada más fácil que comprar antigüedades chinas por cuatro cuartos y hacerlas transportar de tapadillo por los barcos de la compañía Jardine & Matheson, donde las cajas quedarían disimuladas entre el resto del cargamento. Después se podrían revender a ricos anticuarios londinenses. No era mala idea.

No tenía más que apropiarse de ella y llevarla a la práctica.

—Considerado *a priori*, el asunto parece factible. Todo es cuestión de precio, por supuesto. Como comprenderéis, me es imposible haceros este favor gratuitamente, ya que de otro modo la empresa Jardine & Matheson podría tildarme de ladrón —dijo mientras acariciaba con gesto despreocupado, aunque estudiado, el historiado costado de una estatua de marfil de Guanyin que medía casi un metro de altura.

—Sabemos muy bien que *todo* trabajo tiene su precio y debéis ser vos quien lo fije. Vos diréis, Jack, cuánto deseáis como contrapartida.

—Tengo que pensarlo.

—¿Por qué no nos asociamos, Jack? Después de todo, si vos corréis unos riesgos, nos parece normal que también percibáis unos beneficios. Tomaos el tiempo que

queráis para decidirlo —exclamó Rosy, que en realidad esperaba una pronta respuesta pero que, como astuta mujer de negocios que era, no quería que se notara la impaciencia que sentía.

—Tengo que estimar la disponibilidad en lo tocante a flete. La próxima vez que vuelva a Cantón hablaremos del asunto —repuso Niggles, dispuesto a no dejar la menor oportunidad a Rosy Elliott de instalarse ella sola en un parapeto tan excepcional como aquel.

* * * *

Joe acababa de despertarse en el sillón donde Laura lo había sentado. No manifestaba signos de angustia ni de nerviosismo.

—¡Es hora de volver a casa! ¡Busca a tu padre! —dijo Barbara, exhausta y tensa, a su hija.

Laura se acercó a su padre, que estaba en el mirador, enzarzado en animada conversación con el notario de Lancashire.

—Mamá quiere que volvamos a casa.

Brandon suspiró y enarcó las cejas como si quisiera dar a entender a su interlocutor con el gesto que, puesto que su mujer era caprichosa, había que doblegarse.

Joe cogió de la mano a su hermana. Así que el niño vio desde lo alto de la escalinata de piedra el césped del parque, tiró con todas sus fuerzas, como un perro de trineo, de la mano de su hermana en dirección al mismo. Laura, acostumbrada a tener sujeto a su hermano, lo acompañó a través de los escalones de piedra.

Pero al llegar al pie de la escalera tuvo un sobresalto.

Se encontró de manos a boca con un muchacho chino de rostro afable y piel apenas cobriza. Sus miradas se cruzaron. Los ojos del chico brillaban intensamente.

¿Qué hacía allí? ¿Estaba allí por ella? ¿Iba a dirigirle la palabra?

El muchacho seguía observándola con mirada concentrada y atenta.

Laura, profundamente turbada, bajó los ojos y vio una flor de loto en la mano que el chico le tendía. Ya se disponía a pasar de largo obedeciendo el tirón de Joe cuando el chico puso la flor en su mano.

Laura no consiguió evitar el gesto occidental de tender la mano al muchacho para saludarlo y darle las gracias. Laura Clearstone se sintió profundamente turbada al establecer contacto con la piel del muchacho, tibia y suave como la seda. Para disimular, olió la flor de loto y los dos jóvenes se sonrieron mutuamente. La alegría del muchacho era comunicativa. Por primera vez desde su llegada a Cantón, Laura tuvo la sensación de que acababa de establecer en aquel momento un verdadero contacto con una persona china. Deseosa de darle las gracias de otra manera que no fuera un simple gesto, buscó con los ojos a Wang el Afortunado, pero no le había indicado aún con el ademán que se acercara para echarle una mano cuando el

jardinero en jefe se abalanzó sobre el muchacho chino y, garrote en mano, lo obligó a apartarse del lugar. Si Laura se hubiera atrevido, habría reprendido al patán por la brutalidad que había demostrado con aquel desconocido que no había hecho daño a nadie.

Pero el muchacho ya había desaparecido y a Laura no le quedaba de él más que la extraordinaria delicadeza de los pétalos de aquella flor que tenía en la mano.

—Laura, no hay que hablar con los autóctonos. No empecemos de nuevo, cariño. Hay que desconfiar siempre de la gente que se te acerque sin motivo —le dijo su padre cuando se disponían a subir en las sillas de manos.

Contrariada ante aquellas palabras, Laura se lanzó a la defensa del desconocido que acababa de mirarla con ojos tan ardientes.

—Ese chino no hacía mal a nadie. Lo han echado del consulado igual que a un perro.

—No tiene por qué meter las narices en el consulado. Seguro que es un aprendiz de ladrón... o algún mendigo que quería sacarte dinero.

La violencia del tono empleado por Brandon hizo que Barbara interviniera:

—Brandon, lo que acabas de decir está fuera de lugar. No tienes más que fijarte en lo que ese supuesto aprendiz de ladrón ha dado a tu hija. La gente de aquí tiene una mentalidad diferente de la nuestra —exclamó mientras le señalaba la flor con el gesto.

—¿Cómo es posible que seas tan radical? Si no sabes siquiera tres palabras de chino... —le echó en cara su marido en tono venenoso.

—Te encuentro muy agresivo de pronto...

—¡Vaya, es el colmo! Me parece que, en materia de agresividad, podrías darme lecciones. Y ya que viene a cuento y para no callarme nada, quiero decirte que tus palabras delante de ese antipático pastor, tan excitado, me han parecido de lo más inconveniente. Cuando te las das de sufragista, deberías darte cuenta de que fastidias a cualquiera que te oiga.

El tono de la discusión iba calentándose ante la mirada desesperada de la hija de ambos.

Era evidente que China no sentaba bien a los Clearstone.

En cuanto a Laura, había oprimido con tal fuerza la flor de loto que de pronto sintió que tenía húmeda la palma de la mano.

Abrió la mano. Los pétalos aplastados habían segregado un néctar. Lo olió. No percibió ningún perfume, pero quedaba lo más importante: el recuerdo de aquel joven chino sin nombre al que se moría de ganas de volver a ver...

IX

Cantón
19 de marzo de 1846

Estaban fuera del tiempo, aislados del mundo ante un horizonte devorado por brumas y nubes, contemplando cómo iban transcurriendo aquellos días indecisos y deliciosos en los que su única ocupación era amarse.

Nada igualaba al encanto del río de las Perlas —extraño y sutil por estar compuesto de elementos contradictorios—, que se perdía a un lado hacia las hileras de bambúes agitándose en lo alto de las colinas circundantes y al otro hacia el horizonte brumoso de tejados de la ciudad, ahora tan próxima.

Muerte y vida codeándose y calibrándose en un vaivén incesante; riego salvador y contaminación catastrófica; agua que hace crecer los vegetales, las plantas y transforma los desiertos en lujuriantes oasis, pero agua que puede también infectar a los hombres o sepultarlos en crecidas diluvianas y provocarles la muerte.

Agua, fuente de vida y a veces veneno mortal. Agua, el mejor aliado del hombre, pero también su peor enemigo.

Un río, en China, es todas esas cosas a la vez.

En el que atraviesa Cantón, amarillento a fuerza de arrastrar los miasmas de la ciudad que sus habitantes siguen arrojándole con absoluta impunidad, los barcos-flor eran tan numerosos que el de Tang tenía que abrirse paso con penas y trabajos y Jazmín Etéreo se veía obligada a servirse de un largo bichero para apartar las barcas que le impedían avanzar.

Tang estaba en paz consigo mismo y se sentía totalmente feliz.

Desde que había conseguido la gran fusión del Yin y del Yang con Jazmín Etéreo, ya no lo abandonaban la alegría ni la serenidad.

Tal como había soñado, aquel gran acontecimiento había ocurrido al partir de Nanquín, en el barco-flor, mientras seguía la corriente del río adyacente al Gran Canal Imperial que él, por discreción, había preferido evitar.

Sus esperanzas no se habían visto burladas y los riesgos que había corrido al huir de Pekín en compañía de la muchacha no habían sido inútiles.

Como ya presentía, la unión de los hálitos respectivos estando en compañía de Jazmín Etéreo había llegado a sus niveles extremos. Finalmente, se había producido la fusión total de su cuerpo con el de la muchacha, aquel sentimiento de anonadamiento mutuo que apacigua por igual el corazón y el espíritu.

Pero había comportado un esfuerzo.

Como era de prever, había tenido que armarse de paciencia infinita y proveerse de grandes dosis de persuasión para que Jazmín Etéreo accediese a entregársele.

Después de la visita a Prosperidad Singular, el juego del escondite se había prolongado por espacio de casi un mes. Todas las noches, en la cubierta del barco-flor, cuando caía el telón de la noche sobre el Gran Canal para marcar el final provisional del deslumbrante espectáculo que no se reanudaría hasta la aurora, se había consagrado a hacer la corte a la muchacha de manera implacable. Como ya había tenido ocasión de evaluar el carácter entero de la contorsionista, había desistido de emplear con ella los métodos taxativos utilizados hasta entonces con las mujeres y había optado por adoptar una actitud mucho más sumisa y tranquila.

Y sin embargo, esto tampoco había facilitado las cosas. Pasaban los días y el cambio de paisajes que desfilaban a uno y otro lado del junco, donde los bambúes y grandes árboles de lianas habían sustituido las extensiones llanas propicias al cultivo de los cereales, no parecía hacer mella en Jazmín Etéreo, que daba la impresión de ser insensible al tiempo y al espacio y seguía obstinada en su actitud inicial de rechazar una y otra vez sus avances.

Hasta que llegó el bendito día en que, por fin —¡divina sorpresa!— acabó por ceder.

Había caído la noche y aún no se había levantado la luna. Tang había amarrado el barco-flor no lejos de una población de barqueros. Era un punto donde el Gran Canal Imperial se ensanchaba a lo largo de unos cien metros permitiendo a las embarcaciones hacer alto sin turbar el paso de las demás. No se veía alma viviente en las inmediaciones. Jazmín Etéreo estaba en cubierta contemplando, nostálgica y pensativa, el cielo cuajado de estrellas.

—¿Ves esas dos constelaciones, Jazmín Etéreo? —le había preguntado Tang indicándole la del Boyero y la de la Hilandera, más visibles aquella noche que de ordinario.

—Sí.

—¿Sabes su nombre?

La muchacha no conocía aquellas estrellas ni tampoco su historia.

Entonces, valiéndose de palabras sencillas, le había contado aquella bella leyenda de tiempos remotos que quiere demostrar que no hay nada tan poderoso como el amor:

Un joven huérfano maltratado por su hermano y su cuñada, que no quieren compartir con él un búfalo que han heredado, recibe consejos del propio búfalo, que se apiada de él y le propone escapar juntos. El búfalo indica al Boyero que deben dirigirse detrás de una montaña donde hay un lago en el que verá a siete doncellas que bajan del Cielo con intención de bañarse. El búfalo da un buen consejo al Boyero: si roba las prendas de una de las doncellas, esta, como tiene intención de volver a subir al Cielo, se sentirá agradecida de recuperarlas y consentirá en casarse con él. El Boyero sigue el consejo del búfalo y gracias al mismo se casa con la bella Hilandera de las Nubes de Colores, la cual le dará

dos hijos, un niño y una niña. Antes de morir, el búfalo explica al Boyero que el día que se cubra la espalda con su piel, se cumplirá el deseo que formule. Pero la Reina Madre Celestial, al darse cuenta de la desaparición de la llamada «Séptima Hada», acude a arrancarla por la fuerza del mundo de los humanos desoyendo el llanto de sus dos hijos y aprovechando la ausencia del Boyero, que se encuentra ausente trabajando en el campo. Cuando el Boyero regresa a su casa, se cubre con la piel del búfalo y formula el deseo de recuperar a su mujer. Así que la Reina Madre Celestial advierte que el Boyero está a punto de reunirse con la Hilandera, se saca una horquilla del moño y traza una inmensa raya en el cielo: acaba de nacer la Vía Láctea, que separa para siempre las dos estrellas. Pero el amor que las une es tan grande que el Boyero y la Hilandera tienen permiso para encontrarse una vez al año, el séptimo día del séptimo mes lunar, a través de un finísimo puente formado por urracas compadecidas y cómplices tendido por encima del infranqueable Río Celestial.

Tang le había rodeado el talle con los brazos y ella le había dejado reposar la cabeza en el hombro.

—¿Quieres hacer conmigo la Gran Fusión, Jazmín Etéreo, al igual que esas dos estrellas el día del Doble Siete?

—¿Por qué no? Estoy dispuesta —había murmurado ella con un suspiro mientras alrededor del barco-flor cantaban los grillos.

Tang, advirtiéndole que el camino estaba expedito, la había conducido al único lecho que ya compartían todas las noches, aunque hasta entonces dándose la espalda y sin rozarse siquiera. Ella lo había seguido dócilmente, por lo que Tang había comprendido que había ganado la partida.

Embriagado por un deseo que hacía que le temblaran las manos sin que él pudiera hacer nada para dominarse así que empezó a desnudarla, la muchacha se había quitado ella misma la túnica y había aparecido ante sus ojos completamente desnuda, tal como la viera en el escenario del Toi et Moi el día que la descubrió.

Esta vez, sin embargo, se ofrecía únicamente a él..., se le ofrecía en carne y hueso.

Como Tang había supuesto, la flexibilidad extraordinaria de Jazmín Etéreo, capaz de contorsiones imposibles normalmente para el cuerpo humano, le permitía adoptar posturas que eran prohibitivas para las cortesanas por muy aguerridas que fueran. Tenía a su alcance las configuraciones ideales.

Tang tendió suavemente a Jazmín Etéreo en la cama del barco-flor para acariciarla. Su vientre plano y liso se había empezado a ondular como si estuviera sometido a un oleaje, primero dulcemente pero después como un maremoto. Seguidamente, sin esperar a más, Jazmín Etéreo, que actuaba por instinto y sin la menor reserva, había adoptado la postura de la Serpiente Deseosa y había enlazado con las piernas el cuello de Tang, de modo que antes aún de iniciar el juego y de

haberla besado en la boca, los labios de él ya se habían posado en su Valle de las Rosas. Fulgurantes atajos o sinuosas veredas: con Jazmín Etéreo todo era posible e igualmente placentero. Sin aguardar más tiempo, el noble Han había catado las primeras gotas de la Pura Esencia de la muchacha al tiempo que con el ápice de la lengua le acariciaba el Botón de Rosa. Una vez terminada la libación, las manos de la contorsionista se habían apoderado de la Vara de Jade de Tang y se la había introducido delicadamente en la boca.

¡Momento único y delicioso aquel en que uno descubre, maravillado, que lo soñado todavía es más bello cuando ocurre en la realidad!

La había penetrado dulcemente, como quien visita un hermoso jardín. Ella, entregada a un ir y venir con ojos entrecerrados, dejaba escapar leves gemidos que iban creciendo progresivamente: gozaba. Inventaba, le había vuelto a enlazar el cuello con los muslos para ofrecer a su pareja un acceso inédito a todas sus puertas íntimas.

Como deseaba reservar su Inestimable Semilla para el Valle de las Rosas de su nueva amante, Tang se había esforzado en no derramarse.

Lo que había seguido a continuación había estado a la misma altura, ya que el cuerpo elástico de su amante tan pronto se adaptaba al de Tang como se separaba de él, se desplegaba y se comprimía, se desviaba a la izquierda o a la derecha y acto seguido hacia arriba y hacia abajo —¡la inaudita danza de la serpiente Naga delante de Buda cuando se transformó en el Despertado!— adoptando posturas que iban desde la rana radiante a la nutria que abraza, pasando por la pantera y el cisne rebelde. Gracias a sus formidables dotes de contorsionista, era capaz de brindarle posturas que él sólo había visto en las ilustraciones de los manuales del *Arte del Dormitorio* sin haber encontrado jamás a la mujer capaz de hacerlas realidad.

¡Y ahora aquella mujer era suya!

Había conseguido dominarse hasta la consecución final de los dos orgasmos, que habían coincidido perfectamente, lo que era la demostración de la fusión del Yin y del Yang.

Tang había conseguido finalmente su objetivo.

—Jazmín Etéreo, se ha producido el Gran Milagro. Nuestras energías se han alimentado mutuamente. Tu Campo Florido se ha unido con mi Campo de Cinabrio; el Pico del Agárico Púrpura ha visitado la Gruta del Tigre Blanco y ha atravesado felizmente su Misterioso Portal. El placer ha ascendido hasta la cima de mi Pagoda Interior. Lo he sentido en lo más hondo de mí mismo. ¿Quieres decirme, por favor, qué has sentido tú?

—He experimentado dos sensaciones desconocidas. Era un placer inmenso, una ola espléndida que engullía todo mi cuerpo. ¡Os deseaba tanto! No pensaba en nada más, he actuado por instinto —se había limitado a decir en un murmullo la contorsionista bajando los ojos.

Después de la exaltación de los sentidos, volvía a asomar el pudor en Jazmín

Etéreo.

—¿Me amas?

—¡Sí, creo que os amo!

—¡Nos esperan diez mil años de vida! Tenemos la inmortalidad a nuestro alcance. Se ha cumplido la Gran Fusión.

—¿Qué queréis decir?

Entonces él le había contado una historia que no había revelado nunca a nadie.

Era resultado de un extraordinario encuentro que había marcado su vida de forma indeleble. Había ocurrido en el monte sagrado del Emeishan al que su padre le había ordenado que subiera.

Uno de esos momentos que no se olvidan; un acontecimiento después del cual uno ya no vuelve a ser el mismo.

Cuando tenía diecinueve años, vivía en Nanquín la existencia despreocupada propia de un joven educado de acuerdo con los cánones confucianos que correspondían a su medio originario. Hasta entonces la vida se había reducido para él a unos ritos que era preciso seguir al pie de la letra y a entretenerse con el tiro al arco, para lo cual lo único necesario era apuntar con precisión. Los profesores que habían sucedido a Prosperidad Singular, quien se había ausentado para ir a gobernar el Yunnan, se aplicaban firmemente en hacer de él un «hombre de bien» y organizar le las ideas a fin de ser capaz de asimilar los *Tres Libros de los Ritos*^[50], es decir, convertirlo en una persona respetuosa del orden establecido y partidaria del principio de reciprocidad de acuerdo con el cual no hay que hacer a los demás lo que uno no quiere para sí mismo. Aunque, a veces, los códigos presuponen duras obligaciones, también hacen más cómoda la vida de aquellos que se doblegan a ellas sin rechistar. Todos los confucianos en ciernes, por ejemplo, si acaso sus padres caían enfermos, debían abstenerse de peinarse o de caminar demasiado aprisa, privarse de comer carne o de beber un dedal siquiera de cualquier licor, so pena de no ver jamás su curación.

También se les enseñaba que la naturaleza era una extrañeza de la que el hombre debía desconfiar y con la que era preciso pactar, incluso haciendo trampas. Los árboles, las flores, las montañas y los lagos no eran más que un simple decorado que el hombre debía moldear, cultivar, disponer y forzar con objeto de someterlo a su servicio. Y finalmente, el número siete regía por sí solo el orden del mundo: la Osa Mayor estaba formada por siete estrellas; el número siete era el emblema del Tigre, el animal rey; en el Cielo refulgían Siete Grandes Luminarias, que eran el Sol, la Luna y cinco planetas. Y por encima de todo, los *Tres Libros de los Ritos* se componían de siete veces siete tratados, o sea, cuarenta y nueve.

En resumen, todo era simple y evidente: el respeto escrupuloso de todos los órdenes establecidos actuaba de viático.

Todo siguió así hasta un día de otoño en que el padre de Tang, hombre impasible donde los hubiera, muy avaro de efusiones y de confidencias, que había negado su

fidelidad a los manchúes y había optado por vivir retirado del mundo, lo había convocado en la pequeña estancia que utilizaba como estudio en la que pasaba sus días componiendo y caligrafiando poemas.

—Tang, el mes que viene cumplirás veinte años y habrá llegado para ti el momento de calarte el bonete viril. Es costumbre de la familia que los varones suban a lo alto de una montaña sagrada. El esfuerzo físico temple a los jóvenes. Yo conservo un excelente recuerdo de mi ascensión al monte Taishan.

—Padre, a mí me gustaría subir al Emeishan.

Hacía tiempo que soñaba con ir a visitar aquel macizo montañoso y por eso su nombre le había salido espontáneamente de los labios. Todos los viajeros ponderaban la belleza de sus paisajes, en los que destacan los vertiginosos picos y las manchas de azul en los bancos de niebla. Pequeños lagos color esmeralda, como preciosas gemas en su estuche, se agazapan en el fondo de simas y, desde rocas de formas torturadas, se despeñan cascadas de turbulentas aguas que caen verticalmente. En los bosques de bambúes y florestas de azaleas uno se topaba con curiosos plantígrados que llevaban en los ojos una especie de lentes oscuros. A medida que se iba ascendiendo y uno se acercaba a la cumbre cubierta de nieve seis meses al año, cuyo punto culminante se sitúa a más de tres mil metros, paraje donde solo crecen pinos negros y enebros, se topaba con monos de espesa pelambreira parecida a la lana del yak, los cuales tendían la mano a los peregrinos que se dirigían al Jinding Sí, el templo de la Cumbre de Oro, última etapa de los peregrinos budistas que acudían a venerar una enorme estatua de bronce de Amithaba, el Buda del Futuro, para dejar a sus pies montañas de frutas y pasteles de los que se atracaban los primates.

—No hay problema, Tang. Te dejo elegir. Irás a Chengdu, pues, hijo mío.

A la semana siguiente embarcó para Sichuan a bordo de un junco de fondo plano.

Era un larguísimo viaje para todo aquel que quisiese llegar a aquella provincia partiendo de la capital del sur.

Se necesitaba un mes largo para remontar el curso del Yangtsé hasta Chongqing, enorme ciudad comercial construida en una ladera del valle, emplazamiento inolvidable por su belleza en la confluencia del río Azul y del Jialing.

Antes de llegar al célebre paso de las Tres Gargantas^[51], donde el estrechamiento de los acantilados originaba una fuerte presión del oleaje que podía hacer zozobrar muchas embarcaciones, hubo que atravesar los inmensos lagos Dongting y PoYang, en los que millares de cormoranes se lanzaban sobre las límpidas aguas para hartarse de peces.

Tang había descubierto la fuerza del gran río Azul, corriente de devastadoras crecidas cuyas aguas limosas convierten el sur de China en el granero agrícola del país.

Hacía siglos que los gobernantes de la provincia de Sichuan habían convertido la orgullosa Chengdu en una hermosa y gran ciudad sujeta a un estricto urbanismo, donde amplias avenidas trazadas a cordel se abrían a plazas tan inmensas que

siempre, salvo los días de mercado en los que se cubrían de tenderetes hasta allí donde alcanzaba la vista, parecían vacías. La ciudad, que era el centro comercial más importante del sudoeste de China, atraía a ricos comerciantes pero también a todo tipo de aventureros. A Tang le pareció que los fumaderos de opio eran allí mucho más numerosos que en Nanquín. Se habría dicho que los habitantes de Chengdu vivían revolcados en el opio, ya que había visto deambular por la calle a los «muertos vivientes» que salían titubeantes de sus casas para ir a procurarse su ración de «barro negro».

En Chengdu, donde no se había demorado demasiado, Tang, que nunca en la vida había subido a ninguna cumbre importante, había contratado los servicios de un guía experto, un hombrecillo de piel atezada por los efectos del sol, el viento y la nieve. Dos días más tarde, los caminantes habían alcanzado el pie de la montaña de Emeishan. Tras dejar los caballos en una de las posadas provistas de cuadras en las que se agrupaban los peregrinos, habían dado cuenta de una sólida comida en uno de los muchos figones explotados por gente ávida de ganancias que servía raciones minúsculas de estofado de buey aderezado con setas negras cuyas virtudes afrodisíacas y curativas no cesaban de ponderar. Y a continuación se habían lanzado al asalto de la montaña.

Había llegado el invierno y, como nevaba copiosamente en las cumbres, la cima de la montaña sagrada estaba rematada por un grueso casquete blanco. Después de dos horas de marcha, se había puesto el sol y había empezado a helar.

—Propongo plantar ahora mismo la tienda. Mañana, cuando salgamos, todavía será noche cerrada. Es preciso que bajemos antes de mediodía, ya que de lo contrario nos encontraríamos con los caminos de las laderas helados y serían impracticables.

Al día siguiente por la mañana, después de una noche cortísima, Tang, que tenía la espalda muy dolorida, volvió a ponerse en camino con paso inseguro acompañado del guía. La cuesta era muy empinada y no se veía nada. Transcurridas dos horas, a la luz incierta del alba, había observado que la vereda por donde caminaban bordeaba un torrente donde las cascadas se alternaban con charcas naturales. El bosque de bambú había cedido el paso a árboles inmensos de los que únicamente se distinguían los troncos. Sus frondas se perdían en una niebla cada vez más densa. A medida que se aproximaban a la cumbre, aumentaban las dimensiones de las rocas. En el camino de ascenso se toparon con algunos escasos peregrinos que, desalentados por las horribles condiciones atmosféricas reinantes, bajaban a toda prisa hacia el valle. Una hora más tarde, la nieve había empezado a caer de forma despiadada.

—¿No te parece que deberíamos dar media vuelta? —se había aventurado a preguntar Tang, inquieto al ver que el terreno era cada vez más resbaladizo.

—Sería una lástima y, además, Amithaba, que está allá arriba, no estaría contento. Y la nieve va a cesar de un momento a otro. Detrás de esa capa de nubes, el cielo no está lejos. ¡Fíjate! —le había asegurado el guía, que no cabía en sí de gozo porque tenía ocasión de acompañar a un cliente hasta la misma cumbre del Emeishan.

Una hora más tarde, al encontrarse con una terrible tempestad de nieve, Tang y su guía habían tratado de volver sobre sus pasos, pero las placas de hielo habían hecho impracticable el descenso. Inquieto, Tang había propuesto al guía refugiarse en una cueva transformada en santuario dedicado al *bodhisattva* Guanyin, cuya entrada estaba indicada por una estatua cubierta de musgo, pero su compañero, seguro de lo que hacía y testarudo como una mula, había declinado su propuesta.

—¡Ya estamos cerca de la cumbre! Va a dejar de nevar enseguida.

—Hace mucho que me has anunciado el final de la tormenta y desde entonces no ha hecho más que crecer.

—Conozco el Emeishan. Confía en mí. Al principio del invierno ocurre siempre lo mismo. Las nevadas no duran.

—Parece que aquí está siempre lleno de monos. Si hoy no los hay, quiere decir que no parará de nevar.

—Observa. ¿Has visto que yo tenía razón? El final de la tormenta está cerca.

En efecto, entre dos nubes acababa de aparecer un minúsculo rinconcito de cielo azul justo en el momento en que el guía terminaba la frase. Pese a las ráfagas cada vez más violentas, habían proseguido el viaje. Tang, que ahora seguía al guía en contra de su voluntad, no se había atrevido a llevarle la contraria.

El guía, conocedor de la zona, trepaba como un gato, mientras Tang, que escalaba agarrándose con las manos a las rocas, ya las tenía ensangrentadas pero lo iba siguiendo lo mejor que podía tropezando con las piedras. Al llegar al borde de un barranco que había que franquear a través de un puente colgante, Tang, que ya estaba exhausto, había descubierto con horror que las estrechas planchas estaban afianzadas entre sí mediante cuerdas de bambú trenzado sujetas entre los dos acantilados lisos como paredes. ¡El menor paso en falso podía hacer que uno se rompiera la crisma!

—Este puente colgante no me parece seguro. Debe de ser resbaladizo —exclamó Han cediendo a un mal presentimiento.

Poner su vida a merced de un hilo tendido sobre el vacío no era cosa que le sedujera.

—Lo he cruzado muchísimas veces. Hace siglos que existe. Y dentro de diez mil años, cuando nuestros descendientes veneren nuestras cenizas, seguirá en el mismo sitio.

El guía, cuya intrepidez frisaba la inconsciencia, ya se encontraba en medio de la pasarela cuando llamó a Tang, que acababa de poner un pie en la misma.

—No hay que pararse, ya que podrías resbalar. Tú sígueme. Fíjate en mí y verás que es facilísimo.

En aquel momento se produjo un torbellino de nieve provocado por las ráfagas de un viento cada vez más violento que lo había convencido de que lo mejor era retroceder. ¡Y muy bien que hizo prestando atención al mensaje de la nube que le dejó helado el semblante!

¡Jamás podría agradecerse!

Unos segundos más tarde, al fragor del viento vino a sumarse un siniestro crujido y así fue como el puente de cuerdas cedió bajo el peso del hielo y de la nieve dejando al pobre guía balanceándose en el vacío. Tang estuvo meses oyendo los gritos que lanzó el desgraciado cuando su cuerpo se precipitó al fondo del abismo. Había noches en que seguía oyendo el eco de sus gritos de desesperación propagándose por la montaña todo el tiempo que duró su caída.

Tang, enloquecido de angustia, tuvo el reflejo de tender la mano en dirección a su infortunado compañero, pero le había resbalado el pie en el reborde del abismo y se había encontrado de pronto suspendido en el vacío, sostenido únicamente por la rama de enebro a la que se había agarrado *in extremis*.

Más abajo, en lo más hondo del barranco, serpenteaba la exigua cinta blanca del torrente como dispuesta a acoger su cuerpo así que se estrellara y fragmentara en mil pedazos. Pero Tang no tenía deseo alguno de morir y por eso se asió fuertemente a la rama, temiendo el momento ineluctable en que, ya en el límite de sus fuerzas, se vería obligado a soltarla.

Era absolutamente indispensable que se apoyara en la pared ya que, encima mismo de él, había un saliente de roca que le ofrecía refugio. Pese al cierzo glacial que le quemaba el borde de las orejas y la punta de la nariz, había conseguido con mil esfuerzos, balanceando con todas sus fuerzas su cuerpo hacia delante y hacia atrás, situar primero una pierna y después la otra en aquella minúscula plataforma para izarse a continuación gracias a una peligrosa maniobra.

Estaba extenuado, privado de toda energía.

Cuando la muerte no quiere a una persona, se lo hace saber mediante pruebas tangibles.

Libre de peligro por fin, el cansancio lo había dejado adormilado, agazapado junto a la pared rocosa. Cuando despertó, transido de frío, al lado del barranco ahora iluminado por un rayo de luna, sin saber muy bien si seguía soñando, no había podido reprimir un grito de espanto al ver que unos ojos que parecían salidos de una pesadilla lo miraban fijamente.

Alrededor de aquellos ojos había pelo y debajo un hocico romo.

Era un simio que lo estaba observando, un hermoso animal de pelo leonado, apostado a horcajadas en lo alto de la roca donde Tang había logrado situarse.

El animal permaneció un rato inmóvil como una estatua, mirándolo con aire cómplice y casi burlón. Su abuelo le había contado el episodio de la vida de Buda en el que un monito se acerca al Despertado y le ofrece un cuenco de miel silvestre. Contento de haberlo alimentado, el animal había efectuado después una cabriola y se había matado. Buda, para recompensarlo, se había reencarnado en aquel mono.

Podía muy bien ser que aquel mono rojizo fuera el primo hermano del animal divino que había socorrido a Buda.

Pero tan loca esperanza se desvaneció al mismo tiempo que el animal, que desapareció de pronto como por arte de encantamiento.

Angustiado y notando que comenzaban a entumecerse las piernas, nuestro pobre Tang había decidido que se jugaría el todo por el todo para no morir congelado en el borde de la nada. Se había puesto de pie contra la muralla rocosa para calcular la distancia que lo separaba del reborde donde había resbalado. Con infinitas precauciones, había tendido el brazo y comprobado que por desgracia mediaba un metro como mínimo entre su mano y la parte alta del acantilado. En aquella pared no había asidero alguno y era imposible escalarla sin ayuda externa. Ya se veía muerto de hambre y de frío junto al abismo cuando oyó una especie de fricción por encima de su cabeza. ¡Milagro! El mono había vuelto.

—Si pudieras tenderme la mano... —le había murmurado Tang, lleno de esperanza.

Por toda respuesta, el animal se había sentado al borde del acantilado.

—¡Anda, dame la mano! —le había suplicado de nuevo, aunque sin el menor éxito.

Tang, desesperado, había extendido el brazo para tratar de agarrarle el pie, pero al primate le había asustado el gesto y, retrocediendo de un salto, había desaparecido de nuevo.

Era evidente que no se trataba del primo de aquel monito de Buda.

Tang ya empezaba a lamentar amargamente la ocurrencia que había tenido al elegir el monte del Emeishan en lugar del Taishan cuando de pronto oyó el dulce murmullo de una voz humana. Aquella voz, reconfortante y amable, parecía bajar de las nubes opacas que lo rodeaban por todas partes.

—¡Ve a buscar a ese joven! ¡Anda, ve! —decía la voz salvadora.

Tang, a quien se le había disparado el corazón, había levantado los ojos.

Más arriba de donde se encontraba vio a un hombre muy entrado en años que se asomaba.

Sin darle tiempo a saludarlo, Tang sintió que lo izaban y se encontró, sin saber muy bien dónde estaba, en el borde mismo del acantilado.

El primate, en un abrir y cerrar de ojos, lo había agarrado por los brazos y lo había aupado.

—No sé cómo agradeceréoslo. De no haber sido por vos, yo ahora estaría muerto.

—Sígueme, te invito a mi casa. Se está mejor que aquí.

El tono del viejo al hablar era de cordialidad.

A juzgar por la rapidez con que caminaba y la seguridad de sus pasos, seguido de cerca por el mono a través de los roquedales cubiertos de hielo, conocía perfectamente los caminos invernales a través de las montañas. Tras un cuarto de hora de ascensión y a punto mil veces de romperse la crisma, Tang, que se encontraba en el límite de sus fuerzas, descubrió por fin la casa de su acompañante: una simple cabaña con muros de piedra y tejado de ramaje.

El interior era acogedor y en él resplandecía un buen fuego. Después del cierzo y del hielo, nuestro desgraciado excursionista sintió que lo invadía una maravillosa

sensación de bienestar. El viejo se había quitado de encima la pelliza con que se cubría y mostró a la mirada de Tang su delgadez de asceta así como una larga barba blanca que le llegaba al pecho y acentuaba los rasgos macilentos de su rostro de piel tensa a causa de la tirantez de un moño recogido en lo alto del cráneo.

El viejo había invitado al noble Han, que estaba transido de frío, a quedarse con el pecho desnudo delante de la chimenea y, en tono cordial y amable, le había indicado la mejor manera de conseguir que se le secase la ropa: debía tenderla entre dos estacas hincadas en el suelo a pocos centímetros del fuego.

—Jamás podré agradeceros suficientemente lo que habéis hecho por mí. Cuando pienso en mi pobre guía, la desesperación...

En el ambiente caldeado en que se encontraba, el té hirviente en el que su anfitrión había introducido una bolita de manteca de yak no había tardado en calentarle el cuerpo.

—Tu guía era un hombre muy imprudente. No hay que desafiar nunca a la naturaleza porque la naturaleza no gusta de aquellos que desoyen su voz —había respondido el viejo ermitaño mientras le servía un cuenco de sopa hirviente y ofrecía otro al mono.

—¿Vivís aquí?

—Hace treinta años que vivo solo en las laderas del Emeishan. Bueno, de hecho no estoy solo, porque me acompaña Cara de Luna.

E indicó con el gesto al mono que, entretanto, se había sentado en un escabel cerca de la chimenea y estaba ocupado sorbiendo tranquilamente la sopa como si allí no hubiera ocurrido nada de particular. Tang, que jamás había sido testigo de un compañerismo tan perfecto entre un hombre y un animal, sintió que se le aguzaba la curiosidad.

—¿No pasáis frío? Los inviernos de aquí deben de ser muy rigurosos.

—La naturaleza es la principal aliada del hombre siempre que este siga la Vía.

—Si he entendido bien, sois taoísta.

—Lo intento, por lo menos. Cuanto más se avanza, más retrocede Tao. Lo esencial es advertirlo. Cuanto más me acerco al término, menos cosas sé. Creo que ya he alcanzado el grado necesario de lucidez.

Aquella humildad, que no parecía fingida, sorprendió a Tang, habituado a los discursos enfáticos de los letrados confucianos, personajes engreídos y convencidos de sus creencias, los mismos que le habían enseñado a doblegarse a los ritos y códigos de los lejanos emperadores Zhou.

—Es preciso comer y dormir. Mañana, si quieres, seguiremos hablando —concluyó el ermitaño con una sonrisa.

Tang captó de inmediato la orden que se escondía detrás de aquella invitación. Por consiguiente, sin plantearse más preguntas, sació el hambre con arroz viscoso aderezado con brotes de bambú y a continuación dejó que el cansancio lo rindiese en el lecho de hojarasca que le había preparado amablemente su anfitrión.

Al día siguiente, así que se despertó, lo primero que vio fue al viejo con un cuenco de té humeante en el que acababa de echar un poco de manteca de yak.

—Perdonadme que ayer noche no me presentara. Vengo de Nanquín y me llamo Tang.

—Perteneceís a la ilustre familia que dio nombre a una de nuestras más gloriosas dinastías.

—Para serviros.

—Es un gran honor, Tang. Mi *xiaoming*^[52] es Vacío Esencial.

—Ayer noche me prometisteis que me explicaríais por qué vivís retirado del mundo.

La respuesta del ermitaño, formulada con dulzura, pero de forma tan intensa que quedaría impresa para siempre en su memoria, había sido la siguiente:

—Todo lo que has aprendido hasta hoy, mi pequeño Tang, no es más que una de las caras de una caja que tiene dos. Tú solo conoces la mitad de la verdad del mundo: la visible. De la otra, de la invisible, no tienes ni idea, puesto que incluso ignoras su existencia.

Tang, que no comprendía del todo el sentido de las palabras del ermitaño taoísta, quedó sorprendido. Él creía saberlo todo o casi todo y ahora resultaba que Vacío Esencial, cuya mirada tenía una fuerza que lo subyugaba, le decía que no sabía nada.

—¿De veras? ¿Cómo es posible que el mundo tenga una cara escondida?

—Los jóvenes de buena cuna, entre los que te cuentas, se alimentan de las verdades del maestro Kong. Estas verdades únicamente explican las cosas visibles. Si el hombre se atiene a este precepto, se equivoca, ya que hay muchísimas cosas ocultas que tienen igual importancia que aquellas.

—¿Qué hay que hacer para ver y comprender lo que está escondido?

—Es preciso buscar, meditar y dejarse penetrar por la verdad oculta.

—¿Hace mucho tiempo que lo hacéis?

—Cuando murió mi mujer, hace más de treinta años, me retiré del mundo. Entonces encontré el espíritu de la Música Esencial. Aunque ya no la veo, siento su aliento. ¡Y sigue estando conmigo!

—Eso quiere decir que amabais mucho a vuestra esposa.

—Más que eso. Ella y yo llegamos a la unión perfecta. Éramos como dos instrumentos de música hechos el uno para el otro, afinados con la máxima precisión para tocar juntos: solos no habrían sido audibles; juntos emitían una hermosa melodía.

—En el *Shijing* se hace mención de una orquesta cuyos músicos tocan de forma sincronizada.

Tang, como buen alumno confuciano, conocía perfectamente a sus clásicos, de manera particular los veintinueve instrumentos citados en ese tratado fundador, el *Shijing* o *Libro de las Odas*, aunque únicamente tenía una idea teórica de la música y, por no haberla puesto en práctica, ignoraba todo lo que hacía referencia al encanto de

los sentidos que procura cuando se interpreta o se escucha.

—Es más, una orquesta no consigue nada a menos que los músicos interpreten al unísono. Lo que te deseo es que encuentres a la mujer que sea tu complemento. A cada hombre le corresponde una determinada mujer. Y únicamente este hombre con esta mujer pueden alcanzar los dos la Gran Fusión del Yin y del Yang.

—¿Ya qué llamáis eso? —preguntó Tang, a quien aquella expresión no decía nada.

—Dada tu edad, supongo que todavía no has hecho el amor con ninguna mujer.

—Mi padre me prohibió ir a visitar a las cortesanas antes de calarme el bonete viril. En principio, me lo pondrá cuando vuelva a Nanquín.

—Normalmente, cuando el hombre se acopla con la mujer, obtiene lo que le corresponde a él en el placer y, una vez saciado, se detiene. Son pocos los que proceden de manera que la mujer les dé más.

—¿Por qué?

—Porque ignoran que la mujer devuelve cien veces el placer que él le procura. La situación ideal consiste en que el hombre disfrute al mismo tiempo que la mujer.

—Así pues, según vos, el hombre y la mujer deben disfrutar juntos, de la misma manera que los comensales disfrutan juntos de un banquete, ¿verdad?

—Veo que lo has entendido. La Gran Fusión, por tanto, está mucho más allá del simple placer compartido.

Tang, que bebía las palabras del viejo, sentía cada vez mayor curiosidad y al propio tiempo experimentaba una fuerte excitación ante las perspectivas que le hacía entrever este último.

—¿A qué os referís?

—La Gran Fusión tiene que ver con el cuerpo y con el espíritu. Si yo la alcancé, fue gracias a una mujer. Hay otros que llegan a la misma a través de métodos que podríamos llamar más espirituales. Cuando se alcanza este estadio, se accede a la Cámara Púrpura del Patio Amarillo^[53]. Entonces, te haces igual al Ser Esencial capaz de vivir diez mil años más —exclamó el ermitaño con voz vibrante de emoción.

El discípulo estaba pasmado. Sus profesores en rituales y cortesía jamás le habían hablado de aquella manera.

—¿Llegar a la Gran Fusión equivale a llegar a la inmortalidad?

—O por lo menos aspirar a ella. En lo que a mí respecta, me parece entrever qué podría ser.

—¿Creéis en la inmortalidad, maestro Vacío Esencial?

—Eres demasiado joven para que eso pueda preocuparte. A partir de una cierta edad, todo ser humano pretende hacer retroceder el momento en que deberá morir. Dentro de dos años, cumpliré los cien.

—¡No los aparentáis! —exclamó el joven Han, que no había imaginado nunca que nadie llegara a tan viejo.

—La naturaleza ha sido indulgente conmigo. Me permite seguir viviendo. A pesar

de mi edad, no sé qué es estar enfermo. Mi cuerpo soporta el hielo y las temperaturas tórridas de esta montaña. Y eso es gracias a que pude practicar la Gran Fusión con mi querida esposa.

—Sois para mí el ejemplo a seguir.

—Tuve la suerte inmensa de encontrar mi complemento femenino. Deseo ardientemente que tengas esa misma suerte.

Las palabras del viejo ermitaño de la montaña del Emeishan habían marcado profundamente el espíritu de Tang. Por encima de la revelación del extraordinario fenómeno de la Gran Fusión, la de la existencia de una verdad oculta del mundo a la que él no había tenido acceso ponía en entredicho todas las certidumbres que le habían sido inculcadas hasta entonces. Vacío Esencial le había abierto los ojos. Y aún más: había hecho que pasara de la sombra a la luz.

A partir de su agitada estancia en el Emeishan, Tang había cambiado por completo. Contemplaba las cosas a distancia y, sobre todo, veía la ideología confuciana con otros ojos, lo que había hecho que se sumergiera en la lectura del célebre manual de alquimia *Baopuzi*^[54] con objeto de estudiar las recetas de la longevidad a base de cinabrio, perla, agárico y oro líquido. Sin embargo, para conseguir las nueve «transmutaciones» del cinabrio que permitían alcanzar la inmortalidad en tres días, había que retirarse a una montaña sagrada y practicar el ayuno cien días como mínimo, requisito imposible de llevar a la práctica ya que su padre no habría permitido jamás que se ausentase tanto tiempo.

Esto no había impedido que Tang, decidido ahora a no dejarse embaucar por sus preceptores confucianos, optara secretamente por la Vía sin esperar a más. Se había convertido, pues, al taoísmo. Todas las mañanas practicaba los ejercicios respiratorios y el control de sí mismo. Para comer, dejaba a un lado la carne y se atiborraba de cereales. Y así que disponía de un momento, se sentaba delante de una cascada y meditaba sobre el Yin y el Yang.

Una vez que se hubo calado el bonete viril, ceremonia que señalaba para los adolescentes el final de su educación escolar, el joven Han inició la búsqueda de su alma doble y multiplicó las conquistas femeninas en la esperanza de encontrar a la mujer ideal. Después de las primeras armas, que practicó con cortesanas del burdel al que lo llevó su padre, sus atractivas condiciones físicas le permitieron gozar de todo tipo de mujeres. Las casas de lenocinio eran legión en Nanquín y estaban clasificadas en especialidades a tenor de las características de sus clientes. Las había para todos los gustos, desde las más adocenadas hasta las más sofisticadas, tanto para muchachos vírgenes que descubrían por vez primera en su vida el cuerpo desnudo de una mujer como para los viejos, ya hastiados de todo, que solo tenían necesidad de besar los tacones de los zapatos miniatura de las prostitutas y a veces incluso de recibir un buen latigazo de la mano de aquellas mujeres que pretendían así despertar, por poco que fuera, sus apagados sentidos.

Nuestro Han, todo fuego y todo llamas, ni organizaba sus deseos ni ponía bridas a

su apetito, aunque todo había sido en vano ya que, desde que había bajado del Emeishan, habían transcurrido nada menos que veinte años casi día por día sin que se produjera, hasta que ocurrió el milagroso encuentro con Jazmín Etéreo, aquella Gran Fusión del Yin y del Yang a la que aspiraba.

La muchacha se había convertido, pues, en su complemento íntimo, el hueco en el que encaja el relieve que le corresponde, el pleno que encuentra su vacío... Desde su primera noche de amor, habían descubierto que cada uno era la huella recíproca del otro.

Sentado en la borda de popa, donde empuñaba el timón, Tang, embriagado de amor y de ternura, contemplaba el doble de su alma mientras la muchacha, inclinada, apartaba con el largo bichero las barcas que pululaban a su alrededor.

La joven le sonrió... igual que les sonreía la suerte, igual que les sonreía la vida.

Tang seguía meditando en las palabras de Vacío Esencial cuando el viejo ermitaño le había deseado suerte.

Ahora la tenía en sus manos, encarnada en aquella bella contorsionista con quien el amor se convertía en un florilegio de posturas cada vez más sabias y seductoras. Tang podía tocar a aquella muchacha, amarla, formar con ella aquel todo indisociable que abría la Vía a las Diez Mil Vidas.

—¡Cuidado, amor mío! —le gritó él de pronto.

Jazmín Etéreo imprimió un gesto brusco a sus caderas y asió con todas sus fuerzas el bichero, con lo que evitó por los pelos la colisión con el junco sobrecargado que iba a abordarlos por la izquierda. La trayectoria del barco-flor se desvió hacia la derecha de la ruta y las embarcaciones que habían estado a punto de chocar con él se limitaron a rozar el casco. Cuando los navegantes del junco descubrieron que aquella persona que habían tomado por un simple marinero era en realidad una hermosa muchacha, le dirigieron escabrosos requiebros acompañados de las correspondientes miradas cargadas de intenciones.

—¡Anda, ven al junco! ¡Estás contratada! Si eres tan guapa y mañosa, seguro que serás igual de buena en la cama. ¡Y además, no tienes rotos los pies! ¡Qué raro, si todas las putas tienen los pies vendados!

—¡Qué groseros! —exclamó la muchacha con un suspiro.

—En Cantón, la mayoría de los barcos-flor son utilizados por prostitutas. Esos marineros sueñan con tenerte en la cama y seguramente me han tomado por tu protector —exclamó Tang.

—Cantón es una ciudad inmensa. Será difícil encontrar aquí al heredero imperial —dijo la contorsionista, a la que como era lógico Tang había puesto al corriente de las razones que lo movían a visitar aquella ciudad.

—De momento no tengo ni la más mínima idea. Por fortuna, aquí vive mi primo Serenidad Cumplida. Hace diez años que no nos hemos visto. Su casa no está lejos. Es un hombre generoso y posee una casa muy grande. Seguro que nos acogerá.

Después de fijar el barco-flor a un amarre, bajaron a tierra firme, abandonaron el

puerto y se aventuraron a través de una calle cubierta de desperdicios que emanaba un olor pestilente.

—No hay que fijar nunca los ojos en los de un perro fiero —dijo por lo bajo la contorsionista a su compañero, a cuyo alrededor rondaban dos perros sarnosos de colmillos amenazadores.

—¿Y eso por qué?

—Porque el animal se siente humillado. Si no lo miras, no te ataca. Me lo enseñó un domador de circo.

—Gracias por el consejo —repuso el noble Han cuando los dos perrazos ya parecían haber desistido de sus propósitos.

Avanzaron a través de callejones en los que pululaba un hormiguero de gentes piojosas vestidas de andrajos.

—¡Es aquí! —dijo Tang de pronto indicando una casa de dos pisos con una bonita fachada de ladrillo medio desmoronada y cubierta de hiedra.

Al empujar la puerta entreabierta, esta dejó escapar un chirrido siniestro que no anunciaba otra cosa que soledad. En el patio de pavimento desmembrado, una vieja sirvienta de espalda encorvada y piel arrugada como la de una manzana demasiado madura estaba ocupada tendiendo ropa.

Tang, presa de irreprimible nostalgia, le preguntó si lo reconocía.

—¡Claro que sí, príncipe Tang! Os reconozco perfectamente. No habéis cambiado.

—Tú tampoco.

—¡Sois muy amable, príncipe Tang!

—Quiero preguntarte una cosa, Calabaza Lisa. ¿Está en casa Serenidad Cumplida?

La boca desdentada de la sirvienta dibujó una sonrisa y, sin aguardar a más, volvió la cabeza hacia un mirador que parecía sostenerse como por milagro, tan carcomidos estaban sus pilares. Tang vio en él a su primo sentado en un sillón de mimbre. Se habría dicho que dormía. Se acercó suavemente a él y le rozó el hombro con la mano.

—¡Oh, Tang, qué sorpresa! ¡Qué alegría verte después de tanto tiempo! Pero dime una cosa, ¿a qué debo el honor de tu venida? —preguntó Serenidad Cumplida, que había abierto instantáneamente los ojos.

—He venido a pedirte ayuda.

—¿Qué clase de ayuda puede pedir un príncipe de la familia Tang a un primo lejano perteneciente a una familia pobre y venida a menos? —repuso el amo de la casa en tono muy serio antes de invitar a Tang a pasar al salón.

Hay señales insignificantes que no engañan, naderías que, sin embargo, lo son todo.

Así, los pálidos restos de pintura, desleída por los años, que cubría las paredes medio desmoronadas de la habitación, pero también los cojines hechos jirones de lo

que en otro tiempo había sido un elegante canapé de palo de rosa con las patas groseramente reparadas donde Serenidad Cumplida lo invitó a sentarse decían mucho sobre la decrepitud de su nivel de vida. El ambiente de la habitación donde le encantaba tomar el té estaba ahora impregnado de un pasado esplendor del que no quedaban más que ínfimos restos. El polvo y la falta de cuidados habían hecho palidecer los dorados de armarios y mesas macizas destinadas a ambientes más amplios. En cuanto a las alfombras de lana comidas por la polilla que cubrían los suelos, estaban deshilachadas como trapos viejos.

—Dentro de poco tendré la policía secreta imperial siguiéndome los talones..., suponiendo que no la tenga ya.

—¿Hablas en broma?

—Acabo de huir de Pekín con esta joven —dijo en un hilo de voz indicando a Jazmín Etéreo, que se había quedado en el patio y estaba ayudando a la vieja sirvienta a tender ropa.

—Te comprendo. Su belleza es extraordinaria. Tienes suerte. Estoy seguro de que te dará hermosos hijos. ¡Y pensar que yo no he conseguido encontrar nunca a mi alma gemela! Pero no veo el mal en ninguna parte.

—Me parece que no me he explicado, querido primo. Soy un fugitivo. Si me detienen, me cortarán la cabeza.

—¿Acaso has robado esa chica a algún personaje importante? Por lo general, no hay mujer que dé lugar a tantos problemas, a no ser que pertenezca al gineceo imperial.

—Precisamente... —exclamó Tang después de aclararse la garganta y antes de explicar a su primo con todo detalle las razones de su presencia en Cantón.

—Ahora comprendo mejor tu situación, pero ¿cómo esperas encontrar a ese niño si no puedes ponerte en contacto con la policía? —inquirió el último después de haberlo escuchado sin rechistar.

—Ya se verá. ¡Lo buscaré! Mi objetivo es salvar a La Piedra de Luna.

Tengo que reparar mis errores. Ya ha muerto un inocente en la persona de ese pobre calígrafo a quien fue confiado ese niño. Si supieras cómo lamento haber prestado fidelidad al poder manchú. Habría debido seguir el ejemplo de tus antepasados, Serenidad Cumplida. A propósito, tengo ganas de saludar a tus padres. ¿Cómo están?

El rostro de su primo se cubrió de un velo de tristeza.

—Hace dos años que mis padres emprendieron el camino de las Islas Inmortales con pocas semanas de intervalo. Estaban tan unidos que no podían prescindir uno de otro. Mi madre se desvaneció primero y mi padre no tardó en seguirla.

—Lo lamento por ti. ¿O sea, que ahora te ocupas del negocio de antigüedades de tu padre? —preguntó Tang, sinceramente entristecido por la noticia.

—Lo intento, pero con menos fortuna que él. Gracias a sus relaciones y a su don de gentes, mi padre había conseguido reunir una cantidad considerable de muebles,

pinturas y objetos de arte.

—No me sorprende. Mi padre me hablaba mucho del tuyo y alababa su mundología y sus dotes de negociante.

—No era hombre para hacer dinero. Le gustaba más comprar que vender y en cuanto a mi madre, no le gustaba el comercio.

La madre de Tang era hermana de la madre de Serenidad Cumplida, y su familia, salida de la pequeña nobleza de la provincia de Zhejiang, se había negado de plano a pactar con el poder manchú. Ya que no podían ocupar los cargos de mandarines o generales a los que habrían podido aspirar, los antepasados de Serenidad Cumplida habían tenido que abrirse camino por cuenta propia para poder sobrevivir. Algunos se habían refugiado en lugares recónditos del campo y se dedicaban a cultivar su jardín en el sentido propio y figurado del término; otros se habían entregado a actividades comerciales, lo que no estaba bien visto por la gente de su medio social. De todos modos, para aquellos Han indómitos, ponerse al servicio del poder manchú era una salida insoportable. Serenidad Alegre, el abuelo de Serenidad Cumplida, se había convertido, pues, en uno de los comerciantes de bronces arcaicos más importantes de Cantón y había llevado a cabo una actividad que su hijo, Serenidad Viva, había ampliado a antigüedades de todo tipo.

—¿Cómo van los negocios? —prosiguió Tang.

—Ahora debo liquidar ese gigantesco depósito de antigüedades. Ya que soy vendedor, tengo que encontrar clientes.

—Debe de haberlos en abundancia.

A Serenidad Cumplida se le ensombreció el semblante.

—Los narigudos han empezado a interesarse por las antigüedades —dijo en tono adusto.

—No podía ser de otra manera. Arramblan con todo. Sacan tanto dinero con el opio que los medios no les faltan.

—La situación no me gusta ni pizca, pero no tengo elección. Mi padre dejó deudas pendientes y corresponde a su hijo saldarlas. No creas que me gusta ver a los acreedores llamando a la puerta de mi casa y reclamándome lo que se les adeuda —replicó Serenidad Cumplida—. Acompáñame al almacén. La visión de la belleza te pondrá de buen humor.

Bajaron al jardín donde cuatro gatos como mínimo se restregaban contra las piernas de Jazmín Etéreo. Los felinos reconocen a las personas que los aman. Tang hizo las presentaciones. Después, acompañados de la muchacha, atravesaron dos patios sucesivos para entrar a continuación en un amplio hangar. Era un verdadero depósito de antigüedades donde abundaban los tesoros de épocas pasadas. En medio de una nube sofocante de polvo, había tres criados ocupados en acariciar los muebles lacados con gamuzas para hacerlos brillar, mientras que otros dos, encaramados en altísimas escaleras, se dedicaban a limpiar bronces, jades y porcelanas, apilados cuidadosamente en unas estanterías que llegaban al techo.

—¡Hay que ver la cantidad de antigüedades que posees! —exclamó Tang.

—Eso quiere decir que vendo poco. No consigo atraer a la clientela. Actualmente, todos los anticuarios que como yo tienen negocio propio sufren las consecuencias de la competencia más desleal. Son muchas las familias arruinadas por el consumo de opio que ponen en venta sus muebles y sus pinturas.

—Lo sé. Y no me sorprende —dijo Tang con un suspiro.

—Mi padre contaba con un abanico de ricos clientes de origen Han. Hace diez años, cuando el opio todavía no había causado los estragos de ahora, venían del sur de China muchos aficionados a las antigüedades que estaban dispuestos a pagar elevados precios para enriquecer sus colecciones. Aquellos eran buenos tiempos. Pero ahora las cosas han cambiado y debo contentarme con abrir el almacén a los narigudos que se dignan venir a visitarme.

—¡Qué lástima!

—Hay días en que me pregunto si nuestras eminencias pequinesas, pese a gritar como descosidos, no serán los responsables directos de esta abominable situación que ha conducido a la mayoría de los ricos a entregarse al consumo de la droga —atronó, indignado, Serenidad Cumplida.

—Es un hecho que no hay día en que no se abra un nuevo fumadero en alguna calle de nuestras ciudades..., y eso que el consumo de opio está oficialmente prohibido.

El anticuario cogió una bella tetera-elefante de bronce de época Song cuyo pitón estaba formado por la trompa.

—Uno de los mejores clientes de mi padre me cedió este objeto. Se hizo adicto al opio y murió en la calle, como un vagabundo, arruinado tras haber dilapidado todos sus bienes y dejado a su familia en la miseria. En su época de esplendor, poseía varios edificios no lejos del río de las Perlas, así como dos juncos para el transporte de mercancías.

—Si los Han gobernasen la nación, no estaría sometida a la voluntad de los ingleses como en la actualidad —murmuró Tang acariciando con la mano un bello armario lacado de la época Ming.

—Pienso lo mismo que tú. Todos los días hago votos para que alguna dinastía nacional suplante a los malditos invasores.

—Cuando llegue ese día, que se preparen los narigudos.

—Sí, sobre todo esos demonios de ingleses. ¿A qué esperamos para echarlos? Siempre me he preguntado de dónde sacaba la fuerza esa nación que tiene un territorio no más grande que la isla de Taiwan.

—Inglaterra tiene cañones y dinero. Los ingleses son cínicos y tienen una monstruosa desvergüenza. Si uno no tiene respeto a nada, no serán los escrupulos lo que le paren los pies. Hay que reconocer que, en su proceder, son terriblemente bárbaros. ¡Más bárbaros aún que los manchúes! Lo que pasa es que los narigudos tocan de pies a tierra, no son prisioneros de los rituales —declaró el príncipe—. El

Hijo del Cielo vive en la Ciudad Púrpura Prohibida, apartado de la realidad. Y me temo que no dispone de nadie que se la explique. Son muchos los interesados en que no sepa nada. El rey está desnudo como un gusano, pero solo lo sabe él. El no...

Tang había dejado la frase en suspenso. Al diablo el Hijo del Cielo. Después de todo, ¿qué importaba que Daoguang viviera aislado de su pueblo?

—¿Querías decir algo más? —le preguntó su primo.

—No sé —dijo Tang con un suspiro mirando a Jazmín Etéreo.

Deslumbrada y abstraída, la joven examinaba unos cuencos correspondientes a la dinastía de los Song y adornados con una decoración secreta. Era tan refinada, delicada y frágil la decoración de flores y hojas de aquellas cerámicas lechosas, de procedencia imperial, finas como una cáscara de huevo, que únicamente se hacía visible cuando la iluminación procedía de un determinado ángulo. Los primeros emperadores Ming atesoraron las más bellas porque eran quienes podían pagar en oro cinco veces lo que pesaban.

Era evidente que Jazmín Etéreo tenía en sus manos una porcelana de muy ilustre procedencia que solo estaba íntegra de milagro.

Cuando cambian las dinastías hay manos furtivas que actúan. Entonces, los tesoros se dispersan al mismo ritmo con que se mueven los saqueadores. Lo bello es objeto de codicia. Lo bello está sujeto a robo. Lo bello es siempre muy efímero y frágil.

¿Qué le ocurriría, en consecuencia, a la propia Jazmín Etéreo? ¿Acaso no tendrá la misma suerte que esa porcelana que se ha detenido a admirar?

Tang, a quien le parecía insoportable la idea de perder a su mitad, sintió un estremecimiento. Exhaló un profundo suspiro y, para convencerse de que no soñaba, de que la tenía allí, tan bella y carnal, se acercó a la muchacha y le rozó el hombro.

—¿Qué quieres? —le preguntó ella, ligeramente sorprendida.

—Nada. Todo va bien —dijo él por lo bajo, con un leve matiz de angustia en la voz en respuesta a la subida de adrenalina.

Estaba adquiriendo conciencia de que ya no iba a poder vivir sin ella.

X

Shanghái
12 de julio de 1846

Por fin apareció tierra ante los ojos del pasajero. Tenía la forma de una escueta capa parda puesta allí por el pincel de un artista jocoso para alegrar la verde monotonía agitada apenas por el temblor y los torbellinos superficiales provocados por el encuentro de las aguas del mar de China con las del río Azul, del que era desembocadura.

¡Por fin China!, se dijo *in petto*^[54a] el hombre, que era joven y de buen aspecto y tenía los sentidos muy despiertos.

En aquella circunstancia, sin embargo, no había diferencia alguna entre las costas chinas y las de Ceilán o de Indonesia.

El hombre en cuestión estaba acodado en la borda del *Cristina*, un viejo navío de cuatro palos que cubría el trayecto de Hong Kong a Shanghái y cuyo casco, recorrido por regueros de óxido, atestiguaba su larga carrera. El pobre barco estaba tan remendado, reparado y calafateado que al menor golpe de mar crujía y maullaba por todas sus ensambladuras.

Aquel viajero no era el único que se había apostado en la cubierta de la reliquia que todavía hendía las olas con muchos arrestos. Advertidos por los alaridos de un marinero encaramado en el puente de mando con los que anunciaba que se avistaban las costas chinas, los pasajeros se habían congregado a su alrededor en pequeños racimos. Constituían un muestrario casi completo de todo lo que puede ofrecer el género humano en materia de aventureros sedientos de sensaciones o de hombres maltratados por la vida en busca de la felicidad o de la revancha. Son muchos los que creen que basta con ir al otro extremo del mundo para encontrar lo que se ha perdido o no se ha conseguido.

Una hora después, el viejo esquife empezaba a remontar las aguas fangosas del inmenso estuario del río Azul, lisas, untuosas y viscosas como si les hubieran echado harina para espesarlas. Miríadas de barcas de pesca con cormorán se habían agrupado en derredor del *Cristina* hasta el punto de impedirle el avance antes de que, con mil precauciones, se desviase hacia el río Huangpu, que en aquel momento estaba recubierto de una bruma castigada por el sol. Flotaba sobre la alfombra líquida de color amarillo casi fosforescente formada por aquel afluente del río Azul, en cuya orilla se construyó el puerto de Shanghái, alguna cosa misteriosa, melancólica y sobre todo excitante que el pasajero del *Cristina* no había sentido en toda su vida, como si la grande y enigmática China, el «Zhongguo», como la llamaban sus habitantes, el País del Centro, se aprestase a reservarle una enorme sorpresa.

Las manos del hombre se crisparon en la borda.

El miedo a lo desconocido solo es ajeno a los inconscientes. Los lúcidos e incluso los más temerarios no escapan a él.

Desde la orilla, donde las ramas curvadas de los sauces se inclinaban majestuosamente al paso del barco en cuyo casco comenzaba a rezumar, a causa del calor, el alquitrán que taponaba sus muchas fisuras, pescadores de caña hacían amplios ademanes con las manos. El pasajero se los devolvió. Unos minutos más tarde percibió a un hombre sentado en un elegante pabellón construido sobre un andamiaje de bambú de unos diez metros de altura desde donde la vista del Huangpu era seguramente maravillosa. Supuso que debía tratarse de algún letrado justo en el mismo momento en que aquel individuo levantó el pincel en dirección hacia él mientras inclinaba al mismo tiempo la cabeza, lo que sirvió para corroborar la intuición que había tenido. Él le correspondió, lo que provocó un nuevo saludo de parte de aquel letrado tan ceremonioso.

Según Confucio, el respeto que merecen los demás puede compararse con los reflejos de la mirada proyectada por una infinidad de espejos. Los saludos pueden, pues, prolongarse durante largos minutos y solo pueden darse por finalizados cuando el respeto que se manifiesta a la otra persona ha alcanzado un nivel satisfactorio.

Estas manifestaciones diferentes de cortesía eran, para nuestro pasajero, felices presagios que apaciguaron un ápice su ansiedad.

Poco a poco fue disipándose la bruma y el pasajero comenzó a calibrar, a uno y otro lado del barco, la inmensidad de las ricas llanuras agrícolas del delta del río Azul cuadrículadas por canales de riego en los que navegaban minúsculas barcas de fondo plano. No en vano la región de Shanghái había sido apodada «granero de China». En los caminos de tierra dibujados apenas por encima del nivel de las fétidas marismas que atravesaban se alineaban cortejos de carretas llenas de limo tiradas por búfalos. Podía distinguir a lo lejos los arrozales y campos de algodón donde se afanaban campesinos, hombres y mujeres, minúsculas siluetas encorvadas sobre la tierra de la que arrancaban sin descanso lo necesario para alimentar y vestir a una población de día en día más numerosa.

Después de una tranquila navegación de dieciocho kilómetros entre claros y nubes, nuestro pasajero, dividido siempre entre la inquietud y la admiración, vio aparecer por fin, tras una curva del río, apiñado junto a los muelles, un espeso bosque de mástiles y juncos de alta mar. Parecidos por su boca ancha a los antiguos galeones holandeses, eran vaciados metódicamente de su contenido por una noria de porteadores de mercancías que se movían como insectos, rodeados por soldados en armas, aglutinados alrededor de extrañas garitas sobre las que ondeaban unos banderines de color rojo y negro. En medio de la bandada de sampanes que se apretujaban en derredor, el joven reconoció, por haber leído su descripción en las memorias del jesuita Lecomte^[55], enviado de Luis XIV en China, los juncos de guerra provistos de cañones en batería a barbata. Los remos que asomaban en sus

cascos, parecidos a púas, le hicieron pensar en los de las galeras mediterráneas. Pero lo que impresionó más fuertemente su imaginación fueron sus proas gigantescas, resplandecientes y barrocas. A medida que se iba acercando, se dio cuenta de que tenían la misma forma que la parte delantera de los dragones. La visión de aquellos barcos zoomorfos, inquietantes saurios surgidos de otra época, era a un tiempo tan nueva y turbadora que lo dejó sin aliento.

Algo más lejos, nuestro hombre advirtió unas extrañas embarcaciones de dos palos en cuyo puente se habían instalado unas culebrinas en batería. Su curioso y abigarrado aspecto de animales híbridos —una tercera parte de dragón, otra tercera parte de pez y una más de pájaro— era tan sorprendente como el de los grandes barcos de guerra que acababa de dejar a babor. Tras preguntar a un marinero, se enteró de que se trataba de juncos de la aduana imperial que pretendían intimidar con su aspecto a los piratas y traficantes.

—Señoras y señores, el puerto de Shanghái os da la bienvenida.

El marinero, provisto esta vez de un megáfono, hizo el anuncio a voz en grito, lo que había desencadenado una salva de aplausos cerrados de parte de los viajeros del *Cristina*, que por fin llegaban a su destino.

¡Shanghái es nuestro!, estuvo a punto de gritar el hombre en el colmo de la excitación ante el espectáculo de aquella ciudad de doscientos cincuenta mil habitantes, refugiada detrás de aquellas murallas panzudas de las que sobresalían únicamente, en inextricable confusión, las tejas de los tejados. Por encima de aquel mar de barro cocido se erguían las torres de algunas pagodas, cuyos últimos niveles se perdían entre las nubes. A la izquierda, un extraño edificio de ladrillo de estilo occidental, insólito e incongruente hongo, desentonaba de la arquitectura de la ciudad.

Ya empieza la contaminación del estilo extranjero..., el colonizador, por ejemplo aquel que no se pone nunca guantes...

Un vuelo de pájaros migratorios le hizo levantar la cabeza. Bajo el fuego insoportable de los rayos solares en los ojos, las nubes se dispersaban suavemente. Bajó, deslumbrado, la cabeza y de repente tuvo la sensación de que se introducía en otro mundo.

Comenzaba la aventura y de pronto se le ofrecía Shanghái, enorme bestia amodorrada bajo el sol.

A medida que el *Cristina* se acercaba al muelle, el ruido de la ciudad, que hasta entonces no había sido más que una especie de zumbido, se transformó en verdadero estruendo que acabó haciéndose ensordecedor, mientras los efluvios terriblemente nauseabundos que subían de las aguas fangosas del Huangpu obligaron a nuestro hombre a cubrirse la boca con la mano.

Ahora, espoleado por la excitación, se imaginó en la piel del cazador que sorprende al animal durante su siesta. Las sinuosas murallas de Shanghái, ligeramente abiertas hacia abajo, hacían pensar en el vientre de un cocodrilo.

Como sabe todo el mundo, terminada su siesta, el cocodrilo no tarda en escabullirse en la marisma o el río para cuidar de su prole.

¿Acaso nuestro hombre era el cazador? ¿O era tal vez la presa a merced de la ciudad ogresa que se disponía a descubrir?

Se estremeció y a continuación conoció aquel delicioso instante en que todo se vuelve excitante y peligroso, sintió la adrenalina provocada por aquella angustia y aquella excitación que jamás están muy lejos de la sensación de placer.

Tenía la impresión de que acababa de abrir la primera página de su vida de adulto.

No porque no hubiera vivido hasta entonces. Nadie desembarca por azar en Shanghái o en China. Tiene por fuerza una historia detrás. Pero todo obedecía al simple hecho de que jamás había visto a aquella desconocida total, aquel «agujero negro» que supone la llegada a un territorio donde no se han puesto jamás los pies y donde no te espera nadie.

Pues este era el caso de nuestro pasajero del maltrecho y viejo *Cristina*.

Se llamaba Antoine Vuibert y aparentaba ser mucho más joven que los veintinueve años que tenía, pese a que el fino bigote negro que parecía cortar en dos su rostro afable de rasgos finos y la raya recta que separaba en dos mitades sus cabellos siempre cuidadosamente engominados, le conferían ese aire formal que debe de tener el yerno ideal. De no ser por aquellos detalles, podían muy bien haberlo tomado por un estudiante de nivel secundario. El movimiento constante de sus cejas confería a su mirada azul acero, siempre despierta, ese aire maravillado de quien no se cansa nunca de observar el espectáculo que le ofrecen los demás.

Todo el conjunto de su persona era agradable y había que admitir que era bien parecido e, incluso, terriblemente seductor. Pocas mujeres se resistían a su indefinible encanto.

Es bien sabido que, en esos casos, el valor no iguala al número de años.

Oriundo de los alrededores de Chambéry, donde su padre era profesor, aquel alumno de espíritu tan brillante como rebelde se había negado a entrar en la Facultad de Medicina de Lyon como habría querido su padre para probar fortuna en París, donde se había inscrito en la Escuela Nacional de Lenguas Orientales y cursado estudios de chino con el profesor Stanislas Julien^[56].

Había descubierto China cuando contaba trece años hojeando en la tienda de un viejo librero lionés un álbum de ilustraciones eróticas de la más célebre novela licenciosa china: *Flor de pecar en el frasco de oro*. Detrás de las escenas delicadamente iluminadas en las que aparecían amantes enlazados en interiores refinados, había presentido los contornos de un mundo próximo y lejano a la vez, un universo aparte, un mundo en sí cuyas claves soñaba con descubrir, aunque lo que había descubierto sobre todo era una sensualidad a la vez exacerbada y muy particular que ansiaba paladear. Trasladarse allí donde podía poner a prueba las posturas del Jing Pingmei y deslizarse voluptuosamente en la piel del héroe a quien la heroína rinde tan ardientes homenajes se había convertido en un deseo rayano en

obsesión.

Cuatro años más tarde, Antoine Vuibert dominaba el chino, lo que hizo que su profesor, Stanislas Julien, lo recomendase al Ministerio de Asuntos Extranjeros francés, que buscaba un «agente especial» con el fin de enviarlo a China en sustitución del padre Joseph Marie Callery, destituido por conducta inmoral. Se hacía urgente situar allí una presencia más constante. Desde la instalación de un efímero consulado en Cantón en 1776, Francia no disponía de una antena oficial en el país. Quedaban únicamente algunos jesuitas, reinstalados en 1842 después de haber tenido que emigrar a consecuencia de la supresión de la orden en 1773, así como algunos raros comerciantes temerarios que podían contarse con los dedos de una mano y que se habían aventurado hasta allí con objeto de probar fortuna.

Para enfrentarse a Inglaterra e impedirle absorber todo el mercado chino, había que prever la apertura de un consulado francés y el envío del correspondiente cónsul.

La misión de Antoine Vuibert —según los términos de la carta oficial que le marcaba los objetivos a cumplir— consistía en «informar a las autoridades del reino de Francia sobre la evolución de China a fin de asegurar en un futuro la presencia de los intereses franceses en aquella parte del mundo». Para decirlo con más precisión, se encargaba al joven sinólogo de que preparase la llegada a Shanghái, prevista para el año próximo, del antiguo oficial de marina Charles de Montigny, designado por el rey Louis-Philippe para ocupar el puesto especialmente creado para él de cónsul general del reino de Francia en China.

Cuando el joven oriundo del Delfinado y recién salido de la Escuela de Lenguas Orientales fue recibido personalmente por François Guizot, ministro de Asuntos Extranjeros y presidente del Consejo, en su inmenso gabinete de trabajo tapizado de brocado de seda de color heces de vino, el elegante historiador patillado le había susurrado, después de haberle hecho servir un té en una taza de la manufactura de Sévres:

—Bebed, querido amigo, lo que nuestros amigos ingleses importan de China sin que les cueste un céntimo.

—¿Y cómo se las arreglan esos ingleses, señor ministro, para hacerse con ese brebaje sin necesidad de desembolsar un céntimo? Jamás había bebido un té con ese aroma —había respondido el joven, sin dejarse intimidar en lo más mínimo.

—¡El opio, joven, el opio! Ved qué astucia gastan esos ingleses: venden caro el opio a los chinos y les compran té y porcelanas a precio de ganga. Eso da que pensar. Si tuviéramos en Francia comerciantes con el temple de esos dos escoceses llamados Matheson y Jardine, otro gallo nos cantarían en este país —exclamó Guizot exhalando un suspiro.

Antoine, algo confundido, le respondió bajando la voz:

—Señor ministro, no tengo el honor de conocer a los señores cuyos nombres me acabáis de citar.

—Pues informaos un poco, mi joven amigo. Son los contribuyentes más

importantes del Reino Unido en lo tocante a aranceles. El comercio reporta mucho dinero a los particulares, pero también, y eso todavía es más importante, mi querido Vuibert, a los Estados —había respondido Guizot, no sin cierto rubor.

La actitud de sabérselas todas y la mirada dirigida al cielo revelaban la condescendencia del ministro, como la de tantos políticos cuando se enfrentan con la ignorancia crasa de sus pobres ciudadanos, a los que creen beneficiar dedicándoles tiempo para administrar los asuntos del Estado. Dicen servir a su país cuando la mayoría de las veces se dedican a servir sus ambiciones.

—Os prometo, señor ministro, que voy a informarme de este extremo.

Cuando se encontró en la calle después de aquella conversación, a Antoine todavía le quedaba el regusto de aquel delicioso té chino que le había ofrecido François Guizot, pero lo que más le había impresionado habían sido sus comentarios sobre el opio, ya que no habían caído ni de lejos en oídos sordos.

Tres meses después de aquel memorable encuentro, Antoine Vuibert, que había sido nombrado «agente especial consular del reino de Francia» mediante una orden del Ministerio de Asuntos Extranjeros, embarcaba en Marsella a bordo del *Neptune*, gran vapor inglés nuevo y flamante de la compañía P 8c O con destino a Alejandría.

Era, por supuesto, su primer crucero. A bordo, donde resultó ser el único francés, las jornadas transcurrían de forma inmutable en un ambiente muy *british*: por la mañana, ejercicios en cubierta bajo la férula de un joven capitán del ejército de las Indias, fanático del deporte; a mediodía, comida pantagruélica; a las cinco, después de la indispensable siesta, té y partida de cartas; por la noche, cena en la que era obligatorio presentarse recién afeitado y vestido de etiqueta. Antoine trabó amistad con una familia de comerciantes en telas de Birmingham que importaban cotonadas indias a Gran Bretaña. Sus tres hijas, de dieciséis a diecinueve años, vestidas de organdí de pies a cabeza y sujetas a continuos accesos de risa, se dedicaron a hacerle una corte asidua hasta el extremo de que un día, después de una cena más abundantemente regada que las habituales, lo habían obligado a encerrarse con llave en su camarote. Temeroso de desencadenar un escándalo en el ambiente estirado del barco, no se había atrevido a dar el paso con la mayor de los tres pimpollos, pese a que la interesada no se abstenía de lanzarle miradas más que elocuentes.

Las muchachas aparentemente más inocentes son capaces a veces de comportarse peor que las zorras más abyectas.

Siguiendo la ruta de Napoleón Bonaparte, el *Neptune* había hecho escala en Malta, la isla fortificada de las avanzadillas de la cristiandad que, a manera de centinela mineral, estaba situada a medio camino entre Sicilia y las costas africanas. Vuibert había descubierto allí las magníficas iglesias barrocas y los suntuosos palacios de piedra ocre contruidos por los célebres caballeros de la orden epónima. En La Valette se acababa de cebar una terrible epidemia de viruela, circunstancia que le había impedido disfrutar de los placeres de las casas de lenocinio, famosas en su género.

Después de dos semanas sin el menor soplo de viento en un Mediterráneo oleoso, el *Neptune* había arribado al gran puerto egipcio de Alejandría.

Subyugado por los miles de veleros que navegaban en aquellas aguas, Antoine había pensado con emoción en los sabios y poetas griegos, latinos y judíos que se habían trasladado a la ciudad atraídos por su gigantesca biblioteca. Pero aquella ciudad fundada por Alejandro Magno también era célebre por sus bien provisionados burdeles gracias a los mercaderes de esclavos procedentes de Nubia, Sudán y Somalia.

Hay que precisar aquí que los placeres de Alejandría estuvieron a punto de costar muy caro a nuestro aprendiz de diplomático.

Tal como se lo habían aconsejado encarecidamente los servicios del Ministerio de Asuntos Extranjeros, apenas desembarcado en suelo egipcio, Antoine se había puesto en contacto con la oficina postal y comercial que Francia había abierto en el país, administración que solo contaba con dos franceses asistidos por una veintena de egipcios. Estaba dirigida por un antiguo aduanero, también originario de Chambéry, llamado Robert Leduc, un hombre que era una fuerza de la naturaleza, soltero recalcitrante y aficionado a las mujeres así como buen bebedor de vinos de calidad que se hacía enviar de Francia en grandes cantidades. Contento de recibir la visita del joven compatriota, el aduanero se apresuró a invitarlo a cenar al mejor restaurante de la ciudad, especializado en pescado.

La Table des Gourmets era un restaurante enclavado en el paseo marítimo y pertenecía a un siciliano que se había hecho una buena clientela proponiendo a la burguesía más empingorotada de la ciudad la amplia panoplia de especialidades de Agrigento. En medio de un ambiente festivo en el que los comensales terminaban la comida debajo de la mesa, tras hacer degustar a Antoine montañas de colas de langosta y salmonetes a la brasa, aromatizados con coriandro, regado todo con un vino de origen griego, Leduc, acompañando las palabras de una mirada cargada de intención, había propuesto a su invitado:

—Y ahora, Vuibert, os sugiero que vayamos a ver a unas chicas. ¿Qué me decís? Aquí las hay para todos los gustos. A menos que prefiráis los chicos...

También ligeramente achispado después del ágape, el joven oriundo del Delfinado se había apresurado a aceptar precisando:

—Los chicos no me interesan. En cambio, no tendría un no para una guapa *moresca*.

Hay que precisar que, en lo que a Antoine se refería, las cinco semanas de travesía del Mediterráneo habían sido castísimas a causa de aquella viruela que causaba estragos en Malta y a pesar de las insinuaciones de las tres señoritas de Birmingham.

Así pues, los dos franceses se encontraron, ligeramente embriagados, en el lupanar más grande de Alejandría, del que Leduc era cliente habitual. Aquella inmensa fábrica del placer estaba escondida detrás de la fachada medio derruida de

un palacio rococó ocupado en otro tiempo por una familia de armadores griegos del Pireo. No tenía enseña ninguna, pero todos sus clientes, pertenecientes la mayoría a la alta sociedad egipcia, lo conocían por el nombre seductor de Petit Colibrí.

—Vamos a ver, ¿qué quiere ese encanto de muchacho? ¿Una morenaza de carnes generosas o una rubita tentadora? Si prefiere un chico, no hay inconveniente — propuso la patrona, a quien todos los clientes llamaban «mamá Irma».

Robert Leduc no había dado tiempo a Vuibert a abrir la boca:

—¡Dale lo mejor que tengas! La *moresca* gorda, por ejemplo. Pago yo, por descontado.

En el patio interior del palacio, tendidas en camas de estilo pompeyano, había unas cuantas chicas medio desnudas que exhibían sus indiscutibles encantos a la clientela. Unas fumaban sin complejo un narguile mientras otras mordisqueaban, negligentes, pistachos y semillas de girasol.

El joven aprendiz de diplomático había tenido apenas tiempo de fijarse en los encantos de las criaturas presentes cuando se sintió atrapado como una brizna de paja y propulsado por unos brazos rotundos que olían a violeta.

No era, sin embargo, uno de los gorilas turcos que vigilaban permanentemente la entrada del Colibrí quien lo había agarrado de aquella manera, sino una de las prostitutas más célebres de Alejandría. Se hacía llamar Princesa Sonia, era de origen libio y se había hecho famosa por las danzas del vientre que interpretaba, género del que había hecho una creación personal y que la había llevado a exhibir en el gran salón del Colibrí unos pechos grandes como melones y un ombligo en el que los clientes de primera fila podían hundir la mitad de un dedo cuando la muchacha se agitaba ante ellos y terminaba su actuación ante las aclamaciones de un público al borde de la apoplejía.

La habitación donde se encontró tumbado en una cama inmensa tras haber sido transportado como una mercancía a través de un dédalo de pasillos y tramos de escalera, estaba tapizada de tela de color rosa fucsia. Un gran espejo colocado en el techo permitía que los protagonistas fuesen a un tiempo espectadores de sus expansiones. La gigante de piel cobriza le había atado pies y manos a los montantes de la cama antes de sentarse a horcajadas en el torso del hombre para impedir que se moviera. Pesaba tanto que Antoine tenía la impresión de estar a punto de ahogarse. La mujer se había desnudado en un abrir y cerrar de ojos y sus largos cabellos negros, que había dejado sueltos, oscilaban sobre los pechos.

—¿Tiene la bondad de soltarme, por favor?

La cortesana se había echado a reír como una loca, mostrando al hacerlo una impresionante hilera de dientes blancos de bestia carnívora. Porque la ogresa tenía aspecto voraz.

Era evidente que no hablaba una sola palabra de francés.

Después, con los gestos precisos de una experta practicante del ejercicio y sin tocar las ataduras que impedían moverse a Antoine, la gigante lo había desnudado por

completo y a continuación lo había lamido de pies a cabeza a grandes lengüetazos insistiendo particularmente, como si tuviese la intención de comérselo crudo, en el ápice de su sexo erecto, vibrante y a punto de derramarse, mientras sus pezones negros y grumosos como moras maduras se movían en vaivén sobre los muslos del francés.

Incapaz de resistirse a trato tan eficaz, Antoine fue sintiéndose aspirado poco a poco por la inagotable y deliciosa energía de la emprendedora cortesana *moresca*.

Pero desgraciadamente para él, su espera se vio frustrada ya que, bruscamente, la gorda danzarina había levantado la cabeza y seguidamente había frotado con gesto experto el pulgar contra los dedos índice y medio de la mano derecha.

La muy zorra quería dinero y él no llevaba encima ni una miserable moneda.

Muriéndose de ganas de descubrir el final del tratamiento que la mujer había empezado a administrarle, comenzó a devanarse los sesos para tratar de encontrar la manera de hacerle comprender que todos sus gastos iban a cargo de Robert Leduc, cuando de pronto la patrona hizo irrupción en la habitación rosa fucsia y ordenó a la *moresca*, que se apresuró a guardarse los pechos en el corpiño, que la siguiera de inmediato.

Estaba muy claro que acababa de ocurrir un hecho muy importante, puesto que las dos mujeres salieron con presteza de la habitación sin mirarlo siquiera. Furioso al verse tratado con tanta indiferencia, Antoine intentó liberar pies y manos valiéndose de gestos desordenados, pero todo había sido en vano. Se agitaba como un peral azotado por el viento cuando descubrió de pronto, inclinado sobre él, el rostro de un hombre cuyos ojos lo miraban de forma tan lúbrica como pútrido era el aliento que le echaba a la cara.

—Joven..., muy bueno... —había susurrado el repulsivo personaje, que tenía el rostro casi totalmente cubierto por una barba grisácea.

Trató de mirar con atención al intruso. El color oscuro de su piel, sus labios así como su nariz achatada revelaban sus orígenes indudablemente africanos. Y además, ya se había bajado los calzones bombachos hasta medio muslo.

Aterrado ante las miradas de aquel barbudo que se disponía a disfrutar de él como de un vulgar efebo, Antoine comenzó a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Robert Leduc! ¡Leduc! ¡Socorro! ¡Ayúdenme!

Gracias al espejo fijo colocado en el techo podía comprobar que los gestos de su agresor, cuyo índice ya había empezado a extraviarse hacia el interior de sus nalgas, eran cada vez menos equívocos.

Nuestro pobre aprendiz de cónsul ya se veía liquidado, violado, sucio hasta lo más profundo de su persona cuando finalmente había aparecido Leduc y, dando unos golpecitos a la espalda del hombre de nariz achatada, lo había hecho volver con viveza. Habían bastado unas pocas palabras del aduanero al agresor de Antoine para que enfundara el sexo turgente en el interior de sus bombachos. Después, con aire pesaroso, el individuo se había reajustado el cinturón y se había batido en retirada sin

pedir lo que esperaba, pero no sin farfullar unas frases aparentemente de excusa dirigidas al francés.

—¡Ya era hora de que vinieseis! ¡Ha faltado poco para que me pasaran por las armas! —había murmurado el aprendiz de diplomático, pálido como un muerto.

—He venido todo lo rápido que he podido. Estaba en una habitación situada en el otro extremo del pasillo, pero hasta allí me han llegado vuestros gritos. Ese hombre os ha tomado por uno de esos chicos que el Colibrí ofrece a los clientes invertidos — le había explicado Leduc soltando las ataduras que le impedían moverse.

—¡Vaya sitio horrible!

—¡Pobre amigo mío! De haber sabido que Assun desembarcaría esta noche en el Colibrí, podéis estar seguro de que os habría llevado a otro sitio. En Alejandría los hay a montones.

—¿Quién es el Assun ese, si puede saberse? —preguntó Antoine con una mueca de asco.

—Pues uno de los innumerables sobrinos de Mohamed Alí, virrey de Egipto, un joven riquísimo a quien no le gusta esperar. Siempre que viene aquí, exige que lo acoja la Princesa Sonia. De hecho, está tan gordo como ella.

—He podido comprobar que aquí rico equivale a gordo.

Antoine había encontrado a alguien que lo igualaba en humor, lo que era un motivo más de seguridad.

—En Alejandría se considera a Sonia la reina de las cortesanas *morescas*. Su lengua es famosa.

—No es para menos.

Los tres días siguientes habían sido mucho más tranquilos y, al llegar al cuarto, Antoine había abandonado Alejandría para trasladarse a El Cairo por tierra.

Desde El Cairo, donde no pasó más que cuarenta y ocho horas, solo había tenido tiempo de admirar las pirámides, ya que temía perder su barco en Suez y se necesitaban tres días para llegar hasta allí, a lomo de camello o de mula, a través de la pista de caravanas.

Era, en efecto, desde el puerto de Suez, cuyo canal todavía no se había abierto, donde debía embarcarse en los famosos barcos apodados por los ingleses «valijas de las Indias», ya que la mayoría de pasajeros eran soldados británicos del ejército de las Indias acompañados a menudo por sus esposas. Esos barcos bajaban por el mar Rojo hasta Adén, en el Yemen, y proseguían después rumbo a Bombay, donde desembarcaban los militares y sus esposas. Los barcos seguían desde allí hacia Goa, la colonia portuguesa de la costa occidental de la India, en tanto que los más temerarios iban hacia Colombo, el puerto más grande de Ceilán, desde donde zarpaban de nuevo los navíos —¡qué inconsciencia!— cuyo destino final era Hong Kong y China, adonde llegaban a través del estrecho de Malaca después de cruzar el golfo de Bengala, famoso por sus terribles tempestades y criminales *tsunamis*.

Este era el caso del *Panther*, en el que había navegado Antoine Vuibert, que era

un viejo y valiente barcucho que unía dos veces al año Suez con Hong Kong y al que la tripulación había bautizado malévolamente con el sobrenombre de «Vieja Valija Remendada».

El capitán, un tipo corpulento de nacionalidad portuguesa llamado Soares, que chapurreaba como mínimo una docena de idiomas, hacía con aquel su viaje número quince. El hombre era como el barco: experto e incombustible a pesar de su aspecto ruinoso. Preciso es decir que aquel navegante portugués había tenido una buena escuela. Hacía casi tres siglos que sus compatriotas habían procurado desmentir el adagio que asegura que un país pequeño no puede conseguir grandes cosas y habían abierto a golpe de estrave las rutas marítimas entre factorías que habían dispersado, en virtud de un malévol placer, por toda la superficie del globo hasta que un hermoso día de 1571 los marinos portugueses habían hincado una inmensa cruz en Nagasaki, en tierras del Japón.

Así pues, entre Goa y el Imperio del Sol Naciente se había trazado una ruta que se había convertido en el equivalente marítimo de la Ruta de la Seda e incluso había terminado por suplantarla.

Pasaban por esta vía marítima, de este a oeste, el té, la seda y las porcelanas, todo ello exportado por China, mientras que el opio circulaba en sentido contrario.

Soares era, pues, un marino experto y hasta se diría un verdadero domador de esas fieras desatadas que son los vientos y las tempestades marítimas. Los comportamientos inesperados y las zancadillas del mar Rojo, del Índico y del mar de la China no tenían secretos para él. Conocía mejor que nadie el largo itinerario que permitía a los hombres y a las mercancías pasar sin obstáculos de Occidente a Asia hasta el punto de que, a pesar de su vetustez, su «Vieja Valija Remendada» sabía afrontar con gallardía los golpes de mar y las tempestades que, dado lo prolongado del viaje, era forzoso que encontrasen todos los navíos. Sabía sobre todo evitar al *Panther* los escollos del mar de Andamán, guiarlo a través de angostos estrechos acechados por bajíos erizados de acerados picos coralinos y, en caso necesario, buscarle refugio en alguna caleta de las costas tailandesas y evitarle los temibles tifones de alta mar.

A pesar de los largos días sin avistar la más mínima lengua de tierra en el horizonte, Antoine no había tenido sensación del paso del tiempo.

El mar es un inmenso escenario en el que se representa un espectáculo permanente y donde los animales marinos —peces voladores, ballenas, tiburones y delfines— no son los únicos actores. También forman parte de la intriga los navíos y sus pasajeros. Basta con poseer un mínimo sentido de observación para seguir el hilo, escena por escena, con sus desenlaces felices o desgraciados a tenor de las condiciones meteorológicas.

Después de una escala en Penang, el islote situado al norte de Malasia cuyas costas bajas y pantanosas suelen confundirse con el cielo, poco después de que el *Panther* se hubiera internado en el largo estrecho de Malaca, había tenido ocasión de

admirar, lleno de pasmo, los bancos de delfines sopladores que tenían la gentileza de abrir camino al viejo barcucho caracoleando por encima de las olas.

Había visto en ello un buen presagio para la continuación de su viaje.

Al llegar al fondeadero, delante del pequeño puerto de Singapur, el *Panther* había sido asaltado por una nube de piraguas, finas y puntiagudas. A bordo de una había un hombre extraño. Debía de tener unos treinta años, iba vestido con una larga túnica blanca y llevaba en la cabeza un colosal turbante de muselina roja. Tras informarse con el propio interesado, cuyo rostro de nariz aquilina y rasgos finos subrayados por una barba que era una raya de pelo cuidadosamente trazada en su piel cobriza que traicionaba sus orígenes indios, supo que era «comprador» y oriundo de Pondichery, lo que también lo convertía en francés, al igual que todos los habitantes de aquella factoría. En busca de una buena ocasión comercial, Jarmil, que ese era el nombre del personaje, se había ofrecido cortésmente a hacer a Antoine los honores de aquella isla dedicada al comercio que tenía la mitad de su superficie ocupada por instalaciones portuarias.

El hombre de Pondichery, que tenía el aire malévolo propio de un mono y hablaba el francés casi sin acento, había aprovechado la ocasión para someter a Antoine a un interrogatorio en toda regla.

—¿Vais a Hong Kong?

—El destino final de mi viaje es Shanghái.

—Los comerciantes franceses suelen ir a Cantón.

El joven del Delfinado, asaltado por la desconfianza, no había querido decirle demasiado y le había devuelto la pelota:

—¿Cómo habéis adivinado que soy comerciante?

—Puesto que no sois militar, no podéis ser otra cosa que comerciante. Los únicos que van a China son los militares y los comerciantes. En China se vende de todo. A los chinos les encanta el regateo. Esa gente tiene un instinto comercial mucho más desarrollado que los indios, prisioneros siempre de sus castas y supersticiones.

Aquel Jarmil no se andaba con rodeos.

—¿Conocéis Cantón?

—No he puesto nunca los pies en esa ciudad... pero he visto a tantos comerciantes que venían de allí que he acabado por saber cómo debe de ser. El mejor negocio de Cantón es el opio.

—De sobra lo sé.

Adoptando de pronto aires de conspirador, Jarmil había cuchicheado unas palabras a Antoine.

—Os lo puedo proporcionar a buen precio. Singapur se ha convertido en el eje del mercado del opio. Ya han empezado a instalarse algunos mercaderes indios. Tratan de escapar al monopolio de los grandes intermediarios ingleses que les compran la mercancía a precios ruinosos y la venden diez veces más cara a los revendedores chinos. Si quisierais, vos y yo podríamos ganar muchísimo dinero. Iríamos a medias.

Los ojos del franco-indio parecían los de un viejo lebel que suplicase a su dueño la autorización para levantar la caza. Pero Antoine había optado por la evasiva.

—Ya veremos. Cuando llegue a la ciudad, me pondré en contacto con vos.

—Tendréis que volver. Ahora que hay como mínimo tres barcos cada mes que van y vienen de Hong Kong, seguro que tendremos ocasión de volver a vernos.

—¿Por qué no? —había contestado Antoine, algo sorprendido, pero más bien halagado al ver a Jarmil inclinado a pensar que tenía ante él a un traficante de opio en potencia.

De pronto, para hablar con más calma con su interlocutor mientras le hacía visitar la isla, el «comprador» había parado lo que se llama en Singapur un palanquín, es decir, una especie de angarillas tiradas por un poni persa que los indios de las castas inferiores alquilaban a la gente pudiente para transportarla de un lugar a otro.

En la pequeña ciudad comercial de casas bajas, ocultas a los barcos por densos palmerales, reinaba un sugestivo y curioso ambiente de zona fronteriza, una tierra que sin ser totalmente la India, tampoco era del todo China. Entre los brazos de mar junto a los cuales había sido construida, había descubierto una iglesia cristiana con dos campanarios que dominaban la ciudad y una pagoda china de veinte pisos, por no hablar además de una mezquita malaya y hasta de un templo hindú dedicado al dios Brahma a cuya sombra se levantaba un minúsculo edificio de estilo occidental, identificable por la bandera tricolor que colgaba del asta de su frontón, donde se encontraba instalado el consulado francés. En lo alto de una colina envuelta todavía en la niebla, se distinguía un edificio más grande con arcadas de piedra. El «comprador» había explicado a Antoine que se trataba del palacio del gobernador inglés de aquel territorio insular que *sir* Stanford Raffles había arrebatado en 1819 al sultán de Johore cuando todavía era una tierra inculta y casi deshabitada.

—¡Hoy Singapur rivaliza con Manila y Batavia! —había terminado con orgullo el «comprador» mientras indicaba a Antoine los almacenes donde se amontonaban los cargamentos de opio indio con destino al mercado chino.

—¿Cuántos europeos viven aquí? —había preguntado el francés.

—Cuatrocientos apenas, y de ellos trescientos son policías ingleses, sobre una población total de más de sesenta mil habitantes. Singapur carece de delincuencia pese a la presencia de numerosos indios procedentes de la costa de Malabar, algunos de los cuales llevan grabado en la frente el delito que cometieron así como la sentencia a que fueron condenados. Están aquí para redimir el delito y regenerarse. A decir verdad, las autoridades inglesas no les ofrecen mucho donde elegir. En Singapur no se toleran bromas con las leyes ni con los reglamentos. Si cometes una transgresión, vas a la cárcel. Y la segunda vez te cortan el cuello.

—Está muy claro... —se limitó a responder el aprendiz de diplomático, ya que tenía ante los ojos a dos policías de tipo occidental moliendo a palos a un pobre desgraciado y desollándole la espalda a bastonazos.

—¡Es un castigo eficaz! Un garrote corta la carne con la misma eficacia que un

machete. No hay un solo pirata que se atreva a penetrar en la ciudad. Singapur es una isla limpia —había añadido el «comprador» acompañando a Vuibert hasta la piragua, ya que estaba previsto que el *Panther* zarparía a última hora de la tarde.

En el momento de despedirse, Jarmil le preguntó:

—¿Cuándo tendré el placer de volver a veros, señor Vuibert?

—No puedo precisar la fecha. Os prometo que, si vuelvo, os lo haré saber.

—Estoy seguro de que volveréis. Un hombre tan brillante como vos no va a necesitar intermediarios.

Ya fuera por la insistencia del indio en clasificarlo entre los comerciantes de opio, ya por el severo y bárbaro castigo de los bastonazos del que había sido testigo, era un hecho que la factoría inglesa había dejado en Antoine un extraño regusto en el que la repulsión pugnaba con el deseo de volver y hacer negocios, hasta el punto de que ya se veía —¡todo el mundo tiene derecho a soñar!— como el Jardine o el Matheson francés.

Superada la isla de Singapur, el mar se había embravecido y había obligado a la tripulación del *Panther* a redoblar la vigilancia a fin de resguardarse de las condiciones meteorológicas inestables. Delante de la isla de Bangka, célebre por sus minas de estaño, en el punto donde se produce el vertido del océano índico al Pacífico, el barco había debido afrontar una gran tempestad que había obligado a nuestro joven del Delfinado a permanecer tres días encerrado en la cabina, después de los cuales habían aparecido finalmente las costas indochinas en el horizonte.

En aquellos parajes donde la piratería japonesa y filipina se convertía en temible azote para los barcos mercantes que ostentaban pabellón occidental, había visto el mar poblarse de islas desiertas, islotes y escollos, pero también de árboles muertos arrancados a la tierra por los tifones y tempestades, lo que hacía la navegación todavía más peligrosa, puesto que se trataba de obstáculos entre los que debían abrirse paso los navíos.

El mar de la China tiene un aspecto tan inquietante que lleva a pensar que, en el momento más impensado, pueden aparecer los piratas detrás del cabo del más minúsculo islote.

En aquel mar casi superpoblado comparado con la vacuidad del océano índico, con sus aguas ricas en peces y con abundantes embarcaciones de pesca y de cabotaje, los juncos chinos de vela confeccionada con fibra de bambú —que aguantaban mejor el viento que las velas de los barcos europeos— habían hecho aparición de forma progresiva. Por la noche, la luz de las velas, que ardían permanentemente ante el altar portátil instalado en la cabina del capitán donde la tripulación invocaba tan pronto los manes de sus antepasados como a Buda o a Confucio, permitía adivinar su presencia. En aquellos mares barridos por los monzones más de la mitad del año, era también frecuente cruzarse con fragatas y goletas, las tres cuartas partes de ellas ruinosas, debido a lo cual, y viéndose incapaces de aventurarse a alta mar, a veces pasaban semanas enteras dando vueltas alrededor de un islote desierto. Fletados por

compañías comerciales occidentales que los habían confiado a capitanes inexpertos, aquellos endebles navíos esperaban con angustia el barco salvador que pudiera conducirlos a buen puerto.

Y así fue como tres pequeños barcos bata vos a un paso de la agonía se situaron en la estela del *Panther* esperando que las planchas de sus cascos aguantaran hasta Hong Kong.

El final del viaje había sido una liberación para Antoine, que había sufrido de mareo durante los tres últimos días de la travesía, en los que el mar se había alborotado sobremanera. Fue, pues, con gran alivio que había desembarcado en Hong Kong una vez que la «Vieja Valija Remendada» había emitido un desgarrador crujido que anunciaba la ruptura irremediable del casco justo en el momento en que la embarcación tocaba por fin el muelle del Puerto Perfumado.

Terminada apenas la maniobra, se habían acumulado en tierra firme toda una multitud de *coolies*, que se habían precipitado al puente del navío cuyas bodegas fueron rápidamente descubiertas por los marineros, tan extenuados como el propio navío. Ante la mirada asombrada del francés, aquellos porteadores chinos se habían transformado en hormigas laboriosas que no habían necesitado más de media hora para vaciar el barco de toda su carga. Las cajas de opio y los fardos de *tweed* y de cotonada habían aterrizado en el muelle y seguidamente habían sido cargados en carretillas y trasladados a los almacenes de los «compradores», todo bajo la vigilancia de guardias armados que no dudaban en enarbolar el látigo cuando estimaban que había que acelerar el ritmo. La energía desplegada por aquellos pobres diablos, que cobraban una miseria por sus afanes, movía a compasión.

—Pero ¿cuántos porteadores hay aquí? —preguntó Antoine a uno de los marinos del barco.

—En China no se cuenta a la gente, porque aquí la gente no vale nada. En China falta todo, menos brazos.

Ocho días después, tras dormir tres días y tres noches de una tirada en un albergue para extranjeros y hacer una efímera incursión en Macao, donde quedó pasmado ante el número de garitos y casas de juego, Antoine Vuibert se había embarcado finalmente en el *Cristina* con destino a Shanghái, último puerto de su largo periplo.

El ministro Guizot podía estar satisfecho: su «agente especial» ya se encontraba a pie de obra.

En el muelle, unos *coolies* habían desplegado una pancarta mugrienta en la que decía, en chino: «Sean bienvenidos a Shanghái los honorables extranjeros».

Era una buena señal, pensó nuestro viajero más bien emocionado cuando puso por fin pie en tierra china sin tener una idea precisa de lo que allí le esperaba. Llevando a rastras su maleta, pasó entre la hilera del mismo comité de acogida que aprovechaba la ocasión para arrancar algunas monedas a los pasajeros.

Estaba lejos de sospechar que a pocos metros de allí, mezclado con la cohorte de

mirones y de descuideros al acecho, alguien lo estaba esperando.

XI

Cantón
12 de julio de 1846

Laura Clearstone acababa de pisar la calle, pero decidió apretar el paso.

Como un inmenso caldero repleto de nubes, el cielo estaba virando hacia una tonalidad metálica. No tardaría en estallar una violenta tempestad y en volcarse sobre la tierra trombas de agua que transformarían las calles de Cantón en infames ríos fangosos y desenfrenados.

Era preciso, por tanto, actuar con rapidez.

Aquella era la tercera vez que su madre la autorizaba a salir sola para acudir al curso de catecismo del pastor Roberts, pero Laura se sentía totalmente a gusto en aquel dédalo de callejones que se interferían de forma tan singular en las grandes avenidas de la ciudad. Pese a lo incómodo de la situación debido a su desconocimiento del cantonés, le gustaba desenvolverse por sí sola.

Su madre trataba por todos los medios de que la acompañara Wang el Afortunado, pero a Laura le gustaba muy poco aquel hombre peludo que se precipitaba al fumadero de opio así que Brandon le pagaba el salario semanal y que se escudaba siempre en las consabidas sonrisitas y exclamaciones de rigor. Wang pertenecía a la raza de los mercenarios, aquellos que trabajan solo por dinero sin involucrarse en la labor ni poner en ella nada de su parte. Laura no se lo echaba en cara. ¿Por qué Wang habría de tener apego a su padre, cuyas ambiciones seguramente consideraba peregrinas, sobre todo después de los últimos acontecimientos?

Para la joven inglesa la soledad se había convertido en amable refugio y, desde hacía algunos días, a medida que la relación entre sus padres se hacía más tensa, se encontraba más a gusto en ella.

Apretó el paso y, por vez primera aquel día, experimentó la impresión de respirar, pese a que seguía teniendo la sensación de estar sumergida en un barreño de agua caliente, ya que la humedad era muy intensa.

En verano, independientemente de la hora, el ambiente de Cantón puede convertirse en baño turco y crear la sensación de que uno se está cociendo a fuego lento.

Pero a pesar del aire húmedo y ardiente que le caía encima, la muchacha sonreía por dentro. No solo empezaba a acostumbrarse al ruido ensordecedor de la calle, aquella extraña confusión de gritos agudos, murmullos lancinantes, sartas de insultos, tintineos de palillos en los cuencos, sibilancias de balancines y chirridos de ruedas, sino que experimentaba una indecible sensación de libertad así que penetraba en el caos donde carretas, carretillas y sillas portátiles, todas a ritmo infernal, estaban

siempre a punto de derribar a todos los que circulaban a pie por la calle.

Atravesar una ciudad china a pie es siempre una aventura que, para Laura, tenía su faceta excitante.

Le encantaba ese instante maravilloso en que la calle se transformaba en angosto pasadizo y se volvía oscura y estrecha, se abrían puertas a uno y otro lado y se rozaba la intimidad de los habitantes, sorprendidos mientras comían, dormían o soñaban despiertos, hasta que, después de un avance entre tinieblas un tanto crapulosas, se desembocaba en un claro deslumbrante de luz en el que aparecía el río de las Perlas en el momento en que el sol vencía a las nubes.

Cantón entonces se convertía en verdadera lección de vida, una implacable exposición sobre cómo la miseria, una vez superado determinado estadio, puede engendrar el miedo al otro y la codicia entre los más pobres y los más desprovistos de todo y dar origen a una situación en que cada uno lucha por su supervivencia y donde no existen la ayuda mutua ni la solidaridad.

En las calles del puerto franco reinaba esta violencia extrema y sorprendente que solo se revelaba de forma intermitente pero con inaudita agudeza, como para recordar al hombre que puede ser lobo para los suyos. Pese a los vagabundos y prostitutas que merodean a través del frío de la ciudad, Londres se le antojaba un bello jardín regido por el orden y habitado por gente rica cuando lo comparaba con aquella ciudad.

Los descuidados de Cantón carecían de la elegancia y la sutileza de los de Londres, ya que los chinos arrancaban brutalmente las cestas o el portamonedas a las matronas y hasta a las viejecitas para perderse después entre la masa compacta de la multitud. Pero desgraciados los sinvergüenzas que se dejaban atrapar en flagrante delito, ya que las reyertas de borrachos no eran nada comparadas con los linchamientos a los que se sometía a los ladrones cuando la muchedumbre se transformaba de pronto en furia justiciera.

Laura observaba cómo los pobres saldaban sus cuentas pendientes sin hacerse la más mínima concesión bajo la mirada indiferente de las fuerzas de un orden que en realidad no lo era. Descubría que la violencia se expande siempre con la rapidez del rayo desde el más fuerte hacia el más débil. Por un quítame allá esas pajas, la policía china aplicaba severos correctivos a los *coolies* y a los mendigos y estos no protestaban nunca; tenderos gordos pegaban a sus empleados, por lo general niños enclenques; los *coolies* pegaban a su vez a los perros errantes y hasta a los gatos. Por una pizca de arroz o una pluma de pato recogida del suelo, los niños —incluso los más pequeños— eran capaces de llegar a las manos.

Los pordioseros eran como la mala hierba que pulula y echa raíces por doquier. Los había de todas las edades: desde niñas en venta para hacer de prostitutas así que cumpliesen los doce años hasta viejos desdentados que, con menos de cincuenta años, aparentaban veinte más y exhibían al viandante toda su desesperanza pensando que tal vez así se apiadaría de ellos. El hambre rondaba, solapada y omnipresente, subyacente en la delgadez de todos aquellos cuerpos esqueléticos y también en la

intensidad de las miradas famélicas de todas aquellas pobres criaturas que pasaban y volvían a pasar una y otra vez, consumidas, ante los puestos de comida y la mirada hostil de unos comerciantes dispuestos a ahuyentarlas a bastonazos.

Por eso aquellos primeros meses de la estancia de Laura en Cantón se le antojaban siglos, hasta tal punto había actuado el extrañamiento al trasladar a la joven inglesa de un universo muelle a aquella fascinante jungla.

Hizo una profunda aspiración, apretó los dientes y, como el soldadito que sin gustarle la guerra se obliga a entrar en el campo de batalla, echó para adelante y después se desvió hacia Oíd China Street, calle bautizada con ese nombre por los ingleses debido a sus hermosas mansiones. Algo ansiosa, pasó sin detenerse por delante de una larga mesa en la que unos hombres vestidos con largas túnicas de seda violeta atizaban codornices de combate. Un reducto circular de bordes realzados era la pista donde se expansionaban los furiosos volátiles, excitados por sus propietarios, que les pinchaban el pico para azuzarlos. Como ya había asistido a ese tipo de enfrentamientos, no soportaba la visión de la lucha sin cuartel a la que se entregaban los dos minúsculos pájaros transformados en máquinas de matar en la que el vencido acababa aniquilado y con el cráneo deshecho por los furiosos picotazos de su adversario. Un poco más lejos, por la parte de Bath Street, la multitud se había congregado en círculo alrededor de un dentista desdentado. Con grandes gestos, aquel facultativo, acompañándose de sonoras carcajadas, invitaba al público a observar cómo extraía con ayuda de una larga espada curva el diente de un paciente a quien no le llegaba la camisa al cuerpo.

La calle era a veces, para Laura, una terrible prueba, pero siempre mejor que quedarse en casa, donde el ambiente era más que lúgubre, por no decir irrespirable, debido al terrible fracaso que su padre estaba experimentando y que constituía el preludio de una fractura familiar que la muchacha veía llegar de forma inexorable.

Apenas hacía un mes que sus padres se habían instalado en las proximidades de Oíd China Street, en una de las casas construidas según el modelo europeo por ricos «compradores» cantoneses que las alquilaban a los extranjeros con criados incluidos a precio de oro. Aquellas mansiones, sin embargo, no tenían de europeo más que el aspecto exterior ya que el interior, privado de todas las comodidades de tipo sanitario, presentaba aquella característica que era propia de todas las casas chinas: la indeterminación en las habitaciones, que tanto podían servir de dormitorio como de comedor, despacho o salón, en tanto que la cocina se encontraba en un rincón del patio interior, que era el dominio reservado al personal de servicio. La casa de los Clearstone parecía más bien una especie de chalet suizo. Estaba compuesta de cuatro grandes estancias, todas asomadas a un patio interior provisto de árboles —lo que no dejaba de ser un lujo en Cantón—, y su configuración no justificaba ni de lejos el alquiler exorbitante que el propietario había exigido a Brandon. Sus seis criados —número que en un primer momento había sobresaltado a Barbara— vivían en un pabellón anexo.

Habían transcurrido más de seis meses desde la llegada de la familia Clearstone a Cantón y nada hacía pensar que Brandon estuviera en trance de acertar en sus predicciones. Los cinco pianos nuevos flamantes que se había traído de Inglaterra seguían esperando comprador debajo de sus fundas de lona en el fondo de uno de los innumerables almacenes construidos por Jardine & Matheson en el puerto comercial, situado en un extremo de los muelles de descarga.

Ahora Laura lo veía muy claro: la operación llevada a cabo por su padre estaba abocada al más completo desastre.

La muchacha, pese a todo, por haber seguido paso a paso todos los trámites realizados por su padre, podía asegurar que Brandon Clearstone no había ahorrado esfuerzos en la búsqueda de salidas comerciales a sus instrumentos musicales.

Por razones de facilidad, había empezado poniéndose en contacto con los extranjeros que vivían en la ciudad, aunque no había tardado en descubrir lo poco que interesaba a toda aquella gente, motivada esencialmente por el señuelo de los beneficios, el arte en general y la música en particular. Aparte de que la mayoría eran solteros e incapaces de leer una nota musical. En cuanto a las raras parejas que vivían en China, habían optado por enviar a sus hijos a pensionados europeos. Por consiguiente, no tenían ningún interés en tomar lecciones de piano. Quedaba tan solo la clientela china, con respecto a la cual Brandon se había informado preguntando a Wang el Afortunado.

La muchacha todavía recordaba casi palabra por palabra la conversación entre su padre y el intérprete.

—Me gustaría vender mis pianos a chinos ricos. ¿A ti qué te parece que tendría que hacer? —le había preguntado una noche, sin aguardar a más, llevándolo aparte hasta la escalinata de su *seudochalet* suizo.

—Señor Brandon, los ricos de aquí no toman nunca ninguna iniciativa y se limitan a copiar lo que les parece que está bien.

—¿Y a ti qué te parece que es lo que está bien?

—Pues lo que aconsejan los textos rituales, especialmente los del maestro Kong. El hombre de bien sigue las reglas ancestrales y las obedece al pie de la letra. Sabe cómo debe actuar, cualesquiera que sean las circunstancias.

Brandon se sentía decepcionado.

—Me sorprendería que los textos rituales incitasen a los hombres de bien, como tú los llamas, a tocar el piano.

—Si el emperador de China promulgase un edicto con el que obligase a sus súbditos a tocar el piano, podéis tener la seguridad, señor Clearstone, de que venderíais diez mil pianos en un día. ¡Os lo aseguro! El Hijo del Cielo lo puede todo. Es él quien dicta las normas.

Laura acababa de descubrir con suma contrariedad lo que se califica de abismo cultural, ya que tanto su padre como Wang el Afortunado parecían ignorar que cada uno se encontraba en un planeta diferente. Mientras uno hablaba de moda y casi de

esnobismo, el otro, como buen chino, se refería a principios confucianos que tenían veinticinco siglos de antigüedad.

Pese a la seriedad de la expresión de Wang el Afortunado y de su manera zalamera característica con la que había acompañado de una prolongada reverencia su mención del Hijo del Cielo, a Laura le había sorprendido su observación, hecha en tono enfático y ciertamente perentorio. Como los chinos no se arriesgan nunca a contradecir a los narigudos, Laura no sabía muy bien si el intérprete hablaba en serio. Su padre, en cambio, deseaba creer que así era.

—O sea, que debo dirigirme a él, al Hijo del Cielo, ¿verdad? Ya me lo suponía, te lo aseguro —había exclamado, lleno de esperanza.

—Al Hijo del Cielo le basta con levantar las cejas para que sus sueños se transformen en realidad. Él manda en toda China. Y si quiere, puede publicar un decreto y obligar a algunos súbditos suyos a que toquen el piano —había insistido el intérprete con la mayor seriedad del mundo.

—O sea, que tendré que ponerme en contacto con el emperador de China en persona. No sé en qué sitio leí que vuestro rey era capaz de hacer esperar meses enteros a los embajadores extranjeros antes de dignarse recibirlos. Así pues, no hablemos de mí, porque yo no soy más que un simple comerciante de instrumentos de música.

La continuación había sido parecida. Con el corazón en un puño, Laura había comprobado que su padre se movía entre la euforia y el abatimiento a medida que descubría las dimensiones de la tarea que tenía ante sí.

—¿Qué me aconsejas? ¿Que pida audiencia?

—Nadie puede ponerse en contacto directo con el soberano del Centro, señor Brandon. Debe pasar a través de unos intermediarios y tener mucha paciencia. El tiempo del emperador no es igual que vuestro tiempo...

—¿Quiénes son los intermediarios? ¿De quién hablas? —inquirió Brandon, que ya empezaba a ponerse nervioso.

—Pues uno de los comisarios imperiales de su majestad el Hijo del Cielo. En Cantón se trata del que llaman virrey.

—¿No podrías conseguirme una audiencia con tu virrey? —había proseguido el padre de Laura, lleno de nuevas esperanzas.

—Podemos probar. No va a ser fácil. Del registro de audiencias se encarga una banda de eunucos que pone un alto precio a sus servicios.

—¿Eunucos? Me figuraba que eso era cosa del pasado.

—Pues os equivocabais. El Hijo del Cielo está rodeado de eunucos.

—¡Qué horror!

Las palabras del intérprete chocaban profundamente a Brandon, por lo que Laura, advirtiendo alarmada hasta qué punto su padre se encontraba desvalido ante la realidad china, sintió piedad de él.

En aquel momento, el fracaso de Brandon Clearstone, su querido padre, a quien

había profesado hasta entonces una admiración ilimitada, le pareció totalmente previsible.

—Allí donde hay castrados, ocurre lo mismo. Entre ellos y los mandarines se libra una guerra sin cuartel.

No sin complacencia, Wang removía el cuchillo en la llaga.

—Si he entendido bien, deberé pagar con dinero contante y sonante el precio de una audiencia con tu virrey —protestó Brandon, pese a estar a mil leguas de sospechar toda la corrupción que envolvía la administración pública desde su base hasta su punto más alto.

—Los que se niegan a pagar este impuesto pueden esperar sentados meses enteros a que los reciban —había puntualizado Wang el Afortunado con aquella voz tan suave que le salía en todo momento.

Brandon Clearstone, desmoralizado y calibrando las dimensiones del calvario que le esperaba, sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Su voz temblaba al formular la fatídica pregunta:

—¿Tú qué crees? ¿Cuánto puede costar?

Laura sabía que las reservas financieras de su padre disminuían de día en día y que un gasto imprevisto podía tener consecuencias catastróficas.

—¿Cuándo querríais que el comisario imperial os recibiera en audiencia?

Brandon Clearstone no tenía mucho donde elegir. El tiempo jugaba en contra de él. La única manera de conseguir sus fines era jugar una última carta y conseguir una audiencia de la forma que fuera rogando al cielo que le deparara algún resultado concreto, aunque no fuera más que una ínfima oportunidad comercial.

—Cuanto antes mejor —había manifestado con voz ahogada.

Laura sintió asomar lágrimas a sus ojos.

—En tal caso habrá que contar entre cien y trescientos *liang*^[57] de plata —había respondido Wang, que parecía estar al corriente de las tarifas vigentes.

Consciente de las dificultades que atravesaba su padre, Laura había querido acompañarlo a la cita que Wang el Afortunado había concertado con uno de aquellos famosos eunucos que llevaban la agenda del virrey.

Aquel personaje, llamado Ala de Fénix, los esperaba a pie firme bajo el porche de entrada del palacio del gobernador. La joven inglesa había quedado impresionada —le había divertido casi— al observar la actitud amanerada de aquel ser mutilado poco después de la pubertad. Encaramado en una especie de zuecos de madera de unos veinte centímetros de altura, Ala de Fénix incluso se había permitido guiñarle el ojo cuando Wang le había explicado que ella era la hija de Brandon. Puntuaba las frases con gestos ampulosos de la mano derecha, cuyos dedos, según Laura pudo observar, llevaba adornados con gruesas sortijas de cobre y tenía unas uñas tan largas que se le enroscaban como virutas.

—Seguidme, por favor, dentro del palacio. Para hablar de todas esas cosas es preciso un lugar tranquilo —les había explicado el eunuco mientras los conducía a

sus aposentos.

La muchacha había descubierto, estupefacta, el interior del edificio cercado por altos muros que dominaban con su abrumadora superioridad el barrio que lo rodeaba, que no era otro que el de los comerciantes de medicamentos y reconstituyentes. Era un dédalo de patios, una sucesión de muros, pasillos y estancias, inmensas unas y minúsculas otras, la mayor parte del tiempo ocupadas por guardianes que dormían tumbados en el suelo, poblado de oscuros recovecos donde viejos mandarines de rostro simiesco dormitaban o permanecían absortos pensando en las musarañas, instalados detrás de unas mesas en las que se amontonaban los sellos utilizados para validar las diferentes instancias y salvoconductos. En cada estancia, detrás de biombos, había centenares de criados-esclavos que se afanaban haciendo algo. Toda aquella infantería de servidores estaba vigilada por unos temibles mayordomos provistos de látigo cuya única función se reducía a satisfacer el más mínimo deseo del círculo inmediato del virrey. Ante la inmensa puerta de madera de teca de la sala del trono donde se desplegaban las interminables colas de pedigüeños de todo pelaje a quienes los encargados de administrar las audiencias públicas facilitaban doctamente el correspondiente pase sin el cual no habrían sido recibidos por el virrey, Laura sintió un nudo en el corazón. ¿Cómo iba su padre a guardar turno sin caer en el ridículo en aquella danza regida al parecer por una etiqueta inamovible?

Después de abrirse paso a codazos entre aquella muchedumbre inquietante que los escrutaba con aire hostil, el eunuco los había conducido hasta el otro extremo del palacio, donde había un pequeño despacho situado en el desván de la zona reservada a los maestros de armas.

—Antes de proponer a mi señor el comisario imperial que reciba al señor narigudo llamado Brandon, debo saber cuál es la razón que os lleva a visitarlo —le había espetado Ala de Fénix acompañándose de todo un surtido de monerías así que Wang el Afortunado le comunicó el deseo de su amo de ser recibido cuanto antes por el comisario imperial.

Con gran abundancia de mímica, Brandon, cuyas palabras iba traduciendo, impertérito, Wang el Afortunado, había explicado a su interlocutor —quien evidentemente descubría entonces qué era un piano— de qué iba el asunto.

—Si he entendido bien, queréis hablar a mi señor de ese instrumento de música que vos llamáis «piano» —había terminado por decir el eunuco, más bien dubitativo.

—Eso mismo. Estoy dispuesto, naturalmente, a hacer una demostración a mi señor. Estoy convencido de que le gustará. En Europa, todos los reyes y príncipes tienen piano.

—Ya entiendo. No me importaría proponer a mi señor que os recibiera, pero está ocupadísimo. Debéis considerar que, solo contando los mandarines de primera clase, quienes gozan de máxima prioridad, tengo esperando a una buena treintena...

Era evidente que la empresa sería complicada, ya que Ala de Fénix, que había olido que allí había un negocio en perspectiva, era un personaje difícil de convencer.

—El señor Brandon está dispuesto a hacer lo necesario para que intercales su nombre en la lista de personas que el comisario imperial recibirá en la próxima audiencia —se había aventurado a decir Wang el Afortunado.

—¿Cuánto pide? —le había dicho por lo bajo Brandon, que ya empezaba a cansarse.

—Trescientos *liang* para ser recibido la próxima semana —había traducido Wang.

Precisamente la cantidad máxima del abanico de precios que había citado el intérprete.

Laura, desolada, había visto a su padre, cuyo rostro acababa de adquirir una palidez cadavérica, sacar de la bolsita de cuero que llevaba siempre en el bolsillo interior de la levita una sarta de monedas de plata con un agujero cuadrado en el centro. Había visto cómo las contaba y las volvía a contar el día anterior por la noche durante horas a la luz de la única lámpara de petróleo que había en la casa ocupada por la familia Clearstone. Poseía en total seiscientos diez *liang*. Era lo que les quedaba de las menguadas existencias que se habían traído de Inglaterra, que se estaban fundiendo como la nieve al sol desde su llegada a Cantón. La audiencia del virrey costaría a Brandon la mitad de sus economías. Con manos temblorosas había desatado el collar de monedas y entregado la cantidad exacta a Wang, quien a su vez las había pasado al eunuco, el cual se las guardó rápidamente en el bolsillo.

Al ver a su padre invirtiendo todo lo que tenía y, con esa energía que suele acompañar a la desesperación, arrojando a la palestra sus últimas economías, la muchacha había sentido que se le llenaban los ojos de lágrimas.

Ala de Fénix, satisfecho, había declarado entonces:

—Me ocuparé personalmente de esa audiencia. Si no sobreviene ninguna contrariedad, el virrey recibirá al narigudo antes de cuatro días.

—¿Son siempre tan eficaces y corruptos los eunucos? —había preguntado Brandon exhalando un suspiro mientras hacían el recorrido de ida en sentido inverso y se abrían paso entre burócratas y eunucos hacia la salida del palacio.

—Son codiciosos. Necesitan dinero para financiar sus maquinaciones. Como les falta algo... —había explicado Wang con extraña expresión.

—Eso supongo.

—Me refiero al «pequeño tesoro».

—¿A qué llamas el «pequeño tesoro»?

—Pues a lo más precioso que tiene un hombre. ¿Qué va a ser? Eso que los castrados no tienen. Los eunucos llevan siempre en el bolsillo una cajita en la que guardan su «pequeño tesoro», lo que les cortó el cirujano. Cuando mueren, la familia del difunto pone la cajita al lado del cadáver.

Al oír aquellas palabras, Laura había experimentado unas ganas irreprimibles de vomitar, en tanto que su padre, como si ese fuera el único medio de comprender aquella China donde se movía de manera tan lamentablemente torpe, había continuado bombardeando a Wang a preguntas:

—¿Por qué hace eso la familia?

—Porque, como dijo el maestro Kong, los cuerpos incompletos no podrían ser objeto del culto de los antepasados. Sería un insulto a los rituales inmemoriales. Es obligatorio enterrar enteros a los eunucos.

Brandon estaba para echarse a reír.

—Aquí, todo lo que está escrito es intangible.

—Desde los tiempos de Zhou, nuestros gloriosos antepasados codificaron por escrito todos los ritos que regirían siempre nuestras vidas. Hasta el Hijo del Cielo debe someterse a ellos.

Asqueada ante el impresionante escorzo de las costumbres chinas que aquella memorable jornada le había ofrecido, Laura, que sufría por su padre, lo veía como un pobre pececillo en un inmenso océano infestado de tiburones.

De regreso a casa, donde Joe se arrojó a sus brazos e inmediatamente después sufrió una violenta crisis de nervios que solo remitió gracias a un baño de agua caliente con mostaza en el que su madre y su hermana lo sumergieron —el pequeño *trisómico*, que no acababa de adaptarse al nuevo cuadro de vida, toleraba muy mal las ausencias de su hermana—, Laura no tardó en perderse en conjeturas de las que dedujo rápidamente que, dada su juventud, no podía afrontarlas.

¿Eran universales los sentimientos humanos? ¿Podían comunicarse realmente entre sí seres humanos pertenecientes a civilizaciones diferentes? ¿Tenían algo en común un chino y un inglés, aparte de pertenecer los dos a la raza humana? ¿Qué era, en realidad, la raza humana? ¿Por qué se equiparaba lo extraño a lo inferior? ¿Eran compatibles China y Gran Bretaña?

Para la joven inglesa, China era una entidad inclasificable, inquietante y atractiva a la vez, pero que había que tomar en el mismo sentido que crecía el pelo. China era el país de los contrastes y en él se mezclaban actos de salvajismo ancestral con refinamientos desconocidos. China era venal, un país donde podía comprarse todo, donde el dinero era amo y señor, donde se podía matar por un puñado de piastras. China era cruel, un país donde los pobres eran tratados peor que las bestias, teniendo en cuenta que estas, a excepción de los pájaros de compañía, eran objeto de actos de extrema crueldad y barbarie, especialmente los pobres perros. China era también país de refinamientos culinarios, una tierra donde se cocían mucho las carnes —salvo cuando se comían crudas o vivas— y muy poco las verduras, donde la forma de cortar los productos contaba tanto como su aliño y su cocción. China era burócrata, corrupta de pies a cabeza, y allí todos ponían precio a sus servicios o compraban privilegios. Pero China era también el país de los letrados, poetas y calígrafos, capaces de entusiasmarse ante el plumaje de un ave o el rumor de una fuente.

Tendida en la cama, la mirada fija en el techo de su habitación, consciente de la inmensidad del abismo que existía entre ella y un chino, entendiendo que todo juicio, por precipitado, corría el riesgo de ser prematuro, Laura había acabado por dormirse vencida por el agotamiento.

Y justo en el momento de cerrar los ojos, la única conclusión a la que había llegado después de aquel día era que su padre tenía muy pocas posibilidades de conseguir sus fines.

Por desgracia, los hechos que seguirían le darían la razón.

* * * *

Ala de Fénix, cuya eficacia, una vez embolsado el dinero, no podía ser objeto de discusión, había conseguido, según lo prometido, una audiencia para el inicio de la semana siguiente.

Pero las desgracias nunca vienen solas.

Cuando llegó el día tan esperado, Brandon Clearstone tenía un dolor tan intenso en la espalda que andaba encorvado igual que un viejo. El día anterior se había dislocado una vértebra lumbar al cargar en una carretilla, con ayuda de Wang el Afortunado y otros dos *coolies*, el instrumento que pensaba mostrar al virrey. Martirizado por el abominable dolor y casi sin poder andar, el sufrimiento se le ramificaba por toda la espalda. Haciendo mil esfuerzos y con todo el torso vendado, consiguió llegar al palacio bajo la inquieta mirada de su mujer y de su hija. La familia Clearstone había puesto particular empeño en ir unida al combate y por eso Barbaba llevaba fuertemente asido de la mano al pobre Joe, quien aquel día parecía más nervioso que de costumbre y su rostro más propenso a las muecas que lo habitual.

Se comprenderá, pues, la decepción y desesperación de los Clearstone cuando un viejo mandarín canoso y paticorto había ordenado a Wang que volviera a cargar en la carretilla el instrumento musical que el intérprete acababa de decirle que dejase al pie de la escalinata del palacio del virrey con ayuda de unos *coolies*.

—Aquí no se admiten muebles —había declarado el funcionario, cuyas manos huesudas y apergaminadas se habían negado obstinadamente a sellar con la indispensable autorización la entrada del piano en el recinto del poder cantones.

Laura se había esforzado en contener las lágrimas mientras Brandon, indignado y reprimiendo una mueca de dolor, apostrofaba a Wang.

—Dile que eso no es un mueble, sino un instrumento musical con el que debo hacer una demostración al virrey.

—Pues los regalos no se entran por aquí. Hay que dejarlos en la Oficina de Regalos, al otro lado de la calle. Y además, solo está abierta por la mañana —había precisado en tono seco el mandarín.

Wang había llamado discretamente la atención de Ala de Fénix para que le echase una mano, pero el joven eunuco, impávido y como si no lo hubiera visto, no se había movido del banco en el que estaba sentado. Puesto que ya se había embolsado el dinero por la audiencia y la había conseguido, no tenía la más mínima intención de excederse en lo tocante a sus funciones.

Mientras Laura, impotente, iba comprobando lo bien fundado de sus temores,

Brandon, desesperado, debía rendirse a la evidencia: una audiencia sin piano era como dar sablazos en el agua. En cuanto a Barbara, demasiado ocupada en frenar a su hijo, debía asistir, imposibilitada de actuar, a la ruina de las empresas de su marido.

En contra de sus esperanzas, Laura no había podido asistir a la audiencia. Apostado delante de la sala donde el virrey de Cantón recibía los honores de sus visitantes, uno de sus secretarios, un hombrecillo tieso de pies a cabeza y cuyas piernas bailaban dentro de unas botas blandas demasiado grandes para sus dimensiones, había hecho notar a Wang que en el registro figuraba únicamente el nombre de Brandon y que, por tanto, quedaba excluida el resto de la familia. Por mucho que Brandon Clearstone se enfureció y protestó argumentando que habían venido expresamente de Londres para saludar al comisario imperial y hacerle una «petición extraordinaria», todo había sido en vano.

No le habían hecho caso alguno.

Un paisaje realmente extraño el de aquella China manchú en plena delicuescencia, pero imbuida de unos códigos caducos en los que ciertas prohibiciones perfectamente justificadas, como la de consumir y comerciar con opio, eran violadas con absoluta impunidad mientras que otras, sin más fundamento que su adscripción a normas ancestrales, seguían siendo respetadas.

Así que fue conducido ante el virrey de Cantón, Brandon no había podido evitar apoyarse en una de las gruesas columnas de madera lacada en bermellón que sostenía un techo artesonado sobrecargado de pájaros y guirnalda doradas con pan de oro. Con ojos anegados en grasa, el comisario imperial, ataviado con una holgada túnica roja con dragones bordados en negro que se suponía disimulaba su impresionante obesidad, lo contemplaba con aire condescendiente. El representante del Hijo del Cielo no parecía encontrarse cómodo. Sus manos impacientes, con dedos como salchichas o vejigas infladas, tamborileaban en los brazos de ébano de un trono barroco en el que navegaba toda una plétora de animales plumíferos y escamosos. Intimidado por la veintena de guardias-oriflama tocados con bonetes negros con borla amarilla que rodeaban al inabordable gobernador de Cantón, todos con su alabarda, Brandon se había ido fundiendo progresivamente hasta convertirse en una cosa insignificante y dolida a punto de ingresar en el bando de las víctimas.

Un mandarín de primera clase, muy saltarín y con el rostro hierático inmovilizado en una sonrisa perpetua, hizo señal a Wang de que se acercara. Aquel encargado del ceremonial y de las corvetas al uso, reconocible por la estola de seda color naranja con llamas bordadas que cubría sus hombros, había musitado a oídos del intérprete:

—¿Está al corriente el narigudo ese de las costumbres en vigor?

Wang, con aire hipócrita, hizo como si cayera de las nubes.

—¿A qué costumbres os referís?

—A la reverencia ritual que debe hacerse por dos veces delante de un virrey y tres veces delante del Hijo del Cielo. ¿Qué otra cosa va a ser? —había respondido el de la estola amarilla como si la pregunta lo hubiera mortificado en grado sumo.

—Me figuraba que los Han eran los únicos que estaban obligados a hacer el *ketu*.

—¡No hay visitante que quede excluido del *ketu*!

Wang, dirigiéndose al fabricante de pianos, le había susurrado:

—Me dicen que, para saludar al virrey, debéis inclinar el cuerpo hacia delante hasta tocar el suelo con la cabeza y hacer ese mismo gesto dos veces seguidas, señor Brandon.

—¡Me es completamente imposible! Tengo la espalda tan dolorida como si tuviera una espada metida dentro...

—Pues no tenéis más remedio. Es preciso que hagáis esa reverencia.

—Te suplico que les expliques en qué situación me encuentro.

Wang se había adelantado con las manos juntas y, tras doblar el cuerpo por la mitad, había murmurado con voz implorante al virrey:

—El señor Brandon Clearstone tiene muchísimo dolor en la espalda y no puede hacer el *ketu* de forma correcta, por lo que ruega a su excelencia que lo dispense de hacerlo.

Pero era evidente que el impaciente y adiposo prefecto no estaba dispuesto a dar muestras de la misma grandeza de ánimo que el emperador Qianlong cuando había dicho que se contentaba con una genuflexión de parte de lord Macartney^[58], primer enviado del rey de Inglaterra en China.

Como quien ahuyenta una mosca inoportuna, con un simple gesto de su mano informe el virrey había indicado a Brandon que saliera de la sala de audiencias públicas. El inglés, que no tenía intención de ceder, en un último gesto de desesperación había intentado acercarse al estrado donde estaba instalado el sillón del comisario imperial, pero dos de los oriflamas se lo habían impedido agarrándolo por las axilas y conduciéndolo hasta la salida por la fuerza.

—¿Qué ocurre, papá? —había exclamado Laura echándose en brazos de su padre.

Pero Brandon no había querido responderle hasta que estuvieron fuera.

—Pues ocurre que estoy arruinado por culpa de ese deleznable individuo. Ese cerdo inmundo no ha querido saber nada de mi dolor de espalda. Como no estoy en condiciones de hacer las famosas reverencias rituales, me ha echado de patitas a la calle como al último de los malhechores.

Barbara, que estaba muy nerviosa porque no conseguía calmar a Joe, cada vez más agitado, había levantado los ojos al cielo.

—Está visto, mi querido Brandon, que te las pintas solo para meterte en la boca del lobo.

Laura, a quien le parecieron injustas las palabras de su madre, había volado en ayuda de su padre.

—¡Papá ha hecho lo que ha podido! Ha sido muy valiente.

—Laura, te ruego que no olvides que estás hablando con tu madre —había respondido Barbara con aspereza a su hija, ya que ahora estaba ocupada tirando de la manga de su hijo para evitar que corriera detrás de una carreta tirada por un asno.

—¡Que se mueran todos! No me queda más remedio que venderles opio. Dicho sea de paso, no se merecen otra cosa —había exclamado con rabia el fabricante de pianos cuya mano Laura retenía entre las suyas.

—Brandon, no estoy de acuerdo contigo. No se responde al mal con el mal. La Biblia lo dice con todas las letras.

—¡La Biblia! ¡La Biblia! Desde que vas a ver a ese pastor no te quitas esa palabra de la boca.

El comentario apuntaba directamente a Roberts, con quien Barbara había restablecido contacto después del día que lo había conocido en casa del cónsul Elliott.

Hacía tres meses que le enviaba a sus hijos para que les enseñara el catecismo, lo que le había permitido intercambiar ideas y prolongar la conversación iniciada en la residencia consular.

De regreso a casa después de aquella lamentable excursión, Laura había tenido ocasión de comprobar que el fracaso de Brandon no parecía afectar a su madre. Dedicada por entero a los cuidados que prodigaba a su hijo y a sus inquietudes religiosas, Barbara Clearstone había dejado de interesarse en los avatares que seguían los proyectos de su marido.

Ya fuera a causa de China o de la influencia de Roberts, el hecho era que ahora se mostraba más mística e idealista que antes de su salida de Londres.

Durante la cena, defendió con ardor a su pastor.

—Los análisis del reverendo Issachar son totalmente pertinentes, Brandon. Si no fuera por el amor de Cristo, el hombre sería un lobo para el hombre. Es urgente que te conviertas, Brandon. Te aseguro que necesitas meditar. La vida es corta y el Señor puede llamarnos en el momento más impensado.

—Pero entretanto, cariño, estamos arruinados. No me queda nada, ni siquiera para aguantar un mes más.

—¡Dios nos ayudará!

Brandon había levantado los ojos al cielo y después se había vuelto hacia Laura y le había cogido la mano.

—Mi pequeña Laura, es preciso que lo sepas: tu padrino me dio el peor consejo de este mundo al hacerme creer que podría vender los pianos Clearstone & Sons en China. ¡Ojalá no lo hubiera escuchado!

—¿Al señor Stocklett?

—Sí, al mismo. Al horrible y abominable Nash Stocklett —había refunfuñado su padre con voz cansada.

Aquella misma noche había estallado una violenta disputa entre los cónyuges Clearstone, cuyo dormitorio estaba separado del de sus hijos por un simple tabique. Laura, aunque cubierta por la sábana, no se había perdido detalle. Primero habían sido palabras agridulces y a continuación frases hirientes con las que Brandon reprochaba a Barbara su indiferencia en tanto que esta acusaba a su marido de haber sido él quien había tomado la decisión de abandonar Londres.

—Lo mejor que podemos hacer es regresar a Londres cuanto antes. Si no quieres estar conmigo, una vez allí, pides el divorcio —había terminado Brandon, agotado.

—Pero es que yo no quiero volver a Londres, Brandon.

La respuesta tajante de su madre no había sorprendido más que a medias a Laura.

—Tomé la precaución de comprar pasajes de ida y vuelta.

—¿Y los pianos?

—Los pianos los dejo aquí. Además, no soportarían otra travesía en barco. Son instrumentos a los que no conviene la humedad. De haberlo sabido... los hubiera regalado a los Joker o a los Sainsbury para que los quemaran como leña de calefacción. Y además, hay que aprovechar las enseñanzas que nos deparan los fracasos cuando todavía se está a tiempo.

—El fracaso es tuyo, Brandon, no mío.

—Pues gracias por lo poco que te afecta mi suerte..., nuestra suerte. Deberías pensar un poco en nuestros hijos.

—No hablábamos de eso, Brandon. Y ya que mencionas a nuestros hijos, me parece que me ocupo más de ellos que tú.

El tono de la discusión había subido rápidamente un grado más.

—Explícate, entonces. ¿Por qué no quieres volver a Londres?

—Ahora mi puesto está en China. La gente de aquí se merece mejor trato que atiborrarla de opio.

—No me figuraba que ese maldito pastor te metería sus fobias tan rápidamente en la cabeza.

—El reverendo Roberts se limita a poner en práctica sus creencias. Y si quieres saberlo todo, yo pienso hacer lo mismo.

—No eres más que una idealista, mi pobre Barbara.

—Tú vuelve a Londres, si quieres, pero yo me quedo aquí con los niños. Me espera una misión muy importante y muy útil.

Era la primera vez que Laura oía a su madre dirigirse a su padre en términos tan duros. Ni siquiera cuando volvía del *pub* algo tarde y un poco achispado, su mujer lo había tratado de aquella forma.

Barbara y Brandon Clearstone estuvieron lanzándose pullas hasta la madrugada sin sospechar que su hija no se había perdido una sola palabra de la discusión de ruptura que acababa de producirse entre los dos.

* * * *

Convencida de que a partir de aquel trágico episodio la ruina financiera de su padre iría seguida de la dispersión de la célula familiar, a Laura no le disgustaba del todo salir de aquel ambiente que se había vuelto más irrespirable a medida que Joe era presa de crisis cada vez más violentas. Aquella misma mañana había volcado su cama y se había negado obstinadamente a ingerir alimentos.

En el contexto tempestuoso de su casa, los cursos de catecismo del reverendo Roberts, pese a ser terriblemente soporíferos y desprovistos de interés, se habían convertido para Laura en un pulmón de oxígeno, debido sobre todo a que estaba autorizada a ir sola hasta su casa.

Para ir a casa del misionero americano tenía que atravesar el río, para lo cual debía pasar por delante de los elegantes edificios de estilo europeo construidos por las grandes compañías comerciales occidentales, cuyas banderas con los colores de sus países de origen ondeaban en las fachadas. Entre aquellas lujosas sedes sociales y el río de las Perlas, los muelles empedrados, en los que descansaban las cajas de opio y las mercancías descargadas de los barcos resguardadas detrás de barreras de madera, exhibían al sol su blancura inmaculada. Laura conocía lo suficiente a los empleados armados hasta los dientes, cuya misión era impedir que se acercase nadie a la zona, para que la dejaran pasar, en tanto que se exigía a los chinos que hiciesen un gran rodeo si querían ir al embarcadero del que zarpaban las barcas que hacían el trayecto de ida y vuelta entre las dos orillas.

Aquel era otro mundo, muy alejado del orden y limpieza que reinaba en los depósitos de las compañías europeas. Allí, entre inmundicias, jaulas de animales y fardos mugrientos, no se oía más que gritos y vituperios. Para trasladarse al gran mercado, situado en la otra orilla del río, todos, ya fueran jóvenes o viejos, debían abrirse paso a furiosos codazos si querían subir a bordo de las chalupas llenas a rebotar por el precio de una minúscula moneda de cobre. Con intención de hacer reflexionar a los criminales en potencia, las autoridades habían instalado en aquel lugar estratégico por el que todos los días pasaban miles de personas una serie de jaulas de talla humana en las que solo asomaban las cabezas de los ajusticiados. Tenían el cuello aprisionado en un pequeño agujero, de tal manera que la única opción que les quedaba era mantenerse de puntillas el mayor tiempo posible, puesto que de lo contrario habrían sucumbido ahorcados después de la progresiva dislocación del cuerpo. Era un castigo espantoso, en el curso del cual la víctima luchaba desesperadamente para evitar la primera fractura de la vértebra cervical, preludio de la muerte por asfixia en medio de atroces sufrimientos.

Estas imágenes abominables al principio trastornaban a Laura, pero al final había comprendido que la única manera de asimilarlas era hacer como si no existiesen.

El pastor presbiteriano vivía en la entrada del barrio del Cesto Amarillo, una zona recién urbanizada situada detrás mismo del barrio de los comerciantes de carnes, donde el olor a carroña y a tripas se te metía hasta lo más profundo del ser. Aguardaba entonces a la joven inglesa un trayecto realmente extenuante. Debía sortear zanjas por las que corría la sangre roja de animales de pelo, escamas y plumas, que los comerciantes vendían siempre vivos a sus clientes. Solo los taoístas convencidos preferían matarlos en sus casas con objeto de preservar el mayor tiempo posible la energía y el hálito de vida contenidos en sus carnes puesto que, según ellos, captar la vida de los animales era esencial para la prolongación de la vida de los seres

humanos. Pero los demás, es decir, la inmensa mayoría de personas para quienes el consumo de carne era un lujo reservado para los días de fastos, querían que los carniceros o pescaderos les mataran los animales ante su presencia, ya que eran especialistas en la materia, lo que quedaba acreditado por la recua de cuchillos que llevaban colgados de un amplio cinto de cuero. En cuanto a los insectos —escorpiones, saltamontes y larvas de gusano de las palmeras—, se preferían vivos o chamuscados en las brasas y degustados como exquisiteces.

Ese día Laura estuvo a punto de vomitar al ver a un hombre que, de un golpe seco, desollaba viva una larga serpiente que asía por debajo de las fauces y a la que privó de piel con una rápida maniobra de la mano con la misma facilidad con que uno se saca un guante. El reptil apareció de pronto bajo su nuevo traje de carne rosada, pero siguió retorciéndose en todos los sentidos cuando el carnicero le asestó una docena de golpes con la tajadera y lo dejó reducido a otros tantos trozos palpitantes. Una matrona los arrojó, sacudidos todavía por espasmos, en una cacerola ante la cual ya esperaban dos clientes haciendo saliva. Laura, con el estómago a flor de labios, prefirió desviar la mirada y seguir rápidamente su camino para no tener que asistir al ágape.

Desde que se movía por la ciudad sin ayuda del guía intérprete, Laura había conseguido retener las suficientes palabras de cantones para hacerse comprender por la gente, lo que le permitía preguntar por el camino a seguir siempre que se hacía necesario.

Estaba fascinada por el idioma chino y su ausencia total de nexos entre lo que uno ve y la pronunciación, así como por las sutilezas gráficas de los innumerables caracteres, que exigían un largo aprendizaje.

Unos minutos más tarde tuvo ante sí el templo presbiteriano de Issachar Roberts: una sencilla casa de madera con una modesta cruz oxidada colgada del balconcito, igualmente de madera, que desde el primer piso indicaba la función que allí se desarrollaba.

Tras abrirse paso entre el grupo de pordioseros hambrientos que hacían guardia ante la iglesia tanto de día como de noche, llamó a la puerta y, como de costumbre, Melanie Bambridge acudió a abrir.

Toda la planta baja del presbiterio estaba ocupada por una gran sala común que se utilizaba tanto para rezar como para las clases de catecismo. Cuando se celebraban los oficios, la sala solía estar atestada de mendigos a los que el pastor baptista, que aunque hablaba cantones no lo dominaba suficientemente para poder comentar todas las sutilezas de la Biblia, les leía en *pidgin*^[59]. Un intérprete traducía más o menos sus palabras, que la gran mayoría del público, allí presente únicamente por razones alimentarias —después del sermón se servía un plato de arroz aderezado con carne de cerdo—, no comprendía en absoluto.

Cuando entró Laura, Issachar Roberts estaba sentado en compañía de un joven. Entre dos tarros de porcelana blanca llenos de pinceles, el muchacho caligrafiaba

unos caracteres en un largo rollo de papel colocado sobre la mesa. Laura, sorprendida, se acercó y reconoció sin dificultad las siglas *fu*, *lu*, *xi* y *shou*, que correspondían respectivamente a la bendición celestial, la riqueza, la felicidad simple y la longevidad, que ella había aprendido a descifrar a fuerza de verlas en los faroles y carteles decorativos colgados de las puertas de las casas.

—¡Buenos días, Laura! Has llegado muy puntual y eso está bien —exclamó el pastor baptista así que la vio.

—Normalmente, es la hora de vuestro sermón, señor Roberts.

—Hoy es día de descanso. Estoy aprendiendo a escribir chino —explicó en tono jovial el americano.

Lo dijo sonriendo, lo que era raro en él, salvo cuando hablaba con Laura, cuyo candor estimaba especialmente y sobre todo la seriedad con que escuchaba sus palabras sobre la caridad y la redención.

—Laura, te presento a La Piedra de Luna. Viene de vez en cuando para enseñarme caligrafía y yo a cambio le enseño inglés.

Laura tuvo un sobresalto al reconocer al muchacho que le había regalado la flor de loto en el jardín del consulado. Su sonrisa enigmática, así como el contraste entre sus dientes de formas perfectas y de extrema blancura y el ligero tono moreno de su rostro de rasgos regulares, le parecieron tan irresistibles como la primera vez.

—¡Buenos días, Laura Clearstone! ¿Cómo estáis desde el día que os vi?

Era el colmo. Ahora resultaba que aquel chino hablaba inglés a la perfección.

—De haber sabido que hablabais inglés, os habría dado las gracias —farfulló la chica.

—No era el lugar oportuno, aparte de que aquel jefe de jardineros tan horrible no me habría dado oportunidad. Lo que yo no quería ni de lejos era provocar un escándalo. No había advertido al reverendo padre Roberts que yo estaba allí. Había ido de tapadillo —explicó entre risas La Piedra de Luna.

—Gracias por la flor de loto. De veras que era bellísima.

—Sois muy amable.

—¿O sea, que sois calígrafo? —consiguió articular Laura, que no pudo evitar sonrojarse y no quería por nada del mundo que se notara que estaba turbada.

—No, solo hijo de calígrafo. Mi padre, Ramillete de Pelo Celestial, se sabía de memoria más de tres cuartas partes del diccionario Kangxi^[60].

—La Piedra de Luna tiene todas las cualidades de un excelente calígrafo. Di a Laura Clearstone cuántos ideogramas eres capaz de trazar —le instó el baptista, cuya admiración no era fingida.

—Pues serán unos cinco mil.

Al ver que no provocaba reacción alguna en Laura, que cada vez estaba más colorada, el pastor prosiguió:

—La cantidad es enorme, Laura. ¿Te das cuenta?

—Por supuesto, señor Roberts.

—No hay que olvidar que un letrado mandarín de primera categoría debe poseer seis mil. ¡Y La Piedra de Luna aún no ha cumplido los dieciséis años! ¿No es verdad, La Piedra de Luna?

—Hace seis meses que cumplí los quince —prosiguió el interesado con una sonrisa.

Cuando La Piedra de Luna sonreía, se le iluminaba el rostro.

—Pues yo pronto tendré catorce. Casi tenemos la misma edad —murmuró Laura, a quien la emoción había puesto un nudo en la garganta.

—No hay más que ver que soy una nulidad en caligrafía —continuó Roberts indicando los cuatro caracteres que había trazado, todos ellos chorreando tinta.

—No es verdad, reverendo. Opino, por el contrario, que habéis hecho grandes progresos.

—Eres muy indulgente, La Piedra de Luna. Excesivamente indulgente, diría yo. Me resbala el puño, la mano no domina el pincel.

Lo decía en tono sincero y el reverendo tenía razones para no estar satisfecho de sí mismo. Como deseaba enseñar el Evangelio a los chinos en su propia lengua, el pastor americano no regateaba esfuerzos para mejorar su nivel lingüístico. Tomaba clases de cantones tres veces por semana de un colega baptista holandés y estaba en condiciones de sostener una conversación normal en este idioma. Pero si comenzaba a desenvolverse correctamente en el plano oral, todavía le quedaba mucho que aprender en el terreno de la caligrafía. Verdad es que el chino no es fácil de escribir. Así pues, todas las semanas iba La Piedra de Luna a su casa para ayudarle en los ejercicios de caligrafía.

—Pero Laura no ha venido para oír mis jeremiadas —añadió—. Hoy teníamos previsto que ella y yo estudiaríamos el Levítico, ¿verdad, mi querida Laura?

Cuando el tema de conversación era la Biblia, los brazos enormes de Roberts se agitaban en el aire como si predicase a una inmensa muchedumbre.

—Estoy a vuestra disposición, reverendo Roberts. Me he leído las páginas del Levítico que tenéis previsto comentar —respondió dócilmente la interesada.

Dos horas más tarde, después de una sesión de catequesis a la que había asistido La Piedra de Luna desde el principio al fin con actitud más bien divertida mientras la joven Laura hacía grandes esfuerzos para concentrarse, apareció de pronto Barbara Clearstone seguida de Wang el Afortunado, sin el cual la madre de Laura se habría visto incapaz de moverse por las calles de Cantón.

Barbara Clearstone llevaba un bonito vestido azul ultramar con lirios amarillos estampados. Se vestía siempre muy elegante cuando iba al presbiterio con la excusa de ir a recoger a su hija después del curso de catecismo. El americano, apenas sorprendido por aquella asiduidad, como todos los religiosos que van en busca de feligreses, se había acostumbrado a la presencia de aquella inglesa que bebía sus palabras como si se tratara de agua milagrosa.

Barbara parecía sobresaltada.

—Reverendo, deberíais volver a hacer la imposición de manos a mi hijito Joe. Va de mal en peor. Esta mañana ha roto todos los objetos de su habitación.

—¿No consigue calmarlo vuestro marido?

Barbara, que tenía sus bellos ojos arrasados en lágrimas, respondió en voz baja apartando a un lado la cabeza como si quisiera que su hija no oyera sus palabras.

—Brandon no se ha ocupado nunca de ese niño.

Pero a Laura no se le había escapado nada de aquella confidencia, destilada junto con un suspiro desesperado. La mirada febril de su madre revelaba de sobra la fascinación que ejercía sobre ella el reverendo Roberts. Debido al ascetismo al que Barbara se entregaba —se alimentaba tan solo de arroz y verduras—, se le había afinado el rostro, lo que la habría rejuvenecido de no ser por las profundas ojeras que subrayaban sus ojos. Hay que decir, con todo, que Joe, que solía despertarse varias veces durante la noche, no le dejaba un momento de reposo.

—Joe es mi hermano —explicó Laura a La Piedra de Luna.

—¡Parece chino! —repuso el muchacho con una sonrisa.

El pastor se apresuró a responder a Barbara con respecto a Brandon, de quien era evidente que no guardaba un buen recuerdo.

—Pues hace muy mal, porque todo padre tiene obligación de educar a su hijo.

—Es evidente.

—No dudéis en traerme a vuestro hijito Joe, señora Brandon. Enderezar al que crece torcido, como esos árboles en miniatura que la gente de aquí cultiva en grandes jarras de bronce, es un deber que me compete —pontificó el pastor Issachar Roberts en tono enfático.

Al igual que todos los misioneros occidentales, Issachar Jacox Roberts no se cuestionaba cómo iban a aceptar los chinos una doctrina como el cristianismo, tan alejada de sus concepciones filosóficas y religiosas. Para aquellos amantes de la fe, China no era más que una inmensa tierra yerma donde había que sembrar al precio que fuera el verbo evangélico. No importaba que la tierra no fuera apta para la siembra, ya que para Cristo no había nada imposible.

—¡Ya sé! ¡Ya sé! —exclamó Barbara, desolada, juntando las manos, en la actitud de la estatua barroca de una mártir.

—Mi tarea no es fácil, pero la llevo a cabo con toda la fe posible.

—Visto está, reverendo.

Hay que decir que el americano no se andaba con miramientos. A fin de atraer al presbiterio, además de los mendigos que alimentaba, a gente de toda edad y condición, tan pronto se colocaba en la escalera que daba entrada a su casa como recitaba en chino a los viandantes la lectura de breves pasajes cortos de las Sagradas Escrituras, procurando dar a todos los que se prestaban a ello un golpecito en la frente con la Biblia —tipo de bendición que, según él, era más eficaz que la clásica imposición de manos—, y a veces incluso se apostaba en una encrucijada elegida al azar para exhortar a las multitudes. El resultado era moderado. Solía apuntarse un

gran éxito cuando, vestido con su traje oscuro de *clergyman*, rompía a cantar alguna plegaria a grito pelado dando al mismo tiempo insistentes palmadas para atraer la atención de la multitud, a la que dominaba desde lo alto de su metro ochenta. Pero solía ocurrir también que las reacciones de ciertos mirones particularmente xenófobos —por lo general miembros de sociedades secretas— fueran más radicales e incluso claramente hostiles.

Decir que el religioso oriundo de Tennessee se tomaba muy a pecho el apostolado habría sido un eufemismo. Roberts estaba convencido de que bastaba con predicar a la multitud el amor de Cristo para convertirla y salvarla del desastre al que se precipitaba. Que el país más poblado del mundo abandonase el taoísmo, el culto confuciano de sus antepasados y, en términos más generales, el de los ídolos así como las diferentes charlatanerías a las que se entregaba sin descanso para abrirse a la religión de Cristo se había convertido en objetivo esencial de su existencia.

—Laura, cariño, ¿puedes dejar que hable cinco minutos con el señor Roberts, por favor?

—¡Claro, mamá! —repuso Laura llevándose a La Piedra de Luna hacia el patio del presbiterio.

De todos modos, le pareció curioso que su madre quisiese hablar a solas con Roberts, ya que Laura advertía perfectamente la antipatía que este sentía hacia su padre. Pese a ello, se abstuvo de hacer cualquier comentario o ademán que revelase sorpresa. Por curioso que pudiera parecer, la presencia del joven chino la tranquilizaba. No hay duda de que, en otras circunstancias, habría reaccionado de diferente manera.

Laura Clearstone estaba haciéndose mayor y transformándose bajo la influencia de La Piedra de Luna.

* * * *

Una vez a solas con Issachar Jacox Roberts, Barbara Clearstone carraspeó para aclararse la garganta.

—Reverendo, me gustaría hablar en privado con vos —murmuró con voz ahogada.

Estaba extremadamente pálida y luchaba desesperadamente para que no se notara que estaba muy afectada.

—¿Es urgente? El padre Roberts tiene una entrevista con un aprendiz de pastor originario de Fujian —intervino Melanie Bambridge.

Constantemente al acecho así que veía que Barbara Clearstone se acercaba a su amo y señor, había procurado no perderse detalle de la escena.

Barbara, incapaz de retenerse, se volvió suplicante.

—Reverendo, no os entretendré mucho tiempo —insistió en un hilo de voz.

Roberts, tras un momento de vacilación, se apiadó de ella.

Para contrariedad de la señorita Bambridge, la llevó a su despacho, una habitación de techo bajo pobremente amueblada, salvo las paredes, que estaban totalmente tapizadas de libros religiosos.

Cuando el pastor cerró la puerta, la esposa de Brandon estalló en sollozos.

—Reverendo, mi marido ha decidido volver a Londres en el próximo barco. La venta de pianos no funciona. Estamos arruinados.

—Eso he creído comprender por lo que me ha dicho vuestra hija.

—¿Os lo ha dicho Laura? —exclamó ella, desconsolada.

—Tranquilizaos, señora Clearstone, vuestra hija es una muchacha muy bien educada. He sido yo quien ha deducido que la aventura de vuestro marido no iba como era de esperar.

—¡Os quedáis corto! Querer hacer tocar el piano a los chinos es pura utopía.

Barbara, que se había sacado un pañuelo, se secó los ojos mientras Roberts comenzaba a pasearse de un lado a otro.

—Aquí, pese a las reverencias y sonrisas postizas de que son objeto, los narigudos ingleses, como nos llaman ellos, tienen mala prensa.

—Hay razones para ello, ¿no os parece?

—Así es, señora Clearstone. Predicáis a un convencido. Por lo general, los europeos tienen tendencia a considerar al resto del planeta como una cantidad desdeñable. Por eso los Estados Unidos de América tuvieron la buena idea de afirmar su identidad evitando seguir a las potencias coloniales.

—¡Yo no me siento europea! ¡Ni tampoco inglesa, dicho sea de paso! —exclamó Barbara con voz trémula.

Había aflorado la sufragista que dormitaba siempre en su interior y fue a ella a quien miró Roberts con sonrisa triste.

—No hablaba de vos, señora Clearstone.

—Podrías llamarme Barbara —suplicó la interesada.

—Barbara Clearstone..., si todos vuestros compatriotas pensasen como vos, no habría ocurrido jamás lo que vuestros periódicos llaman la guerra del opio —suspiró el americano.

—¿Lo creéis de veras?

—Os lo aseguro —exclamó el pastor consultando el reloj que se había sacado del bolsillo del chaleco.

Barbara carraspeó. Pasaba el tiempo y se acercaba la hora de exponer al pastor la verdadera razón de su visita.

Se armó de coraje y, con esa inconsciencia que caracteriza a las personas íntegras que jamás han intentado manipular a nadie y no valoran su audacia, se lanzó:

—Reverendo, ¿aceptaríais acogerme en vuestra casa junto con mis dos hijos mientras encuentro un trabajo?

Lo había pedido a bocajarro, aunque juntando las manos como si rezase.

Roberts, estupefacto, ya que para él toda ruptura de los lazos matrimoniales era

un pecado mortal, no pudo evitar una reacción negativa ante aquella pecadora que le decía que se negaba a seguir a su marido.

Decidido a llevar a aquella mujer por el buen camino, hizo un gesto para invitarla a sentarse en una de las dos sillas medio desvencijadas que tenía delante de su mesa de trabajo mientras él ocupaba su sitio detrás de la misma en su imponente sillón de apariencia neogótica, obra de un ebanista de Nueva Orleans que sus padres le habían regalado al ordenarse pastor.

—Señora Clearstone, no ignoráis que una mujer cristiana no debe abandonar a su esposo...

Apenas había tenido tiempo de terminar la frase cuando ella lo interrumpió con vehemencia.

—Quien me abandona es él, reverendo. Ha decidido volver a Londres.

—¿Y por qué no vais con él a Inglaterra, señora Clearstone?

—Me gusta China —murmuró Barbara con insistencia—. Aunque no conozco mucho el país, siento que lo amo con todas mis fuerzas. ¡Encuentro tan amable a la gente! Creo que vale la pena evangelizarlo, como hacéis vos, señor Roberts.

—En este punto no voy a ser yo quien os contradiga, pero...

—Aquí una vida como la mía tiene sentido. Desde que llegué a Cantón me di cuenta de que en Londres mi vida no tenía objeto. Si me hubiera quedado allí, me habría muerto de puro aburrimiento.

—Creo que exageráis. No hay que...

—No sabéis cómo deseo ser útil a los demás, sacar a la gente de las tinieblas espirituales en que se encuentran..., hacer lo posible para que vean el rostro luminoso de Cristo.

—Estoy seguro de que en Londres también hay mucha gente incrédula que merece que alguien se interese por su suerte —consiguió articular Roberts, a quien le resultaba difícil colocar sus frases.

—Los pobres de aquí lo son mucho más que los de allí. La miseria de aquí tiene un nivel que difícilmente se podría superar. ¡Es algo intolerable!

—Verdad es que la miseria de aquí, por desgracia, no tiene límites —convino el pastor sin llegar a terminar la frase mientras Barbara, imperturbable, seguía exponiendo su razonamiento, indiferente a todo lo demás.

—Además, estas pruebas que el Señor envía a Brandon yo las tomo como una señal de parte suya. Si me ha enviado a China, no es para que me vaya al poco tiempo de haber llegado —concluyó ella con voz vibrante y juntando las manos después de largas explicaciones sobre sus motivaciones y sobre las circunstancias que la llevaban a permanecer en Cantón.

En aquel preciso instante, de no habérselo impedido su timidez natural, de buena gana se habría hincado de rodillas delante del pastor y le habría besado las manos.

—Comprendo el deseo que sentís de consagraros a este país, señora Clearstone, pero creedme si os digo que se trata de una tarea sobrehumana —intentó objetar el

baptista, quien ya había empezado a barruntar que iba a ser muy difícil hacer cambiar de parecer a aquella mujer tan testaruda y exaltada.

—Una tarea que vos realizáis maravillosamente, reverendo...

—Es mi deber. Me lo exige mi Iglesia y por ese motivo no hay mérito alguno de mi parte. No tengo obligaciones familiares y un día juré que consagraría mi existencia a Dios. ¿Y vuestros hijos?

—Lo único que os pido es que me dejéis ser vuestra humilde servidora, señor Roberts —susurró Barbara mientras intentaba rozar con la mano la del pastor, quien la retiró inmediatamente y adoptó una actitud envarada.

—¿Y vuestros hijos?

—Se quedarán en China conmigo. Mis hijos son lo más precioso que poseo en la tierra. Brandon, además, no está capacitado para ocuparse de ellos.

—Señora Clearstone...

—¡Sí, reverendo Roberts! —murmuró Barbara, que miraba con ojos suplicantes al pastor.

—Si tenéis necesidad de un techo, yo nunca he negado hospitalidad a los que no tienen donde cobijarse.

Roberts había comprendido que nada la haría desviarse del camino que se había marcado.

—¡Lo sabía, reverendo! ¡Estaba segura! El pastor no abandona nunca a sus ovejas, ¿verdad, reverendo? Os estaré eternamente reconocida —murmuró la inglesa, jadeante.

Aunque agotada después de aquella conversación, ahora se sentía plenamente feliz porque sabía que había acertado.

* * * *

¡Qué deliciosa felicidad la del ambiente en el que dos seres hechos el uno para el otro se descubren mutuamente!

Mientras su madre conversaba con Roberts, Laura Clearstone había entrado con La Piedra de Luna en la habitación contigua al presbiterio.

Uno y otra permanecían bajo el influjo de la fascinación: Laura estaba hechizada por la mirada aterciopelada de La Piedra de Luna, acentuada por unas cejas perfectamente dibujadas, de pelos minúsculos y tan regularmente espaciados que parecían haber sido plantados por un excepcional jardinero, en tanto que La Piedra de Luna se sentía deslumbrado por los dorados cabellos de la joven inglesa, una cascada de rizos que enmarcaba un rostro adorable iluminado por unos inmensos ojos azules.

—¿Qué han venido a hacer tus padres aquí en Cantón? —preguntó el joven calígrafo con voz tan dulce que su pregunta fue casi inaudible.

Su rostro estaba muy cerca del de Laura. Más que de pulsión posesiva por parte de La Piedra de Luna, se trataba de maravillada curiosidad.

—Mi padre fabrica pianos. Él esperaba poder venderlos a chinos ricos, pero está visto que se equivocó. Ahora está pensando en volver a Londres, pero mi madre se niega a seguirlo. Creo que ha venido aquí para ofrecer sus servicios al pastor Roberts. Mamá quiere ser útil a los pobres. Quiere permanecer en China.

Con la mirada indicó el despacho donde estaban encerrados Roberts y su madre desde hacía como mínimo un cuarto de hora.

—No sé qué significa la palabra «piano».

—Pues una especie de mueble que sirve para interpretar música. Se toca así..., con los dedos —le explicó ella cogiéndole la mano y poniéndosela sobre la mesa e imitando ella con las suyas los gestos del pianista.

—¿Sabes tocar el piano?

—Un poco. Cuando yo era pequeña, mi madre me obligaba a tomar lecciones.

—¿Es difícil tocar el piano?

—Un día, si quieres, te enseñaré cómo se hace, La Piedra de Luna.

—Me gustará —dijo él con una sonrisa.

—A cambio, puedes enseñarme a escribir chino. No sé nada de ideogramas.

—Es normal. Acabas de llegar. Te bastarán unas pocas sesiones para aprender los caracteres más corrientes.

—Sabía que el hijo de un calígrafo no podía negar ese favor a la hija de un fabricante de pianos que se brinda a enseñarle a tocar ese instrumento —exclamó la chica.

—¿Cuáles son los veinte ideogramas que ya conoces? Estoy seguro de que, con unos cuantos días de aprendizaje, triplicarás el número.

—Conozco, por ejemplo: *fu*, *lu*, *xi*, *shou*. Están en todas partes —repuso la muchacha señalando los pictogramas trazados en el rollo que estaba sobre la mesa.

—Hay un dicho que asegura que *shou* puede escribirse de diez mil maneras distintas. Es una forma de decir que hay más de diez mil vidas sin límites. Muchos chinos sueñan con ser inmortales.

Laura exclamó:

—Y, sin embargo, en Cantón hay mucha gente que muere en plena calle..., cae al suelo porque se ha muerto...

—Es verdad. El hambre y las enfermedades causan estragos. Y también el opio, «el barro negro» envenenado que los barcos ingleses vuelcan en China. El opio mata a muchísima gente.

—Lo sé. ¿Ves a ese hombre? —dijo la muchacha indicando a Wang el Afortunado, que estaba sentado debajo de un árbol en un rincón del patio esperando a Barbara Clearstone.

—Lo vi en el consulado. Es el intérprete de tus padres.

—Pues así que puede, se escapa a un fumadero de opio. Lo he descubierto en dos ocasiones.

—No me sorprende. Ya me había fijado en lo delgado que está y en su mala

dentadura. Lo compadezco. El opio no abandona nunca al que lo elige como compañero.

Para dar más fuerza a sus palabras, las acompañó del gesto de estrangularse, lo que, pese a la seriedad del joven, la hizo sonreír.

—Pero ¿cómo se fabrica ese opio que parece gustar tanto a todo el mundo? —preguntó Laura.

—Se hace una incisión en la cápsula de la flor de una planta llamada adormidera y a través del corte sale un líquido blanquecino que, al secarse, se vuelve marrón. Con él se hace una especie de pan y, pasado un momento, ese pan de opio se vuelve tan negro como la piedra de tinta. Para fumarlo hay que calentarlo. Hay quien lo asa como si fuera un trozo de carne.

—¡Qué asco! —exclamó la muchacha con acento de niña enfurruñada, lo que a ojos de La Piedra de Luna todavía la hacía más encantadora.

—Cuando yo era pequeño iba a espiar a los clientes de los fumadores.

Laura, sorprendida, se quedó callada y después preguntó llena de inquietud:

—¿Has fumado opio alguna vez?

—¡Jamás! ¡Antes morir! Odio el opio con todo mi ser. Mi padre murió por su culpa —confió en un murmullo La Piedra de Luna a su nueva amiga.

Lo dijo muy afectado, apretando con todas sus fuerzas un estuche de bambú que acababa de sacarse del bolsillo.

—Siento haber hablado del tema. Si lo hubiera sabido... —murmuró Laura, realmente dolida.

Sin extenderse demasiado en los detalles para no perturbar a su nueva amiga, La Piedra de Luna contó a la muchacha inglesa, aunque guardándose muy bien de pormenorizar el terrible suplicio que había sufrido Ramillete de Pelo Celestial, cómo había tenido que huir de su casa porque la policía quería detenerlo.

—¿Por qué no volviste a tu casa, La Piedra de Luna, cuando ya se fue la policía?

—No me sentía a gusto. Y tenía miedo de que tuviesen vigilada la casa.

Agitándose en la silla donde estaba sentada, le preguntó, levemente angustiada:

—¿Dónde vives, La Piedra de Luna?

—En ningún sitio y en todas partes —dijo este último, incómodo.

—¿En la calle?

—A veces duermo en el suelo o en el porche de alguna pagoda. De vez en cuando, si encuentro buena gente, les pregunto si quieren acogerme. Por ejemplo, el pastor Issachar Roberts. Cuando no tengo dónde ir, vengo aquí. Una vez terminada la clase de caligrafía, siempre me invita a quedarme en su casa y a comer.

—Tiene que ser duro dormir en la calle..., dormir en el suelo. ¡Qué pena me das! —dijo la chica con un estremecimiento.

—Más que duro, peligroso. Hay que esconderse.

—¿Hay alguien que quiera hacer daño a niños vagabundos que no hacen ningún mal a nadie? —protestó Laura con vehemencia.

—¡Ya no soy un niño!

—Perdona, me he expresado mal. Ni tú ni yo somos unos niños.

—En Cantón hay muchos ladrones de niños.

—¡Qué horror!

—Algunos narigudos compran niños a sus padres para revenderlos en su país. Hace seis meses que por poco me secuestra un mercader de esclavos americano que quería enviarme a las islas Sandwich. Como me hubiera descuidado un poco, me marcan una gran «S» al rojo vivo en la espalda.

—¿Tu madre quería venderte?

—Fue después de huir de casa. Yo trabajaba con un «comprador» como intendente y el hombre se asoció con un traficante de hombres. Por suerte para mí, pude esconderme entre dos cajas de opio destinadas a un fumadero de esta ciudad.

—¡Qué cosa tan abominable! Debías de sentirte muy solo y desgraciado, La Piedra de Luna —dijo Laura, francamente impresionada.

—La libertad no tiene precio, Laura. Ahora no me siento desgraciado. Voy allí donde quiero y hago lo que me place. No tengo que dar cuentas a nadie de lo que hago. Solo a mí mismo.

—Yo estoy muy lejos de esta situación —suspiró la muchacha.

—Aquí es un verdadero lujo. Todo está en venta y todo se compra. El dinero se ha convertido en algo más importante que el Tao. Y los narigudos poseen el necesario para figurarse que todo les está permitido. En China venden opio, y dicen que en otros lugares compran hombres de piel negra para convertirlos en esclavos.

—Yo te lo confirmo. Compran gente en África y la llevan a Estados Unidos.

—¿Has visto alguna vez a hombres de piel negra?

—En Londres están delante de los restaurantes y muestran la carta de los establecimientos a los viandantes para incitarlos a entrar.

Laura sonrió, radiante.

—Yo no los he visto nunca, solo en las pinturas de las pagodas que representan el infierno budista. Allí los demonios tienen la piel negra —exclamó La Piedra de Luna riendo a carcajadas.

—Te aseguro que los negros de que te hablo no son espectros sino personas completamente normales. Como tú y como yo, salvo en el color de la piel.

—Háblame un poco de Londres. ¿Es una ciudad muy diferente de Cantón? —le preguntó el joven chino, fascinado.

Laura le describió con sus propias palabras la capital económica del planeta, sus ministerios y sus clubes, sus bancos y sus compañías de seguros con sus majestuosas e impecables fachadas alineadas a lo largo de amplias avenidas, sus parques y sus jardines donde las familias ricas celebraban sus comidas campestres los domingos, servidas por lacayos de librea, pero también con sus barrios pobres donde muchas familias apenas tenían suficiente para vivir. Le explicó que allí convivían dos mundos codo con codo: el de los ricos que estaban en el candelero y el de los proletarios

oprimidos que se afanaban desde la mañana hasta la noche. Entre los hotelitos particulares de Mayfair, con sus blancas columnatas neoclásicas, y los tugurios de los muelles contruidos con tablas que ardían como teas así que el fuego las rozaba, había casi la misma distancia que entre China e Inglaterra.

—Dicen que allí reina un gran desorden —dijo La Piedra de Luna no sin cierta sorpresa.

Por miedo a ofenderlo, Laura prefirió no responderle. Le parecía que en Cantón la miseria era infinitamente más grande que en Londres y, de haber sido posible poner precio a la vida humana, la de un chino todavía valía menos que la de un inglés.

—Allí hace más frío. En invierno, nieva. Si uno durmiera en la calle, moriría helado de frío.

—¿Se puede morir de frío? —preguntó, sorprendido, La Piedra de Luna.

—Por desgracia, ocurre a veces. Pero como hay menos ingleses que chinos, allí hay menos personas durmiendo en la calle.

—¿Londres está vacío?

—No, es Cantón el que está a rebosar. En Cantón la gente se pisotea.

El joven chino se quedó pensativo y trató de imaginar a qué podía parecerse un país vacío, una ciudad sin gente atropellándose por la calle, donde fuera posible oír piar a los pájaros en los árboles y decir algo a alguien sin necesidad de hablarle a gritos. Un lugar donde, para estar tranquilo, uno pudiera decidir que iba a retirarse a dos pasos de casa para que nadie le molestara, sin que fuera necesario escalar una montaña sagrada. En resumen, una vida que no obligase al ermitaño a refugiarse en las nubes para escapar a los inconvenientes de la vida cotidiana.

Cuando uno descubre que los demás viven de una forma diferente sin por ello sacar conclusiones definitivas acerca de lo que está bien y de lo que está mal, lo que es superior y lo que es inferior, tiene la sensación de haber crecido.

Enardecida por aquella creciente complicidad, Laura Clearstone clavó sus ojos en los de La Piedra de Luna y, para gran sorpresa suya, se oyó decir:

—Pensamos de forma parecida, ¿no crees?

La respuesta fue inmediata:

—Eso es porque somos complementarios.

—No comprendo qué quieres decir.

—Tú eres Yin y yo soy Yang.

—Jamás había oído esas palabras.

—Es la manera que tenemos de ver el mundo en China. Creemos que las cosas que nos rodean solo pueden ser Yin o Yang: vacías o llenas, frías o calientes, húmedas o secas..., luminosas u oscuras. Todo tiene un contrario que es su complemento perfecto. El mundo es así, Laura. Tú eres mi Yin y yo soy tu Yang.

—Ya comprendo —dijo Laura, confusa, que acababa de enterarse por vez primera en su vida del concepto fundamental del pensamiento taoísta.

—Los textos antiguos nos enseñan que en otro tiempo, cuando el cielo y la tierra

todavía estaban confundidos, no existían las formas. El mundo se reducía a abismos insondables, cuevas profundas, extensiones acuosas ilimitadas, inmensidades cubiertas de hierba hasta allí donde se perdían de vista, alfombras de algas ondulantes que llegaban al infinito de la nada. Después de diez mil veces diez mil años hubo dos espíritus que lograron escapar de aquel caos a través de unas salidas que nadie había encontrado hasta entonces. Ellos tejieron la cadena del cielo y dibujaron los contornos de la tierra. De aquella apertura y de aquel desbordamiento nacieron los dos principios antagónicos del Yin y del Yang.

—Jamás habría imaginado que el mundo podía haber nacido de esa manera. Entre nosotros se dice que un Dios único lo creó todo: las montañas, los mares, las plantas, los animales y los hombres —dijo Laura con un temblor delicioso de la voz.

—¡Ya lo sé! He escuchado muchas veces los sermones del pastor Roberts. Nosotros creemos que el uno engendró el dos, el dos engendró el tres y el tres acabó por engendrar los diez mil seres que se agregaron al Yin y abrazaron el Yang^[61].

Laura estaba maravillada. Lleno y vacío, luz y noche, cuevas profundas, abismos insondables..., palabras que se bastaban por sí solas.

—La luna, por ejemplo, es Yin, el sol es Yang, la mujer es Yin y el hombre es Yang, lo mismo que el fuego, aunque el agua es Yin. Tú, Laura, y yo, La Piedra de Luna, estamos hechos para adaptarnos uno a otro.

—¡Qué sistema tan hermoso! —murmuró la muchacha, soñadora.

—Y no es eso todo. Todas las cosas pueden clasificarse según cinco elementos, que también asociamos a las direcciones: en el este se encuentra el bosque y el color verde; en el sur, el fuego y el color rojo; en el oeste, el metal y el color blanco; en el norte, el agua y el color negro.

—No has nombrado más que cuatro.

—A la dirección del centro, que es la quinta, asociamos la tierra y el color amarillo.

—Nosotros solo tenemos cuatro puntos cardinales.

—Escucha la continuación. El agua produce la madera porque le da la savia, la madera produce el fuego porque lo alimenta, el fuego produce el metal que saca del mineral, el metal produce el agua porque cuando se calienta se vuelve líquido. El mundo que nos rodea no es más que el resultado de una sucesión de encadenamientos.

Mientras iba enumerando los elementos, sus manos se rozaron. Se habían juntado, unidos por el dulce flujo de las palabras; él, con una tierna inclinación de cabeza en que la palabra parecía pronta a fundirse en un beso, y ella, con los ojos muy abiertos por la sorpresa ante todas aquellas cosas extraordinarias que él le había contado.

—Una serie de reacciones cada una de las cuales arrastra a la siguiente —dijo Laura en tono festivo.

—Exactamente. Todos esos hechos están consignados en un libro sagrado.

—¿Vosotros también tenéis una Biblia?

—*El Libro de las Mutaciones*, que nosotros llamamos *Yijing*, no se puede comparar ni de lejos con lo que enseña el señor Roberts. Solo los taoístas más expertos consiguen descifrar las figuras que contiene.

—¿Tú lo has intentado alguna vez?

—Todavía soy muy ignorante. Un día te lo enseñaré y entonces te darás cuenta de lo oscuro que es ese libro —dijo él con una sonrisa.

La llegada de Barbara, seguida por el pastor, interrumpió la conversación.

Para aquellos dos seres que se habían convertido en los mejores amigos del mundo, había llegado el momento de la separación.

La Piedra de Luna se sacó del bolsillo un objeto de bronce y se lo tendió a Laura con aire de complicidad.

—Nosotros lo llamamos «candado de los sortilegios» o «candado de larga vida». Es para ti. Sirve para ahuyentar a los demonios.

Esos talismanes, que solían guardarse en general en un cofrecillo de laca roja adornado con el carácter de la doble felicidad *shuangxi*, eran ofrecidos por sus padres a los jóvenes esposos antes de la ceremonia de la boda a fin de unirlos más íntimamente.

—No lo merezco, La Piedra de Luna. Entre nosotros, cuando uno quiere librarse del diablo, se reza una oración y se echa encima agua bendita.

—Laura, hazme el honor de aceptar ese regalo —insistió La Piedra de Luna.

La joven inglesa desvió la mirada hacia su madre y, al ver que Barbara no se había dado cuenta de nada, obedeció.

La Piedra de Luna dejó escapar una exclamación de alegría.

De no haber sido educado según las conveniencias, se habría arrojado al cuello de Laura Clearstone y la habría estrechado tiernamente entre sus brazos.

Cuando alguien acepta un regalo de una persona, ¿no es, para la persona que lo ha hecho, un regalo todavía más grande?

XII

Shanghái
12 de julio de 1846

Apostaría a que sois Antune Vubertu, ¿*tá hem*? Tocado en lo más vivo, el francés, que había reconocido su nombre a pesar del marcado acento extranjero de la persona que lo había pronunciado, dejó de arrastrar la pesada maleta que transportaba, se volvió rápidamente y, como el espadachín que se pone en guardia, exclamó:

—¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Con el padre Diogo de Freitas Branco, de la Compañía de Jesús y de nacionalidad portuguesa, por si no lo habéis deducido de mi acento.

El que se presentaba como jesuita iba vestido al estilo chino con una larga túnica de seda negra acolchada, sobrepuesta a un pantalón bombacho. Sus penetrantes ojos, parecidos a botones de nácar cosidos a una tela rugosa, iluminaban un rostro de rasgos mal delineados en el que una barba se comía toda la parte inferior de la cara hasta los pómulos. Era un hombre fornido, pero parecía uno de esos perros flacos que, pese a no aparentarlo, pueden pegarte un mordisco que va a dolerte lo suyo.

Vuibert sintió inmediata desconfianza y a duras penas consiguió disimular su sorpresa. Que a uno lo identifiquen de ese modo cuando se encuentra en el otro extremo del mundo y no le espera nadie no deja de tener todos los visos de una emboscada.

—¿Cómo es que sabéis mi nombre?

—Los jesuitas, dondequiera que se encuentren, disponen siempre de enlaces y de fuentes de información eficaces. Nuestros hermanos de París nos avisaron de que las autoridades francesas enviaban a Shanghái a un tal Antoine Vuibert. Como el ministro Guizot está en relación con las misiones extranjeras, no se nos escapa nada de lo que hace.

—No sabía que los jesuitas fueran también espías —le soltó Antoine, que no tenía el más mínimo deseo de dejarse impresionar por el portugués barbudo.

—No hay que emplear palabras tan exageradas, señor Vuibert. Como todas las organizaciones que se respetan, la Compañía de Jesús tiene el deber de mantenerse informada cuando de sus intereses se trata. De mí no tenéis nada que temer. Yo os acojo de mil amores y me pongo a vuestra disposición para servirlos de guía en vuestros primeros pasos por Shanghái.

El tono melifluo de Freitas no dejaba translucir nada que revistiera especial interés para nuestro amigo Antoine.

—Gracias, pero hablo chino —dijo con voz seca.

—Ocurre, sin embargo, que el dialecto de Shanghái no es accesible a los usuarios

del mandarín.

—No me decís nada que no supiera ya. Atengámonos a los hechos, padre Freitas: imagino que, si habéis venido a esperarme, no es por mis hermosos ojos.

—Como los jesuitas no mienten nunca, os revelaré la razón, pese a que no pensaba entrar tan pronto en el meollo del asunto.

—Os escucho.

En medio de la indescriptible barahúnda de viajeros mezclados con los *coolies* que les llevaban las maletas, el portugués, tras clavar los ojos en los de Antoine, habló para decir:

—Ya que me instáis a ello, señor Vuibert, la situación es la siguiente: la Compañía de Jesús dispone de un extenso terreno cuyo disfrute querría vender a las autoridades francesas a fin de que estas pudieran construir en él las oficinas de su representación comercial y diplomática.

—Gracias por la información —repuso Antoine, cada vez menos impresionado por aquel jesuita que (¡aquello ya era el colmo!) acababa de convertirse en promotor inmobiliario.

Freitas, alisándose la barba con aire de conspirador, añadió en voz baja:

—En lo que a este asunto se refiere, se os han adelantado y mucho los ingleses. El intendente Gong ya les ha otorgado una concesión de más de cincuenta hectáreas, delimitada por el Huangpu y el río de Suzhou. Y ya están empezando a construir a marchas forzadas. Los ingleses se metieron a Gong en el bolsillo.

—¿Se puede saber quién es el intendente Gong?

Con gesto autoritario, Freitas hizo una señal a un *coolie* que empujaba una larga carretilla para indicarle que cargara el equipaje de Vuibert y, sin dar tiempo a que este reaccionara, lo arrastró a buen paso hacia el centro de la ciudad.

—Mejor no entretenerse demasiado, ya que de lo contrario corréis el riesgo de hacer horas de cola en la aduana —le dijo antes de proseguir—. El intendente Gong es una especie de gobernador de la ciudad, un letrado confuciano que se encarga sobre todo de que se aplique el texto firmado en Tianjín entre el representante de la reina Victoria y el del emperador de China. No quiere que se produzca ningún trato entre narigudos y autóctonos. Gong no va a permitir que los franceses se instalen donde se les antoje. Sospecho que los ingleses habrán untado convenientemente a la gente de su círculo o, tal vez, incluso a él.

—Gracias por las informaciones —respondió Vuibert, ahora bastante impresionado por el aplomo del cura.

—Hemos pensado que, dentro del marco de los preparativos de la llegada a Shanghái del señor De Montigny, la información podía tener interés para vos.

Cada vez más irritado, Antoine Vuibert comprobó que nada o casi nada de la misión que tenía encomendada había escapado a los jesuitas. Se detuvo, pues, y dijo:

—Apuesto lo que sea a que incluso estáis al corriente de mis preferencias en materia de alimentos y que conocéis mis gustos en lo tocante a indumentaria.

—No os lo toméis así, señor Vuibert. Deberíais estar contento al ver el interés que habéis despertado en nuestra Compañía. Además, hemos decidido ayudaros. Y creedme si os digo que no es tarea fácil.

Nuestro aprendiz de diplomático se calmó.

—Dais a entender que nuestros amigos ingleses tienen aquí la voz cantante.

Volvieron a ponerse en marcha abriéndose paso entre la marea humana que bajaba de la ciudad para trasladarse a orillas del Huangpu, ya que era la hora en que los barcos de alta mar atracaban uno tras otro en sus muelles.

—¡No soy yo quien lo dice! Aquí hay más de cien comerciantes venidos de Inglaterra y ni un solo francés. El trabajo que os espera es inmenso, señor Vuibert, y nosotros os aportaremos nuestra cooperación para que podáis afrontarlo en las mejores condiciones.

El jesuita apretó el paso.

—¿Dónde se encuentra ese terreno vuestro?

—En Zikkawei, la zona noroeste de la ciudad. El emplazamiento es ideal. Nosotros hemos hecho construir allí una capilla que linda con el presbiterio, que es donde nos alojamos, justo en las proximidades de un pueblo cuyos habitantes se han mantenido fieles a la fe católica desde los tiempos de nuestra expulsión de China^[62].

—¡Vaya! ¿Me estáis hablando de una comunidad cristiana clandestina?

—¡Ni hablar! Debo puntualizar que el gran letrado Xu, uno de los discípulos más notables del padre Ricci, que fue quien implantó aquí nuestra Compañía, era oriundo de ese sitio. Por ese motivo aquí nos encontramos un poco como en casa.

Al llegar al extremo del muelle se pararon debajo del arco de la gran puerta que daba acceso al interior de la muralla. Estaban allí congregados la mayoría de pasajeros del *Cristina* haciendo cola.

—Hemos hecho bien no distanciándonos demasiado. En la aduana se produce siempre un embotellamiento debido a que someten a riguroso control a todo lo que entra en Shanghái —advirtió el jesuita.

—¿También el opio?

Freitas soltó una sonora carcajada.

—En el caso del opio es otro cantar. Si preguntáis a un aduanero os dirá que en su vida ha visto una sola caja.

—¡Naturalmente!

Su *coolie*, acostumbrado al parecer a los formalismos, acababa de descargar la maleta de Vuibert delante de una especie de ventanilla en la que había un letrado blanco que decía «Oficina de la aduana imperial» en caracteres de color rojo vivo. Detrás de la misma, en una amplia habitación que daba a un jardincillo, había unos diez funcionarios que bebían té verde en silencio mientras observaban con mirada indiferente a los numerosos pasajeros. Su jefe, un hombrecillo delgado que lucía perilla y se distinguía de los demás por su bonete de mandarín adornado con una pluma de pavo real, estaba sentado detrás de una mesa en la que se amontonaba todo

un surtido de sellos y tampones de todos los tamaños. Freitas no debía de ser un desconocido para él, ya que hizo una ligera inclinación de cabeza así que lo vio.

Tras acodarse en la ventanilla, el jesuita entró en materia:

—Señor director Ling, acompaño a ese joven francés, que cuenta con todas las garantías de honorabilidad. Lo he invitado a Shanghái.

—¿Qué piensa hacer en Shanghái ese honorable narigudo?

El jesuita eludió con prudencia la pregunta.

—No ha venido con un proyecto concreto..., aparte, por supuesto, de aprender vuestra lengua, tan bella como difícil.

Antoine, admirado de la labia del jesuita, inclinó levemente la cabeza a guisa de saludo, gesto al que el funcionario correspondió con otro parecido, aunque el suyo acompañado de una mirada de conmiseración hacia aquel desgraciado joven que ignoraba la lengua del país en el que acababa de desembarcar.

Pero Freitas había ganado la partida. Si un extranjero no hablaba una sola palabra del dialecto de Shanghái, no presentaba peligro alguno para la seguridad interior. El patrono de los aduaneros selló con gesto vivo una hoja de papel que tendió con presteza al jesuita, aunque sin abandonar por ello su expresión adusta.

—Aquí tenéis vuestro salvoconducto. Mejor que lo llevéis siempre encima, por lo menos en Shanghái —explicó el portugués a Antoine mientras el *coolie* volvía a cargar en la carretilla el equipaje que los aduaneros no se habían molestado en examinar.

—Admiro vuestro sentido de la improvisación. ¡Mentís con tanto aplomo! —exclamó el agente especial entre bromas y veras.

—En China no hay que ponerse nunca en situación que pueda resultar embarazosa para vuestro interlocutor. Si le hubiese dicho que hablabais chino, ese agente de aduanas se habría visto obligado a someteros a investigación y a averiguar qué razones os han traído aquí, debido a lo cual mañana todavía estaríamos de cháchara. Y a veces resulta que, cuando terminan de hablar, invitan a los extranjeros a que suban en el próximo barco y se vayan.

—En cualquier caso, debo daros las gracias, padre Freitas. De no haber sido por vos, me parece que no habría conseguido salir del aprieto.

—Me encanta que admitáis que he hecho bien viniéndoos a buscar, señor Vuibert.

—Ya me perdonaréis por lo que os he dicho hace un momento.

—Lo encuentro normal, señor Vuibert, puesto que el hecho de verme os ha molestado al mismo tiempo que os sorprendía. Yo que vos habría reaccionado de la misma manera.

Freitas era coriáceo a la vez que buen psicólogo, como esos perros que tanto te pueden morder como hacerte cuatro carantoñas.

En la ciudad el calor era más intenso aún que en el puerto. En aquel ambiente propio de un horno, Antoine, empapado de sudor y agobiado por el calor a pesar de que llevaba totalmente abierta la camisa, se preguntaba cómo era posible que el

jesuita pudiese aguantar la túnica acolchada que llevaba puesta y, encima, abotonada hasta el cuello.

Después de atravesar una encrucijada, los dos hombres se internaron en una calle donde, encaramados en unos taburetes delante de las puertas de sus casas, los médicos y dentistas pregonaban sus habilidades a los potenciales clientes prometiéndoles milagros con gran acompañamiento de miradas.

—Nos encontramos en el barrio de los Medicamentos —explicó el jesuita, que ayudaba a Vuibert a abrirse paso entre grupos de hombres de edad madura cada vez más numerosos a medida que iban avanzando.

—¿Qué hace aquí toda esa gente? —preguntó Antoine.

—Mañana es día festivo. Muchos vienen a ver a las prostitutas y toman sus precauciones. El polvo seco de verga de tigre y las virutas de cuerno de rinoceronte se venden como panecillos —comentó, muy serio, el jesuita.

En el plano urbano, la ciudad-mercado era un desbarajuste absoluto. A uno y otro lado de sus calles llenas de baches, muchas de las cuales eran aún cloacas al descubierto, unos obreros demolían las viejas barracas hechas con planchas. En su sitio se empezaban a construir pequeños edificios impersonales donde los comerciantes instalaban vistosas tiendas, aunque la mayoría regidas por un desorden total.

Pronto no quedaría nada de aquella confusión caótica que ayer, sin ir más lejos, constituía el encanto de Shanghái.

Al volver la esquina de una calle que era un hormiguero de gente, atrajo la mirada de Antoine un pájaro enjaulado al lado del cual había un hombre tocado con un curioso sombrero puntiagudo.

—Es un pájaro sabio y él un adivino —le explicó el jesuita.

El pajarero se apresuró a tender una baraja a Antoine.

—¡Elegid una carta! —invitó el jesuita al francés, quien lo obedeció encantado.

Con gestos lentos, el pajarero restituyó el naipe a la baraja y la revolvió con gran atención. Después, con gesto preciso, abrió la jaula y el pájaro mágico se precipitó hacia el mazo de naipes, hundió el pico en él y extrajo del mismo el que nuestro aprendiz de diplomático acababa de escoger.

—¡Menudo pájaro! —exclamó este, mirándolo fascinado.

—Ese pájaro igual te tira las cartas que te anuncia cuál va a ser tu futuro.

Antoine miró a Freitas y comprobó que el jesuita no bromeaba. Un cliente de porte juvenil intervino en aquel momento y suplicó al pájaro que le dijese si tenía posibilidades de salir airoso del examen que debía pasar. Tras pedirle un *liang* y ante la mirada fascinada de los mirones, el pajarero, acompañándose de gestos ampulosos de actor de teatro, pidió al volátil que actuase. Una vez el horóscopo en marcha, se guardó la moneda y declaró al interesado que sería un hombre rico e importante.

Los pobres son muy crédulos y constituyen una bendición para los charlatanes, ya que les llenan los bolsillos.

Unos pasos más allá, otro baratero apostado junto a una estaca de la que tenía colgado el esqueleto de un perro cubierto con una piel de tigre describía al populacho con todo lujo de detalles las virtudes de los huesos pulverizados y de la médula del «felino mágico» que él, según afirmaba, había matado «con sus propias manos». En prueba de la eficacia de sus potingues exhibía un gallo al que, al decir de él, había injertado la pata de un ánade.

—Ese bribón ha arrancado la piel de la pata a un pobre pato y la ha enfundado como si de un guante se tratara en la de ese gallo después de cortarle los espolones —explicó Freitas a Vuibert.

—¡No había visto el truco!

—No ibais a figuraros que ese gallo se había convertido realmente en un semipalmípedo, supongo —dijo el jesuita con una carcajada.

—Más o menos. Ese charlatán sabe engañar a la gente —bromeó el francés.

—Es evidente que acabáis de llegar. Tranquilizaos porque dentro de unos meses ya sabréis hasta dónde puede llegar la marrullería de un comerciante chino.

Al llegar a una plaza donde unos *coolies* amontonaban sacos de ladrillos destinados a la construcción de un largo muro que cerraba un recinto, el portugués señaló con el índice una casa vieja de madera delante de la cual todavía se levantaba un farol de piedra que tenía por lo menos trescientos años de antigüedad.

—Es el Viejo Farol. Y esta es la casa de té más bella de Shanghái.

—¡Es espléndida!

—Y en realidad, la más antigua.

—¿Cuántos años se le calcula?

—Corresponde a la dinastía de los Song.

—¡Es increíble! Es de madera y todavía aguanta.

En aquella obra de albañilería urbana en que se había convertido la ciudad de Shanghái, donde las demoliciones se sucedían a ritmo desenfrenado, la conservación de aquel fósil arquitectónico era una especie de milagro.

—En aquella época, el sitio donde nos encontramos ahora era una isla circundada por un lago dedicado a lugar de esparcimiento. Se dice que el prefecto que la mandó construir pasaba allí muchas horas sorbiendo té y escribiendo poemas, debido a lo cual fue destituido. En aquellos tiempos no se andaban con bromas en lo tocante a leyes y reglamentos si uno ocupaba el cargo de alto funcionario de la administración imperial.

—¿No ocurre así ahora?

—Los mandarines se toman ahora todo tipo de libertades. No hay que olvidar que, para un Han, China se encuentra actualmente bajo tutela extranjera.

—Pues si aquel pobre prefecto volviera, no reconocería el sitio.

—¡Por supuesto! Hay tantísima gente que las ciudades crecen de forma salvaje y corroen la naturaleza como un cáncer —sentenció Freitas con voz extrañamente lúgubre antes de ordenar al *coolie* que les esperara con la maleta.

—Estoy muerto de sed —no pudo dejar de manifestar Antoine, que desde que había pisado tierra china ya había perdido varios litros de sudor.

—La mejor bebida para apagar la sed es el té —dijo el jesuita invitando con gesto teatral a Vuibert a que lo siguiera al interior del Viejo Farol.

En el salón principal de la venerable casa de té amueblada al estilo antiguo reinaba un ambiente tranquilo, sereno, que parecía bañado en la pátina de los años, un ambiente arrancado de los antiguos relatos chinos de la dinastía de los Song o de los Yuan, donde los héroes —a menudo hombres de edad avanzada que no por ello dejaban de comportarse como pillos redomados— pasan horas hablando sobre torneos oratorios o departiendo acerca de sus hazañas sexuales mientras van sorbiendo té verde.

Había una docena de ancianos con su perilla y su coleta, vestidos con largas túnicas en las que destacaban los dibujos de flores y pájaros, que degustaban sus brebajes mientras jugaban al *mahjong*, a las damas o al ajedrez. A través de una escalera de caracol bellamente patinada, una guapa camarera los condujo a un pequeño reservado situado en el piso superior donde unas ventanas redondas se abrían a la calle.

Vuibert, agotado por el calor, mostraba una sonrisa de circunstancias.

—¿Sabéis qué habría sido de vos de no haber estado yo presente para ayudaros a pasar la aduana? —le preguntó Freitas.

—No sé muy bien... Supongo que me habrían hecho esperar mucho, ¿verdad?

—Pues muy sencillo: habríais esperado el tiempo necesario para reunir la cantidad de dinero exigida.

—¿Cuánto?

—Imposible responderos. El problema radica precisamente en esto. Una situación imprecisa. A la gente de aquí le gusta ver que los demás se debaten en la incertidumbre. Te dejan en maceración todo el tiempo que pueden. Los funcionarios chinos son maestros en el arte de hacer pagar muy caros sus servicios, aunque hacen como si no se dieran cuenta de lo que pasa. A eso le llaman «acariciar el cuello del caballo».

La camarera les había traído una bandeja de *yuanxiao*, bolitas de arroz apelmazado rellenas, sobre las que se abalanzó con viveza el francés, que estaba hambriento.

—¿Insinuáis que son corruptos?

—Hasta la médula. No olvidéis que el Estado manchú está completamente arruinado. Hace mucho tiempo que no paga emolumentos a los aduaneros. ¿Cómo queréis que el aduanero Ling cubra sus gastos mensuales y los de sus hombres?

—No me figuraba que la administración china estuviera podrida hasta ese punto.

—¡Si no fuera más que la administración! —suspiró el jesuita—. China entera está corrompida, mi querido Vuibert, el país está al borde del colapso. Las instituciones están absolutamente putrefactas.

—Los imperios más grandes acaban siempre por caer en la decadencia.

—Este país es un cuerpo enfermo al que conviene prestar atención antes de que muera.

—Os veo muy pesimista, padre Freitas.

—El médico de almas que soy yo no puede permitirse ser pesimista, señor Vuibert. ¿Sabíais que hay nada menos que treinta y dos jesuitas consagrados actualmente al apostolado de esta provincia? —preguntó el portugués sacando pecho.

—¡No sabía que China fuera una provincia!

—Se trata de un término de la jerga jesuítica. Para la Compañía de Jesús, Francia, Italia o España son «provincias». La provincia de China depende de Macao porque es allí donde reside el provincial.

Vuibert enarcó las cejas con aire de sorpresa.

—Sí..., nuestro jefe —aclaró el portugués con aire de persona enterada.

—¿Cómo reacciona la población china frente a la «terapia de almas» que le administráis?

—Con altibajos, como ocurre con todo. Debéis saber que los jesuitas no son los únicos que trabajan, como vos decís, en la terapia de almas. Están también los lazaristas y los franciscanos.

—¿Quiere eso decir que los chinos aceptan de buen grado que los conviertan?

—Hay que proceder con cautela. El pasado mes de febrero hubo un sacerdote español, Alonso de Albas, que fue torturado hasta la muerte en un pueblo de las proximidades de Hangzhou. Después de molerlo a palos, sus asesinos lo decapitaron no sin antes haberle hecho catar todo tipo de carnes a fin de asegurarse de que no pertenecía a ninguna de esas sociedades secretas cuyos miembros tienen prohibido consumir cerdo o animales de pluma.

—¿Era jesuita?

—No, lazarista. De hecho, un hombre bastante inoportuno y excesivamente rígido. Parece que bautizaba a sus feligreses en cadena, los colocaba delante de un balde de agua bendita y les aseguraba que irían a parar al infierno si rechazaban los sacramentos de la Iglesia.

—Ya comprendo... —repuso Antoine, lejos de sospechar que algunos misioneros católicos ejercían su apostolado en China con parecida contundencia.

—Una desgracia así no le habría ocurrido a un miembro de la Compañía de Jesús. A la gente de aquí no le gusta que la obliguen a hacer las cosas por la fuerza, que le metan con calzador las ideas en la cabeza, que le laven el cerebro. Hay que proceder siempre con suavidad, no hay que conminar nunca al converso a que abandone sus creencias ancestrales. Nosotros somos mucho más moderados que nuestros colegas lazaristas.

—Los chinos están muy apegados a sus ritos desde la noche de los tiempos. ¡Confucio tiene su peso!

—Exactamente y, además, nuestro provincial nos autoriza a decir misa en chino.

En el momento de la bendición final, incluso invocamos a Confucio y a Guanyin — siguió explicando Freitas hasta que se calló bruscamente y exclamó—: Pero ¿qué hago? Solo hablo de mí. Decidme, querido señor Vuibert, ¿qué impresión os han producido vuestros primeros pasos por tierra china?

Antoine se preguntó a qué venía aquel brusco cambio de tema.

—Las calles no huelen muy bien y la pobreza es evidente en todas partes —se aventuró a decir.

—Desengañaos; comparada con Cantón, Shanghái es una ciudad opulenta.

—¡No lo sabía!

—Es así. Entre lo que uno aprende en los libros y la realidad de la situación hay siempre un abismo. Afortunadamente, el puerto de Shanghái funciona muy bien desde que la falta de mantenimiento del Gran Canal obliga a los barcos a pasar por la vía marítima, mientras que en Cantón los Cohong bloquean el comercio y acaparan todos los márgenes exclusivamente en beneficio propio.

Pese a ser un cura católico, Freitas Branco se expresaba como un perro viejo en materia de negocios.

Antoine, a quien el comportamiento de su interlocutor, en quien descubría una actitud de pirata de los mares que no cesaba de sorprenderle y a quien, debido a ello, intentaba clasificar exactamente, le preguntó:

—¿Cuánto tiempo lleváis en China, padre Freitas?

—El mes que viene hará seis años que llegué.

—Parece que algunos mercaderes ingleses amasan auténticas fortunas gracias al comercio del opio.

—Es evidente. La Compañía ha dejado escapar la oportunidad. Algunos independientes han caído en la brecha, pero de paso han hecho verdaderas fortunas. Han tenido olfato —dijo Freitas dejando escapar un suspiro y alisándose la barba.

A Antoine Vuibert le daba casi la impresión de que el jesuita portugués lamentaba la ausencia de su orden religiosa en la mesa de aquel colosal festín.

—¿Os estáis refiriendo a los señores Jardine & Matheson?

Antes de responder al francés, el jesuita tomó un sorbo de té.

—Veo que estáis bien informado, señor Vuibert. Esta sociedad comercial ocupa una posición próxima al monopolio. Por otra parte, es evidente: su sede social es el inmueble más bello de Shanghái. Si os molestáis en asomaros a la ventana, distinguiréis perfectamente los últimos pisos.

El edificio de ladrillo que nuestro viajero había divisado desde el barco se elevaba hacia el cielo como una gigantesca divinidad tutelar cuya finalidad fuera proteger la ciudad. A pesar de la distancia, Antoine podía ver los enormes clavos de bronce de cabeza biselada que marcaban las hileras de ventanas de guillotina con macizos marcos de piedra tallada.

—Recurrieron a un arquitecto americano de Chicago —añadió el cura.

—¡Impresionante! No dudan en alardear de potencia —exclamó Antoine,

sobrecogido ante la magnificencia del edificio.

—Es la estrategia que adoptan. Así nadie se atreve con ellos.

Por espacio de una milésima de segundo, Antoine, que recordaba la expresión codiciosa del ministro de Asuntos Extranjeros Guizot al comentar las ventajas que obtenía la empresa Jardine & Matheson, imaginó que se convertía en su competidor y que se labraba una fortuna en las mismas barbas de aquellos ingleses taimados que no sabían qué era fe ni ley.

Hacer alarde de poder para disuadir a quienquiera que pretendiera medirse con él era un método apropiado para seducir a un joven aventurero de su catadura.

—Son inexpugnables.

—Totalmente. Empezando por su representante de Shanghái, que hace lo que le da la gana.

Un hombre, pensó de pronto Antoine, al que le convenía conocer.

—¿Quién es? —preguntó con aire indiferente.

—Un tal Jack Niggles. ¿Queréis que os lo presente?

Al francés le costaba disimular su sorpresa, puesto que no suponía que fuera así de fácil tropezar con la ocasión de saber más cosas sobre tan jugoso comercio.

—¿Lo decís en serio?

Freitas, que no soportaba que tomasen sus palabras en broma, frunció el entrecejo.

—¡Si os lo digo es porque es así!

—Me encantaría conocerlo..., siempre que sea posible, claro —farfulló el francés, agradecido.

—Conozco a Niggles. Es un comerciante fuera de lo común que defiende con uñas y dientes los intereses de su empresa —exclamó el jesuita, que parecía realmente entusiasmado.

La guapa camarera se acercó para verter agua caliente en la tetera. Mirándolo de reojo, espiaba a Antoine, quien no tardó en advertirlo. La chica pasó varias veces delante de él con la espalda muy erguida. Si no hubiera estado presente Diogo de Freitas Branco, a buen seguro que le habría propuesto terminar la velada en su compañía.

—Aquí los narigudos son siempre motivo de atracción. Procurad ser prudente, amigo mío. Muchos extranjeros se han encontrado con que un supuesto padre o hermano mayor de una mujer que habían tomado por una prostituta les reclamaba dinero —dijo al tiempo que el jesuita se ponía de pie, ya que no le habían pasado inadvertidas las maniobras de la camarera.

—Trataré de seguir vuestros consejos..., por mucho que me cueste —dijo el francés medio en broma.

Apenas se tenía de pie. La descompresión, inevitable después de una travesía tan larga, a la que había que sumar el calor extremo que reinaba en la ciudad, había dejado exhausto al francés.

—¿Qué os gustaría hacer ahora? —inquirió el portugués advirtiendo la fatiga extrema de su interlocutor.

—Lo primero, encontrar un sitio donde dejar mi equipaje. A buen seguro que conoceréis alguna pensión modesta con tarifas a mi alcance.

—¿Lo decís en serio? Os hospedaréis en la Compañía de Jesús. Nuestra casa dispone de varias habitaciones para los visitantes de paso. Esto os facilitará el tiempo necesario para buscar un alojamiento decente. En Shanghái no es cosa fácil. Si supierais qué tugurios alquilan a veces los chinos a los extranjeros.

Vuibert aceptó de buena gana. Tras la fatiga del viaje, no tenía ganas de recorrer las calles de aquella gran ciudad portuaria buscando albergue, aparte de que la perspectiva de ponerse en contacto con Niggles a través de Freitas le resultaba sumamente alentadora.

El jesuita paró un palanquín.

Entre Zikkawei, el barrio extremo donde residían los jesuitas, y el centro de la ciudad se extendía una vasta zona dedicada al cultivo de hortalizas donde unos hombres acuclillados en el suelo fangoso se metían en la boca los dedos mojados primero en barreños llenos de materias fecales y los lamían después como quien degusta confitura.

—¿Sabéis de algún otro país donde los jardineros sean capaces de catar los excrementos humanos con el fin de determinar si provienen de la digestión de carne o de pescado? —preguntó con aire santurrón el jesuita.

El francés, que había tardado un poco en darse cuenta de lo que veían sus ojos, tuvo que llevarse la mano a la boca.

—¿Y por qué lo hacen? —preguntó, asqueado.

La risa sardónica del portugués le heló la sangre.

—Muy sencillo: porque los excrementos a base de carne son más caros que los otros y los chinos en general detestan que los estafen.

—¡Es horrible! ¡Qué costumbre tan bárbara! ¡Me parece increíble!...

—Ya comprobaréis que en China es habitual decir: «¡Increíble, pero cierto!». A propósito, ese es el terreno que os ofrezco —exclamó Freitas señalando un inmenso erial cubierto de hierbajos en el que merodeaban perros en busca de restos comestibles—. Es grande, ¿verdad?

—En efecto..., hay espacio sobrado —soltó el francés sin excesiva convicción, ya que todavía tenía la nariz impregnada de olor a mierda.

El jesuita rompió a reír y le mostró el dorso de la mano.

—Sabed que no pasarán dos años sin que la ciudad haya ocupado ese espacio por entero y entonces valdrá tres veces su precio actual. Shanghái no para de crecer, como las uñas. Ya habréis comprobado con qué rapidez los chinos derriban casas y construyen otras nuevas. Son industriosos como las hormigas.

—No lo dudo —dijo sobriamente Antoine, con ojos nublados por el sueño.

El jesuita, que era de los que no sueltan fácilmente la presa, remachó el clavo.

—Creedme si os digo, señor Vuibert, que si Francia compra ese terreno se situará en uno de los lugares más hermosos de Shanghái...

XIII

Londres
8 de enero de 1847

Cuando John Bowles entró en el despacho supercaldeado de Sam Goodridge, su redactor jefe, y vio, apoyadas en la mesa, las suelas claveteadas de sus enormes borceguíes, comprendió al momento que su superior jerárquico iba a hacerle una de aquellas proposiciones a las que habría sido ilusorio imaginar que podía sustraerse.

De pronto, su rostro cuadrado de ojos de color azul intenso, enmarcado por unos cabellos rubios bastante largos y animado por una boca grande y muy movediza, se ensombreció al tiempo que sus labios golosos y carnosos, que revelaban su propensión a consumir el cirio de la existencia por los dos cabos, se fruncieron en una mueca.

Conviene precisar que Goodridge, hombre de talante brusco y autoritario cuando lo estimaba necesario, solía subir los pies sobre la mesa siempre que quería poner a sus colaboradores —de eso presumía, por lo menos— «en situación de obedecerlo sin rechistar».

Sam dirigía el equipo de diseñadores del *Illustrated London News* con eficacia, es decir, de forma absolutamente dictatorial. Gracias a sus métodos enérgicos, había contribuido a convertir aquel semanario de dieciséis páginas ilustradas con veintidós grabados, creado cinco años atrás por Herbert Ingram, en uno de los órganos faro de Gran Bretaña, es decir, un medio temido y respetado capaz de cambiar a su antojo la opinión pública y sobre el cual se arrojaban con voracidad todas las minorías políticas, económicas e intelectuales del país.

Bowles, que se lo esperaba todo, incluso que lo pusieran de patitas en la calle, no las tenía todas consigo cuando veía que Goodridge se relamía con la lengua los gruesos labios, que era lo que solía hacer antes de empezar a hablar.

—¡Bowles! ¡O sea, que vais a China! —le lanzó Sam mientras mascaba el eterno puro que no abandonaba nunca para martirio de todos aquellos que se le acercaban demasiado.

—Supongo que no tengo otra opción —respondió John, aliviado.

Aparte de que era una situación que no le disgustaba del todo después de un año de trabajar en la revista, en la que había entrado inmediatamente después de haber obtenido su diploma de dibujo y grabado en la Royal Academy, Bowles sabía muy bien qué suponía enfrentarse a Bowles en lo tocante a obediencia: o te doblegabas a sus deseos o te largabas antes de que te echase.

El redactor jefe invitó al dibujante a sentarse en una de las sillas cojas que tenía colocadas delante de la mesa.

—No es así exactamente, Bowles. En la actualidad estamos vendiendo un promedio de setenta mil ejemplares por semana. Ingram desea que subamos a los cien mil semanales. A ver si me seguís, Bowles. Para llegar a ese listón, necesito imágenes, Bowles, cantidad de imágenes de catástrofes, cantidad de imágenes insólitas, cantidad de imágenes de reyes y reinas, cantidad de exotismo. Gran Bretaña es una isla minúscula donde no ocurre nada sensacional. Las violaciones y los crímenes son raros y los cocheros de las diligencias se han vuelto tan sensatos que ahora los accidentes se cuentan con los dedos de una mano. China, en cambio, es una mina, Bowles. China es un país inmenso, de costumbres primitivas, poblado de gente de una crueldad increíble. ¿Habéis oído hablar de ese suplicio chino de la gota de agua? Hay que ser chino para inventar una cosa así. Solo con las noticias relacionadas con el opio que les vendemos..., no sé si me seguís, Bowles, pero sobre China se pueden hacer artículos fabulosos. Ingram y yo estamos de acuerdo sobre ese punto: China es un tema de venta fantástico...

Arrastrado por su exaltación, el gordo Sam, que llevaba siempre el chaleco abierto sobre un vientre orondo al que solía referirse diciendo que tenía la «barriga alegre», estaba sudando la gota gorda.

Bowles, que no lo había visto nunca tan excitado, respondió:

—Tendré que ponerme a estudiar chino.

—Os conviene. Además, las putas de allí seguramente no hablan inglés. Parece que las chinas son verdaderas espadas en cuestión de lides amorosas..., algo que tiene que ver con el fetichismo —exclamó Goodridge secándose la frente.

Seguidamente, como no le gustaba que le vieran sudar, se pasó la mano regordeta y velluda por las axilas aureoladas de sudor, se puso de pie y abrió de par en par los dos batientes de las ventanas de la habitación. Inmediatamente, como en la calle el frío era atroz, entró una ráfaga de aire glacial.

—¿Ah, sí?

—¿No estáis enterado del asunto de los pies vendados? —preguntó el redactor jefe con el rostro arrebolado y una mirada en la que acababa de asomar un brillo lúbrico.

Como un indio que diera vueltas alrededor del cráneo del enemigo, comenzó a girar en torno a la silla donde estaba sentado Bowles.

—Poca cosa.

—Pues las chinas tienen unos pies minúsculos porque cuando son pequeñas se los vendan con una tela muy prieta debido a que a los chinos les gustan las mujeres con los pies así..., y además, así no se les escapan para ir de parranda. Ya sabéis, Bowles, que con las mujeres no se puede estar nunca seguro de nada.

—Sí, un punto de vista que también comparto.

—También dicen que ahogan a muchas niñas así que nacen porque sus padres las consideran una carga inútil.

—¡Qué horror! —murmuró John, sin sospechar que su observación haría estallar

a su jefe.

—No sois quién para juzgar, Bowles, sino que os debéis limitar a hacer la crónica de los hechos. El periodista debe limitarse a describir lo que ve. No podemos erigirnos en reformadores de las costumbres, Bowles. Lo único que queremos son reportajes sobre los niños de cinco años que trabajan en las minas de sal y las niñas de trece años que venden sus encantos en las casas de lenocinio. ¡Y sobre todo, nada de artículos de moralina y lágrima fácil con los que solo conseguiríamos aburrir al personal que, como ese aspecto le tiene sin cuidado, nos dejaría en la estacada!

Aquellas palabras, que contrastaban con la línea editorial más bien social y vanguardista del *ILN*, nombre por el que era conocido el semanario, que el mes anterior se había distinguido por una virulenta campaña impulsada por Ingram que apuntaba a que el gobierno prohibiera el trabajo infantil en el fondo de las minas británicas, provocó la sonrisa de Bowles.

Pero el éxito de una revista se basa siempre en esa sutil alquimia entre principios antagónicos.

—Dicho sea de paso —añadió Goodridge—, ¿escribís en inglés sin faltas de sintaxis ni de ortografía?

—Sí, señor Goodridge, ¿a qué viene esa pregunta?

—Es que tendréis que hacer de dibujante y de redactor, amigo mío. Queda descartado enviar a otra persona a un país tan lejano. Si lo hiciera, arruinaría la revista y eso el señor Ingram no me lo perdonaría nunca.

—Me honra que hayáis pensado en mí, señor Goodridge.

—He pensado que era más fácil encontrar a un dibujante que supiera escribir que a un redactor que supiera dibujar —le espetó el redactor jefe, que había querido ahorrarse aquella grosería.

Pero John estaba tan contento de que lo hubiera elegido que aquella última ofensa no hizo mella alguna en él.

—¿Cuándo tengo que salir hacia China, señor Goodridge?

—A partir de ahora, John, podéis llamarme Sam.

Era la primera vez que su jefe pedía a Bowles que se dirigiera a él por su nombre de pila. El dibujante, que seguía flotando en una nube, obedeció dócilmente.

—¡Sam!

—En el primer barco, John. Creo que la semana que viene zarpa uno. De hecho, todos los meses hay cinco o seis que salen de Londres con destino a Asia.

—¿A qué ciudad vais a enviarme?

—A Cantón. Es allí donde tendréis la base. A esa ciudad llega opio. El río que atraviesa esa ciudad portuaria se llama río de las Perlas. Os juro, John, que con solo oír ese nombre me empalmo —exclamó el gordo periodista pasándose la mano por el bajo vientre.

—¡Y pensar que no he salido en mi vida de Inglaterra descontando el País de Gales! —dijo John, a quien la cabeza ya había comenzado a darle vueltas.

El dibujante empezaba a cobrar conciencia de que su vida estaba a punto de hacer un viraje. ¡Las cosas ocurrían tan aprisa! Se había figurado, al pisar su despacho, que Goodridge iba a despedirlo y hete aquí que lo había propulsado al otro extremo del mundo.

—Sois joven e inteligente. Os aseguro, John, que os bastarán unos pocos días para nadar como un pez chino en las aguas del río de las Perlas.

—¿Lo creéis de veras? —preguntó el interesado con un nudo en la garganta.

—Os lo digo yo. Aparte de que la revista os facilitará lo necesario para aseguraros los servicios de un intérprete. Por lo menos durante los primeros meses de vuestra estancia. Estoy seguro de que, pasadas seis semanas, estaréis en condiciones de desenvolveros perfectamente en cantones.

—¿Me podríais explicar exactamente cuáles van a ser los requisitos exactos de mi misión en China, Sam? —inquirió Bowles, que ya empezaba a sentir un ligero vértigo ante el desafío que se le echaba encima.

Su tarea de dibujante de prensa consistía en recoger en vivo sucesos de toda índole —prostitutas asesinadas por maníacos después de sufrir las peores torturas, viandantes atracados por bandas de delincuentes callejeros, saqueos de tiendas lujosas por obra de vagabundos que no tenían nada que llevarse a la boca, incendios de chabolas en las que los indigentes vivían hacinados, accidentes de circulación con su cortejo de caballos despanzurrados y peatones muertos o gravemente heridos— que salpicaban a diario aquel caldero en ebullición que era Londres.

—Describir lo más sensacional que veáis a través de dibujos y escritos y enviarlo cada mes por barco. No vacilar cuando sea preciso ir donde no va nadie. Enviar buenos *scoops*... En fin, nada del otro mundo, John. Cuanto más variados sean los temas, y hasta me atrevería a decir que cuanto más picantes sean los temas, más beneficiada saldrá *ILN*. No sé si me seguís. De todos modos, no pienso daros lecciones de algo que vos conocéis mejor que yo, amigo mío —dijo el redactor jefe, que acababa de volver a situarse detrás de su escritorio.

—Y para concretar más, ¿cuántos dibujos y cuántos artículos debería enviaros cada mes?

—Pongamos que cinco dibujos y dos artículos. Pero os ruego que no pongáis puertas al campo. Si os cae en las manos algún tema extraordinario que exija un informe especial, no os detengáis.

Dos o tres veces al año, el *ILN* ofrecía a sus lectores un «informe especial» compuesto de unas quince páginas y unos veinte dibujos. La condición requerida era que el tema revistiera especial atractivo y fuera comercial. Gracias al último «informe especial», que contaba la historia del padre Crickton, las ventas de la revista habían aumentado en un treinta por ciento.

La iglesia anglicana había enviado a Hong Kong a dicho religioso con el encargo de abrir un orfanato destinado a cobijar a las niñas abandonadas por muchas familias en los estercoleros públicos, a veces en plena calle, donde no tardaban en morir de

hambre y de deshidratación cuando no eran devoradas por perros cimarrones. Cuando tenían trece o catorce años, el misionero las enviaba a Macao a cambio de dinero contante y sonante, donde pasaban a formar parte de las muchas casas públicas cuya implantación se veía favorecida por los portugueses debido a que atraían a millares de marineros de paso que dejaban en ellas gran parte de la paga. Cuando llegó a oídos del arzobispo de Canterbury, cabeza de la Iglesia anglicana, la existencia de este tráfico, obligó al misionero a abandonar el puesto que ocupaba. El corresponsal del *ILN* en Canterbury había hecho una investigación y conseguido una entrevista exclusiva de Crickton que había sido noticia de primera página en la revista.

—Ya comprendo. Si no me equivoco, mi trabajo consistirá en desenmascarar a quien se dedique a hacer de sacerdote durante el día y de atracador o de traficante de opio por la noche —dijo medio en broma Bowles, que acababa de recuperar el sentido del humor.

—Veo que me habéis captado perfectamente, mi querido John —exclamó Goodridge descargando su manaza en el hombro del dibujante.

Al salir del despacho del redactor jefe, John Bowles se encontraba de excelente humor.

Para un periodista reducido hasta entonces a dibujar heridos y cadáveres fruto de los sucesos de la actualidad londinense, aquel traslado a China constituía una excitante sinecura pese a comportar un cambio total de vida.

Existía, además, un aspecto particular, este de orden sentimental, con respecto al cual aquel cambio le encajaba como anillo al dedo.

Después de la desenfrenada y particularmente agitada vida sexual que le deparaba su físico agraciado, el dibujante-periodista había iniciado desde hacía seis meses un idilio con una joven maestra llamada Margaret Simpson.

La había conocido casualmente en el *pub* que tenía junto a su casa y que solía frecuentar. Margaret estaba festejando con dos de sus compañeras, estas de aspecto plenamente disuasorio, su ascenso a un nivel superior dentro de su profesión. Atraído por su rostro, John se dispuso a tirarle los tejos. La muchacha era hija de unos modestos comerciantes de Yorkshire, aunque en realidad era bastante menos mojigata que sus padres. La primera noche aceptó que la besase y a los dos días que la metiera en su cama. La joven maestra, de formas rotundas, no se hacía de rogar. Tan pronto le ofrecía su vientre acogedor a guisa de edredón como sus generosas ancas, adornadas, dicho sea de paso, con dos simpáticos hoyuelos en los bajos de la espalda. Pero tan comodísima situación, que brindaba a John la posibilidad de disponer de una mujer sin verse obligado a pagar a una prostituta ni a casarse, un buen día tocó fondo. Desgraciadamente para Bowles, desde hacía unas semanas a Margaret le había dado por esgrimir determinadas reivindicaciones y no hacía más que hablar de unión y de progenitura, soñando en voz alta con niños y con una casita de campo en medio de un prado con manzanos embellecida con unas cortinitas a cuadros en las ventanas. John no se había atrevido a decirle que se trataba de un proyecto que no entraba ni de lejos

en sus planes. Resultaba que nada menos que el día anterior su amante le había suplicado que cambiara de trabajo argumentando que la profesión de dibujante le robaba demasiado tiempo y, encima, era peligrosa.

O sea, que, consciente de que era mejor romper cuanto antes y no esperar a que se agriase la situación, a John le pareció que la ocasión que se le ofrecía era que ni pintada.

De camino de regreso a casa, una vez cerrada la revista y tras haber rectificado la orla de un grabado que representaba un accidente espantoso en el Strand sufrido por una diligencia que había costado la vida a tres personas —una madre y sus dos hijos de temprana edad—, gracias al cual se venderían por lo bajo unos mil ejemplares suplementarios de la edición que saldría dos días después, se dedicó a recapacitar sobre la manera de redactar la carta con la que anunciaría a Margaret que su jefe había tenido la desafortunada idea de enviarlo al otro extremo del mundo.

Cuando Bowles llegó a su casa, helado y con el estómago vacío, lo primero que hizo fue llamar a la puerta de su vecino de rellano, ante la cual flotaba permanentemente un intenso olor a puro cuando su ocupante estaba en casa.

Su vecino no tardó en acudir a la puerta, arropado en una bata invernal de felpa negra forrada de seda roja, lo que le daba un falso aire de sacerdote anglicano.

—¡Nash, vengo a daros una gran noticia! La semana que viene me traslado a vivir a Cantón. La revista donde trabajo me ha nombrado enviado especial.

—¿De veras? —exclamó Nash Stocklett—. Pasad, por favor, y tomaremos una copa y me lo contáis todo.

Los dos hombres se conocían bastante y se tenían aprecio. El joven dibujante ocupaba un pequeño piso amueblado por el que pagaba un alquiler exorbitante, que daba al patio del edificio donde Nash tenía también su apartamento. Desde el mismo día que había visto a Bowles haciendo la mudanza y acarreando escaleras arriba una pesada maleta, Stocklett lo había invitado a tomar una taza de té chino y a fumarse un puro en su casa, lo que el otro había aceptado encantado. Los dos hombres se alegraban siempre de verse, aunque era más frecuente que Bowles visitase a Stocklett que lo contrario.

—Acabo de enterarme de la noticia por boca del redactor jefe.

Stocklett hizo pasar a su invitado al salón y le dijo con un suspiro:

—¡Y pensar que jamás he tenido ocasión de ir a ese país cuando precisamente me dedico a tratos de importación-exportación con él mismo! No sabéis qué envidia me dais.

—Pues podéis visitarme en Cantón cuando queráis. Os acogeré encantado.

—No sé si a mis jefes les gustaría la idea. Si yo me fuera, a lo mejor descubriría al volver que me había quedado sin el puesto —explicó el jefe de contabilidad de Jardine & Matheson.

Tras echar un tronco a la estufa de loza holandesa, indicó a Bowles un canapé de cuero brillante como una silla de montar en el que estaba instalado un enorme gato de

angora de grisácea pelambreira.

—Supongo que la presencia de *Dady* no os incomodará.

—Al contrario, vuestra gata me encanta, Nash. Y además, tengo la debilidad de creer que ella también me tiene simpatía.

—¿Té o *brandy*, John?

El ofrecimiento era insólito. Normalmente, Nash Stocklett únicamente invitaba a té a John Bowles. A buen seguro que aquel asunto del traslado a China lo había desorientado un poco, hubo de decirse el dibujante-periodista. Dada la temperatura de la calle, que lo había dejado helado, John optó por el *brandy*, deseo que su anfitrión atendió al momento sacando una botella del fondo de una gran alacena de estilo neogótico en la que guardaba sus licores.

—¡Delicioso vuestro *brandy*, Nash! —comentó John mientras acariciaba a *Dady*, que se puso a ronronear de pronto emitiendo el rumor propio de un telar en pleno funcionamiento.

Nash, que se había puesto algo nervioso, carraspeó.

—Tiene diez años. En mi opinión, si un *brandy* tiene menos de diez años no es apto para beber. Con una noche como esta, os aseguro que eso reanima a un muerto. A propósito, John, puesto que vais a Cantón, ¿podría pedir os un pequeño favor?

—¡No faltaría más! ¿Qué queréis?

—Pues que vayáis a ver a una persona de mi parte y le entreguéis una carta en propia mano. No confío en nuestro servicio postal y, por añadidura, no sé la dirección exacta de la interesada —confió Stocklett a Bowles en tono confidencial.

—¿Una mujer?

—Exactamente. Se llama Barbara Clearstone. Según las últimas noticias que tengo, trabaja con un pastor baptista americano, un tal Issachar Jacox Roberts.

—¿Tanto amáis a esa tal Barbara Clearstone? —le pareció oportuno bromear al dibujante-periodista.

Dada la situación en que se encontraba, Nash, loco de esperanza al ver que por fin establecería contacto con el amor de su vida, había decidido que no era momento de andarse con rodeos.

—Decir eso es poco. Es la mujer de mi vida. Ya habréis observado que sigo soltero —exclamó con voz temblorosa.

Su rostro, ahora inmovilizado y afligido por la tristeza, hablaba con elocuencia de los sentimientos de Stocklett con respecto a Barbara.

—¿Se puede saber qué hace en China esa Barbara Clearstone? —no pudo evitar preguntarle Bowles, intrigado ante el cambio de actitud de su vecino, de ordinario tan jovial y dicharachero.

Stocklett pareció anonadado.

—Una buena pregunta que, no os lo niego, no he dejado de hacerme desde que se fue, pese a que en su momento Barbara optó por seguir a su marido. Ha tenido dos hijos con él, Laura y Joe. Tal vez no supe encontrar las palabras adecuadas para

retenerla.

De sus palabras deshilvanadas y pronunciadas en tono desesperado, Bowles no podía deducir gran cosa, como no fuera que Stocklett había amado intensamente a aquella mujer.

—¿Y qué piensa de todo eso el señor Clearstone, señor Stocklett?

Nash, profundamente angustiado, hizo una pausa.

—Regresó a Londres y se suicidó.

—¿Volvió solo?

—Sí, Barbara no quiso seguirlo. Brandon Clearstone vino de Cantón completamente arruinado. Había ido a China con toda su familia con la intención de vender pianos en aquel país.

—¡Qué historia increíble! ¡Vaya idea descabellada la de endosar pianos a los chinos!

Era visible la inquietud en Stocklett.

—Clearstone había acumulado una enorme cantidad de instrumentos y no conseguía deshacerse de ellos —dijo como si tratara de convencerse de que él no era el único responsable de aquel desatino en el que se había embarcado Brandon Clearstone siguiendo sus consejos.

—Ya comprendo: uno más que se figuraba que los chinos lo compran todo.

—¡Exactamente! Habéis dado en el clavo.

—Hay que ver hasta qué punto pueden ser ingenuos algunos.

Ante tan implacable acusación, Stocklett, lívido, tragó saliva y considerando tal vez que ya había mentido demasiado, optó por eludir el tema.

—La fábrica familiar de pianos Clearstone está en Greenwich. Según me han dicho, actualmente está en venta.

—Francamente, encuentro que la idea de colar pianos a China es de lo más peregrino. Yo voy a ese país para hacer dibujos y grabados —prosiguió Bowles, que no veía por qué razón estaba tan desasosegado su vecino.

Acarició a *Dady*, a la que tenía acurrucada contra el muslo y con el rabo enroscado en un elegante signo de interrogación.

—Los periódicos rebosan aventuras comerciales de este género, muchas de las cuales han supuesto un fracaso para sus promotores. La semana pasada sin ir más lejos, publicamos el caso de ese fabricante de cuchillos de Sheffield que creyó que podría disuadir a los chinos de usar palillos parí comer y envió a Hong Kong trescientas cajas de cuchillos y otras tantas de tenedores, que se quedaron clavadas en el país por falta de clientes. También oí hablar de un comerciante de ataúdes que quería convencer a los chinos de adoptar ese tipo de embalaje —comentó John Bowles, cada vez más locuaz gracias sobre todo al *brandy*.

—Los fundadores de la empresa donde trabajo entendieron muy pronto que no hay manera de hacer beber a un asno si no tiene sed. Por eso triunfaron —convino Stocklett, hecho un mar de sudor de pies a cabeza, como si acabase de descargar una

partida de sacos de arena de muchísimos kilos.

—¡Ah, os referís a Jardine & Matheson! No os lo he dicho nunca, pero mi revista tiene guardado un artículo envenenado sobre la empresa. Se trata de una especie de antisaga que desenmascara sus hazañas y quiere demostrar que siempre han actuado en interés propio. Ingram, el fundador de la revista, les tiene una especial inquina. Los acusa de emponzoñar a los chinos y de haber arrastrado al país a una guerra particularmente injusta. Viene a decir que se castiga a una víctima que, como es normal, se queja del mal trato recibido.

Aquella confidencia tuvo la virtud de liberar la tensión que al parecer agobiaba a Stocklett, quien se apresuró a preguntar a su interlocutor en tono impaciente:

—¿Y por qué no sacan el artículo? ¿Cuántos ejemplares suplementarios del *Illustrated London News* haría vender?

—Pues bastantes miles, querido Nash. Lo que pasa es que tienen miedo de vuestra empresa. Dicen en la revista que Jardine & Matheson tienen más influencia que la propia reina Victoria.

—¡Los periodistas sois todos iguales! No describís la realidad tal cual es sino a la medida de vuestros gustos.

—¡Solo se presta dinero a los ricos!

—Cuando estéis en Cantón podréis haceros una idea de la manera de trabajar de mi empresa. Podréis comprobar, por ejemplo, que, a diferencia de muchas otras, no se dedica al tráfico de seres humanos —puntualizó Nash, ciertamente agresivo.

La distensión que experimentaba reducía su capacidad de autocontrol.

—¿Insinuáis que sigue en vigor la trata de esclavos?

—¿Lo dudáis?

—Me figuraba que hacía diez años que esa abominación había quedado abolida —dijo John exhalando un suspiro mientras la gata *Dady* se restregaba alegremente contra su rostro.

—No os quiero engañar. ¡Incluso hay quien se atreve a designar esto con el espantoso nombre de *Pig Tradel*! Como el flujo de esclavos negros se está agotando a ojos vistas, los mercaderes se dedican ahora a la mano de obra china. Existe una gran demanda entre los americanos de California.

Los chinos son dóciles, aparte de ser muy numerosos y de estar en la miseria. ¡Los hay a patadas! Si mis patronos hubiesen querido, habrían podido dedicarse a ese jugoso comercio. Como podéis ver, mi querido amigo, todavía los hay peores que Jardine & Matheson, prescindiendo de lo que pueda pensar ese señor Ingram de quien hablabais.

Nash no creía una sola palabra de lo que llevaba dicho en aquella diatriba, pero el espectáculo de su gata haciendo monerías al dibujante que acababa de descargarle encima una dosis de culpabilidad de la que quizás tardaría meses en librarse lo había desestabilizado.

—Perdonadme si os he ofendido. La verdad es que os tengo en muy alta estima

—exclamó Bowles, consciente de haber herido a su anfitrión.

—Procuro seguir el principio de basarme únicamente en los hechos, lo que no deja de ser lógico por parte de un contable como yo —balbuceó, nervioso, Stocklett volviendo a encender el puro antes de endilgarse a palo seco un generoso trago de *brandy*.

Stocklett se arrellanó en el sillón donde se había acomodado y cerró los ojos.

No pensar en nada. Aspirar el humo del puro a pleno pulmón. Dejar actuar al *brandy* como siempre que el remordimiento le corría el ánimo más de lo soportable. Tratar de que el cerebro se adentrara en el vacío. No dejarse invadir por el *spleen* porque entonces podría joderse todo. Y porque si un contable se deja vencer por la depresión, poco camino va a recorrer en casa de Jardine & Matheson.

En aquel momento entrevió una forma difusa entre las volutas azuladas que se elevaban a manera de guirnaldas hacia la lámpara de cristal de Venecia que colgaba del techo.

Miró fijamente aquella forma hasta que poco a poco se fue transformando en un rostro inclinado sobre él.

Era el rostro de Barbara.

Estaba derrotado: cuando creía haber escapado a ella, hete aquí que lo perseguía.

Era un rostro tan hermoso como siempre, un rostro angelical: la boca carnosa que había besado tantas veces, los pechos suaves y firmes que había acariciado tan a menudo, el vientre...

Angustiado como no se había sentido hacía tiempo, se la imaginó en Cantón, perdida en la inmensidad de China con Laura y Joe en casa de aquel pastor baptista que tal vez se aprovechase de las circunstancias para hacerle la vida imposible... Quizás Barbara ya era su amante. Con Barbara todo era posible. Era tan imprevisible, tan afectada por la religión, tan vulnerable delante de un sacerdote.

Tendió su mano hacia ella, pero su rostro se desvaneció.

Y en aquel momento oyó que Bowles murmuraba con voz untuosa:

—¿Estáis bien, Nash?

Abrió de nuevo los ojos y, haciendo mil esfuerzos, consiguió responder:

—Iba a atrapar un mosquito, pero se me ha escapado.

Como cada vez que se combinaban los efectos del tabaco y el alcohol en las neuronas de su cerebro, revivió la última visita que le había hecho Clearstone tres meses antes, aquella famosa noche en que había ocurrido lo que se obstinaba en llamar «enojoso accidente», el hecho que había costado la vida de su desgraciado rival.

Volvía a su casa de regreso del *pub* con la cabeza algo turbia después de una dura jornada de cierre de balance en Jardine & Matheson durante la cual había tenido que revisar millares de cifras hasta dejar establecidos los resultados definitivos. Para sorpresa suya, Brandon, que él creía todavía en China, lo esperaba en el rellano de su apartamento. Estaba envejecido y tenía muy mala cara: movía a piedad su rostro

arrugado y demacrado y, además, apestaba a alcohol.

Así que Nash abrió la puerta, el marido de Barbara, sin que lo invitasen a entrar, se había colado en su casa.

—Tomaréis una copa de oporto o de jerez, ¿verdad? —le propuso el jefe de contabilidad, que no las tenía todas consigo y no se las prometía felices ante aquella visita tan inopinada.

—Acabo de llegar de Cantón.

—Eso veo.

Nash estaba tan sorprendido que, en realidad, no sabía qué decir ni qué preguntar. ¿Dónde estaba Barbara? ¿Y los niños? Brandon no tardó en darle una respuesta sin pedírsela, una respuesta que cayó sobre el cuello de Nash como una cuchilla.

—Estoy arruinado, Nash. He vuelto solo. He dejado en China a mi mujer y a mis dos hijos.

—¿Barbara se ha quedado en Cantón?

La noticia lo había dejado consternado, trastornado, vuelto del revés como un guante, y le había hecho dar el paso que media entre la loca esperanza y la neurastenia.

—¡Todo por culpa vuestra! ¿Veis en qué me habéis convertido? —le gritó el fabricante de pianos desplomándose en el canapé de cuero donde ahora estaba sentado el pájaro loco de Bowles con una copa de *brandy* en la mano y *Dady* en las rodillas.

Brandon Clearstone llevaba abierta la bragueta de su deformado pantalón. Su desgraciado rival parecía un vagabundo con su ropa salpicada de manchas, ya que probablemente no se había cambiado desde que se había subido al barco que lo había traído de China.

—Pero ¿qué decís? ¿Qué tengo que ver yo en las desgracias que os caen encima, Clearstone? En cuanto a Barbara... —había exclamado Nash, que cada vez se sentía más incómodo—, me encanta saber que ha hecho lo que le ha parecido bien.

—¡Mejor que no confundamos las cosas! Barbara y los niños se han quedado en Cantón porque ella se ha encaprichado de un pastor baptista..., un americano..., un tal Issachar Roberts... Yo, en cambio, me he visto obligado a volver a Londres con los bolsillos vacíos. ¿Queréis saber cuántos pianos he vendido, Stocklett? ¡Pues ni uno! Vuestra propuesta tenía trampa. Y lo peor es que vos lo sabíais. Me enviasteis al matadero.

Del discurso inconexo que Brandon iba desgranando a gritos con una expresión que rezumaba odio por todos los poros, Nash únicamente había retenido un elemento: Barbara, su Barbara, se había quedado en China a merced de un hombre llamado Roberts, un pastor baptista seguramente tan chiflado como todos sus congéneres.

—¡Habláis por hablar! Yo no tengo nada que ver con vuestros asuntos. Nadie os obligó a ir a China. ¡Salid ahora mismo de mi casa o tendré que llamar a la policía!

Brandon se había levantado como movido por un resorte y se había sacado del

bolsillo una minúscula pistola con la que lo había apuntado.

—¡Cochino embustero! Vais a pagar muy caro lo que me habéis hecho —había gritado el marido de Barbara, que seguía empuñando la pistola con mano temblorosa.

Al mirar sus ojos de animal herido, Nash había comprendido perfectamente que Brandon estaba decidido a disparar.

—Yo no miento. ¡Y marchaos de aquí inmediatamente! —farfulló el jefe de contabilidad de Jardine & Matheson, que cada vez estaba más aterrado.

—¿Y esto? ¿No fuisteis vos quien escribió esto a Barbara?

El visitante le mostraba la última carta que había enviado a Barbara a través de Laura unos días después de aquella famosa cena en la que había metido en la cabeza de Brandon la historia de la venta de pianos en China.

—Lo es. Yo no reniego nunca de mi firma.

—¿Qué me decís, pues, del divorcio al que incitabais a mi mujer, Stocklett, invitándola a abandonarme, a dejarme solo en Cantón? Sois una persona innoble, Stocklett. Cuando pienso que llegasteis incluso a prometerle que no me reclamaríais los alquileres que os debo y que hasta adelantaríais a su familia el dinero que esta sigue debiéndome para que pudiera pagármelo... Por suerte para vos, la pobre Barbara jamás llegó a enterarse de los términos de tan infame mercadeo.

Cogido por sorpresa, comprendiendo por fin que si Barbara no había respondido a su misiva era porque no la había recibido, Nash no dijo ni media palabra más.

—¿Qué me decís, entonces? ¿Acaso no tengo ante los ojos al más grande de los puercos de la tierra? —había balbuceado Brandon con voz pastosa cuando ya se disponía a accionar el gatillo del arma.

Nash, sintiéndose a merced del revólver de aquel hombre desesperado, ya se veía muerto.

Pero por suerte para él, el más borracho de los dos era, aquella noche, Brandon Clearstone, ya que apenas podía tenerse sobre sus piernas.

Entonces, con esa energía que presta la desesperación, el antiguo amante de Barbara quiso jugárselo todo a una carta y, agarrando la única silla que tenía a su alcance, la descargó con todas sus fuerzas sobre el cráneo de su adversario, que se desplomó inmediatamente a sus pies.

Había quedado impreso para siempre en su memoria el siniestro crujido del cráneo de Brandon al fracturarse cuando por tercera vez arremetió con la silla contra su cabeza ensangrentada.

—Cuando se abalanzó, despavorido y jadeante, sobre el cuerpo de Brandon para comprobar las consecuencias de aquellos terribles golpes, el marido de Barbara estaba inmóvil.

Era indudable que lo había matado, pero no se había demorado mucho tiempo preguntándose qué haría con el cadáver.

Avisar a la policía era arriesgarse a ser condenado a la cárcel por asesinato, en el mejor de los casos sin premeditación, aunque sería necesario aportar pruebas

objetivas. Pero lo que estaba en juego sobre todo era la posibilidad de ver de nuevo a Barbara. Una vez más, todo volvía a ser culpa de Brandon. Incluso muerto continuaba acosándolo.

Así pues, no le quedaba más remedio que hacer desaparecer el cadáver.

Prescindiendo de su estado de ánimo y procurando no desperdiciar ocasión de rehacer su vida junto a Barbara, Nash Stocklett se puso inmediatamente manos a la obra, para lo cual era indispensable una buena dosis de sangre fría y de eficacia.

Cogió una sábana y envolvió con ella el cuerpo sin vida de la víctima, y a continuación, haciendo acopio del resto de fuerzas que le quedaban, lavó con agua abundante el parqué del salón para eliminar de él cualquier rastro de sangre y las salpicaduras producidas por los restos del cerebro de Brandon al reventarse.

En cuanto a la desaparición del cadáver, no había planteado ningún problema particular, ya que en las calles de Londres abundaban los esbirros que vendían la fuerza de sus brazos para transportar todo tipo de mercancías pesadas.

A cambio de un puñado de libras, pues, Stocklett pudo localizar aquel mismo día al amanecer a dos fornidos tipos de los muelles que lo desembarazaron del cadáver de Brandon Clearstone. Menos de dos horas después este se encontraba en el fondo del Támesis con pesadas piedras atadas a cada una de sus extremidades como lastre.

Nash, sin embargo, no dejaba de evocar todas las noches aquella sórdida limpieza y se veía atormentado por terribles pesadillas.

Los remordimientos no lo dejaban tranquilo.

Para no ahogarse en ellos, procuraba convencerse de que el delito que había cometido había sido un acto de legítima defensa y que si no hubiese matado a Brandon, habría sido este quien lo habría matado a él. Pero eran consideraciones que no dejaban de atormentarlo terriblemente.

En su fuero interno sabía que había sido él, Nash Stocklett, y nadie más que él, quien había incitado a Brandon a hacer aquel viaje.

Y que aquel viaje era la causa de todas las desgracias de la familia Clearstone.

El desastroso resultado era este: Brandon estaba muerto y Barbara se había quedado en China.

¡Y la pobre, sin saber que era viuda!

Nash, presa de grandes tormentos, lo veía todo negro.

Pero Nash se había vuelto de repente más humano con sus colaboradores de Jardine & Matheson. Ahora era menos rapaz y se preocupaba más de sus semejantes que de las cifras. El dinero y el éxito profesional, que habían sido hasta entonces su manera de compensar la imposibilidad de vivir con Barbara, eran cada día menos motivo de satisfacción para él. Ya no soñaba en las primas que cobraría ni en las inversiones fabulosas que podía hacer con el dinero.

Ahora no pensaba más que en una única cosa: ponerse en contacto con Barbara. Pese a ello, cada vez que lo intentaba sentía que le flaqueaba el valor. Por otra parte, ni siquiera sabía su dirección. Localizar a un pastor baptista llamado Roberts en una

ciudad tan inmensa y desorganizada como Cantón le parecía una empresa imposible, a menos que se decidiera a hacer el viaje.

Pero Nash Stocklett todavía no había encontrado la fuerza necesaria para dar aquel paso. Pese al escaso interés que sentía por su trabajo, le era imposible imaginar su vida fuera de la empresa Jardine & Matheson.

Así pues, para el amante de Barbara no podía ser más oportuno que John Bowles marchara a Cantón, ya que no dudaba de que, gracias a su astucia y a su dinamismo, el joven dibujante-periodista no tardaría en localizar a la mujer que amaba.

Dady había acabado por adueñarse de los muslos de John Bowles y ahora ronroneaba con una intensidad que rompía el silencio que se había instalado entre los dos hombres.

El dibujante, a quien habían despertado sus propios ronquidos, se puso de pie.

—Es hora de acostarme. Mañana tengo que tomar una diligencia en dirección a Ascott. Se trata de un crimen de sangre.

—¡Caramba!

También Stocklett iba emergiendo lentamente de la modorra en que lo había sumido el alcohol.

—No se trata de nada excepcional. Un antiguo presidiario ha asesinado a un notario. Si por lo menos lo hubiese reducido a trocitos..., pero, pese a que hay fiambre..., no me incumbe. Yo tengo que ir para hacer el dibujo, que aparecerá en el número de la semana que viene.

—Ya comprendo —dijo Nash con voz cansada.

—Parecéis preocupado, Nash. Os prometo que haré todo cuanto esté en mi mano para localizar a Barbara Clearstone.

El contable, que a duras penas podía contener las lágrimas, se obligó a sonreír.

—Ya lo sé y me satisface. Sois joven y sabéis desenvolveros. A mí solo me queda escribir la carta para Barbara, que os confiaré antes de que os vayáis.

Así que hubo cerrado la puerta, se precipitó hacia la botella de *brandy*, se sirvió un trago largo y se dejó caer en una butaca. Tenía la sensación de que unas tenazas le oprimían el pecho. Se desabrochó el cuello de la camisa y se aflojó el cinturón. En su cerebro se acumulaban y atropellaban las imágenes de Barbara, tan pronto risueñas como infinitamente tristes, tan pronto en aquel bosque donde se habían dado los primeros besos como en la florista de Londres o en la cama donde hacían el amor, pero siempre igualmente atractiva y seductora, siempre indispensable.

Seguía estando locamente enamorado de ella.

Sin embargo, la entrada de Bowles en escena parecía una señal del destino. Bowles le ayudaría a atar aquel hilo que él, por sí solo, habría sido incapaz de anudar.

Cuando se tumbó en la cama, casi al borde del coma etílico, ya había tomado una decisión: así que tuviese noticias de Barbara a través de John Bowles, iría a buscarla, lo mismo que Orfeo tras Eurídice, dondequiera que se encontrase, aunque fuera el infierno.

De momento sabía que estaba en el otro extremo del mundo: en China.

Pues allí iría él para tratar de remontar el tiempo, para vivir por fin aquella vida junto a la mujer que amaba pero que le había sido negada hasta entonces.

Convencido de que volvía a tener la esperanza al alcance de la mano, fue sumiéndose en la inconsciencia.

XIV

Cantón
15 de marzo de 1847

—Es aquí, detrás de esa puerta —exclamó La Piedra de Luna indicando a Laura la imponente abertura que daba acceso a un desolado muro de ladrillos grises, al otro lado de un patio curiosamente desierto.

Después de franquear el umbral de la puerta entre dos pilastras retorcidas, adornadas con dragones enlazados que vomitaban llamas a través de las enormes fauces abiertas, Laura Clearstone deslizó la mano en la de La Piedra de Luna y la apretó con fuerza. Su nuevo amigo le había propuesto una visita a la pagoda de la Iluminación, inmenso templo construido en medio de un parque donde proliferaba un bosque de bambúes centenarios y donde todos los días desfilaban miles de fieles que suplicaban al Bienaventurado que les trajera suerte o les concediera una curación.

En la inquietante penumbra de la sala, iluminada apenas por la luz temblorosa de unas cuantas antorchas, el horrible espectáculo todavía era más aterrador que la descripción que le había hecho su nuevo amigo al proponerle con aire malicioso que le haría visitar un «infierno búdico».

En las paredes laterales salpicadas de luminarias incandescentes se exhibía una zarabanda infernal: unos cuerpos purulentos y desarticulados habían sido medio devorados por serpientes enroscadas cuyos venenosos colmillos estaban a punto de hundirse en las carnes pútridas de unos desgraciados pecadores cuyo destino era el infierno; unas mujeres se dejaban acariciar los pechos desnudos por bocas lúbricas de las que asomaban lenguas aceradas; más allá, unos bonzos con el cráneo rapado eran privados de brazos y piernas que un demonio cornudo les cortaba.

—¿Cómo es posible que en el infierno haya monjes? —preguntó Laura con un estremecimiento.

—Sucumbieron al pecado de la carne. Sufren por ello la condena de verse privados de brazos y piernas, y adoptan la forma de serpiente.

—Los compadezco —murmuró Laura mirando fijamente el inmenso bajo relieve que recubría el muro del fondo de la sala donde un dios negro famélico que no paraba de hacer muecas, encaramado en un estrado cubierto de huesos humanos, bailaba en el centro de un círculo de fuego frente a una diosa obesa que, con los ojos desorbitados, se atracaba afanosamente de brazos y piernas como un niño que comiera rosquillas.

Aquella caótica confusión de cabezas cortadas, cráneos desollados, cuerpos despedazados, desmenuzados y despellejados, guirnaldas de manos y pies, caparazones de monstruos antropófagos y gibas de gnomos era una advertencia que

avisaba a los devotos de los riesgos que corrían si no se doblegaban a las reglas dictadas por el Bienaventurado Buda.

Se comprenderá, pues, que el templo de la Iluminación fuese célebre por esa inmensa sala.

—El infierno de los budistas es peor que el de los cristianos —afirmó la joven inglesa en cuyo rostro se reflejaba un asco profundo.

—Mejor para mí. El señor Roberts me dijo que como no me aprendiera de memoria la Biblia que me regaló podía ir al infierno.

A juzgar por su sonrisa, el joven calígrafo no se tomaba muy en serio las amenazas del pastor baptista.

—¿Cómo se atreve a amenazarte de esa manera? —exclamó Laura, indignada.

—No soy el único. El señor Roberts, después de distribuir cuencos de arroz entre los hambrientos, les dice lo mismo para así obligarlos a que se aprendan el catecismo.

—¿No te parece absurdo? —murmuró Laura.

En aquel momento atrajo su atención la imagen de una mujer desnuda encadenada a un hombre que se disponía a azotarla. Aquella escena de sumisión iluminada con pálidos reflejos le hizo pensar en su madre, en su excesiva devoción a Roberts, en su deseo de colaborar con el pastor baptista cuyos métodos enérgicos de evangelización no estaban muy lejos, en realidad, del uso del látigo.

Laura desvió los ojos de la imagen para desterrar aquel pensamiento inoportuno.

—¡A cada uno lo suyo! El señor Roberts se proclama «soldado de la fe» y, como todo buen militar, no duda en usar la fuerza cuando se hace necesario. Se sirve del infierno para conseguir sus fines, al igual que esas esculturas que se utilizan para que los budistas no se aparten del camino recto y no conculquen las Cinco Prohibiciones.

La temperatura de la sala era muy inferior a la exterior. Laura se arrimó a su compañero y al momento se sintió reconfortada por un calor tonificante, suave y relajante, que en cierto modo le alivió el frío glacial que había experimentado al contemplar aquellas escenas dignas de una representación del juicio final.

—¿Acaso Roberts te ha infundido el deseo de convertirte?

—Todavía no lo sé. De momento no me lo he planteado. ¿Crees tú, como cristiana, que debería hacerlo?

En un primer momento Laura eludió la pregunta pero, un instante después, habló:

—Yo no entiendo a Dios..., pero comprendo un poco más a Cristo —repuso mirándolo a los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Si Dios es bueno, ¿por qué deja que algunos hombres, criaturas suyas, vivan en la miseria?

Había levantado el tono de voz como si, dejándose llevar por la inmensidad del lugar, tratara de contener sus límites.

—Excelente pregunta la tuya —le respondió el joven calígrafo mientras avanzaban en dirección al extremo opuesto de la sala infernal cuya angustiosa

oscuridad acentuaba la mezcla de olores acres y repugnantes de tufos aceitosos, cera quemada y aromas sofocantes.

A Laura se le pegaban a la garganta. De pronto vio surgir bruscamente de la nada tres jaulas de bambú con las que estuvo a punto de tropezar. Estaban colgadas a la altura de un hombre, suspendidas por unas cuerdas que bajaban de un techo tan ennegrecido, en aquella zona, por el humo de los cirios que era imposible distinguir su interior. Movida por la curiosidad de saber qué podían encerrar, apretó con más fuerza la mano de su guía y pegó la nariz a los barrotes.

Se le heló la sangre al ver un esqueleto recubierto de piel negra y reseca, requemada por el humo de unos cirios que, hincados en el suelo y paredes de aquella cueva maldita, no paraban de chisporrotear.

Fuertemente impresionada, la joven inglesa dio un salto hacia atrás y soltó la mano de La Piedra de Luna al tiempo que lanzaba un grito angustioso.

—¡Eso es demasiado! ¡Aquí dentro hay un cadáver momificado! Ignoraba que los bonzos metían a sus monjes en jaulas y los ahumaban como jamones.

—No te equivoques, Laura. Esos hombres que ves en las jaulas están vivos.

La joven abrió mucho los ojos y vio entonces que el rostro apergaminado levantaba un párpado y a continuación el otro. Aparecieron después unos dientes de un blanco deslumbrante en tanto que la boca, de labios arrugados, hasta entonces cerrados, se abrió repentinamente. La joven inglesa, estupefacta, se sintió incapaz de proferir la más mínima palabra al ver que la momia la miraba con expresión burlona, como si estuviera contenta de haberle jugado una mala pasada.

Viéndola tan turbada, La Piedra de Luna precisó:

—Son ascetas. Únicamente se alimentan de aire mientras esperan la liberación del nirvana.

¿Cómo era posible que se alimentasen solo de aire? Laura se perdía en conjeturas.

—¿Hablas en serio? —le preguntó a su compañero.

—Eso, por lo menos, se hace creer a los visitantes del infierno.

Las jaulas eran tan pequeñas que sus ocupantes las ocupaban por entero, lo que les obligaba a no cambiar nunca de postura. Ni siquiera los monos habrían soportado semejante trato. Se sentía cercada, sitiada, ahogada, reducida a la nada por aquellos tres pares de ojos irónicos y penetrantes que parecían traspasarla. En aquel ambiente lúgubre y malsano, impresionante cuadro de todas las torpezas y suplicios de que eran capaces los hombres, el único referente tranquilizador, el único ser en quien se podía apoyar era La Piedra de Luna.

—Todos los visitantes están convencidos de que los ascetas viven en esas jaulas de forma permanente, lo que no es verdad. La primera vez que vine aquí fue en compañía de mi padre. Hace mucho de eso. Quedé tan impresionado como tú al ver a esos ascetas enjaulados, pero un monje que no sabía mantener cerrada la boca nos explicó que, al caer la noche, una vez cerrada la puerta de la sala del infierno, el superior del monasterio dejaba que los ascetas salieran de las jaulas y les autorizaba a

estirar las piernas y a hacer una buena comida. Esos hombres duermen en sus celdas y, así que se hace de día, vuelven a ocupar su puesto en la jaula.

—¡Esos monjes son diabólicos! —exclamó Laura.

Pero la larga y sórdida sala no estaba desierta. Un ser fantasmal y andrajoso se les acercó y señaló con gesto perentorio los grandes cestos llenos de monedas hasta los bordes, colocados debajo de las jaulas. En cada uno se podía leer esta inscripción: «Solo monedas».

Ellos se habían olvidado de la ofrenda, pero el joven mendigo se encargaba de hacer respetar la regla a los devotos al tiempo que se ocupaba de que no saquearan los cestos.

El joven calígrafo echó una monedita de bronce. Era evidente que la estratagema reportaba mucho dinero al monasterio. En lo tocante a Laura, disimulaba mal la repugnancia que le inspiraba el despliegue de tanto ingenio en la codicia de parte de quienes pregonaban indiferencia y desprecio ante los bienes materiales.

Al salir del antro infernal, Laura Clearstone, que no había soltado la mano de su amigo, sintió un gran placer al notar el contacto casi doloroso de la cegadora luz del sol en las pupilas.

En el patio empedrado donde caía de lleno un sol que estaba casi en el cenit, la vida monástica había reemprendido su rutina. Bandadas de monaguillos ataviados con su toga anaranjada se afanaban en sus tareas cotidianas. La mitad rezaba *sutras* delante de un monje viejo que dormitaba, mientras la otra mitad jugaba al escondite como suelen hacer todos los niños de esa edad. Una hora más tarde tocaría el turno a los que se divertían estudiando.

Pasaron al patio siguiente, que había sido construido alrededor de una higuera baniana, el árbol debajo del que Buda había alcanzado el despertar después de una noche de meditación intensa, en el curso de la cual había resistido heroicamente los asaltos del demonio Mará en forma de atractiva muchacha y en la que fueron a sentarse al borde de un estanque octogonal donde flotaban unos nenúfares. Esas flores simbolizan para los budistas corazones vivos que flotan en el océano de la Gran Paz, otro término utilizado para designar el nirvana.

Laura, con gesto juguetón, sumergió la mano en el agua y salpicó con ella el brazo del joven calígrafo, que le murmuró, algo incómodo:

—He cometido el error de traerte aquí. Ni siquiera sé por qué. Había olvidado lo horrible que es ese espectáculo.

—En nuestros templos hay más o menos lo mismo, ya que nuestros pintores y nuestros escultores representan a la vez el infierno y el cielo.

—¿A qué llamas cielo?

—A un lugar donde las personas son felices para siempre, donde no sufren, donde todo es hermoso... —murmuró la chica, pensativa de pronto.

Pensaba de nuevo en el momento en que había empezado a dudar de que pudiera existir un paraíso maravilloso ya que subsistían en la tierra tantos sufrimientos y tanta

miseria. Fue una noche después de ser testigo de una violenta discusión entre sus padres a propósito de Joe, que acababa de celebrar su cuarto cumpleaños y seguía sin saber andar. Su padre había llegado a casa de mal humor. Sus negocios iban de mal en peor y los acreedores habían empezado a sitiar su apartamento. Quería aplicar un correctivo a Joe, que seguía ensuciándose encima como si tuviera un año. Su madre había reaccionado asestándole un golpe en la cabeza con la Biblia. Laura de pronto se había preguntado si sería verdad lo que se afirmaba en el catecismo. Puesto que, si Dios era bueno y había hecho al hombre a imagen y semejanza suya, ¿por qué no curaba a su hermanito minusválido? ¿Por qué no evitaba que sus padres litigasen continuamente? ¿Por qué en invierno dejaba morir de frío en las calles de Londres a los pobres?

Y para empezar, ¿existía realmente Dios? Desde su llegada a China, se le planteaba con particular premura aquella duda que venía atormentándola desde la adolescencia. Si Dios era aquel ser que pretendían los cristianos, ¿por qué consentía que el país más grande del mundo se viese infestado por la droga?

—¡Ojalá que yo pudiera llevarte al cielo, Laura!

Las palabras de su amigo sacaron sus negros pensamientos de aquel torbellino de dudas.

—También yo querría llevarte al cielo, La Piedra de Luna —suspiró la muchacha.

—Pareces triste —le dijo su compañero.

Pero ella protestó con energía:

—¡No, estoy muy contenta de estar aquí... contigo!

Y como no quería que él advirtiera su turbación, se arrebujó en el hombro del muchacho.

—Las iglesias budistas dependen de las limosnas donadas por los fieles. Todos esos edificios y los suntuosos adornos que contienen son donaciones de la gente —prosiguió el joven calígrafo como si tratase de borrar el lamentable episodio de los ascetas utilizados como cebo para atraer limosnas.

Laura cerró los ojos y se vio a sí misma cuando era pequeña y sus padres le hacían admirar el oro, la seda violeta y roja, las blondas inmaculadas tejidas con minuciosidad de araña, las cadenas de plata de las que colgaban cruces pectorales cuajadas de pedrería y los impecables peinados de los sacerdotes del clero anglicano que sermoneaban a toda su grey de feligreses bajo las bóvedas góticas de la catedral de Durham el día de Pascua o de Navidad.

—Las iglesias inglesas también son muy ricas. Sus obispos van vestidos como príncipes y reciben un salario de la corona británica.

—Un bonzo no aceptaría nunca depender financieramente del Hijo del Cielo.

—Nosotros no tenemos ningún Hijo del Cielo. Tenemos una emperatriz, se llama Victoria y reina sobre todo el Imperio británico. Nuestra religión oficial es la anglicana.

—¿Vuestros sacerdotes tienen el rango de mandarines?

De hecho, la comparación era terriblemente exacta.

—En cierto modo, sí —respondió Laura con una sonrisa.

¿Había religiones que abusaban de la credulidad de los fieles? ¿Por qué las creencias conducían a veces a los hombres a comportamientos inhumanos? ¿Cómo es posible que algunos se atrevan a matar en nombre del amor? La cristiandad había organizado las Cruzadas y, en cambio, condenaba a los musulmanes porque usaban el apelativo de «guerra santa». Algunos bonzos llegaban a hacer pagar un alto precio a los devotos que deseaban asistir a la cremación de un monje que estaba convencido de que aquel era el mejor medio de adquirir los méritos que le permitirían alcanzar la liberación. Algunos sacerdotes anglicanos infligían abominables castigos corporales a sus fieles y, por ejemplo, les obligaban a permanecer dos días sin beber o a llevar puesto un cinturón erizado de pinchos ceñido a la carne.

La Piedra de Luna condujo a Laura Clearstone hacia el inmenso Buda tumbado, una figura de veinte metros de longitud a la que se dirigían todos los fieles. Era la representación del Bienaventurado en el momento de expirar, tranquilo y sonriente ante el nirvana que se le ofrecía finalmente. En el hueco de la toga ennegrecida por la humareda del incienso que le envolvía las piernas, eran multitud las familias, la mayoría andrajosas, que depositaban guirnaldas de flores de loto y bananas.

—¡Mira esas pobres gentes! No comen lo necesario para saciar el hambre y se privan de todo para honrar una simple estatua de piedra. ¡Qué lástima me dan! —exclamó Laura con un suspiro.

—Me parece que también yo acabaré desconfiando de las creencias, pese a que Confucio, cuyos preceptos alimentaron mi infancia, no se tuvo nunca por un dios —le respondió La Piedra de Luna con una carcajada. Bastaba poca cosa para que renaciera la alegría en ambos.

Antes de abandonar el templo, su compañero condujo a Laura a hincar un bastoncillo de incienso en uno de los inmensos calderos de bronce llenos de arena donde los había encendidos a centenares.

—Cuando se ofrece un bastoncillo de incienso a Buda, se puede formular un voto. El rostro de la muchacha se iluminó al momento.

—¡Olvidar el infierno para siempre! ¡Ir directamente al paraíso! ¿Y tú, qué deseas? —le espetó ella bruscamente.

De haberse atrevido, él le habría respondido que habría ido con gusto al paraíso de ella siempre que fuera en su compañía.

Observó a Laura mientras esta soplaba suavemente sobre todo aquel crepitar de chispas que se formaba en la alfombra de brasas rojas que dejaban los bastoncillos después de consumirse.

Cada día se sentía más fascinado por ella: la inefable belleza de la muchacha, tan diferente de las chinas, con sus largos cabellos rubios característicos, además de su inteligencia y de aquel increíble sentido del humor, de sus prontas réplicas que la llevaban a hablar de las cosas más serias como sin darles importancia, pero por

encima de todo dotada de aquel profundo respeto con que lo trataba a pesar de que él no era más que un marginado, alguien que vivía en la calle como un vagabundo.

También él se puso a soñar.

No dejaría nunca a Laura, recibiría su Yin y le daría su Yang. Se fundiría en ella. Atravesaría de un solo golpe las Diez Mil Vidas en su compañía.

Se atrevió a cogerle la mano. La muchacha, que hasta entonces había llevado siempre la iniciativa, se dejó hacer. Y de repente sintió que le subía por dentro una oleada de euforia que le salía al exterior y le espetó con gran empuje:

—Entre nosotros se suele decir: sereno como el cielo y estable como la tierra. ¡Ojalá tú y yo lo seamos! No deseo otra cosa para los dos. ¿Te gustaría dar un paseo en barca en el lago del Oeste y así nos olvidamos de nuestros infiernos?

—Me encantaría...

Laura lo habría seguido al fin del mundo.

Después de los excesos que había presenciado en la pagoda, a Laura le pareció que el espectáculo de la calle era tranquilizador.

—Todas las grandes ciudades parecen flores que nacieran por la mañana, se abrieran a media jornada y se cerraran por la noche —murmuró La Piedra de Luna.

Sobre ellos se precipitó toda una caterva de mendigos harapientos. No había duda de que aquellos pordioseros estaban convencidos de que una pareja tan joven y guapa, ya que no rica, tenía que ser por fuerza generosa. La Piedra de Luna se vació los bolsillos de sus magras economías y Laura hizo lo propio con su portamonedas.

—No hay que fiarse de las apariencias. Y así vemos que el Inmortal Li Tieguai, pese a ir cubierto de harapos y de ir siempre de aquí para allá con la calabaza y la muleta, va montado a hombros de Cai Shen, el dios de las Riquezas, y lo lleva allí donde se le antoja —dijo La Piedra de Luna.

Laura le dirigió una mirada afectuosa. Su compañero no tenía necesidad de hablar para responderle, ya que sus ojos expresaban toda la ternura que sentía. Tenía la mano en la suya y era suave y tibia. Le infundía tranquilidad. Se rozaron y Laura sintió que el cuerpo de su compañero, junto al de ella, se encendía.

Así que llegaron a la orilla, unidas todavía las manos, el calor era tan agobiante que la mayoría de paseantes reposaban tumbados en la hierba a la sombra de sauces llorones. En el momento de alquilar la barca, la inmensa punta de flecha que formaba una bandada de grullas hendió el azul del cielo, un azul de una densidad tan luminosa que era casi palpable.

—La grulla es portadora de buena suerte —murmuró La Piedra de Luna.

Tras ayudar a Laura a sentarse en la plancha de la parte delantera del esquife, La Piedra de Luna empuñó los remos.

La barca comenzó a deslizarse como si patinase sobre la fulgurante superficie verde esmeralda que brillaba entre la vegetación, como una gema en un joyero hecho de árboles y plantas.

Para nuestros dos tórtolos, que no se cansaban de mirarse a los ojos, tanto el clima

como el marco ambiental eran propicios al despertar de los sentidos.

—¿Ves aquel islote que asoma en medio del lago? —le dijo a Laura indicándole un montículo de musgo de color jade que afloraba como una giba en la superficie del agua.

—¡Sí!

—A veces he dormido allí la siesta.

¿Bastaría la alusión?, se preguntaba La Piedra de Luna apretando con todas sus fuerzas el estuche de pinceles para infundirse valor. Después de todo, ella ya se había abandonado y ahora tenía la cabeza apoyada en el hombro del muchacho, que se moría de ganas de estrecharla entre sus brazos.

—Acerquémonos. Me gustará ver ese islote —le dijo Laura, quien no solo había captado la insinuación sino que, además, quería demostrarle que el deseo era recíproco.

La Piedra de Luna se sacó del bolsillo el pañuelo rojo de su padre y envolvió con él el estuche de pinceles.

—¿Por qué has sacado ese pañuelo?

—Porque es rojo.

—¿Y eso qué?

—El color rojo simboliza la felicidad y la alegría. Para felicitar a los padres cuando les nace un hijo se les regalan huevos pintados de rojo —explicó el chino, que debía hacer grandes esfuerzos para que no le temblara la voz.

Lo que deseaba por encima de todo era simplemente que la continuación de la historia de ambos estuviese a la altura de sus inicios.

Unos instantes más tarde desembarcaron con paso ligero en el islote de jade. La Piedra de Luna atracó el bote junto a una roca tan perforada que era una pura blonda. Gracias a unos árboles enanos dispuestos entre piedras sabiamente talladas, los jardineros del lago del Oeste habían creado un paisaje en miniatura de impresionante realismo. Rodeada de montañas liliputienses, en medio de la isla se extendía una minúscula llanura alfombrada de césped. Allí, al abrigo de miradas indiscretas, se había acercado a reposar el joven chino.

Un suave lecho de verdura en el que unas mariposas de alas azules orladas de negro proyectaban pequeñas sombras movedizas lo invitaba a tumbarse.

Con gestos lentos, como si cumpliera con un rito ancestral, el joven chino ayudó a su amiga a tenderse en el suelo entre dos palmeras enanas cuya altura no superaba la de un niño.

Sus bocas se juntaron de inmediato mientras las manos de cada uno libraban febrilmente al otro de sus ropas. Tapizada de minúsculas orquídeas, la tierra húmeda y cálida emanaba un delicioso perfume. En el aire ardiente en el que aleteaba una leve brisa, las mariposas, al parecer indiferentes a la presencia de los dos enamorados, seguían revoloteando a su alrededor.

Los dos estaban empapados de sudor cuando La Piedra de Luna, tímido, acarició

con embeleso los pechos pequeños y firmes de Laura, ahora con los pezones endurecidos. La muchacha no solo no rechazó aquella mano sino que la cogió y la apretó contra sus pechos palpitantes. Se entrelazaron sus lenguas. Laura se incorporó al momento e invitó a su compañero a incorporarse igualmente y seguidamente rozó con la punta de los dedos su sexo erecto. Como guiado por el instinto, el joven se arrodilló y puso su boca contra la de Laura, ya humedecida por la promesa de un placer del que, sin embargo, nada sabía. Pero comenzó a jadear cuando la lengua de aquel que iba a convertirse en su amante se aventuró en ella, primero con suavidad, pero al poco rato con insistencia en un beso cada vez más profundo.

¡Beber el elixir Yin de Laura para reforzar más su propio Yang! La Piedra de Luna conocía aquel pasaje del *Manual de la joven Clara* que él había leído subrepticamente en la biblioteca de su padre.

Laura tomó la iniciativa.

Tras indicar con el gesto a La Piedra de Luna que se tumbara en la playa de musgo húmedo y tibio como una alfombra de carne, puso con delicadeza sus labios sobre el vientre de su amante y fue bajando lentamente hacia el órgano turgente, henchido de deseo, presto a estallar a la más mínima sollicitación, punto culminante del Yang. El muchacho, entonces, comenzó a gemir, en tanto las caricias de la muchacha se hacían cada vez más osadas, prueba incontrovertible de que estaban hechos el uno para el otro y de que sus papeles se habían hecho intercambiables. Sabían hablar a la perfección aquel lenguaje sin haber aprendido jamás la gramática.

Embriagados de mutuo deseo, haciendo gestos espontáneos que una y otro iban inventando a medida que se acercaban a la satisfacción final, entraron suavemente uno en el otro antes de perderse completamente y llegar juntos a la explosión compartida que los dejó jadeantes y mudos.

Se había operado la fusión del Yin, elemento descendente asociado a la figura de la muchacha, del agua, del tigre, de la tierra y de la lluvia, de la tortuga y de la luna, pero también del barco, del barro y del pétalo, con la del Yang, elemento ascendente, asociado a la figura del muchacho, del dragón y la nube, del fuego y el sol, del humo y la aurora, del carro uncido y de la flor.

Con los cuerpos encajados, comenzaron a soñar en un futuro que ninguno de los dos podía imaginar ya sin el otro.

Él fue el primero en romper el silencio.

—Yo te amo, Laura. No quiero abandonarte nunca. El Boyero ha encontrado a su Hilandera.

—La Piedra de Luna..., no sé cómo explicártelo, amor mío, pero tu llave ha abierto mi cerradura pese a estar atrancada con doble vuelta —suspiró ella, trastornada.

La muchacha inglesa apoyó la cabeza en las rodillas del hijo secreto de Daoguang. Él cogió una peonía grande, comenzó a deshojarla y fue depositando uno por uno seis de sus pétalos en el pecho de Laura mientras decía:

—Seis quiere decir que todo va bien.

Seguidamente añadió otros dos.

—¿Y ocho? —dijo ella.

—Ocho, que vas a ser rica.

Muerto de risa, añadió otro más.

—¿Y nueve?. Que tendrás una larga vida.

—¡Hay que ver lo aficionados que sois a los números! —observó ella, soñadora, antes de volver a abrazarlo tiernamente.

Esta propensión de los chinos a ver símbolos en todas partes le hacía pensar en un misterioso poema cuyas estrofas empezaba a ir descifrando poco a poco.

Después de rozar de nuevo los labios de su amante, La Piedra de Luna, con un brillo de angustia en los ojos, dijo de pronto:

—¿Y si nos escapásemos? ¿Si huyésemos a algún sitio lejos de aquí?

—¿Adonde, amor mío?

—¡Qué importa! A un lugar donde pudiésemos rehacer nuestra vida sin que nadie nos juzgara. Si decidieses volver a tu país, ir al otro lado del mar, a Londres, te seguiría de mil amores. No me ata nada a China. Mi único país eres tú, ¡tú eres mi flor silvestre! —exclamó, exaltado, La Piedra de Luna.

—El viaje en barco es muy caro. No tenemos dinero.

—Ganaré el dinero que haga falta. ¡Me siento capaz!

—¡No lo dudo!

—Gracias a tu Yin, Laura, mis fuerzas se multiplican por diez. Por ti sería capaz de matar un dragón con la espada.

—Piensa que también podríamos quedarnos en China. ¡Este país es tan inmenso! Estoy segura de que no nos costaría encontrar algún rinconcito donde nadie nos molestase y pudiésemos vivir felices y tranquilos... y también criar a nuestros hijos —dijo Laura con una sonrisa.

¡El pragmatismo de las mujeres!

Acababa de posarse una mariposa en el hombro de Laura.

La Piedra de Luna quiso interpretar el hecho como un buen presagio. No abandonaría nunca a Laura. Mientras hacían el amor, se había sentido feliz y en paz consigo mismo por vez primera desde aquel día en que presenció la muerte atroz de su padre.

Se estremeció. La idea de perder a Laura le era insoportable. Presa de vértigo, cerró los ojos, expulsó lejos de sí el demonio de la angustia que lo corroía por dentro, se serenó y la besó en los labios. Su cuerpo era cálido y palpitaba tiernamente contra el suyo. El pecho de la muchacha volvía a agitarse, presta a abandonarse a nuevos asaltos.

Laura le puso la mano en el muslo y él en el de ella.

Por una vez dos porciones ínfimas de China y de Occidente se habían encontrado y, habiéndose descubierto y comprendido, se disponían a amarse.

XV

Cantón
18 de mayo de 1847

No tardaría en asomar un sol ambiguo que haría virar hacia el gris desleído y después al amarillo sucio los bajos del cielo, opacos y sombríos hasta entonces, de una de esas noches pesadas, opresivas, agobiantes incluso, que anuncian días velados y caniculares en que el menor movimiento deja bañado en sudor de pies a cabeza.

Barbara Clearstone, que ya estaba levantada desde hacía dos horas, sacó las manos de la colada y las miró con aire de satisfacción. Aquellas manos suyas la tranquilizaban. Las observó con orgullo, contenta. Las tenía ásperas e hinchadas, las articulaciones le dolían cada vez más, el calor húmedo se las iba estropeando, pero ¿acaso no testimoniaban más que ninguna otra cosa la nueva vida que aspiraba a llevar?

Por fin su existencia era la propia de una santa, una de esas vidas que consiguen regenerar al individuo gracias al sacrificio y al cúmulo de buenas acciones que podrían haberse hecho en su momento, pero que redimirán extravíos y ayudarán a encontrar el camino recto que lleva al paraíso. Una nueva vida que lo trastoca todo de arriba abajo y en la que, cuanto más sufre el cuerpo y más se estraga, debilita y va dislocándose poco a poco, más feliz se siente quien padece esos males.

Desde que había abandonado aquella casa con ínfulas de chalet de montaña, poco después del retorno de Brandon a Inglaterra, para instalarse con Laura y Joe en casa del pastor Roberts, Barbara Clearstone no se sentía la misma. Ahora saboreaba con delectación aquella exaltación de los sentidos que le procuraba la adopción de su nueva actitud de sacrificio.

El baptista americano le había destinado uno de los minúsculos habitáculos que cerraban el patio trasero del presbiterio donde su propietario alojaba antiguamente a sus numerosos criados. Tres de aquellos chamizos estaban tan ruinosos que quedaba descartado poder habitarlos, en tanto que los otros dos, más o menos remendados, estaban ocupados uno por Melanie Bambridge y el otro por los tres miembros de la familia Clearstone.

Como había entrado voluntariamente en aquel mundo porque en él se sentía en paz, la agotadora existencia que llevaba, lejos de suponer para la pobre Barbara una carga, se le antojaba más ligera que una pluma. A las tareas domésticas, a las que se entregaba a conciencia y con gran abnegación desde que amanecía hasta la noche, se añadía la distribución de folletos divulgativos de la religión cristiana entre los habitantes de Cantón. De pie durante horas bajo una lluvia persistente o un sol de plomo en encrucijadas precisas de calles que Roberts le había indicado, se refugiaba

en la oración y en la contemplación del cuerpo glorioso de Cristo, feliz de que los viandantes a quienes ofrecía un folleto la observasen como a un animal curioso pese a que la mayoría se negasen a aceptarlo. Cuanto más se mofaban de ella los chicos de la calle —algunos se atrevían incluso a tocar el vestido de la nariguda como quien toca el pelo de un animal de feria—, más feliz se sentía ella, convencida de que así se ganaba el paraíso.

Un día, estando en casa, sintió una presencia detrás de ella y, pensando que, dada la hora, podía tratarse de Melanie Bambridge, se volvió inmediatamente con talante casi risueño. Teniendo en cuenta el trato execrable que le dispensaba la gobernanta del pastor, su actitud habría podido calificarse casi de aberrante, pero estaba poseída por un misticismo expiatorio que la llevaba a estar siempre sonriente.

La abominable Bambridge aprovechaba a menudo la ausencia del pastor, que seguía durmiendo a aquella hora, para volcar sobre Barbara observaciones de lo más desagradables.

La americana, que había sido hasta entonces la única mujer que ayudaba al reverendo en su misión, aceptaba muy a contrapelo la intromisión de Barbara Clearstone en lo que ella consideraba su coto privado.

Barbara, que no aspiraba a otra cosa que a sufrir, se preparaba, pues, a ofrecer al verdugo su sonrisa más sincera y extática, por lo que le sorprendió sobremanera comprobar que quien había entrado subrepticamente en la habitación era Laura y que a quien tenía detrás en aquel momento era su hija.

—¿Qué haces aquí, cariño? Me figuraba que era Melanie. Esa pobre mujer me detesta..., o eso me parece por lo menos. A lo mejor es que la he ofendido sin darme cuenta.

Laura, que parecía preocupada, interrumpió a su madre y, posando las manos en sus hombros, le dijo:

—¡Mamá, tenemos que hablar!

Sorprendida por la energía del tono, Barbara, inquieta, sacó del agua las manos martirizadas y se secó la espuma con una mueca de dolor.

—Apuesto a que Joe vuelve a no dejarte dormir —le respondió su madre, acostumbrada a que su hijo molestara a Laura durante la noche.

—¡No, mamá! No se trata de Joe.

—¿De quién, entonces?

—De ti, mamá.

Barbara, estupefacta, miró a su hija y le respondió con voz vacilante, insegura y con una vaga sonrisa.

—Te escucho, cariño.

—Mamá, me preocupa tu salud. ¡Pareces tan cansada!

—¡Pues estoy muy bien! —murmuró Barbara con voz suave.

—Mamá, tú no estás hecha para esta vida. Hace tres días que estás tan pálida que da pena verte. ¡Mira tus manos! ¡Hablan por sí solas!

Hasta aquel momento, Laura, pese a que le costaba decirlo, no había hablado nunca en términos tan crudos a su madre sobre la inquietud que sentía. Esta, tan agotada que ni siquiera le quedaban fuerzas para defenderse, se contentaba con mirarla vagamente.

—Mamá, ¿tú me entiendes?

Barbara, que estaba observando a su hija como a una persona conocida cuyo nombre no se recuerda, acabó por decir con voz cansada que dejaba translucir su preocupación:

—¿Tanto echas de menos a tu padre?

—No se trata de papá, sino de ti, mamá.

Las palabras de su hija tranquilizaron a Barbara, ya que temía sobre todo que quisiese reprocharle haberse quedado en China y dejado que su padre partiera solo a Londres.

—Yo me encuentro perfectamente. Jamás había estado tan en paz conmigo misma. ¿Qué querías decirme exactamente, Laura?

—Se trata de esa entrevista con el cónsul Elliott. No quiero que vayas a verlo sola, mamá.

El bello rostro de Barbara, ahora pálido y demacrado, quedó inexpresivo un momento y desapareció de él la perpetua sonrisa que lo animaba y en sus ojos brilló la cólera. Hacía unos pocos días que Barbara Clearstone había recibido una carta firmada por Charles Everett Elliott invitándola a tomar el aperitivo en su residencia. Pese a no inspirarle ninguna simpatía un personaje tan grosero como aquel, no se había atrevido a declinar la invitación.

—Si supieras cómo me repugna ese hombre y sus maneras agresivas...

—Entonces, ¿por qué no te has negado, mamá?

—Si una ciudadana británica decide criar a sus hijos en China sin ayuda ajena, difícilmente rechazará la invitación del cónsul de su país. Después de todo, si quiere verme, sus razones tendrá. Y si es únicamente para hablar, lo dejaré con la palabra en la boca a los cinco minutos —dijo su madre con expresión impertérrita.

La discusión entre madre e hija se vio interrumpida por la llegada de la señora Bambridge, vestida con su sempiterna bata gris de andar por casa abrochada hasta el cuello. La americana, ataviada como si reinara un frío glacial, parecía ignorar la insoportable humedad que se cernía sobre Cantón desde hacía quince días.

Como era de esperar, mostró al momento sus venenosas zarpas.

—El señor Roberts no tiene una sola camisa que ponerse. ¿Tenéis alguna planchada?

—Pensaba planchársela ahora mismo, Melanie —dijo Barbara con su voz más dulce.

No quería pelearse con la señora Bambridge, por lo que procuraba no responder nunca de forma abrupta a sus incesantes ataques.

—El reverendo tardará menos de una hora y media en levantarse. Y no tolera que

sus camisas no estén perfectamente almidonadas.

—Tendrá la camisa, Melanie, os lo aseguro —dijo Barbara dispuesta a no prolongar aquella conversación, por lo que desvió la mirada hacia su hija, que levantó los ojos al cielo.

—A propósito, ya que os veo, he de deciros que vuestro hijo Joe...

—¿Ha hecho algo más? —exclamó Barbara, dispuesta a defender a su hijo con uñas y dientes.

Desde que se habían instalado en casa del pastor, las crisis del niño *trisómico*, lejos de haberse interrumpido, se habían hecho más frecuentes y más violentas. Parecía acusar la ausencia de su padre y, tal vez debido a esto, no paraba quieto un momento, lo que obligaba a su hermana a ejercer una vigilancia casi constante sobre él. La semana anterior sin ir más lejos, al tratar de encender un gigantesco farol de papel parafinado, había estado a punto de provocar un incendio en la casa contigua a la del pastor. Por no mencionar, además, que abría las jaulas de los mirlos porque, según decía, quería hablar con los pájaros, debido a lo cual estos se escapaban y provocaban las iras de sus propietarios. O bien se llevaba los bastoncillos de incienso cuando pasaba por delante de las tablillas que los familiares dedicaban a los antepasados. Esos hurtos habían hecho que, en cierta ocasión, unos familiares lanzaran tras él a tres sabuesos. Lo habrían despedazado con sus terribles colmillos si La Piedra de Luna, que lo acompañaba aquel día junto con Laura, no se las hubiera arreglado para ahuyentar a los dogos arrojándoles piedras. Cada vez había en el barrio más vecinos que consideraban que el «diablillo narigudo con cara de chino» estaba pasándose de la raya.

—Debe dejar de espiar detrás de las puertas.

—¿De qué puertas habláis, Melanie? Mi hijo no espía a nadie. No comprende ni la décima parte de lo que oye —se defendió Barbara esforzándose en reprimir la cólera que sentía.

—Sé muy bien lo que me digo —terminó secamente la americana dando media vuelta.

Así que hubo salido, Laura se acercó a su madre, le besó tiernamente la frente y le dijo:

—Esa mujer es odiosa. Estoy segura de que procurará tenderte las peores trampas.

—La verdad es que su manera de actuar no corresponde a las enseñanzas de la caridad cristiana —dijo Barbara exhalando un suspiro.

Después, haciendo grandes esfuerzos que traicionaban un inmenso cansancio, comenzó a clasificar el montón de ropa que tenía amontonada sobre la mesa.

Laura decidió entrar en lo más vivo del asunto.

—Mamá, he decidido acompañarte a casa del cónsul Elliott.

—¿O sea, que solo has venido por eso?

—Sí, mamá. Parece que el consulado británico presta dinero a sus ciudadanos

cuando carecen de medios para pagarse el pasaje de regreso al país.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El mayor de los Johnson. ¿Sabes quiénes digo? Los que abrieron una escuela para enseñar inglés a los chinos. Tienen unos hijos muy simpáticos.

—¿De qué conoces al hijo?

De pronto se había despertado en Barbara el temor que tenía siempre más o menos dormido con respecto a su hija.

—Juega al *cricket*.

—¿Y tú juegas al *cricket*? Cada día descubro cosas nuevas —replicó, consternada, Barbara.

Que su Laura, no contenta con estar planeando irse de China, jugara además al *cricket*, superaba su entendimiento.

—¡Yo no, mamá! He hablado con ese chico una sola vez. Fue por pura casualidad; si es que tengo que darte cuenta de todo.

—Tú aquí no estás a gusto, ¿verdad, cariño? —preguntó Barbara con voz preñada de angustia.

—¡Claro que estoy a gusto, mamá! Me quedaré aquí todo el tiempo que haga falta.

—¡Ah, me gusta oírtelo decir!

—Quien no está a gusto es Joe. Ese hermano mío está cada día más raro. Ya no me comunico con él como antes. Se pasa horas enteras encerrado en un mutismo total, pero basta la cosa más nimia para hacerlo estallar.

—Que Joe no esté a gusto es otra cosa. Habrá que estudiar el asunto —exclamó su madre abatida.

La desgracia acaba siempre por atrapar a uno. Joe era como una piedra en el zapato. Uno sigue caminando y acaba olvidando que tiene esa piedrecita importuna hasta que se da cuenta de pronto de que tiene destrozada la planta de los pies. Ahora bien, desde la llegada de los Clearstone a Cantón, la transformación que había experimentado Joe era espectacular, pese a que Barbara, al igual que todas las madres en casos parecidos, se negara a admitirlo.

La proximidad de la pubertad no solo había alterado su comportamiento sino también su aspecto. Con el paso de los meses, Joe había pasado de ser un niño a convertirse en una masa de carne de tendencia adiposa. Sin embargo, aunque se le estaban desarrollando de forma imparable los músculos del tórax, el resto del cuerpo parecía haberse estancado. Estaba a punto de cumplir trece años, pero aparentaba dieciocho. Daba la impresión de que el clima y la alimentación china habían acelerado su desarrollo hasta el punto de que, cuando todavía vivían en el seudochalet suizo, sus criados se preguntaban si Barbara había administrado a su hijo algún «reconstituyente virilizador» como por ejemplo polvo de pene seco de asno, tigre u oso, que los comerciantes solían aconsejar a los clientes que no querían tener una niña para que, tomándolo, tuvieran un niño. En cuanto al carácter, cada vez lo tenía

más difícil, si bien la ausencia de contacto con otras personas parecía haberlo hecho todavía más vulnerable.

—Pero ¿acaso te ha dicho Joe que tiene ganas de que nos vayamos de este país? Si tu hermano no habla... —prosiguió Barbara después de unos segundos.

—No, Joe no dice nada. Soy yo quien comprueba que su estado va empeorando día tras día.

—Dios acabará por escuchar mis súplicas y hará que mejore su estado. Tan pronto como me sienta con fuerzas para soportarlo, comenzaré un ayuno.

En la habitación inundada por la luz titubeante de un sol velado por las brumas del calor, Laura, abrumada, exclamó:

—¡Te acompañaré a casa de los Elliott!

—Si ese es tu deseo... —murmuró Barbara desplomándose en una silla, como si se encontrara en el límite de sus fuerzas.

—El tiempo va deprisa, mamá. No hay que llegar tarde al consulado. Voy a ayudarte a almidonar los cuellos de las camisas del señor Roberts.

—Primero hay que preparar el engrudo. Y no me queda ni un gramo. Con esta humedad no se conserva.

Las hadas del hogar saben cumplir con sus obligaciones hasta el último momento de su vida.

—Voy a prepararte el engrudo, mamá.

—¿Conoces la receta, por lo menos, cariño?

—Tú misma me enseñaste a prepararlo cuando todavía estábamos en Londres —dijo Laura, algo molesta.

—Tienes razón, hijita. Lo había olvidado. Desde que llegamos a China he roto de tal manera con el pasado que a veces me falla la memoria.

Una hora después, tras colocar en una bandeja de mimbre las camisas del reverendo impecablemente almidonadas, madre e hija se dispusieron a salir.

—¡Y nuestros vestidos sin planchar! —dijo Barbara a su hija al salir de la habitación después de haberse puesto un vestido de cóctel de organdí azul celeste.

—¡Qué más da! Al fin y al cabo, no vamos a su casa para complacerlo.

Al entrar en la sala común del presbiterio encontraron a La Piedra de Luna. Tenía aire de sueño, ya que había pasado la noche al raso.

—¡Qué elegancia! Pareces una princesa —murmuró por lo bajo dirigiéndose a Laura.

Barbara, a quien no había pasado por alto la observación, no pudo por menos de lanzar una mirada de censura a su hija y de explicar al chino con aire imperturbable:

—¡Laura y yo vamos al consulado británico!

Dispuesto en todo momento a mostrarse útil, La Piedra de Luna preguntó a las dos mujeres si querían que llamase a un palanquín.

—Sí, creo que será lo más prudente, tal como vamos vestidas —convino Barbara.

—Voy a buscaros uno, pues. Vuelvo enseguida. Suele haberlos parados al final de

la calle.

Como los dos porteadores del palanquín no estaban enterados de la existencia del consulado británico, La Piedra de Luna se ofreció a acompañar a las dos mujeres. Después de una hora de trayecto a través del habitual océano de miseria y violencia y en medio del pestilente hedor de las letrinas al descubierto, nuestro trío llegó sin problema a la residencia consular, donde fue acogido por un puñado de *coolies* que, con el puño levantado, vociferaban a pleno pulmón delante de la puerta de entrada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Barbara al joven calígrafo, quien se apresuró a ir a informarse.

—Esos pobres desgraciados reclaman un aumento de sueldo. Ayer fueron contratados por el consulado para cargar en un barco unas pesadas cajas. Les habían prometido un tael de cobre por cada tres cajas y, una vez terminado el trabajo, les dieron la mitad. O eso dicen ellos, por lo menos.

Apenas había terminado la frase cuando una cuadrilla de policías armados con porras se lanzó sobre los manifestantes y los dispersó a porrazo limpio.

—¡Qué salvajes! —murmuró Barbara Clearstone, tan impresionada como inquieta.

En lo alto de la escalinata de entrada, ataviado de negro con un traje raído, había un inglés viejo de nariz ganchuda y cabeza medio calva a quien el espectáculo no parecía turbar lo más mínimo. Era el secretario particular de Elliott.

—El señor cónsul general Elliott os recibirá enseguida, señora. Tened la amabilidad de seguirme, por favor —les anunció aquel hombre que tenía todo el aire de un marabú desplumado mientras las conducía al mirador, donde se instalaron.

Había transcurrido un año desde el día en que la madre de Laura había asistido, en aquel mismo sitio, a la homérica algarada entre el pastor y el cónsul. En aquel parque saturado de humedad donde los árboles y arbustos parecían haber doblado su altura, seguían afanándose los mismos jardineros, encorvados bajo la vara que empuñaba el jefe y descargaba incesantemente sobre ellos.

El cónsul irrumpió en el mirador tan arrebolado y sudoroso como de costumbre, aprisionado en un traje de ciudad cuya chaqueta amenazaba con reventar a causa de la presión ejercida por la barriga. Tras saludar someramente a Laura e ignorar la presencia de La Piedra de Luna, el antiguo héroe de la primera guerra del opio, para contrariedad de la hija de Barbara Clearstone, la condujo a su despacho sin más demora.

Esta, extremadamente tensa, descubrió el despacho donde trabajaba el cónsul, una habitación de modestas dimensiones que apestaba a cigarro puro y con todo el suelo cubierto de carpetas abiertas y cajas vacías de botellas de jerez y champán de primera calidad. En medio de tan inquietante desorden, el único elemento tranquilizador al que le pareció prudente asirse era un elegante sofá Chippendale en el que el diplomático la invitó a sentarse.

Charles Everett Elliott, que no era de los que se entretenían en formulismos, se

acercó a la visitante e hincó una rodilla en tierra.

—¿Os han dicho alguna vez que sois encantadora, señora Clearstone? —exclamó en tono teatral.

Resultaba ridículo en aquella postura tan pasada de moda y caricaturesca de viejo seductor que se sirve de medios ampulosos para conseguir sus fines.

—Supongo, señor cónsul, que me habéis llamado para hablar de cosas serias —se defendió Barbara hurtando el cuerpo.

—Quería tener noticias vuestras. Según me han dicho, desde que vuestro marido se fue, vivís en casa del pastor americano.

La voz de Elliott temblaba de manera extraña, lo que Barbara, sintiéndose cada vez más asqueada ante aquel hombre que le echaba a la cara su aliento disuasorio, quiso atribuir a su edad. Se retiró, pues, lo más lejos posible de su alcance. De haber tenido a mano una varita mágica que le hubiese permitido transformar aquel sofá en alfombra voladora con la que escapar a las melifluas atenciones del viejo sátiro, no habría dudado un segundo en servirse de ella.

—Estoy muy bien. Y lo mismo mis hijos. Mirad, lo importante en la vida es ser de utilidad. Esta, por lo menos, es mi filosofía —farfulló Barbara.

—Las manos de Elliott, vellosas y con dedos como morcillas, se posaron en sus rodillas e iniciaron el recorrido de sus muslos. Cada vez más excitado, era evidente que el cónsul se figuraba que le estaba todo permitido.

—Tendríais que pensar un poco en vos. ¿No podría hacer alguna cosa mejor una mujer tan hermosa como vos?

Barbara, que se encontraba como galvanizada y se sentía incapaz de hacer el menor gesto, observaba con horror la sortija que adornaba el dedo anular de la mano derecha de Charles Elliott y veía que esta se acercaba a su entrepierna. De la boca entreabierto del cónsul se escapaba en aquel momento un monstruoso gruñido. Se hacía imperativo reaccionar para que su agresor entendiera con claridad que no consentía a sus halagos. Con gran violencia, Barbara sacó fuerzas de flaqueza y clavó los ojos en la patilla izquierda de Charles Everett Elliott pero, justo cuando ya iba a pegarle un estruendoso bofetón, hizo irrupción en el despacho la esposa del diplomático y Elliott se levantó precipitadamente, aunque titubeante, y se sacudió con gesto mecánico una mota de la chaqueta.

—Es la hora de los medicamentos, cariño —anunció con voz estentórea Rosy Elliott, que traía una bandeja con un frasco y un pastillero.

La esposa del cónsul, que se conocía de sobra las debilidades de su marido, dirigió a Barbara un guiño acompañado de una mueca mientras su cónyuge, como un niño pillado en falta, se precipitaba hacia una de las carpetas que alfombraban el suelo, la abría febrilmente y enterraba las narices en ella.

—He servido el aperitivo al señor en el mirador —anunció oportunamente el camarero chino, instado a entrar por la esposa del cónsul, quien le había dirigido una mirada que despedía chispas.

Resultaba evidente que no era la primera vez que Rosy protagonizaba una escena de ese tipo, ya que conocía bien las pulsiones de su marido y sabía arreglárselas para intervenir antes de que las cosas se descontrolasen y pudiesen llegar demasiado lejos.

Mientras Barbara sufría los asaltos del cónsul, Laura y La Piedra de Luna habían bajado hasta el césped del parque y se habían enzarzado en una conversación con dos jardineros, que les estaban explicando cómo había que manejar las tijeras para igualar la hierba.

—¿Habla cantones vuestra hija? Es una lengua de sonido infame —comentó Rosy Elliott al descubrir a los dos jóvenes.

—Normalmente un extranjero, por muy dotado que esté para el dominio de las lenguas, necesita dos años largos para chapurrear cuatro palabras —añadió su marido, que aún no se había recuperado del todo tras haberse visto sorprendido por su mujer.

—No, en realidad es ese muchacho chino quien habla perfectamente inglés gracias a que el pastor Roberts accedió a darle clases —exclamó Barbara lanzando una mirada desafiante a Elliott.

No le desagradaba alabar al religioso americano delante del cónsul de Inglaterra, en quien no veía más que un tigre de papel con zarpas y colmillos muy gastados.

—¿Queréis traerme a ese chico? —dijo Rosy al camarero, y añadió, dirigiéndose a Barbara—: Estoy buscando un guía-intérprete para que me acompañe a visitar a unos anticuarios.

Las dos mujeres entraron en el mirador y dejaron que el cónsul de Gran Bretaña, avergonzado y humillado, se eclipsara con un vago pretexto.

Cuando La Piedra de Luna, algo intimidado y un tanto inquieto, se encontró delante de la señora Elliott, esta ya había recuperado su sonrisa habitual, igual de zalamera que de asesina.

—Me han dicho que habláis muy bien inglés.

—Me desenvuelvo.

—¿Os importaría acompañarme a visitar a un anticuario? Como es lógico, si aceptáis, os pagaría el estipendio normal de los intérpretes del consulado de Gran Bretaña: un *liang* de plata por jornada.

A La Piedra de Luna le pareció una cantidad desmesurada. Comprobó primero, dirigiendo una mirada a Laura, que esta no se oponía a la proposición de la esposa del cónsul y, en un inglés impecable, respondió:

—Estoy a vuestra entera disposición, señora Elliott.

—¿Dónde se os puede localizar, La Piedra de Luna? —le preguntó esta.

—En casa del reverendo Issachar Jacox Roberts. Voy por allí con regularidad, señora. Si no me encontráis en su casa, podéis dejarme allí un mensaje y vendré a veros enseguida.

—Entonces, quedamos en que el miércoles que viene nos encontraremos aquí a las diez. Me han hablado muy bien del comerciante de antigüedades en cuestión y sé que su padre tiene acumulada una considerable cantidad de objetos que se remontan a

las dinastías Song y Ming.

—Aquí estaré, señora. Contad conmigo.

Barbara, que seguía molesta por la actitud del cónsul, decidió dar por terminada la sesión, por lo que se inventó que tenía que verse con el pastor.

—Es una lástima que no os podáis quedar a comer. Habríais probado mis famosos bocadillos de pollo —le dijo en un susurro Rosy Elliott.

—Es evidente que este no es mi sitio, señora Elliott. Estoy segura de que lo comprenderéis.

—De veras que no sé a qué os referís, amiga mía.

A Rosy Elliott no la arredraba mentir. Poco faltó para que Barbara la abofetease, lo que habría desbaratado todo el surtido de colores del desaforado maquillaje que le cubría el rostro, desparramado el carmín de los labios corriéndosele a las mejillas que llevaba blancas como un payaso y hecho llorar lagrimones del rímel con que se había embadurnado los ojos. Pero se retuvo porque no habría sido un gesto digno de una buena cristiana.

—Si vuestro marido se figura que una mujer sola como yo puede ser una presa fácil, se equivoca de medio a medio —se limitó a soltarle con voz que la cólera y la indignación hacían temblorosa.

—¡Pobre Charles Everett! ¡No lo conocéis! Es incapaz de matar una mosca.

Frente a tal dosis de hipocresía y cinismo, Barbara Clearstone, asqueada, desvió la mirada. Estaba muy claro que una persona con la que no debía codearse era la esposa del cónsul de Gran Bretaña en Cantón.

—¡Vamos, Laura, aquí no tenemos nada que hacer! —dijo a su hija mientras se recomponía el vestido antes de abandonar, sin añadir una sola palabra más, aquel minúsculo islote de extraterritorialidad británica donde había sido testigo de lo peorcito que podía producir la comedia humana dentro de la sociedad victoriana.

Laura, sintiéndose ajena a lo sucedido, miró a su madre mientras, en el mismo instante, Barbara se juraba que no volvería a pisar tierra inglesa en toda su vida.

XVI

Shanghái
19 de mayo de 1847

La misa acababa de terminar y, en su hornacina rematada por poderosa arcada ribeteada con una guirnalda de pámpanos de estilo rococó, el buenazo de san José, desde su estatua de chillona policromía y chorreando oro por todas partes, tenía ese aire algo tontaina y fuera del tiempo que la mayoría de escultores se complacen en atribuir al esposo de María.

El padre Freitas se hacía siempre la misma reflexión compasiva cuando, *in petto*, se paraba a considerar el curioso destino del seudopadre de Jesús, lo que ocurría precisamente cuando se quitaba la casulla y se deshacía de la estola, debido a que entonces levantaba los ojos hacia la estatua de yeso pintado que, encaramada en un zócalo de falso mármol, velaba —era un suponer— por la sacristía de los padres jesuitas de Shanghái. La había colocado en aquel sitio el padre Giuseppe Giardini, superior de la provincia de China. Aquel jesuita natural de Padua la había importado por duplicado a costa de grandes dispendios. El otro ejemplar estaba en Macao, en una capilla de la iglesia consagrada a san Pablo.

Era como si Roma y el Imperio del Medio se hubiesen dado cita en la capilla particular donde los tres padres jesuitas residentes en Shanghái celebraban su misa diaria a las siete en punto de la mañana. En el minúsculo santuario anejo a una casa china que hacía las veces de presbiterio, los elementos decorativos eran totalmente conformes a la imagen que deseaba proyectar de sí misma la Compañía de Jesús en su relación con China: una conciliación armoniosa entre el catolicismo romano y la civilización china. En el techo, la paloma del santo sacramento se situaba frente al motivo circular del Yin y del Yang, mientras en las paredes alternaban alegremente los regordetes *putti*^[63a] con dragones entrelazados. El mismo ocurrente decorador se las había ingeniado para que, en el ábside, las figuras de santa Rita y san Ignacio departiesen con las de Confucio y Lao Tse.

Los jesuitas no solo practicaban esta confusión de géneros, sino que la reivindicaban porque, al decir de ellos, reflejaba la estrategia extremadamente hábil que desplegaban para convertir las almas de los chinos. Al proclamar a los cuatro vientos que el confucianismo y el catolicismo eran compatibles, inculcaban a sus feligreses los principios de la religión cristiana sin necesidad de abandonar ni trocar sus creencias originarias, sino incorporándolas simplemente como un añadido más. Decían la misa en chino y, cuando se trataba de bendecir a los fieles invocando a los santos, no vacilaban en incorporar a Buda, Confucio y Lao Tse a la lista. Una teología tan «elástica» como esta, que había sido la causa de su interdicción^[63], continuaba

reportándoles no solo múltiples problemas con el Vaticano, sino también desagradables reflexiones de parte de las demás congregaciones católicas presentes en China y sobre todo una condena sin apelación de parte de las Iglesias protestantes, que veían a los «soldados de Dios» como una pandilla de papistas radicales.

Aquel día, la pequeña comunidad en la que Freitas ejercía de «tutor» recibía la visita del padre Juan de Suárez, un español oriundo de Granada, hombre de tez negruzca, paticorto y más flaco que un huso. Suárez era el «ayudante especial» del padre superior de la provincia de China, cuya primera visita de inspección estaba llevando a efecto. Hacía dieciocho meses que había sido premiado con el nombramiento, por lo que al final del año anterior se había instalado en Macao con objeto de comprobar sobre el terreno la eficiencia del ejército de los «príncipes negros», que así llamaban a los jesuitas por el color del hábito que llevaban.

—¿Qué tal esa primera ronda a través de China, padre Juan? —preguntó el portugués a su compañero, que acababa de celebrar la misa con él.

—Acabo de empezarla. La semana que viene voy a Hangzhou y después proseguiré hasta Pekín a través del Gran Canal Imperial. De allí, si Dios quiere, iré a Cantón, donde visitaré al padre Toubert, y a continuación a Macao, ya que es allí donde debo presentar el informe al padre Giardini, que para entonces ya habrá vuelto de Roma.

—¡Gran periplo! —exclamó Freitas mientras secaba con minuciosidad el cáliz y el copón de oro macizo utilizados en la liturgia.

—Si todo va bien, invertiré en él seis meses largos.

Freitas había empezado a plegar sus vestiduras litúrgicas.

—¿Cuáles son vuestras primeras impresiones sobre este país, padre Juan? Estoy seguro de que tenéis cosas apasionantes que contarme —dijo en tono jovial y a la vez servil, deseoso de meterse al inspector en el bolsillo.

—Pues, ¿qué queréis que os diga? Lo que más sorprende es la cantidad de gente. La verdad es que no había visto nunca tanta gente circulando por las calles. ¡Ni en Sevilla el día de Viernes Santo! Ni tampoco en la plaza de San Pedro de Roma en días de canonización.

La angustia que dejaban translucir las palabras del padre Juan traicionaba la agorafobia que sufría desde su más tierna infancia. Jamás había confesado a nadie aquella flaqueza suya y no tenía intención de que su colega portugués la descubriera.

—China siempre ha sido el país más poblado del planeta y lo más probable es que siga siéndolo si no remedian la situación las hambrunas o las epidemias.

—Y a vos, ¿qué tal os va? —le preguntó Suárez secándose la frente, humedecida por gruesas gotas de sudor.

Se habría quedado corto si hubiera dicho que lo desazonaban todos aquellos miles de chinos apretujándose en los más insignificantes callejones de Shanghái, inmensa ciudad tentacular al lado de la cual Macao parecía una aldea. ¿Cómo podían vivir allí, hacinados, sus habitantes? Le hacían pensar en las ratas, capaces de apretujarse por

millares en cuevas alrededor de su rey y de acabar devorándose entre sí.

Reprimió un estremecimiento pensando en el periplo que debía realizar. ¿En qué estado volvería a Macao, suponiendo que volviese?

—Mirad, aquí todo es gigantesco, casi desproporcionado. Una crecida del río Azul puede provocar cincuenta mil muertos en las calles de una sola ciudad. Hace dos años, el hambre que se ensañó en el norte del país desencadenó el desplazamiento de varios cientos de miles de personas en menos de quince días.

—Cuando uno piensa en todas esas almas que no conocen la luz de Nuestro Señor Jesucristo... ¡Qué trabajo inmenso nos aguarda! —exclamó con un suspiro el español procurando que no le temblara la voz, mientras el portugués envolvía con un paño el cáliz y el copón antes de guardarlos en el tabernáculo de la sacristía.

—Lo que nos haría falta sobre todo serían medios de acción más importantes que los que tenemos actualmente a nuestra disposición. Cuando se libra un combate como el que tenemos nosotros entre manos es esencial contar con el nervio de la guerra —añadió el padre Freitas Branco después de cerrar la puerta del tabernáculo con doble vuelta de llave.

—Si se retiran ciertas cosas del alcance de la mano, se evitan las tentaciones. Aunque hace mucho que se convirtieron nuestros dos sacristanes chinos, no por ello dejan de ser chinos hasta la punta de los cabellos —le confió Freitas en el tono de quien conoce el paño y no se hace ninguna ilusión en lo tocante a la honradez de los interesados.

—Entonces, según vos, todos los chinos serían por naturaleza propensos al robo —observó Suárez con gesto de reprobación.

—Más de las tres cuartas partes de la población se encuentra en estado de supervivencia. Cuando se carece de todo, no inquieta demasiado saltarse ciertas reglas. Esa gente tiene tanta necesidad de arroz como de la palabra de Cristo.

El español torció el gesto, pero se abstuvo de contradecirlo. Se sentía obligado a estar de acuerdo: aunque molestas porque turbaban la conciencia de aquellos que anteponían el alimento espiritual al terrenal, las palabras del portugués eran difíciles de refutar. ¿Cómo se podía culpar a ratas hambrientas de que se saciaran en un granero lleno a rebosar en el que se habían colado a través de un minúsculo agujero?

Las imágenes de roedores irrumpiendo a miríadas en un granero y dando cuenta de todo cuanto encontraban a su paso lo turbaba hasta tal punto que prefirió cambiar de tema.

—Ha llegado a mis oídos la experiencia que vivió nuestro compañero, el padre Joachim de Vleughels, en aquella aldea del sur de China. ¿Qué opináis al respecto? —preguntó a su anfitrión.

Aquel jesuita flamenco se había hecho notar por la innovación que había introducido en materia de bautismo colectivo: una noticia que había sido la comidilla de la gente. Vleughels se había situado junto a la entrada de un figón y hacía pasar a sus feligreses en grupos de veinte por debajo de unas jarras llenas de agua bendita

que tenía colgadas de un pórtico y que él despanzurraba a martillazos para que el contenido de las mismas se derramara sobre las cabezas de los comensales-catecúmenos, quienes de golpe y porrazo se encontraban bautizados casi sin enterarse. Por sus expertas manos habían pasado ya de esa guisa centenares de chinos.

—Aquí en Shanghái la policía no nos dejaría actuar de esa forma. Los narigudos, como nos llaman ellos, somos objeto de vigilancia policial en todas las grandes ciudades. Como os sorprendiesen acarreando jarras de agua, os someterían inmediatamente a una inspección.

—Pero ¿qué opináis sobre la forma de proceder del padre Vleughels? —insistió el español.

—Pues... apruebo su proceder —dijo Freitas, aunque con la boca chica, porque no quería que en Macao se supiese que no lo aprobaba.

Condujo a Suárez al comedor, donde ya les estaban esperando los otros dos jesuitas de la comunidad, así como una vieja ama desdentada que se dobló en dos así que los vio.

—Solo con que tuviéramos diez jesuitas de su temple, nuestra acción apostólica avanzaría a paso de gigante —exclamó el padre Juan en tono algo lírico.

Freitas instaló a su invitado en el lugar de honor, situado a un extremo de la mesa y delante mismo de la pirámide de pastas y bollos, tibios aún, que acababa de levantar el ama.

—¿Qué os apetece? ¿Un desayuno al estilo chino o al europeo? Nuestra sirvienta hace unos *croissants* excelentes.

—Son extremadamente apetitosos —convino el español haciéndose servir un humeante vaso de té.

Había llegado el momento de que el portugués pasara a tratar de cosas serias y demostrara que su comunidad era un modelo de fe evangélica a la vez que de prosperidad económica, puesto que entre los jesuitas lo uno iba acompañado siempre de lo otro. Mojando con gallardía el cuerno del *croissant* en una tarrina de confitura de melocotón, consideró oportuno decir al inspector:

—Por descontado que me pongo a vuestra entera disposición en lo tocante a responder preguntas y a informaros sobre los puntos específicos que deseéis abordar, padre Suárez.

—¿Qué ha sido de nuestros amigos lazaristas? He oído que monseñor Mouly está desarrollando una actividad arrolladora en Pekín —le espetó el español algo reticente.

Existía una sorda y persistente rivalidad entre jesuitas y lazaristas desde que los últimos habían «osado» hacer de China —pese a que así se lo había pedido expresamente el papa Pío VII— una de sus principales tierras de misión.

—Desde que los padres Évariste Huc y Joseph Gabet^[64] dejaron Pekín para ir al Tíbet, parece que ha declinado su influencia —se apresuró a responder Freitas haciendo una mueca.

—¿Estáis seguro?

—¡Como os lo digo! A su regreso de Lhasa, el padre Huc y su ayudante estuvieron el año pasado en Cantón. Según el padre Toubert, se estaban extendiendo con la pretensión de que los lamas tibetanos adoran a Cristo. No es de extrañar que, con estos camelos, nuestros amigos lazaristas se ganen alguna regañina de parte de la curia romana.

—Igual que ocurrió con nuestros antiguos... Mirad, si se aspira a convertir paganos, hay que hacer algunas concesiones. ¡Dios sabe lo caras que costaron a nuestra Compañía! —suspiró Suárez, que con sus palabras hacía alusión a momentos penosos del funesto año de 1773.

Como un niño cogido en falta, Diogo de Freitas Branco prefirió no responder y tomar un segundo cuenco de té dentro del cual camufló la cara. Entre jesuitas, al igual que ocurre en todas las organizaciones de tipo paramilitar, lo mejor era mantenerse dentro de la línea de lo que pensaba el mando superior.

—Habladme de cómo van las cosas de nuestra Compañía en Shanghái. ¿Qué tal? —dijo el español con la boca llena interpelando directamente a su interlocutor.

—No van mal. Si dispusiéramos de un poco más de dinero, podríamos hacer grandes cosas y aumentaría considerablemente el número de los conversos. Ya sabéis, padre Juan, que venimos de muy lejos. Hace cuatro años, cuando llegué, la obra de nuestros predecesores no era más que una ruina cubierta de escombros. Hubo que reconstruirlo todo a partir de cero.

—No me sorprendéis. Pero vos conocéis las reglas instituidas por nuestro padre general y que nuestro provincial debe respetar escrupulosamente: cada provincia debe proveer a sus propias necesidades —dictaminó el español no sin cierto grado de compunción.

—Me afano en ello las veinticuatro horas del día.

Freitas hacía lo imposible para reprimir la indignación que le provocaba aquel colega que, aposentado cómodamente en la sede de la provincia, no tenía ni idea de las dificultades que debían afrontar los que estaban al pie del cañón. Pero ¿había muchos capitanes de barco que se preocupasen realmente de lo que ocurría en las bodegas?

—¡No hacéis más que cumplir con vuestro deber de jesuita! —le soltó, en tono severo, Suárez.

De pronto, el español se había convertido en el inspector puntilloso que acudía a comprobar si se aplicaban rigurosamente las directrices desde la base.

—Si ocurre todo tal como está previsto, los franceses nos comprarán un terreno que los servicios del virrey nos cedieron a un precio interesante a fin de instalar en él su consulado. Será una buena entrada de dinero —se apresuró a precisar Freitas.

—Y dicho sea de paso, ¿os habéis puesto en contacto con el enviado especial de los franceses? Recordadme su nombre, por favor.

—Vuibert. Y por supuesto que sí. Tan pronto como me enteré de su llegada, fui a

recibirlo en el mismo barco. Y le hemos prestado albergue durante dos meses, hasta que encontró un sitio conveniente donde alojarse.

—¿Entra en el marco de su misión la construcción de un edificio para el consulado?

—Eso supongo, ¿para qué lo habrían enviado, de no ser así, las autoridades francesas?

—En tal caso, fue una buena iniciativa la vuestra —convino a regañadientes el ayudante especial del provincial de China.

El duelo a florete con zapatilla que se había establecido entre los dos curas proseguía incesante.

—A propósito, padre Suárez, ¿sabéis la fecha exacta de la llegada a Shanghái del señor De Montigny, el cónsul nombrado por las autoridades francesas? El joven Vuibert no ha podido facilitarme ningún detalle preciso sobre el particular.

—Conviene admitir que nosotros estamos mejor informados que él. Charles de Montigny llegará antes del final del verano.

—Siempre me ha causado admiración ver que algunos miembros de nuestra Compañía eran capaces de obtener informaciones ultraconfidenciales —observó con una risita ahogada Freitas, que había recuperado su buen humor.

Suárez se abstuvo de responder.

—¿Qué programa tenemos? —preguntó al portugués.

—Antes que nada, debo excusar a los padres Goes, Anselmy y Jaccard por su ausencia. Su deber de misioneros les obliga a estar ausentes de Shanghái por haber ido a predicar la buena nueva de Nuestro Señor Jesucristo a los pueblos de pescadores de la costa meridional. Hasta el lunes próximo no regresarán de su ronda apostólica.

—Tened la amabilidad de transmitirles mis fraternales saludos y mi bendición apostólica.

—No dejaré de hacerlo. Esta misma mañana he pensado que seguramente os gustaría visitar los dos talleres más importantes que tenemos en Shanghái: nuestra imprenta y nuestra fábrica de ornamentos litúrgicos. ¿Os parece bien?

De pronto, en el rostro oscuro del español apareció una sonrisa ávida.

—El padre Giardini me habló con gran entusiasmo de esas dos iniciativas y precisamente quiere que le presente un informe detallado de sus progresos.

—Entonces os propongo que hagamos esa visita cuanto antes. Resulta, además, que esos establecimientos están detrás mismo de nuestra casa. Eso me permite vigilarlos más fácilmente —respondió Freitas infundiendo a sus palabras un acento de complicidad.

Nuestros dos jesuitas se dirigieron a dos casitas encajonadas entre un canal lleno de agua estancada salobre en fase de putrefacción y con un exiguo terreno de cultivo de hortalizas que unos campesinos estaban abonando en aquel momento con los excrementos de la familia. Como había llovido durante la noche y el padre Suárez no

estaba acostumbrado a caminar por el barro, se agarraba lo mejor que podía a los faldones de la sotana de su colega.

Llegaron por fin a las casuchas en cuestión. A pesar de ser de construcción reciente, sus muros salpicados de manchas grisáceas parecían a punto de derretirse como azúcar mojado o de derrumbarse bajo el peso de los tejados.

En China, debido a la demografía y al clima, lo nuevo se avejenta muy aprisa.

—En este imprimimos el catecismo del padre Ricci —le explicó el portugués así que llegaron a la puerta del primer taller.

En su interior se afanaban una docena de chinos macilentos y sudorosos delante de las planchas en las que estaban grabadas al revés las páginas del *Tianzhu Shiyi*, literalmente *Tratado de la verdadera doctrina de Dios*, catecismo que había emocionado al emperador Kangxi hasta el punto de incitarlo a promulgar en 1692 el famoso edicto de tolerancia a favor del cristianismo. En medio de un tableteo incesante, las tres prensas de la imprenta xilográfica funcionaban a todo tren.

—¿Cuántos ejemplares imprimís diariamente? —preguntó Suárez.

—Unos cincuenta. Desde la inauguración del taller hemos tirado más de diez mil ejemplares, que hemos distribuido gratuitamente en Shanghái y alrededores. El mes pasado enviamos trescientos al padre Vleughels. Es una actividad que nos tiene acaparados.

—Pero que es esencial..., y a buen seguro muy rentable —lo interrumpió el español.

—Los márgenes que nos deja no son desdeñables, en efecto —convino Freitas con actitud de perro apaleado, desesperando ya por ganarse al quisquilloso inspector.

—Y a propósito —añadió este último—, ¿en qué han quedado los proyectos vitícolas de la Compañía? Desde Roma nos aconsejan que produzcamos vino. Según dicen, fabricar vino es una actividad sumamente rentable. Estoy seguro de que vuestros chinitos no harían ascos al vino...

Con hombres tan coriáceos como Freitas, era un magnífico ejercicio remover el hierro en la llaga.

—Todavía no he tenido tiempo de dedicarme a la cuestión del vino de misa —se justificó el portugués acompañando sus palabras con una mueca.

Suárez tenía motivos para alegrarse: ¡acababa de dar en el clavo! Por fin se había metido en un terreno donde podía atrapar en falso al maldito portugués. Hacía meses que el padre Giardini le daba la lata a propósito de la famosa viña que habría deseado ver plantada en las inmediaciones de Shanghái.

—Las reservas de que disponemos están prácticamente agotadas y los gastos de transporte nos arruinan —exclamó el español con acento triunfante.

—Como no tengo ningún conocimiento de agronomía, ignoro si el clima de Shanghái se presta al cultivo de la viña. Así que tenga tiempo de consultar los libros adecuados, pondré manos a la obra, padre Suárez. Decídselo así al padre Giardini. ¿Lo haréis?

—En caso de que el suelo de Shanghái no fuera propicio, tiene que haber forzosamente alguna zona que se preste a ello. ¡China es tan grande! —exclamó Suárez, tan empeinado como implacable.

—Seguramente.

Advirtiendo que Freitas deponía las armas, Suárez acabó de hundir el puñal.

—Estoy seguro de que la próxima vez que venga a visitaros me llevaréis a ver la viña que os interesa cultivar.

—¡Os lo prometo! —exclamó el portugués, aunque a contrapelo.

Se consoló diciéndose que la nobleza que entrañaba la condición de jesuita consistía en obedecer sin rechistar las órdenes emanadas desde la jerarquía por extravagantes que fueran.

Aparte de esto, le convenía no singularizarse, ya que si los de arriba se enteraban...

Sintió un estremecimiento, expulsó de su ánimo tan angustiosa obsesión y arrastró con paso vivo al inspector a la casa situada entre las otras dos, en cuyo umbral ya les esperaba una mujer joven de rostro afable, que les invitó a entrar. Ya dentro, envueltos en un silencio religioso, había ocho hombres y cinco mujeres sentados delante de unas largas mesas que estaban ocupados en cortar, hilvanar, coser y bordar ornamentos litúrgicos.

—Os presento a Castaña de Agua. Ella es quien dirige el taller de corte y bordado de nuestros ornamentos litúrgicos. Castaña de Agua aprendió a bordar con hilo de seda en la manufactura imperial cuando tenía siete años. Tiene manos de plata.

La interesada, más bien menuda, se inclinó con respeto juntando las manos en la frente a la manera de los budistas. La dulzura de su mirada era impresionante. Suárez frunció el ceño al verse ante aquella presencia femenina y seguidamente, hablando entre dientes, dijo por lo bajo a Freitas:

—Compruebo que no habéis vacilado a la hora de confiar a una autóctona una tarea tan esencial como la que lleva a cabo esta mujer —las desdeñosas y ásperas palabras del español acabaron de liberar al vehemente portugués, que replicó en tono decidido:

—Bajo mi estricto control, padre Suárez. Castaña de Agua es una trabajadora sin igual. Dirige con mano maestra a su equipo de obreras. Esta joven es una verdadera experta en su campo.

—¿Es honrada, por lo menos?

—Es de una honradez a toda prueba.

Como para refrendar sus palabras, indicó con la mirada a la interesada que mostrara algunos ornamentos litúrgicos al español. La joven obedeció de mil amores y extendió sobre la mesa una suntuosa estola de seda de color berenjena bordada con hilo de oro. En uno de los extremos figuraban los símbolos del Yin y del Yang mientras que en el otro había un corazón coronado por una cruz, símbolo del sacrificio de Jesús.

—Hace un momento me habéis dicho que más de las tres cuartas partes de los chinos no eran honrados —le echó en cara el inspector, que se estaba poniendo cada vez más agrio, sin dignarse mirar siquiera los bordados tornasolados desplegados ante sus ojos.

—Admirad esa labor, padre Suárez, y confesad que hasta su santidad el papa estaría orgulloso de lucir esos ornamentos —le replicó Freitas, molesto ante la agresividad del español.

Este desdeñó tocar la pieza de seda bordada que el portugués le tendía y le miró fijamente a los ojos para murmurarle en voz baja, como si temiera que pudieran entenderlo los chinos allí presentes:

—No he venido para inspeccionar, como se dice a veces, el acabado de las labores que aquí se hacen, sino para comunicaros una petición expresa del padre Giardini —dijo Suárez, cuya brusquedad revelaba, en el fondo, cierto malestar.

Freitas lo condujo hacia el umbral.

—¿Por qué habéis tardado tanto tiempo en decírmelo? Salgamos y hablaremos con más comodidad —exclamó el portugués, aliviado por un lado e inquieto por otro.

Dieron algunos pasos junto al borde de un campo de soja medio inundado donde unos campesinos viejos y harapientos iban arrancando a mano los hierbajos y llenaban con ellos unas grandes cestas de mimbre.

Para Suárez, que no prestó atención alguna a aquella pobre gente, lo esencial consistía en revelar a Freitas el mensaje que explicaba su presencia en Shanghái.

—La provincia de China se ha comprometido a suministrar subsidios a «Roma». En estos tiempos de expansión, la Iglesia católica tiene una gran necesidad de dinero. Como ocurre siempre en tiempos difíciles, el Santo Padre se dirige sobre todo a nuestra Compañía por la fama de rica que tiene.

En la jerga jesuítica, «Roma» era la sede de la Compañía de Jesús, un palacio del Renacimiento cuya austera fachada se levantaba en la calle del Borgo Santo Spirito, a un tiro de piedra de la Capilla Sixtina. Allí tenía su residencia el padre general de la Compañía de Jesús. Elegido de por vida por sus pares y dotado de una discreción legendaria, aquel a quien apodaban el Papa Negro por el color de la sotana, era uno de los prelados más poderosos de la cristiandad romana.

—¿Cómo podría ser de otro modo, padre Suárez? Todo barco necesita viento para avanzar —murmuró Freitas con un nudo en la garganta, ya que ahora veía con claridad a qué punto quería llegar el otro.

—«Roma» tendrá que pagar un total de cinco mil escudos de oro al Vaticano.

Faltó poco para que al portugués le diera un colapso al oírlo.

—Es una suma colosal.

—Nuestra provincia tendrá que hacerse cargo de la décima parte. El padre Giardini se enteró de ese detalle durante su estancia en Roma por boca del padre general.

Freitas se secó la frente. Quinientos escudos era lo que costaba un gran barco

mercante con su cargamento de opio o el de tres o cuatro inmuebles destinados a alquilar en Hong Kong, ya que los precios no habían hecho más que subir desde que los ingleses se habían instalado en la ciudad.

—¿El diez por ciento para China cuando son mucho más ricas que nosotros las provincias de la vieja Europa? La verdad, lo encuentro injusto —suspiró el portugués.

—El padre Anselmy comparte vuestra opinión. Peleó para rebajar ese porcentaje argumentando que nosotros teníamos que hacer frente a numerosos gastos. Pero no sirvió de nada. En Roma se figuran que nadamos en la abundancia. China se ha convertido en el último Eldorado. Todos creen que el dinero corre aquí a raudales y que no tenemos más que agacharnos para recogerlo a manos llenas —exclamó Suárez.

—Pues harían bien dándose una vuelta por aquí —tronó Diogo de Freitas Branco.

—Considero inútil informaros de que en Macao no tenemos con qué hacer frente a tan considerable suma —prosiguió el español.

¿Que la minúscula comunidad jesuítica de Shanghái debía encargarse de llenar las arcas del Vaticano? ¡Mejor tomárselo a risa!

—¿Cómo voy a obligar a esa pobre gente a que compre por la fuerza mi catecismo? —dijo en tono irónico el portugués señalando a los campesinos cubiertos de harapos que se afanaban a pocos metros.

Suárez hizo como si no lo hubiera oído y pasó a desarrollar su razonamiento.

—En lo que se refiere a la China continental, mejor olvidar las comunidades de Cantón y Pekín, ya que su fundación es tan reciente que difícilmente pueden disponer del más mínimo botín de guerra. En cuanto a la de Hangzhou, no me veo con ánimos de pedir al padre Ruffles que pague nada, ya que por algo se queja de que ni siquiera tiene dinero para comprar la cera de abejas con que hace cirios. Y con respecto a ese terreno que esperáis vender al Estado francés, ¿tenéis idea de cuánto puede valer?

—En absoluto. Si queréis que os diga la verdad, padre Suárez, todavía no he reflexionado sobre la cuestión.

—Pues estrujaos las meninges. El padre Giardini tiene una confianza total en vos.

El mensaje era claro. Diogo de Freitas Branco debía espabilarse para encontrar quinientos escudos de oro y suministrárselos a su provincial.

—Ni que decir tiene que, además, le urge particularmente conseguir ese dinero.

—¡Ni más ni menos! Lo que más me gusta de vos, padre Diogo, es esa facultad vuestra de comprender las medias palabras —dijo el español con sonrisa socarrona como para cerrar la conversación.

Mientras ayudaba al visitante a moverse por aquellos campos empantanados, el padre Diogo de Freitas Branco, contrariado ante la desmedida petición de su provincial, se perdía en conjeturas.

¡Qué osadía! Todos los jefes estaban cortados por el mismo patrón. Pedían lo imposible a sus colaboradores y les tenía sin cuidado todo lo demás. En esto radicaba su fuerza y también su manera de consolidar su autoridad.

El portugués no se veía anunciando a Giardini, llegado el momento, que no había sido capaz de reunir aquella suma colosal, ya que habría quedado cubierto de oprobio y sería anatemizado en Roma. En cuanto a la comunidad de Shanghái, que hoy se encumbraba al pináculo, seguramente sería vilipendiada y situada por los suelos.

Como decían los romanos, la roca Tarpeya está cerca del Capitolio.

Hay que precisar que, entre las comunidades de jesuitas, reinaba una despiadada rivalidad. Cualquier medio era lícito si permitía situarse en lo más alto de la clasificación que las autoridades establecían todos los años y que se materializaba en un informe confidencial que cada provincial enviaba al superior general. En aquella fiera competición estaba todo permitido porque se hacía siempre en nombre de la caridad cristiana.

Y lo más problemático para Freitas era que el descenso de Shanghái en aquella clasificación maldita habría tenido como resultado ineluctable una «inspección a fondo» cuyas consecuencias no se atrevía siquiera a barruntar por lo catastróficas que podían resultar. Cuando se procedía a una de estas «inspecciones a fondo», los enviados especiales del general lo peinaban todo con peine espeso, desde las actividades de los padres jesuitas involucrados hasta los bienes que eran propiedad de la comunidad. Comparada con estos procedimientos inquisitoriales, la visita del padre Juan de Suárez era pura bagatela. Los interrogatorios a los que se sometía a los interesados con intención de minarles la moral podían prolongarse horas enteras y obligar a que algunos jesuitas llegasen a acusarse de faltas que no habían cometido.

Y en materia de faltas, la que había cometido Freitas era enorme, tan enorme que rozaba lo inconfesable.

Le sobrevino, pues, un castañeteo de dientes, por lo que, para que no lo advirtiera Suárez, se llevó la mano a la boca y se la cubrió.

En momentos de duda, cuando le flaqueaba la voluntad, se entregaba siempre al mismo ejercicio espiritual, que consistía en decirse que era un observante del deber, un jesuita, y que así se mantendría hasta el fin de sus días, si bien esto no excluía que se comportara como un hombre que aspira a ser dueño de su destino.

Este desdoblamiento de la personalidad hacía que se moviera entre fases de optimismo y de profundo abatimiento.

Algunas noches y, pese a no desconfiar ni un solo momento de la misericordia divina, se veía como un horrible pecador condenado a las llamas del infierno. Pero llegaba la mañana siguiente y volvía a sentirse revitalizado por la misión que tenía encomendada.

Freitas no era jesuita por elección. Abandonado por sus padres al nacer, se había criado en el orfanato de los Hijos de Dios de Lisboa, situado detrás mismo del famoso monasterio de los Jerónimos. Allí, entre azulejos, aquellos mosaicos azules que componían magníficos paisajes y logogrifos que ensalzaban las conquistas marítimas de aquel minúsculo país cuyos heroicos navegantes habían recorrido todos los mares del globo, recibió el nombre de Freitas Branco por elección de la hija

solterona de la noble familia portuguesa a cuya generosidad se debía la fundación del orfanato en cuestión.

Los niños más inteligentes internados en dicha institución regentada por jesuitas, que ellos utilizaban como cantera, pasaban directamente de la misma al noviciado. Fue el caso del joven Diogo, quien había sido ordenado sacerdote sin que nadie, en realidad, le preguntara su opinión al respecto y, diez años más tarde, expedido a China sin que pudiera decir tampoco esta boca es mía.

Así pues, Freitas ejercía un oficio que él no había elegido.

Pero no se trataba de un oficio cualquiera, ya que se había convertido en soldado de Dios y había profesado votos sagrados.

Cuando uno era un soldado de Dios enviado por las supremas autoridades vaticanas a aquel inmenso campo de batalla que era China, el fin justificaba los medios. Si se trataba de poner en práctica estrategias cuya finalidad era enriquecer a la Compañía de Jesús, Diogo no regateaba esfuerzos, puesto que actuaba en nombre de Cristo. Pero como no había sido él quien, en virtud de su libre albedrío, había escogido aquella vía, no podía ser, según le parecía, una opción exclusiva.

Por eso llevaba al margen su «vida de hombre», aunque a veces interfiriese con la de soldado de Dios.

Con el transcurso de los meses se había ido acomodando a aquella dicotomía y no tenía problema alguno en teorizar sobre ella ni en justificarla desde que había descubierto la existencia del Yin y del Yang.

Al igual que el principio dual taoísta, Diogo de Freitas Branco tenía dos caras: la de soldado de Dios y la de hombre libre.

Esto, con todo, no impedía al jesuita lagarto y encallecido que era que temiera que algún día aflorara a la superficie aquella doble cara suya.

Por muy inspirada que estuviese en el Yin y el Yang, en Roma jamás habrían aceptado su conducta. Lo habrían tratado como al último de los pecadores y habría sido condenado *urbi et orbi* por el padre general de la Compañía y arrojado como pasto de sus pares, e incluso —¿por qué no?— encarcelado hasta el último de sus días en algún calabozo del castillo de Santangelo.

Solo pensar en aquella horrible posibilidad hizo que Freitas se olvidara de Suárez, a quien había abandonado a su suerte y que caminaba con grandes esfuerzos detrás de él a punto de resbalar tras cada uno de los pasos que daba.

La Iglesia católica se había quedado anquilosada, petrificada en certidumbres que correspondían a otra época. No había evolucionado con el mundo. Cuando enviaba a sus misioneros a los cuatro rincones del planeta, era siempre para inculcar creencias, jamás para inspirarse. Las misiones no eran otra cosa que la forma degradada de las guerras de religión y no era un modesto jesuita quien iba a cambiar la situación.

De regreso al presbiterio, mientras seguía oyendo, aunque sin escucharlo, al inspector español desgranando amonestaciones y consejos, casi le parecía sentirse atrapado, con la cuerda al cuello, en el fondo de un callejón sin salida del que jamás

conseguiría salir.

A menos de producirse un milagro.

Pero Freitas no sabía ya si debía creer realmente en los milagros.

XVII

Cantón
19 de mayo de 1847

Cuando Jazmín Etéreo abrió los ojos, los rayos de sol que se filtraban a través de las persianas ya proyectaban sus ardientes lanzazos en las paredes y el techo de la habitación que Serenidad Cumplida había destinado a la pareja en el primer piso de su inmensa morada.

Era pleno día.

Con el cuerpo arrimado al suyo, Tang seguía durmiendo a pierna suelta. Notaba el calor que irradiaba la cama en la que la sábana, al deslizarse, había dejado al descubierto el torso de recios pectorales de su amante, mezcla de fuerza y de gracia. Extendió la mano y rozó suavemente el vientre escultural de su compañero. Después de practicar con él la unión de los *hálitos Heqi*^[63b], el cuerpo de Tang parecía no tener secretos para la bella contorsionista, quien ahora se sabía de memoria todos sus músculos, articulaciones y hasta el menor recoveco de su piel.

Para los taoístas, el cuerpo humano es un paisaje. Tiene montañas nevadas o cubiertas de hierba, valles umbrosos o secos, llanuras pedregosas o fértiles, lagos azules o de jade y ríos que corren hacia el mar. Es imagen de esa «naturaleza» que le sirve a la vez de marco y de modelo. Corresponde al hombre, si quiere tener buena salud —o «estar en paz consigo mismo», ya que así también se dice—, asimilarse lo mejor que pueda a fin de encontrar el sitio exacto en los «grandes anaqueles cósmicos», ya que este es el precio de la Armonía Suprema.

Puesto que su mayor deseo era alcanzar ese estado de placer y equilibrio, Jazmín Etéreo no había pasado por alto ningún espacio del cuerpo de su amante, comprendidos los más inaccesibles.

Furtivamente, se rozó con el dedo índice la entrada de su Valle de las Rosas y se lo llevó a la boca. Sentía un deseo tan intenso de aquel hombre que aquel simple gesto desencadenó en ella lo que los taoístas designaban con el bello nombre de «subida de fusión», según se lo había explicado Tang. El deseo y el placer de los dos participantes llegan a una sincronización tan perfecta que acaban por no saber quién es quién. Una caricia más de su Botón de Rosa acabó por provocar el orgasmo, esa liberación que precipita el cerebro allí donde el placer anula todo concepto de espacio y de tiempo. Tuvo que morderse la lengua para no gritar. La potencia de aquella ola que la inundó hasta sumergirla era tan intensa que sintió dolor en los pezones. El irreprimible espasmo —dulce puñal hundido en el vientre tenso como la piel de un tambor— la atravesó de parte a parte y experimentó súbitas convulsiones en las piernas. Después sintió los habituales hormigueos propagándose a través de su

cuerpo, desde las extremidades hasta la cabeza, amplificándose a medida que iban acercándose a esta camino de la explosión en el «fuego artificial de mil colores».

La primera vez que había experimentado los efectos del Heqi, su miedo inicial se había transformado rápidamente en alegría delirante e ilimitada. Era porque había descubierto ese lugar ajeno donde, antes de conocer a Tang, jamás había osado penetrar por la simple razón de que jamás había conocido hombre.

Ese «lugar ajeno» es el territorio inefable donde pueden ampliarse indefinidamente las fronteras del placer absoluto. Tang le había entregado la llave que le permitía acceder a ese momento raro en que los sentidos se exaltan hasta tal punto que se llega a tener la impresión de que uno se convierte en el otro. Jazmín Etéreo, que se había aficionado a las delicias del Heqi y de su «subida de fusión», se había jurado que estaría eternamente agradecida a Tang por ello.

Aun así, sentía el temor de convertirse para Tang en simple objeto de deseo, un cuerpo a su disposición que, gracias a sus facultades acrobáticas, le permitía satisfacer todas sus fantasías.

Ese día le daría motivo para reflexionar, ya que no concebía su relación con él más que de una forma equilibrada en la que uno diese al otro la misma medida de placer y de sumisión.

La lamparilla seguía encendida en un rincón de la habitación iluminándola con su suave resplandor. Tang había conseguido sin esfuerzo hacer siempre el amor con ella manteniendo encendida la luz, ya que contemplar al otro mientras goza multiplica el propio placer.

Jazmín Etéreo se tendió en la cama y cruzó las piernas detrás de la cabeza encajándolas a la altura de los tobillos. Esa postura, propicia a la meditación —que también se conoce con el nombre de «la rana»—, era sumamente relajante después de ese cataclismo del cuerpo que comporta la «subida de fusión».

—¿Ya te has despertado, amor mío?

Tang acababa de abrir los ojos. Tendió los brazos hacia ella, la abrazó dulcemente y la sentó a horcajadas sobre su vientre. Entre risas, la chica comenzó enseguida a hacer ondular el cuerpo y a imitar a un jinete que cabalgara al galope.

Cuando cabalga un purasangre, no tarda en sentirse poseído de una furia irreprimible. En la estepa, su medio natural, el caballo salvaje se traga el espacio como se traga el viento. En los tiempos de los Reinos Combatientes, se decía incluso que, cuando acababa por detenerse, sudaba sangre junto con los espumarajos que exudaba por los ollares.

Se apartó de él y se sentó a su lado. No era el momento. Cada cosa a su tiempo, ya que el amor se merecía una consagración plena. Aquella mañana tenían mucho que hacer.

—No olvides que Serenidad Cumplida nos ha pedido que fuéramos en su nombre a la entrevista. Ya sabes, con los narigudos... —murmuró la muchacha mordisqueándole la oreja.

Hacía dos días que Serenidad, cumpliendo con su oficio de buen anticuario, había salido de viaje para hacer sus habituales prospecciones. Como se trataba de un viaje previsto desde hacía mucho tiempo y que lo obligaba a ausentarse de Cantón durante varios días, había pedido a Tang y a Jazmín Etéreo que le hicieran el favor de recibir en su nombre a unos ricos clientes extranjeros que deseaban visitar su tienda.

—Ya sé —se limitó a responder Tang con aire inquieto.

—Pareces triste. ¿Sientes nostalgia, quizás?

Era la primera vez que la joven contorsionista veía preocupado a su amante. Tras unos segundos de vacilación, un prolongado suspiro de Tang acabó de convencerla de que había algo que no funcionaba como era de esperar.

—Cuanto más tiempo pasa, menos creo que vaya a encontrar a La Piedra de Luna. Me parece que no lo hallaré jamás —exclamó volviendo a suspirar.

Desde su llegada a Cantón, Tang no había dejado de hacer indagaciones encaminadas a dar con el hijo de Daoguang, aunque no había tenido ningún resultado. La ciudad era inmensa y, dado que no podía contar con la ayuda de la policía secreta, atrapar al muchacho se había convertido en una aventura que Tang, aunque a contrapelo, debía admitir que tal vez fuera empresa imposible.

—Estoy segura de que al final lo conseguirás —dijo la joven acurrucándose contra su cuerpo.

—No es como atrapar una tortuga en una jarra, amor mío, sino que se trata de encontrar la ostra perlera entre muchos miles iguales pero sin perla —afirmó él con triste sonrisa.

—Tu causa es justa y las causas justas acaban por triunfar.

—Me avergüenzo de lo que he hecho. He obrado mal. Algunos días me digo que mis pretensiones son desmesuradas, soy como un sapo asqueroso que aspira a gozar de un cisne.

—De nada sirve lamentar los pasados errores. Lo importante es repararlos.

—¡Difícil recoger el agua derramada!

—El agua que se ha dispersado en el suelo acaba saliendo por algún sitio. Estoy convencida de que al final conseguirás alcanzar lo que te has propuesto.

Con gesto furtivo, Tang, invadido de pronto por la desesperación, se secó una lágrima de la comisura del ojo antes de volver el rostro hacia la pared para que la chica no lo viera llorar. Para consolarlo, la joven contorsionista le cogió la mano y la posó en su Divina Puerta, ya totalmente abierta y tapizada de Rocío Primavera. Ya que el amor es el mejor de los remedios, Jazmín Etéreo se disponía a ser para él el médico que necesitaba.

—Me parece que tienes el Heqi al alcance de la mano —le murmuró la chica tirándole ligeramente de la coleta con leves sacudidas.

—¿No teníamos que ir a recibir a los visitantes?

—Pero antes entra en mí. No quiero verte triste.

El deseo de ambos era demasiado poderoso para detenerse una vez iniciado el

camino. Igual que una subida de sangre, su unión fue tan intensa como breve y violenta.

—Ese Heqi me ha hecho mucho bien. Gracias a ti, Jazmín Etéreo, se me ha reforzado el Yang y me ha devuelto la energía y el valor —admitió el príncipe disponiéndose a vestirse.

A pesar de las abluciones, los dos amantes todavía seguían jadeantes cuando entraron en el cobertizo donde Serenidad Cumplida guardaba sus antigüedades y donde ya les estaban esperando dos narigudos y un joven chino que actuaba de intérprete.

Tal como estaba previsto, los Elliott se habían hecho acompañar por La Piedra de Luna, provisto para la ocasión de una libretita donde pensaba anotar la lista de objetos que podían interesar a sus acompañantes.

—Mi primo, Serenidad Cumplida, me ha encargado que lo represente. Les pide mil disculpas por no haber podido estar presente —dijo Tang antes de presentarse con su nombre y dignidad.

—El señor y la señora Elliott buscan bellas antigüedades. El señor Elliott es el cónsul de Gran Bretaña en Cantón —explicó entonces el joven chino después de inclinarse respetuosamente delante del príncipe Han.

Era la primera vez en la vida que el joven calígrafo veía a un príncipe de sangre desde tan cerca. Conocía perfectamente, por el contrario, la historia de la gloriosa dinastía de los Tang, una época tan brillante que había quedado grabada para siempre en la memoria colectiva como una edad de oro durante la cual las arcas del Imperio rebosaban riquezas gracias al comercio de la seda y a los santuarios budistas, que atraían a muchos miles de fieles de la India y el Asia central.

—Decid al señor Elliott que, en Cantón, todo el mundo conoce su nombre y el alto cargo que desempeña —respondió el príncipe con impertérrito semblante.

—Sois muy amable —exclamó Rosy Elliott, que había *tomado* el mando de la expedición.

—Serenidad Cumplida me ha pedido que enseñara a sus distinguidos visitantes todas sus posesiones —añadió Tang, a quien le costaba trabajo ocultar su desagrado.

Acababa de descubrir, contrariado, la identidad de aquellos «ricos clientes extranjeros» que su primo le había pedido que recibiera en su nombre. Aparte de que no sentía ninguna simpatía por los ingleses, no le parecía normal la actitud de los Elliott. Como si fueran atracadores y encima tuvieran la desfachatez de hacer pagar a sus víctimas las armas que llevaban, aprovechaban la situación de las familias chinas arruinadas por el opio que se veían obligadas a desprenderse de sus muebles y objetos rituales transmitidos de padres a hijos desde hacía milenios.

Sintió subir en su interior la fibra patriótica y apretó los puños, pero hizo el esfuerzo necesario para calmarse. No era el momento de armar un escándalo sino, conforme a los deseos de Serenidad Cumplida, de recibir al matrimonio Elliott como unos clientes más.

Al descubrir toda la mercancía almacenada en el cobertizo de Serenidad Cumplida, la señora Elliott, que estaba sumamente excitada, soltó una sonora exclamación y dijo:

—¡Extraordinario! ¡Fantástico! —maulló la dama poniéndose a fisgonear por todas partes como un importuno abejorro.

Iba de objeto en objeto, revoloteando entre las cajas con toda la ligereza que le permitía su gordura, topando de cuando en cuando con alguna antes de lanzarse sobre la siguiente.

—Sabía que este era un buen sitio. Mi agente tiene buen olfato —cloqueó, encantada, deteniéndose ante unos anaqueles repletos de porcelana blanca y azul.

—Os aconsejo que empecéis por los jades antiguos —dijo Tang en tono desabrido ante tanta desfachatez haciendo ademán a los visitantes para que lo siguieran a una pequeña salita cerrada con doble vuelta de llave y provista de una puerta enrejada.

En el interior, amontonados sobre unos altos mostradores cubiertos de fieltro, había unos suntuosos discos Bi que ofrecían a la mirada su gama de colores atenuados, desde el negro micáceo al verde agua, pasando por el blanco marfil y toda suerte de tonalidades terrosas y grises. Al lado, semicírculos Huang y cubos Zong con una abertura central redondeada, admirablemente cincelados y maravillosamente pulimentados, que las manos irrefrenables de Rosy Elliott, con dedos como morcillas, manosearon en todos los sentidos y sopesaron como si se tratara de carne expuesta en el mostrador del carnicero.

—Estas piezas fueron esculpidas en tiempos del augusto emperador Amarillo hará unos dos mil años. Son de una rareza excepcional —añadió el príncipe, que repetía como un buen alumno la lección que le había dado su primo.

Seguía siendo un enigma el uso que se hacía de los Bi, pero su función adivinatoria como instrumentos rituales no planteaba ninguna duda. Había quien incluso opinaba que esos discos de jade eran brújulas primitivas. Era seguro, sin embargo, que representaban el universo: el círculo lleno simbolizaba la tierra, mientras que el agujero redondo era el cielo. Su presencia en las tumbas confirmaba su carácter protector, de aquí la bella expresión de «entierro debajo del jade» utilizada por los chinos de la antigüedad, que aspiraban siempre a ser enterrados al lado de un Bi.

—Jamás los había visto tan grandes como estos. ¿Cuánto vale este? —preguntó el cónsul indicando un disco ritual del tamaño de una fuente.

—Quien fija los precios es mi primo, Serenidad Cumplida. Nos ha dicho que pongamos aparte las piezas que os gustaría adquirir y, así que vuelva, se permitirá hacer una oferta global a sus nobles y honorables clientes —respondió Tang, que se limitaba a repetir escrupulosamente y en el tono adecuado las órdenes que le había dado su primo.

—¿O sea, que vuestro primo nos hará un precio global? —inquirió Rosy, en cuyo rostro se reflejó con implacable dureza la codicia que la poseía.

—Ni más ni menos —respondió Tang imperturbable, pese a que con gusto habría abofeteado a aquella mujer que tenía la virtud de sacarlo de sus casillas con sus groseras maneras.

Rosy recorrió rápidamente los mostradores examinando y sopesando los objetos con extrema pericia. No tardó en emitir el dictamen: todos aquellos objetos eran de calidad y rareza excepcionales. La oronda inglesa ya calculaba con febril avidez los amplios márgenes que podían obtenerse revendiéndolos a ricos coleccionistas londinenses.

—Nos interesan todos los objetos de jade. Además, abultan poco. Seguramente cabrían en dos cajas, ¿verdad, Charles Everett?

El cónsul Elliott, que solo tenía ojos para Jazmín Etéreo, asintió con gesto vago. Aunque rara vez se dignaba posar los ojos en las chinas, la gracia de la contorsionista lo tenía fascinado y, por una vez, su mujer, absorta en la contemplación de los objetos, ni siquiera lo había advertido.

—No pareces muy convencido —insistió Rosy, un poco molesta y lejos de adivinar la causa de la distracción de su marido.

—Por supuesto que sí, cariño, claro que sí —respondió Elliott, que parecía encontrarse al borde de la apoplejía.

—Así que os hayáis decidido, nos encargaremos de servirlos los objetos que os interesen. También nos encargamos del embalaje, por supuesto —precisó Tang, que seguía ateniéndose escrupulosamente a las consignas de Serenidad Cumplida.

—Decid a vuestro primo que me quedo con todo —dijo Rosy con voz arrulladora y movimientos ondulantes de las ancas.

—Os aseguro, y en esto no lo traiciono, que estará encantado. Tendréis noticias tuyas así que regrese, señora.

—Decidle que se ponga directamente en contacto conmigo. Me refiero a que no hace falta que pase por el secretario de mi marido —puntualizó.

—No hay problema, señora Elliott.

Le interesaba que el personal del consulado no metiera las narices en aquella actividad ilícita que, de ser descubierta por el Foreign Office, habría comportado un duro golpe para la carrera diplomática de su marido, por lo que dijo indicando con gesto perentorio a La Piedra de Luna y dirigiéndose a Tang:

—Este joven es actualmente mi intérprete.

—¿Cómo os llamáis? —inquirió el príncipe Han, volviéndose hacia la persona que trataba de localizar en Cantón.

La mano de La Piedra de Luna, extremadamente tensa, apretó con fuerza el estuche de los pinceles. Estaba a la escucha de su compañero de los «momentos cruciales» porque dudaba con respecto a la conducta a seguir. ¿Debía desvelar su identidad a un desconocido por muy príncipe de sangre que fuera? Rosy sabía su nombre, como era lógico. Algo que, a fin de cuentas, tenía poca importancia, ya que la mujer hablaba apenas el mandarín clásico, lengua en la que se expresaba Tang.

Pero se acordó de su padre y de los prudentes consejos que este solía darle y optó por desconfiar.

Pese a todo, poco acostumbrado a mentir de forma positiva, decidió fingir que no había comprendido.

Unos instantes después, cuando los visitantes ya se disponían a cruzar el umbral del almacén de antigüedades, Tang lo asió por la manga.

—A propósito, no me has dicho cómo te llamas.

—Derecho Delante. Me llamo Derecho Delante. Soy de Suzhou. Mis padres son campesinos..., cultivan naranjos —farfulló, admirado de la facilidad con que había mentido.

Tang lo llevó aparte.

—¿Cuánto tiempo hace que vives en Cantón, Derecho Delante?

—Algo más de tres años, príncipe Tang.

—Pues voy a pedirte un favor —le murmuró el príncipe en voz baja—. Si acaso oyes hablar de un muchacho llamado La Piedra de Luna, ¿querrás avisarme? Te lo recompensaré.

—¿Qué tiene ese chico llamado La Piedra de Luna para que su suerte os interese tanto? —consiguió articular el interesado con el corazón a punto de estallar.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis.

—Lo único que puedo decirte es que tiene tu misma edad y que he venido expresamente de Pekín para tratar de encontrarlo.

El calígrafo insistió.

—¿Qué queréis de él?

Tang, que, totalmente desconcertado, miraba fijamente a La Piedra de Luna, palideció de pronto como si la pregunta le hubiera revuelto las tripas.

—Eres demasiado curioso. Lo dicho: si oyes hablar de él, no dejes de ponerte en contacto conmigo. No lo lamentarás.

El hijo de Ramillete de Pelo Celestial, que se sintió presa de repentino vértigo, consiguió responder con voz ahogada esforzándose en disimular la inquietud inmensa que lo había invadido:

—Lo haré sin falta. Si me cruzo con un muchacho con ese nombre, no dejaré de comunicároslo, príncipe Tang.

La Piedra de Luna se perdía en conjeturas. Así pues, el acoso de que era objeto seguía en marcha. Si aquel príncipe le seguía la pista significaba que no era el único que se aplicaba a ello.

El único consuelo para el joven chino, la única certidumbre, la única brújula que podía guiarlo a través del terrible laberinto en el que estaba condenado a errar desde la muerte de su padre llevaba desde ahora un nombre: Laura.

Ella era su disco de jade.

Ajustando el paso al de los Elliott, que se dirigían a su palanquín, cuyas paredes

de llamativos colores llevaban pintadas las armas de la corona británica, se juró que no iba a perder nunca a aquella muchacha extraordinaria. ¡La necesitaba tanto!

XVIII

Shanghái
20 de mayo de 1847

Eran poco más de las diez de la noche y, en el ambiente adormilado del edificio vacío de Jardine & Matheson, Jack Niggles seguía trabajando en su despacho, amplia habitación imponente de techo artesonado situada en el último piso, cuando oyó que daban unos golpecitos en la puerta.

Con la mano izquierda, Niggles, que no recibía nunca a nadie a aquella hora, tiró suavemente del cajón de su mesa de trabajo. Guardaba allí su pistola marca Wesson, arma pequeña pero capaz de hacer estallar en pedazos los sesos de un posible enemigo, incluso a varios metros de distancia. A continuación, con la mano sobre el arma, presto a empuñarla y a disparar al intruso en caso necesario, gritó con voz potente:

—¡Pasad!

Pero así que el director de Jardine & Matheson en China vio aparecer al padre Diogo de Freitas Branco, cerró prontamente el cajón exhalando al mismo tiempo un suspiro de alivio.

Inmediatamente, atornillado como de costumbre al sillón, apartó a un lado la montaña de letras de cambio en las que se disponía a poner su rúbrica con una pluma de oca y, con gesto preciso que traicionaba una inveterada costumbre, cogió la botella de viejo *whisky* más que mediada que tenía colocada en un estante.

—¡Padre Freitas! ¿Qué viento os trae a estas horas? No me rechazaréis un poco de *whisky*... —exclamó Jack tendiendo un vaso al jesuita.

Por iniciativa del inglés, los dos hombres brindaron ruidosamente. Diogo de Freitas Branco, que no estaba acostumbrado a beber alcohol fuerte y lo más que se permitía era un sorbo de oporto en Navidad, no pudo evitar una mueca. Niggles, hombre familiarizado con el *whisky*,apuró su vaso de un solo trago, lo que le provocó un leve estremecimiento, y acto seguido se sirvió otra ración.

—¡Es un puro malta! —subrayó.

—¡Excelente, realmente excelente! —dictaminó el jesuita, aunque poco convencido, y seguidamente carraspeó para seguir hablando—. De hecho, he venido para comunicaros una noticia muy interesante, querido señor Niggles. Me refiero al enviado especial de los franceses..., ya sabéis de quién se trata porque os he hablado de él.

—En efecto.

—Pues bien, ha llegado a Shanghái.

El rostro del inglés se cubrió de un velo de desconfianza.

—¿Qué clase de persona es?

—Un hombre joven.

—¿Y qué más?

—Fui a recogerlo así que bajó del barco y se avino a alojarse en mi casa —dijo no sin cierto énfasis.

—¿Qué pinta tiene?

—Bello como un dios —admitió el portugués.

—¿De veras?

En los ojos de Niggles se sumó una sombra de excitación a la desconfianza.

—¿Cómo os lo definiría? Corresponde al tipo «chico guapo».

—¡Caramba!

—Pues sí. El tipo al que le darías la comunión sin confesarlo —dijo con absoluta trivialidad el portugués, sin que lo frenara la osadía del comentario.

O sea, un «chico guapo con cara de ángel», una combinación particularmente seductora.

—Gracias por la información, padre Freitas. Siempre he pensado que, si uno quiere estar al corriente de todo, vuestra Compañía, me refiero a los jesuitas, supera con creces a la mejor de las Tríadas de Cantón.

—Honor que nos hacéis —dijo sumisamente el cura sacando pecho.

—Si no vistieseis sotana, haría cualquier cosa para procurarme los servicios de un hombre de vuestro temple. Estoy seguro de que seríais un mercader de opio sin par —cloqueó el inglés con una voz que el alcohol hacía pastosa, como si la perspectiva de toparse dentro de poco tiempo con un guapo francés lo hubiera alegrado de pronto.

Diogo de Freitas Branco, dándose importancia y en tono confidencial, confesó a Jack:

—Para no ocultaros nada, el cuñado del padre provincial de Francia es un diplomático de muy alto rango que trabaja directamente con el ministro de Asuntos Extranjeros, un tal François Guizot.

El portugués, a quien sus superiores habían hecho jurar que no divulgaría sus fuentes, no se recataba de informar a Niggles, especialmente cuando comprobaba que sus palabras provocaban aquel brillo de admiración en los ojos del mercader de opio.

—¿Quién no conoce a Guizot? Es el único político francés que no vilipendia a Inglaterra —exclamó el director de Jardine & Matheson en China.

—Ahora ya sabéis por qué mis informaciones son de primera mano.

—Me muero de ganas de conocer a vuestro joven y guapo francés.

—No solo es guapo, señor Niggles, sino que su hermosa cabeza tiene algo dentro.

—¡Tanto mejor! ¿Cómo se llama esa *rara avis*^[64a]? —ronroneó Jack con ojos chispeantes.

—Antoine Vuibert.

—¡Bonito nombre!

—Habla chino con fluidez y os aseguro que no parece encontrarse nada

desplazado en Shanghái. Con un elemento como él, es seguro que la instalación de los franceses en China se producirá en excelentes condiciones.

Freitas, consciente del interés que había despertado en Niggles, habría continuado de buena gana haciendo el artículo cuando este lo interrumpió con una sonora carcajada.

—En Londres todo el mundo está convencido de que Francia está maquinando algún ardid para poner palos en las ruedas de Gran Bretaña. Los franceses no soportan nuestra supremacía en el país.

—¿En serio?

—¡Sí! El gallo francés sigue considerándose el centro del mundo cuando, desde Luis XIV, Francia no es ni sombra de lo que fue.

—¿Y qué pensáis que pueden maquinar los franceses, señor Niggles?

—Pues alguna de esas raras ocurrencias a las que nos tienen acostumbrados. Algo así como convencer a las autoridades chinas de que repitan el lance de Cantón cuando el loco de Lin Zexu mandó quemar todo el cargamento de opio de nuestros barcos. En lo que a golpes bajos se refiere, se pintan solos.

—Exageráis un poco —dijo el portugués sin poder evitar sus palabras.

—Si queréis saberlo todo, no creía que nuestros amigos franceses se quedarían de brazos cruzados después del tratado de Whampoa. Ahora veo que han puesto a un guapo mozo al pie del cañón.

—Es una manera de ver las cosas.

—Así pues, ¿cuándo pensáis presentarme a ese tal Vuibert?

Freitas estaba exultante. Había creído que le costaría trabajo seducir a Niggles y hete aquí que este había mordido fácilmente el anzuelo.

Los más desconfiados son también los más fáciles de engañar, ya que el exceso de desconfianza conduce a la paranoia y al autismo, dos estados que hacen al individuo muy vulnerable.

—Debéis darme tiempo para discurrir la manera de convencerlo de que se ponga en contacto con vos sin despertar sus sospechas. No queremos que se crispe y se cierre como una ostra en la primera ocasión.

El portugués cargaba las tintas porque no quería que Niggles se figurase que el asunto era pan comido y porque quería mantener vivo el interés del mercader de opio.

—Confío en vuestra sagacidad y en vuestra diplomacia. En cualquier caso, tengo grandes deseos de conocer a ese muchacho. Están en juego los intereses de la empresa Jardine & Matheson —aseguró Niggles, que parecía haberse puesto malhumorado de pronto.

Niggles disimulaba sus intenciones. Espoleado por el deseo de ver de cerca a un joven cuya sola descripción había conseguido que se le hiciera la boca agua, se había empeñado en hacer creer al portugués que veía con malos ojos la llegada de rivales franceses que pudieran causarle graves perjuicios.

En realidad, el puñado de franceses desembarcados en Shanghái, cuyo número

apenas podía contarse con los dedos de una mano, distaba mucho de hacerle sombra. El relojero de Besançon, el comerciante de vinos de Burdeos, el cerrajero de París o el tonelero de Beaune habían llegado al país movidos por el espíritu de aventura, pero también por pura inconsciencia. Aunque habían aspirado a hacer fortuna en China, de hecho vivían con lo justo. Salvo el tonelero, que pensaba volver con las manos vacías a su Borgoña natal, los demás habían comprendido que tenían todas las de ganar pasándose al comercio del opio, aunque sus márgenes fueran mucho menos holgados que los de Niggles debido a que estaban condenados a recoger las migajas que se dignaba dejarles Jardine & Matheson.

El portugués, tan engañado por su interlocutor como su interlocutor por él, respondió en tono confidencial:

—Eso me ha parecido entender, señor Niggles. Confiad en mí y haré cuanto esté en mi mano para propiciar el encuentro.

El inglés consideró oportuno precisar lo siguiente:

—Por supuesto que vuestro precio será el mío.

—Así que conozca al señor Vuibert me complacerá ponerlo al corriente de vuestra invitación.

La voz del portugués se había vuelto casi metálica y se le había endurecido la mirada, como la del cazador en el momento de hundir la flecha en el corazón del animal. Freitas estaba convencido de haber dado en el blanco.

Hay que precisar que el envite era considerable.

Pero se trataba menos de la posibilidad de sonsacar al mercader de opio, lobo carnicero de los negocios delante del Eterno, una parte de los quinientos escudos de oro reclamados por Macao que de obtener el apoyo decisivo para resolver «su» problema lo que ahora iluminaba el rostro del jesuita, comido por la barba, al que las velas encendidas sobre el escritorio conferían un aspecto todavía más enjuto y espectral que normalmente.

Para conseguir su objetivo, sin embargo, convenía valorar muy alto sus servicios y, por encima de todo, no dar ningún paso en falso.

—Cuento con vos, padre Freitas, cuento con vos —dijo Niggles con voz temblorosa por la excitación.

—Podéis contar, podéis contar —respondió como un eco el jesuita antes de despedirse de la persona que había ido a visitar.

* * * *

Así que se quedó solo, Niggles miró el reloj y vio que señalaba las once. Tras tomar otro trago de *whisky*, dejó los portafirmas en la caja fuerte que tenía detrás de la mesa de trabajo y decidió volver a casa, aunque no sin antes haberse calado un sombrero de paja de ala ancha con el que pretendía disimular sus rasgos. Un narigudo solo por la calle en plena noche y en una ciudad como Shanghái, donde abundaban

toda clase de bandidos, se exponía a sufrir un asalto.

Como tenía por costumbre, rodeó el barrio de los Barberos, verdadera trampa a la caída de la noche, ya que había reyertas en cada esquina, para encaminarse después hacia el norte y desviarse a continuación hacia el de los Remedios, donde las tiendas no cerraban nunca.

No hay horarios fijos cuando se trata de cuidarse. Así que se levanta el día se toman los reconstituyentes de la jornada y al caer la tarde los que le ponen a uno buena cara si pretende retozar con aquella que comparte su cama.

Se abrió paso trabajosamente a través de los tenderetes de plantas medicinales detrás de los cuales los boticarios ofrecían a la clientela polvo de pata de oso o de cuerno de ciervo, «bueno para el arte de la cama», o bolsitas de cinabrio, que confiere una «muy larga vida de diez mil años», y así llegó a la gran avenida bordeada de tilos que conducía a los terrenos que el intendente Gong había concedido a los ingleses.

Diseñada por un arquitecto local aficionado a las formas ampulosas, el cual se inspiraba en los grabados italianos que representaban las construcciones romanas más bellas, la grandiosa morada de Niggles, tanto por sus dimensiones como por los materiales empleados en su construcción, tenía más de tarta de repostería que de casa donde vivir. La desproporcionada cúpula que coronaba la fachada bordeada de columnas era, además, una copia de la de San Pedro de Roma.

Acababa el inglés de subir la interminable y monumental escalinata de piedra cuando un criado de aspecto andrógino le abrió de par en par la puerta de entrada en la que todavía figuraban las bienhechoras fórmulas de la fiesta de primavera en caracteres amarillos sobre fondo rojo.

—¿Tomará el baño el señor? —preguntó, obsequioso, el criado a su amo.

—¡Qué calor! ¡Vaya pregunta estúpida, Zhong! Pienso tomar un baño, pero me sorprende que no lo tengas preparado —respondió Niggles, contrariado.

—El señor tiene el baño a punto. La bañera está hasta los bordes. Lo único que me falta es añadir al agua unas gotas de perfume —se apresuró a comunicarle aquel que llevaba por nombre Zhong el Discreto.

—Eso me parece mejor.

En medio de su inmensa habitación desbordante de pasamanerías y dorados, Niggles había hecho instalar una bañera octogonal de mármol blanco en la que el criado vertió el contenido de un frasquito de cobre que al momento difundió su perfume por todo el ambiente.

—Anda, ayúdame —ordenó el inglés, que ya había empezado a desvestirse.

Así que estuvo completamente desnudo, el llamado Zhong, sin que su amo se lo pidiera, se arrodilló ante él, dispuesto a satisfacerlo. Niggles, a quien de ordinario no había nada en el mundo que le gustase tanto como que se la chupase un chico joven, rechazó de plano el ofrecimiento. Como Freitas, Niggles era un Jano bifronte: un hombre serio y aparentemente normal, pero en realidad un hombre tornadizo, con antojos sorprendentes y marginales.

—No, ahora no. Esta noche estoy cansado —murmuró antes de deslizarse voluptuosamente en el baño perfumado.

—¿Desea el señor, pues, que le haga unos masajes en los hombros?

—Sí, eso sí —respondió Jack Niggles entornando los ojos, en tanto Zhong, que estaba con el torso al descubierto, se embadurnaba las manos con bálsamo de tigre.

El criado comenzó a restregar con insistencia la parte superior de la espalda de su amo, que se sumió de inmediato en una deliciosa modorra. Zhong era un maravilloso masajista. Sabía restregarlo con fuerza y a la vez con suavidad, insistía allí donde hacía falta, volvía a aquellos puntos que proporcionaban placer y así iba calentando lentamente los músculos de Niggles y transformando su cuerpo en una masa de carne blanda y distendida. Cuando hubo terminado, el ambiente acolchado de la habitación quedó saturado con el olor enervante del alcanfor y Zhong, bañado en sudor, musitó al oído de Niggles:

—¿Le ha gustado al señor?

—Eres buen masajista, Discreto mío. Te lo he dicho otras veces.

—Entonces el señor me dará la recompensa acostumbrada.

Así designaba el criado el dinero que sonsacaba a Niggles a cambio de prestaciones a menudo sumamente atrevidas.

—¡Estoy harto de que me desplumes, Zhong!

Era una especie de juego lo que aquellos dos se llevaban entre manos. El inglés, en un primer momento, se negaba a pagar, pero siempre acababa cediendo a cambio de una prestación suplementaria. Esta vez, sin embargo, a juzgar por su actitud, no estaba para aquella clase de juegos.

—He terminado el último tarro de bálsamo de tigre que me quedaba —insistió el servidor.

—¡Déjame en paz! Mañana hablaremos. Ahora, déjame tranquilo.

—¿O sea, que esta noche el señor no desea los servicios de Zhong el Discreto? —exclamó el interesado en tono quejumbroso y con lágrimas en los ojos.

Era la primera vez que Niggles, a quien de ordinario le apetecían sus encantos y sus caricias, se lo sacaba de delante con cajas destempladas.

—¿Es que al señor, tal vez, le gusta alguna otra persona? —insistió Zhong con el rostro bañado en lágrimas y surcado por regueros del *khol* con que se oscurecía los ojos.

Niggles lo había contratado tres años antes como criado después de pasar una noche inolvidable con él. En el terreno sexual, los dos hombres se prestaban de mil amores a intercambiar papeles. Tan pronto uno tomaba la iniciativa y pasaba a la acción mientras el otro se dejaba hacer y se abandonaba completamente, como ocurría lo mismo, pero a la inversa.

Aunque el concepto de amor prohibido no era el mismo en aquel entonces en China que en Europa, cuando no se trataba de eunucos, los homosexuales no se consideraban tales, so pena de perder prestigio. Pero esto no significaba que no los

hubiera. Ocurría más bien lo contrario, sobre todo en grandes puertos como Shanghái y Cantón. Se daba el caso, pues, de que los lupanares donde los travestidos e invertidos comerciaban con su ambigüedad sexual, tanto eran frecuentados por padres de familia como por marineros que estaban de juerga. Gracias a seres de mímica afeminada y aspecto andrógino que llevaban el rostro embadurnado con una espesa capa de maquillaje, los clientes narigudos, excitados al máximo, solían descubrir en el último momento qué es el auténtico placer sexual. A partir de entonces, aquellos «consumidores» se repartían en dos grupos: los que estaban encantados con la oportunidad que se les ofrecía —que era la aplastante mayoría— y los que, temiendo haber sido engañados, huían de la situación como alma que lleva el diablo.

Niggles sentía una franca preferencia por aquellos muchachos que, según expresión propia y a ejemplo de Zhong el Discreto, tenían «rostro de ángel rafaesco».

En su juventud, Niggles se había paseado por la National Gallery de Londres y había quedado fascinado por Rafael, el gran pintor del Renacimiento italiano, en cuya obra abundaban los personajes andróginos y los *putti*, los angelotes mofletudos que constelaban las pinturas del maestro. Su reinterpretación del canon del *kouros* griego, encarnado por un muchacho de rasgos regulares y ligeramente afeminados, había sido recogida por todos los grandes artistas europeos a partir del comienzo del siglo XVI, lo que había dado lugar al estilo rafaesco, referencia indeclinable del arte occidental durante siglos.

En cuanto a Zhong, cuyo semblante de rasgos regulares y ojos apenas oblicuos podrían haberlo convertido con toda seguridad en perfecto modelo del gran maestro italiano, su edificante historia había conmovido a Jack Niggles hasta las lágrimas cuando se la había contado. Apenas había atravesado el umbral de la adolescencia, cuando sus padres lo habían colocado en casa de un comerciante de arroces que lo trataba como un esclavo hasta el día en que se decidió a huir. Se encontraba trabajando por un mísero estipendio en un fumadero situado delante mismo de la casa de Niggles, que en aquel entonces estaba en construcción, cuando su camino se había cruzado con el del inglés, que estaba allí observando su realización. No solo había dejado que Niggles se le acercase y lo abordase, sino que cuando el mercader de opio le había propuesto pasar la noche juntos a cambio de tres *liang* de bronce, le había faltado tiempo para aceptar. Hay que añadir que el mísero salario que percibía apenas le bastaba para matar el hambre.

La primera noche que Jack Niggles y Zhong el Discreto pasaron juntos había sido de las más tórridas. Para agradecérselo, el inglés había invitado a su nuevo amante a un restaurante de ricos. Era la primera vez en la vida que a Zhong le servían comida en una mesa y que se regalaba con una auténtica comida china compuesta de los sucesivos quince platos de rigor. Aquel sueño inaccesible hasta entonces se había convertido en realidad gracias al inglés. Por consiguiente, cuando al terminar la velada este le había propuesto que aceptara ser criado suyo, no se lo hizo repetir dos

veces.

Por eso ahora el criado, temiendo que el amo pudiera haberse enamorado de otro, sollozaba de despecho.

—Mi humor no tiene nada que ver contigo, Zhong. ¡Me parece que tengo derecho a dormir! —exclamó Niggles con aire abrumado, mientras el otro abandonaba la habitación con rostro apenado.

Una vez solo, Jack se puso un batín y cubrió por completo las ventanas con pesados cortinajes de seda a fin de que no penetrase ni el más débil rayo de luz en la habitación ni lo despertasen las primeras luces del día.

La noticia de la llegada del francés le había dado una especie de fiebre.

Pensó con lasitud en sus iguales de la sede londinense, aquellos directores remunerados como príncipes, pero que siempre ambicionaban más. Al igual que ocurre en los barcos, los hay que se matan a trabajar, como era su caso, y los que se pasean por cubierta y se contentan con que los lleven de aquí para allá, aunque procuran sacar lo que pueden.

¿Eran conscientes de que las cosas se estaban poniendo más difíciles para Jardine & Matheson a pesar de su potencia y de que llevaban la delantera a los demás en el mercado chino? ¿Sabían que, desde hacía algunos meses, los clientes del mercado del opio se habían vuelto más marrulleros y más duros en las negociaciones? ¡Ni por asomo! ¿Cómo iban a saberlo?

En las empresas centrales, los tecnócratas que se ocupaban de gestionar los números no tenían ni la menor idea de las dificultades que encontraban los que estaban al pie del cañón y se esforzaban en hacer entrar el dinero en las arcas.

Una vez más, las iras de Niggles convergían en Stocklett, aquel contable advenedizo que lo bombardeaba con sus órdenes y le dictaba cómo debía dar cuenta de sus actividades, un hombre de papel para quien China no era más que una entidad abstracta, un burócrata encallecido con el que se había cruzado dos o tres veces en los pasillos de la sede central, pero de quien no recordaba siquiera su aspecto. En Jardine & Matheson los había a paletadas como él. ¡Qué lejos quedaban aquellos tiempos en que los fundadores, libro de contabilidad en mano, vigilaban personalmente la descarga de las mercancías de sus barcos! Poco a poco, los burócratas iban adueñándose de la empresa y esta se volvía impersonal, funcional, esclerosada. Las estructuras predominaban sobre los individuos. A no tardar, la forma acabaría imponiéndose al fondo y quedaría enterrado para siempre el espíritu de empresa.

Se tumbó en la cama y quiso detectar algún detalle del entorno en el que pudiera concentrar su atención para desterrar las ideas negras que lo obsesionaban.

¿No habría llegado ya el momento de mandarlo todo al diablo, de establecerse por cuenta propia y lanzarse al comercio de antigüedades a la manera de Rosy Elliott? Esto suponía, sin embargo, un enfrentamiento con la compañía que lo mantenía, algo así como morder la mano que le daba de comer. Estaba convencido de que, si se daba el caso, sus jefes no le harían ningún regalo.

Desgraciado aquel que, en una gran empresa, se rebela y no se aviene a doblegarse, ya que queda estigmatizado y apartado como una alimaña peligrosa.

Cuando uno desea ahogar a su perro, alega que tiene la rabia, por eso si uno suelta las amarras, debe aceptar que ha de pagar el precio que corresponde.

Niggles, extenuado y terriblemente ansioso a causa de las reflexiones que se hacía, cerró los ojos en la esperanza de poder dormir. Dos horas más tarde, sin embargo, seguía dando vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño, aprisionado por ideas cada vez más negras.

¡Se sentía tan desvalido, tan débil! Pensaba en la gente que tenía a su alrededor, ante la cual pasaba por ser uno de los hombres más poderosos de China. ¡Si hubieran sabido la verdad!

Para dar un nuevo giro a sus cavilaciones, pensó en Vuibert y trató de imaginar cómo debía de ser aquel francés. El jesuita lo había descrito diciendo que era hermoso como un dios, y eso que no solía ser hombre propenso a fantasías. ¡Y además, el francés era joven!

Niggles, que detestaba ser testigo de su propio envejecimiento, recordó de pronto que le faltaban tres meses para cumplir treinta y ocho años.

Se vio niño de nuevo, en aquel barrio aristocrático de Londres donde vivía su familia, una dinastía burguesa en la que los médicos se sucedían de padres a hijos. Pensó en sus sueños de adolescente y en el descubrimiento de sus inclinaciones alrededor de los catorce años en aquel colegio de alto copete donde era un alumno brillante y recordó también las largas horas delante de álbumes con grabados que representaban pinturas del Renacimiento italiano donde ángeles asexuados adoptaban posturas lascivas y los muchachos parecían muchachas. Emergió la imagen de aquel joven profesor de esgrima que lo había iniciado en el amor haciéndole jurar que guardaría en secreto la relación establecida entre los dos y recordó las imágenes posteriores de los demás amantes que había conocido en la Universidad de Cambridge, donde había aprendido el chino.

Decidió muy pronto elegir una vía que le permitiese aislarse de su medio social a fin de eludir el severo dictamen que la sociedad victoriana emitía sobre los homosexuales. Se lanzó primero al estudio del mandarín para sumergirse en la lengua que, a su juicio, estaba más alejada del inglés. Era su primer paso hacia la libertad.

Había presentido el exotismo de China gracias a la lectura de los relatos de viajeros británicos que se habían aventurado en el país. Los llamaba los tres Williams: el navegante William Dampier, que había recorrido los mares de China al final del siglo XVII, y sobre todo el arquitecto William Chambers, autor de un álbum ornado con grabados de jardines y palacios chinos que figuraba en lugar preferente en la biblioteca de su padre. Pero el modelo que no podía parangonarse con nadie seguía siendo William Hickey. En 1768, cuando apenas contaba diecinueve años, Hickey había tenido el atrevimiento de subir a un barco de la Compañía de las Indias. Su descripción del puerto de Cantón, de sus casas de té y de sus burdeles, aunque

también de sus carteristas y de la tosca soldadesca que pululaba por sus calles, había inoculado en Jack un furibundo deseo de imitar a aquel joven cuyos rasgos afables y juveniles —no muy alejados, por otra parte, de su ideal rafaelesco— estaban grabados en el frontispicio de su crónica de viaje.

Tras jurarse que se convertiría en un nuevo Hickey, así que obtuvo su licenciatura Jack Niggles fue a llamar a la puerta de Jardine & Matheson, la mítica compañía que hacía soñar a los jóvenes ingleses deseosos de unir las palabras aventura y dinero. Su conocimiento del chino había propiciado que lo contrataran y enviaran de entrada al país en cuestión. En su caso había sido primero Singapur, donde había permanecido dos años, y a continuación Hong Kong. Después de una estancia de tres años en el Puerto Perfumado, donde había sido secretario particular de James Coburn, uno de los grandes directores de la empresa, había sido trasladado a Shanghái para empuñar las riendas de la filial local de Jardine, cuyo responsable había muerto hacía unos meses en un naufragio.

En el seno de la compañía, la carrera relámpago de Niggles no le había granjeado únicamente amigos. Por haber sido promovido a director de la filial más importante de la empresa a los treinta años y, sobre todo, de la más lucrativa de todas ellas, ya que se dedicaba a comercializar el opio entre los «compradores» de la China continental, sabía que muchos de sus colegas se la tenían jurada.

En las grandes empresas, no hay nadie que suba como no sea montándose sobre los demás.

Él lo había dado todo, sacrificado todo a la empresa, empezando por su propia libertad, y sabía muy bien que un día sería abatido en pleno vuelo por algún joven con dientes más largos que los suyos, un joven con más energía, dispuesto a sacrificarlo todo por el simple hecho de que sería más joven que él.

Sintiéndose cada vez más melancólico, Jack se levantó a tomar un vaso de agua. El calor lo agobiaba pero, en lugar de seguir dando vueltas en la cama, abrió la doble puerta-ventana de su dormitorio y se acercó a la balaustrada de la terraza a la que daba y se acodó en ella a contemplar el puerto de Shanghái donde, en medio de la creciente oscuridad, unos barcos seguían surcando las aguas pese a lo avanzado de la hora, detectables apenas a través del resplandor de las lámparas votivas colocadas ante los altares de los antepasados que estaban instalados en cubierta.

Mirando con tristeza el cielo, presa de un vago malestar, contempló aquel inmenso manto negro perforado tan solo por el brillo de las estrellas, puesto que todavía no había asomado en él la luna.

En aquel momento surgió la imagen que temía más que nada en el mundo y que no dejaba de perseguirlo pese a esforzarse en sepultarla en lo más profundo de su memoria.

—¡Muchacho!

Se estremeció y, como le ocurría en tales casos, no consiguió eludir la vergüenza que lo embargaba.

Hacía meses que no lo turbaba el recuerdo de la aventura que le había deparado el contacto con aquella incomparable criatura llamada Muchacho.

Y hete aquí que de pronto volvía a inquietarlo...

Fue una noche de primavera en Tianjín y habían transcurrido cuatro años desde entonces.

Jack había viajado hasta aquella gran ciudad portuaria que sigue siendo la salida marítima de Pekín con intención de entrevistarse con el gremio de traficantes de opio al por mayor. La reunión con los susodichos «compradores» que, transgrediendo los acuerdos firmados con Jardine & Matheson, acudían a aprovisionarse cada vez en mayor número en el mercado paralelo, había sido en extremo tumultuosa. Su representante, un hombrecillo llamado Trípode Auténtico, había resultado un negociador muy duro de pelar. Aquel chino que no paraba un momento de sonreír no se había avenido a enfilar el camino recto como no fuera a cambio de que la compañía inglesa concediera una rebaja del veinte por ciento sobre el precio de venta del opio. Pese a que Niggles estaba furioso, había tenido que *pasar por las horcas caudinas*^[65a] de los mercaderes de opio al por mayor de Tianjín, no sin rogar al cielo que impidiera que sus colegas de las demás ciudades adoptaran parecida actitud, ya que el hecho habría tenido consecuencias desastrosas para los márgenes de la empresa.

Al salir del albergue donde se alojaba y mientras erraba por las calle en busca de un restaurante, había descubierto por casualidad un teatrillo de barrio donde se representaba una ópera sobre la epopeya de los Tres Reinos^[65]. Se había metido en él simplemente para ahuyentar el tedio, sin más idea que esta, cediendo a las sollicitaciones de un empleado de mostachos caídos y vientre prominente que, apostado en plena calle, cortaba el paso a los viandantes y los empujaba, quisieran o no, hacia el interior del local.

Así que entró en el barracón quedó fascinado por la impresionante belleza del actor que encarnaba al personaje principal.

El joven ejecutaba a la perfección todos los papeles que tenía a su cargo: cantar con buena voz, hacer melindres o enfurruñarse de acuerdo con el parlamento que debía declamar, hacer juegos malabares con bolas, ejecutar cabriolas o saltos y componer figuras de combate empuñando un sable que hacía caracolear en el aire con inaudita destreza.

Pero lo que deslumbró sobre todo a Niggles fue el espléndido cuerpo de aquel bello actor, —de cuya contemplación disfrutó con detalle como quien contempla un libro ilustrado con bellas estampas. El pantalón bombacho de talle bajo que llevaba dejaba al descubierto un vientre perfectamente esculpido y sobre el músculo pectoral derecho lucía un tatuaje que representaba un cuervo con tres patas que sostenía el sol con el pico^[66]. El resto del cuerpo estaba en consonancia y ponía de relieve los músculos resaltados por el esfuerzo, un cuerpo longilíneo y flexible. Para colmo de refinamiento, llevaba en el dedo mayor de la mano derecha un suntuoso jade

engastado en un anillo de oro. Ante los ojos extasiados de Niggles, aquel ser se le presentaba como la encarnación de una sutil combinación de delicadeza y primitivismo. Fascinado por la gracia del muchacho y cada vez más excitado, el inglés se quedó a presenciar la obra desde el principio al fin.

Al terminar el espectáculo, coronado con una gran ovación y con todos los espectadores de la sala puestos de pie, aplaudiendo a rabiar y lanzando petardos, Niggles salió a la calle y se dirigió al que actuaba de gancho para atraer espectadores.

—¿Puedo saludar al primer actor?

El hombre hizo una mueca.

—¿A cuál? En la *Crónica de los Tres Reinos* hay tres primeros actores.

Niggles, que no se había apercibido de ello, había precisado:

—El que luce un tatuaje con un cuervo que sostiene el sol.

—Se llama Muchacho de las Nubes. Créeme si te digo que ese chico llegará lejos.

A Jack le había parecido que el nombre que llevaba era muy bello y que era maravillosamente apropiado para aquel ser poético y canalla a la vez.

—¡Su actuación ha sido espléndida!

—Hay quien viene expresamente de Pekín para verlo. Dentro de pocos años la fama de Muchacho de las Nubes brillará como una estrella en el firmamento.

—Me gustaría conocerlo para felicitarlo personalmente.

—Parece que te gusta. ¿Te has enamorado?

El tipo miró a Niggles con sonrisita cargada de sobreentendidos, lo que molestó al interesado, que le replicó en tono desabrido:

—No pienso responder a preguntas de esa clase. Y antes de seguir, ¿puede saberse con quién tengo el honor de hablar?

Niggles notó que su interlocutor lo recorría con la mirada de pies a cabeza y oyó, después, que decía:

—Soy el director de esta compañía de ópera ambulante. En cuanto a vos, tenéis pinta de rico.

El hombre no se andaba por las ramas, ya que la alusión era muy directa. El encuentro con el actor tenía un precio.

—¿Puedo ver, pues, a ese tal Muchacho de las Nubes?

—Aguarda un momento y lo aviso. Es tímido y hay ciertas personas que lo ponen muy nervioso.

El director no había tardado en volver y, con una sonrisa, había anunciado a Jack:

—Está de acuerdo, pero tienes que pasar por detrás. Está cambiándose de ropa y te espera en la carreta.

—Gracias.

El hombre, agarrándolo por el brazo, añadió:

—¡Me debes tres *liang* de plata!

Niggles no solo accedió a la petición sino que añadió a la cantidad otros dos *liang*, tan contento estaba de conocer al guapo actor. Cinco *liang* de plata era una

bonita suma, suficiente para costear el sustento de una familia compuesta de seis personas durante todo un mes. Y sin embargo, era muy poca cosa teniendo en cuenta el espectáculo de que había disfrutado Niggles al entrar en la carreta donde se alojaban los artistas.

Muchacho de las Nubes, enteramente desnudo, se estaba frotando con una esponja empapada de aceite. Los músculos de su cuerpo, hinchados por el esfuerzo, brillaban como cobre bruñido. Visto de cerca, todavía era más guapo que en el escenario. Parecía la estatua de un efebo griego.

Niggles, trastornado, sintió que se fundía como un chorro de leche en una taza de té hirviente.

—Buenos días, Muchacho de las Nubes —había murmurado, tímido como un adolescente.

Muchacho había parecido sorprendido y divertido a la vez al ver aparecer a aquel narigudo pelirrojo con los dedos cargados de sortijas que lo escrutaba de pies a cabeza sin ocultar su turbación.

—¿Qué quieres de mí, «narigudo de rojos cabellos»?

El narigudo de rojos cabellos le había parecido halagador y poético a un tiempo. En cuanto a Niggles, cada vez más excitado, se había dicho que se sentía alentado por lo que seguiría a continuación. Con el corazón palpitante, aterrado ante la idea de que aquel ser extraordinario pudiera esquivarlo con una negativa, *tan* inaccesible le parecía, murmuró al interesado:

—Invitarte a cenar. Supongo que tendrás hambre después de tanto esfuerzo.

—Si pagas tú, ¿por qué negarme?

El llamado Muchacho no se andaba con chiquitas..., ni estaba tampoco para subterfugios. Feliz como un niño con zapatos nuevos, el inglés estaba seguro de conseguir sus fines. En China todo acababa arreglándose si se disponía de dinero. En los países ricos las cosas funcionaban de otro modo. En Inglaterra, cuántas veces un petimetre le había dado calabazas porque no lo encontraba de su gusto... debido, naturalmente, al poco dinero que llevaba en el bolsillo.

Aquí, por la misma suma, encontraba gente mucho más abierta y conseguía el doble.

—Ni que decir tiene que yo lo pago todo puesto que soy yo quien invita. Te dejo escoger a ti el restaurante. Pero que sea el mejor de Tianjín.

Sin vacilar un momento, aquel guapo chino dotado de múltiples facultades lo había conducido a una de las buenas mesas de la ciudad, donde se habían atracado de pato lacado a la pequinesa y de pasteles de flor de loto, todo regado con un excelente licor de arroz. Al final del banquete, Niggles estaba completamente borracho. Como remate, el cantante de ópera lo había invitado a terminar la velada en la minúscula habitación que alquilaba por semanas en un hotel de mala muerte.

Y fue allí donde ocurrió lo que tenía forzosamente que ocurrir: la presa se había transformado en cazador.

Pese a que todo había empezado bien.

Aquel Muchacho de las Nubes había hecho que el inglés, que hasta entonces se había contentado con las caricias dispensadas deprisa y corriendo por los travestidos del burdel que solía frecuentar, pasara unos momentos tan deliciosos que difícilmente podría olvidar. El actor había arrastrado su larga coleta por los sitios que lo requerían y había despertado súbitamente en él una sensación que únicamente podía suscitarse procediendo de aquella manera. Nunca, desde su llegada a China un año antes, Jack había tenido ocasión de llegar tan lejos en el camino del placer llevado de la mano de un Han. En aquel terreno, al igual que en el escenario, Muchacho de las Nubes era un temible experto. Al finalizar aquella deliciosa sesión de particularísimos ejercicios, Jack, que todavía se sentía flotar en una nube, le había preguntado cuál era la tarifa que pedía por tan excepcional prestación.

—¡No quiero dinero!

El inglés, que acababa de sacar un grueso fajo de *liang*, había quedado estupefacto.

—¿Lo dices de veras? —había insistido, algo incrédulo.

Era la primera vez que veía parecido desprendimiento en un chino.

—Necesito otra cosa —había exclamado con voz dura el actor, que ahora lo miraba con frialdad.

Tenía todo el aspecto de una fiera que tensase los músculos antes de abalanzarse sobre su presa y hundir en sus carnes sus acerados dientes.

—¡Vamos, adelante!

—Solo un narigudo como tú puede hacerme este favor —había precisado Muchacho, en tono levemente amenazador.

¿Era simple coincidencia? Acababa de sacar del cajón de su mesilla de noche un afilado cuchillo con el que había empezado a hurgarse los dientes.

—Te escucho —había farfullado Niggles, quien descubría entonces con gran sorpresa y no sin inquietud que Muchacho de las Nubes no lo había llevado hasta su casa simplemente por su cara bonita.

Se había acercado tanto a Jack que este podía sentir la respiración ardiente del actor en su espalda desnuda. Ya se veía degollado como un cerdo cuando el guapo chino le había musitado estas palabras:

—Necesito un documento.

—¿Qué clase de documento?

—Sígueme y lo sabrás —había declarado el actor abriendo la puerta de su habitación.

Niggles, que iba sintiéndose progresivamente más intranquilo y que, además, acababa de ver que su reloj señalaba las dos de la madrugada, había intentado despedirse.

—Es muy tarde. Te prometo que volveré mañana y, entonces, me llevarás a donde quieras.

Pero todo era inútil, porque Muchacho de las Nubes no estaba dispuesto a permitir que se marchara.

—¡Ven conmigo! No hay que dejar para mañana lo que puede hacerse hoy —le había respondido el otro impidiéndole atravesar la puerta de la habitación.

Después, amenazándolo con la punta de su navaja, Muchacho de las Nubes había empujado a Jack hacia el corredor desierto y oscuro del hotel, donde el único ruido perceptible era el ronquido de los clientes dormidos como troncos.

Salir de estampida era empresa imposible porque Muchacho lo tenía literalmente acorralado.

Con paso rápido se habían dirigido hacia el centro de Tíanjín a lo largo de los canales atestados de barcas de transporte, sorteando montones de basura en los que pululaban multitud de ratas que acudían a darse tranquilamente el festín a aquella hora tardía, rodeando controles de aduana activos de noche y de día, cruzándose con sombras furtivas que iban de porche en porche y revolvían las inmundicias de las que ahuyentaban a los roedores a bastonazos. Acababa de levantarse la luna, que arrancaba de las tinieblas las formas de la gran ciudad cuyas migajas, al caer la noche, se disputaban ratas y pordioseros. Las velas de hule de los juncos de guerra y de transporte resaltaban en los muelles, reunidas a buen recaudo, y refulgían con desmayado brillo mientras iban siguiendo su rumbo interminable.

En el fondo de un callejón que más bien parecía una cloaca al descubierto se cruzó en su camino un enorme gato negro con el que tropezó y por culpa del cual a punto estuvo de caerse. Jack no había podido reprimir un grito de terror al ver aquella masa de pelos que se materializaba en la sombra y trababa sus piernas.

—¿Te dan miedo los gatos? —le había preguntado con sorna Muchacho de las Nubes.

—No lo había visto venir —se había justificado, muerto de vergüenza y jadeando por el esfuerzo.

Lamentando amargamente para sus adentros haberse metido en la boca del lobo, nuestro mercader de opio se sentía ridículo y horriblemente desvalido, totalmente a merced de un guapo individuo cuyas intenciones le parecían como mínimo misteriosas, por no decir inquietantes.

Para gran alivio de sus pulmones, el trayecto había terminado al pie de un muro toscamente construido con ladrillos groseramente desbastados.

—¡Es ahí! La entrada está al otro lado —le había anunciado el chino.

Ante ellos se erguía un gigantesco pórtico de madera construido con troncos de árbol pintados de rojo. De la viga que atravesaba la techumbre colgaban unas guirnaldas de farolillos encendidos. Se habría dicho que era el día de la Fiesta de los Faroles, que se celebra delante de los monasterios cuando los bonzos se sirven de esas luminarias para atraer a las multitudes, al igual que se hace con una fuente de luz cualquiera para atraer mariposas o insectos.

Niggles no comprendía nada.

—¿Me has llevado a la pagoda?

Muchacho no contestó. Se limitó a dar tres golpes a una de las máscaras de dragón Taotie que adornaban la puerta.

—¿Quién es? —había preguntado una voz ahogada.

—Tres veces rojo.

En respuesta a aquellas palabras, totalmente incomprensibles para Niggles, se abrió furtivamente uno de los batientes de la puerta.

—¿No vienes solo?

—Di al amo que he venido con el narigudo que nos hace falta —había declarado Muchacho sin ambages al hombre que los había recibido.

—¡Vaya rapidez! ¡Y vaya eficacia! —había exclamado este último, que llevaba unas finas gafas cercadas de hierro y lucía una barbita cenicienta.

Con su aire serio y algo triste, parecía un ayudante de escribano, uno de esos funcionarios con quien uno suele cruzarse todos los días y en cuya palabra podría confiarse a ciegas y que, por lo mismo, son capaces de colar gato por liebre como si tal cosa, es decir, uno de esos subalternos que actúan con desenvoltura suficiente para confundir alegremente los bolsillos del Estado con los propios, como tantos había en el seno de la administración china. Eso había pensado Niggles, convencido de habérselas con algún servidor del Estado o incluso de la aduana que se disponía a extorsionarlo.

En medio del patio con el suelo cubierto de grava, en la escalinata del macizo edificio, les aguardaba una silueta. La sorpresa de Jack fue absoluta al descubrir que se trataba nada menos que de Trípode Auténtico, quien lo había observado con la misma sorpresa que él.

—¿Vos aquí? ¡Vaya encuentro increíble! —había farfullado, bastante incómodo, el poderoso jefe de los «compradores» de Tianjín invitando a Niggles a entrar en un gran despacho iluminado con hachones.

Muchacho de las Nubes parecía tan sorprendido como ellos dos.

—¿Conocéis a ese narigudo, maestro Trípode?

—No solo lo conozco, sino que él y yo nos pasamos toda la mañana de ayer negociando. Es el mercader de opio más importante de China —había murmurado el «comprador».

Muchacho de las Nubes había suspendido, pues, cualquier posible impertinencia. Parecía contrariado, casi compungido.

—O sea, que no es el narigudo que os interesa...

Niggles no había tardado en adivinar a qué clase de documento había aludido el artista de la ópera.

En parte, era culpa suya.

En el curso de la negociación había querido utilizar un viejo resorte y había prometido a Trípode Auténtico que se ajustaría al precio del opio que él obtenía de uno de sus competidores extranjeros. No corría ningún riesgo, puesto que la política

tarifaria de Jardine & Matheson consistía en conseguir que la mercancía fuera vendida a los comerciantes al por mayor a un precio inferior al de los demás mercaderes. Trípode Auténtico y sus esbirros se habían lanzado sin perder un minuto a la búsqueda de un extranjero que pudiera firmar una falsa proposición tarifaria inferior a la suya para restregársela por las narices.

Así se había atrapado a aquel que pretendía atrapar a los demás.

—Has tenido poco olfato, Muchacho —se contentó con soltarle su socio comanditario dirigiéndose al actor, quien acababa de batirse en retirada como el perro al que el amo muestra la perrera.

Aun cuando Jack solo estaba sorprendido a medias ante el comportamiento de aquellos despiadados «compradores», se sintió herido. Aquella gente había traicionado su confianza pero ¿acaso existía confianza entre traficantes de opio? A no ser que uno ejerciera de monaguillo, no podía sorprenderle el trato propio de piratas.

—Trípode, ¿debo repetiros una vez más que nuestro opio es el más barato del mercado? —se contentó con alegar Jack mientras el otro, pesaroso, hacía como que no sabía de qué le hablaba—. ¿O sea, que ese actor trabaja para vos? —había proseguido secamente Niggles.

—Solo de vez en cuando. Si hay que llamar a las cosas por su nombre, yo soy el propietario de la compañía que actualmente le da trabajo.

No hay que dejar translucir nunca lo que uno piensa. Hay que procurar fingir siempre, hacerse el desentendido. Trípode Auténtico le hablaba con naturalidad, como si él hubiera invitado a Niggles a hacerle una visita.

—Valoro la ópera de Pekín. La representación de la que he sido testigo era una verdadera maravilla. Y Muchacho es un actor muy dotado, un arco con muchas cuerdas —le había respondido Niggles en el mismo tono.

No habría servido de nada dar una lección al «comprador». Teniendo en cuenta lo que había descubierto, Niggles jamás se habría atrevido a hacerle una proposición por debajo de la suya.

En aquel ambiente irreal, su anfitrión lo había invitado a cenar. Jack estaba tan indignado que ni siquiera recordaba la interminable recua de platos que le habían servido.

Al final del ágape y ya de regreso, en el interior del palanquín al que el «comprador» había hecho subir al inglés casi a la fuerza, el artista de la ópera le había dicho como desorientado:

—Habrías debido decirme que eras traficante de opio y que conocías al amo. Entonces no habría perdido tanto tiempo... y tú tampoco.

Muchacho parecía realmente deprimido.

—Comprendo —había dicho el inglés exhalando un suspiro y advirtiendo en aquel momento que Muchacho no era ni la sombra del que había sido poco antes.

Aquel pimpollo que era el actor no hacía más que unas horas había ido perdiendo, poco a poco, su gallardía y había acabado llorando como un niño. Ahora, con aire de

agotamiento y con las manos temblorosas, había dejado de ser el guapo joven del que se había encaprichado para convertirse en un toxicómano asomado al abismo, un lamentable despojo humano a merced de la crisis de abstinencia, lo que había hecho que Niggles, por vez primera en su vida, adquiriera conciencia de los estragos provocados por el oficio que ejercía.

—No soy más que un pobre esclavo. Si supieras lo que me veo forzado a hacer para procurarme mi dosis cotidiana...

Pero Muchacho de las Nubes había suspendido en aquel punto sus confidencias y seguidamente había mirado a su interlocutor con aire hostil, herido en lo más vivo de su orgullo.

La confesión era conmovedora y de pronto Niggles había sentido una densa oleada de vergüenza. ¡Triste oficio el de vendedor de un veneno cuyos estragos eran tan evidentes como incalculables! Ya no era el todopoderoso director de un conglomerado tentacular llamado Jardine & Matheson, sino un criminal que ignoraba su condición.

—Debo volver a casa. Ya no tardará en salir el sol —acababa de decir al guapo actor poco antes de llegar al hotel y de deslizarle tres *liang* de plata en el cinto.

Ya tendría para diez bolitas de opio...

Asido al barandal de la terraza como a un salvavidas, el inglés ahora veía de nuevo la mirada de animal caído en la trampa que le había lanzado Muchacho de las Nubes al separarse de él. En el momento en que juntaba fugazmente su boca con la del actor, este se había sacado la sortija de jade que llevaba y se la había deslizado en la mano, se la había cerrado después y había desaparecido en la noche.

—Guárdala y así me recordarás —habían sido sus últimas palabras.

Niggles se quitó las demás sortijas que llevaba y a partir de entonces solo llevó aquella.

El recuerdo de aquel último beso furtivo había quedado impreso para siempre en sus labios.

A lo lejos, las luces de los barcos se iban apagando una tras otra hasta que finalmente el mar, sumido en la oscuridad, volvió a ser espejo de la noche estrellada. Tan solo dos horas o tres se adormecería el puerto a la espera del alba.

Jack Niggles tenía motivos para saber que existía el riesgo de que no se soldaran a veces las grietas del alma y de que se convirtieran en barrancos. Entonces, hasta el más lúcido o el más fuerte en apariencia podía transformarse en piltrafa humana. Como tantos seres humanos que gastan infinidad de energías encubriendo su fragilidad con una espesa capa protectora, se sentía terriblemente vulnerable, expuesto a todo, víctima de una vida para la cual no estaba hecho, derrotado por un destino que pesaba sobre él como una ominosa carga.

Volvió a la cama con andar trabajoso y cerró los párpados para tratar de olvidar. Sí, olvidaría a Muchacho, al opio, a Jardine & Matheson y toda la gran miseria del pueblo chino de la que era causante primordial la empresa donde trabajaba..., a pesar

de aquel anillo que llevaba en el dedo y del que por nada en el mundo se habría desprendido por mucho que le apretase el dedo, a manera de dogal con el que un estrangulador pretendiera ahogarlo...

XIX

Cantón
22 de mayo de 1847

El humo del incienso que inundaba la sala dejaba entrever al héroe legendario Guan^[67], cuya imponente efigie de rostro purpúreo aparecía con la larga barba enroscada en la mano derecha en un tapiz de seda colgado de la pared, por una vez al parecer en paz consigo mismo a pesar de la terrible suerte que le había inferido el implacable rey de Wu.

El ritual de los Tres Hábitos^[68] casi había acabado y Serenidad Cumplida sentía ascender en su interior los efluvios del hábito vital. Se inclinó respetuosamente delante del Gran Centro Amarillo, el Señor de los Intercambios Cósmicos o el Ilustre Descendiente del muy venerado fundador del movimiento de los Turbantes Amarillos, que había estado a punto de derrocar la gloriosa dinastía de los Han^[69].

La influencia de la Cofradía Interior del Turbante Amarillo, sociedad secreta que había sido fundada veinte años antes en Cantón, llegaba hasta Tianjín. Era una de las más activas y más temidas de China. El Gran Centro Amarillo era su jefe supremo e indiscutido. Ningún miembro habría corrido el riesgo de desobedecer a quien tenía derecho de vida y muerte sobre él. En el seno de la Cofradía Interior, únicamente el Gran Maestro gozaba de la facultad de transmitir sus poderes a su sucesor. Diez años antes, en nombre de la Cancillería de los Tres Cielos, su predecesor había conferido al Gran Centro Amarillo el Certificado de Inmortal, que consagraba la función de iniciado supremo de Inspector Universal de los Méritos y de Librador del Gran Registro de los Cánones Sagrados.

Desde lo alto de sus coturnos con adornos de nubes en las suelas, el Maestro de los Intercambios Cósmicos, revestido con la Casulla del Descendimiento, manto reservado a los grandes maestros taoístas, y calada la máscara sangre y oro con cuernos de dragón sobre el rostro, hincó con gesto preciso la aguja de la Perla Flamígera allí donde el cráneo de Serenidad Cumplida se juntaba con su coleta y, con voz de ultratumba, le murmuró al oído:

—Ahora estás en condiciones de vivir diez mil años más, Serenidad Cumplida. ¡Bienvenido al país de la Extrema Sutileza y de la Pureza Suprema!

Seguidamente, en medio de un silencio sepulcral, empuñó la Espada Cósmica, en cuya hoja estaba grabada la constelación de la Osa Mayor, y tocó con ella los hombros del anticuario, que, arrodillado ante él, había reclinado la cabeza. Después cogió la Copa de Jade, colocada sobre la Mesa de Oro, y la tendió a Serenidad Cumplida, que, tras echar en ella una minúscula píldora, se la llevó a los labios.

Revestidos con la túnica que llevaba bordado con hilo de oro el símbolo del Yin y

del Yang, los dos ayudantes del Gran Maestro de los Intercambios Cósmicos, Rojo Oscuro y Azul Azurita, estaban impassibles uno a cada lado del primero. Uno era su acólito en los Ritos Oscuros que guardan relación con los antepasados, mientras que el segundo desempeñaba la misma función en los Ritos Puros, ambos consagrados a los dioses.

El oficiante se volvió hacia los demás adeptos, sentados en el suelo en la postura del loto. En sus actitudes atentas se leía veneración y respeto.

—¡Demostración! —exclamó el Gran Centro Amarillo.

Se levantaron todos de golpe y, obedeciendo un mismo impulso, ejecutaron la Danza de los Cinco Animales: el tigre, el mono, el ciervo, el oso y el mochuelo. La sincronización era perfecta, no parecía sino que habían estado horas ensayando. Una vez cerrado el ciclo, el oficiante dio dos palmadas. Indicaba con el gesto que había terminado el Daoyin, el Ritual de la Conducta de los Tres Hábitos.

—La Gran Realización es la falla que conduce a los hombres al paraíso. Ojalá que la energía vital os dé a todos fuerza suficiente para expulsar al intruso que por desgracia preside los destinos del Imperio del Centro. Ojalá que el Gran Techo del Taiqi ponga orden en el caos que ha provocado en nuestras tierras la agobiante presencia de los extranjeros narigudos —exclamó levantando al cielo el celemín lleno de arroz descortezado que Rojo Oscuro acababa de entregarle.

Serenidad Cumplida, agotado por la ceremonia, consiguió por fin recobrar el aliento. Como ocurría siempre en parecidas circunstancias, después de tres días dedicados a controlar la respiración y a meditar sobre «Vigilar el Uno^[70]», el anticuario se sentía regenerado y casi invencible, dispuesto a reanudar el combate contra la dinastía usurpadora y a luchar con todas sus fuerzas por la restauración de un Hijo del Cielo de estirpe Han que estaría al frente del País del Centro. Veía cómo su espíritu, emergiendo del cuerpo, se convertía en espectador de un mundo que empezaba a flotar y a navegar a su antojo por el Agua Clara del Palacio-que-guarda-la-Esencia.

Se puso a recitar las estrofas del *Calendario de Jade*^[71]:

—*Cuando el ser humano se convierte en señor de su cuerpo siente que el mundo le pertenece por completo.*

»*El Campo de Cinabrio es la raíz del hombre. Es allí donde el hombre guarda su espíritu vital. El origen está en los Cinco Hábitos. En el Campo de Cinabrio reside el embrión. Allí es donde guardan los hombres su licor seminal y las mujeres su sangre menstrual. Así como el Campo de Cinabrio está destinado a la generación de niños, también allí se encuentra la puerta de la unión armoniosa del Yin y del Yang. Situado a tres pulgadas de la columna vertebral, debajo del ombligo, en el Campo de Cinabrio tienen su raíz los riñones. Es escarlata por dentro, verde por la parte izquierda, amarillo por la derecha, negro abajo y blanco arriba. Expresa la Trinidad del Cielo, de la Tierra y del Hombre. Lleva también por nombre “Palacio-que-guarda-la-Esencia”».*

El primo del príncipe Tang, para quien aquel era el tercer día de meditación y de ejercicios respiratorios, se posesionó finalmente del Uno. Aquello le hacía adquirir conciencia de su Pertenencia Total y entrar en trance, lo que hizo que comenzara a recitar las palabras inmemoriales pronunciadas por el inestimable Viejo Maestro Lao Tse al abandonar el bajo mundo:

—*En reposo, formulo estos versos de siete pies: arriba está el Patio Amarillo y abajo, el Paso del Origen; detrás están las Torres Oscuras y delante, la Puerta del Destino; yo respiro por la Chozza hasta el Campo de Cinabrio; ojalá que el Agua Clara del Lago de Jade regara la Raíz Maravillosa. Si soy capaz de practicar estas cosas, viviré mucho tiempo.*

Un redoble de tambor lo arrancó de la dulce modorra en la que se había sumido al final del ritual. Primero abrió un ojo; luego, otro. Poco a poco, el mundo real iba emergiendo a la superficie. Las cosas volvían a su sitio y adquirían sus formas. De la nube de incienso que se disipaba lentamente, llegó a su olfato un olor que le provocó hipo. Allí estaba la luz del día, tranquilizadora, perceptible entre las ranuras que dejaban los pesados cortinajes no cerrados del todo. Guan, el del rostro purpúreo, tenía aire satisfecho.

—Si queréis, pasaremos a la sala de reuniones —dijo en ese punto Azul Azurita dirigiéndose a los presentes.

Como de costumbre, al finalizar el Gran Ritual de los Tres Hábitos, todos los miembros de la Cofradía del Gran Centro Amarillo eran invitados a reunirse alrededor de una inmensa mesa ovalada de pies hendidos para reflexionar juntos sobre las acciones que emprenderían en el futuro.

Aquel día, bajo la mirada ribeteada de negro del noble Guan, los reunidos eran unos treinta y, bruscamente, sus rostros aparecieron entre las sombras en el mismo momento en que los dos ayudantes del Gran Maestro corrieron con un golpe seco las cortinas de la sala, en la que vino a colarse la luz del día.

Aquellos hombres eran en su mayoría de origen Han. Todos habían sido abandonados por los Qing, que los habían dejado a merced de su suerte. Entre los reprobados había miembros de la aristocracia venida a menos, soldados que se habían visto obligados a abandonar las armas porque no percibían paga alguna, terratenientes expropiados y comerciantes arruinados como resultado de reveses de fortuna. También había algunos escribanos apartados por negarse a jurar fidelidad, así como mandarines decepcionados por la corrupción endémica de la administración, pero también gente salida de las clases populares. Todos habían tenido buenas razones para frecuentar asiduamente aquella Cofradía taoísta secreta en la que se profesaban abiertamente ideas nacionalistas y xenófobas. Debilitados por el ayuno del Gran Ritual de los Tres Hábitos, todos se negaban a ver a su país atenazado por los usurpadores mongoles, cada vez más desvinculados de la realidad, y por las potencias occidentales, que les habían impuesto por la fuerza unos «tratados desiguales». Los términos de aquellos textos infamantes, al principio cuidadosamente ocultados al

propio emperador por sus corrompidos negociadores, habían terminado por divulgarse en un primer momento a través del simple goteo del boca en boca circunscrito a la nobleza de capa y espada y a los mandarines y oficiales superiores del ejército y la policía. Pero, poco a poco, las gotas se habían transformado en arroyos y finalmente en ríos que habían inundado una tras otra todas las provincias chinas y frustraban las últimas ilusiones a todos los que todavía creían que la dinastía mongol reinante era capaz de defender de forma eficaz los intereses del país.

Por todas partes circulaba el rumor de que el glorioso Imperio del Centro había permitido que lo despojaran de sus atributos de soberanía, que había ido perdiendo uno tras otro, ante el ejército de opereta de los invasores. En los mercados y bazares se oía un mismo clamor: el Hijo del Cielo se había dejado engatusar como un necio más. Las sociedades secretas, cuyos miembros inundaban a los habitantes con pasquines reivindicativos en los que denunciaban la incuria del poder en funciones, habían contribuido activamente a la divulgación de aquel hecho tan humillante como terrible.

En 1847, no solo para los Han más lúcidos y virulentos, sino también para la inmensa mayoría del pueblo, el Hijo del Cielo, que se había demostrado incapaz de proteger los intereses de su Imperio, ya no era digno del mando celestial.

Desde tiempos inmemoriales, las sectas taoístas de China habían federado siempre a los descontentos e, incluso, habían provocado la caída de las dinastías reinantes. En una sociedad tan numerosa donde todos, ya fueran nobles, mandarines o pequeños funcionarios, soldados o campesinos, tenían asignada una función precisa, tanto en el plano económico y social como político, el más pequeño trastorno alteraba el precario equilibrio y podía desembocar en el caos.

—Estoy convencido de que todos y cada uno de vosotros querréis tener la satisfacción de dar lo mejor de vosotros mismos a nuestra gloriosa Cofradía. La potencia de nuestra secta se apuntala en la generosidad de sus augustos miembros —exclamó el Gran Centro Amarillo invitando con el gesto a la concurrencia a sentarse.

Inmediatamente, el acólito Rojo Oscuro circuló alrededor de la mesa con una cesta en la que cada miembro depositó una ofrenda acorde con sus disponibilidades. Serenidad Cumplida dejó en ella diez grandes monedas de plata. Era una suma enorme, equivalente a todas las ganancias que había obtenido en un mes como producto de su negocio de antigüedades, de la que se desprendía de muy buen grado, con alegría y no sin orgullo. ¿Qué no habría hecho con tal de liberar China?

—Y como de costumbre, empezaremos pidiendo a los recién ingresados que tengan la bondad de presentarse a los demás miembros —exclamó con voz estentórea el acólito Azul Azurita.

Se produjo un gran silencio durante el cual la máscara sangre y oro del Gran Centro Amarillo fue recorriendo todo el círculo de los asistentes hasta detenerse ante un hombre de escasa talla.

—Las puertas de la Cueva del Metal Oscuro se han abierto para acoger a un

nuevo hermano —declaró el Gran Maestro con voz ronca haciéndole ademán de que se levantara.

El interesado, un hombre escuchimizado y canijo, el rostro comido por unos ojos profundamente hundidos en unas órbitas inmensas, tomó la palabra:

—Me llamo Wang el Afortunado. Me siento muy honrado de que me hayáis aceptado entre vosotros. Como patriota que soy, hacía mucho tiempo que aspiraba a esa condición.

—¿Por qué no viniste antes a llamar a nuestra puerta? —preguntó el Gran Centro Amarillo.

—A decir verdad, me figuraba que tropezaría con más obstáculos debido a mis carencias.

El hombrecillo sonrió vagamente, lo que puso al descubierto una parte de su caótica dentadura.

—Nosotros aceptamos a todos aquellos que están movidos por la buena voluntad. ¿Qué oficio ejerces en la vida, Wang el Afortunado? —le preguntó Azul Azurita.

—En la actualidad, nada interesante. Y la inactividad comienza a pesarme seriamente. Tengo necesidad de ser útil. Estoy seguro de que la Vía del Tao que acabo de enfiar con entusiasmo me ayudará en la tarea.

—Pero hay algo más. Ante nuestro Gran Maestro de los Intercambios no podemos contentarnos con generalidades. Hay que hurgar hasta el fondo del corazón y donarle lo que uno encuentre —insistió el acólito.

Wang se aclaró la garganta, escupió en un lebrillo de bronce, se secó los labios con el reverso de la manga y prosiguió:

—Hace apenas unos meses que desempeñaba la función de intérprete en casa de una familia de narigudos ingleses que acababa de desembarcar aquí procedente de Londres. Se llaman Clearstone, que quiere decir «Piedra Clara».

—¿Sabes hablar la lengua de los narigudos ingleses, esos borborismos que parecen ladridos? —preguntó con voz de trueno el Gran Centro Amarillo cuya máscara actuaba como un altavoz.

—¡La he estudiado, Gran Maestro!

—Has hablado en pasado de esa familia Piedra Clara. ¿Quiere eso decir que ya no trabajas para ellos? Cuando un miembro de la Cofradía tiene oportunidad de desempeñar una función que le permite vigilar de cerca los movimientos de los narigudos ingleses, no debe abandonarla por nada en el mundo —exclamó a su vez Serenidad Cumplida.

—Fue el señor Piedra Clara quien puso término a mi trabajo. Quería vender pianos a los chinos, pero no le salieron bien los planes.

—¿A qué llamas pianos? —prosiguió el anticuario.

—A un mueble provisto de teclas Yin y Yang que emite unos sonidos alegres cuando se golpean, como hace el martillo en el clavo.

—¡Menos mal que los chinos no mordieron el anzuelo! Esos narigudos ingleses

nos están inundando de todo tipo de cosas nefastas e inútiles..., empezando por el «barro negro» —exclamó el Gran Maestro.

—El narigudo inglés ha vuelto a Londres. Su mujer y sus hijos se han quedado. Pero ya no necesitan mis servicios porque, además, no tendrían con qué pagarme —se justificó Wang soltando un suspiro.

—¡Vaya! ¡Ojalá que se hubieran ido todos! Habría sido una buena idea. Cuantos menos narigudos ingleses tengamos entre nosotros, mejor le irán las cosas al pueblo chino —declaró, furioso, el comerciante de antigüedades.

—¡Cálmate, Serenidad! —exclamó el Gran Centro Amarillo dirigiendo sus cuernos de dragón hacia Wang el Afortunado, que no las tenía todas consigo.

—Una cosa, ¿dónde vive esa mujer de quien me hablas y sus hijos?

—En casa de ese sacerdote americano que reparte libros de su religión por las calles de Cantón.

—¿El pastor Roberts? —preguntó Rojo Oscuro.

—¡El mismo! ¡Sí, ese Roberts!

—He visto a menudo al individuo ese distribuyendo su mercancía en el cruce de la calle de la Vieja China, como la llaman los narigudos ingleses —añadió el acólito Azul Azurita con una mueca de asco.

—Ese sacerdote es el único extranjero que no tiene un comportamiento deliberadamente hostil con los chinos —murmuró Wang, que estaba sudando la gota gorda.

—No nos equivoquemos: los manchúes están conchabados con los narigudos. Dejan que los extranjeros saqueen el país y compren a bajo precio todas sus viejas reliquias, sus sedas, su té y sus porcelanas. Toleran que lo inunden de asqueroso «barro negro» —prosiguió Serenidad Cumplida, cada vez más exaltado.

Con un leve movimiento de los hombros, el Gran Maestro puso fin a la diatriba del primo de Tang.

—¡No existe ningún narigudo que sea amigo del pueblo chino! —sentenció aquel, con lo que redujo al silencio al público que ya había empezado a cuchichear.

—¡Es verdad! —gritaron las voces de aquellos que estaban siempre prestos a defender a su jefe *perinde ac cadaver*^[71a].

—Si he entendido bien, el americano continúa dando cobijo a esos tres ingleses —añadió con aire pensativo.

Se levantó una voz meliflua.

—Como el pastor no tiene guardaespaldas y los hombres dotados de espíritu tienen los mismos proyectos..., estoy seguro de que nuestro Inestimable Gran Maestro está pensando en un secuestro. ¿Me equivoco?

Quien había pronunciado tan belicosas palabras era un mandarín de mediana edad a quien su administración originaria no le pagaba ningún dinero desde hacía tres años y que hacía un par de meses que había sido admitido en el seno de la sociedad secreta.

—¿Sabes acaso si su casa está custodiada? —le preguntó un rico comerciante que se había quedado arruinado a consecuencia de un control fiscal ordenado por un recaudador de impuestos de talante turbio y vengativo a quien se había negado a untar.

—Vive al otro extremo de mi misma calle —respondió el mandarín, contento de responder a una pregunta que ya esperaba y que le permitía darse importancia.

—He estado en varias ocasiones en su casa acompañando a la inglesa, lo que me permite confirmar que el pastor Roberts no dispone de protección particular —aseguró Wang el Afortunado, contento de aportar una información que podía ser de utilidad.

—Secuestrar a esta inglesa y a sus dos hijos no serviría de nada. ¿Quién se iba a interesar por ellos? ¡Nadie! No disponemos de ninguna palanca para manipular el poder. Al Hijo del Cielo, instalado en Pekín, le importa un comino lo que nosotros podamos hacer —exclamó con gran energía un joven con respecto al cual solo un experto en uniformes militares habría sabido que llevaba el de los oficiales de artillería, hasta tal punto era deplorable el estado del mismo.

Hacía un montón de tiempo que los soldados del ejército imperial no estrenaban uniforme.

—Por algo será que los elefantes no temen a las moscas. En todo caso, temen a los tigres —añadió el mandarín, que vivía a tiro de fusil de la casa que ocupaba Roberts.

—Aquí no podemos andarnos con esos pesimismos. ¿Qué propones tú? —preguntó con severidad el Gran Maestro de los Intercambios dirigiéndose al insolente artillero.

Este, nada intimidado por la reprimenda y contento de tener ocasión de hacer gala de celo y valor, le respondió en los mismos términos.

—No hay que dejar lo seguro por una quimera. ¡Debemos ser tigres!

—Deberías precisar tus pensamientos.

—Estoy considerando una acción de la que no renegaría el virrey Lin Zexu, ese eminente patriota que se atrevió a ordenar que quemaran las cajas de «barro negro» que transportaban los barcos ingleses. ¡Un gran hecho de armas que ahora influye en vuestros pensamientos, oh Gran Centro Amarillo!

—¿Te refieres al ataque contra los depósitos de Jardine & Matheson?

—¡Ni más ni menos!

—Pues bien, debes saber que hoy eso constituye más que nunca la orden del día —dijo el Gran Maestro con expresión impenetrable.

—¡A buenas horas! Ya me parece oler el «barro negro» inglés abrasado por el fuego de nuestros fusiles. En Pekín se enterarán enseguida de qué clase de leña alimenta la Cofradía Interior.

—Pero ¿acaso no están vigilados por hombres armados los depósitos de los que estamos hablando? —objetó otro participante.

—¡Pues quemaremos a los guardias junto con el «barro negro»! Las llamas subirán hasta el cielo. El olor a carne quemada se percibirá a mil leguas a la redonda —vociferó el joven oficial.

—¡Y el del opio a diez mil leguas a la redonda! —añadió otro, un joven de rostro lozano que no debía de tener más de veinte años.

—Es evidente que un hecho de armas de tales características no pasaría inadvertido. Estoy seguro incluso de que sería un jarro de agua fría para las odiosas relaciones de connivencia existentes entre China y una bestia tan peligrosa como ese país llamado Inglaterra —afirmó Serenidad Cumplida, confirmando abiertamente las palabras del joven oficial y demostrando que las aprobaba totalmente.

—Cuando Lin mandó destruir las cajas de opio, los empleados de la empresa Jardine habían instalado en el tejado de su almacén principal un cañón que lanzaba unos escupitajos de fuego capaces de disuadir a la multitud de que saqueara el edificio —objetó el mandarín, un hombre ni joven ni viejo.

A juzgar por el mutismo de los asistentes, la observación había servido para rebajar los ánimos, por lo que el Gran Centro Amarillo juzgó oportuno dirigir los cuernos hacia el interesado, que, pese a estar desprevenido, le espetó:

—¡Aquí no hay sitio para derrotistas, ni tampoco para los aficionados a los pequeños cálculos!

El funcionario letrado se sintió confundido y, consciente de haber quedado en mal lugar, optó por callar.

Pero un coronel de la infantería marítima, desgraciado héroe de la defensa de Cantón antes de que cayera en poder de la marina inglesa, acudió en su ayuda y declaró con voz potente:

—Tal vez nuestro camarada tenga razón. ¿No sería mejor esperar a que fuésemos más antes de lanzarnos a una operación que podría acarrearos la pérdida de muchos compañeros a causa de los temibles cañones de los mercaderes ingleses? Todavía tengo impresas en la memoria las imágenes de mis hombres cayendo como moscas frente a las armas de fuego inglesas, hará de eso siete años, con ocasión del ataque de Dinghai por los Diablos Blancos.

Había llegado el momento de que interviniera Serenidad Cumplida.

—Tal vez os pueda proponer algo mejor que un ataque a los depósitos de mercancías de los malditos ingleses, por lo menos de momento —dijo, provocando con ello que todas las miradas se volvieran hacia él.

—¡Habla, pues! —exclamó con una sola voz el coro formado por los asistentes.

—Se encuentra en Cantón de forma clandestina uno de los hijos de Daoguang —añadió lentamente el anticuario, que sopesaba cuidadosamente cada una de sus palabras.

—¡No me hagas reír! ¡Demasiado hermoso para ser verdad!

Se escucharon otras cuchufletas, pero las palabras de Serenidad Cumplida las cortaron de raíz cuando dijo:

—¡Os lo juro! Bastaría encontrar a ese vástago secreto del Hijo del Cielo para hacernos con un arma devastadora. ¡Más efectiva que los cañones ingleses!

—Un rehén imperial sería una magnífica moneda de cambio. Tus elucubraciones hacen nacer en nosotros vanas esperanzas, Serenidad Cumplida —exclamó, molesto, el Gran Maestro de la sociedad secreta acariciándose los suntuosos bordados de su Casulla del Descendimiento.

En el silencio sepulcral que planeaba sobre los asistentes, Serenidad Cumplida remachó el clavo.

—Os aseguro que mi primo, el príncipe Tang, sería el más feliz de los hombres si consiguiese echar el guante a ese chico. Incluso, os puedo facilitar su nombre. Se llama La Piedra de Luna.

Al escuchar un *xiaoming* tan poético como aquel, los miembros más letrados de la secta profirieron un leve murmullo de admiración.

—La Piedra de Luna. ¡Un bello nombre! Y además, muy poco usual. ¿Estás seguro de que tu primo no es de los que gustan de fabular? —prosiguió el Gran Maestro de los Intercambios.

—Lo albergo en mi casa y puedo asegurar que no miente. Ha venido expresamente de Pekín para tratar de encontrarlo. Creedme si os digo que Tang el Hermoso no es de los que se molestan en balde.

—Pues no vaya a ser que tu honorable primo se nos adelante —añadió el joven artillero, siempre dispuesto al ataque.

—¡Todo eso son pamplinas! —dijo el Gran Centro Amarillo, que seguía sin dejarse convencer.

—Yo puedo daros noticias de ese retoño imperial. Lo conozco —intervino entonces Wang el Afortunado con voz melindrosa.

Al oír aquellas palabras, los adeptos que hasta entonces habían bebido las de su maestro se volvieron como un solo hombre y, estupefactos, dirigieron sus miradas hacia el intérprete, que parecía satisfecho y orgulloso del efecto que había causado.

Había vuelto a instalarse en la sala un mortal silencio.

—En casa del pastor Roberts he visto a menudo a un joven que atiende por este nombre. Su padre era calígrafo y él también está muy dotado para escribir. Es un muchacho muy despierto. Enseña chino al narigudo americano y este le enseña inglés a cambio. Es un toma y daca —se apresuró a añadir el antiguo intérprete de los Clearstone.

—Espero que no estarás inventando —dijo el oficiante mirando fijamente a Wang con ojos amenazadores.

—Como todos vosotros, juré decir siempre lo que supiera y no mentir jamás en este divino recinto.

El jefe de la secta taoísta estaba impresionado. Wang había prestado juramento de fidelidad y en virtud del mismo se podía condenar a muerte a todo aquel que mintiera no solo por acción sino también por omisión. ¿Cómo iba, pues, a ocultar la verdad,

dadas esas condiciones?

—Lo que acabas de decir confirma las palabras de nuestro compañero Serenidad Cumplida. Merece reflexión por nuestra parte —convino el Gran Centro Amarillo con expresión indecisa.

—Un día gato y al siguiente perro. Los únicos que no cambian de parecer son los imbéciles —musitó con aire de satisfacción el joven artillero hablando en voz baja al anticuario.

Después, como un hipnotizador que despertara a su paciente, el jefe de la secta trazó con la mano ante su rostro el círculo imaginario que indicaba a los participantes que estaban autorizados a levantarse y dijo:

—Voy a tomarme tiempo para reflexionar y no dejaré de comunicaros en nuestra próxima asamblea cuál será nuestro proceder futuro.

Wang, que se había acercado al Gran Maestro de los Intercambios Cósmicos, le musitó al oído:

—¿Puedo hablar contigo en privado? Es importante.

Inmediatamente, y sin entretenerse siquiera a saludar a sus feligreses, el Gran Centro Amarillo, pensando que el hombrecillo desdentado quería hacerle otras revelaciones importantes, lo hizo pasar a su despacho.

Así que Serenidad Cumplida pisó la calle, después de despedirse con una palmada de sus compañeros y de abandonar no sin satisfacción el agobiante ambiente de la sala de reuniones, la luz deslumbrante del sol que lo trasladó bruscamente a la realidad fue para él como un puñetazo en el estómago.

Inmerso en el sofocante calor de la calle y en su ruido ensordecedor, volvió a encontrarse solo, delante de sí mismo.

¿Había actuado mal facilitando el nombre de La Piedra de Luna y revelando la misión de su primo Tang?

También él había jurado que no tendría jamás secretos para la sociedad de la que formaba parte. Era lo normal. Todas las cofradías secretas se fundaban en el principio de que había que «decirlo todo» y «no ocultar nada», lo cual no era óbice para que sintiera nacer la duda en su interior.

Mientras iba sudando a mares, pensaba en aquella frase que su vieja gobernanta decía a menudo para ilustrar la duplicidad de que a veces eran capaces los hombres: *una boca de Buda, un corazón de serpiente*. Era una frase que ilustraba maravillosamente la torpeza que había cometido confiando a los miembros de la Cofradía Interior la existencia de aquel muchacho llamado La Piedra de Luna. Se imaginó delante de Tang y pensó con espanto en el encadenamiento de pretextos y mentiras del que caería prisionero si no le decía la verdad.

Después de un cuarto de hora largo de deambular por calles atestadas de gente con la que topaba a cada paso, con el ánimo excesivamente obsesionado por la prevaricación cometida, sintió los primeros efectos de un ligero atisbo de culpabilidad que empezaba a germinar en el fondo de su corazón, una especie de

semilla minúscula y solapada que, como todos sabemos muy bien, acaba siempre por convertirse en planta gigantesca e invasora que devora incluso a los más fuertes.

Preocupado y abatido, notaba profundos reconcomios al advertir que se había ido de la lengua por haber cedido a una simple debilidad.

Había perjudicado gravemente a Tang, su primo bien amado, quien en cambio le había demostrado confianza al revelarle el objeto de su viaje.

Por eso ahora el patriota, ávido de justicia y dispuesto a luchar contra las humillaciones de todo tipo que sufría el pueblo chino, era pasto de la desesperación y del remordimiento.

El mal estaba hecho y era irremediable.

SEGUNDA PARTE

El opio del pueblo

XX

Shanghái
29 de mayo de 1847

Sólo por una vez, Antoine Vuibert soñaba despierto con un cuenco en la mano, sentado cómodamente en un banco de piedra que habían abandonado milagrosamente los viejos letrados con perilla que, fascinados por la extraña y austera belleza adormecida del canal adyacente al río de Suzhou, podían permanecer clavados horas seguidas en aquel sitio.

No sentirse sitiado por la multitud, que los oídos no fueran agredidos por el constante estrépito, oír el canto de los pájaros..., todo aquello se convertía en un lujo supremo que el francés había aprendido a saborear.

El sol al acecho que una fina capa de nubes velaba apenas dejaba entrever la impecable cinta plateada del camino de agua de refulgentes resplandores metálicos. Perfectamente rectilínea, cortaba el paisaje en dos como la hoja de un sable o como esa línea del pincel que el calígrafo traza en la hoja de papel para separar el espacio. Eso pensaba nuestro aprendiz de diplomático: que era uno de esos trazos ineluctables que separan el pasado de la nueva vida que se va a emprender.

Deslumbrado de tanto admirar los bellos planos de aquellas aguas dormidas, Antoine parpadeó y, para descansar los ojos, optó por cerrarlos.

Y se puso a soñar en lo que le esperaba.

Las imágenes se sucedían en su cabeza a un ritmo desenfrenado. Fue convirtiéndose sucesivamente en mercader de opio, anticuario, agente secreto, diplomático, explorador de la Ruta de la Seda, arqueólogo de las grandes tumbas reales de la dinastía de los Shang, seductor que no dejaba indiferentes a suntuosas princesas que únicamente habrían puesto los ojos en príncipes manchúes de su mismo rango. La gloria y la fortuna estaban al alcance de su mano. Convertido en héroe de su propia epopeya, no ponía en duda que esta sería grandiosa.

En China, la aventura estaba siempre al alcance de la mano, accesible a la vuelta de la esquina del callejón más insignificante, implícita en las condiciones extremas de vida, o mejor dicho de supervivencia, de sus habitantes debido a su número.

Como suele ocurrir cuando el destino reserva esa clase de sorpresas que transforman por completo a una persona y dividen su vida en un antes y un después, el descubrimiento de la China real era para Antoine un segundo nacimiento.

Desde su llegada a Shanghái, no era el mismo hombre.

El impacto de un mundo nuevo tan diferente del propio, un mundo que le desvelaba otras realidades, lo había convertido en un hombre maduro. Pese a adquirir conciencia de los rasgos diferentes y comunes que caracterizan a la especie humana

que pulula en la tierra, había sabido conservar aquella capacidad de sorpresa que hace tan feliz a quien descubre territorios y valores que pertenecen a los demás. Si el descubrimiento de París, al desembarcar en la capital desde provincias, había ampliado la visión que tenía del mundo, el de China la modificaba en profundidad. Le hacía reflexionar sobre las palabras de sus maestros que, en la universidad, situaban desvergonzadamente a Francia por encima de las demás naciones europeas y glorificaban su acción en Argelia y ultramar. Hasta el mismo Stanislas Julien, su profesor de chino y gran conocedor de Asia, tenía su cantinela propia cuando hablaba de la superioridad de la raza blanca sobre las demás. ¡Que vinieran a China y entonces descubrirían un país, un pueblo, una cultura y una civilización tan brillante —por no decir superior en muchos aspectos— como la civilización judeo-cristiana, y sobre todo una civilización que había atravesado milenios sin experimentar casi cambio alguno, cual gigantesco animal fósil indestructible frente a las guerras y catástrofes naturales!

China, tierra que ha sobrevivido desde tiempos remotos poblados por magos, tarascas y hadas, una época en la que había príncipes encantadores que podían despertar a bellas durmientes.

Al abrir de nuevo los ojos, contempló un cielo de un azul tan intenso que parecía palpable reflejándose en el canal adyacente del río de Suzhou.

Respiró profundamente.

Y se sintió invadido por un sentimiento de plenitud.

Es normal que un héroe deba sentirse solo en el mundo, diferente de los demás, porque está guiado por una ambición tan poderosa que tiene que permanecer secreta, so pena de que lo tomen por loco ya que se encuentra conducido por una buena estrella que no es la de sus congéneres y él es el único que la ve. Un héroe tiene que ser por fuerza un poco ciego y un poco sordo, megalómano, autista, inconsciente e irresponsable, ya que si no fuera así no sería un verdadero héroe.

Antoine terminó su cuenco de arroz con estofado de cerdo, todo ello aderezado con toronjil, y a continuación, tan eufórico como antes, abarcó con la mirada el monótono horizonte de los arrozales que se desplegaba a lo lejos y, detrás de las colinas, vio aparecer de pronto unas masas de nubes torturadas que anunciaban lluvias diluvianas.

El tiempo, en Shanghái, puede cambiar en menos de media hora y a las trombas de agua pueden seguir bruscamente ardientes rayos de sol. El suelo calcáreo de la zona es una esponja y el agua no se estanca en él, los charcos se secan en pocos minutos. Los árboles y las plantas se benefician de esta alternancia de lluvia y sol y crecen a ritmo acelerado, especialmente el arroz. La naturaleza se muestra allí generosa, si bien es insuficiente para quienes habitan la zona debido a la enorme concentración demográfica de aquella región del delta del río Azul.

El aprendiz de diplomático se puso de pie, dio unos pasos en dirección al agua y observó las enormes carpas que asomaban a la superficie y se fijó en sus bocas en

forma de hocico aflorando en ella.

La carpa es al agua dulce lo que el cerdo a la granja. Provista de una boca que parece más bien una especie de morro, la carpa degusta y devora todo cuanto encuentra a su paso, rebaña el limo de arroyos, ríos y charcas y los limpia de miasmas y de toda la basura que les echan los humanos.

Hacía poco más de dos meses que el francés, que se había acostumbrado sin esfuerzo a aquellas condiciones climáticas tan diferentes de su Delfinado natal, era un forastero en aquella ciudad-mercado de la que ahora conocía hasta su más humilde barrio. Gracias al conocimiento que tenía del mandarín, su inmersión en aquella inmensa laguna burbujeante que era la sociedad china se había producido con la mayor naturalidad del mundo. Además, había tardado poco en aprender las escasas palabras del dialecto de Shanghái que le eran indispensables para hacerse comprender por el hombre de la calle. Como era libre como el viento, de momento no tenía que dar cuentas a nadie de sus actos. Se habría dicho que el Ministerio de Asuntos Extranjeros se había olvidado de su existencia, ya que no tenía ninguna noticia de Francia y, entre otras cosas, no sabía cuándo iba a llegar a Shanghái el señor De Montigny. Pero el silencio de las autoridades francesas no le quitaba el sueño.

Lejos de ser un peso, la ociosidad le permitía, por el contrario, navegar a su antojo y se había aficionado a aquella situación de independencia y libertad total en lo tocante a idas y venidas.

Transcurridas dos semanas y a pesar de los esfuerzos desplegados por el padre Freitas para retenerlo, había abandonado la casa comunitaria de los jesuitas y se había instalado a orillas del río de Suzhou en una comfortable mansión alquilada a un general destituido de su cargo por los manchúes. Ocupaba todo el primer piso de la misma, en tanto que la familia del militar se reservaba el uso de la planta baja. El alquiler, sumamente módico pero que cubría la subsistencia de la familia del militar, le daba derecho, además, a disponer de los servicios de una criada tan silenciosa como eficaz que se encargaba de su cuidado personal y de prepararle la comida.

El militar tenía dos hijas, Flor Luminosa y Dulce Peonía, de dieciocho y veinte años respectivamente. Aquellos dos pimpollos no eran indiferentes a los atractivos del seductor narigudo que había aterrizado en su domicilio. Así que se asomaba al balcón, las muchachas salían al jardín y se entregaban a risitas juguetonas. Una mañana, aprovechando la ausencia de sus padres, incluso se colaron en su habitación, deseosas de ver cómo despertaba. Cuando abrió un ojo, tras oír las risas ahogadas de las chicas, su sexo erecto proclamaba a los cuatro vientos el hambre que sufría y, de no haber sido por temor al escándalo, de buena gana las habría invitado a que se cobijasen debajo del cobertor, sobre todo a Flor Luminosa, que tenía mucho más desparramo que su hermana mayor y encima era más guapa. Resignado, sin embargo, les pidió educadamente que salieran de su dormitorio. Aquella misma noche, para sosegar el deseo, dirigió sus pasos a uno de los burdeles del barrio de la Lluvia y de las Nubes donde, a cambio de la irrisoria suma de uno o dos *liang* de bronce, tuvo a

su disposición tres o cuatro putas que se ocuparon de él hasta la madrugada. Por temor a perder el trabajo y el nivel de vida, acostumbradas a los malos tratos, las prostitutas procuraban esmerarse con los clientes, sobre todo cuando pagaban con dinero contante y sonante. Aquellas muchachas solían venir de zonas rurales muy atrasadas, donde los ojeadores las compraban por un puñado de monedas de ínfimo valor. Siempre era mejor aquello que ser arrojadas al río, como había sido el caso de sus hermanitas.

Era la primera vez que entraba en una de las incontables casas de lenocinio de Shanghái, cuyo número no cesaba de ir en aumento. Los extranjeros, previa comprobación de su solvencia, eran recibidos en ellas como príncipes. Cumplida aquella formalidad, una vieja patrona de rostro desmedrado y pintarrajeada de forma ultrajante lo había instalado detrás de la cortina de una alcoba. Moviéndose a saltitos con sus minúsculos piecitos que acentuaban su andar sincopado, la patrona le había indicado enfáticamente que por aquel dinero tendría derecho al gran juego. Pasados unos instantes, se hacían cargo de él cuatro muchachas completamente desnudas. A diferencia de las prostitutas francesas, tenían maneras suaves y no eran nada exigentes. Antoine no había tenido que hacer otra cosa que dejarlas actuar a su antojo, gracias a lo cual las licenciosas estampas de *Flor de pecado en la botella de oro*, que tanto lo habían hecho soñar en su juventud, se habían materializado de pronto. Masajeado y acariciado de pies a cabeza, lamido y chupado como si fuese un caramelo, las chicas se lo habían entregado todo y él, por su parte, se lo había permitido todo.

Tras escalar el pináculo del placer, se había apresurado a renovar la experiencia a partir del día siguiente. En este aspecto, el único problema que tenían en Shanghái los amantes de la fiesta era la elección del sitio. Ir con chicas era un acto tan banal como ir al restaurante. En el terreno sexual, los gustos de los chinos no tenían nada que ver con los de los franceses. Los había, incluso, que rozaban la extravagancia, como aquella curiosa atracción de algunos por los pies fracturados.

Movido por el deseo de no limitarse a los placeres carnales y ávido de conocer la realidad íntima de China tras pasar años estudiándola en los libros, Antoine Vuibert había decidido aprovechar el tiempo libre para lanzarse al descubrimiento de los colores y sabores de la cocina de tan inmenso país, donde una buena capa de salsa lacada escarlata transformaba un pescado de río de lo más corriente en un dragón surgido del fondo de los abismos que, con la boca abierta, parecía que de un momento a otro vomitaría fuego. En ocasiones era indispensable tener estómago. Por ejemplo, cuando un camarero muy sonriente echaba en el caldo perfumado con menta, vivitas y coleando, unas minúsculas gambas de río que, al levantar la tapadera de la marmita un instante después, le saltaban a la cara, o cuando se trataba de ingurgitar rodajas de serpiente, cortadas a lo vivo y salteadas con ajo en el *wok* y notaba que seguían palpitando cuando las tenía en la boca y, por supuesto, cuando tenía la valentía de comerse unos sesos sanguinolentos de mono extraídos del animal

vivo.

Antoine sabía que habría sido una inconveniencia negarse a comer aquellos manjares excepcionales que los comensales pagaban a precio de oro y que el cocinero les ofrecía, al iniciarse el ágape, ponderando sus virtudes afrodisíacas.

Con el deseo de no prescindir de ninguna de las sensaciones que ofrecía el abanico chino a los visitantes extranjeros, el joven francés había tenido también interés en catar el opio.

Era imposible que aquella droga fuese solamente un veneno. ¿Cómo se explicaría, de haber sido así, la pasión que despertaba? ¿Por qué sus consumidores estaban dispuestos a vender mujer e hijos para poder comprar la dosis cotidiana de lo que su profesor Stanislas Julien calificaba de «agente del suicidio feliz»? ¿Qué clase de placer procuraba a aquellos que consumían el extracto de la adormidera?

Sin embargo, conservaba de aquella experiencia un recuerdo tan nefasto que se había jurado no volver a repetirla.

En Shanghái, no solo podía encontrarse opio en los fumadores, abiertos noche y día, prestos a acoger con los brazos abiertos a todos los occidentales siempre que dispusieran de un portamonedas bien provisto, sino también en los lupanares, donde se ofrecía a los clientes así que terminaban de retozar con las chicas.

Para saciar su curiosidad, Antoine no había querido hacer las cosas a medias, por lo que había ido al fumadero más grande de Shanghái, el Palacio del Dragón de Oro. El establecimiento, situado a dos pasos de la concesión inglesa, ocupaba una gran mansión patricia cuyos tres pisos permitían acoger simultáneamente a un centenar de clientes. Cuando uno entraba en aquella casa su corazón palpitaba de excitación. Una vez dentro, lo primero que salía a su encuentro era el olor a opio, perfume sutil e indefinible, imposible de confundir con ningún otro, uno de esos aromas suaves e insidiosos que saben disimular sus manejos si uno reflexiona un poco en los efectos de la sustancia en cuestión. En la planta baja, en una sala común donde se alineaban unas planchas-cama arrimadas a las paredes ennegrecidas por el humo, el establecimiento acogía a los clientes menos acomodados. Acurrucados en aquellos camastros, se contentaban con mascar una bolita tan compacta que se había vuelto infumable. Residuo de residuos recuperados en las cazoletas de las pipas de los consumidores más ricos, aquel opio era también el más tóxico y no era raro ver a algunos de los clientes desplomarse rígidos como palos tras haberlo masticado pacientemente. El último piso estaba reservado a los consumidores más encopetados. Estos eran instalados en reservados individuales, situados a uno y otro lado de un largo pasillo central. Aquella pasta de opio fresca, apenas cocida, tenía muchísimo mejor sabor que la suministrada a los pobres. Por otra parte, la misma dosis valía aproximadamente diez veces más. Un criado obsequioso había colocado una minúscula bolita humeante en el pequeño hornillo de una larga pipa con el tubo de bambú que seguidamente pasó a Vuibert con gesto experto. Después de la primera calada, algo inquieto, pero resuelto a llevar hasta el final la experiencia, ya había

notado una increíble sensación de bienestar. Después de la segunda, en su cabeza se había confundido todo: zumbidos de moscas, chisporroteos de lámparas de aceite, gruñidos de clientes, brillos desleídos y vaharadas almibaradas. Se sentía aspirado hasta el cielo, como un pájaro que arranca el vuelo desde lo alto de una cumbre inaccesible.

No parecía el mismo. Era todopoderoso, bello e invencible, podía convertirse en el dueño del mundo. Sus alas desplegadas eran la admiración de las nubes. La vida que tenía delante se anunciaba mucho más bella y fácil que la que dejaba atrás. Los sueños más descabellados se hacían posibles de pronto. Las cuatro paredes del minúsculo reservado donde se había encerrado se extendían hacia un dulce vacío donde no existía nada palpable. Se sentía flotar en un universo sin límites. Convertido en amo del tiempo y del espacio, exultaba ante el espectáculo de las nubes azuladas que tenía a sus pies y de las brechas rojas que se abrían sobre su cabeza. Cual dragón celestial, viajaba a través de las nubes desde París a Shanghái. Vista desde el cielo, la tierra era un animal fabuloso, espléndido, conmovedor. Los continentes desfilaban a toda velocidad, desérticos o lujuriantes, llanos o erizados, recogidos en sí mismos o extendidos en toda su longitud. A su alrededor, un mar plano o rizado, según el momento. Se sumergía en él con gran deleite y, arrastrado por la corriente, había penetrado en cuevas violáceas, contemplado macizos coralinos incandescentes e inmensos bosques de algas verdeantes que ondulaban como serpientes.

El criado pasaba a verlo aproximadamente cada cuarto de hora y la misma pipa hacía el recorrido de los reservados del piso antes de volver a la «cocina», donde ya se estaba preparando una nueva dosis de droga fresca. Los que, como Antoine, aspiraban el humo en primer lugar, pagaban más que los últimos, ya que cuanto más cocido está el opio, menos efecto produce.

Pero de la misma manera que la piedra lanzada al cielo acaba siempre por caer, a partir de la quinta calada se disipaban brutalmente el bienestar y la euforia que poseían a nuestro francés para dejar paso a una subida sorda de angustia y tristeza.

El retorno a tierra firme había sido tan doloroso como placentera la ascensión al cielo.

Súbitamente, había sentido que se le hinchaba la lengua y que en las piernas hacían presa terribles y paralizadores calambres. Con la boca seca y tiritando de fiebre, prisionero de un cuerpo inerte, sentía que pesaba toneladas, que estaba encerrado a cal y canto en una tumba, envuelto en una nube opaca y maléfica, deslizándose lentamente hacia el abismo sin fondo de la nada, donde se mezclaban la angustia, el miedo y el vértigo.

En un último reflejo de supervivencia y haciendo acopio de las escasas fuerzas que le quedaban, había apartado y rechazado con el dorso de la mano la sexta pipa que le ofrecían y, haciendo un gran esfuerzo, se había levantado como había podido, vacilante como un borracho. Pese a la insistencia del criado que intentaba retenerlo, por fin había conseguido arrancarse de aquella trampa mortal. Al llegar a su casa, se

había desplomado en la escalinata de entrada, donde su arrendador, alarmado, lo descubrió totalmente inanimado. El general destituido había ido a buscar a un médico, quien, sin tomarse siquiera la molestia de examinarlo, había manifestado con voz suave y tono sentencioso:

—Sois demasiado joven para dejaros tentar por el «barro negro». Todos los narigudos que lo prueban se quedan exánimes.

—Podéis tener la seguridad de que no volverán a cazarme. ¡El opio no es para mí!

Después de aquella desgraciada aventura, se había jurado que nunca más cataría aquellos negruzcos caramelos.

—Pero démosle por lo menos algún medicamento —había insistido el antiguo general.

El médico había obedecido y le había hecho tragar una mixtura preparada por él mismo destinada a disolver los humores del «barro negro». Al día siguiente, después de una noche en la que había perdido litros de sudor, el propietario de la casa, después de servirle un cuenco de arroz hervido, le había dicho con voz dulce:

—Id a Suzhou, la ciudad de los escritores y poetas. La contemplación de sus jardines os purificará el espíritu.

La exhortación era, como mínimo, sorprendente viniendo de un antiguo soldado, lo que no fue óbice para que Antoine siguiera el consejo sin vacilar, ya que Freitas, además, ya le había ponderado los méritos de la «ciudad de los mil canales y de los cien jardines».

Tres días después, ya repuesto, se había dirigido a aquella ciudad situada a dos jornadas en carricoche desde Shanghái, una ciudad que, desde el principio del siglo XIV, era el primer centro chino de producción de seda. Como todos los viajeros que descubren este extraordinario lugar de veraneo, a Antoine Vuibert le deslumbró la belleza arquitectónica y el armonioso urbanismo de la ciudad.

En el Jardín de la Ola Rompiente, las formas elegantes del Pabellón de la Ola Azul, construido hacía tres siglos bajo la dinastía de los Ming por el célebre letrado Su Zimei, armonizaban a la perfección con los sauces y los prunos que el poeta había plantado uno por uno. Aquella búsqueda de la armonía entre las plantas, las rocas y los planos de agua alcanzaba la cumbre de la perfección en el Cercado del Maestro de las Redes, de donde los visitantes salían extasiados y a veces hasta con lágrimas en los ojos, debido a la emoción. Atendido por un mandarín que había abandonado sus altas funciones para dedicarse a la pesca, aquel espacio minúsculo, cuyas paredes estaban sabiamente dispuestas y que reservaba increíbles sorpresas al visitante debido a sus grandes aberturas circulares, parecía no tener límites. Los espacios llenos concordaban perfectamente con los vacíos, de la misma manera que los huecos encajaban en los salientes y las líneas rectas incidían en las curvas. Es un hecho que su inventor había sabido reconstituir minuciosamente unos paisajes en miniatura más auténticos que los que ofrece la propia naturaleza y crear armonía gracias a la yuxtaposición de árboles enanos y rocas musgosas que bordeaban unos estanques de

las dimensiones de un barreño en los que flotaban unos nenúfares más pequeños que las alas de una mariposa.

Al salir del amplio jardín Liu, se había dirigido al templo taoísta del Misterio. Fundado en el siglo III bajo la dinastía de los Jin, seguía siendo el santuario más grande de la provincia del Jiangsu dedicado a esta religión. En la sala de las sesenta columnas del Pabellón Sanqing, había asistido a un ritual de longevidad, donde había observado fascinado al sacerdote mientras practicaba el Boxeo del Gran Techo^[72], danza compuesta de gestos infinitamente lentos que apuntan a flexibilizar el cuerpo para que sus hábitos estén en armonía con la naturaleza e imiten las cinco posturas estereotipadas de los Cinco Animales: el tigre, el mono, el ciervo, el oso y el mochuelo. Al terminar la ceremonia, el oficiante, en cuya casulla escarlata resplandecían las siete estrellas principales de la Osa Mayor así como los tres astros de la constelación del Dosel Florido, había invitado a todo el mundo a retirarse a la Cámara Pura, es decir, al mundo del silencio, donde se puede llegar al Tao a través de la simple meditación.

Antoine había quedado marcado por aquel oficiante que parecía venir de otro mundo y otra época y guardado en su memoria como algo precioso las palabras oscuras que aquel hombre de mirada distante e impasible había pronunciado con dulce voz sobre las nuca de los fieles prosternados ante él.

—Iluminar con la luz blanca todas las regiones del espacio interior en el «sin-tener», ese debe ser ahora vuestro objetivo. Purificad vuestra visión del misterio para poder contemplarla sin distorsión alguna.

Al salir del templo del Misterio, se había sentido achacoso, totalmente incapaz de comprender la complejidad de lo que había visto y oído. La espiritualidad china empezaba a parecerle tan extraña como inaccesible. Para el muchacho que era, ávido de hincar los dientes en la vida, perdérsela para encontrar la fórmula de la paz interior, celebrar el espacio del «sin-tener» y apuntar al «no-actuar» eran actitudes que como mínimo le parecían paradójicas.

¿Cómo iba a saber, entretanto, que un día lejano acabaría por imponérsele la idea de que los hombres pueden elegir entre dos vías, una que consiste en «existir» y otra en «desear»? ¿Cómo iba a adivinar que entre «ser» y «tener» hay que escoger necesariamente, ya que las dos vías no son compatibles?

Es más, son vías que se excluyen. Cuanto más posee uno, más quiere poseer, cuanto más tiene, más sufre por no tener más. Existir significa también saber renunciar a las cosas a fin de ser más libre de hacer y actuar.

Se había sentado de nuevo en el banco y continuaba perdido en sus pensamientos. Se disponía a mondar una naranja cuando notó una mano que le daba una palmada en el hombro.

Se sobresaltó y se volvió con viveza, dispuesto a defenderse y a vender cara su piel si algún maleante había decidido atracarlo.

Pero era Freitas.

—¡Me habéis asustado! —exclamó Antoine como quien se saca un peso de encima.

El semblante sombrío del jesuita revelaba la viva inquietud que lo embargaba.

—Tengo malas noticias para vos, señor Vuibert —le dijo con acento desolado.

—¿Qué ocurre?

—El Ministerio francés de Asuntos Extranjeros ha pospuesto la llegada a China del señor De Montigny —murmuró el jesuita con aire de conspirador.

El francés se había esperado algo peor.

—No me sorprende. Hace tiempo que no recibo noticias ni instrucciones de París..., pero, a propósito, ¿cómo lo habéis sabido?

—Gracias a nuestra fuente de París. Esta mañana he recibido noticias por correo y he considerado útil informaros cuanto antes —respondió Freitas, que continuaba expresándose en voz baja, como si temiera que pudieran escucharlos oídos hostiles.

Antoine recogió una piedrecita y la arrojó al canal, donde formó unos círculos concéntricos que una bandada de carpas, convencidas de que se trataba de comida, se encargaron de disipar rápidamente.

—Desde mi llegada, el Ministerio de Asuntos Extranjeros brilla por su silencio. Hace que me pregunte, incluso, si me habrán enviado aquí porque están hartos de mí. Tendré que pensar en readaptarme —le espetó Vuibert en un tono que quería ser indiferente pero que escondía cierta desilusión.

Pensaba nuevamente en las palabras del ministro Guizot y en sus fantasías líricas sobre la importancia de la presencia de Francia en China. Era un hecho que los políticos cambiaban de opinión como de camisa y que sus promesas no alcanzaban a los que las recibían.

—¿Habláis en serio? —preguntó Freitas, agradablemente sorprendido por el efecto de sus palabras.

—¿Por qué lo dudáis? No iré a esperar indefinidamente a una persona que a lo mejor no viene.

—¿Qué pensáis hacer?

—Muchísimas cosas. No me faltan oportunidades ni ganas.

El jesuita se aclaró la garganta.

—¿Os acordáis de Jack Niggles?

—¿El inglés que dirige la compañía Jardine?

—El mismo.

—¿Qué le ocurre?

—Pues bien, si queréis saberlo todo, os diré que tiene un gran interés en ponerse en contacto con vos.

—¡Vaya! Me sorprende y a la vez me honra. De todos modos, temo que no voy a ser de gran ayuda a dicho señor —respondió, lacónico, el francés.

—Sois muy modesto, señor Vuibert. Tened en cuenta que el señor Jack Niggles no deja nada al azar.

—¿Os referís a que tiene planes con respecto a mí?

—Con personas del temple de Niggles no hay nada que sea totalmente gratuito. Si me ha manifestado su deseo de conoceros no es por capricho..., sobre todo teniendo en cuenta su insistencia.

—¿De veras? —farfulló Antoine, a quien las palabras de Freitas, pronunciadas en un tono de compunción eclesiástica, comenzaban a preocuparlo seriamente.

—Si os lo digo es por algo.

—Por eso estoy sorprendido, padre Freitas.

—Sois francés, habláis chino perfectamente y la compañía Jardine & Matheson apenas comercia con Francia. A lo mejor quiere proponeros que bailéis con él... —dijo el jesuita muy excitado.

Hablaba con extraña voz de falsete y acompañándose de gestos ampulosos con los que barría el aire.

—¡Sería extraordinario! —dejó escapar Antoine.

Tal vez fuera verdad que la suerte no estaba reservada únicamente a los demás. Antoine se estremeció. ¡Vaya cosa extraordinaria!

Viendo el portugués que casi tenía la partida ganada, puso en sus palabras todo el entusiasmo de un abogado deseoso de convencer al precio que fuese a la parte contraria y apoyó las manos en los hombros de su protegido.

—Entonces, ¿qué decís? —le preguntó al tiempo que lo zarandeaba con gran energía.

—Pues que fije él el día y la hora —acabó por decir Antoine, que, habiendo abandonado toda prevención con respecto a Freitas, estaba más que encantado ante la posibilidad de un contacto tan prometedor.

El retraso de la llegada a Shanghái del cónsul de Francia no podía producirse en mejor momento.

—Propongo que el encuentro con el señor Niggles sea en su casa. De este modo nadie se enterará de nada. ¿Qué os parece, señor Vuibert? —le musitó el cura, como quien confía un secreto de Estado.

—¡Buena idea!

—Se impone la máxima discreción.

—Hay que reconocer, padre Freitas, que estáis en todo. Admiro vuestra eficacia. Me sorprendéis, de veras os lo digo, me sorprendéis. Me extraña que ese tal señor Niggles no os haya contratado —exclamó Vuibert con una carcajada.

El portugués, halagado, se engalló.

—Nosotros, los jesuitas, procuramos llevar la eficiencia a la altura de las virtudes cardinales.

—En cualquier caso, os lo recompensaré.

—Mi gestión es desinteresada, señor Vuibert.

—¡Jamás lo he puesto en duda!

—Si queréis que os confiese la verdad, me caéis simpático y tengo gran interés en

ayudar a que los jóvenes talentos se abran camino.

El portugués parecía tan convencido que al francés le era imposible dudar de su sinceridad.

—¡Una actitud cristiana!

—En efecto.

—Espero que el retraso de mis autoridades no comprometa nuestros proyectos inmobiliarios —añadió el francés, que, como había mudado de parecer, intentaba ponerse en el sitio de Freitas.

Daba la impresión de que este último no había oído nada. Con la mirada perdida en los arrozales que se extendían a lo lejos bajo el sol, parecía no seguir la conversación, hasta el punto de que Antoine se preguntaba si lo había oído.

—Me refiero a vuestro famoso terreno, el que queríais vender al Ministerio francés de Asuntos Extranjeros —insistió.

El jesuita salió del extraño ensueño en que estaba sumido y, tras recuperarse imperceptiblemente, respondió con desenvoltura:

—Dada la especulación inmobiliaria existente, no me costará encontrar otros compradores..., por mucho que lamente que vuestro país no aproveche la ocasión.

Era evidente que el portugués no situaba esta venta en lugar prioritario.

En aquel preciso instante una niña mugrienta y famélica se puso delante de los dos hombres y les tendió una mano minúscula y arrugada que delataba la desnutrición que sufría. La había enviado su madre, que se escondía detrás de un árbol con toda su prole. Antoine Vuibert se metió la mano en el bolsillo, pero Diogo de Freitas Branco interrumpió su gesto.

En aquella época, los narigudos eran los únicos en China que daban limosna a las niñas, que en muchos casos sus padres mataban por las condiciones míseras en que vivían o bien las ahogaban en el río al nacer o las abandonaban en los muladares.

Como quien ahuyenta una mosca, el jesuita, avezado espectador de la pobreza, apartó a la pequeña mendiga.

—Como le deis algo, no tardaréis en veros rodeado por diez niñas más que os dejarán en cueros vivos —explicó en tono totalmente indiferente.

—Me habían dicho siempre que un buen cristiano está obligado a dar limosna —soltó Antoine, observando cómo se alejaba la pequeña con sus piernas delgadas como palillos.

—Yo practico la limosna y hago el bien desde la mañana hasta la noche. Les consagro mi sacerdocio —replicó secamente el sacerdote, que parecía que no le había gustado mucho la observación.

Antoine, no sabiendo cómo enmendar la metedura de pata, se dijo para sus adentros que no había que andarse con bromas con respecto a la conducta del jesuita.

—Todavía no estoy del todo acostumbrado a China. ¡Es un país tan diferente de Francia!

Como una flecha luminosa que surgiera de las aguas nuevamente inmóviles del

canal, una carpa saltó hacia el cielo.

—Veréis que, dentro de pocas semanas, os encontraréis como pez en el agua. ¡Igual que esa carpa, señor Vuibert! ¡Sí, como esa hermosa carpa, acostumbrada al barro donde vive aprisionada!

—Pero curiosa por ver qué ocurre fuera... —exclamó soltando una risotada el francés al ver que el enorme pez daba otro salto y dejaba tras él una lluvia de gotitas irisadas.

XXI

Cantón
29 de mayo de 1847

Eran las seis de la tarde cuando llamaron a la puerta de la casa del pastor Roberts. Faltaba menos de un cuarto de hora para que el manto húmedo y agobiante de los velos nocturnos envolviese Cantón en sus pliegues amplios y pegajosos. Después de la puesta de sol, rara vez tenía visitas el americano. No le gustaba estar disponible hasta tan tarde. A esa hora, si aún había pordioseros esperando delante de la puerta aguardando ropa y comida, hacía que los despidieran y les dijeran que volvieran por la mañana.

No sin contrariedad por su parte, se precipitó a la puerta Melanie Bambridge cortando el paso a Barbara Clearstone. Desde que la esposa de Brandon se había instalado en el presbiterio con sus dos hijos, la solterona, que temía ser destronada de su función de gobernanta, ponía un especial empeño en acudir la primera a la puerta cuando llamaban o en servir el té al pastor.

A los pocos segundos volvió con expresión indecisa.

—Reverendo, hay un hombre que quiere veros. ¡Dice que conoce la luz de Cristo! ¡Nada más y nada menos! —dijo la mujer con un suspiro y levantando los ojos al cielo.

—¡Hay que ver la de gente que quiere conocer a Cristo! —dijo Barbara Clearstone, incapaz de reprimirse, lo que hizo que su rival la fulminase con la mirada.

—¿Es un chino o un manchú? —preguntó Issachar Jacox apartando los ojos de la enorme Biblia de cortes color sandía que tenía abierta en aquel momento.

A pesar del calor ambiental, llevaba el *clergyman* como tenía por costumbre, es decir, una levita ajustada abotonada hasta el cuello y un pantalón a rayas ribeteado. Las axilas aureoladas de sudor emanaban un mareante olor rancio.

—No tengo ni idea, reverendo. Chapurrea el inglés. Me ha parecido entender que, antes de que la cerrasen, trabajaba en la fundición de Foshan —respondió Bambridge.

Desde que los ingleses se dedicaban a importar clavos a China, iban cerrando una tras otra todas las grandes fundiciones a pesar de la excelente calidad de sus productos. Con todo, los costes salariales de Inglaterra eran imbatibles y, por otra parte, las fábricas británicas operaban con mucha mayor eficacia que los inmensos talleres chinos, donde todavía se ignoraba en qué consistía la organización eficaz del trabajo. Eran dos hechos que explicaban la incapacidad de los chinos para luchar contra la competencia.

—Decidle que vuelva mañana. Todavía no he terminado la lectura del Libro de Isaías —dijo el americano, que odiaba que lo molestasen cuando estaba entregado a

la lectura santa.

La señora Bambridge volvió dócilmente a la entrada, pero reapareció a los pocos segundos con aire profundamente contrariado.

—Reverendo, ese individuo insiste.

—¡Que vuelva mañana a primera hora!

—Dice que, si no os dignáis recibirlo, caerá la desgracia sobre esta casa —gimió la mujer retorciéndose las manos desesperada como si el cielo estuviera a punto de precipitarse sobre el presbiterio.

A Roberts le pareció todo aquello tan grotesco que no pudo por menos de mostrarse seriamente enfadado.

—Pues podéis decirle que sus amenazas me dejan frío como el mármol.

—Pero, reverendo, es que no parece hablar en broma. ¡Si vierais cómo grita! —se lamentó la gobernanta.

—¿Me dejáis que vaya a ver? —propuso entonces Barbara.

Habría quedado despedazada si los ojos de la señora Bambridge, que parecían vomitar rayos, hubieran sido cuchillos.

El pastor baptista respondió secamente.

—¡No serviría de nada!

—Seguro que viene a pedir alguna ayuda para su familia. Los que pretenden entrar en esta casa por la fuerza son todos iguales —añadió, desabrida, Melanie.

Barbara se secó las manos en el delantal. Consecuente con su manera de ser, es decir, abogada intransigente de la defensa de los necesitados, trató de que el pastor cediera a sus ruegos.

—Reverendo, no hay que defraudar a los pobres. ¡Hay tanta miseria en este desgraciado país!

—Pues algo de culpa la tiene Inglaterra, que no América —le echó en cara el baptista en tono severo.

—No ignoráis mi opinión sobre el asunto. Si dependiera de mí, mis compatriotas dejarían de tener a este país como un simple mercado o como un gigantesco fumadero de opio.

—¡Es fácil decirlo! —murmuró el pastor como si hablara consigo mismo.

—¡No me conocéis, reverendo! Si estuviera en Londres, os aseguro que me serviría de los periódicos para denunciar el escándalo. ¡Explicaría que China es algo más que un mercado de productos importados! Bien caro lo ha pagado mi pobre Brandon por no haberlo entendido antes —prosiguió la madre de Laura, que ahora tenía el rostro bañado en lágrimas.

Desde que su esposo se había ido, Barbara tenía los nervios a flor de piel y le costaba muy poco romper en sollozos por el motivo más nimio.

La irrupción en la sala común de un hombre que vociferaba y agitaba desaforadamente los brazos puso fin al diálogo algo surrealista que mantenían.

El hombre era alto y más bien delgado, aunque de envergadura impresionante, y

tenía la piel oscura. Hundidos profundamente en las órbitas de un rostro huesudo, sus ojos brillantes, ligeramente inyectados de sangre, traicionaban una gran agitación interior. Era hirsuto y no llevaba coleta, iba vestido con una indumentaria raída de corte occidental y no parecía estorbarle el peso de las enormes alforjas que llevaba colgadas de la espalda.

—En nombre de Cristo, os agradezco que me hayáis autorizado a cruzar el umbral de vuestra morada. Voy a presentarme: me llamo Hong Xiuquan —dijo con voz de trueno, extrañamente aguda por otra parte, el desconocido.

Se expresaba en cantonés, lentamente pero con un marcado acento mandarín, lo que facilitaba grandemente la comprensión a Roberts.

—Buenas tardes, Hong Xiuquan —dijo este último, disimulando apenas la incomodidad que le causaba.

—¿No me reconocéis? —maulló Hong.

Issachar Jacox Roberts habría sido incapaz de responderle afirmativamente, ya que la única luz de la habitación provenía de una lámpara de petróleo colgada de la viga que proyectaba la luz únicamente en el centro de la larga mesa y dejaba el resto de la habitación a oscuras.

—Nos vimos delante de la puerta del Gran Jardín Celestial, donde vos predicabais la Divina Palabra de Cristo —precisó el extraño visitante inclinándose hacia el baptista para tenderle la mano, gesto que lo introdujo bruscamente bajo el haz de luz.

—¡Ah, ya me acuerdo! Recuerdo incluso que te di uno de mis folletos. Hará de eso unos tres meses... —dijo con voz cansada el americano.

El rostro de Hong tenía los rasgos propios de un asceta, como cincelados con un buril, lo que hacía todavía más inquietante su manera de mirar. Sus ojos inyectados de sangre recorrieron la habitación y exclamó:

—¡Ese Dios Todopoderoso me ha curado!

El hombre hirsuto blandió con aire triunfal un folleto en el que se veía una apoteosis de Dios representado como un viejo con larga barba blanca sentado en un trono y rodeado de ángeles tocando la trompeta.

—Me alegro por ti, pero ten presente que ha sido sobre todo tu fe en Jesús lo que te ha curado. Mira, Hong Xiuquan, la fe mueve montañas. Y también cura los males del alma y del cuerpo. ¡Así lo dice la Santa Biblia! —le respondió Issachar, halagado al ver que, por una vez, su apostolado le procuraba resultados tangibles—. Aunque solo echases agua al mar, siempre conseguirías algo, por poco que fuese, contando por supuesto con la ayuda de Dios.

—No he de ser yo quien niegue vuestras palabras referidas a mi hermano mayor. Roberts lo miró con ojos desorbitados.

—¿Tu hermano mayor? ¿De qué hermano mayor hablas?

—¡De Jesucristo, naturalmente!

El americano cerró prontamente la Biblia, se levantó y se acercó a su interlocutor, a quien miró con ira de arriba abajo.

—¿Qué quieres, exactamente? —preguntó al visitante, alguien que osaba decir que era el hermano menor de Dios.

—Os quiero a vos, reverendo. Hace dos meses que trato de veros. Pero ahora acabo de conseguir mi objetivo. ¡Loado sea Cristo, mi hermano mayor! —exclamó Hong.

Con los ojos fuera de las órbitas, cayó de rodillas, abrió los brazos en cruz y volvió el rostro a la única fuente de luz de la habitación, como si estuviese viendo al Espíritu Santo.

Roberts estaba cada vez más intrigado ante aquel extraño personaje que daba muestras de una exaltación y un misticismo que no parecían fingidos.

—¿A qué te dedicas, Hong Xiuquan? ¿Qué hacen tus padres?

—Mi padre es de origen hakka^[73]. Trabaja la tierra en un pueblecito no lejos de aquí, en Jintiancun.

—¿Qué oficio es el tuyo?

—Yo no hago nada, aparte de mis ocupaciones como hermano menor de Nuestro Señor, ya que Dios Todopoderoso me ha encargado que extermine a todos los demonios *gui* así como a todas las potencias del Mal que se estacionan impunemente en las nubes sobre nuestras cabezas, prestas siempre a precipitarse sobre nuestros pobres cráneos —vociferó el interesado tendiendo hacia el cielo un puño vengador.

—¡Hete aquí un inmenso y hermoso programa, Hong! Por desgracia, temo que no podré hacer mucho por ti —dijo el americano, que ahora lo observaba con aire de conmiseración.

Roberts, furioso en el fondo, ya lamentaba haber entablado un diálogo con aquel pobre iluminado que mezclaba alegremente a Dios con los *gui*..., un adepto de ciertos revoltillos con salsa jesuita.

—Por eso Dios me ha entregado personalmente el Gran Espadín.

—¡El Gran Espadín! —repitió el pastor, tan desconcertado como ofendido.

—¡Sí, la Espada Flamígera! El Todopoderoso me la entregó en sueños una noche inolvidable en que se dignó establecer contacto con Hong. ¡Su humilde servidor! —prosiguió, imperturbable, haciendo el gesto de golpear a un enemigo invisible con la hoja de una espada que sostuviera con las dos manos.

Era demasiado. El pastor puso una mano sobre la Biblia y, decidido a enviar al cuerno a aquel iluminado sacrílego, le replicó:

—¿No acabas de decir tú mismo que no era más que un sueño?

—¿Qué tiene eso de sorprendente, reverendo?

—Pues que no hay que confundir los sueños con la realidad.

—Aquí tenemos un proverbio que dice: «La lengua es de carne y la verdad es de hierro». Si Dios es espíritu puro, no veo qué diferencia puede haber entre sueño y realidad. Las personas que veo en sueños están vivas, existen. Lo que ocurre es que están en otro mundo.

—¡Bah, pamplinas!

—Os equivocáis. Un hombre de fe no debe poner nunca en duda la existencia de Dios. Cuando me desperté, yo era otro hombre. ¡Dios me había visitado! ¡Soy el elegido de Dios! Os digo la verdad, reverendo, y os pido que me creáis, ya que de lo contrario acabaré por dudar de la sinceridad de vuestros sermones.

Hong, que iba poniéndose cada vez más exaltado, no dejaba que Roberts dijera una sola palabra. Cuando ya se quedó sin aliento, se calló, lo que permitió que el pastor añadiera:

—Todos somos elegidos de Dios, pero siempre que aceptemos sus Divinos Mandamientos, es decir, siempre que respetemos escrupulosamente lo que está escrito en las Sagradas Escrituras.

Alarmados por la agitación reinante en la sala principal, La Piedra de Luna y Laura se habían situado discretamente detrás de la puerta de la cocina y observaban aquella escena surrealista no sin cierto temor.

—¡Mi libro de cabecera es este! —declaró enfáticamente Hong, sacando del zurrón un folleto que tendió a Roberts.

Era un ejemplar del catecismo de Matteo Ricci. El pastor baptista hizo una mueca.

—Eso que me muestras es un catecismo jesuita.

—El libro de Li Matou^[74] es otra forma de la Santa Biblia.

—¡Falso y más que falso! —rugió Roberts, para quien aquella obra representaba el papismo católico, es decir, todo cuanto existía de más odioso para un baptista.

—Dios Todopoderoso tiene solo una palabra —replicó el hakka, sin dejarse amilanar y blandiendo el opúsculo del jesuita italiano ante los ojos de Roberts.

Ofendido por una parte y totalmente decidido a cerrar la boca de aquel insolente por otra, optó por acorrallar a este en sus últimas posiciones.

—¿A quién quieres atravesar con esa espada del arcángel san Miguel?

—Para empezar, atacaré al principal responsable de la corrupción de los hombres en ese bajo mundo.

—¿Quién es?

—Lo sabéis perfectamente.

—Lo ignoro. Te aseguro que no lo sé.

—Hablo de Confucio.

—Aquí ya no te sigo. Entre los ídolos chinos, es el que me parece más compatible con las enseñanzas de Cristo —dijo el pastor en tono medio burlón.

—Ese a quien llaman erróneamente «maestro Kong», es el principal anticristo del mundo actual. Todas sus enseñanzas niegan la existencia de Dios.

—¿A quién llaman anticristo? —cuchicheó a su amante La Piedra de Luna.

—En la Biblia hay un pasaje del Apocalipsis que explica que vendrá el anticristo para desviar el mundo de la Palabra Divina. Está escrito que todos aquellos que lo sigan serán condenados por toda la eternidad —le respondió en voz baja la chica.

Ahora Roberts, algo más tranquilo, ya se imaginaba con delectación a Hong

cerrando el pico a un jesuita y haciendo polvo la obra de asimilación de la moral confuciana con la caridad cristiana practicada por la Compañía de Jesús.

—Yo ignoraba que Confucio hablara de Dios —objetó, deseoso de llevar al hakka hasta sus últimos bastiones.

—Kongfuzi habrá contribuido en gran manera a sumir al pueblo chino en el error. Lo ha mantenido en la esclavitud. A Kong el pueblo le importaba un rábano. ¡Ojalá sea maldecido diez mil veces diez mil! —prosiguió Hong dando un puñetazo en la mesa.

—Te aseguro que lo que yo sé de Confucio, a diferencia de ti, no me lleva a considerarlo un anticristo. Suponiendo que haya existido, ese hombre enseñaba la virtud. Su modelo era el hombre de bien —le replicó el pastor, decidido a hurgar en la herida.

—Enseñaba a la gente a doblar el espinazo ante los poderes establecidos. ¿Por qué creéis que la gente no se rebela contra la dinastía usurpadora?

—Tú exageras, Hong. El reino de Dios no es de este mundo.

El interesado barrió la objeción con el reverso de la mano.

—Como habréis observado, me he cortado la coleta.

—No se me había escapado.

—Creedme, reverendo Roberts, Kongfuzi y los manchúes usurpadores no son otra cosa que encarnaciones del diablo —concluyó el iluminado abriendo los brazos como si se dispusiese a ser crucificado.

—Hablemos un poco del diablo. ¿Qué sabes tú del diablo?

—Quiero perseguir al diablo allí donde se encuentre.

—¿Dónde se esconde el diablo?

—En los templos confucianos. Es allí donde duerme durante el día. Cuando cae la noche, recorre nuestros campos y ciudades.

—Si yo estuviese en tu sitio, más que de templos confucianos hablaría de templos taoístas.

—¿Por qué lo decís? —rugió Hong, picado en lo más vivo.

—Porque los ídolos cornudos o cubiertos de escamas que presentan los taoístas me hacen pensar en diablos —respondió con toda seriedad el americano, que no veía ninguna diferencia entre las prácticas del Tao y la brujería en su aspecto más demoníaco.

Ante lo que veía como un intolerable insulto, Hong le gritó:

—¡El viejo maestro Lao Tse es el precursor de Cristo! ¡El Tao contiene a Cristo! ¡Cristo contiene el Tao! Vosotros llamáis Santísima Trinidad a lo que nosotros llamamos Qi^[75], Yin y Yang.

—Estás en un error, Hong Xiuquan. La Santísima Trinidad es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. ¡No blasfemes! —le replicó, furioso, el americano.

—Yo no blasfemo. Digo la verdad. ¡Sois vosotros los que os equivocáis! —se desgañitó, por su parte, el chino.

Nada intimidado, comenzó a recorrer de un lado a otro la habitación, lo que permitió que Laura y su compañero pudieran distinguir, grabada en el disco de jade que llevaba colgado del cuello, la cruz de Cristo dentro de la esfera del Yin y del Yang.

Estupefactas ante tanta fatuidad, Barbara y Melanie, cada vez más consternadas, no pronunciaban palabra. Jamás habían visto a ningún chino que se atreviera a dirigirse al reverendo Roberts en esos términos. La violencia del diálogo que sostenían los dos hombres había alcanzado tal nivel que, en el momento más impensado, podía degenerar en una reyerta, pese a que el pastor se declarase partidario acérrimo de la no violencia. Consciente del peligro y deseoso de terminar de una vez por todas con aquel iluminado que le impedía proseguir la lectura del Libro de Isaías, el pastor dio unos pasos en dirección hacia él, lo miró de hito en hito y le dijo en el tono más tranquilo que le fue posible adoptar:

—Si estoy tan equivocado como dices, ¿por qué has venido a verme?

—Podemos equivocarnos en algunos puntos y estar en la verdad en otros —le replicó con presteza el hakka, que, como hablaba con palabras surgidas del corazón, acababa desarmando a cualquiera.

—No tengo tiempo para seguir discutiendo contigo —dijo, ya más tranquilo, el pastor.

—Solo tengo una pregunta que formularos.

—Pues terminemos de una vez.

—¿Aceptaríais el cargo de presidente honorífico de la Sociedad de los Adoradores de Dios que pienso fundar en breve? Dentro de poco tiempo contará con miles de miembros.

—¿Qué pasa si renuncio?

—Un soldado de Dios no puede negarse a ser el general en jefe de un gran ejército al servicio de Cristo. Los Adoradores de Dios difundirán todos los días miles de ejemplares de vuestros folletos, reverendo.

Uniendo el gesto a la palabra, Hong, que ahora hablaba en tono suplicante, cayó de rodillas a los pies de Roberts para enorme alivio de Melanie y de Barbara, que hasta aquel momento habían estado petrificadas igual que estatuas.

El pastor baptista, incómodo ante tal exceso, se dispuso a ceder, pese a que su rostro permaneció impenetrable.

—Funda primero la Sociedad de los Adoradores de Dios y después puedes venir a verme. Entonces ya me lo pensaré.

—Cuando mi reino cuente con el número suficiente de individuos, volveré a Nanquín, su única y santa capital. Ese día el Imperio del Medio será liberado del yugo de sus invasores, ya sean manchúes o narigudos. Ese día su pueblo ya no sufrirá hambre porque yo lo alimentaré. Haré que los ricos den lo suyo a los pobres. Yo lo conseguiré.

—¿Y has venido de tu pueblo para decirme todo esto? —le preguntó Roberts con

dureza.

El americano ya se había decidido a cortar por lo sano.

—Hace dos años que vivo en Cantón. Traté de superar el concurso del mandarín, pero después decidí que tenía mejores cosas que hacer —explicó con aire desafiante aquel que se decía hermano menor de Cristo.

—No me gustaría ofenderte, Hong Xiuquan, pero me parece que estás soñando —le dijo el pastor baptista, cansado de escuchar las baladronadas de aquel individuo.

—El que no sueña no llega a nada. La policía secreta quiere tenderme una trampa, así como a mis discípulos. Si no fuéramos peligrosos, nos dejaría tranquilos —continuó Hong, obedeciendo al impulso que lo dirigía.

—¿Quiénes son tus discípulos?

—Mis hermanos: Rengan, Renfa y Renda. Mi compañero de escuela, Feng Yunshan.

—¡No son muchos!

Hong juntó bruscamente las manos y dijo:

—¿Podéis bautizarme, por lo menos, reverendo?

—¿Te has leído la Biblia? Yo sólo bautizo a los que conocen al dedillo el Libro Santo.

—En mi juventud, todas las noches leía con mis hermanos pasajes del santo catecismo de Li Matou. Fue entonces cuando oí hablar por vez primera de Jesucristo Nuestro Señor.

—Esa obra papista, al igual que todas las de su especie, es digna de ir a parar a la basura, amigo mío. Los jesuitas jamás han sabido enseñar el amor de Cristo sino solo el del papa —exclamó Roberts.

—También me procuré una traducción del libro de vuestro colega Edwin Stevens^[76].

—¡Ah, muy bien!

—Sí, lo tengo aquí, en él encontré muchas respuestas a las preguntas que me planteo sobre la Vida Eterna. Lo llevo siempre encima —exclamó Hong sacando otro libro del zurrón.

—En cualquier caso, prefiero Stevens a Ricci —farfulló el americano echando una mirada a la cubierta.

—Para bautizar con agua, basta con un gesto —suplicó con voz potente el hakka, que volvía a la carga.

Llovía de nuevo y las trombas de agua que se precipitaban sobre el tejado del presbiterio obligaban a Roberts a elevar la voz.

—¿Por qué aquel que se proclama hermano pequeño de Jesús tiene necesidad de ser bautizado? —dijo el pastor, decidido a no dejarse dominar.

—¿Debo comprender que me negáis el divino sacramento del bautismo?

—El bautismo es el destino final de un largo recorrido personal. No es un acto banal. No puede dispensarse alegremente —concluyó con aspereza Issachar Jacox

Roberts.

—Si yo no fuera un pobre hakka sino un americano o un inglés, me trataríais de otro modo —refunfuñó Hong, furioso, levantándose súbitamente como movido por un resorte.

—No he sido nunca racista. Y no voy a serlo ahora. Las puertas del reino de Dios están abiertas para todos, cualquiera que sea su raza o sus orígenes —exclamó el reverendo Roberts apretando los puños.

Barbara y Melanie, que contenían el aliento, dejaron escapar al unísono un breve gemido.

Ahora en la habitación reinaba un pesado silencio y la tensión entre los dos hombres volvía a ser tan intensa que La Piedra de Luna ya se veía precipitándose al armario del pasillo donde el pastor baptista guardaba una vieja escopeta de caza.

—Será mejor que no sigamos. No veo qué interés podemos tener en seguir discutiendo inútilmente —exclamó secamente el eclesiástico, en quien era evidente que las palabras del hakka no habían tenido ningún efecto.

—¡Vivir para ver! Me siento colmado por mi fe en mi hermano mayor, Cristo. La fe mueve las montañas. ¡Está escrito en la sagrada Biblia! —exclamó Hong a voz en grito cogiendo el zurrón.

—¿Y tú cómo lo sabes si no has leído la sagrada Biblia?

—Está escrito en vuestro folleto, reverendo Roberts —concluyó Hong, que, sin añadir palabra, abandonó teatralmente la habitación en la que por fin asomaron La Piedra de Luna y Laura.

—¿Habéis oído a ese loco furioso que quería que lo bautizase de inmediato? ¿Quién se ha figurado que es? —dijo por lo bajo Roberts, que todavía no se había repuesto de la impresión.

—Ese hombre es un exaltado, en efecto —confirmó el joven calígrafo.

—Se cree realmente hermano de Jesús —dijo Barbara suspirando tristemente.

—¡Qué desfachatez! Ahora recuerdo que ese lamentable personaje me pidió diez folletos cuando vos terminasteis el sermón, reverendo —añadió Bambridge, que no estaba dispuesta a ceder a ningún precio a su rival la exclusiva de los comentarios acerca de un visitante tan curioso como aquel.

—A propósito, La Piedra de Luna, ¿sabes dónde está ese pueblo llamado Jintiancun en el que ese hombre dice haber nacido? —preguntó Roberts al interesado.

—Lo he visitado, señor Roberts.

—¿Está lejos?

—Se encuentra en el Guangxi oriental. Hay que ir hasta Wuzhou y, una vez allí, torcer hacia poniente. Después de tres días de marcha, se llega a Jintiancun. Es un pueblo muy grande colgado del flanco de la montaña. Cada dos días hay en Jintiancun un mercado de frutas y hortalizas.

—¡Esos iluminados son una calamidad! —terminó Melanie levantando los ojos al cielo.

—Aquí los hay en todas las esquinas. Necesitaría un año para bautizarlos a todos —exclamó Roberts antes de guardar su Biblia en el estuche y salir, aunque no sin comprobar antes que llevaba la levita abrochada hasta el cuello.

—Pese a su excitación, ese hombre parecía sincero. Hablaba con igual ardor de Cristo que del Tao —dijo Laura en un murmullo al hombre que amaba.

—En todo caso Hong Xiuquan me ha parecido muy enérgico. No me sorprendería que consiguiese sus propósitos —le respondió su amante.

—¿Tan peligrosos son los taoístas?

—El señor Roberts no se equivoca cuando dice que los taoístas provocan disturbios.

—¿Es posible?

—Los Turbantes Amarillos estuvieron a punto de acabar con el Imperio. Al igual que los Cejas Rojas^[77], por otra parte.

—Tienen colores muy particulares los taoístas rebeldes —observó la joven inglesa.

—El amarillo es el color del emperador, el rojo, el de la felicidad.

En la habitación resonó la risa cristalina de Laura. Estaban solos, no había nadie más.

—¡Yo prefiero el rojo! —exclamó la chica juntando los labios con los de La Piedra de Luna.

XXII

Cantón
30 de mayo de 1847

A Serenidad Cumplida no le disgustaba volver a casa. Después de tres días de practicar el Gran Ritual y de regenerar sus hálitos, se había trasladado a Foshan, población obrera situada a una treintena de kilómetros de Cantón, donde había pasado una semana en un pequeño albergue de la montaña del Loto, un paraje en el que los campesinos habían exhumado un gran número de bellísimas estatuas búdicas.

—¿Qué tal ha ido la ronda por las provincias? —le preguntó Tang, que acogió a su primo en el umbral de su morada.

Los dos hombres se saludaron con una inclinación antes de darse un abrazo.

—He traído tres cajas llenas de estatuas antiguas. La gente de Foshan no tiene idea de su valor. Les das una bolsa de arroz y ellos te dan a cambio lo que quieras.

—O sea, que ha habido buena pesca. No ha sido un viaje inútil. Me alegro por ti —dijo Tang, sinceramente satisfecho del éxito de su primo, a quien ofreció un cuenco de té verde que acababa de prepararle.

Serenidad Cumplida tomó un sorbo y lo dejó en la mesa.

—A propósito, ¿no me dices qué tal fue la visita de los Elliott?

—No podía ir mejor. La mujer del cónsul se habría llevado de buena gana el almacén entero. Volverá a ponerse en contacto contigo. En su rostro se leía la avidez que sentía.

—Imagino el espectáculo.

—Tenías que haber visto lo excitada que estaba. Se diría que el comercio de antigüedades entre China e Inglaterra es un negocio redondo.

—Como dejen hacer a esos malditos ingleses, este pobre país se va a quedar sin nada —dijo Serenidad Cumplida exhalando un suspiro y desplomándose después con gran lasitud en uno de los canapés del salón.

—Pareces cansado. Deberías descansar un poco —le dijo Tang.

Serenidad Cumplida indicó a Tang con el gesto que se sentara a su lado.

—Tengo que confiarte algo.

—Tú dirás.

—¿Qué piensas hacer con La Piedra de Luna cuando lo hayas encontrado?

—Creía habértelo dicho: procuraré protegerlo. Ese muchacho corre graves peligros.

—¿Qué harás, pues?

—Todavía no lo he pensado. Como enseña Confucio, ya que hay que hacer cada cosa a su tiempo, de momento todavía no lo he decidido.

—Me parece normal.

—¿Tú qué harías en mi lugar, querido primo?

—¿Vas a decir la verdad a La Piedra de Luna sobre sus orígenes imperiales? ¿Irás al encuentro de Daoguang para devolverle a su hijo?

—Si ocultase a ese muchacho la verdad sobre su padre, no actuaría como un hombre de bien. Debo reparar mi error en lo que a él respecta. Ese muchacho es inocente. Nadie es responsable de su venida al mundo. Ha estado a punto de morir. ¡Y todo por culpa mía, en cierto modo!

—O sea, que piensas llevarlo a Pekín.

—Eso lo decidirá él. A los dieciséis años uno ya tiene algo que decir sobre la orientación que quiere dar a su vida. No pienso obligarlo a nada. Me limitaré a ponerlo al corriente de la situación. Pero ¿a qué vienen esas preguntas tan acuciantes?

El anticuario bajó los ojos, tomó el cuenco de té nuevamente en sus manos y bebió otro sorbo antes de encerrarse en un sorprendente mutismo.

—¿He obrado mal contigo? —le preguntó Tang, algo desconcertado.

Serenidad Cumplida disimulaba lo mejor que podía el abatimiento que lo embargaba al ver la rectitud y resolución de aquel a quien había traicionado. Su remordimiento era una planta que se había vuelto árbol enorme y que, plantado en su corazón, pronto le impediría seguir latiendo.

—¿Por qué no respondes? Me parece que no crees que yo quiera salvar a ese niño —gimió Tang.

¡Era el colmo! Serenidad Cumplida sentía reconcomios.

—Te aseguro que haré cuanto esté en mi mano para salvarle la vida —insistió el príncipe—, aunque para ello tenga que ir hasta los infiernos, como hizo en otro tiempo el bonzo Mulian^[78] para salvar a su madre.

Aquellas palabras eran como un puñal clavado en las costillas de Serenidad Cumplida, quien acusó el golpe y profirió un largo estertor.

Y cuando Tang lo rodeó con sus brazos igual que si quisiese mimar a un niño que se hubiese lastimado, sintió una desesperación tan grande que tuvo que morderse los labios hasta hacerse sangre para no romper en sollozos.

XXIII

Shanghái
31 de mayo de 1847

Cuando Jack Niggles, que se había dormido de madrugada después de horas de insomnio, abrió un ojo y vio el rostro afeminado de Zhong el Discreto inclinado sobre el suyo, lo primero que hizo fue sonreír y acto seguido erguirse bruscamente como un tentetieso.

—¿Qué hora es? —preguntó el comerciante de opio, inquieto.

Debido a una mala postura, tenía la nuca dolorida. Se la restregó.

—El señor tiene tiempo sobrado para tomar el té en la cama —respondió el criado con su voz aguda, penetrante y estridente esponjando los cojines de seda en los que ahora se apoyaba la espalda de su amo.

Dotado de una voz digna de una cantante de ópera, Zhong no había tenido que forzarse para despertar a su señor.

Niggles le ofreció los labios y él posó los suyos en su boca sin verdadera convicción. El mercader de opio bostezó y distendió los brazos.

—Menos mal que me has despertado. Esta mañana tengo dos visitas importantes.

—¿Quiere el señor que rinda homenaje a su Vara de Jade? —preguntó Zhong, que estaba más que dispuesto a acariciar el sexo de su dueño y señor y ahora se contoneaba delante de él con una pesada tetera metálica en la mano.

—¡Esta mañana no..., no hay tiempo! Y además, no tengo ganas. ¿Has preparado el té?

—Ahora mismo os lo sirvo. El agua ya está caliente —respondió con viveza el «criado para todo».

Le había preparado té Oulong semifermentado, que esperaba servirle con un pedazo de *zongzi*, un pastel de arroz en forma de pirámide envuelto en hoja de caña.

—No quiero hacer esperar a las visitas.

Zhong, que apenas ignoraba nada de cuanto hacía referencia a su amo, sabía que aquella mañana tenía una cita con un narigudo francés, un tal Antoine Vuibert, pero estaba muy lejos de sospechar hasta qué punto Jack Niggles estaba sobre ascuas.

Hacía dos días que había recibido la visita del padre Freitas, quien le había comunicado la buena noticia dándose aires de conspirador:

—He logrado convencer al joven diplomático francés de que venga a veros. Ha costado lo suyo. Al principio se negaba obstinadamente a esta entrevista pero, como su jefe de momento no viene a Shanghái, por fin ha accedido a mi proposición.

—¿O sea, que no hay cónsul?

—La llegada del señor De Montigny se ha retrasado unos meses.

—¿No os parece extraño?

El portugués levantó los ojos al cielo.

—Más que extraño, tratándose de una gran potencia como Francia. Pero yo no os he dicho nada, ¿entendido?

—Contad con mi absoluta discreción, padre Freitas.

—Sé que puedo contar con ella. Así pues, ahora el joven Vuibert dispone de tiempo libre para consagrarse por entero a sus asuntos. Eso es lo que me ha dado a entender, por lo menos. Cuento con traéroslo pasado mañana.

—¿Que me lo traeréis a casa? —preguntó Niggles, extasiado.

—Con la discreción más absoluta, por supuesto. El señor Vuibert no quiere que este contacto se divulgue. Al fin y al cabo, Shanghái es como un pueblo grande en lo que se refiere a los extranjeros residentes en la ciudad. Se sabe todo.

—¡Exactamente!

—¿Estáis de acuerdo?

—¿Cómo no voy a estar de acuerdo? A ese francés le sobra razón. Cuanta más discreción, mejor —exclamó Jack sin sospechar que Diogo de Freitas Branco lo estaba manipulando con la mayor desvergüenza.

Así fue como había dejado el jesuita al representante de Jardine & Matheson en China: excitado como una pulga y soñando aventuras descabelladas con respecto a las relaciones que establecería con el francés. Entregado a sus fantasías, la perspectiva del golpe financiero que resultaría de una asociación en el comercio de antigüedades destinada a abrirle el mercado francés contaba muy poco frente a la loca esperanza de un posible idilio con aquel ser que Freitas pintaba como un «guapo mozo a quien habría dado la comunión sin confesarlo» o como una «cara de ángel», expresiones todas que, por tocar un punto sensible de Niggles, no habían dejado de obsesionarlo hasta el punto de impedirle cerrar los ojos.

Por fin había llegado el momento tan esperado y para Jack todo se reducía ahora a presentarse bajo su mejor faceta.

—¡Rápido, trae todo lo necesario para afeitarme! No puedo perder ni un minuto —gritó el inglés tras contentarse con tomar un sorbo de té.

Zhong, contrariado al ver que su amo no apreciaba el brebaje en lo que valía, esbozó una mueca antes de poner manos a la obra.

En la bandeja de cobre que trajo de inmediato había jabón, un cuenco de agua tibia y una especie de machete que el criado afilaba durante horas.

Jack Niggles, que era altamente desconfiado, había tardado un tiempo en encomendar sus mejillas al machete de Zhong, ya no digamos el cuello. Hay que puntualizar que la piel del inglés, al igual que la de todos los pelirrojos, era sensibilísima.

—Fíjate bien. No soy un pollo al que hay que rebanar el pescuezo —advirtió a su factótum en el momento en que este comenzaba a recorrerle el rostro con aquella hoja tan afilada que habría segado como si tal cosa el dedo de un hombre o el rabo de un

perro.

Así que terminó la operación, Zhong tendió un espejo a su amo.

—¿Lo encuentra bien el señor?

Con inquietud un tanto laxa, como si se sintiera defraudado por adelantado, Niggles dirigió una mirada furtiva al espejo y la desvió con presteza.

Hay que precisar que la ceremonia del espejo no figuraba entre sus preferencias.

Cada vez que echaba una ojeada al espejo, este le devolvía una imagen más decadente, razón por la cual toleraba mal la aparición en su rostro de las huellas que iba dejando en él el paso del tiempo, que si en los primeros tiempos eran insignificantes, iban ya haciéndose innegables, unos signos que eran heraldos del cataclismo que se avecinaba, pequeñas arrugas que poco a poco iban invadiéndole el rostro y que ya le ribeteaban los ojos y se propagaban a las mejillas al mismo ritmo que estas se iban desmoronando al igual que la maltrecha barbilla, actualmente como desdoblada. Aparecían también aquellas rojeces que viraban después hacia el marrón y se convertían en las primeras manchas que acompañan la vejez. Todo un conjunto de rasgos, en fin, que van acentuándose a medida que la piel se destensa y apergamina hasta acabar confiriendo al rostro, en otro tiempo delgado, un aspecto de lúgubre abotargamiento.

Jack volvió a sumergir con desgana el rostro en el despiadado reflejo del espejo. Se encontraba horrible, envejecido, con el cutis de pelirrojo manchado y agrietado igual que el cuero de un odre castigado por el sol y la lluvia. Contrariado por tener que ofrecer a Antoine Vuibert aquella imagen suya de vejete, se embadurnó, nervioso, las mejillas con una crema a base de grasa de cordero perfumada al jengibre que Zhong le compraba cada semana en el barrio de los Medicamentos. Decían que aquella mixtura devolvía a quien la usaba la piel de un recién nacido.

Jack tenía treinta y ocho años. No tardaría en cumplir los cuarenta, que era como iniciar el principio del fin.

Sin dejar de dar vueltas a tan negros pensamientos, se pasó un cepillo por los cabellos procurando insistir largamente en el cuero cabelludo y, apenas hubo tenido tiempo de terminar la operación de vascularización, apareció su fiel servidor para anunciarle la llegada de los visitantes.

Se ajustó apresuradamente el cuello de la camisa, se sacudió las numerosas motas y unos pocos cabellos que le habían caído en los hombros y —¡no se sabe nunca lo que puede ocurrir!— se salpicó con una generosa ración de agua de colonia Crabtree & Evelyn's, parte de la cual fue a parar a su ojo izquierdo e hizo que se desataran sus iras por su torpeza.

Cuando hizo aparición en el salón de gala de su morada, tenía el globo ocular rojo como el tapón de un jarrón de cristal de Bohemia. Se encontró de pronto delante de Antoine Vuibert, sentado con gran comedimiento frente al jesuita. Los latidos del corazón de Jack Niggles se aceleraron bruscamente.

Era verdad que el muchacho parecía «hermoso como un dios», un *baby face*,

como solían apodar a sus efebos los homosexuales ingleses. Aquel francés resumía la frase de maravilla, con su carita de ángel, la elegancia natural de su postura, por no hablar además de su silueta atlética y de su porte. Tras su entrada, los ojos del inglés se posaron en las piernas del francés: eran estilizadas, lo que se adivinaba a través del pantalón a rayas que contribuía a alargarlas, y las tenía cruzadas con gesto distendido y a la vez natural. En una palabra, eran intensamente eróticas. El mercader de opio incluso presintió en Antoine, bajo aquellos fingidos aires de monaguillo que se daba, una faceta canalla sumamente seductora.

Niggles no precisaba más para sentirse deslumbrado y encantado, conmovido como un niño que acabase de hacer la primera comunión y se enfrentase con las niñas... o con los niños, ni tampoco para rendirse a los encantos del muchacho.

Freitas, viendo que había dado en el blanco, se puso de pie, emocionado, dispuesto a hacer las presentaciones.

—Señor Niggles, tengo el placer de presentaros al señor Antoine Vuibert.

—¡Encantado! ¿Cómo estáis? —dijo Jack tendiendo la mano al joven francés, de quien no hubo de sorprenderle la suavidad y tersura de la piel... parecida a la de Muchacho de las Nubes.

Se estremeció al tiempo que se apresuraba a ahuyentar aquella imagen de su espíritu. Delante de aquel seductor francés no era verdaderamente el momento de hacer resurgir un pasado doloroso que no hubiera hecho más que acrecentar su inquietud justo cuando debía estar más que concentrado para aquel primer examen de ingreso.

—Me alegra conoceros, señor Niggles. El padre Freitas me ha hablado mucho de vos —dijo Antoine, sin apercibirse de que su sonrisa derretía a su anfitrión como un terrón de azúcar en una taza de té hirviente.

—Veo que habláis perfectamente el inglés. ¡Qué sorpresa tan agradable! —exclamó el inglés con voz jovial, después de lo cual se secó la frente.

Un *baby face* tan agradable y simpático que, además, no se daba cuenta de que lo era constituía un hecho que superaba los límites.

—Ya os había advertido que el señor Vuibert hablaba perfectamente inglés —exclamó el jesuita dirigiéndose a Niggles, quien le respondió con un guiño exagerado.

Antoine, imperturbable, consideró oportuno exclamar:

—Decir que lo hablo perfectamente es una exageración. Digamos mejor que hice algunos cursos de inglés en la Sorbona. Sería más exacto decir que lo chapurreo más que lo hablo, ya que he ido poco a Inglaterra para poder expresarme con fluidez.

—Sois muy modesto, señor —le susurró el mercader de opio, que se sentía cada vez más atrapado.

—Procuró ser ecuánime.

Después de pasarse maquinalmente la mano por los cabellos, Jack carraspeó.

—El padre Freitas me ha hablado muy bien de vos. Al parecer, os interesan los

negocios. China es un paraíso para los jóvenes intrépidos.

—Creo que soy, más que otra cosa, alguien que prefiere sobre todo la acción. En cualquier caso, debo ejercitarme. Sé poco de negocios —se limitó a responder Antoine, algo amoscado ante aquella avalancha de cumplidos.

Niggles, que había hecho ademán a su servidor, acercó su sillón al del francés.

—Para tener éxito en los negocios hay que moverse entre la audacia y el riesgo, es decir, poseer una clarividencia que os atribuyo plenamente. Zhong, ¿quieres traernos unos zumos de mango y unos *yuebing*, por favor?

A los pocos momentos reapareció Zhong con un plato en el que había unos pasteles cuya aérea envoltura era una crujiente capa de una delicada combinación de yema de huevo y nuez de coco.

—Una verdadera delicia —exclamó cortésmente Antoine después de saborear uno.

No sabía muy bien qué actitud adoptar y se preguntaba qué podía ocultar aquel entusiasmo por parte de un hombre de negocios que, dado el puesto que ocupaba, no se chupaba el dedo.

Entonces, el portugués, decidido a entrar en materia, voló en su ayuda.

—De hecho, el señor Vuibert dispone de bastante tiempo libre.

—¿De veras? —exclamó, sonriente, el inglés.

—Así es. El cónsul de Francia, cuya instalación aquí debo preparar, ha retrasado su llegada —precisó someramente Antoine Vuibert tras un carraspeo.

—Pues el hecho no podría ser más oportuno. Estoy buscando un socio en el ámbito de las antigüedades. La gente de aquí se desembaraza de cosas que consideran antiguallas pero que, en Londres, pueden valer fortunas. Supongo que en París ocurre lo mismo.

—En efecto, algunas antigüedades valen mucho dinero.

—Se trataría de crear una sociedad en la que se beneficiasen cada uno de sus miembros, por supuesto. Vos os ocuparíais de Francia y yo de Inglaterra, aunque como es lógico haríamos causa común en lo que se refiere a abastecimiento y transporte de la mercancía —explicó con una risita ahogada el inglés, cuyos dedos cargados de sortijas no paraban de trazar círculos en el aire.

—Si he de deciros la verdad, jamás había pensado en ese tipo de comercio —se limitó a responder Antoine.

Aquel inglés fantasioso no hacía más que depararle sorpresas: sus manos no parecían las de un hombre de negocios, sino más bien las de aquellas gitanas apostadas en los puentes de París que se apoderan de las manos de los viandantes y se empeñan en leerles el futuro. Los dedos del hombre eran como morcillas adornadas con sortijas y sobre el vientre prominente lucía una ostentosa cadena de oro. Pero lo que más le sorprendía era aquella proposición de crear con él una asociación en el campo de las antigüedades por el hecho de partir de un mercader de opio que, además, trabajaba para Jardine & Matheson, donde seguramente ocupaba un cargo

que no era de tres al cuarto.

—En Europa cada vez se valoran más los objetos artísticos chinos. La idea del señor Niggles surge en un momento que no podía ser más oportuno —exclamó el portugués lanzando una mirada cargada de intenciones a Antoine, a quien encontraba un tanto reservado.

—Si os parece bien, podríamos ir juntos a Cantón. Es una ciudad muy rica y con muchos más anticuarios que Shanghái. Además, tengo allí a una especie de ojeador...

Espoleado por la mirada de Freitas, Antoine respondió:

—¿Por qué no? No conozco Cantón y precisamente pensaba visitar esa ciudad. Os acompañaré encantado. Según me han informado, fue en esa ciudad donde los señores Matheson y Jardine iniciaron sus negocios.

—Sí, de manera bastante heroica, por cierto —añadió Niggles con gesto teatral exagerado.

—¿De veras?

—Tened en cuenta que, en la primavera de 1817, William Jardine decidió abandonar su profesión de médico a bordo de la venerable compañía naviera East India Company y envió a Cantón un primer cargamento de opio.

Fue con ánimo de deslumbrar al francesito que el inglés decidió elevar a la categoría de médico al enfermero Jardine.

—Hay que reconocer que fue valiente —murmuró el francés con aire soñador.

—El porvenir pertenece a los que se avienen a cambiar de trayectoria. A eso se le llama forzar el destino. Si un médico dio el salto al inmenso mar de los negocios, ¿por qué no va a hacer lo mismo un aprendiz de diplomático?

—Señor Niggles, os sobra la razón —exclamó el jesuita.

—En aquella época la Compañía de las Indias Orientales no estaba interesada en el opio. El asunto no era decoroso. Demasiado arriesgado. Al llegar a su destino, sir William conoció a un compatriota llamado Daniel Magniac que había creado una pequeña empresa comercial. Hacia finales de 1820, Jardine ingresó capital en aquella empresa, que fue rebautizada entonces con el nombre de Magniac, Jardine & Co. —prosiguió el inglés.

—¿Qué papel tiene, entonces, Matheson en todo el asunto?

—Matheson ya estaba importando opio a China. Su fama de comerciante fuera de lo común había llegado a oídos de Jardine, quien en 1827 contrató a su joven compatriota como apoderado de Magniac & Jardine. Cinco años más tarde nacía la compañía Jardine & Matheson. Es la alianza de la aventura y la prudencia.

—Ya veo. Muy interesante.

—Los dos hombres se complementaban perfectamente. Jardine tenía tanto de negociante prudente como tenía Matheson, por lo menos en su juventud, de aventurero aficionado al riesgo. En cierto modo, eran agua y fuego. El éxito es siempre una mezcla de contrarios —dijo Niggles con una risita ahogada.

—Ya entiendo.

—Y eso no es todo. Cuando esos señores comenzaron a vender opio a Cantón, todas las mercancías importantes tenían que pasar obligatoriamente por once *cohong*^[79] debidamente autorizados por la administración imperial china. Esos poderosos y riquísimos mercaderes estaban en posesión de un monopolio comercial absoluto.

—Ya comprendo. Venían a ser una especie de intermediarios obligados con los «bárbaros extranjeros».

El inglés, con unas ganas locas de seducir a su guapo interlocutor, había decidido cargar las tintas.

—Antes de ser autorizados a descargar las cajas de opio, los señores Jardine y Matheson se avinieron a pasar varios meses de espera en el islote de Lingding, una minúscula reserva situada a unos ochenta kilómetros al norte de Cantón. James Matheson observó con sorpresa que, a la distancia de unas cuantas brazas del enclave de Lingding, apenas su barca echó el ancla, se veía rodeado por una bandada de «cangrejos rápidos». Se trata de unas pequeñas embarcaciones de fondo plano movidas a remo por una veintena de hombres, lo que las hace sumamente veloces. Por fortuna para Jardine, el capitán del más grande de aquellos «cangrejos rápidos» chapurreaba el inglés y el portugués, lo que facilitó la negociación. Así fue como, en el término de dos horas, pudo vender todo su cargamento de opio a un precio excelente.

—¡Increíble! —exclamó Antoine, sinceramente admirado.

—Hay que tener en cuenta, además, que Lingding era una verdadera cárcel en la que se encontraban reclusos los comerciantes extranjeros. Hasta sus mujeres tenían prohibido vivir en la isla. Para poder satisfacer sus necesidades... íntimas, esos comerciantes extranjeros debían recurrir a prostitutas locales y pagarlas a precio de oro. Ni que decir tiene que ese dinero iba a parar directamente a los bolsillos de los *cohong*.

—Hoy día esos comerciantes extranjeros se mueven por donde quieren.

—Fue una libertad, señor mío, que nos costó mucho conseguir y que no nos cayó en las manos sin esfuerzo.

—Por lo que me decís, el combate fue duro.

—Los señores Jardine y Matheson tuvieron que mojarse. Ellos fueron los primeros en considerar que las finanzas son tan importantes como el comercio.

—Eso supongo.

—Si nuestros intermediarios chinos quieren invertir su efectivo en el extranjero, aceptamos cambiárselo contra órdenes de pago que se harían efectivas en Londres o en Calcuta. De ese modo se evita que el dinero tenga que viajar en barco.

—No deja de ser ingenioso, en efecto.

—¡No sabéis qué economías les permitimos que hagan! Sin contar los riesgos que supone la piratería japonesa para los barcos cargados de efectivo. El procedimiento es beneficioso para todos. El lema de la casa Jardine & Matheson es: lo importante es

ganar —remató el inglés.

Estaba tan lanzado que había omitido precisar que su compañía obtenía jugosas comisiones de los compradores, pero la verdad era que estaba dispuesto a lo que fuese, incluso al faroleo más descarado, con tal de seducir al guapo francés. Por otra parte, estaba convencido de que había conseguido sus fines cuando este, atraído por la imagen idílica que su interlocutor acababa de esbozarle en relación con las actividades de su empresa, acabó por preguntarle:

—¿Cuál es la fecha de vuestro próximo viaje a Cantón, señor Niggles?

—Pienso ir allá el mes que viene. No sabéis lo contento que estoy de que hayáis aceptado participar en este viaje —dijo el inglés, que daba por descontado que el francés había aceptado su proposición.

Freitas, entonces, quiso poner también su grano de arena, aunque solo fuese para sellar aquel principio de acuerdo entre los dos hombres.

—Lo siento, pero no puedo ser de los vuestros. Y pensad que lo lamento seriamente, ya que no dudo de que vayáis a tropezaros con oportunidades excelentes, pero tengo tantas cosas que hacer aquí... —suspiró el jesuita, que parecía sinceramente contrariado.

—¿Sois algo entendido en antigüedades chinas, señor Vuibert? —preguntó Niggles, sin prestar mayor atención al humor tornadizo del portugués.

—Por desgracia, no tengo ni la menor idea de ese arte.

—Son conocimientos que se adquieren rápidamente. Hace muy poco que he descubierto esta pasión. De todos modos, hay que estar muy atento porque abundan las falsificaciones..., especialmente en el campo del barro cocido de la época Tang. En tiempo de los Ming, los artesanos fabricaban objetos de ese tipo en cadena.

—Trataré de informarme. Vi un manual de antigüedades chinas en una librería del barrio de los Escribanos Públicos —observó Antoine antes de ausentarse un momento para satisfacer una necesidad perentoria.

Así que salió de la habitación, Freitas preguntó a Niggles:

—¿Qué os parece?

—Decir que me gusta muchísimo es quedarme corto. Es un hombre despierto y aprenderá pronto. ¡Un elemento excelente! Sí, de veras que es un elemento excelente.

El inglés se sentía eufórico y no disimulaba su entusiasmo.

—Lo mismo pienso yo, señor Niggles.

—A propósito, todavía no me habéis dicho qué os gustaría recibir a cambio de vuestra eficaz labor de intermediario.

—Pienso hacéroslo saber cuando llegue el momento —dijo Freitas mirando fijamente a Niggles.

—De acuerdo, pero entretanto a lo mejor queréis alguna pequeñez..., no sé, quizás puedo hacer algún favor a vuestra Compañía...

—De momento, dejemos las cosas tal como están, señor Niggles.

—¿Lo decís de veras?

—No os preocupéis, señor Niggles. Vos poseéis todo lo que... un día me hará falta. De momento, no quiero nada —concluyó Freitas con aire enigmático.

La llegada de Antoine interrumpió la conversación.

—¿No queréis uno de estos pastelitos? —lo invitó Jack con una gran sonrisa.

Cuando el joven francés cogió un *yuebing* de la bandeja y se lo llevó a la boca, el inglés imaginó de pronto que aquella golosina que Antoine chupaba con los labios y mordisqueaba con los dientes era toda su persona...

¡Qué delicia!

XXIV

Cantón
12 de junio de 1847

Mientras observaba con envidia las golondrinas que volaban raudas a través de un cielo azul intenso y lanzaban al aire su piar estridente, Jazmín Etéreo se entregó unos momentos al ensueño.

Ojalá que ella hubiera sido uno de aquellos alegres y despreocupados pájaros, hubiera tenido alas y *no* brazos para poder *lanzar* sus clamores al viento sin que la molestase nadie. Aquellos pajarillos negros volaban en escuadrilla tan raudos que nadie diferenciaba nunca sus vientres blancos de sus alas negras porque dejaban ver tan solo la nube grisácea y móvil que formaban.

Partir, huir, escapar muy lejos..., remontar el vuelo hasta un lugar lo más alto y apartado posible... Pero ¿adonde ir? ¿Cómo ir? ¿Con quién? Escapar sola y abandonar a Tang o bien ir con él, como el pájaro *Bi Yiniao*, que solo puede volar en pareja ya que tanto el macho como la hembra disponen únicamente de un ala.

¿Ser parte de un todo? ¿Ser ese todo pero solo para uno mismo? ¿Existir a través del otro o existir por sí mismo? ¿Deber tanto a Tang que ya no le fuera posible existir por sí misma?

La idea le resultaba tan insoportable que apretó fuertemente los puños.

Bajó los ojos, como si acabasen de cogerla en falta o hubiera caído en una trampa.

Abandonar la tierra y sus contingencias. Posar un pie en una hermosa nube y elevarse hasta el inaccesible firmamento. Entrar en el reino de *los* hálitos y abandonar el de lo material, pegado a la piel como una insidiosa túnica.

Levantó bruscamente la cabeza.

Yin y Yang a un tiempo, rápidas como el rayo, las golondrinas hendían el aire cadenciosamente y se convertían en las alas de una inmensa máquina voladora que se desintegraba al menor ruido.

Aquel deseo de huida no era anodino y a Jazmín Etéreo le sorprendía ver con qué rapidez se le atropellaban las dudas en el espíritu y en el corazón.

Perdida en conjeturas y perfectamente consciente de que a menudo toda pregunta tiene su respuesta, exhaló un hondo suspiro.

El parque del Tigre emanaba un embriagador perfume de jazmín.

Sumida en el bochornoso calor reinante, orientada por sus efluvios, la hermosa contorsionista no tuvo dificultades para encontrar la planta que buscaba, de la que arrancó una flor y se la acercó para olerla con los ojos cerrados y aspirar a fondo el aroma del jazmín, que al momento le subió a la cabeza.

En aquel momento acudieron a su mente dos frases deslumbrantes y

emblemáticas con las que se iniciaba el *Manual de la joven Clara*, libro del que cada noche Tang le leía algunos pasajes antes de pasar a practicarlos.

Alcanzar la suprema armonía. Sosegar la respiración y conseguir hacerla suave.

Tang articulaba las palabras con dulzura mientras le acariciaba los pechos. Aquellas palabras resumían de maravilla el estado en que ella se encontraba después del amor: tranquilidad, suavidad, es decir, la Armonía Suprema. Un estado tan sublime que daban ganas de sumirse de nuevo en él, como cuando se repite una droga.

Desde que había salido de Pekín en compañía del príncipe y este le había mostrado el Heqi, su vida había dado un vuelco y ya no era la misma de antes. Había descubierto que, por poco que se procure la situación adecuada, el cuerpo humano se convierte en una máquina de placer no solo para uno mismo sino también para el otro, su compañero en el amor.

Jazmín Etéreo conocía todos los secretos para llegar al orgasmo al unísono con su amante. Gracias a su inaudita flexibilidad, era capaz de unir su cuerpo al de Tang y hacer de los dos uno solo, igual que el dragón proteiforme cuando enrosca sus colas. Su amante, por su parte, le había enseñado que cuando el placer crece en intensidad como la ola marina que arranca del fondo del mar para ir a romper en la playa bajo la forma de onda gigante y liberadora, es conveniente retener los jugos vitales, ya se trate de un hombre o de una mujer, a fin de conservar la energía necesaria para la fusión de los hálitos del Heqi. Precisamente cuando están a punto de saltar los diques del deseo, son más intensas las sensaciones. Para experimentar el máximo placer y deslizarse suavemente en él, había que ir junto con el otro hasta el borde del goce sin apurarlo demasiado aprisa, ya que entonces se plasmaría el acto y finalizaría la sensación placentera. Hay que suscitar el deseo y llegar al goce y después guardarlo para uno mismo. Hay que ofrecer al otro esa espera y saber retenerse, reprimirse todo lo que haga falta para redoblar la excitación y convertir la espera en algo deliciosamente insoportable. Es un sutil juego del escondite durante el cual hay que pensar en el compañero, pero sin olvidarse nunca de uno mismo.

Tang había sabido encontrar las palabras, y sobre todo los gestos, a fin de explicárselo a la chica en su primera unión, después de lo cual ella le había preguntado por qué todavía no se había derramado en ella.

Solo puedes contemplar un hermoso lago si estás sentada en su orilla, no si entras en el agua.

Hacer el amor con Tang era una fiesta exquisita y deliciosa en la que participaba con entusiasmo la joven, una ceremonia que se repetía todas las noches.

Tang codiciaba ahora a Jazmín Etéreo como el más precioso de los tesoros, hasta el extremo de que su solicitud comenzaba a convertirse en imposición para la muchacha. Se sentía prisionera de aquel amante fogoso y a veces veía como una tutela lo que no era en realidad más que loco enamoramiento.

En toda pareja acaba por instalarse la doblez cuando los sentimientos no son

estrictamente recíprocos, paralelos y equidistantes. De aquí surge la deriva de los sentimientos, muy parecida a la de los continentes: invisible porque es subterránea; irremediable porque la guían fuerzas telúricas que no dirige nadie; portadora de rupturas y *tsunamis* que lo arrasan todo a su paso así que se desencadenan.

El amor, el deseo, el placer, los sentimientos y demás alquimias del espíritu no son otra cosa que el resultado de la química del cerebro humano, que no deja de ser en sí misma —¿cómo no subrayarlo?— todo un poema y por eso constituye la parte esencial del intelecto en las pasiones más físicas.

Hacía unas semanas que las reacciones químicas del cerebro de Jazmín Etéreo se traducían en cierta incomodidad frente a las maneras de Tang, cada vez más posesivas. El que antes la poseía con dulzura iba convirtiéndose en un hombre como los demás, machista y avasallador, uno de esos hombres para quienes la mujer es una servidora, unos brazos que los descargan de las tareas domésticas o de las labores agrícolas, un vientre con un útero capaz de engendrar hijos y sobre todo hijas, es decir, un vulgar felpudo en el que uno se restriega alegremente los pies..., todo lo que ella precisamente se negaba a ser.

Pero de pronto, asaltada por las dudas, el Heqi la colmaba ahora en menor grado.

Si seguían saciándola las sabias caricias de su amante, respondía a ellas con mucho menos ardor. No quería quedar reducida al simple papel de esclava sumisa y sometida al placer de Tang cuando lo que en ella primaba por encima de todo era la libertad.

Aspiró de nuevo el perfume del jazmín. Los efluvios de la flor eran tan intensos que la impregnaron totalmente. A sus pies vino a posarse un pajarillo. Su presencia no podía tener un sentido banal. Tras lanzar un gorjeo de tres impresionantes notas, la minúscula bolita de plumas agitó las alas y levantó el vuelo. Los pájaros vienen y van, al igual que las notas musicales. Se vio en el sitio del pájaro, a la manera de Zhuangzi cuando el gran filósofo se vio como una mariposa.

En dos ocasiones, Tang había leído aquel célebre pasaje de los escritos del gran maestro del pensamiento:

Hubo un tiempo en que Zhuang soñó que era una mariposa que revoloteaba en el aire y estaba satisfecha con su suerte, si bien ignoraba que era el propio Zhuang. Se despertó bruscamente y descubrió con sorpresa que era Zhuang, de modo que ya no sabía si era Zhuang que soñaba que era una mariposa o una mariposa que soñaba que era Zhuang. Pero entre él y la mariposa había una distancia. Era lo que se llama la diferenciación entre seres...

También pensó en aquel dicho que afirma que una paloma pequeña puede traer grandes noticias.

¿Qué había venido a anunciarle, pues, aquel pajarillo?

Fue en aquel momento cuando, embriagada por los perfumes del jazmín que

aquietaban su corazón, se planteó la única pregunta que le importaba y que tenía oculta en lo más profundo de su corazón: ¿amaba de veras al príncipe Tang?

Vio entonces que era completamente incapaz de responder afirmativamente, lo que ya era una señal reveladora en sí. ¿Habría pensado ayer lo mismo? Un día era gato y al día siguiente perro.

Las frases del *Manual de la joven Clara* asomaban ahora a su espíritu incitándola a arrancar el vuelo y a alejarse de su amante.

Formar un todo indisociable con el otro y aceptar perderse en él.

Le habían entrado ganas de desmentir aquel adagio que Tang le repetía con tanta frecuencia. Ya no quería ser «su» cosa. Ya no tenía ganas de perderse en él. Lo que temía por encima de todo era convertirse en esclava de sus deseos. No quería ser su esclava. El peligro era real. Casi se había peleado con Tang para que la autorizara a ir sola al parque del Tigre, pese a que no estaba muy lejos de la casa de Serenidad Cumplida.

Algunos días la inactividad le pesaba tanto que añoraba la vida que había llevado hasta entonces, las inquietudes del escenario y los incesantes periplos de ciudad en ciudad, el atrevimiento de los espectadores borrachos pero también sus frenéticos aplausos ante las proezas que podía realizar su cuerpo flexible, el orgullo levemente entreverado de temor al exhibir su belleza y provocar en los hombres el deseo de poseerla.

Era evidente que ahora disfrutaba de condiciones materiales muy superiores a las de ayer, pero lo que más añoraba Jazmín Etéreo era la facultad de dirigir su barca a su antojo.

Al acoplaros, ved a vuestra pareja como una vasija de barro y pensad que vosotros sois un objeto precioso...

Cuando por la noche Tang le había leído aquella máxima extraída del libro, Jazmín Etéreo había quedado muy impresionada ante su fuerza poética. Contrariamente a las ideas recibidas, en amor había que pensar antes que nada en uno mismo. No quería convertirse en vasija de barro, sino seguir siendo el objeto precioso que había sido.

Dio unos pasos y fue a sentarse en un lugar apartado, lejos de los paseantes, al amparo de las frondas protectoras de un serbal poblado de pájaros que trinaban a cual mejor. Delante de ella había dos hermanitos, a juzgar por el parecido, un niño y una niña que jugaban con un cerco y tarareaban cancioncillas. El tono agudo de sus vocecitas armonizaba perfectamente con los trinos dulces y musicales de los pajarillos.

Estaba tan absorta observando a aquellas adorables criaturas que tuvo un sobresalto cuando sintió que le daban unos golpecitos en el hombro. Levantó los ojos con viveza y se encontró con tres hombres que la rodearon al momento. Los tres llevaban una guerrera de algodón azul oscuro y un brazal rojo en la manga izquierda.

Los pájaros dejaron de cantar repentinamente, lo que no era un buen augurio.

—¡Levántate y síguenos! —ordenó uno de los que llevaban brazal rojo.

—¿Quiénes sois? —les preguntó la muchacha, pronta a escapar.

Pero era imposible huir, ya que los tres perillanes la tenían cercada.

—¡Nada de preguntas!

—¿Qué queréis de mí? Os equivocáis de persona. No os conozco.

Dos de los hombres la apresaron, uno por cada brazo, para obligarla a ponerse de pie mientras el tercero, levantando un largo garrote que llevaba, amenazó a los niños que contemplaban, aterrados, la escena.

—¡Vosotros dos, fuera de aquí! ¡Cuidado con el culo como no lo hagáis!

La muchacha observó con tristeza a los dos hermanitos que se alejaban a todo correr.

Por mucho que se debatió como un animal atrapado en la trampa y por mucho que protestó diciendo que se equivocaban de persona, los tres esbirros se la llevaron medio a rastras en dirección al río de las Perlas, donde ya les estaba aguardando una desvencijada barca con una docena de remeros a bordo, todos con el mismo brazal rojo que los otros tres. Al primer golpe de remo, se apartaron al momento todas las embarcaciones de los alrededores y les abrieron paso. Era evidente que sus secuestradores tenían atemorizados a todos los que se cruzaban en su camino.

—Decidme por lo menos adonde me lleváis —gritó la muchacha sin aliento cuando la obligaron a sentarse en la única banqueta de la embarcación.

—A ver a nuestro jefe Liang —se limitó a responderle uno de los hombres del brazal rojo antes de proceder a amordazarla.

La barca, que seguía la corriente, emprendió el rumbo aguas fangosas arriba bordeando las largas hileras de estacas hincadas en el barro a las que los pescadores ataban las redes para atrapar los peces que dejaba en ellas la marea alta.

El miedo tenía atenazada a Jazmín Etéreo: la única manera de burlar a sus secuestradores habría consistido en arrojarle al agua pero, como no sabía nadar, no se lo planteaba. No tardó en aparecer entre la bruma levantada por el calor el puerto de guerra de Cantón con su profusión de juncos de alta mar y de combate identificables por las oriflamas que ondeaban en su arboladura y los cascos ventrudos decorados con escamas de dragón.

Antes de entrar en acción, un barco de guerra está obligado a intimidar al enemigo.

Tras pasar rozando las fauces de un monstruo marino pintado de colores chillones, la barca se acercó a un carcomido pontón donde ya les esperaba toda una cuadrilla de individuos armados con aquel mismo brazal rojo. Instantes después, Jazmín Etéreo era conducida al interior de un alto edificio de paredes grisáceas y llevada a rastras a través de un largo pasillo oscuro. Comprendió entonces que la iban a encerrar en una cárcel. En medio de un olor nauseabundo, percibió unos gemidos y vio unas manos agarradas a los barrotes de unas jaulas en cuyo interior vislumbró unas formas humanas cubiertas de harapos.

Sin darle tiempo a recuperarse, la empujaron sin miramientos hacia el interior de una habitación llena de humo situada al otro extremo de un largo corredor testigo de sufrimientos y desesperación.

Así que le quitaron la mordaza, la muchacha se desplomó, agotada.

—¿Sois Jazmín Etéreo, esposa de Tang? —le preguntó un hombre de aspecto patibulario que fumaba una pipa.

Estaba sentado detrás de una minúscula mesilla y la escrutaba con una mirada que era una mezcla de crueldad y asco, ni más ni menos que si la tuviese por un montón de basura.

—No pienso responderos mientras no me digáis qué queréis de mí —le soltó la bella contorsionista mientras la obligaban a sentarse en una silla.

El rostro del hombre, un ser escuchimizado, era apenas visible entre las volutas azuladas que se le escapaban de la cazoleta de la pipa. El hombre se arrellanó en el sillón y, con voz melosa, le dijo:

—Incluso los que se niegan a hablar, no salen de aquí sin haberlo dicho todo.

—Yo no he hecho ningún mal a nadie. Y ante todo, ¿quién sois vos? —gritó la chica dando rienda suelta a la cólera que sentía.

—Me llamo Liang, pero mi nombre importa poco. Os encontráis en la sede de la policía imperial de Cantón. Y ahora, contestad, Jazmín Etéreo: ¿qué ha venido a hacer aquí el príncipe Tang?

—Ignoro por completo el nombre Tang. ¡No sé nada de ese hombre!

—Es inútil que mintáis al jefe Liang. Hace varios días que vigilamos la casa de Serenidad Cumplida. Sabemos que compartís la habitación del llamado príncipe Tang. Pekín nos ha advertido que el príncipe ha desertado. Mentir a un oficial de policía que cuenta con pruebas irrefutables es un acto castigado con la pena de muerte.

Aterrada ante las palabras de su interlocutor, Jazmín Etéreo sintió que le afectaba, aun sin tener nada que reprocharse, saber que la habían estado espiando.

—En ese caso, ¿por qué me preguntáis?

Liang reiteró la pregunta con respecto al objeto de la presencia de Tang en Cantón.

—Seguro que no os gustará saber que no pienso deciros nada más —le soltó la muchacha, plenamente decidida a no salir del mutismo en el que pensaba acantonarse.

El hombre escuchimizado dio una calada a la pipa y, tragándose el humo con delectación, dijo a la muchacha en tono displicente:

—¡Eso ya lo veremos!

Y al mismo tiempo hizo un gesto parecido al de ahuyentar a un inoportuno de un capirotazo, lo que atrajo a dos guardianes que se llevaron a la chica con presteza.

Cuando arrojaron a la contorsionista al interior de una de las jaulas que flanqueaban el largo pasillo, no pudo evitar un alarido. Absorbida por un magma

humano, inmediatamente se apoderaron de ella manos pringosas que le palparon todas las partes del cuerpo y, seguidamente, se vio aspirada por una especie de corriente fétida hasta el fondo del calabozo. Debido a la falta de luz, le era imposible decir cuántos prisioneros se amontonaban en aquella cárcel en la que el suelo, que era de tierra, estaba totalmente cubierto de excrementos. Sobada por infinidad de manos, terminó el trayecto estrellando violentamente la *cabeza* contra una pared. Pasados unos segundos, consiguió recuperar trabajosamente el equilibrio.

Debían de ser unas quince o veinte personas, a cual más mugrienta y desmedrada, las que la cercaban con su presencia. Medio cubiertos de andrajos, sus cuerpos semidesnudos eran despojos humanos, seres hambrientos con ojos desmesuradamente grandes que más bien parecían esqueletos y que la escrutaban con desconfianza y algunos con franca hostilidad.

—¡Pero si es una mujer! ¿Cómo es posible si la policía no enchirona nunca a mujeres? ¡Tiene que haberla hecho muy gorda! —exclamó uno cuya vulgaridad estaba a la altura de su desastrosa imagen en la que destacaba una boca asquerosa totalmente desdentada.

—¡Vaya! ¿Es que no te habías dado cuenta? ¡Será porque no la has tocado! —dijo otro cuyas manos negruzcas y pringosas se habían entretenido largamente en los apetitosos pechos de la contorsionista.

—¡Os advierto que quien se atreva a tocarme lo lamentará de veras! —gritó la muchacha apretando los puños, pronta a vender cara su piel, pero sin advertir que no podría hacer efectiva la amenaza.

Dos policías, que hasta aquel momento habían estado bromeando mientras observaban la escena desde el pasillo, penetraron en el calabozo haciendo restallar el látigo. No tardó en restablecerse la calma y en dispersarse el magma humano como se dispersa el barro bajo el chorro del agua.

—¡Basta por hoy! Como no dejéis en paz a esa mujer vais a pasarlo mal —les gritó uno de los policías.

—Vamos a hacerte un sitio entre nosotros. Aquí no sobran —le murmuró una voz que salía de la penumbra así que se alejaron los policías.

Jazmín Etéreo trazó mentalmente un cuadrado imaginario en el suelo, se agachó y recogió las piernas con los pies sobre los muslos en la postura del loto. Siempre que tenía necesidad de poner orden en su espíritu, adoptaba la postura de los adeptos a la meditación trascendental. Había tenido ocasión de observarlos a menudo en las pagodas del Gran Vehículo y había podido comprobar que eran capaces de pasarse días enteros inmóviles y con los ojos cerrados delante de la estatua de un *bodhisattva* o de un buda. Cuando las torsiones a las que se sometían eran demasiado extremas para sus articulaciones, la postura del loto les proporcionaba un alivio inmediato. Quieta, pues, como una estatua de madera, se encontraba tan extenuada que le fue imposible cerrar los ojos a pesar de las sombras famélicas que la acechaban de cerca cuyo aliento fétido podía aspirar.

Poco a poco, se le fue sosegando el corazón. Incluso, consiguió hacer abstracción de aquel calabozo y de su repulsivo contenido. Fue en aquel momento cuando le vino a las mientes un pasaje del *Libro de la Vía y de la Virtud*, cuyos nombres tan exóticos como bellos se complacía en citar Tang. Aquellas palabras dejaban siempre perpleja a la joven por lo curiosas y, para decirlo todo, por ser contrarias al buen sentido más elemental.

Dejar que las cosas sigan su curso, a punto de disolverse como el hielo que se disgrega y se hace indiscernible al mezclarse con las aguas...

La sabiduría suprema consistía en no luchar contra lo ineluctable. Las fuerzas de la naturaleza eran tan desmesuradas que el hombre dejaba de oponerse a ellas so pena de desperdiciar toda su energía. Dejar de actuar era el privilegio supremo de los fuertes.

Jamás había osado confesar a su amante hasta qué punto aquella incitación a la sumisión y a bajar la guardia la dejaba perpleja y hasta le parecía indigna de los seres fuertes y combativos. Pero ahora que se encontraba prisionera en aquel oscuro calabozo del que tal vez no consiguiese escapar con vida, las frases del *Libro de la Vía y de la Virtud* adquirirían nuevas resonancias para ella. No solo conseguían cobrar todo su sentido sino que le dictaban la conducta a seguir: quedaba descartado revelar el objetivo del viaje de Tang denunciando la existencia de La Piedra de Luna, ya que habría comportado la muerte de los dos. Por el contrario, lo mejor era dejar que las cosas siguieran su curso a fin de dominarlas mejor, según preconizaba el Viejo Sabio Lao Tse.

Cuando abrió los ojos, la muchacha vio que sus compañeros de celda dormían como troncos apretujados unos contra otros. Los hachones del pasillo estaban apagados y los dos guardianes, sentados en su banqueta, roncaban a cual más y mejor. Se puso de pie con grandes precauciones, fue sorteando como pudo los cuerpos procurando no rozarlos y llegó sin grandes dificultades a la reja que cerraba el calabozo. El espacio que quedaba entre los barrotes era demasiado exiguo para que un cuerpo humano, aunque fuera tan flexible como el suyo, pudiera colarse por él. Agobiada, pues, se aprestó a volver a su sitio cuando distinguió de pronto, al otro extremo del pasillo, el resplandor de una llama.

Alguien se acercaba.

Parecía que todos aquellos espectros que tenía a su alrededor se hubiesen soterrado de pronto, ya que en el calabozo no había movimiento alguno y todos retenían el aliento. Se arrimó a un lado como pudo y permaneció quieta, jadeante, mientras la llama se iba acercando. Y súbitamente oyó el chirrido de la verja de la celda que alguien acababa de abrir y todo quedó bañado en luz.

Delante de ella había un hombre de escasa talla. Visto a contraluz, no podía distinguir su rostro.

—Sabía que vuestro sitio no era la celda de los traficantes de opio de poca monta porque cuando están con la abstinencia se convierten en fieras. A veces se pelean

como lobos famélicos e, incluso, en ocasiones hemos descubierto de madrugada que se habían devorado entre ellos. Me interesa conservaros íntegra para obtener vuestras confidencias.

Jazmín Etéreo reconoció la voz de Liang, cuyo tono dulzón la hacía aún más insoportable. La chica parpadeó y ya iba a cubrirlo de insultos, pero consiguió dominarse y se abstuvo de responderle. La sacaron inmediatamente del calabozo y, rigurosamente escoltada, fue conducida a través de un laberinto de pasadizos y empujada después por una abertura que se abría a un estrecho corredor. Ya en el extremo del mismo, la llevaron a violentos empujones hasta una escalera de caracol que solo gracias a su flexibilidad logró bajar sin romperse la crisma.

—El sitio es exiguo, pero aquí estaréis más tranquila que arriba —le dijo el jefe Liang abriendo la pesada reja de una de las tres celdas que daban a un mismo rellano, en la que la joven cayó sentada en el suelo después de haber bajado casi rodando la escalera.

Tras sumirse en la oscuridad del nuevo calabozo, se golpeó violentamente la cabeza contra el techo al intentar levantarse. Imposible permanecer de pie allí dentro. Así que cerraron la reja, extendió los brazos y comprobó que tocaba las paredes con las manos. Sintió, además, una gota de agua en la cara. El minúsculo reducto donde estaba encerrada era como una caja y rezumaba agua por todas partes. Pero por lo menos allí estaba sola, como hubo de decirse a manera de consuelo. Resuelta a dormir, se apelotonó en un rincón de la celda.

Entonces oyó una voz.

Aguzó el oído y se incorporó para averiguar qué ocurría.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Tenemos que hablar! —le musitó la voz en cuestión.

En aquel momento vio a alguien arrimado a la reja del calabozo de enfrente y los ojos de Jazmín Etéreo, ahora acostumbrados a la penumbra, llegaron incluso a distinguir su rostro.

Se trataba de un hombre bastante joven a juzgar por su aspecto. Por la larga coleta y el cráneo cuidadosamente rapado, era un Han. Sus ojos, muy oblicuos, le daban ese aspecto permanentemente risueño que tienen muchos chinos incluso en las circunstancias más trágicas o más desagradables.

—¿Por qué te han encarcelado? ¿Te han pillado, quizá, fumando opio? —le preguntó el hombre.

—No, no soy dada al opio —murmuró la joven contorsionista.

—¿Qué delito has cometido, pues, para que te hayan encerrado aquí dentro?

El muchacho, que era bien parecido, tenía aire simpático, por lo que despertó la confianza inmediata de Jazmín Etéreo.

—¡No he hecho nada! Me han secuestrado en un parque y me han traído aquí. ¿Y tú?

—Estoy aquí por haber preparado el advenimiento de la Gran Paz.

—¿A qué te refieres?

—Yo y mis compañeros de armas nos proponíamos instaurar una sociedad más justa, con unos gobernantes que favorecieran los intereses del pueblo. Pero las autoridades vigilaban nuestros pasos.

—¿Qué temen?

—Que nos hagamos con el poder.

—¿Por qué un objetivo tan noble como fundar una sociedad más justa debe comportar el calabozo?

—Los que están interesados en que nada cambie, y debo decir que son muchos, hacen lo posible para aniquilarnos. Hoy no somos más que un puñado, mañana seremos miles.

—¿Miles? —dijo Jazmín Etéreo, estupefacta, exhalando un suspiro.

—Así es. Los grandes incendios empiezan con pequeñas llamas. Estamos preparando el derrocamiento de la dinastía reinante. El régimen de los Qing está en situación desesperada. Cuando los poderes se sienten amenazados, procuran sofocar las revueltas populares así que nacen. Por eso estoy aquí, porque los hombres de Liang me tendieron una emboscada. Cinco de mis compañeros de armas perdieron la vida. Por suerte, nuestro jefe consiguió escapar —explicó el prisionero con voz temblorosa por la emoción.

Parecía agradable, lo que incitó a la muchacha a romper el hielo.

—¿Cómo te llamas? Yo, Jazmín Etéreo.

—Encantado, Jazmín Etéreo. Mi nombre de guerra es Medida de lo Incomparable. En nuestra organización, que lleva el nombre de Sociedad de los Adoradores de Dios, todos deben adoptar un nombre prestado. Por razones de seguridad, jamás debe pronunciar el nombre que le pusieron sus padres. Yo me llamo Zhong —dijo con una sonrisa.

—¿Desde cuándo estás aquí encerrado, Medida de lo Incomparable?

—Llevo ocho días y siete noches. El tiempo ya comienza a serme pesado.

—¿Quién es tu jefe?

El rostro de Medida de lo Incomparable se animó.

—¡Hong Xiuquan! Alabado sea. Es un ser superior. Sigue el Tao, pero también predica el amor entre los hombres, al igual que un tal Jesucristo, el Dios venerado por los narigudos cristianos. Hong conoce el arte de hacerse escuchar por las multitudes. Quiere crear el Reino de la Gran Paz y aspira a restablecer la concordia social. El día que acceda al poder, cada campesino dispondrá de una extensión de tierra cultivable que será igual para todos.

—¿O sea, que todos los campos serán de las mismas dimensiones? —preguntó la chica, incrédula.

—Exactamente. Todo el mundo tendrá derecho a lo que necesita. Se dará más a las familias numerosas que a las que solo tienen un hijo.

—¡Qué interesante!

—Me bastó oír a Hong cuando exponía su programa para convencerme de que

predica la verdad. A ese hombre lo protege el cielo, ya que de lo contrario no habría escapado a la emboscada de la policía.

—¿Qué hacías antes de ponerte al servicio de ese Hong Xiuquan?

—Era estudiante.

—¿Qué estudiabas?

—Leyes y Derecho.

—¿Quieres ser mandarín?

—Quiero preparar unas oposiciones para ser funcionario administrativo. Me gustaría ser agente del catastro.

—Dicen que la selección para ser mandarín es muy rigurosa. ¡Debes de ser muy listo!

—Lo que se necesita sobre todo es estar protegido, porque se trata de un juego con los dados trucados. Como no compres como mínimo a un miembro del jurado, no tienes nada que hacer. Por eso, cuando Hong Xiuquan me propuso que trabajara con él después de ir a su encuentro al final de uno de sus discursos, me avine de inmediato a seguirlo.

—¿Sabes tus padres que te han hecho prisionero, Medida de lo Incomparable?

—No, no están enterados de que languidezco aquí dentro. ¡Mejor así, pobres! Se pondrían enfermos. ¿Y los tuyos, Jazmín Etéreo? ¿Lo saben?

—No tengo padres. De todos modos, no pienso hacerme vieja aquí dentro.

—¿O sea, que estás pensando en fugarte de esta cárcel, la mejor custodiada de Cantón?

La voz de Medida de lo Incomparable traicionaba su sorpresa y su incredulidad.

—¡Lo antes posible!

—En ese caso no tienes más que coger esa llave —bromeó el joven discípulo de Hong Xiuquan señalando con el dedo la parte superior de la puerta de la celda en la que estaba encerrada la contorsionista.

—¿Hay una llave? ¿Dónde dices que está esa llave? —exclamó la muchacha, sintiendo nacer de pronto una loca esperanza.

—Perdona por darte falsas esperanzas. De hecho, hay una especie de llave que abre las tres celdas.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la utiliza el guardián cuando trae la comida.

—¿Y dónde está?

—Escondida sobre la puerta de tu celda, metida en la grieta que hay en la unión de la pared y el techo. No veo qué milagro te permitiría apoderarte de ella.

La joven extendió desesperadamente los brazos entre dos barrotes y comprobó con rabia que le faltaban unos treinta centímetros para llegar al techo y alcanzar la hendidura situada mucho más arriba que la parte más alta de su propia celda.

—A no ser que yo pudiera transformarte en araña, aunque debo decirte que por desgracia no tengo ese poder —suspiró con tristeza Medida de lo Incomparable.

Jazmín Etéreo se sumió en profunda concentración y examinó la reja. No tardó en comprobar que, entre la última barra horizontal de la reja y el marco de la puerta de su celda, había un espacio algo más grande que entre los demás barrotes. Consiguió pasar no solo el brazo derecho por él sino también la parte superior del hombro y se aupó después recurriendo a toda su fuerza. Cuando hacía aquel número consistente en encerrarse en una caja, conseguía pasar por una abertura solo ligeramente más grande que aquella. Extendió la mano, pues. Solo le faltaban unos centímetros para alcanzar la grieta donde se encontraba la llave salvadora.

—¡Casi llegas! Jamás habría pensado que alcanzaras hasta tan lejos —exclamó, admirado, su compañero de infortunio.

—Todo es cuestión de oficio. Y tengo el cuerpo muy flexible.

—Intenta doblar el último barrote con esto —propuso el joven arrojándole un gancho de hierro.

Era la sujeción de un hachón que los últimos días había conseguido desencajar de la pared.

—¡Fabuloso! ¡Gracias! —respondió la chica atrapando el gancho al vuelo.

A continuación, haciendo palanca con todo su peso entre los dos barrotes más altos de la reja, consiguió doblar unos milímetros el de más abajo.

—Creo que lo conseguiré —le gritó volviendo a intentarlo.

Después de un cuarto de hora de esfuerzos, la abertura era lo bastante grande para permitirle pasar por ella no ya un brazo, sino también el torso y finalmente la cabeza gracias a la torsión de la espalda y a una dislocación del hombro totalmente imposibles para el común de los mortales.

Después, ante los ojos maravillados de su compañero de infortunio, siguió todo lo demás y como por milagro la muchacha apareció de pie en el rellano exterior.

—¿Cómo es posible que doubles la espalda de ese modo? —exclamó, fascinado, el prisionero comprobando la proeza que acababa de realizar Jazmín Etéreo.

—¡Todo es cuestión de práctica! —dijo la muchacha irguiéndose y recuperando su forma original.

Ahora ya no le quedaba más que hurgar en la grieta y apoderarse de la llave salvadora, lo que consiguió en pocos segundos.

—¡El dios de la Suerte nos acompaña! —exclamó Medida de lo Incomparable, admirado y pletórico de alegría, mientras Jazmín Etéreo abría con presteza la puerta de su celda.

—Ahora, cuanto antes salgamos, mejor —advirtió la chica, concentrada en su objetivo.

—¡Por aquí!

El *taiping*^[80a], jadeante como un animal pronto a saltar, le indicó un pasillo situado en sentido opuesto al de aquel a través del cual había llegado ella.

—¿Estás seguro?

—Al final de ese pasillo tiene que haber una abertura que da al exterior. El

guardián que me trae la comida viene siempre por ese lado. Oigo chirriar unos goznes y después veo luz.

No podía haber estado más acertado: al final del pasillo encontraron una puerta bamboleante con la madera tan carcomida que no les costó trabajo alguno empujarla. Después se les metió en la nariz un aire cálido y húmedo impregnado de olor a limo procedente del río de las Perlas. ¡Ya eran libres! Ante sus ojos, el gran río transportaba los detritos que le arrojaban los habitantes de Cantón.

—¡Bravo, Medida de lo Incomparable! —exclamó Jazmín Etéreo, que apenas podía creer lo que veían sus ojos debido a la rapidez con que había ocurrido todo.

—¡Quien debe aplaudirte soy yo! Sin esa facultad de retorcerse que posee tu cuerpo, que parece hecho de trapo, te aseguro que no nos encontraríamos donde estamos.

Se oyeron unos juramentos acompañados de unos ruidos secos. En el pontón donde había desembarcado la muchacha había unos policías que hablaban a voz en grito.

—Juegan al *mah-jong* —le murmuró su compañero.

—No nos quedemos aquí —le respondió la muchacha, llena de miedo.

—Y menos ahora, ya que se acercan unos polizontes. La vaca no tarda en masticar la hierba que tiene en la boca^[80]... —añadió advirtiendo otra escuadrilla de brazales rojos que se acercaban peligrosamente a la salida que ellos acababan de abandonar y cuya puerta, con las prisas, habían dejado entreabierta.

—Pues yo no me siento hierba y no tengo ganas de que me engulla una vaca.

El joven seguidor de Hong Xiuquan reprimió una sonrisa. No era el lugar ni el momento de solazarse con los rasgos de humor.

—Si no queremos que nos cojan, lo mejor que podemos hacer es arrojarnos al agua procurando hacer el menor ruido posible y nadar.

—¿Nadar? Si no sé... —se lamentó la muchacha.

Medida de lo Incomparable la condujo hasta el borde del agua.

—Tú agárrate a este tronco y déjate llevar. Quien dirige las operaciones soy yo —le dijo arrojando al río de las Perlas una estaca abandonada junto a la orilla, a pocos metros de donde estaban.

Procurando no provocar olas ni el más mínimo chapoteo, Jazmín Etéreo siguió a contrapelo a su compañero hasta el agua del río, tibia y fangosa. Así que se metió en ella, percibió el olor nauseabundo que emanaba, que se le metió hasta lo más profundo de la garganta. Medida de lo Incomparable deslizó suavemente la estaca hacia ella. La chica se agarró a la misma lo mejor que pudo. Después se sumergió y, pasados unos instantes que a la contorsionista se le antojaron siglos, se encontró en medio del río, rodeada de suficientes barcas de pesca para que Medida de lo Incomparable pudiese remontar de pronto a la superficie y recuperase la respiración sin hacerse notar.

—¡Salvados! —exclamó la chica, jadeante, y antes de comenzar a tragar agua.

—¡No abras nunca la boca cuando estés en el agua! —le gritó el *taiping* consiguiendo evitar por los pelos, gracias a un brusco golpe de piernas, el estrave de un junco de alta mar que por poco se lanza a toda velocidad sobre ellos.

El fuerte oleaje provocado por la estela de la embarcación estuvo a punto de sumergirlos mientras Jazmín Etéreo, ocupada en escupir el agua que había engullido, casi perdió el asidero. Sus dedos, entumecidos por el esfuerzo realizado, tenían dificultades para mantenerla asida a la estaca que el limo hacía resbaladiza. Pero su compañero la tenía fuertemente agarrada al tiempo que procuraba evitar las innumerables embarcaciones que surcaban el río.

Al cabo de unos minutos conseguían llegar, aunque extenuados, a la otra orilla.

Estaban a salvo, felices de haber salido íntegros y con vida de las aguas del río. Tardaron un tiempo en recuperar el aliento y permanecieron tumbados uno al lado del otro en medio del hedor de todas las inmundicias que habían ido a parar, junto con ellos, a la orilla.

Jazmín Etéreo, que todavía estaba aturdida, contemplaba el cielo de claridad diáfana del que había barrido las nubes aquel espíritu protector que sin duda la tenía resguardada bajo sus alas.

—Nunca te agradeceré bastante lo que has hecho por mí. ¡Me has salvado la vida! —dijo la muchacha, consciente del camino que acababan de recorrer.

—Como ya te he dicho, de no haber poseído la agilidad que tienes, habríamos perdido la vida los dos.

—No es ningún mérito. Soy contorsionista. Aprendí a doblar el cuerpo en los escenarios.

—¿O sea, que eres acróbata?

—En cierto modo, sí. Uno de mis números consiste precisamente en meterme en una caja cúbica de un codo y medio de lado.

—Por algo me decía que esa flexibilidad tuya no está al alcance de cualquiera. He tenido muchísima suerte de encontrar una artista de tus condiciones... y de tu belleza.

El cumplido halagó profundamente a Jazmín Etéreo, que se sentó y miró sonriente a Medida de lo Incomparable. Aquella simplicidad un tanto ingenua del muchacho le había llegado al alma. Cuando el joven se puso de pie, de pronto le pareció más alto y más atlético que en la cárcel. Sobre las cabezas de ambos volaban nubes de mosquitos.

—No nos quedemos tan cerca del agua si no queremos que nos devoren —dijo el chico.

Buscando un sitio donde poner a secar la ropa, subieron hasta un repecho que formaba la orilla donde había una cabaña de pescadores abandonada.

—Entra tú primero —le propuso amablemente el muchacho.

Cuando salió de la misma con la ropa pegada a la piel, que ponía de relieve toda su anatomía, y la larga cabellera alisada con los dedos, lo que le prestaba un aire todavía más juvenil, el joven Han ya había tenido tiempo de volver a vestirse después

de escurrir el agua que le empapaba la camisa y el pantalón.

Ahora, con tiempo suficiente para poder observarlo con más detenimiento, le pareció que aquel muchacho era sumamente atractivo.

—¿Dónde quieres que vayamos? —le preguntó él.

Al oír aquellas palabras a la contorsionista se le ensombreció el semblante porque recordó lo que le había dicho el jefe Liang.

—Si vuelvo a casa, corro el riesgo de que la policía me localice. La verdad es que no sé muy bien adonde ir —le confesó.

—Tengo una tía anciana que vive en los alrededores de la ciudad. Se llama Ciruela Oscura.

—¡Qué nombre tan bonito!

—Su marido era agricultor. Es una mujer generosa y seguro que nos acogerá en su casa. Tenemos menos de dos horas de camino hasta allí.

Como estaba extenuada y no tenía dónde elegir, Jazmín Etéreo asintió con el gesto.

Bordeaba el río un camino de sirga, que decidieron seguir hasta el barrio de los fabricantes de abonos. En aquella zona era tan irrespirable el olor a tripas y a excrementos tanto animales como humanos que tuvieron que transitar por ella tapándose la boca con las manos. En aquellos lugares infectos y miserables donde finalizaba la descomposición de todo tipo de los desechos orgánicos, el trabajo no terminaba nunca. Día y noche se vertían las materias fecales en fosas a cielo abierto alrededor de las cuales se afanaban, como escarabajos peloteros, niños de ojos alucinados, hostigados incansablemente por unas enormes moscas azules y brillantes, enloquecidas por tan riquísima putrefacción. Acucillados al borde de aquellos pozos de mierda, los desgraciados muchachitos removían lentamente unos palos en la sopa nauseabunda que debía fermentar el tiempo necesario para transformarse en el «oro pardo» de los agricultores.

La pobreza extrema puede conducir a los seres humanos a situarse en el nivel más bajo de la cadena de las especies y a igualarse a los más viles insectos.

Estoica y reprimiendo lo mejor que pudo una terrible ansia de vomitar, Jazmín Etéreo atravesó la zona como el soldado atraviesa el campo de batalla: procurando no pensar y haciendo abstracción de lo que veían sus ojos y de lo que sentía por dentro a fin de permanecer incólume y no caer rendida sin posibilidad de volver a levantarse.

Tras una hora de caminata fueron haciéndose más escasas las cabañas donde vivían los preparadores de abonos y disipándose los pestilentes efluvios para ceder el paso a los perfumes propios del campo. Ahora Jazmín Etéreo descubría parcelas cuidadas donde la más pequeña porción de tierra era cultivada con esmero. Los cultivos alternaban con los arrozales y convertían la llanura en un impecable damero frecuentado por búfalos a la luz de los primeros albores del día.

Tras subir por la única colina que se perfilaba en el horizonte, se detuvieron ante una minúscula aunque acogedora casa construida con tablones y con unas ventanas

no más grandes que unas gateras, aunque adornadas con flores.

—Es la casa de mi tía —dijo Medida de lo Incomparable empujando la puerta atravesada por una gran franja roja en la que figuraban los dos hermosos caracteres *shuangxi* de la Doble Felicidad.

El interior olía a hortalizas de la huerta de la anciana. En unas cestas de mimbre, preparados para su venta en el mercado y cuidadosamente lavados por la mujer, podían verse calabacines, tomates, nabos, coles blancas y rojas, ajos, pepinos y pimientos.

Tras dejar a Jazmín Etéreo esperando junto al fregadero, el sobrino entró en la habitación de la tía, a la que encontró sentada en la cama y con la inquietud pintada en el rostro, ya que el más mínimo ruido la despertaba.

Sin embargo, al ver que se trataba de su sobrino, se le iluminó enseguida el semblante.

—Lamento haberte despertado —murmuró el muchacho inclinándose respetuosamente.

—¡No importa, soy madrugadora! ¿Qué buen viento te ha traído por aquí, querido sobrino? Tengo unas hortalizas en vinagre. Quiero que te lleves un tarro para tu padre. Me parece recordar que le encantan.

A pesar de su maltrecha espalda debido a las labores del campo, Ciruela Oscura, cuyas arrugadas manos daban testimonio de su larga vida de duro trabajo, no aparentaba los ochenta años que tenía. Una hermosa sonrisa iluminaba los rasgos regulares de su rostro arrugado como la piel de una manzana vieja, curtida por el sol y por el agua de muchas lluvias. Sin esperar a más, se levantó, se puso su vestido de algodón y, seguidamente, se acarició con la mano los ásperos cabellos que llevaba cortos como un chico y que, en torno a su cabeza, eran como una especie de casco blanco. Como todas las campesinas viejas con los pies fracturados, se deslizó hacia él a pequeños pasos y se puso de puntillas pese a sus extremidades martirizadas al tiempo que reprimía una mueca de dolor. Finalmente, como quitando importancia al hecho, ya que una mujer no debe quejarse nunca por haber sido mutilada, le dio un beso en la frente.

—Buenos días, Ciruela Oscura. Tengo que pedirte un favor.

—Sabes muy bien que tu vieja tía no te negará nunca nada.

—Mi amiga y yo buscamos un techo bajo el cual pasar unos días.

—¿Te has enamorado? ¡Una enfermedad sumamente grata! —dijo mientras observaba con aire de aprobación a Jazmín Etéreo, cuya elegante silueta se recortaba en el marco de la puerta.

—No se trata de eso..., ya te contaré —murmuró el sobrino en voz baja, aunque sin advertir que a la contorsionista no se le había escapado ninguna de sus palabras.

—Podéis disponer de mi habitación. Yo dormiré en el sobrado. Ahora las noches son suaves.

—¡No, en el sobrado dormiré yo! —protestó Jazmín Etéreo.

—Si las plantas son bonitas, crecen mejor en el invernadero —dijo la vieja campesina con una sonrisa.

—¡Sois excesivamente generosa!

Ciruela Oscura, observándola de reojo, los hizo pasar a la cocina.

—¿Queréis tomar un cuenco de sopa de calabaza? —propuso a sus visitantes.

Jazmín Etéreo saboreó con gusto el líquido aterciopelado y dorado que la mujer acababa de servirle con esa sonrisa radiante propia de la buena gente empeñada en que los demás disfruten de su cocina.

—¡Es deliciosa, señora Ciruela!

—Me he acostumbrado a las sopas —comentó la vieja campesina—. Cuando yo era pequeña, éramos tan pobres que nuestras comidas se reducían casi siempre a «sopa de hambre^[81]».

—No conozco ese plato —dijo Jazmín Etéreo, sorprendida.

—Pues para prepararlo hay que ir al bosque y recoger plantas que tengan raíz y las hojas de los árboles. Si encuentras alguna que no conoces, mejor dejarla. Y cuando llegas a casa, lo pones a hervir todo y ya tienes a punto la sopa de hambre. Si has sabido escoger las plantas, contentarás al estómago —le explicó la abuela acompañando sus palabras de gestos vivos.

Medida de lo Incomparable, que estaba muerto de cansancio, desapareció de pronto y dejó que las dos mujeres siguieran de palique y charlaran a sus anchas de mil cosas como si se conocieran de toda la vida.

Pese a la luz deslumbrante del final de la mañana, todavía dormía a pierna suelta en el único jergón que había en el dormitorio de Ciruela Oscura cuando Jazmín Etéreo se tendió a su lado procurando hacer el menor ruido posible.

—¿Puedo? —dijo, tan agotada como él, deslizándose a su lado.

—¡Claro que puedes! —murmuró él, que siguió durmiendo como un lirón.

La muchacha se tendió en el borde de la cama por miedo a molestarlo.

Al despertarse al día siguiente de madrugada, después de haber soñado que pasaba la noche haciendo el amor con Tang, Jazmín Etéreo sintió el calor del cuerpo de Medida de lo Incomparable pegado al suyo, desnudo y brillante de sudor, pero durmiendo todavía profundamente. La muchacha vio su Vara de Jade hinchada, pronta a enderezarse, y descubrió, en la funda del colchón, que era de algodón basto, unas manchas blanquecinas en forma de hoja de roble que tenían todo el aspecto de restos de jugo vital.

Quiso comprobar entonces si su sueño había sido realidad y se rozó el Valle Sutil con la yema del dedo y, sorprendida a medias, pudo comprobar que estaba inundado de rocío celestial.

Sintió, entonces, que una oleada le recorría el vientre y abría en él un surco de placer.

No pudo evitar una sonrisa y, con los ojos cerrados, tendió la mano hacia la coleta de Medida de lo Incomparable y la acarició. Los cabellos del hombre, tendido a su

lado y con evidentes signos de estar ahído de amor, ya que sonreía a las estrellas, eran suaves como la seda.

Acababa de volver una página de su vida de mujer y ahora sabía que Tang no era el único hombre capaz de proporcionarle placer y, contrariamente a lo que le había dicho, diferentes llaves podían abrir la misma cerradura.

XXV

Cantón
13 de junio de 1847

Laura Clearstone se secó la frente. Estaba empapada de sudor. El calor bochornoso del ambiente, que normalmente ya ponía a dura prueba los nervios de los habitantes de Cantón, anunciaba unas temperaturas estivales particularmente agobiantes. Al notar un ligero mareo, buscó con los ojos un taburete donde poder sentarse. Por una vez, La Piedra de Luna no se precipitó hacia ella. Parecía ausente, hasta el punto de que ni siquiera había reparado en que la hija de Barbara no parecía encontrarse bien.

Así que terminó su cuenco de sopa de fideos sazonada con guindilla, acabó por decirle:

—Laura, ¿querrás acompañarme al anticuario por una vez? No me apetece nada ir yo solo.

El tono de voz dejaba translucir cierta angustia y la joven inglesa advirtió al momento que su amante estaba más preocupado de lo que aparentaba a causa de lo que había dicho Tang en el curso de la visita que le habían hecho.

—Todos se figuran que tratan con Derecho Delante, de modo que no tienes motivo para inquietarte.

—Ya lo sé —dijo el chico, aunque sin convicción.

Como no quería alarmarla, no se atrevía a decirle que si Rosy Elliott lo llamaba por su verdadero nombre delante de los demás, corría el riesgo de tener problemas.

Laura se sentó en uno de los bancos cubiertos de polvo del patio del presbiterio. Pese a que parecía cansada, La Piedra de Luna la encontraba bellísima con aquel vestido de organdí que realzaba más aún los bucles de su cabellera, dorada natural. Se le acercó y le rozó la mano con la suya.

—Eres maravillosa.

Laura hizo como si no lo hubiera oído.

—Si me necesitas, te acompaño. ¡Te autorizo a secuestrarme! —le dijo con una sonrisa.

—Si aquí hay un secuestrado, soy yo. Y la secuestradora es esa horrible señora Elliott —exclamó, aún lamentando haberse abandonado a la impaciencia.

Hacía dos días que Rosy Elliott había anunciado a La Piedra de Luna que tenía necesidad de él para que le sirviera de intérprete en casa del anticuario Serenidad Cumplida.

—Te noto muy inquieto, amor mío. Lo que continúa preocupándote es lo que te dijo Tang. De todos modos, estás en tu derecho de negarte a visitar a ese anticuario.

—No, no puedo. Un criado de la señora Elliott me dijo que ella daba mucha importancia a esa entrevista y que un tal Jack Niggles asistiría a la misma —dijo en tono desabrido.

—El nombre me suena.

—Seguro que viste a ese tipo en la recepción del año pasado del cónsul británico. Es el director de la compañía Jardine & Matheson en China.

—Ahora que lo dices, me viene a las mientes su cara. Es un hombre bajito y más bien gordo, ¿verdad? En cualquier caso, no tengo nada que ver con ese tal Niggles ni, por otra parte, con todas esas antigüedades a las que parecen tan aficionados los Elliott.

—La otra vez el señor Elliott acompañaba a su esposa.

—¡Vaya cosa! Cuando recuerdo lo grosero que fue con mi madre ese cónsul gordo y maleducado... No tengo ni pizca de ganas de verlo —dijo Laura con voz cansada.

Toleraba mal aquel calor húmedo que pesaba en el patio inundado de sol.

—Por muy cónsul gordo y maleducado que sea, tiene poder de decisión en la repatriación de sus compatriotas cuando no disponen de los medios necesarios para pagarse el viaje de vuelta —le objetó su amante.

Laura se irguió al oírlo.

—De repente, te has vuelto muy interesado. No pareces el mismo.

—Estoy pensando en tu madre, a la que cada vez veo más pálida y más agotada. No sé si aguantará ese ritmo. Tal vez algún día tendrá que pensar en volver a su país de origen.

—Sí, la verdad es que está entregada en cuerpo y alma a la labor caritativa. Duerme poco y come menos. Si quieres que te diga la verdad, me da mucha lástima —suspiró la hija de Barbara.

Se llevó, nerviosa, la mano a los labios y se secó furtivamente los ojos en los que acababan de asomar unas lágrimas. La Piedra de Luna comprendió entonces que le ocurría algo y se arrodilló ante ella para murmurarle:

—Pero ¿se puede saber qué te pasa, Laura, amor mío? Te veo muy inquieta.

Laura se quedó pensativa, se secó con el pañuelo la frente mojada de sudor y lo miró con expresión angustiada, incapaz de pronunciar palabra, como si lo que guardaba en su corazón fuera tan inmenso que le fuera imposible expresarlo con palabras.

—Bien, cuéntame —insistió el muchacho con dulzura.

—¿Quieres saberlo?

—¡Sí!

Entonces, fijando los ojos en los del joven, murmuró con voz ahogada por la angustia:

—¿Qué pensarías si te dijera que vamos a tener un hijo?

—Me sentiría el hombre más feliz del mundo al ver que tu barriga se iba

redondeando como la panza de un jarrón *ding* —le respondió el joven con expresión encandilada.

Las palabras habían acudido a sus labios sin titubear un solo momento, demostrando con ello a su amante, por si todavía hacía falta confirmarlo, que la perspectiva lo colmaba de felicidad.

—¡Eres maravilloso! ¡Bendito sea el día que te conocí! —exclamó Laura, quitándose un peso de encima y rompiendo en sollozos.

Hacía días que Laura no vivía, pasaba de la euforia a la desesperación, se sentía terriblemente sola y desvalida ante lo que se le echaba encima.

Al principio había atribuido a una indigestión alimentaria la hinchazón que notaba en el vientre y las náuseas cada vez más frecuentes que sentía al despertarse y poner los pies en el suelo. A medida que iban transcurriendo los días, iba sintiéndose diferente, pesada, casi desdoblada. Reacia a cargar a su amante con preocupaciones inútiles, había esperado a estar completamente segura antes de ponerlo en antecedentes. Pero al final había tenido que rendirse a la evidencia, ya que sentía el mismo malestar que su madre cuando quedó embarazada de su hermano Joe. Al pensar en aquel ser cuyo corazón ya había empezado a palpar dentro de ella, le gustaba imaginarlo con ojos almendrados, ya que los de La Piedra de Luna eran muy poco oblicuos, y con los cabellos negros y lisos, brillantes y fuertes como los de su amante, a menos que fueran rubios y rizados como los de ella, y con piel de blancura nacarada, velada apenas por una adorable coloración. A buen seguro poseería esa gracia inaudita que tienen los resultados de las mezclas, ya que aquel niño sería el fruto de dos mundos diferentes, un hijo del amor.

Sería el fruto de la unión de un chino y una extranjera y, además, un ser excepcional. La situación inversa era mucho más habitual. Era corriente que las chinas quedasen embarazadas de marinos o comerciantes extranjeros que las más de las veces las abandonaban a su suerte cuando se cansaban de sus encantos. Aquellas pobres mujeres cuya prominente barriga era testimonio de su condición infamante se convertían en seres reprobados e intocables que no tenían más recurso que prostituirse o mendigar. Laura las había visto por docenas en casa del reverendo Roberts, repudiadas por sus familias tras haberlas expulsado de casa y sin tener siquiera la leche necesaria para criar a sus hijos.

Se comprenderá fácilmente que la situación en que se encontraba diera vértigo a Laura. Aunque la reacción de La Piedra de Luna, de quien no había dudado jamás, había sido un bálsamo para su corazón, no podía dejar de plantearse mil preguntas sobre su capacidad de asumir la llegada de un hijo en las circunstancias en que se encontraba.

—¡No sabes qué felicidad me has dado! Estoy loco de alegría —le aseguró La Piedra de Luna oprimiendo furtivamente el muslo de Laura.

Se puso de pie. Estaban en el patio del presbiterio y podía sorprenderlos en cualquier momento la inoportuna señora Bambridge, que rondaba incesantemente por

aquella zona.

—Solo lo sabes tú, amor mío.

—¿No lo sabe tu madre?

—Ella la que menos. Le daría un síncope.

—¿Estás segura?

—No lo consentiría. Me convertiría a sus ojos en una «madre soltera», es decir, en poco menos que una prostituta.

—¿Por qué piensas tal cosa?

—Mi madre está condicionada por su educación. En Inglaterra, los códigos sociales son muy rígidos. Y además, probablemente pensaría que, por mi edad, soy incapaz de educar a un niño.

—Pero, si te quiere, ¿por qué no va a entender lo que nos ocurre? ¿Por qué no va a ser capaz de violar las convenciones? En lo que a mí concierne, creo que tu madre es capaz de comprenderte. ¡De comprendernos a los dos!

Laura bajó los ojos y por su rostro pasó una sombra.

—Mi madre no me ha dicho nunca lo que piensa de veras —dijo tristemente la muchacha.

—Tu madre es mucho más liberal de lo que piensas. El hecho de que prefiera permanecer en China después de que su marido decidiera volver a Londres me da la razón. ¡Tienes suerte de tener esa madre!

La Piedra de Luna, que no sabía por experiencia propia qué era el amor de madre, no se cansaba nunca de hablar con la esposa de Brandon desde que esta vivía en el presbiterio del pastor Roberts. De hecho, le tenía verdadera adoración. Él se encargaba de hacer la compra y la ayudaba a preparar las comidas. A veces pasaba largas horas hablando con ella de mil cosas diferentes. Barbara, por su parte, le enseñaba palabras inglesas que Roberts no le había dado a conocer, gracias a lo cual ahora el joven chino podía sostener sin dificultad una conversación corriente. Barbara era una mujer dulce, benévola, situada a gran distancia de la actitud reservada habitual en las mujeres de su familia, a las que casi había olvidado desde el día que las perdió de vista. Deseosa de encontrar el método adecuado para convertir a los chinos a la palabra de Cristo, Barbara le planteaba infinidad de preguntas acerca de su forma de vida y de su actitud jovial característica incluso en las situaciones más adversas. La Piedra de Luna respondía siempre a sus preguntas con gran pasión, de tal modo que sus conversaciones podían prolongarse horas enteras, ya que tanto hablaban de la interpretación del culto a los antepasados como de la manera de quemar los bastoncillos de incienso delante de los minúsculos tabernáculos o de las cualidades respectivas de Men Shen, el dios de las Puertas, y de Cai Shen, el de la Riqueza y de la Suerte, por no citar también a Guan Yin, la forma femenina del *bodhisattva* Avalokiteshvara, que se encargaba de proporcionar niños a las parejas estériles y en quien Barbara Clearstone tenía tendencia a ver un avatar de María, la madre de Cristo.

Al escuchar a su amante mientras hablaba con tanta convicción, Laura comenzaba a ir adquiriendo conciencia del carácter paradójico de su propia actitud. ¿Negar a su madre capacidad para cuestionar sus propios principios, no era en realidad demostrar una rigidez equivalente?

Cuando La Piedra de Luna hubo terminado su enérgico alegato, ella le dijo:

—Quien tiene razón eres tú, La Piedra de Luna. ¡Al diablo los tapujos! Voy a anunciar a mi madre que espero un hijo tuyo.

—Me gustaría estar presente cuando se lo digas.

—Se lo diremos juntos. De todos modos, no hay nada que pueda hacerme renunciar al amor que siento por ti. Lo único que cuenta es el cariño que nos une —le dijo ella, y después se levantó y lo llevó a un rincón del patio donde nadie pudiera verlos ni oírlos—. Ahora ya solo tengo que hacerte una pregunta —añadió.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Laura retuvo un momento el aliento, se asió a su brazo y, con voz vibrante pero ahogada por la emoción, dijo:

—¿Estarías dispuesto a irte de aquí conmigo?

Los ojos de la inglesa centellearon como para testimoniar su fuerte voluntad de asumir plenamente el nuevo destino que ahora se abría ante ellos.

La Piedra de Luna, bajo los efectos de la impresión, había tragado saliva.

—¿Quieres que nos vayamos de Cantón?

—No puedo soportar por más tiempo ese lúgubre presbiterio donde solo se distribuye comida a los pobres si aceptan creer en Dios —declaró Laura con dureza.

Al joven Han le latía el corazón alocadamente al comprobar cómo se aceleraban los acontecimientos. Por tanto, respondió sin titubear:

—Estoy dispuesto a ir contigo hasta el otro extremo del mundo. Cruzaré la Gran Muralla si es preciso. ¡Y enseguida, además!

—Pero antes debo decírselo a mi madre. Si me marchase sin darle una explicación, no llegaría a recuperarse nunca. Y además, está Joe.

—Podríamos llevárnoslo. Me entiendo muy bien con él.

—Eres formidable, pero no sé si sería posible. Joe no está en posesión de todas sus facultades. Cuando tiene crisis, se pone imposible.

—A tu hermano le gusta mucho andar. Estoy seguro de que nos seguiría de mil amores.

—Quizás me equivoco al preocuparme tanto por él, ya que ni siquiera sé si advertiría que me había ido —dijo Laura, a la que acababa de ponérsele un velo de tristeza en la mirada.

—¡Exageras!

—Tal vez sea por culpa de mi estado —dijo la chica medio en broma.

—Por otra parte, si quieres, no voy a la entrevista que ha programado la señora Elliott.

Laura fijó sus ojos en los del muchacho y dijo, radiante de alegría:

—Iremos juntos. A lo mejor nos enteramos de lo que trama en Cantón ese curioso príncipe Tang.

—Por grandes que sean los obstáculos que encontremos de camino, los superaremos, porque la suma de nuestros esfuerzos nos hará más fuertes —dijo con un suspiro el hijo de Daoguang, a punto de llorar de emoción y acariciándole subrepticamente una mejilla.

—¡Es verdad!

—¿Sabes qué dijo el filósofo Zhuangzi a propósito de eso mismo?

—¡No!

—Que el camino se hace al andar.

—¡Qué máxima tan hermosa! —dijo la muchacha, rendida al amor, y arriesgándose a juntar los labios con los de su amante y a darle un largo beso.

* * * *

Cuando, dos horas después, llegaron al consulado británico, lo primero que hicieron fue abrirse paso trabajosamente entre el habitual ejército de vocingleros congregados ante la puerta, los cuales protestaban a gritos contra la ocupación extranjera armados con horcas y picas que blandían al cielo mientras un reducido grupo de soldados ingleses, provistos de fusil, mantenían a raya a toda aquella chusma.

El indio calvo y calzado con guantes blancos que cubría la función de mayordomo en casa del cónsul Elliott ya les esperaba en la escalinata de entrada indiferente a lo que ocurría.

—Seguidme, por favor. El señor y la señora Elliott os están esperando en el salón junto con el señor Niggles —les anunció con la debida compunción.

Así que entraron, reconocieron al momento al comerciante de opio, sentado en un sillón situado delante del matrimonio consular, y vieron, a su lado, a un hombre joven de tipo occidental.

—¡No sabéis lo contenta que estoy de veros! —exclamó Rosy Elliott abalanzándose sobre los dos como el águila sobre su presa.

—¿Cómo está esa juventud? —preguntó el cónsul con voz más aflautada que de ordinario haciendo desaparecer seguidamente bajo su poblado bigote el borde de la fina taza de porcelana de Wedgwood que sostenía en la mano y dejando escapar un silbido entre los labios al ingurgitar el té hirviente.

Después de lo ocurrido con Barbara Clearstone, Charles Elliott esperaba cualquier cosa menos ver desembarcar a Laura en el consulado, aunque, haciendo honor a su dignidad de caballero, el viejo militar optó por seguir como si nada. Aun así, sabiendo que quedaba descartado poner en el mismo saco a un chino y a una compatriota, tendió la mano únicamente a Laura y procuró evitar la mirada de La Piedra de Luna.

—Sin duda, conocéis al señor Jack Niggles, ¿verdad? —preguntó Rosy a la joven inglesa.

Había adoptado el tono perentorio propio de la gente mundana que hace ese tipo de falsas preguntas a sus invitados esperando que respondan con un sí.

—Por supuesto —respondió Laura cogiendo con delicadeza la taza de té que el mayordomo acababa de servirle.

No quería agravar el caso de la familia Clearstone saltándose los códigos de la etiqueta.

—El señor Vuibert es un amigo francés de Jack Niggles que también está muy interesado en las antigüedades chinas. Además, se expresa en perfecto inglés, ¿verdad, señor Vuibert? —añadió Rosy indicando al joven aprendiz de diplomático y esbozando una sonrisa de bestia carnícera.

—Procuro, por lo menos, no caer en el ridículo —respondió Antoine sonriendo complacido, sobre todo porque encontraba particularmente seductora a la joven Laura Clearstone.

—¡Antoine habla perfectamente nuestra lengua! —corroboró Niggles, quien hasta aquel momento se había contentado con comerse al francés con los ojos.

—¿No os sentís muy desplazado en Cantón, *mon cher*? —preguntó el cónsul, dedicando al francés aquella expresión típica.

—La ciudad es realmente muy diferente de Shanghái, sin contar, además, que el clima parece aquí mucho más húmedo —respondió, cortés, Vuibert.

—¿A qué os dedicáis, señor Vuibert? —preguntó Elliott.

—A decir verdad, señor cónsul, pienso dedicarme a lo mismo que vos.

—¿A la diplomacia?

—Debo colaborar con el futuro cónsul de Francia cuando se instale en Shanghái.

—¡Fantástico! —exclamó el viejo militar con una expresión facial que revelaba muy a las claras lo que pensaba de los franceses en sentido general y de la diplomacia francesa en particular.

—La corona de Francia quiere aprovechar el tratado de Whampoa para instalar su propia concesión en Shanghái, ¿verdad, Antoine? —intervino Niggles en tono jovial.

—Exactamente —respondió lacónicamente el interesado, decidido a hablar lo menos posible sobre el asunto.

Se hizo un momento de silencio y apareció un criado con una bandeja llena de scones^[81ba] aún humeantes.

—¡Habládnos un poco de vuestro viaje, querido Jack! —dijo en un cloqueo la señora Elliott—. Si supierais cuántos pobres ingleses han tenido la desgracia de llamar la atención de los salteadores de caminos entre Cantón y Shanghái... —añadió la mujer dirigiéndose al francés.

—Pues nosotros hemos circulado sin mayores inconvenientes, ¿verdad, Antoine? En todo caso, si nos hemos cruzado con esos salteadores de caminos de que me habláis, no nos dieron tarjeta de visita —bromeó el director de la filial china de

Jardine & Matheson.

Niggles, que parecía otro desde que había conocido a Antoine, no paraba de hacer chistes.

De todos modos, el viaje, que habían cubierto a caballo, no había permitido a Niggles llegar muy lejos en su propósito de seducción del joven e interesante francés. Las largas etapas de ciento cincuenta kilómetros, agotadoras tanto para los jinetes como para sus monturas, no le habían dejado tiempo para más. Hacía once días que los dos hombres habían salido de Shanghái y atravesado de un extremo a otro las provincias de Zhejiang, Fujian y Guangdong, recorridas en toda su extensión hasta la víspera, cuando por fin habían llegado a Cantón.

En el curso de aquel largo periplo, Antoine había podido admirar la infinita variedad de paisajes del campo chino: la quietud adormecida de las tristes llanuras de los alrededores de Shanghái, la extraña animación de las colinas esculpidas en arrozales de Fujian, donde los hakka acostumbran a construir sus extrañas casas fortificadas circulares que por la mañana emergen de la bruma y, para terminar, la irrefrenable histeria de la que parecen poseídos los acerados picos y dentadas crestas de la montaña Wuyi, al pie de la cual fluyen las aguas límpidas y ricas en peces del río de los Nueve Meandros. El francés había quedado fascinado ante el espectáculo de las montañas al levantarse el día, cuando se disuelven en el azul los vapores matinales a medida que van desintegrándose. Sus laderas rocosas parecían correr al encuentro de las neblinosas ondulaciones de los bambúes que crecen más abajo y que parecían a su vez subir bravamente al asalto del cielo como dos manadas de caballos que galopasen enfrentadas para juntarse en una sola. Respondía al hechizo de aquellas nubes verdes el espacio azul, hasta el punto de que iban sucediéndose colinas, valles, cañadas y llanuras, superponiéndose y a veces amontonándose tal como se representan en las pinturas chinas.

Pero aquella belleza natural no estaba exenta de múltiples y sorprendentes contrastes.

En realidad, en el corazón mismo del esplendor de los bosques vegetales, minerales y acuáticos de infinitos colores, difuminados cuando hay bruma, rutilantes hasta el deslumbramiento cuando brilla el sol, con sus delicados olores, anidaba una inmensa miseria humana encarnada en las más diversas formas.

Pequeños propietarios arruinados, campesinos expulsados de sus minúsculas parcelas, mandarines civiles y oficiales del ejército que ya no cobraban sueldo alguno: el estado de descomposición de la sociedad china, donde la expoliación del campesinado por obra de los ricos *war lords*, los señores de la guerra, había sido el fermento principal, exhibía todos sus miasmas a plena luz. Cientos de miles de pobres de todas las edades erraban por los caminos en busca de comida. Para aquellos desheredados que ni siquiera podían pagarse una sopa de hambre, la rapiña y el bandolerismo se habían convertido en su único medio de subsistencia. Por no haber sido aniquiladas al nacer, niñas cubiertas de harapos, más esqueléticas que los niños

de su misma edad, mendigaban alimento en las entradas de los pueblos, obligadas a estar allí por sus padres en la esperanza de que algún mercader de esclavos o algún suministrador de prostitutas a los burdeles se fijase en ellas para así poder ahorrarse su alimento. En aquellos campos remotos donde la gente vivía tan miserablemente, hasta los excrementos eran objeto de mercadeo. Era habitual encontrar campesinos que cortaban el paso y no dejaban circular a menos que se vaciasen las tripas en su letrina, designada para la ocasión con el nombre de «casita preciosa» o «gabinete inestimable».

La felicidad de la naturaleza se hacía eco de la desgracia de los hombres.

El francés, que únicamente habría querido conservar de aquel viaje imágenes de belleza y serenidad, se perdía en sus pensamientos y obligaba con ello a Niggles a reiterar sus palabras para hacerlo reaccionar.

—De no haber contado con la preciosa ayuda del señor Niggles, yo no habría podido hacer el viaje —farfulló Antoine.

—Cuando se pronuncian los nombres de Jardine & Matheson, se abren como por milagro todas las puertas y desaparecen uno tras otro todos los obstáculos —intervino la gorda inglesa con exagerada y servil adulación.

—Oye, cariño, me parece que ya va siendo hora de salir —declaró Elliott irguiendo su imponente silueta en el sillón.

Y a continuación, henchido de orgullo y dándose aires de conspirador, dirigió la mirada hacia el mercader de opio:

—Perdonadme, Jack, pero esta vez no podré acompañaros a casa del anticuario. Tengo que revisar dos despachos importantes para el Foreign Office y mañana de madrugada sale el próximo barco hacia Hong Kong.

—No hay problema, querido Charles Everett. Todos estamos agobiados por obligaciones profesionales ineludibles —exclamó Niggles en tono jovial forzado, propio de las conversaciones mundanas.

—Ya debéis saber que en Londres son muy pocos los enterados de la situación china. Por eso tengo que explicarles una y otra vez y continuamente hasta la saciedad cómo van las cosas por aquí —suspiró el cónsul levantando los ojos al cielo.

—Los que se pasan la vida sentados en sus cómodos despachos tienen grandes dificultades para comprender la realidad —admitió Niggles, que en aquel momento estaba pensando en Nash Stocklett y en las comunicaciones incomprensibles con que el puntilloso contable bombardeaba a los directivos de las filiales.

—Rosy, te confío a nuestros amigos —terminó el diplomático despidiéndose así de los visitantes.

—Parecís ausente, querido amigo —dijo Niggles, que observaba con atención a Antoine Vuibert, el cual no había apartado los ojos de Laura desde que esta había entrado en la habitación.

El mercader de opio, bastante crispado, estaba plenamente decidido a no dejar que su protegido *baby face* sucumbiera a los encantos de aquella inglesita romántica.

—Necesito dormir, señor Niggles. Con este calor me cuesta mucho conciliar el sueño —se disculpó el francés.

—Pasaremos por el parque y así evitaremos toda esa horrible chusma apostada en la entrada que todo el santo día nos impide salir por la puerta principal. Charles Everett y yo no cesamos de preguntarnos cuándo se dignará la policía desembarazarnos de esos pordioseros que nos quitan la vista —exclamó Rosy Elliott como quien habla de desembarazarse de un montón de basura.

Laura dirigió una mirada consternada a La Piedra de Luna, quien le respondió con una sonrisa de connivencia. En aquel momento Laura lamentó ser inglesa y hubiera dado cualquier cosa para dejar plantada en el sitio a aquella mujer que era la vergüenza de su país.

* * * *

Abandonaron el consulado por la puerta situada en el fondo del jardín y de ese modo pudieron dar un rodeo y evitar la multitud de indigentes que, en constante aumento, se agolpaban delante de la entrada principal de la casa. Los soldados tenían grandes problemas para contener el empuje de un populacho cada vez más exaltado en el que destacaban algunos que, levantando el puño, no dejaban de gritar consignas abiertamente anglóforas. Laura pudo percatarse de que aquellos hombres macilentos e hirsutos estaban dispuestos a la revuelta y era evidente que no tenían nada que perder. Indiferente a la desesperación de aquella multitud, la mujer del cónsul se puso al frente del cortejo de amigos suyos como si allí no pasara nada.

—La Piedra de Luna, ¿queréis venir, por favor? —le ordenó en tono imperioso acompañando las palabras de un gesto enérgico dirigido al interesado.

—Esa mujer es horrible —tuvo tiempo de murmurar la hija de Barbara a su joven amante.

—Temía que me fallaseis. Me sois indispensable. El anticuario al que vamos a visitar no habla una sola palabra de inglés —le dijo la mujer del cónsul.

—Contad conmigo, señora Elliott.

—¡Pues dadme la mano! ¡Cómo están estas calles! —no pudo por menos de exclamar con aire despreciativo al comprobar que acababa de meter el pie izquierdo en un charco embarrado que les impedía el paso.

El muchacho la obedeció y, haciendo mil esfuerzos, como el cornaca que intenta que un elefante vadee un río, la ayudó a franquear el obstáculo sin que su desagradable contenido dejara excesivas huellas en los bajos de su vestido. Pese a que la mujer ni siquiera se dignó darle las gracias, el muchacho consideró que era el momento oportuno de hablarle.

—Señora Elliott...

—¿Sí?

Había otra acumulación de fango a la vista y la gorda inglesa volvió a tenderle la

mano.

—Tengo que pedirlos un pequeño favor.

—Tú dirás.

—¿No podríais llamarme, a partir de ahora, Derecho Delante?

La ayudó a situar el pie en una gran piedra y a dar después un saltito para que no metiera el otro en el estiércol.

—Encuentro que La Piedra de Luna es un nombre mucho más bonito que Derecho Delante.

—Pero Derecho Delante es mi verdadero nombre. En cambio, últimamente he descubierto que La Piedra de Luna suena pésimamente a oídos de los anticuarios.

—No lo sabía.

—He sabido que suelen designar con ese nombre a los objetos que carecen de valor, pero que a ellos les cuestan muy caros. Como oigan la expresión, corremos el riesgo de comprometer una buena negociación. Por eso he querido advertiroslo, señora Elliott —terminó La Piedra de Luna esforzándose en adoptar el tono más perentorio posible.

—Has hecho bien en decírmelo, Derecho Delante —le respondió Rosy, profundamente reconocida al chinito al ver que se preocupaba tanto de sus intereses.

Detrás de ellos, Antoine Vuibert, totalmente fascinado, intentaba trabar conversación con Laura Clearstone. El aprendiz de diplomático se moría de ganas de saber más cosas que explicasen la presencia en el consulado de aquella inglesa de espléndida y deslumbrante cabellera.

—Me parecéis muy curioso, señor. No soy ni la primera ni la última inglesa de mi edad que pisa suelo chino y visita a un comerciante de antigüedades —acabó por decirle la muchacha, bastante molesta, después de que él la hubiera estado bombardeando a preguntas a las que ella se limitaba a responder con una sonrisa enigmática.

—No importa, pero me tenéis fascinado —le respondió Antoine, empeñado en hacer el papel de seductor y que, al pisar una piel de mango, faltó poco para que cayera cuan largo era en un charco fangoso que Rosy Elliott había conseguido sortear.

—En Cantón hay que vigilar dónde pone uno los pies —le advirtió Laura con afectación.

Aquella muchacha le parecía cada vez más atractiva... y más apetitosa.

—La culpa la tienen mis ojos porque siempre se fijan en las cosas bonitas.

—No sé adonde queréis ir a parar —le espetó la joven antes de dejarlo con la palabra en la boca para ir a reunirse con La Piedra de Luna, que continuaba abriendo la marcha al lado de la mujer del cónsul de Inglaterra.

Furiosa, Laura dijo por lo bajo a su amante:

—El francés ese es un patán. Acaba de someterme a un verdadero interrogatorio. Pero no me he dejado cazar.

—Ya he visto que se había fijado en ti. He observado que, desde que hemos entrado en el salón del cónsul, no te quita los ojos de encima.

—Odio a esa clase de hombres que se consideran el ombligo del mundo por el simple hecho de que son guapos. ¡Por fortuna, tú no eres así! —exclamó Laura, lo que arrancó una carcajada al muchacho. Por prudencia, sin embargo, se contuvo. No era el lugar ni el momento de exhibir a plena luz la complicidad que tenía con Laura.

Seguía lloviendo de forma persistente cuando, una hora más tarde, llegaron a casa de Serenidad Cumplida tras un agotador periplo a través de callejones transformados en torrentes fangosos, calados hasta los huesos y cubiertos de barro hasta la cintura. Después de rogarles que se quitaran los zapatos, el anticuario los dejó penetrar en su reserva. Sumidos en un silencio religioso había dos dependientes ocupados en quitar el polvo de unas espléndidas porcelanas «azul y blanco» de la época Ming, estilo de vajilla fabricada por los chinos en el siglo XIV y exportada a Europa, donde era muy apreciada, a través de la Compañía de las Indias. Su fabricación revelaba un dominio absoluto de los procedimientos de cocción, puesto que el polvo de cobalto utilizado en su decoración era susceptible de virar del azul al negro con el menor cambio de temperatura.

—Serenidad Cumplida, os presento a un amigo, el señor Niggles. El señor Niggles es un gran amante de las antigüedades chinas. Derecho Delante, os ruego que traduzcáis, por favor —le ordenó en tono autoritario Rosy Elliott, de la que no se separaba La Piedra de Luna.

El anticuario inclinó ligeramente la cabeza en dirección al mercader de opio y dijo con énfasis:

—Encantado de conoceros, señor Niggles. Bienvenido a esta casa. Haced como si estuvierais en la vuestra.

La mujer del cónsul adoptó el papel que exigían las circunstancias y, como una actriz que declamara su papel, declaró:

—Hemos venido para proceder a la selección definitiva y concluir la transacción. ¡Lo esencial ya está hecho!

—Son cosas que conviene acordar sobre la marcha, delante de los objetos que se quieren adquirir, no por correspondencia —respondió sobriamente el anticuario obligándose a sonreír.

Se le acababa de atravesar la arrogancia de Rosy Elliott.

Hay que puntualizar que la gorda inglesa estaba cada vez más excitada y segura de sí misma, por lo que iba de mesa en mesa como si estuviese en su propia casa, sopesando y palpando una por una todas las rarezas que allí se exponían como si ya le perteneciesen. Y así fue como se tropezó con un cuenco celadón de decoración secreta correspondiente a la época Song, del que se apoderó con avidez. Sin el menor recato, con sus dedos como morcillas, manoseó con vulgar toqueteo el recipiente en forma de tulipán cuyas paredes eran tan finas que bastaba con ponerlo a contraluz para descubrir sus suntuosos adornos floreados.

—¡Este es para mí! —exclamó como el cazador que habla de una presa.

—Ese utensilio, señora, vale una pequeña fortuna. Y, además, su fragilidad es extrema —quiso precisar Serenidad Cumplida, que ya empezaba a hartarse de las libertades que se tomaba aquella molesta denta.

Pero esta, a quien le tenían absolutamente sin cuidado las observaciones del anticuario, ni siquiera se tomó la molestia de responderle. Designando con gesto de entendida a Niggles los centenares de cuencos «azul y blanco» de la época Ming que los empleados de Serenidad Cumplida acababan de limpiar, dijo al mercader de opio:

—Jack, quedaos con ese lote. Os aseguro que no lo lamentaréis. Confiad en mi experiencia. Blancos y azules de esa calidad no se encuentran a la vuelta de la esquina.

—¿De dónde procede esa vajilla? —preguntó Niggles.

—Me la proporcionaron unos piratas. Formaba parte del pecio de un barco hundido por los japoneses en las costas de Singapur —precisó con voz monocorde Serenidad Cumplida, que hacía inmensos esfuerzos para conservar la calma.

—Una vez embalada la mercancía, ¿en cuántas cajas creéis que podría haber la totalidad de la misma? —preguntó el director de la filial china de Jardine & Matheson, que no ocultaba su interés por todo aquel conjunto cuya rareza acababa de ponderarle Rosy Elliott.

Serenidad Cumplida tuvo que adoptar un tono violento para responder:

—Diez cajas como máximo. Por supuesto que nosotros nos encargamos de protegerlo todo contra los golpes. Contamos con empaquetadores propios.

Deseoso de saber cuál era su grado de motivación, Niggles fijó con insistencia los ojos en los de Vuibert. El francés, consciente del peligro, supo resistir la mirada y esbozó una vaga aquiescencia.

—Estoy interesado en la mercancía. ¿Cuánto pedís? —planteó el mercader de opio entrando en materia y lanzando una mirada de soslayo a *baby face*.

—Jack, lo mejor sería pedir a ese hombre que nos hiciera un precio global. Seguro que todos saldríamos ganando, vos y yo —le musitó Rosy Elliott, que ahora respiraba de una forma jadeante que traicionaba su excitación.

—Tenéis razón. Os cedo el papel de juez... —admitió en voz baja el mercader de opio.

Clavando las pupilas en las del anticuario, la mujer del cónsul hizo una profunda aspiración y procedió a asestar la estocada:

—¿Cuánto pedís por la totalidad de vuestras existencias, Serenidad Cumplida?

—¿Queréis comprarlo todo? —exclamó, pasmado, el anticuario.

—Eso he dicho. A nosotros, a mis amigos y a mí, nos interesa la totalidad de los objetos de este almacén —suspiró la gorda inglesa levantando los hombros, convencida de que al anticuario habría de parecerle una maravilla una proposición tan tentadora como aquella.

—Necesito unos momentos de reflexión. Tengo que hacer unos cálculos —

murmuró Serenidad Cumplida, cansado de tanta arrogancia y juzgando que frisaba la inconsciencia.

—Tomaos el tiempo que queráis —concedió con aire de satisfacción Rosy Elliott, después de lo cual lanzó una ojeada intencionada a Niggles.

Mientras Serenidad Cumplida se retiraba a su despacho con expresión sombría llevándose el ábaco y el libro de contabilidad, un criado les sirvió unas tazas de té.

Rosy se sentía en la gloria.

—¿Qué os ha parecido, Jack? Yo creo que he obrado con astucia proponiéndole que nos lo vendiera todo. De ese modo, vos y yo podremos escoger después tranquilamente.

—¿Qué pensáis vos, Antoine? —dijo Niggles en tono seco volviéndose hacia el francés.

Este, absorto en la contemplación de la inglesita, se había quedado al margen y tomaba el té vuelto hacia la ventana, por lo que se había perdido las últimas palabras del mercader de opio.

—¿Sobre qué cosa exactamente queréis conocer mi opinión, señor Niggles? —dijo, algo molesto por haber sido sorprendido en flagrante delito de distracción.

—La señora Elliott quiere comprar todas las existencias de este anticuario. ¿Qué os parece?

—Pues... bien..., me parece bien, señor Niggles —farfulló Antoine.

—No parecéis interesado, querido amigo.

—Todo esto es nuevo para mí, señor Niggles.

—¡Y yo que me figuraba que queríais ser mi socio en el comercio de antigüedades! —le soltó, en tono ofendido, Jack.

Consiguió lo que quería, ya que de inmediato, como un alumno cogido en falta, el francés esbozó ante él una especie de respuesta al toque de atención y le declaró en voz baja:

—Y sigo queriéndolo, señor Niggles, y por eso os ruego que me disculpéis. Tenía la cabeza en otro sitio.

—Ya me he dado cuenta. En la vida, querido amigo, si uno quiere salir adelante, debe perseverar..., ¡perseverar siempre! —le espetó el mercader de opio con risita de conejo.

En realidad, si no se hubiera contenido, habría dado rienda suelta a su indignación. Estaba que echaba chispas. Después de no regatear esfuerzos para que Antoine, con indirectas, miradas y halagos prodigados durante todo el viaje, entendiera que no le era en absoluto indiferente, era lógico que viese con malos ojos la transformación que se había operado en el francés en el momento en que, en el salón del cónsul Elliott, había hecho aparición Laura. Le resultaba insoportable la idea de que, por culpa de aquella joven compatriota, pudiese escapársele *baby face*.

Rosy se les acercó con una sopera de la Compañía de las Indias en la mano.

—¿Qué me decís de este servicio, Jack? Consta de doscientas treinta piezas.

Estoy convencida de que sería del gusto de nuestra *gentry*. Y además, esa vajilla combina maravillosamente con los «azul y blanco».

—Es posible —respondió distraídamente el interesado.

Pero esto importaba muy poco a la mujer del cónsul. Infatigable siempre, había pasado a hacer un minucioso recuento de todos los discos de jade de Serenidad Cumplida cuando se vio interrumpida en su tarea por el retorno de este.

—¡Venga, preguntadle rápido en qué quedamos! —gritó refiriéndose a La Piedra de Luna sin mirar siquiera al anticuario.

El joven chino se volvió hacia este y le tradujo la pregunta. La respuesta de Serenidad Cumplida fue inmediata.

Y, como mínimo, desabrida.

—Pues quedamos en que no deseo vender mis existencias a unos narigudos que se creen en tierra conquistada.

Tras unos segundos de vacilación, La Piedra de Luna se vio obligado a traducir sus palabras.

—Fijaos en la cara de Rosy Elliott —exclamó Antoine dirigiéndose a Laura así que el joven chino hubo terminado la traducción.

—Era un hecho que la mujer del cónsul, cuyo rostro había pasado directamente al color escarlata, temblaba como si acabasen de pegarle un par de bofetones. Frente a ella, Serenidad Cumplida, con las mandíbulas apretadas y expresión porfiada, no decía esta boca es mía y la desafiaba con la mirada.

—Si yo fuera ese anticuario, actuaría igual que él. Encuentro que esta mujer hace gala de una ordinariez repugnante —dijo por lo bajo la inglesa al francés.

—Opino lo mismo. Como dicen en mi tierra, no se cazan moscas con vinagre —afirmó Antoine.

Pasados unos instantes de estupor que la dejaron estupefacta, Rosy se acercó, furibunda, al anticuario. Su mirada iba de Niggles a Serenidad Cumplida. Sabía que había apostado fuerte y que su credibilidad estaba en juego. Si el anticuario persistía en su negativa, podía despedirse de las facilidades de transporte que esperaba conseguir del director de Jardine & Matheson, aparte de que quedaba a la altura del betún a ojos de este.

—Deberíais reflexionar. ¿Y si resultase que el precio fijado por vos es el que estoy dispuesta a pagar? No creáis que es tan fácil encontrar a un comprador dispuesto a adquirir de golpe todas vuestras existencias al precio que vos aspiráis conseguir —insistió la mujer, amable de pronto.

Pero fue entonces cuando de labios de Serenidad Cumplida salió el veredicto que era de prever:

—No se trata de precio, señora. Es inútil que insistáis. Os lo digo de una vez por todas: no hay más que hablar —dijo el hombre antes de desaparecer de improviso.

Rosy Elliott se quedó lívida y acusó el golpe.

—¿No os parece que ya hemos perdido bastante tiempo, señora Elliott? —

observó Niggles con voz monocorde.

—Me siento confusa, Jack. Es la primera vez en la vida que veo a un chino que se niega a aceptar dinero. En general, el dinero les atrae igual que a las moscas una cosa que yo me sé. La actitud de ese individuo es, para calificarla de algún modo, incomprensible. Espero que no me lo tengáis demasiado en cuenta. Pero estoy en posesión de otras direcciones. ¡No está todo perdido! —exclamó Rosy, que no sabía dónde meterse mientras uno de los dependientes del anticuario los acompañaba hasta la salida.

Había cesado la lluvia. Del cielo metálico descendía un calor sofocante y el ambiente estaba impregnado de humedad hasta el límite de lo soportable para los occidentales. Rosy, roja como un pimiento y empapada de sudor, seguía justificándose pese a que Niggles, harto de tanto parloteo, dejó de concederle ocasión de atenuar la catástrofe. La hizo enmudecer con un gesto de la mano a la manera que un policía da el alto a un convoy y le espetó en tono tan cansado como molesto:

—Entretanto, me han entrado ganas de ir a cenar tranquilamente con mis amigos.

Rosy Elliott no tuvo más remedio que desaparecer con expresión sombría sin añadir palabra.

Niggles, por su parte, considerando que la única manera de evitar que *baby face* siguiese a merced de la fascinación que Laura Clearstone ejercía sobre él consistía en poner al mal tiempo buena cara, añadió con forzada jovialidad:

—Si sabéis alguna dirección que valga la pena, amigos míos, es el momento de dárnosla, porque os aseguro que tengo el estómago por los suelos.

—¿Vamos al Dragón Rojo? Es un barco-restaurante muy famoso —propuso La Piedra de Luna.

—Es muy tarde. A esta hora el Dragón Rojo ya ha zarpado —murmuró Laura, que habría rechazado con gusto la invitación de Niggles.

Volvió a tener náuseas y se moría de ganas de tumbarse.

—¡Probemos! —insistió Antoine, a quien la perspectiva de pasar la velada con la muchacha no le disgustaba en absoluto.

Era imposible que el restaurante flotante, que seguía en el muelle, pasase inadvertido. Su casco estaba pintado de bermellón y adornado con una proa desafiante en forma de máscara de dragón Taotie de ojos desorbitados. El dragón flotante se encontraba muy bien guardado. Todo un ejército de marineros con librea roja ahuyentaban, látigo en mano, a mendigos y mirones, impidiéndoles acercarse demasiado.

Se unieron, pues, a la cola de comensales que se disponían a cenar a bordo en la esperanza de que habría plazas disponibles. Cuando el jefe de camareros comenzó a farfullar diciendo que no había ninguna mesa para cuatro personas en la cubierta superior, bastó que Niggles sacara del bolsillo del chaleco un *liang* de plata para solventar el problema y conseguir uno de los mejores sitios en la parte delantera del barco.

A muy poca distancia, detrás de un biombo, Laura Clearstone vio unas jaulas en las que perros, gatos, marmotas, serpientes y monos esperaban turno para ser despedazados por los cocineros.

En China, cuanto más corto es el lapso de tiempo entre el momento en que se mata el animal y el de consumirlo, cualquiera que sea la especie de que se trate, más se estima que su carne conservará el hálito y energía vitales que posee el animal. Por consiguiente, la mayoría de grandes restaurantes disponen de un *vivarium* que puede decirse que está a medio camino entre el corral y el parque zoológico.

La inglesita, a quien el amor a los animales la habría conducido fácilmente al vegetarianismo, no pudo evitar un estremecimiento al observar lo que a sus ojos era pura barbarie.

Un camarero distribuyó las cartas donde los platos más populares eran descritos a través de poemas muy bien versificados. A su alrededor se oían risotadas y palabrotas. La velada se anunciaba muy animada y entre los comensales ya había comenzado la fiesta. La mayoría tenían a mano una botella de licor confeccionado con alcohol de arroz, de la que se servían generosos tragos.

—Voy a preguntarles sí tienen siluro. Es el habitante más sabroso del río y, cocido con un potaje a base de setas negras, es delicioso —observó La Piedra de Luna para gran satisfacción de todos levantándose y dirigiéndose a la cocina.

Incapaz de aguantar por más tiempo y aprovechando la ausencia de Niggles, que se había ausentado para satisfacer una necesidad apremiante, Antoine Vuibert consideró que había llegado el momento de proponer a Laura Clearstone:

—Me encantaría invitaros a comer un día de estos... pero, sola. El chinito es muy simpático, pero bastante pesado, ¿no os parece?

Antoine Vuibert estaba lejos de imaginar de qué naturaleza eran los lazos entre la muchacha y La Piedra de Luna. En términos generales, ningún extranjero perteneciente al sexo fuerte habría supuesto, en aquella época, que pudiera existir un idilio entre un chino y una extranjera.

—Será difícil. No disfruto de libertad de movimientos porque tengo que ocuparme de mi hermano pequeño.

—¿Cómo se llama?

Laura, molesta por la curiosidad del francés, fingió no haber oído la pregunta y se contentó con añadir:

—Mi madre está sola y únicamente cuenta conmigo para que lo vigile. ¡En casa no tenemos *amah*^[81a]!

—Pero un hermano pequeño no tiene por qué complicar la vida a su hermana. ¡Aquí abundan las *amahs*! —exclamó torpemente Antoine Vuibert.

—Habláis de lo que no sabéis. No me hacen falta vuestros consejos —le replicó Laura en tono áspero.

—Pero no iréis a decirme que una *amah* resulta cara en esta tierra. En Shanghái pago a la mía tres *liang* de bronce por semana, cantidad inferior a lo que cuesta una

buena comida en un restaurante especializado en crustáceos —consideró oportuno añadir el francés, sin darse cuenta de que cuanto más hablaba, más empeoraba las cosas.

Sus palabras precipitadas le valieron una réplica hiriente de la inglesa:

—Se trata de una cuestión de principios, señor Vuibert. Aquí hay dos clases de extranjeros: los que se aprovechan del país de forma desvergonzada y los que ayudan a la inmensa mayoría de chinos a salir adelante pese a las precarias condiciones que deben afrontar a lo largo de su existencia.

Lo dijo de forma tan tajante que Antoine, cogido por sorpresa, acusó el golpe, por lo que intentó enmendar la metedura de pata.

—¿Por qué me situáis de buenas a primeras entre los explotadores, señorita Clearstone?

—Me baso en vuestras palabras.

—¿Se puede saber qué he dicho de malo?

—No soy quién para indicároslo.

—Sois muy dura con vuestro humilde servidor, señorita Clearstone.

—El calor me fatiga sobremanera —dijo Laura, que no estaba interesada en proseguir la conversación.

Antoine, cuyo amor propio había salido herido de aquella batalla verbal, apretó los puños y escrutó a la hija de Barbara en actitud que tanto tenía de suplicante como de ofendida.

—Considerad, señorita, que precisamente estaba preguntándome si querríais que fuésemos amigos —farfulló, desesperado.

—Si respondiera afirmativamente, mentiría.

La réplica había salido imparable, lo que dejó al francés estupefacto ante el aplomo de que hacía gala la joven inglesa. Como por lo general caía bien al género femenino, estimó que había recibido un trato terriblemente injusto. Se perdía en conjeturas. ¿Qué inconveniencia había cometido con Laura Clearstone? ¿Por qué se mostraba tan agresiva con él? Antoine no veía nada reprehensible en las palabras que le había dirigido y menos aún en su actitud.

En aquel momento un redoble de tambor cubrió el bullicio provocado por los comensales y seguidamente la máscara del dragón Taotie emitió un crujido al tiempo que los cincuenta remeros apelsonados en la bodega ponían el barco en movimiento gracias a la tracción ejercida por sus brazos. De las aguas del río se levantó un rumor justo en el momento en que el casco rutilante se apartaba lentamente de la orilla.

Con el acompañamiento de los vítores de los clientes sentados a las mesas, la mayoría con los vasos llenos hasta el borde de alcohol de arroz, zarpó el restaurante flotante en medio de una nube de humo y del estallido de petardos.

Comenzó el banquete con toda su recua de platos que Laura no tocó siquiera y terminó con el famoso pescado con bigote, presentado triunfalmente en una bandeja envuelto en salsa roja.

Transcurridas dos horas y mientras el barco bogaba hacia la noche profunda y remontaba lentamente el río a contracorriente en dirección al puerto de amarre, el camarero les sirvió unas tajadas de sandía destinadas a facilitar la digestión del festín. El banquete tocaba a su fin.

De pronto la mesa en torno a la que se sentaban estuvo a punto de ser derribada por un exagerado balanceo provocado por una violenta ráfaga.

—Se levantan vientos y se agitan las aguas. Cuando luchan el aire y el agua no es bueno el augurio —exclamó La Piedra de Luna mirando fijamente a Laura.

El joven chino, acostumbrado al clima local, no se había equivocado. Apenas terminada la frase, el Dragón Rojo comenzó a moverse en todas direcciones como un endeble esquife. Todos los comensales habían quedado en silencio y uno tras otro iban abandonando sus puestos y se dirigían en fila india al piso superior del barco zarandeado por las olas.

Niggles, que ya no sabía dónde tenía el estómago, preguntó a Vuibert:

—¿Sufrís de mareo?

—Entre Ceilán y Malaca, cuando todos los pasajeros del barco estaban tendidos en la cama, fui el único que entró en el comedor. Tengo la suerte de poder soportar todo tipo de tempestades.

—¡Vaya suerte la vuestra! Yo temo más los tifones que la peste —soltó el inglés mientras se llevaba la mano a la boca y se precipitaba a la borda para restituir al río de las Perlas las rodajas de siluro que poco antes le había quitado.

—¡Y eso que no estamos en alta mar! —gimió Laura, lívida y muerta de miedo, atendida por su amante.

—Pero lo parece —gritó Antoine en el momento en que un fuerte envite lo propulsaba violentamente sobre una montaña de sillas que el bamboleo del navío acababa de proyectar de un bandazo contra la borda de proa.

Cuando se irguió, ligeramente aturullado, solo gracias a sus reflejos y a la suerte pudo asirse a una cadena de amarre que el azar había puesto a su alcance y evitar así verse proyectado hacia el terrible oleaje que se había desencadenado ante la aterrada mirada de Niggles. La oscuridad ambiental solo se iluminaba con los relámpagos que la traspasaban y no tardó en desatarse una lluvia intensa que se abatió sobre la cubierta del barco-restaurant. El viento que iba aumentando en potencia emitía ahora un fuerte rugido. Las aves prisioneras en sus jaulas soltaban sonidos histéricos y los perros lanzaban lúgubres aullidos. Imposible permanecer al aire libre. La Piedra de Luna decidió tomar el mando de las operaciones. Agarrando a Laura por la muñeca, la condujo al comedor de la cubierta inferior, donde reinaba un indescriptible desorden. En medio de un cúmulo de mesas volcadas, todo el mundo se asía a lo que podía. Laura, agarrada ahora al cinturón de La Piedra de Luna, lloraba desconsolada.

—No tengas miedo, amor mío. Como dicen aquí, cuanto más violenta es la tormenta, menos tarda en terminar —le murmuró.

—Seguramente se debe a mi estado, pero jamás me había sentido tan mal —se

lamentó Laura.

—Tampoco yo había visto nunca cosa parecida —exclamó Niggles a su vez, pálido como un muerto, al ver la profundidad de las simas que se abrían entre el desatado oleaje y cómo inclinaban el barco de tal modo, tan pronto hacia la derecha como hacia la izquierda, que los pasajeros ya se veían con el agua al cuello.

De repente, el tifón redobló su violencia obligando a los remeros a desplegar inauditos esfuerzos para impedir que el barco, que ahora se movía a merced de las corrientes del río, zozobrase y se fuese a pique con todo su contenido material y humano. En aquel comedor daba la impresión de que el tiempo se hubiera detenido para sus aterrados ocupantes, todos con el rostro demudado. Con la ropa empapada de lluvia, los alegres individuos que hacía unos breves momentos se libraban a risas y cantaban canciones obscenas a voz en grito, estaban acurrucados junto a las ahora crujientes paredes de madera del barco, ocupados en vaciar el estómago entre lamentaciones.

Pasados unos momentos que a Laura se le antojaron siglos y cuando las ráfagas de viento eran tan fuertes que hacían girar el barco como una peonza, se desprendió de golpe la parte frontal del mascarón de proa y desapareció tragado por la espuma de las olas, privando al desgraciado dragón Taotie de sus benévolos cuernos. Era tal la potencia de la corriente que el barco se hundió bruscamente en el agua, desencadenando al hacerlo una ráfaga parecida al restallar de una bandera.

—¡Apriétame la mano con fuerza, amor mío! —exclamó con voz ronca la muchacha inglesa dirigiéndose a su amante, convencida de que había llegado su última hora.

La Piedra de Luna obedeció y, seguidamente, armándose de valor, le declaró con voz firme:

—No tengas miedo, saldremos de esta. Igual que después de la guerra viene la paz, a la tempestad le sucede la calma. La naturaleza impone al agua y al viento que hagan las paces.

Habría hecho cualquier cosa para acallar la angustia que se había instalado en el corazón de su amada. Sin dar tiempo a responder a Laura, se oyó de pronto un golpe sordo. Parecía proceder de las entrañas del navío. Acto seguido, Laura se vio proyectada violentamente contra el pie de una mesa. Unos segundos más tarde, recuperó la serenidad y vio que todo estaba inmóvil. No se movía nada: ni el suelo ni el techo. El Dragón Rojo se había quedado quieto. A juzgar por la inclinación del piso del comedor, que estaba casi vertical, la proa se había incrustado en el fango. No se oían más que gritos y llantos de los traumatizados pasajeros. La mayoría estaban heridos, otros tenían fracturados los brazos o las piernas. Sobre el maderamen del suelo corrían finos regueros de sangre mezclada con restos de comida y fragmentos de vajilla desparramados por todo el piso.

La Piedra de Luna, a quien se debía la idea de haber ido a cenar a aquel desdichado barco, lamentaba amargamente que Laura tuviera que pasar por aquella

aventura.

En aquel momento uno de los marineros que habían permanecido en la cubierta superior se puso a gritar:

—¡Acabamos de topar con un banco de arena!

—¡Mejor, así dejará de moverse de una vez el maldito barco! —masculló Niggles, cuyo estómago ya no tenía nada que devolver a las aguas del río.

—Los que no sepan nadar que se esperen. Los demás ya pueden arrojarse al agua. La orilla está cerca y ahora el río está más tranquilo —gritó un marinero que utilizaba las manos a manera de altavoz para transmitir órdenes.

La lluvia había amainado y el mugido de los vientos desatados se había convertido ahora en un silbido que iba declinando hasta no ser más que una especie de murmullo.

—Con el mismo furor con que se abaten sobre los hombres, los malos vientos vuelven a las nubes húmedas de las que nacieron —musitó al oído de Laura el hijo secreto del emperador.

La joven inglesa, que tenía dificultades para respirar en aquel ambiente agobiante del comedor, dio a entender a su amante con un movimiento de la cabeza que deseaba subir a la cubierta superior y respirar al aire libre. Al subir a cubierta, después de abrirse paso trabajosamente a través de la gente, seguidos por Vuibert y Niggles, a punto estuvieron de resbalar hasta la proa medio sumergida del barco debido a la fuerte inclinación del mismo. En aquel momento la luna llena iluminaba la superficie, rizada apenas, del río de las Perlas. La fuerza palpable de la corriente que arrastraba troncos de árbol, ramas, animales muertos y basura de todo tipo daba testimonio de la violencia de la tempestad ocurrida.

—¿Estás mejor, cariño? —le dijo en un murmullo La Piedra de Luna.

—Sí, pero tengo muchas ganas de estar en casa —le respondió la chica, exhausta.

—Ya estoy oyendo al servicio de salvamento —anunció, alegre, Antoine Vuibert. Efectivamente, se oían voces procedentes de la orilla.

La Piedra de Luna, que se había precipitado junto con Vuibert hacia la proa, no tardó en desengañarse al descubrir a unos hombres agitándose y vociferando en torno a una hoguera que ardía en la orilla. Tras aguzar el oído, percibieron claramente toda una sarta de injurias y amenazas.

—Esa gente no anuncia nada bueno —sentenció el chino.

A juzgar por sus gritos enardecidos, era evidente que no podía tratarse de un servicio de salvamento. Algunos blandían lanzas y otros, viejos trabucos. Tras subir a bordo de dos barcas, pusieron rumbo hacia el barco embarrancado, que alcanzaron mediante unos pocos golpes de pagaya.

—Lo mismo digo —ratificó Antoine justo en el momento en que un grupito de aquellos hombres, después de lanzar al vuelo unas cuerdas provistas de ganchos, irrumpían en cubierta con una desconcertante facilidad que traicionaba su larga experiencia en el asalto de barcos mercantes.

Los hombres eran diez e iban vestidos de negro. Avanzaban formando un arco y se dirigieron a los dos marineros que, aterrados, habían tratado inútilmente de impedir que subieran a bordo.

—¡Lo que faltaba! ¡Ahora piratas! —murmuró Jack Niggles con semblante enfurruñado dirigiéndose a Laura Clearstone.

—¡Que nadie se mueva! Si obedecéis en todo, no se os hará ningún daño —gritó uno de los hombres hablando con La Piedra de Luna y Antoine Vuibert, mientras sus compañeros pasaban a ocuparse de ellos.

Aprovechando un mástil que los ocultaba a la mirada de los intrusos, Niggles pudo salir del rincón donde se amontonaban las jarcias en el que se había refugiado junto con Laura y, tras ayudarla a sortear un ancla con unas puntas tan aceradas y cortantes como las de un puñal que se mantenía en equilibrio inestable, la llevó casi a rastras y contra su voluntad hasta la escalera que daba acceso a la cubierta inferior.

—Pero ¿se puede saber adonde me lleváis? —le preguntó la muchacha, muy angustiada e intentando resistirse.

—No tengo las más mínimas ganas de terminar mis días ensartado en un sable. ¡Hay que huir de aquí más que aprisa!

—Pero ¿qué será de ellos? No podemos abandonarlos —gimió la joven sin apartar los ojos de Vuibert y de La Piedra de Luna, aquellos pobres desgraciados que en aquel momento eran maniatados por los asaltantes a un mástil del junco, bajo el velamen que seguía goteando agua de lluvia, muy maltrecho por la tempestad.

—¿Qué queréis? ¿Que atacemos a los piratas y los liberemos? Hay que ser realista. ¡Seguidme, por el amor de Dios! Es el único camino que nos queda —exclamó el mercader de opio agarrándola con fuerza y atrayéndola hacia él sin que la chica opusiera ya resistencia alguna.

Jadeantes los dos, se encontraron en el comedor mezclados con la multitud aterrada ante la irrupción de los piratas. Sin soltar a Laura, el mercader de opio, que no escuchaba más que la voz de su instinto, se fue directamente hacia la única puerta abierta. Estaba situada en la parte delantera de estribor y, debajo mismo de ella, a un metro de distancia, una de las barcas piratas se encontraba arrimada al casco del barco embarrancado. Estaba vacía. Decidido a servirse de aquel esquife salvador, Niggles saltó a él con los pies juntos, con lo que estuvo a punto de hundirlo.

—¡Saltad! ¡Os digo que saltéis! —le gritó a Laura tendiéndole la mano al mismo tiempo al ver que la muchacha, aterrada, parecía vacilar.

Saltar a la barca equivalía a abandonar a La Piedra de Luna a su suerte, algo a lo que Laura se negaba, ya que La Piedra de Luna se había convertido en su mitad y era el padre del niño que llevaba en su seno. Era como cerrar un libro extraordinario del que aún no había terminado el primer capítulo.

—¡No, yo me quedo! —respondió la joven con voz inexpresiva.

—¿Estáis loca? Vais a morir aplastada. ¡Mirad atrás! —tuvo aún tiempo de gritarle Jack Niggles antes de que una muralla humana imposible de detener la

obligase a saltar también a la barca.

Al caer a los pies del inglés, enloquecida de miedo y abrazándose el vientre por miedo a lastimar al hijo de sus entrañas, tuvo la impresión de haber entrado en otro mundo, un mundo desconocido y hostil que no era el de La Piedra de Luna, pese a llevar una minúscula parte del hombre amado escondida en su cuerpo.

El mercader de opio le tendió con rabia un remo.

—¡Cogedlo y haced lo mismo que yo!

Apretando los dientes y reprimiendo el llanto, Laura hizo acopio de las fuerzas que le quedaban y se puso a remar mientras Niggles, de un violento golpe asestado con el bichero, apartaba la barca del flanco del Dragón Rojo. Unos instantes más tarde, cuando la poderosa corriente del agua los empujó río abajo, iluminada por el fulgor de las estrellas, la muchacha, abandonándose a los nervios, estalló en sollozos.

Haber tenido que dejar atrás a La Piedra de Luna había sido la peor de las pruebas, pero no le quedaba otra salida: tenía que salvar a su hijo.

XXVI

Cantón
15 y 16 de junio de 1847

Hacía tres días que en Cantón no había parado un momento de llover, y Tang, calado hasta los huesos, contemplaba con mirada distante el diluvio que arreciaba sobre las aguas grises y tumultuosas del río de las Perlas. Su caudal había aumentado tanto que el muelle había quedado cubierto de charcos.

Agobiado y falto de energía, el príncipe abandonado no sentía apego a la vida. Estaba calado hasta los huesos y su moral se encontraba al mismo nivel que la depresión climática que se abatía sobre la región. Muy pronto toda la ciudad estaría inundada. En algunos barrios, el ciclón se lo había llevado todo por delante y asolado las casas derruyendo paredes y poniendo al descubierto interiores vacíos de mobiliario. Como moscas hambrientas lanzadas sobre la carroña, los saqueadores lo habían arrasado todo a su paso para desesperación de los dueños al volver a sus hogares.

Como las desgracias nunca vienen solas, hacía tres días que se había lanzado a la búsqueda de Jazmín Etéreo. Eran tres días que se le antojaban ya una eternidad, tres días durante los cuales, desorientado e inconsolable, había querido sujetar el viento con una cuerda. Por mucho que se moviera desde la mañana a la noche por las calles de Cantón en busca del menor rastro, que escarbara en los escombros de los edificios despanzurrados, que levantara cualquier plancha que le pareciera sospechosa, que preguntara sin descanso a los tenderos, la contorsionista seguía siendo imposible de localizar.

De pronto, cesó la lluvia y los aullidos de un perro lo arrancaron de su sopor.

Poco después, bajo los efectos del sol implacable que había sustituido a la copiosa lluvia, el agua que había saturado la tierra comenzó a evaporarse y engulló poco a poco los charcos cuyos contornos fueron desdibujándose y devolviendo a la tierra arenosa su luminoso color ocre original. El calor era tan intenso que decidió sentarse a la sombra del único árbol visible en el horizonte, un sauce llorón centenario que crecía aguas abajo a unas cuantas brazas de distancia y cuyas ramas colgaban a manera de cascada sobre las aguas del río como si quisieran rendirle un último homenaje antes de que se vertiera en el mar. La desesperación lo hacía frágil, sudaba a mares y su corazón latía desacompañadamente cuando, sintiéndose al borde del desmayo, se desplomó sobre el tronco del sauce, situado a unos cien metros escasos. A la altura de sus ojos, las aguas del río formaban una alfombra plateada en la que se difractaban los rayos del sol en mil colores de infinitos matices.

A los pocos segundos, Tang había derivado hacia el mundo de los sueños y vio la

alfombra acuática transformada en la larga hoja de una espada que intentaba atravesar el hermoso dragón surgido de las aguas a lomos del cual se había montado después de llamarlo con un silbido igual que llama el amo a su perro.

Ahora cabalgaba montado en el dragón y ceñía con las piernas el cuello del fabuloso animal cuyas gruesas y brillantes escamas formaban un caparazón invencible. Se sentía eufórico: gracias al dragón de las aguas, dueño del tiempo y del espacio, no tardaría en encontrar a Jazmín Etéreo y a conducirla de nuevo al redil. Pero, como si la espada supiera que no podría atravesar a aquel animal fabuloso que Tang se disponía a hacer remontar hasta las nubes, se había transformado de nuevo en agua y adoptado la forma de una inmensa ola verde orlada de espuma que amenazaba con engullirlos. Tang, que no sabía nadar y veía acercarse su fin, comenzó a suplicar al dragón y a acariciarle el cuello.

—¡Sube hasta las nubes! ¡Aprisa!

—Yo no temo nada porque vivo en las profundidades del río —respondió el animal.

—Tal vez sea este tu caso, pero el mío es diferente: no soy pez de río.

—No tienes más que dejar que te crezcan escamas —dijo en son de broma el dragón, que lanzó una risotada que parecía salir de las entrañas de la tierra e hizo retremblar el suelo.

Tang se sentía más frágil que una brizna de paja, a merced de unas fuerzas que lo superaban. La conciencia de su ínfima envergadura frente al destino y a los elementos lo agobiaba en grado extremo.

La ola verde estaba ahora a escasos centímetros de distancia. Tenía la forma de una inmensa boca con millones de lenguas de jade fosforescentes en su interior. Si no quería verse absorbido de un solo bocado por aquella cueva maravillosa y terrible, tenía que descabalgarse y soltar el cuello del dragón. Pero cuando ya intentaba tomar aliento, sintió unos ganchos que se le aferraban a las piernas.

¡Había caído en la trampa! ¡El dragón y el agua estaban conchabados!

Iban ya a tragarlo cuando se despertó bruscamente, presa de angustia y de un espantoso dolor de cabeza. No eran las patas de un dragón las que lo tenían prisionero, sino simplemente las raíces obstinadas y tortuosas del viejo sauce en el que se había sentado.

Pensando que la locura se había apoderado de él, se arrastró como pudo hasta la casa de Serenidad Cumplida, donde se encerró en su habitación y se echó, vestido, en la cama.

Se veía caminando a través de un bosque inmenso con la impresión de ir a exhalar de un momento a otro el último suspiro en aquella persecución de Jazmín Etéreo, cuando descubrió su silueta delante de él caminando a lo lejos. Por mucho que acelerase el paso, siempre se mantenía a la misma distancia. Angustiado, echó a correr como un loco, pero tampoco le sirvió de mucho porque la contorsionista seguía inaccesible. Aquella inacabable persecución era agotadora, agobiante. Por la boca y

la nariz se le escapaba a chorros toda la energía interior. Víctima de aquel martirio, se desplomó sin aliento al borde del síncope junto a un viejo enebro que había echado raíces en la roca.

Pero lo que había tomado por un árbol agitó las ramas y se abrazaron. Lo envolvían, dulces, calientes, velludas. Le hacían mimos, lo acariciaban. Se sentía tan bien entre ellas como un niño en brazos de su madre. Al levantar la cabeza, distinguió unos ojos anegados en un mar de pelos. Un animal lo miraba y lo sostenía en brazos. Era aquel mismo mono gracias al cual había escapado a la muerte en el monte del Emeishan.

Cuando abrió los ojos, perdido aún entre brumas, descubrió el rostro de Serenidad Cumplida inclinado sobre el suyo y comprendió que había regresado al mundo real.

Su primo estaba haciéndole unos toques en la frente con una esponja empapada en vinagre.

—Has tenido una insolación. Ayer noche todavía delirabas debido a una terrible fiebre que por fortuna ha remitido desde esta mañana.

Su voz era dulce, reconfortante.

—Gracias, ya estoy mejor —dijo mientras engullía un sorbo de té.

Su primo estaba muy turbado.

—¿Dónde estuviste? Me he pasado buscándote tres días. ¿Es por culpa de Jazmín Etéreo que te encontrases en ese estado?

Tang asintió y se sentó en el borde de la cama. Parecía más angustiado aún que Serenidad Cumplida.

—Es hora de cenar. Ven y tomarás un buen cuenco de sopa con un pellizco de pimienta de Sichuan. Nada como eso para recuperar fuerzas —le propuso este último.

—¡No tengo apetito! —exclamó Tang con aire cansado.

—Pues entonces ven conmigo —le suplicó el otro.

Se trasladaron al salón, donde el anticuario se hacía servir la comida cuando no estaba de viaje. Mientras Serenidad Cumplida comía a más y mejor, Tang tocó apenas los grandes camarones de agua dulce sazonados con ajo y acompañados de una salsa a base de soja espesa como laca.

Terminado el ágape, se levantó y, sin decir palabra, se dirigió al mirador.

—¿Adonde vas? —le preguntó Serenidad Cumplida, algo inquieto.

—A recogerme delante de las tablillas de tus antepasados.

—¿Por qué?

—Porque tengo necesidad de rezar —dijo el noble Han, dejando con la palabra en la boca a su primo, quien se dispuso a acompañarlo.

Al llegar delante de las estelas colocadas en el tabernáculo de piedra donde reposaban los espíritus de los padres de Serenidad Cumplida, Tang encendió dos varillas de incienso y, profundamente concentrado, las colocó en un trípode de bronce lleno de arena, se arrodilló después, cerró los ojos y se puso a rezar en voz alta a los manes.

—¡Oh, amados antepasados que desaparecisteis de la vista de los hombres, allí donde os encontréis os suplico que tengáis piedad de vuestro muy humilde servidor!

...

Por su memoria desfilaron los rostros de todos aquellos a quienes había amado y que ya habían muerto: el de su padre y el de su madre, el de sus tíos que murieron en combate, el de su abuelo, cuya alta silueta recordaba apenas, en el momento en que unos guardias lo detuvieron porque un vecino lo había denunciado alegando que tenía armas de guerra en su casa, lo que era rigurosamente falso. Permaneció rezando un cuarto de hora largo en la misma actitud y, cuando se levantó, tenía las mejillas mojadas de lágrimas pese a que su rostro permanecía impassible.

Serenidad Cumplida, impresionado, murmuró:

—No debes perder las esperanzas, mi querido Tang. Estoy seguro de que tu mujer volverá.

—Jazmín Etéreo es mucho más que mi mujer. Es parte de un todo sin el cual no existo.

—Tal vez se ha extraviado en el campo. No hay nada más parecido a un arrozal que otro arrozal.

—¿Y si han detectado mi presencia en Cantón? —apuntó el príncipe.

—¿Por qué lo dices?

—¡Es la hipótesis más plausible!

—¡No inventes! —protestó el anticuario, que ahora notaba un nudo en la garganta que casi le impedía hablar.

—¡Eres tú quien se niega a mirar la realidad de frente! Tal vez hayan secuestrado a Jazmín Etéreo con la intención de disuadirme de proseguir mis pesquisas. Creo que me equivocaría si no tomase su desaparición como una señal. La tarea que me he fijado de encontrar a La Piedra de Luna es como buscar una aguja en un pajar.

—¡No exageres!

—Te aseguro que hay mucha gente interesada en evitar que encuentre a La Piedra de Luna. Si ese muchacho apareciera, es indudable que echaría por tierra miles de proyectos —afirmó con voz de trueno el noble Han retorciéndose las manos.

Aquellas palabras habían llegado al corazón de Serenidad Cumplida, quien, incapaz de continuar de aquella manera por más tiempo, torturado por los remordimientos y la vergüenza, acabó por estallar:

—Estoy avergonzado: he traicionado nuestro secreto —confesó a su primo antes de pasar a exponerle las circunstancias que lo habían llevado a revelar que albergaba en su casa a su primo y que este había venido a Cantón para tratar de encontrar al hijo secreto del emperador de China.

—¿Les diste el nombre del chico?

—Pues sí.

—¿Sabes que has puesto en peligro la vida de un inocente? ¡Como si ese muchacho no hubiera sufrido bastante por culpa de su ascendencia!...

Serenidad Cumplida sollozaba como un niño atrapado en falta.

—Entre los que pertenecemos a la Cofradía Interior del Turbante Amarillo no existen secretos. ¡Si supieras cómo lamento haber obrado de ese modo! Ten en cuenta, además, que al confesártelo he firmado mi sentencia de muerte. Si eso llegara a saberse en el Gran Centro Amarillo, me harían pedazos. Pero entre las dos posibilidades, me pongo de tu parte.

—¡Pues gracias por tu hazaña!

—Te lo suplico, querido primo, dignate por lo menos juzgar la confesión que ahora te hago como medida de lo mucho que lamento mi acción —consiguió articular Serenidad Cumplida, profundamente desolado.

—¿Te das cuenta de lo que me pides?

—Sería una locura no valorar las dimensiones de mi error. Demostrando mi lealtad a mis compañeros de armas, te he traicionado a ti. En un primer momento no me di cuenta de las consecuencias del gesto, pero los remordimientos no tardaron en torturarme. Debes saber también que no pronuncié el nombre de Jazmín Etéreo en presencia de mis compañeros.

—¿Puedes jurarme lo que acabas de decir delante de la tablilla ancestral de tu venerable padre Serenidad Viva?

—¡Sí!

Tang, para calmarse, cerró los ojos. ¿Cómo iba a echar en cara a su primo que hubiera sido leal con la sociedad secreta a la que pertenecía? ¿No habría actuado él de la misma manera de haber estado en su lugar? En tiempos tan turbulentos como los que vivían, en los que los verdaderos patriotas luchaban a brazo partido contra el poder usurpador, era difícil reprocharle que lo hubiera sacrificado todo a sus ideales. Al abrir los ojos vio que el anticuario estaba a sus pies. Jadeaba abrazado a sus piernas como aquel que, en el mar, se abraza al salvavidas. El príncipe lo cogió por la coleta y tiró suavemente de ella para incitarlo a ponerse de pie. No quería seguir viendo a su primo en tan humillante postura. Era tan innegable la buena fe de Serenidad Cumplida como la confianza que le había demostrado al revelar que pertenecía a la Cofradía Interior.

—¿Sigo siendo digno de tu amistad? —se aventuró a preguntarle Serenidad Cumplida.

—¡No temas, sigues siendo digno de ella! —murmuró su primo reprimiendo un estremecimiento.

—¡Siempre te he considerado un *junzi*^[81c], Tang, príncipe Han!

—Eres muy bueno. ¡Diez mil años no bastan para forjar a un hombre de bien!

Cayeron uno en brazos del otro y, unidos en fuerte abrazo, se abandonaron al llanto.

—¿Sabes una cosa? —dijo por lo bajo Serenidad Cumplida secándose las lágrimas.

—¿Qué, querido primo?

—No volveré a poner los pies en la sociedad secreta del Gran Centro Amarillo... aunque me persigan por alta traición.

—Las Tríadas no suelen conceder favores a los miembros que desertan o que divulgan secretos. En Pekín oí muchas historias al respecto..., algunas referentes a víctimas con la lengua cortada y degolladas después... ¡Debes cambiar de residencia, Serenidad Cumplida, porque tu vida corre peligro! —le anunció Tang con voz monocorde.

—No abandonaré Cantón sin haber alcanzado el objetivo que me he propuesto: ayudarte a encontrar a Jazmín Etéreo y a La Piedra de Luna. Pocas veces tiene ocasión un hombre de rectificar sus errores.

—No sabes cómo te lo agradezco. Me temo que no nos faltará trabajo.

—Sobre todo porque no somos los únicos que buscamos a La Piedra de Luna —se lamentó con voz ahogada por la angustia el anticuario, que volvía a estar desesperado.

—La policía imperial sigue sin encontrarlo de momento. Si quieres que te diga lo que pienso, no temo que puedan más que nosotros. Si tan eficaz fuera, haría ya tiempo que habría puesto fin a la vida de La Piedra de Luna.

—No pensaba en la policía imperial sino en algunos de mis antiguos compañeros del Gran Centro Amarillo que hablaban de capturar a La Piedra de Luna para convertirlo en rehén y extorsionar al Hijo del Cielo.

—Hay que reconocer que tienen agallas. Pero ¿cómo van a apoderarse de él?

—Un tal Wang el Afortunado nos comunicó que La Piedra de Luna frecuentaba la casa de un pastor americano llamado Roberts. Pese a su aspecto sombrío, ese individuo no daba la impresión de fanfarronear —dijo el anticuario, taciturno.

—¡Acabas de darme una información capital! ¿Por qué has tardado *tanto* tiempo en decírmelo? ¿Sabes dónde vive ese Roberts?

—En el Cesto Amarillo.

—Pues vayamos a verlo enseguida —exclamó Tang, esperanzado de pronto ante el aspecto ahora menos desolado de aquel que lo había traicionado.

XXVII

Alrededores de Cantón
20 de junio de 1847

La Piedra de Luna y Antoine parecían haberse puesto de acuerdo: estaban roncando al unísono cuando el chasquido de la cerradura de la puerta del calabozo les hizo abrir un ojo al mismo tiempo. El chirrido de la puerta acabó de convencerlos de que era hora de despertarse.

—¡En pie los prisioneros! —gritó con voz estentórea un hombrecillo de piel oscura, desmedrado y enjuto como un espárrago, tocado con un turbante, que acababa de irrumpir en la celda.

—¿Es ya de día? —murmuró La Piedra de Luna, medio dormido aún.

—¿Acaso no has oído al gallo? —inquirió el espárrago con patas acompañando la pregunta de una violenta palmada en el hombro del interfecto.

—Aunque no cante el gallo, se hace de día lo mismo. No soy yo quien lo dice, sino un antiguo proverbio —le replicó acompañándose de un bostezo el joven calígrafo y poniéndose después de pie y desperezándose a placer.

El mal humor y las maneras rudas de aquella especie de carcelero no le decían nada interesante.

—Ese antiguo proverbio me lo conozco de sobra. ¡Y me parece una burrada! —replicó, furioso, el espárrago, que a continuación le asestó un puntapié en la tibia.

A pesar de los grilletes que limitaban sus movimientos, La Piedra de Luna esquivó el golpe. Seguidamente, el tipo moreno se volvió hacia Antoine Vuibert, que acababa de sentarse en su jergón con mirada todavía nublada por el sueño.

—Entonces, ¿qué deseamos hoy, carne o pescado? —le espetó el hombre, como si hablase a un perro.

—¿Qué tipo de carne? No soporto la de cerdo sazonada —le respondió el francés con una mueca.

Antoine conservaba muy mal recuerdo de las consecuencias de haber ingerido dicho plato en Suzhou. Sin sospechar que tendría secuelas nefastas, se había atracado de cerdo lacado a la pimienta.

—Hoy tengo pollo con salsa de caramelo, vinagre y soja —respondió el hombre levantando la tapadera de una caja de bambú trenzado.

—En tal caso, adelante con el pollo. Ayer comí pescado. Hay que variar.

—¿Y tú? —preguntó el carcelero en tono despreciativo volviéndose hacia La Piedra de Luna tras llenar el cuenco de Antoine Vuibert.

—Lo mismo. Como él. ¡Venga el pollo! —respondió el hijo secreto del emperador.

Hacía un día y una noche que los dos hombres estaban pudriéndose en aquella maldita cabaña de ventanas enrejadas, sujetos a la pared con grilletes. En cuanto al hombre de piel oscura que los había despertado para darles de comer, pasaba gran parte del tiempo durmiendo en un banano a pocos metros del sitio donde estaban encerrados los dos prisioneros.

—¿Qué harán con nosotros? —exclamó el francés así que desapareció el carcelero.

Diez veces por lo menos, Antoine Vuibert, pálido y desencajado, había hecho aquella misma pregunta a La Piedra de Luna.

El joven francés, cuya aventura china estaba convirtiéndose en pesadilla, vivía muy mal su nueva condición de prisionero. Al decidir que acompañaría a Niggles a Cantón, atraído por el señuelo de un jugoso negocio de antigüedades chinas, estaba muy lejos de sospechar que acabaría encerrado en una jaula y sería capturado por unos piratas.

Habría sido quedarse corto decir que era un caso de mala suerte.

Cuando los malandrines se habían apoderado del Dragón Rojo, habían agrupado a los pasajeros en la parte trasera de la cubierta superior y los habían dividido en dos grupos: los que carecían de interés y los otros. ¿Por qué sus rasgos de extranjero habían hecho que Antoine Vuibert se encontrara en el lado malo de la línea divisoria? Seguramente existían unas razones, pero para él seguían siendo un misterio. El hecho era que, cuando los malhechores descubrieron que existía una connivencia con La Piedra de Luna, se habían apresurado a maniatar a los dos hombres y a dejarlos en compañía del capitán del navío y del jefe de cocineros. Acto seguido, el comando se había entregado a un registro sistemático del Dragón Rojo, saqueado la bodega, rebosante de comida, y obligado a los cuatro rehenes a subir a un bote. En la orilla donde desembarcaron ya les estaba esperando un hombre de ojillos crueles. A juzgar por el temor y respeto que inspiraba a sus esbirros, que bajaban sumisos los ojos así que el nefando personaje emanaba una orden, debía tratarse del capitán de los bandoleros que habían asaltado el barco.

—¡Espero que la cosecha haya sido buena! —había soltado el instigador del ataque del barco dirigiéndose al comando.

—Por desgracia, Espada Fulgurante, era un barco-restaurante —se había lamentado uno de los piratas con voz de niño pillado en falta.

—Si he entendido bien tus palabras, a bordo no había más que manducatoria.

El pirata, apesadumbrado y confuso, se quedó callado, como si de su respuesta dependieran unas inminentes represalias. Pero así que descubrió a Antoine Vuibert, Espada Fulgurante pareció sosegar y de sus labios salió la orden, tan tajante como perentoria:

—Ponme aparte a ese narigudo inglés... junto con este.

Con la palabra «este» había designado a La Piedra de Luna.

—En cuanto a los otros dos, que se vayan. A propósito, ¿por qué no me has dicho

ahora que habías encontrado a uno?

Era evidente que el capitán de los piratas estaba muy contento de haber cazado a un inglés. Como Antoine sabía muy bien que no había nada peor que hacer quedar mal a un jefe en presencia de sus subordinados, estimó que dadas las circunstancias lo mejor era no corregirlo ni revelar su verdadera nacionalidad. En cuanto al pirata duramente recriminado por su jefe, que ahora volvía a estar sonriente, había respondido, aliviado:

—Sabía que no tardarías en darte cuenta.

—¿Y qué hacemos con su amigo? —preguntó, señalando a La Piedra de Luna, un adolescente armado hasta los dientes que no debía de tener más de doce o trece años.

—Pues sujetadlos juntos..., así ese hijo de puta inglés no se sentirá tan solo.

Dicho y hecho: los habían maniatado y sujetado juntos con una cadena. Seguidamente sus raptos los habían obligado a caminar dos horas seguidas a través de campos de caña de azúcar y arrozales hasta un pueblo encaramado en lo alto de una colina. Habían atravesado la única calle, desierta a aquella hora, y recorrido después una interminable pared de ladrillo detrás de la cual había una propiedad a la que se accedía a través de un portón de piedra con esculturas de dragones que escupían llamas, custodiada por unos facinerosos de aspecto patibulario.

—¿Dónde los metemos?

—Donde siempre.

A pesar de la oscuridad de la noche que una luna velada no llegaba a iluminar, el joven francés había quedado deslumbrado por la suntuosidad del parque, donde destacaban los bananos y las tecas que bordeaban unos caminos perfectamente trazados. Las dimensiones y elegancia del edificio principal de dos pisos, construido en el mismo centro de aquel espacio natural sabiamente ordenado, daban testimonio de la riqueza y poderío del propietario de aquellos lugares. Las cuatro vertientes del tejado de tejas azules, en las aristas del cual se podía distinguir la silueta del león *shizi* encargado de ahuyentar a los demonios, formaban unas gigantescas olas. Unos instantes más tarde había sido arrojado junto con La Piedra de Luna en una jaula de bambú, instalada en el interior de un edificio anexo utilizado como granero de arroz para abastecer a la propiedad.

Hacía dos días, y pronto haría dos noches, que estaban allí encerrados y que por toda comida les servían unos grumos de arroz empapados en agua tibia a los que el carcelero añadía, a elegir, una albóndiga de carne o un trozo de pescado. Los pesados grilletes con cadenas que les sujetaban los pies les herían los tobillos así que movían las piernas y venían a sumarse a las inconveniencias de la situación.

—No tardaremos en saberlo —dijo el chino viendo que se acercaba uno de los guardianes que hasta aquel momento se había contentado con vigilarlos.

El hombre los liberó de cadenas y grilletes y les anunció, acompañando sus palabras con el gesto de rebanarse el cuello con el dorso de la mano:

—¡Seguidme! Y como tratéis de escapar... —y aquí hizo el gesto antes citado.

La comunicación quedaba muy clara.

Fueron conducidos al edificio principal en lo alto de cuya escalinata les esperaba el capitán de los piratas.

—¡Que suban! Tengo que hablar cara a cara con el narigudo inglés —exclamó el capitán, y seguidamente comenzó a pasear de un lado a otro agitando las manos, presa de viva excitación.

Antoine observó que se dejaba crecer la uña del dedo meñique de la mano derecha, que ya había alcanzado una longitud de unos tres centímetros.

—Según me dice el carcelero y por lo que yo me sé, habláis perfectamente chino, señor narigudo inglés.

—Aprendí el chino en mi juventud, antes de venir a China a practicarlo —se contentó con responder el francés.

Pero estupefacto de pronto y castañeándole los dientes, se sintió sorprendido y alarmado a un tiempo. A ojos de Espada Fulgurante, era un inglés, es decir, un ciudadano oriundo del país más odiado por los chinos. Su intuición, sin embargo, le ordenaba que hablara lo menos posible y, cuando ya estaba a punto de rectificar las palabras de aquel que los tenía prisioneros y explicarle que se encontraba delante de un francés que no tenía una segunda intención particular, prefirió una vez más abstenerse de hacerlo por considerar que aquella confesión, además de tardía, habría producido el efecto contrario al que perseguía.

—¿Qué hacías con este en el barco? —prosiguió el amo de la casa dirigiéndose a La Piedra de Luna y haciéndoles pasar a un salón decorado con artonados historiados y con las paredes totalmente tapizadas de seda escarlata.

—Somos amigos. Yo lo había invitado a cenar en el barco-restaurant. Eso es todo. ¡Ni más ni menos! —explicó el último procurando hablar con naturalidad.

Comprobó con alivio que el jefe de los piratas, lejos de poner en duda sus palabras, demostraba una honda satisfacción.

—No sabéis qué oportuno es todo esto. Mañana mismo llevaré unas ofrendas al dios de la Suerte. Hace meses que intento cazar a un británico.

—¿Para hacer qué? —preguntó Antoine con un nudo en la garganta.

—Necesito a un británico para que me ayude a llevar a cabo una operación delicada.

—¿Podrías precisar de qué se trata?

—Antes que nada, decidme cómo os llamáis —preguntó Espada Fulgurante no sin cierta inquietud.

—Partridge. Antony Partridge.

Para Antoine la suerte estaba echada y no le quedaba más remedio que seguir insistiendo en la mentira.

—Señor Partridge, tengo intención de sacar mercancía de la aduana. Esa es la razón de que necesite vuestros servicios. Se trata de ciento diez cajas procedentes de Shanghái que se encuentran detenidas en un almacén del puerto de Cantón desde hace

seis meses. Me bastaría disponer de un papelito con el sello del consulado de Inglaterra para que los aduaneros me las entregaran. ¡Son así de cerriles los aduaneros de Cantón! Pero, por otra parte, mucho más honrados de lo que yo creía. El abominable Lin Zexu les ha dado la vuelta como a un calcetín. Resulta que los viejos, los que podríamos suponer sensibles al dinero contante y sonante, están jubilados... y en su puesto hay unos tipos jóvenes lo bastante idiotas para ser incorruptibles. Ni que decir tiene que, si os avenís a hacerme ese favor, recibiréis una sustanciosa recompensa.

Vuibert no podía decirle que corría el riesgo de que el cónsul de Gran Bretaña lo desenmascarase por el simple hecho de que le había visto la cara. Pero se aventuró a preguntar a su interlocutor:

—¿Por qué no vais vos mismo al consulado de Inglaterra y hacéis que os sellen el certificado?

—No me habéis entendido, señor Partridge. Solo un ciudadano británico puede sacar la mercancía de la aduana.

—¿No bastaría con un extranjero oriundo de otro país? Un francés, por ejemplo —precisó Antoine, que trataba desesperadamente de dar una nueva orientación al curso de los acontecimientos, aunque esto supusiera jugar con fuego.

La Piedra de Luna miró a su compañero de desgracias con una mezcla de admiración y temor.

—¿Y si yo no aceptase? —le espetó Vuibert desafiándolo con la mirada.

—Pues tanto vuestro compañero como vos tendríais serios problemas. Si queréis salir vivo de aquí, tenéis que ayudarme, señor Partridge —dijo el hombre hurgándose la oreja con su desmesurada uña.

—Veo que no te andas con chiquitas —le espetó La Piedra de Luna a Antoine tan pronto como volvieron a meterlos en la jaula.

—Quería enterarme de más cosas sobre los móviles de ese traficante. A nadie le gusta moverse entre la niebla. Por desgracia, ese hombre es duro de pelar y lo único que he conseguido ha sido irritarlo...

Al cabo de una hora oyeron de nuevo el tintineo del candado que afirmaba la puerta. Se trataba del guardián moreno, detrás del cual se encontraba Espada Fulgurante.

—He decidido enviarte a hacer una prospección. No quiero que aumente la bola de nieve. Cuanto más espere la mercancía, más sospechas despertará en los aduaneros —soltó el pirata al francés.

—Os haré el favor con mucho gusto, pero debo saber exactamente qué debo hacer —le replicó este último.

—Serás informado de todo... y uno de mis hombres te acompañará en todo momento por si te diera por desaparecer de pronto —explicó Espada Fulgurante haciendo una señal al guardián para que desatara a Antoine Vuibert.

—¿No puedo acompañar a mi amigo? Si vamos los dos, terminaremos antes.

Estamos acostumbrados a colaborar —se aventuró a proponer La Piedra de Luna.

Pese a que no se hacía muchas ilusiones con respecto a la reacción del pirata, le había parecido oportuno intentarlo.

No se hizo esperar la respuesta del último, que exclamó en tono tajante:

—¿Me tomas por idiota? Tú no vas a salir de aquí hasta que tu amigo me traiga lo que le he pedido que me traiga.

El hijo secreto del Hijo del Cielo no había tenido tiempo siquiera de responder cuando su compañero fue empujado violentamente al exterior mientras una sonrisa aviesa se dibujaba en el semblante de aquel que había capturado a los dos hombres.

Espada Fulgurante había acertado el golpe.

XXVIII

Cantón
20 de junio de 1847

La noche densa y pegajosa había impedido que se disipase el calor agobiante de la jornada anterior y ya estaban filtrándose los primeros rayos de sol a través de las persianas.

Laura, desesperada y atenazada por la angustia al no tener noticias de La Piedra de Luna, no había pegado ojo en toda la noche y había matado el tiempo contando los aullidos de los perros errabundos que iban en busca de comida y que se peleaban hasta la muerte en las inmediaciones de las tabernas para hacerse con un hueso de pollo o de cerdo que los mendigos hambrientos habían desechado por no poderlo comer.

Estaba destrozada. Aquel «paraíso» en el que nunca había creído realmente antes de que se le revelara al conocer a su amante, se había esfumado con la misma rapidez con que se le había ofrecido. Le dolía todo, como si su cuerpo torturado acabara de estrellarse contra el suelo después de unas horas de eufórico vuelo por las alturas. Jamás le había parecido tan evidente lo frágil que era la felicidad. Tenía la impresión de haber pasado sin transición de la vida a la muerte.

Se levantó con esfuerzo, dio unos pasos hacia la ventana y levantó dos laminillas de la persiana. Asomaba el día y transformaba el río de las Perlas en una lengua de plata. Retrocedió y se dejó caer en una silla. La cabeza le daba vueltas y sentía unas terribles ansias de vomitar. Desde la famosa noche en que había abandonado al padre de su hijo en el Dragón Rojo, la angustia no cesaba de crecer.

Ni ella ni Niggles habían tenido que hacer grandes esfuerzos para remar hasta el pueblo al que habían ido a parar, ya que la poderosa corriente del río de las Perlas los había arrastrado hasta allí a una velocidad alucinante. Jamás olvidaría aquellos instantes terribles en que, incapaz de imaginar la vida sin La Piedra de Luna, había reclamado la muerte mientras la barca en la que navegaban era gobernada por torbellinos. Cien veces había visto la cara de la muerte. Cien veces había creído morir despedazada por los dientes acerados de los peces que pululaban en el río. Cien veces había esperado verse liberada. Pero debido al golpe violento y repentino de la barca al chocar bruscamente con un banco de arena, se había visto proyectada por los aires y se había encontrado, hecha un ovillo, en la grava caliente y húmeda del río de las Perlas.

Tomaba como un signo del destino el hecho de que la muerte no hubiera querido nada con ella. Ahora tenía la obligación de vivir, de dejar crecer en ella aquel niño que nacería dentro de pocos meses..., mañana mismo.

Seguir ocultando a su madre que esperaba un hijo de La Piedra de Luna no tenía sentido, ya que su vientre iba redondeándose de día en día y ya estaba sintiendo las minúsculas sacudidas del feto. Por otra parte, le importaba muy poco la reacción de Barbara. La tragedia que vivía la muchacha había tenido el efecto de liberarla de sus celos. Estaba pronta a asumir todas las consecuencias de su confesión, aunque ello comportara la ruptura. Preocupada por las formas, Laura había elegido cuidadosamente las palabras que pensaba emplear. Desde que la semilla de su amante había echado raíces en ella, había experimentado una alegría inmensa y un sentimiento de plenitud total. Se había sentido invencible y reforzada por la energía de La Piedra de Luna al derramarse en su cuerpo. Pero ahora, sin él, todo el peso de aquel embarazo secreto recaía de forma cada vez más insoportable a medida que iban pasando los días. Ya era hora de salir del silencio.

Los gritos estridentes de su hermano la arrancaron del estado confuso en que se encontraba. Desde hacía unos pocos días, la agitación de Joe se había hecho extrema. Se habría dicho que el joven *trisómico* había advertido que algo no funcionaba en su hermana.

Inquieta, se precipitó a su habitación.

Joe estaba al pie de la cama, apelotonado en el suelo. Al agacharse junto a él, Laura vio que tenía la boca torcida y que babeaba abundantemente. Sus ojos estaban desorbitados, fijos en ella, llenos de miedo, pero la miraban sin verla. Parecía sufrir un martirio. Se sentó a su lado y, haciendo mil esfuerzos, lo acogió en su regazo y lo acunó en sus brazos como si fuera un bebé. El cuerpo de Joe era pesado como el plomo. Desde su llegada a China, debía de haber engordado unos diez kilos, pero su rostro no había cambiado y ahora parecía más que nunca uno de esos chinos del norte de piel clara.

—Joe, cálmate, estoy aquí —le musitó su hermana con dulzura acariciándole la frente.

Entonces, por vez primera en su vida, le oyó pronunciar dos sílabas.

—¡Pa... pá! ¡Pa... pá!

Era impresionante. Joe, aquel niño que estaba perpetuamente encerrado en su mutismo, que no hablaba más que con gruñidos, sentía una necesidad tan profunda de ver a su padre que llegaba a llamarlo por su nombre.

—¿Quieres a papá? —le preguntó Laura esforzándose en retener las lágrimas.

—¡Pa... pá!

Y hete aquí que Joe también se echó a llorar, él, que jamás vertía verdaderas lágrimas ni llegaba tampoco a expresar verdaderos sentimientos. Laura, profundamente impresionada, comprendió de pronto que su hermano no era un amasijo de carne y huesos privado de razón, un pobre ser discapacitado y, aunque sensible, incapaz de hacer uso del cerebro. ¡Era evidente que Joe poseía capacidad de razonamiento! Tenía un alma y una conciencia y nadie hasta entonces se lo había reconocido.

Y como si esto no bastase a sus tormentos, recordó con espanto que había llegado a imaginar que Joe no se daría cuenta de su ausencia el día que decidiera fugarse con su amante. ¡Le dolía haber estado tan ciega que no había dado importancia alguna a su hermano! Ahora veía que era tan indispensable a Joe como una madre lo es a su hijo.

Entonces, sosteniéndolo en brazos, lo meció como si fuera un niño pequeño. Y para demostrarle que el tratamiento le hacía el mejor efecto, Joe, perfectamente tranquilo ahora, miró a su hermana y le sonrió. Laura sintió vergüenza.

Permanecieron abrazados un buen rato, el niño *trisómico* dormido y su hermana velándolo.

Al oír, como todas las mañanas, que Issachar Jacox Roberts, Barbara Clearstone y Melanie Bambridge se preparaban para salir e ir a predicar la buena nueva, Laura decidió no moverse de casa. Las pocas veces que había acompañado a su madre, se había sentido profundamente sorprendida, por no decir escandalizada, al ver que Roberts atraía a la gente distribuyendo tortas de arroz inflado.

Dos horas más tarde, se despertó Joe y manifestó el deseo de salir. En medio de un calor agobiante, Laura lo llevó a pasear por el puerto. A su hermano le encantaba el espectáculo de los barcos en el muelle, aquellas enormes bestias inmóviles atendidas por millares de marineros y descargadores ocupados en sus diferentes trabajos. Allí se respiraban los vientos del mundo. Había que expirarlos e inspirarlos. Tragar y escupir. El comercio realizaba la digestión de sus desiguales intercambios. Para mayor aprovechamiento de las potencias occidentales, los barcos vomitaban en tierra china, donde las mercancías se venderían a precios exorbitantes, sus cajas de opio indio y de utensilios manufacturados en las fábricas de Inglaterra, y seguidamente ingurgitaban los rollos de seda, los sacos de arroz y las cajas llenas de objetos de porcelana comprados a precios ínfimos a las manufacturas chinas por las grandes compañías europeas.

Aunque no disponía de los instrumentos intelectuales que le habrían permitido calibrar con precisión aquella terrible injusticia, el espectáculo de aquellos pobres *coolies* aplastados bajo el peso de las tremendas cargas que transportaban bastaba a ojos de Laura para intuirlo.

Pasaron largas horas deambulando y contemplando los *steamers*, las goletas, los *filibotes*^[82a] y los juncos, Joe con expresión maravillada, cogido de la mano de su hermana, emitiendo leves gruñidos de satisfacción y corriendo de un barco a otro, mientras Laura lo vigilaba lo mejor que podía y toleraba con esfuerzo el ambiente sofocante y húmedo del incipiente verano. Al terminar la tarde, cuando volvieron al presbiterio, Laura estaba tan agotada que apenas se tenía de pie. Pese a todo, no tardó en comprobar que su madre no estaba, aunque sí habían vuelto ya Roberts y Bambridge.

—¿Dónde está mamá? —preguntó al pastor, inquieta de pronto.

—Dentro de un cuarto de hora estará aquí. Ha querido visitar a una familia que

acaba de perder al padre. Ha muerto de disentería. Viven cerca de aquí —le respondió el baptista americano antes de subir a su habitación para cambiarse de ropa.

Roberts cenaba siempre con el redingote puesto.

Algo más tarde, cuando Barbara, extenuada, apareció por fin, su hija se sobresaltó al verla tan pálida y ojerosa. Desde que se habían refugiado en casa de Roberts, su madre envejecía a ojos vistas, como si el tiempo se hubiese fijado de repente en ella y quisiera cebarse en su persona.

Laura, angustiada, bajó los ojos.

—Os he traído pescado frito, queridos niños. Sobre todo para ti, mí Joe chiquitín..., porque sé que te encanta —dijo Barbara con voz cansada antes de meterse en la cocina, seguida de Joe, ahora contento y pegado a sus faldas.

Inmediatamente Barbara comenzó a bregar ante los ojos maravillados de su hijo, quien parecía haber descubierto por vez primera a su madre, ya que no la perdía de vista. Como muestra de agradecimiento al pastor, Barbara Clearstone tenía el pundonor de preparar todas las noches la cena del americano, tarea de la que anteriormente se había ocupado Bambridge, pero que había dejado con gusto en manos de su rival.

Como de costumbre, sentados alrededor de la larga mesa de la sala común donde se servían las comidas, todos los comensales guardaron silencio durante la interminable bendición de Roberts, que acababa siempre con una larga lista de santos intercesores. Al terminar la oración, Barbara observó que su hija, habitualmente alegre y habladora, comía en silencio y guardando una actitud reservada los buñuelos de pescado frito.

—La cosecha de hoy no ha estado nada mal, ¿verdad, señorita Bambridge? —declaró Roberts, quien, en ausencia de invitados, como era el caso aquel día, tenía la costumbre de comentar la jornada de apostolado antes incluso del primer bocado.

Contenta de la importancia que el pastor le daba, su ayudante se pavoneó:

—Hemos distribuido unos cincuenta folletos, reverendo. ¡El doble de la semana pasada! A este ritmo, pronto serán tres mil los chinos que habrán recibido la buena nueva.

Bambridge se enorgullecía de llevar la contabilidad exacta del número de folletos distribuidos.

—Pero teniendo en cuenta el alto porcentaje de analfabetos del país, ¿creéis que esa pobre gente los leerá? —inquirió Barbara sin darse cuenta de la enormidad del pedrusco que acababa de arrojar en la charca.

Roberts frunció el entrecejo y, molesto en grado sumo, exclamó:

—Todos los seres humanos están en posesión de la facultad de aprender a leer. Si los chinos no hacen ese esfuerzo mínimo para conocer mejor la palabra de Cristo, peor para ellos. Yo hago mi trabajo, que ellos hagan el suyo. Hay que ganarse el paraíso por mérito propio. Están en libertad de optar por el infierno.

—Los chinos llevan a Cristo en la sangre. Os aseguro, reverendo, que no tienen

necesidad de leer el catecismo para impregnarse de su palabra —protestó la esposa de Brandon.

No se trataba en absoluto de una provocación por su parte, sino simplemente de una convicción. Desde que frecuentaba los templos taoístas y confucianos así como las pagodas, todo cuanto había observado servía para convencerla cada día más de que las prácticas religiosas de los chinos se parecían enormemente a las de los ingleses, ya se tratase de los bastoncillos de incienso, tan parecidos a los cirios de las iglesias de Londres, como de las genuflexiones y prosternaciones varias delante de las estatuas de Confucio y de Siddharta Gautama o del panteón búdico. Las paredes de las pagodas ofrecían a la mirada las «diez mil divinidades» bajo la forma de bajorrelieves de llamativos colores donde ella insistía en ver curiosas semejanzas con el juicio final según era descrito en el libro del Apocalipsis.

—¿Cómo podéis decir esas barbaridades? Los chinos se encuentran a años luz de la verdad divina. Están a mil leguas de la palabra de Cristo, creedme porque os lo digo por experiencia. Vuestro fervor ingenuo y exaltado os empaña el juicio —dijo el pastor.

—Debemos amarlos, alimentarlos y vestirlos. Sufren las calamidades en propia carne igual que sufrió Cristo —prosiguió, imperturbable, Barbara Clearstone.

Las palabras de la inglesa habían provocado la cólera del americano. Extenuado por el esfuerzo realizado durante la jornada comentando el folleto que había mandado traducir al chino en el que figuraba la lista de las razones que explicaban por qué era urgente convertirse al cristianismo, acompañado de un boletín de inscripción a la Iglesia baptista de Cantón, optó por dar cuenta en silencio del plato de pescado, después de lo cual se levantó y abandonó la mesa, seguido de Bambridge, más contenta que unas pascuas, quien, al salir, como de paso, dirigió una mirada asesina a su odiada rival.

Así que se quedaron solas, Laura interpelló a su madre:

—¿Mamá?

—Sí, cariño.

—Mamá, pareces muy cansada. Me preocupas...

Barbara, estupefacta, miró a su hija como quien mira a una extraña. La inversión del trato entre las dos, ya que era la primera vez que oía a su hija dar una opinión de aquellas características sobre ella, la dejó atónita.

—¿Hablas en serio? —le preguntó, sorprendida.

—Sí, mamá. Deberías pensar en volver a Londres. Además, Joe reclama a papá.

—¡No digas tonterías! Joe es incapaz de expresar el menor deseo.

—En eso te equivocas, ¿verdad, Joe?

El niño *trisómico*, que en aquel momento estaba jugando con la argolla de la servilleta, no pareció hacer caso de la declaración de su hermana mayor.

—Mira, cariño, yo diría que eres tú quien necesita descanso —le soltó Barbara, ligeramente molesta.

—Te aseguro que esta mañana, sin ir más lejos, Joe ha reclamado a su padre. Me ha parecido increíble.

—No dispongo del dinero suficiente para el pasaje. Y aquí, aparte del cónsul Elliott, no conocemos a nadie. Y no me imagino yendo a pedir ayuda a aquel hombre horrible, especialmente después de lo que ocurrió —se lamentó la esposa de Brandon.

—Podríamos trabajar el tiempo que hiciera falta para comprar el pasaje de vuelta, mamá —exclamó Laura emocionada y al borde de las lágrimas al pensar en la posibilidad del viaje a Inglaterra en compañía de La Piedra de Luna.

Era una posibilidad que llenaba de felicidad a la inglesa, que ya se veía paseando por Hyde Park de la mano del padre de su hijo, hipótesis que de momento parecía altamente improbable.

En cuanto a Barbara, ahora angustiada y dispersa, se encontraba acorralada en un callejón sin salida, una situación que no había previsto. La apesadumbraba terriblemente pensar que el destino de sus hijos estaba indefectiblemente ligado al suyo. Durante un momento fugaz, pensó que se había equivocado. No se le había ocurrido nunca, pero en aquel momento sintió la semilla de la duda germinar en su interior. ¿Elegía bien si optaba por permanecer en Cantón para consagrarse a obras de caridad en beneficio del prójimo? ¿No se había precipitado al obligar a sus hijos a seguirla a través de un camino tan exigente como aquel? Se esforzó en desterrar tan negras ideas diciéndose que Laura era demasiado joven para comprender los fundamentos de su actitud y que un día le estaría agradecida por haberla puesto desde tan joven en el camino de Jesucristo.

Pero entretanto farfulló una respuesta de circunstancias.

—Te prometo que lo pensaré, mi pequeña Laura. Déjame que lo piense con más detenimiento, querida hija. Aparte de que también tengo que hablarlo con el señor Roberts.

—Mamá, ¿sigues casada con papá? —le preguntó entonces su hija.

—Por supuesto, cariño. Un matrimonio es un contrato delante de Dios. Mientras tu padre y yo sigamos vivos, estaremos unidos por el sacramento del matrimonio —concluyó Barbara, que seguía confusa ante la ofensiva de su hija.

Tras recoger los platos, se metió en la cocina sin añadir nada más.

En aquel momento llamaron a la puerta del presbiterio.

Laura se precipitó a abrirla. No era raro que llamasen a la puerta pobres desgraciados que mendigaban un cuenco de arroz o un puñado de cacahuets. Bambridge los atendía a cambio de la promesa de leer —o hacerse leer— el folleto sobre los méritos de la palabra de Cristo y las ventajas de convertirse.

Pero aquella vez no se trataba de un mendigo, sino de un muchacho de tipo occidental, rubio y de ojos azules que, desde el umbral de la puerta, dijo:

—Busco a la señora Barbara Clearstone. Me han dicho en la calle que vivía aquí, en el presbiterio, la casa del pastor Issachar Jacox Roberts. Me llamo Bowles, John Bowles.

—Yo soy Laura Clearstone, la hija de Barbara Clearstone. Encantada, señor Bowles. ¡Mamá..., es para ti! —gritó la muchacha, que no podía advertir, porque ella iba delante, que el visitante se la comía con los ojos.

La cortina de cuentas multicolores y tonos acidulados que cerraba la salida al mirador se dividió con un delicado tintineo y por la abertura apareció la silueta alargada de Barbara Clearstone con los brazos chorreando agua, ya que estaba lavando los platos de la cena.

—Me llamo Bowles, John Bowles. Soy inglés, dibujante de prensa. Trabajo para *The Illustrated London News*. Sois la señora Clearstone, ¿verdad?

—Sí. Es muy evidente que sois inglés. ¿Puedo servirlos en algo, señor Bowles? —le preguntó Barbara secándose las manos en su largo delantal de faena.

Sin aguardar más, el dibujante se sacó un pliego de papel del bolsillo y se lo tendió a la interesada con gesto brusco, como si le urgiera desembarazarse de aquella carga.

—He venido a entregaros esto, señora Clearstone. De parte del señor Stocklett. Acabo de llegar de Londres y estoy aquí desde hace tres días después de una escala en Hong Kong. No ha sido fácil encontraros, ya que no hablo chino.

Con manos temblorosas, Barbara Clearstone abrió la carta que Stocklett acababa de entregarle. Terminada la lectura, la leyó por segunda vez, como si quisiera asegurarse de que la había entendido bien.

Después, sin esperar a más, se volvió hacia Laura.

—Laura, antes de venir a Cantón, ¿no te había dado el señor Stocklett un sobre para mí?

—¡Sí, mamá!

—¿Por qué no me lo diste? —preguntó Barbara con voz ronca.

—Al llegar a casa, papá me dijo que se lo diera a él y que él te lo entregaría. ¿Hice mal, mamá, dándoselo a papá?

—En absoluto, hijita, en absoluto —murmuró la esposa de Brandon.

Aunque le hería profundamente saber que su marido había interceptado su correspondencia, se esforzaba en ocultar su indignación ya que, respetuosa de las conveniencias, no quería tomar a Bowles por testigo.

Interiormente, sin embargo, pensó que, en la primera ocasión que se le presentase, reprocharía su comportamiento a Brandon.

La carta de Nash era edificante en muchos aspectos. No hacía alusión alguna al contenido de la otra que ella no había recibido aunque manifestaba su sorpresa al no haber obtenido respuesta. Dando por sentado que Barbara había leído la carta, quería saber la razón de su silencio. Barbara se perdía en conjeturas. ¿Qué decía la carta interceptada por Brandon?

¿Proponía, acaso, pagar las deudas del matrimonio? De ser así, ¿por qué Brandon no había aprovechado la ocasión?

Barbara sintió un leve mareo y, vacilante, buscó una silla donde sentarse.

—El señor Stocklett ¿os dijo alguna cosa más? —prosiguió Barbara con voz cansada dirigiéndose al dibujante de prensa.

—Infinidad de cosas, señora Clearstone. El señor Stocklett era mi vecino de rellano. Solíamos charlar a menudo... por la noche..., mientras tomábamos una copa. Creí entender que sentía por vos un profundo afecto, señora Clearstone.

—Actualmente no tengo noticias de mi marido —murmuró Barbara—. ¿Os habló de él el señor Stocklett?

—Sí. ¿No sabéis la noticia, señora Clearstone? —exclamó Bowles, incómodo de pronto, puesto que ya conocía la respuesta y estaba discurriendo la manera de preparar a su interlocutora para la terrible noticia que se disponía a darle.

—¿Qué noticia? No sé a qué os referís —exclamó ella en respuesta a su pregunta.

Bowles la llevó aparte, hacia un rincón de la habitación, y con voz ahogada, procurando que Laura no oyese nada, le murmuró:

—A las pocas semanas de su regreso a Inglaterra, vuestro marido se suicidó, señora Clearstone...

Con el corazón invadido de pronto por una sensación de náusea, Barbara se mordió la mano y seguidamente exclamó:

—¿Cómo? ¡No es posible! ¿Cómo lo sabéis?

—Me lo dijo el señor Stocklett y me encomendó que os lo comunicara, señora Clearstone.

—No me avisaron —murmuró Barbara, al borde del desmayo.

—Señora, vos vivís en China y ese terrible suceso ocurrió en Londres... a cinco meses y medio de barco.

—¿Os dijo el señor Stocklett cómo se había enterado del hecho?

—No, señora Clearstone. Creedme, señora, pero ha sido enormemente difícil comunicároslo y me entristece profundamente tener que daros tan desgraciada noticia.

Laura, advirtiéndole que Bowles acababa de anunciar algo terrible a su madre, se acercó a esta y le cogió las manos.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Ha ocurrido algo grave?

Barbara, anonadada por el dolor, se sentía incapaz de responder. Y en aquel momento Laura tuvo el presentimiento de que su padre había muerto.

—¿Papá? —gimió.

—¡Sí!

—¿Ha muerto?

—Ha muerto —repitió su madre con expresión ausente, entre sollozos.

La muchacha, profundamente impresionada, se precipitó a su habitación, donde se arrojó en la cama ante los ojos alarmados de Joe, que la había seguido hasta allí.

—¡Papá se ha ido! —farfulló Laura dirigiéndose a su hermano, que comenzó a proferir alaridos, presa de terror.

Como si aquel niño retrasado hubiera comprendido lo ocurrido, despavorido, se

agazapó junto a la pared igual que un animal herido.

Laura acababa de acercarse a Joe cuando, bajo el dintel de la puerta, apareció la figura de John Bowles. En la penumbra de la habitación, iluminada tan solo por una vela, los ojos verdes del dibujante de prensa eran casi fosforescentes. ¿Qué hacía en su habitación aquel hombre de rubios cabellos lacios, que armonizaban perfectamente con su rostro de rasgos regulares? Laura se dirigió al joven, pronta a afearle su incorrecto comportamiento, pero vio que en su rostro, constelado de minúsculas pecas, asomaban unas gotas de sudor y su expresión era angustiada.

—¿Tenéis la bondad de venir, señorita? Vuestra madre se encuentra mal —le dijo el muchacho sin dar tiempo a Laura a abrir la boca.

Esta se precipitó inmediatamente fuera de la habitación.

Su madre estaba tendida en el piso de tierra de la cocina. Roberts y Bambridge habían acudido a atenderla. El pastor estaba inclinado sobre el cuerpo de Barbara sin advertir que su ayudante no conseguía disimular la satisfacción que le inspiraba el espectáculo de su rival tendida en el suelo.

—Habría sido el calor. Ocurre a menudo aquí. La señora Clearstone debería acostumbrarse a llevar sombrero —observó el americano poniéndose en pie.

—¿No habría que avisar a un médico? —sugirió Bowles.

—¡Un médico! ¡Es fácil hablar de médicos! El único médico occidental es el del consulado británico. Vive en el otro extremo de la ciudad y, a esta hora, debe de estar haciendo su partida de *scrabble* con el cónsul Elliott —masculló Roberts lanzando a Melanie una mirada de contrariedad.

Cuando algo no funcionaba, utilizaba siempre a Bambridge como asidero.

—¿Y si voy a buscar al médico que vive al final de la calle? —propuso esta, aunque a contrapelo.

Al cabo de unos minutos regresaba acompañada de un hombre de rostro rubicundo que llevaba unas gafas redondas. Sostenía en la mano una de esas estatuillas de marfil que representan a una mujer desnuda mediante la cual los médicos podían establecer un diagnóstico sin necesidad de desnudar a las pacientes, y también llevaba un ejemplar, que estaba hecho polvo debido al uso, del *Huangdi Neijing o Clásico Interno del Emperador Amarillo*, el primer tratado de medicina que según se dice fue escrito por el mítico emperador bienhechor.

—Basta que señaléis en la estatuilla qué punto del cuerpo os duele, señora Clearstone —explicó Issachar Roberts a Barbara, quien ya se había preguntado por qué le habían puesto ante las narices aquella curiosa figurilla de marfil.

Viendo que no reaccionaba, el pastor reiteró el comentario y Barbara acabó por indicar al médico la cabeza de la estatuilla y este comenzó a teorizar pomposamente:

—La cabeza es redonda, a semejanza del cielo y a diferencia del pie, que es cuadrado, este a semejanza de la tierra. El cielo tiene cuatro estaciones, cinco elementos, nueve aberturas y trescientos sesenta y seis días. Simétricamente, el hombre tiene cuatro miembros, cinco vísceras, nueve orificios y trescientas sesenta y

seis articulaciones.

El hombre, que hablaba como un taoísta, proseguía su exposición:

—La vesícula biliar de esta nariguda está afectada por una enfermedad fría —sentenció el médico con gran compunción—. Recomiendo que tome un pellizco de estos polvos diluidos en mucha cantidad de té verde. Si mañana por la mañana no está mejor, tendremos que examinar los Cinco Órganos y las Cinco Vísceras que permiten que el hálito Qi circule correctamente a través del cuerpo de la señora.

Acto seguido se sacó del bolsillo dos píldoras pequeñas de color negro que hizo ingurgitar a Barbara y, metiendo la mano en una bolsita de cuero que llevaba colgada del cinto, retiró de ella un pellizco de artemisa, que dejó en un platito. Colocó las hojas machacadas en la frente de Barbara, encendió el *moxa*^[82] y continuó hablando mientras el olor característico de la *artemisa vulgaris* se difundía en la estancia.

—La sangre y los hálitos son las flores del hombre; las cinco vísceras son sus esencias. Cuando la sangre y los hálitos se condensan en las Cinco Vísceras sin difundirse al exterior, se llenan de ellos el pecho y el vientre y disminuyen las apetencias y deseos. A lo que parece, esta señora sufre una pequeña hemorragia interna... que seguramente está en vías de reabsorción.

Tras desplazar el cuenco de *tnoxa* sobre el vientre de Barbara, le preguntó por mediación del pastor:

—¿Os sentís mejor?

Las hojas se habían consumido.

—Mucho mejor. No es nada grave. Probablemente... ha sido el calor... —murmuró la interesada, que ahora sudaba copiosamente.

Después de saludar a los presentes y de embolsarse un *liang* de bronce, el médico se despidió de forma obsequiosa. Tan pronto como hubo salido, Laura ayudó a su madre a levantarse y a volver a la cama.

—¿Necesitáis de nosotros? —inquirió Roberts.

—Muchísimas gracias, pero todo irá bien —le respondió la madre de Laura, que se apoyaba en los hombros de su hija.

Se tendió en la cama entre exclamaciones quejumbrosas.

—¿Te sientes mal, mamá?

—Tengo la espalda hecha papilla. No soporto estar de pie. Mañana me encontraré mejor.

Y cerró los ojos. Laura llegó a pensar que se había dormido pero, pasados unos minutos, volvió a abrirlos y dijo a su hija con voz dulce pero con energía:

—Ya ves, hija mía, que no es realista volver a Londres. Ahora que papá ha muerto, no sé siquiera dónde podríamos vivir. No quiero que tú y Joe viváis como mendigos.

Para Laura, que se sentía muy turbada, todo estaba muy claro: su madre rechazaba con todas sus fibras la idea de un retorno a Londres y no estaba dispuesta a abandonar China. La muerte de su padre no cambiaba nada, sino todo lo contrario. En

ausencia de La Piedra de Luna, el futuro no se anunciaba bajo los mejores auspicios. Laura no se veía en el papel de madre soltera en casa de aquel pastor baptista rigorista flanqueado por una gobernanta hipócrita. Abandonar aquel maldito presbiterio en compañía de su madre le parecía una solución mucho más aceptable.

Así pues, decidida a medir la obstinación con que su madre se esforzaba en poner término a sus proyectos, decidió tenderle el último anzuelo.

—¿Y si pidiésemos a tío William que nos acogiese en su casa de campo?

—¡Pobre William! Si apenas puede alimentar a su familia... No me atrevería a imponerle una carga parecida. Nuestro futuro está aquí, hija mía, en este inmenso país donde la gente descristianizada vive en condiciones tan lamentables. ¡Podemos darles tanto!

Laura, que cada vez se sentía más angustiada, apretaba con fuerza las manos de su madre entre las suyas. Pese al calor ambiental, estaban frías como el hielo. La miró a los ojos y observó que tenía las pupilas considerablemente dilatadas.

—Mamá...

—¿Qué?

—Mamá, lo primero que tienes que hacer es curarte. Tienes muy mal aspecto. Todas esas distribuciones de catecismos a pleno sol no son nada buenas para tu salud, mamá.

—Eso no tiene ninguna importancia, hijita. Después de una noche de descanso, todo irá mejor.

Laura estaba consternada: su madre persistía en no dejar translucir los sentimientos que le inspiraba la muerte de Brandon. Se habría dicho que no estaba afectada por su suicidio, a menos que, de acuerdo con su rigorismo de buena cristiana, hubiera decidido ignorar un acto que ella misma reprobaba. En cualquier caso, su conducta era como mínimo sorprendente.

—¿Quieres dormir? —inquirió, preocupada, su hija, que se aprestaba a dejarla descansar.

No era el momento de ajustar cuentas ni de hacerle reproches..., y menos aún de confesarle que estaba embarazada.

Barbara Clearstone se quedó en silencio. Parecía reflexionar. Su hija Laura le puso los labios en la frente.

—¿Quieres cerrar la puerta? Tengo que decirte una cosa importante —dijo Barbara a su hija cuando esta iba a salir de la habitación.

Laura obedeció y se sentó junto a su cama. Barbara le cogió la mano y Laura leyó en sus ojos una profunda tristeza. En las comisuras de los labios, unos restos de saliva daban testimonio de un grado máximo de ansiedad. Tragó saliva con gran esfuerzo y habló sin atreverse a mirar a su hija, la vista fija en el techo, perdida en algún horizonte donde se mezclaban recuerdos inconfesables e inquietantes remordimientos.

—Laura, debo decirte la verdad. Brandon no era tu padre. Ahora que ya no está

en este mundo, considero oportuno decírtelo.

Resbalaban lágrimas por sus pálidas mejillas como la lluvia por una colina arcillosa.

—¿De quién soy hija, pues, mamá? —preguntó Laura, desconcertada.

Tenía la impresión de que bajo sus pies acababa de abrirse la tierra dejando al descubierto un insondable abismo. Y como si temiera caer en él, se agarró a uno de los montantes de la cama. Anonadada, miró a su madre y le pareció una extraña, a la que oyó esta respuesta:

—¡De Nash Stocklett! Me había jurado que no lo diría nunca a nadie, pero no quiero que te creas huérfana, hija mía, ya que tu verdadero padre está vivo. ¿No es mejor así?

Y seguidamente, con voz dulce y extrañamente lejana y entrecortada por los sollozos, contó a su hija su idilio con Nash en Durham, su separación y su reencuentro fortuito en la tienda del florista de Oxford Street, y después aquella relación secreta que había durado muy poco tiempo para contrariedad de Nash. El relato tenía la forma curiosa de un cuento que empezaba bien y terminaba mal.

—¿Sabe el señor Stocklett que es mi padre?

—¡Jamás lo ha sabido! —exclamó con energía Barbara Clearstone.

—¿Qué hiciste para que Brandon se creyera mi padre?

—Los hombres no llevan un calendario preciso en la cabeza, hijita. Digamos que conseguí que no sospechara nada. Soy una gran pecadora, querida mía. Tengo que conseguir que Nuestro Señor Todopoderoso me perdone mis pecados —murmuró Barbara, que ahora tenía el rostro arrasado en lágrimas.

Sin proponérselo, en la penumbra de la habitación, acababa de confesar a su hija la razón de su comportamiento expiatorio.

—¿Y por eso llegas al extremo de consagrar el resto de tu vida a la gente de este país? —se aventuró a preguntar Laura cogiendo la mano de su madre.

—Sí, veo que lo has entendido, querida hija —murmuró Barbara besando la mano de su hija y mojándosela con sus lágrimas.

—¿Por qué no te casaste con el señor Stocklett cuando quedaste embarazada?

Laura repitió tres veces la pregunta, pero no hubo respuesta.

No sabía que no habría nunca respuesta. Pese a su mirada febril y a tener los ojos muy abiertos, Barbara Clearstone cayó bruscamente en coma debido a la ruptura de un minúsculo vaso sanguíneo situado en el lóbulo izquierdo del cerebro.

Creyendo que su madre se había adormilado, Laura decidió volver a su habitación y de camino encontró al pobre Bowles, que la esperaba en el pasillo con expresión desolada.

Incapaz de contenerse por más tiempo, Laura estalló:

—¿Qué hacéis aquí? ¿A qué esperáis para marcharos?

—Solo quería asegurarme de que estabais bien —acertó a decir el joven.

—Pues debéis saber que ya soy bastante mayorcita para solucionar mis asuntos.

Ya no tenéis nada más que hacer en casa del señor Roberts.

Sorprendido ante la violencia que mostraba aquella muchacha de apariencia tan dulce, a Bowles no le quedó más remedio que batirse en retirada.

Ya en su habitación, después de haberse desahogado con el dibujante de prensa, Laura se encerró con llave en ella, se dejó caer en la cama y hundió la cabeza en la almohada para verter todas las lágrimas que cabían en su cuerpo. Se veía en la cárcel, encerrada en las profundidades de una cueva inaccesible, verdadera tumba donde la habían enterrado viva y donde jamás podría encontrarla La Piedra de Luna. Fue entonces cuando un sueño increíble invadió la odiosa celda donde se encontraba, pasando por encima de su cuerpo dormido a medias, exponiendo su rostro lívido y exangüe a una contemplación más remota, envuelta en la penumbra húmeda que coagulaba, como si las congelara, imágenes de su infancia, aquel tiempo todavía próximo en que tenía padre y madre.

Les daba la mano y caminaba con ellos por la orilla de una playa. Joe no estaba. El mar era bravío y junto al borde se estrellaban las olas obedeciendo un ritmo ineluctable y terrible. De pronto vio una gaviota que volaba trazando arabescos en el cielo y se posaba a pocos pasos en la arena. Tomó impulso para intentar cogerla pero, al acercarse, el pájaro levantó el vuelo y fue a posarse algo más lejos. La maniobra con el pájaro travieso prosiguió unos momentos hasta que Laura, al darse la vuelta, vio que sus padres no estaban.

Habían desaparecido. Hasta sus pisadas en la arena habían sido borradas por las olas.

Comprendió, entonces, que el mar los había engullido.

Unos instantes más tarde notó que alguien la cogía de la mano.

Era Joe, que bajaba por una duna, sonriente, baboso, gruñón como tantas veces...

Se estremeció, abrió los ojos y se sentó en medio de la oscuridad.

Justo en aquel momento tuvo conciencia de su situación: a partir de ahora había dos seres, su hermano discapacitado y el hijo que llevaba en las entrañas, que estaban enteramente a su cargo.

TERCERA PARTE

Los destinos contrariados

XXIX

Pekín, Ciudad Púrpura Prohibida
21 de junio de 1847

Los rayos de color amarillo huevo de un sol que parecía pesar a fuerza de relucir sobre las molduras doradas estilo Versalles del salón privado de Primera Concubina Celeste deslumbraron al viejo eunuco Siempre Aquí cuando este hizo su entrada, calzado con altos coturnos y aureolado de un penetrante perfume de almizcle. Del suelo al techo, la habitación donde la vieja cortesana pasaba los días escuchando los chismes de unos y otros rezumaba mal gusto, desde los gigantescos muebles, ostentosos y recargados, demasiado voluminosos para el espacio disponible, hasta aquella ridícula profusión de espejos presuntamente venecianos, pasando por los sillones de estilo Luis XVI falseado, chillón, encargados por el zar de Rusia a un ebanista moldavo y que el emperador había descartado para el Palacio de Verano. El mero hecho de atravesar tan inaudito batiburrillo constituía una auténtica carrera de obstáculos.

—¿La señora Primera Concubina Celeste deseaba verme? —inquirió el castrado en voz baja, roído por una cierta inquietud puesto que conocía perfectamente el motivo de que lo hubiera mandado venir.

El cuerpo de Primera Concubina Celeste, baqueteado como un viejo carricoche por los años de sumisión al emperador, estaba arrellanado entre cojines de seda en un abombado sofá de armazón de palo de rosa, ornada con densas guirnaldas, regalo del Imperio otomano, cuyo objetivo fundamental era suscitar la admiración del Hijo del Cielo. No bien advirtió, multiplicada por los espejos donde tan a menudo había contemplado antaño su belleza, la bamboleante silueta del recién llegado, la más antigua favorita del emperador de China dio rienda suelta a su impaciencia.

—¡Siempre Aquí, cuento con vos para que hagáis algo! ¡Esa execrable Siberiana ha vuelto y me han dicho que el Hijo del Cielo quiere volver a ver al hijo que le engendró a esa diablesa!

De los maquillados ojos de Primera Concubina Celeste brotaban relámpagos de cólera. Había sido muy hermosa, como no podía ser menos para llegar a ascender a su actual posición, pero la ajada piel de su rostro la obligaba ahora a usar gruesas capas de afeitado. Pese a las atenciones prodigadas por las mujeres consagradas al cuidado de la belleza de las residentes del gineceo imperial, aparentaba más años de los que tenía. Bien es cierto que pasar el tiempo intrigando para ser la que el emperador escogiera para pasar la noche, procurando además que fuera en periodo fecundo y después, una vez ganada esa primera batalla, atiborrarse de alimentos Yang y recurrir a todos los magos y ensalmadores de Pekín con objeto de evitar a toda costa la

desgracia de una hija, generaba un nivel de tensión que la hacía envejecer más deprisa de lo normal...

—Estoy enterado, Primera Concubina Celeste. Como veis, me hallo tan abrumado como vos... —gimió el eunuco.

—¡Espero en todo caso que se hayan tomado las medidas necesarias para que ese bastardo desaparezca para siempre! —espetó Primera Concubina Celeste descargando un puñetazo.

Luego, se levantó para dirigirse con dificultades a la ventana, con el sostén de unos pies destrozados que cabían en unos minúsculos zapatos de suela bordada de hilo de oro.

La vista del jardín a la francesa, con sus setos de boj recortado, proyectado un siglo atrás por el padre jesuita Attiret^[83], a la que tenía derecho después haber alcanzado el más alto grado en la jerarquía de cortesanas imperiales, era lo único que llegaba a apaciguarla.

—Yo hice lo que pude, pese a la retirada del príncipe Tang... Recordad, oh, Primera Concubina Celeste, que fue a él a quien habíamos encomendado la susodicha tarea.

—Lo sé. ¡Pues si ese diablo de Tang ha traicionado, muerte a los traidores! ¡Ah, solo nos faltaba eso!

—¿Qué, Primera Concubina Celeste? —balbuceó, sin poder evitarlo, Siempre Aquí.

Se estremeció, temeroso. En presencia de Primera Concubina Celeste, que a menudo atacaba por sorpresa, más valía estar prevenido.

—¡Nada! ¡Mi dedo! —exclamó enfurecida.

Al golpear el borde de la ventana, Primera Concubina Celeste acababa de perder la larguísima uña enroscada del meñique. Aún intranquilo. Siempre Aquí se guardó mucho de contestar.

—¡Menuda situación la nuestra! Yixin^[84], mi adorado hijo, corre el riesgo de perder toda la ventaja en esta inepta carrera para la sucesión. Mientras no se haya promulgado el edicto que lo nombre príncipe heredero del trono, no hay nada definitivo. ¡Y ese zorro de Daoguang, que lo sabe y juega con eso, esperará lo más posible antes de decidirse! ¡No es de descartar que ese maldito La Piedra de Luna se convierta en el fénix nacido en un nido de cuervos!

—Lo sé, Primera Concubina Celeste... ¡Lo sé!

—De todos los hijos de Daoguang, Yixin es el único que tiene el cerebro lo bastante espeso como para suceder a su padre... ¡Además, tira de maravilla al arco y monta a caballo como un dios! Tiene temple para convertirse en un valiente jefe de guerra respetado por todos, incluidos esos diablos de narigudos que se dedican a humillarnos —gruñó la vieja cortesana imperial.

Pese a que las madres siempre están convencidas de que su hijo es el mejor, la opinión general coincidía en que Yixin superaba de lejos a todos los demás hijos

oficiales de Daoguang.

—Yo nunca he dudado de las inmensas cualidades del príncipe Yixin, oh, Primera Concubina Celeste. Él es mucho más capaz que el príncipe Yizhou^[85]. Mis amigos y yo hace mucho que hemos optado por él, y os hemos dado pruebas de ello —se defendió el eunuco.

De todos modos, aunque no hubiera sido así, ¿qué otra cosa podía decir?

—Siempre Aquí, es preciso que me ayudéis con vuestros amigos... ¡La Siberiana es la enemiga de nuestra causa! —rugió, cual tigresa defendiendo a su cachorro, la madre de Yixin.

Pálido y abrumado, Siempre Aquí intentó tranquilizarla como pudo.

—Os prometo, señora, no reparar en medios. ¡Tened por seguro que haremos cuanto esté en nuestras manos a fin de proteger los intereses de vuestro hijo!

—¡Desde que esa rusa se presentó en la corte, el emperador está encerrado en su habitación con ella! ¡Ya van tres días! ¡Esa mujer va a obtener todo lo que quiera y nosotros vamos a salir malparados! —vociferó Primera Concubina Celeste retorciéndose las manos de rabia.

—El Hijo del Cielo me ha mandado llamar hace un rato, señora.

—Ya sé... ¡Un ardid de la Siberiana! Ha sido ella la que ha tramado esa cita... —tronó la vieja cortesana, que aún disponía de una red suficiente de informantes en el entorno inmediato de Daoguang para enterarse sin tardanza de la identidad de las visitas recibidas en audiencia.

—Al menos, yo seré el primero en saber qué ha decidido el Hijo del Cielo. Así podré haceros inmediatamente partícipe de ello, señora...

Primera Concubina Celeste tenía tan crispados los puños que los nudillos se le habían puesto blancos cual guijarros de río.

—Me temo lo peor...

—Lo peor nunca es seguro, Primera Concubina Celeste —sentenció con un hilo de voz el eunuco antes de retirarse, convencido de que los problemas no hacían sino comenzar.

Y no se equivocaba, aun cuando se quedara corto en sus cálculos.

* * * *

—¡Siempre Aquí, mi señor, para serviros! —gritó el Gran Chambelán imperial Elevación Paradójica en presencia de Daoguang a comienzos de la tarde del mismo día.

Incapaz de disimular el odio que le inspiraba el viejo eunuco, Elevación Paradójica esbozaba una mueca que convertía su cara en una máscara de ópera. Siempre Aquí, por su parte, vestido con una larga túnica de seda negra adornada de reptiles bordados con hilo rojo, sudaba copiosamente cuando, justo después de la presentación de su enemigo íntimo, se vio propulsado por dos guardias al gabinete de

trabajo del Hijo del Cielo.

El eunuco corría grandes riesgos, ciertamente.

Con la inesperada llegada de la Siberiana, el Hijo del Cielo podía percatarse en cualquier momento de que lo había engañado en lo relativo a la suerte reservada a La Piedra de Luna.

Sin sorpresa, habida cuenta de que se esperaba lo peor, Siempre Aquí descubrió el sombrío semblante de Daoguang, que caminaba sin cesar yendo de una punta a otra de la habitación. Con la mano derecha batía el ritmo por medio del suntuoso *ruyi*^[85a] especialmente fabricado para su antepasado y predecesor Kangsi en un extraordinario encaje de madera de ébano con incrustaciones de ágata, marfil y lapislázuli. Ese cetro le servía asimismo de rascador cuando le picaba la espalda, cosa que solía suceder cuando estaba nervioso. No era una buena señal que el emperador de China recorriera de ese modo su despacho, con el *ruyi* en la mano. Aparte, no bien hubo entrado el viejo eunuco, sin siquiera dedicarle una mirada, el Hijo del Cielo le impartió una orden.

—¡Hay que encontrar sin tardanza a La Piedra de Luna! ¡Quiero verlo sin demora aquí! La princesa Irina y yo deseamos abrazar a nuestro hijo.

Desde aquel señalado día en que Daoguang ordenó a Siempre Aquí que lo alejara de la corte, jamás había pronunciado el nombre de su hijo oculto. La manera como había ido al grano el Hijo del Cielo, sin el menor preámbulo, demostraba la amplitud de la labor ejecutada en poco tiempo por la Siberiana.

Junto al emperador se hallaba aquella mujer erguida y elegante, de altivo porte. La piel blanca, los reflejos turquesa de los ojos rasgados y la larga cabellera negra que hacían resaltar el perfecto óvalo de su rostro eran patente prueba de la sangre caucásica que circulaba por sus venas. En su mirada se translucía una terrible dureza. No debía de haber reparado en medios para convencer a Daoguang a fin de que reclamara a su lado al fruto de sus amores.

Siempre Aquí constataba, intimidado, que la Siberiana no había cambiado en lo más mínimo. Pese a que no debía de faltarle mucho para cumplir los cuarenta, Irina parecía inmune a las afrentas del tiempo. Por ello ofrecía un impresionante contraste con el Hijo del Cielo, que aparentaba con mucho su edad y presentaba además una gordura claramente perceptible bajo la túnica de seda amarilla con bordados de ave fénix.

Irina había mantenido intactos todos sus encantos, y bien sabía Dios que no eran pocos. Daoguang no se había equivocado, desde luego, al apresurarse a invitarla a comer en privado no bien se enteró de que había llegado de manera imprevista a Pekín unos días antes. Desde que se habían visto, con sus carnosos labios y su hábil lengua, ella se las había arreglado para ofrecerle uno de aquellos sensuales homenajes que difícilmente él iba a poder olvidar. A partir de entonces, no había abandonado los aposentos imperiales.

Muerto de inquietud, Siempre Aquí creía encontrarse quince años atrás, en la

época en que Daoguang se había enamorado como un loco de Irina Dachenko.

Como ocurre a menudo, el azar había hecho bien las cosas.

Si no hubiera mediado una negligencia del servicio de protocolo de la Ciudad Púrpura Prohibida, aquella joven aventurera no hubiera estado presente en la audiencia imperial. En cuanto la vio entre el séquito del gordo, extraordinario y plenipotenciario embajador del zar Nicolás I que había acudido a presentarle sus credenciales, el Hijo del Cielo se prendó de ella. Una vez concluida la audiencia, Daoguang no paró hasta que consiguió volver a ver a la interesada. Al día siguiente mismo, haciendo caso omiso de todas las reglas de etiqueta y de las más elementales normas de decoro, la había invitado a cenar en sus aposentos privados.

La iniciativa causó escándalo en la corte imperial, pero aquello importó poco al Hijo del Cielo, que había sucumbido a un fulgurante flechazo...

Daoguang nunca había probado una amante nariguda, por falta de ocasión. Hasta entonces se había conformado con las ocupantes del gineceo imperial. El motivo era que no se admitía a ninguna mujer extranjera en el entorno del soberano. Las chinas y las manchúes que habían pasado por su cama eran, en cambio, tan numerosas que habría habido que consultar el registro ultrasecreto que llevaba el escriba oficial para saber su número exacto, que en todo caso debía de superar el centenar. La rusa había obrado tales maravillas que el Hijo del Cielo había decidido mantenerla junto a él.

Ante la categórica reprobación del embajador moscovita, que había regresado sin ella a su país natal, y de todos los miembros de la corte del Hijo del Cielo, desde las concubinas a los chambelanes pasando por los eunucos, la bella Irina Dachenko se había quedado en Pekín.

Daoguang no había escatimado detalles para seducir a la sublime Siberiana. En plena estación invernal le había hecho servir uno de esos racimos de uvas cosechados en Tianjín que sus médicos conservaban con esmero por medio de hielo para su uso exclusivo. Como a ella le gustaban las pieles, había ido él mismo a cazar la marta cibelina para forrar con ella una suntuosa capa de seda que le había regalado.

En apenas unos meses, Irina, a quien toda la corte apodaba la Siberiana, había aprendido a chapurrear lo bastante el chino como para prescindir de intérprete y proseguir sin intermediarios sus tiernas entrevistas con Daoguang.

Once meses después, en el más absoluto secreto, había nacido un hijo producto de aquella escandalosa unión ajena a las normas. Sus padres le habían puesto La Piedra de Luna.

Aquel era un nombre portador de suerte, el nombre de una gema rara de extraordinaria luminosidad, de sutiles e irisados colores, una piedra que parece caída del cielo, más codiciada aún que el jade.

No obstante, a causa de ese hijo se mantenía un escándalo larvado. Aquella unión entre una extranjera y el emperador de China no era bien aceptada. El rechazo se acentuaba al comprobar que, cada vez más prendado de la bella rusa, Daoguang no le negaba nada. La había instalado con el niño, en un pabellón de su jardín particular. La

pareja permanecía siempre junta. Eran muchos los allegados del Hijo del Cielo que observaban con inquietud aquel viento de locura que soplaba en su cabeza y que lo llevaba a descuidar sus funciones de dirigente supremo de la China por una simple mujer, para colmo extranjera. Sus rivales y sus enemigos, más abundantes cada día, se frotaban las manos. En la corte se exacerbaban los odios y las envidias. Muchos altos mandatarios de origen Han, pese a ser más tolerantes que los manchúes, comenzaban a considerar que la Siberiana se comportaba demasiado como una verdadera emperatriz.

Pronto la rusa se convirtió en la intrusa odiada y envidiada, la usurpadora en potencia, la importuna que hacía temblar los cimientos del Templo del Cielo. La presión se acentuaba de tal modo sobre las espaldas del emperador que este decidió enviar al niño lejos de la capital, a pesar, incluso, de las protestas de Irina. Esta habría aceptado de buen grado regresar a Rusia con su hijo, pero el Hijo del Cielo había descartado de plano tal alternativa.

—¡Si te vas con este niño, perderá todos los derechos sobre el trono de China! ¡Vamos a ponerlo en lugar seguro durante un tiempo y, cuando las cosas se hayan calmado, volverá! —le había replicado con furia cuando ella había planteado aquella posibilidad.

El enfrentamiento entre ambos había alcanzado una violencia inaudita, del mismo alcance que su pasión. La escena se había desarrollado ante la asombrada mirada del pequeño, que, aunque apenas empezaba a caminar, había estallado en sollozos.

—Pero mirad un momento a este niño... ¡Lo van a separar de su madre!

Irina lloraba, estrechando contra sí a La Piedra de Luna, a punto casi de asfixiarlo.

—¡Deberías darme las gracias! ¡Más de una madre se conformaría pagando tan poco con tal de que su hijo conservase las ventajas de sus orígenes imperiales!

—¡Me importa bien poco el precio que haya que pagar! ¡La Piedra de Luna es mi hijo! ¡Nuestro hijo! ¡Los niños tienen derecho a crecer junto a su madre!

—Aquí soy yo quien decide sobre los derechos.

—No estoy hablando al emperador sino al padre de mi hijo.

—¡No conozco ningún emperador que pudiera actuar como yo!

—¿Y qué significa eso?

—¡Este niño podría convertirse, llegado el momento, en Hijo del Cielo a su vez! ¡Por eso no puede abandonar el perímetro interior de la Gran Muralla!

Irina estaba desconcertada. ¿Hablaban en serio Daoguang? ¿Un niño por cuyas venas corría sangre rusa podría suceder un día a un emperador manchú?

—¿No habíais elegido, entonces, a vuestro sucesor?

—Yo no descarto nada. Si resulta que La Piedra de Luna es el más capaz de mis hijos, lo designaré a él...

—¿Pero cómo podría demostrar este niño que es de vuestra misma sangre?

—¡Todos mis hijos poseen un certificado oficial de paternidad!

De todas formas, no se hallaba en posición para oponerse a la voluntad del

emperador. ¿Qué podía hacer una joven rusa contra uno de los monarcas más poderosos del mundo?

El hierro siempre acaba imponiéndose a la arcilla.

Vencida e impotente, había asistido a la entrevista en la que Daoguang encargó a Siempre Aquí que alejara a su hijo de Pekín. Después, el Hijo del Cielo había estampado su sello, tal como se había comprometido a hacer, en un documento que certificaba que el niño era hijo suyo.

Ese día, el motor principal de la existencia de Irina se había estropeado y el mundo se había venido abajo para ella.

El eunuco había puesto a La Piedra de Luna al cuidado de uno de sus primos lejanos llamado Ramillete de Pelo Celestial, que trabajaba de calígrafo en Cantón, a quien había confiado el secreto junto con una elevada suma de dinero destinada a proveer las necesidades del hijo oculto del emperador. Al mismo tiempo, le había entregado el estuche de pinceles en cuyo forro iba enrollado el preciado certificado de paternidad del niño de quien iba a hacerse cargo.

No obstante, lejos de apaciguar los ánimos, el alejamiento del hijo de la Siberiana había intensificado las tensiones en lo relativo a la sucesión de Daoguang. Su gesto, que no era difícil de interpretar, significaba que La Piedra de Luna se había sumado a la lista de aspirantes al trono. Para borrarlo de ella, había que eliminar a toda costa a la Siberiana, cuya presencia en la corte se había vuelto más peligrosa aún.

Al cabo de unos meses, intuyendo el riesgo de que el Hijo del Cielo acabara cediendo a las exhortaciones de quienes deseaban su desaparición, con el corazón destrozado, la rusa se había adelantado huyendo sin decir nada.

Herido por la repentina partida de aquella mujer con la que aún estaba encariñado, en un gesto de furor, Daoguang había comenzado ordenando el cierre de las fronteras de China.

—Señor, si me pidierais que impidiese que el mar se retirara después de haber subido sobre la arena de la playa, me hallaría en la misma dificultad de serviros... ¡Los orificios de la Gran Muralla son tan numerosos que no podemos aspirar a tapparlos! —había acabado reconociendo uno de sus viejos consejeros después de hacer acopio de valor para responderle de ese modo.

El Hijo del Cielo había tenido que rendirse a la evidencia: la Siberiana se había esfumado. Pese a la eficacia de sus allegados que, aliviados sobremanera por aquella precipitada partida, se habían apresurado a instalar en su cama un rosario de espléndidas muchachas, Daoguang había tardado mucho en olvidar a la bella rusa.

Después, como es habitual, el tiempo —que con incomparable eficiencia borra hasta las más dolorosas marcas— había cumplido su labor y, pese a que de vez en cuando aún pensaba en la hermosa Irina, el emperador se acordaba cada vez con menos frecuencia de ella.

Entretanto, eran tantas las nuevas amantes que se habían sucedido en el lecho imperial multiplicando su descendencia que Daoguang se iba desinteresando poco a

poco por la suerte de La Piedra de Luna, el cual se había convertido en un hijo natural como tantos a los ojos de un padre que, de todas formas, se proponía retrasar lo más posible el momento de plantearse la elección del príncipe heredero del trono de China.

En tales condiciones es bien comprensible que la reaparición de la Siberiana, tras dieciséis años de ausencia y de silencio, había sido como un seísmo en la corte de China. Para Daoguang, cuya cólera contra Irina se había disipado hacía mucho, aquello resultó una sorpresa divina. Para las concubinas cuyos retoños aspiraban a la sucesión volvía a comenzar, en cambio, una pesadilla que podía destruir el fruto de años de intrigas.

Irina Dachenko sabía mejor que nadie cómo tratar al Hijo del Cielo y por ello había logrado hacer renacer con la misma fuerza del primer día la devorante pasión que Daoguang sentía por ella.

—¡Ya debéis de imaginaros que no he vuelto sólo por vos! —le había espetado con aspereza después de prodigarle el homenaje que merecía su Vara de Jade.

—Apuesto a que deseas volver a ver a tu hijo.

—Exacto. ¿Cómo está?

—Mejor no podría estar...

—¿Qué hace? ¿Dónde está?

—En realidad, no he tenido noticias, de lo que se deduce que todo va bien. Voy a enviar a alguien a buscarlo. De todas maneras, pensaba hacerlo volver conmigo. ¡Para que lo sepas, no he alterado mis disposiciones en lo que a él respecta! —había declarado el Hijo del Cielo, ansioso por recibir de nuevo un tratamiento idéntico al que ella acababa de administrarle.

—¡Si no viene, esta vez seré yo la que acuda a su encuentro!

Imperiosa, decidida a jugarse todas las cartas, Irina había mirado con altivez al padre de su hijo, como si de un criado cualquiera se tratara.

—¡Vendrá, amiga mía! ¡Os aseguro que me ocuparé de ello! Ahora mismo convocaré a ese viejo eunuco...

—¿Siempre Aquí?

—¡Qué memoria, querida!

—¡Hay cosas, señor, que no se olvidan nunca!

Fue así como, turbado y contrito como un niño sorprendido cometiendo una falta, el todopoderoso emperador de China se había apresurado a hacer venir al viejo eunuco que en ese momento se bamboleaba delante de él.

—Procuraré daros completa satisfacción, oh, altísimo —repuso este después de haberse prosternado tres veces.

La Siberiana dio unos pasos hacia el eunuco, que se sintió atravesado por los duros dardos de su mirada.

—Quiero volver a ver a mi hijo. ¿Dónde está? —le preguntó.

—En el mismo sitio de siempre, en el sur del país, señora, en Cantón.

—¿Cuánto tiempo se necesita para avisarlo?

—Unas semanas. Lo que se tarda en enviar hasta allí una estafeta y varios vigorosos caballos...

—¡Con diez días hay de sobra para trasladarse de Pekín a Cantón por vía navegable! —declaró, tajante, Daoguang antes de coger un escarbaorejas de marfil que se introdujo con delicadeza en el conducto auditivo.

Exageraba. Se precisaba al menos veinte días, con la condición de que se contara con una buena tripulación y que no fuera el periodo posterior a la cosecha del arroz, durante el cual el Gran Canal Imperial se hallaba entonces atestado por las barcazas que subían en fila hacia el norte.

Todas las personas poderosas actúan, sin embargo, así. Exigen las cosas en cuestión de minutos, pero cuando prometen para el día siguiente, necesitan al menos un año para cumplir sus compromisos, siempre y cuando no opten por olvidarse mientras tanto de ellos.

—Alteza, actualmente se están reparando una decena de esclusas del Canal Imperial, lo que obliga a los marinos a hacer desembarcar a los pasajeros para que vayan por el camino de sirga. Concededme al menos de tres a cuatro semanas y me comprometo a traer hasta aquí al príncipe La Piedra de Luna —respondió Siempre Aquí, tratando de adoptar el tono más convincente posible.

En realidad estaba algo aliviado al ver que Daoguang no había citado aún el nombre de Tang, cosa que lo habría obligado a explicar al soberano el motivo de su ausencia.

—¡No quiero demoras en esto! —exclamó, irritado, el Hijo del Cielo.

Como todos sus antecesores, detestaba que le recordaran el avanzado estado de deterioro en que se encontraban, por falta de mantenimiento, las carreteras y las vías navegables del país.

—Tengo tantas ganas de abrazar a mi hijo... Ahora ya debe de ser un joven —comentó Irina con lágrimas en los ojos.

El emperador contemplaba embelesado a su amante. Mojados, sus inmensos ojos eran todavía más hermosos.

—No escatimaremos esfuerzos para que el así llamado La Piedra de Luna sea devuelto a sus padres. Me consagraré personalmente a ello —prometió Siempre Aquí con la voz estrangulada por la angustia.

—¿Cuándo sales a buscarlo? —preguntó con voz de trueno Daoguang al viejo castrado, al tiempo que dedicaba una mirada de complicidad a la Siberiana.

El eunuco, que ni se había planteado desplazarse él mismo, vaciló un instante. El Hijo del Cielo lo tenía entre la espada y la pared. A su edad era una ardua tarea realizar tan largo viaje. Por otra parte, eran pocas las probabilidades de localizar a ese niño que, según afirmaba la policía local, tras el asesinato de su tutor había abandonado la casa familiar sin que se hubiera vuelto a tener noticias de él.

Consciente de que ante el emperador convenía no dejar translucir la menor

debilidad, se envaró un poco para disimular el pánico y con el torso ahuecado cubrió con la mano una mueca de dolor antes de inclinarse con respeto frente al Hijo del Cielo.

—Mañana mismo, alteza —musitó tratando de dominar la angustia que le atenazaba la garganta.

Estaba a punto de padecer un síncope, impaciente por salir de allí antes de que resultara demasiado evidente su turbación.

—Mantenme al corriente de tus actos y gestos... ¡No se puede esperar menos por parte de un segundo secretario!

—¡Así se hará, alteza!

—Ante mí, tú eres el responsable del regreso de La Piedra de Luna.

Después de aquella última puntualización, Daoguang hizo sonar una campanilla para dar a entender al Gran Chambelán, que permanecía agazapado detrás de la puerta, que la entrevista había concluido.

Regocijado por la cara descompuesta de su íntimo enemigo, Elevación Paradójica lo condujo a la antesala. El viejo eunuco Siempre Aquí tenía la impresión de que acababa de firmar su propia sentencia de muerte.

XXX

Alrededores de Cantón

21 de junio de 1847

Medida de lo Incomparable, que acababa de despertar impregnado del recuerdo de los apasionados escarceos de la noche anterior, observó el primer rayo de sol que se introducía hasta la cama para formar un luminoso trazo, fosforescente casi. Poco a poco, a través de las persianas, otros blanquecinos haces comenzaron a sondear la habitación sumida en la penumbra, confiriendo poco a poco forma al espacio. Se desperezó con parsimonia, como una fiera después de la caza. Luego, con el índice de la mano derecha, recorrió con delicadeza el plano y musculoso vientre de Jazmín Etéreo. Tendida en lasciva postura, la joven dormía profundamente, abandonada a sus sueños. El *taiping* sentía una ardiente ansia de volver a hacer el amor con ella, tal como atestiguaba su Vara de Jade erguida por el deseo. ¡Jamás mujer alguna le había procurado tanto placer! ¡Jamás se había perdido hasta ese extremo en las sutiles profundidades de un Valle de las Rosas! Jamás su éxtasis había sido tan potente, hasta el punto de causarle la impresión de que se despegaba del cielo para alcanzar el reino de las nubes. Todo lo que había aprendido hasta entonces, por boca de Hong Xiuquan y de Feng Yunshan, franqueaba los límites de la pura abstracción. El fabuloso «reino de los cielos» que estos describían en sus prédicas, donde reinaba el «amor universal» inventado por el «gran hermano» de Hong, un tal Jesucristo de quien había que comer el cuerpo y beber la sangre en el curso de una ceremonia llamada «Santa Misa», seguía siendo para él un concepto inmaterial, una especie de sueño hacia el que debían tender los hombres, aunque sin poder alcanzarlo nunca. En cuestiones de «amor universal», seguía creyendo en las prácticas alquimistas taoístas que permitían «mantener el uno» y también en las píldoras de la felicidad vendidas por determinados magos que volvían insensibles las quemaduras y los cortes.

¡Y ahora, gracias a aquella magnífica contorsionista, ese «reino de los cielos» se convertía por fin en una realidad tangible! Con Jazmín Etéreo participaba en lo que Hong Xiuquan llamaba la «comunidad de los santos», esa fusión entre los humanos elegidos por Dios y por él mismo.

Cada vez que el *taiping* y la contorsionista se unían, la espiral de su placer mutuo aumentaba, superando la anterior y haciendo palidecer la impresión que tenían de haber llegado hasta las más extremas fronteras del goce, allí donde las sensaciones se tornan tan intensas que el dolor y el placer se confunden en ocasiones. Jazmín Etéreo era, en ese sentido, un verdadero fenómeno que se había propuesto presentar a Hong, convencido de que este aceptaría incorporar a una persona de tan variados talentos al movimiento de la Gran Paz, donde la mujer tenía un lugar asegurado puesto que la

consideraban igual al hombre.

Después de aquella fulgurante primera noche en que la había poseído sin que ella fuera consciente, se había despertado, convencida de que la había penetrado mientras dormía. Sin perder un instante, como si se tratara de una revancha, ella se colocó encima de su nuevo amante, que inmediatamente abrió un ojo y luego otro. En cuestión de segundos, en la cama deshecha impregnada de sus respectivos olores, lo había vuelto loco de excitación.

—¡Te aseguro, Jazmín Etéreo, que estaba convencido de que no dormías! Tu vientre se ondulaba como las olas, tus ojos brillaban como las estrellas... ¡Y tus gemidos eran auténticos! —le había murmurado, de nuevo al borde del éxtasis.

Ella lo había provocado dulcemente, frotando su gruta de jade, transformada en íntimo manantial, contra su turgente sexo. Habían bastado unos pocos roces para convertirlo en un caballo salvaje y fogoso, impaciente por ir a galopar al campo adonde lo había conducido su amo o, incluso, en polilla sujeta a la irresistible atracción de la linterna encendida en la terraza de una casa.

—¡Mentira y más que mentira, Medida de lo Incomparable! ¡Te has aprovechado de la situación para abusar de mí!

—Si gritabas y reías... Tenías los ojos abiertos... ¡No parabas de pedir más! Invocabas el placer compartido del Heqi... ¡Me decías que debía abrir de par en par las puertas de mi Campo de Cinabrio inferior!

—¡Has aprovechado que dormía! ¡Eso no está bien! Te has comportado muy mal... ¡Y pensar que yo estaba convencida de que había sido un sueño cuando me he despertado!

—¿Cómo habría podido adivinar que dormías? Te ruego que me perdones. Ha sido tan agradable..., tan delicioso... ¡Tú reaccionabas a la menor de mis caricias! Por eso este adepto de Neidan^[86] que aquí ves se ha aplicado a fondo.

—¡No sé nada de esos ejercicios de alquimia interior que afirmas haber practicado conmigo! —había exclamado la joven, enardecida ya por el placer.

En la habitación de al lado sonaban los pasos de Ciruela Oscura, que preparaba el desayuno. Pronto tendrían que levantarse, salir de la casa y reanudar el curso de la vida normal. La idea de que Jazmín Etéreo no estuviera tal vez allí, cerca de él, al final del día y de que los escasos momentos que habían pasado juntos quedaran reducidos a un mero paréntesis se le había antojado de improvisado como algo insoportable. Por ello, el *taiping* había decidido declararle sin más dilación su pasión.

—Lo que ha ocurrido entre nosotros es del todo extraordinario. Tú eres el norte y yo soy la aguja imantada de la brújula, así de claro. ¡Estamos hechos el uno para el otro, Jazmín Etéreo! ¡Tú y yo hemos tenido la increíble suerte de habernos encontrado! —había exclamado, eufórico, con voz trémula. Viendo que la joven parecía conmovida, prosiguió su ferviente alegato—. ¡Fíjate si es grande nuestra suerte que no hemos necesitado siquiera tomar mixturas de plantas ni añadir polvo de guijarros al té y, aun así, estábamos en perfecta sintonía como las cañas de la flauta

de varios tubos!

Deseosa de saber algo más de aquel nuevo amante que la colmaba, Jazmín Etéreo lo había interrogado sobre sus orígenes, su infancia y su educación. Con gracia y locuacidad, él le explicó que su familia había ido cambiando de ciudad en función de los puestos ocupados por su padre, desde la pequeña subprefectura de Zunyi, situada en los confines de Sichuan y de Guizhou, donde se encargaba de los archivos, hasta el puerto de Fuzhou, donde había supervisado la construcción de los depósitos aduaneros. Educado según los preceptos confucianos, había aprendido a obedecer y a reproducir la conducta de los mayores y se disponía a «calzarse las botas de su padre» cuando su encuentro con Hong le había «abierto los ojos» y le había llevado a comprender que erraba el rumbo. Aquel trascendental acontecimiento había tenido lugar delante de la entrada principal del Gran Jardín Celestial de Cantón, donde se había formado un corro delante de un hombre vestido a la occidental que hablaba con voz vibrante de un «Dios hecho hombre». Los ojos abrasadores del predicador hakka habían hechizado al joven estudiante ávido de servir a una causa tan noble. Al día siguiente había regresado a escondidas a escuchar a Hong Xiuquan, que animaba a su público a ingresar en la Sociedad de los Adoradores de Dios.

En aquella ocasión, el jefe *taiping* había criticado en su discurso la ocupación de China por parte de las potencias extranjeras y la falta de reacción de la dinastía manchú «hundida en la decrepitud». Con sus tendencias nacionalistas a flor de piel, Medida de lo Incomparable había quedado subyugado por la vehemencia con la que Hong preconizaba el advenimiento de la Gran Paz, periodo en que se acabarían las privaciones y la miseria del pueblo de la China y donde todos dispondrían de lo necesario. Todas las familias recibirían la misma parcela de tierra y se confiscarían los bienes de los ricos en pro de su uso colectivo. Antes, sin embargo, habría que expulsar del poder a los invasores manchúes que mantenían el país bajo una férula de desigualdad, gobernándolo en detrimento del pueblo. Todas aquellas perspectivas no podían dejar de agradar a un joven nacionalista y generoso como él.

—¿Y te captó así? —le había preguntado, un tanto estupefacta, Jazmín Etéreo.

Demasiado apegada a su propia libertad, no se imaginaba a sí misma cambiando bruscamente de vida después de haber escuchado a un predicador, ni aun cuando su doctrina se ajustara a sus convicciones personales.

—¡No lo dudé ni un segundo cuando me dijo que poseía las cualidades necesarias y que no tenía más que seguirlo!

—¿Y así, de repente, abandonaste del todo tu vida anterior?

—¡Jesús captó a los discípulos que lo siguieron solo con una simple mirada!

—¿Te refieres a ese Jesús que es el hijo del Dios Único?

—¡Bravo! ¡Has aprendido bien la lección, Jazmín Etéreo! —había exclamado justo antes de que los interrumpiera la llegada de Ciruela Oscura, que venía con un plato de peras en la mano a modo de presente de bienvenida, para cerciorarse de que habían pasado una buena noche.

—¡Hemos dormido como lirones! ¿Verdad que sí, Jazmín Etéreo? —le había respondido con entusiasmo el *taiping*.

—¿Has tenido al menos un bonito sueño? —había preguntado la vieja campesina a la bella contorsionista.

—¡Sí! He tenido uno... —había murmurado esta ruborizándose.

No bien se hubo marchado la vieja, él se precipitó de nuevo sobre ella. Por tercera vez tuvieron relaciones, con mayor ardor aún que en las anteriores ocasiones. La contorsionista no se anduvo esta vez con remilgos. Había gozado hasta la saciedad, y hasta el más ínfimo retazo de su piel y el más oculto rincón de su cuerpo conservaban todavía el recuerdo de las caricias de su amante. Embriagada de deseo, había renunciado a todo comedimiento, tomando la iniciativa, lamiéndolo de pies a cabeza, demorando la entrada de su Vara de Jade en su Valle de las Rosas hasta situarlo al borde de la explosión. Las lecciones de Tang habían dado fruto. Ahora conocía al dedillo el arte de hacerse desear y amar por un hombre, que consiste en excitarlo y volverlo loco de deseo precaviéndose para que las cosas no vayan demasiado deprisa.

Medida de lo Incomparable acentuó un poco la presión de los dedos sobre el Botón de Rosa del sexo de su compañera. La joven se puso a gemir levemente mientras salía del sueño. No tenía más que esperar. Una vez más, se operaría la magia y el ritual del amor volvería a tener lugar en aquella habitación casi desprovista de muebles que, de pronto, asumiría una apariencia de gruta encantada.

Observó la ropa diseminada de su amante en la que se había posado la potente luz del sol y cayó en la cuenta de que, desde que dormían juntos, siempre acababa desnuda...

Al volverse de lado, vio que se despertaba, algo aturdida, con un aspecto de niña saciada que la hacía más sensual y seductora aún. Rodó hacia ella. Su unión fue breve, pero de una intensidad tal que los dejó vacíos y jadeantes, repletos de placer como unos corderitos ahitos de la leche de su madre.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —planteó ella con un suspiro mientras se acurrucaba contra él como un gato.

—Esa pregunta debería hacértela yo a ti. ¿Adonde quieres que vayamos?

—Yo te seguiré a donde vayas.

—Justo antes de saltar por la ventana para huir de la policía, Hong nos dio cita en Jintiancun. Es el pueblo donde nació, un sitio apartado del mundo donde los *taiping* no corren ningún peligro.

—¿Y sabrías llegar hasta allí?

—Hong nos explicó dónde está. Sus tres hermanos viven allí y podrían darnos alojamiento.

—¿Queda lejos?

—A unos dos días de marcha de aquí, en las montañas occidentales. No creo que sea difícil encontrar el camino de Jintiancun, porque la Sociedad de los Adoradores de Dios cuenta con numerosos adeptos en la región. Y nadie vendrá a buscarnos... —

aseguró Medida de lo Incomparable, entusiasmado con la idea de ir a buscar refugio en tan buena compañía.

La perspectiva de alejarse de Cantón le hizo pensar de improviso en Tang. Debía de estar muy preocupado al no haber tenido noticias suyas. Jazmín Etéreo se levantó y abrió los postigos. De inmediato se coló en la estancia un aire caliente y húmedo que, con la luz del día, vino a devolver su habitual banalidad al espacio.

Entonces, para armarse de valor, evocó las palabras del viejo maestro Lao Tse que le había enseñado el noble Han: «Los que son fuertes se dejan llevar por la corriente del río y permanecen con vida; los que son débiles se ponen a luchar contra la fuerza de las aguas y acaban ahogándose en ellas».

XXXI

Cantón
3 de julio de 1847

Cuando Antoine Vuibert volvió a salir del edificio de aduanas de Cantón, estaba alegre casi, invadido por un alivio tan profundo como la angustia que había sentido en el momento de entrar.

El francés aún no se lo podía creer. Pese a que él había temido lo peor, la misión que le había confiado Espada Fulgurante se había desarrollado sin percance. No le habían hecho ni la menor pregunta cuando le habían entregado el formulario en el que solo faltaba poner el tampón de los servicios consulares británicos.

Aun así se quemaba la sangre, conteniendo su extremo nerviosismo, en el momento en que, flanqueado por los dos «acompañantes» que el jefe de piratas había puesto pegados a él, se había presentado en la Oficina de Pago de los Derechos de Aduana, un vasto edificio de tres plantas con aires de nave industrial desde el que se dominaban los muelles de descarga de los barcos mercantes. Ya dentro, el ruido ensordecedor producido por los cientos de ábacos manipulados por los agentes de cuentas y de escritura alineados detrás de las largas mesas se le había antojado de mal augurio. Un aduanero de expresión recelosa los había hecho subir hasta el último piso antes de introducir a Antoine en el despacho del subjefe de oficina, tal como precisaba el letrero colocado encima de la mesa detrás de la cual permanecía sentado el aludido. Impávido como un obeso buda, picoteando pipas de girasol, estampaba con aire negligente tampones sobre los certificados arancelarios que le presentaban con gran profusión de reverencias sus acólitos, como si del propio Hijo del Cielo se tratara.

—Vengo a pagar unos derechos de mercancía —se había aventurado a decir el francés, dispuesto a sufrir un auténtico interrogatorio.

El subjefe se había limitado, no obstante, a enarcar una ceja.

—¿Nacionalidad? —inquirió tan solo.

—Eh... Inglés..., soy inglés... —farfulló asustado el francés, previendo una avalancha de preguntas de lo más indiscretas.

El subjefe de oficina, sin embargo, había estampado como si nada el tampón en el preciado certificado oficial. Por su parte, Antoine Vuibert lo había guardado en el bolsillo y, sin añadir nada, se había ido a toda prisa por las escaleras con la aprensión de que el funcionario cambiara de parecer.

La sorprendente facilidad con la que había superado la primera etapa de su misión le insufló más optimismo en adelante. Aquello resultaba reconfortante, en vista de las exigencias de Espada Fulgurante, que se había negado en redondo a revelarle el

contenido de las cajas que debía reclamar. Suponía que debía de tratarse de una mercancía especialmente sensible. Lo único que se había dignado explicarle el jefe de los piratas era que tenía un origen británico, lo cual hacía obligatoria la intervención de un ciudadano británico para sacarla del almacén en la que permanecía desde hacía varios meses.

Una vez fuera, miró con satisfacción el formulario que le había entregado el aduanero. Ahora le faltaba conseguir que en el consulado de Gran Bretaña le estamparan el segundo sello, que coronaría definitivamente su misión. Para evitar que lo reconocieran el cónsul o su mujer, se había dejado crecer una tenue sotabarba que le confería un aspecto parecido a esos jóvenes *condottieri*^[86a] italianos de despreocupada elegancia por los que tanto aprecio tenía Tiziano, el gran pintor renacentista veneciano.

Con ganas de terminar, todavía escoltado por sus dos guardias, se dirigió sin más dilación al barrio de los negocios públicos en cuyo extremo se hallaban las oficinas del cónsul Elliott. Allí los edificios eran más recientes que en el resto de la ciudad. Vestigios de un pasado superado en el que la administración servía todavía de columna vertebral del Estado chino, los edificios públicos construidos por los Ming flanqueaban por ambos lados de una amplia avenida que parecía tirada a cordel en medio del complicado laberinto de calles entrelazadas de donde los policías uniformados expulsaban sin contemplaciones a los mendigos. Con su estilo pomposo y recargado, resaltado por la descomunal talla de los dragones y las quimeras posados en la punta de las aristas de tejas esmaltadas de los techos, los edificios ministeriales eran una demostración del afán de la dinastía anterior por imponer al pueblo el respeto por la institución mandarina.

Desde el advenimiento de los manchúes, la corrupción se había entronizado en las sedes de poder, donde los agentes públicos comerciaban para su exclusivo provecho con prebendas y exenciones fiscales en lugar de representar el interés general. Un gigantesco sistema de captación de los flujos de impuestos y de tasas impedía que el Estado dispusiera de los recursos necesarios para su funcionamiento. Al no haber podido organizar, como bajo la anterior dinastía, el campesinado por «familias», que en realidad eran una especie de falansterios de los que era imposible sustraerse, el poder manchú no tenía más recurso que enviar hasta lo más remoto del campo a un ejército de recaudadores y de consoladores más o menos fiables para exprimir a unas gentes ya sumidas en una gran pobreza. Para evitar que los lincharan, los funcionarios llevaban siempre una escolta de soldados armados.

Cuando Antoine advirtió, envueltas por un mar de verdor, las columnas y el frontón de inmaculada blancura del consulado británico, se le volvió a desbocar de pronto el corazón.

—Buenos días, vengo a que me sellen un formulario de pago arancelario — explicó, con su mejor inglés y un leve nudo en la garganta, el francés al encargado de servicio, un hombrecillo calvo con patillas y finas antiparras que leía *Ivanhoe* detrás

del mostrador del vestíbulo.

Antoine no supo si sería por su acento, que no era desde luego perfecto, por la demanda en sí misma, que había parecido extraña al agente consular, o bien porque lo había interrumpido en su lectura, lo cierto fue que el hombre lo observó con desconfianza.

—¿Quién es usted? —le espetó, quitándose las gafas.

—Eh... Me llamo Martin Davies..., originario de Nueva York... —farfulló el francés, furioso consigo mismo por su torpeza.

—¿Me puede enseñar su pasaporte?

A punto estuvo de claudicar. Las cosas se presentaban mucho peor que en la aduana china. Se reprochaba con crueldad no haber previsto que sin pasaporte no tenía ninguna posibilidad. Viéndose perdido, decidió jugar a fondo la carta.

—Me he quedado sin pasaporte. Me lo robaron. Eh..., un ladrón. Iba por el muelle cuando alguien me empujó... Anteayer... ¡Sí, anteayer! Cuando me volví a levantar, me había vaciado el bolsillo... En Cantón los ladrones son una plaga...

—En ese caso, no tiene más que presentar una demanda de pasaporte acompañada de una declaración jurada en la que atestigüe que le han robado.

—¿Se la presento a usted?

—¡No! Tiene que ir a la primera planta. Los pasaportes los concede el señor cónsul en persona. Su secretario le indicará los trámites que debe efectuar, señor Davies —explicó el calvo, señalando con la nariz la escalinata de piedra antes de volver a hundirla en el libro de Walter Scott.

Antoine estaba atenazado por la ansiedad. Se había precipitado cuando al salir de la aduana se había imaginado que ya había pasado lo peor. Se volvió para exponer rápidamente la situación a sus acompañantes y, por su expresión dubitativa, dedujo que no creían ni una palabra de sus explicaciones.

Anonadado, se disponía a subir al primer piso como un condenado a muerte en dirección al cadalso, cuando se produjo una deflagración. Un segundo después, una bola de fuego aterrizó a sus pies. Retrocedió unos pasos movido por un acto reflejo. Luego, sobre el vestíbulo, se abatieron dos, tres y hasta cuatro proyectiles inflamados más, de los que se desprendía una densa nube de humo acre. Después de soltar el libro, el aterrorizado empleado consular comenzó a toser al tiempo que sobre el mostrador caían vibrando varias flechas encendidas. Antoine se arrojó detrás de un armario. Sobre la algarabía de fondo, en la que los gritos se mezclaban con los pasos precipitados, sonaron unos tiros de fusil. Después de aquella primera salva, el francés asomó la cabeza por encima del armario blindado. Sus dos acompañantes yacían en un charco de sangre, acribillados a balazos. Una decena de hombres armados de arcabuces irrumpió en el consulado y se precipitó hacia el mostrador, de donde había desaparecido el empleado. Vestidos de blanco de pies a cabeza, con una franja amarilla atada a la frente, los atacantes llevaban asimismo un sable a la cintura. Tres de ellos saltaron por encima de la barra. Antoine vio cómo abatían las espadas,

mientras los demás se abalanzaban hacia la escalera para subir al primer piso. Cuando no quedó ninguno en la sala, el francés pasó detrás del mostrador y tropezó con la cabeza del empleado consular. El hombrecillo calvo había sido víctima de una salvaje decapitación. Antoine se reponía poco a poco de la impresión cuando una nueva ráfaga de metralla horadó el aire. Al cabo de unos instantes, encogido contra el mostrador, vio aparecer una bandada de policías imperiales, identificables por su uniforme azul y su brazal rojo. Debían de ser treinta como mínimo los hombres que entraron en el consulado armados con fusiles y lanzas para precipitarse a su vez hacia las escaleras.

El francés permaneció varios minutos inmóvil por temor a llamar la atención de unos o de otros.

Arriba se libraba un encarnizado combate entre policías y hombres vestidos de blanco. Los tiros llovían en todas direcciones. Los sables se hundían en pechos y gargantas, pero la policía contaba con una superioridad de número e iba mejor armada. El cónsul de Inglaterra, a quien los atacantes habían tenido tiempo de sacar de su oficina donde se había parapetado, apenas se había visto importunado. Charles Elliott, que no se hallaba por primera vez en una situación semejante, se había refugiado, pálido y conmocionado, en la terraza desde donde asistía, protegido por tres policías, al terrible espectáculo de aquellos chinos que se mataban entre sí.

Después de levantarse, aturdido, Antoine topó de frente con un brazal rojo.

—¡Soy teniente de policía! ¡Venimos a liberar a los rehenes! —le explicó el policía antes de invitarlo a seguirlo hasta el primer piso.

El suelo estaba atestado de cadáveres de hombres de blanco. Ni uno solo había salido con vida. Los imperiales no tenían por costumbre dar cuartel. Entonces, la mirada del francés se cruzó con la de Elliott. El cónsul acudió enseguida a su lado. Aún herido en su soberbia, con el pelo alborotado, el cuello de la camisa arrancado y uno ojo a la funerals, el antiguo héroe militar de su majestad la reina Victoria, soberana de la Gran Bretaña y de la Commonwealth, se esforzaba por mantener la compostura, «tal como es debido en todas circunstancias».

—¡De buena nos hemos librado! —musitó sin resuello el cónsul, sacudiéndose el polvo.

—¡Esas personas era feroces como tigres! Menos mal que unos miembros de la secta del Gran Centro Amarillo nos habían prevenido del ataque a su consulado —explicó el teniente de la policía imperial.

—¡Habrían podido avisarnos como mínimo! —exclamó, furioso, Charles Everett Elliott, a cuyo lado acaba de situarse, llorosa y sudorosa, su mujer.

—¡Lo importante es que hayamos podido sorprenderlos! —replicó con sequedad el oficial, sin dejarse impresionar lo más mínimo por el viejo héroe del ejército británico.

Después de enjugarse la cara con la toalla impregnada de agua de Colonia que le había tendido Rosy, el cónsul observó a Antoine con gravedad.

—¿Quién es usted? Diría que lo he visto en algún sitio —comentó.

—Antoine Vuibert. ¡Había venido aquí con el señor Niggles! —respondió el francés, que no tenía ya motivos para seguir mintiendo.

—¡Diantre! ¡Claro que sí! Me acuerdo perfectamente...

—¡Yo también! ¿Cómo está usted, mi querido señor? —intervino Rosy, volviendo a asumir sus modales de mujer de mundo.

—¿Y qué feliz azar lo ha traído aquí? —añadió, con tono jovial, su marido.

—Venía a informarme sobre las gestiones para el pago de aduanas —murmuró el francés.

Su respuesta resultó inaudible porque el mayordomo hindú del cónsul se había inclinado hacia este con una expresión horrorizada de la que cabía deducir en parte de qué le hablaba.

—¡No es posible! —exclamó este, estremeciéndose.

—¿Qué ocurre, amigo mío? —inquirió con repentina inquietud Rosy.

—¡Esos desgraciados han decapitado al pobre Holmes! —gritó Elliott.

Holmes era el apellido del empleado contra el que se habían encarnizado los dos primeros agresores.

—¡Esos chinos son unos bárbaros rematados! ¡No hay que fiarse de sus sonrisas de fachada! —espetó con acritud la esposa del cónsul de Gran Bretaña al tiempo que se ajustaba el corsé para dar conveniente apoyo a sus enormes pechos.

—¡No es casualidad que aquí digan que siempre puede haber un tigre dormido bajo un ratón! —abundó su marido, elevando hacia el cielo una mirada cargada de odio y de desprecio.

Asqueado por aquella tendencia a la generalización, Antoine Vuibert sentía entonces un irreprimible deseo de huir lo más lejos posible de aquellos arrogantes individuos.

—¿Tomará una taza de té con nosotros, verdad, querido señor? —lo invitó la esposa del diplomático con su empalagosa voz.

—Lo lamento mucho, pero no tengo tiempo. El amigo para el que venía a pedir información me espera en su hotel...

—¡Sepa que siempre será bienvenido aquí!

El francés, que por nada del mundo se habría quedado un segundo más en aquella ínfima porción de territorio británico, la abandonó sin demora y, mientras franqueaba la verja entre dos cordones de policías armados que contenían a la multitud de curiosos alertados por las explosiones y las nubes de humo, pensó que después de todo había tenido mucha suerte...

XXXII

Jintiancun (Guangxi)

6 y 7 de julio de 1847

—¡Nunca había visto una montaña tan bien esculpida! —exclamó, maravillada, Jazmín Etéreo cuando descubrió los cientos de terrazas modeladas por los campesinos que transformaban el monte de los Cardos en una gigantesca escalinata de redondeados peldaños.

Por encima de los arrozales, cerca de las nubes, pese a la densidad de las vaporosas matas de bambúes que cubrían las abruptas laderas, se atisbaban ya los tejados de las casas prendidas como por milagro a ellas. En el camino que ascendía en anguloso zigzag, Medida de lo Incomparable preguntó a una viejecita desdentada como una gallina que caminaba con paso presuroso cargada con un balancín al hombro. Ella les confirmó que habían llegado a Jintiancun, el pueblo natal de Hong Xiuquan.

Al borde de la extenuación, los dos jóvenes experimentaron un tremendo alivio.

Si habían tardado diez días en realizar un recorrido que no exigía más de dos o tres, no había sido porque no hubieran apurado la marcha, sino a causa de la omnipresencia de un regimiento manchú que las autoridades habían desplegado en esa parte de Guangxi a fin de sofocar una revuelta de barqueros. Aquella corporación, antaño muy poderosa, era una de las más afectadas por los desorbitados tratados que, al conceder a los europeos la abertura de los mayores puertos chinos, habían asestado un duro golpe a numerosas profesiones que gozaban de monopolios.

Obligados a caminar de noche y a esconderse durante el día, habían efectuado un rodeo para evitar los puestos de control donde los soldados detenían de manera sistemática a todos los *bendi*^[87] que se presentaban. Por temor a topar con una patrulla canina compuesta por aquellos terribles perros de las estepas de pelambre parda, capaces de matar a un hombre, habían ido por las cumbres o bien directamente por el barro de los arrozales infestados de serpientes y de mosquitos.

Jazmín Etéreo había tenido ocasión de comprobar hasta qué punto la miseria de los campos de Guangxi era mucho más estremecedora que la de su Hebei natal. La gente sobrevivía a duras penas entre el trabajo y los impuestos recaudados por la administración manchú que no dejaban casi nada a las familias. Muchos campesinos se veían obligados a abandonar su parcela de tierra y a errar por los caminos o bien a enrolarse en las milicias de mercenarios a las que recurrían los manchúes para sofocar las revueltas que estaban aquí y allá, ora en las grandes pesquerías de la costa, ora en las manufacturas textiles o en las minas de sal excavadas en las cadenas de montañas, donde las condiciones de vida de los obreros eran aún más espantosas que en otras

partes.

Al llegar al sitio que cumplía las veces de plaza central de aquella pequeña localidad compuesta apenas de una treintena de casitas apiñadas unas contra otras, se dirigieron a la única tienda, una barraca construida con dispares tablones. En el umbral apareció una anciana de rostro alegre pero arrugado como el de una manzana marchita.

—Buenos días, señora. Buscamos la casa de Hong Xiuquan —le explicó Medida de lo Incomparable después de inclinarse con todo el respeto debido a una persona mayor.

—Hong es mi sobrino. Yo me llamo Estrella Mayor del Oeste. ¿En qué puedo ayudaros?

—¿Sabe si está en casa?

—¡Hace seis meses que no ha puesto los pies aquí! ¿Pero quiénes sois vosotros?

—Soy un amigo de Hong. Me dijo que si venía aquí, al monte de los Cardos, me dispensarían una buena acogida.

—¿Formáis parte de los Adoradores de Dios?

—¡Desde luego! Ella no... ¡Al menos por ahora!

—Es ella quien tiene razón —sentenció la vieja antes de barrer el aire con un mosqueador.

—¿Por qué dice eso? —preguntó, divertida, la contorsionista.

—¡Hong siempre ha tenido ideas raras! ¡De pequeño ya veía demonios *gui* aquí y allá! —recordó con un suspiro Estrella Mayor, quien a todas luces no se había dejado convencer por su sobrino.

—¡Él libra un combate contra la injusticia y a favor del restablecimiento de un poder público digno de tal nombre! —le replicó con crispación el joven chino.

—¿No querréis comer algo? —les propuso la anciana, sin ganas de ponerse a discutir con el recién llegado.

Los condujo a una pequeña habitación polvorienta en cuyo hogar hervía un caldero.

—Tomaría con gusto un poco de arroz con verdura. Tengo el estómago en los pies —reconoció, muerta de hambre, Jazmín Etéreo.

—¡Pues no solo tengo arroz, sino también unos huevos de codorniz muy buenos! Batidos dentro con cebollino, quedan riquísimos. ¡Sentaos! —los invitó Estrella Mayor del Oeste señalando dos minúsculos taburetes.

Luego, cual industriosa abeja, comenzó a trajinar y en un momento les preparó un delicioso arroz cantones que engulleron con apetito.

—¿Cómo se convirtió Hong a la religión de Cristo? —preguntó entre dos bocados Medida de lo Incomparable, curioso por conocer las circunstancias que habían permitido conocer a su maestro la existencia de un personaje tan fascinante como ese hombre enviado por Dios a la tierra.

—Hong siempre estuvo muy interesado por el mundo de las ideas. ¡Desde muy

joven fue motivo de orgullo para su padre! ¡Fijaos que aprobó su primer examen oficial a los trece años y que a los dieciocho poseía ya el título de maestro!

—¡Un gran resultado! ¿Y por qué no se planteó hacerse Zhengyan^[88]?

—Pues resulta que lo suspendieron en esa prueba... tres veces seguidas. En la última, tenía veintitrés años. ¡Siempre me acordaré de la cara desencajada que traía cuando volvió del centro de exámenes de Cantón! —evocó con tristeza Estrella Mayor del Oeste.

—¿Un centro de exámenes? No sabía que existieran —intervino, con la boca llena, Jazmín Etéreo.

—En el de mi pobre Hong había al menos siete mil quinientas células individuales, una para cada candidato. Hay que tener en cuenta que para ese solo examen eran ocho hornadas, el equivalente de sesenta mil aspirantes.

—¿Para cuántos puestos?

—¡Cincuenta y ocho exactamente! ¡Es lo mismo que participar en un sorteo! Hong hubiera hecho mejor en no ir. ¡Así se habría ahorrado un buen chasco!

Medida de lo Incomparable comprendió entonces mejor el rencor que manifestaba Hong en relación al sistema de exámenes mandarín, al que acusaba de estar lleno de trampas. No le costaba imaginar la desazón y el furor que causó en el fundador de los Adoradores de Dios el descubrimiento de aquella lotería.

—Cuando se hace carrera en la administración, es normal querer subir de categoría, pero cuanto más se asciende en el escalafón de las oposiciones, más trucados están los dados. Algunos afirman, incluso, que las plazas se venden en subasta —exclamó, apresurándose a acudir a socorrer a su maestro espiritual.

—En realidad, no estoy segura de que mi sobrino estuviera hecho para la vía mandarina...

—¡Hoy en día defiende una causa mucho más noble y más útil!

—Confieso que no siempre entiendo a mi sobrino —reconoció con una mueca la vieja tía de Hong, que acababa de servirles otra ración de arroz cantones—. A veces se embarca en discursos bastante incomprensibles...

—¡Yo, por mi parte, encuentro brillantes sus palabras! ¿Qué le reprocháis?

—No le agrada el bienaventurado Buda. Y yo, que soy una ferviente adepta de su Santa Ley, creo en la liberación como única salida para el sufrimiento y el ciclo de reencarnaciones incesantes al que todos los seres vivos estamos condenados.

En más de una ocasión, Medida de lo Incomparable había oído criticar a Hong las Nobles Verdades del Buda, que calificaba de «lamentables mentiras» que mantenían esclavizados a sus adeptos.

—Su exaltación siempre me ha dado un poco de miedo. Si lo hubierais visto hace unos años, después de aquellos famosos sueños suyos... ¡Parecía un tigre salvaje dispuesto a devorar todo a su paso! —prosiguió la menuda mujer.

—¿Soñaba? —inquirió Jazmín Etéreo, cada vez más asombrada por el comportamiento del fundador de la Sociedad de los Adoradores de Dios.

—¡Casi todas las noches! Aquello duró un mes. Estaba en pleno delirio. Contaba que cuando el mismo Dios en persona lo recibió en el paraíso, le había entregado una larga espada para degollar a los demonios maléficos. Un día en que su propio padre..., ¡paz a sus cenizas!, le había reclamado que parara de divagar de ese modo, Hong le contestó que ¡él no tenía por qué recibir órdenes tuyas, puesto que no era hijo suyo sino del propio Dios! ¡Y su madre, que era mi hermana mayor, lo sorprendió una noche pintando en la puerta de su habitación las palabras «Soberano Quan, Celeste Rey de la Vía Suprema»! ¡Cuando ella le preguntó por qué lo hacía, le respondió que cumplía órdenes de Dios! ¡Creedme que no es por capricho lo que os digo, que Hong siempre ha tenido un comportamiento extraño!

—Vuestro sobrino cita sin cesar las Sagradas Escrituras. ¿Dónde habrá podido leerlas?

La vieja fue hasta un estante. Allí cogió un sencillo fascículo medio desvencijado y se lo tendió.

—Hará cuatro años, mi sobrino Hong conoció en Cantón a un narigudo de pelo rojo que llevaba una barba muy espesa^[89]... Según mi sobrino, ese hombre se parecía al Dios de la Biblia, que también tiene una larga barba. Fue ese narigudo quien le regaló a Hong este libro... donde viene dibujado el retrato de Dios.

La obra se titulaba *Palabras de la sabiduría destinadas a convertir a la gente*. Su autor, un tal Lian Afa, se presentaba como un Han que se había convertido al cristianismo en un colegio de Malaca. Por medio de una rápida ojeada, Medida de lo Incomparable descubrió que en él se asimilaba el «Imperio del Medio» con el «reino de los cielos» y que calificaba a los chinos de «raza elegida por el Señor». Con la esperanza de lograr mejores resultados, igual que muchos otros, empezando por los jesuitas, aquel Lian Afa había mezclado con la salsa china los grandes temas del cristianismo.

—Hong se pasaba horas leyéndolo. ¡A veces, hasta recitaba trozos enteros en voz alta!

—Seguro que no escatimó medios para convertirla a su fe, aunque no llegara a conseguirlo —bromeó el joven letrado.

La vieja budista elevó los ojos al cielo. No tenía ninguna afición por ese galimatías de palabras que tanto deleite producía a su sobrino y que era del todo incomprensible para ella.

—Hong no tiene ningún día de reposo... exceptuando el sabbat. ¡En sábado, para él está prohibido realizar cualquier actividad!

Puesto que el día del sabbat no figuraba en ningún almanaque, Jazmín Etéreo no había oído decir nunca que existiera un día en que estuviera prohibido trabajar.

—Bueno..., si se convierte a la religión de los Adoradores de Dios, va a ir de sorpresa en sorpresa —pronosticó con un suspiro la anciana, volviéndose hacia la contorsionista.

—Todavía no es cosa hecha —musitó esta, que no se dejaba engatusar fácilmente.

—Hong escapó a una emboscada... —informó Medida de lo Incomparable una vez hubo dado cuenta del arroz.

—¡Espero que no esté herido! —exclamó su tía.

—Esquivó las balas.

—¡Qué bien! ¡Es que Hong se arriesga demasiado!

—Nos explicó que debíamos esperarlo aquí. Seguramente no tardará en llegar.

—¡En el monte de los Cardos nadie vendrá a importunarlo!

Después de conducirlos fuera del pueblo, hacia una especie de claro rodeado por una cortina de cañas de azúcar, los instaló en una cabaña donde pronto los venció el sueño.

* * * *

La primera noche había transcurrido en un silencio apenas interrumpido de vez en cuando por el canto de los sapos. Jazmín Etéreo fue la primera en despertar. El sol alumbraba ya con sus primeros rayos la colcha devastada por su ardiente unión. Rompiendo la tregua de la paz nocturna, un gallo hizo sentir su altiva presencia poco antes de que se fuera definiendo el satisfecho cacareo de sus protegidas que salían del gallinero para tomar el aire. Después, sintiendo llegada la hora de la comida, los gorrinos transformaron sus gruñidos en agudos chillidos, al tiempo que, al ruido de los utensilios de cocina, sucedía el estrépito de las escudillas de hojalata que se disponían en la mesa para la primera comida del día. Poco a poco, el pueblo de Jitiancun recobraba vida.

Aquellos ruidos matinales del campo recordaron a Jazmín Etéreo su infancia y los pesados cubos de agua que había que ir a buscar, desde el amanecer, al otro lado del valle donde vivía su abuela. En el campo, las mujeres eran tan solo unas pobres esclavas sobre las que recaían las tareas más penosas, como el trasplante del arroz o el transporte de voluminosas cargas de forraje para los animales. Como un ejército de fantasmas, a su recuerdo regresaban en confuso tropel los difíciles días de su trabajosa existencia de huérfana explotada por su abuela, despertando un miedo cerval de volver a caer en su condición de antaño. Sentada en la cama, de improviso sintió la tiranía de las cuatro paredes de planchas de la minúscula habitación donde había dormido y en la que otras mujeres se habían levantado con el canto del gallo para ir a preparar la comida de los hombres.

Entonces, con la mirada fija en Medida de lo Incomparable que dormía aún, Jazmín Etéreo se juró abandonar aquel lugar, que tan malos recuerdos le traía, en cuanto hubiera recuperado un poco las fuerzas.

Aparte, no encontraba nada halagüeña la perspectiva de convertirse en miembro de la Sociedad de los Adoradores de Dios y unir su destino al de un hombre tan loco como ese Hong Xiuquan. Sentía demasiado apego por su libertad para renunciar a ella por un individuo de esa clase o para afiliarse a la causa de un Dios en tres

personas ante el cual se suponía que los hombres debían dejarse manipular como vulgares marionetas. ¡Jamás había aceptado ser la marioneta de nadie y no era el momento de arrojarse a los brazos de una divinidad triple para la que, para colmo, había que sacrificarlo todo!

Ahora que se había sustraído al peligro de verse identificada por la policía imperial, la contorsionista estaba decidida a proseguir su camino, el de la libertad.

Era probable que Medida de lo Incomparable sufriera una decepción, pero no creía que fuera a abandonar el movimiento *taiping* y a su carismático jefe solo por ella. Estaba convencida de que comprendería su punto de vista. ¡Cada cual debía seguir su ruta! No tenía por qué entregarse a ningún lamento cuando alzara el vuelo hacia otros cielos.

Persistiendo en su labor de genial pintor, el sol empezaba a plasmar incandescentes líneas de fuego en las paredes de su cabaña cuando se deslizó hacia afuera, aliviada por su decisión, para ir a caminar sola por uno de los escarpados senderos que conducía a las azuladas cumbres, todavía envueltas en la bruma, como adormecidas de dicha, de las montañas circundantes.

Apenas acababa de franquear el umbral cuando su pie topó con un cesto de mimbre. De este brotaron al instante unos estridentes gritos que le produjeron un sobresalto. Primero creyó que en el campo de cañas había un animal al acecho dispuesto a abalanzarse sobre ella. Los chillidos provenían, sin embargo, del cesto sobre el que enseguida se inclinó, ansiosa por saber qué contenía. Estaba cubierto de una tela que apartó con cuidado. Al fondo yacía un bebé mofletudo que agitaba las piernas, totalmente desnudo. Sin vacilar, Jazmín Etéreo lo tomó en brazos y constató que se trataba de una niña de dos o tres meses a lo sumo. Acarició con suavidad la frente de la pequeña y, al instante, paró de llorar. La cálida y vibrante bola acurrucada contra su pecho buscaba con desesperación un seno del que mamar. La nariz y la boca palpaban a ciegas entre los pliegues de su blusa entreabierta. Para calmarla, le dio un pecho sobre el que se arrojó con voracidad. La succión, de una ligereza extrema, le procuró una oleada de placer...

En ese instante, como una madre y una hija, componían ya una sola unidad.

—No te preocupes, mi pequeña flor... Te voy a encontrar un pecho más lleno que el mío —murmuró con una infinita ternura antes de precipitarse hacia la casa de Estrella Mayor del Oeste.

—¡Mira lo que he encontrado delante de la casa! —exclamó con euforia al entrar en la cabaña de la vieja budista, ocupada en encender el fuego.

—¡Apuesto a que es una niña! La gente nos deja alguna dos o tres veces al año. Cuando es en pleno invierno o llueve, no sobreviven y no es raro, entonces, que los cerdos devoren sus pequeños cadáveres.

La contorsionista depositó a la pequeña en la cama de la anciana y se puso a frotarla suavemente con un paño húmedo.

—¡A fe de Jazmín Etéreo, que no ha nacido aún quien se atreva a vendarte los

pies! —murmuró al oído de aquella niña caída del cielo.

XXXIII

Cantón
8 de julio de 1847

El pelirrojo sudaba a mares. Presa de temblores, con la cara descompuesta, alargó como pudo un brazo cubierto de pústulas para indicar a Laura Clearstone que se acercara. La joven, que ya había preparado la bandeja y lo vigilaba de reajo desde hacía un momento, llegó a su lado. Puesto que le pagaban para satisfacer el menor deseo de los clientes y hacerles gastar la mayor cantidad de dinero posible, se esforzó por pensar que el consumidor era siempre rey fuera cual fuera la clase de comercio. Cuando, con una sonrisa crispada, asomó con reticencia la cabeza al compartimento ocupado por el holandés, el olor nauseabundo que reinaba dentro le provocó un violento espasmo. Se tapó la boca con la mano para no vomitar el trago de té que había tomado minutos antes para darse ánimos.

—¡Quiero otra dosis, rápido! —murmuró con voz pastosa el hombre en un deficiente inglés de marcado acento báltico.

Delante del feo compartimento donde acababa de consumirse como una mecha falta de aceite aquel andrajo humano, montaba guardia, sin que se supiera muy bien por qué, un chino desgarrado de cara demacrada y mirada torva que le servía de factótum e intérprete. La joven sabía perfectamente que el holandés iba a reclamarle una última bola de placer en el minúsculo horno de su pipa.

Todos los clientes narigudos actuaban de esa forma. A diferencia de los chinos, que se conformaban con una o dos tomas, eran capaces de consumir tres o, incluso, cuatro seguidas. La mayoría se hundían, sumiéndose en un sopor comatoso. Los otros, más resistentes, permanecían despiertos, pero se retorcían de dolor. Está de más decir que ni uno solo de ellos salía del fumadero en buenas condiciones. Pese a los malos recuerdos, todos regresaban sin excepción, incluidos los que habían vivido solo su primera experiencia y se habían jurado no volver a poner jamás los pies allí, pues la adicción había accionado ya sus terribles mecanismos en su cerebro.

En vista de su estado, el báltico en cuestión no podría probablemente superar aquella última bola. De todas maneras, era duro de pelar: ya llevaba cinco tomas y, gracias a él, Laura había cumplido ya su cota de dosis del día.

—Necesito el dinero... —advirtió ella, algo cohibida.

Estaba obligada a aplicar la estricta regla puesta por el patrón según la cual nunca se proveía de una bolita de opio al cliente sin que la hubiera pagado antes. A costa de mil esfuerzos, con la respiración alterada, el hombre sacó la moneda de plata del bolsillo del chaleco. Laura la guardó enseguida y con una pinza depositó la bola de opio, todavía humeante, en su receptáculo. Febril y tembloroso, el holandés se

introdujo mal que bien el tubo entre los labios y aspiró una prolongada calada. Bajo el impacto del humo, lanzó un grito desgarrador antes de caer pesadamente, como un muñeco de trapo, en el banco.

Un tenue olor dulzón se elevó cuando la pasta de opio comenzó a chisporrotear. A Laura le costaba resistir la visión de la degradación de aquel hombre, que acababa de poner los ojos en blanco. Entonces vio a Joe en el fondo del pasillo. El niño pasaba largos ratos —demasiado largos para el gusto de su hermana— merodeando por los pisos, fascinado por el espectáculo de aquellos fumadores tumbados en los bancos para los que el personal de servicio preparaba la mixtura que les causaba una muerte lenta.

Hacía dos semanas que trabajaba de camarera en el fumadero del Pavo Espléndido. Allí se ocupaba de los clientes extranjeros para los que estaban reservados los veintiocho compartimentos del primer piso del edificio.

Es fácil deducir que Laura Clearstone no se encontrara de maravilla allí. Hay, no obstante, circunstancias en la vida que nos obligan a aceptar lo que se tercie.

Ciertamente, no había tenido muchas alternativas. Más que una decisión precipitada, había sido una especie de instinto de supervivencia lo que la había impulsado a abandonar con Joe el presbiterio del pastor Roberts, unas horas después de que se descubriera el cuerpo sin vida de su madre. Después de haber bendecido el cadáver de Barbara tres veces leyendo un salmo, el americano le había asestado, sin una palabra de compasión, un breve discurso sobre la aceptación de las pruebas que no eran nada en comparación con las que había soportado Jesús.

—¿Qué mal le he hecho yo a Jesús para que me trate así? —había gritado, indignada.

—¡Una cristiana no debe blasfemar, señorita Clearstone! —había señalado, escandalizada, la horrible Bambridge al tiempo que, ofendido, el pastor volvía a hundir la nariz en su voluminosa Biblia.

Laura, que hasta entonces había logrado contener el llanto, se dejó vencer por la desesperación. A pesar de los sollozos que le entorpecían la respiración, se había puesto a gritar que Dios era tan injusto que dudaba de su existencia. Roberts, pálido como el papel, había indicado a Bambridge que lo siguiera. Habían vuelto con una cuerda y, después de encerrar a Joe en el cuartito que servía para guardar la comida, se habían abalanzado sobre Laura y le habían atado los brazos detrás de la espalda para después arrojarla sobre la cama. El americano había regresado a la habitación de la joven provisto de un cubo de agua y de su manual de exorcista. Durante las dos horas en las que Roberts había pronunciado, bajo la odiosa mirada de Melanie, las fórmulas que daban orden a Satán de abandonar el cuerpo de la poseída, consciente de que su arrebató solo servía para empeorar las cosas, la joven había fingido dormir. Satisfecho al verla calmada, Roberts la había desatado. Aprovechando la ausencia del pastor y de su ama de llaves, que habían salido a predicar, había ido a liberar a su hermano.

Agotado de tanto llorar, Joe había acogido a su hermana como a una salvadora.

—¡Irme..., quiero irme..., tú irte..., yo irme..., lejos..., muy lejos!

Era la segunda vez que Joe hablaba, que decía algo claro y sensato, que razonaba como un ser humano por entero. Emocionada, Laura lo había estrechado entre sus brazos y lo había cubierto de besos.

A la mañana siguiente, el pastor Roberts le había anunciado sin más preámbulo a Laura que pensaba enviarla con Joe a los Estados Unidos de América, concretamente a San Francisco, donde su Iglesia bautista disponía de un centro que impartía cursos de evangelización a las multitudes impías.

—¡Así la devolverán al buen camino, señorita! —había concluido, sin preguntarle siquiera si estaba de acuerdo. La joven inglesa había permanecido muda ante tanto despotismo, incapaz de articular la menor objeción—. Pero antes convendría que me dijera qué tiene previsto hacer para el entierro de su madre. Dado el calor reinante, su cadáver no va a tardar en descomponerse —había añadido Roberts, haciendo como que se tapaba la nariz.

Poco faltó para que Laura le saltara a la yugular. En cuanto a Joe, aterrizado, afianzado en su idea de marcharse tal como lo confirmaba la especie de hatillo que había confeccionado ya, se había pegado a su hermana, agarrándole la mano como una ventosa.

—No ha respondido a mi pregunta. ¿Cómo desea que procedamos a las exequias? —había insistido Roberts antes de enfrascarse en una larga digresión sobre la falta de cementerio y la necesidad de encontrar una familia de campesinos que aceptara acoger en su parcela de tierra la sepultura de Barbara.

—Yo... no tengo ninguna idea concreta al respecto... —había murmurado Laura, paralizada por la pena.

Estaba tan asqueada por los métodos del pastor que no había osado siquiera decirle que lo ideal hubiera sido que enterraran a su madre al lado de su esposo.

—¿Le confió su madre un poco de dinero? —había acabado preguntando Roberts mientras Bambridge se disponía a efectuar, riendo por lo bajo, el aseo mortuario de su enemiga jurada.

—Mamá no poseía nada más que su fe —contestó con un hilo de voz Laura, consternada por aquella falta de compasión por parte de una persona que continuamente tenía la expresión «amor al prójimo» en la boca—. Creía que ya se había dado cuenta.

—¡Reflexione en este funeral, que es asunto de su incumbencia! ¡Esta noche volveremos a hablar!

En cuanto el pastor bautista se hubo ido a realizar su gira apostólica con Bambridge, indignada en lo más profundo de sí, Laura había decidido abandonar aquel maldito presbiterio.

Irse a California, para soportar el adoctrinamiento de la rigorista comunidad de Roberts y acabar expuesta al oprobio, al castigo incluso, cuando se hinchara su

vientre. ¡Prefería morir! Su instinto de supervivencia le ordenaba alejarse lo más deprisa posible de aquel entorno que no era a sus ojos más que un antro de muerte y de perdición.

Entonces, haciendo acopio de las fuerzas que aún le quedaban, Laura había recogido sus pertenencias y, sin dedicar una mirada al cuerpo sin vida de su madre por falta de valor, había huido con la mandíbula comprimida, sosteniendo con firmeza la mano de su hermano pese a la tenaza del dolor.

Eran las nueve de la mañana y las adormiladas calles no se habían convertido todavía en un hervidero cuando echó a andar como una autómatas. Se había dirigido al juzgado, trazando su camino a través de la inmensa ciudad, sin dedicar la más mínima atención a las caras de asombro con que se cruzaba, ni a los detritos y los cadáveres que, a diferencia de otras veces, sorteaba sin reaccionar. Después de caminar sin parar durante tres horas a pleno sol, se había serenado. Se encontraba en un barrio de Cantón donde nunca había puesto los pies. Era ya mediodía y Joe, que había mantenido una extraña calma hasta entonces, se había detenido en seco delante del carro de un vendedor de buñuelos de calabaza. Tenía hambre. Laura, que acababa de tomar conciencia de que no tenía ni un céntimo, se dijo que ya no le sería posible seguir errando de ese modo sin destino. La minusvalía de su hermano la había devuelto a la dura realidad de sus obligaciones básicas. A menos que regresara al presbiterio, perspectiva que descartaba de plano, tendría que conseguir con qué comer. Fue entonces cuando topó de frente con un discreto cartel en el que logró descifrar la inscripción: «Buscamos personal de servicio. Urgente». Empujó la puerta en la que estaba sujeto el cartel. Dentro había unos hombres tendidos en unos bancos, con una pipa de opio en la boca.

—¡Bienvenida al fumadero del Pavo Espléndido! —le había murmurado un hombrecillo moreno de rostro macilento cuyas facciones hundidas denunciaban el abusivo consumo de droga.

El hombrecillo cayó de las nubes cuando le explicó que había leído el anuncio y que venía a proponer sus servicios.

—Yo soy el patrón de este establecimiento. Todos mis empleados cobran dos *liang* por día, con la comida y alojamiento —le había informado el opiómano antes de formularle un par de preguntas para cerciorarse de que no se había fugado de casa.

—¡Estoy aquí por decisión propia! —había insistido ella.

Enseguida habían llegado a un acuerdo. La presencia de una camarera extranjera era una baza innegable.

—¡Queda contratada!

—La única condición que pongo es que acepte alimentar a mi hermano. ¡Dormiremos en la misma cama!

—¡En ese caso, te pago solo un *liang*! —había respondido de inmediato el hombrecillo cuya codicia por la ganancia se translucía en la cara.

Así fue como Laura se había convertido en una hermosa e incitante anfitriona

cuyo cometido consistía en hacer consumir la mayor cantidad posible de opio a una clientela generalmente compuesta de ingleses y holandeses. En tan solo unos días, con gran satisfacción de su director, la fama de la joven había traspasado las paredes del establecimiento, de tal suerte que cada vez eran más numerosos los clientes extranjeros que acudían con la esperanza de que los sirviera la «bonita inglesa», tal como la apodaban en los antros de Cantón. Lo que más duro le resultaba de aquel trabajo agobiante y repetitivo a Laura Clearstone, blanca paloma en medio de una bandada de cuervos, era constatar los estragos del opio en el organismo humano. Aun cuando La Piedra de Luna se los hubiera descrito muchas veces, no era lo mismo que observar de cerca su terrible realidad.

El extracto de la adormidera procuraba un sentimiento de euforia, de exaltación y de bienestar que desaparecía al instante no bien cesaban sus efectos, cosa que suscitaba el deseo inmediato de volver a consumirlo. Al placer sucedía la abstinencia y el paraíso se transformaba en infierno. Entonces, la piel se volvía fría y azulada y la temperatura del cuerpo anhelante de opio aumentaba tres grados; la boca del opiómano, reconocible por las enormes caries que la devastaban, se reseca, se incendiaba como una esponja aplicada a una llama, se mantenía abierta como una cloaca, ansiosa por engullir el humo letal. Con estoicismo, apretando los dientes, Laura asistía de este modo a la muerte lenta de sus clientes mientras vigilaba de reojo a su hermano Joe, que recorría riendo los pasillos de los fumaderos. No soportaba la visión de aquellas víctimas atrapadas por la adicción que, aquejadas de un estreñimiento crónico, se veían obligadas a desplegar mil esfuerzos para vaciar los intestinos, pese a la progresiva pérdida del apetito que las conducía, poco a poco, a la condición de cadáveres ambulantes. Una noche había asistido, horrorizada, a la muerte de un chino diáfano a quien, de tan desgastado, era imposible atribuir una edad, que quedó fulminado al tragar la primera racha de humo. Después de un momento en que lo vio agitarse falto de aire, con la boca abierta como un pez varado en la orilla del río, el hombre había muerto con un estertor al tiempo que de su boca surgía un fluido verduzco.

—¡Lástima! ¡Era nuestro cliente más antiguo! —se había lamentado el director, que veía esfumarse una sustanciosa entrada de dinero.

Después, como si se tratara de un vulgar saco de arroz, había mandado transportar el cadáver de la víctima a la acera donde su hijo, cliente ocasional del fumadero, había acudido a recogerlo en medio de la indiferencia general. ¡Por un cliente perdido, aparecían otros diez más! A cualquier hora del día, el Pavo Espléndido estaba tan lleno que no admitía a todos cuantos querían entrar.

Laura no se arrepentía de nada, pese a todo. Y por lo que respectaba al futuro, más valía no conocerlo ni tratar de adivinarlo. Con buen tino, la joven se limitaba a vivir el día a día.

Sostenido por el factótum-intérprete sobre el que se había desplomado, el holandés acababa de abandonar con esfuerzo su compartimento, tras engullir la

última bocanada de opio, cuando el delgado director pidió a la joven que lo acompañara a su despacho. En el momento en que entró, temiendo lo peor, el patrón se deshizo en sonrisas, felicitándola por su buena disposición, antes de ir al grano.

—Necesito que vayas a buscar la «mercancía» a casa de mi «comprador»... —murmuró.

A Laura se le heló la sangre. Sabía que toda persona capturada transportando el barro negro se exponía a la pena capital.

—El recadero que se encarga está enfermo. La mercancía no pesa mucho. Te pagaré ocho *liang* de bronce por la molestia —añadió con una sonrisa el director, dejando al descubierto una dentadura descarnada.

Aunque tentador desde un punto de vista económico, el encargo comportaba un riesgo tan grande que la joven inglesa decidió hacer lo posible por sustraerse a él.

—¿Está lejos de aquí? —preguntó a su verdugo con la garganta atenazada por la angustia.

—¡Por el puerto! Además, tú no tendrás siquiera que dar ningún rodeo como hacía el recadero.

—¿Pero con mi cara de nariguda no voy a llamar la atención de la policía?

—¡Al contrario! A la policía nunca se le ocurriría parar a una nariguda. No tendrás más que pasar por la puerta trasera de la tienda de mi proveedor y nadie se dará cuenta de nada.

—¡Si no conozco la ciudad! Podría perderme... —gimió.

El horrible chino soltó una risotada.

—Haremos juntos el primer trayecto de ida. ¡Estoy seguro de que no te costará nada encontrar el camino a la vuelta!

—¿Y si me negara?

—Veo que no nos entendemos bien. ¡Te daré de plazo hasta mañana para que reflexiones y decidas qué te interesa más! —espetó, con aire amenazador, el director del Pavo Espléndido.

Laura no se veía transportando cada día delante de las narices de la policía la cajita de bolas negras que habría ido a buscar al almacén del mayorista. Tenía que rehusar ese cometido que la convertiría en cómplice de un monstruoso delito de envenenamiento.

Como si las desgracias no vinieran solas, de regreso a su zahúrda descubrió que, contrariamente a lo acostumbrado, Joe no la esperaba allí.

Presa de pánico, con un terrible presentimiento, se precipitó hacia el fumadero, decidida a inspeccionar uno por uno todos los rincones, y no tardó en encontrar lo que más temía. Acurrucado en el fondo de uno de los minúsculos compartimentos de la planta baja, reservados a la «clientela pobre», Joe cacareaba como una gallina, con la mirada extraviada y una sonrisa beatífica en los labios. En la mesita había todavía los utensilios necesarios para la toma de opio. En el extremo del pasillo advirtió a dos camareros que contenían la risa. Aquellos golfos se habían divertido drogando a su

hermano antes de esfumarse al verla. Ebria de rabia, sacó a Joe de su sopor y lo arrastró como pudo hasta su habitación. Cuando lo acostó en el lecho, le pareció oír que pronunciaba «papá» en medio de su incomprensible parloteo, y solo recuperó la calma después de que ella lo inundara con una lluvia de besos y caricias.

Totalmente extenuada, llegó incluso a plantearse si no habría pecado de imprudencia, de ceguera incluso, al abandonar de manera tan impulsiva el presbiterio del pastor Roberts.

En el momento en que la noche recubría todo su ser con un pesado manto de angustia, tuvo de improviso el convencimiento de que había caído en una terrible trampa de la que tenía que zafarse. No solo para ella y para el niño que estaba por nacer, sino también para Joe, se trataba de una cuestión de vida o muerte.

Entonces, con un gesto furtivo, trazó una pequeña cruz con el pulgar encima de su corazón mientras suplicaba con fervor a Dios que la ayudara a salir del espantoso trance en que se hallaba.

XXXIV

Londres
20 y 21 de agosto de 1847

Eran las tres de la madrugada cuando, en el bochornoso ambiente de una noche canicular, pálido como el papel, agotado y vencido por un terrible abatimiento, Nash Stocklett, Nash, que comprendía mejor ahora la angustia que embargaba a Brandon aquella noche en que había ido a retarlo, Nash, que habría dado algo por que Barbara lo oyera gritar que seguía amándolo con todas sus fuerzas, releyó por última vez la carta en la que dimitía de sus funciones de jefe de contabilidad de Jardine & Matheson.

A causa del acusado temblor de su mano, había tenido que empezar tres veces para redactarla de manera legible. Incapaz de tomar una decisión sobre su vida personal, acostumbrado a engañarse, no habría pasado página tan deprisa de no haber recibido dos días antes una pequeña nota manuscrita de un tal Sam Goodridge, jefe de redacción del *Illustrated London News*, que le pedía que fuera a verlo al periódico porque tenía algo importante que comunicarle de parte de John Bowles.

—Admire los hermosos dibujos que John nos ha enviado de Cantón —le había anunciado a modo de preámbulo Goodridge, con un puro en los labios, antes de tenderle una carpeta en la que Bowles había guardado los croquis realizados en los tres meses anteriores.

Además de diversas panorámicas de Cantón, el dibujante había representado, debidamente descritas al pie, sabrosas escenas captadas del natural de «Mandarines estampando su sello en los documentos oficiales», de «Vendedores ambulantes pregonando su mercancía», de «Ceremonia de culto de los antepasados», del «Interior de fumadero de opio» y otros «Monjes en una pagoda delante de inmensas estatuas de Buda»... Nash habían encontrado fascinantes aquellas imágenes de Bowles. Le habían dado ganas de ir a admirar en persona todo lo que su querida Barbara había tenido la suerte de admirar con deslumbrados ojos... gracias a él. Fue, no obstante, la última hoja la que retuvo ante todo su atención, suscitando una inmensa esperanza. Tenía por título «Llegada de una joven inglesa a Cantón» y representaba a un muchacho y una muchacha que sonreían, acodados en la barandilla de un barco de bandera británica. Estupefacto, al instante reconoció en la joven pareja los retratos de Laura y Joe, perfectamente identificables; ella con su vaporosa cabellera y su rostro rafaélita y él con su cara de mongólico. La presencia de los hijos de Clearstone en ese barco no dejaba margen de duda sobre el hecho de que, conforme a su promesa, Bowles había logrado establecer contacto con Barbara.

—Supongo que no me habrá hecho venir hasta aquí sólo para enseñarme estos

magníficos dibujos —apuntó ansioso por saber algo más.

—Exacto, señor Stocklett. En realidad, John Bowles me pidió que le entregara esta carta.

A Nash le temblaban los dedos mientras la abría. Eufórico y desbordante de esperanza, llegó incluso a imaginar que Barbara había cambiado de parecer y había decidido volver a Londres para rehacer su vida con él... A menos que lo invitara a reunirse con ella, cosa que estaba dispuesto a hacer sin vacilar.

Por eso fue dura su caída cuando leyó el anuncio del fallecimiento de la mujer de su vida, del que Bowles le ponía al corriente en la tercera línea de la misma, con su «profundo y sincero pésame». La atroz noticia tuvo para él el efecto de una puñalada en pleno corazón. El destino se mostraba cruel con los Clearstone. Después de Brandon, la desdichada Barbara abandonaba ahora ese bajo mundo dejando dos huérfanos tras de sí... ¡sin contar a un amante frustrado e inconsolable, que no era otra persona más que él! Anonadado, permaneció sentado unos minutos en la silla, incapaz de realizar un gesto ni de articular palabra alguna.

—Imagino que no debe de contener muy buenas noticias... ¿Quiere una taza de té? —le propuso con amabilidad Goodridge.

—En efecto —confirmó Nash Stocklett con un suspiro y un evidente cansancio en la voz, antes de saludar a Goodridge con una leve inclinación de cabeza y marcharse sin añadir nada más.

El hombre que salió rendido y demacrado del edificio del *Illustrated London News* no era el mismo de antes.

Fuera, pese al sol poniente que arrancaba rojizos destellos en el río y ponía una delicada aureola de reflejos rosa en sus majestuosos edificios, Londres se le antojó de improvisado como una ciudad siniestra, hostil, sin ningún vínculo emotivo con él. Sumido en el más extremo desasosiego, se reprochaba su conducta, sin poder aceptar que nunca volvería a ver a la mujer de su vida. El verdadero responsable de la muerte de Barbara era él. Él era la causa principal del desastre que se había abatido sobre sus hijos, que habían quedado huérfanos y solos en el mundo en un país tan alejado de Londres. ¿Qué iba a ser de ellos? El dibujo de Bowles volvía a aparecer una y otra vez ante sus ojos, como si este hubiera utilizado una maléfica mina de lápiz. Laura y Joe habían dejado de sonreír, sin embargo. Tenían la boca abierta. Gritaban. ¡Pedían socorro!

Aun cuando en el reloj del Big Ben hubieran sonado ya las seis, había caminado como un autómatas hasta su oficina, donde no quedaba, por supuesto, nadie, aparte de sus dos asistentes que, como de costumbre, se extremaban en su celo. En su minúsculo despacho, bajo la gran lámpara que era preciso encender a todas horas del día desde que el servicio de contabilidad de Jardine & Matheson se había trasladado a ese edificio de pomposa e imponente fachada, pero con vistas a un angosto patio por la parte posterior, seguían encorvados sobre los papeles, efectuando sumas y restas.

—Señor Stocklett, sin faltarle al respeto, no sé si he obrado bien, pero he pasado a

facturación cuarenta y tres cajas de mercancías que se deterioraron por el agua — exclamó muy ufano Neil Adams, el encargado de las facturaciones.

Adams interpelaba siempre de ese modo a su jefe, como el perro que llama la atención de su amo a fin de obtener una caricia. Esta vez tenía un aire de satisfacción aún más marcado que de costumbre. El hecho de que Stocklett lo hubiera sorprendido después del cierre de las oficinas era un gran motivo de regocijo para él.

—No tengo tiempo, Adams. ¡Hablaremos de ese problema en otra ocasión! —le había replicado con voz apagada, aun sabiendo perfectamente que no habría «otra ocasión» puesto que acababa de decidir que se iría a China para traer a los dos hijos de Clearstone.

A continuación, se encerró en su despacho, donde se puso a vaciar de forma metódica los cajones del escritorio. Dado que los ejecutivos de su categoría se pasaban buena parte de la vida en su puesto de trabajo, los cajones estaban repletos de efectos personales grabados con sus iniciales, desde los útiles para cortar los libros, los puros y las uñas hasta los pildoreros y otros sacapuntas, sin olvidar el cestito donde guardaba las minúsculas botellas de jerez y de oporto de las que de vez en cuando tomaba un trago para mantener el ánimo. Después de amontonar aquella amalgama de objetos en una caja de vino de oporto, se la llevó a casa, donde pasó la noche bebiendo una botella de *whisky* añejo hasta acabar sumido en un profundo coma etílico del que no despertó hasta la tarde del día siguiente, con un terrible dolor de cabeza.

Entonces empezó a redactar la carta mediante la cual anunciaba a la dirección general de Jardine & Matheson que dejaba «desde la recepción por ustedes de la presente» de ejercer sus funciones de «jefe de contabilidad del departamento de cuentas».

Agotado, soltó la pluma para releer la carta. No sentía ningún pesar. No le costaba nada pasar la página correspondiente a Jardine, ¡ni siquiera un penique! Sentía más bien una vaga satisfacción, ligada al convencimiento de que allí no habían reconocido sus méritos en su justo valor. Se proyectaba ya en China y se imaginaba en Cantón, encontrando a Joe y a Laura antes de traerlos a Londres, donde pensaba sufragar los estudios de la joven. Se había prometido hacer de la pequeña Laura Clearstone una estupenda abogada o una gran médico y, en cuanto a su hermano Joe, lo ingresaría en uno de los mejores establecimientos londinenses para minusválidos.

A partir de entonces, lo único que contaba era redimir su conducta supliendo la ausencia de sus padres.

Pese a la impresión de tener el cráneo tapizado de agujas, Nash Stocklett halló la fuerza para doblar la carta y meterla en un sobre en el que hizo constar la identidad y el cargo de su destinatario. Después, satisfecho del resultado, fue a sentarse en el sofá de cuero del salón donde encontró la botella de *whisky* añejo que había vaciado la noche anterior. Sintiendo que todavía necesitaba beber, se levantó, fue a buscar otra botella, volvió a tomar asiento y dejó por fin vagar el pensamiento.

En el momento en que los primeros tragos le humedecían el paladar, la silueta de Barbara se le apareció, evanescente y delicada, muy cercana y deseable..., al alcance de la mano. Tendió los brazos hacia su antigua amante y la atrajo con dulzura hacia sí. Como nubes impulsadas por la brisa, se presentaron las imágenes de la primera vez que hicieron el amor. Estaba en aquel pajar en el que ella había accedido a entregarse a él. No era, sin embargo, la Barbara de ayer la que se ofrecía a él, sino la de hoy, con su vientre algo prominente, el pecho abultado por las sucesivas maternidades, las amplias caderas en las que tanto le gustaba, en otro tiempo, apoyarse, y por fin su pubis, que nunca antes le había enseñado de manera tan provocadora...

Se dispuso a rozar con la punta de los dedos aquel cuerpo en plenitud.

El chirrido de las ruedas de una diligencia lo sustrajo bruscamente de su ensoñación. Se secó la boca y consultó el reloj. Eran las cinco de la tarde. Si no se iba de inmediato al Nickerbocker Club, haría esperar a Homsley, puesto que era el día de su partida semanal de cartas y no lo había avisado de que no pensaba acudir. Se fue con pesado caminar y no experimentó placer alguno al encontrar a su amigo. Como por suerte este sufría unas anginas, los dos convinieron en que lo mejor era dejar la partida para la semana posterior.

A la mañana siguiente, cuando Nash Stocklett llegó al trabajo, apretando con furia la carta entre los dedos como si de una bomba se tratara, su secretaria lo esperaba con expresión lúgubre. Puesto que en muchas empresas eran las asistentes las encargadas de transmitir los reproches de la dirección a sus encargados, para así humillarlos mejor, Nash dedujo que su ausencia del día anterior debía de haber suscitado un fuerte desagrado en las altas esferas. De todas maneras, le daba completamente igual. Su futuro no estaba ya en Jardine. En otras circunstancias, incluso, la toma de conciencia de que había sido capaz de faltar un día sin avisar ni presentar disculpas lo habría llenado de euforia. Aun así, no pudo evitar una sensación de náusea cuando la joven le dirigió la palabra, con un asomo de ironía temperada por una perfecta flema.

—Señor Stocklett, el señor Row lo busca por todas partes. Ha mandado decirle que desearía que subiera a verlo en cuanto llegue.

Maldiciendo aquel arraigado reflejo de empleado condicionado para obedecer, se encaminó a la escalera.

Para Nash Stocklett, Stanley Row era un viejo conocido. Junto con George Matheson y un tal Jeff Steinberg, Row, apodado el Cigarro a causa del omnipresente puro que llevaba prendido a la boca, era uno de los tres gerentes de la empresa, el que se encargaba concretamente de tirar de los hilos de la bolsa. Como consecuencia de ello, supervisaba directamente las actividades de Nash, con el que mantenía, como ocurre a menudo en los escalafones superiores, una relación un tanto extraña en la que el jefe de contabilidad podía pasar en cuestión de segundos de la categoría de colaborador indispensable y apreciado a la de chivo expiatorio con el que su jefe se limpiaba sin escrúpulos los pies. No hacía mucho, Nash aspiraba a sustituir a Row,

pero sin hacerse la menor ilusión sobre sus posibilidades de lograrlo. En realidad, sospechaba que este hacía todo lo posible para impedirselo. Son abundantes los jefes que no soportan que su subalterno asuma su puesto. Ahora que Stocklett no sentía ya ese anhelo, le quedaba tan solo desprecio por aquel gerente que se atiborraba de cifras..., ¡un hueso con el que había estado a punto de atragantarse él mismo!

Llegó con humor desapacible al octavo y último piso del edificio.

Desde allí, en sus lujosas oficinas revestidas de maderas claras, los tres gerentes dirigían el imperio comercial y financiero de Jardine & Matheson. Aun cuando George Matheson ya no estaba tan presente, debido a cierta fatiga atribuible a su edad y, sobre todo, a su reciente pasión por la cría de mariposas, no sucedía lo mismo con Jeff Steinberg y Stanley Row. Estos pasaban la mayor parte de su tiempo ejerciendo de cancerberos y se deleitaban con morboso placer manteniendo sobre ascuas a los colaboradores, a quienes exigían explicaciones sobre la buena marcha de la empresa en el curso de interminables reuniones de las que salían exhaustos. En la antesala del despacho de Row, una decena de apoderados aguardaban a que los recibiera la única persona que, con excepción de George Matheson —por supuesto—, estaba habilitada para firmar cheques en nombre de la empresa.

—Señor Stocklett, tenga la amabilidad de pasar, por favor. ¡El señor Row lo está esperando! —anunció con imperioso tono la secretaria, una mujer a quien todos temían como la peste y que imponía tanto por su corpulencia como por su estentórea voz.

—Buenos días, Nash, ¿qué tal le va desde la última vez que nos vimos?

Stocklett, siempre en guardia no bien penetraba en el antro de Row, comprobó con alivio que este parecía de buen humor. Se habían visto diez días atrás, cuando el jefe de contabilidad había acudido a presentarle los últimos retoques que añadir al presupuesto de cuentas del año que iban a cerrar el 31 de julio.

—Podría ir mejor... —repuso sin deseos de disimular la resaca.

Aparte, pensaba que aquella era una introducción eficaz, una manera de iniciar un proceso que concluiría con la entrega de la carta de dimisión que le ardía en el bolsillo.

—¿La salud? ¿Padece alguna contrariedad?

—¡No! ¡Al menos que yo sepa! —contestó Nash con semblante impasible.

—En ese caso, no vale la pena quejarse, amigo. Todo va bien mientras haya salud. ¿No es cierto, Nash?

Stocklett crispó los puños. Aquella falsa jovialidad, que disimulaba mal el desprecio y la desenvoltura con los que Stanley Row tenía por costumbre tratarlo, se le había vuelto insoportable. Ansioso por poner fin a aquello arrojándole a la cara su dimisión y por asistir sobre todo con fruición a su desconcierto ante la irremediable pérdida de un elemento estratégico de su dispositivo, abrió la boca como quien arma un fusil.

—Querría anun...

El hombre que aún era su jefe le cortó la palabra, sin dejarle tiempo para concluir la frase.

—¿Sabe una cosa, Stocklett? Lo que voy a proponerle cae muy oportuno. Así podrá distraerse un poco. ¡De vez en cuando viene bien levantar la cabeza del punto de mira! —el muy bribón era un experto desbaratando los efectos preparados por su interlocutor—. ¡Sí! Se va a ir a Shanghái en el próximo barco. Hay una sustanciosa prima en juego. Durante todo el tiempo que dure la misión, será considerado como un expatriado...

No se andaba por las ramas. Row conocía muy bien la clase de argumentos que podían hacer diana con Stocklett, que nunca perdía ocasión de formularle quejas en relación a lo exiguo de su sueldo.

—Pero es que...

Row barrió el aire con un manotazo al tiempo que volvía a interrumpirlo.

—Se trata de un asunto grave, Nash. George, Jeff y yo estamos convencidos de que en la filial de Shanghái se lleva a cabo un gran tráfico de mercancías a nuestras espaldas. El último inventario de los almacenes ha confirmado mis sospechas.

El gerente le dedicó una mirada igual de dura que el tono que había empleado para hacerle la confidencia a Stocklett.

—¡Yo no he notado nada! Aunque es cierto que no soy más que un contable... —replicó este, no sin cierta dosis de amargura que mitigó la ironía con que hubiera querido impregnar la respuesta.

Bien pensado, puesto que la auditoría general de los inventarios y las existencias de Jardine & Matheson formaba parte de sus cometidos, la observación de Row equivalía a un reproche.

—Nash..., no se puede advertir ese tipo de fraude si no es haciendo una comparación entre el inventario en papel, por así decirlo, y el inventario físico. A veces, hay que ir a contar directamente los guisantes y las zanahorias. Por eso voy a mandarlo allí. Reconocerá que es una gran muestra de confianza...

Row era aficionado al procedimiento de extender una buena capa de pomada después de herir a fuego vivo. Normalmente, Stocklett experimentaba una mezcla de rabia y alivio cuando Row le daba la vuelta encima de las ascuas como a una vulgar chuleta. Esta vez, en cambio, se sentía del todo incapaz de salir de aquella relación malsana que su superior le imponía con un consumado arte de la manipulación dominadora.

—¡Jack Niggles no tiene, sin embargo, mala fama, sino todo lo contrario! ¡Está considerado como una persona rigurosa! —objetó de mala gana.

—Los homosexuales no ven pasar las balas. Ese muchacho se distrae a menudo, ¿sabe? Para serle franco, le diré que lo he mandado vigilar —se preció Row con aire de conspirador.

—¿Que... lo está espionando?

—Discretamente, claro está. Pago a un informador para eso. A un occidental, no

se crea. ¡No tengo ninguna confianza en esos chinos! Allá todo sirve de moneda de cambio y los chinos, como todos los asiáticos, no tienen palabra. Son capaces de traicionar a su padre y a su madre por unas cuantas monedas.

—Entiendo... —murmuró Nash, pensativo.

En realidad, Stocklett no estaba muy sorprendido con aquellas revelaciones. Hacía tiempo que había dejado de hacerse ilusiones en lo tocante a la bondad y la equidad que eran capaces de poner en juego los seres humanos cuando estaban al servicio de las grandes organizaciones comerciales. En cuanto al perentorio diagnóstico del gerente sobre la falta de honradez de los chinos, aún lo sorprendía menos. Row, que nunca había puesto los pies en China, no paraba de repetir lo que oía en los pasillos de Jardine & Matheson y leía en los periódicos, empeñados en dedicar páginas enteras a la loa de la misión civilizadora del Imperio británico. Aquello era, al fin y al cabo, una manera de lavarse la conciencia pese a estar obligando a los chinos a comprar el propio opio.

Todo lo que descubría era desesperante, pero ajustado a lo que ya sabía.

Aparte, a Nash Stocklett le importaba muy poco el hecho de que a Niggles le gustaran los chicos. Después de todo, estaba en su derecho. El que sus aficiones crearan complicaciones a aquel indiscreto directivo de astronómico sueldo que no tenía escrúpulos en denigrar su trabajo, resultaba en cambio del agrado del jefe de contabilidad. En cuanto a Stanley Row, un hombre para el que el fin justificaba siempre los medios, era lo más normal del mundo que mandara espiar al director de la filial china. En Jardine & Matheson corrían desde siempre rumores sobre la presencia de espías pagados por la dirección general, no solo en los puertos de depósito sino también en todas las plantas de la sede de la empresa. En la mayoría de las empresas, los economistas estaban convencidos de que eran ellos los que evitaban su quiebra y los comerciales de que ellos las mantenían en pie. Puesto que cada cual consideraba poco menos que inútil al otro, cuando no peligroso para la buena marcha de los negocios, se creía por consiguiente insustituible, pese a que siempre había una pléthora de colaboradores ansiosos por sustituir a su jefe.

—Mientras no se pruebe lo contrario, si Niggles ha incurrido en falta, ha sido más bien por falta de vigilancia y de control. Su honradez no se pone, por ahora, en tela de juicio. Jack no se dedicaría a desviar la mercancía..., ¡con el sueldo que le pago, sería el colmo!

El jefe de contabilidad estuvo a punto de darle la razón, pero cambió de idea. Abundar en la misma opinión de Row habría sido dar muestras de debilidad. Regocijado, no obstante, por ver el aprieto en el que se había metido su enemigo íntimo, aprovechó para remachar el clavo.

—Los comerciales pecan a menudo de falta de rigor —murmuró.

—¡Sin comerciales, nuestra empresa no existiría! —contestó con sequedad el gerente, dispuesto a no ceder ni un palmo de terreno a Nash, antes de añadir con aires de conspirador—: Por supuesto que todo lo que le he dicho debe quedar estrictamente

entre nosotros...

—Desde luego, Stanley —musitó el jefe de contabilidad.

Con el semblante deformado por la contrariedad, Stocklett apretaba la carta de dimisión como un puñal que tenía pensado clavar en el corazón de su jefe.

—¡Cuanto antes se marche, mejor! —concluyó, recuperando su afabilidad, el gerente.

—Tendré que darme prisa en reservar el billete. En esta época, los barcos con destino a China van repletos —señaló Stocklett, molesto a un tiempo por la impresión de verse empujado desde lo alto de un tobogán y satisfecho por poder aprovechar aquella oportunidad.

¡Era increíble! ¡Unos minutos antes se disponía a presentar la dimisión a Row para irse a China y ahora resultaba que iba a colaborar con él como si tal cosa!

—No tendrá que hacerlo, amigo mío. ¡Ya lo había previsto! —exclamó el gerente mientras señalaba con ávida expresión un sobre gris que había encima de su escritorio.

Nash no pudo evitar cogerlo para luego abrirlo de forma mecánica. Pese a las circunstancias, su contenido fue como un leve bálsamo para su corazón. Row había introducido un pasaje de ida y vuelta Plymouth-Le Havre-Shanghái a bordo del *Adhemar*, con alojamiento en «camarote individual, cubierta superior» y posibilidad de tomar «todas las comidas en el restaurante de a bordo». Aquello significaba que le pagaban la primera clase, un privilegio reservado solo a los «grandes ejecutivos» de Jardine & Matheson cuyo número no pasaba de veinte personas, tal como sabía muy bien él, ya que le tocaba contabilizar sus vertiginosas notas de gastos. ¡Santo Dios, por fin había pasado a formar parte del club!

La fecha de partida desde Francia estaba prevista el 6 de septiembre, lo cual le dejaba un margen de apenas quince días para hacer las maletas y preparar el viaje. Con el apuntalamiento de su orgullo, lo invadió un sentimiento de euforia. Con un poco de suerte, en menos de tres meses se hallaría al pie del cañón y podría por fin comenzar a obrar en beneficio de Laura y de su hermano. Así se redimiría de su conducta. El día del juicio final se presentaría como un pecador que asumía sus faltas, pero que había hecho lo posible por expiarlas y mitigar las consecuencias.

Cuando salió del despacho de Stanley Row, los apoderados que aguardaban fuera escrutaron con inquietud su semblante para detectar los vestigios de la regañina o de la felicitación que los esperaba. La satisfacción patente en su cara les devolvió la sonrisa.

En lugar de ir a su oficina, nuestro contable, abocado al destierro, decidió ir a estirar las piernas afuera. Cuando, sin que supiera muy bien por qué, sus pasos lo condujeron hasta Hyde Parle, su euforia se había esfumado y la culpabilidad se había adueñado de nuevo de él, hasta el punto de dejarlo indiferente a la suntuosa majestuosidad de los árboles y al primoroso y bien nivelado césped. Pese a que por lo general nunca dejaba de admirar el reluciente manto negro de las monturas de los

Horse Guards, cruzó sin ver a uno de sus escuadrones, que regresaba al trote a la caserna. En cuanto a la alegre agitación de los niños de los barrios acomodados que jugaban a la pelota o al *croquet* bajo la atenta mirada de sus ayas, le pareció insoportable, comparada a la tragedia que vivían en ese mismo minuto los hijos de Clearstone.

Al volverse, cayó en la cuenta de que acababa de atravesar el inmenso parque sin siquiera darse cuenta.

De improviso, tuvo la sensación de ser una mera ruedecilla de un gigantesco mecanismo sobre el que no tenía ninguna capacidad de actuación. El destino obraba a su antojo, obligándolo a permanecer en sus rieles como un tren que no tiene más opción que ir hacia su estación de término. Se reprochaba no haber tenido el valor de rechazar la misión de Row. ¿Acaso había sido realmente dueño de su vida desde que había nacido? No había sido siquiera capaz de casarse con Barbara. La mujer de su vida se le había escapado definitivamente de las manos por su culpa, porque él era sin margen de duda el causante de su muerte.

¡Un asesino por omisión, eso era él!

Oyó un ruido de agua y advirtió que caminaba por uno de los puentes del Támesis. Absorto en sus sombrías reflexiones, había atravesado casi la mitad de Londres. A sus pies discurría el río, agitado por las pequeñas olas de la contracorriente que indicaban el inicio de la marea entrante. Abrumado, rasgó la carta de dimisión y, tras formar con ella una compacta bola, la lanzó con violencia al agua.

La bola de papel comprimido pesaba tan poco que, de no mediar la brisa que acababa de levantarse, habría aterrizado lamentablemente a sus pies en lugar de acabar en las aguas del río.

Y él, Stocklett, no tenía mayor peso que aquel pobre pedazo de papel sometido al antojo de los vientos...

Cantón
24 de agosto de 1847

Aquello era el mundo al revés. El eunuco Siempre Aquí, acostumbrado a tratar con condescendencia a los prefectos y a los gobernadores de provincia, se encontraba incómodo delante del jefe Liang. Aquella actitud frente a un funcionario de rango muy inferior al fin y al cabo era indicativa de las dificultades con las que topaba el viejo castrado. Hacía, además, un sofocante calor que acababa por minarle la moral, acentuando el pesimismo que lo embargaba. Para acabar de empeorar las cosas, el policía había invitado a sentarse al personaje a quien el emperador había encargado traerle a La Piedra de Luna en una simple silla de madera sumamente incómoda... y poco adecuada para unas posaderas aquejadas, como era su caso, de hemorroides.

—Todavía no sé qué debo escribirle al emperador a propósito del niño — murmuró, medroso, el eunuco imperial, como el alumno que pide consejo a su profesor.

Desde su llegada a Cantón, el viejo castrado había perdido buena parte de su soberbia. Esa mañana, sin maquillaje, no era más que un viejo agobiado por el peso de los años, responsable de una misión poco apta para su edad.

El segundo secretario de Daoguang había llegado a Cantón hacía casi dos meses y no había pasado un solo día que no se hubiera consagrado por entero al cometido para el que lo había designado el Hijo del Cielo. Cada mañana, los investigadores de la policía imperial le daban cuenta de las pesquisas realizadas el día anterior. Estas habían sido infructuosas, por desgracia. En la mesa había extendidos frente a él varios mapas medio garabateados. Eran los barrios de Cantón donde había efectuado indagaciones la policía sin obtener ni la más mínima información sobre La Piedra de Luna. La situación no era, pues, muy alentadora.

Delante de Siempre Aquí, el jefe Liang masticaba altramuces observándolo con una expresión de conmiseración en la que despuntaba un asomo de repugnancia.

Conviene precisar que el policía, que detestaba a los eunucos y a los homosexuales, no lo había recibido con los brazos abiertos cuando se había personado en su oficina provisto de la orden de registro firmada por Daoguang en persona. Como la mayoría de funcionarios, Liang tenía por lema vivir plácidamente sin complicaciones, aferrado a su puesto. Consciente de que, si fracasaban, corría el riesgo de acarrear las consecuencias junto con Siempre Aquí, no había tenido más remedio que renunciar a su resistencia, consintiendo poner a su disposición a sus mejores sabuesos. Por lo demás, aquella búsqueda que se eternizaba no despertaba el menor entusiasmo en él.

—¡Yo, en vuestro lugar, no escribiría hasta no tener buenas noticias que anunciarle! —contestó con aspereza.

—Pero el Hijo del Cielo se va a impacientar, y no digamos la Siberiana... Es una mujer de armas tomar. ¡Sí, y de las que no se quedan cruzadas de brazos! ¡Si no recibe noticias de su hijo, es muy capaz de presentarse aquí!

—¡Si así ocurriera, le deseo a esa dama que lo pase bien! —exclamó, con una mueca de disgusto, el policía.

La perspectiva de tener que rendir cuentas a la última depositaria de los caprichos amorosos de Daoguang no resultaba nada halagüeña para el jefe Liang. Como todos los funcionarios de policía de cierto rango, había oído hablar del regreso a Pekín de aquella temible mujer de la que todos en la corte se burlaban, pero que temían como a la peste.

—¡Qué decepción! ¡Es desesperante que de este registro de las posadas no haya resultado nada! —gimió el eunuco.

Se refería a la inspección, hasta entonces infructuosa, a que sometían a todas las posadas de la ciudad.

—Tal vez la cosecha de ayer no haya sido del todo mala —apuntó el policía con aires de complicidad—. Es posible que, por una vez, mis hombres no tuvieran los ojos más arriba de las cejas^[90].

—¿De verdad? —musitó, ebrio de esperanza, Siempre Aquí.

—Ya lo veréis —respondió con tono teatral Liang, satisfecho del efecto logrado—. Esto me ha permitido echarle el guante a uno de nuestros mejores confidentes que había desaparecido de la circulación. Seguro que tiene cosas interesantes que contarnos. ¡Haced pasar al señor Wang!

Cuando entró empujado por dos policías a la oficina de Liang, Wang el Afortunado se hallaba en pleno síndrome de abstinencia. Sudaba a mares, con los dientes castañeteantes y la piel grisácea como un pedazo de fieltro. El policía sacó del cajón dos bolitas de opio que hizo avanzar encima del escritorio. Enseguida, el toxicómano precipitó hacia ellas las temblorosas manos.

—¡No tan deprisa! ¡Primero tenemos que hablar! —gritó el jefe de la policía imperial de Cantón.

Como buen aficionado al juego del gato y el ratón, Liang hizo una señal a los dos policías para que contuvieran el impulso del intérprete opiómano que, como si lo hubiera acertado una flecha en pleno corazón, emitió un estertor desesperado antes de desplomarse sobre sí.

—¿Qué hay de nuevo, Wang el Afortunado? Te habías vuelto invisible. ¡Hace semanas que te busco!

—Yo he cumplido con lo pactado, respetado comandante Liang. Tal como acordamos, me afilié a la sociedad del Gran Centro Amarillo. Le avisé a tiempo del proyecto de ataque del consulado de Inglaterra. ¡Así pudo planificar una emboscada con sus hombres y abatir al comando que agredió a los ingleses! ¿Qué más necesita?

Dígamelo... Haré todo lo posible... —murmuró Wang, con la mirada clavada en el opio.

Como no disponía del dinero necesario, hacía días que no había consumido droga y habría matado a su madre y a su padre con tal de aspirar una minúscula calada.

—No esperaba menos de ti. Ya me sales bastante caro de todas formas. Aún no me has respondido, de hecho. ¿Por qué te escondías?

—¡Desde el día del funesto ataque contra el consulado de los ingleses, voy de hotel en hotel! —gimió el interesado, que no lograba despegar la vista de las dos bolitas que el policía había colocado en un plato de cobre.

Había sido en la inspección de una posada, a cuyo propietario habían puesto buen cuidado en extorsionar, cuando los hombres del jefe Liang habían echado el guante a Wang el Afortunado.

—¿Tanto miedo tienes de las represalias?

—¡Mucho! Estoy como una hormiga en una sartén ardiente.

—¡Exageras! ¡Todos los miembros de la secta del Gran Centro Amarillo han sido masacrados!

—¡No todos, por desgracia! —contestó con tono sombrío Wang, sin dudar ni un segundo que el maestro de la secta había puesto precio a su cabeza—. Los que no participaron en el ataque están como una rosa y están convencidos de que fui yo el que entregué a sus compañeros.

—Eso son imaginaciones tuyas, Wang el Afortunado. Los soplones siempre piensan que todo el mundo traiciona a todo el mundo. ¡Has de saber que también existen personas honradas! —le señaló con crueldad el jefe de la policía imperial de Cantón.

Como todo buen policía, pese a que eran una pieza indispensable para su trabajo, no sentía más que desprecio por los informadores.

—No está bien hacer bromas a costa de uno de vuestros más fieles infiltrados, jefe Liang. ¡Desde que os di ese tubo de oro macizo, estoy arriesgando la piel! —protestó con un hilo de voz Wang, poniendo los ojos en blanco por efecto del terror.

—¡Pamplinas! A ver, explícame en qué te basas para proferir tales desatinos.

El infiltrado se cayó de bruces. Le resultaba difícil, por no decir imposible, explicarle al policía las causas de su preocupación.

El miedo y la abstinencia de droga se habían conjugado para reducir al traidor a la condición de informe pingajo. Consciente de que no sacaría gran cosa de Wang el Afortunado si no despertaba su atención, Liang mandó que le trajeran una caja de utensilios para opio y tendió una de las bolas de barro negro al informador.

—Puedes dar una calada. Después te haré un par de preguntas... —advirtió con tono sarcástico el policía.

Jadeando como un caballo después de la carrera, Wang se preparó febrilmente una pipa. Cuanto más se acercaba el momento en que por fin iba a poder aspirar, más profuso se hacía su sudor. Cuando engulló con deleite la primera bocanada que lo

liberó, emitió un terrible estertor que inspiró un irreprimible rictus de asco en la cara de Liang.

Wang permaneció inmóvil durante varios minutos, con la mirada extraviada e incapaz de pronunciar una palabra.

—Necesito más datos sobre lo que está tramando la Cofradía Interior del Turbante Amarillo. En ese asunto, tú eres el único que me puede informar —le dijo el jefe Liang en el momento en que comenzaba a salir de su sopor.

—¡Si me cruzara la mirada con el Gran Centro Amarillo, pensaría que soy un aparecido! —susurró el infiltrado, instalado ya en su nube.

—¡No me hagás reír, Wang el Afortunado! ¡Tú tienes más de una baza en la mano! ¡La serpiente que entra en un tubo de bambú no pierde por eso su naturaleza sinuosa! —le replicó con malicia el jefe de policía, removiendo el cuchillo en la herida.

—¡Él cree que morí en el asalto! ¡Si voy a verlo, soy hombre muerto!

Siempre Aquí, a quien solo le interesaba su búsqueda de La Piedra de Luna, decidió intervenir a su vez.

—La Piedra de Luna..., ¿os dice algo ese nombre? —le planteó el viejo eunuco.

—¡Oh, sí! Lo vi varias veces en casa de un americano, un tal Roberts. Es un pastor bautista que vive en el límite entre el barrio de los comerciantes de carnes y el del Cesto Amarillo.

—¡Es que estoy tratando de localizar a La Piedra de Luna! —anunció.

—Siempre Aquí

—¡Igual que el príncipe Tang! —prosiguió el informante lanzando una mirada suplicante al jefe Liang, que, con un leve guiño, lo autorizó a aspirar un segunda calada.

—¿Conoces al príncipe Tang? —gritó el eunuco al tiempo que se levantó bruscamente de la silla.

—Yo mismo comuniqué al jefe Liang el nombre de esa muchacha con la que viajaba el príncipe Tang.

—¡Jazmín Etéreo! —exclamó Siempre Aquí, que había recuperado su locuacidad.

—La misma.

Liang se concomía en su asiento. Se había guardado mucho de poner al corriente al eunuco de la captura y la huida de la joven, temiendo que aquel poco afortunado episodio perjudicara su carrera si llegaba a conocerse en las altas esferas.

El viejo eunuco, que parecía haber rejuvenecido veinte años, se volvió hacia el policía, recelando que el jefe Liang le ocultara aún otras torpezas. Entre él y aquel insignificante policía de memoria selectiva se había roto definitivamente la confianza.

—¡Tang! ¡Sabéis dónde se encuentra Tang y no me habíais dicho nada! —tronó fuera de sí.

—Podéis estar seguro de que, si supiera dónde se esconde ahora el príncipe Tang, mis hombres habrían ido ya a buscarlo —contestó con hosquedad Liang—. Vivía en

casa de un anticuario pero, cuando fuimos, el pájaro ya había levantado el vuelo.

Indignado por el descaro con que reaccionaba el policía, el viejo castrado se centró de nuevo en el opiómano.

—¿Aceptarías conducirme a casa de ese pastor americano?

Wang torció el gesto. No veía en qué podía ir a parar una relación de complicidad entre un informante y un eunuco.

—Me extrañaría que sacara algo de él. Ese individuo es un iluminado. Distribuye folletos a los transeúntes a la entrada del Gran Jardín Celestial. ¡Cree que la gente sabe leer! ¡Esos narigudos se me figuran como elefantes que pretendieran ponerse a tejer seda! —exclamó malhumorado Liang.

La irrupción en la oficina de un policía bañado en sudor interrumpió la conversación.

—¡Un pliego muy urgente para vos, jefe Liang... y que parece que viene de muy arriba! —murmuró sin resuello el agente antes de entregarle con mano temblorosa a su jefe un rollo lacrado con el sello personal del emperador Daoguang.

Los seis caracteres arcaicos que designaban al Inestimable Hijo del Cielo debajo de su nombre de reinado^[91] destacaban en relieve, perfectamente legibles, encima del gran cuadrado de cera roja que cerraba el documento proveniente del Palacio Imperial. Siempre Aquí se estremeció levemente al verlo.

Con ayuda de una minúscula espátula, Liang despegó el sello de cera y pasó a leer la misiva imperial. Cuando terminó, se le había descompuesto el semblante.

—¡Solo nos faltaba esto! —murmuró con misterio antes de cerrar el documento y guardarlo en el cajón de su escritorio.

Después miró al eunuco de una manera extraña, entre interrogadora y vagamente hostil.

—¿Qué quiere de vos el Hijo del Cielo?

Siempre Aquí sospechaba de alguna treta del Gran Chambelán Elevación Paradójica, convencido de que este no cejaba en sus maniobras para lograr su perdición.

—¡No estoy autorizado a revelarlo, cosa que vos sabéis muy bien! —replicó con sequedad el policía.

El viejo castrado optó por el silencio. Aunque justificada, la alusión del jefe Liang al delito de «violación de correspondencia imperial» que podía costar la cabeza a su autor, resultaba del todo humillante.

—Yo sé mantener la boca cerrada. En mi condición de segundo secretario de su majestad, conozco una enormidad de secretos de Estado —afirmó con un suspiro el anciano.

—¡Es inútil que insistáis! —contestó con expresión impasible Liang.

—En tales condiciones, es hora de poner fin a esta entrevista —concluyó Siempre Aquí.

El viejo eunuco se levantó con esfuerzo y tras palparse la espalda, dolorida a

causa de la prolongada permanencia en la silla de madera, dirigió un discreto gesto de despedida a Wang el Afortunado y abandonó con paso lento la comisaría.

Él, que se había pasado la vida manipulando y dominando a los otros, manteniendo en la ansiedad a cuantos trataban de ofrecerle resistencia, tenía ahora la impresión de hallarse a merced del primer truhán que se le presentaba.

XXXVI

Alrededores de Cantón
26 de agosto de 1847

El chirrido de la puerta, al que precedió el del roce de la llave en el mecanismo de la cerradura, sacó a La Piedra de Luna de su estado de sopor al tiempo que el fulgor de un huracán de luz disipaba de forma brusca las tinieblas que envolvían al hijo de Daoguang.

A unos kilómetros apenas de la oficina del jefe Liang, un hombre acababa de entrar en la celda donde el prisionero permanecía encerrado sin ver la luz del día. Se trataba de un guardián que llevaba una antorcha en la mano. Como tenía por costumbre hacer cada vez que llevaba al cautivo el único bol de arroz del día, había dejado la puerta abierta y encajado la antorcha en una grieta del muro de piedra.

—¡Es hora de comer! —anunció a La Piedra de Luna, que ni siquiera le dirigió una mirada.

Aprovechando la luz, sumido en una extrema concentración, el hijo de Daoguang se precipitó sobre un grueso pincel de pelos de nutria que había en el suelo para hundirlo de inmediato en el cubo de agua del carcelero. Para calmar su angustia, se dedicaba siempre que podía a la caligrafía.

—¿Qué poema vas a escribir hoy? —le preguntó con tono sarcástico el hombre mientras comenzaba el vaivén del pincel, una extraña y flexible danza de milimétrica precisión bajo cuya desenvoltura se ocultaba un tremendo rigor que solo eran capaces de alcanzar los más excelsos escribas.

El hijo de Daoguang permaneció absorto en la contemplación de las primeras estrofas de la *Canción del techo de paja destrozado por el viento otoñal* del gran poeta Du Fu que acababa de trazar en el suelo con agua. Luego, sin preocuparse por la presencia del carcelero analfabeto que miraba con ojos desorbitados, se apresuró a leer en voz alta lo escrito con su efímera caligrafía.

En el octavo mes del año, a comienzos del otoño, con aullidos de cólera el viento ha enrollado sobre sí las tres capas del techo de paja de mi casa...

La paja se va volando hasta el otro lado del río y se extiende sobre la orilla...

De nuevo en el aire, se engancha en la copa de los árboles...

Después, se ve arrojada hacia abajo...

La lluvia cae como cáñamo que nunca se ha transformado en hilos...

Con una rodilla hincada en el suelo y la barbilla apoyada en la mano, en el falso y

vacilante día creado por la llama que se consumía despidiendo una chisporroteante humareda, La Piedra de Luna lo recitó con voz recia hasta tres veces. A la manera de un encantamiento, la incansable y repetida declamación de aquel poema, cuyas palabras saboreaba una por una como un delicado manjar, era la única actividad que lo serenaba y le apaciguaba el corazón desde que Espada Fulgurante lo mantenía preso en una noche perpetua.

Unos segundos después, los caracteres cursivos habían desaparecido ya del suelo de tierra apisonada.

—¿De qué sirven esas formas que se borran enseguida después de haberlas dibujado? —preguntó con una carcajada el carcelero.

La Piedra de Luna respiró hondo mientras secaba el pincel, antes de responder a aquel ignorante.

—¡Si hubieras aprendido a escribir las palabras como es debido, no harías esa clase de preguntas!

—Mis padres eran pobres. En casa, nadie sabía escribir.

—Mi padre era escribano público. Por su establecimiento pasaba toda clase de clientes, tanto pobres como ricos. ¡He visto a gente pobre que escribía de maravilla y a otros que nadaban en oro y no sabían ni sostener un pincel! —adujo con vehemencia La Piedra de Luna.

—¿En serio?

—¡Te lo juro! Te diré, incluso, que algunos pobres se han hecho ricos por obra y gracia tan solo de su pincel. ¡Si dibujas el carácter de la felicidad, el Fu^[92], la suerte te sonreirá! ¡Un hombre pobre que consiguió escribir Yu^[93] se volvió rico!

Al oír aquello, el guardián se acercó a él y pasó al lado alumbrado por el cerco de luz. Su cara, que el preso no había podido ver hasta entonces, apareció con expresión maravillada, exenta del menor atisbo de desprecio.

—Me habría gustado que alguien me enseñara a escribir. ¡Mi abuelo me repetía que si uno no es capaz de dominar el manejo de los símbolos, nunca llegará a nada en la vida! —confió con un suspiro el carcelero, adoptando un tono muy distinto que no dejó de apreciar, satisfecho, el joven calígrafo.

Considerando que había llegado el momento oportuno, el hijo de Daoguang lo miró con orgullo a los ojos.

—¡Tu abuelo era un verdadero sabio! ¡Estoy seguro de que, si yo te guiara la mano con la mía, lo harías muy bien! ¿Quieres probar? Podría ayudarte a escribir el carácter que quisieras...

Para que el carcelero aceptara su propuesta, era preciso tomarlo por sorpresa y atraerlo hacia un reluciente anzuelo de riqueza.

—Si el amo Espada Fulgurante se enterase, me castigaría...

—¿Y cómo quieres que lo sepa? ¡No seré yo quien se lo diga!

—Tienes razón. Además, se ha ido a la ciudad y no volverá en todo el día —reconoció el guardián, que ardía de ganas de probar.

La Piedra de Luna sacó del bolsillo un pequeño pincel y se lo tendió. Convencido de que representaba la llave de la fortuna, el hombre lo cogió con avidez.

El pez había picado.

—Te tienes que colocar delante de mí, para que pueda enseñarte cómo hay que hacer. Comenzaremos con este pincel pequeño.

El guardián se situó dócilmente delante de él.

—¡Agáchate! Vas a empaparlo de agua y después yo te rodearé la muñeca para conducir tu mano. Empezaremos escribiendo Tian.

—¿El cielo?

—¡Sí! Tian es fácil de dibujar. Cuando hayas conseguido trazar Tian, podremos pasar a Yu o a Fu...

En esa posición tenía el cuello del carcelero al alcance de las manos.

—Ahora que lo has escrito conmigo, vas a volver a empezar tú solo...

Mientras el alumno sacaba la lengua deseoso de aplicarse al máximo, el profesor le apretó con violencia el recio pincel de pelo de nutria contra la manzana de Adán al tiempo que le clavaba una rodilla en los riñones para luego tirar con un golpe seco el mango hacia atrás. Al primer crujido, cedió la presión, creyendo haber aplastado las vértebras cervicales de su víctima. Entonces se dio cuenta, al mirarse las manos, de que cada una sostenía un pedazo de mango, que este se había roto. Por suerte, el carcelero yacía aturdido en el suelo, con las piernas separadas. Cuando se puso a gatas para levantarse, La Piedra de Luna se colocó de un salto detrás de él. Enloquecido por el miedo, atento tan solo al instinto de supervivencia, se sacó a toda prisa del bolsillo el estuche de pinceles que le había regalado su padre y lo pegó contra el cuello de su adversario. Después, tiró con todas sus fuerzas y no paró hasta que vio brotar un chorro de sangre de la boca.

Mientras la antorcha despedía su última luz en la lúgubre penumbra, después de inclinarse sobre el cadáver y comprobar que no respiraba, el hijo de Daoguang huyó de su mazmorra.

Pese a que era la primera vez que privaba de vida a alguien, no experimentaba el menor remordimiento. Lo habían detenido de manera arbitraria y, puesto que se enfrentaba a una muerte segura, había actuado en legítima defensa.

Entonces, cual pájaro enjaulado que acababa de recobrar la libertad para volar, aspirando hasta embriagarse el aire puro de la selva, La Piedra de Luna echó a correr en medio de los bananos y las tecas, feliz por dejar atrás los miasmas de su siniestra celda, ansioso por abrazar a su amada Laura que iba a darle un hijo.

XXXVII

Shanghái
26 de agosto de 1847

Niggles, que no se había levantado todavía a causa de un intenso dolor de cabeza, oyó sonar la campanilla de la puerta de entrada. Unos instantes después, apareció la cara de Zhong el Discreto.

—¿Quién es?

—Creo que el señor se va a alegrar. El señor Antoine Vuibert desea ver al señor —respondió con voz melindrosa Zhong el Discreto.

—¡No es posible!

—¡Lo he instalado en el salón con una taza de té!

—¡Dile que bajo enseguida! —gritó el comerciante de opio saltando de la cama como un diablo de su caja.

¡De modo que su pequeño *baby face* estaba de regreso! A decir verdad, ya no creía que ello fuera posible, convencido, como estaba, de que el francés no había salido con vida del ataque del Dragón Rojo a manos de esa banda de piratas. Bien decían que nunca se podía estar seguro de nada. Repuesto y aliviado como si su ángel guardián le hubiera quitado un enorme peso del pecho, Jack se pasó el peine por el pelo a toda prisa y, tras mirarse en el espejo, satisfecho del resultado, cogió con precipitación un neceser de afeitado. De ninguna manera podía presentarse con una barba de tres días ante el hombre que no descartaba seducir...

Cuando llegó al salón, no sin antes haberse rociado supersticiosamente de agua de Colonia, comprobó con placer que *baby face* no tenía aspecto de haber quedado muy marcado por sus peripecias. Solo tenía la piel más morena que antes, cosa que, por otra parte, lo hacía más guapo y deseable. Al observarlo más de cerca, el inglés sintió que se derretía. Le encontraba incluso un lado «salvaje y felino» que no había advertido en él en las anteriores ocasiones y que acentuaba su encanto. Eufórico, atribuyó aquella nueva baza a la reciente aventura del joven, como si las pruebas que había padecido lo volvieran más atractivo aún.

—¡No sabe lo dichoso que estoy de volver a verle, mi querido Antoine! —lo saludó pletórico Niggles.

Notando que, bajo el efecto del deseo, se le aceleraba el ritmo cardíaco y se le hinchaba el sexo, se apresuró a cruzar las piernas.

—Vuelvo de lejos...

—¿Ah, sí? No me extraña. ¡Cuéntemelo, pues, sin demora!

—Con La Piedra de Luna, caímos en una emboscada de la que no creí poder salir...

—¡Más de dos meses sin tener noticias tuyas, reconocerá que tenía motivos para estar preocupado! —exclamo, casi en un arrullo, Niggles.

Después de exponer, bajo la mirada cada vez más maravillada de su anfitrión, las circunstancias de sus desventuras, rebullido en su asiento como si experimentara cierta incomodidad, el francés puso fin a su relato.

—Y para acabar, he faltado a mis clases para venir de Cantón a Shanghái, ¡con un rodeo por Shanghái!

—¡Vaya! ¡Habrá podido contemplar muchos paisajes!

—Gato escaldado, del agua huye —sentenció, torciendo el gesto, Antoine—. He preferido los pequeños caminos secundarios a fin de evitar las vías principales, con sus controles de policía. ¡Me he perdido más de una vez!

—Parece que le duela algo —musitó Niggles, que no había dejado de advertir las muecas de *baby face*.

—He estado montado en una mula durante ocho días y con un tiempo muy húmedo. La silla me ha provocado clavos...

—¿Clavos, dice?

—Sí..., forúnculos si lo prefiere...

—¡Lo importante es que ahora esté aquí, delante de mí, sano y salvo, mi querido Antoine! —murmuró Niggles casi a punto de saltar sobre una presa tan atractiva a la que con gusto hubiera aplicado una pomada cicatrizante en las nalgas antes de besarlo con glotonería en la boca.

Al cabo de unos instantes de silencio, el francés acabó formulando la pregunta que le ardía en los labios desde que había entrado en el salón del comerciante de opio.

—Y dígame, señor Niggles, ¿qué fue de esa joven inglesa..., Laura Clearstone?

Aquella pregunta produjo en Jack Niggles el mismo efecto que una puñalada en el corazón.

—¡No sé nada de nada! —contestó con cansancio, al tiempo que miraba con ademán desesperado a *baby face*—. Después de haber remado como locos, naufragamos en la orilla. En cuanto puso un pie en la orilla, quiso volver a irse a toda costa a casa de ese pastor que la alojaba, donde la esperaba su hermano. Desde entonces, no he tenido ninguna noticia. Si quiere que le diga, no creo que nadie pueda obligar a hacer lo que no quiere a esa Laura Clearstone.

—Por lo que tengo entendido, su hermano menor dependía solo de ella...

—Yo, la verdad, no siento gran inquietud por ella. Esa joven no es de las que soportan las cosas sin reaccionar. ¡Tiene las ideas muy claras!

—En eso comparto su opinión —acordó Antoine, que a ese respecto guardaba un recuerdo un tanto mortificante de las palabras con que lo había rechazado Laura.

Decidido a llevar a término su ofensiva, Niggles prosiguió, como si nada, la conversación.

—Pero hábleme un poco de su estancia en la guarida de esos piratas. A juzgar por su presencia aquí, pese a los horrores que ha tenido que sufrir, la cosa no terminó tan

mal, ¿no?

—Tuve suerte, sobre todo. ¡En principio, no debía haber salido tan indemne de ese trance!

—Espero que no me guarde resentimiento —susurró el comerciante de opio al tiempo que tendía a su interlocutor un plato con pastillas de menta.

Poco amante de los caramelos, Antoine rehusó con un educado gesto, mientras Niggles se metió dos de golpe a la boca, por si acaso *baby face* acababa sucumbiendo a sus encantos.

—¿Y por qué debería guardárselo? ¡Usted no tiene ninguna culpa de lo que me ocurrió! —disintió Antoine.

—Es muy amable viéndolo así. Fui yo quien insistió en llevarlo a Shanghái...

—Con usted o con otra persona, habría ido de todas formas. Me había entusiasmado el proyecto de asociarme con usted en el comercio de antigüedades...

—Alude a ello en pasado. ¿Debo entender que ya no tiene intención de asociarse conmigo, señor Vuibert? —inquirió, envarándose, Niggles.

—Todavía me apetece hacerlo, señor mío. ¡No crea que me hizo cambiar de idea nuestra desatinada tentativa en casa de aquel obtuso anticuario!

Cuando el director de la filial de Jardine & Matheson en China oyó aquello, inhaló a un tiempo una bocanada de esperanza que fue a posársele en el corazón. Tal vez no todo estaba perdido con *baby face*...

—Es usted adorable, muy ecuánime, un verdadero caballero, mi querido Antoine.

—¡Es muy amable de su parte..., Jack!

Niggles estaba que no cabía de contento, porque al fin lo había llamado por su nombre.

—¿Quiere probar mi *whisky* añejo? Es excelente.

—¡De acuerdo!

Después de tomar un trago, el francés carraspeó antes de volver a tomar la palabra.

—En realidad, Jack, si he considerado conveniente venir a verlo, ha sido también para ponerlo al corriente de algo que pudiera ser de su interés.

El inglés suspiró con alborozo: ¡no era solo para recabar noticias de Laura Clearstone por lo que había venido *baby face*!

—¡Lo escucho, mi querido Antoine!

—La misión que me había encomendado el jefe de los piratas guardaba cierta relación con su empresa.

A Niggles le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué quiere decir?

—Espada Fulgurante estaba convencido de que yo era inglés y...

Aferrado a su fantasma de seducción, Niggles no le dejó terminar la frase.

—¡Sin ánimo de adularlo, le aseguro que parece un inglés de pura cepa! —exclamó con voz alta, casi chillona—. Es ligerísimo el acento galo con que habla

nuestra lengua. Tiene la piel blanca y la tez clara...

Elevando un poco la voz a su vez, Antoine se decidió a atajar aquella descripción que se presentaba un tanto ditirámica.

—De hecho, ese pirata exigía de mí que realizara las diligencias de aduana de las mercancías depositadas en uno de sus almacenes de Cantón —informó con seriedad.

—¡Pero eso es rigurosamente imposible! —contestó, indignado y pálido como la cera, Jack—. Toda mercancía que entra o sale de nuestros almacenes tiene que ir obligatoriamente acompañada de un certificado en el que conste su origen y destino. ¡Todo, absolutamente todo lo que transita por nuestros locales está sometido a controles sistemáticos! ¡Cualquier paso por la aduana se efectúa bajo mi autoridad directa!

La susceptibilidad de Niggles se hallaba a flor de piel. ¿De dónde se habría sacado aquello Antoine? No lograba determinar si se trataba de malévolas insinuaciones destinadas a criticar la eficacia y la calidad de los sistemas de control internos de su empresa o si se basaba en elementos tangibles.

—¡No me invento nada! ¿Por qué iba a venir a contarle algo así? Yo también encuentro deplorable esta situación.

Niggles escrutó la mirada de *baby face*. Parecía totalmente sincero. Aparte, era cierto que el reglamento de Jardine & Matheson estipulaba que solo un apoderado de nacionalidad inglesa podía firmar las órdenes de salida de las mercancías depositadas en los almacenes. Aquello encajaba perfectamente con el hecho de que el jefe de los piratas lo hubiera tomado por un inglés. Debía de haber alguna vía de escape en el seno de la filial.

—¿Y cómo logró sustraerse a este..., digamos..., eh..., sorprendente..., eh..., encargo? —susurró, abrumado.

Con voz impregnada de emoción, Antoine le relató el ataque al consulado británico.

—Tuve mucha suerte, Jack —reiteró al final—. Si la policía imperial no hubiera intervenido, no me encontraría ahora aquí y el pillaje de sus existencias proseguiría igual que antes.

—Los infiltrados cumplen, a veces, una función útil —comentó Niggles en voz baja, como hablando para sí.

—En efecto —convino Antoine Vuibert—. Aunque le dé un disgusto poniéndolo al corriente de estas anomalías, consideré que era mi deber avisarlo.

—¡Ha hecho muy bien, querido amigo, informándome de esta inquietante situación! ¡Nunca podré agradecerse bastante! —aseguró Niggles con un temblor en la voz.

—¡No hay de qué!

—¡Y puesto que un hombre precavido vale por dos, no me queda más que trasladarme a Cantón para desentrañar este asunto! —anunció el comerciante de opio con un mohín de contrariedad.

—Ya se sabe, Jack, que por todas partes hay personas poco honradas...

—¡Sobre todo en este dichoso país! ¡De cada diez chinos, nueve y medio son unos bribones..., carne potencial de horca! —espetó enfurecido el inglés, golpeando el suelo con el pie.

—Cuando los pobres son demasiado numerosos, la riqueza atiza más las apetencias...

—La pobreza nunca ha sido excusa para la falta de honradez. ¡Si viera cómo se comporta la gran mayoría de sus descendientes, el desdichado Confucio se removería en su tumba!

Antoine, cuya opinión sobre la cuestión difería mucho de la de Niggles, prefirió no responder.

Los acontecimientos que acababa de vivir habían transformado su visión de la sociedad china. Esta se veía sometida a unas fortísimas tensiones, generadoras de unas líneas de fractura que hacían prever devastadores seísmos. En aquel país donde todo parecía listo y el respeto de los rituales era moneda común, las relaciones entre la gente podían pasar de un minuto a otro de la indiferencia a la más extrema violencia. Las hambrunas endémicas, los estragos del opio, la decadencia del Estado manchú, la corrupción de los funcionarios, jueces y policías incluidos, la altanería de los mandarines de origen Han, el analfabetismo de las masas, las epidemias recurrentes capaces de diezmar cientos de miles de personas, las crecidas devastadoras de los canales y ríos cuyos márgenes sufrían de una falta de mantenimiento prolongada durante lustros, la sequía que reducía a casi nada las cosechas debido al pésimo estado de conservación de los sistemas de riego que databan en su mayoría de la época de la dinastía Song, la deplorable situación de la mujer china, simbolizada por la tragedia de pies destrozados, reducida a la condición de pobre esclava doméstica al servicio del varón, el incalculable número de niñas asesinadas por sus padres por ser bocas inútiles que alimentar, puesto que estaban destinadas a pertenecer a la familia de su marido y, para acabar, ante todo, el escaso valor que se concedía a la vida humana con aquella masa de población que parecía una inextinguible reserva..., una suma de elementos que, al parecer de Antoine, conformaban una explosiva mezcla capaz de estallar al contacto de la más mínima chispa.

Sin ganas de enzarzarse en un pulso verbal con su anfitrión, el francés optó, no obstante, por cambiar de tema.

—¡Imagínese que todavía no he tenido ninguna noticia de la llegada del señor De Montigny! El ministro de Asuntos Extranjeros sigue sin dar señales de vida.

—Debería estar contento con ello, querido. Mientras tanto, está libre como un pájaro y puede hacer lo que quiera. ¡Si supiera cómo lo envidio! —declaró Niggles, volviendo a adoptar un tono zalamero.

—Me agrada esa manera que tiene de tomar las cosas por el lado bueno —dijo Antoine con neutralidad.

Incapaz de contenerse más tiempo y tomando al pie de la letra el cumplido, el inglés decidió jugárselo todo.

—Tengo que confesarle algo, mi querido Antoine.

—¿De qué se trata? —inquirió este, sin sospechar ni por asomo la declaración que iba a oír.

—Usted me gusta mucho. En realidad..., eh..., creo que estoy un poco enamorado de usted.

El aprendiz de diplomático, que acababa de caer de las nubes, estaba demasiado pasmado para articular respuesta alguna. Desde que conocía a Niggles, no había detectado el menor atisbo de homosexualidad en él. De improviso, se acordó del fétido aliento de Firuz, el horrible individuo que había estado a punto de violarlo en el Colibri de Alejandría, y una vaga sensación de náuseas se apoderó de él.

—No contesta nada. ¿Tanto le sorprende, pues, lo que le acabo de decir? —añadió el inglés con una melindrosa actitud que Antoine encontró patética y ridícula.

—¡La verdad es que no me había dado cuenta, señor Niggles!

Transcurrieron varios minutos, durante los cuales Antoine lo estuvo observando con desapego y hostilidad a la vez, dispuesto a descargarle un puñetazo en la cara en caso de que se propasara con algún gesto. Presa de pánico, el inglés tomaba conciencia de que había metido la pata.

—Es que no soy muy buen comunicador. Ahora que me he quitado la máscara, disipe, por favor, mis dudas exponiendo su reacción. ¿Siente algo con respecto a mí?

—Asombro, señor Niggles... —repuso el francés, después de tragar de saliva—. Y para serle sincero, cierta piedad...

—¿No me ama? ¡Sepa que yo me enamoré perdidamente de usted desde la primera vez que lo vi! —gimió el comerciante de opio.

—No es ese mi caso.

El inglés exhaló un implorante suspiro de desesperación antes de abatir la cabeza. Hundiéndola entre las manos, estalló en sollozos.

—Señor Niggles, yo no tengo nada contra usted, pero, puesto que nunca he sido invertido, no veo a santo de qué iba a volverme así.

¡Invertido! ¡Ahora el francés había empleado esa palabra casi obscena que usaban para designar la homosexualidad aquellos que la consideraban como una tara!

Niggles tenía la cara desfigurada por el sufrimiento. Se había hecho ilusiones y, para colmo, lo había echado a perder todo entre él y Antoine. Nunca dejaría de ser un incomprendido.

El francés se levantó y se dispuso a tenderle la mano.

—¿Sabe una cosa, Antoine? —exclamó con voz trémula Niggles.

Ignorante de adonde quería ir a parar el mercader de opio, el francés enarcó las cejas y lo miró con expresión desengañada e interrogativa a la vez.

—¿Sabe una cosa? —reiteró, con tez cenicienta, el inglés.

—No...

—¡Váyase al infierno!

Antoine se había ido ya cuando el representante de Jardine & Matheson de China fue a buscar la más espléndida sobera de su servicio de la Compañía de las Indias para arrojarla con violencia al suelo, donde se dispersó en mil fragmentos. Poco después apareció Zhong.

—¿El señor quiere que limpie? —preguntó con voz almibarada, satisfecho de ver alejarse a un peligroso rival.

Desplomado en su sillón como un guiñapo, este no respondió. Lo obsesionaba el recuerdo de *baby face* y la certeza de que no volvería a verlo más.

XXXVIII

Cantón
30 de agosto de 1847

—¡Lo mejor sería que fuéramos ahora mismo a casa de ese pastor! ¡Pronto el sol alcanzará su cénit! ¡Ninguna flor permanece roja cien días seguidos^[94]! —gimió el viejo eunuco, que había vomitado copiosamente cuanto contenía su estómago.

Con el terrible gusto amargo de la bilis en la garganta, Siempre Aquí se sentía desfallecer.

—¡Ya veréis como se os pasa pronto! A mí también me dan náuseas muchas veces cuando no he dormido bien. ¡Después del dolor, el placer es aún más intenso! En cuanto a ese pastor americano, no iremos a llamar a su puerta —musitó Wang el Afortunado con una gran sonrisa.

El informante había convencido sin dificultad al anciano castrado para que fueran a ese fumadero donde habían pasado la noche. Le había dado alcance en la calle, después de que abandonara la comisaría.

—Mañana, si queréis, puedo llevaros a casa del señor Roberts —le había propuesto.

El viejo confidente del emperador Daoguang había aceptado de inmediato, por supuesto. Luego, viendo que no sabía muy bien dónde pasar la velada, le había propuesto ir a fumar opio. Al principio, el eunuco había declinado la invitación con cara de alarma. Nunca había probado la droga y no era cuestión de empezar a su edad. El otro, sometido todavía a la presión de la insistencia, no había cejado.

—¿Qué os lo impide? —insistió—. ¡En este fumadero sirven un opio de excelente calidad y a un precio módico, sobre todo para los nuevos clientes!

Wang señalaba un atractivo cartel que prometía un sustancioso descuento a los consumidores que entraban por primera vez en el Diez Mil Cielos.

—¡No es una cuestión de dinero! Tengo los bolsillos repletos.

La confianza, que no había caído en saco roto, no hizo más que acentuar el celo del informante para vencer la resistencia del eunuco.

—¿Por qué no caer en la tentación? ¡Pasaréis un momento magnífico durante el cual se esfumarán de manera milagrosa todas vuestras preocupaciones!

Pese a que no eran precisamente los contratiempos lo que le faltaban, Siempre Aquí se hizo de rogar aún. Eran pocos los eunucos que tomaban opio, ya que sabían que la droga socavaba las dotes manipuladoras de las personas.

—Comencemos, pues, yendo a casa de ese americano. ¡Las cosas se arreglarían mucho si consiguiera localizar a La Piedra de Luna!

—Roberts solo está disponible por la mañana. Después se va a la ciudad para

sermonear a las multitudes y exhortarlas a convertirse a Dios.

—Da igual. ¡No cuesta nada probar!

—Mañana es jueves. ¡Con un poco de suerte, nos toparemos de frente con La Piedra de Luna! ¡Ese es el día en que va a casa de Roberts!

Había hablado con tono tan perentorio que, cansado de discutir y agotado por la penosa sesión en la oficina de Liang, Siempre Aquí acabó por dejarse llevar hasta el Diez Mil Cielos. Con el dinero del eunuco, Wang alquiló un pequeño compartimento revestido de seda negra y espejos en cuya litera había instalado a este. Cuando regresó al cabo de unos minutos provisto con el material para el opio, había encontrado al anciano profundamente dormido en su almohada de porcelana. Poniendo buen cuidado en no despertarlo, había pasado la noche entregado a su vicio, hasta que de madrugada el castrado acabó por despertarse, extrañado de encontrarse allí. Entonces, sin ningún preámbulo, el toxicómano le había metido el tubo de su pipa en la boca y le había indicado que aspirase a fondo, cosa que le había provocado aquellas terribles náuseas. Unos instantes después, había empezado a vomitar. El olor se había vuelto sofocante en el compartimento.

—Es que... yo nunca he consumido opio —acabó por confesar Siempre Aquí con la mano en el vientre, antes de reanudar sus gemidos.

El infiltrado se mordió los labios. Había enfocado mal la jugada. Las personas que probaban por primera vez las sustancias opiáceas, y más aún las de edad avanzada, soportaban mal la absorción de varias dosis consecutivas, ya que podía llevar a provocarles embolias cardíacas. ¡Lástima no haberlo recordado! En realidad le hubiera bastado con hacer aspirar varias caladas seguidas a Siempre Aquí para meterlo en el saco. Así lo habría desplumado en un abrir y cerrar de ojos para después esfumarse.

Aunque tampoco era demasiado tarde para intentarlo, se dijo Wang observando al anciano, tendido con la inmovilidad de una momia en su sarcófago.

—Volved a probar aspirando de forma más suave. ¡Luego, os sentiréis mejor! Lo que no es bueno es parar después de una única aspiración... —explicó Wang a su víctima, tratando de encajarle el fino tubo entre los labios morados y apretados.

—¿Estás seguro de que este hombre se encuentra bien? —inquirió un camarero que acababa de asomarse al compartimento, alertado por los gemidos de Siempre Aquí.

—Deja que yo me ocupe de mi amigo. ¡No es la primera vez que lo acompaño al fumadero!

Wang tapó la nariz a su víctima para obligarla a abrir la boca. El eunuco emitió un estertor cuando, con brutal gesto, logró introducirle la pipa hasta la garganta. Un enorme espasmo recorrió el viejo cuerpo adiposo de la cabeza a los pies. Del estómago, ya vacío, salieron solo los jugos gástricos. Los ojos en blanco no reaccionaban a las engañosas señales de su verdugo, que le daba golpecitos en las mejillas.

—Aspirad esto, aspirad... —murmuraba—. El opio cura todos los males internos.

—Yo no estoy tan seguro —consiguió articular, agotado, el eunuco.

De improviso, la cara de Elevación Paradójica se le apareció, riendo como el dios de las tempestades cuando engulle a los navíos. Se incorporó, loco de rabia, intentando propinarle un puñetazo que cayó en el vacío. Wang lo obligó a acostarse. El eunuco tenía los ojos desencajados de las órbitas, mientras, con la boca anhelante, buscaba afanosamente aire. Unos instantes después, en la penumbra del compartimento, se presentó un lúgubre personaje que se inclinó por encima del hombro de Wang.

—¡El jefe quiere verte! —le indicó el camarero, exhalando un fétido aliento que lo obligó a volver la cabeza.

—¿Qué quiere de mí?

—No sé nada. ¡Acompáñame!

Wang así lo hizo.

—¡Hay que pagar de inmediato lo que has consumido esta noche, aparte de la nueva dosis de tu amigo! ¡La casa no fía! —le recordó el patrono, un hombrecillo de mirada implacable que hacía saltar los dedos manipulando un ábaco.

—¡Mi amigo está forrado de dinero! —afirmó el infiltrado.

—¡En ese caso, date prisa en hacerlo cambiar de mano!

Cuando Wang el Afortunado regresó a toda prisa al lado del segundo secretario del emperador Daoguang, por la fijeza de su mirada y el tono cerúleo de la cara, supo que este acababa de expirar. Entonces, el opiómano se precipitó con febrilidad sobre el cadáver y se puso a palpar los bolsillos de la túnica con bordados de animales benéficos que desaparecían bajo los vómitos. Cuando acabó por encontrar lo que buscaba, el carroñero tomó con avidez la bolsa de seda donde Siempre Aquí guardaba sus ahorros. Con igual avidez, comenzó a contar los *liang*. Había más de cincuenta monedas de oro, de plata y de cobre atadas entre sí con un cordel ensartado en su centro. ¡Qué hermosa era la vida! Cai Shen, el dios de la Suerte que la gente recibía en su casa la noche de Año Nuevo para luego abstenerse de barrer durante dos días a fin de no hacer salir su influencia, le sonreía de nuevo después de un largo eclipse: ¡después de sufragar la factura del eunuco, a Wang el Afortunado le quedaría capital suficiente para costearse al menos una treintena de dosis en los mejores fumaderos de la ciudad!

XXXIX

Shanghái

3 de septiembre de 1847

Disciplinado como un cadáver... Estaba a punto de caer la noche y Freitas, que caminaba despacio evitando los charcos de barro que las lluvias habían dejado en los socavones de la calle, con cuidado para no torcerse el tobillo, no paraba de pensar en la fórmula que todo jesuita debía pronunciar cuando hacía votos de obediencia absoluta a su orden y a su dirigente supremo, el Papa Negro.

Disciplinado como un cadáver...

Aquellas terribles palabras que entrechocaban dentro de su cabeza igual que unos huesecillos ilustraban bien el grado de sumisión al que se había comprometido Freitas al profesar sus votos de soldado de Cristo. Todo miembro de la Compañía de Jesús debía prestar obediencia absoluta a su superior. Negarse a obedecer equivalía a traicionar a la institución a la que se había aceptado entregar todo y demostrar, ante todo, un individualismo fuera de lugar. El soldado de la Iglesia estaba al servicio exclusivo de su ejército de élite. Para quien pretendiera cultivar su diferencia, no era juicioso ir a llamar a la puerta de los jesuitas.

El portugués, que llevaba varios meses atormentado por negros pensamientos, advirtió que tenía el bajo de la sotana manchado con blanquecinas salpicaduras de barro seco. Al igual, más o menos, que su alma, que estaba mancillada con horrendas manchas negras, se dijo con pesar. El jesuita se estremeció maquinalmente al pensar en aquella alma de pecador que quizá no hallaría la salvación. Cuando los remordimientos lo aferraban por la garganta, Diogo de Freitas Branco, que tenía tendencias ciclotímicas, se veía a merced de la terrible ira de Dios. ¡Había pecado, y el pecador no arrepentido iba a parar al infierno! Así estaba escrito con todas las letras en la Biblia..., y también, aunque fuera en filigrana, en los Evangelios.

Cuando estaba cansado, al portugués siempre se le bajaba la moral. Ese día tenía motivos de sobra para estar agotado: se había pasado tres largas horas de espera en la recalentada sala de la Oficina de Formalidades Silenciosas. No era una gestión baladí cualquiera el tener que aguardar a que un altivo mandarín se dignara tomar conciencia «en silencio» —puesto que en eso consistía el trámite— de los múltiples papeles que esperaban a presentar cada año los narigudos a las autoridades municipales de Shanghái cuando hacían profesión, tal como lo estipulaba el reglamento, de «ideas nuevas en lugares abiertos al público», como era el caso de los padres jesuitas. Para acabar de arreglar las cosas, le había tocado un funcionario puntilloso, desconfiado hasta el extremo, xenófobo y nacionalista, que lo había exasperado con una multitud de preguntas inquisitoriales y estúpidas. Procurando

mantener la calma, Diogo de Freitas Branco había precisado la identidad de todos sus compañeros: los franceses Anselmy, Jaccard y De Moustiers, siempre dispuestos a distribuir dinero a los pobres pese a que las arcas de la comunidad estaban vacías; los italianos Frigerio e Indagini, más realistas, pero preocupados ante todo por cuestiones litúrgicas y teológicas que no interesaban a nadie más; el holandés Van Houten, el único que demostraba un verdadero pragmatismo con el refectorio que había abierto, en el que daba de comer cada día a cientos de indigentes; el alemán Von Furstenberg, compositor de música sagrada y virtuoso del órgano, pero condenado a practicar las gamas encima de la mesa del comedor, habida cuenta de que no era posible transportar ese instrumento, sin olvidar a su compatriota Manoel Goes e Fonseca, encargado de la vigilancia de los bienes de la comunidad y que suscitaba en él una inmensa desconfianza porque era un astuto fisgón, muy capaz de descubrir en cualquier momento el secreto que había que mantener oculto a todo precio... En su afán investigador, el obtuso mandarín había llegado incluso a interrogarle sobre la percepción que tenía de Confucio y del Hijo del Cielo, lo que había obligado al portugués a enzarzarse en una lamentable defensa e ilustración del respeto que sentía por el maestro Kong.

A Freitas, que había permanecido de pie durante toda la entrevista, le había dado dolor de espalda.

Ya a la vista de la capilla de la comunidad jesuita y de su presbiterio, se adentró por un callejón, desapareciendo rápidamente en la penumbra. No quería que lo vieran y Fonseca pasaba la mayor parte del tiempo acodado al balcón situado encima de la entrada del edificio comunitario, escrutando las idas y venidas de sus «hermanos en Cristo».

Freitas tenía el sentido del deber prendido al cuerpo, aun cuando este fuera híbrido, provisto de una doble cara: la de jesuita, por supuesto, pero también la de un aventurero con ciertos visos de tunante. Es incluso posible afirmar, sin tergiversar la compleja realidad del personaje, que su incapacidad para sustraerse a sus obligaciones eclesiásticas era también lo que lo impulsaba a franquear de vez en cuando la barrera prohibida. Entonces, pasaba del papel de celoso defensor de su causa religiosa al de un ser marginal al que los azares de la existencia habían conducido a extremos bastante turbios.

Esa noche tenía cita con una niña de apenas dos años y, si procuraba por todos los medios que nadie se enterara, era porque se trataba de su propia hija. La niña no se encontraba bien desde hacía unos días. Ardía de fiebre y tenía la piel cubierta de horribles manchas. Cuando abrió la puerta de una casucha casi en ruinas, Castaña de Agua la tenía en brazos, tratando de darle el pecho.

—¿Cómo está María Flor? —inquirió Freitas con cara de preocupación.

Por primera vez, su hija se enfrentaba al terrible trance de la enfermedad. Normalmente, Diogo de Freitas Branco sentía que se derretía en cuanto la veía, pero esa noche la angustia le oprimía el corazón.

—Nuestra pequeña Rosa Eminente no ha mejorado.

Castaña de Agua y Diogo de Freitas habían optado por dar un doble nombre al fruto de su unión. Para su padre, era María Flor y para su madre, Rosa Eminente.

—¿No le ha bajado la fiebre? —preguntó apabullado el padre, después de posarle la mano en la frente.

—¡Hace un rato que me esfuerzo por darle el pecho, pero ella no quiere tomar nada! Tengo tanto miedo de que su aliento no pueda subir ni bajar^[95]... —gimió la madre con pálido y demacrado semblante.

—¿Ha venido el médico? —preguntó el jesuita con voz atenazada por la inquietud.

—Sí. De hecho, como no tenía con qué pagarlo, volverá a pasar más tarde.

Freitas sacó unos *liang* del bolsillo y se los entregó a su mujer antes de tomar a la pequeña en brazos. Cada vez que realizaba ese gesto, volvía a evocar el extraño momento decisivo, terrible y mágico a la vez, en que conoció a Castaña de Agua.

El encuentro se había producido tres años atrás, en el inicio del segundo año de su estancia en Shanghái. Entonces, él daba los últimos toques al taller de producción de ornamentos litúrgicos, un proyecto que seguía suscitando las burlas de la mayoría de sus compañeros, que lo consideraban una empresa estafalaria que no llegaría a tomar cuerpo. Consciente de las miradas que estaban puestas en él, Freitas se puso a buscar obreras bordadoras capaces de asumir la fabricación de sus casullas y estolas, para lo cual recurrió al vivero de la manufactura imperial de sedas. Con el fin de captar a las mejores, les había propuesto una cantidad que doblaba su sueldo allí. Entre la marea de candidatos de ambos sexos atraídos por tamaña bicoca, había visto llegar a una joven de una fulgurante belleza que no alcanzaba a eclipsar su diáfana tez, indicio de una malnutrición crónica. El perfecto óvalo de su rostro de prominentes pómulos y nariz ligeramente respingona recordaba los retratos de madonas del Renacimiento.

El flechazo fue instantáneo.

Castaña de Agua provenía de un pueblo de mercaderes ambulantes de Asia central consagrado al comercio de la seda y los metales preciosos, que practicaban desde hacía miles de años. El advenimiento de la dinastía mongol, muy hostil a la importación a territorio chino de todo cuanto podía recordar sus orígenes nómadas, los había obligado a renunciar a aquella actividad para instalarse en la provincia de Zhejiang. Aquel sedentarismo forzado había hundido en la miseria a aquellos transmisores de cultura gracias a los cuales el budismo hindú se había propagado en China. La mayoría de ellos se habían convertido en obreros de las sederías imperiales.

Subyugado por su belleza, Freitas no sabía cómo acercarse a ella.

—Dicen que busca personas capaces de bordar bien la seda —le preguntó entonces ella, intimidada.

—¡Así es! —confirmó, turbado, el jesuita, con un nudo en la garganta.

—Mi familia trabaja desde hace varias generaciones en las manufacturas

imperiales de seda. Yo misma gané el último concurso de bordado. Pero la dirección ha dejado de pagar el sueldo a los obreros. Mis padres son mayores y solo me tienen a mí para llevarles comida a casa. Mis hermanos se fueron a la guerra.

Freitas contrató de inmediato a Castaña de Agua, y no lo lamentó porque esta resultó ser, con diferencia, su mejor trabajadora. Bajo sus manos de hada, los brocados y las tallas se cargaban de estilizadas figuras y dibujos donde se mezclaban los motivos chinos con los símbolos cristianos. El resultado era asombroso. Freitas ofrecía a la joven modelos de ornamentos de casullas y estolas que ella podía adaptar a su gusto, añadiendo, por ejemplo, una máscara de dragón a las alas de los ángeles o flores de loto a la cruz de Cristo. Las quimeras, las aves fénix, los pájaros de buen agüero con cresta roja^[96] y las carpas de cien años poblaban unos ornamentos litúrgicos que comenzaban a llevar ya algunos cardenales de la curia romana.

Una noche en que había ido al taller para recibir un importante envío de sedas, se encontró a solas con la hermosa obrera, que acababa de coser una espléndida estola violeta. Freitas, que desde su ordenación se había abstenido de todo contacto sexual, no había conocido hasta entonces más que las relaciones furtivas pagadas con unas míseras monedas a las viejas prostitutas de Lisboa. La joven bordadora se le presentaba por ello aún más atractiva.

—¿Qué haces aquí? ¡No son horas para estar trabajando todavía! —le había señalado con tono jovial.

—Me gusta lo que hago. Mientras no haya acabado mi trabajo, me quedaré en el taller.

En la estola violeta que tenía extendida delante aparecían ya, bordadas con hilo de plata, las figuras de los doce apóstoles en medio de unos incensarios colgados de estilizadas nubes.

—¡De todas mis obreras, eres la que mejor borda! Me gusta la manera que tienes de mezclar esos motivos decorativos chinos con los santos personajes de nuestros Evangelios.

—¡Ha sido gracias a vos, padre Freitas, que me honrasteis con vuestra confianza aceptando contratarme! Yo solo hago lo que se me ocurre...

—¡Eres modesta! Es una buena cualidad. Me agradan las personas modestas —comentó con atropello al tiempo que se acercaba a ella.

—Sin vos, hoy no sería más que una pobre mendiga.

Desconcertado por tanta franqueza, el portugués percibía el tenue olor almizclado del perfume que se aplicaba Castaña de Agua en la larga y brillante cabellera negra que llevaba recogida en un impecable moño. Le cogió la mano y enseguida ella la apretó. Sin la menor turbación, correspondió a su gesto. Aquella inverosímil actitud tenía su explicación: la joven china ignoraba que los jesuitas hacían voto de castidad. El portugués había comenzado acariciándole el pelo y después las mejillas. Espontáneamente, la hermosa obrera había inclinado la cabeza en su hombro. Después, se habían besado en la penumbra del taller, silencioso y desierto.

Diogo de Freitas Branco, que era lo bastante lúcido para comprobar que sus fieles se interesaban más por lo que los jesuitas podían ayudarles a llevar al puchero que por el aprendizaje de los Evangelios, padecía por su soledad y también por lo vano de sus tareas apostólicas. La labor continuada en un contexto de indiferencia y miseria acaba por desgastar hasta a los hombres más aguerridos. El soldado de Dios había aceptado, pues, el reposo del guerrero y, al día siguiente, los dos amantes se habían vuelto a reunir a solas en el taller.

Diez meses más tarde, había nacido su hija. El padre la había bautizado instantes después de que saliera del vientre de su madre, agotada todavía por el esfuerzo del parto. Para Freitas, que mantenía la fe marcada en el cuerpo, habría sido inconcebible no administrarle el sacramento del bautismo.

—¡Que el Dios Todopoderoso te bendiga, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo! —había murmurado, trazando la señal de la cruz en la frente de la adorable y mofletuda pequeña cuyo azulado y sanguinolento cuerpo acababan de sacar de la matriz de su progenitora las manos expertas de una comadrona.

Al cabo de unos meses, Diogo tuvo que explicar, acongojado, a Castaña de Agua que la Iglesia católica no aceptaba que sus sacerdotes se casaran.

—¿Eso significa que Rosa Eminente nunca podrá salir a la calle con su padre? —replicó, indignada.

—En Shanghái no va a ser posible. Aquí yo soy un sacerdote. Si mis superiores se enteraran de que soy el padre de esta niña, me quedaría sin empleo.

La bella bordadora se echó a llorar al ver cómo se venían abajo sus ilusiones.

—¿Por qué no nos vamos? ¡No querría que nuestra hija nunca pueda mostrarse en compañía de su padre!

Fue entonces cuando germinó en el tortuoso espíritu del jesuita la idea de enviar a su mujer y a su hija a Europa.

—Te lo juro, querida. Te irás de aquí con la niña. Irás a vivir a una ciudad europea. Nuestra hija recibirá una buena educación. Aprenderá a leer, a escribir y seguirá con sus estudios. ¡Quizá llegue a ser médico! ¿Quién sabe?

—Vendrás conmigo, ¿verdad?

—Yo me reuniré después con vosotras, en cuanto termine mi misión en China.

Se trataba de una mentira piadosa. Freitas no tenía la menor idea de lo que iba a ser de él. Dividido entre el deseo de expiar su pecado, cosa que implicaba permanecer fiel a la Compañía de Jesús, y el de fundar una familia, que implicaba abandonar el ejército de Dios, se negaba a elegir y había decidido dejar que fuera Dios quien zanjara la cuestión.

—¿Iré en barco? —preguntó la joven, que nunca había salido de Shanghái.

—¡Por supuesto!

—¿Y cómo voy a pagar al capitán? ¡Dicen que la travesía del gran mar vale una fortuna!

—Teniendo en cuenta lo que he hecho por él, el señor Niggles no podrá rehusarme el favor de aceptarte a bordo de uno de sus barcos.

—Me da miedo el mar..., me dan miedo las inmensas olas... ¡No me quiero ir sin ti! Y una vez que esté allí, ¿cómo voy a alimentar a la niña? ¡Se necesitará dinero y yo lo único que sé hacer es bordar!

—Estoy a punto de vender a los narigudos de un país llamado Francia un hermoso terreno para que instalen un palacio en él. La Compañía va a ganar mucho dinero. ¡Solo tendré que guardar una pequeña parte!

—¡No sé dónde está Francia!

—¡Es un país situado al otro lado del mar!

Castaña de Agua, que no poseía noción alguna de geografía puesto que no sabía leer ni escribir, lo miró con asombro y temor.

—¿Vendrás a reunirme conmigo al otro lado del mar?

Como no quería mentir a la mujer que le había dado una hija, se limitó a besarla en la frente a modo de respuesta.

Diogo de Freitas Branco acarició la frente de María Flor, que emitía ahora unos quedos gemidos. El calor de su cuerpo ardiente se irradiaba hasta el pecho del portugués. Después de un hipido seguido de un largo espasmo, la pequeña comenzó a chillar, obligándolo a devolverla a su madre.

—¿Estás segura de que ese médico es competente? Me parece que tiene demasiada fiebre —apuntó con inquietud, mientras se enjugaba la frente.

—¡Es un hombre de oficio! Él trata a la gente del barrio. Le dará el polvo adecuado y las llamas del fuego interno bajarán.

Tanteó la muñeca de la niña y, notando la prominencia de los huesos, le levantó la manga de la camisa.

—Lo necesita, y mucho. Creo que ha adelgazado mucho. Está ligera como una pluma.

—¿Sí? ¡Yo no lo he notado!

Por pura protección mental, Castaña de Agua no veía la degradación de su hija.

—Fíjate en esas marcas azules en los brazos... Han anunciado epidemias de peste en el sur de Zhejiang. Es una enfermedad que se propaga deprisa, como el agua de un río desbordado —musitó Freitas con expresión sombría.

—¿La peste?

Era evidente que la joven desconocía el significado de aquella palabra.

—¡Sí! ¡Son las ratas las que transmiten la enfermedad!

—¡Pero si a mi hija nunca le ha mordido una rata!

—Basta con la mordedura de una pulga contaminada por una rata.

Castaña de Agua, que había lavado incontables veces las mantas de la cama de su hija porque estaban infestadas por aquellas sabandijas, abatió la cabeza llorando.

—¿En qué se nota cuando una persona está contagiada?

—Tose, se le cubre el cuerpo de manchas oscuras, luego de unos horribles granos

purulentos y sobreviene la muerte, después de unas tremendas fiebres durante las cuales se padecen visiones infernales. En Lisboa, en mi país, la peste mató a decenas de miles de personas a finales de la Edad Media —dijo el jesuita con lúgubre tono mientras Castaña de Agua abría los ojos horrorizada.

—¡Me da tanto miedo que mi Rosa Eminente no se cure, que pierda el aliento! — confesó, posando una mirada febril en su hija, que no paraba de gemir.

—Mañana diré misas para que Nuestro Señor tome entre sus manos la salud de nuestra pequeña María Flor.

—Yo había pensado que el bautismo impedía que los miasmas se instalaran en el cuerpo —se lamentó Castaña de Agua.

—¡El bautismo va dirigido al alma y no al cuerpo! —explicó el sacerdote, sin ganas de iniciar una clase de teología cuando lo aguardaba la importante reunión de dirección mensual a la que estaban obligados a asistir los jesuitas de la comunidad de Shanghái.

—Y si Rosa Eminente empeora, ¿qué debo hacer? —le planteó Castaña de Agua.

—Si debiera morir, irá directamente al paraíso... ¡junto a Dios! —le respondió Diogo con intención de tranquilizarla.

Al oírlo, Castaña de Agua, que había estallado en sollozos, perdió los nervios.

—No quiero que Rosa Eminente nos deje. ¡Me tiene sin cuidado tu paraíso de Dios!

Freitas constataba una vez más con consternación que su amante no estaba dispuesta a convertirse. No era, sin embargo, por falta de haberlo intentado. Lo cierto era que, cada vez que le hablaba de Dios o de Cristo, no hallaba ningún eco en ella. La joven parecía totalmente impenetrable a las ideas del monoteísmo, lo que resultaba por otra parte harto revelador en lo relativo a la sinceridad de los chinos que se convertían al catolicismo...

—Mañana por la mañana, a primera hora, vendré a verte. ¡Te lo prometo, querida! —murmuró, apabullado, rozándole la frente con los labios.

De regreso al presbiterio, mientras recorría la calle medio desierta, el padre jesuita tenía la impresión de dirigirse al cadalso. Siempre sucedía así: iba a ver a Castaña de Agua alegre y animado pero, después de dejarla, lo veía todo negro y caminaba con pies de plomo. Consciente de que se había metido en un avispero de difícil salida, se reprochaba haber sucumbido a los encantos de la joven bordadora y maldecía aquel funesto día en que habían hecho el amor por primera vez. De todos modos, era demasiado tarde para volver atrás.

Los cálices se apuraban siempre hasta las heces y, para consolarse, Diogo de Freitas Branco se decía que también Nuestro Señor Jesucristo se había visto en ese trance cuando había emprendido la subida al Calvario que había culminado con su crucifixión y muerte ante la impotente mirada de sus apóstoles y allegados. Él avanzaba con paso lento, tratando de convencerse de que su itinerario era de carácter cristiano y que, pese a todo, se iba labrando mal que bien un camino hacia el paraíso,

aun cuando el camino estuviera plagado de erizados guijarros afilados como cuchillos y de zarzas cuyas espinas eran igual de aceradas que las puntas de los clavos.

La casa de los jesuitas se irguió bruscamente ante él, como un austero e imponente centinela en medio del desbarajuste de casitas destripadas a causa de las demoliciones que se estaban llevando a cabo. ¡Estaba tan obsesionado en sus reflexiones sobre su condición híbrida de pecador y mártir que no había advertido la proximidad de la caserna de los soldados de Dios!

En el momento en que sacaba la llave del bolsillo, oyó que alguien susurraba su nombre. Volvió la cabeza con inquietud. Después del crepúsculo convenía ir precavido, porque en las calles rondaban los malandrines dispuestos a atracar a los transeúntes. De la penumbra gris surgió una silueta cuyo rostro reconoció de inmediato.

—¡Zhong el Discreto! ¡Si has venido hasta aquí, es que tienes cosas interesantes que contarme!

—En efecto, padre Freitas. ¡Estoy cumpliendo el acuerdo al que llegamos! ¡En cuanto me entero de algo turbio, vengo a informaros! —susurró con voz meliflua el criado de Niggles.

Tras elevar la vista para cerciorarse de que el padre Fonseca no se encontraba en el balcón, el portugués llevó al chino a un callejón apartado.

—¡El señor Niggles sigue teniendo una gran necesidad de dinero! —anunció Zhong.

—¿Por sus amantes?

—¡El amor que el señor Niggles tiene por los muchachos le sale cada vez más caro!

—¡No me extraña!

—Sus sustracciones se sitúan ahora en una escala mucho mayor...

—¡Se empieza por un huevo y se acaba con un buey! —sentenció el portugués, que era un experto en la cuestión.

—¡Y hasta con un rebaño de bueyes en este caso, señor Freitas! —abundó el chino con ávida expresión.

—¿Y cómo se las arregla para robar a su empresa a tan gran escala? —inquirió Freitas, a quien constaba que los jefes de Niggles no eran ni unos aficionados ni unos títeres.

—El señor Niggles no opera en Shanghái, porque sería demasiado arriesgado.

—¿Y dónde se entrega a sus bajezas? —preguntó el jesuita sin disimular su repugnancia.

—¡En Cantón, padre Freitas! —contestó Zhong con aires de conspirador.

—¡El muy bribón! ¡En Londres pronto se van a dar cuenta!

—¡Niggles está organizando todo un sistema de saqueo de sus almacenes!

—¿Hasta ese punto llega la cosa?

—¡Os lo aseguro! ¡Me parece que mi amo ha perdido el sentido de la medida!

El jesuita, que no dudaba en absoluto de la veracidad de las palabras del informador, le puso una moneda de plata en la mano.

—Gracias por tenerme al corriente. Sobre todo, si tienes algo más que comunicarme, no dudes en venir a verme.

Freitas entró con paso lento en la sede de la comunidad y fue a encerrarse en su celda, una minúscula habitación de austeridad monacal. La información de Zhong era tan importante que, pese a la fatiga, debía redactar sin demora una nota para Stanley Row que confiaría a un marino del próximo barco con destino a Inglaterra. En el momento en que soplaba en la hoja para hacer secar la tinta, estaba al mismo tiempo asqueado consigo mismo y satisfecho por haber cumplido con su deber. Pero sin aquellas infamias, ¿cómo habría logrado obtener el dinero necesario para la provincia de China? Además, tenía que asegurar el porvenir de María Flor.

Aquello sí era apurar el cáliz hasta las heces... No en vano, siempre era el Dios Todopoderoso y misericordioso el que decidía el destino de los hombres. Freitas había dejado de creer en el libre arbitrio. Para él, los seres eran meros instrumentos en manos del Creador. Él no había elegido su vida, le había venido impuesta. Era Dios quien lo había hecho entrar en las órdenes y también había sido él quien había previsto su encuentro con Castaña de Agua. Él ya no era un ser libre, sino una marioneta cuya suerte iba desvelando el Gran Marionetista.

¡Por otra parte, era mejor así, porque de ese modo uno quedaba dispensado del deber de afrontar la propia conciencia!

XL

Nanquín
5 de octubre de 1847

La tarde tocaba a su fin y, como el día había sido muy soleado en el pequeño jardín de Prosperidad Singular adornado con los hermosos colores otoñales, las plantas salían poco a poco de su sopor exhalando delicados efluvios.

—¿Puedo apoyarme sobre tu hombro para ir a sentarme al borde del estanque? —inquirió el anciano.

Para sustraerse al sofocante calor que se había abatido sobre la ciudad, había permanecido acostado en su habitación, con los postigos bien cerrados.

—¡Desde luego! Os encuentro pálido. ¿No os sentís bien? —le preguntó con inquietud Tang.

—Las fuerzas se me acaban... ¡Se acerca el momento de la gran partida! —musitó con tristeza el viejo, como si hubiera adivinado que pronto iba a visitarlo la muerte.

—Los viejos árboles no mueren nunca —observó Tang, tomándolo del brazo con gesto protector—. Sus raíces son más largas que las ramas.

—¡Cuando un árbol viejo se queda sin hojas, ni la lluvia puede hacer nada por él! No se puede luchar contra la acumulación de los años —afirmó Prosperidad Singular antes de dejarse caer sobre una lisa roca con forma de huevo de gallina situada al borde del agua donde nadaban los peces rojos.

—Si estuviera en mi lugar, ¿qué haría de su vida? —le preguntó su alumno después de instalarse a sus pies.

—¡Cada cual es dueño de su destino! —replicó con cierta incomodidad el anciano.

—Vos poseéis una sabiduría inmensa. Necesito de vuestros clarividentes consejos.

—Los *taiping* podrían llegar hasta aquí. Dicen que su jefe quiere reinstaurar la gran China en su antigua capital. ¡Si puedes ayudarlos a conseguirlo, no dudes en hacerlo, mi querido Tang!

—¿Consideráis justo su combate?

—Esos hombres y mujeres quieren volver a levantar este país que está por los suelos, echar a los manchúes y a los narigudos que se comportan como si estuvieran aquí en su casa. ¡Su combate me parece eminentemente justo! —musitó Prosperidad Singular con la respiración oprimida.

Encima del estanque una libélula azul hendió el aire para ir a rozar una hoja de nenúfar. Curiosamente, el insecto se aproximaba con vuelo rasante para después

volver a alejarse, como si no se decidiera a posarse en él.

—¡Os prometo que seguiré vuestros valiosos consejos! —exclamó el príncipe Han con lágrimas de emoción en los ojos.

Después de ayudar al viejo letrado a extender las piernas, Tang se puso a contemplar las calmadas aguas del estanque sobre las cuales seguía revoloteando el insecto de transparentes alas. En el momento en que la libélula acabó por posarse, una rana saltó y la engulló.

—La vida está hecha de tal modo que siempre se nutre de la muerte de otro —murmuró el anciano letrado.

Las flores de los nenúfares se habían abierto, regalando la mirada con sus magníficas formas estrelladas de tonalidades rosa y rojo, cual auténticas gemas vegetales en medio de las adormecidas aguas. ¿Brincaría la vieja carpa en dirección al cielo? El noble Han aguardaba con deleite el momento en que el recio pez surgiera de su escondrijo para observar con atención el lado hacia el cual volvería a caer, como si aquello fuera la señal anunciadora de un importante acontecimiento. Por la mañana, hacia la derecha, aquello significaba que la suerte sería propicia. Si caía hacia la izquierda, en cambio, planeaba un peligro sobre la vivienda... Igual que los actores con sus espectáculos, la carpa hacía su aparición a determinadas horas. Desde el mediodía hasta las cinco, se quedaba oculta en el fango del fondo del estanque. Al margen de aquella franja horaria, todo era posible, sin embargo. En cualquier momento, con un potente coletazo, el gran pez podía tomar impulso y efectuar una pequeña incursión por los aires antes de volver a caer pesadamente en su elemento natural.

Con su inmovilidad y los ojos entornados, daba la impresión de que Prosperidad Singular dormía profundamente. Entre ellos dos, aquella clase de coexistencia silenciosa no suponía un problema, sino más bien al contrario. En más de una ocasión, el viejo maestro le había contado la hermosa historia del encuentro que tuvo lugar entre Wang Xizhi y Huan Yi, el más célebre calígrafo y el más famoso flautista de su época respectivamente.

Mientras viajaba en barco, Wang Xizhi había visto a Huan Yi que iba por la orilla, en un carricoche. El calígrafo, que nunca había oído tocar al gran músico, le mandó un mensajero para que le interpretase algo con la flauta. Huan Yi, que había tenido ya ocasión de admirar algunas caligrafías del gran maestro, mandó detener al instante el carricoche y tocó tres piezas con su instrumento, tras lo cual se marchó sin decir palabra. La moraleja de la historia era que los hombres de bien se comprendían con medias palabras. Al tocar la flauta, Huan Yi se había limitado a devolverle a Wang Xizhi el placer que le había proporcionado la contemplación de sus obras.

Al otro lado del jardín, su primo anticuario, Serenidad Cumplida, había sacado su estuche con tinta de China y se había puesto a dibujar una escultura en forma de roca en la que los espacios vacíos tenían igual importancia que los llenos... Lleno y vacío, Yin y Yang: aquella era una de esas rocas filosóficas que los letrados utilizaban como

apoyo para sus meditaciones. Reproduciéndola, el anticuario de Cantón, que también tenía necesidad de clarificar las ideas, pretendía lavarse el espíritu para alcanzar el «pensamiento preciso».

Desde que se habían refugiado en casa de Prosperidad Singular, después del chasco sufrido en la de Issachar Jacox Roberts, los dos primos se entregaban a los simples placeres de los letrados. Pasaban el día dibujando o pintando, tomando té sin hacer nada, observando cómo los pájaros se posaban en el estanque y las ranas se mantenían al acecho de los insectos. «Después del tiempo de los tormentos, llega la paz de los días felices y tranquilos...», tal como decía su amigo el historiador Wei Yuan^[97], a quien se complacía citando el viejo profesor de Tang.

Tang y Serenidad Cumplida tenían una especial necesidad de calma después de lo que habían sufrido en casa del pastor Roberts, que había estado a punto de arrojarlos a la boca del lobo. Cuando llegaron al domicilio del americano, previendo encontrar allí a La Piedra de Luna, se habían llevado una decepción. El pastor bautista llevaba una semana sin ver a su protegido, cosa que lo tenía bastante extrañado, en vista de la puntualidad de este. Después, las cosas no habían hecho más que complicarse. En el momento en que los dos se disponían a marcharse, abrumados por el resultado de visita, se habían topado de bruces con una cuadrilla de policía que había cerrado la calle del presbiterio bautista, impidieron el paso a los *pousse-pousse*^[97a] y las carretas, lo que había provocado un denso atasco. ¡Todo el barrio del Cesto Amarillo estaba infestado de policía secreta! Había sido un milagro que nadie hubiera reparado en ellos y hubieran podido regresar sin percance a la casa del anticuario. Lo malo fue que esta se hallaba rodeada también por individuos con brazal rojo. No podían entrar. Agobiado, el anticuario veía en ello la consecuencia de su actuación y Tang, con su habitual elegancia, procuró consolarlo. Puesto que la única solución era la huida, Tang había convencido a su primo de que era demasiado peligroso limitarse a cambiar de techo sin abandonar Cantón. Cuando el noble Han propuso a Serenidad Cumplida que fueran a casa de su viejo maestro Prosperidad Singular, en Nanquín, el anticuario se había mostrado reacio al principio.

—No quiero renunciar al combate contra los narigudos de Cantón. Me incorporaré a otra tríada. ¡No pienso dejar de luchar por la supervivencia de la nación china!

—Si te quedas aquí, te expones a atraer las iras del Gran Centro Amarillo, mientras que si vas a Nanquín acabarán por olvidarte.

—No quiero abandonar a mis hermanos de lucha.

—¡En Nanquín hay muchos patriotas que recibirán con gusto el refuerzo de una persona de tu temple! No dudo ni por un instante de que hallarás ocasión de prestar servicio. Aquí, en Cantón, nos arriesgamos a que la policía nos detenga de un momento a otro. ¡Esta ciudad está plagada de infiltrados!

Serenidad Cumplida había acabado por ceder, de modo que embarcaron a hurtadillas en una de las numerosas barcas de transporte disponibles en el Gran

Canal Imperial.

—Sabía que volverías conmigo —le había dicho a Tang, a modo de acogida, el anciano letrado cuando se presentó en su casa.

—Tenéis dotes de adivino.

—Hay ciertos vínculos que no se rompen nunca —había respondido misteriosamente el viejo sabio, todavía más delgado y pálido que la última vez que lo vio.

Al oírlo, Tang había adoptado un semblante tan abatido que Prosperidad Singular le preguntó el porqué.

—He perdido a mi mitad... —le había confesado, al borde de las lágrimas, su antiguo alumno.

—¿La hermosa joven que no tenía los pies vendados?

—¡Sí!

—Era encantadora.

—¡Si supierais cuánto la añoro! ¡Ni entre diez mil mujeres volveré a encontrar una como ella!

—Sí, se os veía en perfecta sintonía.

—Jazmín era mi doble opuesto. Practicábamos el Heqi y gozábamos al unísono. ¡Es indispensable para mí! ¡Sin ella la vida carece de sabor!

—El tiempo borra todas las penas. En cuanto al Heqi, estoy seguro de que volverá para ti bajo otra forma.

Tang había entrelazado las manos con las del anciano, translúcidas y apergaminadas.

—Sois muy amable al decirme eso. Ya noto el corazón más tranquilo.

—No es más que el comienzo. Confía en mí y el dolor que has almacenado en el corazón acabará disipándose.

—Estoy seguro de que a vuestro lado me sentiré mucho mejor —concluyó esperanzado Tang.

Por desgracia para el príncipe Han, no obstante, lejos de resultar hechizador, aquel final de verano seguía enturbiado por el recuerdo de Jazmín Etéreo. Por más que jurase a Prosperidad Singular, para no causarle sufrimiento, que se encontraba cada vez mejor, su angustia no cesaba de crecer día a día. Obsesionado por su ausencia, tenía tendencia a ver en todas partes la huella de la joven, detrás de los árboles en miniatura, bajo las minúsculas piedras horadadas como el encaje, en el fondo del estanque donde adoptaba la forma de gran carpa cuyos saltos no se cansaba de contemplar.

—La carpa se ha ido a descansar —dijo Prosperidad Singular, que había estado observando hasta entonces de reojo a su protegido.

—Tenéis razón. ¡Ahora no volverá hasta el atardecer!

—Acércate, por favor —le pidió el viejo letrado, acompañando su demanda con un gesto. Presintiendo que el anciano quería decirle algo importante, el príncipe se

precipitó hacia él—. Tengo que revelarte algo de suma trascendencia, que condiciona la paz de mi alma para cuando haya abandonado este mundo. El hecho de que hayas venido hasta mí es el signo de que tus pasos y los míos están guiados —murmuró el viejo, con lágrimas en los ojos.

Tang, que nunca lo había visto en ese estado, se sentó a su lado, sin sospechar ni por asomo lo que le esperaba.

—¿Qué es eso tan importante que tenéis que decirme? —inquirió con una ligera inquietud.

—¡Tú eres hijo mío, Tang! ¡Sí..., yo soy tu padre! —exclamó el viejo con voz estrangulada por la emoción.

Agotado después de confesar lo que desde hacía años le pesaba en la conciencia, el anciano pareció venirse abajo y se agarró como pudo al tronco de un sauce enano.

—¿Y qué ocurre con el hombre al que siempre he considerado como mi padre? —preguntó anhelante Tang.

—Él siempre ignoró que no eras suyo.

—¿Por qué me lo habíais ocultado? ¡Yo habría estado contento, orgulloso incluso, de saber que vos me habíais engendrado!

—¡El amor no encuentra, por desgracia, su lugar en los códigos sociales establecidos por Confucio! Si tu madre hubiera revelado que había tenido un hijo mío, la habrían echado y se habría visto obligada a vagar por los caminos mendigando para comer. Tú no habrías ni sobrevivido siquiera.

El pequeño jardín, sumido ya en una soñolienta sombra, parecía haberse encogido todavía un poco más.

—¡Vos habríais podido acogernos bajo vuestro techo!

—Cuando tu madre se quedó embarazada, a mí acababan de nombrarme prefecto de Yunnan. ¡Ningún funcionario de alto rango tiene derecho a casarse sin pedir la autorización del ministro! ¡Tu madre fue el único amor de mi vida! —gimió el anciano conteniendo el llanto.

Tang, que en más de una ocasión se había planteado la pregunta, comprendió entonces por qué el viejo letrado no se había casado nunca.

—Debisteis de sufrir mucho, tanto el uno como el otro —comentó con expresión sombría.

—¡Me ha costado toda una vida armarme del valor que me permite confesarte hoy esa verdad que te debía! Cuando viniste a verme el año pasado, no me atrevía a hablar y lo he lamentado mucho. ¡Me juré que si volvías te revelaría el secreto! Y el destino ha querido ofrecerme esa oportunidad.

—¡Entonces, si no desciendo de los ilustres Tang, tampoco soy un príncipe!

—¡Tu madre sí descendía de ese linaje! Y además, ¿qué son los títulos nobiliarios sino jirones de papel? El hombre siempre acaba volviendo al polvo y hasta el más fiero de los gallos concluye su carrera transformado en simple plumero. ¡Lo único que cuenta es tener un alma noble, querido hijo mío! ¡Estoy orgulloso de saber que tú

la posees!

—¡Me honráis en exceso hablando así de mi pobre persona! —exclamó Tang, igual de emocionado por el elogio de su padre que por sus revelaciones.

—¡Lo mereces!

—¿No os causé una grave decepción cuando acepté prestar juramento de fidelidad a esa dinastía ilegítima?

—La adhesión de mi hijo al régimen manchú en el mismo momento en que yo me había apartado fue una cruel experiencia para mí, pero conozco los motivos. ¡Ya hemos hablado con detenimiento de eso!

—¡Y pensar que de no haber sido por vos, todavía seguiría al servicio de Daoguang, manipulado por un malévolos eunuco!

—Los padres tienen obligación de ayudar a sus hijos a iluminar su linterna.

—Os lo agradeceré eternamente, mi amado padre —murmuró Tang, conmovido hasta la médula.

Evocó su periodo de infancia, por la época en que Prosperidad Singular le enseñaba a leer y a caligrafiar, en tanto que la figura del hombre que consideraba como su padre, cada vez más evanescente, se borraba poco detrás de la de su venerable maestro. Ahora comprendía mejor algunos de los gestos que tenía cuando se ocupaba de él. Únicamente un lazo paternal podía explicar su infinita paciencia, así como las afectuosas palabras con que lo alentaba mientras le cogía la mano para guiar el movimiento del pincel o la manera como le explicaba las técnicas de los grandes poetas Tang y Song o de detallarle el nombre de todas las plantas de su jardín. Recordaba en especial aquella tranquila y serena mañana en que Prosperidad Singular le había enseñado cómo estampaban su sello los grandes coleccionistas al descubrir una pintura o un poema.

¡Solo un padre podía actuar así!

—Ahora que te he dicho quién eres, me queda por hacer lo más importante —prosiguió con voz baja el anciano.

Tang se preguntaba con incredulidad qué otra clase de confesión iba a escuchar.

—¿Puedes ir a buscar, por favor, la cajita de mimbre que tengo encima de mi escritorio?

Tang cumplió sus deseos.

—Coge la bolsa de seda lila que hay dentro —le ordenó el viejo maestro cuando le tendió la caja.

Tang conocía bien ese tipo de bolsas que utilizaban los sacerdotes taoístas para guardar sus talismanes y otros amuletos.

—¡Lo que hay en el interior es para ti! —añadió el anciano.

En la palma de la mano de Tang apareció una extraña moneda de plata desprovista de orificio central. En ambas caras, una línea vertical se cruzaba con otra horizontal.

—¡No conozco esa palabra! —musitó.

—¡Es mucho más que una palabra!

—¿Qué quiere decir?

El anciano, en general tan dueño de sí, estalló en un sentido llanto. Tang nunca lo había visto de ese modo, sumergido por una oleada de emoción tan fuerte.

—Este objeto me lo dio un sacerdote del templo de la Devoción de Kunming. ¡Se llamaba Luang Fudong y gracias a él salvé la vida! —logró articular el viejo.

—¿Cómo podría salvar la vida de un hombre una simple moneda de plata que nadie ha gastado?

—No te equivocas al hablar de moneda, porque este minúsculo objeto de incalculable valor proporciona acceso a la más bella maravilla del mundo. Cuando me lo dio el sacerdote, yo ignoraba totalmente lo que me iba a aportar.

—No entiendo... —dijo Tang sin comprender adonde quería ir a parar su padre.

—Es una historia maravillosa...

—¡Estoy impaciente por conocerla! ¡Me tenéis en ascuas!

El anciano, que tenía sed, le tendió con fatiga su taza de té.

—Antes de empezar, ¿podrías hacerme el favor de traerme un poco más de té, querido hijo? Me cuesta hablar con la garganta seca.

—¡Con mucho gusto! ¡Enseguida voy! —aceptó Tang antes de dirigirse hacia la casa como una flecha.

Cuando volvió al lado del anciano, ansioso por conocer el final de aquella bonita historia, observó que tenía la cabeza completamente inmóvil, inclinada hacia un lado. Le tocó el hombro con inquietud, primero con suavidad y después cada vez con mayor vigor. Como no reaccionaba, acercó la cara a la suya y lanzó un grito. Prosperidad Singular tenía los ojos cerrados y en su semblante sosegado había quedado fijada una misteriosa sonrisa.

Parecía estar en paz consigo mismo y muy lejos ya de su jardín...

De improviso, la carpa se elevó con un salto y volvió a caer en barrena del lado fasto, justo antes de la hermosa nube de gotas que había hecho brotar del estanque en el momento en que se había propulsado en el aire con la cola. Tang se arrodilló a los pies del cadáver de su padre y se puso a llorar.

Su padre acababa de franquear las puertas del más allá.

La flor se había marchado, pero Tang se juró a sí mismo que su perfume permanecería para siempre en su corazón.

XLI

Cantón
7 de octubre de 1847

Eran las cuatro de la tarde y, pese a que ya había comenzado el otoño, el sol había recalentado hasta tal punto el aire del parque que las tecas y los bananos se veían más airosos, rodeados de una aureola estival. Espada Fulgurante, que dormitaba en una hamaca, se despertó bruscamente con el sonido de una voz chillona, reconocible a la legua. Sorprendido de oír llegar a su compadre Zhong el Discreto, Espada Fulgurante se levantó de un brinco para acudir a su encuentro con un asomo de inquietud.

—Dejando aparte el placer de verte, Zhong el Discreto, los vientos que te traen aquí deben de ser más bien nefastos que fastos...

—Los vientos son, en efecto, más bien nefastos —confirmó con un suspiro el recién llegado.

—¡Ya me parecía! ¿Qué ocurre?

—¡El inglés que tenías prisionero, Espada Fulgurante, no era un narigudo originario de ese país!

—¿Pero qué dices? ¿Que el hombre que se nos escapó no era un inglés? —gritó, decepcionado e incrédulo, Espada Fulgurante.

—¡Ese individuo es un narigudo de Francia! Hasta conozco su nombre. ¡Se llama Antoine Vuibert! ¡Imagínate que ese demonio de francés ha ido a contar sus desgracias al señor Niggles!

—¡Maldito sea! Ese narigudo hablaba tan bien nuestra lengua que me confié demasiado. ¡Claro que tampoco tenía modo de comprobar si decía la verdad! ¡Debía de haberle clavado unas agujas debajo de las uñas para asegurarme de que no mentía!

—Hasta llegó a pronunciar tu nombre... —gimió el criado de Niggles.

—¿Ese perro negro le habló de mí a tu patrón?

—Se lo contó todo: la misión que le habías encargado, la operación fracasada contra el consulado británico... ¡El muy bribón dedujo que había una sustracción de mercancías en los depósitos de la empresa de Niggles!

—¡No es posible! ¡Qué maldición! ¡Ese tipo nos va a llevar a la ruina!

Zhong asintió con la cabeza.

—¡Ese día la suerte se decantó del lado de ese condenado francés y no del nuestro! ¡Aunque fíjate bien que yo no creo en las coincidencias! —añadió con acritud Espada Fulgurante.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que alguien hizo un doble juego. Ese maldito Wang el Afortunado nos traicionó de manera abominable. ¡Pensar que yo no me olí nada cuando ese canalla

traidor vino a anunciarme muy ufano que había conseguido convencer al Gran Centro Amarillo de que era mucho más fácil y mucho más eficaz atacar el consulado británico que los almacenes de la empresa Jardine & Matheson!

—¿No era eso precisamente lo que le habías encargado?

—¡Y bien caro que me va a costar! Ese muchacho es una pipa de opio ambulante. Si supieras la cantidad de dinero que necesita para costearse su vicio... ¡Debería haber sospechado que ese siniestro individuo era una plancha totalmente podrida, un aprovechado que se dedica a sacar tajada de todas partes! —se lamentó Espada Fulgurante.

—¿Fue él quien avisó a la policía?

—¡Evidentemente! Además, si no tuviera nada que reprocharse, ya habría venido a verme con sus melindres para pedirme su parte. ¡Mira por dónde, ha desaparecido de la circulación! ¡Y fíjate que ni con la movilización general de todos los miembros de las Tres Armonías^[98] nuestra tríada ha conseguido encontrar su rastro!

—Un buen granuja, vaya —concluyó Zhong con expresión de contrariedad.

—¡Como me encuentre a ese traidor, lo estrangularé como hace el cocinero con el pato que va a asar! —gritó Espada Fulgurante, crispando las manos en torno a un imaginario cuello—. Supongo —añadió con inquietud, advirtiendo la silenciosa y abatida actitud de Zhong— que ese Niggles se prepara para hacérselo pagar después de las revelaciones de ese diablo francés...

—¡Los problemas siempre se presentan emparejados, como las ruedas de la carreta! Ahora mismo, Niggles está revisando de cabo a rabo sus almacenes del puerto de Cantón con una escuadrilla de empleados. Yo, por mi parte, he hecho todo lo posible para acompañarlo, para así poder avisarte cuanto antes —informó con un suspiro el criado del comerciante de opio.

—Has hecho bien. Espero que Niggles no empiece a desconfiar de ti. Después de lo que le dijo ese francés, debe de andarse con más cuidado.

—¡Tenemos las mismas buenas relaciones de siempre! ¡Yo me limito a seguir tus instrucciones! ¡Cuando me ordenaste que entrara a su servicio, ya conocías las aficiones de Niggles! —exclamó con remilgada pose Zhong.

—¡Gracias a ese pobre Muchacho de las Nubes! ¡Lástima que lo matara el opio! Era uno de nuestros elementos más inteligentes... —suspiró abrumado el jefe de los piratas.

—¡A mí me tendrían que pagar para consumir el barro negro! —murmuró el felón servidor de Niggles, irritado en grado sumo por los elogios que dedicaba Espada Fulgurante al que siempre había sido su rival en el seno de la tríada de las Tres Armonías.

—De todas formas, incluso entre amantes, cuando las cosas se tuercen, acaba por reinar la desconfianza —prosiguió su jefe, como si no lo hubiera oído.

—Por ahora, no parece que sea ese el caso. ¡Esta mañana, para venir a verte, he sacado el pretexto de que debía visitar a mi anciana madre!

—¡Qué gracioso! ¡Mira que transformarme en vejstorio!

—¡Es que era la única manera de poder irme!

—Era una broma, hombre. ¡Bueno, ahora lo urgente es confundir las huellas! Si ese Niggles consigue llegar a descubrir el negocio que hemos organizado, todo nuestro trabajo se va a venir abajo. Habría que neutralizarlo de alguna manera.

—En realidad, yo ya he empezado a hacerlo —anunció con una risita nerviosa Zhong.

—¡Diantre! ¿Y qué se te ha ocurrido?

Zhong relató a Espada Fulgurante el desarrollo de la última entrevista que había mantenido con el padre Freitas. Hacer pasar a Niggles por un estafador de cara a sus superiores londinenses podía contribuir a desestabilizarlo o a ponerlo fuera de juego incluso.

—Buena idea. Esperemos que ese padre jesuita no tarde en hacer llegar la información a esos señores de Londres.

—Ya te he explicado que, conociendo como conozco a ese narigudo portugués, si acepta pagarme por eso ¡es porque a él le pagan luego mucho mejor aún! —argumentó el criado de Niggles sin ocultar la profunda repugnancia que sentía por el jesuita.

—¡Si sus jefes lo hacen vigilar por ese sacerdote es porque no tienen mucha confianza en él! —se felicitó Espada Fulgurante.

—¡En cuanto el portugués les haya informado de las sustracciones de Niggles, se darán prisa en eliminarlo! —pronosticó entusiasmado el Discreto.

—Mientras tanto, habrá que esperar a que los hombres del almacén de Niggles se mantengan callados, porque si no, ¡todo nuestro sistema se va a venir abajo! —advirtió, no muy convencido, el jefe de los piratas.

—¿Acaso dudas de la lealtad de los almaceneros que hemos reclutado?

—¡No son más que unos mercenarios sin más apego que su propio interés! ¡En caso de que los presionen más de la cuenta, algunos podrían caer en la tentación de irse de la lengua! Esos hombres son pobres e interesados y, por lo tanto, doblemente vulnerables. Yo lo sé muy bien porque los compré por un precio de ganga...

—¡No me parece que Niggles esté dispuesto a ofrecerles dinero! Simplemente los va a interrogar.

—Tanto mejor, porque para colmo, al contrario de lo que les habíamos prometido, no han visto ni un *sapee* desde hace meses...

—¿No les has pagado?

—¿Y cómo iba a hacerlo si ya no salgo? ¡Desde el día del ataque del consulado, la policía imperial está desplegada en todas las calles de la ciudad!

—Tienes razón, no hay que correr riesgos inútiles.

Entonces, con un seco gesto, Espada Fulgurante deslizó el filo de la mano delante de su garganta.

—En cuanto a Niggles, ¿sabes lo que te queda por hacer?

—¿Qui... quieres que mate al señor Niggles? —inquirió Zhong con voz estrangulada.

—¿Y a ti qué te parece? —replicó el pirata, elevando la vista al cielo.

—¿Y cómo lo voy a hacer? No poseo ninguna habilidad en el manejo de los puñales. Nunca he matado a nadie con estas manos. ¡Si hasta me siento mal cuando tengo que degollar un pollo! —gimió presa de pánico Zhong.

—¡Idiota! ¡No tendrás siquiera que utilizar las manos! —espetó Espada Fulgurante.

—¿Ah, no? —dijo con incredulidad Zhong.

—¡Tengo un solución mucho más expeditiva y segura! —precisó Espada Fulgurante antes de ir a buscar un frasco lleno de un líquido blanquecino que tendió a su visitante—. ¡No tendrás más que verter unas cuantas gotas en el té de ese maldito Niggles y ya verás qué resultado!

XLII

Cantón
10 de octubre de 1847

Aquella era la octava vez del día en que, con humor alegre pese a la terrible epidemia de cólera que desde hacía tres semanas azotaba Cantón causando terribles estragos entre la población, John Bowles se lavaba las manos con agua hervida antes de secárselas meticulosamente.

La gente caía como moscas, tanto en los barrios ricos como en los pobres. En los templos taoístas los sacerdotes acumulaban las ofrendas a Wen Qiong^[99], el dios-mariscal de las epidemias cuyo verduzco cuerpo presentaba un marcado contraste con sus rojos cabellos, así como a Lei Qiong^[100], el dios de las pestilencias que antaño se había sacrificado para evitar el envenenamiento de los habitantes de su pueblo. Convencido de que aquel tema particularmente morboso sería del agrado de la jerarquía londinense, Bowles había decidido efectuar una investigación detallada de la manera como reaccionaba la gente frente a aquella terrible enfermedad. Aunque era una persona más bien aguerrida, el joven dibujante de prensa no llegaba a acostumbrarse al espectáculo de los cadáveres de vientre dilatado y azulado de las víctimas de la terrible enterotoxina *Vibrio cholerae*^[100a]. Los seres humanos eran los únicos huéspedes naturales de aquel bacilo, el «vibrión colérico», que colonizaba con rapidez el intestino delgado si no se erradicaba a tiempo. Transmitido por el agua y también por las moscas, el microbio provocaba abundantes diarreas acuosas que desencadenaban una extrema deshidratación, así como un terrible aumento del grado de acidez sanguínea. Los médicos chinos denominaban «agua de arroz» a los excrementos líquidos e incoloros de los enfermos de cólera.

Aprovechando las lluvias torrenciales que se habían abatido sobre la región como todos los años a comienzos de otoño, la enterotoxina colérica, endémica en Guangdong, acababa de efectuar uno de sus más fulgurantes ataques. La amplitud de la epidemia resultaba perceptible en la cohorte de pobres, gente que pululaba por el barrio de los Medicamentos apretándose el vientre sin poder impedir que su estómago se vaciara de golpe. En el mismo fango donde chapoteaban los niños tenían que agacharse para dar rienda suelta al «agua de arroz» que sus intestinos destrozados no eran capaces ya de retener. El olor a mierda y podredumbre, al que se sumaba el de las plantas frescas y productos orgánicos estropeados por el calor, resultaba irrespirable.

Para los charlatanes, farmacéuticos y toda suerte de médicos callejeros que veían afluir la clientela a sus puestos, aquel era un periodo propicio. Los vigorizantes sexuales, como la pata de oso, el testículo de yak o el sexo de ciervo, que

normalmente ocupaban más de la mitad del espacio de los mostradores, se habían convertido milagrosamente en medicamentos con virtudes para fijar el «agua de arroz» en el interior del organismo. Locos de esperanza, los clientes se apiñaban delante de aquellos embaucadores que habían triplicado los precios, para acabar llevándose piadosamente a casa un medicamento del todo inadecuado, pero que ellos creían que los iba a curar.

Fascinado por el vil oportunismo de todos aquellos carroñeros capaces de aprovecharse de forma tan descarada de la desgracia de los otros, Bowles había pasado largas horas recorriendo el barrio de los Medicamentos con un pañuelo enrollado en la boca, pasmado por el elocuente aplomo con que aquellos charlatanes trazaban el elogio de sus remedios frente a los curiosos reunidos delante de sus puestos. Uno de ellos, aún más embustero que los demás, lograba incluso vender piedras provenientes de un «río encantado» que «impedían que se extendiera “el agua de arroz”». Los desdichados clientes los engullían como caramelos, con lo que debían ganarse a buen seguro una úlcera de estómago.

Bajo la mirada hostil de los viandantes sanos, que no comprendían qué intenciones lo movían, John seguía plasmando en bosquejos todo lo que veía y tomando notas. Aunque excitado por la perspectiva de la resonancia que sin duda alcanzaría su reportaje, le daba cierta vergüenza comportarse como un ladrón de imágenes ante un espectáculo cuyo horror superaba con mucho todo cuanto había visto hasta entonces. Entre *voyeurismo* y periodismo, la frontera era particularmente tenue.

Acababa de salir del barrio de los Medicamentos para entrar en el del Cesto Amarillo. Al final de la calle advirtió de improviso la fachada del presbiterio de Roberts y volvió a acordarse de Laura Clearstone.

A medida que se aproximaba a la casa del pastor bautista, evocaba el hermoso rostro de aquella joven inglesa de larga cabellera dorada que solo había visto una vez, el día en que había tenido que comunicar a su madre la muerte de su marido. Le había impresionado la intensidad de su mirada de ojos azules cuando esta le había pedido que saliera del presbiterio.

Después del horrible drama que había representado para Barbara el anuncio del fallecimiento de Brandon, en el cual él había participado como involuntario actor, la brusquedad con que lo había rechazado Laura Clearstone, tan dulce y calmada en apariencia, había sido como una puñalada. Al día siguiente, incapaz de salir a la calle, se había quedado en su habitación de hotel y, como si con ello pudiera conjurar la suerte plasmando la efímera imagen de aquella angélica joven de mirada dulce y larga cabellera rubia, se había precipitado con febrilidad sobre su bloc para dibujar de memoria su retrato. Pese a que solo la había visto una vez, en cuestión de unos instantes tan solo, bajo la punta de su mina de plomo surgió la cara de Laura. No había tenido que lamentar aquel gesto irracional e impulsivo, que demostraba cómo habían quedado impresas sus facciones en su cerebro. Dos días después, cuando

volvió a casa de Issachar Roberts con la esperanza de encontrarla allí, el pastor le había explicado secamente que la madre de Laura había fallecido y que su hija se había ido con su hermano sin dejar ninguna dirección. Entonces, ignorando si volvería a verla algún día, para rendir un último homenaje a aquella familia diezmada por la desgracia, había inmortalizado a Laura y a Joe en el momento en que los Clearstone desembarcaron en China. Aquella hoja, que más tarde había enviado a Sam Goodridge junto con otras escenas de la vida cotidiana cantonesa, era precisamente con la que había topado Stocklett en el despacho del redactor jefe del *Illustrated London News*.

Fue curioso, pero la pérdida de todo rastro de Laura Clearstone había sumido a Bowles, que desbordaba entusiasmo en el momento de su llegada a Cantón, en un estado próximo a la desesperación. No podía haber tenido un peor comienzo. El anuncio de la muerte de Barbara y la incomprensible fuga de su hija lo habían trastornado. Pasó varias semanas devanándose los sesos y hasta llegó a plantearse si no habría cometido una monumental equivocación al aceptar la propuesta de Goodridge. No obstante, como en el periódico se habían guardado bien de darle una suma con la que poder pagar el viaje de regreso, no había tenido más remedio que tomarse con paciencia la neurastenia que lo aquejaba, esperando que con el tiempo acabara por disiparse.

Por suerte, el dueño de la posada, un budista de amable y compasivo semblante, chapurreaba el inglés. Aquel santo varón había desplegado todo un tesoro de energía para ayudar a su cliente a salir del letargo en que había caído. Había hecho engullir a Bowles, que, incapaz de dar tres pasos afuera, se pasaba los días dibujando los bananos y la jaula de las tórtolas del jardín interior de la pequeña pensión familiar, toda suerte de decocciones y tónicos en forma de polvo, licores y píldoras. Al cabo de un mes de seguir ese régimen, el dibujante periodista accedió a salir, únicamente para complacer a su anfitrión. En el momento en que se disponía a franquear el umbral de la puerta provisto de lápices y pinceles, el hombre le murmuró algo, juntando las manos sobre la frente.

—El Bienaventurado ha escuchado mis oraciones... Ahora, la energía de la respiración ha vuelto a ti.

—¿A quién llamas el Bienaventurado?

—¡A Buda, por supuesto! ¡El Bienaventurado es él, Siddharta Gautama, el que aportó las Nobles Verdades al mundo!

—¿Cómo podría darle las gracias?

—Basta con llevar alguna ofrenda a la pagoda. Plátanos y naranjas, arroz y pasta, o también collares de flores, aunque hay que tener en cuenta que es mejor ofrecer dones comestibles.

—¿Por qué?

—Los monjes de la pagoda se alimentan solo de lo que les dan, y lo que les sobra lo regalan a los pobres.

—¿Hay una pagoda en Cantón? —preguntó Bowles al posadero, puesto que no conocía absolutamente nada de la religión budista.

—¡Existen más de cincuenta!

—¿Cuál es la más bonita?

—La pagoda de la Iluminación. Sigue por la primera avenida que hay a la derecha saliendo de aquí y a lo lejos verás una inmensa torre de ladrillo con muchas banderolas que flotan al viento. Es allí. Hay que caminar una hora como mínimo para llegar.

—¡Ahora mismo voy! Compraré comida en el mercado y la ofreceré a los monjes —anunció más animado el dibujante de prensa.

Tal vez fuera gracias a Buda, o bien porque las neuronas de Bowles habían comenzado a perder un poco menos de serotonina, el caso fue que en lo más hondo de su ser se había producido una especie de milagro. En cuanto se halló en la calle, su curiosidad y sus reflejos de periodista afloraron enseguida. De camino a la pagoda, después de comprar la mitad de la mercancía de un vendedor de fruta y verdura, se había dejado llevar por la embriagante atmósfera de aquella inmensa ciudad, un gran cuerpo palpitante en el que convivían lo mejor y lo peor. Cuando depositó las ofrendas al pie de una colosal estatua de un panzudo y sonriente Buda ante la que se inclinaban los devotos sosteniendo con las manos juntas una varilla de incienso, experimentó una increíble sensación de liberación, como si su cuerpo expulsara de golpe los miasmas que lo habían infectado hasta entonces.

Al salir de la pagoda de la Iluminación, John era otro hombre y el letargo en el que se había sumido a causa de los Clearstone no era ya más que un lejano recuerdo.

Feliz como el niño que revive después de un sarampión o una varicela, Bowles había decidido consagrar su primer reportaje a la industria cantonesa de la seda. Fascinado por el espectáculo de los cientos de tejedores que trabajaban delante de sus bastidores en las inmensas salas de la manufactura imperial, se había pasado horas captándolos desde todos los ángulos, a pesar de las miradas de extrañeza —y a veces, incluso, de reprobación— de los encargados, que no veían con buenos ojos la irrupción de aquel intruso narigudo que emborronaba hojas a una asombrosa velocidad. A fuerza de recorrer los distintos barrios de Cantón para observar a sus habitantes y de aspirar el ambiente tan particular, su inmensa zona portuaria donde tenían lugar a plena luz del día toda clase de tráfico ilícitos bajo la socarrona mirada de unas autoridades corrompidas hasta la médula, el joven dibujante empezaba a conocer bien la ciudad a la que había llegado cuatro meses atrás. Absorto en su deseo de explorar todos los rincones del mundo poblado de extrañas cosas que iba descubriendo sin merma de fascinación, había acabado por hacerse a la idea de que su camino nunca volvería a cruzarse con el de Laura Clearstone.

Día a día, el paréntesis «Laura Clearstone» se iba cerrando poco a poco.

John Bowles tenía, no obstante, otros motivos para estar contento.

La semana anterior había recibido por correo la primera entrega de las

impresiones de Goodridge con respecto a su trabajo y, no solo eran buenas, sino excelentes. Su jefe de redacción lo felicitaba por la calidad de sus reportajes, que había propiciado un sensible aumento de ventas del periódico. No cabía duda de que tenía un porvenir profesional garantizado, había llegado a precisar, incluso, Sam antes de desearle que consiguiera «echarle el lazo a la noticia del siglo», ese elefante blanco que todo periodista que se respete sueña con descubrir un día.

Satisfecho de sí, hojeó rápidamente su bloc, repleto de imágenes de vómitos y materias fecales salidas de los cuerpos esqueléticos de todas las edades que abarrotaban las calles atestadas de montones de basura sobre los que corrían las ratas. Bastaría con realizar tres o cuatro buenos dibujos bien retocados, que acompañaría de un texto descriptivo cargado de crudeza, a modo de marco descriptivo de aquellas imágenes totalmente abyectas.

Se disponía a regresar a su pensión para aplicarse sin demora a tan exultante tarea cuando su mirada se quedó prendida de la silueta de una mujer que caminaba delante de él con paso resuelto, rápido y ágil a la vez. Envuelta con un vaporoso vestido de corte occidental, estaba a punto de atravesar la vasta explanada en la que los soldados armados custodiaban las pilas de cajas dispuestas ante las fachadas de imponentes columnas de estilo neoclásico de las empresas de comercio occidentales.

Puesto que solo la veía de espaldas, le resultaba imposible adivinar su nacionalidad. De lo que sí estaba seguro era de que no podía tratarse de una autóctona ya que, con el nivel social que dejaba translucir el impecable corte de su vestido, todas las chinas tenían los pies reducidos, cosa que no sucedía con aquella misteriosa desconocida.

¿Qué hacía, pues, aquella mujer de extraña elegancia en medio de los andrajosos *coolies* y las cajas de mercancías?

Obedeciendo a un arraigado reflejo de periodista, Bowles apuró el paso para adelantar a la mujer con un rodeo. A continuación, se volvió hacia ella situándose en su misma línea. Cuando se halló casi a su altura, comprobó que pertenecía a aquella clase de mujeres cuya belleza resulta más fascinante en tanto que parece imposible atribuirles una edad concreta. La cara de perfectas facciones de la bella desconocida quedaba realzada por el largo cabello negro que ofrecía un marcado contraste con la resplandeciente blancura de su cara. Los relucientes ojos almendrados de tonalidad turquesa permanecían posados con curiosidad en el inglés. La boca, de divinos labios prominentes pintados con carmín, se fruncía en una tenue mueca en la que el periodista creyó advertir algo de enfurruñamiento. Completamente ofuscado y a riesgo de pasar por un patán, Bowles la devoró con la mirada, sin saber si la mujer habría detectado su maniobra. Casi a punto de chocarse con ella, se devanaba los sesos para encontrar la manera de abordarla sin asustarla, cuando la espléndida desconocida le clavó la mirada con sus magníficos ojos.

—¡Busco el Club de los Anglofilos! —le dijo con un deficiente inglés—. ¿Sabe usted dónde está?

Bowles todavía no había entrado en ese establecimiento, que había abierto tres meses atrás en Oíid China Street un tal Lee Johnson. Así se explicaba en un encarte publicitario aparecido en el periódico *Pearl River News*, en el que se le dedicaba un reportaje plagado de elogios, en el Club de los Anglófilos se «recibía con los brazos abiertos a todos los ingleses en un acogedor ambiente típicamente británico». Aquella gaceta, la primera de ese tipo que se editaba en Cantón, la había fundado Johnson al mismo tiempo que su club, para el entramado de relaciones de sus miembros. Su propietario financiaba aquella pequeña publicación de prensa, que por el momento solo contaba con cuatro páginas, gracias a la publicidad que vendía a sus compatriotas, hombres de negocios y comerciantes. Antes de recibir las felicitaciones de sus superiores por sus primeros reportajes, Bowles se había planteado incluso la idea de proponer sus dibujos a Lee Johnson para complementar sus ingresos.

—¡Sí..., hay que caminar un cuarto de hora! ¡Puesto que yo mismo soy inglés, sería imperdonable que desconociera su existencia! ¡Sí, yo soy de Londres...! Eh... Me llamo Bowles, John Bowles...

—¡Buenos días, señor Bowles! Ha aparecido usted en el momento providencial. Lléveme, pues, a ese club, si es tan amable. Mi apellido es Dachenko y mi nombre de pila, Irina. Soy rusa, de San Petersburgo.

Fascinado por el imperioso tono y la autoridad que irradiaba aquella mujer de sublime porte y rostro de madona, Bowles se permitió hacerle un cumplido mientras se encaminaban al club.

—Habla usted muy bien inglés, señora Dachenko.

—Lo dice para halagarme, porque no es verdad. ¡Mi inglés es muy malo! —reconoció sonriendo.

Bowles acabó de quedar rendido ante la aparición de los rutilantes dientes de la magnífica rusa.

—Es para mí un placer conducirla hasta el Club de los Anglófilos. En realidad, a mí también me viene bien. Como no había tenido aún ocasión de ir, era algo que tenía pendiente. ¡Gracias a usted, será cosa hecha! ¿Sabe usted que dicen que está muy bien?

—¿Podría saber qué hace usted en China, señor Bowles? —lo interrumpió Irina.

Por la manera como le había cortado la palabra, John comprendió que Irina Dachenko sabía muy bien lo que quería.

—Soy dibujante de prensa. Hago bosquejos de las personas y los sucesos y los envío a mi periódico, el *Illustrated London News*. Tiene una tirada de doscientos cincuenta mil ejemplares. Es la primera publicación ilustrada de Gran Bretaña. ¡El número de nuestros lectores aumenta casi un veinticinco por ciento cada año!

—¡Qué apasionante! ¡Me tiene que contar en detalle todo eso, señor Bowles! —exclamó ella con entusiasmo.

La hermosa rusa dejaba translucir una gran sorpresa y alegría por lo que oía, un poco como si aquel encuentro fuera un feliz acontecimiento para ella, lo cual era

motivo de auténtico júbilo para nuestro dibujante.

—¿Me permite preguntarle por mi parte cuál es el objetivo de su viaje, señora Dachenko? —inquirió, convencido de que tenía posibilidades con ella.

—¡Le autorizo a llamarme Irina! ¡En Rusia, la gente usa más a menudo el nombre de pila! —le explicó con tono conminatorio, acompañado de una encantadora risa gutural, que lo animó un poco más.

Definitivamente, aquella embrujadora Irina era seductora a más no poder.

—¡Eh, Irina! ¡En ese caso, llámeme John! Nosotros...

Irina volvió a interrumpirlo, al tiempo que se le instalaba un velo de tristeza en los ojos.

—He venido en busca de mi hijo. Vive en Cantón y hace casi veinte años que no lo he visto —murmuró.

—Su hijo tiene veinte años... ¡Pero si usted parece muy joven!

Aquella espontánea observación la hizo sonreír de nuevo. Luego se enjugó furtivamente la comisura de los ojos con un pañuelo de encaje de immaculada blancura.

—¡Gracias por el cumplido, John!

—¡Debe de estar contenta de volver a ver a su hijo... después de tanto tiempo!

—¡Antes debería saber dónde se encuentra!

La mujer no ocultaba su abatimiento ante Bowles, que cada vez estaba más perplejo ante sus cambios de humor. Desde que había llegado a Cantón, nadie había sabido darle noticias de La Piedra de Luna.

—¿No conoce, entonces, su dirección?

Irina miró al periodista con gesto de cansancio.

—John, acompáñeme al Club de los Anglófilos. Necesito tomar una buena taza de té negro.

—¡Ya hemos llegado! —exclamó Bowles, señalando la elegante casa de ladrillo de estilo Victoriano erguida con soberbia entre el batiburrillo de casuchas de adobe y caña.

Lee Johnson había dispuesto de tal manera la decoración que, cuando entraban en el salón del club, una estancia señorial, de ambiente acogedor y algo anticuado, con paredes tapizadas de tela amarilla con finas rayas negras en las que se abrían las altas ventanas enmarcadas por unas pesadas colgaduras de color morado oscuro, sus compatriotas tenían la impresión de hallarse en su añorada ciudad de Londres.

Todos los extranjeros que viven en países lejanos tratan de reconstituir allí un retazo de su país natal.

Un criado hindú con casaca de seda gris y mirada que acababa resultando triste a fuerza de obsequiosa les hizo sentar mientras que otro, una copia casi exacta del anterior con la diferencia de que iba tocado con un turbante negro, acudió a tomar nota, dirigiéndose a ellos en un impecable inglés. Ella optó por un Darjeeling y él por un Uva Highlands.

—Yo que esperaba encontrar en este club a uno de sus compatriotas que escucharía con atención el relato de mis desdichas, he tenido la suerte de dar con un periodista —comentó Irina, esforzándose por adoptar un tono jovial, después de tomar un primer sorbo de ardiente té.

—¡Uno se topa con felices coincidencias a veces!

—¡Yo nunca he creído en las coincidencias, John! —musitó ella con voz ronca.

—Yo podría decir lo mismo ¡aunque no tuviera previsto venir hoy aquí! ¿Y de qué preocupaciones habría querido hablar con uno de los miembros de este club? —preguntó John, creyendo que se trataba de una broma, ya que le parecía imposible que una criatura como Irina Dachenko fuera asequible a la desgracia.

—¡Si le explicara la razón por la que me encuentro en Cantón, le proporcionaría un bonito tema para un reportaje, John!

—¡Yo no desdeño ninguna noticia digna de ese nombre! ¡Me enviaron de Londres aquí para eso! —afirmó Bowles, cada vez más enardecido.

Irina Dachenko clavó una mirada en los deslumbrados ojos de John Bowles.

—John, ¿sus superiores practican la censura?

—¡Publican todo lo que sirva para vender papel!

—¿Exponiéndose a provocar la cólera de las autoridades?

—¡Por supuesto! En eso radica, incluso, la lógica del periodismo. Del patrono al simple redactor, todos buscan el mismo propósito: ¡aumentar el número de lectores del periódico! ¿Me he explicado bien? —le preguntó con entusiasmo Bowles.

La rusa acercó la cara a la suya y, tras comprobar que nadie podía oírlos, habló en susurros.

—¿Y si lo que le cuento fuera a implicar a los más altos dirigentes de su país, qué harían?

—Al *Illustrated London News* le gustaría poder hundir el dedo en la llaga. ¡En cuanto a los lectores, estarían encantados! Adoran las historias en que salen malparados los poderosos de este mundo.

Irina tomó un sorbo de té y reflexionó un momento.

—¡En ese caso, mi querido John —declaró con voz temblorosa—, va a quedar satisfecho! Mi historia favorecerá un considerable aumento de la tirada de su periódico.

—¡Soy todo oídos! —dijo el inglés al tiempo que abría su cuaderno negro.

Irina había decidido ir directa al grano.

—Hace veinte años, el actual emperador de China se enamoró de una joven rusa que le dio un hijo...

John comenzó a tomar notas. En cuanto la rusa empezó su relato, se dio cuenta de su valor. Irina estaba buscando el hijo que había tenido con el emperador de China. Con voz cada vez más vibrante, a punto de llorar, a Irina le bastaron unos minutos para exponerle las desventuras de La Piedra de Luna. De haberse atrevido, Bowles se habría arrojado a los brazos de aquella mujer que le servía en bandeja el «elefante

blanco» con el que soñaba.

—¡Su historia es extraordinaria! Absolutamente extraordinaria... —murmuró en voz baja por temor a que le oyeran los otros clientes del Club de los Anglófilos, algunos de los cuales les observaban ya con curiosidad.

—¡Espero, sobre todo, que al revelarla al mundo consiga llegar a encontrar a mi amado hijo!

Él no veía de qué manera el hecho de ventilar el asunto podría propiciar tal resultado, pero no era el momento de contradecir a aquella mujer que buscaba a su hijo como la loba a su cachorro, sin reparar en los medios.

—¡Es el único mal que le deseo!

—¡No parece muy convencido!

—¿Por qué dice eso?

—No sé..., lo veo en sus ojos.

¡Demonio de mujer que era capaz de leer el pensamiento!

—¿Se ha puesto en contacto con la policía imperial de Cantón? Tengo entendido que no se les escapa nada de lo que ocurre en la ciudad —comentó John, sinceramente preocupado por ella.

—¡De ninguna manera! ¡Toda esta gente debe ignorar que estoy aquí!

—Debe tener cuidado, Irina. ¡Es posible que la vigilen, que esté en peligro!

—¿Qué otra cosa podía hacer? El viejo eunuco que su padre envió a Cantón para buscarle ha dejado de dar señales de vida. Estoy sola. ¡Siempre he luchado sola!

—¿Y Daoguang?

—El Hijo del Cielo siempre ha tenido tendencia a eludir los problemas, como suele ocurrir con los personajes poderosos que no quieren arriesgarse al error cuando se encuentran ante una cuestión que son incapaces de resolver o ante un hecho que los incomoda. Por temor a que me convirtiera en un reproche viviente, Daoguang me ha cerrado la puerta. Se deja influir por otros. Primera Concubina Celeste quiere eliminarme. ¡En cuanto a La piedra de Luna, su regreso repentino a la corte pondría en cuestión la sucesión imperial!

Reprimió un sollozo. Ahora que se había quitado del todo la máscara, Bowles advertía, consternado, su absoluta desesperación.

—Le aseguro, Irina, que me gustaría poderla ayudar.

—¿Qué piensa de mi iniciativa? ¡A decir verdad, no me queda más alternativa que revelar al mundo entero la existencia de mi hijo! —afirmó con voz ronca antes de apurar de un solo trago otra taza de té.

—¡Todo dependerá de las pruebas que podamos aportar del vínculo de filiación entre Daoguang y La Piedra de Luna! —apuntó Bowles, pensativo, imaginando ya el airado desmentido de la Ciudad Púrpura Prohibida que podría acabar con la credibilidad de su noticia.

—¿Es posible que dude de mi palabra? —musitó, furiosa, la rusa.

—¡Ni por asomo, Irina!

—Existe una prueba formal. El Hijo del Cielo, que siempre consideró que, al igual que sus otros hijos, La Piedra de Luna era susceptible de sucederle un día, estampó su sello personal en un certificado de paternidad.

—¡Con ese documento, estamos salvados! ¿Dónde está? —susurró Bowles, excitado.

—El certificado lo escondieron en un estuche de pinceles que se entregó al calígrafo de quien le he hablado.

—Ramillete de Pelo Celestial..., el que cortaron a pedazos...

—¡Ay, sí!

—¡Esperemos que el documento no se haya perdido! —hizo votos el dibujante, un tanto decepcionado y embargado de una cierta lasitud.

Ya había pasado a imaginar los argumentos que debería esgrimir ante Row para que la historia de Irina Dachenko no fuera considerada como una pura fabulación, lo que condenaría al olvido su artículo. La Siberiana, por su lado, había captado perfectamente el abismo de perplejidad en que estaba sumido Bowles.

—De repente, lo veo menos entusiasta —señaló con actitud amenazante—. ¿Acaso va a cambiar de parecer?

—¡No me malinterprete, Irina! —se defendió con un sobresalto—. ¡Si hago de abogado del diablo es para prever los argumentos de las personas que la van a querer desacreditar!

Con gesto febril, extrajo de la bolsa su lápiz de sanguina, un pequeño sacapuntas y una goma.

—¿Por qué saca todos esos utensilios?

—¡Debo efectuar su retrato! Mi artículo irá ilustrado.

—¿Quiere comenzar a hacerlo aquí? —preguntó con súbita calma.

—¡Déjeme captar su perfil! —exclamó Bowles antes de ponerse a dar vueltas en torno a Irina sin el menor comedimiento.

La despampanante rusa se prestaba a ser dibujada desde todos los ángulos. Era como uno de esos modelos inmortalizados por el pintor Thomas Gainsborough^[101] que, con su deslumbrante belleza, habían dejado de parecer seres humanos.

—¡De tres cuartos quedará perfecto! —decidió al tiempo que se detenía, después de haber cerrado el ojo para definir mejor el encuadre.

—¡Y pensar que ni siquiera me he peinado! —susurró ella mientras asumía con coquetería la pose y hacía ademán de redistribuirse los rizos.

—No se mueva, por favor. ¡Así está perfecta! —aseguró John mientras con manos hábiles y unos cuantos trazos plumeados hacía surgir, con asombrosa fidelidad, el rostro y el busto de Irina.

—¿Qué le parece? —le preguntó después de tenderle la hoja.

El resultado era convincente. Bowles había logrado captar aquella cautivadora gracia mediante la cual conseguía la Siberiana hacer caer a todos los hombres a sus pies.

—No está mal para ser un bosquejo. ¡Tiene talento! —murmuró, sonriendo.

Halagado, se hallaba de nuevo sometido al hechizo, ansioso por permanecer tan cerca de ella el mayor tiempo que fuera posible.

—¿Quiere que vayamos al jardín? Allí estaremos más tranquilos y hay una luz más hermosa que en el interior. ¡Es el tipo de modelo que hace los deleites de cualquier retratista! Vamos a mejorar la copia. No se mueva, por favor. ¡Así está perfecta! —le indicó después de situarla delante de una extensión de césped típicamente inglés.

Al cabo de un cuarto de hora, John, que estaba pletórico de inspiración, había llenado ya tres hojas con dibujos a cada cual más fidedigno.

—¿Sabe una cosa, Irina? ¡Me encantaría pintarla en aguada! Sus ojos, su tez, sus cabellos, a todo se merece añadirle color —le suplicó Bowles.

—¿Pinta a la aguada?

—La practiqué cuando estudiaba en la Academia Real de Bellas Artes de Londres.

—¡Que yo sepa, las ilustraciones de los periódicos no son en color!

Bowles asintió con la cabeza, abatido.

—En ese caso, ¿no cree que con un buen dibujo como este será suficiente para ilustrar su artículo? ¡El parecido es realmente extraordinario! —aprobó, señalando la primera de las hojas donde John la había representado en busto de tres cuartos.

—¡Es demasiado indulgente! —protestó John turbado.

La dama se levantó. Él temía tanto no volver a estar con ella que volvió a pasar con torpeza a la carga.

—Y dígame, Irina, ¿cuándo podríamos volver a vernos para ese retrato a la aguada?

—Me parece que va a ser difícil —declinó ella con amabilidad—. Estoy tan ocupada tratando de encontrar a mi hijo... Para mí, esa es la prioridad absoluta.

—¿Cómo quiere que pueda redactar de manera conveniente mi reportaje si no me da la oportunidad de volver a verla? —exclamó Bowles con enojo.

—¡Si ya se lo he contado todo, John!

Bowles no tuvo más remedio que inventarse algo.

—Si aceptara responder a tres o cuatro preguntas más concretas que yo le formulase, aumentaría en gran medida la credibilidad de mi artículo. A los lectores del periódico les encantan las entrevistas...

—John, ¿cuándo prevé publicar ese artículo? —inquirió la Siberiana con una actitud de niña abandonada por todos.

—Lo antes posible. ¡Le doy mi palabra!

—En Rusia ningún periódico aceptaría publicar una historia como esta por miedo a perturbar las relaciones entre el zar y el emperador de China.

—En Inglaterra la prensa es libre.

—La prensa nunca es libre. La prensa necesita dinero...

—Son los lectores los que financian los periódicos. El *Illustrated London News* solo tiene un dueño: sus lectores.

—Ojalá esté en lo cierto, John —musitó ella con un escalofrío.

A continuación le tendió la mano.

—¿Estaría disponible mañana? —le preguntó Bowles, con el corazón desbocado —. Mientras tanto, habré tenido tiempo para preparar las preguntas...

—¿Para la entrevista?

Asintió con la misma mirada anhelante del perro que aguarda la caricia de su amo.

—Aquí, a la misma hora, es posible —murmuró ella con tristeza.

De regreso a su pensión, al anochecer, John se tumbó en la cama y con la vista fija en el techo se puso a pensar en la increíble historia de La Piedra de Luna, diciéndose que tal vez un día tendría la ocasión de conocer al hijo de Irina Dachenko y de Daoguang.

Acunado por aquella ilusión, acabó rindiéndose a un profundo sueño.

XLIII

Cantón
12 de octubre de 1847

—El señor parece cansado. Le prepararé un té —ofreció Zhong el Discreto a su amo que dormitaba aposentado en un sillón de mimbre medio devorado por la humedad.

Agotado tras una primera semana de investigación, Niggles había decidido concederse un día de reposo. Aunque los interrogatorios a los almaceneros no habían dado resultado alguno, ya que los hombres se refugiaban en un unánime mutismo reprobador, el inventario de las existencias revelaba numerosas diferencias entre la mercancía almacenada y las cantidades teóricas. El director de Jardine & Matheson había descubierto con consternación que la «evaporación» no afectaba solo a las cajas de opio. Todos los productos almacenados en sus locales, desde el té de Ceilán a las cotonadas de Inglaterra, pasando por las plantas aromáticas de la Península Arábiga y las alfombras de Persia, estaban sujetos a robos sistemáticos, sin olvidar las herramientas de carpintería forjadas en la región de Bérgamo que, tal como había constatado con espanto, se habían quedado reducidas a una cuarta parte.

Niggles se había quedado anonadado al descubrir el alcance del fraude. Lo que más temía era el efecto que tendría el escándalo cuando informase a sus superiores de Londres. O bien lo tomarían por un ladrón o bien por un lamentable gestor, indigno de las funciones que le habían confiado. El porvenir se presentaba bien sombrío a sus ojos. Ya se veía despedido sin indemnización alguna, obligado a renunciar a su despacho y a su tren de vida, sin más remedio que regresar a Inglaterra con el rabo entre las piernas, marcado hasta el fin de sus días..., a no ser que tuviera la energía de lanzarse en otras aventuras, en nuevas actividades como las que le habían mostrado los Elliott. Comerciante de antigüedades chinas... Pero ¿tendría él la fuerza para cambiar de oficio, efectuar la colecta de objetos, transportarlos y después captar a los clientes ricos que aceptarían pagar lo que valían? En Londres la élite acaudalada no tardaría en enterarse de su trayectoria, porque ¡seguro que sus colegas de Jardine & Matheson le destrozarían la vida divulgando datos que le cerrarían todas las puertas!

Con un suspiro, se acordó de *baby face*, de su angélico rostro y también de esa vertiente de «peleador» que le había descubierto a raíz de su reciente aventura y que no hacía más que incrementar su encanto. ¡Qué lástima que a Antoine Vuibert no le gustaran los hombres! Con él, todo habría sido posible, porque a su edad, para volver a partir desde cero en la vida, había que hacerlo a dos. Ante aquella tremenda prueba que ahora debía afrontar, se sentía solo en el mundo, abandonado por todos, acosado por un enemigo invisible que había decidido acabar con él. De improviso, casi

lamentó no haberse dedicado a la medicina como su padre y su hermano. Cuando se levantó para ir al excusado, se rompieron dos patas del sillón, cosa que interpretó como un mal presagio. El criado le acercó otro sillón nuevo.

—¡Este verano está infestado de insectos! —se quejó Niggles al volver.

Zhong señaló el pequeño cuenco de bronce situado sobre el incandescente brasero.

—He puesto a cocer unas hojas de melisa. ¡Y el té del señor ya está servido!

Jack Niggles puso una mueca de disgusto cuando tomó el primer trago.

—¡Este té está demasiado amargo! ¡De unos días a aquí, me estás sirviendo un brebaje imbebible! —espetó con irritación, sin disimular un cierto agobio.

—¡Pero si es Nube de los Bosques, una de las mejores variedades de té verde! —exclamó con zalamería el criado.

—De todas maneras, me quema la garganta —refunfuñó el inglés, dándose unos toquecitos en la boca con el pañuelo de seda.

—En realidad, el señor está muy cansado, pero no lo quiere reconocer. ¡Por eso el señor encuentra tan amargo el té Nube de los Bosques! —argumentó, como sin darle importancia, Zhong el Discreto.

Tenía que proceder con cautela, porque eran las gotas blanquecinas de Espada Fulgurante las que conferían aquella terrible amargura al té de Niggles.

—Es verdad que supone un duro ejercicio estar de pie de la mañana a la noche en ese asfixiante almacén... —admitió, ceñudo, el comerciante de opio.

Sus indagaciones no daban ningún fruto y hasta tenía la impresión de topar con la propia muralla de China. Los gigantescos *stocks* que había que verificar fluctuaban día a día, según las entradas y salidas de las mercancías. La labor se presentaba muy difícil y no estaba nada seguro de que fuera a arrojar resultados.

Acabó la taza de mal talante, pensando en el informe que debería redactar para Stocklett y sus jefes. En ese sentido, convenía no demorarse, para que se supiera que él había descubierto las irregularidades, sin esperar a que la dirección abriera una investigación, una «auditoría», como la llamaban, que redundaría en su desprestigio. Debería redactar ese informe con mucho tacto. Ni demasiado largo ni demasiado corto, sin fiorituras ni justificaciones inútiles, debería poner de relieve el hecho de que él había tenido una reacción inmediata en cuanto había concedido dudas sobre el estado de las existencias de los almacenes cantoneses. Explicaría a los gerentes que, en el curso de una inspección imprevista, había descubierto las anomalías. Si él no hubiera tenido la presencia de espíritu de llegar a Cantón sin avisar, las sustracciones hubieran seguido su curso, causando gran perjuicio a la empresa. No bastaba, sin embargo, con escribir un informe para disculparse. Era preciso, asimismo, que sus superiores quedaran convencidos de que su argumentación resultaba válida y, sobre todo, de su honradez, cosa que no era fácil. Ya se imaginaba a ese indeseable de Stocklett exponiendo a Row sus habituales comentarios sobre las deficientes capacidades de gestión de los comerciales de su especie y aconsejando su despido de

la empresa sin un penique, cuando Zhong se acercó a él.

—Os prepararé otra taza de té...

Al villano servidor le habría encantado doblar la dosis de veneno destinada a su amo a fin de mandarlo aún más deprisa al otro mundo.

—¡De ninguna manera! ¡Ya me arde bastante la barriga! Acompáñame mejor al borde del río de las Perlas. Me sentará bien tomar un poco el aire. ¡Aquí hace tanto calor! —gimió Jack, agobiado en igual medida por los lúgubres pensamientos como por el malestar en el estómago.

Pese a que el hotel donde el comerciante tenía alquilado un pequeño apartamento estaba situado apenas a un kilómetro del río, tardaron casi una hora en llegar, pues al comerciante de opio le costaba caminar y tenía que apoyarse en el hombro del criado. El río de las Perlas discurría, como de costumbre, amarillento y revuelto, pestilente y crecido a causa de las lluvias torrenciales de la semana anterior, cargado de materiales en descomposición de toda clase que la población de Cantón arrojaba, noche y día, en su cauce. La fuerza de la corriente era tanta que hasta las grandes embarcaciones que remontaban el río, propulsadas por los brazos de una cincuentena de remeros, parecían avanzar a paso de caracol. Después de llegar trabajosamente hasta un banco de piedra en el que unos harapientos niños jugaban a pilla-pilla, Jack se dejó caer como un guiñapo en él. Mientras contemplaba aquel gran torrente de desgracias que, cuando salía de su cauce, era capaz de convertirse en vasto manto de muerte, de ahogar cada año a decenas de miles de personas, lo asaltó una terrible duda.

Se volvió hacia Zhong para observarlo. Este le sostuvo la mirada con una expresión que él interpretó de insolencia. Su duda se transformaba en certeza.

—¿Sabes, Zhong? —le susurró al cabo de un instante, con un hilo de voz—. Estaba pensado en algo...

—¿En qué piensa, pues, el señor?

Niggles torció el gesto.

—¡Me decía que si me robaras, yo no estaría en buena situación para darme cuenta! ¡El marido burlado siempre es el último que se entera!

Completamente dueño de sí, el criado no pestañeó siquiera.

—¡El señor debe de estar bromeando!

—Hablo muy en serio —musitó el inglés, que se había levantado y apoyaba las manos en el vientre.

Carraspeó, martirizado por el dolor, y a punto estuvo de vomitar. Un fuego interior le corroía el esófago, provocando un enorme espasmo que le recorría el torso, del ano hasta la garganta. Abrió la boca, creyendo que iba a sacar las tripas y liberarse de aquella terrible acidez que le impregnaba el tubo digestivo, pero no devolvió nada.

Zhong, entretanto, escrutaba la cara de su amo a fin de determinar si bromeaba o si, por el contrario, sospechaba algo. El «narigudo de pelo rojo» se había convertido

en una sombra de sí mismo. Bajo la mata de cabello de color de estopa vieja, la cara pálida, arrugada y demacrada, con las azules cuencas de los ojos hundidas, ofrecía un lastimero aspecto. El veneno a base de arsénico que le inoculaba desde hacía cinco días comenzaba a producir sus terribles efectos. No era precisamente aquel el momento para interrumpir la tarea que le había encomendado su jefe Espada Fulgurante.

—Si yo fuera su enemigo, el señor se habría dado cuenta hace mucho. El señor olvida que a menudo ha expuesto el cuello a mi navaja de afeitar... ¡Si yo fuera el señor, miraría más bien del lado de Vuibert!

—¡No veo por qué Antoine Vuibert me habría mentido! —replicó Niggles con tono contrariado.

—¡Su visita apestaba a maniobra!

—¡Pero de qué maniobra hablas, por todos los dioses! —exclamó Jack con irritación.

Pese a que sentía con respecto a *baby face* el rencor de la decepción amorosa, no alcanzaba a imaginarse al joven diplomático como organizador de los robos de los almacenes cantoneses de Jardine & Matheson. Aparte de que, de ser así, ¿por qué habría ido a verlo para contarle sus peripecias y advertirlo de la existencia de aquellas actividades fraudulentas?

—¡Esa patraña que contaba de que lo habían capturado los piratas yo nunca me la creí! —afirmó con voz dulzona el sirviente.

Niggles esbozó una mueca de disgusto. Zhong lo tomaba por un imbécil rematado, tratando de confundirlo de esa manera. Resolvió seguirle la corriente, decidido a descubrir su juego.

—Después de todo, quizá tengas razón. Ese francés pretendía manipularme sin duda.

—Personalmente, hace mucho que lo veo venir... —añadió con malevolencia Zhong.

—¡Tú tienes más perspicacia que yo!

Jack, que acababa de adquirir la certeza de que Zhong formaba parte de la conspiración, dejó vagar la mirada por la deshilachada cresta de las pardas olas del crecido río. Estaba rememorando la primera vez que lo vio. No había habido nada de fortuito en la manera como el criado lo había abordado en las obras de su casa haciéndole creer que trabajaba en el fumadero de enfrente. El chino de cara de ángel rafaélita había representado muy bien su papel haciendo que se apenase de él con su infancia desdichada, que no era, sin duda, más que pura invención. Sin saberlo, había amamantado a la víbora y había caído en la trampa. Para aquel joven, que se había convertido en su amante ya desde la primera noche, había sido cosa de niños convencerlo para que lo contratara. Fue así como Zhong se había convertido en su factótum.

—¿Por qué me robas, Zhong? —se puso a gritar bajo el efecto de aquella

cegadora realidad—. ¿Acaso no tienes una situación envidiable? Estás poniéndola irremediabilmente en peligro...

El criado apretaba los puños, listo para precipitarse contra aquel amo al que odiaba con todo su ser.

—¡Respóndeme, Zhong! ¡Ya no tienes por qué disimular!

—¿Qué queréis que os diga, que me sobran vuestros sarcasmos?

—¡Tu ausencia de respuesta equivale a una confesión! ¡No eres más que un traidor! —chilló el comerciante de opio antes de agacharse para escupir una oleada de bilis que le dejó una terrible mordedura en la boca.

Zhong lo agarró por los hombros y lo hizo caer pesadamente al suelo, a unos pasos tan solo del río.

—¡Señor Niggles, los ladrones no deben extrañarse de que otros les roben!

—¡Te prohíbo que me acuses de ladrón! ¡Yo soy una persona honrada!

—¡Vender opio es robar al pueblo, señor Niggles! Mis amigos y yo le seguimos el rastro...

—¿De qué amigos hablas? —susurró, jadeante, Jack.

—Señor Niggles, la tríada de las Tres Armonías lo tiene vigilado desde que puso los pies en el territorio de este país.

—Así que eres miembro de las Tres Armonías... —murmuró el inglés, retorciéndose de dolor.

Al igual que todos los extranjeros residentes en China, conocía la existencia de aquella sociedad secreta, sobre cuya organización y función circulaban toda clase de rumores a cada cual más estrafalario. Algunos afirmaban incluso que aquella mafia que se había propuesto asesinar a Daoguang había conseguido infiltrarse en su séquito. Gracias a la presencia en su seno de algunos potentes «compradores», las Tres Armonías controlaban las zonas portuarias más importantes del país, obligando a ciertas empresas de comercio a tratar con sus representantes. Ahora Niggles comprendía mejor por qué aquella tríada no había efectuado ninguna demanda a Jardine & Matheson: prefería saquear directamente sus almacenes.

—Os informo de que Muchacho de las Nubes también lo era.

—¿Conocías a Muchacho de las Nubes? —preguntó, pasmado de asombro, Niggles.

—Las Tres Armonías están presentes en todo el territorio de China. Desde que ingresé en la organización, me enviaron a Tianjín junto a Trípode Auténtico. ¡Yo estaba allí aquella noche en que Muchacho de las Nubes os llevó a casa de Trípode!

El inglés emitió un estertor, al borde de la agonía. La manipulación era aún más importante de lo que imaginaba. Desde Tianjín venían siguiéndole la pista e introduciéndose en su dispositivo. Habían jugado con él como con un peón y ahora lo desvalijaban, lo robaban, destruyendo su reputación ante la empresa. Volvió a pensar en el magnífico actor de ópera que llevaba en el hombro el cuervo que sostiene el sol.

—¡Dame al menos noticias de Muchacho!

—Murió unos meses después de vuestra llegada. Estaba en un deplorable estado.

—¿Por el opio? —musitó, abatido, Niggles.

Volvía a percibir toda la angustia contenida en la última mirada que Muchacho le había dedicado antes de esfumarse en la oscuridad de la noche. Trató de alargar la mano para ver el anillo de jade de Muchacho, pero advirtió que ya no le respondía el brazo. Todo el cuerpo se le paralizaba lentamente.

—¿Tú qué crees? —contestó el chino, al tiempo que se inclinaba para pegar la cara a la de Jack.

Al ver los carnosos labios de su antiguo amante que tan a menudo había rendido homenaje a su sexo, el inglés exhaló un largo suspiro. Rememoró la primera noche, en la que Zhong le había ofrecido la flor de sus embrujadoras caricias. ¡Qué ingenuo había sido! Había creído que su criado era sincero. Como todos los coloniales, se imaginaba que lo esperaban como al Mesías, cuando en realidad estaba rodeado de viles truhanes que acechaban la primera ocasión para vengarse. ¡Había tomado al diablo por un santo! ¡Una inmensa ciénaga, un mar de engañosa calma, eso era la China, el imperio de las lágrimas para todos cuantos engullía!

De repente, vio un amarillento rebullir a unos centímetros de sus ojos. Tenía la nariz y el pecho mojados. No se había dado cuenta de que Zhong el Discreto acababa de arrastrarlo hasta el borde del río y no tuvo la fuerza para debatirse ni para ofrecer resistencia cuando, con una violenta patada, este lo hizo caer rodando y las fangosas aguas del río de las Perlas se introdujeron al instante por su boca antes de invadirle los pulmones y el estómago.

Enseguida, bajo la vengativa mirada de su antiguo criado, un poderoso torbellino amarillo engulló el cuerpo del comerciante de opio.

XLIV

Cantón
15 de octubre de 1847

Mientras la dorada tonalidad del sol poniente se fundía con el rojo anaranjado de las paredes del gran patio del monasterio de la Iluminación, con su reciente delgadez, la cara bronceada y la cabeza totalmente afeitada que lo volvían irreconocible, La Piedra de Luna seguía pensando en su querida Laura mientras miraba con los ojos entornados, como deslumbrados por el último resplandor del astro solar, al gran Buda yacente ante el cual se había detenido con ella el día en que habían visitado la sala del infierno del mayor santuario budista de Cantón.

En ese día de fiesta, la inmensa estatua ennegrecida por el humo de los cirios y de las varillas de incienso desaparecía por completo bajo los montones de ofrendas de flores y de frutas que desde el amanecer habían ido depositando de continuo los fieles sobre sus ardientes piedras.

Vestido con la túnica de color azafrán de los monjes budistas, el hijo secreto del emperador Daoguang cogió una pequeña escoba y con un flexible ademán ahuyentó la bandada de gorriones que venían a abatirse una vez más sobre el fastuoso y recalentado festín. Su misión era alejar a los pájaros hasta que los monjes acudieran, después del crepúsculo, a recuperar los dones del día. Entonces, dispondría dos partes: una, más pequeña, para la comunidad monástica y la otra, mucho más voluminosa, para los pobres y los indigentes que se agolpaban a las puertas de la pagoda. Después, solo tendría que barrer toda la zona de oración antes de ir a reclamar, con su cuenco de las limosnas, su única pitanza del día a uno de los ayudantes del padre superior.

Habían transcurrido dos meses desde que el joven había hallado refugio en el monasterio, dos meses presididos por la inmovilidad en los que, tras los ajetreados episodios vividos anteriormente, el tiempo parecía suspendido. De manera invariable y al igual que para todos los monjes, los días de La Piedra de Luna estaban consagrados a las labores comunitarias y al estudio de los textos sagrados del budismo. En cuestión de unas semanas, cuando concluyera su primer trimestre de presencia en el monasterio del templo de la Iluminación, le otorgarían su nombre de monje en el curso de una solemne ceremonia. Según la regla promulgada por el superior de la Gran Pagoda, todos los bonzos estaban obligados a renunciar a su nombre de familia antes de pronunciar los votos. Ese día, el monje se entregaba por entero al Bienaventurado Buda y se volvía capaz de seguir la misma vía que él, la vía que conducía al nirvana^[102].

El Buda pedía a sus adeptos que renunciaran a todo deseo y dejaran de forjar

proyectos. Para él, esa era la manera como los seres se libraban del sufrimiento y la frustración perpetuos, que no hacían sino amplificar las incesantes reencarnaciones a las que se veían condenados quienes se apartaban del buen camino y se veían por ello obligados a renacer encarnados en formas inferiores, como, por ejemplo, la de un insecto que se halla a merced del menor pájaro o la del ratón destinado a acabar en el vientre de un gato.

Fue para aprender a vivir sin Laura el motivo por el que La Piedra de Luna había decidido someterse a ese nuevo modo de vida.

En realidad se había librado de una buena. En pocos días había pasado de la euforia de la libertad a la desesperación por la ausencia de la mujer que amaba. Perseguido por la policía secreta, que se había enterado de su regreso a Cantón, había estado a punto de caer en una emboscada cuando se había precipitado a casa de Issachar Roberts, impaciente por ver a su querida Laura. Bambridge, que lo había recibido con suma sequedad, le explicó que, justo después de la muerte de su madre, la joven inglesa se había marchado con su hermano sin dejar ninguna dirección. Aquellas terribles noticias lo habían dejado sin habla, al tiempo que en su cabeza se agolpaban las preguntas. ¿Por qué no lo había esperado Laura? ¿Dónde estaría? ¿Cómo habría reaccionado ante la muerte de su madre? ¿Por qué se había ido del presbiterio sin decir adonde iba, sabiendo que él no tenía otro lugar adonde volver a buscarla? Para La Piedra de Luna, que había franqueado, henchido de alegría, la puerta del presbiterio, había sonado la hora de la desilusión. Aun así, no ponía en duda que la joven seguía amándolo. Si de algo estaba seguro era de que si había huido, lo había hecho obligada por las circunstancias. Habían transcurrido cuatro meses exactos desde que sus caminos se habían separado en el barco-restaurant del río de las Perlas y que no había vuelto a tener noticias de él. Quizá había pensado que no iba a volver. Quizá quería, asimismo, ocultar su embarazo a Roberts y a Bambridge. Su vientre debía de estar ya abultado y pronto llegaría el momento en que daría a luz a su hijo. ¿Estaría él a su lado ese día?

—La señora Clearstone no gozaba de buena salud —acabó comentando, abrumado.

—Murió de fiebre en cuestión de unas horas —precisó la mayordoma del pastor sin dejar translucir la menor emoción.

Imaginando lo peor, trató de averiguar algo más sobre las condiciones en que se había marchado Laura.

—¿No tiene ninguna idea del lugar adonde pudo haber ido su hija, señorita Bambridge?

—¡Ni la más remota! ¡Y si quiere que le diga, para mí esa muchacha no es más que una impertinente que no tiene ninguna clase de principios! —había espetado Bambridge, antes de pasar a hacer hincapié en el hecho de que Laura no había tenido ni siquiera la consideración de asistir a los funerales de su madre.

Como las desgracias no llegan nunca solas, en el momento en que abandonaba

aquel presbiterio en el que ya no le quedaba nada que hacer, La Piedra de Luna había recorrido apenas unos metros cuando oyó pronunciar su nombre a unos policías que cortaban la calle y controlaban a todos los transeúntes. Los imperiales habían cercado el barrio del Cesto Amarillo. Entre ellos, había reconocido enseguida al agente del brazal rojo que había ido a buscarlo a casa de su abuela. Por temor a caer en sus garras, entró en el último momento, con el corazón palpitante, en la primera taberna que encontró y pidió una sopa. No habría sabido decir por qué razón, a pesar de no ser ni siquiera budista se había puesto a implorar al Buda, convencido de que solo el Bienaventurado Siddharta Gautama podía sacarlo de ese trance. Aquella invocación había surgido de forma instintiva, como el último recurso posible. El Bienaventurado era conocido como el abogado de las causas imposibles, la deidad hacia la que la gente volvía la mirada cuando todo estaba perdido.

Los hechos le demostrarían que había elegido bien. Mientras el esbirro del brazal rojo iba y venía al otro lado de la calle, una carreta repleta de fajos de caña de azúcar quedó inmovilizada justo delante de la taberna a causa del atasco de gente formado delante de la barrera de policías. La Piedra de Luna se había sacado febrilmente del bolsillo un *liang* de bronce y, con un gesto, había suplicado a su conductor, un hombre con la cabeza afeitada que iba instalado con fiera actitud encima de su carga, que lo dejara meterse debajo de las cañas. El hombre, cuya mirada irradiaba bondad, se había negado de plano a aceptar el dinero.

—¿Necesitas esconderte? —le susurró.

—Si me ayudas a salir del barrio, habrás salvado la vida de un inocente. ¿Cuánto quieres?

—¡Yo, nada! ¡Lo que pensabas darme, se lo ofrecerás a la pagoda!

La Piedra de Luna se tendió entre las cañas de azúcar y cuando el vehículo pasó delante del control, el policía del brazal rojo no advirtió nada. Un cuarto de hora más tarde, pasado ya el peligro, el hijo secreto de Daoguang pudo salir de su escondite. Como las fibras de caña le habían causado desgarraduras en las carnes, el campesino extrajo del bolsillo un unguento que le aplicó en las piernas lastimadas.

—No sé cómo darte las gracias —dijo, emocionado, a su salvador.

—¡No se merecen!

—¿Cómo te llamas?

—Nobleza de la Verdad.

—Es un nombre budista.

—Es que yo soy un adepto del Bienaventurado Buda. Como tú, ¿no es cierto?

La Piedra de Luna se quedó pensativo antes de responder aquella pregunta tan parecida a una indirecta.

—No sé... Podría ser... —murmuró al tiempo que le volvía a la memoria el recuerdo de su primer contacto con una pagoda.

Era el día de Año Nuevo. Eran en torno a las diez de la noche y los apoteósicos festejos transformaban Cantón en bulliciosa colmena iluminada por miles de

linternas. Hasta los mendigos, a quienes la gente daba un poco de comida ese día porque se suponía que traía suerte para el resto del año, habían sustituido sus lamentos y posturas habituales por sonrisas algo bobaliconas. Mientras paseaba con su padre por la Old China Street, sonó una fortísima explosión que lo proyectó por los aires. En la calle abarrotada de gente, unos granujas tiraban petardos a las piernas de los viandantes. Cuando se recuperó de la conmoción, su padre estaba inclinado sobre él y le hablaba, pero no oía nada. Ningún sonido penetraba en sus oídos mientras Ramillete de Pelo Celestial gritaba a la banda de chiquillos que se había desperdigado como una parvada de gorriones.

—¡Se me han muerto las orejas! —se puso a chillar aterrorizado La Piedra de Luna, creyendo que se había vuelto sordo.

Su padre lo cogió en brazos y, en medio de las tracas de estallidos y las sartas de luces que desgarraban el cielo, lo llevó hasta un pequeño templo lamaísta situado unas calles más allá. En el umbral los esperaba un viejo «Gorra Roja^[103]» de anguloso y translúcido semblante.

—¡Sed bienvenidos al templo de los lamas, oh, ilustres visitantes! —exclamó el anciano con una firme voz que contrastaba con los sonrientes labios, delgados y blanquecinos, de donde brotaba.

—Unos pillos han tirado petardos a las piernas de mi hijo y ahora no oye bien.

—Tened la amabilidad de seguirme. El Buda destapa los oídos y abre los ojos de aquellos que buscan la vía —respondió el monje tibetano a Ramillete de Pelo Celestial antes de conducirlo ante una hermosa representación en madera sándalo de Vajrasattva, el Adibudha o Buda Supremo.

Sentada en la postura del diamante^[104], la divinidad aparecía totalmente desnuda, adornada con una diadema con turquesas incrustadas y brazaletes ornados de lapislázuli. La Piedra de Luna, que seguía sin oír nada, había quedado admirado por su alegre mirada, imbuida de una inefable dulzura que inundaba el corazón. En torno a ella, unos monjes con hábitos rojos soplaban en las bocas de las trompas, pasaban rosarios *mala* de ciento ocho cuentas, agitaban unos tamborcillos con bolas percusoras confeccionados con cuerno de rinoceronte y piel de mono y hacían girar los molinillos de oración diseminados por el deambulatorio. Con una voz tan grave que parecía venida de ultratumba, todos los lamas salmodiaban la célebre fórmula sacramental del mantra *Otn mani padme hum*^[105].

Aquella inmersión en aquel mágico y nebuloso mundo concluyó después de que el viejo monje le impusiera las manos sobre las sienes. Tras invocar al Adibudha, el lama le sopló con fuerza en las orejas y, en unos instantes, recobró por completo la capacidad auditiva. En el momento en que el anciano lo bendijo, advirtió la infinita dulzura de su mirada que, bondadosa y remota a la vez, parecía escrutar el vacío.

—¡Ahora podrás oír la voz del Bienaventurado! Un día te llamará. ¡Si lo escuchas, hallarás la salvación! —murmuró el monje con una enigmática sonrisa.

—El señor no nos ha pedido nada. ¡No quería dinero! —comentó, extrañado, el

niño, que ya había tenido ocasión de reparar en la maña que se daban los médicos chinos para sustraer astronómicas sumas a sus clientes.

—Ese lama es la compasión personificada. Él desea hacer el bien y nada más. No pretende ganar dinero —le explicó su padre mientras regresaban a casa.

—Padre, ¿qué es la compasión?

—La atención para con los demás. El hecho de compadecerse de sus sufrimientos.

—Y el que me va a llamar un día, el Bienaventurado Buda, ¿quién es, papá?

Como habían llegado a la casa, Ramillete de Pelo Celestial, que profesaba ideas confucianas, optó por poner fin a la conversación allí. Cuando uno era calígrafo no estaba bien visto ser budista. A La Piedra de Luna no se le volvió a presentar la ocasión de hablar de nuevo del Buda con su padre, pero la visita al templo de los lamas quedó grabada en su recuerdo y suscitó en él el deseo de conocer mejor las Nobles Verdades del Bienaventurado Siddharta Gautama.

El hijo secreto del emperador Daoguang observaba ahora, bajo el influjo de aquella experiencia, al servicial cultivador de caña. No le sorprendió constatar que sus ojos tenían la misma expresión de bondad que los del anciano lama de gorro rojo que le había sanado el oído y concedido su bendición.

Nobleza de la Verdad tiró del ronzal del búfalo para detener el carro y, una vez estuvo parado, juntó las manos sobre la frente y se inclinó respetuosamente ante su pasajero.

—¡Lo había adivinado! —dijo—. ¡Tienes la mirada de quien ha descubierto, como yo, la bondad infinita del Buda!

—¿Has profesado? —preguntó La Piedra de Luna, cada vez más intrigado por el comportamiento del santo varón.

—Como estoy casado y tengo ocho hijos, no puedo acceder, por desgracia, a la vida monástica. Eso no me impide, en cambio, ir tres veces al día a la pagoda para presentar ofrendas y rezar por el prójimo. Allí voy precisamente ahora para ofrecer al Bienaventurado esta carga de caña. Yo soy campesino y procuro dar a la Gran Pagoda la mitad de mis cosechas.

De este modo, emocionado hasta las lágrimas por el recuerdo de su anterior visita en compañía de la dulce Laura, La Piedra de Luna volvió a la pagoda de la Iluminación.

Nobleza de la Verdad era muy conocido en el templo. No bien hubo entrado con su búfalo en el interior de la inmensa explanada del templo, una bandada de bonzos acudió riendo hacia su carro. En pocos segundos, la habían descargado y después habían rociado con agua al animal antes de almohazarlo meticulosamente para después darle unas cuantas hojas de caña de azúcar para mascar. El espectáculo de aquellos flexibles tallos que colgaban, cual verdes chorros de agua, de la boca del búfalo era tan gracioso que los monjes habían estallado en carcajadas. La Piedra de Luna, que tenía una loca necesidad de distenderse a consecuencia de la angustia

pasada a la salida del presbiterio, se sumó a sus risas. Después de aquellos terribles días en que se habían acumulado tantas desgracias, imprevistos, contrariedades y esperanzas vanas, la pagoda de la Iluminación se le presentó como un remanso de paz situado al margen del mundo, un lugar divino en el que, gracias a la presencia del Bienaventurado Buda, las heridas del infortunio podían resultar un poco menos dolorosas, un acogedor refugio de misteriosa atmósfera donde los lisiados de la vida hallaban el consuelo necesario para volver a levantarse y seguir caminando, un lugar, en suma, donde sentía que podría reconstruirse despacio para luego reanudar mejor su camino.

Después de las oraciones de rigor, Nobleza de la Verdad fue a despedirse de La Piedra de Luna.

—Querría pasar un tiempo aquí —le anunció este—. ¿Qué debo hacer?

—Es muy sencillo. Basta con obtener el consentimiento de Iluminación Súbita. Es el padre superior. ¡Ven conmigo!

Sin perder un minuto, el campesino lo condujo hasta el monje que velaba por el destino del millar de bonzos y de novicios con que contaba el monasterio asociado a la Gran Pagoda. Cuando entró en el antro de Iluminación Súbita, una minúscula habitación desprovista de todo mobiliario con excepción de una austera cama de planchas en la que meditaba el religioso, La Piedra de Luna no las tenía todas consigo. El hombre que era capaz, para apiadar a los fieles, de poner a los ascetas en jaulas suspendidas del techo de la sala del infierno no debía de ser una persona blanda, pensaba. Su sorpresa fue mayúscula después de que el campesino llamara a la puerta. Lejos del monstruo del que recelaba, quien acudió a abrir fue un hombre de físico ascético, de brillante y apaciguadora mirada que iluminaba un rostro desprovisto de arrugas.

—¿Qué te trae por aquí, Nobleza de la Verdad? Siempre es un gran placer verte. ¿Cómo está tu familia?

La Piedra de Luna no lograba precisar la edad de aquel bonzo que acababa de cumplir los ochenta años, pese a que, por sus funciones de dirigente de la comunidad monástica, cabía deducir que era uno de sus más antiguos miembros.

—Todos están bien. He venido a presentaros a un amigo que desearía alojarse un tiempo aquí.

Los ardientes ojos del anciano monje, temibles asimismo hasta un grado que La Piedra de Luna no podía alcanzar a imaginar, fijaron una prolongada mirada en él, como si pretendiera captar sus motivaciones.

—¿De modo que quieres ingresar en la comunidad monástica? —le preguntó.

—¡Todavía no sé si seré digno!

—¿Te apetece?

—¡Sí! —respondió el hijo secreto del emperador Daoguang, sin sospechar a qué se comprometía.

—¿Sabes que cuando uno jura respetar las Diez Prohibiciones^[106] y se convierte

en bonzo sigue siéndolo para toda la vida?

—¡Lo sé!

El viejo monje Iluminación Súbita se acercó a La Piedra de Luna y le posó la mano en la cabeza. Entonces, el joven, hasta entonces roído por la angustia, tuvo la impresión de que le quitaban un enorme peso del corazón y que su cuerpo se liberaba poco a poco de los miasmas que se habían acumulado en él.

—¡Sé bienvenido! ¡El Bienaventurado te toma bajo su protección! La flor de la altitud renace siempre después de las nieves del invierno... —murmuró con voz suave el superior, fortaleciendo con sus palabras al recién llegado, para quien no podía ser más oportuna aquella pausa en el monasterio.

* * * *

Dejó quieta la escoba. Amedrentados, los pájaros se habían refugiado en las ramas de los árboles y no había riesgo de que volvieran a tocar la fruta y la verdura.

El grano de polen alcanza su objetivo en cuanto el viento sopla a su favor.

Aquella hermosa máxima de Zhuangzi^[107], cargada de esperanza y sabiduría, que su padre le había hecho escribir el día en que cumplió seis años, le resultaba siempre alentadora cuando, ya mayor, le costaba copiar un carácter que entrañaba una especial dificultad o cuando no conseguía acertar en el blanco en el tiro con arco.

El grano de polen alcanza su objetivo en cuanto el viento sopla a su favor.

¿Y su objetivo, dónde estaba? ¿En una vida consagrada al Buda o bien en una vida donde habría reencontrado a Laura, en la que no paraba de pensar y de quien no se lograba desprender? Incapaz de discernir los contornos de su destino, observó el sol poniente que, difundiendo desde el horizonte las últimas volutas de su incienso de luz, arrancaba destellos rojos en los dorados ladrillos de la Gran Pagoda.

El astro del día acababa de posarse detrás de la línea del horizonte para dejar paso a aquel residuo azulado que en otoño duraba menos de un cuarto de hora cuando los primeros monjecillos acudieron a recoger las ofrendas que habían diseminado los fieles a lo largo del lascivo cuerpo del inmenso Buda acostado. En una franja entre trece y dieciséis años, todos provenían de familias muy pobres que los habían confiado al monasterio porque no les podían alimentar. El hijo secreto de Daoguang apreciaba la compañía de aquellos muchachos que consagraban diez horas diarias al estudio de los *sutras*^[108] del Buda y regalaban a los demás su perpetua alegría comunicativa.

—La Piedra de Luna, eres magistral. ¡Parece como si los pájaros no hubieran comido nada y eso que normalmente comen hasta hartarse! —exclamó uno de ellos, aplaudiendo.

—Lo he hecho lo mejor que he podido, pero sin hacerles daño —repuso el calígrafo, levantando la escoba.

Los novicios pusieron los plátanos, las naranjas y las hojas de banano rellenas de

arroz en unos grandes cestos para distribuir una parte de su contenido entre los indigentes que se apiñaban ya a las puertas del templo. Cada noche, Iluminación Súbita supervisaba personalmente la operación.

—Mañana los monjes ascetas quedarán dispensados de jaula —anunció alborozado este al ver la excepcional colecta de comestibles acumulada ese día.

Habitados cual faquires a torcer los miembros para hacer entrar sus flacos cuerpos en unas cajas en las que apenas cabía un niño, los ocho esqueléticos bonzos que el padre superior mandaba colgar todas las mañanas del techo de la sala del infierno se postraron, totalmente indiferentes a la noticia. La Piedra de Luna se estremeció pensando en aquellos faquires hindúes que de vez en cuando circulaban por las calles de Cantón y que aseguraban que no eran capaces de dormir si no era encima de su lecho de clavos.

Una vez efectuada la repartición, el superior se volvió hacia La Piedra de Luna.

—Ven a mi despacho, que tengo que decirte algo importante.

Después de instalarse en la posición de loto, el superior clavó la mirada en los ojos del joven calígrafo.

—El maestro de estudios me ha informado de tus pasos de gigante en la comprensión de las Nobles Verdades del Bienaventurado —señaló—. Por eso he decidido reducir el periodo de tu noviciado. Mañana podrás pronunciar los votos. Te he elegido un nombre de monje. ¡A partir de ahora te llamarás Compasión Extrema!

Enfrentado de improviso a tan corto plazo, La Piedra de Luna, que ni por asomo se esperaba tal noticia, fue presa de vértigo, igual que el montañero que se topa con un precipicio. No se sentía dispuesto a privarse de manera definitiva de toda posibilidad de encontrar a su mujer y a su hijo. La esperanza de que Laura lo aguardara en algún lugar no se había disipado por entero pues, tal como había escrito el mismo Zhuangzi, *la montaña y el agua acaban por encontrarse siempre*. Daba igual quién de los dos, Laura o él, era el agua y quién la montaña.

—¿Realmente soy digno de ello? —murmuró, decidido a ganar tiempo.

—Eres un novicio excepcional. En dos meses has hecho lo que los otros tardan un año en conseguir. El Bienaventurado estará encantado de tenerte entre sus discípulos.

Sea cual sea la longitud del río, siempre termina su curso en el mar...

La Piedra de Luna salmodiaba en voz baja aquellas palabras.

Sea cual sea la longitud del río, siempre termina su curso en el mar...

De repente, vio la silueta de Laura. Cada vez tenía el vientre más abultado. Desde que llegó al monasterio, siempre que pronunciaba aquel otro aforismo de Zhuangzi, se le aparecía su mujer. Tranquila y sonriente, le tendía la mano como si no hubiera ocurrido nada, lista para partir con él hasta el otro extremo del mundo, al país de las gentes dichosas... No era el momento de estropearlo todo.

—No me siento preparado... Todavía no comprendo algunos pasajes del *sutra* del Loto —objetó con terquedad.

—Eres el primer novio que conozco que desea diferir la fecha de su consagración.

Normalmente, ocurre lo contrario. A menudo debo retrasar la prestación de juramento de quienes ansían ingresar en la comunidad y que aún no son dignos de ello — observó, decepcionado, Iluminación Súbita al tiempo que se ponía a tocar con nerviosismo el *mala*.

—¡En cuanto me sienta digno, vendré a comunicároslo, venerable padre! — exclamó entonces, creyendo que el superior comprendería su modestia.

—¡Aquí no son los novicios los que deciden si son dignos o no de convertirse en monjes! —murmuró entre dientes, muy irritado, el religioso no bien hubo concluido la frase—. ¡Es a mí, y solo a mí, a quien corresponde dicha prerrogativa!

—No era mi intención faltar a la regla. Mi ignorancia abunda a favor de las palabras que os han ofendido... Todavía no estoy preparado.

Cuando abandonó el despacho del superior, aliviado por haberse atrevido a ofrecer resistencia y consciente de que no se quedaría mucho tiempo en la Gran Pagoda, el joven calígrafo comprendió que si había recuperado la esperanza era porque había comenzado a reconstruirse.

Y ese renacimiento se lo debía al Bienaventurado Buda. Ahora tenía fe en él y no se cansaría nunca de alabar su infinita bondad.

XLV

Shanghái
18 de diciembre de 1847

El barco llegaba a la hora justa! Mientras la inmensa mole de madera y hierro del *Fuissant* se deslizaba hacia el muelle, se disipaba la angustia que había estado atenazando a Antoine Vuibert desde que había despertado. La fina y pertinaz lluvia, propia de los inviernos de Shanghái, impedía distinguir la otra orilla del Huangpu, y el navío proveniente de Hong Kong había surgido de repente en medio de aquella grisácea neblina que transformaba el puerto en una lúgubre zona fangosa en la que chapoteaban unos cuantos *coolies* empapados hasta los huesos.

Después de aquellos meses de total libertad durante los cuales había podido moverse a su antojo, nuestro aspirante a diplomático estaba sobre ascuas, ansioso por saber cómo sería Charles de Montigny, el nuevo cónsul de Francia en Shanghái, al que a partir de ese momento debería servir de coadjutor. ¿Sería tiránico y vocinglero, de los que exigían una obediencia en cuerpo y alma, o bien cortés, proclive a dejar las riendas sueltas? ¿Quizá sería simplemente un individuo puntilloso y desconfiado, de la execrable raza de los que no delegan nada pero lo exigen todo! Aquella era la posibilidad que más temía Antoine, la de tener uno de esos jefes que, al no estar a la altura, resultan a la vez insoportables e ineficaces.

El joven que se disponía a dar la bienvenida al nuevo cónsul de Francia en Shanghái era un colaborador leal, pero poco dado a la sumisión y menos aún a los acomodos de conciencia.

Desde su llegada a China, donde tenía la impresión de hallarse implantado desde hacía siglos, el curso de la existencia de Antoine Vuibert se había acelerado. Las peripecias sufridas habían contribuido a forjarle el carácter. Fortalecido por la experiencia de la supervivencia y consciente de haber escapado por poco a la muerte, enfocaba con una voraz actitud cada nuevo día de su existencia, decidido a no aburrirse nunca. Aunque escarmentado por aquella calaverada de Cantón que había estado a punto de acabar tan mal y después por la pasmosa declaración de amor de Niggles, no había puesto sordina a sus proyectos de aventura.

Aguardaba, pues, con pie firme a ese nuevo cónsul de Francia al que pensaba poner a prueba sin dilación a fin de determinar si sería posible establecer una colaboración con él.

El padre Freitas le había prestado un gran servicio en ese sentido. Gracias al terreno de los jesuitas, Antoine se hallaba en condiciones de demostrar sin dilación a su jefe su condición de colaborador aplicado y eficaz. El francés, que llevaba varias semanas consagrando buena parte de su tiempo a la preparación de las escrituras de

propiedad, sentía un agradecimiento inmenso por la decisiva ayuda del portugués.

Conviene precisar, por otra parte, que Freitas había puesto en práctica toda su maestría en el arte de la manipulación. Con gran secretismo, había comenzado poniendo al corriente a Antoine del día de la llegada de Montigny a Shanghái.

—¡Siempre tiene usted excelentes primicias, padre Freitas! —exclamó, sorprendido y sin mucho entusiasmo, el francés—. En París, ni siquiera han creído necesario informar al primer interesado.

—Los diplomáticos a menudo creen que tienen la eternidad ante sí... ¡Era broma! Bueno, lo importante es que se halle en condiciones de acoger como es debido al señor De Montigny.

—¡Muchas gracias por haberme avisado! Es posible que no reconozca Shanghái, porque no ha venido desde hace tres años. No pasa un día sin que se construyan nuevos edificios. ¡Espero que le guste estar aquí! Cuando el patrono refunfuña, el colaborador lo pasa mal... —había añadido Antoine.

—Le gustará, y más teniendo en cuenta que podrá contar con un colaborador eficaz —le había asegurado el jesuita, tranquilizador.

—Haré lo que pueda. ¿Cómo debería proceder, en su opinión? No conozco nada de ese señor De Montigny. ¡Ni siquiera sé qué espera de mí!

—Yo, en su lugar, haría lo posible para poder anunciarle de entrada que Francia dispone en Shanghái de un emplazamiento de primera donde poder erigir una magnífica sede consular.

—¿El terreno del que me había hablado el día de mi llegada está disponible aún? —se apresuró a preguntar Vuibert.

—En efecto. Conforme a mi palabra dada, sigue a su disposición.

—¿Y el precio? Entonces no me lo precisó.

—Trescientos escudos de oro.

—¡Pero eso es una suma enorme! —exclamó Antoine, impresionado por la magnitud financiera de la operación.

—¡Está de broma! Si no es nada caro. Aquí, con la presión de las grandes casas de comercio, los precios del suelo se multiplican por dos cada año. Como la Compañía de Jesús no tiene interés en favorecer la especulación inmobiliaria, le ofrezco ese terreno a un precio muy inferior al del mercado —había aducido Freitas con el aplomo del temible negociante que era.

Temiendo cuál pudiera ser la reacción de sus superiores, Antoine había intentado echarse atrás.

—En realidad, todavía no sé dónde querrá instalarse el cónsul. Además, el Ministerio de Asuntos Extranjeros es una máquina muy pesada en la que todo debe remontar hasta el ministro, que es el único que puede tomar esa clase de decisiones...

—¡Imagino que el ministro deseará que Francia disponga de un edificio que no quede demasiado en ridículo al lado del de los ingleses!

Frente al embarazoso silencio de Antoine Vuibert, Diogo de Freitas Branco había

argumentado con ardor, afirmando que no le cabía la menor duda de que Charles de Montigny se sentiría en perpetua deuda con su colaborador por haber aprovechado una oportunidad como aquella. Para acabar de rematar la jugada, el jesuita se enzarzó en un detenido análisis de las ventajas financieras que conllevaría una operación inmobiliaria de esa clase en caso de que Francia quisiera revender el terreno. Luego, comprobando que su fuerza persuasiva hacía tambalear las reticencias del francés, le clavó la estocada definitiva.

—Este asunto se ha alargado demasiado, señor Vuibert. Si usted no se decide, en cuestión de unos días me verá obligado a sacar a subasta el terreno. ¡Sepa que ya me vienen detrás los holandeses y los españoles, que desean adquirirlo!

—¿Qué debo hacer para asegurar la exclusiva de Francia sobre ese terreno? —inquirió el aprendiz de diplomático, dividido entre el deseo de poder anunciar la buena noticia al señor De Montigny y el temor a que le reprochara la iniciativa.

El jesuita, que ya tenía preparada la jugada, le presentó de inmediato una hoja con el membrete de la Compañía de Jesús.

—Basta con que firme estos documentos... Uno es para usted y el otro para mí.

—Espero que no estaré firmando mi sentencia de muerte —murmuró medio en broma Viubert antes de estampar su firma bajo la promesa de adquisición del terreno por la suma de trescientos escudos de oro.

—Ahora habrá que ir al servicio de administración del suelo para que establezcan el acta de propiedad. La venta se efectuará ante el mandarín Wong, al que habrá que entregar un pequeño regalo para evitar que el trámite no quede paralizado.

El *Puissant* se hallaba a escasos metros del muelle y Antoine, que había ido a ver a Wong en seis ocasiones, se imaginaba ya el momento en que anunciaría con orgullo a Charles de Montigny que Francia disponía de un magnífico solar en Zikkawei.

El barco era un hermoso navío de tres mástiles de elegante línea alargada, mucho más airosa que las panzudas quillas de los juncos de guerra entre los cuales había debido abrirse camino para llegar hasta el embarcadero. Con sus dos puentes y su quilla de madera revestida de cobre, de casi cuarenta y cinco metros de eslora, tenía una capacidad de carga de casi doscientas cuarenta toneladas. Antoine no había visto nunca un buque tan moderno. Era una auténtica sala de máquinas flotante. Casualmente, como si quisieran dedicar un himno a la fuerza motriz del vapor, sus dos chimeneas se pusieron a escupir muy ufanas su chorro de hollín y de vapor en el momento en que, con un último esfuerzo, la quilla se pegaba suavemente a las piedras talladas del muelle, relucientes a causa de la lluvia. No bien cesó el ruido provocado por el par de recios tubos encarados hacia el cielo, con gran profusión de gritos la tripulación lanzó las amarras a tierra. Al cabo de unos instantes, dos marineros desprendieron la pasarela del flanco del navío para inclinarla hacia el suelo. El capitán Gault des Étages, un viejo habitual de la larga travesía que permitía llegar a China por el cabo de Buena Esperanza, acudió a cerciorarse de que las cuerdas estaban bien aseguradas antes de autorizar el descenso de los pasajeros.

Antoine, que se había apostado al pie de la pasarela agitando una banderilla tricolor, tenía plena conciencia de que estaba a punto de pasar página y dejar atrás una parte de su vida, llena de experiencias de por sí.

En cuanto vio al cónsul de Francia en la fila de pasajeros que bajaban del barco, corrió a su encuentro. Con su uniforme diplomático con hojas de roble bordadas en la pechera y el bicornio negro ornado con una pluma de avestruz, Montigny distaba de pasar inadvertido. Mantenía un animado diálogo con un hombre de tipología occidental, con quien reía a carcajadas.

—¿Señor De Montigny? —preguntó Antoine cuando se encontró a menos de un metro del diplomático.

—El mismo. Supongo que usted es Antoine Vuibert... —respondió algo sorprendido el nuevo cónsul de Francia en China, al tiempo que se quitaba educadamente el bicornio.

—A su servicio, señor cónsul.

—Me asombra su presencia aquí, mi querido Vuibert. ¿Cómo demonios se ha enterado de que llegaba hoy? ¡No esperaba verlo aquí!

Cumpliendo los deseos del padre Freitas, Antoine se abstuvo de divulgar su fuente de información.

—Al no recibir noticias del ministerio, procuro asistir al desembarco de los navíos que vienen de Europa —explicó astutamente.

Él mismo estaba asombrado de su capacidad para improvisar mentiras.

—Y pensar que los colegas ministeriales se deshacían en lamentos por no haber tenido tiempo de avisarle de mi llegada —exclamó con entusiasmo Charles de Montigny, que no tenía el menor motivo para desconfiar de Antoine Vuibert—. Tiene que saber que fue el propio ministro Gizot quien decidió precipitar mi viaje. Mi querido Vuibert, hasta en las altas esferas se enterarán de que es usted una persona concienzuda y esforzada. ¡Eso está muy bien!

Alborozado por el cumplido, Antoine consideró que el día empezaba bastante bien.

—¿Ha tenido un buen viaje, señor cónsul?

—Un poco agitado a ratos...; la mala mar habitual al doblar el cabo de Buena Esperanza y una tempestad antes del estrecho de la Sonda. Aparte de eso, todo se ha desarrollado tal como estaba previsto, es decir ¡de forma inmejorable! —aseguró Montigny con una amplia sonrisa que iluminaba un rostro más bien austero enmarcado por unas patillas normalmente recortadas al milímetro que entonces quedaban, empero, confundidas con una barba de varios días.

—¡Me alegro mucho, señor cónsul!

El diplomático se volvió entonces hacia su acompañante para hablarle con ese inimitable tono falsamente desprendido propio de las personas de mundo.

—Mi querido Nash, permítame que le presente a mi ayudante, Antoine Vuibert..., ¡un hombre joven, aunque muy eficaz!

El señor De Montigny acompañó aquellas palabras con una contundente palmada en el hombro del joven francés, que tuvo que reprimir una mueca de dolor.

—Encantado de conocerle, señor Vuibert. Me llamo Nash Stocklett y soy de Londres.

—Encantado, señor Stocklett.

¡La mano extraña y a menudo caprichosa del destino había querido que fueran al mismo tiempo a bordo del *Puissant* Charles de Montigny y Nash Stocklett! Habían bastado, además, un par de días para que se conocieran y congeniaran hasta el punto de convertirse en inseparables compañeros de viaje. Durante las diez largas y agotadoras semanas de navegación en alta mar y sin escala que se precisaban para llegar a Batavia, los dos hombres no se habían separado para nada. En aquellos viajes por latitudes exóticas, había que tener agallas y no ser demasiado delicado.

Siguiendo la práctica generalizada en los últimos tiempos para las largas travesías, el cocinero y la tripulación habían metido en las bodegas una verdadera granja de animales destinados a aportar variedad a los menús, circunscritos antes a la monotonía de las galletas y productos en salazón. Dado que las gallinas, los conejos, los cerdos, los pavos, corderos y otras bestias, que se iban sacrificando a lo largo del viaje, se veían afectados igual que las personas por los mareos ocasionados por el balanceo del barco, sus deyecciones llegaban a volver tan pestilente la atmósfera del interior que Montigny y Stocklett habían pasado la mayor parte del tiempo en cubierta, incluso cuando había temporal. Cuando la marejada arreciaba y había que bajar al camarote, era un auténtico suplicio tener que soportar los incesantes chillidos y cacareos de desesperación y los hediondos olores provenientes de aquella arca de Noé.

Desde el golfo de Gascuña, donde soplaban unos vientos que, a decir de algunos, estaban hechizados por el terrible gigante Gascón, antes de tomar rumbo sur hacia el gran océano, el mar ofrecía una pequeña muestra de las sorpresas que era capaz de dar durante la travesía a los ocupantes del navío. Las tempestades gasconas, breves y violentas, engullían a más de un barco para después arrojarlo hacia las costas de las Landas, donde los bandidos quemaban el maderamen tras robar el cargamento. Después, una vez bordeada la Península Ibérica, se navegaba en paralelo a las costas africanas donde, aparte de los delfines que retozaban delante de la quilla, las bandadas de peces voladores que se abatían sobre la cubierta o alguna ballena extraviada en compañía de su cría, uno no se cruzaba con ningún alma viviente puesto que los buques pasaban demasiado lejos del continente para que se pudieran percibir las piraguas de los pescadores negros. Dos meses más tarde, tras haber franqueado la línea del Ecuador, se llegaba al cabo de Buena Esperanza donde el oleaje y las fuertes corrientes arrastraban a muchos navíos hacia los temibles y escabrosos acantilados. El *Puissant* habría corrido quizá tal suerte de no ser porque, eficazmente dirigida por Gault des Étages, la tripulación había luchado con valentía durante más de ocho horas seguidas para llegar a doblar sin percance la punta

meridional del continente africano. En pleno centro del mar de las Indias, un violentísimo ciclón había permitido observar a nuestros dos compañeros lo que Gault denominaba el «método de tempestad holandesa».

El capitán había ordenado a los marineros que parasen el motor y arriaran las velas. A continuación, había mandado inmovilizar el timón del *Puissant* antes de mandar a todos sus ocupantes a acostarse en sus literas. Para acabar, había hecho atar a un perro en cubierta y se había puesto a esperar a que volviera la calma. Cuando, después de haberse pasado dos días vomitando, Montigny y Niggles le habían preguntado para qué servía el animal, él les había explicado con toda seriedad que tenía la misión de ladrar si advertía una roca o un navío.

En las escalas de Singapur y Batavia, Charles de Montigny, que era un gran aficionado a las plantas, había recogido numerosas muestras de distintas especies para sus herbarios^[109]. En aquellos puertos de incesante actividad, la destacada presencia de comerciantes chinos suponía para el viajero una especie de adelanto de lo que iba a encontrar en China. Después del terrible temporal soportado en el océano Índico, el paso del estrecho de la Sonda había supuesto un verdadero alivio para los pasajeros del brioso buque que había emprendido un paseo de tres días en medio de sus perfumados y verdes islotes. En Macao, el cónsul de Francia había sido recibido con gran pompa por Jean-Baptiste Torette, el superior francés de la misión lazarista. El seminario de los lazaristas ocupaba un vasto edificio construido a un centenar de metros del Porto Interior, una minúscula ensenada repleta de día y noche de lorchas y juncos que comunicaban Hong Kong con la China continental. En la colonia portuguesa, donde prosperaban los garitos y las casas de juego, las iglesias y los palacios barrocos alternaban con las casitas de paredes verdes y rosas, bordeadas de azulejos al estilo portugués. Pese a aquella arquitectura occidentalizante, que quedaba bastante irreal en ese contexto, allí flotaba ya un perfume de China.

A bordo del *Puissant*, Montigny y Stocklett habían tenido ocasión de observar hasta qué punto los individuos atraídos por el mítico Imperio del Medio tenían como denominadores comunes, o bien el ansia material y el sueño de hacer fortuna, o bien la voluntad de propagar allí la palabra de Cristo.

—Están los que consideran la China como un gigantesco mercado y los otros, para los que este país es una inmensa tierra de misión —había concluido Charles de Montigny, a modo de colofón, la apasionada discusión que había mantenido con Stocklett en torno a las consecuencias de la guerra del opio.

La población de pasajeros del *Puissant* constituía una perfecta representación de aquella dicotomía. La decena de truhanes —aventureros ávidos de sensaciones o bribones que pretendían perderse de vista— convivía con los seis misioneros lazaristas, que por nada del mundo habrían interrumpido sus oraciones ni sus oficios ni siquiera cuando el cabeceo hacía subir y bajar varios metros la cubierta del barco. Aquellos hombres de inquebrantable fe y excepcional valentía física no tenían el menor asomo de dudas sobre la razón que alentaba su actividad misionera. Había que

verlos todas las mañanas, en la cubierta o en la bodega, revestidos de sus hábitos litúrgicos, decir misa después de haber encendido cirios y puesto a quemar incienso como si se encontrasen en su capilla de la calle de Sévres.

Entre los pasajeros que pretendían consagrarse al comercio, había un tal George Pierrond, vendedor profesional de grabados y litografías, que esperaba vender a los chinos ricos las imágenes picantes de mujeres ligeras de ropa y besos furtivos con las que había abarrotado un voluminoso baúl que llevaba cerrado con llave. Otro, llamado Máxime Laval, fabricaba relojes en Besançon. El tercero, Ange Battista, de origen corso, aspiraba a seducir a las chinas ricas con las técnicas del trabajo del cuero que había aprendido en los talleres de la casa que había fundado nueve años atrás Thierry Hermés. A excepción de los lazaristas, que pasaban el tiempo absortos en la lectura de la Biblia, toda aquella gente solía matar el tiempo jugando a las cartas. El capitán Gault, que también apreciaba el juego, invitaba con gusto a sus pasajeros a jugar a las damas, al dominó o al ajedrez con una copa de aguardiente en la mano.

Después de llamar con un silbido a un *coolie*, que con suma diligencia cargó el equipaje en una carretilla, Antoine ayudó a los dos recién llegados a someterse a las formalidades aduaneras. En realidad, estas se habían aligerado de forma considerable desde que él había llegado un año y medio antes, ya que las autoridades chinas estaban perdiendo la capacidad de asumir sus prerrogativas fiscales a causa de la crisis del tesoro público que privaba de su salario a numerosos funcionarios. El aduanero de servicio se limitó a observar con mirada torva el pasaporte diplomático que le presentó Charles de Montigny.

—¿Quién es este oficial? —inquirió entonces, con pugnaz actitud, un funcionario bajito y con perilla.

Encaramado sobre un estrado situado al fondo de la estancia, se lo veía malhumorado mientras le servía té un criado que lo miraba con amedrentada expresión. A juzgar por las tres bolas que pendían de su gorro, se trataba de un mandarín de tercer grado.

—El señor De Montigny es el representante de Francia en Shanghái —respondió Antoine.

—¿Francia? —exclamó el funcionario de ojos tan rasgados que parecían conferirle una perpetua sonrisa y que había comprendido sin margen de duda que aquel hombre era un diplomático extranjero.

—¡Sí, Francia! —insistió Antoine.

—¡No tengo idea de dónde está Francia! —afirmó con sequedad el mandarín.

—Francia es un país situado al lado de Inglaterra —explicó Vuibert, ante la enfurecida mirada de Charles de Montigny.

—¡Me resulta imposible conceder un visado a la persona que llega de un país que no conozco!

—Me parece que habrá que untarle la mano a este bribón —susurró Antoine.

—¡Es evidente que es eso lo que busca! —exclamó con repugnancia Stocklett.

Antoine sacó del bolsillo un rosario de *taels*^[109a] que depositó, bien a la vista, en el mostrador. El aduanero llevó el dinero al mandarín de la perilla, que, después de contarle, le dijo algo al oído.

—Para que el responsable de la oficina de entradas reconozca el país llamado Francia, sería necesario que los honorables narigudos hagan un esfuerzo mayor en sus explicaciones —expuso con toda la seriedad del mundo el ayudante a los tres extranjeros.

—Creo que será suficiente añadiendo la misma cantidad —apuntó Vuibert, antes de sacar otra sarta.

—¡Pueden pasar! —anunció el hombre de la taquilla después de poner fin a un nuevo conciliábulo con su jefe.

—¡No imaginaba que la administración china estuviera corrupta hasta ese punto! —murmuró el cónsul de Francia mientras el mandarín estampaba el sello correspondiente en su salvoconducto.

—¡Para serle franco, yo tampoco! —musitó su colaborador, recordando la facilidad con la que había franqueado, apenas unos meses atrás, ese mismo obstáculo en compañía de Diogo de Freitas Branco.

—¡Es increíble lo que ha cambiado esta ciudad! —exclamó el cónsul de Francia en el momento en que trasponían la puerta de la muralla que separaba Shanghái de su puerto comercial.

En aquella ciudad-mercado que se transformaba de un día a otro, un nuevo mundo, dominado por el dinero y el comercio, sustituía al antiguo, compuesto por rituales y códigos que poco a poco se borraban, pese a que antes parecían inmutables. Las vistosas casas de tres o cuatro pisos, con la planta baja ocupada por una tienda, proliferaban ahora como setas y las calles rectilíneas tomaban el relevo de las tortuosas callejuelas donde se acumulaban las basuras. Hasta los mendigos, mucho menos abundantes que antes, abandonaban aquella ciudad que, a medida que se volvía más aséptica, también les presentaba una cara más hostil.

—Llegará un momento en que Londres no sea más que un pueblo grande comparado con Shanghái —aventuró Nash Stocklett ante la multitud de andamios y el incesante trajín de materiales de construcción transportados por millares de obreros que caminaban en fila, cual hormigas afanadas en la erección de su hormiguero.

—Señor cónsul, me he permitido reservarle una habitación en el Grand Hotel. La verdad es que aquí es el único establecimiento digno de tal nombre —advirtió Antoine.

—¡Eso está muy bien! ¡Conozco ese hotel porque me alojé en él la última vez que vine! La limpieza de las habitaciones es impecable.

—¿Creen que tendrán una habitación para mí? —inquirió Stocklett.

Aquejado de una visible inquietud y muy impresionado por la magnitud de Shanghái, el contable de Jardine & Matheson no se sentía con ánimos para irse a

buscar solo, en aquella ciudad tan bulliciosa y tan sucia, un lugar donde dormir.

—Seguramente que sí. El dueño es un hindú originario de Singapur que trabajó como portero en un hotel de Ginebra. Detesta tener que negarles algo a los clientes occidentales.

—¡En el peor de los casos, siempre puede compartir la habitación conmigo, mi querido Nash! ¡Mandaremos añadir una cama! —concluyó Charles de Montigny con una amplia sonrisa.

El Grand Hotel era un ostentoso edificio de ocho pisos provisto de un porche sostenido por una pomposa columnata rematada con un friso de angelotes, construido a imagen de los suntuosos establecimientos de las estaciones termales europeas que comenzaban a imitarse en los puertos francos de China donde las potencias occidentales podían ya comerciar a su antojo. El director hindú consiguió sin problema una habitación para Stocklett y los dos viajeros subieron a cambiarse. Stocklett fue el primero en bajar.

—¡Qué humedad... en pleno invierno! Es mucho peor que en Londres.

—Aquí mucha gente padece reumatismo —corroboró Antoine, que esperaba en el vestíbulo en medio de los porteadores de maletas.

—Me han dicho que también había que precaverse contra la disentería y la fiebre amarilla. Parece que algunos la llaman la «fiebre pútrida».

—Las personas que padecen esta fiebre acaban quedándose sin vísceras.

—He traído conmigo unas cuantas cajas de polvo de corteza de quinina^[110]. Pensaba utilizarlo para elaborar *gin-tonic*, pero prefiero guardarlas por si contrajera las fiebres tercianas —dijo, mohíno, el contable.

Tres chinos de pelo engominado que habían entrado en el hotel, curiosamente vestidos a la occidental, se pusieron a merodear a su alrededor mirándolos a hurtadillas.

—Estimado señor —advirtió Antoine, que había observado sus maniobras—, yo en su lugar no perdería de vista los bolsillos.

—¿Son carteristas?

Vuibert asintió.

—¡Pero qué hace la dirección del hotel, por Dios! —se indignó el antiguo jefe de contabilidad.

—Esa gente está conchabada con los conserjes. Si no, no los habrían dejado entrar. ¡Fíjese, también podría tratarse de miembros de la policía secreta imperial! El gobierno persigue a las tríadas y a los movimientos nacionalistas.

—¿Hay muchos?

—Casi en cada esquina. Los Han cada vez ven con peores ojos a los manchúes. Este país es un verdadero polvorín... ¡Bastaría con un fósforo para que estalle todo!

La llegada de Charles de Montigny, que se había cambiado y rociado el cabello con agua de Colonia, interrumpió la conversación.

—¿Quieren que vayamos a tomar una copa? —propuso el cónsul de Francia.

—Yo comería con gusto algo, Charles —señaló el inglés, que tenía el estómago en los pies.

—Un antiguo marino originario de La Haya ha abierto un restaurante indonesio que está justo al otro lado de la calle. ¡Allí sirven un excelente *ricetaffel*! —sugirió Antoine.

Al cruzar la calle, poco acostumbrados todavía a pisar tierra firme, los dos viajeros estuvieron a punto de verse arrollados por unos *pousse-pousse* que llegaban a toda velocidad.

—¿Y bien, Nash, qué le parece Shanghái? —preguntó el cónsul de Francia mientras un camarero indonesio les traía la retahíla de platos de aquella comida tradicional indonesia.

—En realidad, todo me resulta bastante intimidante. El gentío, la mugre, la miseria..., esos viejos que duermen en plena acera...

—Tendrá que habituarse, amigo mío. ¡Cuando yo desembarqué aquí con el señor De Lagrené, me costaba dar tres pasos en la calle sin desfallecer! Al cabo de tres meses, ya esquivaba los cadáveres sin siquiera prestar atención. ¡Aquí la vida no tiene el mismo valor que en Europa! ¡La población de China es como una mala hierba que, cuanto más la cortan, más alta crece! —sentenció el cónsul al tiempo que engullía un muslo de pollo al curry.

Cada vez más desilusionado, Antoine se preguntaba si sería capaz de trabajar a las órdenes de un hombre que sostenía tan chocantes opiniones. A punto estuvo incluso de replicar al cónsul que consideraba un tanto aventurada la comparación, pero se contuvo.

—¿Y Cantón es una ciudad tan dura como Shanghái? —preguntó Stocklett, que no lograba terminar su *bami bilitung*^[111], acongojado solo de pensar en la suerte que podían estar corriendo los dos hermanos Clearstone.

—Las condiciones de vida son aún peores que aquí. Cantón sigue siendo la principal puerta de entrada de opio en China y la humedad es tan acusada que en los muebles de bambú ¡hasta brotan las hojas! —comentó el joven Vuibert, a quien acababan de servir una crujiente torta de arroz frita rellena de pollo.

—Si mal no he comprendido, vivir allí es como estar en un infierno —musitó el inglés.

Pálido, con la mirada perdida y el humor sombrío, trató de imaginar la vida de Laura y de Joe en la megalópolis de la droga y se estremeció con la aprehensión del calvario que, por causa suya, podrían estar sufriendo aquellos dos niños. Después del paréntesis del viaje que le había levantado el ánimo, la culpabilidad resurgía intacta como el primer día.

—Nash, tiene mala cara... ¡Debería ir a descansar! —le aconsejó perplejo Charles de Montigny, que nunca lo había visto de aquella manera, ni siquiera durante el temporal que habían soportado en el océano Índico.

Al mismo tiempo, rechazó con un gesto al camarero bátavo que les llevaba el

último plato del *ricetaffel*, una cazuela llena hasta el borde de *lumpia babi*, un delicioso manjar compuesto de cerdo salteado con cebolla, puerro y col blanca.

—Sí, no estoy muy bien —murmuró el inglés, enjugándose la frente—. Me voy a acostar para intentar dormir la siesta. ¡Mañana ya estaré recuperado!

Cuando quiso levantarse, aquejado ya de una cadavérica palidez, tenía tan poca estabilidad en las piernas que a punto estuvo de caer. Antoine se precipitó para aguantarlo y le pasó el cuello bajo uno de los brazos.

—¡Antoine, tenga la amabilidad de acompañar al señor Stocklett hasta su habitación! —indicó con sequedad Montigny.

—¡Es lo que pensaba hacer, señor cónsul! —consideró oportuno precisar un tanto molesto el joven francés.

El diplomático, que manifiestamente no estaba acostumbrado a que le replicaran sus colaboradores, crispó los labios con una mueca de irritación.

XLVI

Shanghái

19 de diciembre de 1847

Esa mañana, un insistente sol había logrado horadar, y luego disipar, la densa capa de bruma que envolvía Shanghái desde hacía ocho días. Después de una reparadora noche, Charles de Montigny y Nash Stocklett se hallaban instalados en el bar del Grand Hotel, donde un obsequioso *maître d'hôtel* hindú se disponía a servirles un consistente desayuno inglés. Cuando Antoine Vuibert se sumó a ellos, estaban hablando de la travesía.

—Con lo que vi de Batavia, me entraron ganas de visitar Java. ¿A usted no, Nash?

—¡Eh..., sí! ¡A mí también! —confirmó, distraído, el inglés.

—Las Filipinas también me tientan sobremanera. Esas islas tienen fama por sus variedades de orquídeas, ¿sabe? Le he prometido al director del Museum que le entregaré mi colección de herbarios —señaló Charles de Montigny antes de tomar un bocado de huevos revueltos.

—¿El señor cónsul es aficionado a las plantas? —inquirió Antoine.

—Conoce el nombre de todas... ¡Yo que lo he visto en acción, puedo asegurar que el señor De Montigny posee un impresionante dominio de la botánica! —insistió Nash, que había quedado fascinado por la rapidez con la que identificaba toda clase de especies vegetales.

—¡Pamplinas! Comparado con un botanista profesional, yo no sé gran cosa —declaró, con falsa modestia, el cónsul.

—Yo, personalmente, tengo una debilidad por los objetos de bronce arcaicos y también por los discos de jade, hasta tal punto que, algunos días, me asalta el deseo de iniciar una colección de objetos chinos antiguos —anunció Antoine, resuelto a dar a entender al cónsul que su colaborador tenía gustos propios.

—¡Pese a mi inclinación por las orquídeas y las mariposas, lo que vi aquí hace dos años en cuestión de antigüedades me despertó ya un fuerte interés! El señor De Lagrené tenía muy buena vista para eso —comentó Montigny sin recoger el guante.

—Por poco que uno conozca el terreno, le basta con agacharse para encontrar maravillas.

—¿En las tiendas de anticuarios?

—¡No solo! Muchas familias acomodadas se ven obligadas a vender su patrimonio en la puerta de su casa cuando uno de sus miembros tiene la desgracia de caer en la adicción al opio. De esa manera venden muebles y objetos heredados de sus antepasados.

—Si mal no comprendo, cuando se camina por ciertos barrios hay que ir ojo avizor, ¡como en la caza! ¡Siempre me han agradado las partidas de caza! —se regocijó el cónsul.

—Si tuviera el tiempo y la ocasión, con gusto los acompañaría a perseguir ese tipo de pieza —declaró Nash Stocklett, que no alcanzaba ya a disimular su tristeza.

Las piezas que él debería cobrar serían probablemente más difíciles de encontrar. Durante la larga travesía, exhibiendo un buen humor que nada parecía poder socavar, ni siquiera la mala mar, había logrado engañar a Montigny y también se había guardado de revelar el verdadero motivo de su viaje a China. Entonces, sin embargo, cuando se hallaba frente al obstáculo, se sentía invadido por la depresión, sin saber por dónde debería comenzar a buscar a los hermanos Clearstone. La empresa se presentaba difícil y llena de incertidumbres.

—¿Y usted, caballero, si no es indiscreción, con qué objetivo ha viajado a China? —se interesó Antoine mientras un criado les servía unas tostadas untadas con mantequilla.

—¡El señor Stocklett ha venido a inspeccionar las cuentas de la empresa Jardine & Matheson! —explicó Montigny con tono jovial.

—Es preciso que me reúna con su director lo antes posible —añadió sin gran entusiasmo el inglés.

—¿El señor Niggles? —dijo Antoine, sorprendido por el giro de los acontecimientos.

—El mismo. ¿Lo conoce?

—¡Sí!

—Parece que el edificio donde se encuentran sus oficinas es muy fácil de localizar.

—¡Es tan alto que se ve prácticamente desde todas partes!

—Ahora mismo iré a solicitar una cita con él.

El joven francés tragó saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta. Ya no podía callar lo que le había sucedido al comerciante de opio en aquel suceso que había ventilado hasta la saciedad la prensa durante semanas.

—Eh... Es que... Eh... Verá, me temo que esa cita no vaya a poder tener lugar.

—¿Qué quiere decir?

—El señor Niggles falleció de manera accidental en Cantón hace dos meses.

—¿Pero qué dice? —gritó con repentina palidez Stocklett.

—Encontraron su cadáver en la orilla del río de las Perlas. El asunto tuvo gran repercusión. El señor Niggles era una persona muy conocida y apreciada aquí.

—¿Un accidente? —farfulló el antiguo jefe de contabilidad.

—Probablemente. No había testigos cuando cayó al agua. Había llovido mucho en Cantón y el río estaba crecido...

Para Stocklett, bastante desestabilizado ya por el primer choque con la realidad china, aquello resultó un duro golpe. Con la desaparición de Niggles, la investigación

que le habían encargado perdía su sentido y más teniendo en cuenta que el director de la filial china de Jardine se ocupaba de todo personalmente, sin la colaboración de ningún ayudante. Por más que tratara de tranquilizarse diciéndose que, puesto que la noticia de la muerte de Niggles no había llegado aún a Londres, podría irse sin demora a buscar a los hermanos Clearstone, tenía la cara desencajada y la tez lívida.

—¡Pero, mi querido Nash, no será tampoco la muerte de Niggles lo que venga a perturbar sus planes! —exclamó Montigny con intención de reconfortarlo.

—¡Reconocerá que no es nada oportuna! —replicó anonadado Nash.

—¡Pues yo no veo por qué la ausencia de su director le vaya a impedir realizar la revisión de las cuentas de la filial de su empresa! —insistió el cónsul.

Agobiado por el apremio de encontrar la manera de desplazarse lo antes posible a Cantón, Stocklett no pudo responder.

—Si no me equivoco, el mayor de los almacenes de Jardine se encuentra en Guangdong —observó Antoine Vuibert.

—Exacto. En realidad, creo que lo primero que haré será trasladarme allí. Mientras tanto, aprovecharé para redactar un informe para la dirección de Londres sobre las circunstancias precisas de la muerte del pobre Niggles.

—No sé si será razonable, estimado Nash, lanzarse así a la aventura sin hablar ni una palabra de chino. El trayecto hasta Cantón es largo —objetó el cónsul.

—¡Señor Vuibert, si usted pudiera conseguirme un intérprete honrado y competente, le estaría eternamente agradecido! —suplicó el contable a Antoine.

—Por el momento no se me ocurre nadie, pero lo pensaré.

Después de tomar la última taza de té, Nash se levantó para despedirse.

—¿Adonde va? —le preguntó el cónsul de Francia.

—A preparar las maletas y redactar un informe para la sede de Londres, que intentaré entregar mañana al capitán del *Puissant* antes de su partida.

En realidad, pretendía echarse en la cama y procurar poner en orden las ideas, aunque, bien pensado, el fallecimiento de Niggles modificaba la situación simplificándola de forma considerable.

Tras la repentina ausencia de Stocklett, se instaló cierta tensión entre los dos franceses. Charles de Montigny masticaba un pastelillo con aire taciturno mientras que Antoine Vuibert, aquejado de una súbita incomodidad, no sabía qué decir. Al cabo de diez minutos de silencio, para distender el opresivo ambiente, el joven consideró oportuno poner al corriente al cónsul de la iniciativa que había creído aconsejable tomar a propósito del terreno.

—Señor cónsul, debo decirle algo: he encontrado un solar para Francia... —anunció sin el menor preámbulo, lamentando ya su torpeza.

—¿De qué solar habla, por Dios? ¡Tenga la amabilidad de explicarse! —exclamó Montigny con irritación.

—Se trata del terreno destinado a nuestra implantación consular, señor cónsul. No tenemos ni oficinas. Habrá que pensar en construir un consulado... como el de los

ingleses. ¡Ellos tienen un edificio precioso! El terreno en cuestión pertenece a los jesuitas y está muy bien situado. Esta es el acta de propiedad que me permití firmar para no perder esta excelente ocasión.

Antoine tendió con febrilidad a Montigny, que lo miraba con patente contrariedad, la copia del acta de compromiso que le había firmado al padre Diogo de Freitas Branco. El cónsul de Francia se puso las antiparras y comenzó a examinar el documento mediante el cual, a través de la persona de Antoine Vuibert, Francia se comprometía a comprar el terreno de la Compañía de Jesús representada por Diogo de Freitas Branco, S. J. A medida que lo leía, Antoine observaba, consternado, cómo aumentaba la cólera en su semblante, al tiempo que se crispaban las manos en la hoja, hasta llegar a temblar un poco.

—¿Pero quién demonios le ha autorizado a proceder a esta compra, mi joven amigo? —espetó de mal talante.

—Yo creí obrar bien, señor cónsul. La especulación inmobiliaria ha alcanzado tales proporciones aquí que es prácticamente imposible encontrar un terreno libre... —adujo el joven francés, trastornado por su frialdad.

—¡Los funcionarios no tienen derecho a implicar al Estado sin la refrendata de su ministro! ¡Cuando se manejan fondos públicos, hay que respetar los pasos pertinentes! ¡Además, señor Vuibert, a usted nadie le había encomendado, que yo sepa, ocuparse de esa operación! ¡Si yo me hubiera atrevido a hacerle algo así al señor De Lagrené, me habría despedido en el acto!

—Ese solar está muy bien situado, señor cónsul. En vista de lo deprisa que sube el precio del suelo aquí, según el padre Freitas, en menos de cinco años valdrá el doble de su precio actual —trató de argüir Antoine, consciente ya de que había cometido una sandez.

—¿Y cuánto piden esos jesuitas por el solar?

—Trescientas libras en oro, señor cónsul —respondió con voz temblorosa Antoine.

—¡Pero eso es una suma astronómica, mi joven amigo! No tiene más que pensar que la dotación que me concede el departamento es de cuatrocientos francos en oro por la totalidad de un año.

Montigny gritaba de tal manera que el *maître d'hôtel* se había acercado de puntillas a su mesa para preguntar si ocurría algo.

—Francia no es un inversor de bienes, amigo mío. ¡No es una miserable plusvalía lo que busca! Debería saber que la diplomacia francesa no va por esos derroteros. ¡Ahora mismo iré a ver a ese jesuita para pedirle que le devuelva el documento que firmó! —exigió Montigny antes de levantarse bruscamente de la mesa.

Antoine, que se había partido el pecho para obtener el visto bueno de los servicios de administración del suelo dirigidos por el mandarían Wong, recibió las palabras del cónsul como un tremendo desaire.

—¿Y si se negara a devolvérmelo? —replicó con enojo.

Con la cara roja como una amapola, el cónsul de Francia en Shanghái lanzó una mirada despreciativa y hostil a su colaborador.

—No tiene más que precisarle que su firma no es válida y que, por consiguiente, solo lo compromete a usted, y lo, comprenderá. ¡Usted no es Francia, amigo mío..., no es Francia! —apostilló con aspereza el cónsul antes de dejar plantado al pobre Antoine.

Después de firmar la nota, impulsado por una urgente necesidad de meditar con calma y tomar el aire, el mortificado aprendiz de diplomático salió a la calle e hizo señas a un palanquín.

—¡Quiero ir al borde del río de Suzhou! ¡Hacia el embarcadero! —indicó a uno de los fornidos individuos que cargaban una bamboleante caja de madera ornada de dragones y tortugas celestes.

Media hora después, tras varias épicas maniobras de última hora para esquivar las carretas que circulaban a toda velocidad, llegaron al embarcadero. Antoine tenía la costumbre de alquilar una barca en la que permanecía una o dos horas sobre las tranquilas aguas del río, en las que solo unos cuantos pescadores acechaban las carpas y el lucio. Esa vez le correspondió como barquero una robusta china de facciones mongoloides. Tenía las mejillas tan rojas y brillantes a causa de la perpetua exposición al sol y a la intemperie que daba la engañosa impresión de llevar un exceso de maquillaje. A juzgar por el tamaño de sus zapatos de fieltro, debía de haber nacido en una de aquellas desérticas regiones situadas más allá de la Gran Muralla, donde no había arraigado la costumbre de reducir los pies a las mujeres. La marcada prominencia de los bíceps era indicio de una intensa actividad física. A la atlética batelera le bastó con dos movimientos de remo para llevar al francés río arriba, hacia un paraje rodeado de una densa cortina formada por las ramas de los sauces, desprovistos ya de hojas. Después de que rehusara la caña de pescar que le tendió, la mujer sacó un hornillo en el que preparó un té amargo, que sí aceptó.

Mientras el ardiente líquido descendía por su garganta, Antoine pensaba en la reacción del cónsul. En su condición de experto diplomático, respetuoso con los trámites de la jerarquía, era más que probable que Charles de Montigny no consintiera en comprar el terreno de los jesuitas. Para Antoine, aquel hombre encarnaba el típico perfil del individuo totalmente inepto para salir adelante en China, un país donde el éxito solo sonreía a los aventureros con agallas capaces de asumir un mínimo de riesgos. Montigny era una persona afecta al papeleo, a quien agradaba estampar rúbricas y transmitir a las altas esferas, «para quedar al amparo», duplicados o informes que tardaban como mínimo seis meses en llegar a su destinatario, el cual los metía en un cajón del que no volvían a salir hasta el cabo de una larga temporada. Pese a las incesantes y salaces bromas de la barquera, que procuraba por todos los medios arrancarle una sonrisa, su humor era cada vez más sombrío. Se había equivocado totalmente con respecto a la profesión diplomática, una actividad caduca, artificial y burocratizada a la que no veía ningún interés ni utilidad.

Cuando bajó de la barca después de haber pagado a la batelera el doble de lo que le pedía, llegó a una decisión. Iba a presentar esa misma noche su dimisión a Charles de Montigny. Aliviado y contento por disponer de libertad para ir a donde quisiera, regresó al Grand Hotel para dar la noticia al cónsul de Francia. En el momento en que entraba lleno de euforia, el azar quiso que se topara directamente con Nash Stocklett.

—¿Quiere tomar un copa en el bar? —le propuso enseguida el inglés, que parecía bastante repuesto.

—¡En realidad, he venido para presentar mi dimisión al señor De Montigny! —anunció Antoine con tono burlón.

—El cónsul ya se ha acostado.

—¿No bajará a cenar?

—Estaba agotado. Podrá verlo mañana a la hora del desayuno. ¡Lo veo un tanto alterado! ¡Eso no es bueno!

—Hace un rato, mientras usted estaba en su habitación, el señor De Montigny me ha tratado como a un perro. ¡No puedo aceptarlo! ¡Nunca podré trabajar con ese señor!

—Usted es joven y acaba de empezar en la vida. Créame cuando yo, con mi experiencia, le digo que todo colaborador acaba por domar a su jefe. Solo se necesita un poco de perseverancia. ¡El señor De Montigny se irrita fácilmente, pero no es mala persona!

Antoine expuso brevemente a Nash el motivo de su rabia.

—Usted tomó una iniciativa un poco a la ligera. El señor Niggles, por ejemplo, estaba obligado a pedir autorización a la sede de Londres para todas sus inversiones.

—¡Yo creía que estaba prestando un servicio a mi país!

—Hay que tomarse las cosas con filosofía... ¡No hay nada mejor que un buen *whisky* para remontar la moral! —le aseguró Stocklett antes de llevarlo hasta un rincón del bar donde mandó descorchar una botella de puro licor de malta escocés.

Gracias a los rápidos y radicales efectos del *whisky* consumido sin una gota de agua, entre los dos hombres se instaló una alegre atmósfera. Ambos tenían necesidad de desahogarse frente a la presión de las dificultades y había una fuerte corriente de simpatía del uno al otro. Al cabo de un cuarto de hora, se daban palmadas en los muslos y reían como unos colegiales.

—Yo no tengo mucha costumbre de beber —advirtió Antoine, impresionado por el aguante de su acompañante.

—A propósito del alcohol, cuando yo era niño, el cura de la parroquia anglicana donde yo daba de comer a los renacuajos que recogía en los estanques nos hablaba a menudo del «caballero» Jack Mytton. Jack había nacido en 1796. Era un noble que se había quedado sin padre a los doce años...

—¿Y qué relación hay entre ese aristócrata y el abuso de bebidas alcohólicas?

—¡Aún no hemos llegado! Ese joven de buena familia y muy rico murió en una cárcel en 1836, víctima de un *delirium tremens*.

—¿Bebía?

—¿Que si bebía? Cinco o seis botellas al día de oporto y de coñac, que engullía con unos cuantos tragos.

—Menudo héroe...

—¡Pues poseía una valentía excepcional! De no haber estado corroído por la pasión del juego, Mytton se habría convertido en uno de los primeros oficiales del 7.º regimiento de los húsares, fíjese bien. ¡Durante las cacerías de patos, ese hombre era capaz de atravesar un estanque helado desnudo como Dios lo trajo al mundo para evitar que no se le mojara la ropa!

—Un excéntrico...

—En nuestro país, los héroes suelen ir disfrazados de excéntricos. Mytton había amaestrado un mono, que lo acompañaba en sus borracheras.

—¿Y por qué murió entonces en la cárcel?

—El muy bribón había dilapidado varios cientos de miles de libras en alcohol y en préstamos a compañeros de borrachera. Al final, fue incapaz de devolver a sus acreedores el dinero que le reclamaban. ¡Arruinado, se vio obligado a exiliarse en Calais! ¿Se da cuenta? ¡En Calais, en la patria de los abominables franceses..., él, un inglés puro y duro! —exclamó Stocklett con una carcajada.

—Efectivamente, mi querido Nash, era digno de compasión —contestó Antoine, doblado en dos.

Incapaz de andar a causa de lo mucho que había bebido, consultó el reloj, decidido a evitar caerse en redondo en el bar del Grand Hotel. Eran las nueve de la noche. Iba por la octava copa y Stocklett, que no paraba de servirse, había tomado el doble. En el momento en que el inglés se disponía a pedir otra botella de néctar de puro malta, lo contuvo con un gesto.

—¿Qué puedo hacer por usted? ¡Me gustaría ayudarlo!

Al oírlo, Stocklett abandonó de repente su risueña expresión al tiempo que se tensaba de manera perceptible, como si lo hubiera picado un animal venenoso. Luego, apuró de un solo trago otra copa de alcohol.

—En realidad, no he venido a China sólo para inspeccionar las cuentas de Jack Niggles, que Dios lo tenga en su gloria —confesó, arrastrando las palabras, con una infinita tristeza—. He venido en busca de una persona, o más bien, de dos. Dos huérfanos que llegaron a Cantón con sus padres. ¡El padre murió en Londres y la madre en China!

—¿Qué edad tienen?

—Son muy jóvenes... Fíjese, la chica no pasa de los dieciséis años y el niño acaba de cumplir trece —gimió el inglés con lágrimas en los ojos.

—¿Y podría saber cómo se llaman esas personas, estimado señor? Aquí hay tan pocos extranjeros que todo el mundo acaba por conocerse —aventuró Antoine.

Nash lanzó un prolongado suspiro, como el verdugo que debe efectuar un gran esfuerzo para pronunciar los nombres de sus víctimas.

—Esos dos muchachos se llaman Laura y Joe Clearstone.

Antoine se quedó helado al oírlo.

—¡Laura Clearstone! ¡Conozco a esa joven!

—¿Dónde la conoció? —exclamó aturullado Nash mientras se levantaba de un salto del sillón.

—¡En Cantón!

—¡No es posible!

—Se lo juro por mis padres. Esa muchacha también me habló de su hermano y, de la manera como lo hizo, deduje que tenía que hacerse cargo de él.

—Así es. El pequeño Joe padece cierto retraso mental. Desde el fallecimiento de su madre, Barbara Clearstone, Laura y Joe no tienen a nadie con quien contar aquí. ¡Es terrible! Es preciso que encuentre a esos dos huérfanos para llevarlos a Londres. Cuando veo Shanghái y me imagino a Laura y a Joe desamparados por las calles de Cantón, se me quita el sueño.

—¿Son familiares suyos?

—No exactamente. Yo conocía..., eh..., muy bien a su madre..., una mujer extraordinaria, la verdad..., ¡fantástica incluso!

Por la manera como había pronunciado esas palabras Stocklett antes de dar rienda suelta a los sollozos, Antoine dedujo fácilmente cuál era la clase de vínculo que lo había unido a ella.

—A la señora Clearstone no la conocí —precisó con sobriedad el francés.

—¿Podría explicarme en qué circunstancias conoció a Laura? —inquirió algo más animado Nash.

Acababa de secarse las lágrimas diciéndose que a fin de cuentas su proyecto no era tan quimérico y que tenía alguna posibilidad de coronarlo con éxito.

—El mes de junio pasado, en circunstancias un tanto rocambolescas. ¡Jack Niggles se encontraba presente! —informó Antoine antes de exponer con detalle lo sucedido el día en que encontró a Laura Clearstone en casa de los Elliott y que concluyó cuando los piratas lo secuestraron durante la cena en el río de las Perlas mientras Laura y Niggles lograban darse a la fuga.

Mientras Antoine le contaba sus peripecias, Nash le sirvió otra copa.

—¡Por lo que parece, se libró de una buena! —exclamó el contable al fin—. Cuando murió su madre, esos dos chicos se alojaban en casa de un pastor bautista llamado Roberts. Lo primero que pienso hacer es ir a su casa sin dilación.

—¡Si pudiera servirle de algo, yo podría acompañarlo hasta Cantón! —propuso Antoine, que ya no tenía ningún deseo de abandonar su sillón.

—¿Está seguro de que el señor De Montigny no va a necesitarlo? —le preguntó el inglés entre dos hipidos.

—Soy yo el que no quiero colaborar con él. ¡La carrera diplomática no está hecha para mí!

—¿Y cómo lo sabe?

—Soy demasiado independiente. ¡Demasiado rebelde!

—En ese caso, acepto con gusto su propuesta, mi querido Antoine Vuibert. ¡Qué suerte he tenido al conocerlo! ¡Brindemos por la vida y la muerte, si es tan amable!

Los dos hombres juntaron los vasos y Stocklett dio cuenta de otra copa mientras que Vuibert, saturado, fingía tan solo beber.

En ese instante, a pesar del fuego del alcohol que le quemaba de la cabeza a los pies, todos los pensamientos del joven francés estaban centrados en Laura Clearstone, la joven y misteriosa inglesa cuyo camino no paraba de converger con el suyo.

XLVII

Pekín

23 de diciembre de 1847

El Hijo del Cielo, anonadado, todavía tenía en la mano aquel informe que tantas veces había leído, cuando su secretario particular entró para avisarlo de que acababa de llegar su «ilustre y prestigioso visitante». En el escritorio se encontraba el ejemplar del *Illustrated London News* que la policía había requisado a John Bowles y que el emperador de China había hojeado con detenimiento. La ventaja de los periódicos ilustrados era que no había que leer el texto para formarse una idea del contenido. Lo que más le había impresionado era el inmenso edificio de cristal que aparecía representado bajo diversas perspectivas. A juzgar por la talla de las personas que se habían congregado en el interior para admirar las plantas expuestas, aquel gigantesco invernadero debía de tener más de treinta metros de altura. Daoguang, que no habría desdeñado mandar construir un edificio semejante en los jardines del Palacio de Verano, ignoraba que se trataba del gran invernadero del duque de Chatsworth, erigido en 1840 por Joseph Paxton, y que aún entonces era el mayor edificio de cristal construido hasta el momento. Por el contrario, había encontrado absolutamente repugnante la representación de un terrible accidente de diligencia que había causado la muerte de cinco personas y de dos caballos cuyas vísceras aparecían desparramadas por el suelo. ¡Solo los narigudos ingleses eran capaces de publicar unas escenas tan horribles y degradantes!

Daoguang terminó la taza de té de Longjing, el Pozo del Dragón. Como de costumbre, Elevación Paradójica le había servido la variedad más cara, la de la punta de los cabellos de los Montes Amarillos, llamada Huangshang Maofeng. La taza, decorada con un bello perro-león, era tan fina que a través de ella se podían ver los dorados reflejos del líquido. Dentro de menos de media hora, cuando el Hijo del Cielo hubiera efectuado su entrada en la sala de la Gran Armonía Celeste, ante la impasible mirada de los ciento catorce miembros de la guardia imperial tocados con el bonete negro de borla amarilla, daría comienzo la solemne audiencia.

Una vez concluido el té, un mayordomo que lucía la insignia del dragón en la túnica como distintivo de tercera categoría en la jerarquía de los funcionarios imperiales, le ajustó los ropajes de ceremonia de seda amarilla ornados de bordados, divididos en múltiples faldones. Luego le colgó del cuello el gran cordón de la orden del Elefante Blanco, regalo del rey de Bután, y, tras ceñirle el cinturón de oro macizo con incrustaciones de esmeraldas y placas de jade cuya hebilla la conformaban dos tortugas dispuestas de cara, lo calzó con los botines rojos de cuero de cordero recamados con hilos de plata. Cuando hubo acabado el ceremonial para vestirlo, un

criado trajo un espejo en el que Daoguang lanzó una vaga mirada para después asentir con aire distraído. El mayordomo reprimió un suspiro de alivio. En caso de insatisfacción del Hijo del Cielo, se exponía a verse relegado o a ir a parar a la cárcel incluso si este tenía un mal día. El Gran Chambelán solo tenía que dar el toque final colocando encima de la augusta cabeza imperial el birrete negro rectangular ornado con dos hileras de perlas que caían delante de los ojos y detrás de la nuca.

Luego, al son de los tambores mongoles y de los *gongs*, el cortejo se encaminó despacio al pabellón de la Gran Armonía Celeste donde el Hijo del Cielo celebraba audiencia.

Ese día recibía a sir John Francis Davis. Davis era el gobernador de Hong Kong, un territorio que los manchúes habían concedido a la corona británica tal como se estipulaba en las leoninas cláusulas del tratado de Nanquín, del que sus consejeros le habían presentado una versión edulcorada, a fin de que no perdiera la compostura.

¡La China estaba en venta! Después de sus comerciantes y sus misioneros, que actuaban por cuenta propia agitando con una mano el sable y con la otra el hisopo, ávidas de introducirse en aquel inmenso país sumido en la decadencia, las grandes naciones occidentales parecían actuar de concierto. El mundo entero se agolpaba a las puertas de China. Ingleses, franceses, pomeranos, americanos, belgas, pero también suecos y noruegos..., cada vez se repetía la misma farsa. Los cónsules y plenipotenciarios extranjeros comenzaban por jurar fidelidad al Hijo del Cielo, embriagándolo con bonitas palabras en las que declaraban la admiración que sus reyes y dirigentes profesaban a China. Aquello no eran más que falsos discursos, sin embargo, en cuanto salían de la Ciudad Púrpura Prohibida, después de efectuar las reverencias de rigor, esos mismos diplomáticos no tenían más que un objetivo: sacar el máximo partido posible del inmovilismo de la burocracia manchú para implantar en los puertos francos sus casas de comercio y obtener de las autoridades locales el mayor número de ventajas posibles, previo pago en dinero contante y sonante que raras veces acababa llegando a las arcas imperiales.

Con Davis, estaba previsto que el Hijo del Cielo tratara la situación del archipiélago de las islas de Zhoushan, un punto estratégico fundamental para la defensa naval china, que había merecido, en el mes de abril del año anterior, la firma de un acuerdo especial: los ingleses se habían comprometido a evacuarlo una vez que China hubiera hecho efectivas las indemnizaciones de guerra previstas en el tratado de Nanquín. Puesto que la suma en cuestión se había abonado ya, Davis acudía a entregar a Daoguang el documento que certificaba la devolución de aquellos pedazos de tierra dispersos en el mar de China, que muchos nostálgicos del primer emperador del país consideraban como las célebres «Islas Inmortales» que tanto apreciaba Qin Shihuangdi.

Cuando, ataviado con el traje de gala de los embajadores de su majestad Victoria, el gobernador de Hong Kong entró en la sala de audiencias, el Hijo del Cielo a duras penas le dedicó una mirada.

Dado que las relaciones diplomáticas entre China y las potencias occidentales habían adquirido cierta semejanza con los concursos de luchadores de feria en los que, antes de medirse en combate, cada cual se exhibía con sus mejores poses y galas a fin de impresionar al contrincante, el inglés había ido acompañado de un nutrido séquito. De este modo, para hacer número frente a la plétora de mandarines, eunucos y guardias que rodeaban al Hijo del Cielo, Davis se había llevado a la totalidad de sus secretarios de cancillería, algunos de los cuales, con sus mofletudas y rubicundas caras, parecían casi salidos de la adolescencia. El gobernador británico, que no tenía empacho en recurrir a cualquier medio, había reclutado asimismo por la fuerza a su médico personal así como a un experto en topografía y hasta a un ingeniero hidrográfico de la marina. Todas aquellas personas, que asistían por primera vez al extraño y complicado *ballet* de una audiencia imperial, observaban con aire divertido, oscilando entre el espanto y la condescendencia, a esos chinos y manchúes vestidos y maquillados como artistas de circo. Había un abismal contraste entre la seriedad con que los anfitriones efectuaban sus inmutables rituales y el cinismo con que las visitas observaban, disimulando la risa, aquel espectáculo en el que solo veían vanos melindres e insignificantes reverencias.

En cuanto los ingleses se hubieron instalado delante del estrado imperial, el Gran Chambelán realizó un gesto para que hicieran sonar tres veces el *gong* y luego declaró iniciada la audiencia. Davis se levantó y, tras inclinarse de mala gana para dedicar la reverencia ritual *ketu*, carraspeó para tomar la palabra.

—¡Haciendo honor a sus compromisos, la corona británica se complace en devolveros Zhoushan! —anunció con voz firme—. Aquí tenéis el documento. Yo ya lo he firmado y solo falta estampar el sello imperial.

El intérprete tradujo y el emperador dijo a su vez unas palabras al intérprete de servicio, un enclenque mandarín vestido totalmente de rojo, que los transmitió al Gran Chambelán. A causa del obstáculo de la lengua, todas las audiencias oficiales estaban marcadas por aquel largo y farragoso trajín entre un emisor y un receptor que solo podían comunicarse de manera indirecta y, por ende, de manera poco fiable, ya que los traductores chinos no dudaban en modificar las palabras de las visitas occidentales cuando las consideraban ofensivas o fuera de lugar.

—Su majestad os da las gracias —dijo este último.

—Hay una observación que querría transmitir al Inestimable Hijo del Cielo —advirtió, tieso como una vara, el inglés.

—¡Transmitidla, pues! —espetó el dignatario chino, irritado por aquella imprevista intervención.

—Nuestros compatriotas instalados en Foshan están sometidos a lamentables vejaciones. ¡Hasta se ha dado el caso de que los habitantes enfurecidos agredieran a mujeres y niños! ¡La corona británica solicita que las autoridades chinas intervengan a fin de que sus ciudadanos puedan ir y venir sin verse molestados por ese populacho exaltado ni atracados por los numerosos maleantes que rondan por las calles!

Daoguang, que hasta entonces había escuchado distraídamente al representante británico, se inclinó hacia el intérprete, que, contra todo pronóstico, tradujo fielmente y sin suavizarla la dura petición del gobernador de Hong Kong.

—¡El Hijo del Cielo manda contestar al honorable gobernador Davis que, puesto que ese punto no figuraba en el orden del día de la audiencia, no se abordará ahora! La audiencia se ha terminado —declaró sin apelativos el hombrecillo vestido de rojo.

Sin saberlo, sir John acababa de tocar uno de los puntos sensibles, capaces de hacer perder los papeles al emperador de China: el Hijo del Cielo era absolutamente incapaz de improvisar y, como jamás había oído hablar de los incidentes de Foshan, le era imposible responder. Daoguang sacó el pañuelo y lo posó en el brazo de su sillón. Entonces, con medidos pasos, dos achacosos mandarines se acercaron al inglés.

—El Hijo del Cielo debe presidir ahora el Consejo de Ministros —le anunciaron al unísono, en un horrendo inglés, con mímicas acompasadas y tono extremadamente obsequioso—. Os rogamos que tengáis la amabilidad de dirigiros de inmediato a la salida, gobernador.

El gobernador hubiera abofeteado de buena gana a aquellos dos viejos monos, pero se retuvo por temor a las repercusiones de lo que sin duda habría constituido un grave incidente diplomático. El *status quo* existente entre Gran Bretaña y China podía degenerar en cualquier momento y acarrear sangrientos enfrenamientos. Davis no tuvo más remedio que irse, furioso^[112], parapetado en su dignidad ultrajada, sin dedicar ni una mirada al Gran Chambelán, que lo acompañó hasta la Gran Puerta de la Ciudad Púrpura Prohibida.

Al terminar la audiencia, con la mirada extraviada, considerando que no estaba de humor para ocuparse de los asuntos del país, Daoguang pidió secamente al secretario del Consejo de Ministros que lo anulara. Con intención de buscar sosiego para el ánimo y el corazón, había decidido ir a pasear a su jardín de recreo. Aquello no entraba dentro de sus costumbres, ya que siempre iba allí un día fijo, una vez por semana, para pergeñar un poema o un esbozo bajo una de sus pequeñas glorietas. La imprevista llegada del Hijo del Cielo cayó como una bomba entre el centenar de jardineros consagrados a arrancar con una pinza la más ínfima de las malas hierbas que pudiera despuntar entre la grava de los senderos. Aquellos hombres, que jamás habían visto al emperador, no osaron levantar la cabeza ni respirar siquiera cuando este se presentó sin avisar. Daoguang siguió, sin embargo, imperturbable, sin dar muestras de advertir la presencia de aquel ejército de esclavos que permanecían inmovilizados con la espalda encorvada, aterrorizados por aquella aparición.

Y es que, ese día, el emperador de China estaba muy distraído.

Apesadumbrado, pensaba de continuo en «su» Siberiana. La noticia de su muerte lo acongojaba todavía. Era la primera vez que la desaparición de una de sus concubinas lo afectaba de ese modo. Por lo general, se limitaba a mandar enviar, a modo de consolación, una fuerte suma de dinero a su familia para después olvidar el

asunto. ¡Eran tantas las mujeres que habían pasado por su cama! Había que tener en cuenta, además, que no paraban de conseguirle sustitúas, cada vez más jóvenes y más expertas. Había descubierto con estupor que Irina ocupaba un lugar diferente en el seno de la cohorte de mujeres a las que había concedido sus favores. Ella era la excepción. Ella era la única que se le había resistido. Ninguna otra había suscitado el mismo deseo en él. Había amado realmente, con hondura, a Irina Dachenko. ¡Tal vez había sido incluso su único amor!

Un escalofrío lo recorrió mientras dejaba vagar con nostalgia la mirada de una montaña postiza a otra y cruzaba los ríos artificiales antes de detenerse en la guirnalda de crisantemos cuya floración lograba prolongar hasta enero el jefe de jardineros. De costumbre, el simple contacto con aquella naturaleza reconstruida en miniatura bastaba para evadirlo de la cárcel virtual en la que se encontraban encerrados de manera ineluctable, en cualquier tiempo y espacio, todos los dictadores de su categoría que ejercían un poder absoluto sobre su pueblo.

Daoguang no lograba recobrar la calma ese día.

El Hijo del Cielo no hallaba consuelo. Aquejado de un extremo sentimiento de desamparo, repasaba las frases del informe que el jefe Liang le había hecho llegar la noche anterior. Secas como latigazos, precisas como puntas de flecha y cortantes como cuchillos, le habían llegado al corazón. Había pasado buena parte de la noche leyéndolas y releyéndolas. Después de dar por concluida la lectura, no había pegado ojo. Su contenido no requería comentarios. A modo de introducción, el jefe de la policía imperial de Cantón expresaba su gratitud al Hijo del Cielo por la insigne confianza que había depositado en él al pedirle que procediera a la eliminación de la mujer nariguda llamada la Siberiana... ¡como si fuera él mismo quien hubiera dado la orden de abatir a la mujer a la que amaba! ¡Había sido el sistema el que así lo había decidido, a espaldas suyas y sin que él lo hubiera pedido siquiera! ¡De haber dependido solo de él, la Siberiana habría seguido con vida! Por otra parte, el edicto sobre el que le habían pedido que estampara su sello estipulaba que, después de la afrenta que había infligido al Hijo del Cielo desatando un terrible escándalo que podía empañar para siempre la imagen de la corte de China, Irina Dachenko debía ser capturada a todo precio. ¿Por qué extraña alquimia aquella orden de captura se había transformado en autorización para asesinarla? Daoguang ignoraba la respuesta. Preso de por vida en la Ciudad Imperial, vigilado día y noche hasta en sus más mínimos movimientos, era la última persona que habría podido llevar a cabo una investigación al respecto. Habría sido necesario seguir paso a paso, de escalón en escalón, la trayectoria que había efectuado su edicto hasta llegar al jefe Liang, para averiguar el punto exacto en que la palabra «capturar» había sido sustituida por «eliminar».

¡Pobre Daoguang! ¿Cómo habría reaccionado si hubiera sabido que la modificación había tenido lugar a unos metros de su oficina, en la del propio Gran Chambelán? Allí, sin grandes complicaciones, un experto calígrafo había raspado un carácter y lo había sustituido por otro...

Daoguang se inclinó sobre un estanque que abarcaba los contornos del mar de China, de donde emergían tres tortugas de bronce, y vio el reflejo de su cara deslucida, envejecida y deteriorada, de soberano incapaz de hacerse respetar.

Con una emoción teñida de rabia, volvió a pensar en las irrisorias amenazas de Irina: «¡Si no me devolvéis a mi hijo, hablaré con los periódicos occidentales! ¡El mundo entero conocerá la existencia de La Piedra de Luna y os considerará un padre indigno!». A Daoguang le tenía totalmente sin cuidado aquella posibilidad. No tenía la menor idea de lo que podía ser aquella «opinión pública» a la que Irina concedía tanto peso. Ignorante de la difusión que podía alcanzar un gran periódico londinense como el *Illustrated London News*, le parecía una cuestión anodina y casi divertida que unos cuantos letrados ingleses se enterasen de la existencia de su hijo secreto. Puesto que se consideraba partícipe de una esencia superior a la de los otros hombres, aun cuando no fueran súbditos suyos, le importaba bien poco lo que pudieran pensar de él. No había sido tanto los posibles comadreos, sino la violencia del enojo de Irina lo que había suscitado la orgullosa reacción del Hijo del Cielo. Desde que ella se había vuelto a marchar, se había dado cuenta de que nunca la había dejado de amar.

El Gran Chambelán del emperador, en cambio, había efectuado un análisis muy distinto al de este. Desde que había tenido noticias de la amenaza de Irina, se había puesto enseguida manos a la obra y, sin grandes esfuerzos, habría logrado provocar la ira del séquito imperial describiendo con detenimiento las consecuencias que tendrían las revelaciones de la Siberiana. Según los códigos inmemoriales, desvelar la intimidad del emperador estaba penalizado con la muerte. Toda la corte se había movilizado. De la primera concubina a los ministros, pasando por los eunucos, todos temían el irreparable crimen, el desdoro que amenazaba al Hijo del Cielo si no se neutralizaba sin demora a la impúdica rusa. Una implacable máquina de matar se había puesto en marcha, de tal forma que cuando la madre de La Piedra de Luna hubo abandonado Pekín en dirección a Cantón la policía secreta le seguía ya los talones, observando todos sus movimientos.

Aquella repentina partida había precipitado las cosas. Enojado contra aquella aguafiestas y encantado, por lo demás, de ajustarle las cuentas a Siempre Aquí, Elevación Paradójica difundió la orden de eliminar a Irina Dachenko por «delito de atentado contra la seguridad del Estado», una categoría penal muy utilizada por los regímenes autoritarios adeptos a aplicar el lema de «quien quiere ahogar al perro lo acusa de rabia».

¡Y es que es tan fácil achacar crímenes contra aquellos a quien se pretende liquidar!

De este modo el eficaz jefe Liang, deseoso de complacer a las altas esferas, había considerado conveniente transmitir al emperador todos los detalles de la ejecución de la desdichada mujer, incluidos los más sórdidos.

Cuando la Siberiana se dirigía por segunda vez al Club de los Anglófilos, un lugar donde «pululaban los periodistas occidentales», conscientes de que había que

«impedir a toda costa que entrara en ese local de narigudos», los hombres habían rodeado a la rusa llamada la «Siberiana» y la habían hecho caer al suelo antes de «comprimirle el cuello hasta el estrangulamiento» y matarla de «una puñalada en pleno corazón». Según el policía, asimismo, un narigudo inglés con el que ella había entrado el día anterior en el club y que seguía rondando por la zona, había tratado de intervenir. Los policías habían creído al principio que se trataba de un espía, en vista de la cantidad de dibujos de los juncos de guerra del puerto de Cantón que llevaba en su zurrón. Tras un largo interrogatorio, el individuo había reconocido que era dibujante de prensa y que trabajaba para un periódico ilustrado de Londres, del cual llevaba consigo un ejemplar que Liang había creído útil adjuntar a su informe «a fin de que su majestad tenga conocimiento de su existencia». Como el periodista había asegurado a los agentes de Liang que apenas conocía a la Siberiana y que esta no le había dicho nada de especial, lo habían dejado en libertad. El cuerpo de la mujer rusa lo habían arrojado al río de las Perlas envuelto en una manta, tal como se especificaba en las instrucciones recibidas.

Lamentando aquel trágico desenlace que él no había buscado, el Hijo del Cielo ponderaba el rígido, implacable e ineluctable carácter del engranaje del poder, a cuyo movimiento general no podía sustraerse el mecanismo central, es decir, él mismo. El sistema lo había devorado por entero: ¡aun siendo el todopoderoso emperador de China, no había podido impedir el asesinato de la única mujer que realmente había amado!

Con paso cansino, se acercó al arce enano que había regalado a su antepasado Qianlong el emperador del Japón, país donde aquel árbol plurisecular era adorado como un dios vivo. Con su engañoso aspecto de viejo luchador, aquel arbolillo raquíptico poseía un nudoso tronco y unas tortuosas ramas que suscitaban la admiración en las visitas, sobre todo a partir de septiembre, cuando sus minúsculas hojas se teñían de rojizos reflejos que mantenían su intensidad hasta comienzos del invierno.

Daoguang acarició su rasposa copa como si de un animal de compañía se tratara. Le agradaba ir a ver aquel arce sagrado que con el curso del tiempo se había convertido en mudo e inmóvil cómplice de sus días buenos y malos. De él no tenía que desconfiar, al menos. No era un cortesano hipócrita, zalamero por delante y conspirador por detrás, ni menos aún uno de esos mandarines Han siempre sonrientes e inclinados, aunque convencidos en el fondo de que los manchúes eran unos infames usurpadores. Aunque el arce sagrado no podía hablar, el Hijo del Cielo habría tenido ganas de preguntarle si podía mantener la esperanza de que un día alguien localizara a La Piedra de Luna, ese hijo que nadie tenía interés en ver reaparecer..., nadie aparte de él, que no sabía si tendría fuerzas.

El emperador de China observó el árbol sagrado del Japón con ternura, como si fuera el propio La Piedra de Luna, aquel niño que había quedado abandonado a su suerte. No era seguro que volviera a verlo alguna vez. Cuanto más tiempo

transcurriera, menor sería la probabilidad de que se produjera tal acontecimiento. Las posibilidades de que ese hijo le sucediera eran ínfimas, tanto como la existencia de un emperador de China con sangre rusa en las venas.

Cuando al anochecer Daoguang regresó, como un condenado a muerte, a su despacho, no era la misma persona.

Por primera vez, acababa de tomar conciencia de que el sistema del que formaba parte había ido en contra de su voluntad íntima y de que no era, por lo tanto, él quien mandaba allí.

XLVIII

Kunming
29 de diciembre de 1847

El aire nítido y un cielo de resplandeciente azul se habían dado cita en el claro en el momento en que el angosto camino dejó de serpentear por la boscosa pendiente para ensancharse de repente, empujando los árboles hasta una distancia de varios metros. Tang, martirizado por el dolor de pies, se detuvo a descansar a la sombra de un gran serbal. Más abajo discurría un torrente que no veía, pero que sí oía por el ímpetu con que brincaba entre las rocas. En cuanto se hubo quitado los zapatos, resonaron los gritos de los monos que se dejaban caer del reino de los árboles donde eran príncipes, cual frutas vivas prendidas a su ramaje.

Kunming quedaba a tan solo una jornada de camino. Por ello, pese a las agujetas que habían convertido su cuerpo en un doloroso guiñapo, el hijo de Prosperidad Singular estaba eufórico, pues veía el término a su andadura.

Tenía prisa por ver al sacerdote Luang Fudong, al que no creía que le fuera difícil localizar. Le bastaría con dirigirse a la pagoda de la Devoción. Sería cosa de niños, puesto en Kunming todos debían de saber dónde estaba, ya que todas las pagodas constaban como mínimo de veinte pisos y se divisaban, por lo tanto, desde muy lejos. En cuanto a Luang Fudong, aunque no sabía nada concreto de él, estaba convencido de que debía de ser un bonzo, puesto que ese era el tratamiento que daban a los sacerdotes de las pagodas.

En previsión de su encuentro con el monje Luang, Tang, que no estaba familiarizado con la religión budista, se había estudiado diversos manuales de meditación trascendental y repasado los principales sermones de Buda, así como los relatos de sus vidas anteriores, el Jataka. Se trataba de edificantes historias, muy hermosas y conmovedoras. Una vez Buda había sido, por ejemplo, una liebre blanca que había conducido a un cazador sediento hasta una fuente antes de aceptar sin pestañear que la matara. Miles de años antes, también había adoptado la forma de un pequeño mono que había perdido la vida al efectuar una cabriola después de haber dado un tazón de miel silvestre a otro Buda. El otro Buda se apiadó, sin embargo, del bondadoso primate y propició su reencarnación en bodhisattva. Aquellas narraciones aportaban esperanza a las pobres gentes que pasaban penalidades en la tierra, puesto que, en el curso de sus miles de años de existencia, el Bienaventurado había llegado a ser un príncipe rico y guapo, pero también un indefenso ratoncillo sometido al acoso de los gatos.

Después de los Jataka, Tang se había puesto a estudiar el *sutra* de la Buena Ley. Pese a su buena voluntad de neófito, había estado leyendo durante días y noches

aquel extenso texto esotérico sin comprender absolutamente nada. Había pasado horas meditando sentado delante de una pared desnuda, siguiendo los consejos de un maestro de la meditación trascendental, con la esperanza de alcanzar la iluminación, pero siempre, por más que se esforzara en hallar el vacío espiritual, acababa apareciéndosele la imagen de su amada Jazmín Etéreo. Pese a la inmensa simpatía que le inspiraba aquel ser de divina esencia que predicaba la compasión y el respeto del prójimo, la vía budista se le había antojado como un largo camino inaccesible. Tang seguía inconsolable después de la partida de la mujer con quien había compartido el Heqi y no hallaba sentido a la vida. Pasaba los días hastiado, pensando en su padre y en su amada.

Después, un día, cansado de errar sin rumbo por la casa vacía de Prosperidad Singular, se le ocurrió una idea: iría a Kunming en busca del monje Luang Fudong y haría que le contara aquella maravillosa historia de la que le había hablado su padre justo antes de morir. Concentrado en aquel único objetivo, el hijo de Prosperidad Singular había emprendido el viaje hacia Kunming como si de una poción salvadora se tratara.

Había optado por trasladarse hasta allí por el río Azul, que había remontado cubriendo una distancia de casi dos mil ochocientos kilómetros, hasta Shigu. El río Chang Jiang era un dios de irascible carácter, capaz tanto de lo mejor como de lo peor, ante el cual había que mostrarse humilde cuando uno estaba a su merced. La gente que habitaba sus riberas vivía con el temor de sus terribles crecidas. Aquel río de enorme caudal era capaz de subir varias decenas de metros de repente, provocando unas devastadoras inundaciones que dejaban cientos de miles de muertos. Ese mismo implacable asesino, que se llevaba los cuerpos de sus víctimas hinchados como odres, era además el nutricional cauce cuyas aguas venían a recoger piadosamente las gentes el día de Año Nuevo, el río cuyos abruptos acantilados no se cansaban de describir poetas y pintores, con los delicados mantos vaporosos que lo cubrían por la mañana y por la noche y los arcos iris con los que adornaba los magníficos paisajes de sus orillas, así como las tupidas sombras de vegetación que hendían los relámpagos tras el estallido de la tormenta.

A medida que se remontaba hacia su nacimiento, había que navegar con barcos más pequeños. Cada vez más frágiles y alargados, estos se convertían en fáciles presas para el predador acuático. Los pasajeros, comerciantes y aventureros en su mayoría, tenían la tez macilenta, agotados por la falta de sueño y la imposibilidad de mantener algo sólido en el estómago a causa de las continuas sacudidas de la embarcación.

Tang había afrontado con impavidez todos aquellos peligros, sin prestarles atención, de tan obsesionado como estaba con la historia que su padre no había tenido tiempo de acabarle de explicar. Cuando, en la entrada de las impresionantes gargantas del Salto del Tigre dominadas por unos farallones de casi cuatro mil metros de altura sobre el nivel del agua, sus compañeros de fatigas habían lanzado al aire gritos de

alborozo por haber llegado a Shigu sin percance, él apenas los había escuchado de manera distraída. Asimismo, ni siquiera se había detenido a mirar el Tambor de Piedra, una hermosa placa de mármol en forma de tambor que conmemoraba la victoria lograda por el pueblo *naxi*^[113] contra los tibetanos en el siglo XVI y que había dado origen al nombre de la pequeña ciudad. El resto del viaje había sido igualmente duro, sometido a los caprichos de una naturaleza todavía no domada por el hombre. Sus nalgas y pies doloridos eran buena prueba de ello. Había recorrido a caballo inmensas mesetas pobladas de hierba antes de abandonar la montura al llegar a los primeros contrafuertes de las montañas, por cuyos estrechos y escarpados caminos había subido a paso vivo. Con frío o con calor, por terreno llano o abrupto, había caminado como un autómatas, sin abandonar en ningún momento su ritmo desenfrenado, con las mandíbulas comprimidas y los ojos clavados en el suelo para no torcerse los tobillos ni acabar descalabrado.

Cuando el hombre va en busca de su propia verdad, es capaz de caminar cuanto sea preciso para encontrarla.

Al doblar un recodo, divisó por fin Kunming, acurrucada entre la barrera de cumbres nevadas que parecían encabalgarse entre sí hasta perderse de vista, igual que en las pinturas antiguas. Con el corazón oprimido, tuvo la sensación de que había vuelto a tocar tierra después de un largo vuelo en medio de las nubes de la no-percepción de las cosas. Aquella era la primera vez que realmente elevaba la mirada después de salir de Nanquín. Hasta entonces no había querido ver nada, y ni siquiera las extraordinarias gargantas salpicadas de azaleas en flor que encendían extraños fuegos en los vertiginosos acantilados le habían causado la menor impresión. Con emoción esa vez, contempló aquella ciudad fortificada por los Ming, que se habían refugiado en Yunnan hacia 1650 con intención de establecer allí una base de reconquista. De todas maneras, ni los Han ni los manchúes dominaban realmente la situación en Yunnan, puesto que allí estaban rodeados por las etnias musulmanas hui y por los pueblos montañoses *yi* y *miao*, acostumbrados desde hacía miles de años a luchar contra el poder central.

Cuando, con el sentimiento del deber cumplido y la satisfacción de quien por fin llega a la meta, Tang cruzó la puerta principal de la ciudad rebelde, quedó sorprendido por la extrema pobreza que reinaba en ella. Las condiciones de vida eran mucho más rústicas que en la antigua capital de la China. Por falta de espacio en sus chamizos, muchas familias se veían obligadas a cocinar en plena calle. Allí trajinaban las mujeres, vestidas con burdas túnicas de lana, junto a sus hijos, que, a juzgar por su demacrado aspecto, no debían de comer nunca hasta saciarse.

Viendo a un hombre de tez curtida que acababa de depositar una pesada carga prendida de los extremos de una vara, le preguntó educadamente dónde se encontraba la pagoda de la Devoción.

—¡Nunca he oído hablar de una pagoda con tal calificativo! —le contestó el hombre con rudeza antes de darle la espalda.

Seguro que no era budista, pensó Tang un tanto desconcertado mientras proseguía su camino. Los viandantes observaban su vestimenta y su cara como si fuera un curioso animal. Cuando hacía ademán de acercarse a ellos, se alejaban todos amedrentados, con la mirada gacha. Medio desesperado, dirigió una señal a un mercader que sostenía el roncal de un camello bactriano cargado de fardos de té, pero este debió de tomarlo por un bandido, porque enseguida se llevó la mano al puñal del cinto al tiempo que propinaba un violento latigazo a la bestia para obligarla a avanzar. En Kunming había una desconfianza generalizada contra los Han y, a todas luces, no se les dispensaba una buena acogida.

Tras pasar una hora errando, acabó por encontrar en la entrada de un parque a un viejo mendigo desdentado al que dio unas cuantas monedas.

—¿Sabes dónde está la pagoda de la Devoción?

—¡Conozco una iglesia^[114] con ese nombre! ¡Cuando no tengo nada que comer, voy allí y me dan un tazón de sopa!

—¿A qué llamas tú iglesia? —le preguntó Tang, con el corazón en un puño, pese a que ignoraba el significado de ese término.

—Una iglesia es un templo donde los devotos veneran a un Dios que dicen que es único y superior a todos los otros dioses.

—¿Y dónde está esa «iglesia»? —inquirió el hijo de Prosperidad Singular, que nunca había oído hablar de ese Dios único.

—Ve hasta el final de la segunda calle a la izquierda y la reconocerás enseguida, por el campanario que sobresale de la fachada.

Intrigado, el amante de Jazmín Etéreo se encaminó hacia aquella extraña pagoda que no guardaba semejanza con ninguna otra. En el campanario, una torrecilla minúscula en comparación con las de las pagodas budistas, advirtió el mismo trazo vertical entrecruzado con otro horizontal que había grabado en la moneda que le entregó su padre antes de morir. Con creciente perplejidad, entró en la «iglesia» y observó que en el interior no había ningún asomo de estatuas ni de pinturas del Buda, ni tampoco de sus *bodhisattvas*. En el fondo de una anodina sala rectangular desprovista de toda ornamentación, había un grueso libro posado en una mesa de madera flanqueada por dos cirios encendidos. Justo al lado del libro, había un hombre vestido de negro, sentado en un taburete con la espalda apoyada en la pared.

El hijo de Prosperidad Singular, que cada vez encontraba más misterioso todo aquello, se aproximó a él, sin saber muy bien qué esperaba. Al ver que tenía los ojos cerrados, carraspeó un poco y el hombre enseguida los abrió.

—Querría hablar con el monje Luang Fudong —dijo Tang sin grandes expectativas.

—¡Yo me llamo Luang Fudon! Soy pastor de la iglesia bautista de la Devoción a Nuestro Señor Jesucristo. ¿En qué puedo servirlos? —se ofreció, poniéndose en pie.

Luang iba vestido a la occidental, con una chaqueta y un pantalón raídos y cubiertos de restos de polvo en los que parecía flotar. Estupefacto, Tang sacó del

bolsillo la moneda de plata de su padre y se la tendió con mano trémula.

—Yo me llamo Tang. ¡Fue Prosperidad Singular quien me dio este tael de plata!

—¿Cómo está mi muy honorable hermano en Cristo?

El Han respiró hondo antes de responder.

—Mi padre ha muerto.

—Te presento mi pésame, mi querido Tang.

—Gracias, Luang Fudong —repuso Tang, inclinándose.

—No debes estar triste, Tang. Tu augusto padre se había convertido a la «Divina Palabra de Cristo. Su alma está salvada, de modo que está en el cielo, en la luz de Nuestro Divino Señor» —murmuró Luang con expresión radiante.

Tang lo miró con sorpresa y enojo. ¿Cómo podía manifestar tanta alegría después de enterarse de la muerte de alguien?

—Veo por tu cara que no eres creyente. ¡Solo los creyentes pueden comprender mi actitud! ¡Para el creyente, lo único que cuenta es el reino de Dios! ¡Tu padre está ahora allí! —añadió el pastor.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Tu padre se había convertido a la religión de Cristo! Los convertidos a Cristo son acogidos después de su muerte en el reino de Dios.

—¿Pero quién es ese Cristo?

Luang condujo a Tang a la nave para mostrarle la gran cruz de madera sujeta a la pared del fondo, por encima de la Biblia abierta.

—¡Es él!

—¿Un pedazo de madera?

—La cruz representa al hijo de Dios que vino a la tierra para salvarnos, para salvarte también a ti, Tang. ¡Lo que tú creías que era una moneda de plata es la medalla de Cristo! Yo se la entregué a tu padre con ocasión de su bautismo.

—¿Bautismo?

—Exacto. Cuando uno recibe el bautismo, pasa a ser «bautizado», es decir, miembro de pleno de la Iglesia de Dios.

—¿Qué diferencia hay entre Dios, Cristo y Buda? —preguntó Tang con desasosiego.

—¡Cristo forma parte de Dios! Buda rechazaba incluso la propia noción de Dios.

—¡Sin embargo, el Bienaventurado Buda parece haber realizado tantos milagros y haber ayudado a sus semejantes! ¿Tu Cristo llegó a ofrecer algo comparable?

—¡Mucho más que el Bienaventurado Buda, ya que lo preguntas! ¡Cristo aceptó morir en la cruz para salvar al mundo! ¡Él dio la vida para salvarnos a ti y a mí! ¡Cristo es puro amor! Por otra parte, Cristo y Buda llevaron una vida bastante similar. Ambos vivían en la pobreza y reunieron en torno a sí discípulos dispuestos a seguirlos hasta la muerte. Los dos predicaban el amor y la tolerancia.

Luang pasó a relatarle la vida de Jesús, explicándole que esa fuerza de amor puro, a la vez Hijo y parte integrante de Dios, había venido a la tierra para salvar a los

hombres y propagar la verdad. Después, con las emotivas palabras insufladas por la fe, le describió sus milagros, su crucifixión y su resurrección.

—¿Cómo puede consentir un Dios que lo crucifiquen los hombres?

—Jesucristo que era hombre y al tiempo Hijo de Dios, aceptó someterse al juicio de los hombres.

—A juzgar por lo que dices, no eres, pues, ni confuciano ni taoísta ni budista —dedujo Tang en el colmo de la perplejidad.

—Soy un pastor de la Iglesia bautista o, dicho de otra forma, un sacerdote de Cristo. Yo creo en el amor infinito de Cristo. ¡Mi religión es el cristianismo! Confucio, Lao Tse y Buda no son nada al lado del Cristo Hijo del Dios único.

—Ese Dios único tuvo entonces hijos...

—En su infinita bondad, Dios envió a la tierra a Cristo, su divino Hijo, para salvar al mundo. Gracias a Cristo, todos pasamos a ser hijos de Dios —afirmó con entusiasmo el pastor.

—¿Mi padre creía en las mismas cosas que tú? —preguntó, desorientado, el hijo de Prosperidad Singular.

—Desde luego. ¡Tu padre estaba animado por una intensa fe en Cristo! Era un hombre muy piadoso.

—¿Meditaba?

—¡Mucho! Rezaba y meditaba sobre las Sagradas Escrituras, las que están contenidas en ese grueso libro que ves allí —le explicó el pastor, señalando la Biblia instalada en el coro.

Se acercó a las Sagradas Escrituras y se puso a hojearlas.

—¿Y dime, Tang —consultó el pastor—, a qué debo el honor de tu visita?

—Cuando mi padre me explicó que fuiste tú quien le había entregado la medalla, me dieron ganas de conocerte. Antes de morir, quería contarme una maravillosa vivencia que le había ocurrido en Kunming, pero la muerte se lo llevó antes. ¡Las sibilinas palabras de mi padre me indujeron a creer que eras un monje budista!

Luang se echó a reír.

—¡Espero que no te hayas llevado una gran decepción por lo que has encontrado aquí!

—En absoluto. ¡Nunca había oído hablar de Dios ni de Cristo!

—¿Nunca has tenido contacto con los occidentales que construyen iglesias y fundan comunidades?

—Es que desconfío tanto de los narigudos que me guardaría mucho de iniciar una conversación con ellos. ¡A decir verdad, nunca habría imaginado que fueran capaces de venerar un Dios que ama a los hombres! ¡Causan tanto daño con su barro negro que los consideraba, más bien, afectos al demonio! —reconoció, con un suspiro, el Han.

—¡No todos los narigudos son, por suerte, agentes de las compañías de comercio! Algunos de ellos desean el bien de la China... En la iglesia de la Devoción tenemos

una escuela en la que aprenden a leer y escribir más de doscientos niños pobres.

Tang observaba a Luang Fudong mientras hablaba. Percibía una singular limpidez en aquellas ideas, sostenidas con una inquebrantable convicción, y ardía en deseos de saber cómo podía desprenderse de todas sus creencias anteriores para convertirse en cristiano.

—¿Qué clase de examen hay que pasar para ser pastor? —preguntó.

—¡El oficio de pastor de Cristo no es un cargo mandarín! —contestó Luang con una carcajada—. Hay que conocer la Biblia al dedillo y demostrar al propio director de conciencia que se es digno de predicar a los demás la divina palabra de Cristo, ¡y ya está!

El pastor lo invitó a acompañarlo al jardín donde se había erigido la iglesia, situado cerca de un canal de aguas ferruginosas recubiertas con una alfombra de nenúfares gigantes.

—¿Qué es un director de conciencia? —inquirió Tang mientras tomaban asiento en un banco.

—Un pastor de mayor edad, uno que acepta tomarlo bajo su tutela y enseñarle el oficio.

—¿Quién fue el tuyo?

—Un narigudo originario de Holanda.

—¿Era buena persona?

—¡Mucho! Se llamaba Jacob de Duve y sin él yo estaría muerto. Cuando mi familia fue masacrada por una banda de malhechores *naxi*, ese hombre me recogió aquí, en esta iglesia que había fundado él. Poseía una generosidad extraordinaria. Yo se lo debo todo.

—¿Qué hace ahora?

—Murió de viruela hace tres años.

—Y fuiste tú quien asumió su puesto.

—El señor De Duve siempre me decía que yo llegaría a sucederlo. ¡Dios lo llamó a su lado antes de lo previsto! ¡Tu padre venía a menudo a escuchar sus sermones a escondidas!

—¿Por qué debía esconderse?

—Si hubiera divulgado sus creencias, no habría podido conservar su cargo de gobernador de Yunnan y, probablemente, habría corrido peligro de muerte. Aún hoy en día, los cristianos de Yunnan solo están seguros si optan por la discreción.

—¿Cómo descubrió mi padre a Cristo?

—Ese día, tu padre había ido a cazar faisanes a la montaña, al lado del lago de la Piedra Plana, sin ninguna escolta ni criado.

—Siempre me decía que tiraba bien con la ballesta.

—Yo había ido a meditar al mismo sitio. El padre De Duve aseguraba que un bello paisaje es favorable para la oración.

—¡Y os encontrasteis!

—Por así decirlo. En realidad, yo estuve a punto de chocar contra él. Al volver de la caza, había caído del caballo y yacía inconsciente en el camino. Le salía un hilo de sangre y de baba por la boca. Al principio, creía que estaba muerto. Sin saber qué hacer, saqué la Biblia de la bolsa y me incliné sobre él recitando el padrenuestro. Al cabo de un momento, abrió los ojos pero su boca permaneció inmóvil. Era incapaz de hablar. En realidad, tenía todo el cuerpo paralizado. Corrí a buscar agua, pero su boca no la acogía. Al anochecer, por miedo a que le entrara frío, lo cargué a hombros y lo llevé hasta una cabaña de pastores. Allí lo velé mientras dormía profundamente. Entonces, le hablé de Cristo, que había venido a la tierra para salvar a la humanidad, y le introduje entre las manos esta medalla. En el transcurso de la segunda noche, como no lo oía respirar ya, pensé que había muerto. A la mañana del tercer día, se despertó por fin, sonriente y en forma. Estaba totalmente lúcido y se acordaba de todo lo que le había dicho de Cristo y los Evangelios. Tu padre no había dormido, de hecho. Había visto cómo su alma se desprendía de su cuerpo y flotaba por encima de él. Mediante un simple papirotazo, había repelido a los espíritus malignos *gui* que pretendían llevarlo a los reinos infernales. ¡Fue así como se convirtió a Cristo, en pleno coma!

—Mi padre se curó, pues, gracias a la fuerza de su fe en Cristo —infirió Tang, con lágrimas de emoción.

—Tú lo has dicho. ¡La fe lo salvó!

—En el trayecto de regreso se presentó, me explicó las funciones que ejercía y me preguntó si aceptaría bautizarlo. Cuando por fin llegamos a Kunming, me pidió si podía guardar la medalla que le había puesto en la mano. Dos meses más tarde, a comienzos del verano, lo hice sumergirse en el lago de la Piedra Plana y lo consagré como hijo de Dios, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Él me hizo bendecir su medalla y me confió que se la daría a la persona predilecta de su corazón. Esa es la hermosa historia que Prosperidad Singular quería contarte.

—Ahora comprendo mejor por qué mi padre lloraba de esa manera cuando me la entregó —murmuró Tang apretando la medalla entre los dedos.

—Pues yo, que no creo en las coincidencias, veo en ello una señal de Dios. ¡Tu padre trataba de conducirte tras los pasos de Cristo! Por desgracia, no le dio tiempo.

—Y pensar que habría podido morir sin que yo estuviera presente a su lado... —musitó Tang, reprimiendo un escalofrío.

—Por suerte para ti y para él, la Providencia lo dispuso de otro modo.

—¿Podría yo solicitar a mi vez el apoyo de la Providencia? Arrastro un dolor en el alma. He perdido a la mujer que amaba. Me siento terriblemente abandonado, vacío e inútil —confesó entonces con un hilo de voz el hijo de Prosperidad Singular.

Su sufrimiento era tan patente que el pastor Luang le posó el pulgar en la frente para dibujar en ella la señal de la cruz.

—¿Quieres que te ayude a encontrar a Cristo? Estoy seguro de que te va a servir. ¡Tu padecer es inmenso, Tang! —exclamó el hombre que había bautizado a

Prosperidad Singular.

—¿Cómo puedes adivinar que sufro? —planteó Tang, tan descompuesto que apenas lograba contener el llanto.

—¡Tus tormentos están escritos en tu cara!

Ante aquellas palabras provenientes de un hombre bueno que quería ayudarlo, el Han perdió de repente toda compostura.

—Añoro terriblemente a mi mujer. Me abandonó sin avisarme ni decir nada. ¡Desde que se fue, me siento solo en el mundo!

—¡La amabas mucho!

—Practicábamos el Heqi... Llegábamos a vibrar al unísono. Mezclábamos alegremente nuestros humores. ¡Ella y yo formábamos un solo ser! Jazmín Etéreo era mi doble. En la naturaleza, cada hombre y cada mujer tienen un solo doble. ¡Ahora que ya no está conmigo, es como si me hubieran amputado una mitad de mí mismo!

—¡También yo he practicado el Heqi! —le dijo con gravedad el pastor Luang.

—¿Has encontrado a tu doble?

—¡No! ¡Lo he practicado con Cristo!

—¿El Heqi con Cristo? Pero ¿cómo es eso posible? —preguntó extrañado Tang.

—La unión de los alientos no es más que una variante concreta de la sed de absoluto que cada uno de nosotros guarda en el fondo de sí. ¡Cuando Cristo está en mí, mis alientos se mezclan con el suyo y me siento como un ángel en el cielo!

Un vendaval de alocada esperanza sopló de improviso sobre el hijo de Prosperidad Singular, que no salía aún de su asombro.

—Y yo que pensaba que el hombre sólo podía practicar el Heqi con una mujer y viceversa... —comentó con un suspiro.

—Los budistas que alcanzan la iluminación mediante la práctica de la meditación sentada^[115] aseguran que gozan de la misma sensación de plenitud y de bienestar. No obstante, en mi opinión, nada iguala como la unión con Cristo —concluyó tranquilamente Luang Fudong.

Tang veía cómo se desmoronaban todas sus certezas. ¡Aquello era el colmo! Al contrario de lo que creía, la unión de los alientos no estaba reservada a la pareja formada por el hombre y la mujer complementarios.

Entonces, pensó reconfortado en las palabras de Vacío Esencial, el eremita de Emeishan:

La Gran Fusión está situada mucho más allá del simple placer compartido, porque atañe a un tiempo al cuerpo y al espíritu. Personalmente, yo la he alcanzado gracias a una mujer. Otros lo logran mediante procedimientos más espirituales, por así decirlo.

Eso era más o menos lo que le había dicho el viejo sabio, aunque él sólo había retenido la parte que aludía a la vía sexual de la unión de los alientos y había desdeñado lo demás. Con todo, ahora que el pastor Luang le había abierto los ojos, la esperanza renacía de nuevo en su corazón. Tal vez podría compensar la pérdida de

Jazmín Etéreo con una unión con aquel personaje extraordinario que, por amor a sus semejantes, había asumido la condición humana pese a poseer una esencia divina.

Entonces, con humildad, como el niño que ansia aprenderlo todo, se arrodilló a los pies del hombre que le había salvado la vida a su padre.

—También yo querría convertirme en un discípulo de tu Cristo —susurró con tono apaciguado.

XLIX

Jintiancun

23 de enero de 1848

¡Dios existía! Dios no la abandonaría. ¡De eso no cabía duda, porque Dios la había ayudado tanto ya! Dios protegería a su hijo. ¿Pero por qué Dios la separaba de La Piedra de Luna? ¿Por qué el Todopoderoso no permitía el reencuentro de dos personas que se amaban y no facilitaba que el niño que iba a nacer tuviera un padre? Como de costumbre, cuando notaba que se movía en su vientre, Laura Clearstone sentía una mezcla de alegría y de tristeza por la ausencia del padre, de quien aún no había tenido noticias.

Cada día que pasaba, se sentía un poco más cansada, con las energías mermadas por aquel pequeño que daba patadas. La vida, que se nutría de su cuerpo hasta el punto de dejarla exhausta, se convertía poco a poco en la de un ser aparte que al final se separaría definitivamente de ella. Tomó asiento en un banco y posó la mano en el pesado vientre, tenso y abultado Como una tinaja. El alumbramiento estaba próximo y la joven inglesa tenía serias dificultades para efectuar el menor movimiento.

—¿Quieres que te traiga una bolsa de agua caliente? —se ofreció Xuanjiao, que no se despegaba de ella, por si comenzaba a romper aguas.

—¡Te lo agradezco, pero preferiría una taza de té! —dijo.

—Voy a poner a calentar el agua —propuso entonces Jazmín Etéreo, que nunca se hallaba lejos de su amiga inglesa.

Desde que Laura Clearstone había llegado al monte de los Cardos, se había producido una fuerte corriente de simpatía entre las tres mujeres, que habían acabado formando un inseparable trío, unido como una piña.

Xuanjiao era la hermana menor de Hong Xiuquan. Laura sentía un especial aprecio por aquella joven de ardiente mirada que, bajo una aparente dulzura, ocultaba un carácter muy enérgico. Unos meses antes, siguiendo las indicaciones de su hermano, Xuanjiao se había casado con el leñador Xiao^[116] Chaogui, uno de los más brillantes lugartenientes de Hong. Aquel matrimonio que no había decidido ella no mitigó en nada el inquebrantable apoyo que Xuanjiao prestaba al antiguo presidente de la Sociedad de los Adoradores de Dios, erigido en gran jefe de los *taiping*. Aquella gimnasta sin par, extraordinaria bailarina sobre cuerda, que soñaba con propagar lo más lejos posible, incluso mediante las armas, la palabra de su hermano mayor, había trabado asimismo amistad con Jazmín Etéreo. A ello había contribuido la pasión que ambas compartían por los ejercicios destinados a forjar el cuerpo.

Con paso ágil, pese al mofletudo bebé que cargaba a la espalda atado en un chal, la hermosa contorsionista se fue a la fuente.

—¡Aquí tienes un té bien caliente! —anunció a Laura cuando regresó con una humeante tetera.

—Eres adorable, Jazmín Etéreo. Me sentará bien beber algo caliente... —susurró Laura, agotada por las incesantes náuseas que sufría.

No lejos de allí, en un prado que habían segado hacía poco, Joe jugaba a la pelota con una retahíla de niños más pequeños que él. Desde su llegada a Jintiancun, el joven mongólico estaba mucho más tranquilo. Estaba claro que se encontraba a gusto en aquel pueblo cuyos habitantes lo habían adoptado y lo trataban con consideración. Después de todos aquellos ajetreados episodios que habían puesto a prueba sus nervios, los días transcurrían para él con un inmutable ritmo que le convenía a la perfección, consistente en comer, jugar, dormir y dormitar al lado de su hermana. Desde el inicio de su estancia en el monte de los Cardos, el hijo de Brandon y de Barbara Clearstone no había expresado oralmente a esta la menor queja ni la menor satisfacción. En ese sentido, parecía haber experimentado una regresión. Preso en su estado vegetativo, no reaccionaba cuando su hermana trataba de explicarle que iba a tener un hijo y solo emitía un par de gruñidos cuando ella le ponía la mano sobre su vientre.

Laura, que durante mucho tiempo mantuvo la esperanza de que su hermano siguiera comunicándose con ella, observaba, pensativa y resignada, el final de la partida. Joe, concentrado en ella, lanzaba gritos de alborozo. Los niños que le habían devuelto la pelota formaban ahora un corro a su alrededor entonando cánticos extraídos de la Biblia. En Jintiancun todo el mundo trataba con respeto a Joe Clearstone desde que, en uno de sus inflamados sermones, Hong hubo decretado que el chico era un «profeta mudo enviado por Cristo para reconciliar a los chinos y los ingleses», un ser de esencia divina por lo tanto. Puesto que todo lo que decía su jefe los discípulos lo acogían como palabra del Evangelio, el joven mongólico gozaba de un estatuto aparte entre los *taiping*.

Al principio, su hermana, que deseaba más que nada que dejaran en paz a su hermano, no había visto con muy buenos ojos aquella proclamación, temiendo que lo perturbaran sus efectos.

—¡Tu hermano tiene el cuerpo de un narigudo inglés y la cara de un Han! Para mí eso es una señal del cielo. Cristo ha elegido a Joe para ser un mediador. Es un ser puro y sin mácula. Desde que lo observo, solo he percibido bondad en él —le había replicado Hong con tono perentorio cuando, con suma precaución, le había preguntado el motivo de su gesto.

El hakka parecía tan seguro de sí que había considerado inoportuno contradecirlo. En Jintiancun no era conveniente contrariar a Hong. Con el correr de los días, había comprobado que, lejos de perjudicarlo, aquella elevación de Joe a la categoría de «profeta mudo» le reportaba un sinfín de ventajas.

Tras separarse de sus compañeros, Joe fue a sentarse a sus pies mientras ella saboreaba el té. Recorrió suavemente con la mano su cabellera empapada de sudor.

—Voy a llevar a tu hermano al río —le propuso entonces Jazmín Etéreo—. Necesita un buen baño. ¡Fíjate cómo suda!

—En ese caso, déjame a Flor de Sal. Ya es hora de que yo aprenda también a ocuparme de los niños —respondió Laura a la contorsionista, que enseguida se desató al bebé de la espalda para depositárselo en el regazo.

Erguida sobre sus rollizas piernecillas, Flor de Sal, que ya había alcanzado la edad en que los niños empiezan a querer caminar, riendo, se puso a toquetear la nariz de Laura.

—¡Mira qué despabilada está! —dijo Laura a Jazmín Etéreo, que se derretía viendo la escena.

La contorsionista profesaba por Flor de Sal un amor ilimitado y se comportaba con ella como si fuera su madre. Cuando se topó con ella en el momento en que, resuelta a conducir su barca tal como le parecía, se disponía a irse a escondidas de Jintiancun, comprendió que nada volvería a ser igual para ella. En el segundo en que la tocó con las manos, aceptó convertirse en su madre con todo lo que comportaba. Ahora eso era lo más importante para ella. En honor a sus padres y también porque siempre había admirado la perfección de los cristales salinos que se podían recoger en torno a la mina en la que estos habían perecido ahogados, había puesto a la pequeña el nombre de Flor de Sal.

Desde que esta había irrumpido en su vida, se consagraba a ella en cuerpo y alma, sin más objetivo que darle todo lo que ella no había tenido y criarla lo mejor posible. Por ello se había puesto a vivir otra vez con Medida de lo Incomparable, que abrigaba el sueño de que le diera un hermano a Flor de Sal. El joven *taiping* pasaba, por lo demás, muy poco tiempo en Jintiancun. Feng Yunshan^[117] le había confiado la misión de enrolar a dos mil campesinos pobres en el sur de Guangdong. A la cabeza de una veintena de hombres, Medida de lo Incomparable recorría los campos de los alrededores de Maoming y de Zhanjiang donde vivían numerosos hakkas que no tenían ya gran cosa que perder, frente a unos pequeños propietarios de tierras que les exigían unos arriendos cada vez más exorbitados.

Viendo que Flor de Sal manifestaba el deseo de caminar, Laura la dejó con cuidado en el suelo, sosteniéndola por las manos. En cuanto vio a su madre, que traía a Joe del río limpio como una patena, la pequeña comenzó a avanzar un pie y luego otro. Al llegar a unos pasos de Jazmín Etéreo, que le tendía los brazos, se arriesgó a cubrirlos sola hasta arrojarse contra su pecho.

—¡Flor de Sal camina! ¡Mi pequeña Flor de Sal camina como una niña grande! —exclamó con regocijo la contorsionista, aplaudiendo como una chiquilla.

¡Qué conmovida estaba, entusiasmada como si hubiera asistido a un extraordinario milagro!

Feng Yunshan apareció entonces con un grueso ejemplar de la Biblia en la mano. El brazo derecho de Hong era un hombre de aspecto juvenil, de finas facciones, sin bigote.

—Dispongo de una hora y media —anunció, sentándose al lado de Laura—. Sin querer abusar de tu tiempo, ¿podrías traducirme el penúltimo capítulo del Evangelio del apóstol Juan?

—¡Ahora mismo! —aceptó la joven inglesa, satisfecha de comprobar que su trabajo se acabaría pronto.

—Es Hong quien insiste. Quiere que la traducción esté terminada para el Año Nuevo. Menos mal que tú vas deprisa. ¡Sin ti estaríamos perdidos!

—El Año Nuevo es, si no me equivoco, dentro de tres días. Y si no estoy mal informada, pasaremos del Carnero al Mono —comentó con alegría.

Le gustaban la amabilidad, la seriedad y la modestia de Feng, tan distintas de la exaltación de su superior.

—Nos quedan solo seis páginas por traducir. ¡Con dos sesiones habremos acabado!

Laura se puso a traducir en voz alta las frases del apóstol Juan, que Feng transcribía velozmente en un cuaderno de escuela. Cada diez líneas, repetía el ejercicio, para que el *taiping* pudiera cerciorarse del correcto significado de los caracteres que había empleado. Puesto que la joven hablaba perfectamente el chino, pero lo leía con dificultad y era incapaz de escribirlo, dictaba su traducción tanto a Feng como al propio Hong, que con sus rudimentos de inglés eran capaces de detectar los posibles deslices de la traductora.

Al cabo de dos horas de trabajo, le quedarían solo por traducir las dos últimas páginas del Evangelio según san Juan, con lo cual habría terminado la labor que le encomendó Hong.

Feng se había despedido, agradecido por la celeridad y la seriedad con que la futura madre había llevado a cabo la tarea. Sintiendo que la vencía el cansancio, Laura decidió ir a acostarse en la cama. Ocupaba con Joe una minúscula casita cuadrada de adobe cubierta con un tejado de cañas donde siempre reinaba un olor a cuero viejo enmohecido. Aparte de la sala, había dos exiguas habitaciones que les permitían dormir por separado. Después de dejar en un capazo la retahíla de ropa que había puesto a secar en una cuerda, se dejó caer en la banqueta cubierta con una simple estera que le servía de cama y se tendió con dos almohadas en la espalda. Como de costumbre, apenas se hubo tumbado, fijó la mirada en el techo y dejó vagar el pensamiento entre el futuro que se acercaba, con el hijo que pronto iba a nacer, y el pasado, en el curso del cual se había sustraído ya a mil peligros.

¡En ese sentido, bien podía decir que, junto con su hermano, había escapado por los pelos!

No transcurría día alguno en que no recordara la manera como había logrado huir del infierno del fumadero del Pavo Espléndido. Ella y Joe eran auténticos supervivientes resucitados que habían estado a punto de perecer. *A posteriori* se había dado cuenta del terrible avispero en el que se había metido con una terrible inconsciencia.

No se atrevía ni a imaginar cómo habría acabado sin la intervención del jefe *taiping*. ¿Como esclava sexual en un burdel de Filipinas, tal vez? ¿Como cortesana enviada a la fuerza a un lupanar de Pekín? ¿Embarcada en un barco atestado de bandidos? ¡Había emprendido una ruta encarada hacia abajo en la que habría arrastrado consigo al pobre Joe! Si no había ido a parar al fondo del abismo, lo debía en buena medida a Hong Xiuquan.

La Providencia, para quienes creían en el cielo, y el azar, o bien la suerte, para quienes no creían en la religión, habían propiciado aquel sorprendente encuentro entre Laura y Hong, que las dos amigas de la joven inglesa le habían pedido que les contara un centenar de veces por lo menos.

Ese día estaba desesperada. La noche anterior había descubierto con pavor que uno de los criados del Pavo Espléndido había drogado a su hermano. No tenía más remedio que abandonar con él lo antes posible aquel antro de perdición. Tras levantarse al rayar el día, después de pasar la noche en vela con la intención de marcharse sin decir nada, se topó directamente con el dueño del fumadero. Una vez hubo remitido el sentimiento de contrariedad y de impotencia que había experimentado en el primer momento, se planteó con angustia si no sería un signo de desconfianza por su parte.

—Ahora que has tenido tiempo para reflexionar, te propongo llevarte a casa de mi proveedor —le había expuesto con melifluido tono el chino, con sus dientes podridos por el opio.

Apenas le sorprendió la demanda, ya que no se había hecho muchas ilusiones sobre el supuesto margen de que disponía para decidir.

—¿Ahora mismo? —preguntó atemorizada.

—A primera hora de la mañana, mientras los policías duermen, es el mejor momento. ¡Cuando el tigre duerme, los monos son los reyes de la montaña!

Sintiéndose cogida en la trampa, trató de idear un plan. Mientras tanto, decidió que no iba a dejar solo a Joe en el Pavo Espléndido.

—¡En ese caso, mi hermano viene conmigo!

—¡Como quieras!

Al cabo de una hora, se encontraban ya en casa del «comprador», un individuo adiposo de cara hinchada en la que los ojos se veían reducidos a oblicuas ranuras. Oficialmente era vendedor de grano al por mayor, pero se trataba solo de una tapadera. El obeso individuo los había conducido al sótano del inmenso almacén donde guardaba cereales y semillas. Era allí, en una sala abovedada a la que se accedía franqueando una puerta blindada, donde apilaba las cajas de opio. Sudando a mares, el vendedor sacó tres bolsas de droga que entregó al dueño del Pavo Espléndido con aires de complicidad. En el umbral de arriba, este entregó su paquete a la joven inglesa al tiempo que le daba la orden de regresar lo antes posible al fumadero.

—¿Debo efectuar el mismo trayecto que en la ida? —susurró, con pavor por la

perspectiva de contar con esa escolta.

—Sin problema. ¡No corres ningún riesgo!

—¿Y si la policía me detiene?

—¡Es muy improbable! —contestó con indiferencia el bajito individuo, poniendo de manifiesto lo poco que le importaba lo que pudiera pasarle.

—Varias veces he visto calles bloqueadas por los imperiales que controlaban a los transeúntes —murmuró con voz quejumbrosa.

—¡En ese caso, no debes decir ni una palabra en chino y acabarán por dejarte pasar! —concluyó con un asomo de irritación el pérfido y despiadado dueño antes de irse por su lado.

Había tardado dos horas en volver al fumadero después del largo rodeo que había efectuado, abrumada por el miedo, sujetando firmemente la mano de su hermano, que muy malhumorado y a punto de montar un escándalo, se resistía a avanzar. No bien hubo llegado, como un diablo surgido de su caja, el dueño surgió de detrás del mostrador encima del cual se había apresurado a depositar la valiosa carga. A la mañana siguiente, tal como estaba previsto, encantado de poder contar con una joven occidental tan eficaz, el chino la envió sola y de nuevo se había encontrado en la calle con su hermano, resuelta a no volver a poner más los pies en el Pavo Espléndido.

Fue entonces cuando se produjo el milagro.

Sus pasos la habían conducido hasta la puerta del Gran Jardín Celestial, que había reconocido enseguida por los dos altivos dragones que la flanqueaban escupiendo sus llamaradas de piedra. Allí era donde iban Roberts y Bambridge con su madre cuando aún estaba viva a predicar el Evangelio. En ese mismo punto se había formado un corro de gente delante de un predicador vestido a la manera occidental. El recuerdo del pastor y de su gobernanta, a quien no tenía ningún deseo de ver, la impulsó a apurar el paso. A toda velocidad, rodeó a los curiosos que escuchaban con gran atención al predicador. La presencia de una fosa de basura en la que hurgaban unos esqueléticos niños cubiertos de sarna la obligó a cruzar la calle, lo cual la hizo aproximarse al individuo que arengaba a la multitud blandiendo un libro en la mano. Entonces, reconoció a Hong Xiuquan, el hakka que se había presentado en casa de Roberts para formar un escándalo. Gesticulando encima de una pequeña tarima, exhortaba a convertirse al Cristo y a sus «Divinos Mandamientos» a unos fieles rendidos, que lloraban y se santiguaban. Había cruzado la mirada con el hakka, pero estaba convencida de que en aquellas circunstancias no la había podido reconocer. Por eso se quedó estupefacta cuando este se bajó del estrado y se puso a llamarla.

—¡Señorita! ¡Señorita! —precipitándose hacia ella, había juntado las manos como si se hallara ante una aparición celestial—. Señorita, señorita..., ¡os he reconocido! ¡Dios sea loado!

Detrás del iluminado había otro hakka que, sin estar tan exaltado, evidenciaba igualmente una patente satisfacción.

—Yo también. ¡Vos sois Hong Xiuquan! Me llamo Laura Clearstone y él es Joe,

mi hermano menor.

—Tenéis una excelente memoria, Laura. Soy Hong, en efecto. Y él es mi mejor amigo, Feng Yunshan. Feng es, como yo, un antiguo maestro. Desde que fundé la Sociedad de los Adoradores de Dios, me secunda como brazo derecho.

—¡Encantada!

Sin perder un segundo, triturando los bordes de su sombrero de fieltro, Hong pasó a exponerle lo que quería.

—Señorita Laura, puesto que Dios ha tenido la infinita bondad de ponerlos en el camino de su Hijo, os suplico que me prestéis un gran favor. Busco a alguien que hable bien el inglés para ayudarme a traducir al chino el Nuevo Testamento. Viviríais en mi casa, en el campo, durante algunos meses. La Sociedad de los Adoradores de Dios se encargaría de vuestro mantenimiento y también del de vuestro hermano. Mi organización cuenta ya con un centenar de miembros, un número que no para de aumentar como las aguas de un río en su crecida.

—Estoy disponible para realizar tan hermosa labor, señor Hong —musitó con un hilo de voz ante el alborozado hakka.

De este modo, loando a Dios por el socorro que le había prestado, había seguido a Hong y Feng hasta una choza abandonada por los campesinos expulsados de sus tierras donde los dos hombres habían instalado su cuartel general. Al cabo de unos días, la policía detuvo a Feng Yunshan, sobre quien pesaba la sospecha de haber destruido unas estatuas en un templo taoísta. Hong se presentó en los juzgados para defender la causa de su amigo ante Jiyong, el gobernador adjunto de la provincia de Guangdong, conocido como claro simpatizante de la religión cristiana. Había logrado su puesta en libertad, pero condicionada a su expulsión de la provincia, lo que le llevó a trasladar la sede de la organización a Jintiancun, para preparar desde allí las ulteriores ofensivas del movimiento.

En la memoria de la joven inglesa quedó grabado para siempre el hermoso día de julio en que llegó al pueblo de Hong, después de días de extenuante marcha. Pese al asfixiante bochorno que reinaba en él, le pareció un lugar paradisíaco, un remanso de paz y de silencio en contraste con los tormentos y furores pasados. Bajo un cielo cubierto por unas grandes nubes bajas por donde se filtraba el sol, el hakka había recibido una triunfal acogida por parte de todos los habitantes que se habían concentrado en la plaza del pueblo agitando banderas amarillas.

Por fin se hallaba con su querido Joe en un sitio seguro, por la gracia de Dios.

L

Jintiancun
30 de enero de 1848

La noche de Año Nuevo, iniciada dos horas antes, se presentaba glacial después de la lluvia que no había parado de caer en todo el día. Hong Xiuquan había convocado, aun así, a todos los habitantes de Jintiancun para una velada de acción de gracias.

—Hong se va a impacientar, tenemos que irnos —advirtió con inquietud Xuanjiao a sus dos amigas—. ¡A mi hermano no le gusta que la gente llegue tarde cuando predica!

Jazmín Etéreo ayudó a Laura, ya casi a término de su embarazo, a levantarse de la cama. La joven inglesa había notado que, desde el día anterior, su vientre se tensaba por momentos, pero ignoraba el motivo. Se puso un chal sobre los hombros, aterida por el frío del monte de los Cardos, que con sus casi setecientos metros de altitud, podía ser intenso en aquellas fechas y, tras observar con lasitud a sus amigas, se armó de valor para ponerse en camino junto a ellas con andares de sonámbula.

Cuando llegaron a la plaza del pueblo, el predicador hakka arengaba ya a sus seguidores, que lo escuchaban sentados directamente en el suelo mojado, calados hasta los huesos.

—Perdónanos —susurró Xuanjiao a su hermano, que le había lanzado una fulminante mirada.

Incapaz de agacharse en su estado, Laura se sentó en el taburete que le trajo Xuanjiao, mientras el jefe *taiping* dirigía una meditación en voz alta centrada en el ascenso de Jesús al Calvario.

—Queridos hermanos —pasó a anunciar a continuación—, quiero aprovechar esta ocasión que Dios me brinda para presentaros el *Libro de los Celestes Decretos y Proclamaciones*.

Feng Yunshan le tendió un cofre lacado en rojo. Dentro estaba la traducción del Nuevo Testamento terminada dos días atrás gracias a sus desvelos y a los de Laura, acompañada de un texto de Hong en el que este exponía el futuro sistema de funcionamiento del movimiento desde el punto de vista jerárquico y legal. El hakka, que había pedido a Estrella Mayor del Oeste que cosiera una a una las páginas de los dos manuscritos para formar un solo volumen, lo enarboló con orgullo, como si fuera Moisés con las Tablas de la Ley, antes de volver a tomar la palabra, con tono vibrante y exaltado.

—¡Este divino texto será nuestra ley común, que sustituirá a la *Oda de la doctrina y de la salud del mundo*^[118]! ¡En este día en que la rueda del tiempo vuelve a su

punto de partida, tengo el inmenso gozo de anunciaros que Dios ha decidido conferirme el título de Celeste Soberano de la Gran Paz! ¡Nombraré, asimismo, cinco príncipes: el del Este, el del Oeste, el de Mediodía y el de Septentrión, aparte de un Príncipe Coadjutor, que me ayudará a mantener la dinastía que ahora fundo!

De la multitud brotó un murmullo de admiración por la audacia que manifestaba al proclamar un nuevo orden.

—¡Postraos ante nuestro Celeste Rey, a quien debéis respeto y obediencia! —gritó Feng dando ejemplo.

Todos los presentes, hombres, mujeres y niños, se abalanzaron al suelo.

—¡Respeto y obediencia a nuestro Celeste Rey! —corearon.

Entonces, unos estridentes alaridos alteraron aquel piadoso ambiente de recogimiento, atrayendo las miradas hacia el mismo punto. Un poco más allá, un hombre de cara ennegrecida por la suciedad permanecía de rodillas con los brazos en cruz. Parecía en trance. Su cuerpo agitado por espasmos se ponía rígido por momentos mientras de su boca brotaban borborismos y baba, que le descendía a chorros por el pecho.

Hong indicó a Feng que se acercara al intruso.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí provocando la distracción en una ceremonia divina? —le preguntó varias veces el acólito del dirigente *taiping*.

Después, viendo que no reaccionaba, se puso a sacudirlo como a un ciruelo. Al cabo de un momento, el hombre abrió los ojos y Feng le repitió la pregunta.

—¡Me llamo Yang Xiuqing!

—¿Qué haces aquí, Yang Xiuqing?

—Soy carbonero^[119]. Trabajo en el bosque, justo detrás de la colina. He oído hablar de Hong gracias a los Adoradores de Dios que vinieron a vernos para traernos su divino mensaje. El Espíritu Santo es mi perpetuo interlocutor. ¡Mientras tú me hablabas, yo conversaba con él! —explicó el hombre con toda naturalidad.

—¿Me oías?

—¡Sí, pero como estaba ocupado con el Espíritu Santo, no podía responderte! —repuso con espontaneidad el desconocido.

—¿Sabes quién es el Espíritu Santo? —preguntó receloso Feng.

—¡El Espíritu Santo es la tercera representación de Dios, ya que la segunda es Nuestro Señor Jesucristo! —repuso imperturbable Yang.

—Déjame que hable yo con este muchacho —indicó Hong a su acólito.

Luego, hizo levantar a Yang y comenzó a hacerle preguntas.

—¿Cuántas veces has escuchado los sermones de los Adoradores de Dios?

—Tres veces. Tus discípulos vienen a visitar a menudo a los carboneros.

—Son muy pocos los que en tres veces comprenden qué es la Santísima Trinidad. Eres una persona inteligente, Yang Xiuqing.

—Me gustaría mucho trabajar para la noble causa a la que te consagras —declaró con entusiasmo el carbonero, mirando directamente a los ojos a Hong.

—¡A partir de este día, te declaro ciudadano del Reino de la Gran Paz! —le dijo el Soberano Celeste al tiempo que le imponía las manos.

Después, se trasladó a donde estaba Laura.

—¡Si supierais lo contento que estoy por el trabajo que habéis llevado a cabo! —le confesó con alborozo—. ¡Sin vos, nunca lo hubiéramos conseguido, Laura!

La joven, que languidecía en el taburete sin poder mover ni un dedo a causa de la tensión y el dolor en el vientre, se limitó a sonreírle.

—¿No os sentís bien? —inquirió Hong, reparando en la palidez de su cara perlada de un millar de gotas de sudor.

—Debe de faltar muy poco para el parto... —apuntó ella con un hilo de voz.

—¡Lo mejor será que vayáis a acostaros! —insistió el jefe *taiping*.

—Hong, nunca podré agradeceros bastante que me hayáis permitido vivir con tranquilidad el embarazo hasta el final. Este hijo que va a nacer os deberá la vida —afirmó extenuada la joven.

El dirigente *taiping* se había preocupado de que no le faltara de nada, sin formular pregunta alguna a propósito de la identidad del padre. El hecho de que en Jintiancun su embarazo no hubiera suscitado el menor sarcasmo, como si todos lo consideraran como algo previsto por el Todopoderoso Dios, se debía a Hong, que, en ese sentido, tenía una gran amplitud de miras.

Mientras el bebé se agitaba con creciente vigor en las entrañas medio abiertas de Laura, Jazmín Etéreo la ayudó a levantarse y, apoyada sobre su hombro, se dispuso a acompañarla a la casa. La lluvia había vuelto a caer con insistencia, transformando en torrente de barro la principal calle del pueblo. La contorsionista apretó el paso, apremiada por conducir a su amiga hasta su cama antes de que estuviera empapada hasta los huesos. Entonces resbaló en una piedra mojada y ambas fueron a parar con violencia al suelo.

—¡Mi hijo! —gritó Laura, desencajada de dolor a causa de las contracciones.

Mientras Jazmín Etéreo fue a buscar unas parihuelas, la joven inglesa perdió el conocimiento. Atenazadas por la angustia, a costa de los mil esfuerzos bajo la lluvia que caía a cántaros, la contorsionista y Xuanjiao lograron transportarla hasta su casa y ponerla en la cama.

Poco a poco, Laura recobró el conocimiento.

—¿Dónde estoy?

—¡En tu habitación, bonita!

—Me duele mucho... ¡Siento como si se me desgarrase el vientre! —gimió, llorosa.

—No te preocupes. Ya han avisado a la comadrona. No va a tardar en llegar —le murmuró la esposa de Xiao, enjugándole la frente con una esponja.

—Me gustaría tanto poder abrazar a mi hijo —musitó.

—No te muevas, dentro de poco se habrá acabado todo... ¡y podrás, incluso, darle de mamar al pequeño! Hay que mantener la calma... ¡Todo va a ir bien! —

añadió con cariñoso tono Jazmín Etéreo.

Un ruido de platos rotos le produjo un sobresalto. Era la comadrona, una fornida matrona de anchas caderas que, al entrar en la minúscula sala de estar, se había enganchado en una esquina del mueble donde Laura guardaba las tazas y la vajilla. Cuando penetró en la pequeña habitación de Laura, Jazmín Etéreo se vio obligada a pegarse a la pared. Con autoridad, la comadrona separó las piernas de Laura para después doblarlas a fin de observar en qué fase del parto se encontraba.

—El órgano está abierto ya. La vía está libre en el Campo de Cinabrio. ¡Ya se ve la cabeza del bebé! —anunció con satisfacción.

Las dos amigas de Laura se pusieron a aplaudir. Una hora más tarde, sin embargo, la situación seguía igual: la cabeza del niño permanecía en el linde, como si no se decidiera a efectuar el gran salto hacia lo desconocido.

—¡Aprieta más fuerte! —le ordenó entonces la comadrona antes de invocar a la Mujer de la Flor de Oro, la diosa que concedía a los niños.

Laura estaba tan aturdida que no comprendía nada de lo que decía aquella recia matrona que hurgaba con manos expertas entre sus piernas. Pasaba el tiempo y, por más que trataba de expulsar el feto, este seguía aferrado a las carnes de su madre como el mineral precioso a la ganga.

La comadrona no disimulaba ya la preocupación.

—Este bebé testarudo está atascado —acabó concluyendo, con la cara pálida y la respiración agitada—. ¡Ya no sé qué hacer, como no sea invocar a Zhang el Inmortal, dios protector de los niños!

Poniendo en práctica lo anunciado, la mujer sacó del bolsillo una efigie que lo representaba rodeado de un corro de niños, con su túnica verde y su tiara de tres lóbulos, tirando con una ballesta contra la estrella del Perro^[120]. No obstante, el Inmortal Zhang resultó igual de ineficaz que la Mujer de la Flor de Oro. Hacía ya más de cuatro horas que, medio inconsciente y con la cara hinchada y morada, Laura empujaba en vano mientras que, consciente de que ya no podía hacer nada más, la comadrona se había refugiado en la cocina donde se había puesto a llorar. Después de un opresivo silencio y ante tantos esfuerzos inútiles, desesperados y agotadores, Jazmín Etéreo y Xuanjiao, también extenuadas, tomaron una determinación.

—¡Hay que ir a buscar al Tianwan^[121]! —exclamaron—. ¡Solo él puede conseguir, mediante la oración, que el niño salga sano y salvo!

Cuando Hong Xiuquan entró con la Biblia en una mano y un grueso cirio en la otra, en la penumbra de la habitación donde yacía Laura, esta acababa de desmayarse otra vez. Acercándose, le impuso las manos y, ante la mirada desconsolada de Jazmín Etéreo y Xuanjiao, que rezaban de rodillas, posó el libro sagrado en el vientre de la parturienta y después su voz resonó por encima del repiqueteo de la lluvia en el techo de cañas iluminado por la vacilante llama de la vela.

—¡Alabado sea el Todopoderoso! —entonó—. ¡Solo él tiene el poder para hacer que nazca este niño! ¡Esta mujer y el fruto de sus entrañas deben vivir!

A continuación, pasó un cuarto de hora desgranando con voz monocorde la lista de todos los santos a los que solía invocar al final de sus sermones.

Cuando hubo concluido la letanía, sin dejar de rezar, Hong colocó las manos encima de la Biblia y luego se apoyó en ella con todas sus fuerzas. Laura, que hasta entonces se mantenía completamente inmóvil como si padeciera catalepsia, comenzó a gemir y a moverse un poco. A fin de acentuar la presión, el Tianwan despegó los pies del suelo para hacer bascular todo el peso del cuerpo encima del vientre de la joven inglesa. Comprobando que aquello no daba resultado, sin alterar la posición, Hong Xiuquan se puso entonces a pivotar de derecha a izquierda y de arriba abajo sobre las entrañas de Laura, con lo que el libro adquirió las funciones de mano de mortero. Después de unos largos minutos de tal tratamiento, que cualquier espectador habría creído fatal para la amante de La Piedra de Luna, esta lanzó de repente un grito de júbilo.

—¡Ha salido la cabeza! ¡Zhang el Inmortal sea loado! —exclamó la comadrona, que se había precipitado junto a la joven al oírla gritar.

—¡Al diablo con tu Zhang, mujer de poca fe! —la reprendió Hong—. ¡Si este niño se acaba de mover, es porque así lo ha querido Nuestro Señor Jesucristo!

Con mano experta y delicadeza suma, el jefe *taiping* tomó el cuello del pequeño y tiró ligeramente hacia sí con un movimiento giratorio. Enseguida apareció un hombro y después el segundo, antes de que el cuerpo sanguinolento se deslizara hasta el exterior del vientre de la madre.

—¡Es un niño! ¡Alabado sea Dios! —exclamaron entonces sus dos amigas.

Cuando la matrona cortó el cordón umbilical y el recién nacido se puso a gritar, lleno de vida y energía, reinaba una atmósfera irreal en aquella habitación atravesada por los trémulos rayos de la única vela encendida, donde había estado a punto de producirse una tragedia. Tal vez se debiera al efecto —¡literal!— de la Biblia o bien a las plegarias de Hong Xiuquan. Lo cierto era que el hijo de Laura Clearstone y de La Piedra de Luna estaba allí, sano y salvo, reposando en el seno de su madre.

—¿Cómo lo vas a llamar? —murmuró emocionada Jazmín Etéreo.

—¡Pablo Destello de Luna! —susurró sonriente la madre, que había elegido desde hacía mucho ese nombre doble.

En ese preciso instante, sus pensamientos volaban hacia su amado La Piedra de Luna. ¿Dónde estaba? ¿Qué le ocurría? ¿Seguiría buscándola?

¿Tendrían la dicha de volver a verse, de proseguir juntos la ruta de la vida, de concebir otros hijos? Aun siendo muchos y angustiosos los interrogantes, ella mantenía la esperanza. ¡Su hijo merecía tener un padre!

—¡Es un nombre muy bonito! —aprobó Xuanjiao, depositando un beso en la frente de su amiga.

En el momento en que la indecisa luz de la aurora comenzaba a despuntar a través de las persianas de junco, Hong se inclinó hacia la madre y el recién nacido.

—¡Bendito sea este niño que ha nacido bajo el signo de Cristo! ¡Recibid mi más

sincera felicitación, señorita Laura! ¡El Dios Todopoderoso y misericordioso protegerá a Pablo Destello de Luna durante toda su vida!

Después de santiguarse, Laura Clearstone volvió el extenuado semblante, rebosante de agradecimiento, hacia el hombre que acababa de salvarla por segunda vez.

—¡Respeto y obediencia a mi Celeste Rey!

Entonces se sentía, ya sin reparos, como una adepta más del movimiento que Hong había fundado.

CUARTA PARTE

En el Celeste Reino de la Gran Paz

LI

Nanquín
27 de abril de 1853

El gran navío se deslizaba sin ruido por el río Azul en medio de una fantasmagórica atmósfera, como montado en una nube. Después, gracias al sol, las persistentes brumas que hasta entonces difuminaban el horizonte y las orillas se dispersaron, presentando a la vista de los pasajeros la larga cinta plateada del río, que ahora parecía extenderse hasta el infinito ante su mirada.

Por encima de las aguas flotaba un olor pestilente, pero habría sido preciso navegar justo a ras de la superficie, en una pequeña barca de pesca, por ejemplo, para averiguar la causa. El origen del hedor estaba en los miles de cadáveres de hombres, mujeres y niños que, con los vientres hinchados a punto de estallar, transmitían por el río los gérmenes que engendrarían el tifus entre los habitantes de los pueblos situados más abajo. Unos cuantos centenares de cerdos, abatidos también por la epidemia, habían venido a añadir sus terribles miasmas a aquella generalizada putrefacción. La barandilla del imponente barco de guerra británico *Hermes*, que había zarpado de Shanghái cinco días antes, estaba situada demasiado arriba para que sus ocupantes pudieran distinguir aquellas horribles carroñas.

Entre ellos se encontraba un hombre de cabello gris de envarado porte y comportamiento propio de un jefe. La totalidad de la tripulación le dispensaba, por lo demás, un trato de preferencia, y es que hay que precisar que sir George Bonham, pues así se llamaba aquel caballero, acumulaba las funciones de gobernador de Hong Kong, de superintendente de comercio británico y, sobre todo, de ministro plenipotenciario de la Gran Bretaña en China.

Bonham acababa de tomar conciencia «con sus propios ojos» de lo que había ocurrido en Nanquín un mes atrás, el 19 de marzo de 1853, cuando la antigua capital imperial de la China había caído en manos de los *taiping*. Acababa, asimismo, de informar a Hong Xiuquan, su líder supremo, de la «absoluta neutralidad de Gran Bretaña» a fin de disipar el mal efecto que causaban las estruendosas declaraciones del Hijo del Cielo. El emperador Xianfeng, que había sucedido a Daoguang dos años antes, había anunciado, en efecto, que los occidentales iban a atacar con su flota y artillería a los insurgentes.

El día anterior, el *Hermes* había pasado delante de la flota imperial china... o, más bien, de la flotilla que llevaba tal nombre, compuesta de unas cuarenta viejas lorchas portuguesas fondeadas en el río, unas millas más abajo de Nanquín. Esas naves, que habían alquilado a precio de oro a los manchúes los hábiles comerciantes de Macao, no llevaban a bordo más que unos cuantos marineros de aquella ciudad

completamente desorientados, que no tenían la menor idea de la misión que debían cumplir.

Para hacer creer a los rebeldes que los ingleses estaban de su parte, el comandante de la flota imperial, un obeso manchú de cara picada por la viruela, había dado orden a las lorchas de situarse en la estela del *Hermes*. Creyendo que se trataba de un ataque, la batería que los *taiping* habían instalado en un montículo de tierra junto al río Azul se había preparado para hacer fuego. No obstante, como el prudente Bonham había tomado la precaución de enviar por estafeta a Luo Dagang, el general *taiping* que defendía el flanco sur de la antigua ciudad imperial, una nota en la que proclamaba su afable neutralidad, los artilleros de larga cabellera habían aguardado a que hubiera pasado el *Hermes* para comenzar a tirar. Enseguida, la lorchita situada en cabeza se había incendiado antes de hundirse, cosa que había obligado a los demás a volver por donde habían venido, abandonando a su triste suerte a la tripulación de la primera embarcación, recién engullida por las turbias aguas del gran río.

—Con el vapor y la Biblia, los ingleses atravesarán el universo —comentó riendo Bonham al hombre que iba acodado a su lado en la borda de la pasarela de mando.

—Qué duda cabe —se limitó a contestar el individuo en cuestión.

En ese momento, un sudoroso marinero se precipitó hacia sir George con un pliego en la mano.

—¡Señor gobernador, una estafeta enemiga acaba de entregármelo para usted! —exclamó el marino mientras señalaba la minúscula embarcación que se alejaba del *Hermes*.

—¡Llega vuestro turno, Bowles! Estoy seguro de que en este sentido poseéis más talento que Meadows^[122] —dijo Bonham a su acompañante, al que acababa de tender el pliego.

La respuesta de los *taiping*, redactada en un pomposo estilo, hablaba de la creación del mundo, del lugar que Dios ocupaba en él y de la misión divina que este había confiado al Soberano Celeste, el Tianwan, consistente en expulsar del poder a los demoníacos manchúes. En la misma línea de la postura adoptada por el Hijo del Cielo en relación a las potencias extranjeras, Hong se imaginaba que los ingleses estaban dispuestos a prestar juramento de fidelidad al Celeste Reino de la Gran Paz, tal como quedaba de manifiesto en sus pasmosas frases finales.

Puesto que los ingleses reconocéis nuestra soberanía, el Padre y el Hermano Mayor Celestes no dejarán de admirar esta manifestación de vuestra fidelidad y de vuestra sumisión. Por eso os autorizamos a adoptar la conducta que consideréis útil para ayudarnos a exterminar a nuestros diabólicos enemigos o para dedicaros a vuestras operaciones comerciales habituales. Esperamos con vivo deseo que adquiriréis con nosotros el mérito de servir con diligencia a nuestro muy Real Maestro.

—Pobres imbéciles... —exclamó fuera de sí Bonham cuando Bowles hubo acabado de traducir aquel galimatías—. ¡Van listos si piensan que voy a prestarme a sus melindres y que mi país va a rendirles pleitesía!

—Hong Xiuquan demuestra la misma ceguera e ingenuidad que Xianfeng al imaginar que el mundo entero está dispuesto a postrarse a sus pies. Los dirigentes chinos siempre han tenido un desorbitado complejo de superioridad, señor gobernador. No es una casualidad que China signifique en chino «centro del mundo». Por otra parte, eso les viene costando ya muy caro —respondió Bowles sin manifestar sorpresa alguna.

—¡Mientras tanto, queda descartado que trate como a un rey a ese loco! Si me obliga a encorvarme y a rendirle tributo, me abstendré simplemente de ir a verlo. ¡En tanto no se demuestre lo contrario, tampoco es el emperador de China! —señaló Bonham con aspereza.

—Si queréis, podríamos ir con el señor Meadows en misión de reconocimiento.

Un marinero que limpiaba una de las cubiertas inferiores acudió entonces a explicar a sir George el motivo de aquel hedor que se les prendía a la garganta. La presencia de los miles de cadáveres de personas que flotaban en el río Azul les produjo un leve escalofrío.

—¿Tal vez hay una epidemia de cólera en Nanquín? —se preguntó, con un cierto fastidio, el gobernador.

—El cólera se transmite por el agua. ¡Basta con lavarse a menudo las manos y no beber más que agua hervida! —apuntó Bowles, que no quería renunciar por nada del mundo a su reportaje.

—Me temo que pecáis de optimismo, mi querido amigo. Yo mismo he perdido a uno de mis mejores colaboradores a causa de esta terrible enfermedad. Y ese joven había tomado las mismas precauciones que vos, os lo puedo asegurar.

—Sir George —señaló el periodista, optando por reanudar el hilo de la conversación que había quedado interrumpida con la cuestión del cólera—, no me habéis respondido nada a la sugerencia de enviarme junto con el señor Meadows en misión de exploración.

—¡Me parece una excelente idea, mi estimado John! ¡Prometedme, de todas maneras, que vais a actuar con prudencia!

—¿Os referís al cólera o a los *taiping*, sir George? —bromeó el dibujante de prensa.

—¡Entre dos calamidades, vale más no elegir! —contestó sonriendo el gobernador antes de añadir con fingida seriedad—: ¿Sabéis que podríais haber sido un excelente diplomático?

—Tal vez me haya perdido una magnífica carrera en el seno del Foreign Office —repuso Bowles.

Aquello distaba mucho de ser cierto porque John, que llevaba el periodismo en la sangre, jamás había sentido mucha admiración por el oficio de diplomático, que

consideraba una actividad huera y sin interés, basada en gesticulaciones codificadas y en elementos de lenguaje inaccesibles al vulgo. La prueba más palpable de la inutilidad de los cónsules y embajadores radicaba en que siempre acababan por ceder el protagonismo a los militares cuando había que pasar —tal como se decía en el Estado Mayor— «a las cosas serias».

Para comprender el estado de ánimo en el que se hallaba John Bowles, conviene puntualizar que poco tiempo atrás había recibido una carta de Sam Goodridge mediante la cual quedaba despedido de su puesto de reportero del *Illustrated London News*. El pretexto era que, dada la lentitud con que se desarrollaban las comunicaciones entre Londres y la China, los dibujos y textos que Bowles enviaba no eran lo bastante «actuales» y adolecían, por lo tanto, de interés periodístico. La misiva concluía con una frase de extrema sequedad:

Habida cuenta de todo lo anterior, sentimos tener que poner término a nuestra colaboración.

John no creía, desde luego, nada de lo aducido por el jefe de redacción.

Se daba la extraña coincidencia de que había recibido la carta de Goodridge después de que le hubiera enviado su informe relativo a la trágica historia de Irina Dachenko, que había titulado «La policía secreta imperial de Cantón asesina a la madre de uno de los hijos naturales del emperador Daoguang». Habían sido necesarios dos meses de intenso trabajo y una quincena de hojas escritas con tupida letra para relatar con gran lujo de detalles las circunstancias de la muerte de la rusa, de la que había sido testigo directo, así como de las razones que habían impulsado a la corte china a perpetrar el crimen. Con palpitante ritmo, John evocaba asimismo los amores secretos de Irina y de Daoguang, el nacimiento de La Piedra de Luna y el exilio del hijo imperial a Cantón, adonde su madre había acudido en su busca. La última parte de su artículo estaba consagrada al suplicio de los Diez Mil Cuchillos del que había sido víctima el padre adoptivo del hijo secreto del emperador de China. Había adjuntado, además, tres dibujos: un retrato de la rusa, destinado a la primera página, una vista general del puerto de Cantón y una escena callejera en la que se procedía al lento descuartizamiento de un condenado a muerte. Entre el sexo, la sangre y las intrigas de la corte más hermética del mundo, John estaba convencido de que allí había material para disparar las ventas del periódico.

Por ello, la misiva de su jefe lo había dejado frío en un primer momento y aquejado después de un intenso mal humor.

No cabía duda: su reportaje había suscitado temor en las altas esferas. La supuesta sed de noticias «sensacionalistas» de su publicación parecía haber quedado saciada muy deprisa. La dirección había calibrado las repercusiones que aquella investigación habría desencadenado si la hubieran publicado. Estaba seguro de que el director del *Illustrated London News* había sufrido presiones por parte del Foreign Office..., de lo cual cabía deducir que, faltando a su código deontológico, presentaba al Ministerio de Asuntos Extranjeros los temas delicados antes de publicarlos.

Todo aquello se resumía en una palabra: ¡censura!, que resonaba con un desagradable timbre en los oídos de Bowles mientras guardaba con rabia la carta de Goodridge en un cajón.

Su despido le tenía sin cuidado, pero sí sentía, en cambio, un fuerte enojo contra sus superiores. Su decepción era proporcional a la consideración y la estima que le habían inspirado, ya que había creído sinceramente que el periódico para el que trabajaba era un órgano de prensa independiente, consagrado solo al servicio de sus lectores. Más que la imagen de Goodridge, a quien nunca había tomado muy en serio, la figura que había quedado definitivamente empañada ante sus ojos era la de Ingram, el dueño, al que había colocado en un pedestal de dios de la prensa, depositario de toda clase de alabanzas por sus intuiciones periodísticas y por su capacidad para presentar las informaciones a partir de un ángulo ameno e interesante desde un punto de vista comercial.

Ávido de tomar la revancha, John había decidido que no iba a bajar la guardia. De ninguna manera pensaba regresar a Inglaterra para ir a vender sus competencias a una publicación del mismo cariz. Aquello era una cuestión de principios, de honor incluso. Se quedaría en China y proseguiría con una actividad periodística plena e íntegra, libre de toda presión política o económica. Describir la China, presentarla a Occidente, divulgar su rico pasado milenar, ilustrar sus fuerzas y sus debilidades, resaltar las contradicciones de sus dirigentes, elogiar el inmenso valor de su pueblo, destacar las costumbres, ora extrañas, ora sutiles, de sus habitantes, plasmar toda esa violencia acumulada en el seno del campesinado, lista para estallar en el momento menos pensado igual que un barril de pólvora, y defender con ello la causa de aquel extenso y entrañable país donde la gente era tan jovial, a pesar de las catástrofes y los sufrimientos que les infligía la naturaleza, el bandidaje y la guerra civil. ¡Todo aquello daba margen para consagrarse a una exaltante actividad!

El virus de la China había acabado contagiando a John Bowles, que con su dominio del chino podía desplazarse allí donde le parecía sin la ayuda de nadie. Lo único que necesitaba era encontrar allí otro periódico que lo contratase.

En el momento de su despido, había conocido por casualidad a George Sassoon, el hijo de un industrial escocés recién instalado en Shanghái, donde había abierto un astillero. Como Bowles, Sassoon era un enamorado del periodismo, que había practicado en el instituto de Glasgow, donde había fundado una publicación de estudiantes.

Los dos se pusieron rápidamente de acuerdo para crear su propio periódico. El padre de Sassoon les había adelantado un capital para alquilar un apartamento de tres habitaciones en Nanjing Street y reclutar los servicios de dos periodistas independientes. Sassoon se ocupaba de la gestión y de la difusión, en tanto que Bowles asumía las funciones de jefe de redacción. El 28 de septiembre de 1849, salía el primer ejemplar del *North China Weekly*, con una tirada de mil ejemplares, gracias a una imprenta que había aceptado concederles crédito. Una semana después, se

habían vendido en su totalidad. Aquella publicación bimensual no tuvo la menor dificultad en hallar su lugar, dado que era la primera en su género destinada a la colonia británica de China. Su lema era «Independencia, libertad de expresión y rigor». Bowles gozaba, en efecto, de una libertad absoluta, tanto en lo referente a los temas elegidos como al punto de vista con que lo exponía, y de este modo, al cabo de unos cuantos números, el *Weekly*, como pasó a ser apodado, gozaba ya de una buena consideración, como una auténtica revista de información y de opinión.

La línea editorial un tanto crítica de Bowles y Sassoon no había tardado en inspirar desconfianza en los representantes de los intereses económicos ingleses, que, al año siguiente, se apresuraron en fomentar la creación de una publicación rival, el *North China Herald*, cuya característica principal era la sistemática cruzada que mantenía en contra de una posible autorización del cultivo del opio en China.

Lo cierto era que cada vez crecía más el numeroso número de «mandarines informados» partidarios de tal medida, en la cual veían una manera eficaz de hacer disminuir las importaciones inglesas, hasta el punto de que las autoridades manchúes comenzaban a prestar atención a su demanda. Por el otro bando, todo el *lobby* inglés del opio, empezando por Jardine & Matheson, que financiaba con gran generosidad al *North China Herald*, temía como la peste la aplicación de la medida, que hubiera representado el fin del periodo de vacas gordas para las grandes empresas comerciales.

El opio no era, sin embargo, el único tema divergente entre el *Weekly* y el *Herald*.

A diferencia del grueso de las clases dirigentes británicas, que no veían con buenos ojos aquel movimiento nacionalista susceptible de poner en causa la sacrosanta libertad de comercio e industria concedidas por las autoridades legales al aceptar la firma del tratado de Nanquín, la publicación de Bowles y Sassoon no había pronunciado una opinión definitiva con respecto al movimiento *taiping* cuya fulgurante propagación comenzaba a hacer temblar las bases del régimen manchú. La reciente toma de Nanquín por parte de las tropas de Hong era en ese sentido un rutilante símbolo que había impulsado a Bowles a ir a observar de cerca la situación. Las cancillerías occidentales oscilaban entre el apoyo a aquel movimiento de raíces cristianas y la desconfianza con respecto a su nacionalismo, así como los excesos verbales de sus dirigentes, que fustigaban con gran dureza «el pillaje a que sometían las potencias extranjeras a su país».

John había decidido consagrar un extenso reportaje a los cabelleras largas, que pensaba publicar al mes siguiente. Le interesaba, sobre todo, indagar en el secreto de la organización de aquel extravagante «Reino Celeste», cuyo jefe supremo, con sus rarezas y caprichos, había asumido con tanta facilidad el papel de «Soberano Celeste». Eran muchos los rumores que circulaban sobre la manera como ejercía el poder Hong Xiuquan, sobre sus costumbres disolutas —su gineceo contaba nada más y nada menos que quince mujeres—, contrarias a las reglas que imponía a sus correligionarios^[123], sobre el inmenso palacio de más de mil habitaciones que

pensaba hacerse construir y, en general, sobre su asombroso y megalómano modo de vida, situado a medio camino entre el del primer emperador Qin Shihuangdi y el de un gurú.

Bowles, sin embargo, era una persona curiosa e informada y sabía que, más allá del folclore, los *taiping* hundían sus raíces en el trasfondo de la historia de China, en el que las revueltas populares servían de vía de escape para el campesinado pobre. El número de miembros de aquella organización, que algunos calificaban de secta, superaba ya el millón y medio de personas.

Aquella increíble epopeya planteaba, desde luego, múltiples interrogantes.

¿Qué milagro había permitido que aquel puñado de hombres y mujeres salidos de su base inicial del monte de los Cardos hubiera podido infligir a las tropas imperiales tan humillantes derrotas a partir del mes de enero de 1851 en DaHuangjiang, con la posterior y prolongada marcha hacia el este, donde se apoderaron de Yongan? ¿Cómo habían superado los escollos que se habían abatido, a lo largo del año 1852, sobre sus ejércitos de soldados descalzos, de «pobres locos», como los calificaban los manchúes, frente a unas fuerzas imperiales diez veces más numerosas, hasta lograr hacerse con la inaccesible Changsha, la orgullosa capital de Hunan? ¿Qué sortilegio había permitido que aquel ejército exangüe y derrotado renaciera de sus cenizas y reconstituyera sus fuerzas hasta el punto de abatirse sobre el lago de Dongting y apoderarse, casi sin forcejeos, de miles de barcos que les habían permitido bajar por el río Azul para tomar Wuchang, la capital de Hebei, e irrumpir después en Nanquín, ciudad que Hong se apresuró a rebautizar con el nombre de «Celeste Capital» después de sumergirla con un ejército de más de un millón de hombres, mujeres y niños que no solo habían liquidado a los ocho mil soldados de la guarnición manchú, sino a veinte mil de sus habitantes, como mínimo, que se negaron a rendir pleitesía al Soberano Celeste?

Y también, ¿quién era realmente ese Hong Xiuquan, el hombre que había hecho posible la realización de aquella insensata epopeya? ¿De dónde provenía su carisma, que era auténtico, tal como aseguraban cuantos lo habían visitado? ¿Qué relaciones mantenía con los cinco miembros principales de su «directorio», que eran sus principales acólitos? ¿Reinaba entre ellos la unión o bien la rivalidad? ¿Qué motivaciones albergaba Yang Xiuqing, el Príncipe del Oriente, aquel hombre dedicado al trabajo sucio de quien se decía que disponía de su propia policía secreta y que no paraba de exigir a Hong unas prebendas que ninguno de sus codirigentes se había atrevido nunca a pedir?

Para responder a estas preguntas y a muchas otras más, John debía ir a investigar sobre el terreno.

Por ese motivo, cuando se enteró de que *sir* George Bopham se trasladaba en misión oficial a Nanquín a fin de tomar contacto con el Celeste Soberano Tianwan, había hecho todo lo posible para participar en el viaje. Viendo que aquella sería una manera eficaz de establecer buenas relaciones con el *Weekly*, el astuto Bonham había

aceptado con gusto admitir bajo su protección a aquel pasajero.

—Si os apetece, podría recomendaros al Foreign Office. ¡Quieren enviar a China a personas con perfil de aventureros! —explicó Bonham.

John esbozó una sonrisa, viendo que el gobernador había metido la pata sin querer.

—Ya tengo bastante que hacer con este oficio mío, *sir George*.

Unos minutos después, el *Hermes* atracaba con gran estruendo de sirenas, acompañadas de tres cañonazos lanzados al aire, destinados a mostrar a los *taiping* a qué clase de argumentos podía recurrir la corona británica.

—¡Es hora de que os vayáis! —indicó, con ademán autoritario, Bonham a Meadows.

—¡Será un placer para mí rendiros cuenta de todo cuanto presencie, *sir George*! —prometió por su parte el dibujante, ansioso por ver cómo sería el Celeste Reino al que no se había trasladado aún ningún periodista occidental.

—¡No dudo que así lo haréis! ¡Y no olvidéis cercioraros bien de cuáles son las intenciones de ese rey loco! —le recomendó el gobernador mientras se disponía a abandonar el barco.

En el muelle aguardaba a pie firme un destacamento del ejército de miserables. Los rudos y andrajosos soldados, armados unos con obsoletos trabucos naranjeros requisados a las tropas imperiales y otros con arcos y flechas, se mantenían alineados y cuadrados en impecable postura, como si los *taiping* quisieran demostrar a Inglaterra que sus tropas eran tan capaces de mantenerse en formación como las suyas.

Ahora John comprendía mejor por qué razón esos hombres que, como desafío al poder manchú, desoían la obligación de llevar la cabeza rapada, no tenían inconveniente en cargar con el apodo de «melenudos». Todos tenían un pelo imponente. Ceñida a la frente con una ancha cinta roja, la hirsuta cabellera, que no se cortaban nunca, les caía por encima de los hombros a la manera de una capa. De no haber sido por su irrisorio armamento, Bowles habría creído que estaba tomando contacto con un campamento de hombres prehistóricos. Al frente de un batallón de soldados que parecían una banda de desarrapados se mantenía con orgulloso porte el general Luo Dagang. A su lado, encumbrado en un pequeño estrado, Yang Xiuqing, el Príncipe del Oriente, a quien el Tianwan había encargado recibir a la delegación inglesa, aguardaba igualmente la llegada de los ilustres ingleses.

Para los *taiping*, la misión de *sir George Bonham* equivalía a un reconocimiento de la legitimidad de su movimiento y de su acción.

¡Qué lejano parecía aquel tiempo en que, conducidos por Hong Xiuquan y sus principales acólitos, habían emprendido en reducido número la larga marcha que los había llevado de Jintiancun hasta aquella altiva capital imperial que había caído en sus manos como un fruto maduro!

¡Cuántas vidas humanas habían tenido que malgastar en el curso de las batallas en

que los soldados de su Ejército de la Miseria caían como moscas! Hong había perdido a su gran camarada de combate Feng Yunshan, aquel fino estratega que sabía ponderar sus pulsiones y a quien había nombrado Príncipe del Mediodía. Bajo las murallas de Changsha que escupían fuego, su propia hermana Xuanjiao, la amiga de Laura Clearstone, no había dudado en sustituir en su puesto a su marido Xiao Chaogui, el Príncipe del Occidente, que acababa de caer herido de gravedad. Aquella mujer excepcional había enarbolado entonces un estandarte en el que había escrito «Venganza para mi esposo». Venerada por su valentía a raíz de aquella gesta, Xuanjiao se había erigido en icono sagrado para todo el movimiento.

Bajo la mirada de Bonham, aquejado de una ligera ansiedad, Bowles y Meadows franquearon con precaución la estrecha pasarela que acababa de instalar un marinero. Al pie de esta aguardaba un *taiping* bajito de ojos hundidos e inyectados en sangre. La viruela había dejado marcado su rostro, en el que destacaba un estrafalario bigote amarillento y ralo semejante al pelo de una pancha.

El individuo en cuestión los acogió con una altisonante presentación.

—¡Me llamo Yang, soy el Príncipe del Este y, a veces, el Espíritu Santo habla por mi boca!

—Buenos días... —le contestaron a coro los dos ingleses, antes de identificarse por su nombre.

—Si queréis seguirme, el Príncipe del Septentrión y el Príncipe Coadjutor nos aguardan. ¡Después, iremos a comer! —se limitó a anunciarles, tieso como una vara, antes de ponerse en marcha.

No lejos de allí, una criatura indefinible se cuadraba delante de un tosco ejército de mujeres y niños. Cuando pasó a su lado, el dibujante de prensa comprobó que la criatura en cuestión pertenecía también al género femenino. Sabía que en el seno de la organización de los *taiping*, los hombres y las mujeres podían ocupar funciones similares. El Tianwan utilizaba asimismo niños soldados, reconocibles por su baja estatura y sus cabezas rapadas. Desde hacía tiempo corría el rumor de que Hong y sus príncipes habían reclutado hasta cuarenta regimientos, compuestos de dos mil quinientas mujeres cada uno, lo que representaba casi un cuarto del total de efectivos de sus fuerzas armadas. El grueso de las tropas femeninas estaba constituido de hakkas, así como de miao. Acostumbradas a efectuar los más duros trabajos, estas mujeres poseían una legendaria fortaleza. Además, en el seno de ambas etnias, estaba proscrita la costumbre de vendar los pies de las niñas. Aquellas combatientes, que gozaban por consiguiente de una absoluta movilidad, tenían fama de ser, incluso, más crueles que los hombres y se decía que no dudaban en rematar de forma sistemática a los prisioneros para no tener que cargar con ellos. Como ejemplo de la temible eficacia de aquellas amazonas, Bowles había oído citar a menudo el caso de una tal Yang Ergu, aficionada al lanzamiento de puñal, que nunca fallaba el blanco y transportaba siempre consigo una bolsa con veinte cuchillos de siete pulgadas de largo.

Más allá, había desplegado un regimiento masculino cuyo comandante sostenía cuatro estandartes de distintos colores: rojo, negro, blanco y amarillo.

—¿Qué significan los colores de vuestras banderas? —preguntó Bowles, que no se atrevía a sacar su cuaderno de dibujo para no enojar a su bigotudo y serio guía.

—Nuestros estandartes son órdenes. Cuando izamos la bandera negra, los hombres saben que deben atacar y matar al enemigo. Si no, serán ellos los que acaben muertos. La bandera roja significa que deben incendiar. La bandera blanca es la de la paz: cuando la enarbolamos, nuestras tropas deben proveer de víveres a los pobres.

—¿Y la amarilla?

En los ojos de Yang Xiuqing asomó un brillo de crueldad cuando respondió a Bowles.

—La bandera amarilla es la del combate por la supervivencia de nuestro movimiento. ¡Cuando se iza, nuestros hombres están autorizados a saquear, a robar y hasta a arrancar los bienes mediante suplicio! ¡Puesto que son muchos los hombres, mujeres y niños que componen nuestros ejércitos, deben tener con qué comer para poder estar en condiciones de combatir!

El Príncipe del Oriente había efectuado aquella confesión sin manifestar el menor escrúpulo. Por más que predicaran la caridad cristiana, estaba claro que los *taiping* no eran unos blandos.

Después de franquear una de las puertas de las murallas de la ciudad, Yang hizo entrar a los dos hombres al salón de recepción de una casa custodiada por un gran número de guardias donde los esperaban Shi Dakai, el Príncipe Coadjutor y Wei Changhui, su homólogo del Septentrión. Aquellos príncipes poseían un aspecto de lo más dispar. El primero, de una estatura y corpulencia impresionantes, tenía la piel oscura como si fuera de origen malasio. El otro, un hombre flacucho de aspecto simiesco y tez apagada, tenía una cara huesuda y un cráneo puntiagudo francamente desagradables. Una vez efectuadas las presentaciones, el Príncipe del Septentrión preguntó de repente a los dos ingleses si creían en Dios. Bowles indicó con un gesto a Meadows que debía responder él.

—La Gran Bretaña es una nación de religión cristiana. ¡Su majestad la reina Victoria preside en persona el destino de la Iglesia anglicana! —farfulló el intérprete, evidenciando un gran embarazo por aquella entrada en materia tan brusca y extraña.

—¿Todos los narigudos ingleses adoran, pues, al Dios Todopoderoso? —insistió Wei Changhui, que no paraba de sonarse.

—¡Sí! ¡Todos sin excepción! —aseguró Bowles, adivinando cuál era la respuesta que deseaba oír el dirigente *taiping*.

—¡Estupendo! ¡En ese caso, será posible llegar a un acuerdo entre Inglaterra y el Celeste Reino! —prosiguió el *taiping*, antes de pasar a bombardear a sus dos invitados con preguntas relativas a la manera como se celebraba la misa en Gran Bretaña.

Al cabo de media hora de diálogo sobre cuestiones teológicas en el que tanto

Bowles como Meadows se habían ceñido a responder de manera afirmativa a los supuestos planteados por sus interlocutores, el dibujante consideró que había llegado el momento de abordar la cuestión que los había llevado allí.

—*Sir George Bonham*, representante plenipotenciario en China de su majestad la reina Victoria, ha venido a informar al Tianwan de la neutralidad de las tropas inglesas en la guerra que os opone al régimen manchú —declaró.

—¿El señor Bonham cree en el Dios Todopoderoso? —inquirió Yang, como si no hubiera oído el anuncio de Bowles.

Los otros dos *taiping* escrutaban los labios del dibujante, como si fuera un oráculo.

—¡Por supuesto que cree en Dios! —se vio en la obligación de contestar John, pese a que no tenía la menor idea de cuáles eran las convicciones religiosas del gobernador. Estaba descubriendo, con un asomo de espanto, que decantados en la única preocupación de cerciorarse de que sus huéspedes eran unos cristianos convencidos, los acólitos de Hong no prestaban ninguna importancia al mensaje político de *sir George*—. *Sir George* desearía transmitir él mismo su mensaje de paz al Tianwan —añadió el dibujante.

—Es posible, pero no hoy. El Tianwan no recibe de manera repentina a ningún desconocido. Siempre tiene la puerta cerrada. Pasa el día y la noche rezando —le contestó, con tono perentorio, el Príncipe del Oriente.

—¿Y mañana?

—Ya se verá...

—Tendremos que volver al barco para comunicárselo a *sir George* —anunció decepcionado el periodista.

—Puesto que el Tianwan solo recibe a quienes rinden pleitesía al Celeste Reino, si vuestro gobernador está dispuesto a reconocer la soberanía de nuestra nación sobre la que él representa, yo me comprometo a obtener esa audiencia con él —precisó el dirigente *taiping*, sin manifestar la menor turbación por la enormidad de lo que decía.

—¿Para mañana? —inquirió ingenuamente Meadows.

—En realidad, no lo sé. Que vuestro gobernador presente la demanda de manera oficial y yo la transmitiré al Tianwan.

Una vez de regreso al navío, cuando Bowles expuso a *sir George* la posición expresada por el Príncipe del Oriente Yang, no le causó ninguna sorpresa la tajante respuesta del embajador británico.

—¡El país más potente del mundo, el faro de la humanidad, el taller del planeta no va a rendir pleitesía a ese ejército de miserables! ¡Ni que decir tiene que no pienso poner un pie fuera de este barco! —tronó Bonham.

—Nuestros anfitriones nos esperan para la comida —advirtió Bowles, que no tenía ningunas ganas de poner un abrupto final a sus indagaciones.

—¡Espero que no les hagan comer clavos! —gruñó todavía iracundo el gobernador.

Meadows y Bowles volvieron a tierra, donde les esperaban el Príncipe del Oriente y el Príncipe del Septentrión.

—El gobernador no se encuentra bien. Prefiere quedarse a bordo —les explicó con diplomacia el periodista.

—¿No será nada grave, espero? —respondió Yang—. Mientras tanto, es hora de comer, si queréis acompañarnos al Palacio de Bienvenida. No queda lejos de aquí.

Mientras caminaban por Nanquín, Bowles observaba con un sentimiento de pavor las marcas de la encarnizada batalla que habían librado los *taiping* para tomar la antigua capital. La mayoría de los edificios habían ardido y las calles estaban impregnadas aún de un olor a quemado que se prendía a la garganta. Los ocupantes habían amontonado en los cruces principales los cadáveres, reducidos ya a esqueletos, de los miles de habitantes que habían exterminado con saña. Cuando vio de improviso unas ratas del tamaño de un gato que hurgaban en medio de aquellos macabros montículos, el pobre Meadows, que estaba menos curtido que el dibujante, tuvo que irse corriendo a vomitar detrás de una pared. En cuanto a los escasos viandantes autóctonos, identificables por su trenza, mantenían sistemáticamente la mirada gacha.

—¿Por qué parece tan aterrorizada esta gente? —preguntó a Yang Xiuqing el intérprete oficial de Bonham, que ni por asomo alcanzaba a imaginar los desmanes cometidos por los *taiping* durante la toma de la ciudad.

—Han recibido lo que merecen. ¡Si la población de Nanquín se hubiera sumado a nuestras tropas, habría corrido una suerte bien distinta! —respondió con aspereza el Príncipe del Oriente.

—Si mal no tengo entendido, la metieron en vereda... —comentó Bowles, deseoso de saber más sobre la cuestión.

—Solo los arrepentidos salvaron la vida. Para los demás, la pena fue de muerte. Una a una, vaciamos las casas para albergar a nuestra gente. Muchos *nanquineses* fueron a arrojar al río Azul —relató tranquilamente Yang Xiuqing, como si fuera lo más normal del mundo.

—Hemos tenido ocasión de comprobarlo... —musitó John, recordando los miles de cadáveres que flotaban en el río y que no habían muerto evidentemente de cólera.

Pasaron delante de una veintena de *nanquineses* parados en posición de firmes delante de dos mujeres *taiping* que les hacían cantar canciones religiosas. Era extraordinario: aquellas voces de hombres y mujeres sonaban perfectamente sincronizadas y afinadas. De no haber sido por la letra en chino de las canciones, John habría podido creer que se hallaba en una vieja parroquia de un barrio acomodado de Londres. En el momento en que caminaba delante de aquella improvisada coral, advirtió los sables de los dos soldados situados en el suelo a escasos centímetros de los dedos de los pies de los cantores de la primera fila y, entonces, comprendió por qué aquellas personas de amedrentados y tumefactos semblantes hacían todo lo posible por afinar.

La antigua capital de China se había rendido a los *taiping*, pero no se había entregado todavía a ellos, pensó John ante el penoso espectáculo de los habitantes de aquella ciudad mártir de la que no quedaba prácticamente nada. Solo algunos ínfimos indicios daban apenas testimonio de su brillante pasado, como jirones de carne prendidos a un esqueleto pelado.

Lo que los *taiping* habían bautizado con el pomposo nombre de «Palacio de la Bienvenida» era un edificio que antes de la invasión ocupaba la administración imperial de los archivos públicos. En la euforia posterior a su victoria, los Adoradores de Dios habían quemado todos los documentos que allí se conservaban, algunos de los cuales se remontaban a la dinastía Han. En la plaza adyacente, todavía cubierta de cenizas, los niños habían podido contemplar con alborozo las inmensas hogueras que habían alimentado con aquellos papeles oficiales, símbolo de la triunfal y puntillosa burocracia, cada vez más minada por la corrupción, a la que se habían propuesto poner fin Hong y sus hombres.

La comida se desarrolló en un campo de ruinas y en una atmósfera de hecatombe, entre el techo agrietado y las paredes desmenuzadas de la sala principal donde los archiveros clasificaban los documentos. Acostumbrados a todas luces a comer en medio de sus campos de batalla, los tres jefes *taiping* no prestaban la menor atención al marco mientras se atiborraban de pollo con arroz y carpa rellena de setas ante la mirada de estupor de sus dos invitados. Bowles, que apenas había tocado aquellos platos, hizo honor al menos a los maduros y jugosos mangos que les sirvieron de postre.

Después del ágape, en el curso del cual nadie pronunció una sola palabra, Yang les hizo una pregunta.

—¿Aceptaríais que algunos de los nuestros fueran a visitar el gran barco de *sir* George?

—¡En principio, no debería haber problema! —se apresuró a responder Meadows.

Como estaba familiarizado con las misiones que capitaneaba el gobernador de Hong Kong, sabía que este no tenía inconveniente en recibir a bordo del *Kermes* a los pocos dirigentes locales que deseaban subir a él y que, normalmente, aguardaban ese momento para presentarle discretamente sus peticiones.

Al salir del Palacio de Bienvenida, Bowles oyó de improviso unos gritos infantiles surgidos del otro lado de la pared que estaban bordeando y se detuvo a escuchar. En medio de la desolación y dolor circundantes, aquellos alegres sonidos fueron como un bálsamo para su corazón. La inocencia, la dicha, la vida en su estado puro se abría paso en medio de la ruina, la violencia y la muerte. Curiosamente, aquellos simples gritos de niños, cristalinos, seráficos y ligeros como los trinos de los pájaros, le despertaron un ardiente deseo de descubrir las caras de los chiquillos.

—¿Qué hacen esos niños? —preguntó a Yang.

—¡Detrás de esta pared está el campamento de los niños! Aquí nuestros niños aprenden no solo a leer, a escribir y a contar, sino también a manejar el fusil y la

ballesta —le explicó con orgullo el Príncipe del Oriente.

—¿Podría echar un vistazo en el interior? —inquirió nuestro amigo John, que ya pensaba en la resonancia que tendría el capítulo de su reportaje consagrado a la formación de los niños soldados.

—La entrada al campamento de los niños está estrictamente prohibida para los adultos. Si deseáis formaros una idea de las actividades que se realizan allí, venid conmigo —los invitó el *taiping* antes de conducirlos al segundo piso de un edificio contiguo desde donde se disponía de una magnífica vista del patio donde jugaban los niños.

Era encantador ver a los chiquillos, vestidos con vivos colores, divirtiéndose con la pelota o jugando al corro, mientras los más mayorcitos permanecían sentados con juiciosa actitud al pie de un árbol, pendientes de los labios de su maestro. Bowles estaba conmocionado ante el espectáculo de aquella isla de felicidad aparecida como por milagro en un océano de muerte y padecimientos, en la que unos niños se dedicaban con despreocupación a los quehaceres que les eran propios.

Fue entonces cuando percibió, en medio de un grupo de pequeños, algunos de los cuales apenas llegaban al año, la silueta de una *taiping* que no se parecía a las demás. Aquella mujer abría los brazos a los chiquillos y estos reían a carcajadas, erguidos sobre sus titubeantes piernecitas. No lejos de ella, había un joven que daba la impresión de no coordinar bien los movimientos y que imitaba tambaleándose los gestos de los otros. John Bowles se preguntaba por qué motivo había centrado la atención en aquella mujer, cuando se dio cuenta de que tenía el pelo rubio.

No podía tratarse ni de una Han ni de una miao con aquella dorada cabellera.

El periodista no podía dar crédito a lo que veía: ¡una mujer de origen occidental vivía con los *taiping*, ejercía de puericultora y participaba en su epopeya!

¡Cuando la publicara en el *Weekly*, aquella información sería un bombazo! Ya imaginaba el titular: «¡Una extranjera entre los *taiping*!». ¡Aquello era un material que provocaría escalofríos en toda la colonia occidental residente en China!

El cúmulo de circunstancias que habían conducido a aquel lugar a esa joven tenía que ser inaudito...

Febrilmente, volvió a escrutar a su heroína. Tenía un aire de soñadora adolescente que le resultaba familiar. En todo caso, poseía un patente talento como educadora. Siguió mirándola con avidez, mientras iba de un niño a otro, incansable, radiante, alegre y cariñosa, consolando a uno, calmando a otro o haciendo reír al de más allá.

De repente, sintió una conmoción.

¡Era la joven inglesa cuya madre había muerto en casa del pastor, Laura Clearstone, a quien se parecía la joven!

Ahora reconocía su esbelta silueta y las largas mechas doradas dispuestas en torno a un hermoso rostro de facciones regulares. Era tan intensa la emoción que lo embargaba que tuvo que agarrarse al borde de la ventana.

¡Laura Clearstone vivía con los *taiping*! Laura Clearstone se había vuelto tal vez

una *taiping*. ¡No podía creerlo! ¡Sin embargo, era ella la que se inclinaba con ternura hacia los pequeños hakkas!

Incapaz de contenerse más, llevó a Yang aparte.

—¿Quién es esa nariguda que se ocupa tan bien de los niños? —le preguntó en voz baja.

—¡Una joven inglesa a la que el Tianwan pidió que tradujera del inglés las Sagradas Escrituras! Vive con nosotros desde hace mucho y forma parte de nuestra familia.

—¿No se llama Laura?

—Ese es su nombre. Tiene un hermano...

—¡Joe!

—¡Un momento, parece que la conocieras! —exclamó, receloso, el Príncipe del Oriente.

—La conocí, hace mucho... —respondió John turbado, con voz trémula y ahogada, como si confesara a Yang un secreto de Estado—. En realidad, me gustaría mucho hablar con ella. Debe de tener muchas cosas apasionantes que contarme.

El Príncipe del Oriente reaccionó con simpatía ante aquel interés.

—En ese caso, deberás esperar a que Laura haya terminado su turno —contestó—. Más tarde, seguramente será posible.

—¡Por la noche! Entonces el *Kermes* habrá levado anclas —se lamentó Bowles.

—¿Qué te impide quedarte aquí? Si lo deseas, puedo ofrecerte alojamiento. La casa que el Tianwan me ha adjudicado tiene quince habitaciones. ¡Allí vivía el gobernador de Nanquín con sus concubinas y su numerosa progenie! —explicó con repentina hilaridad Yang.

Percibiendo el ofrecimiento como una excelente oportunidad para prolongar su investigación, John Bowles no se hizo de rogar.

—No digo que no... ¡Espero que no sea abusar demasiado de tu hospitalidad!

—¡Considérate como en tu casa! —le respondió sonriendo el Príncipe del Oriente al tiempo que le entregaba una hoja—. Toma este documento. Es un salvoconducto con mi sello. Si te paran en un control, no tendrás más que enseñarlo para que te dejen pasar.

Bowles estaba tan exultante que ni siquiera se planteó qué había detrás de tanta solicitud por parte del Príncipe del Oriente. Podía explorar Nanquín de arriba abajo, entrar en el corazón de la misteriosa fortaleza de los *taiping* y aventurarse por todos sus recovecos. Con un poco de suerte, conseguiría ver al Tianwan... En cualquier caso, reanudaría el contacto con aquella guapa inglesa que tendría mil cosas asombrosas que contarles a él y a los lectores del *Weekly*.

Cuando, a media tarde, bajo un cielo plomizo que amenazaba tormenta, los dos ingleses regresaron a su barco, tenían un centenar de *taiping* a la zaga.

—*Sir George*, estos hombres desearían visitar el *Hermes* —explicó Meadows.

El aludido aceptó, tal como había previsto, de buena gana.

—Yo temo lo peor si dejamos subir a bordo a esos pordioseros —objetó con altivez, parapetado en su uniforme de la Royal Navy, el capitán Fishbourne.

—¡Mi estimado Fishbourne, mientras se halle bajo mi mando, me corresponde decidir a mí! —señaló con sequedad Bonham, que no era persona dada a dejarse mandar así como así, ni siquiera por un oficial que capitaneaba el *Hermes* desde hacía dos años.

Faltaba poco para el anochecer y era hora de que el gran navío de guerra inglés volviera a su puerto de amarre.

—¡Zarpamos dentro de media hora! —anunció un suboficial a través de una bocina.

Meadows y Bowles hicieron bajar como pudieron a los *taiping*, que se habían desperdigado de la bodega a la cubierta superior del barco para examinar hasta el último rincón. Como niños delante de un novedoso juguete, se quedaban extasiados frente a cualquier tubo de cobre o la más insignificante polea, aunque eran sin duda los potentes cañones lo que llamaba más la atención de aquellos hombres acostumbrados a combatir con un irrisorio armamento.

En ese momento, bajo la recia lluvia que caía de un plomizo cielo estriado de relámpagos, en medio del mugido de las sirenas del *Hermes*, tras haber recuperado su equipaje, John fue a informar a *sir* George de sus proyectos.

—Si no tenéis inconveniente, señor gobernador, yo me quedaré aquí unos días.

—¡Estáis loco, mi joven amigo! ¡Los *taiping* son personas de tendencias crueles..., bestiales incluso! ¡Fijaos que su Tianwan del tres al cuarto ni siquiera se ha dignado recibirme! ¡En toda mi vida no había visto un comportamiento igual! ¡De haber sabido que tal iba a ser el resultado de esta misión, creedme que nunca la hubiera emprendido!

—¡Yo asumo mis responsabilidades, *sir* George! ¡De ello depende la credibilidad de mi reportaje! El Príncipe del Oriente me ha ofrecido lecho y cubierto —respondió el periodista con firmeza.

—¡Y si os toman como rehén, yo quedaré fatal!

—Para evitaros ese tipo de inquietud, *sir* George, estoy dispuesto a firmaros un documento en el que declare que me quedo aquí por voluntad propia y asumo las eventuales consecuencias de esta decisión.

El gobernador se encogió de hombros y exhaló un largo suspiro.

—Jesús, ¿pero qué les encontráis a esos dichosos «melenudos»..., aparte de que apestan a diez metros de distancia? —preguntó al periodista.

—Esas personas me fascinan, *sir* George. Su ejército de soldados descalzos está ganándoles la partida a las tropas imperiales. Pekín pronto quedará al alcance de Hong Xiuquan.

—¡No digáis eso, joven! Sería la catástrofe más terrible que pueda abatirse sobre este pobre país. ¡Por más corruptos, y hasta ineptos, que sean los manchúes, no están ni de lejos tan locos como esta gente!

—¡Y yo que creía que habíais venido a hacerles partícipes de la neutralidad de la Gran Bretaña! —exclamó John, decepcionado por las últimas palabras de Bonham.

—¡Las posiciones oficiales de mi país no me impedirán nunca mantener mis opiniones personales! —replicó con un asomo de irritación *sir* George, antes de desear buena suerte a aquel cabeza loca de Bowles.

Después de que la silueta del *Hermes* se hubo difuminado detrás de la densa cortina de lluvia y niebla que se había posado sobre el Chang Jiang, mientras caminaba con paso rápido hacia la nueva capital del Celeste Reino donde lo aguardaba su apasionante investigación, John se decía que el gobernador de Hong Kong se hallaba sin duda en un planeta distinto del suyo.

LII

Singapur
29 de abril de 1853

Antoine Vuibert sacó el reloj del bolsillo del chaleco. Eran las tres y media. Se le había pasado la hora de la comida sin darse cuenta. Cuando se concentraba en las cuentas, perdía la noción del tiempo. Se levantó para encaminarse a la cristalera que daba a la terraza. Allí, empujó los dos postigos y, al instante, apareció ante su vista la pequeña isla de Singapur, envuelta ya en la desvaída atmósfera de un tórrido sol, pese a que aún quedaba lejos el verano. Salió afuera, como si quisiera captar mejor aquella panorámica a fin de apropiarse de ella. Aun con la matizada sombra que aportaba el follaje de una glicinia gigante, en la terraza reinaba un calor sofocante. En la lejanía, el mar estaba vacío, liso, como lacado, totalmente inmóvil, como un animal en hibernación. En el puerto, escenario habitual de un denso trajín, no se percibía ni siquiera un *coolie*. En cuanto a los barcos anclados, con las calas llenas de cera y de *tripang*^[124] de Timor, de antimonio y de oro de Borneo, de nácar y de conchas de tortuga del mar de Sulú y, por descontado, de cajas de opio hindú, no se harían a la mar hasta el anochecer, cuando la tripulación pudiera aventurarse a salir a cubierta sin incurrir en riesgos de insolación. Más cerca, en la pendiente de la colina donde, inmersas en sus lujuriantes jardines poblados de raros olores, se escalonaban las casas de estilo anglo-hindú de las familias acomodadas, tampoco se veía un alma. Al otro lado, las caprichosas siluetas de las frondosas colinas salpicadas de palmeras servían de telón de fondo para unas solitarias calles, flanqueadas de bananos y de casas bajas, que recorrían las laderas entre el verde de los campos de caña y el violeta anaranjado de los geranios.

En aquel minúsculo pedazo de Inglaterra emplazado en la punta de la Península de Malaca, cada cual afrontaba como podía el tenaz agobio de los primeros días de calor, que impedía poner un pie afuera entre las dos y las cuatro de la tarde.

En otras circunstancias, Antoine habría sido capaz de quedarse horas contemplando el paisaje o contando las idas y venidas de los barcos, pero no era aquel el momento adecuado para librarse a distracciones. Se apresuró, pues, a regresar a su silla y, tras enjugarse la frente y sacar punta al lápiz, prosiguió con sus sumas, dispuesto a quedarse allí hasta la noche, si era preciso.

Y es que Antoine Vuibert estaba decidido a esclarecer a fondo las cosas.

En ese instante, en medio de aquel despacho abarrotado hasta el techo de libros de contabilidad y registros comerciales, en el que pasaba horas enteras inclinado sobre un escritorio de estilo Chippendale, manipulando un gran ábaco chino y llenando hojas de números, era seguramente uno de los pocos habitantes de Singapur que no

hacía la siesta. En el carillón del reloj del palacio del gobernador sonaron las cuatro, que para la soñolienta ciudad fueron la señal para reanudar una actividad humana que se iría acelerando hasta medianoche, cuando el toque de queda obligara a la gente a volver a sus hogares y cerrar las puertas a los dueños de casas de citas y cafés.

Sonaron unos golpes en la puerta y enseguida asomó la cabeza de Jarmil. Había llegado con el barco de Madras aquella misma mañana y se presentaba a verlos antes de lo previsto. De todas maneras, entre socios poco importaba la hora. Tampoco se andaban con rodeos cuando había que decir las cosas a la cara, si de ello dependían los márgenes y las ganancias de la sociedad cuyo capital compartían.

No bien el franco-hindú de Pondichery hubo penetrado en la oficina del francés, este entró, en efecto, en materia, sin preguntarle siquiera si había tenido un buen viaje.

—¡De ahora en adelante, habrá que exigir del proveedor que esté más atento al peso de las cajas!

El franco-hindú se puso pálido. No le gustaba nada recibir reproches de sus colaboradores.

—¿Es que no cuadran las cuentas?

—No del todo. Fíjate, la semana pasada hice pesar diez cajas al azar. En cada una faltaba entre uno y tres kilos de opio..., es decir, ¡entre el cuatro y el doce por ciento de la mercancía! ¡Eso es demasiado! —espetó con aspereza el francés.

La verdad era que tenía motivos para estar furioso. Durante las tres semanas que llevaba concentrado en las cuentas, había podido calibrar la escasez de los márgenes comerciales que le quedaban y cuya causa radicaba, sin duda, en ese escamoteo de opio.

—¡Pues no será porque no haya avisado más de una vez a Abdullah! —replicó enseguida el pondicheriano^[124a].

Abdullah Rainsy era su proveedor de opio. Se trataba de un indio de pura cepa que operaba desde Pondichery, adonde Jarmil se trasladaba cada trimestre para recibir la mercancía y hacerla llegar, a través del puerto de Madras, a la pequeña colonia británica.

—¡O si no, quizá sea la tripulación la que aprovecha para sustraer parte de la mercancía!

—Lo veo difícil, porque las cajas están precintadas con cera.

—¿Siempre se comprueban los precintos?

—¡De manera sistemática!

Jarmil tenía, como siempre, respuesta para todo. A Antoine le hervía la sangre, porque cada vez soportaba peor su comportamiento.

—¿Qué vamos a hacer entonces?

—¡Pues no sé, la verdad! —contestó el socio, con lo que no hizo más que incrementar la irritación del francés.

—La próxima vez que vayas, le dirás a ese Abdullah que si en el próximo

cargamento no está todo correcto, cambiaremos de proveedor.

—Pero si Abdullah es el mayorista más barato de Pondichery...

—¡Me da completamente igual! —exclamó Vuibert, descargando un puñetazo en la mesa—. Ya encontraremos otros que estarán encantados de vender su mercancía a un cliente que paga al contado el día de la entrega.

Cada vez que detectaba lo que él denominaba «sisas», aquellos pequeños regueros de hurtos de que se componían los grandes ríos de dinero estafado, al francés se lo llevaban todos los demonios. Desde hacía unos meses, no le faltaban precisamente ocasiones para ello.

Las cosas no funcionaban nada bien en el seno de la V.S.J. & Co, la empresa que habían declarado Vuibert, Stocklett y Jarmil en el registro de comercio de Singapur.

Unas veces era el peso de las cajas que no correspondía a su supuesto valor, otras eran las «sustracciones», término púdico para designar lo que se quedaban los aduaneros de Madras y de Singapur, o bien las dos o tres cajas que, también «por mala suerte», caían al agua mientras se cargaban los barcos, sin olvidar, al final de la cadena, los cálculos de los «compradores» de Cantón y de Shanghái, que, casualmente, siempre daban un saldo a su favor. Comerciar en Asia no era una tarea fácil y menos aún cuando se había decidido afrontar la competencia inglesa en su propio terreno importando opio a China, ya que esa era la actividad principal de la sociedad fundada por los tres hombres.

—¡Hablas de lo que no conoces! —espetó Jarmil.

—¡En cualquier mercado, el cliente siempre es el rey!

—¡El que apechuga con la travesía de ida y vuelta hasta Madras con buen o mal tiempo, soy yo! Si el cliente no encuentra mercancía, ¿qué hace?

Nash Stocklett, que a diferencia de Antoine era incapaz de prescindir de la siesta cuando el calor se volvía demasiado acuciante, entró entonces en el despacho. Pese a que no soportaba bien el clima tropical, tal como atestiguaban sus sienes grises y las facciones hundidas, el inglés mantenía una buena salud. Como les llevaba bastantes años de diferencia a ambos, él se prestaba a cumplir las funciones de moderador entre el francés y el hindú, que eran mucho más fogosos e irritables que él.

—¡Ya os estáis tirando del moño! ¡A ver si podemos trabajar en un ambiente más sereno! ¡Entre socios, es necesario un mínimo de *fair-play*! —señaló el antiguo jefe de contabilidad de Jardine & Matheson—. ¿Qué tal te ha ido en Pondichery?

—En Pondichery todo está bastante tranquilo. En Madras, en cambio, en el momento de embarcar la mercancía, había un clima muy tenso. ¡Los mercenarios hindúes empleados por el ejército británico de las Indias para sofocar las insurrecciones tameses han estado a punto de hacerles una jugarreta a sus superiores! —contó Jarmil entre chanzas y veras.

—¿Se han sublevado?

—¡Prácticamente! ¡Los mercenarios se negaban a obedecer a la treintena de oficiales bajo cuyas órdenes se encuentran! Los cabecillas aseguraban que los

inducían a blasfemar al obligarlos a untar con una mezcla de grasa de cerdo y de vaca los cartuchos de los fusiles Enfield nuevos que les habían distribuido el día anterior.

—Los hindúes y sus vacas sagradas...; desde aquí veo cuál es el problema — bromeó con acritud Stocklett.

—Pues solo veis la mitad, Nash, porque en las milicias indias también hay soldados de confesión musulmana. Los mercenarios no cedieron hasta que el coronel les prometió que en adelante les proporcionarían aceite de palma para engrasar las armas —precisó con toda seriedad el pondicheriano, que aún no se había decidido a tutear al inglés.

—También dicen que los hindúes están cansados de las humillaciones que les infligen los agentes de la Compañía de las Indias Orientales. Es que los ingleses, cuando ponéis los pies en algún sitio, no os andáis con remilgos... —comentó el francés, aprovechando la ocasión para picar a su socio, antes de volver a hundir la nariz en sus libros de contabilidad.

Entonces, Jarmil consultó el reloj y elevó la mirada al cielo.

—Pronto van a ser las cinco —anunció—. Tengo que ir a reunirme con Arturo.

Arturo Ramos era el contramaestre timorense que controlaba la veintena de almaceneros que se ocupaban de guardar la mercancía en el hangar de la empresa V.S.J. & Co. Las reducidas dimensiones de este los obligaban a vaciarlo por entero con cada nueva llegada de cargamento de opio. Para enviarlas a China antes que las otras, las cajas provenientes de viajes anteriores debían guardarse cerca de la puerta.

—Ese Arturo... —rezongó Antoine.

Desde el primer momento, abrigaba sospechas de aquel hombrecillo moreno de mirada astuta que chapurreaba el inglés con un acento portugués capaz de tumbarlo de espaldas a uno.

—¿Por qué dices siempre eso, Antoine? ¡Te comportas de manera injusta! ¡Hace diez años que Arturo trabaja conmigo y nunca lo he sorprendido en flagrante delito! —replicó molesto Jarmil antes de marcharse.

—Te has excedido un poco... ¡Si hubieras visto la cara que tenía cuando se ha ido! —lo reprendió Nash mientras abría la cristalera que daba al balcón, invadido por los árboles de caucho y las buganvillas.

El francés accedió a abandonar sus cálculos de tasas de beneficios para ir a acodarse junto al inglés en la pequeña barandilla de hierro forjado del balcón de la terraza, que ofrecía una magnífica vista del puerto de Singapur, rodeada de un tupido marco de flores anaranjadas, malvas y rosas. Después de la relativa frescura que reinaba en el interior de la casa, la humedad extrema de la tarde, tan difícil de soportar, lo envolvió de la cabeza a los pies.

—¡Si quieres que te diga la verdad, cada vez tengo menos confianza en ese muchacho! ¡Miente con toda naturalidad! Estoy seguro de que nos está timando.

—¡Exageras un poco!

—¡Pues no me cabe duda de que, en el fondo, tú también piensas como yo!

Cada vez que abordaban el tema de Jarmil, se enzarzaban en una espinosa discusión. No se debía tanto a una diferencia de punto de vista sobre su socio, ya que a aquellas alturas ambos compartían la misma desconfianza con respecto a él, como al callejón sin salida en el que tenían conciencia de haberse metido, atrapados en el capital de la sociedad que habían fundado con él.

—Lo necesitamos. ¿Cómo haríamos sin Jarmil para conseguir el opio? ¿Si ni siquiera conocemos la dirección de Abdullah Rainsy! —objetó Stocklett, sudoroso y acosado por los remordimientos.

Había insistido tanto para formar aquella asociación que cada día que pasaba se sentía más culpable por haber arrastrado a ella a Antoine.

—Allí es donde más duele. ¡Estamos atados de pies y manos! Sin contar el retraso que sufrimos en relación a nuestro plan de ganancias inicial. En principio, deberíamos haber embolsado mil dólares desde el comienzo del año y, a día de hoy, no hemos ingresado más que la mitad —refunfuñó este último con expresión sombría.

Stocklett optó por no protestar. Los motivos para enojarse no faltaban, desde luego: había sido, asimismo, aquel filibustero de Jarmil el que le había proporcionado aquellas cifras del todo exorbitadas. ¡Y pensar que un contable experto como él había podido dejarse embaucar por ese franco-hindú tan hábil para hacer ver espejismos a los demás!

—¡Ah, tengo una buena noticia para ti! —anunció, deseoso de presentar por una vez algo positivo a su amigo.

—¿Sí?

—Wang Qing me ha propuesto vendernos a precio de coste trescientas teteras que no consigue colocar porque el color está pasado de moda.

El shangháiitano Wang Qing era el comerciante de porcelana china más importante de Singapur. En sus almacenes, que ocupaban casi la mitad de la calle de los comerciantes de utensilios, se acumulaban miles de tazones, platos, teteras y otros recipientes de todos los estilos y épocas, algunos de incalculable valor.

—¡Por qué no! Aunque tampoco me fío mucho de lo que Wang Qing llama «precio de coste»... —adujo sin entusiasmo el francés.

—Si tuviéramos que dejar el comercio del opio, he pensado que la porcelana China podría ser un buen filón.

—A condición de encontrar un mayorista eficaz en Londres. ¡Personalmente, no me considero bastante hábil para revender su propia porcelana a los chinos! —replicó Antoine.

—¿Por qué eres tan duro conmigo? ¿No crees que no lamento ya bastante haberte metido en esta maldita aventura? —le reprochó Nash.

—¡Perdóname, Nash, pero ya no lo resisto más! ¡Es algo que me supera! ¡Esta sustracción de opio es la gota que colma el vaso! Me temo que obramos con gran ligereza aceptando asociarnos con Jarmil...

—¡Si dudamos hasta ese punto de Jarmil, propongo que saquemos las pertinentes conclusiones de ello! ¡Entre socios, o hay confianza plena o se impone la separación!

Aquella era la primera vez que Stocklett, que había sido el promotor de su asociación con el pondicheriano, planteaba su pura y simple disolución.

—¡Me alegra que abordes el tema! Ahora que he aprendido a gestionar un negocio, me apetece volver a China para dedicarme a la importación y exportación —confió el francés a su amigo.

—Es normal que quieras retirarte. ¡Estoy seguro de que te irá de maravilla en ese sector! Ya conoces todas las teclas.

—¡Gracias por tu confianza, Nash! ¿Y tú, qué proyectos tienes si nos vamos de Singapur?

—¡Ya los conoces! Mientras no haya encontrado a los hijos de Clearstone, no estaré en paz conmigo mismo —afirmó Nash secándose una lágrima.

—Acabarás consiguiéndolo.

—Los años pasan y sigo sin tener la menor noticia. ¡Tal vez debería haber enfocado de otra manera las cosas! —murmuró con tristeza Stocklett, que había promovido incontables órdenes de búsqueda en Cantón y en Shanghái sin obtener el menor resultado.

—No hará falta que te repita ese excelente dicho tuyo que habla de la inutilidad de los lamentos —susurró con una sonrisa el francés.

Hacía cinco años que se conocían y no tenían ya secretos el uno para el otro. El increíble cúmulo de circunstancias que los había llevado a instalarse en Singapur había acabado, además, de estrechar los lazos entre ambos.

Tras su ruptura con Charles de Montigny, Antoine Vuibert había acompañado a Nash Stocklett a Cantón para buscar a los hijos de Clearstone. A su llegada, se habían trasladado a casa del pastor Roberts, donde la noticia de la ausencia de Laura y de Joe había sido como un jarro de agua fría para el inglés. Para colmo, Roberts, que estaba un poco molesto con aquel incesante desfile de personas que acudían a preguntar por la hija de Barbara o bien por La Piedra de Luna, había contestado con cajas destempladas.

—¡Otra vez! ¡Francamente, esa Laura Clearstone suscita un interés que parece desmesurado tratándose de ella! —había refunfuñado—. Pues para que lo sepáis, la víspera del funeral de su pobre madre..., que Dios la tenga en su gloria..., a esa locuela no se lo ocurrió más que marcharse de mi casa sin dejar ninguna dirección.

—¡No es posible! —exclamó Nash, presa de desesperación.

—Lo que os digo es, por desgracia, cierto, señor Stocklett.

—Si supieran —intervino Melanie Bambridge, que tampoco había querido quedarse atrás— lo que tuvo que pagar el reverendo por el funeral de la señora Clearstone... Y eso sin contar la cremación del cadáver.

—¿Podría saber qué ha sido de las cenizas de la señora Clearstone?

La gobernanta fue a buscar una pequeña vasija de bronce con la tapa engastada de

plomo que depositó en la mesa con un gesto teatral nada acorde con las circunstancias.

—¡Si las queréis, podéis llevároslas! ¡Son vuestras! —declaró el americano.

—Nos costaron el equivalente a quince dólares —añadió la horrenda Melanie.

Nash pagó la cantidad y, después de franquear el umbral del presbiterio, se dejó vencer por la desesperación.

—¡Todo este viaje para esto! —exclamó llorando, al tiempo que señalaba la urna funeraria.

Con el corazón oprimido, Antoine trató de consolar a su compañero.

—¡Ya encontraremos a la pequeña Laura! No debe de estar muy lejos.

—¿Y vos cómo lo sabéis?

—¡No me la imagino refugiándose en el Tíbet! Sobre todo teniendo a su cargo a su hermano... Seguramente está en Cantón.

Por más que Vuibert multiplicara los argumentos, Stocklett seguía desconsolado, viendo cómo se desmoronaban las esperanzas de redimir su conducta, nacidas a raíz de su desplazamiento a China.

—Esta urna me quema los dedos —gimió, tendiendo bruscamente a Antoine el pequeño jarrón en el que se concentraban todos sus remordimientos.

Sin saber qué hacer para calmar al inglés, Antoine le propuso que fueran a esparcir las cenizas de Barbara Clearstone en el río de las Perlas, tal como hacían los budistas.

—Tenéis razón, será mejor para ella... y para mí... —había aceptado Nash, que no se veía capaz de mantener a su lado la implacable prueba de su infamia.

Ese día, las fangosas aguas del río en crecida, barnizado de irisaciones doradas gracias a un sol que jugaba al escondite con las nubes, llegaban hasta el nivel máximo de sus orillas. En medio de los troncos de árboles y las vigas arrancadas a las casas devastadas por la inundación, una potente corriente se llevaba hacia el mar toda clase de detritos y cadáveres. Como Nash no se sentía con fuerzas de verter él mismo el contenido de la urna, Antoine se encargó de hacerlo. Aquejado de una palidez mortal, el amante de Barbara se santiguó en el momento en que se disolvió en el río de las Perlas la nubécula de polvo pardo, a que se había reducido todo lo que quedaba de la mujer a la que tanto amó.

El abatimiento de Stocklett fue tal que pasó ocho días sin salir de su habitación. Si bien, por una parte, el hecho de encontrar a Laura se le antojaba como una tarea imposible, no lograba por la otra resignarse a la idea de que no la volvería a ver más. Al cabo de una semana, viendo que su compañero se hundía más y más, Antoine, que no tenía ningún proyecto concreto desde que había roto las amarras con las autoridades francesas, le propuso ir a visitar las Filipinas.

—Parece que son unas islas paradisíacas. ¡Yo hace tiempo que tengo ganas de ir allí! ¡De Cantón a Manila hay poco más de una semana en barco!

—¿Por qué no? —había respondido distraídamente Nash.

—Sabed que no estáis solo, Nash. Somos dos...

Rebosante de agradecimiento, el inglés le tomó las manos antes de darle las gracias de manera efusiva.

—No sé lo que habría hecho sin vos. Tuve muchísima suerte al conoceros.

Unos días después, embarcaron a bordo del *Magallanes*, un viejo velero portugués de cuatro palos que cubría el trayecto de Cantón a Manila con escala en Macao. Antoine descubrió con sorpresa que el *Magallanes* apenas transportaba mercancías. En sus bodegas se apiñaban varias decenas de hombres y mujeres en deplorables condiciones de higiene. Privados de luz, los infortunados solo recibían un bol de arroz y un poco de sopa que les llevaba un marinero al anochecer. Al segundo día de travesía, Antoine había acabado sonsacando a uno de los miembros de la tripulación, el cual le explicó que la embarcación la fletaba un proveedor de mano de obra que operaba desde Manila. Entre aquellos desechos humanos había, asimismo, una decena de mujeres vestidas de manera llamativa y cubiertas con un exceso de maquillaje, destinadas a trabajar en el mayor burdel de Macao.

Tras una escala en la pequeña colonia portuguesa, donde el navío había dejado su carga de prostitutas, y seis días de agradable navegación, puntuados por los regulares asaltos de la espuma del mar contra el estrave del *Magallanes* y la negra resaca de las bandadas de delfines que recorrían con gracia la blanca perspectiva de las olas, el viejo velero llegó por fin a Manila.

Asentada en la desembocadura del río Pasig, la capital de las islas Filipinas había sido conquistada en 1565 por los soldados del rey de España, que habían expulsado al raja musulmán que hasta entonces reinaba en el Maynilad. Convertida en puerto franco en 1837, aquella ciudad, que pocos años atrás no era más que un simple pueblo de casas de estilo español, se había ampliado con nuevas construcciones que atestiguaban el vigor de su desarrollo económico.

Anocheía cuando desembarcaron en el puerto alumbrado por centenares de antorchas. Al pie de la pasarela, en aquella fantasmagórica atmósfera, un individuo de estatura y corpulencia gigantescas y rutilante cabello pelirrojo que asomaba por las anchas alas de su sombrero negro vociferaba en una lengua franca donde se mezclaban expresiones en español, inglés y francés. Era, según averiguaron, el proveedor de mano de obra china que acudía a controlar el estado de su cargamento. Aposentado en un sillón de cuero, en compañía de un médico que palpaba, calibraba y examinaba dentaduras y descartaba a los que resultaban invendibles a causa de alguna patología, hacía desfilar una a una a todas aquellas pobres personas que acababan de salir, demacradas y con las facciones crispadas por el miedo, de la bodega del *Magallanes*. En cuanto vio desembarcar a Vuibert y Stocklett, el coloso de pelo color de fuego se precipitó hacia Antoine para tenderle una manaza tan grande como una sartén.

—¡Apuesto a que sois francés!

—¡En efecto, señor!

—Me llamo Jovial. Bertrand Jovial, para serviros —se presentó el gigante, a punto de triturar las falanges de Antoine—. Yo soy de Orleans, ¿y vos?

—Antoine Vuibert... del Delfinado, de la región de Chambéry. Y él es Nash Stocklett, un súbdito de su majestad la reina Victoria.

Por la mirada recelosa, casi hostil, que Jovial dedicó a Nash, Antoine dedujo que no sentía gran aprecio por los británicos.

—¡Bienvenidos a Manila, con sus chicas y su licor de caña! —prosiguió el corpulento pelirrojo, que apestaba a vino—. ¿Y cuál es el objetivo de vuestro viaje?

—En realidad, no tenemos ninguno en concreto. Mi amigo y yo hemos oído decir que valía la pena visitar las Filipinas. Pensamos quedarnos un par de semanas. ¡Quizá nos bañemos y pesquemos en las calas!

—Tendréis que andaros con cuidado, porque aquí el mar está infestado de tiburones —advirtió con una socarrona sonrisa el escandaloso Jovial.

Después, dándole de manera ostensible la espalda a Stocklett, se acercó a Antoine y, con un guiño, le posó la manaza en el hombro.

—Viajar sin ningún objetivo concreto... —le susurró al oído—, ya conozco yo eso. A mí no me la pegan. Podéis confiar en mí. ¡Podéis explicarme sin temor el motivo de vuestro viaje hasta aquí! Si puedo ayudaros, lo haré.

Antoine se limitó a responder mediante una vaga sonrisa. En vista de la personalidad de Jovial, si hubiera confirmado que iba a hacer turismo tan solo, este lo hubiera tomado por un embaucador.

—¡Apuesto a que no tenéis donde dormir! —aventuró el pelirrojo, al tiempo que le asestaba una fenomenal palmada en la espalda.

—Buscaremos una pequeña pensión familiar...

—¡De eso no hay en Manila!

—Pues nos conformaremos con una habitación en casa de alguien.

—¡Nada de cumplidos, Vuibert! Aquí estáis en mi territorio, así que os alojaréis en mi casa... ¡Vos y vuestro amigo, claro está! —afirmó con su estentóreo vozarrón, sin dejarles otra alternativa.

El gigante de Orleans vivía en las afueras de Manila, en un antiguo fortín que construyeron en el siglo XVII los holandeses, cuando trataron de apoderarse de la ciudad. Jovial amontonaba su cargamento humano en las salas abovedadas que los bátavos habían previsto como sótano. Después de haber instalado a Antoine y Nash en dos habitaciones contiguas, los había invitado a cenar en la inmensa sala donde en otro tiempo comía la guarnición de la fortaleza. Los dos viajeros no habían tardado en conocer el motivo de la solicitud con que su anfitrión les había ofrecido su casa. Aún estaban en el primer bocado de pollo asado y ya el hombre, que en realidad era un tratante de esclavos, les había explicado con toda candidez que vendía sus trabajadores chinos a los ricos propietarios de la isla Bourbon, donde, a raíz de la abolición del comercio de negros, resultaba imposible renovar la mano de obra africana, que comenzaba a envejecer.

—Hay que tener en cuenta que los chinos son mucho más robustos que los hindúes, que tienden a ser bastante raquíticos... ¡Y lo más importante es que los Han son mucho más aficionados al trabajo y disciplinados que los negros de África! En la isla Bourbon se los quitan de las manos —se felicitaba el coloso, frotándose las suyas.

—Por lo visto, habéis encontrado un buen filón que explotar —comentó Antoine, disimulando a duras penas su repulsa.

—Vuestra llegada es de lo más oportuna, Vuibert. Necesito un acompañante que hable francés para hacer llegar el próximo cargamento a Saint-Denis. Por lo general, soy yo quien me encargo de hacerlo, pero esta vez me veo obligado a quedarme aquí. Hace tres semanas que espero que me reciba el gobernador de las Filipinas, y podría convocarme de un día para otro... En esa audiencia me juego la renovación de mi patente. Sin ese maldito papel, no tendría más remedio que irme con los bártulos a otra parte. Si aceptan, les pagaré veinte dólares de oro..., la mitad a la ida y la otra a la vuelta.

Jovial, al menos, no se andaba con circunloquios inútiles.

—¿Deseáis una respuesta ahora mismo? —se aventuró a inquirir Antoine.

—El barco zarpa dentro de dos días. La travesía dura entre dos y tres semanas, más o menos, según el tiempo. Mañana os comunicaré las señas de mi contacto en la isla Bourbon y mandaré preparar la documentación necesaria —prosiguió Jovial, como si ya hubieran expresado su consentimiento.

Esa misma noche, Stocklett y Vuibert pasaron mucho rato sopesando los pros y los contras de aquella extraña propuesta.

—Me temo que si la rechazamos, ese individuo nos lo haga pagar muy caro. Nada le impide, si se le antoja, cerrar la puerta de su fortaleza y dejarnos prisioneros. Se nota a la legua que es un hombre sin escrúpulos —concluyó Stocklett con expresión sombría.

—No sé cómo he podido aceptar su invitación. Pero tenéis razón, a estas alturas, parece difícil rehusar. ¡Después de todo, dentro de un mes como mucho estaremos de vuelta con veinte dólares de oro en el bolsillo!

Stocklett no se había equivocado en sus apreciaciones. Al día siguiente, cuando bajaron a desayunar, su anfitrión apenas si los saludó. Ya no era el coloso de trato familiar y cómplice que los había acogido, sino un implacable truhán que, tras depositar en la mesa diez monedas de un dólar de oro y dos hojas manuscritas, les impartió las instrucciones con un tono incisivo como un cuchillo.

—¡Coged esto! ¡El resto lo recibiréis a la vuelta! No tendréis más que presentar esos dos ejemplares de descargo para la entrega de la mercancía de Hubert de Ligny, mi contacto en la isla Bourbon, y hacerlos firmar, al mismo tiempo que vos estampáis vuestra rúbrica. Tenéis que quedaros con un ejemplar. ¡En cuanto me lo hayáis entregado, recibiréis vuestra paga!

Acto seguido, los dejó plantados sin añadir ni una palabra. Antoine y Nash

intercambiaron una mirada de consternación: se encontraban, en efecto, a la merced de aquel mercader de hombres.

A la mañana siguiente, bajo un sol de justicia, Jovial los condujo con la misma hosquedad a bordo del bricbarca *Amphitrite*, un viejo barco que zarpó a mediodía cargado con cincuenta chinos y veinte chinas, provistos cada cual de un certificado médico que atestiguaba su buen estado de salud. La tripulación se componía de marineros de doce nacionalidades distintas que hablaban entre sí español, cosa que no facilitaba las cosas a nuestros dos viajeros, que no comprendían ni una palabra de la lengua de Cervantes. Al cabo de dos días de navegación, había logrado extraer del capitán, que tenía unas someras nociones de inglés, la información de que, en su ruta hacia Borneo, el barco efectuaría una única escala en Singapur a fin de embarcar fruta y verdura fresca.

El tercer día todo se torció, sin embargo.

Primero fue el tiempo, que se presentaba horroroso, a juzgar por la negrura del cielo y el oleaje cada vez más violento, y después, sobre todo, el comportamiento del capitán, que, sin la menor explicación, había instado a Antoine a que le diera los diez dólares de oro de Jovial para después encerrarlo con dos vueltas en su camarote junto con Stocklett. Ni el francés ni el inglés eran capaces de dilucidar si el filipino actuaba por cuenta propia o por encargo de Jovial. En cualquier caso, aquello auguraba un final de travesía agitado y hasta dramático, tal vez. Los dos hombres llegaron a la rápida conclusión de que había que salir a toda costa de aquella terrible trampa antes de que fuera demasiado tarde.

Por suerte, los ululantes vientos que impulsaban el navío hacia el sur, frente a las costas de la isla de Borneo, les fueron de gran ayuda. Cuando el *Amphitrite* se disponía a doblar el cabo occidental de la isla de los Dayaks para emprender su singladura hacia Singapur, la tempestad arreció, provocando la ruptura del timón. Después de pasar medio día a la deriva en mitad de unas olas más altas que una casa de dos pisos, girando sobre sí con el crepitar de la madera, el viejo velero se había visto arrastrado hacia unos escabrosos acantilados rocosos. Un terrible choque arrojó a Nash y a Antoine al suelo de su camarote, al tiempo que descuadraba la puerta. Por suerte para ellos, se encontraban en la parte posterior del barco, que acababa de topar con un arrecife de coral. A bordo cundía el pánico. A consecuencia del golpe, los mástiles se habían partido y cada cual trataba de salvar su propia vida. Nuestros viajeros se desplazaron a gatas hasta la cubierta superior, que se decantaba peligrosamente. Varios chinos, y algunos miembros de la tripulación también, se habían deslizado ya por ese gigantesco tobogán que conducía directamente a las cortantes aristas contra las que se había aplastado la proa de la embarcación. Los cuerpos despedazados se acumulaban por un momento abajo, antes de ser arrancados uno tras otro por el oleaje, que se abatía con inaudita violencia contra las aceradas rocas. Alrededor del barco, los marineros que habían caído al agua se mantenían a flote más mal que bien, en tanto que los infortunados Han, que no sabían nadar, se

hundían sin remedio.

—¡Si no echamos esa barca al agua, vamos a morir! —gritó Stocklett señalando una minúscula chalupa de salvamento.

Mientras Antoine porfiaba por desatar las amarras, un brusco movimiento del barco, que acababa de erguirse en vertical, los había precipitado a los dos al agua junto con la embarcación salvadora. El francés, que era un excelente nadador, logró subirse a ella a tiempo, pero el inglés no tuvo tanta suerte. Había caído a varios metros de la barca y estaba a punto de engullir el último trago de agua de mar que le hubiera anegado de manera irremediable los pulmones cuando, pese al agotamiento, su compañero consiguió sustraerlo de una muerte segura. En la chalupa que se bamboleaba bajo el embate de las olas, con el riesgo permanente de precipitarse contra los acantilados, con Stocklett acostado inconsciente a sus pies, Antoine cogió los dos remos y bogó con todas sus fuerzas hacia una pequeña playa de arena a la que llegó al borde de la extenuación tras media hora de encarnizada lucha contra las corrientes. En el momento en que, efectuando el último esfuerzo, arrastraba a Stocklett hacia tierra, Vuibert chocó con el cadáver del capitán filipino que yacía en el suelo, con la cabeza aplastada.

—Me has salvado la vida... Nunca lo olvidaré... Sin ti, me estarían devorando los cangrejos y los tiburones... —había susurrado Nash cuando recobró el conocimiento.

Aquella era la primera vez que tuteaba a Antoine.

—Solo he cumplido con mi deber.

Entre ellos se habían forjado unos lazos inquebrantables.

Bajo la torrencial lluvia, se fundieron en un abrazo antes de refugiarse debajo de la barca, donde se sumieron, ebrios de fatiga, en un sueño reparador.

Cuando Antoine abrió los ojos, incapaz de precisar cuánto tiempo había dormido, el sol brillaba ya bien alto en un cielo despejado y, de no haber sido por los cadáveres de los chinos que abarrotaban la playa lamida por las suaves olas de un mar en calma, habría sido imposible adivinar que un tifón había barrido la zona. De todas maneras, sus penalidades no habían terminado, ya que sin agua ni víveres, en una ardiente playa rodeada de vertiginosos y lisos acantilados, no eran muchas las posibilidades de sobrevivir. Al día siguiente se había producido el milagro en forma de una goleta holandesa que navegaba a escasas millas de la playa.

El francés se había apresurado a despertar a su compañero y, después, había logrado prender fuego al alquitrán que impermeabilizaba el fondo de la barca. La densa columna de humo negro alertó de su presencia al barco, que enseguida arrió las velas y les envió una chalupa. Su capitán, un simpático lobo de mar originario de Utrecht que hacía veinte años que navegaba por aquellas latitudes, les dispensó una cordial acogida. La goleta se dirigía a Singapur. Allí desembarcaron, pues, los dos hombres cuatro días después en un lamentable estado, cubiertos de chichones y arañazos.

Apenas habían llegado, Antoine se llevó una sorpresa mayúscula al ver a un hombre con turbante que se precipitaba hacia él llamándolo a gritos por su nombre. Tras un momento de vacilación, reconoció a Jarmil, el pondicheriano que había conocido la primera vez que viajó al archipiélago. Debían de irle bien los negocios, porque había adornado su turbante de muselina roja con un broche de plumas en cuya base destacaba un grueso diamante.

—¡Bienvenido a *Singapóre*, señor Vuibert! ¡Estaba seguro de que volveríais! Me parece incluso que así os lo predije. ¡Singapur es el sitio ideal para dedicarse al comercio!

Jarmil estaba tan entusiasmado que no parecía albergar la menor duda a propósito de los motivos de la presencia del francés. La manera como se frotaba las manos resultaba, en ese sentido, de lo más elocuente.

—¡Tenéis buena memoria, Jarmil! ¡Qué casualidad, en cuanto llego a Singapur, me topo con vos!

—Mi trabajo me obliga a estar presente en la llegada de los barcos que transportan mercancía. En las calas del *Juliana* hay por lo menos ocho cajas...

—En efecto. ¡Por lo visto, es un negocio próspero el vuestro!

—No va mal del todo. Aunque la verdad, señor Vuibert, si tuviera la ocasión de asociarme con alguien de sus características y de su temple, iría aún mejor y los márgenes serían superiores.

Pasmado por la cara dura del franco-hindú, Vuibert no había tenido ni siquiera tiempo de idear la respuesta adecuada cuando, abandonando toda reserva, este lo tomó por el brazo para ponerse a susurrarle algo al oído.

—El color de mi piel me resulta útil cuando estoy en India, pero me perjudica bastante cuando negocio con los mayoristas importadores chinos. Ya sabe que los chinos y los hindúes se detestan.

—Lo ignoraba —contestó el francés, aquejado de un gran cansancio—. Pero, a decir verdad, lo que mi amigo y yo necesitamos ahora es descansar.

—Conozco bien al dueño de una pensión muy acogedora que se desvivirá con ustedes. Es un compatriota de Pondichery.

Después de unos días de merecido descanso, Jarmil los invitó a cenar. Entre el curry de gambas y el cabrito asado, el pondicheriano les expuso sus proyectos.

—¡Ahora tengo una oportunidad fabulosa..., pero no voy a poder aprovecharla si no me ayudáis!

Acto seguido les explicó que había conocido a un proveedor de opio que aceptaba venderle la mercancía un treinta por ciento más barata que la competencia a condición de que la comprara por lotes de tres mil cajas. Aquel objetivo comercial quedaba, no obstante, fuera del alcance de Jarmil, que no disponía de condiciones de acceso a los grandes «compradores» de Cantón y de Shanghái.

—¿A qué precio le vende las cajas ese proveedor? —le preguntó Stocklett, que conocía los precios a los que Jardine & Matheson compraba la droga en la India.

—¡Cuatro dólares!

—Eso equivale a tres libras esterlinas y media. Hace seis meses, Jardine pagaba entre cuatro libras esterlinas con veinte peniques y cuatro libras y media —comparó Nash, abandonando su anterior comedimiento.

—Según mis cálculos, a velocidad de crucero se puede conseguir sin problema un beneficio de tres mil dólares de oro —precisó Jarmil con los ojos tan brillantes como el noble metal al que aludía.

—¿No teme que la competencia se apresure a igualar los precios con los suyos? —objetó Antoine sin dejarse impresionar.

Entonces, Stocklett, que veía en la propuesta de Jarmil una ocasión de ganarles la partida a sus antiguos jefes, intervino a su favor.

—En eso, Antoine, soy categórico: en el caso de Jardine & Matheson, teniendo en cuenta los colosales gastos fijos de la empresa, veo difícil que sus dirigentes acepten reducir sus márgenes. A lo que hay que añadir que esos atildados señores tardan por lo menos dos años en tomar cualquier decisión...

El pondicheriano se volvió, alborozado, hacia el inglés.

—Sus competencias son de lo más oportunas, señor Stocklett. ¿Cuál es el coeficiente multiplicador de Jardine & Matheson entre el precio de compra y el de reventa a los «compradores»?

Stocklett y Jarmil pasaron el resto de la velada haciendo cálculos mientras Vuibert escuchaba con creciente atención. Al salir del restaurante, cuando le preguntó a Stocklett por los motivos de su euforia, este le respondió con voz trémula de excitación que con un año y medio de actividad, dispondría de dinero suficiente para pagar a los informadores, los policías y los miembros de las sociedades secretas, lo cual le permitiría localizar por fin a Laura y a Joe.

—En China no se consigue nada sin dinero —afirmó, tajante—. Todo se compra y se vende, empezando por la policía. Si ahora volviera a Cantón, no sabría ni siquiera por dónde comenzar para encontrar la pista de esos muchachos. ¡En realidad, no tendría ya ni con qué comprar el billete de regreso a Inglaterra!

—¡Pero lo que nos propone vender Jarmil es opio! —adujo Antoine, reticente a sumarse a la cohorte de personas que hacían fortuna a costa de los pobres chinos, procurándoles el barro negro.

—¡Me da igual la manera como logre sacar del infierno a esos dos inocentes! ¡Tú, a fin de cuentas, eres libre de asociarte o no con Jarmil! —exclamó con vehemencia Stocklett.

Antoine se dejó convencer y, cuando crearon V.S.J. & Co al cabo de tres días, se había disipado ya el ligero sentimiento de vergüenza que lo atormentaba.

Los tres socios instalaron su empresa en el primer piso de una de aquellas hermosas casas coloniales construidas en la colina del palacio del gobernador, justo debajo de este, ya que su proximidad con la sede del poder local del enclave constituía una prueba de éxito social. El propietario que les alquilaba las oficinas era

un rico malayo llamado Keluak que seguía viviendo en el resto de la casa. El mes anterior, el hombre había dedicado una visita a Vuibert y a Stocklett para anunciarles muy ufano que acababan de admitirlo en el Country Club, el lugar donde todos los ricos empresarios de Singapur se reunían para tomar té o una copa de ginebra. En aquel minúsculo archipiélago dedicado exclusivamente al comercio, el dios «dinero» reinaba con poder absoluto.

Los comienzos de la pequeña sociedad V.S.J. & Co habían sido perfectos. Mientras Jarmil iba a encargar a Abdullah las cantidades de opio necesarias, sus dos socios regresaron a China para localizar a los «compradores» dispuestos a trabajar con ellos. Las condiciones comerciales que estaban en situación de proponer habían vencido fácilmente las reticencias de los mayoristas importadores a afrontar las posibles iras de las grandes empresas inglesas. El más dinámico de ellos vivía en Shanghái y se llamaba ni más ni menos que Dos Veces Más de Suerte. Trabajando a marchas forzadas, la flamante empresa de Vuibert, Stocklett y Jarmil comenzó a entregar sus pedidos en septiembre de 1848.

Hacía cinco años que Antoine y Nash se habían lanzado a aquella aventura algo alocada, pese a que al principio habían previsto consagrarse a ella durante veinticuatro meses tan solo. No obstante, como sucede a menudo en el comercio, las cosas no se habían desarrollado según lo previsto.

Los dos primeros cargamentos de opio habían llegado a buen puerto, pero no había ocurrido lo mismo con el tercero, que había sido atacado por unos piratas japoneses. El cuarto, por su parte, había acabado en el fondo del mar a causa de un tifón, que también había engullido al barco y a la tripulación. Después de aquellos dos descalabros, la empresa pasó un momento de falta de liquidez, acosada por los acreedores. Durante nueve largos meses, los tres accionistas se esforzaron por reunir los fondos necesarios para pagar nuevas travesías.

La consecuencia principal de aquellos diversos accidentes había sido que V.S.J. & Co había arrastrado un déficit hasta 1851. El ejercicio siguiente había arrojado un magro excedente tan solo. Nuestros dos protagonistas habían seguido con lógica inquietud, gracias al balance contable trimestral que Nash realizaba siempre con pundonor, la evolución de los resultados del año en curso. No obstante, ante las graves sospechas que pesaban ya contra Jarmil, la espera tocaba a su fin y sonaba ya la hora de la ruptura.

Saliendo bruscamente de sus evocaciones, Antoine se volvió hacia Nash, pero este no se encontraba ya en el balcón. Atizado por un ardiente viento llegado del mar, el calor había impulsado al inglés hacia el interior de la casa, donde se había dejado caer en un sofá.

—He estado pensando —le comentó Antoine—. Propongo que nos demos un plazo de un mes... ¡Un mes y ni un día más!... para dejar de trabajar con Jarmil.

—¡Estoy de acuerdo! Mientras tanto, conviene esclarecer cómo ha desaparecido esa parte de mercancía, porque hay que impedir que los fondos de la sociedad queden

vacíos antes, incluso, de que hayamos recuperado lo que nos corresponde.

—Habrá que proceder con discreción. No olvides que todos nuestros *coolies* trabajaban ya para Jarmil antes de que los contratase V.S.J. & Co.

—La semana que viene dispondré de elementos que me permitirán establecer el balance contable a 30 de marzo. ¡Así veremos con más claridad el alcance del fraude del que somos víctimas!

La repentina llegada de Jarmil, que volvía del almacén, puso término a la conversación. Bajo el turbante rojo ornado con el diamante, el pondicheriano lucía una expresión entre socarrona y satisfecha.

—Arturo se ha comportado como un jefe. ¡Las cajas están todas en su sitio, listas para cargarlas en el próximo barco! El equipo del almacén es formidable. ¡Sobre todo, los *coolies*! ¡Nos son afectos en cuerpo y alma!

Los dos occidentales intercambiaron una mirada. Ambos pensaban lo mismo. Jarmil se mofaba de ellos.

LIII

Nanquín
29 de abril de 1853

Encorvado sobre su cuaderno, John Bowles dibujaba con febril concentración la pareja de dragones entrelazados que ornaban la gruesa puerta del sótano donde los *taiping* habían depositado su «Celeste Tesoro». Este se componía de todo tipo de monedas contantes y sonantes, de sedas preciosas, de objetos de oro y plata, de jarrones de bronce, de armas de jade y de joyas provenientes del pillaje y que todo soldado estaba obligado a entregar a su superior, bajo pena de decapitación.

—Me gustaría tanto ver lo que hay detrás de esta puerta... —suplicó con fervor.

La noción de que el tesoro de guerra de los *taiping*, que permitía mantener a los dirigentes del movimiento su millón largo de soldados costeados, aparte de una pequeña paga, la ración alimenticia y el paquete de ropa correspondiente a su grado, se hallaba a escasos metros de él, justo detrás de aquellas planchas de cedro, lo que le llenaba de exaltación.

—¡Solo verías cajas de madera! ¡Y además, pobre de mí si Hong se llegara a enterar de que te había dejado entrar! —susurró el Príncipe del Oriente.

—¿Qué tamaño tiene este almacén?

—¡Es inmenso! ¡Aquí cabrían sin apreturas doscientos *taiping* adultos!

—Qué lástima no poder entrar —reiteró una vez más John mientras daba el último toque a los dragones.

Una vez hubo terminado el dibujo, el periodista, a quien su guía había llevado a una de las pocas casas de té que aún permanecían abiertas desde la toma de la ciudad, sacó su cuaderno de apuntes.

—¿Podrías hablarme de la manera como estáis organizados, tanto en el plano militar como religioso? —pidió.

—¿Qué quieres saber en concreto? —preguntó Yang Xiuqing mientras dirigía una señal a una joven camarera que no las tenía todas consigo.

La pobre muchacha estaba pálida como el papel cuando le tendió con mano trémula la lista del centenar de variedades de té que servía la casa.

—¿Cómo dirige el Tianwan el movimiento de la Gran Paz? —planteó John.

—En nuestra organización, el ejército y la Iglesia van unidos y nadie posee nada. Todos nuestros bienes pertenecen a la comunidad del Celeste Reino, que es un Estado militarizado y centralizado en torno a su jefe supremo. Hong se inspiró en el Ritual de los Zhou^[125] para definir la jerarquía militar: en la base está el cabo, que dirige un pelotón de cinco soldados; después, el sargento primero, que dirige una sección formada por cinco pelotones; por encima está el capitán, al mando de una compañía

formada por cinco secciones y así seguidamente, hasta el cuerpo de ejército dirigido por un general.

—¿Cuántos soldados comprenden los cuerpos de ejército?

—¡Diez mil! Y un ejército comprende cien mil.

Mientras seguía tomando notas con febrilidad, Bowles imaginaba la arremetida de un ejército de miserables contra una plaza fuerte provistos solo de sus lanzas de bambú rematadas con una irrisoria punta de hierro. La muerte no inspiraba miedo a aquellos rebeldes de Dios. Ellos eran la prueba tangible de la máxima evangélica que aseguraba que «la fe mueve montañas».

—¡No tan deprisa! —solicitó a Yang en el momento en que este comenzaba a describirle con detalle los precisos reglamentos militares a que estaban sometidos los «bandidos de larga cabellera», ya fuera cuando dormían al raso o cuando se encontraban en el campo de batalla.

La soldadesca tenía prohibido causar el menor perjuicio a la población o aplicar la violencia contra ella; cada militar debía llevar, aparte de su armamento, su comida y sus utensilios; cuando se instalaban para dormir, los ejércitos masculinos no estaban autorizados a comunicarse con los femeninos. El consumo de opio, tabaco y alcohol estaba estrictamente prohibido. Además de la bandera roja, destinada a expresar su lealtad al Celeste Soberano, los soldados debían llevar un pedazo de tela en el que estaba inscrito el carácter *shen*, «celestes». Todo quebrantamiento de la disciplina estaba castigado con la muerte.

—¡No vas a hacerme creer que ha sido Hong quien ha pensado en todo eso! —exclamó el periodista inglés.

—Desengáñate. ¡Hong se ocupa de todo hasta el último detalle!

—¿Todo procede de él?

—¡También están los príncipes! —le recordó Yang.

Acto seguido se enzarzó en una larga digresión centrada en sus propios trances, que le permitían «adivinar el pensamiento de los demás», «desenmascarar a los espías pagados por los imperiales» y, sobre todo, «instruir a la multitud» o, lo que era lo mismo, hablar en nombre del Espíritu Santo.

El Príncipe del Oriente, a quien Bowles se había puesto a dibujar a toda prisa mientras estaba ocupado en ensalzar sus facultades, se revelaba como un megalómano igual de exaltado y peligroso que su jefe.

—De hecho, tengo una buena noticia para ti —le anunció, calculando el efecto el príncipe cuando, tras dejar por fin de tomar notas, John terminó el té—. Laura Clearstone ha aceptado recibirte en su casa antes de la cena.

—¿Cómo podría darte las gracias? Sin ti, me habría resultado imposible llevar a cabo mi investigación —afirmó con entusiasmo Bowles.

Era el segundo día que pasaba con los *taiping* y John no había podido acercarse aún a la joven.

La primera noche Yang le había explicado que era imposible puesto que Hong

había solicitado la presencia de Joe en una ceremonia litúrgica. El Tianwan, que había convertido al joven minusválido en una especie de profeta, lo llamaba cada vez con mayor frecuencia. Al día siguiente, fue Laura la que estaba movilizada a causa de la fiesta de los niños que los *taiping* organizaban cada seis meses, en primavera y otoño, y en el curso de la cual entregaban a los adolescentes que habían aprobado los exámenes la cinta roja que hacía de ellos combatientes de sus ejércitos. John había aprovechado aquellos contratiempos para profundizar en determinados aspectos de su investigación. Yang Xiuqing había resultado un guía perfecto que no escatimaba tiempo ni esfuerzos para permitirle ir a donde quería. Delante del Príncipe del Oriente, todas las puertas de Nanquín se abrían como por ensalmo.

Yang Xiuqing era un personaje especialmente temido en el seno del movimiento *taiping* a causa del estatuto especial que había conseguido que le concediera el Tianwan. En la Celeste Jerarquía, estaba situado por encima de los otros príncipes, hasta el punto de destacarse como una especie de rival para el propio Tianwan, que no le prestaba importancia. A fin de afianzar su poder, con su astucia de zorro, había creado una policía secreta sujeta a su sola autoridad a cuyos oficiales reunía todas las noches en su vasta vivienda. Para darse importancia ante Bowles, le había propuesto asistir a una de dichas reuniones. John, que no se había hecho de rogar, había podido observar la veneración y temor que Yang inspiraba en aquellos aguerridos individuos. El Príncipe del Oriente disponía de miles de informadores en todos los territorios controlados por el ejército de miserables. No transcurría ningún mes en que, gracias a su red de esbirros totalmente consagrados a su labor, no desenmascarase a alguno de los agentes dobles que los imperiales enviaban para que se infiltrasen entre los *taiping*.

Yang sacó del bolsillo el ejemplar del *Weekly* que Bowles le había entregado la primera noche explicándole que pensaba realizar un gran reportaje sobre el Celeste Reino. Después, clavó los ojos en los del periodista.

—Querría que escribieras en tu periódico que estoy en el mismo nivel que el Tianwan —le murmuró con una voz ronca en la que se percibía una voluntad de revancha.

—¿Y no corres el riesgo de que se enfade?

—Hong me necesita tanto que no dirá nada... y, aparte, me extrañaría mucho que se llegue a enterar de la existencia de tu reportaje. El Tianwan no lee ninguna gaceta.

—En cuanto salga el periódico, te haré llegar unos cuantos ejemplares —prometió, atónito, John.

—Excelente idea. Haré que me lo lea Laura Clearstone. ¡Es una traductora de primera! Por cierto, es hora de que vayamos a su casa.

Había anochecido ya cuando el Príncipe del Oriente llamó a la puerta de la casa donde vivía la inglesa.

—Laura, os traigo a un ilustre periodista que desea hablar con vos —le dijo Yang antes de dejar en primer plano a John Bowles.

—¡Señor Bowles! ¿Qué hacéis aquí? —exclamó estupefacta la joven.

—¿Me... me reconocéis? —murmuró el periodista.

Ahora que se encontraba frente a ella, podía comprobar que aún irradiaba aquel indefinible encanto, compuesto de una mezcla de belleza e inteligencia puras, que le habían causado una honda turbación cuando la vio por primera vez en casa de Roberts.

—¡Hay circunstancias, señor, que quedan grabadas para siempre en la memoria!

—A mí me sucede lo mismo, señorita.

La joven los invitó a pasar. Luego, les presentó a Jazmín Etéreo, que había ido a llevarle pasteles. Bowles no pudo evitar fijarse en las perfectas curvas de la contorsionista, patentes bajo su ropa de fino algodón. Esta no tardó en esfumarse, sin embargo, dejándolo presa de una irreprimible pulsión de deseo.

—Ahora es mejor que me llaméis señora...

—¿Os habéis casado?

—¡No tuve tiempo de pasar por la vicaría! —contestó con un suspiro.

—¿Ha tenido un hijo?

—¡Sois muy perspicaz, señor Bowles! Pablo, ven a saludar, cariño —llamó Laura.

Enseguida apareció corriendo un niño que se arrojó entre risas en el regazo de su madre.

—¿Es vuestro hijo?

—Se llama Pablo.

—¿Su padre vive también aquí, en Nanquín? —preguntó John, que ardía en deseos de conocer su identidad.

—No, señor Bowles. A mi marido lo hicieron prisionero unos piratas en el río de las Perlas. Eso fue hace mucho..., en el mes de junio de 1847. ¡Desde ese día no he vuelto a tener noticias de él! —confesó Laura Clearstone conteniendo un sollozo.

—¿Cómo se llama? Quizá lo conozca. Todos los ingleses se conocen.

Una terrible angustia ensombreció de pronto el hermoso semblante de Laura.

—No os pienso decir nada. ¡Mis relaciones con mi marido solo nos conciernen a él y a mí! —replicó con gesto de desesperación.

Tras observar con atención al niño, John reparó en los ojos rasgados, la fina piel y los cabellos negros y tupidos, tiesos como palos. Entonces, lo asaltaron las dudas. ¿Y si el padre era chino? Era una hipótesis bastante probable. Quizá se trataba, incluso, de Hong Xiuquan...

—Yo podría ayudaros a encontrarlo, siempre y cuando me proporcionarais un mínimo de información.

—¡Señor Bowles, no necesito la ayuda de nadie!

Consciente de que pisaba un terreno minado, el periodista consideró que era aconsejable cambiar de tema.

—En realidad, he venido a pedir os una entrevista. He fundado mi propio

periódico, el *North China Weekly*.

—Los periódicos occidentales no llegan hasta aquí.

—Me propongo realizar un vasto reportaje sobre los *taiping*. Quiero que sea un documento estrictamente imparcial, sin apriorismos ni tabúes. Por eso me he desplazado hasta aquí. ¡No voy a hablar más que de lo que he visto y oído! Si supierais cuántos desatinos se cuentan a propósito del Celeste Reino y de su jefe supremo...

—Vuestro proyecto me parece arriesgado, pero loable sin duda. ¿Y qué tengo yo de interesante para que me dediquéis una entrevista en vuestro periódico, señor Bowles?

—Vuestra historia. ¡Sí!, vuestro itinerario es fenomenal. Mis lectores se apasionarán con el relato de vuestras tribulaciones. ¿Cómo se llega a pasar del presbiterio de un pastor bautista de Cantón a la capital del Celeste Reino? Esa es la pregunta a la que querría que me respondierais.

—Pues eso a lo que vos llamáis mi «itinerario» no tiene nada de extraordinario...

—Para vos no, pero sí lo tiene desde mi perspectiva y la de mis lectores... ¡y lectoras!

—Como no tengo nada que ocultar, os voy a explicar sin tapujos cómo llegué a parar aquí.

Con su hijo sentado a su lado, Laura comenzó a exponer con voz suave y uniforme su historia, que Bowles iba anotando en su cuaderno.

—¿Y a vos os parece banal todo esto? —exclamó cuando ella hubo concluido.

—¡Yo considero sobre todo que Hong demostró una gran generosidad conmigo!

—¿Compartís sus creencias?

—Mentiría si dijera lo contrario. Mi conversión se llevó a cabo en diversas etapas. Los preceptos de Hong son tan íntegros y puros que no encajan con el relativismo de la mentalidad occidental.

—¿Creéis, entonces, en la legitimidad de su combate?

—Más que nunca, sí, porque lo encuentro justo. Hace años que este desdichado país sufre un martirio. Las potencias occidentales envenenan a su pueblo a gran escala. En cuanto a los manchúes, no son dignos de ejercer el poder. El Estado y la justicia, que deberían proteger a los ciudadanos, no cumplen ninguna función desde hace tiempo. El número de pobres no para de crecer. En el campo, las hambrunas son cada vez más terribles. A la menor epidemia, la gente cae como moscas. ¿Y usted querría que, ante tamaña tragedia, los patriotas permanecieran de brazos cruzados? —lo interpeló con ardor la joven.

El aplomo y la fuerza de convicción de Laura resultaban impresionantes ahora que había decidido hablar con franqueza.

Bowles observaba a su hijo, que dormía plácidamente acurrucado contra ella, insensible al ruido y a la luz de los candelabros que iluminaban la sala. Era un niño magnífico, cuyos rasgos revelaban una ascendencia paterna china. Con unos cuantos

trazos, plasmó su hermosa carita en una página de su cuaderno, que luego le tendió.

—¿Y si os dijera que el padre de Pablo es un Han, qué me responderíais? —le soltó para probar.

—Es inútil que insistáis, señor Bowles. No pienso deciros nada sobre esta cuestión.

Entonces, un mensajero armado se acercó a Yang para decirle algo al oído. El Príncipe del Oriente se puso en pie enseguida.

—Sígueme —indicó a Bowles—. El Tianwan se ha enterado de tu presencia entre nosotros y desea verte sin demora.

John habría prolongado con gusto su conversación con Laura, pero la ocasión que se le presentaba era única. Ningún periodista occidental había hablado con el Tianwan, de modo que se despidió de la joven con el beso protocolario en la mano.

—Señora Clearstone, nunca podré agradeceros lo bastante la confianza que me habéis demostrado al responder con tanta sinceridad a mis preguntas...

—¡Señor Bowles, vamos a llegar tarde y el Celeste Soberano detesta esperar! —gritó Yang, irritado por aquellas formalidades.

El periodista se vio obligado a salir. Fuera los aguardaba un viejo palanquín a punto de descuadrarse, que debía de haber servido para transportar a varias generaciones de mandarines.

—El Celeste Palacio está situado al otro lado de la ciudad. ¡Queda bastante lejos! —explicó incómodo el Príncipe del Oriente.

En aquella víspera del sábado, en que todo se detenía entre los *taiping*, ya que no se permitía la realización de ningún trabajo ni actividad de ninguna clase, ya fuera agrícola, industrial o comercial, se había abatido una noche densa y pegajosa sobre la ciudad de calles devastadas y solitarias, transitadas solo por los perros vagabundos. Aquella era la primera vez que Bowles presenciaba la incongruente escena de una población china sin ninguna tienda ni puesto de venta. Entre las bamboleantes planchas de su medio de transporte, el dibujante de prensa comprendió la razón del nerviosismo que dejaba translucir Yang Xiuqing.

—Espero que no dirás nada al Tianwan de las confidencias que te he hecho —le advirtió el Príncipe del Oriente.

—Puedes estar seguro, Yang. Me guardaré mucho de explicar al Tianwan lo que me has dicho. El periodista responsable debe mantener siempre el anonimato de sus fuentes de información.

—¡Eres un buen amigo! ¡Creo en tu palabra!

—¡Puedes creerme! ¡Tú también eres un buen amigo, Yang Xiuqing!

Aliviado por aquella promesa, Yang dedicó un guiño a John Bowles, que en su perplejidad distaba mucho de imaginar hasta dónde podía llegar aquella terrible rivalidad que oponía al Tianwan y al Príncipe del Oriente.

El palanquín atravesó el barrio chino de infectas callejas flanqueado de chatas casitas y, después, el *no man's land*^[125a] que lo separaba de la zona que, hacía bien

poco, estaba todavía reservada a los manchúes, provista de amplias y pulcras avenidas bordeadas de majestuosos palacios, donde se detuvieron. Se encontraban ante un vasto edificio que ocupaba, antes de la toma de Nanquín, el Estado Mayor de los imperiales. Desde lo alto de su torre de mando, erguida en el patio interior, el Tianwan podía seguir el curso de las revueltas e incidentes que aún se producían a la menor ocasión entre los habitantes de la antigua capital y la policía *taiping*.

Dos guardias armados acudieron a buscar a Bowles, mientras el Príncipe del Oriente se despedía de él.

Después de atravesar varios patios en los que unos soldados muy jóvenes jugaban con fichas o a la pelota, John llegó al final de un oscuro pasillo, ante una puerta que se abrió después de que sus acompañantes llamaran tres veces. Después, lo empujaron hacia el interior de una gigantesca sala inmersa en la penumbra. En el fondo de la estancia, envuelta en un fuerte olor a incienso, distinguió al trasluz, ante una inmensa chimenea donde ardían unos troncos, la silueta de un hombre muy ancho de hombros que iba y venía en medio de un silencio sepulcral. Cuando se dirigió a él, Bowles, cuyos ojos se iban acostumbrando a la oscuridad, pudo descubrir por fin al Tianwan. Hong Xiuquan era mucho más alto que la mayoría de sus compatriotas. Sus cabellos grises suavizaban un poco la implacable dureza de sus abruptas facciones. Lo que resultaba más llamativo en él eran los ojos de mirada penetrante y cruel, que no se privaba de clavar en sus interlocutores a fin de impresionarlos.

—¡Bienvenido al Celeste Reino, señor Bowles! —lo saludó el jefe supremo de los *taiping* antes de gratificarlo con un firme apretón de manos.

—¡Me siento muy honrado de ser recibido por su Celeste Soberano! —respondió el dibujante, resuelto a seguirle el juego.

—¿Qué buen viento os ha traído hasta aquí, señor Bowles?

—Soy periodista del *North China Weekly*, un periódico impreso en Shanghái que tiene una tirada de veinte mil ejemplares.

—No sabía que hubiera periódicos ingleses en China.

—Estoy realizando un reportaje sobre el Celeste Reino. Siguiendo mi costumbre de hablar tan solo de lo que he podido observar *in situ*, he venido hasta aquí y quiero expresaros con efusión mi agradecimiento por haber autorizado mi estancia en vuestra Celeste Capital.

—Todos los observadores de buena voluntad son bienvenidos aquí, señor Bowles.

—Yo haré mi trabajo de manera profesional, sin ideas preconcebidas y con toda honradez.

El Tianwan lo invitó a sentarse en un taburete mientras él se instalaba en una silla alta de madera recubierta de inscripciones latinas de alabanzas a Dios.

—Me han puesto al corriente del interés que habéis manifestado por el caso de la señorita Clearstone. Tenéis razón; es una joven de gran valía a la que tengo en gran estima.

—¡Es un sentimiento recíproco, Tianwan! Como acabo de conversar con ella

durante dos horas, puedo corroborar el aprecio que le inspira vuestra noble persona.

—¿Y qué pensáis de su hermano?

—No conozco apenas a Joe Clearstone... —respondió concisamente el inglés, que no entendía adonde quería ir a parar el jefe supremo de los *taiping*.

Como si quisiera ponerlo a prueba, el Tianwan lo observaba con curiosidad, deteniendo la mirada en su ropa de la cabeza a los pies, para luego desplazarla al zurrón donde guardaba su material de dibujo.

—¿Creéis que se trata realmente de su hermano? Son tan distintos...

—Nunca me he planteado esa cuestión.

—¡Joe tiene un tipo de cara semejante a la mía, mientras que Laura, con su cabellera dorada, nunca podría pasar por una hakka! —señaló Hong con una carcajada—. Él posee, además, auténticos poderes de médium. Aunque no dice ni una palabra, presiente el futuro.

—¿Cómo se expresa? ¡Creía que ese muchacho era incapaz de hablar!

—Por simple contacto. Cuando participa en un oficio, lo tomo en mis brazos y, enseguida, tengo toda clase de visiones. Gracias a él, «vi» la toma de Nanquín protagonizada por el Celeste Reino dos meses antes de que se produjera.

Bowles estaba sorprendido de la espontaneidad con la que Hong hablaba de sus visiones, como si fueran hechos anodinos y naturales. Estaba claro que para los *taiping* no existía una frontera definida entre la realidad y lo sobrenatural..., o, más bien, entre el sueño y la realidad, tal como lo habrían corregido ciertas personas menos complacientes y más escépticas. Él, en todo caso, debía aprovechar aquella entrevista con Hong para obtener el máximo de información.

—¿El Celeste Soberano estaría dispuesto a responder a algunas preguntas sobre la manera como ha organizado el Celeste Reino?

—Tenéis derecho a hacerme las preguntas que queráis. ¿Por cuál deseáis comenzar?

—En Shanghái se dice que, si tomarais el poder, instauraríais una vasta reforma agraria. ¿Podrías extenderos un poco más sobre esta cuestión?

—¡El Príncipe del Septentrión ha consignado mis ideas relativas a la agricultura en este cuaderno! —respondió Hong, señalando un libro que había encima de su escritorio.

Luego lo tendió al periodista, que se puso a hojearlo. El título era *El régimen agrario en la dinastía Celeste*.

—Las medidas que yo propongo son francamente revolucionarias, ¿sabéis? Cuando la Nueva Dinastía reine sobre la China, el tiempo del campesinado pobre quedará superado para siempre. ¡Juro por la vida de mi hijo que cada familia dispondrá de todo lo que necesita para vivir! —precisó el Tianwan.

—¿Qué método pensáis aplicar?

—Dividiremos todos los campos cultivables en parcelas de extensión idéntica que el Celeste Reino confiará a todo ciudadano mayor de quince años, ya sea hombre o

mujer.

—Si no comprendo mal, ¿vuestro objetivo es, pues, desarrollar una clase de pequeños propietarios?

—De ningún modo. ¡La propiedad es un robo! El único propietario de los campos, de los ríos, de los estanques, de los canales, de los caminos, de las casas y de las granjas es el Dios Todopoderoso, puesto que fue él quien los creó. ¡En su condición de depositario de la voluntad divina, le corresponde al Celeste Reino asegurar su gestión! Cada cual dispondrá de lo que necesita. Cuanto más numerosa sea una familia, mayores serán los campos que se les confíen.

—¿Y en qué doctrinas os inspirasteis, muy honorable Hong?

—¡En las de los grandes sabios de la China antigua!

Bowles tomaba notas a toda velocidad. El jefe *taiping* era aún más utopista de lo que había pensado. Resultaba evidente que creía a pies juntillas en el advenimiento de una nueva China, que se situaría en la estela de su primer emperador Qin Shihuangdi.

—¿Podrías citarme algunos nombres?

—Mencio^[126], por ejemplo, que escribió: «Dad a cada familia cinco fanegas de moreras, y a ninguno de sus miembros le faltará nunca la seda. Dadle gallinas, perros y cerdos que criar, y a ningún anciano le faltará la comida.

¡Dadle cien fanegas de tierra y ninguna familia de más de ocho personas padecerá nunca hambre!». Mi objetivo es simple: que todo ciudadano del Celeste Reino pueda comer hasta saciarse. Cada una de nuestras familias deberá poseer un mínimo de cinco gallinas y dos cerdas.

—Estoy admirado —elogió John, a fin de hacerlo hablar lo más posible.

Hong abrió el cajón de su escritorio y sacó un cilindro que arrojó al inglés como se arroja un hueso a un perro.

—¡Tened! —dijo pavoneándose—. Este es el texto de mi último edicto, por el cual ordeno que se planten moreras al pie de las murallas de nuestras ciudades. Así, todas nuestras mujeres podrán criar gusanos de seda. Esta ordenanza la han colgado en los principales lugares de paso del Celeste Reino para que nadie la ignore.

Paradójicamente, el Tianwan fomentaba así la instauración de una burocracia encargada de hacer aplicar sus leyes, pese a que reprochaba a la administración china el papeleo con que se inundaba y la inutilidad de este. No transcurría mes en que no hiciera promulgar edictos sobre los más diversos temas. El Tianwan pretendía controlar hasta el más mínimo detalle de la vida de sus fieles. Volcado en la edificación de su autoritario sistema piramidal, se había planteado incluso encuadrar la población china según un sistema calcado del que se aplicaba en sus ejércitos: la base la habría constituido el *Un* compuesto por cinco familias; veinticinco *lin* habrían formado un *li*, o pueblo, y así seguidamente hasta el *chui*, que habría contado, ni más ni menos, con trece mil ciento cincuenta y seis familias exactamente.

—Este es mi primer edicto, del que estoy más orgulloso —anunció el Tianwan,

mostrando una hoja colgada de la pared en la que figuraban los Diez Mandamientos que todo *taiping* debía aprender de memoria, fuera cual fuese su nivel de instrucción.

—¿Cuáles son los castigos a los que se somete al que no respete estos preceptos? —preguntó el periodista.

—Para los cuatro primeros, que son una traición del culto exclusivo a Dios, le corresponde a él y solo a él decidir si los envía a los dieciocho infiernos. Por lo que respecta a los seis restantes, el que falte a ellos es reo de la pena capital.

—¿Bajo qué forma?

—La decapitación, por lo general..., con excepción del séptimo, «no cometerás adulterio ni actos impuros^[127]», para el que hago aplicar la técnica de la «lámpara celeste».

—¿Y en qué consiste? —inquirió Bowles sin levantar la vista de su cuaderno que se iba llenando a ojos vista.

—Se quema vivo al condenado después de envolverlo en papel impregnado de aceite —explicó Hong, hinchando el pecho—. El cuerpo se prende como una mecha, pero se consume lentamente —precisó, como si expusiera una vulgar receta de cocina.

—¡Es atroz! —susurró John con un escalofrío.

—Tomad buena nota de esto, señor Bowles —exclamó, contrariado por la observación, el Tianwan—, a fin de que todos los lectores de vuestro periódico lo sepan bien: un *taiping* no tiene más que respetar los Diez Mandamientos para ir directamente al cielo después de su muerte. El que no respete las leyes del Celeste Reino debe acarrear con todas las consecuencias.

De este modo, convencido de que con ello procuraba el bien de su grey, el Tianwan aplicaba sus totalitarias leyes de manera ciega e implacable.

—¿Señor Bowles?

—¿Sí...?

—El interés que manifestáis por el Celeste Reino me impulsa a haceros una propuesta.

—Su majestad dirá...

—Para mí, Nanquín no es más que una etapa, y nunca es bueno dormirse en los laureles. Antes del verano, nuestros ejércitos reemprenderán su larga marcha. He decidido lanzar dos grandes ofensivas que deberían aproximarnos al centro del poder que actualmente detentan los usurpadores. La primera será contra Henan. La segunda tendrá por objetivo la toma de Anhui. Si lo deseáis, podréis acompañarnos entonces. ¡Lo único que habéis visto aquí es una prolongada acampada en la que descansan los gatitos, ahítos de leche de vaca! Os falta observar a los *taiping* en combate. En el campo de batalla, se comportan como tigres sedientos de sangre.

Cuando uno se llamaba John Bowles, no se planteaba rechazar tal oportunidad.

—Será un placer, Tianwan.

—Voy a pedir al Príncipe del Oriente que avise al general Lin Fengxian para que

se ocupe de vuestra venida. ¡Lin pondrá a uno de sus mejores coroneles a vuestra disposición para que dispongáis de un buen acompañante!

—¡Os estoy sumamente agradecido, Celeste Soberano!

Hong Xiuquan tomó, entonces, una hoja y garabateó en ella el nombre de Bowles en caracteres chinos antes de estampar su sello y tendérsela.

—Esto es un salvoconducto. Gracias a este papel, podréis atravesar sin impedimentos todos los controles instalados por los militares del Celeste Reino.

—¡Mil gracias, Tianwan! —exclamó exultante Bowles, deshaciéndose en reverencias.

—¡Aquí siempre estaréis como en vuestra casa! —concluyó el jefe supremo, tendiéndole una mano firme y ardiente.

Cuando franqueó la puerta del palacio, Bowles estaba que no cabía en sí de gozo: ¡en su zurrón llevaba el reportaje del siglo!

LIV

Kunming
10 de mayo de 1853

Pronto los rayos del sol disiparían la calima y en los alrededores de Kunming, cubierta ya por una capa de aire abrasador, se perfilarían de nuevo las cumbres de las montañas.

Aun cuando, por lo general, los pequeños mendigos se desplazaban despacio, ojo avizor, en busca del más mínimo residuo comestible, en la calle de los Remedios, ante la mirada indiferente de los charlatanes que comenzaban a distribuir en sus puestos las plantas y polvos medicinales, una andrajosa niña de cadavérica delgadez caminaba a toda prisa. Su palidez era perceptible pese a la mugre que recubría aquella carita marcada por la tristeza de verse abandonada por todos. Al llegar a un cruce, la pequeña torció a la derecha y, después, se desvió dos veces a la izquierda para ir a llamar a la puerta del presbiterio de la iglesia de la Devoción.

Como muchos pordioseros, conocía bien el camino que conducía al templo bautista por haberlo recorrido un sinnúmero de veces.

—¿Está el pastor Tang? —preguntó la chiquilla a un hombre rubio cuyo atlético cuerpo parecía rebasar el raído traje de clérigo con que iba vestido.

—¿Para qué lo quieres?

—Necesito un poco de dinero para comprar arroz...

—¿Dónde vives?

—En la calle.

—¿No tienes padres?

—No sé dónde están. Como no tenían dinero, me pidieron que me fuera de la casa.

—¿Hace cuánto tiempo de eso?

—¡No me acuerdo! —murmuró, a punto de caer de inanición, la pequeña desventurada, que llevaba tres días sin comer.

Entonces apareció Tang. Estaba irreconocible, con una chaqueta y un pantalón negros de corte europeo. Desde que se había vuelto pastor bautista, el hijo de Prosperidad Singular no era el mismo. Ahora, con el cabello liso y reluciente, separado por una impecable raya, y sus gafas redondas de fina montura, habrían podido confundirlo con el hijo de uno de los grandes mayoristas de opio de Shanghái que, enriquecidos, se esforzaban por occidentalizar a su progenie.

—¡Edward, dale un vale de comedor a esta pequeña!

El pastor Edward Karlgren obedeció la indicación. Nacido en Copenhague hacía veintiocho años, era él a quien había enviado la Iglesia bautista del Séptimo Día tras

la muerte del pastor Luang Fudong, al que había sustituido Tang. Dado que, incluso entre las gentes del mismo credo, la confianza tenía unos límites, las Iglesias extranjeras implantadas en China colocaban de forma sistemática a un occidental por cada misionero autóctono.

Luang Fudong había hecho acondicionar un comedor en una casa situada detrás del templo, donde se servía durante todo el día arroz con verdura y sopa de pollo a los indigentes. En vista del éxito de aquella obra de caridad que provocaba larguísimas colas, Tang se había visto obligado a instituir un sistema de vales de acceso que los pobres iban a buscar al templo tres veces por semana. Esto le ofrecía, asimismo, la ocasión de conocer a aquellos miserables y tratar de convertirlos a la vía de Cristo hablándoles de él con llaneza.

Karlgren fue a buscar un vale y llevó a comer a la niña.

Entonces, llamaron de nuevo a la puerta. Cuando el hijo de Prosperidad Singular fue a abrir, previendo que se trataría de otro desheredado que acudía a buscar su viático, se llevó una gran sorpresa al ver en el umbral a un gigantesco occidental cargado con una gran maleta de cuero. Tenía una cara cuadrada y angulosa y, pese a su traje de clérigo, el cabello blanco rapado le confería un aspecto militar. ¿Qué venía a hacer allí aquel individuo?

—Buenos días. ¡Me llamo Charles MacTaylor y soy médico de los cuerpos y las almas! ¡Apuesto a que vos sois el pastor Tang! —se presentó con estentórea voz el recién llegado, aplastando con su mano la del chino, mucho más delgada, frágil casi, al lado de la suya.

Una vez superado el primer momento de sorpresa, Tang se ofreció para descargar su equipaje. El hombre le cedió sin reparos su maleta, como si se tratara de un vulgar lacayo. En cuanto advirtió la mesa del comedor, MacTaylor, que se sentía a todas luces en terreno propio, fue a sentarse en la única silla disponible en la sala.

—Tomaréis un té, ¿verdad, señor MacTaylor? ¿Sois pastor? —preguntó Tang.

—Pastor y médico. Soy de Escocia, de Edimburgo concretamente. La Iglesia a la que ambos pertenecemos me ha enviado aquí...

—En nombre de la comunidad cristiana de Kunming, os expreso la bienvenida y todos mis deseos de éxito. ¡Huelga decir que me tenéis a vuestra entera disposición, reverendo MacTaylor! —exclamó Tang, algo decepcionado por los desenvueltos modales de este.

—No es lo que pensáis, estimado Tang. No me han pedido que viniera a establecerme en Kunming. Mi cometido es solo redactar un informe sobre las circunstancias de la muerte del pastor Luang Fudong, que Dios lo tenga en su seno.

—¡Está en el cielo! El pastor Luang murió como un mártir —declaró con sombrío tono Karlgren, que acababa de entrar.

Después de haber tomado una taza de té y arramblado con la mitad de los pasteles del plato que había traído Tang, MacTaylor volvió a tomar la palabra.

—Como imagináis, su vil asesinato causó una gran conmoción en el seno de

nuestras comunidades bautistas. ¿Se ha localizado la banda de criminales que puso fin a su vida?

—En Kunming, todo el mundo conoce la identidad de los asesinos de Luang, pero se los considera intocables. ¡La policía los protege! —respondió Tang con cansancio.

El pastor médico descargó un puñetazo en la mesa.

—¿Pero quiénes son, pues? —preguntó con la boca llena.

—Miembros de la tríada local que venden opio fuera de los circuitos oficiales, unos bribones que reprochaban a Luang Fudong sus vehementes sermones en contra del barro negro.

—Como si los sermones de un pobre pastor bautista pudieran perjudicar sus intereses... —adujo suspirando el escocés.

—En esta ciudad, señor MacTaylor, nuestra Iglesia tiene fama de influyente.

—¿Qué entendéis por «influyente»?

—En Kunming corre el persistente rumor de que el pastor Luang había convertido al cristianismo al antiguo gobernador de Yunnan.

—Yo mismo puedo confirmar la afirmación del pastor Tang por haber oído personalmente hablar de ello —corroboró el reverendo Karlgren.

Después de la trágica muerte de Luang, varios fieles de la pequeña comunidad bautista habían advertido, con palabras encubiertas, a los pastores de aquel murmullo que circulaba entre las personas bien informadas de la ciudad, desde que Prosperidad Singular se había ido a Nanquín.

—¡Hay que desconfiar siempre de los chismes! Esta historia me parece de los más improbable —dictaminó con tono perentorio el escocés, que no se imaginaba a un pastor chino logrando convertir a un mandarín de primera categoría.

Para MacTaylor, que también era hijo de pastor, un chino autóctono convertido no le llegaba ni a la suela del zapato a un pastor occidental, impregnado desde su nacimiento de la verdad del Cristo. El inspector de la Iglesia del Séptimo Día había comprobado que la mayoría de aquellos pastores chinos eran incapaces de recitar de memoria ni un solo Evangelio o de explicar el concepto de la Santísima Trinidad sin embarullarse.

—Yo comparto la misma opinión —murmuró Tang, que por nada del mundo habría revelado su secreto a un religioso tan arrogante.

El escocés sacó un cuadernillo del bolsillo y se puso unos quevedos. Luego, como un juez que interrogase a un condenado, indicó a Tang que se acercara a la mesa.

—En su condición de testigo del drama, ¿podrías describir qué ocurrió exactamente?

—El pastor Luang Fudong y yo estábamos solos, ordenando la iglesia después del oficio. De repente, oímos un estrépito. Una banda de hombres enmascarados habían forzado la puerta del templo, que yo había ido a cerrar con llave conforme a las instrucciones. En cuestión de segundos, dos de ellos se abalanzaron sobre su víctima

y la emprendieron a puñaladas hasta que cayó al suelo degollada. Perdió la sangre muy deprisa y expiró de inmediato mientras me miraba con la alegría de quien se dispone a reunirse con el Cristo.

—Si mal no comprendo, vos no pudisteis intervenir...

Tang se tensó un poco. La idea de que ese presuntuoso de MacTaylor, que era, sin embargo, su hermano en Cristo, pudiera sospechar de él que no había prestado asistencia a una persona en peligro, le causaba tristeza.

—Yo estaba inmovilizado por dos hombres que me tenían sujeto. De haber podido, habría dado la vida para salvar la suya.

—¿Y esos matones os dieron algún mensaje o alguna clase de explicación?

—El que debía de ser su jefe me dijo: «Cuando se ha destripado la sandía, más vale que el melón se lo piense un poco».

—¡Qué frase más graciosa! ¡Aquí tienen muchas expresiones de ese tipo! —comentó entre carcajadas el repelente escocés.

—En China, ese dicho significa «dar una advertencia» —le explicó con su afable tono el hijo de Prosperidad Singular.

—El blanco tiene que ser o bien nuestra Iglesia o bien vos mismo —dedujo doctamente MacTaylor sin manifestar la menor emoción.

—Yo no temo a la muerte y, en cuanto a nuestra Iglesia, resistirá a tales amenazas. Los catecúmenos no dejar de afluir en número creciente. La luz de Cristo inundará poco a poco los corazones.

—¡En el último oficio, conté treinta más! Pronto tendremos que rechazar a algunos fieles —expuso el joven danés, prestándose a apoyar a Tang, porque también encontraba molestos los modales del inspector de conciencias.

—Aquí, en Kunming, corréis peligro, pastor Tang, siento tener que repetíroslo. Cuando están fanatizados, los chinos no aceptan que uno de los suyos se convierta. ¡Para ellos, vos sois un traidor! —afirmó el escocés elevando la mirada al cielo.

—¡Cuando me convertí, no tuve la impresión de traicionar a nadie!

—No pasa un mes sin que asesinen a algún sacerdote católico o pastor chino. La policía imperial mira para otro lado. El aumento de la influencia del movimiento *taiping* tiene que ver en esa pasividad. ¡El poder manchú está acorralado!

—¡Hong Xiuquan es, sin embargo, un ferviente adepto de Nuestro Señor Jesucristo! ¡No hay más que leer sus escritos para comprobarlo! —adujo el hijo de Prosperidad Singular con la sangre helada en las venas.

—¿Los escritos de ese loco rematado? —replicó envarándose MacTaylor—. ¡Hablemos de ellos! Hemos encargado traducir los principales... ¡porque el infatigable personaje ese no para de llenar páginas y páginas! ¡Ese individuo se cree que es el hijo de Dios y el hermano de Cristo!

—¿Acaso no está escrito en los Evangelios que todos somos hijos de Dios y hermanos menores de Cristo? —objetó Tang.

MacTaylor, que no soportaba que le llevaran la contraria, y menos si se trataba de

un chino, le clavó una acerada mirada.

—¡Señor Tang, los pastores de la Iglesia del Séptimo Día deben adoptar el punto de vista de su jerarquía! ¡Esta prohíbe cualquier toma de posición de carácter político! ¡Estamos aquí para hablar de Dios y no para pronunciarnos a favor de tal o cual ralea de agitadores!

—Perdonad, reverendo. Sabed de todas formas que yo nunca habría expresado, fuera de estas paredes, este punto de vista sobre el jefe de los *taiping*.

Fuera como fuese, Tang se sentía mucho más cercano del Tianwan que de aquel MacTaylor que trataba a los chinos como seres inferiores.

—Incidente resuelto, pues. Ahora que me habéis informado de las circunstancias del asesinato, solo me queda por cumplir con una última formalidad —anunció el escocés al tiempo que tendía a Karlgren y a Tang sendos sobres lacrados.

Cada cual abrió la carta que iba destinada a él. Las misivas procedían del secretariado general de la Misión Bautista de China. A Karlgren le atribuían la dirección de la iglesia de la Compasión de Kunming. A Tang, por su parte, le rogaban que se trasladara a Cantón, donde había sido nombrado pastor coadjutor al lado de un reverendo llamado Issachar Jacox Roberts. ¡Lo habían degradado, en cierto modo, situándolo bajo vigilancia!

—¡Trataré de mostrarme digno de esta nueva tarea que me han confiado! —declaró enseguida Karlgren, sin disimular la alegría que le producía la confianza que depositaban en él sus superiores.

—En una vida anterior, tuve ocasión de conocer al señor Roberts... —musitó a su lado Tang con aire pensativo.

La evocación de su encuentro con el americano el día en que se precipitó en su casa con Serenidad Cumplida con la esperanza de encontrar a La Piedra de Luna, hizo aflorar un pasado que poco a poco había logrado tapar. Igual que el aire que irrumpe por la ventana que se acaba de abrir, así remontaron bruscamente a su memoria las ráfagas de aquel pasado que había arrumbado en lo más profundo de sí. Los sonidos regresaban. Los olores se manifestaban. Las formas renacían. Todo un mundo de sensaciones se reconstituía, turbador y familiar, tan familiar, incluso, que le parecía que nunca se había separado de él. Primero, se le representó la cara de Jazmín Etéreo. Después, fue su cuerpo, tan deslumbrador y atractivo como antaño, el que surgió de la nada. Tendió las manos hacia ella, pero no era palpable. Pese a ello, volvía a revivir los momentos del Heqi con Jazmín Etéreo, con sus fulgurantes y desenfundadas oleadas de placer que acababan siendo dolorosas casi..., hasta el punto de que, en comparación con ellas, el Heqi de la unión con Cristo que tanto le había elogiado Luán Fudong se le antojaba lastrado por una gran insipidez. ¿Dónde estaría su bella contorsionista en ese instante? ¿La volvería a ver algún día?

Entonces, tomó conciencia de que no había digerido su pérdida, de que por más que se hubiera convertido en soldado de Cristo, seguía enamorado de Jazmín Etéreo.

—¿Pastor Tang? ¿Pastor Tang?

La insistente llamada de MacTaylor, que le sacudía el brazo, lo sacó de su ensimismamiento.

—¿Decidme, reverendo MacTaylor?

—No habéis respondido a mi pregunta.

Como no la había oído, le pidió que se la repitiera.

—¿Cuándo pensáis desplazaros a Cantón? El reverendo Roberts necesita que vayáis lo antes posible.

Frente a aquel abominable personaje que encarnaba todo cuanto fustigaba su primo Serenidad Cumplida cuando acusaba a los narigudos de aplastar a los chinos con su altanería, el príncipe Tang recobró de golpe su soberbia.

—¡No voy a ir a Cantón, reverendo MacTaylor!

El escocés se irguió estupefacto, con autoritario ademán ante la despavorida mirada del joven Karlgren.

—¡Los pastores bautistas obedecen en cuerpo y alma a su Iglesia!

—¡Yo ya he tomado una decisión, señor MacTaylor, y no me voy a volver atrás!

—¿No teméis, pues, ir a parar al infierno?

—Yo no renuncio a Cristo, señor MacTaylor. Mi propósito es servirlo aún más, pero de otra manera —añadió Tang cerrando los ojos.

En ese momento, se hallaba ya lejos. Soñaba con el Celeste Reino de Hong Xiuquan, el de sus hermanos de sangre, aquellas personas que luchaban por su dignidad y por la preservación de su nación, aquellos valerosos combatientes a los que nunca debió abandonar.

LV

Sbantou

8 al 10 de junio de 1853

Hacía varios días que La Piedra de Luna padecía un terrible dolor de cabeza y que se sentía como si ardiera por dentro. Por las noches, los sudores glaciales alternaban con los sofocos. Al despertar, un agudo dolor lo aquejaba cuando desplegaba las anquilosadas extremidades. Durante el día, sus músculos agarrotados eran incapaces de obedecer a su voluntad y debía efectuar grandes esfuerzos para no gritar a causa del horrendo dolor que sufría en la columna.

—¡Si os duele la espalda, debéis tomar esto!

La Piedra de Luna, que estaba inclinado sobre un gran montón de redes que se ocupaba en remendar con una larga aguja, levantó la cabeza. Una joven sonriente, de facciones finas y proporcionadas, le ofreció una píldora grisácea.

—Es una mezcla de plantas y de ceniza tamizada que se administra en casos de reumatismo. Tomadla y os aseguro que os desaparecerá el dolor.

La desconocida, que llevaba los pies vendados, vestía un lujoso traje de seda rosa con animales benéficos bordados en color verde manzana y oro. Tal vez fuera producto de la fiebre o bien de su acusado cansancio, lo cierto era que el hijo secreto de Daoguang, que hasta entonces se había dejado aturdir por el monótono vaivén de las olas que acababan aplastándose a lo lejos, contra la punta del espigón del puerto, la tomó primero por una criatura celeste. Enseguida cambió de parecer, no obstante, cuando advirtió que los botines de satén negro de la joven estaban totalmente recubiertos de fango. ¡Una criatura divina habría encontrado la manera de no ensuciarse los pies de barro!

Pero ¿qué demonios iba a hacer en un sitio como ese una persona tan elegante?

El pequeño puerto de pesca de Shantou donde La Piedra de Luna había hallado refugio era, en efecto, un lugar lúgubre en el que solo los marineros acostumbrados a las tempestades eran capaces de vivir sin caer en la desesperación. Allí uno sólo se cruzaba con harapientas familias de pescadores que vivían desde hacía generaciones en la localidad. Para colmo, entre medio de las casas pasaba un río de aspecto tranquilo y apacible que, cuando se combinaba con la marea alta, se transformaba en una impetuosa corriente capaz de engullir las barcas y, en el caso contrario, con la marea baja, se convertía en un inmenso campo de arenas movedizas recubiertas de limo donde no era aconsejable aventurarse. En cuanto al pueblo de pescadores en sí mismo, apestaba a miseria, pegado a su minúsculo puerto. En sus callejones perpetuamente encenagados, algunos ancianos ociosos, en su mayoría antiguos pescadores desgastados hasta el límite, miraban pasar las carretas llenas de pescado.

Había sido el puro azar lo que había llevado a La Piedra de Luna hasta aquel rincón perdido que parecía situado en los confines del mundo. Algunos días llegaba, incluso, a sentir como si hubiera naufragado allí, como esos troncos de árbol pelados, de aspecto mineral, brillantes e inmaculados cual marfil, que las mareas depositaban en la playa de Shantou después del temporal.

La aparición de aquella muchacha en tan sombrío escenario tenía algo de incongruente.

—A fuerza de estar encorvado, uno termina padeciendo calambres. Pero ¿cómo lo habéis adivinado? —le preguntó La Piedra de Luna, estupefacto.

—No hay más que observaros... Se diría que os duele todo el cuerpo.

—¿Hace mucho que me observáis?

—Desde hace varios... eh... ¡Desde que llegasteis aquí!

¡Era increíble! ¡Desde que había llegado a aquel pueblecito instalado a lo largo de un desaprensivo río fangoso, lo vigilaba una joven china vestida con ricos atavíos y él ni siquiera se había dado cuenta!

Entonces, cada vez más asombrado, le preguntó si era de allí.

—Vivo un poco más lejos, yendo hacia Zhangzhou. Mi padre es propietario de los astilleros.

—¿Cómo os llamáis? Yo soy La Piedra de Luna.

—¡Qué nombre más bonito! El mío es Peonía Maculada de Rosa.

Se encontraba tan mal que no tenía ni siquiera fuerzas para corresponderle diciéndole que también su nombre era muy bonito. Cuando la muchacha le tocó la frente, se echó hacia atrás de manera instintiva. Desde Laura, no había vuelto a tener contacto con ninguna mujer.

—¡Tenéis una fiebre de búfalo! Necesitáis que os cuiden. Os propongo que vengáis a mi casa. Mi padre conoce bien las propiedades de los simples...

La Piedra de Luna declinó cortésmente la invitación. Las tradiciones no permitían que una joven llevara a casa de sus padres a un desconocido.

—Mañana estaré mejor.

—Os aseguro, La Piedra de Luna, que estáis gravemente enfermo. ¡Si os quedáis aquí, pronto seréis incapaz de levantaros! —insistió Peonía Maculada de Rosa.

—¡No he terminado mi trabajo! —replicó, con la respiración trabajosa, el hijo secreto de Daoguang—. Le prometí al propietario que tendría esta red remendada mañana al amanecer.

Desde que llegó a Shantou seis meses atrás, se ganaba la vida de ese modo, prestando pequeños servicios a los pescadores.

—No es de extrañar que estéis enfermo teniendo en cuenta el sitio donde vivís..., ¡una simple cabaña de juncos que no protege de la lluvia ni del viento!

—¡Sabéis todo de mí! —murmuró.

Entonces, helado de repente, con los dientes castañeteantes, cayó de lado como si le hubieran disparado una flecha en pleno corazón.

—¿Me oís? La Piedra de Luna, ¿me oís? —gritó la joven, al tiempo que lo zarandeaba sin obtener reacción.

* * * *

Cuando, al abrir los ojos, descubrió, inclinado sobre él, el rostro lampiño y demacrado de un hombre que le sonreía, se preguntó si estaba vivo o muerto. De los momentos que habían precedido a su desvanecimiento guardaba solo un vago recuerdo de haber conocido a una joven muy bien vestida.

—¿Dónde estoy? —susurró intranquilo.

—No temáis, La Piedra de Luna. ¡Aquí nadie tiene intención de encerraros en una jaula! La hora del gallo ha pasado hace rato y, como habéis dormido mucho, es normal que no sepáis dónde estáis.

—¿Quién sois?

—Conocisteis a mi hija, Peonía Maculada de Rosa. Os transportaron aquí en muy mal estado. Las fiebres tercianas os hicieron perder el conocimiento.

La cara de la joven china apareció en el momento en que se esfumó la de su padre.

—¿Qué me ocurre? —le preguntó La Piedra de Luna.

—Habéis dormido dos días y dos noches seguidas. Ahora estáis mejor. Ha bajado la temperatura. ¡Hasta esta mañana, habéis estado delirando! Decíais a gritos que no se os encerrara en una jaula.

—Debisteis sacudirme para que me despertara.

—No habría servido de nada. Cuando el gatito pasa por una rama por encima del río, si uno da palmadas, lo hace caer al agua... No parabais de pronunciar el nombre «Iluminación Súbita». Papá cree por eso que sois budista. ¿Es verdad?

Primero le mostró el tazón que tenía en la mano, antes de ayudarlo a incorporarse para hacerle beber la decocción que le había preparado. Era tan amargo aquel caliente brebaje que le provocó una mueca de desagrado.

—Lo fui... ¡en otra vida! —musitó.

—¿Ya no lo sois?

—¿No respondéis? Todavía estáis demasiado cansado para hablar de eso. Voy a dejar que descanséis.

¿Cómo habría podido adivinar Peonía Maculada de Rosa que no era el agotamiento lo que le impedía responder, sino más bien un trauma, un trauma tan profundo que le imposibilitaba representar con palabras el increíble calvario que había vivido en el monasterio de la Iluminación?

El verdadero milagro había consistido en encontrar la fuerza para sustraerse a la temible prisión mental en la que el padre superior había logrado encerrarlo, con acopio de ayunos y privaciones, pero también como consecuencia de un condicionamiento psicológico dirigido con magistral habilidad. Iluminación Súbita

cosía con tanta paciencia y delicadeza y de manera tan imperceptible aquella terrible camisa de fuerza que, cuando un buen día, sus adeptos se sintieron encarcelados, era demasiado tarde. El superior del monasterio nunca atacaba a los novicios. Sus objetivos eran los monjes que ya habían pronunciado los votos y cuyos organismos estaban por consiguiente debilitados por varios años de privaciones y ayunos. Para sumirlos en la absoluta dependencia gracias a la cual acataban sin discutir la voluntad de su maestro, este se valía de un sinfín de estratagemas. Los obligaba a meditar fuera, durante tres días y tres noches, expuestos al sol y a la intemperie, sin ninguna clase de alimento ni agua; los obligaba a aprender de memoria cientos de páginas de *sufra*s, les administraba castigos corporales mientras dormían, los mandaba a mendigar durante un mes en los barrios más pobres cuyos habitantes no disponían ni siquiera de restos de comida para dar a los perros y, sobre todo, les hacía creer que, sometiéndose por entero a su arbitrio, llegarían al nirvana.

Resuelto a doblegar a La Piedra de Luna, aquel novicio que seguía negándose con obstinación a pronunciar votos de monje, Iluminación Súbita había emprendido una sutil maniobra de rodeo. Sin volver a sacar a colación aquella espinosa cuestión, aquel religioso acostumbrado a manipular las almas y los corazones se había presentado como paternal cómplice del joven calígrafo. Con el pretexto de explicarle los pasajes más complicados del *sutra* de la Buena Ley, lo mandaba acudir a su lado y, entonces, le prodigaba multitud de consejos, al tiempo que evocaba sus recuerdos de niño paupérrimo al que sus padres habían confiado al monasterio por verse en la imposibilidad de darle de comer. Sus confidencias estaban destinadas a provocar las de La Piedra de Luna con el fin de conocer su pasado y así poder acotar mejor su personalidad. Rendido a aquella hábil maniobra, La Piedra de Luna había acabado por hablar de su relación con Laura. A partir de ahí, Iluminación Súbita se empleó a fondo para convencer a su novicio de que si quería dejar de sufrir debía renunciar definitivamente a la mujer que amaba. Buda, en su inmensa sabiduría, había enseñado ya que la única vía para alcanzar la paz del espíritu era renunciar a las cosas y a los seres que se deseaban. Las últimas resistencias del novicio quedaron borradas por la perspectiva, que el superior había usado como señuelo, de confiarle, no bien hubiera formulado sus votos, la organización de un orfanato para los niños de la calle. Resignado, con el ánimo domado y vacío, el hijo de Daoguang, cuyas defensas intelectuales estaban ya bastante bajas a causa de la dureza de las condiciones de vida vigentes en el seno de la comunidad monástica, había acabado aceptando pronunciar los votos de bonzo.

Para satisfacción de su maestro espiritual, con el nombre de Compasión Extrema el hijo de Daoguang había representado durante dos años su papel con abnegación y fervor. Entre el establecimiento del orfanato, las tareas comunitarias y la enseñanza que el superior seguía prodigándole, se había vuelto una criatura dependiente, un ser desprovisto de toda perspectiva de sus actos, un instrumento a la merced de su gurú. La poca energía que le quedaba la consagraba a ahuyentar el recuerdo de Laura. Su

bloqueo mental podría haberse prolongado si Iluminación Súbita no se hubiera desprendido un buen día de su máscara.

Al final de una de aquellas interminables sesiones de exégesis de los abstrusos sermones de Bodhidharma, uno de los monjes hindúes que habían introducido el budismo en China, el superior le había hablado de una manera un tanto misteriosa.

—Ahora que eres digno de convertirte en un asceta por entero..., que te has domeñado con el ayuno y que tienes el cuerpo lo bastante flaco, vamos a hacer una prueba. ¡Sígueme, Compasión Extrema!

Pronto se llevó un desengaño cuando su maestro lo condujo ante una de las jaulas vacías del Infierno.

—El asceta Diez Mil Vidas Anteriores acaba de entrar en el *parinirvana*^[127a] y te cede su lugar. ¡Tu hora de gloria ha llegado! Lo único que falta es asegurarme de que eres capaz de entrar en esta jaula. En caso contrario, le pediré al herrero que construya una un poco mayor... ¡Entra, vamos!

Horrorizado por la perspectiva de pasar los días colgado del techo del Infierno, con las extremidades torcidas y sin poder moverse ni un milímetro, La Piedra de Luna retrocedió un paso.

—¡Es demasiado pequeña!

Iluminación Súbita lo agarró, entonces, por el cuello de la túnica antes de reiterar su orden con implacable tono.

—¡Debes probar! ¡Te lo mando yo!

Inmóvil como el mármol, pero con el semblante desencajado por la contrariedad, el superior lo fulminaba con la mirada. Ya no era el impávido asceta de dulce mirada que dirigía el monasterio con mano férrea envuelta en un guante de terciopelo, sino un verdadero autócrata que pretendía obligarlo a pasar el resto de sus días en una minúscula jaula para apiadar a los devotos e inducirlos a desembolsar unas monedas.

—¡No pienso entrar nunca ahí adentro! —vociferó.

Al mismo tiempo que proclamaba su rebeldía, se desgarró de repente el pernicioso velo tejido por Iluminación Súbita que lo había privado hasta entonces de su lucidez. Tomó conciencia de que si permanecía bajo la férula de aquel hombre que se había arrogado el título de director de su alma se exponía a abandonar toda posibilidad de encontrar a Laura. Entonces, ante la incrédula mirada del superior, haciendo acopio de sus escasas fuerzas, puso pies en polvorosa y abandonó sin dilación el monasterio, sin responder a los monjecillos que, como de costumbre, lo habían llamado con alborozo. Cuando se encontró en la calle, emancipado por fin del filón que lo tenía preso, respirando a pleno pulmón el aire de una libertad olvidada, tenía solo una obsesión: marcharse de Cantón lo antes posible y localizar un lugar donde pudiera recuperarse física y psíquicamente a fin de poder reanudar en buenas condiciones la búsqueda de la mujer que amaba.

Sin más demora, convencido de que caminar constituía la mejor de las terapias, La Piedra de Luna había andado sin rumbo, sin ahorrar esfuerzos a su organismo

agotado por las privaciones. Gracias a su túnica amarilla, recibía todos los días comida con que subsistir y algunos posaderos le ofrecían un lecho donde dormir. Se había propuesto ir lo más lejos posible, convencido de que cuanto más distancia mediara entre Iluminación Súbita y él más deprisa se repondría. Contaba, además, con el efecto de la lluvia y el sol para lavar y secar su espíritu, como si fuera una prenda ensuciada y arrugada que necesitara purificarse. Cuando vacilaba su resistencia, meditaba en la definición de «hombre perfecto» que había dado Zhuangzi: «El hombre perfecto olvida que tiene un hígado y una vesícula biliar, le tienen sin cuidado sus ojos y sus oídos, es capaz de pasearse sin meta al margen del polvoriento mundo y halla su libertad siendo capaz de no hacer nada».

De este modo, un hermoso día de diciembre de 1852, llegó a Shantou a trompicones. Nunca había visto el mar. Este estaba alborotado, envuelto en la azufrada luz de un macilento sol velado por las algodonosas brumas. Ante el inolvidable y extraordinario espectáculo del océano transformado en peligrosa escalera festoneada de gigantescas olas, se dejó caer de rodillas en la húmeda playa y decidió que había llegado la hora de efectuar una pausa.

Alguien le tocó la frente, induciéndolo a abrir de nuevo los ojos.

Era el padre de Peonía Maculada de Rosa, que le sonreía con un plato de raviolis *jiaozi* en la mano.

—¿Cómo os encontráis?

—¡Mucho mejor!

—Decidme, La Piedra de Luna, ¿cuánto tiempo lleváis sin comer carne?

—He pasado cinco años en un monasterio budista...

—Lo suponía. Debíais sentirnos ya muy cansado cuando os fuisteis de allí.

—Extenuado, para seros franco.

Su anfitrión lo ayudó a incorporarse y le ofreció un *jiaozi*.

—Es a causa de las carencias alimentarias. Es un fenómeno habitual entre las personas que solo comen verdura. ¡Debéis volver a empezar a comer carne!

—¡Temo que mi estómago no la acepte!

—¡Creéis estar saciado, pero vuestro vientre se queja de hambre sin que os deis cuenta!

El calígrafo consintió en tomar el ravioli y se puso a masticarlo despacio, con infinita precaución, como si tuviera miedo de que su conducto digestivo lo rechazara si lo engullía con excesiva precipitación.

—¡Vuestra hija podría ser médico! —murmuró exhausto por el esfuerzo.

—De tanto observar el comportamiento de los enfermos a los que cuido, es verdad que llega a ser capaz de establecer ciertos diagnósticos.

—¿Qué clase de enfermedad había contraído?

—Padecíais los Seis Excesos^[128]. Os administré, por tanto, tres píldoras enfriadoras Yin a base de polvo de cebollino, menta silvestre y cigarra triturada.

—Es muy eficaz. Parece que la fiebre ha cedido.

—¡Después tomaréis un par más y todo quedará resuelto!

—¿Qué hace toda esa gente? —preguntó el hijo secreto del emperador de China, señalando al grupo de personas que había en el patio, bajo las ventanas de su habitación.

—Mi casa se ha convertido en una especie de dispensario. Ninguno de esos pacientes puede costearse un médico. Saben que si vienen aquí recibirán los cuidados necesarios —explicó escuetamente el patrono de los astilleros.

Ahora que se iba recuperando, el hijo de Daoguang se hallaba en condiciones de observarlo mejor. Era de origen Han, a juzgar por su trenza y la meticulosidad con que se rapaba la cabeza. Lo más llamativo de su rostro de finas y armoniosas facciones, de aspecto casi mineral, eran unos ojos negros que parecían taladrarlo a uno con la mirada; unos ojos que irradiaban orgullo y bondad al mismo tiempo.

—Creía que vos erais constructor de barcos.

—Yo heredé los astilleros que fundaron mis honorables antepasados hace más de trescientos años. En el tiempo de los Ming, fabricaban juncos de guerra. ¡Desde la llegada de los manchúes, nos conformamos con construir resistentes barcas de pesca!

—¿Asististeis a la escuela de Medicina?

—¡Nunca estuve allí! Soy un puro producto del aprendizaje en el seno de la familia. Los primeros libros que me hizo leer mi padre, que disponía de los mismos dones que yo, fueron el *Clásico del Emperador Amarillo* y el *Clásico del Pulso*. También estudié el panorama médico del doctor Li Shinzhen. En la familia tenemos cierta propensión a ayudar a la gente a curarse. ¡Es muy posible que mi hija lo haya heredado! —concluyó con una sonrisa el Han.

Peonía Maculada de Rosa llegó con un tazón de sopa en la mano, mientras su padre se alejaba para ir a atender a la veintena de pacientes que lo aguardaban. Después de colocarle las almohadas detrás de la espalda con una dulzura y atención extremas, comenzó a darle de comer como la madre que deposita la comida en la boca al pajarillo.

A tan escasa distancia, La Piedra de Luna pudo comprobar la gran semejanza que presentaba con su padre. Su rostro era igual de armonioso, pero de apariencia menos hierática, lo que le confería un carácter vivaracho que acentuaba su encanto. Mientras le sonreía, los ojos le chispeaban con un gracioso brillo. En las comisuras de los carnosos labios, perfilados a la perfección por el marco de un delicioso reborde de piel, se habían formado dos exquisitos hoyos que le daban un aire casi infantil. Aplastar con su boca aquellos labios... Un asfixiante vértigo le encogió el corazón al tiempo que lo inundaba una inefable oleada de deseo. Aquella era la primera vez, después de tantos años de abstinencia y privaciones, que sentía el hormigueo del sexo. Como solo llevaba unos calzoncillos de fino algodón, si no lograba controlarse se arriesgaba a que Peonía Maculada de Rosa se diera cuenta en cuestión de un instante. Debía renunciar a la contemplación de la joven y retomar el hilo de la conversación.

—Vuestra sopa es deliciosa. Se os da igual de bien la cocina que la medicina —
elogió.

La muchacha se parapetó tras una risa cristalina, una de aquellas encantadoras y medidas carcajadas capaces de desarmar a cualquiera.

—Os he puesto dos nidos de golondrina —precisó—, para fortaleceros. Así os curaréis más deprisa.

Luego le rozó la frente con la mano y ese contacto bastó para volver a despertar el hormigueo.

—¡Qué amable! En realidad, aún no sé cómo se llama vuestro padre —se apresuró a declarar.

—Sus padres le habían puesto el nombre de Elevación Sosegada de Tres Niveles. Ellos esperaban que su hijo hiciera carrera como mandarín y que alcanzara el grado más elevado posible.

—Es, en efecto, un nombre evocador...

—Ahora se hace llamar Joseph. Joseph Zhong.

—¿El Zhong de la trampa que usa el cazador?

—En cierto modo, pero es más adecuado decir el Zhong con el que el pescador atrapa a los peces... La red... Jesús es la red que permite comer a los pescadores, es decir, a los hombres...

—¿Vuestro padre se convirtió al cristianismo?...

—Sí, por la influencia de un sacerdote lazarista, el padre Emmanuel Lanchon. Ese hombre había fundado una iglesia en Zhangzhou^[129], Unos meses antes, había venido a ver a mi padre para encargarle la fabricación de un barco que había decidido confiar por turnos a las familias de pescadores más necesitadas.

—¡Qué buena idea!

—¿Verdad que sí? Gracias a esa embarcación, una decena de familias de Shantou disponen hoy en día de comida suficiente. Se necesitaba un sistema que permitiera que cada uno de los usuarios se beneficiara de manera equitativa del barco. El señor Lanchon pidió a papá que lo ayudara y de esta forma se hicieron amigos. Cuando lo bautizaron, mi padre decidió cambiar de nombre.

—¿Y vos estáis bautizada?

—¡Sí! —confirmó con orgullo—. Y mamá también.

La Piedra de Luna sonrió. ¡Después de haber vivido en un monasterio budista, la suerte había querido que lo alojaran unos chinos convertidos al catolicismo!

—¿Porque así lo deseaba vuestro padre?

—¡Por lo que a mí respecta, fue con mi pleno consentimiento! ¡Yo creo firmemente en Dios! Creo en el amor de Cristo. ¡Solo existe un Dios Todopoderoso y misericordioso! —se apresuró a responder Peonía Maculada de Rosa con un asomo de irritación, mientras le daba la última cucharada de caldo.

Faltaba poco para mediodía. Un vengativo sol que, socorrido por el viento, había expulsado la lluvia en un momento, penetraba inclinado hasta la pared. Allí dibujaba

una gran mancha de luz en la que se proyectaba la sombra de la joven. Con el brazo rozó la mejilla del convaleciente. Este se puso rígido, electrizado, y, con el afán de no dejarse arrastrar hasta un abismo sin fondo, resolvió prolongar a toda costa la conversación.

—¿Ese religioso vive todavía en Shantou?

—No. El padre Lanchon regresó a Francia. Los lazaristas obligan a jubilarse a sus sacerdotes cuando llegan a los sesenta y cinco años. El padre Lanchon tenía setenta. Sus pulmones no soportaban ya la permanente humedad del clima marítimo.

—Setenta es, a la vez, mucho y al mismo tiempo muy poco en comparación con diez mil... «La vida es como un corcel blanco que pasa delante de un intersticio.»

—Zhuangzi era un gran poeta. ¡Veo que conocéis a los clásicos!

Una oleada de nostalgia empañó un instante la mirada del convaleciente.

—Los leí gracias a mi padre, que era calígrafo.

—Volviendo al padre Lanchon, os puedo asegurar que ese lazarista era una persona excepcional, siempre amable, atento con los demás y mucho más respetuoso con las tradiciones chinas que algunos de los misioneros protestantes que intentan implantarse aquí.

Cada vez la encontraba más atractiva, con aquella vivacidad propia de los seres puros que no pretenden ocultar sus sentimientos detrás de las habituales pantallas donde nunca está muy clara la frontera entre las conveniencias, el disimulo y la franca mentira.

—¿Por qué motivos decidió bautizarse vuestro padre?

—Cuando el padre Lanchon le explicó quién era Cristo, mi padre sintió un deseo inmediato de conocer su amor.

—También yo he oído hablar de Cristo —murmuró, al tiempo que se le encogía el corazón.

El amor... Cristo... Los recuerdos de los tiempos felices, tan remotos y tan cercanos a la vez, regresaban al galope, chocando con el presente. ¿No había sido el mismo día que había hablado de Cristo con su amada Laura delante del infierno budista, que habían hecho juntos el amor, pero también los dos por primera vez, en el tapiz de hierba de la isla del lago del Oeste? La Piedra de Luna sentía que oscilaba como un péndulo enloquecido, entre dos polos opuestos. Bajo la influencia de un torrente de imágenes donde Laura se hallaba omnipresente y frente a la joven que, inclinada sobre él, acababa de cogerle las manos, se puso a temblar de manera violenta.

Entonces, Peonía lo miró a los ojos de una forma tan especial que se preguntó angustiado qué habría podido percibir en ellos.

—Estáis muy pálido. ¿Ocurre algo, La Piedra de Luna? —preguntó con patente turbación.

También él era incapaz de ocultar sus sentimientos.

Logró serenarse, sin embargo, y optó por responder con una enigmática sonrisa

antes de que el agradable sopor de un necesario sueño, dado su estado de agotamiento, acudiera a liberarlo de un posible interrogatorio en el que se exponía a hablar más de la cuenta o a acabar sucumbiendo de manera definitiva a tan embrujadora proximidad.

LVI

Nanquín
2 de agosto de 1853

Aquella tarde de sábado, bajo el espeso colchón de calor que arrancaba a la tierra sus últimos restos de humedad y hacía temblaquear a lo lejos las siluetas de los árboles y los transeúntes, Laura Clearstone se había reunido con Jazmín Etéreo, que, a pesar del extremo calor, barría el patio desierto del campamento de los niños.

—Querías que habláramos a solas... —susurró Laura.

Las dos mujeres fueron a sentarse a la sombra de un magnolio que, con sus inmaculadas flores abiertas como cálices, expandía un delicioso olor.

—¡Sí! ¡Y te agradezco que hayas venido a pesar del calor! Aquí al menos no habrá oídos indiscretos para escucharnos.

—¿Y qué es eso tan grave que tienes que decirme?

—Corren rumores de que no va a tardar en estallar la tormenta entre el Tianwan y Yan Xiuqing. El Príncipe del Oriente reprocha a Hong que no se muestre bastante severo con el comportamiento moral de su hijo mayor —respondió la antigua contorsionista, cuya cascada de pelo negro se había puesto a peinar la adorable Flor de Sal.

Como en toda organización humana, incluidas las que se hallaban al servicio de una aspiración religiosa, en el movimiento *taiping* se daban también casos de ajustes de cuentas entre sus miembros. Por otra parte, Hong, que dividía para reinar como amo absoluto, había organizado su poder suscitando de forma expresa las rivalidades entre sus coadjutores. No obstante, desde hacía unos meses las cosas comenzaban a degradarse. Lo que al principio no eran más que ataques indirectos y muestras de irritación, se habían transformado en insidiosas tensiones que habían acabado por saltar a la luz. Después de habérselas arreglado para reunir de manera hábil información de aquí y de allá, Jazmín Etéreo había querido compartirla con Laura sin la presencia de Xuanjiao, a causa de sus lazos de parentesco con Hong, pero, sobre todo, porque se había convertido en la amante del Príncipe del Oriente.

—Sin ti, nunca me enteraría de lo que se trama en las altas esferas.

—¡Y eso no es todo! Yang reprocha también a Hong y a su hijo mayor su conducta con las mujeres. ¡Dice que las coleccionan como objetos de decoración!

—Yo creía que en el Celeste Reino la castidad era obligatoria, incluso en el seno de las parejas —señaló Laura consternada.

—¡Pues fíjate que en las altas esferas todos se exoneran de cumplir tal mandato! El Tianwan exige tener en su cama una mujer diferente cada noche. ¡La cosa llega hasta tal punto que el Celeste Harén se ha vuelto demasiado pequeño para albergar a

todas sus amantes!

La joven inglesa no daba crédito a lo que oía. Seguía profesando un inmenso agradecimiento al dirigente *taiping* por haberla sacado de las garras del horrible dueño del fumadero del Pavo Espléndido y aún veía en él al hombre intransigente que quería establecer un orden justo en China. Por ello, las palabras de Jazmín Etéreo le causaron un hondo impacto.

—¡Parece imposible! —replicó.

—Al principio, yo también lo pensaba. ¡No me lo creía! El propio Yang, que critica las costumbres depravadas de su maestro, después de hacerle la corte a Xuanjiao, la ha convertido en su mujer cuando ni siquiera están unidos por el sacramento del matrimonio.

—Ahora entiendo por qué has insistido en que ella no estuviera con nosotras hoy —murmuró consternada la inglesa.

—A ti te protege tu condición de extranjera, pero yo, desde que me nombraron secretaria de la Cancillería de Guerra, mantengo un trato continuo con la jerarquía Celeste. Ayer, sin ir más lejos, el Tianwan me lanzó una mirada frente a la cual me guardé mucho de reaccionar, pero que no me gustó nada.

La tenaza de la angustia, invisible hasta entonces, acababa de imprimir una gélida parálisis a su rostro, tan expresivo normalmente.

Alejando a Flor de Sal, invitó con un gesto a su amiga a acercarse más.

—¡Si no temiera por la vida de mi hija, me iría ahora mismo de Nanquín! —le susurró.

—¿Tan grave es el problema?

—¡Sí! ¡Por desgracia, los imperiales tienen rodeada la ciudad y no perdonan la vida a nadie!

—¿Y qué diría Medida de lo Incomparable el día en que descubriera que te habías marchado?

La contorsionista se limitó a elevar la mirada al cielo. No se sentía con ánimos de exponer a Laura los proyectos que había forjado ya con Medida de lo Incomparable, a quien habían ascendido a coronel del ejército de miserables y pasaba la mayor parte del tiempo combatiendo a los imperiales.

Tras un prolongado silencio, Jazmín Etéreo se aproximó a su amiga para susurrarle algo que parecía un indecible secreto.

—Te juro que hay motivos para preocuparse... Hace tres días asistí a una escena alucinante.

—¡Cuéntamelo, pues!

—Al acabar el Gran Consejo de los Príncipes, Yang entró en trance y se puso a gritar que el Dios Todopoderoso hablaba a través de él..., ¡y después se enzarzó en una diatriba contra el Tianwan!

—Yang suele exhibir sus trances donde hace hablar a Dios. ¡Yo, por mi parte, nunca he creído que fueran auténticos!

—Lo acusaba de maltratar a sus mujeres..., de darles patadas en la barriga cuando podían estar embarazadas, de mandarlas apalear por sus guardias y enviarlas a cavar trincheras y elevar murallas en torno a Nanquín.

—Comprendo el escándalo...

—Para acabar, el Príncipe del Oriente declaró que Dios Todopoderoso ordenaba que la tunda de palos la recibiera Hong en pleno Gran Consejo.

—¿Y cuál fue la reacción del Tianwan?

—Me llevé una enorme sorpresa cuando aceptó la humillación. Pero, en el último momento, Yang retiró la exigencia, después de obtener la promesa de que le devolvería las dos damas que Hong había cogido de su serrallo...

—¡Qué innoble regateo! —exclamó asqueada Laura.

—¡Eso no es todo! ¡Desde que Yang doblegó al Tianwan, está que no se le oye ni nada! Se murmura que está planeando el asesinato del Príncipe del Norte.

—¡No sabía que sus rencillas llegaran a esos extremos! —dijo la inglesa.

Su amiga le abría los ojos. Recluida la mayor parte del tiempo en el interior del campamento de los niños, se consagraba por entero a su labor y apenas se ocupaba de lo que se tramaba en el círculo de allegados del Tianwan.

—¡Tenemos que movernos, Laura! Si nos quedamos aquí, nos exponemos a quedarnos en el barco cuando llegue el naufragio —musitó Jazmín Etéreo con voz ronca.

—Entonces, ¿no crees en la nobleza de la causa que defiende Hong?

—Él sueña con un mundo en el que todos vean satisfechas sus necesidades, pero, mientras tanto, ¡por dondequiera que pasa el ejército de miserables siembra solo muerte y desolación!

—¿No exageras un poco?

—¡Es la pura verdad!

Laura vacilaba, sin llegar a compartir del todo las prevenciones de su amiga. Se aferraba a la imagen de un hombre que, en el momento crucial, le había tendido una mano y la había salvado de un terrible desastre.

—Cuando vea al Príncipe del Oriente —declaró con un último esfuerzo destinado ante todo a tranquilizarse a sí misma—, intentaré hacerlo hablar. Seguro que me abrirá su corazón.

—No te fíes de ese hombre. Tiene una susceptibilidad enfermiza y es pérfido a más no poder. Yo lo he visto decir una cosa y luego afirmar lo contrario a su siguiente interlocutor. Desde que trata de quitarle el puesto al Tianwan, Yang se ha vuelto inaccesible y no recibe a nadie.

—¡Por más orgulloso que sea, tiene motivos de sobra para venir a verme, créeme!

Laura tendió entonces a su amiga uno de los dos ejemplares del *North China Weekly* que el día anterior le había llevado John Bowles, antes de desplazarse a Anhui, donde Hong había desplegado el ejército de miserables un mes atrás. Aquel número del 30 de mayo de 1853 tenía en la portada una gigantesca franja que

anunciaba «un reportaje exclusivo de John Bowles», cuyo título era «¡La inglesa de los *taiping!*». Justo debajo, un grabado la mostraba en compañía del Tianwan. Tal como era de prever, el artículo había causado una gran sensación. ¡Los lectores se habían apasionado más por la historia de Laura Clearstone que por la del Tianwan! Al cabo de tres días, no quedaba ni un solo ejemplar del *Weekly* a la venta, lo que había obligado a efectuar una nueva tirada. Muy ufano por su éxito, el dibujante había explicado a Laura que había comenzado a recibir propuestas de los más importantes periódicos ingleses y americanos para realizar reportajes exclusivos que él había rechazado, no obstante, porque prefería dar prioridad a su propia empresa.

Laura daba ahora de beber a Joe, que acababa de reunirse con ellas después de la siesta. En el plano físico, el mongólico había experimentado un gran cambio. Aquejado de obesidad, se había convertido en un hombre de peso y estatura impresionantes que le conferían un curioso parecido con los vigorosos luchadores mongoles que se enfrentaban en los terrenos de ferias de los grandes burgos agrícolas de Manchuria. En el plano intelectual, en cambio, no había progresado lo más mínimo.

Cuando levantó los ojos, Yang Xiuqing se contoneaba ante ella. Más tieso que un gallo, el Príncipe del Oriente entró rápidamente en materia.

—Mis hombres me han informado de que teníais un valioso ejemplar del periódico inglés donde se habla del Celeste Reino...

—El señor Bowles me entregó ayer un número destinado a vos —respondió, tendiéndole un ejemplar del *Weekly*.

Cuando se topó con el retrato de Laura representado en la portada, en la mirada del orgulloso *taiping* hubo un relumbre de irritación. Luego, se puso a consultar febrilmente el resto del periódico y detuvo la mirada en el grabado del *Hermes* en el momento de atracar, buscando con afán su silueta entre las que Bowles había plasmado en el embarcadero.

—¡Ese periodista había prometido dar noticias de mi persona! —exclamó con despecho.

—El señor Bowles os ha consagrado una parte de su reportaje —le anunció Laura al tiempo que señalaba con el dedo la página dedicada a Yang.

—¿Qué ha escrito de mí?

—El señor Bowles os cita entre los dirigentes del Celeste Reino...

—¿Habla de mis teorías sobre los reglamentos militares^[130]?

No había ni una línea en la que se mencionara aquel opúsculo del que el Príncipe del Oriente llevaba siempre encima un ejemplar, por la simple razón de que él no había pasado de enseñarle la tapa a Bowles.

—Sí, en algún sitio dice que vos sois el Príncipe de la Guerra, el gran estratega de Hong... —respondió con cautela Laura.

Prevenida por las confidencias de Jazmín Etéreo, la joven quería evitar que Yang se dejara llevar por uno de sus terribles ataques de cólera.

—¿Habla de mi posición privilegiada en el seno de la jerarquía de príncipes?

—¡Desde luego!

Al oír aquella respuesta, el hombre sacó pecho para luego ponerse a caminar de un lado a otro, como una fiera enjaulada, con un inquietante brillo en los ojos.

—El Tianwan no merece seguir presidiendo los destinos del Celeste Reino, porque lo está conduciendo al desastre. Solo un hombre de mi temple puede enderezar el timón. ¿Estaríais dispuesta a ayudarme?

Laura titubeó. Cambió una mirada angustiada con Jazmín Etéreo. Su amiga tenía razón. Yang había decidido eliminar al Tianwan.

—Teniendo en cuenta mi modesta posición en la organización del Celeste Reino, me temo mucho que no estoy a la altura de vuestra petición —respondió con la garganta reseca a causa del miedo.

—Vuestro hermano es uno de los íntimos del Tianwan...

—¡Hace más de tres semanas que no ha recurrido a Joe!

—Da igual. ¡No transcurre día sin que Hong hable, como dice él, de su «pequeño profeta»! —aseguró Yang con creciente excitación.

—Puesto que mi hermano no tiene uso de la palabra, no veo qué ayuda podría prestaros —musitó Laura, dispuesta a defender con uñas y dientes la tranquilidad de su hermano.

—Es, precisamente por su perpetua mudez, por lo que Joe me interesa..., y en el más alto grado —replicó con ávido semblante el Príncipe del Oriente.

—¿Adonde queréis ir a parar?

—Yo podría perfectamente cumplir la función del habla de vuestro hermano. Bastaría con que pudiera entrar en trance con él en presencia del Tianwan...

Laura lanzó una mirada de desesperación a Jazmín Etéreo. Por la expresión de esta, interpretó que lo más prudente era no contestar a Yang con una tajante negativa.

—Podríamos volver a hablar del asunto... tal vez en otro momento...

—Volveré al caer la tarde —concluyó con tono perentorio el Príncipe del Oriente, sin dejarla terminar la frase—. Esta noche el Tianwan preside la ceremonia del sábado. ¡Será la ocasión ideal!

Esa misma noche, pese a la inquietud de Laura, que veía cómo se cerraba la trampa, Joe compareció ante el Tianwan en compañía de Yang Xiuqing.

En el camino del Palacio Celeste, frente a la Oficina de Patronímicos, los Han hacían cola ya para poder sellar al día siguiente su certificado de cambio de nombre. Laura, a quien había dejado muy consternada la actitud del Príncipe del Oriente, había experimentado cierto malestar por aquella decisión de Hong que obligaba a todos los habitantes de Nanquín que tenían en el apellido el carácter Wan, o «rey», a cambiarlo añadiendo el elemento correspondiente a «perro». El Tianwan había llegado, además, a prohibir el uso de todas las palabras que entraban en la composición de los nombres y títulos de la Celeste Jerarquía. Sí, posiblemente el Celeste Reino estaba degenerando en una insoportable dictadura...

Su perplejidad fue en aumento cuando entró en la sala del trono, donde la abigarrada multitud de *taiping* ennoblecidos por el jefe supremo del Celeste Reino salmodiaba cánticos mientras aguardaban su llegada. Las mujeres y los hombres estaban separados a ambos lados de un pasillo central. Procuradores, superintendentes y otros máximos cargos militares lucían atavíos que eran una copia exacta de los que los mandarines llevaban cuando les permitían comparecer ante el Hijo del Cielo. Según el grado, de más elevado a inferior, vestían de rojo, de azul, de verde o de negro. Junto al trono vacío de Hong estaba sentado su hijo mayor, el Joven Señor de los Diez Mil Años, una persona famosa por su brutalidad y sus extravagancias. De improviso, Laura oyó un estrépito de címbalos, de petardos y de redobles de tambor. El palanquín de Hong Xiuquan, revestido de satén amarillo, acababa de llegar al patio. Lo llevaban, según dictaba la etiqueta, sesenta y cuatro hombres con el cuello ceñido con un pañuelo amarillo, el color imperial. Lo precedían cuatro banderas, las dos primeras de las cuales lucían un fénix y las otras, un dragón. Únicamente el Príncipe del Oriente había logrado poder disponer de las mismas insignias, aunque con un solo ejemplar, en tanto que los otros príncipes ostentaban solo el dragón y el tigre; los cancilleres, un elefante, y los procuradores, el ciervo. Justo detrás del Tianwan iba un destacamento de soldados del ejército de miserables, identificables por el ribete verde de sus túnicas.

Hong saltó del palanquín con paso ágil. Ataviado con una túnica de ceremonia de seda amarilla en la que había bordadas en rojo inscripciones de loa al hermano menor de Cristo, parecía de humor festivo. En cuanto traspuso el umbral de la sala del trono, los asistentes se levantaron y le dedicaron una ruidosa salva de aplausos. Yang, que también tenía derecho a llevar ropa de color amarillo, lo aguardaba al pie del trono, sujetando el brazo de Joe. Al ver al mongólico, el Tianwan se precipitó hacia él y le acarició con afecto la nuca.

—¡Este muchacho me habló la noche anterior, oh, rey! ¡He creído que era mi deber comunicártelo! —anunció Yang, aplicando su habitual táctica de tomar por sorpresa al adversario.

—¡Joe nunca ha pronunciado ni una palabra delante de mí! —objetó, asombrado, Hong.

—Habló por mi boca... Me dijo que deseaba conversar contigo sobre un asunto muy importante.

—Nos ocuparemos de eso después de la ceremonia del sábado —replicó Hong.

Luego, intentó encaminarse a su trono, pero, haciendo caso omiso de las normas de protocolo, el Príncipe del Oriente lo retuvo por el brazo, cosa que irritó al hijo mayor del Tianwan, que bajó los escalones para tender la mano a su padre. Sin más preámbulos, Yang se postró de rodillas. Cerró los ojos mientras su frente comenzaba a perlarse de sudor, el cuerpo empezó a agitarse y, después, como una serpiente presa en una trampa, a retorcerse en todas direcciones. Al cabo de unos segundos, se estremeció con violencia y, después, se irguió, antes de extender los brazos como si

hubiera vencido a las oscuras fuerzas que lo habían derribado. Todo su cuerpo estaba ahora envarado como un palo. De la comisura de los labios afloraba una espuma blanca. Joe, detrás de quien se había colocado y que utilizaba ahora como una especie de escudo, había puesto los ojos en blanco, aterrorizado. Los presentes, que estaban acostumbrados a los trances del Príncipe del Oriente, retenían el aliento. Desde hacía unos meses, estos se habían multiplicado y cada vez eran más arrebatados. La tensión había alcanzado un nivel máximo cuando comenzó a sonar la voz ronca de Yang, que había cogido los brazos del pobre mongólico y los manipulaba como si fuera una marioneta.

—Dios no está contento con su hijo Hong. El Celeste Reino corre un gravísimo peligro. Si hoy opto por expresarme, cuando de ordinario soy mudo, es para advertir de la gravedad de la crisis a la que nos enfrentamos. El Tianwan no se aplica a sí mismo las reglas que ha dictado para los demás. ¡Todas las noches fornicaba con una mujer distinta y, cuando sus amantes no se someten a sus caprichos, les inflige un duro castigo! El Tianwan debe adoptar otra conducta con las mujeres. El Tianwan debe dejar de exigir, por simple capricho, la ejecución sumaria de tal o tal persona. El Tianwan debe retirarse y hacer penitencia. ¡Debe ceder su poder durante unos meses al Príncipe del Oriente, que se lo restituirá en cuanto Dios se lo solicite!

En la primera fila, la mirada de Wei Changhui, el Príncipe del Septentrión, estaba cargada de odio. Los dos príncipes se habían convertido en enemigos mortales desde que Yang había ordenado apalearlo a su rival porque consideraba que no había dado prueba suficiente de diligencia en la preparación de la campaña militar de Anhui^[131]. Wei era el único de los príncipes que no creía lo más mínimo en la autenticidad de los trances de Yang, ni se mostraba impresionado en lo más mínimo por el *Libro de las declaraciones de la Voluntad Divina enunciadas durante el descenso a la Tierra del Padre Celeste* que este aseguraba haber escrito mientras el propio Dios le dictaba. Laura, por su parte, estaba pálida y descompuesta, abrumada por el terrible retrato de Hong Xiuquan que acababa de trazar el Príncipe del Oriente.

Entonces, Joe, molesto por la brusca gesticulación de Yang, se soltó de golpe, tirándolo al suelo, con lo que este se vio obligado a interrumpir la lúgubre letanía de todos los extravíos del jefe de los *taiping*.

Pese al alarido de miedo exhalado por Laura, aquel repentino movimiento distendió el ambiente. Ante el inusitado espectáculo del Príncipe del Oriente en el suelo, entre las últimas filas del público brotaron algunas risas. Esforzándose por dominar su ira, Yang, que se había astillado una costilla al caer, se disponía a proseguir su prédica cuando el Tianwan se interpuso, riendo.

—¡Si Joe Clearstone hablara por tu boca, Yang Xiuqing, no te habría arrojado al suelo como a un vulgar edredón!

—¡Yo mismo iba presentar la misma objeción! —declaró con acritud el Príncipe del Septentrión, regocijado al ver a su adversario en un aprieto.

Chasqueado, consciente de haber fracasado por completo en su tentativa, Yang no

las tenía todas consigo. Hong aprovechó para hacer subir a Joe al estrado, donde le hizo entrega de un pequeño espejo de bronce y de un peine.

—Los utilizarás para alisarte el cabello cuando te haya crecido —le dijo.

En la sala se habría podido oír el vuelo de una mosca. Aquellas querellas manifiestas entre los dirigentes *taiping* eran sumamente consternadoras para sus fieles, dado que, además de tener derecho de vida o muerte sobre ellos, aquellos personajes también disponían de la prerrogativa de mandarlos al cielo o al infierno. El Tianwan tomó el brazo del hermano de Laura y lo levantó hacia el cielo.

—¡A partir de hoy, serás el Príncipe de la Voz Muda!

Mientras, ante la atónita mirada de su hermana, Hong colocaba su pañuelo de seda amarilla en torno al cuello de Joe, los asistentes se pusieron a aclamar con docilidad al nuevo impetrante, que reía a carcajadas como si hubiera comprendido el sentido de aquel increíble nombramiento.

—¡Honor a Joe Clearstone, el primo menor de Jesucristo! ¡Honrado sea! —entonaban los presentes mientras el mongólico gesticulaba con grandes aspavientos, sin parar de reír.

Laura, que nunca había visto reír a su hermano de aquel modo, oyó con estupefacción cómo canturreaba la melodía de la nana que le cantaba para dormirlo cuando no conseguía conciliar el sueño. De repente, satisfecho con el efecto logrado, Hong elevó los brazos y todos se pusieron de pie inclinando la cabeza. Mientras los cuatro miembros de la corte eclesiástica iban a buscar la Biblia^[132], el Tianwan volvió a tomar la palabra.

—Antes del comienzo del cielo y la tierra, el Gran Hermano Mayor^[133] y yo mismo nacimos de las entrañas de la esposa de Dios, la Madre Celeste. Más tarde, Dios envió a la tierra al Gran Hermano Mayor para redimir los pecados de los hombres y entrar en el vientre de María para poder convertirse en un hombre. Yo bajé del cielo para salvar a Abraham. Fue entonces cuando supe que el Padre me enviaría a la tierra para ser el Señor, a fin de que aprovechara la ocasión oportuna de hacer aparición en la tierra para ser el Señor. Recibí la orden de introducirme en el vientre de una madre para entrar en el mundo. Yo sabía entonces que Yanluo, el demonio serpiente^[134], me importunaría y rogué al Padre que me protegiera a fin de que no me ocurriera ningún mal. Ese monstruo no pudo hacer nada, sin embargo, contra el recién nacido que yo fui, porque ¡yo mismo soy el Sol! El Celeste Reino empezó siendo tan diminuto como un grano de mostaza. Antaño, no buscabais a Dios y ahora lo encontráis. ¡Antaño no osabais pedir a Dios que se ocupara de vosotros y ahora él se digna descender al mundo con el Cristo y con mi persona con el fin de aconsejaros!

—¡Amén! ¡Amén! —murmuraron los asistentes, postrándose ante el Celeste Soberano.

Después, mientras el hijo mayor del Tianwan leía la Biblia con recia voz ante el Príncipe del Oriente derrotado y el Tianwan, alegre y revigorizado, recibía los

homenajes de sus dignatarios, la ceremonia tocó a su fin. Laura, muy incómoda, se fue sin tardanza llevando de la mano a su hermano. En el momento en que su hijo Pablo, que se había quedado en casa, le abría la puerta, oyó el ruido de un caballo al galope. En la esquina del callejón surgió la silueta de un jinete que enseguida llegó hasta su altura, donde se detuvo en seco. Era Yang Xiuqing. En realidad, no le extrañó mucho verlo. Por el semblante airado y descompuesto que había adoptado después de su frustrada maniobra, había deducido que la cosa no iba a acabar allí.

—¡Vuestro hermano me ha traicionado! —bramó mientras bajaba del caballo.

Miraba a Joe con inquina. Bajo el efecto de la rabia, en su cara apergaminada se hacían aún más evidentes las marcas de la viruela.

—Joe no traiciona a nadie. Para traicionar, hay que tener la cabeza en su sitio. ¡Joe es incapaz de pensar por sí mismo!

—¡A causa de él, el Tianwan me ha humillado!

—Joe posee una gran fuerza física que no consigue controlar. Os aseguro que no lo ha hecho expresamente —murmuró la inglesa dispuesta, como siempre, a defender a su hermano.

—¿Cómo lo sabéis si no habla?

—¡Mi hermano no es cómplice del Tianwan!

—¡Debe reparar el inmenso perjuicio que me ha causado! —exclamó con irritación el Príncipe del Oriente.

—¡Teniendo en cuenta el estado de Joe, la depositaria de vuestra exigencia soy yo! —replicó Laura apretando los puños, lista para afrontar todas las iras del mundo cuando atacaban a Joe.

—Si vos lo decís... —susurró Yan Xiuqing con repentina calma.

La respuesta de Laura debía de haberle inspirado alguna idea, porque su rictus se transformó en insinuadora sonrisa.

—Esta noche estáis muy guapa... Ese vestido os sienta bien —añadió, acariciándole el brazo, al tiempo que le dedicaba un guiño.

Retrocedió unos pasos, desfallecida casi. Desde que compartía el destino del Celeste Reino, nunca la había importunado ningún príncipe.

—Perdéis el tiempo —espetó, retándolo con la mirada.

—Laura, siempre os he encontrado muy seductora —declaró sonriente el Príncipe del Oriente, satisfecho con su reacción.

Tras acercarse de nuevo, alargó una mano hacia su pecho. Ella percibía el repugnante olor a tabaco que le impregnaba el aliento.

—¡Os prohíbo que me toquéis! ¡Si persistís, iré a contárselo todo al Tianwan!

—Dios me ha hablado. Él desea que unamos nuestras fuerzas. El Tianwan no se opone nunca al juicio de Dios...

—¡Cuando Dios os habla, solo vos oís lo que dice! —contestó la joven, para darle a entender que no se dejaba engañar.

El Príncipe del Oriente, a cuyos pies caían rendidas todas las hakkas, no estaba

acostumbrado a que le ofrecieran resistencia las mujeres.

—¡Sois una descreída! ¡Blasfemáis! ¡No olvidéis que estáis hablando con el tercer hijo de la Madre que dio a luz al Gran Hermano Mayor y al propio Tianwan! ¡Si Dios habla por mi boca, es porque así lo quiere él! ¡Yo sólo soy su instrumento!

—Yo le debo fidelidad al padre de mi hijo.

—Hace años que lo esperáis y aún no ha regresado.

—¡Estamos casados ante Dios! —musitó Laura con voz ronca.

Acuciada por la desesperación, había recurrido a aquella piadosa mentira para tratar de poner freno a aquel personaje que se erigía en rival de Hong Xiuquan.

—La obstinación no es buena consejera. Y en lo que respecta a Dios, creo hallarme en mejor posición para saber lo que piensa —masculló con enojo el Príncipe del Oriente.

Joe, que hasta entonces había asistido impasible a la escena, creyendo que el Príncipe del Oriente amenazaba a su hermana, se interpuso entre ambos y le propinó un empujón. Yang chocó de espaldas contra el marco de la puerta. Al mismo tiempo, el pequeño Pablo, que no quería quedarse atrás, se abalanzó sobre él para asestarle con su minúsculo pie una patada en la espinilla. El caballo, nervioso, comenzaba a dar coces. Yang, que lo sujetaba por la brida, no tuvo más remedio que montar, vociferando que se vengaría.

Agotada por aquel ajetreado día, Laura se dejó caer en uno de los amplios y pomposos sillones de mandarín con aires de poltrona que llenaban con apreturas el espacio de su salón, y se echó a llorar. ¿Podría resistir mucho tiempo más a los asaltos de Yang Xiuqing, cuyo poder no cesaba de aumentar? ¿Qué capacidad de maniobra tenía ella frente al todopoderoso número dos del Celeste Reino? Anhelante y desengañada, se perdía en un mar de conjeturas, repitiendo las palabras del Evangelio: «Todo reino dividido contra sí mismo perecerá».

Entonces, por primera vez, germinó en ella la idea de que quizá había llegado el momento de huir de Nanquín, tal como le aconsejaba Jazmín Etéreo, su mejor amiga.

Febril, con las manos crispadas en los brazos de aquel remedo de sillón, comenzó a imaginar el desarrollo de la huida, pero pronto la venció el desánimo.

Pablo Destello de Luna era todavía muy pequeño para afrontar el sinfín de obstáculos que sin duda hallaría en su camino. Los imperiales tenían asediada Nanquín. Había que franquear las murallas de la antigua ciudad, cuyas puertas estaban custodiadas día y noche, después atravesar los múltiples dispositivos de defensa que los *taiping* habían instalado en torno a ellas, con sus fosos erizados de bambúes afilados como lanzas donde acababan empalados los soldados imperiales... ¿Tenía derecho a someterlo a tales riesgos cuando en Nanquín tenían de todo y vivían bajo la protección directa del Tianwan?

En lo tocante a su hermano..., la disyuntiva era aún peor, puesto que se hallaba delante de ella, alisando su pañuelo de seda amarilla, con una sonrisa beatífica, como si fuera capaz de leer el pensamiento de su hermana... Entonces, habló por primera

vez desde hacía años.

—No marchar. ¡No marchar, Laura! ¡Yo príncipe! ¡Yo Voz Muda! ¡Quedar! —le decía, expresando su punto de vista con meridiana claridad.

¡El pequeño Príncipe de la Voz Muda no quería renunciar a su puesto al lado del Tianwan!

Estupefacta, Laura observó a Joe, que se miraba en el espejito de bronce.

Ante aquel espectáculo, optó por cerrar los ojos y se puso a rezar con el corazón encogido, encomendándose al Señor.

Solo él era capaz de darle fuerzas para no caer en la desesperación, ya que la vida sin La Piedra de Luna no solo le parecía cada vez más insulsa, sino más peligrosa también.

LVII

Singapur
2 de septiembre de 1853

Nash Stocklett y Antoine Vuibert trabajaban sin tregua desde el amanecer en su despacho. Este se había transformado en un horno que, pese a las vidrieras abiertas, volvía el aire casi irrespirable. Claro está que el ardiente viento llegado del océano que se adentraba por ella hacía más insoportable aún la humedad que se abatía sobre el pequeño archipiélago una vez concluido el invierno.

Desde que sus sospechas se habían convertido en certezas, los dos socios tenían tanta prisa por romper con Jarmil y saldar de una vez por todas las cuentas de V.S.J. & Co que no hacían caso del calor.

—¿A qué hora le has pedido a Keluak que viniera? —preguntó el francés al inglés.

—¡Debe de estar al caer! —respondió este, tras consultar el reloj.

Al principio de cada mes, el propietario malayo de las oficinas de la empresa acudía a visitarlos para cobrar el alquiler.

—¡Cada vez que me topo con él en la escalera, me saluda con tanta reverencia que tengo la impresión de que me va a besar los pies!

—Pues a mí me parece un tanto grotesca su manera de vestirse a la occidental desde que es miembro del Country Club —opinó Nash.

—¡En eso estoy de acuerdo contigo! —abundó Antoine con una carcajada, evocando los amplios trajes de *tweed* de impecable corte supuestamente inglés que no ajustaban por ningún lado el cuerpo de Keluak.

Dada la menuda corpulencia del malayo, aquella ropa que se jactaba de encargarse a medida a un sastre británico de Hong Kong y que, por lo demás, no era nada indicada para el clima de Singapur, le confería un aspecto más próximo al de un payaso que al de un *gentleman*.

—¡No sé qué debe de ocultar detrás de tantas zalemas! —apuntó el francés, que estaba bañado en sudor de la cabeza a los pies.

—¿Es Jarmil el que te ha vuelto tan desconfiado? —replicó, entre bromas y veras, Nash.

Antoine no tuvo tiempo de responder. Su propietario irrumpió, irreconocible, vestido con la larga túnica blanca, que era el atavío tradicional de los musulmanes de Kuala Lumpur.

—¡Buenos días, señor Keluak! ¡Siempre tan puntual! —lo saludó el inglés.

—Deberéis disculparme, pero hace tanto calor que he preferido dejarme la ropa de estar por casa —arguyó el malayo con tono de culpabilidad.

—¡Si os sienta de maravilla! —le aseguró, sin mentir, Stocklett antes de invitarlo a tomar asiento.

Después de colocar la mano entre las piernas con un curioso gesto que le permitió cruzarlas, el propietario se apresuró a alisar el faldón formado por la tela.

—Gracias, señor Stocklett. ¿Y cómo van los negocios de mis honorables inquilinos y amigos? —se interesó con la misma obsequiosa actitud.

—¡Pronto se van a acabar, señor Keluak! —repuso ceñudo Vuibert.

—¿Cómo decís? ¿Que vais a interrumpir vuestro comercio? —inquirió con voz estrangulada Keluak.

—En este preciso momento, la sociedad V.S.J. & Co se encuentra en vías de disolución —se apresuró a precisar el inglés.

—¡Y yo que quería proponeros el alquiler de la casa entera, no llego en el mejor momento! —se lamentó el hombre, con el falso aire pesaroso del traidor de una comedia.

—¿También vos os vais a trasladar a otro lugar, señor Keluak?

—Pues, a decir verdad, la semana pasada compré una casa situada un poco más arriba, en la colina —explicó el malayo sacando pecho—; una vivienda un poco mayor y de más categoría que esta. A diferencia de esta, aquella es de puro estilo Victoriano.

—Y está aún más cerca de la del gobernador —bromeó Nash. Los dos occidentales conocían bien, por haber pasado muchas veces delante de ella, aquella vasta mansión con columnas, perteneciente a un armador holandés cuyos tres barcos habían sido capturados a comienzos de año por los piratas filipinos. El propietario había quebrado y todos sus bienes acababan de ser subastados. El ufano Keluak había sido el que había ganado la puja contra dos chinos y un singapurense de pura cepa.

—Era una oportunidad —comentó feliz de poder demostrar a sus inquilinos que, a pesar de sus orígenes y su color de piel, proseguía con su ascenso social.

El inglés carraspeó antes de cambiar de tema.

—Puesto que las buenas cuentas propician las buenas amistades, señor Keluak, he calculado lo que le debemos. Con el aviso previo de un mes, aplicable al mes de octubre, y teniendo en cuenta que le debemos el mes de agosto, tenemos una deuda de seis libras esterlinas.

Nash fue a abrir la pequeña caja fuerte adosada a la pared donde guardaban el dinero en metálico de la sociedad.

El día anterior había acabado de calcular la liquidación de los activos de la empresa V.S.J. & Co de la que era gerente y había advertido por carta a la cámara de comercio que dicha sociedad interrumpiría sus actividades a finales del mes de septiembre. Mientras tanto, habría que pagar todas las facturas de los proveedores hasta el último céntimo si querían sustraerse a la infamante etiqueta de «quiebra» que impedía ejercer todo tipo de actividad de comercio en todos los territorios situados bajo jurisdicción comercial británica.

—Os vais a marchar, entonces, de Singapur... —tanteó Keluak, como si no hubiera oído bien.

—¡Exacto! Embarcamos rumbo a Shanghái la semana próxima.

—¿Os vais a vivir a China?

—En primer lugar, iremos a pedirle cuentas a nuestro «comprador»... —explicó Vuibert.

—Apuesto a que os debe dinero. ¡Todos los chinos son malos pagadores! ¡Para sacarles el dinero, hay que saltarles directo a la yugular! —aseguró, gesticulando con entusiasmo, el menudo malayo.

Al igual que la mayoría de musulmanes de Malasia, Keluak no sentía gran aprecio por los chinos.

—¡Si es necesario, no dudaremos en apuntarlo con una pistola pegada a la sien! —masculló Antoine, irritado por los aspavientos del propietario.

—¿Y el señor Jarmil se va con vosotros?

—¡Por supuesto que no! —contestó el francés mientras contaba las monedas de plata que acababa de sacar de la caja fuerte, antes de envolverlas en una hoja de papel para formar un paquete que el malayo se apresuró a guardar en el bolsillo.

—Hace quince días que Jarmil debería haber regresado de las Indias. No tenemos ninguna noticia de él. ¡Para seros franco, es el motivo por el que hemos decidido liquidar la empresa antes de lo previsto! ¡Continuar con un socio tan poco de fiar dificulta demasiado las operaciones! —explicó Stocklett.

—Quizá haya temporal en el océano índico. Este año, el monzón ha comenzado muy pronto. ¡Todo el mundo se queja de eso!

—¡Es que no estaba en el barco en el que debería haber venido y que sí llegó aquí en el día y la hora previstas! —zanjó el francés.

—Comprendo, comprendo... —dijo Keluak con su aflautada y empalagosa voz, antes de despedirse de sus inquilinos.

Tras su partida, Stocklett volvió a hundir la mano en la caja fuerte y, después de vaciarla, siguió efectuando cuentas mientras Vuibert se trasladaba al almacén para realizar una última inspección de las existencias. Cuando volvió dos horas más tarde, estaba de un humor más sombrío aún.

—¡Ramos es un ladrón acabado! ¡De las diez cajas que le he mandado abrir al azar, había seis vacías! ¡La única explicación que da es las bandas de atracadores que, según él, asaltan los almacenes! —tronó al tiempo que se dejaba caer en una silla.

—¡Cuyo gran jefe debe de ser Jarmil, con Ramos como ayudante! —agregó Nash—. ¿Y te extraña?

—¡No del todo! —reconoció Antoine.

—Aquí tienes tu parte —le indicó su amigo, señalando un montoncillo de monedas de oro y de plata, como si aquello pudiera servirle de consuelo.

—¿A cuánto asciende?

—Espero que no te lleses una decepción. ¡Hay un total de cincuenta!

—¿Dólares de oro?

—¡Sí! ¡Después de pagar a todos los proveedores, queda el equivalente de ciento cincuenta dólares en oro en la cuenta de V.S.J. & Co!

—¡Pensaba que había por lo menos el doble! —confesó Antoine abatido.

—¡No he contado, evidentemente, las existencias, en vista de que no nos las podemos llevar en los bolsillos! —explicó Stocklett con pesar.

—¡O más bien lo que queda! Ni siquiera vale la pena que lo contabilicemos como pérdidas y beneficios.

Nash, que parecía haber envejecido diez años de repente, se levantó para aproximarse a Antoine.

—¡No sabes cuánto siento haberte embarcado en esta aventura! —murmuró con voz trémula—. No sé qué se me pasó por la cabeza para confiar en ese maldito Jarmil...

El francés se guardó mucho de cargar las tintas contra su socio, al que de todas formas había secundado por voluntad propia en su asociación con el pondicheriano.

—Y dime, Nash —inquirió, cambiando de tema—, ¿cuánto nos debe Dos Veces Más de Suerte?

—En teoría, casi ochenta dólares en oro, es decir, el precio de los dos últimos pedidos que aún no nos ha pagado.

Vuibert efectuó rápidamente el cálculo. Aquello le supondría noventa dólares en total, el equivalente de cinco o seis años de sueldo de un cónsul adjunto. Era una bonita suma que permitía tomarse las cosas con calma y cuanto menos hacer realidad sus deseos de montar un negocio en Shanghái. Antes, empero, había que cobrarla.

—¿Crees que conseguiremos que nos pague?

—¡Dos Veces Más de Suerte siempre ha acabado cumpliendo con sus compromisos! —musitó Stocklett cada vez más decaído.

—¡No pareces muy animado!

—Pienso en todos estos años perdidos... —gimió descompuesto el inglés, que seguía igual de obsesionado que el primer día por la imagen de los hijos de Barbara Clearstone abandonados a su suerte.

—Es hora de cenar y ya hemos terminado las cuentas. ¡Vayamos al Meads a distraernos un poco! —le propuso Antoine.

El restaurante de Meads era el único lugar de la isla donde servían un *roast-beef* a la menta aceptable para un inglés. Como estaba situado al otro extremo de la ciudad, hicieron señas para coger un *pousse-pousse*. Enseguida, con un ruido como de cazuelas derribadas de una estantería, acudieron una decena de carricoches. Los individuos de flaco y musculoso torso que tiraban de ellos estaban dispuestos a llegar a las manos para presentarse los primeros delante del cliente. A fin de evitar una riña, escogieron ellos mismos al feliz elegido, que se puso a trotar al instante, jadeando hasta llegar a la dirección indicada. Debido a las torrenciales lluvias que habían caído sobre la isla durante tres semanas, la lujuriente vegetación de Singapur parecía aún

más densa que de costumbre, reforzada por el reluciente perfil oscuro de los troncos y lianas, erguidos cual metálicas emplomaduras de un gigantesco vitral.

Sin dedicar ni una mirada al esplendor del marco, los dos amigos llegaron un cuarto de hora después al restaurante del señor Meads, un galés de prominente barriga e impresionante bigote que los instaló en una de sus mejores mesas, en la sombra de la terraza.

—¿Qué vamos a hacer con Jarmil? —planteó el francés mientras esperaban la botella de *whisky* de malta que habían pedido.

—Le dejaremos su parte en la caja fuerte con una carta de explicación. ¡La encontrará cuando vuelva! —respondió Nash con semblante impenetrable.

Los interrumpió el *maitre*, un hombrecillo calvo cuyo chaqué, lustrado como el cuero por no haber sido lavado nunca, con sus constelaciones de manchas parecía un auténtico mapa celeste. Como el hombre tenía fama de ser un espía pagado por el gobernador para escuchar las conversaciones de los clientes, los dos comensales pararon en seco de hablar.

—¡Señores, os aconsejo nuestro asado de buey con salsa de menta y *soufflé* de patatas! ¡También tenemos un excelente pago salteado con setas negras! —les recomendó el mapa estelar ambulante.

Ambos optaron por la carne.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó Nash.

—¡Jarmil! ¡La verdad es que nos habremos comportado como es debido hasta el final con ese estafador! Cuando pienso que todavía le reservamos su parte de unas ganancias que él se ha dedicado a sabotear... —se lamentó el francés. Su compañero no efectuó el menor comentario—. ¿No dices nada? ¿Acaso no estás de acuerdo con el punto de vista que acabo de expresar? —inquirió Antoine, sorprendido por su mutismo.

—¿Supongo que aún acaricias el proyecto de montar un negocio en China? —le preguntó su amigo, deseoso de cambiar de tema.

—Más que nunca. Por lo que se rumorea, la concesión francesa de Shanghái está medio vacía. Estoy seguro de que el cónsul francés estará encantado de facilitarnos las cosas si deseamos instalarnos allí. De hecho, si quieres participar ¡será un placer asociarme contigo!

—Para serte franco, no sé si es razonable seguir esperando en China algo que quizá no se produzca nunca —adujo abrumado Stocklett.

—¡No vas a decirme que piensas regresar a Londres! —exclamó Antoine.

Mientras entre ambos se abatía un incómodo silencio, Nash atacó sin convicción su tajada de *roast-beef*. Su vida se le antojaba carente de sentido. De los cinco años que había pasado en Singapur tratando de mantener a flote una empresa al borde de la quiebra, ¿qué le quedaba ahora, aparte del regusto amargo de la decepción? ¡Todo el tiempo que había dedicado a tratar de enderezar la V.S.J. & Co le había impedido consagrarse a su propósito inicial, que era devolver a Londres a los hijos de los

Clearstone! Si eso no era errar el camino, tampoco él había sido jefe de contabilidad de Jardine & Matheson...

—Tampoco voy a quedarme en China hasta el fin de mis días, cuando los años pasan, y más a mi edad, que corren el doble, sobre todo con este clima... —objetó con lúgubre tono.

—¡No digas eso! ¡Conozco a más de uno que querría estar tan en forma como tú, Nash! —bromeó Antoine Vuibert.

Stocklett, más abatido que nunca, observó a su compañero. Al menos este tenía buena cara y, a juzgar por sus proyectos, afrontaba con optimismo el futuro. Era algo, al menos. ¡Solo habría faltado que, por su culpa, su amigo cayera tan bajo como él!

El inglés trató de corresponder a la amplia sonrisa que le había dedicado el francés, pero le faltaron fuerzas. El manto de culpabilidad pesaba, como una cota de malla medieval, sobre sus viejos hombros. Se sentía acabado, extenuado, gastado de manera prematura como un odre expuesto demasiado tiempo al sol y a la intemperie.

—¡No tienes buen aspecto! ¿Qué ocurre? —insistió Antoine, que lo conocía como la palma de su mano—. ¡Me estás ocultando algo, Nash! ¡Dime qué es!

—Nada..., imaginaciones tuyas... —protestó el antiguo contable con un murmullo que guardaba una extraña semejanza con un sollozo, antes de engullir un último bocado de *roast-beef* rehuyendo la mirada de su amigo.

Temía demasiado que este percibiera su turbación, porque por nada del mundo quería confesarle la última felonía en la que había incurrido.

LIII

Anhui

28 de agosto - 2 de septiembre de 1853

—¿Señor Bowles? —llamó Medida de lo Incomparable. Estaba tendido en la paja junto al periodista inglés, que mantenía la mirada fija en el techo de vigas mal ajustadas donde revoloteaban las bandadas de murciélagos.

—¡Sí! —contestó enseguida John—. ¿Qué pasa?

—¿No dormís?

—¡Aún no! Hace tanto calor... y, además, no consigo acostumbrarme a todos esos ruidos...

Se refería a los ronquidos de los soldados que dormían en derredor, a los chasquidos, a los resoplidos, a los carraspeos de las gargantas irritadas por los millares de partículas que se desprendían de la paja de arroz y el forraje secos acumulados en el pajar.

—Yo tampoco, señor Bowles —le confesó el militar.

No era efecto del azar el que el amante de Jazmín Etéreo, promovido al grado de coronel en el ejército de los *taiping*, se encontrara tendido al lado del periodista en aquel pajar junto con una treintena de soldados del ejército de miserables. En realidad cumplía órdenes. El general Lin Fengxian, antiguo jefe de la guardia personal del Tianwan, al que el Príncipe del Oriente había nombrado comandante en jefe de la ofensiva del oeste, le había confiado la misión de servirle de guía al inglés.

Al contrario de lo que había previsto en un principio, la tarea no se presentaba muy cómoda. Ante un enemigo que ansiaba desquitarse de la humillante derrota de Nanquín, las condiciones de la ofensiva de los *taiping* dejaban mucho que desear y el ejército de miserables se hallaba en una situación bastante vulnerable. El general Lin había heredado, de hecho, un regalo envenenado, ya que, pese a contar bajo sus órdenes con unos efectivos de veintiún batallones compuestos de cuatro mil hombres cada uno, el equipo de los soldados se reducía a la más mínima expresión. Desprovisto de caballería y de artillería, sin armas pesadas y medios de transporte ni avituallamiento, aquel dispositivo de combate era inadecuado para la conquista de Anhui, una vasta provincia de terreno accidentado en el que las tropas manchúes disponían de numerosas plazas fuertes situadas en los flancos de las montañas.

Gracias a la intervención personal del Tianwan, que pretendía ganarse a Bowles, el general Lin había dispensado a Medida de lo Incomparable del mando de su regimiento a fin de que se consagrara a acompañar al periodista inglés, al que servía a un tiempo de guía y de guardaespaldas. Lin le había encargado satisfacer todas las demandas del reportero. Los dos habían abandonado Nanquín a caballo, rodeados de

miles de soldados de infantería que llevaban los pies enrollados con tiras de fieltro y cargaban, a modo de armamento, con un viejo sable oxidado colgado de la cintura. Únicamente los oficiales disponían de un arco y un carcaj, que habían conseguido cuando se apoderaron del depósito central de municiones de las tropas imperiales. Pese a esas carencias de material, aquellos famélicos soldados vestidos con harapos igual que mendigos y que habían peleado, en su mayoría, como leones para tomar Nanquín, partían hacia nuevos combates con la moral bien alta.

Después de bordear el Chang Jiang a lo largo de unos cien kilómetros, los dos hombres renunciaron a las monturas para embarcar en unas largas barcazas que habían abandonado los imperiales unas semanas antes, cuando tuvieron que replegarse a toda prisa ante el avance del ejército de miserables. Tirados desde la orilla por una reata de búfalos, cargados hasta el punto de que las cubiertas quedaban casi a ras del agua, las embarcaciones habían remontado el río hasta el pueblo de Zhongyong. Las tropas manchúes habían instalado sus primeras líneas defensivas en aquella aldea situada a dos días de camino de Anqing, la capital de la provincia. Medida de lo Incomparable y John Bowles desembarcaron al anochecer bajo un diluvio de flechas que descargaban los imperiales desde un pequeño fortín construido en medio del cauce. Un capitán, cuyo aliento apestaba a alcohol de arroz pese a que aquella bebida estaba estrictamente prohibida en teoría entre los *taiping*, los condujo al pajar requisado donde, después de una frugal cena, les habían atribuido un minúsculo espacio para dormir.

La punta de la Vara de Jade de Medida de lo Incomparable se hallaba impregnada aún de las inefables atenciones con que Jazmín Etéreo lo había regalado antes de su partida hacia Anhui.

Como tenían por costumbre hacer antes de que se ausentara en el frente, los dos amantes que compartían el Heqi se habían unido con ardor, pues cada uno quería dar al otro la ración de placer de la que se vería privado durante largas semanas, hasta el retorno del guerrero. Al igual que todos los oficiales superiores del ejército de miserables, Medida de lo Incomparable solo tenía derecho a dos semanas de descanso después de tres meses de presencia en el campo de batalla. Notando que si seguía pensando con tanta intensidad en la contorsionista se exponía a tener una eyaculación, se incorporó bruscamente. No le parecía conveniente que un adepto del Heqi disfrutara del placer en solitario con la excusa de no estar cerca de su pareja. Era una cuestión de fidelidad y de honestidad.

—¡Me siento muy perturbado! —declaró el *taiping* con ganas de entregarse a confidencias.

Como le caía simpático el inglés, había decidido jugárselo todo a una carta con él.

—¿Tienes un problema? —le preguntó John, un tanto extrañado por aquella manera tan directa de iniciar un diálogo en un país donde se imponía la práctica del rodeo y la alusión.

—Pienso en mi mujer. La echo mucho de menos.

—¿Estáis casado?

—Aún no. ¡Los oficiales del ejército de miserables solo pueden casarse con la autorización expresa del Tianwan!

—¿Y por qué te iba a impedir el Tianwan casarte con la mujer que amas?

—¡Hong concede con mucha parsimonia las autorizaciones de boda! Hay que rellenar un *dossier* y la pareja debe presentarse ante el Celeste Soberano. A veces, sucede que Dios ordena a este reservarse la mujer para él. ¡En ese caso, ella debe ingresar en el Celeste Harén! ¡No tengo ningunas ganas de que le ocurra semejante desventura a la mujer de mi vida!

—¡Comprendo!

El suboficial encargado de la inspección los mandó callar. Los dos volvieron a acostarse, pero un poco más tarde, cuando Bowles estaba a punto de conciliar el sueño, su vecino lo sacudió ligeramente.

—Señor Bowles, quisiera pedirnos un gran favor...

—¡Si puedo hacer algo por ti, lo haré con gusto! —murmuró este, incorporándose.

—Señor Bowles, antes no he sido bastante preciso con usted —le confesó Medida de lo Incomparable con expresión de angustia.

—¡Adelante, te escucho!

—¿Podrías ayudarnos a mí y a mi mujer a abandonar el Celeste Reino?

John se quedó boquiabierto. Ni por asomo esperaba recibir una petición de esa clase por parte de aquel joven y agradable coronel del ejército de miserables al que apenas conocía.

—¿No sois felices allí? —preguntó.

—El Tianwan ronda cada vez más a mi mujer, que tiene el cuerpo flexible como una liana. Durante años, fue contorsionista en espectáculos de circo. ¡Con sus cualidades físicas excepcionales es una pareja ideal para un hombre! Conociéndolo, estoy seguro de que Hong deseará probarlo por sí mismo. Nada impediría que el Tianwan obrara a su antojo... ¡Y esa joven es lo que yo más aprecio en el mundo, señor Bowles!

—Te agradezco tu sinceridad. De todas formas, no veo cómo podría ayudarte cuando bastaría con que te fueras discretamente de Nanquín con tu mujer —respondió John, perplejo y sin ganas de comprometer las buenas relaciones que mantenía con el Tianwan.

—Ella es reticente a abandonar la capital de los *taiping* sin tener un verdadero lugar de cobijo. Recogió a una niña abandonada a la que teme poner en peligro.

—¿Y cómo podría evitarlo yo?

—No lo entendéis, señor Bowles. En realidad, como he hablado muchas veces con ella de la cuestión, sé que al único sitio adonde mi mujer se iría sin poner reparos es a Inglaterra.

—¡Qué curioso! ¿Y cómo ha oído hablar de Inglaterra tu mujer? —replicó

Bowles, divertido ante la idea de que esa pareja de *taiping* soñara con ir a rehacer su vida a Londres cuando él mismo rechazaba toda perspectiva de regreso al hogar.

—En Nanquín tiene una amiga inglesa.

—¿Laura Clearstone?

—¿La conocéis?

John asintió con la cabeza.

—La manera como Laura le habla de Inglaterra hace soñar tanto a mi mujer que desearía ir allí a toda costa. ¡Según ella, los ingleses viven mejor que los chinos!

—¿Estás dispuesto a irte con ella?

—¡Sin dudarle ni un instante, señor Bowles! Después de haber entregado varios años de vida al Celeste Reino, estoy cansado de combatir en el fango y arriesgar la vida por unos superiores que no tienen ninguna consideración por la infantería. Además, querría fundar una familia y vivir tranquilamente, en paz, a fin de procurar un futuro mejor para mis hijos.

Acostumbrado a la actitud circunspecta que solían mantener los chinos en sus conversaciones con los extranjeros, John observaba atentamente al coronel *taiping*, sorprendido por su espontaneidad.

—Para viajar en barco a Londres se necesita dinero. ¿Lo tienes?

—Precisamente, señor Bowles, había pensado que vos podríais ayudarme a encontrar trabajo en Shanghái.

—Voy a reflexionar sobre todo esto. Tendremos tiempo de sobra para volver a hablar de ello durante los días que vamos a pasar juntos.

Puesto que la búsqueda de la felicidad individual era contraria a los sacrificios y esfuerzos necesarios para las causas colectivas, John se dijo que si los oficiales superiores de Hong Xiuquan habían llegado a ese punto, era probable que las ofensivas del ejército de miserables acabaran perdiendo brío.

—¡Os doy mil veces las gracias por vuestra comprensión! —exclamó Medida de lo Incomparable, apretando con efusión las manos del hombre al que consideraba ya como su salvador.

Justo antes de dormirse, rememorando la última visita que había dedicado a Laura, John concibió ciertas dudas que prefirió despejar de inmediato. Por ello se inclinó para volver a hablar con su vecino.

—En casa de Laura Clearstone conocí a una joven llamada Jazmín Etéreo. ¿No será tu mujer?

—¿Cómo lo habéis adivinado?

—La descripción que has hecho de ella era elocuente... —murmuró pensativo el periodista, omitiendo hacer mención de la oleada de deseo que había sentido solo con verla.

Al día siguiente, tras una noche poblada con los ronquidos y los malos olores de sus compañeros, Bowles encontró a su guía delante del tazón de sopa que servía una cantinera hombruna a los soldados que debían partir a combatir ese mismo día. Fuera,

con un fondo sonoro de explosiones, unas densas humaredas impedían ver más allá de unos metros. John, que padecía asma, se tapó enseguida la boca con un pañuelo. Los soldados se habían colocado ya en filas de cuatro en medio del sofocante calor. Algunos se ajustaban las vendas de paño en las piernas, mientras otros se untaban la cara con una mezcla destinada a ahuyentar los mosquitos que infestaban la región. Todos vestían ropa de civil manchada de sangre, con desgarrones que dejaban al descubierto ora un hombro ora una pantorrilla o bien las rodillas. Conmovero por la cadavérica delgadez de aquellos combatientes, algunos de los cuales no pasaban de los quince años, Bowles estuvo a punto de sacar el bloc de dibujo, pero renunció. Si empezaba a dibujar enseguida a aquella horda, retrasaría su partida hacia el frente, cosa que no quería para nada, debido a la impaciencia con que esperaba encontrarse él mismo en el corazón de la acción.

Hacía semanas que soñaba con plasmar el encarnizado combate cuerpo a cuerpo que libraban los imperiales y los *taiping*, a quienes muchos de sus compatriotas residentes en China acusaban de llegar incluso al extremo de beber la sangre de sus víctimas para conseguir la energía vital necesaria para proseguir la lucha.

Medida de lo Incomparable se acercó y señaló las columnas de humo que ascendían por encima de la polvorienta espesura de cañas.

—¡Los combates son muy violentos, señor Bowles! Hay que tener cuidado con los proyectiles..., ¡sobre todo con las flechas encendidas!

—¡Lo he comprendido perfectamente! —contestó John, impaciente y excitado por el olor de la pólvora—. ¿Cuándo piensas conducirme al frente?

—La situación es muy peligrosa.

—¡He vivido otras parecidas! —advirtió con nerviosismo John.

—¡El general Lin insistió en que debía devolveros sano y salvo a Nanquín, señor Bowles! Lo mejor sería que esperásemos aquí un par de días, el tiempo suficiente para que el enemigo abandone su línea de frente. Está previsto que durante el día lleguen refuerzos que nos permitirán expulsar de aquí a los imperiales.

—¿Cómo voy a poder realizar un reportaje sobre la manera como enfocan la guerra los *taiping* si me limito a dar una vuelta por Zhongyong y a mirar cómo suben al cielo las columnas de humo producidas en las refriegas? ¡Si no queréis acompañarme, iré solo! —afirmó el dibujante.

—Si esa es vuestra decisión, nos pondremos en marcha ahora mismo —aceptó pesaroso el chino, que tenía instrucciones de no negarle nada al periodista.

Comenzaron a andar por un camino por el que iban ya, entonando salmos, unos soldados conducidos por unos suboficiales que empuñaban unos largos látigos destinados a estimular a los rezagados. Al cabo de media hora, cuando sonaban cerca las explosiones, un sargento les mandó adoptar la posición de ataque. Como los *taiping* hacían ir al frente a quienes, a causa de su inexperiencia, iban sin saberlo directos al sacrificio, los más jóvenes habían recibido órdenes de situarse en primera línea. Ellos, por su parte, seguían cantando a voz en cuello, sin sospechar ni

remotamente lo que les esperaba.

El húmedo y cálido aire pronto se impregnó de olor a pólvora a consecuencia del fuego graneado. A varios centenares de metros de los dos hombres se elevaba una densa columna de humo. En las colinas circundantes, la mayoría de techos de paja de arroz de las casas estaban en llamas. De la zona de combate brotaban gritos de miedo y de dolor. De improviso, la hilera de jóvenes soldados comenzó a avanzar de manera intermitente, como si la proximidad de la lucha hubiera liquidado de golpe el entusiasmo de aquellos muchachos que esa mañana cantaban alegremente mientras se ajustaban las vendas en los tobillos.

Bowles, pendiente solo de su curiosidad, se impacientaba.

—¡Hay que avanzar más deprisa!

—Confiad en mí, señor Bowles. Vamos por la buena dirección.

Los interrumpió un teniente que se abalanzaba sobre un pobre muchacho que permanecía agazapado en el fango, sollozando, incapaz de proseguir a causa del miedo.

—¡Es la tercera vez que nos haces esa jugarreta! —vociferó el oficial antes de abatirle a golpe de sable contra su nuca.

Después, el *taiping* recogió la cabeza cercenada del joven ejecutado que acababa de caer al suelo.

—¡Y a los demás, que os sirva de escarmiento! —advirtió a todos.

Pese a las ganas que tenía de captar la escena, de plasmar con un solo trazo el perfecto movimiento de aquella arma en el momento en que había segado el cuello del joven soldado, Bowles desvió maquinalmente la mirada. Poco a poco, bajo un diluvio de proyectiles, la columna volvió a ponerse en marcha hacia una zona donde, a juzgar por el ruido de metal entrechocado, los guturales gritos de los atacantes y los gemidos de los heridos, debían de tener lugar intensos combates cuerpo a cuerpo. Medida de lo Incomparable volvió a la carga, convencido de que el periodista se lo pensaría dos veces antes de dar un paso más.

—¡La línea de frente queda justo detrás! Cuando está tan cerca del tigre, el cazador no va al encuentro del animal. Espera en la maleza a que pase para tenerlo a su alcance.

—¿Cómo queréis que describa a mis lectores los combates del ejército de miserables si no los veo? —repitió exasperado Bowles, como si el olor de la pólvora le diera alas.

Subieron con esfuerzo por un estrecho camino donde había estacionado un destacamento de soldados encabezado por unos chiquillos aún más jóvenes que los de antes. La mayoría lloraban y temblaban como azogados. Entonces, un teniente les cortó con aspereza el paso.

—¡Debes dejarnos pasar! —le ordenó Medida de lo Incomparable.

—Nadie debe subir al frente mientras el capitán Huang no haya elevado la bandera negra —le replicó el oficial al tiempo que señalaba a su superior, que

observaba el campo de batalla apostado en un montículo.

El guía de Bowles le enseñó entonces de cerca la medalla distintiva que llevaba colgada del cuello.

—¿No ves, idiota, que yo soy coronel?

El teniente se apresuró a apartarse después de doblarse en una profunda reverencia.

—¡A vuestras órdenes, mi coronel! ¡Tened la bondad de pasar!

Atravesaron un pequeño puente que franqueaba un arroyo de aguas enrojecidas de sangre, en cuyas orillas se amontonaban los cadáveres en putrefacción. Bowles sacó a toda prisa su bloc, pero no pudo detenerse para efectuar un bosquejo de aquella acumulación de carnes pútridas sobre las que revoloteaban, zumbando, una multitud de moscas azules.

—No os aconsejo que os quedéis mucho tiempo en este puente. ¡Los manchúes apuntan contra todos los que ponen un pie encima! —le susurró el amante de Jazmín Étéreo en el momento en que una lanza encendida se clavaba en el suelo, muy cerca de ellos.

Prosiguieron unos metros, bajo un cielo veteado de relámpagos, abriéndose camino entre unas cañas que cortaban como cuchillos. Un poco más allá, en medio de un arrozal devastado, los jóvenes soldados de pelo largo, tieso a causa del fango, peleaban cuerpo a cuerpo, con el agua más arriba de las rodillas, contra los imperiales. Con sus chaquetas revestidas de escamas articuladas, estos parecían unos grandes insectos devorando a unas endebles presas. Solo tres pequeños *taiping* habían logrado, como por milagro, abatir a un soldado del bando contrario, contra cuyo cráneo se ensañaban descargándole pedradas. Los demás se debatían con el brío de la desesperación ante la mano que se disponía a rebanarles el cuello con un gran machete. Ansioso por captar el desgarrador espectáculo de aquellos chiquillos enviados al matadero que medían, más mal que bien, sus fuerzas contra unos adversarios dos veces más corpulentos que ellos, el periodista formuló una sugerencia a su guía.

—Sería perfecto si pudiera subir al promontorio donde está ese capitán con la bandera. ¡Desde allí debe de haber una vista magnífica de todo el campo de batalla!

—Ese montículo está muy expuesto, señor Bowles. Yo, en vuestro lugar, no iría. Es un blanco perfecto para los imperiales.

—¿Por dónde hay que pasar para no empantanarme en la ciénaga? —replicó John, atento solo a su instinto de periodista afanoso por exponer al mundo entero la terrible suerte de aquellos niños soldados.

—¡Seguidme! —lo invitó, con pena en el alma, el chino.

En cuanto llegó al pie del cerro, el reportero emprendió el ascenso. Arriba se topó de frente con el capitán Huang, un caballero larga de cadavérica delgadez y cara picada de viruelas.

—¿Qué diantre hacéis aquí? —exclamó, estupefacto, el oficial *taiping*, mostrando

una boca desdentada que revelaba su adicción al opio.

—¡Este narigudo es el invitado personal del Tianwan! —gritó, para hacerse oír desde abajo, Medida de lo Incomparable.

—Solo me quedo un momento para hacer un dibujo y luego me voy —prometió John, que, con unos cuantos gestos precisos, había distribuido ya su material por el suelo, en el punto más alto del promontorio.

—Si los cerdos imperiales se dan cuenta de que somos dos, nos van a acribillar a flechazos —refunfuñó el capitán.

Apenas había acabado de hablar cuando una piedra catapultada y una flecha encendida se abatieron a unos centímetros de sus cabezas. Huang corrió a refugiarse detrás de una roca. Sin preocuparse por el peligro, John se puso a dibujar con gran concentración la lucha, procurando no dejarse impresionar por la atrocidad de un combate tan desigual. Los imperiales habían concentrado refuerzos a ambos lados del arrozal. Cada vez que concluía la masacre de una hornada de *taiping*, los mandos manchúes lanzaban nuevos combatientes al encuentro de los niños soldados, contra los cuales se cerraba de modo inexorable una trampa mortal. Los dibujos de John ilustraban con sobrecogedor realismo la violencia de aquellos terribles enfrentamientos cuyo desenlace ya estaba decidido de antemano. Aquello supondría una experiencia edificante para los lectores del *Weekly*. El periodista se veía ya redactando para ellos las leyendas explicativas de aquella carnicería, en las que su mina de plomo hurgaba con la contumacia de una espada en la llaga. Serían sobrias, descriptivas, muy *matter of facts*^[134a]: «Niño soldado decapitado por un soldado del ejército manchú. Ante la escasez de armamento de que dispone el ejército de miserables, los niños deben recurrir a los puños para luchar. Escenas de combates en el arrozal, en medio del barro infestado de serpientes venenosas». En cuanto a la primera página, la destacaría con una franja especial en la que se anunciaría «El extraordinario testimonio de nuestro enviado especial desde el corazón de la guerra civil». Ese número causaría sensación. Ya se imaginaba a sus lectores, arrellanados en sus cómodos sillones, tomando el té en los porches de sus hermosas mansiones de estilo colonial anglo-hindú. No había que fiarse de la apariencia pacífica de aquella gente, porque en el fondo les fascinaba el olor de sangre y de pólvora; se alimentaban con lo escabroso y se deleitaban con la desgracia ajena, cebándose con las descripciones de esa China decadente a la que atiborraban de opio a fin de hacerle olvidar los atroces sufrimientos que se infligía a sí misma. En las fiestas organizadas por los taipan, aquellos ricos comerciantes que estaban en el candelero en Shanghái y en Cantón, aquel número circularía de mano en mano. Leyéndolo, las elegantes damas estarían a punto de desmayarse bajo sus inmensas capelinas mientras que los varones, ceñidos por sus chalecos de seda adornados con las recias cadenas de reloj, se burlarían una vez más del «salvajismo de esos pobres chinos que se matan entre sí en lugar de ayudarse unos a otros».

Sobre la zona se desató una violentísima tormenta que obligó a John a guardar

con precipitación el cuaderno. Cuando levantó la vista, el capitán de la bandera negra había desaparecido. Bajo el cielo de color azabache, el arrozal se había quedado sin combatientes. En medio de las plantas de arroz enrojecidas de sangre se distinguían tan solo varios centenares de cadáveres.

Entonces, posó la mirada sobre el rostro de Medida de lo Incomparable, desencajado por el dolor.

—¿Qué ocurre? —le gritó.

Su guía le mostró la pierna izquierda, atravesada por una flecha.

—Un cerdo imperial me ha disparado con una ballesta... Hay que bajar deprisa... En cuanto pare la lluvia, los manchúes van a atacar otra vez este montículo... —previno con expresión de sufrimiento el chino.

Bowles siguió la indicación con renuencia, como el cazador que se ve obligado a enfundar el arma. Como el suelo estaba muy resbaladizo, propuso a su guía que se apoyara en su hombro.

—¡Y pensar que yo tenía órdenes de protegeros! —se lamentó el herido.

Cuando llegaron al pie del cerro, después de estar a punto de romperse la crisma varias veces entre aquellas rocas mojadas, Medida de lo Incomparable señaló una cabaña en ruinas, casi oculta entre las cañas.

—Vais a dejarme allí y volveréis al campamento base. El camino queda justo unos metros detrás. ¡No tendréis más que correr para encontrar a los nuestros! —explicó entre gemidos el coronel herido.

—¡Pero no voy a abandonarte aquí! —objetó John, percibiendo su martirio.

—Yo no camino lo bastante deprisa y os retrasaría. La zona es demasiado peligrosa... He recibido la orden de hacer que volvierais sano y salvo a Nanquín.

—¡Pues yo no tengo por costumbre abandonar a un herido en el campo de batalla! —protestó Bowles.

—Cuando lleguéis a Zhongyong, no tendréis más que avisar para que vengan a socorrerme... Si todavía les intereso, vendrán a buscarme. Si no,; os suplico que informéis a Jazmín Etéreo de que no volveré a casa —murmuró el chino, cuya herida se había agrandado mientras bajaba el montículo.

La sangre que manaba en abundancia de ella explicaba su extrema palidez. Estaba tan extenuado que, aquejado por una repentina preocupación, Bowles consideró que debía confortarlo.

—Claro que volverás a casa... Estoy seguro... Voy a ayudarte a...

Aún no había concluido la frase cuando lo interrumpieron unos gritos, seguidos de un ruido de pasos, provenientes del cañizar, de donde también surgía un tumulto de roce de tallos, de machetazos y de cascos de caballos.

—¡Esconded en la cabaña! ¡Son los manchúes! ¡Estamos rodeados! —le ordenó Medida de lo Incomparable invadido por el pánico.

John se precipitó sin pensar en la choza de caña, en cuyo interior aterrizó de bruces, en pleno barro. Por primera vez, desde que seguía la ofensiva de los *taiping*,

no las tenía todas consigo. Unos instantes después, jadeante y atenazado por el miedo, pegando la cara contra la delgada pared de cañas, vio a tres jinetes manchúes que caracoleaban con sus monturas en torno al pobre Medida de lo Incomparable, postrado en el suelo.

—¡Ya te tenemos, bribón! —vociferó uno de los imperiales después de bajar del caballo.

—¡Un coronel *taiping*! ¡Una buena pesca! ¡Normalmente, solo nos mandan a los niños!

Mientras uno de los manchúes sostenía las bridas, los otros dos sacaron los machetes para abalanzarse sobre el herido como fieras sobre una presa.

—¡Había un narigudo encima del cerro! ¿Dónde está?

¡Iban a por él!

—El narigudo trabaja para un periódico de Shanghái... No es un soldado. ¡Él no combate! —logró explicar el *taiping*, pese a la sangre perdida.

—¡Queremos interrogar a ese individuo!

—¡A estas alturas, ya debe de haber vuelto a Zhongyong!

Los dos soldados se miraron profiriendo risotadas.

—¡Eres un vil mentiroso! —gritó el primero.

—Os juro que es verdad..., ¡que me corten la cabeza, si no! Yo estoy encargado de velar por él. Solo ha hecho unos cuantos dibujos y después se ha vuelto al campamento.

—¡No me inspira ninguna confianza este coronel! —exclamó el otro imperial al tiempo que descargaba un violento puntapié en la cara de su maltrecho enemigo.

Después, a fin de comprobar si este decía la verdad, le pinchó el torso con la punta de la espada. Tendido con los brazos en cruz sobre el fango, Medida de lo Incomparable se puso a dar alaridos de dolor. Los imperiales se ensañaban con él como los cazadores con el animal que acaban de herir y desean rematar. Bowles, que se hallaba a escasos metros de distancia tan solo, contenía la respiración, paralizado por el horror. ¿Acabaría hablando Medida de lo Incomparable? A juzgar por las grandes manchas oscuras que se habían formado en su pecho y en sus muslos, se estaba quedando sin sangre. Al cabo de unos minutos que se le antojaron un siglo al periodista, el último compañero de Jazmín Etéreo expiró, con la mirada enfocada al cielo, pronunciando el nombre de Dios y el de Cristo.

—¡Está muerto! —murmuró uno de los imperiales, descargando una última patada al cadáver.

—Se mueve aún... —afirmó dubitativo el otro.

—¡Que te digo que no! Hemos acabado con él. ¡Uno menos! —concluyó el esbirro tras hundir, por si acaso, la espada en el cuello del *taiping*.

Bowles, que temía que registraran la cabaña, los vio alejarse con un alivio que no tardó en dejar paso a un agobiante sentimiento de culpabilidad. Estaba a salvo gracias al heroísmo de Medida de lo Incomparable. Pero si este había muerto, la causa estaba

también en su testarudez. Con su empeñamiento en desplazarse a toda costa al campo de batalla, había provocado la muerte de un inocente. Vencido por el cansancio, se tumbó en el suelo y se durmió en el acto. Cuando despertó, acababa de anochecer y una ligera brisa barría las nubes del cielo, donde aparecían claros cada vez mayores, constelados de estrellas. Se asomó afuera con un resto de inquietud. La luna salió entonces y con su azulada aureola iluminó el cuerpo de Medida de lo Incomparable, que yacía degollado en un charco de sangre coagulada. Al borde del mareo, Bowles tuvo que esforzarse para reprimir los sollozos. Después del estruendo de las armas y los alaridos de los heridos, una pesada capa de silencio se había abatido sobre la llanura que horas antes había sido escenario de una abominable masacre de niños soldados. La brisa había cesado y con ello se habían aquietado las cañas, casi siempre sometidas al balanceo del aire. Descompuesto, John avanzó unos metros procurando no hacer ruido y encontró sin percance el camino por el que habían llegado. Entonces, obedeciendo a un impulso maquinal, echó a correr como un loco en dirección a Zhongyong, lastimándose las manos al apartar los arbustos que la tormenta había interpuesto en su paso.

—¡Mi general, loado sea Dios, el periodista está vivo! —exclamó un *taiping* contra el que había chocado en su precipitación el inglés.

—¡Es mejor así! ¡Si le hubiera ocurrido algo, el Tianwan no nos lo habría perdonado! —señaló otro militar, que llevaba la larga melena recogida en un moño a la manera de los oficiales del ejército del primer emperador Qin Shihuangdi.

Mientras se desplomaba en el suelo, John tuvo tiempo de murmurar algo.

—¡Si he salido de esta, ha sido gracias al coronel Medida de lo Incomparable!

—¿Dónde está? —preguntó el oficial del moño cuya estrella bordada en el cuello de la chaqueta indicaba que tenía el rango de general.

—¡Muerto! ¡Los imperiales se han ensañado con él! Unos auténticos salvajes... —susurró el periodista al borde del síncope.

Todavía veía cómo se abatían los golpes sobre el joven coronel *taiping* que soñaba con irse a Inglaterra para sustraerse a un destino que, por desgracia, lo había atrapado.

—Él ha cumplido tan solo con su deber y se ha ganado el billete para el paraíso. Permitidme que me presente, señor Bowles. General de brigada Serenidad Cumplida. ¡Sobre mí recae la triste tarea de dirigir las operaciones en ese maldito sector de Anhui donde nuestras tropas carecen del material necesario! —se lamentó el anticuario de Cantón, a todas luces menos afectado por la muerte de Medida de lo Incomparable que por la flagrante disparidad de medios entre los bandos combatientes.

—¿Por qué están tan poco armados los niños soldados? —inquirió John, que obviamente coincidía en ese aspecto con el punto de vista del general.

—Eso habría que preguntárselo al mando supremo. Es él quien decide los medios de que dispondrán las tropas... ¡Yo, por mi parte, debo actuar con lo que me dan! —

tronó el general.

El primo de Tang se había sumado a las filas de los *taiping* poco después de que este se fuera a Kunming. Más atraído por el nacionalismo de Hong que por las ideas religiosas, había decidido combatir directamente, después de haberse jurado no volver a participar en aquellas actividades clandestinas donde ya se había expuesto a perder el alma revelando secretos de los que no era dueño. Una vez que se halló en Changsha, la capital de Hunan, contra la que el ejército del Celeste Reino dirigía una vasta ofensiva con la que pretendía hacerse con el control de dicha provincia, se había enrolado como soldado raso antes de ascender de categoría con vertiginoso ritmo gracias a su valentía y abnegación. Después de la rendición de Changsha, había combatido en Yangzhou, otra opulenta ciudad de Hunan que había caído como un fruto maduro. A la cabeza de su destacamento, se había apoderado de un convoy de cincuenta juncos cargados de cereales destinados a la corte de Pekín antes de reunirse con el resto de su regimiento, que permanecía estacionado frente al «gran campamento norte del río» desde el que las tropas imperiales se disponían a lanzar su ataque contra Nanquín. En las proximidades de la antigua capital de China, estimulado por su cada vez más acusada afición al arte de la guerra, no había cesado de hostigar a los manchúes, tomando como blanco predilecto sus convoyes de avituallamiento con el objetivo de hacerles pasar hambre. Su empeño había dado resultados. Al cabo de tres meses de intensas tácticas de guerrilla, los imperiales se habían visto obligados a batirse en retirada, abandonando a merced de los *taiping* sus embarcaciones y armas pesadas, lo cual había facilitado la toma de la ciudad. A consecuencia de tan gloriosas gestas, el Príncipe del Oriente Yang Xiuqing había entregado al anticuario las estrellas de general de brigada en presencia del Tianwan.

De haber tenido fuerzas para ello, Bowles no habría dudado un segundo en trazar el bosquejo de la imperiosa silueta de Serenidad Cumplida, cuyo uniforme pulcro y ajustado ofrecía un marcado contraste con los remendados andrajos de sus hombres, que miraban a su superior con temerosa actitud, cual corderos ante el lobo.

—¡Trasládalo adentro! —ordenó.

Antes de que John pudiera efectuar gesto alguno, lo tendieron en una litera y, después, lo transportaron al pajar donde Medida de lo Incomparable le había confesado que deseaba abandonar China para irse a Inglaterra en compañía de Jazmín Etéreo. En memoria del difunto que había sacrificado la vida por él, tenía la obligación de avisarla.

—El hombre al que debo el poder estar ahora aquí amaba sobre todas las cosas a una mujer llamada Jazmín Etéreo. ¡Tengo que ponerme en contacto con ella para anunciarle la terrible noticia! —explicó, mientras el médico que había mandado llamar Serenidad Cumplida comenzaba a examinarlo con detenimiento.

—¿Habéis dicho Jazmín Etéreo? —bramó estupefacto Serenidad Cumplida.

—Ese es el nombre que me dio el joven coronel. Estaba locamente enamorado de Jazmín Etéreo. Me habló de su cuerpo, flexible como una liana. Es contorsionista.

—Conocí a una joven contorsionista que se llamaba así. Tiene que tratarse de la misma persona... ¿Dónde está? —murmuró conmovido el general anticuario.

Sin ningún alarde ya de soberbia, Serenidad Cumplida se acordó de la desesperación que había embargado a Tang cuando Jazmín Etéreo desapareció y se vio invadido de nuevo por los remordimientos.

—El coronel me contó que trabaja en el Ministerio de la Guerra. Os conduciré hasta ella no bien regrese a Nanquín, pasado mañana a lo más tardar. Debo ir a rendir cuentas al Príncipe del Oriente. Jazmín Etéreo es, por lo visto, muy amiga de la joven inglesa a la que acogió el Tianwan.

—La señora Clearstone...

—¿La conocéis?

—¿Quién no ha oído hablar de Laura Clearstone? Su caso suscita apasionadas discusiones entre los altos mandos militares. ¡Algunos critican al Tianwan porque la protege y otros se felicitan, al contrario, de la presencia de una nariguda en el Celeste Reino! —confió Serenidad Cumplida, que no sentía personalmente una excesiva simpatía por los occidentales.

Un soldado se inclinó entonces sobre el hombro del general Serenidad Cumplida, que esbozó una mueca reprobadora.

—El Príncipe del Oriente nos dedica una visita imprevista. No me gustan mucho este tipo de circunstancias —musitó mientras John, agotado por la experiencia vivida, se quedaba por fin adormilado.

Al cabo de media hora, Yang Xiuqing entraba con pompa en el pueblo de Zhongyong seguido de su guardia personal, al son de los címbalos y tambores. Serenidad Cumplida, que admiraba sobremanera al Príncipe del Oriente, se apresuró a acogerlo con honores. El comandante en jefe de la ofensiva de los *taiping* en Anhui tenía un semblante malhumorado.

—¿Cómo va el periodista inglés? El Tianwan se inquieta por su seguridad.

—Ha regresado indemne, príncipe —respondió respetuosamente el antiguo anticuario convertido en general.

El Príncipe del Oriente le lanzó una mirada asesina antes de agitar el aire con gesto amenazador.

—Dicen que criticas en voz bien alta la manera como se ha llevado a cabo la ofensiva en Anhui. Como se entere de eso, el Tianwan se pondrá furioso.

A Serenidad Cumplida se le heló la sangre. Uno de sus hombres debía de haber repetido a Yang lo que le había comentado a Bowles a propósito de lo mal pertrechadas que estaban sus tropas. En el Celeste Reino no se admitía que se criticasen las decisiones de los superiores. No obstante, pese a ser consciente de que con ello empeoraría su caso ante Yang, que ya lo observaba con expresión de crueldad y altanería, el anticuario consideraba injusta la suerte a que estaban abocados aquellos niños y no pensaba arredrarse para defender su causa.

—¡Príncipe, enviamos a combatir a niños y niñas de diez años que no disponían

más que de sus puños para luchar!

—¡La fe en Dios permite mover montañas! —tronó enojado el Príncipe del Oriente, que no soportaba que le llevaran la contraria.

—En el otro bando, los reciben con fusiles y cañones... E incluso he advertido la presencia de catapultas gigantes...

En torno a ellos se había formado un pequeño corro de soldados que miraban con circunspección a su general, conscientes de que no era un combate de grillos lo que iban a presenciar, sino más bien una pelea entre un tigre y un cordero.

—¡Los soldados no deben cuestionar nunca las decisiones de la jerarquía! —vociferó Yang pataleando.

—Ya lo sé, príncipe. De todas maneras, debéis saber que si queréis evitar una lamentable retirada del ejército de miserables, conviene proveerlo de los pertrechos necesarios —respondió Serenidad Cumplida, resuelto a defenderse.

Un escalofrío recorrió a los asistentes, ninguno de los cuales habría osado replicar de ese modo a un príncipe y menos aún a Yang, cuyo furor se evidenciaba ya en su mirada inyectada en sangre. Con un seco gesto, el comandante supremo de la ofensiva en Anhui indicó a su ordenanza que le entregase su cetro *ruyi* de jade blanco.

—¡Inmovilizado por el cuello a este ruin general! —ordenó a sus dos guardaespaldas—. ¡El muy felón se atreve a hacerle frente al Príncipe del Oriente!

Antes de haber reunido la presencia de ánimo para ofrecer resistencia, Serenidad Cumplida se vio reducido como un vulgar malhechor. Los soldados bajaban la cabeza paralizados, sin hacerse ilusiones sobre cuál sería el destino del general a cuyas órdenes se hallaban. Cuando Yang, como si le arrancase el corazón, le agarró los dos botones ornados con un dragón del cuello de la guerrera para luego echarlos al suelo y patearlos, y le espetó que, a partir de ese día, el individuo llamado Serenidad Cumplida quedaba relegado del mando de su brigada y rebajado al grado de capitán, no se oyó ni un murmullo entre los presentes.

—¡Un día, el Tianwan te pedirá cuentas por lo que me haces! —gritó el anticuario al tiempo que agitaba un puño vengador en dirección al Príncipe del Oriente.

—¡En el seno de los ejércitos cuyo mando me ha confiado, soy yo y solo yo el único que decido quién es digno del grado de general! —le contestó Yang, que se reprimía para no hundir la espada en el corazón de aquel insolente.

LIX

Sbantou
25 de enero de 1854

—Peonía, hija querida, ¿quieres venir a saludar al padre Monceau? —llamó Joseph Zhong a su hija, que enseguida acudió a su encuentro.

Peonía Maculada de Rosa se encontró con un hombre bajo y tirando a rechoncho, vestido a la usanza china. Aunque rondaba los treinta años, aparentaba más a causa de una calvicie avanzada que confería un aspecto de angelote a su cara redondeada de tez rosada y ojos redondos como canicas, de un azul intenso, luminiscente casi.

—¡El padre Monceau ha sustituido al padre Lanchon! —le explicó Zhong, visiblemente alborozado por la llegada del sucesor del padre que lo había bautizado.

Cargado de fervor y animado por un intenso deseo de obrar el bien, el padre lazarista Alexandre Monceau había desembarcado hacía apenas un mes en Cantón, recién salido del 95 de la calle de Sévres de París donde tenía su sede dicha congregación religiosa, que había fundado durante el reinado de Luis XIII san Vicente de Paul con el objetivo de socorrer a los pobres.

La vocación de aquel joven sacerdote había nacido a raíz de la lectura de los *Recuerdos de un viaje a Tartaria y el Tíbet*, escritos por su ilustre predecesor Évariste Huc y publicados en París en 1850, por la época en que su autor se hallaba todavía en China. Educado por unos padres muy católicos y movido por su admiración hacia el intrépido misionero que había logrado la hazaña de atravesar de punta a punta la China sin guía alguno, el joven Alexandre había ido a llamar a la puerta de los padres lazaristas, donde lo recibió el superior en persona, el padre Jean-Baptiste Étienne. «El señor Étienne», como lo llamaban los lazaristas, era un hombre austero, empeñado por encima de todo en que su orden religiosa respetara los ideales de pobreza y de humildad de su fundador Vicente de Paul. Puesto que la China era uno de sus principales territorios de misión, el superior había acogido con gusto en su seno a aquel joven todavía rebosante de entusiasmo, al que mandó inscribirse en la Escuela de Lenguas Orientales para que aprendiera el chino y el japonés. Cuando hubo que asignar a un sucesor del padre Lanchon, el padre Étienne había pensado lógicamente en él.

Monceau no había conocido a su predecesor, que había muerto a consecuencia de unas fiebres en Colombo, en su ruta de regreso a la madre patria. Sí había tenido, en cambio, ocasión de cruzarse con el padre Huc a su regreso de China, y el contacto con aquel personaje a quien agradaba recibir el apelativo de «Lama de Jehová», cuya salud se había degradado bastante, por desgracia, había servido para reafirmar su vocación de misionero en el Imperio del Medio.

—¡Debéis fundiros en la China igual que un terrón de azúcar en una taza de té!
¡Ya veréis como no quedáis decepcionado y los chinos os lo devolverán con creces!
—le había aconsejado el padre Huc unos días antes de que el joven embarcara a bordo de un navío que iba de Marsella a Alejandría.

Aquel sacerdote ingenuo y deseoso de hacer el bien, que no sospechaba que llegaría a superar de largo a su antecesor, había decidido iniciar la gira para conocer a sus fieles con una visita a la familia Zhong, a quien todo el mundo citaba en el seno de la pequeña comunidad católica de Shantou como el ejemplo más destacado de la eficacia del trabajo apostólico llevado a cabo por el padre Lanchon.

Tenía, asimismo, una petición muy concreta que presentar a Joseph Zhong.

—Sed bienvenido, padre Monceau —lo saludó Peonía Maculada de Rosa.

El joven lazarista se volvió entonces hacia el padre de la joven.

—¡Joseph Zhong, cuentan que disponéis de un dispensario modélico! —comentó con voz atiplada.

—Sois muy indulgente. En realidad, trabajamos de una manera muy modesta.

—¡Pero muy eficaz!

—¡Me halagáis demasiado!

—¡Oh, no! ¿Sabíais, por cierto, que en Zhangzhou falta un hospital?

—¡Por supuesto!

—La gente acude a morir en la calle, justo delante de la puerta del presbiterio —comentó con una mueca de repugnancia Monceau—. No hay día en que no nos veamos obligados a sortear cadáveres para entrar.

Resultaba imposible de discernir si lo que contrariaba tanto al lazarista eran los muertos en sí o bien el hecho de que su presencia supusiera un estorbo en la entrada de la casa.

—A nuestra casa llegan también muchos mendigos al límite de sus fuerzas, cuando el ataque de la enfermedad puede serles, por desgracia, fatal —trató de explicarle Joseph Zhong.

El sacerdote seguía, no obstante, pendiente tan solo de su razonamiento.

—Por eso se me ha ocurrido la idea de crear un dispensario justo al lado del presbiterio. Hay allí un vasto solar que se prestaría a tal fin. ¿Qué opináis vos, señor Zhong?

—Considero que es una excelente iniciativa. Hay que tener en cuenta que muchos de nuestros pacientes solicitan convertirse al catolicismo...

—He oído decir que los misioneros ingleses nos llevan una gran ventaja en ese sentido, gracias a un tal Morrison^[135].

—En efecto. Su yerno, el reverendo Hobson^[136], realiza una labor digna de elogio. Según cuentan, parece que ha comenzado a administrar un remedio que permite prescindir del opio a los adictos a esa droga..., con lo que se ha atraído las iras de las autoridades inglesas. Las misiones protestantes más eficaces están dirigidas todas por pastores médicos.

—No es de extrañar —confirmó Monceau satisfecho de ver que su interlocutor había comprendido perfectamente adonde quería ir a parar—. Cuando se cuidan los cuerpos, las almas van por fuerza detrás...

—Es una lástima que no haya médicos entre los misioneros católicos.

—¡En eso no coincido con vos! La actividad de un sacerdote, que obra en nombre de Cristo, es de esencia divina. Los protestantes mezclan continuamente lo profano con lo sagrado..., lo limpio con lo inmundo —censuró con ímpetu el francés.

—Deberéis perdonarme pero, como yo mismo me convertí hace tan solo tres años, desconozco todavía algunas sutilezas de la religión de Cristo —adujo Joseph, intimidado por la violencia de la réplica del lazarista.

Se produjo un momento de silencio durante el cual Alexandre tuvo que quitarse del zapato un guijarro que se le había colado. Después, prosiguió la conversación como si nada.

—¡Además, es mucho mejor proponer a los chinos unos cuidados acordes con sus propios métodos en lugar de querer imponerles los principios de la medicina occidental!

—¡Sea como fuere, el padre Lanchon, su predecesor, cuidaba de maravilla las almas! Hablo por experiencia.

—¡Ya sé! ¡Vuestra conversión fue ejemplar en todos los sentidos! —se felicitó el joven sacerdote con repentino buen humor.

Joseph Zhong se encorvó con piadosa actitud y se santiguó.

—El padre Lanchon me abrió los ojos a la realidad del Cristo, el Dios hecho hombre que descendió del cielo para salvarnos —murmuró con emoción.

—¿No encontráis un poco presuntuosa mi pretensión, teniendo en cuenta que no tengo el menor conocimiento de medicina china?

—Si yo puedo ayudaros en lo que sea, no dudéis en pedírmelo.

Alexandre, que acechaba ya el ofrecimiento, tomó la ocasión al vuelo.

—¡Pues si aceptarais desprenderos durante unos meses de uno de vuestros colaboradores, me haríais un grandísimo favor, señor Zhong!

El aludido no se tomó mucho tiempo para reflexionar.

—Tened la amabilidad de acompañarme. Es posible que tenga lo que necesitáis —dijo al cabo de unos instantes.

El padre de Peonía Maculada condujo al padre Monceau a uno de los hangares para barcos que estaba acondicionando como hospital donde estaban a punto de concluir las obras. La Piedra de Luna supervisaba a la cuadrilla de albañiles que daban los últimos toques a la fachada del antiguo hangar, en lo alto de la cual habían colgado una inmensa cruz.

Joseph Zhong efectuó las presentaciones.

—En cuestión de unos meses, La Piedra de Luna se ha convertido en mi brazo derecho —concluyó—. Es él quien se ha encargado de dirigir las obras del nuevo dispensario. Gracias a este edificio, podremos duplicar el número de pacientes.

—Buenos días, padre Monceau. He oído hablar mucho del padre Lanchon —dijo educadamente el hijo secreto del emperador de China, antes alejarse hacia un obrero.

—¡Con un muchacho de este temple, su hospital surgiría de la nada en menos de un año! —aseguró Joseph al lazarista.

—¿Posee conocimientos médicos?

—Aprende deprisa y lee a la perfección el chino clásico. Conoce de memoria los libros necesarios para identificar las buenas plantas y las sustancias adecuadas. Sabe tomar perfectamente el pulso a los enfermos y determinar si es flotante, palpitante, débil o abatido a fin de establecer el diagnóstico diferencial...

—¿A qué llamáis el diagnóstico diferencial, Joseph?

—El diagnóstico diferencial se basa en ocho principios^[137]. Permite precisar el estadio de evolución del mal, la dirección de dicha evolución y la manera como afectan los síntomas al paciente. Después de ese diagnóstico, se hace posible dictaminar un tratamiento con conocimiento de causa.

—¿A partir de cuándo podríais prestarme a ese muchacho?

—¡Sería cuestión de meses! En cuanto terminen las obras de este hospital, La Piedra de Luna podrá venir a ayudaros, a condición, claro está, de que él esté de acuerdo.

—¿Aceptará venir a trabajar conmigo si no me conoce?

—Yo lo animaré a aceptar. Me extrañaría que se negara a haceros ese favor, sobre todo si le explicáis la situación sanitaria que padecen en Zhangzhou. Es una persona de gran generosidad, muy entregada a los otros... ¡Como numerosos budistas!

Con un instantáneo brillo de inquietud en la mirada, el joven lazarista fue a subirse al andamio desde donde se percibía la silueta de La Piedra de Luna.

—¿Entonces, no es católico?

—¡No, que yo sepa! Fue monje budista en Cantón. ¿Sabéis?, de igual manera que nadie me obligó a mí, yo nunca he forzado a nadie a convertirse.

Monceau esbozó una mueca de contrariedad. Con aquellas palabras, su interlocutor acababa de descender algunos peldaños en su estima. En París, los padres de la comunidad lazarista le habían inculcado con insistencia que no había que confundir compasión budista y caridad cristiana. Seguros de la infalibilidad de su derecho canónico y al igual que otras congregaciones religiosas, los lazaristas ponían en el mismo saco a los budistas y a los adoradores de los innumerables ídolos que pululaban por el mundo. Lo importante era instar a los hombres a abandonarlos por el único Dios válido, el de los cristianos. La cuestión de la conversión forzada no planteaba, por otro lado, ningún escrúpulo, ya que era la única manera de permitir que unos pobres ateos destinados a las llamas del tormento pudieran entrar en el paraíso.

La Piedra de Luna regresó con la multitud creciente de enfermos mientras el lazarista y su anfitrión proseguían la visita.

Eran muchos los pacientes que acudían desde localidades próximas, y más lejanas

incluso, con el fin de estar allí en cuanto se iniciara la consulta de aquel hombre al que todos llamaban «el buen doctor Joseph». La noticia de que en Shantou se podía recibir tratamiento gratuito se había extendido como un reguero de pólvora, hasta tal punto que en la familia Zhong las actividades humanitarias iban adquiriendo más relevancia que los astilleros. Animado por una fe cada día más vigorosa, Joseph se entregaba más y más a aquella obra que consistía en dispensar cuidados a una población que no tenía acceso a ellos. Cuando, tras su curación, La Piedra de Luna le había anunciado que estaba a su disposición para ayudarlo, sin dudarle un segundo, Joseph le había confiado la supervisión del acondicionamiento de un dispensario digno de ese nombre. El edificio estaba prácticamente terminado. Aparte de dos salas de consulta, constaba de un dormitorio que permitía recibir a una treintena de pacientes, así como de un comedor donde todos podían comer de forma gratuita un cuenco de arroz con verduras.

Ese día, una familia entera aquejada de un terrible eccema hacía cola para obtener la crema a base de menta triturada y aceite de enebro que Joseph Zhong les había recetado. Detrás de ella, dos mujeres de edad imprecisa, con los pies ensangrentados y cubiertos de pus, verdaderos esqueletos doblados, se daban la mano. Viendo la expresión aterrorizada y las gotas de sudor que perlaban la frente de Alexandre ante el espectáculo de aquella pobre gente, afectada por la lepra en ciertos casos o en otros por la viruela o la tuberculosis, se deducía que era un joven inexperto que ignoraba por completo lo que le esperaba cuando hubo decidido seguir los esplendorosos pasos del padre Lanchon.

—¿Todas esas pústulas purulentas no son terriblemente contagiosas? —preguntó con voz de ultratumba cuando hubo terminado la ronda de visitas.

—Cuando se cuida a las personas, no hay que plantearse ese tipo de cosas. ¡Por lo que a mí respecta, mis enfermos no me han transmitido nunca sus enfermedades! Basta con desinfectarse las manos con bayas de magnolia trituradas en un poco de alcohol de arroz.

—Disculpad, ¿podrías decirme dónde está el excusado, por favor? —pidió de repente con un hilo de voz Monceau, apremiado por unas incontenibles ganas de vomitar.

Después de haber devuelto cuanto tenía en el estómago, se reunió con la familia Zhong, que se encontraba ya en la mesa en compañía del joven chino al que tanto había elogiado Joseph.

—¿Podrías bendecir la mesa? —solicitó piadosamente este al francés.

Monceau así lo hizo, con gesto lento y solemne y una actitud próxima a la compunción. Todos los presentes se santiguaron con fervor, salvo La Piedra de Luna, con lo que se granjeó una incisiva mirada del lazarista.

—¿Cuáles son las enfermedades más corrientes entre los chinos, señor Zhong? —inquirió mientras el cocinero depositaba en la mesa una carpa recubierta de salsa agri dulce.

—Cuando no se come lo suficiente, se sufren trastornos del Qi^[138]. La gente que viene en busca de cuidados padece una deficiencia del Qi alimenticio que ocasiona una debilitación del Qi guardián. Como consecuencia de ello, el cuerpo se vuelve vulnerable ante las agresiones exteriores como el frío, el viento, la lluvia o el polen primaveral.

El padre Monceau, para quien la ciencia médica consistía en hallar el remedio adecuado para los microbios y las enfermedades, escuchaba estupefacto las teorías de los hálitos originales que le exponía Joseph Zhong. Las palabras que empleaba eran encantadoras, mágicas casi. De la cualidad de un Qi dependía la de los otros tres humores somáticos: la sangre Xue, la esencia vital Jing y el fluido Jinye. El Jinye se extraía de los alimentos digeridos por los diferentes órganos del cuerpo que, a su vez, lo transformaban en distintos líquidos: el hígado en lágrimas, el bazo en saliva, el corazón en sudor y los riñones en orina.

—¿Qué tipo de plantas, o digamos en general de sustancias, creéis que debería procurarme cuando haya abierto mi dispensario..., el tipo de medicamento que permite tratar a todo enfermo? —preguntó a su anfitrión una vez que hubo acabado de exponer aquellos fundamentos teóricos.

—Si me permitís daros una advertencia, lo más eficaz sería recabar los consejos de un facultativo, porque, si no, os exponéis a veros engañado por charlatanes que os suministrarían heno o malas hierbas.

Un brillo de espanto asomó a la mirada del joven lazarista. La preparación de su dispensario iba a ser mucho menos simple de lo que había previsto.

Cuando acabaron de comer, el padre Alexandre Monceau se precipitó hacia el joven calígrafo y lo llevó aparte.

—¡La Piedra de Luna, debo hablar con vos!

—Os escucho, padre Monceau.

—Veréis, busco a alguien que me ayude a montar un dispensario en Zhangzhou.

—¡Todo esfuerzo destinado a aliviar el sufrimiento del pueblo es digno de encomio!

—La gente muere en la calle como perros... ¡Justo delante de mi puerta! ¡Es un espectáculo lamentable!

—Por desgracia, en todas las ciudades chinas la gente muere en la calle.

—A mí me cuesta mucho ver el sufrimiento de los demás sin poder hacer nada. ¡Lo más trágico es pensar que todos esos miserables fallecen sin haber sido bautizados! ¿No os parece pavoroso? —preguntó el lazarista con ese tono algo afectado que usaba cuando tocaba cuestiones de religión.

—Yo no he recibido el bautismo, padre Monceau.

—Eso me preocupa también, aunque no desespero de convencerlos para que os convirtáis al catolicismo. Deberíais reflexionar... ¡Tomad ejemplo de Joseph Zhong! —lo exhortó el joven lazarista, sin dudar ni por asomo de la razón que lo asistía.

La Piedra de Luna guardó las formas para responder a aquel joven sacerdote cuya

ingenuidad lo tenía un poco confundido.

—¡Me parece que será difícil tomar ejemplo de una persona a quien no le llego ni a la suela del zapato!

—Por hoy no insisto más, pero sabed que volveré a la carga tantas veces como haga falta. Mientras tanto, ¿puedo contar con vos?

—¿Para el dispensario?

—Evidentemente. Cuando le he hablado de mi proyecto al doctor Joseph, él me ha orientado enseguida hacia vos.

—Tengo que hablar con él. En la actualidad trabajo para él. Tengo una deuda contraída. Le debo la vida... Esas son cosas que no se olvidan nunca —musitó el calígrafo, decepcionado por el engreimiento que creía percibir en aquel joven sacerdote.

—¿Habéis comido suficiente? —se interesó el padre de Peonía Maculada de Rosa.

La Piedra de Luna estaba sorprendido por el respeto con que Joseph Zhong trataba a aquel joven sacerdote de bruscos modales de patán.

—Estupendamente. Tengo la panza llena. De hecho, Zhong, le he propuesto a La Piedra de Luna que venga a ayudarme.

—Yo le he contestado que haría lo que vos deseáis —le explicó La Piedra de Luna.

—Las obras de acondicionamiento de nuestro dispensario están casi terminadas. Si el padre Monceau te necesita en Zhangzhou, yo te animo encantado a que vayas a prestarle tu asistencia. Su proyecto merece ver la luz, no solo por la salud de toda esa pobre gente que recibirá por fin algún cuidado, sino también por la gloria de Dios Todopoderoso y misericordioso que proclamará —respondió Joseph con tono convencido.

Monceau, encantado, se volvió de nuevo hacia el calígrafo.

—¿Qué decís, pues? —insistió con jovialidad.

—Una vez hayan concluido las obras principales —intervino el padre de Peonía sin esperar a que el interesado diera la respuesta—, La Piedra de Luna no tendrá más que avisarme para que yo mismo acuda a ayudarlos con la disposición del interior y la compra de los remedios.

—Sois muy amable. Estoy muy contento de oírlo —se apresuró a contestar Alexandre al tiempo que dedicaba a La Piedra de Luna una mirada de supuesta complicidad.

—Ahora, si os parece bien, padre Monceau, podríamos visitar la estancia donde guardo mis simples así como las sustancias medicamentosas —añadió Joseph Zhong, para quien el «préstamo» de La Piedra de Luna al lazarista era algo tan natural que no había sentido la necesidad de hablar de ello con el interesado.

—¡Cómo no! ¡No sabéis las ganas que tengo de ver todo eso! —se regocijó el joven sacerdote.

Joseph lo condujo a la parte posterior del patio del dispensario donde, después de sacar varias llaves del bolsillo, abrió una pesada puerta reforzada con placas de metal. Al instante, de la suave penumbra que reinaba en el almacén surgieron deliciosos efluvios de alcanfor, de geranio y de pimienta mezclados con extraños aromas que Alexandre aspiraba por primera vez. Dentro, las sustancias estaban clasificadas en los estantes según sus virtudes terapéuticas, en tarros de gres o en pequeños cuencos de mimbre provistos de su correspondiente etiqueta.

—Todo está aquí —dijo Joseph.

—¡Es extraordinario! —exclamó Alexandre avanzando a toda marcha entre los anaqueles.

Preso de una ligera inquietud, pasó delante de las sustancias que «liberan hacia el exterior» y aumentan la sudoración, como la rama joven del árbol de la canela, la hoja de la zanahoria silvestre, la de la bardana mayor o bien la del capullo de la magnolia. Luego, todavía receloso, descubrió las sustancias laxantes como el ruibarbo, la sena, el cáñamo, el áloe o la miel de acacia. A continuación, vinieron los remedios que «evacuan el calor», conocidos por sus propiedades refrescantes: el bambú, el loto, la peonía arborescente, la hierba pastel, la verdolaga silvestre, la genciana, el fresno, el pedo de lobo y el cuerno de rinoceronte. Acto seguido, les tocó el turno a los remedios deshidratantes como el hisopo y la corteza de magnolio, así como a los diuréticos, representados por la trufa, el llantén de agua, el maíz, el boniato y la malva crespa.

—Al otro lado, están los remedios que «expulsan la humedad ventosa^[139]» como la genciana, el membrillo y la víbora.

—¿La víbora?

—Se pone a hervir la serpiente después de cortarle la cabeza y se consume en forma de sopa tibia, a ser posible con azúcar...

El joven lazarista torció el gesto, horrorizado solo de pensarlo.

—¡Es muy eficaz!

—No lo dudo...

—Aquí están los remedios que «calientan el medio interior»: el acónito, el jengibre, el hinojo y el clavo..., y allí los que «abren las puertas del espíritu^[140]», el alcanforero, que despide su característico y exquisito olor, o el almizcle de la cabra del Tíbet. En ese armario están encerrados los productos que «calman el espíritu», como el cinabrio, la magnetita, el hueso de fósil, la concha de ostra, el azufaifo, así como el cornezuelo de centeno.

—¿Y esto? —preguntó con voz chillona el lazarista, que acababa de toparse con una copela llena de escorpiones secos.

—El escorpión hay que comerlo entero. Es el mejor remedio contra los dolores de «viento húmedo» provocados por una subida excesiva del Yang proveniente del hígado...

—Entiendo... —dijo anonadado Alexandre, que no comprendía nada de aquellas

explicaciones y comenzaba a preguntarse si el proyecto de convertir al catolicismo a una gente de mentalidad tan alejada de la suya no constituiría una pura y simple utopía.

Mientras su padre se había ausentado para enseñar el almacén de plantas medicinales al sacerdote, Peonía Maculada de Rosa fue a reunirse con la Piedra de Luna en la obra, donde los jornaleros acababan de mampostear los ladrillos de la fachada.

Con actitud de misterio, después de haber esquivado una fila de desgraciados que aguardaban su turno con las piernas cubiertas de llagas abiertas y de úlceras, lo llevó detrás de una palizada donde se colocó pegada a él, agarrándolo bruscamente por los brazos.

—No quiero que te vayas de aquí... —susurró con un estremecimiento.

Debía de haber escuchado a retazos la conversación que había mantenido con el lazarista.

—En cuanto hayamos levantado las paredes del dispensario de ese sacerdote, volveré... ¡Lo juro!

—¡La culpa es de mi padre! —gimió la joven.

—¿Por qué? No debes...

—¿No ves cómo se comporta con ese sacerdote? Se deja mandar y ordenar por él como un niño con su maestro.

—Es respetuoso con él como debió de haberlo sido, supongo, con el padre Lanchon.

—El padre Lanchon era un modelo de tacto y educación. ¡Este no merece el mismo respeto!

—Si me hubiera negado a ir a ayudar a ese sacerdote, tu padre se habría llevado una decepción.

—¿Y yo qué pinto en todo esto? —espetó con ira, esforzándose por reprimir las lágrimas.

Nunca la había visto de ese modo, con los labios hinchados por un reproche contenido y los ojos relucientes a causa de una cólera sorda. ¿Acaso no era aquella la prueba irrefutable de que aquella joven lo amaba?

Estaban tan cerca el uno del otro que notaban su tenue aliento. De manera insensible, acercó los labios a los del calígrafo y posó furtivamente la boca en ellos. El joven sudaba a mares. En cualquier momento podían sorprenderlos.

—Volveré, te lo prometo —murmuró—. No te voy a abandonar.

—Quiero casarme contigo... ¡Estamos hechos el uno para el otro! ¡Todas las noches rezo para que la Providencia nos ayude! —confesó ella con voz ronca.

Shanghái
28 de abril de 1854

En el templo bautista de la iglesia del Séptimo Día de Shanghái, la conferencia de prensa de la London Mission Society estaba a punto de tocar a su fin.

Ante el activismo de las congregaciones católicas, que llevaban una minuciosa contabilidad de sus bautismos y comunicaban de forma periódica las cifras, infladas con exageración, los misioneros de origen anglosajón habían decidido a su vez proclamar la progresión de las conversiones que habían logrado desde su llegada a China a comienzos del año 1843.

Aun cuando aquella «riña de religión» no tuviera mucho que ver con los conflictos entre protestantes y católicos que habían emponzoñado durante siglos el ambiente de los países del norte de Europa, sí era un exponente de la áspera rivalidad reinante en un terreno donde cada cual procuraba tomar la delantera al otro.

«Fulgurante» y «fenomenal»: aquellos fueron los calificativos utilizados por el reverendo Charles MacTaylor, amigo íntimo del pastor Roberts, detalle este que explicaba la presencia, entre la decena de pastores que participaban en el coloquio, del hombre que se instaló primero en China, en 1838, y que para los misioneros protestantes que trabajaban en el Imperio del Medio era todo un pionero.

En la sala de desnudas paredes que, aparte de unas cuantas sillas cojas, contaba por único mobiliario con un gran atril de patas segueteadas, había tan solo tres periodistas. Además de John Bowles, estaban el nuevo corresponsal del *ILN* en China, al que John evitaba de forma sistemática desde su llegada, así como Jules-Adolphe d'Aygués Vives, un apuesto francés de Nimes que hablaba chino a la perfección, enviado especial del *Moniteur universel*^[141] y con el que el periodista estrella del *North China Weekly* mantenía unas relaciones bastante cordiales.

Una vez terminada la charla, John no se extrañó al ver que el pastor Issachar Jacox Roberts venía directo hacia él.

—Buenos días, señor Bowles... ¡Habéis recorrido un largo camino desde el día en que acudisteis a mi casa para avisar a la pobre señora Clearstone del fallecimiento de su marido! —exclamó el americano, aplastándole los cartílagos de la mano con su apretón de gigante.

—Procuro hacer mi trabajo de manera honesta e imparcial... teniendo en cuenta que cuanto más se cree conocer este país, más cosas se le escapan a uno —contestó con una sonrisa el periodista.

—¡Os presento a John Bowles, el famoso autor de los artículos sobre la Corte Celeste de Nanquín! —anunció Roberts a sus colegas.

—¿Y qué pensáis realmente del movimiento *taiping*, estimado Bowles? Me ha parecido percibir, entre líneas, que os inspiraban una cierta ternura... ¿Me equivoco? —preguntó a su vez MacTaylor.

—El jefe supremo de los *taiping* es un poco discípulo mío —declaró con repentina hilaridad Roberts.

—¿Os referís a Hong Xiuquan? —preguntó algo incrédulo el periodista.

—¡El mismo! Llegué incluso a darle algunas clases de catecismo a ese exaltado. Hubo un tiempo en que ese bribón no paraba de darme la lata para que lo bautizara, cosa a la que siempre me negué.

—Conociéndolo, el Tianwan debió de guardaros resentimiento por ello —infirió John.

—Quizá deberíais haber aceptado, en cuyo caso vuestro amigo Hong se habría conformado, en lugar de pasar a sangre y a fuego a este país, con aportar su piedra a la edificación de la Iglesia bautista de Séptimo Día... —planteó medio en broma el reverendo Stevenson, un arrogante pastor proveniente de Atlanta, Georgia.

Stevenson, que había desembarcado en China tres meses antes sin conocer ni una palabra de chino, no había escatimado esfuerzos para aprenderlo y por entonces estaba muy orgulloso de poder demostrar que ya era capaz de intercambiar alguna frase con la gente de la calle.

—Hombre, tampoco podía administrarle el sacramento del bautismo a un individuo que cree que es el hermano menor de Jesús.

—¡Os comprendo muy bien! —apoyó MacTaylor con gesto escandalizado.

—A decir verdad, quiere volver a verme. El mes pasado, sin ir más lejos, me hizo saber que me acogería con gusto en su palacio del Celeste Reino. ¡Seguro que era con la intención de impresionarme! —aventuró Issachar.

—Dicen que su palacio tiene nada menos que mil habitaciones... ¡Al menos así lo afirma el autor de ese estruendoso reportaje del *North China Weekly*, porque en lo que a mí se refiere, considero que es algo rigurosamente imposible! ¡Ni en la Ciudad Púrpura Prohibida hay tantas! —objetó Stevenson volviéndose hacia el aludido.

—Yo no dije que la vivienda actual del Tianwan tuviera mil habitaciones. ¡Me limité a citar lo que contaba al respecto el pueblo llano de Nanquín cuando hablaba de la «mansión de las mil habitaciones» que Hong Xiuquan pretendía mandar construir! —corrigió ofendido el periodista.

—¡En vuestro excelente periódico hay una multitud de detalles increíbles sobre Hong, pero también sobre esa joven de origen inglés, Laura Clearstone, que encontró refugio entre los *taiping* y que, por lo que parece, se encuentra muy bien! —añadió MacTaylor, asestando en la espalda de Bowles una contundente palmada supuestamente amical que lo hizo toser.

Ante la mención de Laura Clearstone, a John lo asaltó de improviso el recuerdo de la última visita que había dedicado a la joven con el fin de informarse del paradero de Jazmín Etéreo, a quien quería anunciar personalmente la heroica muerte de su

compañero. Ignoraba que esa misma noche la contorsionista se encontraba en casa de su amiga, jugando a las damas con Pablo y Flor de Sal en la habitación de al lado. Después de escuchar su conversación, apareció, pálida como el papel, con una terrible angustia en el semblante, mientras su amiga se precipitaba hacia ella para consolarla.

—¡Una inglesa con los *taiping*! ¡Es tan romántico que seguro que no se trata más que de un rumor inventado por el pueblo! —espetó Stevenson con escepticismo, decidido a remachar el clavo.

Roberts asumió la iniciativa de pararle los pies a su impetuoso colega.

—¡Estáis en un error, mi querido Stevenson! Puesto que yo procuré alojamiento a esa joven, a su madre y a su hermano, un joven mongólico mudo como una carpa, cosa que no le impedía hacer mil y una barrabasadas por el barrio, puedo atestiguar que Laura Clearstone existe realmente.

—¡Yo conocí a la señorita Clearstone el año pasado! —prosiguió John, contento de ver que Issachar Roberts lo apoyaba.

—De acuerdo. ¡Pido humildes disculpas! —declaró Stevenson, al que no gustaba nada reconocer sus errores.

—¡Jesús, señor Roberts, qué de gente ha pasado por vuestro presbiterio! —bromeó MacTaylor con intención de distender el ambiente.

—Puesto que mi presbiterio está abierto para todos aquellos que acuden a llamar a la puerta, veo pasar a bastantes personas, en efecto —confirmó hinchando el pecho Issachar antes de añadir—: Veréis, mi querido Stevenson, antes de conocer al señor Bowles, yo tenía, como vos, una opinión un tanto tendenciosa de los periodistas y también pensaba que, para lucirse y satisfacer su dilatado ego, tenían tendencia a bordar tapices imaginarios.

—Como en todo oficio, hay periodistas honrados y otros que lo son menos. En lo que a mí respecta, me limito a describir o dibujar lo que he visto —concluyó sucintamente el reportero del *Weekly*.

—Sois una persona valiente —lo alabó Issachar Jacox, imitando el gesto de quien degüella a alguien—. Incurristeis en grandes riesgos, señor Bowles, yendo hasta el meollo de la organización de poder *taiping*...

—Tampoco es para tanto, señor Roberts. Hong Xiuquan había dado instrucciones para que me trataran bien. Me procuró, incluso, un salvoconducto que debía presentar si surgía el menor problema.

—Sería un día en que ese psicópata estaba de buena luna. Yo lo he visto perder el control de sí en un instante, podéis creerme.

—Ese hombre no es, sin duda, un modelo de equilibrio, pero puedo aseguraros que sabe muy bien adonde va. De no ser así, no habría logrado aunar en torno a sí a un número tan considerable de personas.

—Mis amigos de la San Francisco Mission Society no saben qué pensar de ese movimiento. ¿Debemos combatirlo? ¿Acaso es esa gente, tal como afirma, cristiana

sincera? Me interesa mucho conocer vuestra opinión al respecto, señor Bowles...

—¡Una buena pregunta! —chilló por su parte Stevenson al tiempo que se alisaba el cuello de su chaqueta de *clergyman*.

—A mí me parece que la sinceridad de Hong está a prueba de duda. En su doctrina hay numerosos elementos tomados del protestantismo. Si los *taiping* se hacen con el poder, harán del protestantismo la religión oficial de China. Ese es el motivo por el que los jesuitas se han convertido en enemigos encarnizados del movimiento *taiping* —afirmó John.

—Los papistas se han extendido como la grama por todo el territorio chino, incluidos los pueblos remotos de Sichuan..., ¡que ya es decir! —comentó el reverendo Antony Cárter, un pastor londinense a quien sus superiores habían enviado a Sichuan unos años antes para contrarrestar la influencia de las misiones católicas.

—¡Yo veo la situación igual que nuestro amigo Cárter! ¡Si no media una fuerte reacción por nuestra parte, nos exponemos a que los curas católicos nos ganen la partida! —vociferó MacTaylor.

—¡Abundando en la argumentación del señor Bowles, considero que los *taiping* tienen motivos para preocuparse! ¡Entre los jesuitas y los lazaristas, por no mencionar a los sacerdotes de las Misiones Extranjeras de Francia^[142], el Celeste Reino está cercado de enemigos que desean su pérdida! —añadió con expresión sombría Cárter.

—¿Queréis decir con eso que si los sacerdotes católicos se oponen a los *taiping*, los pastores protestantes deberían apoyarlos? —le preguntó perplejo Roberts.

—Reconoceréis que, de entrada, es ya una buena razón...

—En tal caso, ¿por qué las autoridades inglesas no los apoyan de manera más clara? —planteó Charles a MacTaylor.

El londinense, que ya se había formado una opinión al respecto, respondió *ipso facto*.

—Los *taiping* están en contra del consumo de opio, con lo cual, es mucho más difícil corromper a sus jefes que a los mandarines...

—¿Estáis dando a entender que podría haber, pues, una alianza objetiva entre los manchúes y los británicos en detrimento de la Gran Paz...?

—¡Tenéis unas dotes deductivas extraordinarias, mi querido Issachar! ¡Apuesto a que la corona británica hará cualquier cosa para impedir que la revolución liderada por mi amigo Hong rebase los límites de lo que ellos no dudarán en calificar de «decencia»! —exclamó Antony Cárter, que con su tajante argumentación produjo un ligero malestar entre los pastores presentes.

Un tanto aturrido por lo que acababa oír, ansioso de abandonar el ambiente sobrecitado que reinaba en el templo, Bowles se disponía a despedirse cuando Roberts lo invitó a acercarse con un gesto.

—¡Tenemos que hablar, señor Bowles! —le dijo en voz baja.

—¿En qué puedo servirlos, señor Roberts? —se ofreció John de mala gana.

—Gracias a vos, por fin sé dónde se esconde esa Laura Clearstone... —comenzó

el pastor con tono más bien agrio.

—¿Estabais preocupado por ella?

El pastor americano eludió responder a la pregunta. Todavía tenía atragantada la cuestión de la precipitada partida de Laura y de su hermano.

—Señor Bowles, querría formularos una pregunta muy sencilla: ¿esa persona está en su sano juicio?

—¿Os referís a ella o a su hermano?

—¡A Laura! —exclamó Issachar elevando los ojos al cielo.

—¡Pues a mí me pareció que disfrutaba de perfecta salud, tanto en el plano físico como mental! —replicó Bowles irritado con la insinuación.

Roberts tendió, entonces, a Bowles una bolsita de cuero.

—En ese caso, ¿tendríais la amabilidad de hacerle llegar esto? Esta bolsa pertenecía a la señora Clearstone. Como su hija se despidió, por así decirlo, a la francesa, no se la pude entregar. Su madre la había escondido debajo de unas mantas, en el armario de su habitación. Allí la encontró mi gobernanta.

—Si me lo confiáis es porque consideráis que contiene cosas importantes... —aventuró John.

—En efecto, señor Bowles. ¡De no ser así, no habría insistido para que asistierais personalmente a esta pequeña conferencia de prensa! —contestó con suficiencia el pastor.

—Puesto que dentro de poco debo trasladarme a Nanquín, le haré entrega de este objeto en propia mano, señor Roberts.

—Cuando la veáis, decidle también que solo he deducido los gastos del funeral de su madre de la suma de dinero que había en el interior —añadió el pastor antes de darle la espalda.

Bowles se quedó pasmado, sopesando el saquito que, pese a su reducido tamaño, pesaba bastante. Luego, con gran precaución, consciente de que debía de tratarse de cosas muy íntimas, lo abrió y vertió el contenido en una silla.

En el interior, aparte de veintitrés libras esterlinas de plata, había un sobre con membrete del consulado y un pequeño cuaderno negro.

La carta de Charles Everett Elliott estaba fechada el 17 de junio de 1847; es decir, cuatro días antes de la muerte de Barbara.

Querida mía:

Aquí encontraréis las veinticinco libras que habíamos acordado. Ansío volver a teneros entre mis brazos para pasar otro momento inolvidable... Ojalá que Rosy se vuelva a ir pronto a la caza de antigüedades.

Vuestro seguro servidor,

Charles Everett.

El funeral de Barbara había costado, pues, dos libras al reverendo Roberts.

Faltaba examinar el pequeño cuaderno negro, cerrado con una cinta rosa, impregnado de fragancia de violeta. Era el diario íntimo de Barbara Clearstone, cuyo nombre aparecía grabado en letras doradas entre las líneas entrecruzadas que adornaban la tapa de cuero.

El periodista lo abrió con gesto maquinal en la última página y comenzó a hojearlo hacia atrás, como si hubiera adivinado que lo importante se encontraba al final.

En la fecha del 16 de junio de 1847, cinco días antes de su muerte, la madre de Laura había garabateado algunas frases con una letra tan ilegible que Bowles tuvo que forzar la vista para descifrarla.

Cada vez más rendida y cansada. Sacrificio supremo. Lo he hecho por mis hijos. Así tendrán con qué volver a Londres. ¿Cumpliré su palabra Elliott? ¡Espero que sí!

Entre las dos últimas páginas había un sobre dirigido a Laura. John empezó a leer las primeras líneas de la carta que había en el interior.

Querida hija:

Cuando leas esta carta, yo habré fallecido. Las fuerzas me abandonan muy deprisa. Ruega al Señor por mía fin de que me conceda su perdón por la serie de actos nefastos que he cometido.

Confío en ti para que a Joe no le falte de nada.

En la bolsa encontrarás dinero para pagar los billetes de regreso...

John paró bruscamente de leer, asaltado por los remordimientos.

Por más periodista que fuera, en aquel instante preciso no sentía que tuviera derecho a violar una correspondencia que no estaba destinada a él.

LXI

Nanquín
10 de mayo de 1854

Invadida por una enorme desgana, Jazmín Etéreo fue a sentarse delante del tocador. Su pequeño espejo redondo de bronce le devolvió la imagen de su desesperación enmarcada en unas trenzas esculpidas en ébano. Luego, un incontenible torrente de lágrimas volvió borroso el reflejo. Por primera vez se sentía vencida por el destino, incapaz de hacerle frente. Desde el día en que Bowles había acudido a anunciarle que Medida de lo Incomparable había perecido en combate, la embargaba una tristeza que ni siquiera llegaba a mitigar la alegría de ver crecer a Flor de Sal.

Obedeciendo a un impulso que no habría sabido explicar, se levantó de un brinco y, tras quitarse con precipitación la ropa, fue a plantarse delante del gran espejo de ganchudos pies que permanecía, como una incongruencia, en el otro extremo de la habitación y que el antiguo propietario de la casa, un rico mandarín cuya familia había sido exterminada durante la toma de Nanquín, había comprado a un ebanista portugués emigrado a China para hacer fortuna.

Completamente desnuda, igual que cuando se exhibía delante de los hombres, Jazmín Etéreo se observó largo rato en aquella lisa superficie que rodeaba a Jazmín Etéreo con un aura oscura, misteriosa casi, haciéndola surgir de las profundidades de la penumbra de la habitación. Las dos bellas contorsionistas avanzaron y después retrocedieron a un tiempo, con la mirada fija una en la otra, antes de girar sobre sí, primero deprisa y luego más despacio, escrutando las rotundas y atractivas curvas de su doble. Las manos de ambas se deslizaron por el vientre, para después subir hasta las puntas de los pechos, que se irguieron con solo un roce, y después descendieron lentamente hasta las delicadas hendiduras del Valle de las Rosas. Cerró los ojos, imaginando que a una de las Jazmín Etéreo la acariciaba Tang y a la otra, Medida de lo Incomparable.

Aceptar gustar a los hombres, pero sin nunca ceder a ellos, compartir el placer del Heqi conservando a un tiempo la libertad de actuar y decidir y no contar, por lo tanto, más que con su propia voluntad y con su buena estrella para sustraerse a los yugos de toda especie bajo los cuales se plegaba la mujer china; ese había sido hasta entonces su lema.

¿Había acertado ateniéndose a él con tanta exigencia? Lo cierto era que ahora experimentaba una terrible añoranza por Tang y Medida de lo Incomparable, los dos amantes con los que había alcanzado la comunión con el Heqi.

Se observó un vez más y, luego, desvió la vista para posarla en el espejo, que la

miraba con muda ironía.

Entonces, con un nudo en las entrañas y aquejada de un repentino vértigo, se arrojó encima de la cama y, con el cuerpo sacudido de espasmos, siguió derramando lágrimas, acosada por el recuerdo de aquellas dos personas a las que había amado desde lo más profundo de su ser.

Arrastrada por aquel torrente de desamparo que creaba un extraño desorden en su cabeza, veía tan solo un faro de salvación: ¡Inglaterra!

Era preciso que se fuera allí con Flor de Sal.

Jazmín Etéreo soñaba tanto con aquel país desde que Laura le había hablado de él que, a fuerza de interrogarla una y otra vez sobre él, se había formado una imagen idílica, presidida por Londres, una inmensa ciudad limpia como una moneda nueva, donde los edificios de impoluta blancura bordeaban calles que nunca estaban invadidas por basura ni carroña, donde en los parques resonaban los gritos de júbilo de los niños..., ¡de niños o de niñas, porque en Inglaterra no hacían distinción entre ellos!..., vestidos como príncipes que jugaban al *croquet* o la rayuela vigilados por unas *nannies*^[142a] que los atiborraban de dulces.

Inglaterra era, en resumidas cuentas, un paraíso terrenal donde todo el mundo era rico y vivía bien.

Impelida por el deseo de huir de la funesta realidad que la atenazaba, seguía proyectándose en ese lugar ideal donde estaba convencida de que su hija sería feliz, cuando oyó sonar en la calle la trompa que anunciaba la celebración de la gran misa del sábado al cabo de una hora.

Lo había olvidado por completo. Aunque no era creyente, no podía llegar tarde de ninguna manera. A causa de sus funciones en el Ministerio de la Guerra, Jazmín Etéreo debía asistir ocupando un lugar concreto, en la segunda fila reservada a las mujeres. Si faltaba a aquella obligación, se atraería sin duda complicaciones para sus proyectos de huida.

Por ello, se levantó con la velocidad del rayo para ir a ponerse un vestido de seda escarlata.

Llegó justo a tiempo al oficio y se abrió camino en la gran sala de oraciones donde los presentes aguardaban, rezando de rodillas, la llegada del Tianwan. Una decena de hombres y mujeres, cuyos cuerpos rígidos como tablas sostenían a pulso entre varias personas, habían entrado en trance.

Cuando al son de trompas y címbalos, aureolado por una nube de incienso y ataviado con los atributos imperiales, Hong Xiuquan hizo su aparición llevando de la mano al Príncipe de la Voz Muda, un súbito silencio se abatió entre la multitud. A continuación, el Tianwan inició un interminable sermón sobre las virtudes de Jesús, su Hermano Mayor, así como sobre la fuerza benéfica del Viento Consolador, es decir, el Espíritu Santo.

Después de la invocación de los santos y de la bendición con los que concluía siempre la misa del sábado, el secretario particular del jefe de los *taiping* se acercó a

la contorsionista cuando esta se disponía a marcharse.

—Jazmín Etéreo —le susurró al oído—, el Tianwan desea verte esta noche. ¿Podrías ir al Palacio Celeste?

La contorsionista miró con asombro al hombre, sin comprender a qué venía aquella invitación.

—¿Para qué me quiere?

—Yo no sé nada de nada. ¡Si ha pedido que vayas, es porque debe de tener sus buenos motivos! —respondió con tono burlón el secretario.

Fuera la aguardaba un palanquín que la condujo de inmediato al Palacio del Norte donde esa noche se había instalado el jefe de los *taiping*, que por motivos de seguridad nunca pasaba la noche en el mismo lugar.

No bien llegó, la acompañaron a la habitación del Celeste Soberano, donde entró con renuencia, sospechando lo que la esperaba. En el interior reinaba un curioso desorden de sillas, mesas y utensilios esparcidos por el suelo.

¿Cómo habría podido sospechar Jazmín Etéreo que, hacía unos instantes, al Tianwan le había dado un tremendo ataque de ira al descubrir que su cama estaba vacía, cuando él esperaba que ella se hallara tumbada allí, totalmente desnuda y con el cuerpo untado de ungüentos?

Como una fiera en su guarida, Hong se había repantingado en una inmensa cama que desaparecía bajo diversas capas de edredones de seda y de pieles de marta cibelina provenientes del pillaje del palacio del virrey de Nanquín. Su cara achatada y pálida, en la que relumbraba su mirada de excitación, estaba medio tapada por los largos cabellos oscuros, como un maligno sortilegio en el fondo de una casa encantada. La invitó a acercarse con un gesto al tiempo que se relamía. Molesta ante aquella actitud tan inequívoca del Tianwan, Jazmín Etéreo se quedó paralizada a unos pasos de la puerta, dispuesta, si era necesario, a poner pies en polvorosa.

—¡Desvístete! ¡Te quiero desnuda de pies a cabeza!

La voz del Tianwan había sonado sorda, ligeramente jadeante.

Hizo ademán de retroceder pero, por el rictus del hakka, que se había aproximado de un salto, comprendió que si se negaba a entregársele ponía en juego su vida.

Entonces se fijó un único objetivo: satisfacer lo mejor que pudiera los deseos del Tianwan con el fin de poder separarse lo más rápido posible de él y, después de recoger a Flor de Sal, huir definitivamente de Nanquín.

Recuperando los reflejos de antaño, alejó con un gesto imperativo al dirigente *taiping* hacia la cama y, después de rozarle los labios con el dedo, comenzó a quitarse la ropa con lentitud, contoneándose. Normalmente, cuando realizaba aquel ejercicio, veía cómo se perlaba de sudor la frente y se agrandaban los ojos de los varones ante los cuales se ofrecía como espectáculo.

Hong no fue la excepción.

—¡Así me gusta...! —exclamó enardecido—. ¡Esto empieza bien!

Una vez desnuda, inició su número de contorsionista, presentando la visión de su

cuerpo desde ángulos totalmente insólitos para el Tianwan, que no le quitaba el ojo de encima, exacerbado de deseo.

En la penumbra de la habitación, Hong observaba fascinado las contorsiones de la joven. Esta cogió dos sillas y, después de apoyar un pie en cada una, las distanció lentamente hasta que, abiertas del todo, sus piernas quedaron formando una línea recta en el centro de la cual se desvelaban las adorables orillas de su Valle de las Rosas. Espoleado por el deseo, con los ojos entornados y una sonrisa beatífica, el jefe de los *taiping* tragó saliva antes de ordenarle que acudiera a la cama.

Con el apremio de terminar de una vez, ella subió al lecho.

En cuanto la tuvo a su alcance, se abalanzó sobre ella y la poseyó como un salvaje. Ella lo dejó hacer, convencida de que el Soberano Celeste no llegaba ni a la suela del zapato de Tang ni tampoco de Medida de lo Incomparable. Al cabo de unos instantes, evidenciando una manifiesta falta de pericia en la unión de los hábitos y de dominio de sí, Hong se derramó en su interior de forma brutal y precipitada, exhalando un rugido de tigre.

—¿Qué te parecería la idea de incorporarte al Celeste Harén, Jazmín Etéreo? —le preguntó Hong mientras se ponía una bata de seda negra adornada con aves fénix.

La joven se estremeció. Aquello era lo peor que podía ocurrirle, acabar sus días en aquel lugar cerrado en el que el Tianwan mantenía a sus esclavas sexuales, que pasaban el tiempo disputándose sus favores.

Sobreponiéndose al abatimiento que amenazaba con vencerla, logró responder con voz descompuesta, consciente de que debía seguir fingiendo a cualquier precio.

—Por qué no... ¡El Celeste Soberano deberá aceptar tan solo que su humilde servidora vaya a guardar a su casa las pocas pertenencias que posee!

—¡Tómame el tiempo que quieras, bonita! De ninguna manera quisiera hacerte entrar en el gineceo sin que dispongas de tiempo para arreglar las cosas. Si tienes un marido, yo me ocuparé de él... ¡Si es un simple soldado, pasará a la categoría de teniente y se le triplicará el sueldo!

—¡No tengo a nadie, mi Tianwan!

—¡Estupendo! Mientras tanto, antes de instalarte cerca de mí, deseo que vuelvas mañana por la noche.

—Vuestros deseos son órdenes —repuso humildemente la bella contorsionista, reprimiendo la repulsión que le inspiraba el odioso comportamiento del jefe *taiping*—. ¡Mañana por la noche vendré con vos!

Mientras se vestía, resuelta a poner distancia de por medio en cuanto se zafara de sus garras, vio que se acercaba con un pequeño frasco de perfume en la mano.

—¡Es para ti! El virrey de Nanquín hacía traer de Persia esta mixtura de esencia de rosa y de jazmín.

De mala gana, pero sin más opción, se roció con el, con la sensación de que se cubría de oprobio, mientras él pegaba una última vez los labios contra los suyos.

No bien la hubo depositado en su casa el palanquín, cuando oscurecía ya, se

precipitó hacia la habitación de Flor de Sal, que dormía profundamente, y la despertó. Después de cubrirla con un chal, la tomó en brazos y, lamentando no disponer de tiempo para ir a despedirse de Laura, echó a correr bajo el cielo tachonado de estrellas en dirección a la única puerta de la ciudad que permanecía abierta a esa hora. Cuando llegó, jadeante por el esfuerzo, comprobó que había un pelotón armado controlando el paso de cuantos entraban y salían de Nanquín. Hacía unas semanas que, ante el temor de infiltraciones de espías, los *taiping* habían reforzado todos los puestos de guardia de las puertas de la Celeste Capital.

—No tengas miedo, cariño, todo saldrá bien —susurró a Flor de Sal mientras se acercaban a los guardias.

En cuanto vio a Jazmín Etéreo con la niña de la mano, uno de ellos se adelantó y le acercó la linterna a la cara.

—¡Solo pueden pasar los que disponen de un salvoconducto!

La joven escuchó sin resuello la advertencia. Luego, recordando que llevaba consigo la pequeña placa de bronce numerada que entregaba a sus agentes el Ministerio de la Guerra, la exhibió ante el soldado.

—Soy la asistente del ministro de la Guerra —anunció con aplomo—. Aquí está escrito. ¡Me han enviado en misión especial!

—Espera aquí. ¡Tengo que ir a consultar a mi jefe! —dijo el soldado antes de trasladarse a la garita adosada a la muralla.

Su superior, ante el cual la condujo poco después, era un sargento tan entrado en carnes que ocupaba todo el interior de la casamata, repantingado en un sillón de mimbre que resistía como por milagro la presión de su peso. El gordo, que apestaba a alcohol de arroz, observó a la contorsionista con mirada torva, desde sus ojillos medio hundidos entre los pliegues de grasa de la cara.

—¿Cuál es el objetivo de tu salida?

En vista del peligro que entrañaba la situación, no tenía más remedio que jugarse el todo por el todo. Imperturbable, señaló la pequeña placa de bronce que el oficial sostenía en la mano.

—Ya se lo he dicho al soldado. El Ministerio de la Guerra me envía como agente en misión especial, tal como consta en este documento.

—¡Has caído en mal sitio, porque no sé leer! —exclamó de forma estrepitosa, entre dos tragos de licor, la colosal masa de carne.

—Si no me dejas pasar, podría costarte muy caro. Mi misión no puede tolerar la menor demora.

—¿Y qué papel tiene una niña en tales circunstancias? —inquirió receloso el jefe de los guardias.

—Esta niña me sirve, precisamente, de tapadera. Todos cuantos se crucen en mi camino tendrán la misma reacción. ¡No se imaginarán ni por asomo que me dispongo a actuar a cuenta de la defensa de los intereses supremos del Celeste Reino! —prosiguió con firmeza Jazmín Etéreo.

La sangre fría y la audacia demostrada vencieron las reticencias del obeso oficial, que, con gesto distraído, la invitó a pasar.

Con el corazón acelerado y llena de alborozo por haber superado aquel primer obstáculo, se apresuró a atravesar la alta muralla que rodeaba Nanquín.

Una vez se halló fuera de la ciudad, sufrió una conmoción.

Desde las murallas hasta la llanura donde circulaba, más abajo, el río Azul, se extendía un inmenso campamento de chozas construidas con ramas donde se habían refugiado los miles de familias campesinas expulsadas de sus tierras, a las que los *taiping* no habían integrado aún en el ejército de miserables. Ante el espectáculo de los centenares de fogatas que había encendido aquella pobre gente sintió un escalofrío de espanto. Los que estaban al amparo de las murallas de Nanquín no podían imaginar que toda la miseria del campo circundante se concentraba allí, en una horripilante promiscuidad, cerca de aquellas hogueras en torno a las cuales aún encontraban fuerzas para reír y hacer cabriolas los andrajosos niños.

Aterrorizada por aquellas fantasmagóricas sombras tumbadas en el suelo, Flor de Sal apretaba con fuerza la mano de su madre.

Entre charcos de aguas putrefactas, en medio de la multitud de indigentes, los militares del ejército de miserables patrullaban empuñando un látigo y una lanza en cada mano a fin de disuadir a las familias, a todas luces ilusionadas con el movimiento *taiping*, de abalanzarse contra las murallas de la antigua capital imperial. Los cadáveres de los desdichados que se habían arriesgado a escalar aquellos muros yacían junto a ellos, descoyuntados y medio devorados por los perros vagabundos.

—Mamá, ¿adonde vamos? —gimió la pequeña, mientras avanzaban con dificultades por aquel caos infernal, rodeando las pirámides de llamas y sorteando carroñas.

—No tengas miedo, cariño. Vamos a coger un barco. Mira allá abajo, hay muchos... —respondió su madre adoptiva, señalando el puerto fluvial que se percibía a lo lejos, junto a los reflejos plateados de la luna, en las aguas del Chang Jiang.

Al cabo de una hora de agotadora búsqueda, convencida de que el primer paso de su marcha hacia Londres era el más difícil, Jazmín Etéreo logró encontrar el camino que conducía al puerto. En él se cruzaron con cientos de pobres que lo recorrían en dirección contraria, henchidos de esperanza. Atraídos como un imán por ese Celeste Reino cuyo dirigente proclamaba que todos los ciudadanos eran iguales y gozaban de los mismos derechos, no sospechaban que se verían condenados a esperar durante muchas semanas, casi sin beber ni comer, al pie de las murallas de la antigua capital de China antes de integrar el ejército de miserables donde servirían de carne de cañón.

Se había desatado una tormenta. Desde el río, invisible, llegaba a intervalos regulares un sordo rumor de truenos. De improviso, al doblar un recodo, lo vio bajo la intensa claridad de la luna, en medio de la noche estriada de relámpagos. La proximidad de la rutilante y ancha cinta azulada llenó de euforia a la bella

contorsionista. La tenue brisa que le barría la cara se mezclaba ahora con el soplo de la libertad reconquistada. Tenía un plan bien trazado. Al amanecer embarcaría en la primera barcaza con destino a Shanghái, donde, en cuestión de seis meses, habría logrado ganar el dinero necesario para comprar dos pasajes para Inglaterra. Se exhibiría en los espectáculos tantas veces como fuera necesario a fin de conseguir su propósito.

Una detonación la sacó bruscamente de la dulce ensoñación en la que se había abstraído.

Del terraplén del camino había surgido una alta silueta que se erguía ante ella sin que pudiera ver sus rasgos a causa del contraluz producido por el brillo de la luna en el río. El individuo, que sostenía un fusil con la boca humeante aún, acababa de disparar al aire.

—Buenos días, hermosa joven —la saludó, acercándose con paso decidido.

Hablaba con un fuerte acento gutural que jamás había oído.

—Buenos días, señor —respondió, resuelta a no dejarse importunar ni interrumpir su camino.

Entonces, el hombre le interceptó el paso sin miramientos.

—¿Adonde vas así, siendo noche cerrada... con tu hija? ¡Dos mujeres fuera a esta hora... es bien extraño! ¡Más vale que no te pases de lista!

El individuo, que se comía las palabras hasta tal punto que resultaba difícil de entender, había usado un tono de amenaza.

—¡No tengo ninguna obligación de rendiros cuentas! ¡Voy a donde me place! —replicó tomando en brazos a Flor de Sal, que se había puesto a llorar.

El hombre agarró de la muñeca a Jazmín Etéreo para atraerla hacia él, con lo cual se hizo visible su cara estropeada a resultas de la viruela, con unos ojillos enrojecidos iluminados por un inquietante resplandor. Lo rodeaban cuatro individuos armados con puñales cuyas hojas relucían en la penumbra. ¿Serían *taiping* o bien imperiales o, incluso, salteadores de caminos que actuaban por cuenta propia? No había modo de discernirlo.

—¡Vas a ir a donde yo te diga! —contestó con aspereza el hombre de la cara picada, empujándola delante de él.

Se disponía a responderle con cajas destempladas cuando sintió un pinchazo en la espalda que la impulsó a volverse con presteza. Era la punta del puñal de uno de los esbirros, al que quedaba descartado enfrentarse si no quería que la atravesara con el arma. La condujeron a la carrera hasta un junco que había anclado en el extremo de un muelle desierto. Al llegar al pie de la pasarela, el hombre del fusil le ordenó subir a bordo.

Sujetando con fuerza a Flor de Sal por los hombros, Jazmín Etéreo, que no padecía vértigo, comenzó a caminar con paso firme por las largas planchas que comunicaban el muelle con la barcaza. En la cubierta la esperaba una tripulación compuesta de hombres bajitos de pelo largo, que llevaban recogido con una cinta

negra ceñida a la frente. Todos hablaban una lengua que le era incomprensible. Una vez a bordo, el individuo de la cara picada impartió unas órdenes en su jerga, tras lo cual las condujeron a la bodega. Allí la empujaron hacia el interior de un oscuro cuartucho cuya puerta se cerró al instante con un golpe.

—¿Chinas?

La contorsionista se volvió hacia el lugar de donde provenía la voz y vio a un hombre de avanzada edad cuyo rostro blanco y demacrado, prolongado en una perilla blanca, iluminaba vagamente el estrecho ojo de buey junto al que estaba sentado.

—¡Sí! —musitó Jazmín Etéreo.

El viejo exhaló un prolongado suspiro.

—¡Ya era hora! ¡Por fin voy a poder hablar con alguien!

—¿Podéis decirme quiénes son los hombres que hay a bordo de este junco? —susurró la fugitiva.

—Piratas japoneses. No tienes suerte. Esos hombres son más viles que las bestias salvajes. Recorren los mares, los ríos y los canales en busca de navíos mercantes. Embisten contra ellos y, después de matar a la tripulación, arramblan con toda la carga.

Oyendo aquello, Flor de Sal reprimió un sollozo.

—¿Y cómo se las arreglan para que no los cojan? —preguntó la joven, sabedora de que todos los ríos estaban vigilados por una policía fluvial.

—No tienen más que navegar izando un pabellón manchú y, cuando los someten a un control, sacan de la bodega una parte de mercancía capaz de saciar el apetito de cualquier patrulla.

—¿Sería indiscreción preguntaros qué hacéis vos en este barco?

—En absoluto. Después de haber navegado durante veinte años por el río Azul, capitaneaba un barco que cubría la ruta entre Cantón y Shanghái. Mi principal cliente era la empresa de los narigudos ingleses Jardine & Matheson. Hace tres meses, esos malditos japoneses se apoderaron de mi embarcación, robaron todas las cajas de opio que transportaba y masacraron a hachazos a todos mis hombres. Como habían decidido hacer una incursión hasta Nanquín, esos bandidos me respetaron la vida..., sobre todo porque yo chapurreo un poco de japonés. Les sirvo de piloto en el Chang Jiang, donde la navegación es bastante peligrosa a causa de los bancos de arena.

—¿Sois, entonces, prisionero suyo?

El infatigable anciano mostró a Jazmín Etéreo las recias anillas de hierro que rodeaban sus magullados tobillos.

—Cuando me necesitan, me llevan a cubierta, al lado del timón, y yo indico al piloto por dónde conviene hacer pasar el barco. Mientras les sea útil, me mantendrán con vida. ¡En cuanto lleguen al mar, estoy seguro de que me arrojarán al agua y acabaré siendo pasto de los tiburones!

—¡Pues no parece que os indigne mucho tal perspectiva! —señaló la hermosa china, asombrada por la resignación y la impavidez del viejo capitán.

—¡He aprendido a aceptar lo que me depara el destino! —murmuró este con una sonrisa.

Impelida por el instinto de supervivencia, que le indicaba que debía escapar a toda costa de aquel maléfico junco, la joven fue hasta la puerta y comprobó que estaba herméticamente cerrada.

—¡No vale la pena buscar por ese lado! Esa puerta la cierran con una barra de hierro.

En cuanto al ojo de buey, era demasiado pequeño para poder escabullirse por allí, ni aun con sus dotes acrobáticas.

—Y en vuestra opinión, ¿por qué nos han capturado a mí y a mi hija? —planteó, exasperada de repente.

—Me temo que la respuesta no sea de tu agrado —repuso, tras un momento de silencio, el navegante—. Hace meses que los japoneses buscan una muchacha guapa que ofrecer a Anaxang como contrapartida por la autorización de atracar en Penghu^[143].

—¿Quién es Anaxang?

—El descendiente de Coxinga^[144].

—Tampoco conozco ese nombre.

—Coxinga fue el pirata más famoso del mar de China. Recorría la costa de Shandong hasta Cantón. ¡Desdichados aquellos que encontraba en su camino, porque ninguna embarcación podía resistir a los ataques de sus intrépidos marineros, que eran capaces de subir a bordo de juncos lanzados a toda velocidad con el sable entre los dientes! —evocó el anciano marino con un asomo de lirismo.

Jazmín Etéreo se estremeció, con la mirada perdida en las plateadas aguas del río que percibía, inaccesibles, por la minúscula ventana.

—¡No tengo ningunas ganas de acabar mis días en casa del descendiente de ese individuo!

—En ese caso, tendrás que encontrar la manera de escapar.

—No es el primer apuro en que me veo —dijo con voz ronca, recordando la forma como había logrado huir de las mazmorras de la policía imperial de Cantón con Medida de lo Incomparable.

Tendida a ras de suelo con Flor de Sal ovillada contra su pecho, Jazmín Etéreo no logró pegar ojo. De madrugada, cuando el junco navegaba desde hacía dos horas, arrastrado por la potente corriente del Chang Jiang, notó una fuerte sacudida, tras lo cual el barco se pobló de gritos. Los marineros subieron a toda prisa las escaleras que conducían a la cubierta superior.

—¿Qué ocurre? —preguntó al viejo marino, que se había despertado con tanto estrépito.

—Por lo que oigo, una lorcha portuguesa acaba de abordar el junco...

—¿Y qué vienen a hacer aquí los portugueses?

—Los manchúes fletaron esos barcos para uso de la policía fluvial. Están

intentando inspeccionar el junco... Acaban, incluso, de subir a bordo... Con un poco de suerte, podrías despedirte de esos japoneses...

Se acercó de un brinco a la ventana e intentó como pudo asomar la cabeza. Entre las detonaciones de armas de fuego, los proyectiles en llamas caían al río. A juzgar por el tumulto que sonaba arriba y por el cabeceo que afectaba al junco, el combate entre los imperiales y los piratas era muy encarnizado. Transcurrieron dos horas durante las cuales, superados por el gran número de atacantes, los japoneses iban cediendo terreno. Jazmín Etéreo veía sus cuerpos ensangrentados que caían al agua uno tras otro y oía los alaridos de aquellos que eran arrojados vivos al Chang Jiang.

El ruido y el furor fueron disminuyendo, anunciando el cercano desenlace del combate, hasta que llegó aquel lúgubre silencio seguido de una extraña calma que corroboró su realidad.

De repente, tras un breve lapso de tiempo que se le antojó una eternidad a causa de la impaciencia con que aguardaba a que los fueran a liberar, resonó una terrible explosión y después un terrorífico ruido de cascada entremezclado con una especie de silbidos, mientras que, con un crujido de mal augurio, el suelo de su «camarote» comenzaba a inclinarse poco a poco.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz angustiada a su compañero de infortunio, señalando el charco de negruzca agua que, procedente de la puerta, se iba extendiendo bajo sus pies.

El viejo navegante prefirió responderle con una tranquilizadora sonrisa.

¿Para qué explicarle a aquella hermosa china cuya hija, ajena al drama, dormía en sus brazos el sueño de los justos, que los imperiales acababan de hundir el junco?

Unos instantes después, las aguas del gran río los engulleron para siempre jamás.

LXII

Shanghái
28 de junio de 1854

—¡Qué alegría veros, señores! —exclamó Dos Veces Más de Suerte disimulando apenas la sorpresa.

Venciendo su estupor, efectuó una profunda reverencia en cuanto vio a los dos narigudos occidentales en la puerta de lo que él denominaba pomposamente su «oficina» y que en realidad no era más que un minúsculo cobertizo adosado al almacén donde acumulaba las cajas que desplazaban unos esqueléticos *coolies* negros de mugre.

El «comprador» a través del cual colocaba la mercancía en Shanghái la empresa V.S.J. & Co era un individuo gordo y fornido de etnia del Himalaya de origen mongol, perceptible, aparte de en su corpulencia, en su cara achatada y los ojos tan rasgados que no se llegaba a distinguir su color.

El gigantesco mongol lucía una sonrisa de traidor de opereta.

—¡Creo que ya es hora de que hagamos cuentas! —declaró Antoine Vuibert, dirigiéndose sin cumplidos hacia el baqueteado sillón en el que el «comprador» hacía sentar a sus visitas.

—Aquí, los negocios están cada vez más difíciles... Las grandes empresas inglesas están poniendo los precios por el suelo... —marrulló el mongol, que sabía perfectamente por qué habían ido a verlo.

El francés clavó la mirada en los ojos del vendedor al por mayor que, a fuerza de invisibles, resultaban impenetrables, al tiempo que le tendía una hoja llena de columnas de números.

—Aquí consta lo que nos debes... Regalándote los intereses, suma un total de dos mil trescientas monedas de un *liang* de plata. ¡Tienes quince días para pagar!

—¡Eso es muy poco tiempo! —protestó con una mueca digna de una máscara de ópera el mongol—. ¡Para poderos pagar, tengo que ingresar toda la liquidez que tengo distribuida fuera! Es difícil que los clientes me paguen al contado...

—¡Ese no es nuestro problema! —espetó Stocklett para remachar el clavo.

—En verano, las ventas de opio bajan. En otoño se recuperan siempre —añadió el rufián, dispuesto a todo con tal de ganar tiempo.

—En otoño tendrás que buscarte otro suministrador.

Do Veces Más de Suerte enarcó una ceja a modo de interrogación.

—La empresa V.S.J. & Co ya no existe. La hemos disuelto —explicó el inglés.

—¿Dejáis el comercio del opio? —preguntó con desconfianza el mongol.

—Desde Singapur..., sí —contestó lacónicamente el francés, que, resuelto a

prescindir de los servicios del gordo «comprador», no veía ningún interés en exponerle sus proyectos de instalación en Shanghái.

—¡Espero que haya comprendido cómo nos las gastamos! —comentó después a Nash, cuando ya habían salido de los locales del importador.

—Con esta clase de individuos, uno puede esperar cualquier cosa.

Después de la visita a Dos Veces Más de Suerte, Antoine había previsto ir al consulado de Francia para informarse sobre las posibilidades de radicar su empresa en la concesión francesa. Su palanquín, que contaba, sin embargo, con cuatro portadores, tardó una hora en atravesar la ciudad, donde a esa hora de la mañana reinaba ya un terrible atasco.

Cuando Antoine Vuibert y Nash Stocklett entraron en el vestíbulo del edificio de estilo vagamente neoclásico y pomposo, poco acorde con el aire que le confería el tejado de tejas donde el cónsul había instalado sus oficinas, un hombre muy alto lo recorría sin parar.

En cuanto vio a nuestros dos amigos, les dedicó una amplia sonrisa antes de dirigirles la palabra.

—¡Apuesto a que sois compatriotas!

—Yo sí..., mi amigo, no. ¡Él es inglés! —respondió divertido Antoine.

—Permitidme que me presente, Dominique Rémi, originario de Besançon, relojero y comerciante de vino.

—¿Reparáis relojes?

—Los importo, los vendo, los reparo... Hago un poco de todo. A los chinos les gustan mucho los relojes de pared, ¿sabéis? Tienen una relación con el tiempo muy especial. Para ellos, el tiempo no se agota, sino que da la vuelta, es decir, que regresa. ¡Por otra parte, ellos tenían la rueda mientras que nosotros teníamos el reloj de arena!

—Sí, ya sabía. Mi maestro Stanislas Julien me explicó cómo había logrado el padre Ricci entrar en contacto con el emperador Wanli^[145], ¡que se negaba obstinadamente a recibirlo porque el reloj mecánico que le había regalado se había estropeado!

—Figuraos que aquí existen dos o tres templos donde la gente venera a Matteo Ricci como el dios de los relojeros...

—¿Y cuánto tiempo lleváis aquí en Shanghái, señor Rémi?

—Desembarqué el 15 de marzo de 1848. Desde entonces, me voy desenvolviendo bastante bien. He mandado construir una casa no lejos de aquí... Por ahora, soy el único ocupante de la concesión francesa. ¡Es increíble lo medrosos que pueden ser nuestros compatriotas en comparación con los ingleses!

—¡Gracias por lo que me toca! —exclamó Stocklett con una sonrisa.

—Venimos a ver al cónsul de Francia porque queremos fundar una casa de comercio en los terrenos concedidos a Francia. ¡Esperemos que no estén demasiado infestados por los refugiados que huyen de las zonas de combate donde triunfa la rebelión *taiping*!

—¡Y que todavía quede sitio! —añadió el inglés.

—Aquí tiende más bien a instalarse el hampa de Guangdong o de Fujian, atraída por la proximidad de las casas de juego y los fumaderos. Yo, por la noche, no salgo nunca sin un arma... ¡En cuanto al sitio, lo hay de sobra!

—¡Entonces, hay esperanza! —bromeó el inglés.

—El que se va a llevar una alegría es el señor De Montigny. ¡Cuantos más residentes franceses haya en la concesión, más bajará el índice de delincuencia! ¡Hoy en día es todavía la jungla, pero mañana, gracias a personas como vos, la concesión francesa será tan próspera y ordenada como su vecina inglesa! —aseguró el relojero de Besançon.

Bastaba, en efecto, con cruzar el puente arqueado del canal Yangjinbang para pasar del inculto solar a que se reducía aún la concesión francesa, con sus cabañas de ramas que servían de cobijo a los indigentes, a un mundo perfectamente cuadrículado y organizado en cuyas rectas calles se sucedían los magníficos *hong*^[146] construidos en el estilo anglo-indio por los taipan occidentales que dirigían con mano firme sus casas de comercio. Aquellos poderosos hombres de negocios estaban ya en primera fila en Shanghái y recibían con opulencia a sus invitados en sus vastas mansiones rodeadas de extensos jardines donde las rosas inglesas alternaban con las magnolias y los tulipanes.

—¿Cómo les va en los negocios a nuestros compatriotas, señor Rémi? —inquirió el delfines, interesado en saber qué posibilidades de éxito tendría él mismo.

—Pues, fijaos; por ahora, yo soy el único francés que se dedica al comercio en Shanghái.

—En tal caso, puede que yo sea el segundo...

—Bienvenido al club, ¿señor...?

—¡Vuibert! ¡Disculpadme! ¡Había olvidado presentarme! Antoine Vuibert. Y él es Stocklett, Nash Stocklett.

La presentación culminó con un apretón de manos.

—Creo haber oído hablar de vos al señor De Montigny. ¿No sois vos la persona que colaboró un corto tiempo con él?

Antoine optó por cambiar de tema, deseoso de dejar a un lado aquella cuestión.

—¿Y los chinos no se han vuelto unos negociantes demasiado duros, señor Rémi?

—¡Pues es verdad que aprenden deprisa! —confirmó con aire malicioso el francés—. Yo, por mi parte, no llegué aquí con grandes pretensiones económicas. ¡Lo único que quiero es vender mis relojes y mi vino un poco más caros de lo que me costaron!

—¡El señor Rémi es un hombre muy modesto! —exclamó alguien desde lo alto de la escalera de madera encerada que comunicaba con el primer piso.

Charles de Montigny bajaba por ella.

Apenas había cambiado, aunque había engordado un poco. El cónsul de Francia había superado sin perjuicio para su persona los sobresaltos de la política interior

francesa: la revolución de 1848, el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851 y la restauración del Imperio. A diferencia de otros agentes del cuerpo diplomático que habían perdido más de una pluma, hasta perder incluso su puesto, Charles de Montigny había sabido navegar con habilidad entre los arrecifes, representando de forma intachable el papel de hombre indispensable para la defensa de los intereses franceses en China. Desde su llegada a Shanghái, el incombustible y, de todas formas, honorable cónsul de Francia había visto desfilar ni más ni menos que ocho ministros de Asuntos Extranjeros, entre los que se contaban algunos brillantes y competentes —¡en exceso tal vez!—, como Alexis de Tocqueville, y otros mediocres e ineptos, cuyos nombres caían en el olvido en cuanto dejaban el cargo.

Antoine no sabía qué actitud debía adoptar ante aquel diplomático que seguramente le guardaba aún rencor por el intempestivo envío de su carta de dimisión.

—El señor Rémi es un auténtico pionero. Él fue el primero de nuestros compatriotas que se aventuraron a probar suerte en Shanghái..., y me parece que no se arrepiente... ¿No es así, Rémi? —inquirió con tono paternal el cónsul de Francia en Shanghái. Después se volvió hacia Antoine—: ¡Estaba seguro de que acabaríamos encontrándonos algún día, Vuibert! —comentó con expresión neutra a su antiguo colaborador.

—Os debo una disculpa...; debería haber hablado con vos en lugar de limitarme a escribiros. De todas formas, la carrera diplomática no estaba hecha para mí. ¡Hay cosas que no se descubren hasta que no se viven! —adujo Antoine, contento de que Montigny no hubiera pasado a la carga contra él.

—¡En efecto, amigo mío! ¡Se trata, sin embargo, de un oficio apasionante! ¡Vuestro sucesor está encantado de trabajar conmigo! Desde la época en que vos me recibisteis al llegar aquí, para entrar en la carrera, hay que disponer de credenciales. Ese joven ayudante consular con el que tengo el placer y el honor de colaborar obtuvo el tercer lugar en las oposiciones al cuerpo diplomático... —le informó con ironía el cónsul como si hablara de una era antediluviana.

—¿Que hay que pasar unas oposiciones para ser diplomático? —murmuró espontáneamente Antoine, atrayendo hacia él una irritada mirada reprobadora del cónsul.

Intuyendo que la conversación entre ambos podía agriarse, Rémi consideró oportuno intervenir.

—Señor cónsul, estos dos señores desean implantar su empresa de comercio en la concesión...

A Montigny se le iluminó de inmediato la expresión.

—Excelente idea. ¿Y a qué tipo de actividad se quieren dedicar?

—En realidad, el señor Vuibert piensa consagrarse a la importación-exportación —respondió Stocklett.

—Es lo que mejor funciona aquí. ¿Y qué tipo de mercancía piensan tocar? —

preguntó con entusiasmo Montigny.

Hacía meses que el cónsul de Francia hacía lo posible por convencer a los franceses para que se instalaran en la concesión francesa. El proyecto de su antiguo colaborador caía, en ese sentido, como una bendición del cielo que le permitiría redactar por fin un despacho diplomático en que podría anunciar con todo aplomo al Ministerio de Asuntos Extranjeros que el ejemplo del relojero Rémi comenzaba a producir émulos. Las autoridades francesas empezaban, de hecho, a impacientarse después de que Montigny les hubiera «vendido», tres años atrás, la idea de hacer la competencia a los ingleses y superarlos, incluso, en las sesenta hectáreas de terreno que el virrey de Shanghái había aceptado poner a disposición de Francia.

—Ya habíamos regentado un negocio de opio con base en Singapur, que funcionaba bastante bien hasta que comenzó a timarnos nuestro asociado hindú. Nuestra intención es repetir la experiencia aquí —explicó Antoine.

—¿Y no os da miedo hacerle sombra a Jardine Se Matheson o a Dent^[147]? —preguntó el relojero.

—Evitaremos enfrentarnos directamente con ellos. Hasta ahora, nunca hemos intentado pervertir a los «compradores» que trabajan con ellos. Para ser más concretos, nos hemos limitado a recibir las demandas de los que deseaban actuar como mayoristas para nosotros —precisó el delfines.

—Gracias a la moderación en los gastos, conseguiremos ofrecer un precio de opio bastante inferior al de las grandes empresas —agregó el inglés.

—Todo esto es muy interesante... Subid, pues, a mi despacho. ¡Os invito a champán! —exclamó con repentina magnanimidad el cónsul de Francia.

Charles de Montigny pidió a su mayordomo que fuera a buscar una de las preciosas botellas de Dom Pérignon que cada año le enviaban desde Francia en dos cajas cerradas con lacre de plomo, como si estuvieran llenas de lingotes de oro.

—Espero que no me guardaréis rencor a propósito de aquel terreno de los jesuitas... —aventuró Antoine un poco achispado ya.

Las dos copas seguidas del inefable néctar que había tomado, después de no haber bebido ni una gota de champán desde su llegada a China, lo habían puesto no solo alegre, sino en disposición de presentar las debidas excusas.

—¡El error ya está olvidado, Vuibert! Además, vuestra iniciativa me dio algunas ideas. Si logré obtener la concesión, fue un poco gracias a vos —afirmó el cónsul, más proclive también a la indulgencia bajo los efectos del champán.

—¿De veras?

—¡Y de qué manera! —confirmó Montigny muy ufano—. Comencé haciendo ondear la bandera francesa en esa casa que pertenecía a los jesuitas antes de que estos se establecieran en Zikkawei. Después, bajo la presión amical del señor Rémi, que consideraba que era preciso disponer de unos terrenos destinados a las implantaciones francesas, fui a negociar con Gon, el alto magistrado chino encargado de las relaciones con los extranjeros. Las autoridades chinas aceptaron concederme setenta

hectáreas^[148]. ¡Aunque no es mucho comparado con las ciento setenta que nuestros amigos ingleses consiguieron arrancarles, no está mal para empezar! ¡Dentro de unos años espero poder mandar construir un edificio consular igual de imponente que el suyo!

En las palabras del cónsul no había el menor atisbo de broma, pese a que la concesión francesa no era entonces más que un vasto terreno baldío en el que la única casa existente, aparte de la ocupada por el consulado de Francia, la había construido el relojero Rémi en medio de cementerios abandonados a las malas hierbas en los que los campesinos chinos expulsados de sus tierras seguían levantando sus chabolas de adobe.

—¡Me alegro mucho! Esta concesión debe dar una buena imagen de Francia... — se limitó a responder Antoine, que había renunciado ya al ajuste de cuentas.

—Todavía nos falta mucho para lograr nuestro objetivo. De todas maneras, no tuve que pagar ni un céntimo por esos terrenos, cuando el padre Freitas Branco exigía una cantidad astronómica por el suyo. La verdad es que ese jesuita era un tipo bien curioso... ¡Que en paz descanse!

—¿Está muerto? —exclamó Vuibert a punto de atragantarse.

—Sí. Falleció en circunstancias bastante trágicas, acribillado a balazos en el curso de un ataque que dirigió la tríada de los Pequeños Cuchillos contra la iglesia de San Ignacio. Se le consideraba como una persona no muy escrupulosa para los negocios. Mientras estuvo con vida, todos relacionaban a la comunidad de los jesuitas con la imagen de una caja fuerte llena de lingotes de oro.

—Yo conocí un poco a ese pillo de Freitas Branco —agregó Rémi.

—Apostaría algo a que os propuso fundar una sociedad —apuntó Antoine.

—Exacto. Estaba interesado en el comercio de los relojes.

—¡No me extraña! Freitas era muy ecléctico en la elección de sus socios.

—Afirmaba que los superiores de su compañía le presionaban mucho para que les aportase recursos. Me había propuesto ponerme en contacto con uno de los encargados de los relojes de la Ciudad Púrpura Prohibida a cambio de una comisión del diez por ciento —precisó Rémi, rozando el índice contra el pulgar para dar una ilustración visual a su palabras.

—Ese condenado de hombre tenía un sentido innato de los negocios. Varias personas me han asegurado que había tenido una hija con una china y que ambas habían muerto a consecuencia de la peste bubónica. ¡Ese Freitas era un personaje digno de novela! —declaró a su vez el cónsul.

—Freitas se enteraba de todo antes que nadie. ¡Conocía la fecha de vuestra llegada cuando yo mismo la ignoraba! —murmuró Antoine afectado todavía por la noticia de la muerte del portugués, que lo había inundado con una oleada de nostalgia perceptible en la gravedad de su voz.

Como si hubiera transcurrido tan solo un día de aquello, evocó su primer contacto con Freitas y el fortísimo acento portugués con que lo había saludado en el muelle,

apenas hubo desembarcado en Shanghái.

—Lo peor de todo es que al pobre hombre acababan de nombrarlo en Roma obispo de Timor. Me había confiado que sentía apremio por abandonar Shanghái —añadió Charles de Montigny con un velo de tristeza en la mirada.

Como ya habían dado cuenta de la botella de champán, el cónsul los invitó a una colación, que aceptaron sin hacerse de rogar puesto que ya era la hora de la comida. Después de tomar el asado de cerdo con puré de patata, Rémi propuso a Stocklett llevarlo a visitar su casa, con lo cual dejaron solos al cónsul y a su antiguo secretario.

—¿Os gusta China, señor Vuibert? —inquirió el diplomático después de haberle ordenado servir café, con el tono jovial del hombre de mundo en el momento en que se dispone a lucirse en público.

—La verdad es que me encuentro tan bien en Asia que no me veo regresando a Francia, al menos por ahora. ¿Y vos, señor cónsul?

—La aclimatación fue dura... y luego todos esos funcionarios que nunca le dicen a uno que no a la cara, eso también acaba por hartar... Empecé a recorrer el país de arriba abajo. ¡Resultó que me he convertido en un fanático de las antigüedades chinas y japonesas! Aquí todo se compra por un bocado de pan.

—¡Estaba seguro de que también vos sucumbiríais al hechizo, señor cónsul! —exclamó Antoine, que se acordaba perfectamente de la conversación que habían mantenido sobre el tema.

—¡Tengo previsto exhibir mis colecciones chinas y japonesas en la Exposición Universal de París! —aseguró sacando pecho el señor De Montigny.

—¿Cuándo la van a inaugurar?

—En principio, en la primavera de 1855. Dentro de menos de un año... ¡Si el emperador no lo impide!

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—¡Bromeaba! ¡En su condición de promotor de las exposiciones universales, el emperador de los franceses sería la persona menos indicada para prohibirla! —se carcajeó el cónsul muy satisfecho con la jugarreta que acababa de hacerle a su antiguo colaborador.

Stocklett y Rémi, mientras tanto, habían regresado ya de su breve paseo.

—La policía imperial está vigilando la concesión —advirtió el relojero.

—¡Creía que los chinos habían renunciado a entrometerse en las prerrogativas de las naciones a las que habían concedido estos terrenos! —señaló Antoine.

—En Shanghái se teme una ofensiva de los *taiping*... Esos desgraciados causan una despiadada degollina entre la población civil y no dejan tras de sí más que cadáveres y edificios quemados. En Nanquín fue peor aún. Allí provocaron una auténtica masacre entre los habitantes de la ciudad —explicó Rémi.

—¡Los *taiping* son unos auténticos salvajes, diga lo que diga el señor de Bourboulon! —abundó con aspereza el diplomático.

En el curso de la breve visita que había efectuado a los *taiping* a bordo de la

corbeta *Cassini* el 30 de noviembre de 1853, Alphonse de Bourboulon, el nuevo ministro plenipotenciario de Francia y, por lo tanto, superior directo de Charles de Montigny, había quedado agradablemente sorprendido por las palabras de un alto responsable que le había asegurado que puesto que los franceses y los cabelleras largas tenían el mismo Dios, no pondrían obstáculo alguno a la expansión de la religión católica en China^[149].

—¿Estáis seguro de que son tan salvajes como dicen? —preguntó, dubitativo, Stocklett.

—¡No tenéis más que leer la prensa! —le replicó picado Charles de Montigny.

—¡En Singapur, los periódicos de Londres llegan con cuatro meses de retraso!

—El señor cónsul aludía a un reportaje publicado en el *North China Weekly*, una gaceta que está muy bien documentada, desde luego. El periodista describe la ofensiva de los *taiping* contra Anhui. Envían al frente a niños de apenas diez años, armados con arcos y flechas, contra los fusiles y cañones de los imperiales... La crueldad de esa gente que, sin embargo, se proclama fiel a Jesucristo es escalofriante, creedme —insistió con vehemencia el relojero.

—Nunca hay que fiarse de lo que cuentan los periodistas. A menudo adornan o afean la realidad, según el caso —opinó el inglés.

—Ese reportero siempre se traslada al lugar de los hechos. Cuenta tan solo lo que ve —adujo el cónsul de Francia mientras iba a abrir un armario del cual sacó una gran carpeta repleta de recortes de periódico y papeles diversos, antes de añadir—: Guardé los números del *Weekly* relacionados con los *taiping*. El otro día, los enseñé al corresponsal del *Moniteur universel*, que es un verdadero periodista de cámara, ese sí... ¡Pues fijaos, ese pobre chico creyó que le estaba dando lecciones! —exclamó el cónsul, cada vez más alegre a causa del champán.

Antoine y Nash se enfrascaron enseguida en la lectura de los periódicos que Charles de Montigny les había prestado. Pasado el primer momento de estupor, tras devorar la entrevista que John Bowles le había hecho a Laura Clearstone, Stocklett tendió el ejemplar a Antoine.

—¡Señor cónsul —solicitó con voz temblorosa—, es preciso que me pongáis en contacto con el periodista que ha redactado este artículo! Ese muchacho es un gran amigo mío. En Londres éramos vecinos de rellano.

—Lo más sencillo sería que os trasladarais directamente a las oficinas del *Weekly*. Quedan a dos pasos de aquí, en el límite entre la concesión inglesa y la antigua ciudad china.

La sede del *Weekly* era fácilmente identificable gracias al letrero dispuesto en lo alto de la fachada del pequeño edificio de ladrillo de estilo inglés donde Bowles y Sassoon lo habían instalado un año atrás. Nash y Antoine llegaron sudorosos a una sala donde una decena de chinos trabajaban empaquetando los ejemplares del periódico que habían salido de la imprenta la noche anterior.

—¿Dónde está Bowles? —preguntó sin resuello Stocklett al único occidental

presente.

—Yo soy su socio. Me llamo Sassoon. ¿En qué puedo ayudaros? —preguntó.

—Es necesario que vea a John Bowles. Lo conozco desde hace mucho. Soy un viejo amigo suyo. Me apellido Stocklett...

El antiguo contable de Jardine & Matheson no había concluido aún la frase cuando apareció Bowles. Al ver a su antiguo vecino, el periodista se precipitó hacia él y ambos se fundieron en un abrazo.

—¡Señor Stocklett! ¡No sabéis lo feliz que me siento de veros aquí! Vuestra presencia me tranquiliza. Yo que pensaba que no habíais recibido mi carta...

—¿Pero de qué carta me habláis, por Dios?

—En cuanto regresé de Nanquín, os escribí para daros noticias de Laura y de Joe Clearstone.

—¡Ay, amigo mío, hace tanto que me fui de Londres que ya no recuerdo ni en qué fecha exacta fue! No sabéis cuánto me congratulo de haber venido hasta aquí, pese al tiempo que he tardado en tener noticias —confió el antiguo contable de Jardine & Matheson con la voz quebrada por la emoción.

—Comprendo, señor Stocklett. Yo me alegro tanto como vos.

—¿Cómo está Laura?

—La última vez que la vi, os puedo asegurar que estaba en plena forma...

—¿Cuándo fue eso?

Radiante de felicidad y en el colmo de la excitación, Nash empezó a bombardear a John con un sinfín de preguntas a cual más minuciosa.

—El año pasado. Le llevé el número especial del *Weekly* consagrado al Celeste Reino.

—¡Estoy impaciente por ir a reunirme con ella en Nanquín! —exclamó Stocklett.

—Pues llegáis en el momento oportuno, porque yo voy a ir dentro de dos días para entregar esto a Laura. Son unos papeles y una suma de dinero que pertenecieron a su madre. Habría querido ir antes, pero tuve que desplazarme a Pekín para asistir a la audiencia que el emperador Xianfeng concedió a nuestro embajador Bowring —explicó Bowles mostrando la bolsa que le había entregado el reverendo Roberts.

—John, ¿aceptaríais que os acompañe? —inquirió, henchido de esperanza, el antiguo contable de Jardine & Matheson.

—¡Con mucho gusto, Nash!

—¿Y no son peligrosos los accesos a Nanquín? —preguntó Antoine Vuibert, que, pese a sus deseos de ver a la joven inglesa, no tenía ganas de volver a correr riesgos—. Dicen que la ciudad está cercada por dos cuerpos del ejército manchú.

El periodista sacó entonces una hoja de papel que desplegó antes de agitarla con orgullo ante el francés.

—Basta con pasar por las carreteras secundarias. Dispongo de un salvoconducto firmado por el Príncipe del Oriente que permite franquear los obstáculos erigidos por los cabellos largos.

Cuando salió de las oficinas del *Weekly*, y por primera vez desde que se había enterado de la muerte de Barbara Clearstone, Nash Stocklett estaba que no cabía en sí de gozo.

LXIII

Nanquín
12 de julio de 1854

Laura Clearstone estaba cortándole el pelo a su hijo Pablo Destello de Luna al amparo de las grandes hojas de la catalpa de su jardín, que hacían un poco más tolerable el asfixiante calor, cuando Xuanjiao acudió a avisarla de que John Bowles había llegado en compañía de dos extranjeros y que deseaba verla sin tardanza.

A Laura se le iluminó el semblante al ver aparecer al periodista.

—¿Vos por aquí, señor Bowles? ¡Qué agradable sorpresa! Después de tanto tiempo... ¡Pero os habrá costado mucho llegar hasta Nanquín!

Hacía varias semanas que la contraofensiva imperial se intensificaba en encarnizadas acometidas contra las líneas defensivas de la Celeste Capital, capitaneadas por el general Zeng Guofan^[150]. Un año atrás, la corte manchú había nombrado comisario general de Hunan a aquel Han confuciano de pura cepa, antes de confiarle la ardua tarea de lavar la afrenta de la toma de la antigua capital imperial.

—Por suerte, siempre llevo conmigo el salvoconducto sellado con el emblema del Tianwan. No he venido solo —añadió el periodista, cediendo paso a sus dos compañeros de viaje.

Laura se quedó sin respiración al ver al hombre a quien nunca había conseguido llamar espontáneamente «tío Nash» y que luego había sabido que era su padre.

—¿Señor Stocklett? ¡Vos aquí! —exclamó pasado el primer momento de estupor—. ¡Pero es increíble!

Estaba tan contenta de volver a verlo que no dejaba de lamentar la repulsión que le inspiraba de pequeña. Con la cara arrebolada por la emoción, le tendió la mano y él se la cubrió de besos.

—¡Buenos días, señor Vuibert! ¡Me alegra volveros a ver... después de tanto tiempo! —saludó, volviéndose con cierta rigidez hacia el francés.

—No has cambiado nada, Laura. Para mí es maravilloso encontrarte en perfectas condiciones... —murmuró conmovido Nash, hacia el cual se precipitó Joe.

El *trisómico* lo agasajaba con golpecitos en los brazos y los hombros, puntuados con gruñidos de satisfacción.

Laura, por su parte, que tenía el rostro bañado en lágrimas; había vivido la repentina irrupción de su padre en su vida actual como un trueno liberador que había agitado los cimientos de su ser hasta tal punto que sintió el impulso de decirle de inmediato la verdad. De no haber sido por la presencia de aquellos intrusos, le habría dado un abrazo para luego hacerlo partícipe del secreto que le había revelado su madre.

—Vos tampoco habéis cambiado... eh, señor. Todavía os recuerdo cuando os iba a ver a vuestra oficina de Londres... ¡No imagináis lo mucho que me impresionabais!

—Me acuerdo como si fuera ayer —murmuró Stocklett, presa de emoción.

—¡Es realmente una sorpresa veros aquí! ¿Cuándo llegasteis a China? —preguntó a fin de recuperar la compostura antes de llamar a su hijo, para presentarle a aquel inesperado visitante.

—Desembarqué en Cantón en diciembre de 1847. En cuanto me enteré del fallecimiento de tu madre, salí de Londres... Tenía el propósito de llevarte a Inglaterra, con tu hermano, pero cuando fui a casa del pastor Roberts con la expectativa de encontraros allí, os habíais ido ya.

La evocación del doloroso recuerdo de los días posteriores a la muerte de su madre hizo ensombrecer la expresión de la joven.

—El señor Roberts quería enviarme a Estados Unidos para incorporarme a las filas de su Iglesia. Joe detestaba a ese hombre. Me fui de su casa de manera precipitada, debo reconocerlo. Si me hubiera quedado en el presbiterio, Joe y yo estaríamos ahora en Estados Unidos.

Con un enérgico gesto, Nash barrió tal perspectiva, que, por suerte, no se había hecho realidad.

—Lo importante es que las cosas acaben bien, querida. Si te hubieras convertido en una americana, lo más probable es que no nos hubiéramos vuelto a ver nunca.

—O sea, que lleváis más de seis años en China —dedujo, pensativa, haciéndose cargo de todo el tiempo que había tenido que transcurrir para que ambos vivieran aquel extraordinario momento de reencuentro.

—Seis años..., ¡es tan poco y a la vez tanto! Pude resistirlo gracias a Antoine Vuibert. Hice bien quedándome en Asia, aunque, sin él, hace mucho que habría regresado a Londres. ¡Ya estaba perdiendo las esperanzas de volver a verte! ¿No es cierto, Antoine? —preguntó al francés.

—Si mal no comprendo, ¿es a vos a quien debo darle las gracias? —dijo, dedicando a Antoine una franca sonrisa que este recibió con gran satisfacción.

—Tú tampoco has perdido el tiempo. ¡Tienes un hijo magnífico! Se parece a ti cuando tenías su edad —agregó Stocklett, acariciando el cabello de su nieto.

Conmovida por aquella comprensión paternal, reprimiéndose para no correr a arrojarse contra su pecho, se limitó a observar a su padre, el único lazo que la unía al mundo del pasado, a aquel antiguo orden al que había sucedido el de los *taiping*, frágil y sin duda efímera construcción en la que había hallado refugio para no acabar engullida en el gran caos chino.

Después de la cena que se había empeñado en preparar ella misma, condujo a Nash al jardín, hasta una mata de peonías arborescentes que los protegía de miradas y oídos indiscretos.

Sin dejarle tiempo para tomar la palabra, el antiguo jefe de contabilidad cayó a sus pies.

—Debo pedirte perdón, Laura... ¡Fui yo quien animó a tu padre a venir a China!
—confesó con los ojos rebosantes de lágrimas y la cara desfigurada por los remordimientos.

—Brandon no era mi padre... —lo interrumpió ella con dulzura.

Nash se levantó, estupefacto, y luego, como si padeciera vértigo, se aferró a las manos de su hija y se puso a apretarlas como una tabla de salvación.

—¿Qué dices?

—¡Tengo un secreto que confiaros, de parte de mamá!

—¡Habla! —la urgió, con los ojos desorbitados por la sorpresa.

El espectro de Brandon acababa de resurgir, macilento y enfurecido como en el curso de aquella terrible cena en que había culminado el drama. Imaginó su cadáver cubierto de una simple sábana —aquella sábana de immaculado lino que había sacado de su armario, ante la mirada fosforescente de la gata *Dady*—, flotando unos segundos en las aguas del Támesis antes de hundirse de golpe, tragado por un remolino más fuerte que los anteriores.

—En su lecho de muerte, mamá me hizo una confidencia concerniente a vos —susurró Laura, vibrante, sin llegar a formularla, ya que se le presentaba como algo incongruente delante de aquel hombre al que volvía a ver por primera vez desde hacía tantos años.

—¿Y qué era? —musitó él, pálido como el papel.

Entonces, perdió bruscamente impulso, a la manera de un caballo que topa con un obstáculo y se planta con súbita obstinación, incapaz de seguir adelante.

—¡Pronto lo sabréis! Antes, quiero saber por qué me pedíais perdón.

—¡Porque soy una persona indigna, Laura!

—¡No debéis decir tal cosa! —le prohibió.

—El hecho de que tu padre viniera aquí para acabar fracasando con sus pianos fue... por mi culpa —explicó entre gemidos y con la respiración afanosa, Nash—. Fui yo el que le metí en la cabeza esa descabellada idea.

—¡Si Brandon no hubiera querido ir a China, no habría ido! Todo ser humano es el principal responsable de las decisiones que toma —declaró con firmeza la joven, que se consideraba autorizada como nadie para sostener tal opinión.

—Lo dices para ser amable conmigo... —murmuró abrumado el antiguo contable.

—¡No, lo pienso sinceramente!

Stocklett acercó la cara a la de la joven para murmurarle precipitadamente algo al oído, con voz impregnada de tristeza.

—Yo estaba enamorado de tu madre... Pensaba que ella se quedaría en Londres, no que se iría a China con tu padre. Le había propuesto a Barbara casarme con ella y adoptaros, a ti y a tu hermano. Os habría criado como a mis propios hijos. Tu madre fue el único amor de mi vida.

Laura retrocedió un poco y, entonces, percibió conmovida un alivio en el dolor

que se translucía en la mirada de Nash.

—¡Mamá me lo había dicho!

—¿Fue de eso de lo que te habló en su lecho de muerte? —exclamó, casi con alegría, su padre, para quien la confianza equivalía a un inesperado regalo de incalculable valor que le hacía llegar desde ultratumba su querida Barbara.

La joven vaciló un instante y, comprobando que no tenía fuerzas para revelarle que él era su padre, se limitó a asentir con la vista fija en el suelo, sumamente turbada por su propia actitud.

Pletórico de agradecimiento, el agnóstico Nash Stocklett juntó las manos como si rezara a Dios.

—¿Qué te contó de mí? No me ocultes nada, te lo suplico. Estoy dispuesto a escucharlo todo —aseguró con la mirada del perro que aguarda la caricia de su amo.

—Solo me dijo cosas buenas de vos —repuso Laura, sorprendida por la facilidad con que se había puesto a mentir.

—¿Pero qué de concreto?

—Mamá me explicó en qué circunstancias os habíais conocido.

El antiguo contable estaba exultante casi. ¡Lo que Barbara había contado a su hija antes de pasar a otra vida era, ni más ni menos, la prueba inconfundible de que era importante para ella!

—Tu madre era una mujer extraordinaria..., ¡maravillosa! ¡Incapaz de mentir! Con unas cualidades morales eminentes... Una mezcla de belleza y de voluntad inquebrantable. Con el tiempo, comprendo mejor por qué se negó a abandonar al padre de sus hijos. ¡Creía que era mejor así!

La joven vaciló un instante. Si Nash lo hubiera sabido todo, habría descubierto de qué era capaz Barbara Clearstone, que no solo le había mentido a Brandon sino también a él y, para acabar, a ella misma, puesto que había esperado hasta el día de su muerte para confiarle un secreto que la concernía en primera persona.

Contándole la verdad a Nash, se exponía a empañar la imagen que este tenía de Barbara y hundirlo en la desesperación ante aquella suma de ocasiones perdidas y mentiras más o menos piadosas.

Cuando hubo concluido su panegírico, clavó la mirada en la suya, inundada por una oleada de ternura protectora.

—Mamá sentía un gran afecto por vos —añadió—. Si no se hubiera casado con Brandon, habríais formado una pareja muy bien avenida.

Incapaz de articular una respuesta a aquellas palabras que eran como un bálsamo para su corazón, él le abrió los brazos. Sin pensarlo, obedeciendo a un impulso incontenible, se arrojó a ellos como una niña al pecho de su padre, y permaneció largos minutos pegada a él.

—Se ha hecho de noche, tengo que ir a acostar a mi hijo —le anunció con suavidad, cuando la rojiza luna llena asomó entre las copas de los árboles.

Cuando regresó, después de haber contado un cuento a Pablo Destello de Luna y

haber rezado con él una oración como todas las noches, Nash se había reunido con sus dos amigos.

Entonces, John Bowles se precipitó hacia ella y le tendió la bolsa de cuero que le había entregado Roberts.

—De parte del reverendo Roberts. Esa bolsa pertenecía a vuestra madre.

—Gracias, señor Bowles —dijo Laura, distraída, antes de colocársela en la cintura sin prestarle gran atención.

—Dentro hay dinero... Una suma considerable... —insistió el periodista.

Adoptando un aire de niña obediente, fue a sentarse y, tras colocar la bolsa en el regazo, la abrió. Luego, con creciente asombro, comenzó a contar las veintitrés monedas de plata de libras esterlinas. Considerando extraño que su madre hubiera conservado una cantidad tal de dinero sin que ella lo supiera, se concentró con curiosidad en la lectura de los documentos que la acompañaban, cuyo contenido no tardó en descubrir.

Enseguida se le desencajó el semblante, al tiempo que la invadía una mortal palidez.

Advirtiendo su turbación, Nash se precipitó hacia ella.

—Tienes mala cara —señaló con dulzura, acariciándole el cabello.

Incapaz de pronunciar una palabra, anegada por las lágrimas, tendió a Nash la carta de Elliott y el diario íntimo de su madre.

—Imagino lo que tu madre debió de sufrir —murmuró su padre, pálido y consternado, después de haber examinado a su vez los documentos conservados por Barbara Clearstone.

Laura imaginaba a su madre superando la repugnancia que le inspiraba aquel horrible y obeso cónsul y aceptando acostarse con él con el único objetivo de costear su viaje de regreso a Inglaterra. Al decidir no permanecer en China y renunciar, pues, a su más íntimo deseo, había tomado una decisión por el bien de sus hijos. Pero ¿por qué entonces no había hablado de ello con su hija? Seguramente tenía reparos para confesarle de dónde provenía el dinero que habría servido para pagar los billetes...

—¡Para mí, esta es la prueba de que mamá nos quería, más que a nada en el mundo, a Joe y mí! Ella sabía que yo quería volver a Londres.

Nash se acercó un poco más a Laura, pero, en el momento en que iba a susurrarle algo al oído, esta lo condujo de nuevo al jardín.

—¿No crees que ese dinero debe servir para el propósito al que lo había destinado tu madre?

La joven se envaró un poco y, tras respirar hondo, replicó a su padre con firmeza, como si rechazara de una vez por todas las tentativas que pudiera realizar Nash para devolverla a Inglaterra.

—Mi vida está en China. El padre de mi hijo es chino. Si abandono este país, mi hijo no conocerá nunca a su padre...

—¿Dónde está?

—Si lo supiera... —suspiró antes de estallar en sollozos—. A La Piedra de Luna lo secuestraron delante de mí unos piratas en el río de las Perlas. Eso fue hace seis años.

—¡Estoy seguro de que lo encontrarás!

—¿De veras? —dijo con la expresión de una niña que escucha maravillada el cuento que sabe por adelantado que va a tener un final feliz.

—¡Puedes creerme!

No era seguro que aquello fuera una afirmación pronunciada con el único fin de complacerla o bien el reflejo de una misteriosa certidumbre de su padre. En todo caso, le sentó bien oírla.

En ese momento notó, justo detrás de ella, la presencia de un intruso y se volvió bruscamente. Era Antoine Vuibert, que llegaba con una sonrisa en los labios. El francés la encontraba igual de atractiva que la primera vez que la vio en casa del cónsul Elliott.

La manera como había acudido junto a ellos, sin hacer gala de la menor discreción, suscitó la irritación de la joven.

—¿Señorita Clearstone?

—¿Sí, señor Vuibert? —contestó con tensión.

Él sacó un pequeño pañuelo de encaje con el que se secó la frente, atenazado por la aprensión. Aunque se muriera de ganas, en aquel momento preciso habría sido incongruente pedirla en matrimonio precisando que estaba dispuesto a considerar como suyo el hijo que había tenido con otro. Habría sido exponerse a un enésimo rechazo.

—Cuando vengáis a Shanghái, ¿me concederéis el favor de dejar que os invite a esa cena que me negasteis en Cantón?

Detrás del tono jovial del francés, percibió una insistencia casi próxima a la súplica.

—Para eso primero tendría que ir a Shanghái, señor Vuibert... —señaló tajante.

Se abrió un minuto de silencio que Stocklett acabó por interrumpir.

—¿No me vas a decir que piensas quedarte en Nanquín? —preguntó inquieto y estupefacto—. Por lo que se rumorea, aquí pronto va a escasear la comida...

—Mi puesto está aquí, en el Celeste Reino —contestó con firmeza, sosteniéndole la mirada—. Por la intercesión del Tianwan, Dios se apiadó de mí y me permitió encontrar refugio con los *taiping*. ¡Mientras La Piedra de Luna no venga a reunirse conmigo aquí, no pienso moverme de Nanquín!

Nash, que veía disiparse sus esperanzas de volver a Londres con los hijos de Barbara Clearstone, tuvo que esforzarse por disimular su decepción.

—¡No tengo más remedio que respetar tu voluntad! —declaró con un hilo de voz, procurando poner buena cara.

Era hora de que los invitados de Laura se despidieran, ya que, a partir de las diez de la noche, el toque de queda impedía toda circulación por las calles de Nanquín.

Cuando su padre la estrechó entre sus brazos en el umbral de la casa donde, de nuevo en su elemento nocturno, los murciélagos alzaban el vuelo para ir a la caza de insectos, se mantuvo firme, pese al pánico que le causaba la idea de que se marchara a Shanghái y de que tal vez no volviera a verlo más. Estaba decidida a permanecer fiel a la línea de conducta que se había fijado y a llevar al día siguiente al despacho del intendente del campamento de niños las veintitrés libras esterlinas que Barbara había conseguido mediante la vergonzosa venta de su cuerpo.

Al menos servirían para mejorar el día a día de aquellos pequeños que ya carecían de leche y de miel desde que el precio de los alimentos se había elevado de manera desorbitada a consecuencia del cerco a que sometían los imperiales a la antigua capital de China.

A toda prisa, como si le quemaran los dedos, y a fin de olvidar los mortificantes recuerdos que se le suscitaban, guardó maquinalmente en la bolsa de cuero aquellas veintitrés monedas, vestigios de la angustia en que había debido de vivir su madre los últimos días de su vida.

Una vez sola en la penumbra de su habitación, en un rincón en el que ardía una vela, obedeciendo a un repentino impulso, se arrojó boca abajo en la cama, que parecía aplastada bajo las capas de pesadas telas. Mientras la oleada de su cabello le recubría toda la espalda con una ondulación de oro y cobre, desde el fondo de la noche de sus ojos cerrados surgió la imagen obsesiva de su amante desaparecido. El pulso le latía con desacompasado ritmo cuando un grito interior la desgarró, transformando en violento espasmo lo que en un principio había sido tan solo un imperceptible encogimiento de corazón.

¡La Piedra de Luna! ¡El único hombre al que había amado de verdad! ¡La única persona a quien soñaba seguir amando para siempre!

¿Volvería al fin?

LXIV

Nanquín

21 de octubre de 1854

Aquella mañana, al levantarse, Laura Clearstone advirtió de repente, en pleno corazón del otoño, como en el corazón de una fruta la mordedura del gusano que la va a acabar corroyendo, la refrescante presencia del invierno. En ese día que sucedía a un periodo todavía húmedo y cálido, se notaba un soplo de aire fresco. Nanquín no sufriría las primeras heladas hasta al cabo de un mes y, no obstante, la futura escarcha se atisbaba ya en ese roce de beso cuyo efecto sintió en la cara la joven al salir afuera, en forma de ligero escozor en las mejillas y en la punta de la nariz.

Laura, que se había puesto a podar un arce cuyas rojizas hojas cubrían el suelo cual lágrimas de sangre, recordaría durante mucho tiempo la expresión de la cara irreconocible, severa e implacable que tenía Xuanjiao cuando fue a anunciarle las nuevas disposiciones.

—Tienes que preparar el equipaje, Laura. ¡El Tianwan ha ordenado la evacuación de las mujeres y los niños de menos de diez años de la Capital Celeste! Mañana no deben quedar en la ciudad más que los varones en edad de combatir.

En Nanquín se comenzaba a sentir el azote de la hambruna, que se hacía patente en las caras demacradas y los esqueléticos cuerpos de una gran parte de los transeúntes. Si las cosas no cambiaban, los estragos iban a ser graves... Hacía varios días que ni las tiendas de comestibles ni los vendedores ambulantes tenían nada que ofrecer. A fin de evitar los tumultos, se habían clausurado los grandes mercados de la ciudad y en los muros de los edificios públicos se había colgado la receta de la «comida para el hambre», una sopa a base de hojas de ortiga, tallos de sorgo y corteza tierna de chopo o de morera. Lo cierto era que la situación se había vuelto delicada para el descabellado proyecto de Hong Xiuquan. Después de tres semanas de implacable asedio por parte de las tropas manchúes, la caída, acaecida el 1 de mayo, de Xiangtan, una importante ciudad de Hunan en la que habían perecido más de diez mil *taiping*, había sido la piedra de toque de la conquista de aquella provincia.

—¿Has preparado tus cosas? —la hermana de Hong negó con un enérgico gesto—. ¿No estás, pues, obligada a abandonar la Celeste Capital?

—¡Mi hermano me lo ha prohibido! Para Hong, hace mucho que he dejado de ser una mujer.....¡Lo he sacrificado todo al Celeste Reino! —gimió Xuanjiao, a punto de estallar.

Laura se acercó a su amiga con intención de abrazarla, pero esta la rechazó con violencia.

—¡Pareces molesta!

—¡No es para menos!

—Explícate, Xuanjiao... ¡Yo solo deseo tu bien!

—No tengo nada más que decirte... Yo formo parte de aquellos a quienes les está prohibida toda rebeldía... —se lamentó, a punto de llorar, la mujer que había vuelto a asumir su puesto de comandante del ejército de mujeres desde que la tenaza manchú había comenzado a cerrarse en torno al Tianwan, obligando a los *taiping* a una movilización total de sus fuerzas.

De improviso, Laura pensó en el Príncipe del Oriente, con el que Xuanjiao había oficializado su relación. Unas semanas atrás, había corrido el rumor de que él había ordenado darle diez bastonazos por indocilidad hacia su persona y que ella había quedado muy mohína^[151].

—Yo siento un gran afecto por ti y querría seguir manteniendo tu amistad.

—¡Entre amigas no existe la traición!

Entonces, Laura comprendió de repente el motivo del enfado de su amiga.

—Estás equivocada, Xuanjiao. No porque un hombre corteje a una mujer, esta tiene que ceder obligatoriamente a sus deseos... —murmuró, decidida a no andarse con tapujos.

—Perdóname... Llevo sobre los hombros una carga demasiado pesada... —adujo la guerrera, antes de arrojarle a los brazos de la joven inglesa, para besarle las manos después.

No bien se hubo marchado la hermana del Tianwan, un oficial *taiping* se presentó delante de Laura con un cofrecillo de marfil en la mano que depositó en la mesa después de dedicarle una profunda reverencia.

Se trata de un suceso verídico. La relación entre la hermana menor del Tianwan y el Príncipe del Oriente, muy tumultuosa, concluyó con el asesinato de este el 2 de septiembre de 1856.

—Señorita, el Tianwan desea que el Príncipe de la Voz Muda se reúna con él a la mayor brevedad cerca del campamento norte. Aparte, el Celeste Soberano me manda traeros esto.

Laura sintió cómo se adueñaba de ella el gran vacío del vértigo al tiempo que se disipaba el espeso velo que hasta entonces le había vendado los ojos en lo concerniente al comportamiento paranoico y manipulador del Tianwan. No estaba dispuesta a dejar a su hermano solo representando el papel de médium en Nanquín en el momento en que a ella la echaban de allí. Tenía la certeza casi absoluta de que ahora que la enemistad entre Hong Xiuquan y el Príncipe del Oriente se había hecho manifiesta, el jefe supremo de los *taiping* tenía la necesidad perentoria de contar con una criatura como Joe, que, a causa de su incapacidad absoluta para comunicarse con los demás, podía utilizar para representar la función de «intermediario» con Dios.

¡Era tan simple, para hacer creer a las multitudes que el mismo Dios les enviaba mensajes, hacer hablar a un mudo!

Si no quería caer en la trampa, debía abandonar Nanquín lo antes posible

llevándose consigo a su hermano y a su hijo antes de que el oficial se diera cuenta. Si el día anterior le hubieran dicho que se vería obligada a huir, no habría dado crédito alguno a tal predicción. Ahora que había llegado el momento de la extirpación, se sentía desfallecer. No iba a ser fácil abandonar el refugio inexpugnable de los *taiping* donde había vivido tanto tiempo al amparo del mundo exterior. Las murallas de la fortaleza de Hong comenzaban, no obstante, a resquebrajarse frente al empuje de las fuerzas que los manchúes habían desplegado con objeto de acabar con la epopeya del Celeste Reino. Aunque no tenía ni idea de cuál sería el desenlace, cada vez se hacía menos ilusiones sobre la capacidad de resistencia del ejército de miserables ante las múltiples ofensivas del adversario.

Tragó saliva, procurando no dejar translucir ningún asomo de emoción en la voz, al dar la respuesta al soldado.

—Mi hermano duerme. Tengo que vestirlo... ¡No está presentable para comparecer ante el Celeste Soberano!

—Al Tianwan no le gusta esperar.

—No tardaré ni diez minutos. El Príncipe de la Voz Muda es incapaz de vestirse solo.

—En ese caso, voy a atar el caballo y os esperaré delante de la puerta —declaró el oficial.

En cuanto hubo dado media vuelta, la joven metió apresuradamente en una bolsa unos cuantos efectos de primera necesidad y el cofrecillo de marfil que le había hecho llegar el Tianwan. Después, sin hacer el menor ruido, se precipitó al jardín donde Joe y Pablo jugaban tranquilamente a las canicas.

—Queridos, tenemos que marcharnos de aquí enseguida... —susurró al tiempo que los empujaba hacia la puerta del fondo del jardín.

—¡No marchar! —empezó a refunfuñar Joe, que siempre recuperaba el habla cuando se trataba de expresar su deseo de quedarse en Nanquín.

—¡No es el momento adecuado para eso, Joe! —lo reprendió, agarrándolo con firmeza por el brazo.

Asombrado por la implacable voluntad manifestada por su hermana, que siempre era tan dulce con él y que entonces sacaba chispas por los ojos, Joe acabó por ceder.

Los tres fugitivos tuvieron que caminar apenas unos pasos para salir al estrecho callejón atestado de desechos que servía de vertedero para las casas cuyas fachadas daban a la avenida paralela. El olor era irrespirable, sobre todo a causa de los cadáveres de habitantes y animales que los *taiping* habían arrojado allí en el momento de la toma de la ciudad y que acababan su proceso de descomposición. Dos calles más allá, salieron a una plazoleta que los ponía definitivamente al abrigo de la mirada del oficial. Y allí, enseguida se vieron arrastrados por una multitud, una auténtica marea de mujeres y de niños habitados por el miedo, que emprendían la marcha en dirección sur en un ambiente de hecatombe. Algunas matronas, entre las más fornidas, tiraban de unas pesadas carretas en las que habían cargado a su progenie

junto con un saco de arroz, mientras que otras llevaban encima de la cabeza enormes fajos de comida. Las más enclenques, que eran también las más pobres, arrastraban tras de sí a los niños en edad de caminar. Los bebés, por su parte, habían quedado abandonados en su mayoría a su suerte y lloraban, sentados encima de sus excrementos, en el umbral de los edificios donde vivían antes. Ningún anciano figuraba en aquel inmenso cortejo de andrajosas criaturas, de mirada resignada, ojos hundidos y tez cerosa que ponía de manifiesto sus deplorables condiciones sanitarias. Como un gran cuerpo enfermo que se estuviera desangrando, la ciudad perdía a sus habitantes. Pronto, en sus calles desiertas se oirían solo los gemidos de los niños pequeños que, privados de alimento, no tardarían en morir.

Ante tanta indigencia y miseria, Laura, detrás de la cual caminaba Joe como un autómatas con aire porfiado y contrariado, tomaba conciencia de que no habría sido razonable quedarse ni un día más en aquella ciudad que las tropas imperiales habían transformado en gigantesca ratonera.

Pablo Destello de Luna, que hasta entonces había guardado silencio, también percibía que se estaba fraguando un drama en la ciudad.

—¿Adonde piensas ir, mamá? —preguntó.

Sin dar muestras de haberlo oído, esta apuró el paso con la mandíbula comprimida, obsesionada por el deseo de poner la mayor distancia posible entre ellos y el emisario del Tianwan.

—Mamá... —insistió el niño.

—¿Qué, cariño?

—¡No me has respondido! ¿Adonde vamos?

Como no tenía la menor idea, obedeciendo a un impulso del que enseguida se arrepintió porque no quería suscitar unas esperanzas infundadas en él, pronunció la primera frase que se le ocurrió.

—¡Vamos a intentar encontrar a papá!

—¡Qué contento estoy! —gritó loco de alegría el pequeño—. ¿Y dónde buscaremos a papá?

—Primero iremos a Shanghái... ¡Allí encontraremos a alguien que nos diga dónde vive papá! —explicó sin reparos por tener que mentir a su hijo.

Alborozado, a pesar de la omnipresencia de la carroña y el olor de materias fecales, el niño tiraba ahora del brazo de su tío, que, por el contrario, había ido arrastrando los pies.

—¿Sabes qué le diré a papá cuando lo vea?

—¡No!

—¡Que lo he echado mucho de menos!

Conteniendo un sollozo, siguió avanzando a marchas forzadas como si se dirigiera hacia un vacío que temía, porque en él podía quedar reducida a la nada.

—Tu padre se alegrará muchísimo de verte... —aseguró embargada por la desesperación.

Poco a poco, llegaron a las puertas de la ciudad. Ya no había allí ninguno de los policías armados que hasta el día anterior las controlaban de manera estricta dejando pasar tan solo a los que disponían de salvoconducto. Al franquear las altas murallas cercadas de rejas, de piedras desgastadas por los cordajes, estriadas por las marcas de aceite hirviente y erosionadas por siglos de proyectiles, Laura supo que abandonaba para siempre un mundo frágil, un paréntesis que estaba a punto de cerrarse. La orgullosa Nanquín, que antaño fuera, en el periodo de los Ming, el auténtico faro de la China, ya no era más que una bolsa de resistencia, cada vez menos hermética, frente a los imperiales que, pasado el primer momento de estupor posterior a la pérdida de aquella joya, se habían tomado el tiempo necesario para preparar una formidable contraofensiva bajo el mando del gobernador Zeng Guofan.

Al otro lado de los muros, las mujeres y niños caminaban con dificultad a causa de la estrechez del camino que no permitía absorber la creciente marea de fugitivos.

—¡Avanzad más deprisa! ¡Más deprisa, que la gente se acumula atrás! —se puso a gritar un esbirro antes de enarbolar un largo látigo que no tardó en descargar en los hombros de quienes tenía a su alcance.

Para evitar que se perdieran en medio de aquella corriente humana que los llevaba consigo, Laura dio una mano a su hijo y otra a su hermano.

—¡Pero si es el Príncipe de la Voz Muda! —murmuró estupefacta una menuda mujer negra de mugre, más flaca que una tabla, que empujaba con trabajos un carro en el que había amontonado sus escasas pertenencias.

Enseguida, todos reconocieron al joven que Hong Xiuquan utilizaba como médium y, con gran contrariedad de la joven inglesa, que por nada del mundo habría querido que las autoridades se enterasen de que había desobedecido las órdenes del Tianwan llevándose a su hermano en su huida, se formó un corro en torno a Joe.

—¡Loado sea Dios! ¡El Príncipe de la Voz Muda está en medio de las mujeres y los niños! —exclamó otra fugitiva que se había precipitado hacia el mongólico para besarle los pies.

Todos tendieron la mano para tocarlo, ya que se suponía que daba suerte, y en cuestión de segundos, en la procesión de miserables mujeres y niños, un alborozado murmullo puntuado de acciones de gracia y señales de la cruz sucedió a los gemidos y llantos ahogados. La noticia corría de boca en boca: ¡si el Príncipe de la Voz Muda estaba entre ellos, era porque el Tianwan lo había enviado para mostrarles el camino!

El interesado, por su parte, ufano por haber recuperado su estatuto de semidiós, lucía una cara de beatitud riendo a carcajadas.

—¡Mamá, toda esta gente quiere que el tío Joe dirija las oraciones! —dedujo Pablo, que no sabía si compartir la alegría de su tío o la angustia que percibía en la mirada de su madre.

Laura no sabía qué actitud adoptar. En ese momento, se había detenido de nuevo porque la multitud de devotos concentrados en torno a ellos les impedía caminar. Era arriesgado quedarse allí, puesto que, cuanto más tiempo transcurriera, mayores eran

las probabilidades de que el Tianwan enviara a sus guardias tras ellos a fin de recuperar a Joe. Entonces, percibió un trozo de pared por la que trepó antes de ayudar a su hermano a subir también. Pablo Destello de Luna se apresuró a seguir su ejemplo. A lo lejos, apenas a dos kilómetros de distancia, vio brillar el río Azul hacia el cual descendía, muy despacio, la muchedumbre de refugiados. Haciendo separar los brazos a Joe, sorprendida por su propia osadía, comenzó a arengar con voz inexpresiva a la multitud.

—No hay que pararse aquí porque los que vienen detrás no podrán pasar.

El Señor Todopoderoso os pide, a través del Príncipe de la Voz Muda, que prosigáis camino hacia el río Azul.

En un instante, el rumor se propagó, transmitiendo las palabras de la joven. Mientras su hermano se contoneaba, orgulloso de ejecutar el consabido número mediático, se reanudó el desfile en medio de himnos de alabanza al Tianwan.

—¡Joe, tenemos que bajar al río! —suplicó Laura, observando que su hermano no estaba dispuesto a abandonar su tribuna ante la cual todos se postraban, santiguándose, al pasar.

Entre Joe y Pablo Destello de Luna había una gran complicidad. El niño decidió sacar partido de ella saltando de la pared antes de invitar a su tío a perseguirlo como si de un juego se tratara. De este modo, consiguió de él lo que Laura deseaba.

Cuando, al cabo de una hora de marcha bajo un desvaído sol, llegaron por fin a las riberas del Chang Jiang, Laura, que había estado concentrada en otras cuestiones, se acordó de pronto del cofrecillo de marfil que le había llevado el oficial de Hong Xiuquan. Entonces, llevó a su hijo y a su hermano hasta un mirador desierto. La panorámica de un paisaje que parecía verter toda su sustancia hacia un misterioso punto de fuga donde se perdía el río resultaba deslumbrante. Se sentó jadeante en el banco de mármol cubierto de musgo donde antaño iban los emperadores de la dinastía Ming a contemplar las últimas luces del crepúsculo en el momento en que inundaban de oro y púrpura al rey de los ríos chinos.

Al abrir la caja, vio brillar en su interior los *liang* de plata que pasó a contar uno por uno. Había exactamente ciento cincuenta. Aquello suponía una buena suma con la cual se podía afrontar con tranquilidad el porvenir. Era evidente que Hong Xiuquan había deseado que no le faltara de nada. Seguramente estaba convencido de que no se volverían a ver. ¿Por qué le habría mandado entregar tal cantidad de dinero si no? Con el corazón encogido, evocó su primer encuentro, cuando su protector se había presentado con su altisonante discurso en casa del pastor Roberts y, después, el gesto que había tenido en el momento del parto, cuando gracias a la Biblia había salvado la vida de Pablo Destello de Luna y la suya.

Pese a sus alocados impulsos, sus extravagancias y su paranoia, siempre guardaría un recuerdo especial de aquel hombre que soñaba con construir en la tierra la Ciudad de Dios, donde cada cual dispondría de cuanto necesitaba, donde todos los hombres vivirían en armonía y en igualdad. Aquel era un vasto programa que, aun

pecando algo de utópico, despertaba la admiración por la persona que se había atrevido a transformarlo en proyecto.

Cuando por fin llegó a la orilla del inmenso río Azul, que en ese momento no tenía de azulado más que el nombre a causa de la capa de bruma que lo aureolaba de gris, divisó varias barcazas hacia las que se encaminó a toda prisa. Las tripulaciones rechazaban con vigor, a base de golpes de bichero, a cuantos no se hallaban en condiciones de pagar un pasaje y que eran, en realidad, la mayoría de evacuados.

—¿Adonde va este barco? —preguntó a uno de los marineros que impedía la entrada a un gran barco.

El hombre observó con recelo a aquella nariguda de pelo claro perdida en medio de la multitud de gente de cabello negro que se aglomeraba en torno a su embarcación como moscas en torno a una mancha de miel.

—¡A ninguna parte! —contestó con aspereza—. Pasa de largo. ¡Este barco no es para ti!

Laura hizo destellar ante su vista un *liang* de plata. El marinero cambió de actitud al instante, dedicándole una improvisada sonrisa.

—¡Otro más y os llevo a los tres hasta Shanghái, pasando por Suzhou! ¡Llegaremos en solo dos días de navegación! —afirmó el hombre, descubriendo el desdentado y pútrido antro que le servía de boca.

Desviando la mirada para evitar recibir de frente el mal aliento y los miasmas del opiómano, le puso dos monedas de plata en la mano.

En el momento en que su hermana se disponía a hacerle atravesar la estrecha plancha que permitía subir a bordo de la barcaza, Joe se envaró y estuvo a punto de perder el equilibrio. Entonces, Pablo Destello de Luna se acercó a él.

—Tío Joe, tenemos que embarcar... ¡Ven conmigo! —insistió sonriéndole.

Joe, no obstante, persistía en su rechazo, completamente atrincherado en sí mismo.

Ante la aterrorizada mirada de su madre, el pequeño tomó de la mano a su tío y lo atrajo lentamente hacia la pasarela. Joe se dejó conducir, pero cuando puso un pie en ella lo asaltó el pánico ante el vacío y con un alarido de pavor se agachó como un gato temeroso de caer al agua, con lo que provocó un peligroso vaivén en la pasarela, que la lluvia había vuelto resbaladiza.

Laura, que ya veía bascular a su hermano en las negruzcas aguas del río, se puso a chillar.

—¡Por favor te lo pido, mi pequeño Joe: no hagas eso ahora! Avanza despacio y, sobre todo, no te dejes vencer por el pánico.

En el muelle, en medio del tenso silencio que había sustituido a los gritos y vituperios de las personas que no podían subir a bordo, todos temían por la vida del Príncipe de la Voz Muda. Por ello, cuando a base de mil argucias y de una hábil reptación, Pablo logró conducir a su tío hacia la cubierta, una salva de aplausos celebró aquella considerable proeza.

Bajo unos negros nubarrones prontos a descargar su espesa cortina de gotas sobre la tierra, Laura se disponía a tomar asiento en la borda para reponerse un poco, cuando de improviso oyó un estruendo que la indujo a alargar el cuello. En la lejanía advirtió tres jinetes ante cuyos sables desenvainados y monturas al galope se apartaba la temerosa muchedumbre de mujeres y niños. Se agarró, desencajada, a la borda. En menos de diez minutos estarían allí... y podrían desbaratar su tentativa de huida.

Procurando mantener la calma, sacó diez *taels* de plata del cofrecillo del Tianwan y se precipitó hacia la parte posterior del barco.

—Quiero hablar con el capitán... —pidió al primer marinero con que se topó, un muchacho que no debía de tener todavía quince años.

—Está allí, sentado al lado del timón —le respondió el joven, señalando a un chino gordo que comía altramuces, arrellanado en un sillón al que había atado una sombrilla.

—¿Sería posible zarpar de inmediato? —le suplicó al tiempo que le mostraba las monedas extendidas en la palma de la mano.

Tras asestarle una torva mirada, el hombre se metió los diez *taels* en el bolsillo y sin el menor comentario sacó un pequeño cuerno en el que sopló tres veces seguidas.

Unos minutos después, a la manera de un gran animal que aprovechara la potencia de la corriente, la barcaza comenzó a deslizarse y, al comprobar que se encontraban ya lejos de la orilla, Laura se enjugó, aliviada, una lágrima.

Mirando cómo el estrave hendía a velocidad creciente las olas cual arado que preparara la siembra, la joven se preguntaba con angustia qué cosecha le iba a deparar.

¿Llegaría sana y salva a Shanghái con su hijo y su hermano?

A ambos lados de la embarcación, en la desvaída luz perlada del sol que a duras penas lograba traspasar el velo de nubes, los árboles, los arrozales y las colinas desfilaban muy deprisa, como si fueran las ilustraciones de un libro cuyas páginas pasaba una gigantesca e invisible mano.

Entonces, consciente de que se abría un nuevo capítulo de su vida, Laura se hincó de rodillas para implorar a Dios que le concediera el favor de encontrar al hombre a quien nunca había dejado de amar.

LXV

Shantou

17 de diciembre de 1854

¿No se habría convertido ya en barco el árbol? Desde que había salido de Zhangzhou, caminando a paso vivo contra un obstinado y violento viento marino, La Piedra de Luna no paraba de rumiar aquella frase mediante la cual Confucio describía una situación que se había vuelto irreversible.

Entre Laura Clearstone y Peonía Maculada de Rosa, ¿a quién debía elegir?

Aquella pregunta no paraba de atormentarlo desde que la hija de Joseph Zhong le había declarado su afecto. Él le estaba agradecido por haberlo salvado de una muerte ineluctable cuando temblaba de fiebre. ¿Acaso no era aquel un gesto de amor? ¿Tenía que aceptar, no obstante, los tiernos asaltos de aquella joven china, renunciando a su querida Laura? ¿Tendría, sobre todo, la fuerza y la voluntad de seguir por aquella vía rompiendo con un pasado del que nunca se había repuesto? Mientras se hallaba al lado del padre Monceau, acaparado por un sinfín de quehaceres, había evitado elegir, pero ahora que iba a volver a ver a Peonía, sentía que tendría que llegar a una decisión.

La brisa cargada de gotas de agua lo obligó a buscar refugio detrás de una gran roca en forma de estela situada encima del camino. Se sentó en la tierra húmeda, apoyado en el granito que unos líquenes teñían de amarillo claro y, sorprendido por la misteriosa paz que reinaba a la sombra de la piedra erguida, dejó vagar por fin el pensamiento.

Tal como había insistido en señalarle durante semanas el joven lazarista, faltaba poco para la Navidad de los cristianos, una fiesta en la que los niños eran los reyes, agasajados a base de regalos. Pensó en Laura y en su hijo. ¿Cómo pasarían la Navidad? ¿Recibiría un regalo el pequeño? ¿Estarían vivos ambos? ¿Los volvería a ver? Las preguntas se acumulaban como nunca en la cancela de sus dudas y de sus esperanzas. Se le antojó que las posibilidades de ver a Laura eran tan escasas a aquellas alturas que necesitaría la ayuda de una potencia sobrenatural para que tal suceso se hiciera realidad.

¿Buda? ¿Dios? ¿El Tao? Según sus culturas, cual enanos incapaces de caminar solos en el denso bosque de la existencia plagado de peligros, los hombres recurrían a aquellos conceptos inexplicables que se encarnaban en seres sobrenaturales o en fuerzas superiores. Entre aquellas tres vías supremas, La Piedra de Luna no tenía ya ninguna inclinación particular. Él prefería atenerse a la sentencia de Zhuangzi que rezaba: «Los encuentros son siempre el fruto de un celeste azar».

Acariciando las algas y las minúsculas setas, rugosas como la piel de un lagarto,

que recubrían la piedra con un verdadero abrigo de arlequín, se puso a contemplar el extraño espectáculo del cielo preñado de tormenta. En la lontananza, los relámpagos estriaban unos espesos nubarrones cuyos contornos orlaba aún con una fina capa de polvo de oro el insistente sol. Como se decía que las piedras erguidas atraían los rayos, optó por reanudar camino.

Para ir de Zhangzhou a Shantou eran precisas normalmente tres jornadas de marcha, pero él había tardado la mitad de tiempo en recorrer la distancia, de tal modo que se encontraba a dos horas de camino de la aldea de pescadores. Pese a la aprensión que le producía el momento del reencuentro con Peonía Maculada de Rosa, tenía prisa por llegar para cortar de un tajo el terrible nudo gordiano que le impedía avanzar. Había decidido dejarse guiar por su instinto para efectuar la elección. Así se remitía a los sentimientos que le inspiraría en el momento en que la tuviera frente a él. En el estadio en que se hallaba, no tenía más alternativa que dejar hablar a sus sentidos, puesto que tenía más confianza en ellos que en su intelecto.

Un tenue olor a yodo penetró en su nariz, llegado a lomos de las bruscas rachas de viento que combaban las copas de los árboles. No debía de encontrarse lejos de la costa. Su proximidad se deducía por los troncos de los bambúes arqueados por la violencia de los vientos marinos y la ausencia de agujas en las ramas de las coníferas próximas al océano. Cada vez estaba más oscuro el cielo.

Notó una presión en el corazón cuando el camino desembocó de repente ante el gran espejo plano del mar enturbiado por una leve calima, festoneado por las blancas ondulaciones de las olas y contenido por la vigorosa armazón de la costa donde se divisaban los techos del pueblecito de pescadores.

La repentina visión de Shantou lo llevó a pensar en los doce meses transcurridos desde aquel furtivo beso que había intercambiado, en ese mismo lugar, con la hija de Joseph Zhong.

Aquel breve año le había dado la impresión de durar tan solo unos días por lo atareado que había estado con las gigantescas obras de construcción del dispensario emprendidas por el padre Monceau y que, en modo alguno, habría podido llevar a buen puerto sin la eficaz colaboración de La Piedra de Luna.

Lo cierto era que no todo había salido rodado. Las autoridades locales no habían parado de erigir obstáculos ante el lazarista, que en su ingenuidad creía poder construir sin más su hospital en el solar contiguo al presbiterio.

El día en que La Piedra de Luna se disponía a hacer descargar los primeros golpes de pico a la cuadrilla de jornaleros que tenía a sus órdenes, se había presentado un hombrecillo barbudo enviado por el subprefecto de Zhangzhou. Aquel funcionario encargado de la aplicación de las leyes territoriales les había explicado que el terreno pertenecía a la administración y estaba prohibido levantar cualquier construcción allí sin la autorización expresa de esta. Por más que Alexandre Monceau le expusiera que quería construir un edificio de servicio público del que se beneficiarían todos los ciudadanos, el mandarín había declarado al hijo secreto de Daoguang, que hacía las

veces de intérprete, que, sin el certificado de urbanismo, la policía prohibiría la entrada de los obreros al terreno.

—¡Pues le va a decir a su superior que no pienso someterme a sus ineptas directivas! —había replicado con enojo el lazarista, convencido de que lo asistía la razón.

Con tacto, La Piedra de Luna había intentado hacerle comprender que, si iniciaba un pulso con la administración, corría grandes riesgos de perder la partida, pero el sacerdote francés se había obstinado en su postura.

—¡No seréis vosotros los que vengáis a darme lecciones! —había espetado con arrogancia el joven religioso.

Al día siguiente, viendo la treintena de policías armados que impedían el acceso al solar, Alexandre, muy pesaroso, había tenido que dar marcha atrás. Durante los días posteriores, La Piedra de Luna le había ayudado a redactar un informe en el que expresaba al subprefecto las ventajas que supondría para los habitantes de Zhangzhou la presencia de un hospital donde todos podían recibir cuidados gratuitos «en nombre de Nuestro Señor Jesucristo». Después, había caligrafiado con aplicación el texto en caracteres administrativos antes de enrollarlo y meterlo en un estuche de bambú que llevó a la subprefectura. Allí lo había recibido un impávido mandarín que había rehusado pronunciarse sobre el plazo que podía tardar la eventual autorización de construir. De regreso al presbiterio, La Piedra de Luna habló de nuevo con el lazarista.

—Si no le pagáis al subprefecto, me temo mucho que todo el proyecto quede parado.

—¡Pero eso es una flagrante ilegalidad! —había contestado con ímpetu el religioso—. ¡La administración está al servicio del ciudadano y no al revés!

—Por desgracia, aquí eso es moneda corriente. Como el Estado no les paga como es debido, los funcionarios públicos recaudan sus diezmos directamente de la población.

—¡Y encima, tú te pones a defenderlos! —había espetado Alexandre.

—¡Os estoy explicando la situación tal cual es, padre Monceau! ¡Yo no apruebo para nada la actitud de ese mandarín!

—En este país hacen falta unos valores morales... ¡Ojalá que se convierta a las enseñanzas de Cristo!

Después de tres semanas de titubeos, con lágrimas de sangre y sin ocultar la repugnancia que le inspiraban tales prácticas, el misionero católico había hecho llevar a La Piedra de Luna cincuenta *taels* de plata a la subprefectura. Era casi la mitad del dinero que le habían confiado en la calle de Sévres para su instalación en China. No obstante, como si fueran una señal venida del cielo para demostrar la urgencia con que había que convertir a los chinos a los ideales cristianos, lejos de desanimarlo, parecía como si aquellas primeras dificultades hubieran multiplicado sus energías. Apenas hubo llegado la autorización administrativa, aproximadamente un mes

después de la entrega del dinero —ya que de acuerdo con la ley, el certificado debía firmarlo el gobernador de la provincia en persona—, Alexandre había emprendido la primera fase de las obras, consistente en limpiar toda la basura del solar. Venciendo el asco, La Piedra de Luna había supervisado con estoicismo la evacuación de las materias fecales que los hortelanos de los alrededores vertían en el inmenso hoyo que habían cavado en el centro de aquel terreno arcilloso.

—¡Toda esta gente es una cerda! —había exclamado el joven sacerdote cuando su acólito le había explicado el motivo de la pestilencia que planeaba sobre la sede del futuro hospital.

El hijo secreto del emperador había estado tentado de responderle agriamente que el estiércol humano era el más eficaz, pero se había reprimido. Si empezaba a discutir con Monceau, se exponía a pasar los días enteros en ese quehacer, porque este no paraba de expresar juicios de lo más perentorio con respecto a las costumbres de los chinos.

Ocho meses después del inicio de las obras y a costa de un intenso trabajo, ya que habían tenido que trasladar hasta allí todos los materiales necesarios para la construcción, las paredes de un flamante dispensario habían brotado por fin de la tierra y el padre Monceau había bendecido con regocijo la última teja que La Piedra de Luna había colocado en el tejado. La segunda fase de las obras, que se preveía mucho más corta que la primera puesto que se trataba solo de acondicionar los espacios interiores, iba a poder comenzar por fin y, tal como había convenido con Joseph Zhong, el calígrafo regresaba a Shantou para ponerlo al corriente de la conclusión del grueso de los trabajos.

Aquellas cincuenta y dos semanas de cohabitación con el joven lazarista le habían permitido conocerlo mejor. Alexandre tenía su faceta horripilante cuando abrumaba a La Piedra de Luna con sus consideraciones sobre Dios o el catolicismo sin tomar en cuenta su punto de vista sobre la cuestión o cuando declaraba con orgullo que pensaba bautizar a la fuerza a todos los niños menores de cinco años cuyos padres acudieran al dispensario. Conviene decir que, en ese sentido, estaba en sintonía con la postura oficial de la Iglesia católica, que alentaba esa clase de prácticas entre sus misioneros, cosa que en ocasiones provocaba en los parientes de las jóvenes «víctimas» reacciones xenófobas que podían llegar a ser de una extrema violencia. El joven lazarista tenía, con todo, un lado conmovedor, con aquel enorme deseo de obrar el bien que lo llevaba a invertir sin reparar en gastos en la organización de un comedor donde todos los pobres podían comer, a dar con constancia las clases de catecismo a los pocos fieles que habían ido a parar a ellas o a imaginar, incluso, un extravagante sistema destinado a los bautismos en masa que consistía en instalar en el dispensario un potente chorro de agua santificadora delante de la cual podrían presentarse los niños por tandas de veinte o treinta...

—No estoy seguro de que un niño de tres años esté en disposición de decantarse por tal o cual religión —había objetado La Piedra de Luna después de escuchar el

vigoroso sermón que Alexandre le había dedicado sobre la cuestión.

—¡No hay nada más hermoso que permitir que los niños vayan al paraíso! Mi vocación es sacar a los chinos del pecado en el que viven.

Por primera vez, el joven calígrafo salió de su reserva para plantear al joven lazarista la noción de relatividad de la que lo consideraba falto en extremo.

—¿Y lo que es verdadero para vos lo es también para los otros, padre Monceau?

—¡Solo existe una única verdad, la del Dios Todopoderoso y misericordioso! ¡Y todos los días rezo para que esta inunde tu alma! —tronó el lazarista.

—Pero ¿por qué el Dios Todopoderoso deja a tantos hombres y mujeres en la ignorancia de su existencia?

—Corresponde a las personas nacidas, como yo, en Occidente y que han tenido la suerte de conocer la existencia de Dios, así como la de Cristo, convertir a los otros hombres..., los infieles que viven en el oscurantismo en los otros continentes, en África o en Asia por ejemplo...

—Pero si estos son felices con sus ídolos, ¿por qué habría que obligarlos a cambiar de religión?

Consternado por la objeción, Monceau adoptó una actitud entre condescendiente y apenada.

—¡El quid de la cuestión, mi querido La Piedra de Luna, no está en la felicidad, sino más bien en la salvación! ¿No crees que, después de la muerte, es preferible ir al cielo que al infierno?

El chino había estado a punto de contestar al lazarista que él buscaba el paraíso ahora y aquí pero, convencido de que este se lo tomaría mal y sin ganas de humillarlo, se contuvo.

Monceau, a quien nada parecía imposible, había hecho colgar por todo Zhangzhou unos días antes de terminar la primera fase de las obras unos letreros donde se anunciaba la próxima inauguración de un «hospital del pueblo» regentado por la Iglesia católica, abierto a todas las personas con necesidad de cuidados médicos. Al día siguiente, al presbiterio afluyó una multitud de hombres, mujeres y niños esqueléticos. Haciendo acopio de valor, Alexandre se había puesto a predicar en nombre de Jesucristo a aquella pobre gente enclenque y tullida entre la que no faltaban leprosos de extremidades roídas por su mal, sarnosos con la piel cubierta de escamas y sabandijas, paráliticos que solo podían desplazarse agachados o posados en planchas provistas de ruedas o tuberculosos que al borde de la muerte escupían partículas de pulmón cada vez que abrían la boca.

Satisfecho por el éxito imprevisto de su anuncio, Alexandre procuró superar la profunda repugnancia que le inspiraba aquel populacho inmundo.

—Pronto, toda esta gente será salvada... —dijo a la Piedra de Luna.

El sacerdote se refería no solo a su enfermedad, sino al bautismo que tenía previsto administrarles en cuanto ingresaran en el dispensario.

Conviene precisar que, al igual que la ortiga o la zanahoria silvestre, esas plantas

tan resistentes que se adaptan a cualquier terreno, el joven lazarista estaba tan obsesionado con el más allá que no había tardado en acostumbrarse al espectáculo de la enfermedad y de la miseria terrenas que en aquella empobrecida China estaban representadas en toda su variedad.

—Al principio, cuando me cruzaba con pobres en la calle, me sentía culpable... Al final, uno se habitúa a la fuerza. ¡Además, vosotros, los chinos, parecéis aceptarlo sin problema! —había confiado a su ayudante una noche en que se habían topado con los cadáveres de dos recién nacidos gemelos que su madre había dejado delante de la puerta del presbiterio.

Horrorizado por aquellas palabras, abandonando por una vez su reserva y deferencia naturales, La Piedra de Luna le replicó con cara de rabia:

—Yo no me voy a acostumbrar nunca...

—Sois tan numerosos que me parece ilusorio imaginar que todos podáis llegar a saciar el hambre.

Una vez hubo enunciado, con el anodino tono de una verdad evidente, aquella abrumadora constatación, el sacerdote se fue a leer su breviario en su habitación, con la conciencia plenamente tranquila, como si nada hubiera pasado.

No era precisamente la compasión lo que acongojaba a Monceau, pese a que siempre tenía en la boca las palabras «prójimo» y «caridad», pensaba La Piedra de Luna cuando, en el último recodo del camino que conducía a Shantou, se le apareció de pronto un océano gris y agitado que borró la imagen de aquel joven sacerdote con el que no tenía gran cosa en común, aparte de pertenecer también al género humano.

Mar adentro, la tempestad arreciaba bajo la intermitencia de los relámpagos, ofreciendo un marcado contraste con la misteriosa paz que se extiende sobre el agua cuando está en calma. Sumada a las rachas que venían del océano, la gélida brisa llegada de la tierra le helaba la cara, obligándolo a abotonarse hasta el cuello el grueso abrigo de lana, y hacía alcanzar la altura de un edificio de tres pisos a las olas, que luego se abatían a la manera de violentos surtidores de espuma sobre las negruzcas rocas.

Después de permanecer paralizado por la visión y el estrépito de aquellas lancinantes descargas, se encaminó hacia la aldea con el corazón oprimido por una extraña aprensión.

Cuando llegó, le pareció desierto. La llovizna había dejado de repente paso a un cielo barrido por los vientos marinos que, habiendo ahuyentado la tormenta, se expresaban con una lengua de una abrupta belleza encima de las decrepitas casuchas. A lo largo de los callejones, como pobres huerfanillas abandonadas, las chabolas de los pescadores se le antojaban aún más endeble que antaño, acompañadas de un curioso olor agrio que emanaba de sus puertas, abiertas todas, cual órganos que, expuestos al aire, dejan escapar el hálito vital Qi del cuerpo.

Cada vez más intrigado, se encaminó hacia el único rastro de vida presente, encarnado en una pareja de viejos sentados en el umbral de lo que, a juzgar por el

letrero que aún colgaba de la fachada, debió de haber sido el establecimiento de un escribano público. El hombre, cuyo rostro surcado de nobles arrugas evidenciaba un terrible abatimiento, sostenía en la mano todo lo que le quedaba: unos cuantos pinceles y una piedra de tinta. La mujer, con el pecho agitado por los sollozos, hundía la cara en el pecho de su marido.

Cuanto más se acercaba al anciano, más se acentuaba su expresión de miedo.

—Parecéis sumidos en la aflicción... ¿Qué ocurre? —preguntó cuando se halló a unos pasos de los viejos, que temblaban como azogados.

—Disculpa, creía que tenías el pelo largo... —farfulló el esposo.

—¿Me habéis tomado por un *taiping*? —dijo La Piedra de Luna, pasándose la mano sobre el cráneo rapado del que no sobresalía trenza alguna.

—Solo de lejos... Estoy perdiendo la vista... —explicó atribulado el anciano.

El joven chino se decidió entonces a formular la pregunta que le quemaba en los labios.

—¿Qué se ha hecho de la gente del pueblo?

—¿Conoces la frase de Mencio: «Cuando uno es feliz, lo ignora, igual que el barco ignora la corriente»? —le contestó el viejo letrado.

—Mi padre me la hizo caligrafiar varias veces.

—Ahora que la desgracia se ha abatido sobre nosotros, te puedo asegurar que ayer éramos felices, aunque pasásemos necesidad —se lamentó el anciano.

—¿Por qué dices eso? —exclamó con angustia La Piedra de Luna, sospechando que en Shantou acababa de producirse un horrible drama.

—Ayer, al anochecer, los hombres de cabello largo cercaron Shantou... —explicó entre sollozos la mujer.

—Manejaban la espada con un destreza en la que se veía de sobra lo acostumbrados que están a exterminar... Con antorchas, incendiaban las casas después de echar afuera a sus habitantes —añadió el marido.

—Ahora entiendo por qué está vacío el pueblo... Todos los habitantes huyeron de los *taiping*...

—¡Por desgracia, no!

—¿Qué queréis decir?

—Ve hasta el final de la calle y lo comprenderás... —dijo con lasitud el viejo letrado.

Temiendo lo peor, La Piedra de Luna cumplió con paso vacilante la indicación. Al llegar a la esquina de un almacén, lo que vio superaba la peor pesadilla que hubiera padecido nunca. En una fosa dejada a cielo abierto se amontonaban centenares de cadáveres ensangrentados, tan apelotonados unos contra otros que parecía como si los hubiera comprimido una enorme prensa. El diluvio que había caído sobre la zona y que había transformado las calles de la aldea en vigorosos torrentes había llenado la tumba colectiva de un líquido amarronado que desbordaba a través de unos minúsculos surcos repartidos en la arcilla en una monstruosa red de palpitantes

venillas.

Apabullado, abandonó aquel lúgubre yacimiento de muerte para regresar con paso lento junto a la pareja de viejos.

—Nuestros dos hijos, nuestras dos nueras y nuestros ocho nietos yacen en la fosa... ¡Los cabelleras largas habían decidido exterminar a toda la población de la aldea! —chilló la vieja dándose puñetazos en el pecho.

—¿Por qué tanta crueldad? —planteó rebosante de cólera La Piedra de Luna.

—Su jefe estaba bajo los efectos del opio... ¡El resto de la banda lo componían unos niños de menos de quince años que lo obedecían ciegamente! —respondió con amargura el viejo calígrafo.

—¿Sabéis qué ha sido de la familia Zhong? —le preguntó jadeante el hijo secreto de Daoguang.

—¿Los que transformaron los astilleros en dispensario?

—¡Sí!

—No sé nada... Ve a ver. Quizá tuvieran tiempo de escapar... Los ricos siempre están mejor informados que los pobres —atenazado por la inquietud, el joven se dispuso a precipitarse hacia el domicilio de Peonía Maculada de Rosa—. Ten cuidado —añadió, con infinito cansancio en la voz, el viejo letrado—. Todavía rondan por la zona algunos cabelleras largas en busca de alcohol y de opio.

Atravesó a toda prisa el pueblo mártir, procurando no prestar atención a los cadáveres que los *taiping* no se habían tomado la molestia de arrastrar hasta la fosa común. Cuando divisó las ruinas todavía humeantes del dispensario y de la casa de Joseph Zhong, sintió que se le encogía el corazón, asaltado por el convencimiento de que aquella familia china convertida al catolicismo había corrido una atroz suerte.

Cual fantasma errante, sin hacer el menor ruido, entró de puntillas en el patio y, sin atreverse a echar una ojeada, pasó de largo delante de la devastada reserva de plantas para dirigirse a la sala principal de la casa. Esta había quedado reducida a un deprimente reducto de paredes ennegrecidas de cuyo mobiliario solo quedaba el vestigio de las cenizas. Salió para ir al único astillero que Joseph había conservado, donde rodeó la decena de barcas vueltas boca abajo que se guardaban allí. Los *taiping* las habían dejado intactas. En el momento en que iba a trasladarse al almacén de plantas, oyó unos pasos y apenas tuvo tiempo para abalanzarse, jadeante, debajo de la quilla de uno de los largos botes.

Agazapado bajo las planchas, asfixiado casi por el fuerte olor a brea del calafateado que aún no había secado, vio pasar una serie de pies descalzos, grisáceos y encallecidos.

—¡Es inútil buscar por aquí! ¡No hay nada que valga la pena! —exclamó una voz infantil, inocente casi.

Imaginó a aquel joven *taiping* sembrando la muerte, después de tomar unos tragos de aguardiente para infundirse valor, descargando la espada contra el cuello de sus víctimas antes de arrancarles los ojos y cortarles la lengua tal como preveía el manual

guerrero del Tianwan.

Cuando se hizo de nuevo el silencio, salió sin resuello de su escondite y se precipitó hacia el almacén de remedios. En medio de los restos de bambú, de hojas de loto y de peonía arborescente, de hierba pastel, de verdolaga silvestre, de genciana, de fresno, de pedo de lobo y de cuerno de rinoceronte, yacían tres cadáveres decapitados. Cuando descubrió la cara de Peonía Maculada de Rosa, con los ojos entornados, que reposaba sobre unos pedazos de corteza de magnolia a un metro más o menos de distancia de su cuerpo destripado, el estómago le dio un vuelco y un hilo de bilis le inundó la boca, obligándolo a vomitar. Cayó de rodillas, pensando que si hubiera llegado el día anterior, también él habría perecido, degollado como un cerdo. ¿A quién debía darle las gracias? Cuando advirtió con sorpresa que con mano trémula trazaba la señal de la cruz de los cristianos sobre la frente de los tres Zhong, empezando por el padre y acabando por la hija, que tanto soñaba con casarse con él, tuvo la impresión de que una fuerza superior había guiado su mano.

Al cabo de unos segundos, consciente de que no era prudente quedarse más allí, ya que los *taiping* podían volver en cualquier momento, se levantó para salir con precipitación al patio.

El sol que lo inundaba, haciendo brillar los restos de hollín de las paredes destrozadas y de las vigas calcinadas, le calentó el cuerpo. Aunque no le reconfortó el ánimo, armándose una vez más de valor optó por interpretar como una señal positiva aquella mejoría en el tiempo.

Para infundirse energías, palpó el estuche de pinceles. La lisura del bambú pulido fue como un bálsamo instantáneo para su corazón.

La desdicha y la felicidad están una al lado de otra.

La expresión confuciana podía adquirir pleno sentido siempre y cuando se sustrajera a la desgracia de Shantou. Esa era la condición indispensable para que la felicidad tuviera una posibilidad de llegar hasta él como la flecha que alcanza su blanco.

A menudo las personas se complacen en la desgracia porque esta las culpabiliza y las persuade de que una vez que esta se ha abatido sobre ellas, toda felicidad resulta inaccesible.

No complacerse en la desgracia. Ahuyentar de sí la desdicha...tal como se ahuyentaba la enfermedad, a través de los remedios y ejercicios respiratorios adecuados.

El método taoísta podía darle resultado, a condición de que tuviera la fuerza y la voluntad para aplicárselo a sí mismo.

Como si la vida hubiera decidido no dejarle más alternativa que proseguir la suya, La Piedra de Luna comprobaba que su voluntad de seguir adelante seguía intacta. A pesar de la muerte de Peonía, a pesar de la desgracia que se había cebado en Shantou, tenía que seguir su camino, ir hacia el destino que lo impulsaba a apartarse sin tardanza de aquellos escenarios de muerte para trasladarse hacia otros cielos que

cabía esperar más clementes...

¿La felicidad lo aguardaría, por una vez, al final del camino?

La desdicha y la felicidad están una al lado de otra.

Una felicidad borra diez mil desdichas.

Tenía que conseguir, a toda costa, aquella felicidad.

Entonces, a tientas, como un autómata, sin plantearse siquiera adonde debía ir, pero convencido con todo de que Laura lo aguardaba allá adonde fuera, volvió a ponerse en camino...

LXVI

Shanghái
17 de marzo de 1855

—¡Su pequeño Pablo tiene madera para llegar a ser un gran médico o un ilustre abogado, señora Clearstone! —pronosticó Janie Greenwich, al tiempo que presentaba a Laura un plato de pastas repletas de mantequilla, para luego ponerse a alisar, de una manera mecánica que evidenciaba la repetida costumbre del gesto, el minúsculo pliegue que acababa de formarse en el immaculado mantel.

Janie Greenwich era una mujer bajita de aspecto desmedrado y cabellos grises recogidos en un prieto moño de cuya estabilidad se aseguraba palpándolo con regularidad. Su coquetería la llevaba a ponerse vestidos floreados que siempre combinaba con los colores propios de la estación —malva en invierno, amarillo en primavera, rojo en verano y amarillo en otoño— y a plancharlos hasta que no tuvieran ni la menor «inoportuna arruga», lo cual podía exigirle varias horas.

Hacía cinco años que la señora Greenwich había desembarcado en Shanghái en la estela de su marido, un tal Jay Hammersted Greenwich. Aquel orondo galés de cara roja adornada por un enorme bigote cuyas puntas afilaba con cera había apostado a que los chinos le comprarían los barriles que las grandes propiedades vitícolas de la región de Oporto desdeñaban por ser demasiado caros. Su proyecto chino no había tenido tiempo de irse al garete cuando Jay, que creía ingenuamente que el *whisky* que consumía a razón de una botella por día servía de desinfectante para el agua, sucumbió a la fiebre tifoidea. Desde su muerte, su viuda alquilaba las habitaciones de su casa a los ingleses que estaban de paso mientras esperaba reunir el dinero suficiente para costearse el billete para regresar a Gales, donde tenía a todos sus sobrinos.

Entretanto, la señora Greenwich, que no había tenido hijos, se había prendado del hijo de Laura, al que hacía leer a Dickens y llevaba a pasear al jardín público siempre que el tiempo lo permitía.

—Se desenvuelve bastante bien en todo —repuso sin extenderse Laura, que estaba pensando en otra cosa.

—Prometedme que una vez llegados a Londres, lo llevaréis a un buen colegio. Ya sabéis que el nivel del colegio adonde van los niños es algo de suma importancia. Aunque este pequeño sea muy inteligente, llegará más lejos si lo inscribís en un centro de calidad —aconsejó Janie antes de posar su apergaminado labio superior, semejante al de una tortuga, en la taza de té de porcelana de Wedgewood para aspirar unas cuantas gotas.

Luego, con un gesto imitado que debía de haber repetido unas veinte mil veces

desde su infancia, apoyó un pañuelo de encaje en la boca y ofreció otro pastelillo a Laura, que lo rehusó con un gesto. Como en todas las casas acomodadas del país de Gales, tomar el té en casa de Janie Greenwich suponía poco menos que un auténtico ceremonial.

—Para eso antes deberíamos podernos marchar... En vista del estado de Joe, me temo que no podamos hacerlo en la fecha prevista... —señaló con un suspiro la joven.

Se había resuelto a dar el paso. Aun siendo consciente del inmenso trauma que ocasionaría a Joe, que soportaba mal cambiar de marco, ya no tenía mucho sentido quedarse en China, donde los ciento cincuenta *liang* de plata se agotarían seguramente muy pronto. Cuanto más pasaba el tiempo, menores eran las posibilidades de encontrar a su esposo. Con el corazón en un puño, unos días después de llegar a Shanghái, había ido a las oficinas de Jardine & Matheson a comprar los pasajes para Inglaterra. Solo quedaba un camarote para tres adultos, que consideró oportuno reservar en su totalidad, previendo que la cohabitación con Joe podía resultar molesta para un desconocido.

Teniendo en cuenta el estado de salud de su hermano, ahora era probable que les fuera imposible marcharse el 22 de marzo, tal como estaba previsto.

Laura fue a buscar una jarra de agua hervida y, seguida de la anciana señora que trotaba tras ella como un perro faldero, se dirigió a la habitación de su hermano, un cuarto pequeño decorado con un papel de rayas verdes donde reinaba un olor a cerrado rayano en lo insoportable, debido a que la señora Greenwich exigía, a fin de conservar «la lozanía del papel pintado», que se mantuviera cerrada la ventana.

Hacía diez días que Joe no se encontraba bien. Había adelgazado mucho y pasaba los días dormitando, ardiendo de fiebre. Al observar que tenía unas inquietantes manchas azules en el vientre, temiendo que padeciera la peste, Laura había mandado llamar a un médico chino que le había asegurado que no se trataba de esa enfermedad sino de una carencia del «hálito interno izquierdo y frío», para lo cual había recetado una mezcla de rejalgar y de oropimente. Dos días más tarde, las manchas azules se habían transformado en unas rojeces escamosas, y la fiebre, lejos de ceder, había aumentado.

Laura se acercó a la cama donde el joven yacía de cara a la pared, ovillado como un animal en hibernación. Posó con aprensión la mano en la ardiente frente de su hermano que, a diferencia de otras veces, ni siquiera abrió los ojos.

—Tiene mucha más fiebre que esta mañana —constató con desánimo.

La señora Greenwich, que con sus finos labios murmuraba una oración, se aproximó al enfermo y, tras verter un poco de agua en un vaso, mojó el pulgar en ella para dibujar la señal de la cruz en su frente.

—Le he pedido al reverendo MacTaylor que pase a visitar a vuestro hermano —anunció con expresión de complicidad.

—No creo que lo que Joe necesita sea un pastor...

La vieja galesa elevó la vista al cielo antes de lanzar a su inquilina una mirada cargada de conmiseración.

—El señor MacTaylor es pastor y médico a la vez... ¡Cuando mi pobre Jay sufrió su primer ataque de gota, el señor MacTaylor le administró una buena sangría y al día siguiente ya estaba de pie! Y eso que mi marido padecía un auténtico martirio, podéis creerme. ¡No podía ni caminar de tanto como le dolían y se le hinchaban los dedos de los pies! Ahora viene a verme cada quince días, gracias a lo cual, los microbios me dejan casi en paz.

—¿Cuándo va a pasar ese médico? —inquirió Laura con repentina esperanza.

Como estaba convencida de que no existía ningún médico occidental en Shanghái, no se le había ocurrido hacer venir a uno para examinar a su hermano. ¡Realmente no estaba a la altura de las circunstancias! Entonces, mortificada en extremo, cediendo a un impulso del que enseguida se arrepintió, pero que no dominaba, se arrojó llorando a los brazos de la dama de pelo gris.

—¡De un momento a otro! ¡MacTaylor no falta jamás a una cita! ¡Es, además, muy puntual! No debéis ponerlos así, querida —dijo con voz trémula, turbada por la reacción de la joven inglesa.

—¡Estoy asustada por Joe! Parece como si empeorase de hora en hora... —gimió Laura retorciéndose las manos.

—Los creyentes no deben temer a la muerte. ¡Es Dios quien elige nuestra hora, querida! En cuanto a vuestro viaje, podéis posponerlo sin problema hasta que vuestro hermano se recupere del todo. La compañía naviera os reembolsará el precio de los billetes. Siempre hay una gran cantidad de pasajeros en lista de espera —añadió la galesa con tono sentencioso, tras haber comprobado que su moño seguía impecable.

—Tenéis razón, señora Greenwich. Os ruego que me disculpéis por esta falta de comedimiento.

Laura, que vivía uno de esos intervalos durante los cuales se cierran las puertas del ayer sin haber llegado todavía a abrirse otras nuevas, estaba persuadida de que no podría hacer el duelo por la pérdida de La Piedra de Luna si no se iba de China. Para ella, aquella era la única manera de sustraerse al pasado. La perspectiva de tener que atrasar su marcha le ponía aún más los nervios a flor de piel.

Intentaba introducir en la boca de su hermano una cucharada de agua azucarada cuando la penumbra se acentuó un poco a causa de la impresionante corpulencia del individuo vestido de negro que taponó la entrada de luz por el lado de la puerta.

—¡Buenos días, señorita Clearstone! ¡He oído hablar de vos en los periódicos! ¡Tuvisteis agallas para ir a instalaros en la misma boca del lobo! —afirmó con su estentórea voz el pastor escocés, al tiempo que le trituraba las falanges con su enorme mano.

La joven observó estupefacta a la señora Greenwich, cuyas mejillas se tiñeron de rojo. Era evidente que le había especificado su nombre al escocés.

—Los *taiping* me trataron muy bien —alcanzó a murmurar.

—Con ese loco de Hong, cualquiera podría esperarse lo peor —contestó MacTaylor después de coger el brazo de Joe para tomarle el pulso—. ¡Ese individuo es un auténtico salvaje, aunque también lo son muchos de sus congéneres cuando se vuelcan en el taoísmo! Vamos a ver qué mal aqueja a este enfermo...

—Mi hermano padece un fiebre alta desde hace diez días —explicó Laura muy pálida, observando cómo el escocés palpaba de pies a cabeza a su hermano, que seguía inconsciente.

Por más que el pastor manipulara el cuerpo de Joe, le levantara e hiciera bajar los brazos, le corriera los párpados o lo obligara a abrir la boca, el *trisómico* permanecía inerte, como un trapo.

—Está bastante mal... ¡Lástima que no me llamarais antes! —murmuró MacTaylor dirigiendo la mirada hacia la galesa, que se limitó a formar un círculo con la boca y elevar la vista hacia el cielo.

—La verdad es que no conozco a casi nadie en Shanghái —adujo la joven con la cabeza gacha.

—Y decidme una cosa, ¿estáis segura de que vuestro hermano no tuvo un padre chino? —consideró oportuno comentar el pastor a fin de disminuir la tensión.

Laura alzó la cabeza para fulminar con la mirada al eclesiástico.

—Eso es del todo imposible, señor MacTaylor. El padre de Joe era inglés, al igual que mamá.

—¡Era una broma, señorita Clearstone! ¡Mi colega y amigo el doctor Down realiza unas apasionantes investigaciones sobre los niños que nacen con este tipo de cara mongoloide! —exclamó riendo MacTaylor mientras desabotonaba la camisa de Joe. Luego, ya más serio, preguntó—: ¿Y vuestro hermano tiene uso de la palabra?

—Muy poco —respondió Laura, sin ganas de extenderse sobre la cuestión—. En realidad, Joe nunca ha tenido pleno uso de sus facultades. Yo solo lo he oído expresarse en raras ocasiones.

Al coger la camisa del enfermo, que el pastor le había quitado, comprobó con espanto que estaba empapada de sudor, como si la hubieran metido en un cubo de agua.

—¡Muchos chinos deben de pensar que es uno de los suyos! —señaló el médico, que con su estetoscopio empezaba a auscultar al mongólico.

Joe había adelgazado tanto que la distendida piel del torso semejaba una camisola blanquecina de fofos pliegues surcada por unas delgadas líneas azuladas.

—De eso no hay duda, aquí en China, mi hermano está en su elemento —declaró con tono sombrío Laura, que esperaba angustiada el diagnóstico del gigante escocés.

—¡Señorita Clearstone, siento tener que informaros de que vuestro hermano sufre una fase avanzada de fiebres tercianas! —declaró por fin el pastor, después de guardar el estetoscopio en su bolso de cuero.

—¿Qué remedio le recetáis, doctor? —logró articular la hermana con voz desfalleciente.

El escocés volvió a palpar el cuello del enfermo.

—Está plagado de ganglios, lo cual demuestra que la enfermedad sigue progresando. ¡En cuanto al remedio, señorita Clearstone, no veo otra posibilidad aparte de la sangría! Vuestro hermano tiene la sangre demasiado llena de miasmas para que pueda superar el mal si no se libera un poco el cuerpo de su influjo...

—¿Una sangría? —inquirió la joven con expresión horrorizada.

Aunque conocía el principio, consistente en vaciar el cuerpo del enfermo de una parte de su sangre, hasta entonces estaba convencida de que aquella bárbara práctica que se infligía por cualquier afección hasta finales del siglo XVIII y que había sido la causa única de la muerte de gran cantidad de enfermos, había desaparecido hacía mucho de entre los remedios de la medicina.

—Es un tratamiento muy eficaz. ¡Si mi pobre Jay estuviera con vida, podría recomendaroslo! —exclamó la señora Greenwich, como si MacTaylor necesitara su ayuda.

Laura observó cómo el pastor colocaba las lancetas en un pequeño recipiente de acero en forma de riñón en el que había vertido alcohol de 90 grados.

—¿Podrías esperar un poco, señor MacTaylor...? —musitó con un hilo de voz, como si la asaltara un terrible presentimiento—. Primero debo pensarlo... Mi hermano está muy debilitado... No estoy segura de que vaya a soportar el tratamiento...

Entonces, Janie Greenwich se acercó a su inquilina y le clavó aquellos ojillos suyos, de la misma tonalidad gris que su cabello.

—No hay que llevar la contraria a los médicos, querida —le susurró con irritación, al tiempo que señalaba a Joe con dedo acusador—. Si el señor MacTaylor se enojara, os quedaríais bien servida..., vos y este pobre muchacho...

Para la galesa, que además de beata era hipocondríaca, la doble condición eclesiástica y médica de MacTaylor confería a sus palabras la misma sacralidad que la Biblia.

—Y bien, señorita Clearstone, ¿qué decidís? —preguntó el pastor, que acababa de arremangarse y ponerse un largo delantal que le daba un aspecto de carnicero.

Transcurrieron unos segundos que a Laura se le antojaron siglos.

—¡Adelante! —le respondió al final con voz apagada, como si hubiera dado permiso al verdugo para acabar con Joe.

Incapaz de asistir a aquella intervención, Laura salió del cuarto. Después de agarrotar el brazo derecho de Joe, MacTaylor le clavó con lentitud la punta del estilete. En el mismo instante, el *trisómico* exhaló una especie de gemido que indujo a la señora Greenwich a santiguarse tres veces y a iniciar la recitación de un padrenuestro. El pastor colocó un recipiente bajo el brazo que inundó con sangre del enfermo.

—Señora Greenwich, me parece que no os vi dar vuestro óbolo este mes en el cepillo de la iglesia —señaló.

—Así es, reverendo. Desde finales del año pasado, cada vez me cuesta más alquilar las habitaciones —explicó la galesa, para luego añadir con disgusto—: ¡Los británicos ya no tienen escrúpulos en ir a alojarse entre los habitantes del país! ¡No les da miedo la mugre!

—Los bautistas sinceros están obligados a no pasar nunca por alto su óbolo, señora Greenwich... Nuestras misiones viven tan solo gracias a la generosidad de los fieles. ¡Nosotros no somos como los católicos, que reciben cada mes enormes subsidios del Vaticano!

—¡Ya lo sé, reverendo, ya lo sé! Hace tres meses, di alojamiento gratuito a dos colegas vuestros, los reverendos Stevenson y March..., ¡y cuando mis inquilinos son demasiado pobres para pagarme, no les exijo nada! ¡Y si algún papista viniera a llamar a mi puerta, me negaría a cederle una habitación! —se apresuró a precisar Janie.

—Esa joven a cuyo hermano administro la cura, Laura Clearstone, ¿os paga como es debido cada mes?

—Desde que se hospeda aquí, siempre ha pagado todas las semanas en el tiempo convenido.

—¡Eso está mejor! No está en la miseria.

—¿Cómo lo sabéis?

—Mi estimado colega el reverendo Roberts encontró una bonita suma de dinero entre los efectos de su madre. Murió en su casa, cuando la alojaba junto con esta joven y su hermano. Había ciento veinticinco libras... —especificó con regocijo el escocés, igual que una vieja portera que pusiera al corriente de los últimos chismes a la portera del edificio de enfrente.

—¡Pues si yo tuviera la mitad, ya estaría en Londres! —afirmó con un suspiro Janie.

Apoyada en el marco de la puerta, donde había permanecido a fin de observar la reacción de su hermano frente al bárbaro tratamiento que le administraba MacTaylor, Laura Clearstone no había perdido ripio de la mezquina conversación. No pudiendo soportarlo más, se precipitó en la habitación dispuesta a decirles una cuantas verdades a MacTaylor y a la señora Greenwich, pero el espectáculo de su hermano incorporado, con los ojos entornados y la cabeza de cadavérica palidez inclinada a un lado, cuya sangre caía gota a gota en la palangana detuvo en seco su vengativo impulso.

—Hay que dejarlo descansar hasta mañana por la mañana —declaró MacTaylor al tiempo que comenzaba a guardar su instrumental.

En otras circunstancias, Laura le habría saltado a la yugular.

—Yo diría que este muchacho respira mejor. Estoy segura de que va a experimentar una mejoría espectacular. Si mi pobre Jay estuviera aquí, lo expresaría mejor que yo... —añadió la señora Greenwich.

El pastor se acercó a la joven inglesa y le tendió su manaza pero, incapaz de

estrechársela, esta fingió no haberla visto. Ante tal manifestación de furor, el escocés se batió, turbado, en retirada, seguido de la desconsolada señora Greenwich.

Por la noche, después de acostar a su hijo y haber ido a dar un beso a su hermano, que seguía igual de inmóvil y pálido, la joven abrió de par en par los postigos de su ventana. Como los condenados a muerte que las autoridades exhibían en las esquinas, con los pulmones comprimidos por la ganga que los obligaba a aguantar de puntillas durante horas a fin de evitar quedar ahorcados, experimentaba una imperiosa necesidad de respirar. Pese al resplandor de las linternas y los braseros que habían encendido en los barrios contiguos, el cielo rebosante de estrellas le hizo pensar en un inmenso caldero horadado con un millar de agujeros que hubiera zarandeado un gigante encima de las llamas.

Después de haber aspirado la mayor cantidad de aire posible, la inundó de improviso una inexplicable fatiga, tan invasora como la ebriedad de un alcohólico. Cerró los ojos, embotada y azorada. Cuando creyó que los volvía a abrir, instantes después, comenzó a soñar que era un pájaro capaz de volar tan alto que podía recorrer el firmamento de aquella noche cubierta de una luz azulada, casi mineral, que parecía un marco de teatro. Alcanzar lo inaccesible. Tocar el Yang pese a que ella era el Yin. Fundirse con La Piedra de Luna para lograr la Gran Armonía.

Vagamente consciente de que había huido de la dura realidad que de todas maneras tendría que afrontar, se dejó arrastrar con voluptuosidad hacia aquellos deliciosos abismos del fondo del mar que resultaban tan acogedores cuando en la superficie arreciaba la tormenta...

Al día siguiente, cuando el primer rayo de sol la obligó a abrir un ojo, se encontraba en la cama, vestida. No se había dado cuenta de que había ido a acostarse. Como una lacerante bofetada, el presente se le apareció con dureza, ahuyentando con brusquedad la deliciosa y reconfortante atmósfera con que se había envuelto durante toda la noche.

Atenazada por la aprensión de lo que iba a descubrir, a punto de chocar contra las paredes, se precipitó despavorida hacia la habitación de Joe. Apenas se sorprendió al encontrarlo muerto, al pie de la cama deshecha.

Maldiciendo a MacTaylor y conteniendo un sollozo, se inclinó sobre la cara desfigurada de su pequeño Príncipe de la Voz Muda de la que colgaba, como una raíz de ginseng que le hubieran introducido en la boca, una enorme y espantosa lengua amarillenta, recubierta de protuberancias y excrecencias.

Pese a su infinita tristeza, Laura sentía asimismo una sensación de alivio. ¡Cuántas situaciones difíciles había tenido que afrontar su amado hermano! ¡Tantas ansias y ataques para tan poca satisfacción y un sinfín de chirigotas! El mundo terreno no estaba hecho, sin duda, para los deficientes mentales, que se encontraban ya en el más allá. En ese mismo más allá tenía probablemente cabida Hong Xiuquan, lo que explicaba la complicidad que había entablado con Joe...

Ella no dudaba lo más mínimo de que Dios, junto al cual había enviado a Joe el

estilete del pastor escocés, sabría reconocer a los suyos.

Apaciguada por fin, asumió la certeza de que su hermano habitaba ya en otro mundo.

Un mundo adecuado para él.

Un mundo donde sería, para siempre, igual que los demás.

Asaltada por una terrible angustia, corrió hacia la habitación de su hijo y abrazó con ternura a su pequeño dormido por el que todavía debía velar y rogó al cielo para que aquello durara por siempre jamás...

LXVII

Cantón
19 de marzo de 1855

La felicidad se hacía desear. Hacía varios minutos que aquella adorable chiquilla de grandes ojos negros y pelo tieso, vestida con polvorientos andrajos, observaba con asombro a La Piedra de Luna. Desde la mañana, este permanecía sentado, incapaz de moverse, insensible a las borrascas que se abatían sobre Cantón, con la mirada perdida y un brillo de lágrimas en los ojos, en aquel húmedo banco del Gran Jardín Celestial delante del cual acudían a provocarlo con muecas unos ruidosos niños con ropas que pretendían imitar el estilo europeo.

—¡Señor..., señor! ¿Por qué lloráis? —le preguntó, empinándose sobre sus piececillos descalzos, todavía íntegros.

Al tomar conciencia de su presencia, él se secó a toda prisa las lágrimas.

—¿Cómo te llamas?

—¡La gente me llama La Campanilla! —repuso con una vocecilla aflautada.

—¿Y dónde vives?

—¡Pues en la calle! —exclamó la pequeña mendiga, como si aquello fuera una indiscutible evidencia.

La visión de aquella candorosa y compasiva niña, cuya actitud ofrecía un marcado contraste con la malévola arrogancia de la pandilla de los hijos de «compradores» que no habían parado de importunarlo, fue como un bálsamo para su corazón.

Encandilado con ella, no tuvo que esforzarse para sonreír.

—¡Fíjate, ahora que te tengo delante, La Campanilla, ya no lloro más!

—Me alegro.

—¿Has comido algo desde esta mañana?

Tras sentarse a su lado en el banco de piedra, abrió la mugrienta manecilla para enseñarle un pastel envuelto en una hoja de papel.

—¡Sí! ¡Un vendedor ambulante me ha dado dos pasteles de plátano! Me queda uno, ¿lo queréis? —le ofreció con la seriedad de quien da un buen consejo a su mejor amigo.

La niña cruzó los brazos y se puso a hacer oscilar las piernas, que no le llegaban al suelo. Pese a su indignancia, seguía siendo una niña...

—No, gracias. ¡Eres muy amable, pero no tengo hambre!

Mentía. En realidad llevaba dos días sin comer, pero por nada del mundo habría querido privar a la pequeña de su escasa comida.

Hacía tres meses que La Piedra de Luna malvivía en Cantón, encadenando

trabajos precarios, aquejado de un cansancio cada vez mayor. La energía que había invertido en abandonar la región costera donde las incursiones de los *taiping* se multiplicaban, arrojando bandadas de supervivientes a los caminos, no había tardado en agotarlo, haciendo aflorar el trauma de la masacre de la familia de Joseph Zhong.

Ni siquiera sabía por qué había regresado a Cantón, pese a que antes había huido de aquella ciudad que para él era sinónimo de desgracia, como si fuera una ficha de un juego de la oca condenado por una mala tirada del dado a volver a la casilla de salida.

Como había descartado ejercer la profesión de calígrafo, ya que aquello le habría exigido poner los pies en el barrio de los Calígrafos donde corría el riesgo de ser reconocido, a lo largo de doce semanas había cambiado ya ocho veces de oficio.

Las dificultades económicas ocasionadas por la guerra civil, cuyos efectos se hacían cada vez más palpables entre todos los estratos sociales, disipaban la confianza y el respeto confucianos que venían rigiendo los lazos sociales desde hacía miles de años. Ahora triunfaba la descarnada relación de fuerzas económicas, en la que cada cual trataba de aprovecharse del otro por medio del engaño y la hipocresía. Bajo la presión del opio, China se decantaba hacia un nuevo sistema en el que el miedo y la desconfianza reinaban entre patronos y empleados, gobernantes y administrados, propietarios y campesinos. La violencia de la coerción y de la revuelta sucedía al milenarismo consensado establecido por los códigos rituales implantados en el periodo de los Zhou.

El barro negro estaba ahogando al País del Centro... y las principales víctimas de ese cataclismo eran las personas honradas como La Piedra de Luna que, el mismo día anterior, había tenido que bregar a brazo partido con un mercader de telas que se negaba a pagarle la totalidad de los jornales en los que había trabajado clasificando los miles de retales de algodón y de seda acumulados en un almacén, que llevaban años sin que nadie los ordenara. Una semana antes, se había encontrado con el mismo problema, esa vez con un fabricante de carretillas al que había ayudado a entregar la mercancía a una empresa de transporte extranjera. El hombre le había prometido dos piastras, pero al final no le había dado más que una, con el pretexto de que no había trabajado con bastante celeridad.

El mundo que cabía prever para el futuro, donde cada cual actuaría movido solo por el ansia de ganancias inmediatas, logradas —como no podía ser de otro modo— a costa de otros, no le parecía nada halagüeño.

Aquel descenso a los infiernos que vivía el país que lo había visto nacer lo apenaba sobremanera, invadiéndolo de desánimo. La esperanza de encontrar a Laura menguaba día a día. Aquella constatación bastaba por sí sola para dejarlo desfalleciente como una planta demasiado expuesta al rigor del sol.

—¡Bueno..., yo me voy! —exclamó de repente la niña saltando del banco.

El anuncio lo obligó a abandonar bruscamente las lúgubres y desencantadas reflexiones en las que se regodeaba, como esos búfalos que se revuelcan en el fango

pese a los esfuerzos de sus amos por mantenerlos limpios.

—¡Adiós, La Campanilla, y gracias por todo!

—¿Señor?

La pequeña le tendió la mano y él se la estrechó.

—Prometeme que no vais a llorar más...

—¡Te lo prometo, La Campanilla! —murmuró mientras la observaba alejarse a la pata coja.

Como todos los niños del mundo...

¿Y qué habría sido de su hijo?, se preguntó en el momento en que la silueta de la pequeña mendiga desaparecía, absorbida por el magma vegetal, igual que la pizca de sal que aporta todo su sabor a la sopa que el sacerdote budista hacía hervir durante horas en el trípode de bronce.

¿Se parecería su hijo a él? ¿Tendría algún día la dicha de verlo? O de verla..., porque a él le daba igual, a diferencia de la mayoría de sus trescientos millones de compatriotas, que fuera un niño o una niña.

Escrutó el cielo, cuyo techo de nubes acababa de abrirse, despejando de golpe el vasto espacio del azur donde distinguió sin esfuerzo un vuelo de grullas que constituía un feliz presagio. Entonces, soñó que era un «inmortal» que salía al encuentro de la diosa del río Luo, montada en su carro de nubes tirado por seis dragones, precedida de su cohorte de delfines y aves acuáticas. ¡Cuánto le habría gustado enseñarle a su hijo, tal como lo había hecho su padre con él, ese hermoso poema de tipo Fu^[152], un ejemplo de las composiciones escritas por los grandes maestros de la época del primer emperador Qin Shihuangdi!

Uno quiere dar al propio hijo lo que ha recibido y también lo que no recibió...

Ese amor maternal que tanto había echado de menos él, su hijo lo recibiría gracias a Laura. No obstante, le faltaría siempre el amor de un padre.

Entonces, lo asaltó la convicción de que no tenía derecho, en nombre de ese niño, a dejarse llevar por el desaliento y la inactividad.

Se levantó y dio unos pasos hacia la centenaria magnolia, depositaría de una auténtica veneración por parte de los jardineros del parque, que le quitaban el polvo varias veces al día y recogían cada hoja y cada pétalo que se desprendía de ella. El árbol se desparramaba en mil ramas que se prolongaban en ramilletes de relucientes hojas de un verde intenso, entre las cuales se abría, aquí y allí, una flor inmaculada y fragante, como una cima hacia la cual se concentrara toda la fuerza de la planta. También él debía concentrar sus fuerzas hacia un único objetivo: encontrar a su mitad y al fruto de su amor por ella. Después de posar las manos en el plateado tronco, semejante al cuerpo de un dragón, aspiró una de las flores que tenía a su alcance para después implorar al árbol que lo ayudara a culminar su destino.

Luego, para insuflarse energías y avivar la poca esperanza que le quedaba, se puso a recitar unas frases de Zhuangzi, su filósofo preferido, el mejor compañero de los buenos días y de los malos:

La vida humana, entre el cielo y la tierra, es como un potro blanco que franquea un precipicio: en un segundo, lo salta o cae aplastado. Todos los seres, sean cuales fueren, surgen bruscamente y bruscamente desaparecen, de acuerdo con la regla definida por el Tao. Una transformación los hace nacer y otra los hace morir. Todos los hombres yerran al lamentarse de esta situación cuando lo único que tienen que hacer es desprenderse de su envoltorio natural para adoptar otro, de esencia espiritual... Porque lo informe va hacia la forma y viceversa.

Él era ese potro blanco, capaz de superar todos los obstáculos y saltar todos los barrancos, pero expuesto también a precipitarse en ellos.

La dicha, como la vida, pendía tan solo de un hilo.

Tenía la impresión, no obstante, de conservar todavía ese hilo en la mano: Laura encontraría a su marido y el niño conocería a su padre.

Revigorizado, salió del Gran Jardín Celestial, adonde la gente mayor comenzaba a llevar las jaulas de pájaros para el ceremonial del canto de la noche.

Después de cruzar el barrio de los Medicamentos, se encaminó a la zona de los muelles, donde le agradaba contemplar los barcos que llegaban y zarpaban cargados de mercancías, tratando de adivinar el contenido de las cajas de madera y los fardos de yute acarreados por el incesante desfile de *coolies*, y también de imaginar el lugar de destino de aquellos navíos que viajaban hasta la otra punta del mundo.

Al llegar a una gran plaza cuyos edificios pegados entre sí semejaban una concentración de grandes mamíferos reunidos para beber en una charca, advirtió una casa de estilo occidental con un gran cartel en la fachada que rezaba, en letras verdes sobre fondo rojo, «Club de los Anglófilos». Se acercó. Delante del porche, una especie de sobradillo flanqueado de dos recias columnas, los coches de caballos depositaban a parejas de narigudos muy elegantes, las mujeres con vestido de noche y pamea y los señores con chaqué y chistera y puro en la boca. Aquella escena era la personificación de la arrogancia de los occidentales en terreno conquistado, algo que le inspiraba el más absoluto desprecio.

Se disponía a proseguir su camino cuando, de manera inexplicable, se vio empujado hacia el portero ataviado con librea de color negro y oro que recibía a los invitados, prodigándoles reverencias y cumplidos.

—¿Hablas inglés? —le preguntó este en la lengua de Shakespeare en cuanto lo vio.

—¡Sí! —respondió maquinalmente, y hasta él mismo se sorprendió, porque hacía años que no había pronunciado ni una palabra en inglés.

Aquella escueta respuesta suscitó una ruidosa carcajada en el portero.

—¡Ya era hora! Hace semanas que el señor Johnson busca un camarero bilingüe. ¿Te interesa el trabajo?

—¡Por qué no! —contestó sin mucho entusiasmo La Piedra de Luna, que, en ese

instante preciso, habría preferido irse en un junco rumbo a un lejano país.

—Sígueme. ¡Qué contento se va a poner el señor Johnson! —vaticinó el portero, apoyándole la mano en el hombro.

En el momento en que el joven calígrafo franqueó la puerta del despacho de Lee Johnson, una minúscula habitación que apestaba a tabaco, el propietario y fundador del Club de los Anglófilos hacía cuentas, con una pipa entre los labios y unas antiparras en la nariz. El establecimiento iba viento en popa. El número de miembros del Club de Anglófilos, en el que tanto se jugaba al *bridge* como se hacían negocios, aumentaba al ritmo del crecimiento de las grandes casas de comercio.

—Esta persona habla inglés, señor Johnson —anunció con aire triunfal el portero, antes de situarse detrás del chino.

Lee levantó una cabeza angulosa, cuya parte inferior quedaba cubierta por una canosa barba que no alcanzaba a tapar la protuberancia de la nuez de Adán. Acto seguido, después de observar a La Piedra de Luna y tomarse menos de diez segundos para reflexionar, lo miró directo a los ojos y tomó la palabra.

—¿Podrías repetir esta frase?: «Señora, caballero, bienvenidos al Club de los Anglófilos, ¿en qué puedo servirles?».

La Piedra de Luna cumplió de manera irrefutable la petición.

—¡Quedáis contratado! Harrow, tened la amabilidad de darle un uniforme a nuestro amigo. Esta noche vamos a tener bastante gente. ¡No estará de más otra persona! —sentenció Lee antes de volver a concentrarse en sus libros de contabilidad.

—¡De acuerdo, señor Lee! —dijo el portero, adoptando una postura casi de firmes, una costumbre que le había quedado de su anterior ocupación como sargento del ejército de las Indias.

Al cabo de una hora, La Piedra de Luna se encontraba encorsetado en un chaleco a rayas, camisa blanca de mangas holgadas y un pantalón de satén negro que, al no ser de su talla, había habido que ajustar con imperdibles. Enseguida sirvió sus primeros cócteles y sus primeras copas de champán barato a los británicos que se concentraban en el club a la hora del aperitivo.

—Lo has hecho muy bien. Mañana podrás recibir a los clientes en la puerta en mi lugar. El señor Johnson desea que lo acompañe a una recepción en el consulado británico —le explicó el portero más tarde, cuando ya iban a cerrar el local.

—El señor Johnson no me ha dicho cuánto pagan por el trabajo... —apuntó la Piedra de Luna, escaldado por sus recientes experiencias.

—La paga semanal fija es de dos libras esterlinas de plata. Las propinas se reparten entre todo el personal. Los días buenos se puede llegar a doblar el sueldo. La paga se entrega cada fin de semana.

Mientras Harrow le hablaba, La Piedra de Luna se distrajo, atraído como un imán por el grabado que aparecía en la primera página de un periódico dispuesto encima de una de las mesas de la entrada.

Cuando lo cogió con mano temblorosa, invadido por una indescriptible emoción,

sabía ya que era Laura, su amada y tierna esposa, la que estaba representada en compañía de un chino alto de larga cabellera recogida en un moño.

Al leer el pie de la ilustración, comprobó que su mujer posaba en compañía del Tianwan de los *taiping* en persona. Reproducida en aquella página, arrugada y maculada ya por un sinfín de marcas de dedos, Laura seguía igual de radiante, con su asombrosa belleza, como una llama salvadora que iluminaba de improviso las tinieblas en las que había estado a punto de perderse. Como si temiera que, una vez apagada aquella luz, su mujer pudiera esfumarse de nuevo, se puso a apretar como un poseso la hoja, pero se detuvo a tiempo.

No debía estropearla.

Entonces, bendiciendo el azar —¿aunque tal vez no fuera un azar?— que le había llevado a dirigirse hacia el portero del club y con el rastro del olor de la benéfica magnolia todavía persistente en la nariz, ante la mirada un tanto alarmada de Harrow, se puso a devorar de principio a fin, como un animal hambriento, el ejemplar del *Shanghái North Weekly*.

LXVIII

Shanghái
28 de marzo de 1855

Aquella mañana, al levantarse, John Bowles había encontrado delante de su puerta un pequeño cuenco de porcelana azul y blanca. Enseguida se había precipitado hacia la comisaría central de Shanghái donde lo aguardaba el policía al que cada mes daba dos *taels* de plata a cambio de información sobre los sucesos susceptibles de interesar a los lectores del *Weekly*.

—¡Buenos días, Cara Oculta! ¡Ardo en deseos de saber qué puede haber ocurrido de interesante para mí en esta maldita ciudad! —bromeó el periodista al tiempo que dedicaba una amplia sonrisa a su interlocutor, cuyas relucientes y prominentes mejillas, cual manzanas a las que hubieran sacado brillo, revelaban una marcada inclinación por el alcohol.

Con la satisfecha expresión de complicidad del traidor de comedia que revela un gran secreto a su comparsa, el policía se puso a susurrarle algo al oído.

—He considerado oportuno poner el cuenco en el sitio convenido porque ayer asesinaron a un narigudo en una casa de la concesión francesa...

—¡Vaya! Eso le va a complicar más aún las cosas al cónsul de Francia. Sus compatriotas ya no se apresuraban a disputarse esos terrenos precisamente. Pero, dime, ¿no será al relojero francés a quien han asesinado?

Cara Oculta escupió en la acera la mascada de tabaco que llevaba en la boca desde que se había levantado y, tras carraspear, expulsó un chorro de oscura saliva. El escupitajo acertó en el flanco de un perro sarnoso, que enseguida se apartó emitiendo un extraño gañido.

—¡Los bandidos no atacaron al señor Rémi, sino a un inglés, un compatriota suyo!

—¿Conoces su nombre? —inquirió Bowles con renovado interés, al enterarse de que la víctima no era un francés.

—Stocklett, Nash Stocklett. Fui yo el que tomé declaración a su socio, un tal Antoine Vuibert, un narigudo de Francia, no muy parlanchín...

—¿Quién cometió el crimen? ¿Unos occidentales o unos chinos?

El policía entornó los ojos, que quedaron reducidos a dos rendijas, y luego exhaló un prolongado suspiro.

—Nadie lo sabrá nunca, aparte de ese diablo de francés, que fue testigo del crimen —afirmó con tono sentencioso—. Pero a mí me describió de una manera tan vaga al asesino que no hay peligro de que lo pillen. Mi trabajo se presenta muy difícil...

En otras circunstancias, John se habría echado a reír. Desde luego, no cabía hacerse la más mínima ilusión con respecto a la elucidación de un crimen de esa clase. Todo el mundo sabía que en Shanghái —como en todas partes— ninguna investigación criminal llegaba a buen fin, a no ser que los allegados de las víctimas alentaran debidamente a la policía, con copio de dinero contante y sonante.

—Si tienes más novedades, no olvides avisarme.

Cuando Bowles entró jadeante en casa de Antoine Vuibert, lo encontró sentado en una silla, con la mirada extraviada, delante de una botella de coñac de la que acababa de dar cuenta.

—Francamente, tenéis un don especial para meteros en situaciones de peligro —dijo el periodista sin más preámbulos.

—Me he librado por bien poco... Cuando los malhechores han entrado aquí, acababa de salir a hacer unas compras... El pobre Nash no ha tenido la misma suerte... —murmuró Antoine, pálido y estremecido como si acabara de salir de un mal sueño.

No obstante, como no tenía ningunas ganas de ver expuestos en la prensa unos datos que habrían sido perjudiciales para la memoria de su amigo, omitió contar a Bowles el encadenamiento de hechos que habían desembocado en su asesinato.

Lo cierto era que, al contrario de lo que afirmaba, el francés sí se encontraba allí, en la casa, en el momento de los hechos. Y si había escapado a la muerte, había sido gracias a Stocklett, que había tenido tiempo de cerrar de un golpe la trampilla que comunicaba la sala con la bodega, adonde Antoine había bajado a buscar una botella de *whisky* en el momento preciso en que Jarmil y Dos Veces Más de Suerte habían irrumpido en su domicilio armados con un puñal. Bajo los pies de Stocklett, que, a fin de camuflarla mejor, se había situado encima de la abertura y no se había movido de allí, Vuibert había escuchado y presenciado todo a través de las anchas rendijas que se abrían entre las planchas, pésimamente ajustadas, del suelo.

—Estaba seguro de que acabaría encontrando a los bribones que me engañaron de mala manera —vociferó Jarmil, con las facciones alteradas por la rabia y el rencor.

—¡Si alguien salió engañado en todo esto, fuimos Antoine y yo! —replicó sin arredrarse el inglés—. ¡Maldito sea el día en que fui tan ingenuo como para fiarme de ti!

A la primera señal que le dirigió el pondicheriano, Dos Veces Más de Suerte se puso en marcha con toda su corpulencia, como un paquidermo al que acabaran de soltar las ataduras. Abalanzándose contra Stocklett, le asestó un violento puntapié en los genitales que lo dejó doblegado de piernas. El «comprador», que pesaba por lo menos doscientas libras, hizo temblar de tal modo el suelo que Antoine pensó, muerto de miedo, que iba a caer encima de él. Los dos compinches solo tuvieron entonces que acabar de derribar a su víctima, cuyo rostro quedó a apenas unos centímetros del suyo. Con la intención de insuflarle ánimos, Antoine escrutó la pupila de Nash. Prácticamente pegada a la suya, dilatada por el terror, parecía suplicarle que lo sacara

de aquel trance. Él no podía hacer nada, sin embargo, habida cuenta, sobre todo, de que el cuerpo encogido de su amigo le impedía abrir la trampa.

—¿Dónde está el maldito francés?

—¡En Pekín! Tenemos un socio que trabaja para la Ciudad Púrpura Prohibida. Antoine tardará un mes en volver... —había contestado Nash a la desesperada, mientras el francés lo escuchaba estremecido de gratitud.

Sin más demora, Jarmil comenzó a apretar la hoja del cuchillo contra el cuello de Stocklett. La sangre no tardó en brotar antes de extenderse sobre el suelo, hasta gotear encima de los hombros del francés, que no se había movido ni un centímetro, por temor a despertar las sospechas de los dos criminales.

—¡Te has vuelto loco, Jarmil! —había gritado el inglés, que seguía debatiéndose con energía.

Su voz, no obstante, sonaba ya debilitada a causa de la herida del cuello, que había alcanzado a la aorta.

—¿Me tomas por idiota, o qué? ¿Fuisteis vosotros los que os esfumasteis con el dinero de la caja fuerte y aún pretendes que me quede tranquilo como si nada? ¡Suerte que Keluak me avisó de que después de iros de Singapur pensabais ir a Shanghái a ver a *Dos Veces Más* de Suerte!

Antoine, con los brazos mojados con la sangre de Nash, recordó que este había explicado al malayo que primero se trasladarían a Shanghái a fin de recuperar el dinero que les debía el «comprador». Pese a sus zalamerías y sus juramentos de fidelidad, Keluak estaba confabulado con Jarmil. ¡Estaba visto que toda prevención era poca!

—Fuiste tú el que expolió la sociedad. ¡Con todo lo que nos robaste, solo habría faltado que te diéramos tu parte! —se defendió Stocklett casi sin aliento.

Su garganta obstruida había reducido a un hilo de voz poco menos que inaudible aquellas palabras. Luego, Antoine advirtió con consternación y estupor que había perdido el conocimiento.

Fue así como, inmovilizado bajo el suelo, Antoine descubrió que, al contrario de lo que había afirmado, Stocklett no le había entregado a Jarmil la parte que le correspondía, al menos en teoría, de los activos a raíz de la liquidación de V.S.J. & Co.

El pondicheriano no tuvo necesidad de registrar la casa. Le había bastado con palpar con furia el cuerpo de Nash, en el que no había tenido dificultad en localizar, en el forro de la chaqueta, los cincuenta dólares de oro que este había ocultado allí antes de irse de Singapur.

Jarmil los había observado con detenimiento antes de aspirarlos, satisfecho con el resultado. Unos segundos después, con un brusco gesto, clavó el puñal en el vientre del pobre Stocklett, cuyo gemido, muy tenue a causa de su estado, fue sin embargo como una desgarradura para el corazón de Antoine. Ansioso por vengar a su amigo, el francés había tenido que reprimir las ganas de ponerse a golpear las planchas de

madera gritando contra los asesinos, consciente de que al no estar armado no habría ninguna posibilidad de salir airoso en una pelea contra aquellos dos esbirros.

En cuanto se fueron estos, el francés llamó sin grandes esperanzas a Stocklett.

—¿Puedes apartarte un poco, Nash, para que pueda salir de aquí y pedir socorro?

—Mmm...

¡Nash seguía vivo todavía!

El inglés, que estaba tan entorpecido que no podía ni responder, acabó por efectuar un leve vuelco de lado, gracias al cual Antoine pudo levantar la trampilla y salir del sótano.

Se arrodilló junto a Nash, que yacía en el suelo con las manos crispadas en torno al puñal que tenía clavado hasta la empuñadura en el abdomen.

—Voy a ir a buscar ayuda... Saldrás de esta, mi querido Nash...

—Quédate aquí, conmigo..., cógeme la mano... —había susurrado el herido, cuyos ojos vidriosos y la tez cerosa anunciaban la inminencia de un fatal desenlace.

—¿No quieres que vaya a llamar a un médico? ¡No tardaré más de cinco minutos!

El inglés le hizo un gesto para que se acercara y se esforzó por hablar pese al gorgoteo de sangre que brotaba de su boca y volvía casi incomprensibles sus palabras.

—Yo cogí la parte de ese cerdo de Jarmil... Debería habértelo dicho... ¡Perdóname!

Descompuesto, Antoine tomó la mano de su amigo, cuyo cuerpo, blanco ya como el agua de arroz, se estaba quedando sin sangre.

—Es lo que había deducido. Él no lo merecía. ¡Hiciste bien!

—Dividí los activos en dos partes iguales, una para ti y otra para mi pequeña Laura, mi hija... No me arrepiento de haberlo hecho...

Aquellas fueron las últimas palabras de Nash Stocklett antes de quedar exangüe y perder definitivamente el conocimiento en los brazos de su compañero para no volver a abrir los ojos.

—¡No era vuestra hora! —comentó Bowles tras un carraspeo, tratando de reclamar la atención de Vuibert.

—Yo tuve mucha suerte. Había ido a buscar huevos a dos calles de aquí, imaginaos. Si no hubiera habido cola en la tienda, ahora no estaría con vos delante de esta dichosa botella...

—¿Y quién creéis que fue el asesino?

Antoine no pudo contener un escalofrío.

—No tengo ni la menor idea. ¡Si lo supiera, le haría pagar muy cara la muerte de un inocente! —exclamó con voz sorda, cargada de cansancio.

Decepcionado por la respuesta, John veía ya la información del asesinato de Stocklett reducida a una simple nota en la parte inferior de una página interior del *Weekly*. Hablar de un crimen cometido en Shanghái sin poder especificar los motivos ni, eventualmente, describir a los autores no tenía gran interés teniendo en cuenta el

elevado número de asesinatos que se daban en aquella ciudad.

—¿Podrías decirme dónde reposa el señor Stocklett?

—En el cementerio de la concesión inglesa. Hice enterrar deprisa el cadáver. No era muy agradable verlo... ¡Y con el calor, no habría aguantado ni un día sin empezar a descomponerse!

Cuando se hubo marchado el periodista, Antoine se desplazó con paso incierto, completamente alhelado, hasta la ventana. Pensando en el increíble gesto de Nash, que había privado a Jarmil de su parte en beneficio suyo y de Laura, contempló el cielo surcado de doradas franjas que se entrelazaban en perezosas sinuosidades incorpóreas provistas de una textura de pura luz. Bajo aquella masa de azur constelada de pavesas, se sintió huérfano de repente.

Desde su llegada a China, no había tenido conciencia del paso del tiempo. Este se le había escapado de las manos como el puñado de arena que uno trata en vano de retener. ¿Qué quedaba de sus ilusiones, de sus primeros pasos en Shanghái, de sus sueños de fortuna acumulada en cuestión de meses, de su sed de aventuras trepidantes y de aquella búsqueda de una felicidad que no había cesado de alejarse a medida que transcurrían los días? Poca cosa, en realidad, aparte de unos retazos de recuerdos que se deshilachaban como esos tejidos que de forma inexorable acaban recuperando su condición de hilo.

¡Aun cuando hubiera arriesgado en más de una ocasión la vida, ni siquiera tenía la impresión de ser un superviviente! Todos aquellos muros en llamas que había franqueado no le producían ninguna emoción. Ni siquiera experimentaba la satisfacción de quien se salva de lo peor. Sin saberlo, había unido su destino al de Nash y ahora que este había muerto, era como una carreta atascada en el fango después de haber perdido una rueda.

Aquel sentimiento de soledad extrema era más acusado debido al hecho de que no había encontrado su alma gemela.

Las muchachas de pies fracturados que había frecuentado mediante un intercambio financiero y cuyas caricias de sospechoso ardor dejaban un regusto a falso habían sido tan numerosas que no habría podido recordarlas una a una. Aquellas criaturas —altas o bajas, hermosas y horribles (¡y en ocasiones ambas cosas a la vez!)— eran simples vías de escape para unas pulsiones carnales que calmaban durante unos días. El amor, los sentimientos, la complicidad, la ternura, todo lo que permitía, en suma, crear unos vínculos duraderos, no tenían cabida en unas relaciones tasadas a precio fijo ante las cuales cerraba púdicamente los ojos la sociedad local.

Entonces, como si lo hubiera alentado a ello ese cielo que en aquel instante le recordaba a un mar cuyos celestes arrecifes hubieran obstruido el occidente, tomó conciencia de que, desde que había desembarcado en China nueve años atrás, la única mujer que no lo había dejado indiferente, y a la que incluso se había sentido inclinado a amar, era Laura Clearstone.

LXIX

Shanghái
15 de junio de 1855

—¿Señor Bowles? John, que detestaba que lo molestaran mientras trabajaba, como era el caso en ese momento en que analizaba un dibujo de un modelo de junco de guerra a bordo del cual se proponía subir para efectuar un reportaje sobre la piratería en el mar de China, levantó la cabeza para mirar con recelo a aquel joven chino de finas facciones y cabeza rapada que lo observaba con atención.

La mirada de aquel extraño, suave y voluntariosa a la vez, tenía, sin embargo, algo tan fuerte que, en lugar de despedirlo sin contemplaciones como solía hacer con quienes lo importunaban, le preguntó a bocajarro:

—¿Conocéis el chino clásico?

—¡Sí! Lo aprendí de pequeño... Mi padre era calígrafo. Él me enseñó un poco el oficio —respondió La Piedra de Luna, preguntándose adonde quería ir a parar el periodista.

Al oír su explicación, este dejó enseguida su lápiz, pensando que por lo menos aquel chino tan guapo podría serle de utilidad. Hacía tres días que se mataba intentando descifrar aquel maldito documento que necesitaba comprender para redactar el artículo. No obstante, aparte de que no sabía leer una cantidad suficiente de caracteres, no conseguía adaptarse a la simple yuxtaposición de palabras de la lengua clásica, que dificulta tanto su interpretación a los occidentales, acostumbrados a las construcciones sintácticas.

—Estupendo —dijo sonriente, al tiempo que tendía al chino una cajita de hojalata que este abrió con precaución.

Dentro había una carta que el hijo secreto de Daoguang no tardó en ojear.

—Está en chino clásico, en efecto... Este texto parece muy bien caligrafiado, a la manera como escribiría un letrado un poema. ¿De dónde proviene este documento?

—La policía lo encontró en el bolsillo de uno de los autores del atentado de la semana pasada... —explicó John con aire de complicidad.

—¿Un atentado?

La Piedra de Luna no tenía ni idea de a qué suceso aludía Bowles.

—No debéis de vivir en Shanghái. ¡Aquí la gente no habla de otra cosa!

—Acabo de llegar de Cantón.

Cediendo a un curioso mimetismo, como el inspector que está a punto de desentrañar un enigma, el periodista se había puesto a caminar de una punta a la otra de su oficina.

—¡Un asunto de locos! ¡Dos terroristas se hicieron saltar por los aires al mismo

tiempo en la principal comisaría de policía de Shanghái! Hubo cincuenta y ocho muertos, entre policías y civiles. Nadie en Shanghái recuerda una masacre de tal calado cometida a la vez por dos bombas humanas. De sus cuerpos destrozados apenas quedaba nada, aparte de la carta que uno de ellos llevaba encima. Algunos ven en esta acción la mano de los *taiping*, otros la de una tríada... Todo el mundo considera este suceso como un preámbulo de un periodo de agitación para esta ciudad, cuya economía portuaria podría verse seriamente perjudicada.

Excitado a más no poder, con profusión de aspavientos, Bowles utilizaba algunas de las expresiones que se proponía incluir en el periódico. Como la explosión había reducido a papilla a los dos criminales, era imposible saber si llevaban el pelo largo o no. Gracias a Cara Oculta, John había recuperado la valiosa carta que no había logrado traducir y que ahora La Piedra de Luna acababa de leer con consternación.

—El atentado lo cometieron dos *taiping*, señor.

Bowles entornó los ojos y se detuvo en seco.

—¿Ah, sí? ¡Es apasionante! Como cerramos la edición dentro de dos días, me queda muy poco tiempo para escribir este dichoso artículo. Menos mal que vos habéis venido a verme... Ya me decidía a decantarme por una crapulosa hipótesis de sociedad secreta relacionada con la tríada. ¡Me habría equivocado por completo!

—La carta reivindica el atentado. Sus dos autores formaban parte del ejército de miserables del Celeste Reino. Por lo que está escrito aquí, este gesto es el prelude del ataque a Shanghái y a Pekín por parte de las tropas del Tianwan.

—¡Genial! ¡Sabía que la cosa acabaría así! ¡Un poco de pimienta nunca le viene mal a una sopa! —exclamó con alborozo el periodista.

Como la fiera que encuentra por fin carne fresca, se regocijaba por adelantado de aquellos acontecimientos que, en caso de producirse, disiparían la especie de monotonía en la que veía sumir a Shanghái la laboriosa, tan ocupada en comerciar y en crecer que parecía situada al margen de los avatares de la actualidad.

Entre los dos hombres se instaló una pausa de silencio que de improviso interrumpió el calígrafo.

—Señor Bowles, no me creeréis si os digo que yo conocía a esos dos individuos —declaró con visible emoción.

Si el dios de la suerte hubiera existido, no cabía duda de que Bowles, que ya veía a sus lectores precipitándose sobre su periódico para leer la biografía de los dos suicidas, habría ofrecido mil velas en su honor.

—Yo conocí a esos dos hombres en Cantón, donde vendían antigüedades...

—¡Magnífico! ¡Unos anticuarios terroristas! ¡Me encanta!

Además, pensó exultante John, «anticuarios y terroristas» quedaría perfecto como título para el artículo...

—Con ese gesto, Serenidad Cumplida y el príncipe Tang querían demostrar a los manchúes que el ejército del Celeste Reino podía herirlos de pleno.

—¿Hay alguna referencia a los narigudos en esa carta? —preguntó el periodista,

ansioso por poder establecer una «conexión» entre el atentado y sus lectores que acabara de aportar su salsa al artículo.

Dócilmente, La Piedra de Luna volvió a leer la carta.

—Aquí pone que los narigudos son, cito textualmente, «los principales responsables de la marea de barro negro que se ha extendido sobre China arrasándolo todo a su paso» y que «el emperador Xianfeng es el aliado objetivo y el criado de las potencias occidentales que corrompen los cuerpos con el barro negro y los espíritus con su religión de ese Dios en tres personas que no le llega ni a la suela del zapato a Confucio y a Lao Tse».

A oír que también las misiones extranjeras eran blanco de las críticas, Bowles exhaló un suspiro de satisfacción.

—¡Increíble! ¡Menuda cara pondrán los misioneros cuando lean eso!

El calígrafo se puso a reanudar la lectura.

—«Nosotros somos dos Han que queremos restablecer un poder legítimo. Nos llamamos respectivamente Tang el príncipe y Serenidad Cumplida. El atentado que hemos cometido es una advertencia dirigida al actual Hijo del Cielo. Pronto el Celeste Reino será capaz de atacar el corazón del infame usurpador que conduce el país a la ruina.»

—¡Jesús! ¡No se andan con chiquitas! —susurró contentísimo John.

Aquello era de lo más inesperado: ¡la China, ese gran tronco de árbol milenario e impenetrable que, gracias a la dureza de su madera, se mantenía fuera del alcance de acontecimientos y avatares que habrían sido capaces de derribar cualquier otro régimen, iba a inflamarse como un vulgar puñado de estopa!

—«La Gran China, la del primer emperador Qin Shihuangdi, revivirá y vencerá para volver a ser lo que nunca debió haber dejado de ser: ¡el Centro del Mundo! ¡Firmado: Serenidad Cumplida y Tang el príncipe!»

Se trataba, pues, de un acto nacionalista llevado a cabo por dos patriotas que, en su objetivo de concienciar a la gente, no habían dudado en sacrificar su vida en aras de la causa a la que servían.

Ni Bowles ni el hijo secreto de Daoguang sabrían nunca que Serenidad Cumplida y Tang, deseosos de morir juntos ofreciendo su sangre por el bien de su país, habían meditado largamente aquella acción y dedicado varias semanas a prepararla.

Unos meses antes, se habían vuelto a encontrar, como dos almas en pena, solas y decepcionadas, después de que Tang, resentido con los despreciables occidentales, se fuera de Kunming en dirección a Nanquín, donde Serenidad Cumplida, degradado de todas sus funciones de mando por el Príncipe del Oriente, había sido trasladado, a una insignificante oficina del Ministerio de Aprovisionamiento de las Fuerzas Armadas. Al cometer un atentado en pleno Shanghái, no solo habían actuado con total consentimiento sino con heroicas aspiraciones, convencidos de que con ese gesto asestarían un terrible golpe a la moral de los usurpadores. Para Serenidad Cumplida, aquella gloriosa hazaña era asimismo una manera de demostrar al Tianwan que en su

persona contaba con un valeroso combatiente de cuya aportación Yang Xiuqing había cometido el error de privarlo. Era, pues, fundamental que se conociera su identidad y los motivos por los que habían decidido pasar a la acción. Por eso, caligrafiando con meticulosidad los caracteres, habían redactado aquella carta de reivindicación que habían puesto en un estuche de hierro, a fin de que no quedara destruida por la explosión, un poco como quien arroja una botella al mar con la esperanza de que alguien acabe encontrándola.

—¿Es todo?

—Os he leído todo, señor Bowles.

—¡Os doy mis más fervientes gracias por vuestra ayuda! —exclamó el periodista antes de situarse sin más dilación frente a su mesa de trabajo, dispuesto a llenar la cantidad de hojas necesarias para que su artículo fuera lo más ameno y detallado posible.

La Piedra de Luna se aclaró la garganta.

—Señor Bowles..., si he venido a veros, es porque estoy buscando a una joven llamada Laura Clearstone.

—¡Pues estuvo aquí, en esta oficina, ayer mismo... con su hijo! —respondió distraídamente el inglés, sin levantar siquiera la vista, absorto en la manera como iba a encadenar la información de que disponía sobre el atentado de la comisaría.

Al hijo secreto de Daoguang le dio un vuelco el corazón.

—¿Laura está en Shanghái? —gritó casi.

Aliviado de un inmenso peso y poseído a un tiempo por una esperanza febril, pensó en cuánta razón había tenido, incluso en los momentos más difíciles, de no ceder nunca a la aflicción y mantenerse fiel a la madre de su hijo. Estaba tan contento que poco faltó para que se arrojara al cuello del hombre que acababa de darle tan buena noticia.

Sorprendido por la violencia de la reacción del joven, que hasta entonces había mantenido una calma y un dominio de sí absolutos, el periodista elevó de mala gana la vista.

—Llegó a Shanghái hace varios meses...

—Creía que estaba en Nanquín, con los *taiping*. He leído vuestro reportaje con infinito interés, señor Bowles.

La Piedra de Luna apretaba tanto su ejemplar del *Weekly* que había acabado por destrozarlo.

—Sois muy amable...

—¿Qué hace Laura en Shanghái?

—La primavera pasada, después de verse obligada a abandonar Nanquín porque los jefes *taiping* habían ordenado la evacuación de todas las mujeres y niños pequeños, se proponía tomar un barco para regresar a Londres. Dado que la muerte de su hermano Joe la impidió marcharse, Laura Clearstone ha previsto irse de Shanghái un día de estos.

El rostro del calígrafo de sangre imperial se ensombreció de pronto. Primero, se estremeció y, luego, se puso a temblar como una hoja. Después de lo que acababa de saber, la vida sin Laura le parecía más insoportable aún que antes.

—¿Estáis seguro de que no se ha ido aún? —murmuró con voz estrangulada.

—¡Pero si ya os he dicho que no! —contestó irritado el periodista.

—¿De qué murió Joe Clearstone?

—El pobre chico falleció a comienzos de la primavera a consecuencia de unas fiebres tercianas. Pero si no es indiscreción, ¿por qué razón queréis localizar a Laura Clearstone?

—¿Qué edad tiene su hijo? —prosiguió La Piedra de Luna, eludiendo responder a la pregunta.

—Unos ocho años. Su madre está muy orgullosa de él. ¡Se derrite por su hijo! Me contó que el Tianwan en persona la ayudó a traer al niño a este mundo, gracias a una Biblia.

Incapaz de pronunciar una palabra, La Piedra de Luna se refugió en un prolongado silencio que acabó por quebrar, murmurando turbado.

—¿Y si os dijera que ese niño es hijo mío, señor Bowles?...

John se envaró de repente. Observando con inquietud al autor de tan inaudita afirmación, se preguntó si no tenía frente a sí a un peligroso mitómano que tal vez había inventado todo lo concerniente a los anticuarios terroristas... Tenía que esclarecer aquel supuesto porque de ello dependía su credibilidad como periodista.

—Disculpadme, pero no nos han presentado —señaló con autoritario tono, al tiempo que miraba con fijeza y desconfianza al desconocido, dispuesto a despacharlo como a un indeseable—. Vos conocéis mi nombre, pero yo ignoro el vuestro. ¿Con quién tengo el honor de hablar? ¿A qué oficio os dedicáis?

—Me llamo La Piedra de Luna y soy calígrafo. Laura Clearstone es la madre de mi hijo. Pronto hará ocho años que el destino nos separó...

Bowles, que acababa de sentir una especie de conmoción en el estómago, se aferró a la silla. Después, se puso a observar como alelado a aquel individuo caído del cielo, enviado por un dios de la suerte tan generoso que debería erigirle no una estatua, sino dos.

—¿Habéis dicho que os llamabais La Piedra de Luna? —exclamó extasiado.

—¡Ese es mi nombre, señor Bowles!

El periodista emitió un chillido de alborozo.

Aquello era milagroso: el hijo de Irina Dachenko y de Daoguang era asimismo el hombre cuya identidad se había negado con obstinación a rebelarle Laura Clearstone cuando había tratado de averiguar quién era su esposo. ¡Y aquel hombre, en cuyo rostro podía constatar una típica mezcla de rasgos euroasiáticos, se encontraba en ese momento delante de él!

Enseguida, de sus labios brotó una pregunta.

—¿Poseéis un estuche de pinceles?

—¡Sí! Desde que mi padre me lo regaló, lo llevo siempre conmigo.

Al oír aquella respuesta, desbordante de euforia, John temió desfallecer de alegría. Con el corazón desbocado, alargó las manos temblorosas hacia La Piedra de Luna y le preguntó emocionado con un hilo de voz:

—¿Tendrías la amabilidad de prestármelo, por favor?

—Mi padre me lo entregó el día de su muerte y me hizo jurar que nunca me desprendería de él —explicó el calígrafo, tendiéndole el tubo de bambú que acababa de sacar del bolsillo.

—¡Gracias! —gritó Bowles apoderándose de él con la voracidad de un perro famélico ante un pedazo de carne.

Luego, sin pensárselo dos veces, arrancó el forro.

—Pero ¿qué hacéis? ¡Lo vais a estropear! —protestó pasmado ante la brusquedad del gesto el esposo de Laura Clearstone.

Con aire triunfal, Bowles sacó con la punta de los dedos el documento que permanecía escondido entre el forro y el tubo de madera y enseñó a La Piedra de Luna la hoja en la que el emperador Daoguang había estampado su sello de tinta roja con el nombre de su reinado.

—Esto es un certificado de paternidad. ¡Mirad, leed! ¡El nombre de vuestro padre está escrito con todas sus letras en este documento, al igual que la frase mediante la cual os reconoce como hijo suyo!

El joven calígrafo frunció el entrecejo.

—Este no puede ser, de ninguna manera, el nombre de mi padre... —declaró con voz ronca, tras descifrar el nombre del reinado del anterior Hijo del Cielo.

—¡Vos sois el hijo del emperador Daoguang! ¡Os lo puedo asegurar!

—Es imposible. Mi padre se llamaba Ramillete de Pelo Celestial. ¡Murió en Cantón delante de mí, condenado al suplicio de los Diez Mil Cuchillos!

—¡Ramillete de Pelo Celestial era el hombre al que vuestro verdadero progenitor os confió cuando erais muy niño!

—¡No creo nada de nada! —replicó La Piedra de Luna, resuelto a poner fin a las elucubraciones de Bowles—. ¿Cómo os permitís afirmar una cosa tan absurda?

—Una madre que está buscando a su hijo no inventaría algo así...

—¿Conocisteis a mi madre? —exclamó abrumado el calígrafo.

Aunque ambas cuestiones fueran ligadas, el hecho de que la esposa de Ramillete de Pelo Celestial no fuera su madre le parecía una evidencia, mientras que la idea de que tuviera sangre imperial en las venas se le antojaba de lo más absurdo.

—Fue ella la que me reveló vuestra existencia... Vuestra madre era rusa.

El hijo secreto del emperador de China, que ya estaba bastante conmocionado por las revelaciones del inglés, juntó las manos con expresión de angustia.

—¡Habláis de mi madre en pasado!

—Murió cobardemente asesinada en Cantón por la policía imperial... por el temor al escándalo. ¡Había efectuado, a propósito, el viaje con el fin de localizar a su

hijo! Vuestra madre era una mujer de una belleza asombrosa y de gran carácter. ¡Podéis estar orgulloso de ella! ¡Mucho más, en todo caso, que de vuestro padre! ¡Admirad estas facciones de madona!

Acompañando sus palabras con un gesto teatral, John enseñó a La Piedra de Luna, ganado por una creciente estupefacción, el retrato que le había hecho a Irina Dachenko en el Club de los Anglófilos y que acababa de sacar de uno de los cajones de su escritorio.

Maravillado, el hijo de la Siberiana descubrió el hermoso perfil de medallón de su madre, sus facciones que expresaban a la perfección la mezcla de altiva belleza, elegancia natural, pasión devoradora y voluntad enconada que poseía, así como su mirada de un profundo azul. La calidad y la precisión del dibujo de Bowles eran un exponente de la fascinación que la modelo había ejercido sobre el dibujante.

—Era muy guapa, en efecto...

—Este dibujo lo hice el día anterior a la muerte de vuestra madre.

La Piedra de Luna se estremeció, lanzando una mirada de dolor al periodista.

El olvido no borra el pasado. Basta que llueva un poco, en algunos desiertos, para que se cubran con una espléndida alfombra de flores.

En el caso de La Piedra de Luna, se trataba de flores espinosas con las cuales se había ya lastimado profundamente las manos...

—¿Cómo conocisteis a mi madre?

A Bowles se le alegró de nuevo la cara.

—¡La Siberiana! —murmuró con la vista perdida en el recuerdo de aquella mujer que había pasado por su vida como un huracán.

—¿Se llamaba así?

—¡Así la llamaban en la corte de China!

—¿Y por qué milagro la conocisteis?

—Por azar, en la calle, en Cantón, donde me encontraba por un reportaje. La había seguido, porque me parecía bellísima. Cuando ella se enteró de que era periodista, aceptó prolongar la conversación. En realidad, pretendía dar a conocer su historia..., ¡y por lo tanto, la vuestra!..., al mundo entero... ¡Nos dimos cita para el día siguiente, el día funesto en que la mataron! —rememoró John, apenado.

—¿Asististeis, entonces, al asesinato? —preguntó desencajado por el horror el calígrafo.

—En primera fila, incluso... —confirmó Bowles—. ¡Yo estaba justo a su lado! Los esbirros de la policía secreta imperial se abalanzaron sobre la Siberiana y la apuñalaron salvajemente. Era una emboscada. La seguían desde que había huido de Pekín. Había sangre por todas partes... Murió en cuestión de minutos.

—Si mal no comprendo, vos escapasteis por poco.

—Tuve mucha suerte de salir con vida de aquello. Al principio, los policías me tomaron por un espía. Después me soltaron. Cuando me llevaron a comisaría, pensé que saldría cadáver de allí. Normalmente, no perdonan cuando uno ha presenciado un

suceso del que no debería haber sido testigo...

—En resumidas cuentas, mi madre murió por causa mía... —murmuró en voz baja La piedra de Luna, embargado por la emoción, como si hablara para sí.

—Ya no soportaba seguir separada de vos. Para presionar a vuestro padre, había aceptado que yo escribiera un artículo exponiendo las fechorías de que habíais sido víctimas vos y ella por parte de la corte imperial. La pobre ignoraba que la policía le seguía ya la pista y que tenía los días contados.

—Y ese artículo, ¿lo publicasteis, señor Bowles? —exclamó con voz estrangulada por la angustia el hijo de Irina Dachenko, como si de improviso se abriera un abismo bajo sus pies.

—¡No! El periódico para el que trabajaba lo rechazó... ¡con el vil pretexto de que se trataba de un tema demasiado explosivo! —explicó John con un tic nervioso.

El recuerdo de su ruptura con *The Illustrated London News* seguía dejándole, en efecto, un regusto amargo que no se molestaba en disimular, pero lo que se guardaba mucho de decir a su interlocutor era que una noticia bomba como aquella seguía siendo susceptible de causar sensación... ¡fuera cual fuese el momento de su publicación!

¿Los mejores platos no son acaso los que tardan más tiempo en cocinarse?

En ese periodo en el que las tensiones entre Inglaterra y China no cesaban de agudizarse, aquel ladrillo que se proponía lanzar al estanque en cuanto se le presentara la ocasión crearía sin duda enormes remolinos... Se convertiría en el personaje que todo periodista sueña llegar a ser un día: ¡un agitador, la persona que aprieta las tuercas allí donde duele! El desfacedor de entuertos que, al distribuir las buenas y malas puntuaciones a los poderosos, es capaz de cerrarles la boca.

—¡Puesto que mi madre murió, tampoco habría servido de nada! —aventuró La Piedra de Luna.

El pobre no sospechaba que aquella conclusión desengañada iba a desencadenar la réplica inmediata de Bowles.

—¡Estáis en un error! La señor Dachenko conocía la función de los periódicos... ¡Si se hubiera publicado ese artículo, os habríais convertido en alguien intocable! Daoguang se habría visto probablemente obligado a readmitiros en la Ciudad Púrpura Prohibida y a incluiros de manera definitiva en la lista de sus sucesores potenciales. Es posible, incluso, que hubierais sido vos quien le hubiera sucedido... En este instante, podríais estar sentado en el trono de la sala de la Felicidad Perpetua, recibiendo honores de las delegaciones extranjeras...

—¡Menudo aprieto para mí! —exclamó desde el fondo del corazón.

—En todo caso, estaríais envuelto en sedas...

En un estado de exaltación casi infantil, Bowles se veía un poco como héroe del relato que pensaba escribir antes de hacerlo llegar a sus lectores. ¿Acaso no era él, al fin y al cabo, la persona que había servido de enlace entre La Piedra de Luna y Laura Clearstone y que iba a propiciar, por tanto, un final feliz a su historia?

Espectador, narrador, pero también actor... ¿El sueño de muchos comentaristas no es, precisamente, salirse de su papel?

Como ardía en deseos de ser también testigo directo de su reencuentro, lo que añadiría un poco más de pimienta a su futuro artículo —y de interés económico, porque la emoción hace vender—, se ofreció a acompañar a La Piedra de Luna junto a la joven.

—Se aloja a dos pasos de aquí, en casa de la viuda de un comerciante de toneles que alquila habitaciones a sus compatriotas de Inglaterra —precisó.

—¡Quedaré en deuda con vos, señor Bowles! —contestó el chino, que no esperaba otra cosa.

Bowles le tendió el estuche de pinceles.

—¡Quedaos con él! ¡Os traerá suerte! —le aseguró La Piedra de Luna.

En cuanto apareció ante su vista la casita de estilo anglo-hindú donde vivía la señora Greenwich, La Piedra de Luna exhaló un grito. Por una de las ventanas del primer piso, acababa de distinguir a su mujer, inconfundible con su larga cabellera rubia y su delgada silueta que no habían cambiado desde aquella funesta noche en el curso de la cual los caminos de sus vidas habían estado a punto de separarse de manera irremediable.

Laura iba y venía, atareada con los preparativos de las maletas en previsión de su partida. Sin sospechar nada, como era lógico, seguía con sus ocupaciones cuando, al llegar al pie de la casa, controlando como pudo la respiración, alterada por la emoción, el hijo de la Siberiana y de Daoguang llamó con dulzura a la mujer a la que llevaba ocho largos años sin poder abrazar.

—¡Laura! ¡Laura mía!

No bien escuchó —¡identificable entre un millar!— la voz de su amado La Piedra de Luna, la joven se precipitó a la ventana, donde, bajo el efecto de la sorpresa, tuvo que contenerse para no caer.

—¿Amor mío? —contestó con voz estrangulada, semejante a una distante llamada lanzada al cielo—. ¡Tú aquí! ¡Loado sea Dios!

—¡Soy yo! Por fin te he encontrado... —murmuró él al borde del desmayo, embargado por una indecible alegría.

Al cabo de un instante, la tuvo frente a él, estremecida y deseable como el primer día. En medio del incesante flujo de viandantes y carretillas, en el aire viciado por las fosas de excrementos cercanas, se produjo una tumultuosa vacilación que aproximó enseguida aquellas dos caras, impulsadas por una mutua fascinación. Estaban deslumbrados y solos en el mundo, insensibles a los ruidos y a los olores nauseabundos, atraídos por esa sed inagotable de dicha que por fin iban a poder saciar.

Fue Laura la que, haciendo caso omiso de las normas de decoro, tomó la cabeza de su esposo y pegó con ardor la boca a la suya.

—¡Amor mío, estás vivo! ¡Estaba segura!

Por fin liberada de tantos años de soledad con la angustia por única compañera, gemía, apoyando la cabeza contra su pecho, agitada por sollozos entrecortados que se sucedían y engarzaban como las burbujas en el agua hirviendo.

Mientras él le devoraba los dedos con suavidad, humildad y ternura, mojándolos con sus lágrimas, Laura clavaba la mirada en sus ojos con la avidez de un sediento, para beber de ella a grandes tragos.

Juntos, el Yin y el Yang podían armonizarse de nuevo, aportando un sentido al proverbio:

¡Una felicidad borra diez mil desgracias!

—No nos volveremos a separar nunca más... —murmuró ella extasiada, liberando las manos antes de pegar de nuevo sus labios a los de él.

En vista de aquella postura, por lo demás muy clásica, pero que ella consideraba impúdica, la señora Greenwich, que se había apostado en la ventana para observar el reencuentro, desvió la mirada con una mueca de asco. Para la puritana galesa, entre un beso en la boca y un coito ejecutado tal como se debía en la intimidad de una cama, no había gran diferencia.

—Has llegado a tiempo. Me voy a Londres dentro de una semana, ¡con nuestro hijo Pablo Destello de Luna! En cuanto a mi pobrecito Joe... —musitó Laura mientras conducía a su marido hacia la puerta de la casa.

—Ya lo sé —la interrumpió él con dulzura—. ¡El señor Bowles me lo ha contado todo!

Después volvió a estrecharla entre sus brazos y ella posó con ternura la cabeza en su hombro, aspirando en el calor de sus músculos aquella inefable sensación de protección de la que se había visto privada durante tanto tiempo.

—¿Has visto, entonces, a John Bowles? —preguntó estupefacta.

—¡Localicé tu rastro gracias a su artículo del *Weekly*! ¡Ha sido él el que me ha traído hasta tu casa! —dijo volviéndose hacia Bowles, que se encontraba unos metros más allá.

Entonces, Laura lo cogió de la mano y se estremeció con tanta violencia que se tambaleó.

—Y pensar que una semana más tarde, no nos habríamos encontrado...

La felicidad, como la vida, pende a menudo de un hilo...

Él le respondió con un roce de la lengua en la oreja que hizo brotar al instante en ella los primeros hormigueos del deseo. Evocó aquella tarde en que, acostada en la alfombra de hierba de la pequeña isla del lago del Oeste, sintió el vientre agitado por los espasmos del placer mientras él la inundaba de caricias a las que sucedió un prolongado y profundo beso que la hizo sucumbir definitivamente a una oleada de voluptuosidad.

—¿Dónde está nuestro hijo?

Laura se enjugó la frente. La emoción, sumada al resto, la había dejado empapada de sudor.

—En el parque. No debe de tardar en llegar.

—Tengo ganas de verlo.

—¡Es increíble lo mucho que se te parece! —exclamó ella después de observarlo atentamente.

Mientras Bowles se marchaba encantado de lo que había observado y dispuesto a sacar jugo de su ardiente reencuentro en cuanto llegara a su oficina, Laura tomó de la mano a su esposo y lo condujo hasta su habitación. No bien se hubo cerrado la puerta, se dejaron llevar por un desenfrenado impulso y, sobre un fondo de jadeos y estertores que pusieron los pelos de punta a su casera, se abalanzaron con avidez uno en brazos del otro.

LXX

Shanghái
22 de junio de 1855

Bajo el apabullante calor del segundo día de verano, los marineros del *Commodore*, un gran buque casi nuevo que efectuaba por segunda vez el trayecto Shanghái-Londres con escala en Hong Kong y Macao, acababan de lavar la cubierta superior con gran profusión de agua. Apenas acababan de arrojar los pesados cubos de agua, esta se evaporaba a ojos vista, dispensándolos de tener que secarla con la bayeta.

Desde lo alto del puente de mando, el oficial de guardia se colocó un megáfono delante de la boca y se puso a gritar.

—Se ruega a las señoras y señores pasajeros que suban a bordo. ¡De no mediar percance, el *Commodore* zarpará dentro de media hora!

Dado que el *Commodore* era el único barco que se hacía a la mar aquel día, después del trajín habitual que comportaban las operaciones de carga de un gran navío a punto de partir hacia Europa, en el puerto reinaba una calma extraña, apenas perturbada por los estridentes graznidos de las gaviotas. No lejos de los muelles revestidos de musgos y algas, que daban la impresión a trechos de querer hundirse bajo el peso de las mercancías apiladas, agobiados por el bochorno reinante, los *coolies* habían buscado refugio en la sombra de los hangares. Algunos sesteaban, pegados entre sí, otros jugaban al *mahjong* o simplemente soñaban despiertos, con la mirada extraviada en el horizonte del improbable Dorado que no alcanzarían jamás. En cuanto a los mendigos que normalmente se concentraban en los muelles para recoger las migajas que por fuerza caían de aquellos navíos cargados hasta los topes, los había echado la policía portuaria con motivo de la llegada de una delegación mandarina que acudía desde la corte imperial con el fin de inspeccionar el buen funcionamiento de la aduana.

Con su vestido blanco con escote orlado de encaje que le dejaba al descubierto el cuello al tiempo que realzaba su larga cabellera y un ramo de siemprevivas secas de color malva y amarillo en la mano, Laura Clearstone estaba resplandeciente. A su lado, con un traje de corte occidental, La Piedra de Luna daba la impresión de haber ido siempre vestido a la europea. Con aquella nueva ropa, la sangre caucasiana que circulaba en sus venas parecía haber borrado la sangre manchú, de tal modo que cualquiera habría podido tomarlo por el dirigente de una floreciente empresa de comercio occidental o, incluso, por el embajador de una gran potencia. Unos metros más allá, Pablo Destello de Luna brincaba riendo, como todos los niños del mundo que prueban con regocijo un nuevo juguete.

Quien no conociera la increíble historia de aquellas dos personas habría pensado sin duda que se trataba de una de las escasas parejas británicas felices que regresaban de China sin haberse arruinado, después de haber reunido el dinero suficiente para comprar una bonita casa en Yorkshire o en el país de Gales, donde podrían instalarse para llevar una vida de rentistas hasta el fin de sus días.

Ante la visión del barco, que se erguía en el muelle con su imponente masa metálica de rutilante blancura, destacado entre el desaseado desorden de los juncos de pesca de desfallecientes velas, la hija de Barbara Clearstone y de Nash Stocklett sintió que se le encogía el corazón, embargada por la sensación de que ponía fin a un capítulo del libro de su vida para iniciar otro, presidido por la dicha y la alegría.

Con objeto de cerciorarse de que no soñaba, estrechó con más fuerza la mano de La Piedra de Luna. Con su palma tibia y algo seca, rugosa casi, era a todos los efectos una mano tranquilizadora, la mano de un hombre que había pasado fatigas y efectuado multitud de trabajos duros para sobrevivir, lo contrario de la mano de un intelectual, reconocible por su piel fina, los dedos alargados rematados con largas uñas curvadas, que constituían la prueba insigne exhibida por su feliz propietario de que, al contrario del resto de las personas, él tocaba tan solo los pinceles, el papel y los sellos. Después de su reencuentro, abandonados hasta el agotamiento de los sentidos uno en brazos del otro, se habían relatado mil veces las peripecias de cada cual, maravillados de la manera como cada cual había afrontado tantos peligros y superado numerosos obstáculos sin perder nunca la esperanza de volver a verse, como escaladores que, por milagro, llegan al mismo tiempo a la cumbre de la montaña después de haber ascendido por itinerarios opuestos.

Evocó el momento en que llegó a Cantón con sus padres, siendo una niña inconsciente que en nada preveía el acecho del monstruo marino cuyas fauces iban a engullirla y que por fin acababan de escupirla en la playa después de haberla obligado a cruzar insondables y hostiles océanos.

Habían transcurrido nueve años desde que había pisado por primera vez el territorio de China. Por ser el más completo, el número nueve era el del emperador, cuyos palacios comprendían siempre, por tal motivo, nueve patios sucesivos que había que atravesar antes de llegar al *sancta sanctorum*.

¡También ella, guiada por un destino favorable, había atravesado nueve patios antes de volver a encontrar a La Piedra de Luna, por cuyas venas corría sangre imperial!

De los cuatro Clearstone que habían desembarcado en China, aquel gran dragón que se nutría con las personas al tiempo que las engendraba por millares, ella era la única que permanecía sana y salva. No solo dejaba allí a su madre, sino a Nash Stocklett, su verdadero padre. La serie de muertos comenzó a desfilar, como si para aplacar al gran dragón que había devorado a sus padres, pero que le había ofrecido a cambio un marido, debiera cumplir el ritual que consistía en desgranar el rosario del recuerdo de aquellos que se habían ido.

Entonces, horadando la nube de bruma, la imagen de su hermano en su lecho de muerte volvió a aflorar de pronto a la superficie, contundente y dolorosa. Reprimió un sollozo, como si estuviera inmersa en un súbito despertar que la devolvía a una cruel realidad. Su esposo, que había advertido su turbación, la tomó por los hombros.

—¿Por qué lloras?

—No es nada..., solo el recuerdo de cuando Joe se fue al paraíso. Y es también por la alegría... —susurró observando a Pablo Destello de Luna que, muy ufano y feliz de haber conocido por fin a su padre, no se separaba para nada de él.

Delante de aquel gran barco que iba a transportarlos hasta Inglaterra, el niño aplaudía y saltaba como un cabrito.

Laura lanzó un prolongado suspiro y luego se estremeció.

—Me habría gustado tanto que Joe volviera a Londres con nosotros...

—¡Joe está en el cielo! Allí está bien. Descansa en paz.

—¿Tú crees en Dios? —preguntó estupefacta al oír aquellas expresiones que solían emplear los pastores y los sacerdotes.

Él le sonrió mientras recorría con el dedo el puente de su nariz y lo hacía descender sobre su boca.

—Yo creo en ti, Laura... —murmuró.

Con aquel simple contacto, sintió renacer los primeros hormigueos de aquel placer que había experimentado la noche anterior con La Piedra de Luna. Como cada noche desde que volvían a estar juntos, se habían fundido varias veces en brazos del otro, vibrando al unísono, ebrios del deseo de no formar más que un ser a través del goce, ávidos de prolongarlo hasta la madrugada, como para recuperar todo aquel tiempo en que no habían podido hacer el amor. Para dominarse, la joven inglesa se envaró un poco y apretó con fuerza su ramo de siemprevivas.

Había sido al día siguiente de su reencuentro, tras una noche pasada redescubriendo el cuerpo del otro, aspirando sus efluvios y sus secreciones, cuando su marido se lo había regalado, asegurándole que su amor era igual de inmortal que aquellas flores que se habían secado permaneciendo largo tiempo al sol.

Detrás de ellos, a unos pasos tan solo, con aquel agudo sentido de la observación que había cultivado a lo largo de años de labor periodística, Bowles constataba la alegría de aquellos tres seres a quienes el destino o la Providencia había reunido por fin. Había querido seguir hasta el pie de la pasarela a los héroes de la fabulosa historia que se disponía a desvelar al mundo con todo lujo de detalles. Un dibujo de ellos subiendo a bordo del *Commodore* quedaría de lo más adecuado. A tal objeto, se apartó de la multitud de pasajeros, sacó un lápiz del bolsillo y, fijando la mirada en sus modelos, empezó a esbozar sus siluetas en el bloc que siempre llevaba consigo. Tras añadir unos cuantos trazos, Bowles quedó satisfecho: solo le faltaba perfeccionar la expresión de la cara de sus protagonistas.

Cuando se reunió con Laura y La Piedra de Luna, estos se encontraban ya al pie de la pasarela donde el oficial encargado del control de los pasajeros, un corpulento

escocés que sudaba a mares en su casaca de sarga azul marino y en cuya rojiza tez se dejaban sentir los efectos de una afición inmoderada por el *whisky* de malta, pidió al hijo secreto de Daoguang que le mostrara los pasajes.

—Viajamos tres personas en el mismo camarote. Viajo con mi mujer y mi hijo —repuso con orgullo este.

—¡Cuando lleguéis al portalón, el mayordomo os conducirá a vuestro camarote, señor Moon! —añadió el oficial animándolos a subir con un gesto, sin advertir que había omitido una parte del nombre «Moon Stone», Piedra de Luna, tal como figuraba en pomposas letras góticas en el billete que les había entregado la agencia Jardine & Matheson para sustituir al que Laura no había podido utilizar a causa de la enfermedad de su hermano.

Bowles, decidido a terminar su dibujo y a despedirse de los principales personajes de aquella increíble historia que se proponía revelar al mundo, se abrió paso entre los otros viajeros y llamó con recia voz a Laura cuando esta se disponía a subir a la pasarela.

—¡Qué agradable sorpresa, señor Bowles! —exclamó encantada al verlo—. ¡Es todo un detalle que os hayáis molestado en venir a vernos abandonar este hermoso y gran país! Os corresponderemos saludándoos...

—¿Y en qué vais a centrar vuestro próximo reportaje, señor Bowles? —preguntó con tono jovial La Piedra de Luna.

—He obtenido la autorización para embarcar en uno de esos juncos de guerra que patrullan por el mar de China con el fin de observar el día a día de la tripulación. Al comandante de la flota del sur hubo que calentarle un poco las orejas para firmar mi salvoconducto...

Como siempre que evocaba sus futuras investigaciones, igual que el cazador con sus futuras presas, el periodista se volvía locuaz.

—¡Tendréis que ir con cuidado, señor Bowles! El mar de China está infestado de piratas japoneses y filipinos.

—Ya veremos... ¡Además, si por un azar llegara a caer en manos de los piratas, acabaría sacando un buen relato de la experiencia! ¿Qué os parece? «Diario de un preso en manos de los piratas»... ¡Causaría sensación! —bromeó John.

—Señor Bowles, ¿podría pedirnos un último favor? —solicitó Laura.

—¡Sí, señorita Clearstone! Lo haré con sumo placer.

Laura vaciló un instante, miró a su esposo y viendo en sus ojos que aprobaba el gesto que se disponía a efectuar, tendió al reportero su ramo de siemprevivas.

—¿Podrías poner estas flores en la tumba de mi hermano? Reposa en el cementerio de la concesión británica.

—¡Dadlo por hecho! —prometió John.

Tranquilizada, la joven se acurrucó contra el hombro de su esposo.

—¡Si Dios no hubiera querido que mi hermano muriese, ahora no estaría aquí con mi marido! —murmuró estremeciéndose.

—¡Sí, ya lo había pensado! De igual modo que vuestro esposo tampoco habría venido a mi encuentro si no se hubiera topado con un artículo del periódico en el que se hablaba de vuestra presencia entre los *taiping*... La prensa también tiene su lado bueno... —concluyó el periodista.

Entonces, se oyó a alguien que llamaba a voces a Laura desde los grisáceos muros de la ciudad cuya sinuosa loma se hundía en la bruma a la manera de una larga serpiente que, sorprendida por el caminante, corre a esconderse entre los matorrales.

Todavía prevenido, La Piedra de Luna se volvió rápidamente.

—¡Parece que te llama alguien! —dijo con inquietud a su mujer.

Pese a la distancia, Laura reconoció sin problema a Antoine Vuibert, que le agitaba la mano en señal de despedida. Por un instante, permaneció boquiabierta, paralizada por el asombro. En su cabeza se precipitaron los pormenores de su relación con el francés, desde la irritación que le había inspirado desde el primer contacto hasta la brusquedad con que le había replicado cuando le había formulado en Nanquín su petición de mano. Casi estuvo por lamentar haber sido tan dura con él cuando lo vio a dos pasos de ella, haciendo girar el sombrero con la actitud de un perro apaleado que implora una caricia.

—He encontrado esta bolsa entre las pertenencias de vuestro padre y he creído conveniente traéroslo. El dinero que hay dentro os corresponde tenerlo a vos —explicó embarazado, tendiéndole un saquito de cuero en el que había metido los cincuenta dólares que había cobrado tras la liquidación de V.S.J. & Co.

Se abrió un silencio que pareció un prolongado grito. Laura, tan orgullosa como siempre, desvió la mirada, un tanto envarada.

—No necesito dinero.

Antoine insistió con expresión ofendida.

—Podríais compraros una bonita casa en Londres. En París, con una suma así se consigue un pequeño inmueble de renta —añadió incómodo.

—¡Guardároslo para vos!

—Francamente, no tengo suerte con vos... ¡Todo lo que os propongo lo rechazáis! —dijo despechado el francés.

Consciente de que si persistía en su negativa, le infligiría una nueva herida, Laura se apiadó de pronto de aquel hombre falto de consideración y de afecto.

—Sois vos quien tenéis razón. Me equivocaba al no querer aceptarlo... —exclamó tendiendo la mano.

—¡Gracias! ¡Que Dios os bendiga! —musitó Antoine con los ojos brillantes antes de marcharse tan deprisa como había llegado.

La sirena del barco comenzó a ulular, desgarrando el magma sonoro ambiental en el que se mezclaban el crujir de las poleas con que se izaban las mercancías, los jadeos de los *coolies*, los chirridos de las carretillas y los gritos guturales y los chasquidos de los bastones de los capataces.

Había que embarcar.

—Señor Bowles, nunca podré agradecerlos bastante lo que habéis hecho... ¡Sin vos, mi hijo nunca habría encontrado a su padre! —reconoció Laura.

—Estoy encantado de ver que pensáis que el trabajo del periodista es a veces de cierta utilidad... —bromeó John al tiempo que besaba la mano de la joven.

—¡Cuando vengáis a Londres, avisadnos! Os informaré de nuestra dirección en cuanto nos hayamos instalado.

—¡Adiós, señor Bowles, y suerte en vuestra próxima investigación a bordo del junco de guerra! —añadió La Piedra de Luna.

—¡Por si sirve de algo, os pongo al corriente de que, desde el año pasado, el *Weekly* está a la venta en Londres, en el quiosco de prensa situado justo detrás de Saint Martin in the Fields!

Cuando el barco se tambaleó y vio que la quilla se separaba con leves sacudidas del muelle para adentrarse en la aureola de bruma que, muy deprisa, lo engulliría definitivamente, más contento que nunca, John pensó con avidez en su número especial del *Weekly*.

Lo único que le faltaba era la prueba de que el documento del estuche de pinceles fuera auténtico. No dudaba de que tarde o temprano acabaría encontrándola, ya que la suerte siempre había estado de su parte desde que la casualidad había propiciado su encuentro con Irina Dachenko. Había que seguir investigando... Afanarse sin bajar nunca los brazos... No dudar en ir hasta Pekín para remontar el río hasta su nacimiento...

Y ese día, la noticia bomba sería totalmente irrefutable. Excitado como una pulga, imaginaba ya la cara que pondrían Goodridge y los otros directivos del *Illustrated London News* cuando descubrieran el resultado del trabajo llevado a cabo por su antiguo dibujante, al que no había tenido escrúpulos en despedir como a un indeseable. «Su» noticia sería su revancha por la manera tan «política» —¡y tan poco profesional!— con la que sus antiguos jefes practicaban el oficio del periodismo.

Sin ningún asomo de pudor por enfocar los proyectores sobre la felicidad de aquellas tres personas de destino excepcional que ahora navegaban rumbo a un nuevo destino, se felicitaba, exultante, por haberles dedicado su tiempo antes de soltarlos para una nueva continuación de aquella increíble historia.

Más adelante, cuando informara al mundo entero de las bajezas cometidas por el anterior emperador de China, todos los periodistas que desde Londres y otras ciudades escribían en su domicilio, siempre prestos a disertar sobre una China donde no habían puesto nunca los pies, recibirían una lección de gran calado.

Y aparte de la vana gloria, pensaba en la bella y divina Irina Dachenko, en aquella mujer que había fallecido por haber osado enfrentarse al poder supremo del Hijo del Cielo, a cuya memoria se haría por fin justicia.

Pekín
28 de octubre de 1860

John estaba muerto de frío. Era uno de esos días de comienzos de invierno en que el beso del norte, la implacable corriente de aire venida de las estepas, cortante e insidiosa, soplaba tan fuerte que los escasos habitantes de Pekín debían armarse de valor para abandonar el abrigo de sus casitas.

En la glacial atmósfera del pequeño cementerio católico concedido dos siglos atrás por las autoridades chinas a los padres jesuitas, en medio de las tumbas de mármol blanco, las campanas acababan de tocar a muerto, señalando el inicio de la ceremonia de los funerales de los rehenes franceses que habían sido «cobardemente secuestrados» por las tropas manchúes junto con los rehenes ingleses, según la expresión utilizada por los diplomáticos de las dos potencias occidentales beligerantes.

Como ocurre siempre en las circunstancias en las que nadie quiere ceder nada, la operación llevada a cabo por los comandos mongoles había acabado en una carnicería. La mayoría de los desventurados rehenes habían padecido un trato innoble por parte de sus custodios.

En medio del frío agudizado por el maligno beso, a un lado de los seis ataúdes cubiertos de raso negro ornado con una gran cruz plateada, se mantenían, alineados en impecable orden, inmóviles y tiesos como varas bajo el mando del general Cousin-Montauban, los oficiales y funcionarios. Al otro, los soldados se agitaban y hasta pateaban el suelo, sin disimular sus ganas de que se acabara aquella ceremonia en la que se arriesgaban a quedar congelados.

Detrás de la fachada de unanimidad y de *entente cordiale* que exhibían los franceses e ingleses con respecto a la manera como había que llevar a cabo la ofensiva, y pese a los heridos y los muertos, la desconfianza mutua seguía siendo la norma.

Para exponerlo con brevedad, se trataba de ver quién tomaría ventaja sobre el otro en la trágica carrera conducente a la humillación de China que ambos países habían emprendido.

Lord Elgin no asistía al entierro, de la misma manera que el barón Gros tampoco había estado presente, por su parte, en el de los cuatro rehenes ingleses que había tenido lugar la semana anterior. La ceremonia británica, destinada a impresionar a la corte imperial, se había desarrollado con gran pompa. El cortejo fúnebre había recorrido las calles de la ciudad, precedido por un destacamento de los dragones de la Guardia de la Reina de Inglaterra, mientras las gaitas y trompetas del 60.º regimiento

tocaban una impresionante marcha fúnebre. Convencida de que se trataba de un extraño ritual previo al asalto final, la población pequinesa se había parapetado, aterrorizada, en sus casas.

Soplándose los dedos para impedir que se le entumecieran y cediendo a su arraigado reflejo de periodista, John Bowles se puso a pensar en el tono del artículo que iba a redactar para acompañar sus dibujos de los funerales. Sería belicoso, sin lugar a dudas. Los relatos que había oído, repetidos mil veces en boca de los soldados de la coalición franco-inglesa, de las atroces condiciones en las que habían muerto aquellos prisioneros de guerra no incitaban a la indulgencia. Atados a unas cuerdas que mojaban de continuo sus carceleros, hasta el punto de que habían acabado por seccionarles las carnes, propiciando la infiltración de la gangrena, los pobres desdichados habían exhalado el último suspiro en medio de atroces sufrimientos, invadidos por los miasmas cuyo desarrollo habían fomentado de manera metódica los guardias rebozando sus llagas con sus excrementos. Los manchúes habían aprendido de los chinos su meticulosa ingeniosidad para hacer sufrir sin matar demasiado rápido. Sus verdugos se habían convertido en ingenieros del suplicio, a ellos se debía la creación de métodos de eliminación tan diversos como la ganga, una especie de horca en la que el reo tarda horas en morir, la gota de agua que cae durante semanas sobre el cráneo del torturado hasta volverlo loco, persuadido de que le están dando martillazos, o la de los mil cuchillos, ese lúgubre y perverso ceremonial en el curso del cual se pela de manera meticulosa al condenado como si fuera una cebolla.

Su artículo ocuparía una página doble. La de la izquierda cubriría la ceremonia inglesa y la de la derecha, la francesa. Así nadie se pondría celoso. Aun cuando los lectores del *North China Weekly* fueran en su gran mayoría de origen anglosajón, Bowles no renunciaba a ampliar la influencia de su publicación a la comunidad francesa, dado que esta no disponía aún de un periódico.

Después del elogio fúnebre, vibrante pero breve, pronunciado por el coronel de Bentzmann, Bowles vio avanzar a monseñor Joseph-Martial Mouly tocado con su mitra y con un hisopo en la mano con el que comenzó a bendecir los ataúdes.

Aquella era la primera vez en quince años que el obispo francés de Pekín recibía la autorización de entrar en su diócesis. Ciertamente es que aquel prelado gozaba de una aureola tal de prestigio que el propio príncipe Gong^[153], hermano menor del emperador Xianfeng y uno de los escasos hombres de Estado ilustrados de la corte manchú, le había suplicado que hiciera las veces de intermediario entre el poder manchú y los aliados. Esa era precisamente la razón por la que monseñor Mouly había llegado a Pekín cinco días antes.

Bowles había decidido consagrar un recuadro al retrato de aquel hombre que había llevado una vida digna de un personaje de novela o de un agente secreto y del cual había oído hablar más de una vez.

El sacerdote lazarista Mouly tenía treinta y cuatro años cuando llegó a Macao con la misión de evangelizar Mongolia. Había tardado ocho meses para desplazarse hasta

allí, después de atravesar China disfrazado de enfermo, untándose todos los días la cara de té a fin de adquirir una tonalidad amarillenta que le permitiera hacerse pasar por chino. Como en aquella época se perseguía a los sacerdotes extranjeros, por temor a ser descubierto, en los albergues donde pasaba la noche, aquel aventurero aguerrido de carácter afable y tranquilo dormía sólo de cara a la pared o cubierto con una buena capa de mantas. En 1842, el Vaticano había reconocido sus méritos confiándole el «obispado» de Mongolia, un cargo puramente simbólico. Aunque lo habían nombrado obispo de Zhili Norte en 1856, las autoridades no le habían concedido el permiso para fijar su residencia en Pekín y ahora contaban con la mediación del príncipe Gong para obtenerlo.

Pese a todos los peligros que había tenido que afrontar para llegar allí, aquel eclesiástico no había perdido la modestia. De todas sus cualidades, aquella era la que más fascinaba a John Bowles, que había tenido ocasión de conversar con él durante un cuarto de hora antes del inicio del funeral.

Con frenesí, este se puso a plasmar los contornos de la cara lampiña y demacrada, de prominentes pómulos, de aquel agente secreto de Cristo y luego su boca de asceta, delgada y blanquecina. Con los ojos ligeramente entornados, aureolados de finas arrugas a la manera de un viejo sol —la inconfundible marca de aquellos que tienen la costumbre de caminar con el viento en contra—, monseñor Mouly, que sentía un amor sincero por los chinos, tenía, incluso, un pequeño rasgo autóctono, como si las tribulaciones que había vivido aquel extraordinario misionero en ese país hubieran contribuido a asimilarlo un poco a él.

Al cabo de una hora, a John le temblaba la mano de cansancio, cuando puso fin a su reportaje gráfico reproduciendo la transmisión del hisopo entre el heroico obispo y el vencedor de Palikao con la que concluyó el funeral. Después, los presentes estaban invitados a bendecir los lúgubres ataúdes que aguardaban a ser depositados en la tierra. Aún no había acabado el dibujo cuando ya imaginaba la leyenda que incluiría al pie:

«Ante la mirada enrojecida de los soldados franceses, la emocionante reunión del sable y la cruz».

Acababa de guardar los dibujos en el zurrón que llevaba siempre colgado y se disponía a abandonar el cementerio cuando oyó que alguien lo llamaba.

Era la voz del general Grant, que había acudido a pasearse, como si nada, a las inmediaciones de las tumbas después de que se hubieran ido los franceses.

—Bowles, ¿no venís con nosotros?

—¿Adónde, mi general?

—¡Al Palacio de Verano, por supuesto!

—Ya lo he recorrido y dibujado desde todos los ángulos..., ¡al menos lo que queda!

—¡Pero no habéis visto nada en comparación con el espectáculo al que os invito!
—estaba claro que Bowles no comprendía a qué se refería el general inglés—. ¡Por lo

visto, no estáis al corriente!

—¡Pues no!

En la cara del militar se insinuó una expresión de voracidad.

—El incendio...

—¿Pero qué incendio?

—Hemos decidido convertir el Palacio de Verano en una gran hoguera... Os aseguro que será un espectáculo como para pagar entrada.

Como si aprobara sus palabras, el pequinés *Rockett*, que lo seguía a todas partes como su sombra, agitaba la cola. Bowles detestaba todavía más a Grant cuando se ponía vulgar y fanfarrón. En su opinión, un general no debía rebajarse a emplear las expresiones de la tropa. Por ello, lo miró con severidad, dispuesto a decirle lo que pensaba. Luego, al darse cuenta de que el sonriente militar había hablado totalmente en serio, se quedó anonadado.

—¿Vais a destruir el Yuan Ming Yuan? —logró articular.

—Lord Elgin así me lo ha ordenado. ¡Él está seguro de que es la única vía posible para dar a los manchúes la lección que se merecen! A decir verdad, yo también comparto su punto de vista...

Pese a su apariencia más bien jovial, lord Elgin era una persona extremadamente mordaz. Cuando tomaba una decisión, el plenipotenciario británico quería que fuera ejecutada al instante. En el discurso de homenaje que había pronunciado en el entierro de sus compatriotas, había dedicado unas palabras durísimas contra las autoridades manchúes.

—¿Es a causa de los rehenes?

—¿Os parece poco? —replicó con contundencia Grant—. ¡De los treinta y siete ingleses y franceses que apresaron faltando a las leyes del honor y el derecho de las naciones, dieciocho fueron asesinados de manera bárbara... y los diecinueve que salieron con vida recibieron un trato espantoso!

Bowles guardó silencio.

De nada serviría proclamar su indignación. Si quería ejercer con eficacia su oficio, todo periodista responsable debía saber hasta dónde podía llegar en la expresión de su propia opinión. En ese caso, para él era más importante poder asistir al incendio del Palacio de Verano, cuya descripción estarían ansiosos de leer sus lectores, que dejar constancia de su profundo desacuerdo.

Cuando llegaron a las proximidades del Yuan Ming Yuan, el aire estaba perfumado con la esencia de la madera de cedro con la que se habían construido los pabellones. El cielo se encontraba oscurecido por las gigantescas columnas de negruzco humo provenientes de las ruinas que, impulsadas por el vigoroso viento de altitud, se desplazaban en vastas masas en dirección al norte, donde formaban una especie de Gran Muralla hinchada. Cuando entraron, los soldados del 60.º Rifles y del 15.º Punjabis corrían de un lugar a otro, armados de antorchas, riendo y gritando, como si ejecutaran una macabra danza cuyo fondo musical lo componían las

explosiones. Ante la mirada consternada de John, bajo el aire acre, trémulo por el calor de las hogueras, todo, desde los árboles de los jardines a las vigas de los palacios, pasando por los restos del mobiliario supervivientes a los saqueos perpetrados los días anteriores, ardían ya a una alucinante velocidad.

—¡Qué espectáculo! —susurró Grant ante las llamas que devoraban aquellos tesoros vegetales y arquitectónicos, con la jactancia de una fiera delante de la carne fresca, todavía palpitante.

Conteniéndose para no afearle aquella actitud que encontraba totalmente fuera de lugar, Bowles optó por sacar su cuaderno para tomar notas en lugar de emprender una inútil diatriba.

El mal, de todas maneras, ya estaba hecho. Se exponía ante su vista sin reclamar comentarios. No tendría más que describirlo. El incendio del Palacio de Verano era tan alucinante, tan enorme, tan chocante y tan apocalíptico en suma, que no sentía ni siquiera la necesidad de dibujarlo. Por otra parte, como si careciera de toda memoria olfativa, sí se apresuró a anotar algunas palabras relativas a los terribles olores a chamusquina de materias vegetales, pero también de carne asada de pájaros, de gatos y de perros, de seda quemada, de tabaco, de incienso, de mirra y de aceite de alcanfor, que, ventilados por rachas sucesivas, exhalaban las llamas de los pabellones incendiados.

A ese ritmo, hasta el poco oro que no habían pillado los soldados, por estar incrustado en la madera y el metal, y que constituía el último vestigio del esplendor de aquel marco inmemorial que había servido de residencia estival para los Hijos del Cielo durante siglos, acabaría transformado en cenizas...

Al igual que el agua, además de reducir a la nada las cosas, el fuego servía como cruel recordatorio de la fragilidad de todo aquello que el hombre había tardado siglos en construir.

Caminando con cuidado, Grant condujo a Bowles hasta la sala del trono, que utilizaba como base de mando su suplente, el general John Michel, a quien había confiado la labor de «supervisar» las operaciones de incendio.

En medio de las tejas rotas y los cascotes esparcidos por el suelo y detrás de una irrisoria mesa plegable, se encontraba el lugarteniente general Michel, un personaje bastante flemático al que Bowles encontraba casi insustancial. Aquel individuo tan prototípico del carácter inglés se esforzaba impartiendo a gritos unas órdenes a sus oficiales superiores, que debían transmitir las a sus capitanes para que estos las hicieran llegar hasta los soldados rasos. No obstante, atrapados en su frenesí de destrucción cual sabuesos que, después de recibir el encargo, resultan ya imposibles de retener, estos no oían nada. Como suele suceder en el seno de la pirámide jerárquica militar, cuando la situación «se escapa de las manos», las directrices dadas en la cumbre se degradaban a medida que descendían hacia la base, transformando esta en una maquinaria ciega, bárbara y destructora.

Siguiendo a Grant, ahora en compañía de Michel, Bowles abandonó de buena

gana aquella caricaturesca sede del Estado Mayor.

Un poco más allá, al otro lado de un patio cuyas columnas de mármol ennegrecido por las llamas no sostenían ya más que el cielo, entró en lo que, diez días atrás tan solo, era la biblioteca imperial, depositaría de más de diez mil volúmenes. La memoria de la China, que no interesaba para nada ni a los soldados británicos ni a los franceses, había revelado en cambio unas cualidades tan idóneas como combustible que de ella quedaba ya tan solo una fina capa de cenizas polvorientas entre las que asomaban aquí y allá algunos pedazos de papel calcinado.

—Es una lástima que vuestros hombres no os hayan dado tiempo para preparar algunas cajas con esos viejos libros... Estoy seguro de que habrían suscitado interés en la biblioteca del Bristish Museum... —señaló Grant a su adjunto.

—Todo ha ido tan deprisa... —se justificó sin apuros este.

John seguía, cada vez más anonadado, a los dos generales que charlaban entre sí, como si nada, mientras atravesaban aquella sucesión de ruinas. Cuando llegaron delante del célebre barco de mármol arrimado a las orillas del inmenso lago Kunming, poco le faltó para estallar en sollozos mientras el chucho de Grant se apresuraba a ir a orinar encima. Como un barco fantasma reducido a no ser más que la evanescente sombra de un glorioso pasado, aquel navío que antes lucía una inmaculada blancura, tantas veces reproducido por los grabados jesuitas que habían dado la vuelta al mundo, era tan solo una espectral instalación de arcadas fisuradas y renegridos postes que surgían de las glaucas aguas tristemente lacadas de negro.

—Nuestros *sij*s adoran el fuego —se congratuló tontamente Michel, cuando acababan de dejar atrás una hoguera alimentada por una banda de soldados bajitos con turbante que reían a carcajadas.

—Aunque a veces son difíciles de controlar, estos demonios de indios demuestran una terrible eficacia..., un poco como los perros guardianes... —añadió Grant con una risotada.

Un poco más lejos, un fotógrafo disponía su trípode, tratando de encontrar el mejor encuadre posible.

—Buenos días, señor Felice Beato. ¡Veo que estáis muy ocupado! —exclamó el militar.

—En efecto, mi general. ¡De todo lo que he fotografiado, nada iguala lo de este día! ¡Todas esas llamas que devoran este esplendor..., qué inolvidable espectáculo! Un verdadero sueño para un fotógrafo, mi general... —se felicitó el reportero con un fortísimo acento italiano.

Beato hacía gala de una concentración extrema, con esa expresión de avidez que presentan las fieras cuando están de caza y tienen por fin a la gacela al alcance de sus colmillos. Bowles, cuyo *voyeurismo* no llegaba a tales extremos, sintió tal repugnancia que optó por mirar para otro lado.

Grant y su acólito dejaron al ametrallador de imágenes absorto en sus morbosas obras para proseguir tan campantes su gira de inspección. Después, por un motivo

desconocido, cuando caminaban frente a un elegante pabellón milagrosamente conservado, el general acarició el cuello de su pequinés. En ese instante, pese a que normalmente le gustaban los perros, influido por la cólera que lo invadía, Bowles habría aplastado de buena gana entre sus manos a aquella escoba ambulante cuyo pelo se había rebozado de ceniza de tanto ir a husmear por aquí y por allá, agitando la cola, contentísimo de dar un paseo tan largo con su amo.

Volvieron a pasar delante de los *sij*s.

En aquella ocasión, distribuidos en pequeños grupos, los hindúes lanzaban a la hoguera unas puertas de madera de cedro esculpidas con máscaras de dragones. Las planchas de más de tres metros de altura se consumían a una velocidad impresionante, dejando el suelo cubierto de caras de Taotie^[154] incandescentes. Los gritos de alborozo de los *sij*s que brincaban descalzos en medio de aquella roja alfombra le helaron la sangre. Para ese pueblo, el fuego lo purifica todo, es benéfico y conduce al paraíso, de tal suerte que aquellos hombres que quemaban alegremente el Palacio de Verano estaban convencidos de llevar a cabo un ritual salvador.

—Estos *sij*s son de una eficacia temible —tuvo que reconocer Grant, advirtiendo la desproporción entre el gigantesco tamaño de las puertas y el de los menudos individuos que las transportaban jadeantes para luego arrojarlas, con un último impulso, a las crepitantes llamas—. Habría que proponer al ministro de la Guerra que formara un cuerpo de élite con ellos.

Grant, que había adoptado un aire pensativo, hablaba con toda seriedad.

—¡Tenéis siempre unas ideas excelentes, mi general! Bastaría con adiestrar a esos diablillos de indios como perros de ataque... —aprobó su compañero, ilustrando sus palabras con un golpecito de fusta sobre la palma de la mano.

Grant estalló en una queda carcajada nerviosa.

En ese momento, si no se hubiera reprimido, John Bowles los habría cubierto de injurias a ambos. En el límite de la paciencia, por temor a no poder seguir conteniéndose, el dibujante de prensa abandonó al general y a su adjunto para no asistir a sus arranques de humor de mal gusto.

Con intención de templar los nervios, al divisar la torre del Perfume de Buda que seguía dominando el Palacio de Verano con sus cuarenta metros de altura, decidió subir a lo alto, en el supuesto de que ello fuera aún posible.

Con paso vacilante, aturdido y atenazado por la aprensión, comenzó a subir los escalones. Por suerte, la imponente pagoda de cuatro pisos, de estilo tibetano, había quedado protegida por su situación: como solo se podía acceder a ella por una serie de escaleras especialmente empinadas, la soldadesca borracha había acabado desistiendo...

Al llegar al último piso del santuario, se acodó en el balcón que rodeaba la plataforma superior. Un dulce olor a incienso impregnaba todavía las estatuas de los *arhat*^[155] ante las que los piadosos lamas habían efectuado las plegarias antes de abandonar el templo, en el momento de la irrupción de las tropas aliadas. John

contempló apabullado el caótico y devastado paisaje que se extendía a sus pies hasta donde le alcanzaba la vista. Pese al frío reinante, el calor desprendido por los incendios volvía el aire sofocante, irrespirable y angustiante. Las sartas de explosiones, impresionantes unas y amortiguadas otras, desgarraban el inquietante bullicio provocado por la ronda infernal de los incendiarios y saqueadores. Del admirable puente de los Diecisiete Arcos en el que los emperadores solían pasear sin escolta, quedaban tan solo dos pilastras que asomaban, a la manera de patéticos muñones, entre las negruzcas aguas.

Lo que hasta el día anterior recibía el nombre del Paraíso Terrenal de las Colinas del Oeste no era ya más que un desolador montón de ruinas y árboles calcinados.

Sic transit gloria mundi^[156]...

Al ordenar la quema del Palacio de Verano, el diabólico lord Elgin mataba dos pájaros de un tiro: castigaba a los manchúes y, al mismo tiempo, borraba las huellas de los inauditos desmanes que habían cometido diez días antes los soldados franceses e ingleses. El astuto Elgin había contado con el hecho de que nadie sabría nunca lo que realmente había ocurrido en el Palacio de Verano. Para el plenipotenciario inglés, el honor del Occidente pacificador, que, con el pretexto de darle una buena lección, acababa de infligir a la desdichada China la humillación más terrible de su historia, quedaría a salvo.

El problema era que, al igual que el fotógrafo Felice Beato, Bowles había asistido a los pillajes y ambos estaban bien decididos a dejar constancia de lo que habían visto.

Nunca hay que fiarse de los periodistas...

Cuando, al cabo de una hora, mediada ya la tarde, llegó con la garganta reseca a las orillas del lago Kunming, el pobre John tenía la impresión de regresar de los infiernos.

Se acostó en el suelo. Con el trasluz, la sucesión de techos de las casas bajas de los alrededores se perdían en las nubes de humo que obstruían el cielo.

Entonces, posó la mirada en una bola de fuego tan incandescente que, a pesar de la distancia que lo separaba de ella, tenía la impresión de percibir su calor.

Se levantó y, como atraído por un imán, se encaminó hacia ella.

Justo delante de los cimientos calcinados de un pabellón de recreo, una magnífica estatua de Buda en madera de sándalo ardía como una antorcha.

El espectáculo de la divinidad de pacífica sonrisa devorada por las llamas de un infierno que no merecía lo hizo estallar en sollozos. Lo encolerizaba aquella descomunal injusticia. La imagen de esa sobrecogedora belleza que se disipaba era a un tiempo chocante y cautivadora. Había que conservarla a toda costa, porque bastaba por sí sola para resumir la tragedia que tenía lugar en el Palacio de Verano. Ese Buda en llamas era el testigo de choque que Bowles quería preservar para transmitirlo a las generaciones futuras. Tenía que dibujar el Buda antes de que su hermoso rostro impávido, sereno y tranquilo, inundado ya por ardientes lágrimas de

savia, desapareciera en la nada. Le quedaban dos o tres minutos a lo sumo para cumplir su propósito ya que la madera de sándalo ardía como la yesca.

Con precipitación, escudriñó en el bolsillo del abrigo en busca de la mina de lápiz que necesitaba.

Entonces, se topó con el estuche de pinceles de La Piedra de Luna.

Convencido de que aquel objeto cargado de símbolos lo ayudaría en aquel imposible cometido, lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, pegado al corazón.

Tras concentrarse, tomó impulso y en unos cuantos trazos plasmó en la página de su cuaderno la asombrosa y casi insoportable belleza del modelo... Gracias al estuche de La Piedra de Luna, que sentía palpar junto a su piel, había logrado captar la tristeza que irradiaba la cara de aquella moribunda estatua.

Ya había encontrado la leyenda con que lo iba a acompañar: «Hasta el bienaventurado Buda lloraba...».

Publicándolo en la primera plana del *North China Weekly*, convertiría ese retrato en el testimonio admirable y a la vez irrefutable del monstruoso crimen cometido por Francia e Inglaterra contra una civilización milenaria a la que habían conducido a la impotencia la ceguera y la ingenuidad de sus dirigentes supremos.

Después de guardar el dibujo en el zurrón, resolvió salir del Palacio de Verano para escapar del espectáculo de aquellas maravillas devastadas y reducidas a cenizas, de aquellos muros calcinados que se deshacían, de aquellos árboles centenarios destrozados por las llamas.

Antes, empero, tenía una última tarea que atender.

Con gesto seguro y preciso, John sacó del bolsillo el estuche de pinceles de La Piedra de Luna y lo lanzó a las llamas que acababan de consumir la espléndida estatua.

Y es que después de aquel día pasado en el infierno del incendio del Palacio de Verano, acababa de tomar una decisión, una decisión asombrosa viniendo de un inveterado cazador de noticias como él.

John no iba a divulgar la historia de La Piedra de Luna ni la de Laura Clearstone en el último artículo que le faltaba para poner punto final a su reportaje sobre los *taiping* en su número especial del *Weekly*.

Renunciando, por una vez, a su papel de espectador de las miserias del mundo, atento a las desgracias de los otros y a las catástrofes planetarias, acababa de asumir la función de protector de la vida privada de una pareja y un niño cuyo bien deseaba.

Como esos acontecimientos que propician que las personas pongan las cosas en perspectiva, ayudándolas a distinguir lo accesorio de lo esencial, el saqueo del Palacio de Verano había actuado como un catalizador en el caso del periodista.

La joven Laura Clearstone, su marido y su hijo tenían derecho a la paz y la felicidad. Revelar su pasado habría turbado sin duda su sosiego y dificultado el inicio de su nueva existencia. Desvelar su historia ante el mundo no habría servido para

resucitar a la bella Irina ni para introducir la más mínima alteración en la forma de actuar de la policía secreta imperial.

Bowles prefería concentrarse en la denuncia del atentado contra la cultura que se había perpetrado con el saqueo del Palacio de Verano. Aquella le parecía una causa más urgente y más noble, aunque no fuera a interesar tanto a los lectores del *Weekly*, que apreciaban más los chismes que los grandes principios o el relato del pillaje de antigüedades.

¿En qué bando estaba la barbarie?

Aquel no era un interrogante baladí. John conocía de antemano la respuesta: se encontraba del lado de aquellos que habían permitido que su soldadesca se ensañara con aquellas espléndidas obras del pasado. Al incendiar esos espléndidos pabellones, pagodas y jardines no solo habían hecho desaparecer un conjunto arquitectónico único, sino que —¡y eso era más grave aún!— habían borrado el testimonio de la fascinación que había ejercido Occidente en los Tres Grandes Emperadores de la dinastía manchú, con lo cual impulsaban a China a replegarse sobre sí misma, sobre sus viejos demonios de Gran Muralla protectora detrás de la cual se refugiaba el centro del mundo al mismo tiempo que se aislaba de su periferia.

La brutalidad, la altanería, la certeza de realizar un combate justo —que a menudo sirve de pretexto para las peores ignominias— eran características del bando de las cancillerías europeas. Al obligar a los chinos a comprar su barro negro, los ingleses no imaginaban que, además de sentar las bases de un proceso colonial cuyos episodios más destacados iban a tener lugar unos cincuenta años más tarde, en todos los continentes del planeta, habían dado ejemplo a sus grandes rivales.

Con la certidumbre de que después de tamaño acto criminal, las relaciones entre Occidente y la China nunca volverían a ser las mismas, Bowles estaba decidido a recalcar, en su relato de la toma de Pekín llevada a cabo por las potencias occidentales, el hecho de que lord Elgin se había excedido en su voluntad de castigar al poder manchú al decretar el incendio de la residencia estival del Hijo del Cielo.

Su crítica de lo que pensaba calificar de «crimen contra la civilización china» iba a ser, a no dudarlo, corrosiva.

La historia de La Piedra de Luna y de Laura Clearstone permanecería secreta para siempre, en cambio, como un fabuloso tesoro guardado en un sitio tan hostil que el pico de los arqueólogos no podría desenterrarla jamás.

John Bowles había retenido a la perfección la lección que le había enseñado el espectáculo del incendio del Palacio de Verano.

Convencido de que la felicidad de los seres humanos era un bien tan precioso que merecía, como las plantas raras, el despliegue de toda clase de precauciones a fin de preservarla, no quería ser la persona que enturbiara la dicha del hijo secreto de Daoguang y de su familia cuyo barco, impulsado por vientos favorables, navegaba entonces en dirección a Londres, con todas las velas desplegadas.



José Frèches (nacido el 25 de junio de 1950, en Dax, Landes) es un francés novelista de novelas históricas situadas en China.

Su primera trilogía *El Disco de Jade* es una historia ambientada durante el período de las guerras entre estados en una China desunida. Cuenta la historia del primer ministro del estado de Qin, el reino que unificó el territorio de China bajo el gobierno del primer emperador Qin Shi Huang Lü Buwei, y del que dicen fue el verdadero padre de éste último y de las luchas entre los otros reinos y el Reino de Qin, destinadas para unir China.

Su segunda trilogía *La Emperatriz de la Seda* está ambientada durante la dinastía de los Tang. La China del siglo VII guarda celosamente un secreto que todo el mundo ansía conocer: la fabricación de la seda. En ningún otro lugar se sabe cómo obtener esta tela tornasolada, más rara que el jade y más preciada que el oro. Por esta razón, a lo largo de toda la Ruta de la Seda, llegarán a China numerosas expediciones con hombres e ideas muy diferentes que intentarán arrancar al imperio su bien más querido: la seda.

Su última serie hasta ahora, *El Imperio de las Lágrimas: Pekín, 1847*. China, un Imperio sublime y misterioso, se muere. Para esclavizarla, franceses e ingleses vierten sobre ella un funesto veneno: el opio. Y matando de hambre a su pueblo roban, de paso, sus maravillas ancestrales. Sin embargo, un niño -el hijo secreto del emperador Daoguang- puede cambiar el destino del Imperio. Se llama La Piedra de Luna. Amenazado de muerte y perseguido por el clan de los eunucos más poderosos

de China, da inicio una búsqueda despiadada y frenética en la que La Piedra de Luna, para salvar la vida, tendrá que sortear mil avatares y peligros. Una joven contorsionista, un príncipe Tang rebelde, una joven londinense... serán algunos de los fantásticos personajes que La Piedra de Luna se encontrará en su viaje.

Notas

[1] Antes de ser transformado en lamasería en 1744, el *Yonghe Gong* o *templo de los Lamas* fue la residencia del futuro emperador Yong Zheng, que reinó desde 1723 a 1735. Sigue siendo uno de los monumentos más visitados de Pekín. <<

[2] Isla situada al sur de la de Kyushu, que vio la llegada del portugués Fernão Mendes Pinto en 1543. En la actualidad se encuentra instalado en ella el centro espacial japonés. <<

[2a] buque a vapor. <<

[3] *Los Tres grandes Emperadores*: se llama así a los tres emperadores manchúes que se sucedieron durante los siglos xvii y xviii, es decir, Kangxi (1654-1722), Yong Zheng (1677-1736) y Qianlong (1711-1799). <<

[3a] *jackpot*: premio gordo; tocar la lotería. (*Nota del E. D.*). <<

[3b] Bodhisattva es un término propio del budismo que alude a alguien embarcado en el camino del Buda de manera significativa. Es un término compuesto: *bodhi* (supremo conocimiento, iluminación) y *sattva* (ser). (Nota del E. D.). <<

[4] *Guerra del opio*: la segunda guerra del opio fue la desencadenada oficialmente por Rusia, Inglaterra, Estados Unidos y Francia, cuyos ministros plenipotenciarios se reunieron en Shanghái a finales de marzo de 1858 a fin de obligar al régimen manchú a que abriera sus puertos al comercio europeo y concediera a los europeos el derecho a circular libremente por todo el territorio chino. <<

[5] *Tratado de Tianjín*: los cincuenta y seis humillantes artículos del tratado de Tianjín fueron firmados el 26 de junio de 1858 por lord Elgin, plenipotenciario británico, y por el barón Gros, plenipotenciario francés. <<

[5a] *sij*: adeptos del Sijismo como religión. La mayoría de los *sij*s comparten fuertes lazos étnico-religiosos por lo que muchos países, como el Reino Unido, los reconocen como un grupo étnico. (*Nota del E. D.*). <<

[6] *Cousin-Montauban*: después de este hecho de armas ocurrido en el puente de Bali Qiao, y por decreto del emperador Napoleón III de fecha 16 de marzo de 1863, el general Cousin-Montauban, comandante en jefe de las tropas francesas en China, fue nombrado conde de Palikao. <<

[7] *Perro pequinés*: en 1864, uno de los capitanes del general Grant regaló a la reina Victoria el primer perro pekinés llegado a Gran Bretaña. <<

[8] *Thomas Wade* fue el inventor de un método de transcripción alfabética de los caracteres chinos que lleva su nombre. <<

[9] Con las piedras de esos collares, Cousin-Montauban hará fabricar un collar que regalará a la emperatriz Eugenia. <<

[9a] corredores de apuestas. (*Nota del E. D.*). <<

[10] Este suplicio fue ideado por los mongoles bajo la dinastía de los Yuan. Consistía en ir despedazando lentamente el cuerpo del condenado, lo que podía durar horas, y era practicado habitualmente en China en la época de la guerra del opio. <<

[11] El *hombre de bien*: expresión confuciana que indica el objetivo moral al que debe aspirar todo individuo. <<

[12] Literalmente, «fusil de opio». <<

[13] Especie de laúd de cuatro cuerdas, muy popular en China, que se emplea para acompañar el canto. <<

[14] El *estilo «cancillería»*, de fácil lectura, es una caligrafía utilizada corrientemente por la administración china desde los Song. <<

[15] Los *Cinco Órganos* son el corazón, el hígado, el pulmón, el bazo y los riñones. *Las Cinco Vísceras* son el estómago, el intestino delgado, el colon, la vesícula biliar y la vejiga. <<

[15a] gorra con orejeras flexibles. Se cree que fue adoptado de los mongoles durante las primeras invasiones medievales. Ello explica su presencia, además de en Rusia y países de Europa Oriental, en China, Mongolia o Corea principalmente. (*Nota del E. D.*). <<

[15b] El término mujik era empleado para referirse a los campesinos rusos que no poseían propiedades, generalmente antes del año 1917. Los *muzhíks* eran siervos. (Nota del E. D.). <<

[16] Ese es el significado de «Zhongguo», nombre que designa a China. <<

[17] Expresión con la que se designaba la seguridad del empleo obtenido por aquel que tenía la suerte de llegar a alto funcionario. <<

[18] La *Compañía de las Indias Orientales* tenía entonces el monopolio del comercio con la India, China y Japón. <<

[18a] *last but not least*: por último pero no menos importante. (Nota del E. D.). <<

[18b] La *gentry* se refiere a una clase social, inicialmente británica, integrada por la nobleza de tipo medio y bajo (barones, caballeros...) y los hombres libres (*freemen* y *commoners*) terratenientes. (Nota del E. D.). <<

[19] Se trata del famoso *tratado de Nanquín*, firmado el 29 de agosto de 1842, que, además de la cesión de Hong Kong a Inglaterra, le abrió los cuatro puertos chinos de Shanghái, Fuzhou, Ningbo y Amoy y exoneraba prácticamente a ese país de derechos de aduana en sus importaciones. <<

[20] *Lord Palmerston, Henry-John Temple*, vizconde de Palmerston, fue ministro de Asuntos Extranjeros de la reina Victoria durante la primera guerra del opio y pasó a ser primer ministro en la segunda guerra del opio (1860). <<

[21] En 1836, *Francis Place* y *William Lowett*, fundadores de la Asociación de Trabajadores Londinenses, redactaron la *Carta del Pueblo*, demanda compuesta de seis puntos y presentada a la Cámara de los Comunes que dio origen a lo que se ha llamado el movimiento cartista. Figuraba entre sus exigencias, además del escrutinio secreto y de las elecciones anuales, el sufragio universal (masculino). Su primera petición (1839) recogió cerca de 1 300 000 firmas y la segunda (1842) más de tres millones. <<

[22] La dinastía de los *Tang* ocupó el poder de 618 a 907. <<

[23] Nombre chino de la dinastía manchú que reinó desde 1635 a 1911. <<

[24] Grupo étnico dominante en China. <<

[25] *Luoyang*: ciudad de Shaanxi, que fue capital de numerosas dinastías chinas. <<

[26] Célebre «manual del dormitorio» que, según se dice, fue compilado por el mítico Emperador Amarillo, que proporcionó, además, a los chinos la escritura, los números y el secreto de la fabricación de la seda. <<

[27] En chino, Heshangkong; texto taoísta célebre por sus recetas referentes a la mejor manera de «alimentar la vida». <<

[28] Libro de las Mutaciones. <<

[29] Fuxi y Nügua son los dos espíritus que, según la mitología china, preceden a la ordenación del Cielo y al establecimiento de la Tierra. <<

[30] En 1866, *el doctor John Langdon Down* descubrió el llamado síndrome de Down y atrajo la atención de la comunidad científica sobre el tipo mongoloide de niños afectados de retraso mental. <<

[31] Esta ley, aprobada por votación en 1845, contemplaba el internamiento de los alienados en asilos especializados. <<

[31a] mongólico; que padece un trastorno genético causado por la presencia de una copia extra del cromosoma 21. (*Nota del E. D.*). <<

[32] Los *hutong*: así se llaman en Pekín los islotes de casas antiguas de una sola planta que actualmente se destruyen para construir en su sitio edificios altos modernos. <<

[32a] *li*: medida de longitud utilizada en la antigua China, equivalente a medio kilómetro. (*Nota del E. D.*). <<

[33] Nombre que se da a las porcelanas sumamente finas producidas por las manufacturam imperiales. <<

[34] *Gran Salón Estimado de la Armonía Suprema*: en este inmenso pabellón construido sobre una terraza de mármol de tres rellanos se sentaban los emperadores en un impresionante trono muy historiado, instalado sobre un estrado de siete peldaños, para escuchar las quejas de sus vasallos. <<

[35] La *pelota* es, en realidad, la «joya de la omnipotencia» o «perla luminosa», símbolo de poderío y de esencia de vida... <<

[36] *Taizong*, que reinó desde 626 a 649, y *Xuanzong*, cuyo reinado se extendió desde 712 a 756, son los dos emperadores más ilustres de la dinastía de los Tang. <<

[37] El pintor-grabador-misionero *Matteo Ripa* se convirtió en uno de los pintores oficiales del emperador Kangxi, que le ordenó que grabara un mapa del territorio chino que fue el oficial hasta el advenimiento de la república de China en 1911. <<

[38] El *Gran Canal Imperial*, abierto en tiempos de los Song, sigue siendo navegable y permite llegar a Pekín desde la cuenca inferior del río Azul. Durante mucho tiempo fue la vía de comunicación principal entre el sur del país (granero de arroz) y la capital. <<

[39] Se decía que esos polvos, llamados a veces «droga solar», transformaban al que los tomaba en «ser de luz», que podía vivir entonces diez mil años más. <<

[40] Célebre escuela de Nanquín donde se enseñaba a los niños nobles las maneras de la corte. <<

[41] *El chaozu*, reservado para las cinco primeras clases de mandarines, era un collar de ceremonia compuesto de ciento una cuentas de jade y terminado en un colgante en forma de calabaza. <<

[42] Expresión popular que indica que la caída de un personaje poderoso comporta la de la comparsa que protege. <<

[43] Frase entresacada del Libro de la Vía y de la Virtud, de Lao Tse. <<

[44] Ibid. <<

[45] Los *yurchen* fueron un pueblo asiático que habitó la región en torno al río Amur, que en la actualidad marca la frontera oriental entre Rusia y China. Los *yurchen*, pueblo de lengua tungús, pasarían a ser conocidos a partir del siglo XVII por el nombre de manchúes. La identidad nacional manchú fue una creación de Hung Taiji, gobernante *yurchen* que heredó el Estado unificado por su padre Nurhaci y que estableció la última dinastía imperial china, la dinastía Qing. Debido a su condición de tierra originaria de los *yurchen* o manchúes, el extremo nordeste de China pasaría a conocerse con posterioridad como Manchuria. Manzbou, en chino, de donde deriva el nombre de «manchú». <<

[46] El comisario imperial responsable de la operación de destrucción de veinte mil cajas de opio en 1839 había abandonado Cantón dos años más tarde. <<

[47] Este episodio es verídico. Se ignora, sin embargo, si la reina Victoria tuvo ocasión de enterarse del contenido de aquel correo. <<

[48] *Thomas Staunton*, que hablaba perfectamente el chino, era hijo de George Staunton, médico de lord Macartney, célebre por sus misiones diplomáticas junto al emperador Qianlong a finales del siglo XVIII, había pasado quince días en Cantón en calidad de apoderado de la Compañía de las Indias Orientales. En abril de 1840 había declarado ante la Cámara de los Comunes, de la que había sido diputado: «Vayamos con mucho tiento porque la consideración que perderíamos en China, de no intervenir militarmente en el país, la perderíamos seguramente también en la India y, sucesivamente, en toda la tierra». <<

[48a] *cohong*: gremio de chinos comerciantes o *hongs* que operaban el monopolio de importación y exportación en Canton (ahora Guangzhou) durante la dinastía Qing (1644-1911). Durante el siglo anterior a la Primera Guerra del Opio de 1839, las relaciones comerciales entre China y Europa se llevaron a cabo exclusivamente a través del Cohong, formalizado por edicto imperial en 1760 por el emperador Qianlong. Los comerciantes chinos que formaban el Cohong fueron referidos como *hangshang* y sus homólogos extranjeros *Yanghang*, literalmente, «los comerciantes del océano». (Nota del E. D.). <<

[48b] *must*: necesidad indispensable, obligación. (*Nota del E. D.*). <<

[49] *William Gladstone*, futuro dirigente del partido *tory*, había hecho oír su voz, en el mismo momento, contra aquella «guerra injusta» que, según él, corría el riesgo de cubrir a Inglaterra de «permanente deshonor». <<

[50] Los *Tres Libros de los Ritos*: se trata respectivamente del *Zhouli* o *Ritual de los Zhou*, del *Yili* o *Ceremonial de los Nobles* y del *Liji* o *Libro de los Ritos*, que constituyen la base de la doctrina confuciana. <<

[51] Los chinos construyeron en el paso de *las Tres Gargantas* la famosa presa del mismo nombre. <<

[52] En chino «nombre pequeño», que indicaba el sobrenombre y que en esta época seguía sustituyendo al apellido. <<

[53] Se trata de expresiones utilizadas por los maestros taoístas sacadas del Libro del Patío Amarillo, el tratado más célebre del taoísmo. <<

[54] *Baopuzi*: célebre manual de alquimia taoísta redactado por Ge Hong (283-343), el Maestro que Abraza la Simplicidad. <<

[54a] *in petto*: internamente; en secreto. (Nota del E. D.). <<

[55] *Louis Lecomte*, uno de los seis jesuitas enviados a China por Luis XIV en 1685, dejó unas *Nuevas memorias sobre el estado actual de China*. <<

[56] *Stanislas Julien* (1797-1873), que conocía perfectamente el manchú y el chino clásico, fue uno de los más grandes sinólogos de su tiempo, profesor de lenguas orientales en el Collège de France. <<

[57] El Pan Liang se convirtió en la moneda estándar de China durante el reinado del emperador Ch'e Wu-ti, de la dinastía Han Occidental. Estas monedas fueron acuñadas entre 140 a. C. y 118 a. C., y tenían una forma redonda con un agujero cuadrado en la mitad. Pueden verse dos caracteres chinos en cualquier lado del agujero cuadrado central de esta moneda, hecha de cobre. Este diseño de moneda se hizo estándar para todas las monedas chinas hasta 1911 d. C. (*N. del Ed.*) <<

[58] *Lord Macartney* fue el primer embajador enviado a China por Gran Bretaña (1793) <<

[59] Jerigonza utilizada por los ingleses para hacerse comprender por los chinos. La palabra pidgin deriva de business pronunciado a la cantonesa. <<

[60] En 1716, bajo la égida del emperador Kangxi, se publicó un diccionario con más de cuarenta mil caracteres. <<

[61] Se trata, en realidad, de la cita más célebre del Daodejing, texto de los fundamentos del taoísmo filosófico y que tuvo una fuerte influencia sobre otras escuelas, como el legalismo y el neoconfucianismo. Tiene un papel importante en la religión china, relacionado no sólo con el taoísmo religioso, sino también con el budismo, que cuando se introdujo por primera vez en China fue interpretado usando en gran medida palabras y conceptos taoístas. En China la filosofía de la naturaleza y la visión del mundo están impregnadas del pensamiento taoísta y así muchos artistas, pintores, calígrafos y hasta jardineros han usado este libro como fuente de inspiración. Su influencia se ha esparcido también más allá del Lejano Oriente, ayudada por las muchas traducciones diferentes del texto a lenguas occidentales. <<

[62] Los jesuitas fueron expulsados de China poco después de la inhabilitación de la Compañía por parte del Vaticano en 1774. <<

[63a] Los *putti* son motivos ornamentales consistentes en figuras de niños, frecuentemente desnudos y alados, en forma de Cupido, querubín o amorcillo. Son abundantes en el Renacimiento y Barroco italiano y español, y forman parte de la recuperación de motivos clásicos típica de la época. (*Nota del E. D.*). <<

[63] En realidad, la ofensiva antijesuítica se inició en Francia, donde el rey Luis XV declaró en 1764 persona non grata a la Compañía. A partir de 1769, los Borbones no dejaron de ejercer presión en el papa Clemente XIV para que la suprimiera. Este se resistió hasta 1773, fecha en la que publicó un «breve de disolución» tomando como pretexto que los jesuitas tenían una concepción excesivamente laxa de sus rituales (lo que se designó con el nombre de «Querrela de los Ritos»), y mandó encarcelar al padre general Ricci. El breve de Clemente XIV fue abrogado por Pío VII en 1814, ya que este era favorable al restablecimiento de la Compañía, si bien Napoleón se interpuso en sus designios. <<

[63b] ritual taoísta que se basta en la técnica de unir las respiraciones. (*Nota del E. D.*).

<<

[64] Los padres Évariste Huc (1813-1860) y Joseph Gabet (1803-1853), llegados a China en 1839, habían dejado Pekín en 1844 para trasladarse a Lhasa, donde llegaron el 20 de enero de 1846. El diario del padre Huc, *Recuerdos de un viaje a Tartaria y al Tíbet en los años 1844, 1845 y 1846*, publicado en Francia en 1854, tuvo una gran resonancia. <<

[64a] Expresión latina que se aplica a una persona o cosa que se consideran poco comunes o por tener alguna característica que las diferencia de las demás de su misma especie. (*Nota del E. D.*). <<

[65] Célebre epopeya novelada cuyos personajes fueron los protagonistas del advenimiento de los Tres Reinos (siglo III d. C.) que sucedieron a la dinastía de los Han. <<

[65a] La frase «pasar por (o bajo) las horcas caudinas» se utiliza cuando alguien tiene que soportar una gran afrenta o humillación, teniendo que hacer a la fuerza algo que no deseaba. (*Nota del E. D.*). <<

[66] El «cuervo de la luz», que todas las mañanas lleva al mundo el sol en el pico, fue también el símbolo heráldico de la dinastía de los Zhou. <<

[67] *Guan* es uno de los protagonistas de la célebre epopeya de los Tres Reinos. Asesinado cobardemente por el soberano de un reino rival, ese generoso personaje, que encarna el espíritu caballeresco y el valor, fue divinizado. <<

[68] En la terminología taoísta, los Tres Hábitos, visibles a través de tres colores (azul, blanco, amarillo) que corresponden a los Tres Cielos Supremos, son el Oscuro, el Original y el Primordial. Responden a los Tres Puros o a los Tres Venerables Celestiales, que son las hipóstasis del Tao. Los Tres Hábitos nacen en el Campo de Cinabrio, que es la Raíz del Hombre y, por ello, fuente de la vida. <<

[69] Bajo el impulso de Zhang Jiao, fue creada alrededor del año 175 de nuestra era la secta taoísta de los Turbantes Amarillos, cuyos adeptos adoraban al señor Huanglao, síntesis divina de Lao Tse y el emperador Amarillo. Los Turbantes Amarillos llegaron a tener 360 000 adeptos y pusieron en gran peligro la dinastía de los Han. <<

[70] Expresión taoísta que significa «búsqueda del origen de todo» o también «embrión primordial» y que constituye el punto de partida de toda meditación. <<

[71] El *Calendario de Jade* de Lao Tse, llamado también *Libro del Centro* y escrito alrededor del siglo II de nuestra era, constituye la descripción más antigua conocida del «mundo interior» taoísta. <<

[71a] frase latina que significa literalmente «a la manera de un cadáver», ilustra desde el siglo IV el ideal ascético de perfecta obediencia. (*Nota del E. D.*). <<

[72] *Boxeo del Gran Techo*, en chino *Taiqi Quan*. Esos ejercicios siguen practicándose hoy día en calles y parques. <<

[73] Nombre procedente del término chino *kejia*, aplicado a los chinos del norte emigrados al sur y más particularmente al Guangxi y al Guangdong. <<

[74] Nombre chino del padre jesuita Matteo Ricci (1552-1610), autor del Verdadero catecismo de la doctrina de Dios, el primero que conocieron los chinos. <<

[75] Hábito vital. <<

[76] El pastor misionero americano Edwin Stevens redactó, alrededor de 1840, una obra titulada Good Works for Exhorting the Age, que obtuvo cierta resonancia al ser traducida al chino. <<

[77] *Cejas Rojas*: movimiento mesiánico rebelde del siglo I de nuestra era cuyos adeptos se pintaban la cara para parecer demonios. <<

[78] El bonzo *Mulian*, que, según la leyenda, había atravesado millares de infiernos para llegar a aquel donde su madre se encontraba prisionera, pasó a convertirse a partir del siglo IX en encarnación del amor y piedad filial. <<

[79] *Cohong*: este término es la deformación de Gonghang, que era el nombre del gremio de comerciantes de Cantón, creado en 1720. <<

[80] Expresión popular que significa que existe un peligro inminente. <<

[80a] persona que apoyó o participó en el movimiento del misticismo religioso y la agitación agraria en China entre 1850 y 1864 (rebelión Taiping), que debilitó la dinastía manchú, pero finalmente fue suprimida con ayuda externa. (*Nota del E. D.*).

<<

[81] En 1406 fue editado un *Herbario para la supervivencia en caso de carestía*, que enumeraba ciento catorce especies comestibles capaces de calmar el hambre. <<

[81a] *Aya* o *amma*, es una mujer empleada por una familia para limpiar, cuidar de los niños y realizar otras tareas domésticas. (*Nota del E. D.*). <<

[81b] *scones*: panecillos de forma redonda, típicos de la cocina del Reino Unido y originario de Escocia. (*Nota del E. D.*). <<

[81c] *Junzi* («hijo del señor») es un término filosófico chino traducido como «caballero» o «persona superior». (*Nota del E. D.*). <<

[82a] Originario de los Países Bajos en el siglo XVI, fue creado para facilitar el transporte transoceánico con el máximo espacio y eficiencia de tripulación, al punto de que el diseño estándar no contaba con armamento, para maximizar el espacio. *(Nota del E. D.)*. <<

[82] Mezcla de hojas secas de artemisa; de *ahf* el nombre de *moxibustión* con que se designa el procedimiento utilizado con fines terapéuticos que consiste en quemar el producto. <<

[83] El pintor jesuita Jean Denis Attiret se incorporó en 1739 a la corte imperial, donde ejecutó numerosas obras para el emperador Qianlong. <<

[84] Nacido en 1833, Yixin, sexto hijo de Daoguang y que más tarde sería el príncipe Gong, desempeñó un papel muy importante tras la muerte del emperador Xianfeng (1861). Fundador del Zongli Yamen, el Ministerio de Asuntos Extranjeros, dirigió sobre todo la política exterior de China hasta 1884. <<

[85] Nacido en 1831, Yizhou sucederá a Daoguang con el nombre de Xianfeng (1851).

<<

[85a] Ruyi es un objeto decorativo curvo que sirve como un cetro ceremonial en el budismo chino o un talismán que simboliza el poder y la buena fortuna. (*Nota del E. D.*). <<

[86] Nombre chino que designa la alquimia interior. <<

[86a] mercenarios al servicio de las ciudades-estado italianas desde finales de la Edad Media hasta mediados del siglo XVI. La palabra condottiero deriva de condotta, término que designaba al contrato entre el capitán de mercenarios y el gobierno que alquilaba sus servicios. (*Nota del E. D.*). <<

[87] «Indígenas» en cantones. <<

[88] Título de primer grado que confería la condición de letrado. <<

[89] Se trataba de Edwin Stevens, misionero bautista americano presente en Cantón a partir de mediados de la década de 1830. <<

[90] Expresión popular que significa «pasar al lado de algo sin verlo». <<

[91] No debe confundirse el nombre de reinado, o Nianhao, con el nombre honorífico, o Zunhao. <<

[92] «Fu» significa felicidad en chino. <<

[93] Entre la decena de caracteres que se pronuncian «Yu», los más usuales significan pescado y riqueza. Por eso en China el pescado está asociado a la noción de abundancia. <<

[94] Expresión que significa que hay que saber aprovechar las oportunidades. <<

[95] Expresión que designa la muerte. <<

[96] Ji designa a la vez el gallo y la suerte. <<

[97] Wei Yuan (1794-1856) fue un historiador que se hizo famoso por su Memoria ilustrada de los países de ultramar (1840), que constituía un ataque en toda regla contra el colonialismo de los ingleses en China. <<

[97a] El *rickshaw* o *poussepousse* es un carro ligero, con dos ruedas para uno o dos pasajeros, tirado o empujado por un hombre. (Nota del E. D.). <<

[98] La tríada de las Tres Armonías era por aquel entonces una de las más activas en la zona meridional de China. <<

[99] Wen Qiong es un homónimo de la palabra que significa epidemia. Según la leyenda, Wen Qiong nació en Wenzhu, de padres estériles, con una perla roja en la boca. Un día encontró un dragón que le hizo caer la perla y la engulló, a consecuencia de lo cual se transformó su aspecto físico: la cara se le puso verde y el pelo rojo, al tiempo que adoptaba un aire marcial de mariscal. <<

[100] El pueblo de Lei Qiong había sido condenado a la destrucción por el dios del sol porque sus habitantes obraban el mal. Al enterarse de que estos debían perecer bebiendo el agua del pozo, que había sido envenenada, Lei Qiong absorbió todo el veneno. Conmoverlo por su heroico gesto, el emperador de Jade decidió promoverlo a la condición de dios de las pestilencias. <<

[100a] *Vibrio cholerae* es una bacteria «Gram negativa» con forma de bastón (un bacilo) curvo que provoca el cólera en humanos. (Nota del E. D.). <<

[101] Thomas Gainsborough (1727-1788), uno de los más célebres pintores ingleses del siglo XVIII, famoso por sus retratos. <<

[102] El nirvana es el equivalente del paraíso para los budistas. Cuando se alcanza el nirvana, uno mismo se convierte en Buda y se sustrae al ciclo de las reencarnaciones.

<<

[103] Para diferenciarse de los sacerdotes del Bon Po, la religión primitiva del Tíbet, el Gurú Rinpoche, también llamado Padmasambhava, fundador del budismo tibetano en torno al 750 d. C., decidió que sus monjes llevarían la túnica y el tocado rojos. De ahí deriva el nombre de «Gorras Rojas» otorgado a los miembros de la que llegaría a ser una de las principales sectas del lamaísmo tibetano junto con la de los Gelukpa o «Gorras Amarillas», fundada hacia el 1450 por el monje reformista Tsongkhapa, cuyos miembros continúan llevando un tocado amarillo y tienen por dirigente supremo al dalái-lama. Ambas sectas coexisten hoy en día en el Tíbet y en China. <<

[104] La postura del diamante es la siguiente: los pies están apoyados en los muslos, como los yoguis, mientras las manos sostienen en la campanilla y el rayo-diamante. Este último (*vajra* en sánscrito), uno de los objetos rituales esenciales del lamaísmo tibetano, tiene la forma de una pequeña pesa con calados en las puntas. El rayo-diamante evoca la idea de luz, de calor, de miembro viril y de purificación. Asociado a la campanilla que representa la «sabiduría», simboliza el «no-medio» para alcanzar el despertar, es decir, la iluminación. <<

[105] Este mantra —literalmente «lo que protege el espíritu»—, que significa «La joya está en este loto», es la principal invocación de los tibetanos al bodhisattva intercesor Avalokiteshvara (Guan Yin para los chinos). <<

[106] Se trata de las obligaciones siguientes a las que está sometido todo budista: no matar, no robar, no cometer adulterio (respetar el voto de castidad en el caso de los monjes), no mentir, no pronunciar palabras engañosas, no maldecir, no emplear un doble lenguaje, no codiciar, no enfurecerse y no engañarse. <<

[107] Gran filósofo chino que vivió en el siglo IV a. C. <<

[108] Palabra sánscrita que significa «sermón». <<

[109] A las veintiuna plantas que recolectó entonces dedicó una Nota de las plantas recogidas en el interior de Java y en las selvas vírgenes de Singapur y de Malasia durante el año 1847. Charles de Montigny dirigió más adelante una misión diplomática en el norte de la China, en Siam y en Malasia, de donde se llevó muestras de plantas e insectos. Sus colecciones chinas y japonesas, que se mostraron al público en la Exposición Universal de 1855, las donó él mismo al Louvre. <<

[109a] moneda de plata china. (*Nota del E. D.*). <<

[110] Descubierta en Perú en el siglo XVIII la quinina se utilizaba para curar las fiebres tercianas (variedad de fiebres intermitentes que se caracterizan por la repetición de crisis agudas de hipotermia al cabo de tres días) y el paludismo. Era, asimismo, el principal componente aromático del agua tónica que los británicos mezclaban con la ginebra para combatir el paludismo cuando se hallaban en la India u otros países exóticos. <<

[111] Plato indonesio preparado con tallarines de arroz (*bami*), ajo, gambas peladas y alas de pollo. <<

[112] Unos días después, Davis organizó una operación policial en Foshan que no fue del agrado de las autoridades británicas. Obligado a abandonar su cargo, lo sustituyó George Bonham durante el verano de 1848. <<

[113] Pueblo descendiente de nómadas tibetanos cuya organización se caracteriza por el matriarcado. Adeptos del chamanismo Dongpa, los *naxi* disponen de su propio sistema de escritura, compuesta de extraordinarios pictogramas. <<

[114] La palabra miao sirve para designar a la vez un templo, una pagoda y, también, una iglesia cristiana. <<

[115] La meditación sentada o chan (*zen* en japonés) es el procedimiento más corriente de meditación trascendental de los budistas. <<

[116] Xiao, un leñador pobre que entraba a menudo en trance, con lo que se granjeó la consideración de Hong, reunió en torno a sí, a partir de 1850, a más de tres mil carboneros hakka que se sumaron a la causa de la Sociedad de los Adoradores de Dios. Hong lo nombró «Príncipe del Occidente, ministro de Estado de Derecho y segundo jefe de Estado Mayor». <<

[117] Leal factótum al servicio de Hong, Feng Yunshan pronto se convirtió en el verdadero organizador del movimiento. Indispensable para su jefe, a menudo carente de espíritu práctico, Feng desempeñó un considerable papel en el desarrollo del movimiento *taiping*. Tuvo un papel preponderante en la organización de la primera gran ofensiva *taiping* (1850) protagonizada por el Ejército de la Miseria, compuesto por un millar de mineros empleados en las minas de plata de Longshan y cerca de cuatro mil carboneros de la zona del monte de los Cardos. Erigido en Príncipe del Mediodía (1851) en la jerarquía celeste instituida por Hong, su muerte (finales de mayo de 1852), acaecida durante una ofensiva lanzada contra la ciudad de Xuanzhou (provincia de Guanxi), supuso una irreparable pérdida para el movimiento *taiping* y para su jefe supremo. <<

[118] Primer gran texto de Hong, escrito un año antes, en el que expone las grandes líneas de la fe cristiana poniendo de relieve su perfecta adecuación a la situación de China. El prolífico fundador de los *taiping* redactó también El canon de la razón original, la Disertación sincera para exhortar al mundo, la Oda a las cien verdades y Corrijamos lo que está corrompido y adoptemos lo que es correcto. <<

[119] Yang Xiuqing era un huérfano que erraba por los caminos. Después de una primera experiencia como carbonero, se había dedicado al transporte de mercancías robadas en el puerto de Cantón. La guerra del opio había puesto fin a tan lucrativa actividad que le había valido numerosos contactos con los principales bandidos de Guangdong. De este modo, volvió a ejercer el oficio de carbonero en las proximidades del monte de los Cardos. <<

[120] Los chinos consideran la estrella del Perro especialmente nefasta para los niños.

<<

[121] Tianwan significa «soberano celeste» en chino. <<

[122] Thomas T. Meadows era el intérprete oficial de la misión de sir George. <<

[123] Según Hong, los hombres y las mujeres eran como hermanos. Por eso, las relaciones sexuales, consideradas como un pecado mortal, estaban proscritas incluso entre los esposos, que debían ser castos. La infracción a dicha regla podía ser castigada con la decapitación. ¡No obstante, ni los príncipes ni el Soberano Celeste se creyeron obligados a respetarla! <<

[124] Pepino de mar u holoturia, molusco muy apreciado en Asia por sus propiedades reconstituyentes y curativas. <<

[124a] oriundo de Pondicherry, territorio de la India que formaba parte del Imperio Colonial Francés. (*Nota del E. D.*). <<

[125] El Código Ritual establecido bajo la dinastía de los Zhou (1500-1000 a. C.), o Zhouli, cuya autenticidad no se ha llegado a demostrar nunca, fue utilizado por numerosos usurpadores, comenzando por Wang Mang en el periodo Han y por la emperatriz Wu Zitian en el periodo Tang, como texto fundador de un nuevo modo de funcionamiento del Estado y de la sociedad. El hecho de que Hong se inspirase en él demuestra su voluntad de restauración de un orden antiguo correspondiente al de una auténtica «edad de oro». <<

[125a] tierra de nadie (*Nota del E. D.*). <<

[126] Discípulo de Confucio, Mencio (370-290 a. C.) desarrolló una filosofía de carácter igualitarista que concede una gran importancia a la organización económica de la sociedad. <<

[127] El alcohol, el tabaco y el opio iban incluidos en esa prohibición. En cuanto a las relaciones sexuales, estaban estrictamente proscritas. Existe una anécdota muy ilustrativa al respecto. En 1852, el Príncipe del Occidente Xiao Chaogui hizo condenar a muerte a sus padres después de enterarse de que su padre había ido a buscar a su madre al campamento de mujeres para pasar la noche con ella. <<

[127a] *parinirvana*: En el marco del budismo, el páranirvana es el nirvana final, que una persona alcanza tras la muerte del cuerpo, siempre que en vida esa persona haya alcanzado la iluminación. (*Nota del E. D.*). <<

[128] Término tradicional de la medicina china para designar el estado gripal febril. <<

[129] Se trata de una ciudad situada en el interior y a la que sirve de puerto Shantou.

<<

[130] Debido a sus extraordinarias cualidades de estrategia, Yang recibe a veces el apodo del Stalin de los *taiping*. En 1855 publicó los Elementos tácticos de las operaciones militares, verdadero manual de combate útil no solo para los mandos, sino también para los soldados rasos. <<

[131] Wei Changhui se vengaría haciendo asesinar a Yang Xiuqing el 2 de septiembre de 1856. Numerosos confidentes del Príncipe del Oriente perecieron en la misma ocasión. Muchos comentaristas perciben, de hecho, la mano del Tianwan detrás de esta eliminación de un hombre que le hacía sombra y pretendía sustituirlo a las claras. Unas semanas después, tras declararse él mismo en rebelión, Wei Changhui hallará la muerte por orden del Tianwan. <<

[132] Este órgano, compuesto de cuatro teólogos y de cuatro príncipes de categoría secundaria, se encargaba ante todo de supervisar el sistema de exámenes de acceso a los cargos públicos a los que estaban sujetos los funcionarios del Celeste Reino. <<

[133] Se trata de Jesús. Este texto está directamente inspirado en los escritos de Hong Xiuquan, algunos de cuyos términos reproduce. <<

[134] En la terminología del dirigente *taiping*, Yanluo representaba el poder manchú.

<<

[134a] de hecho; en realidad. (*Nota del E. D.*). <<

[135] Se trata del reverendo Robert Morrison (1782-1834), un misionero protestante provisto de experiencia médica que llegó en 1807 a Cantón, ciudad donde falleció después de haber creado numerosos dispensarios. <<

[136] Se trata de Benjamín Hobson (1816-1873), pastor evangelista y médico, que se había casado con una de las hijas de Morrison. Pasó veinte años en China, de 1839 a 1859. <<

[137] Estos ocho principios, o *bagang*, son el Yin, el Yang, el interno, el externo, el frío, el calor, el vacío y el lleno. <<

[138] El Qi o hálito vital es un concepto fundamental de la medicina china, que considera que el organismo goza de buena salud cuando dispone de él en cantidad suficiente. <<

[139] Se trata de hecho de sustancias usadas contra el reumatismo. <<

[140] Se trata de sustancias cuya inhalación propicia la reanimación después de un desmayo o una crisis de epilepsia. <<

[141] El Moniteur universel fue fundado en París en 1789 por Charles-Joseph Panckoucke. Era el periódico francés más importante. <<

[142] La Sociedad de las Misiones Extranjeras, fundada en París en 1660 por los padres Pallu y de La Motte, había recibido el encargo de la Santa Sede de evangelizar China creando vicariatos apostólicos. <<

[142a] *nannie*: niñera, persona, tradicionalmente una mujer, empleada para cuidar a los niños. (*Nota del E. D.*). <<

[143] Las islas Penghu, también llamadas Pescadores, situadas entre Taiwan y el continente, estuvieron ocupadas por piratas hasta la revolución maoísta. <<

[144] Sobrenombre que dieron los holandeses a Zheng Chenggong (1624-1662), célebre pirata chino-japonés que se adueñó de la costa de Fujian y acabó yendo a morir a Taiwan, donde está considerado como un héroe nacional. <<

[145] El emperador Wanli (1563-1620) reinó a partir de 1573. <<

[146] Esta palabra designa un conjunto de edificios que comprenden oficinas, almacenes y residencias. <<

[147] Dent era entonces la única empresa capaz de rivalizar con Jardine & Matheson.

<<

[148] La concesión francesa le había sido otorgada a Francia el 6 de abril de 1849. Situada al norte de la ciudad, estaba bordeada al este por el Huangpu y separada de la concesión inglesa por el canal denominado Yangjinbang. <<

[149] Para esta visita que había durado dos días, Bourboulon había contado con la compañía de Jacques de Courcy, secretario de la legación francesa, así como de un sacerdote católico, el padre Clavelin. Se desconoce la identidad precisa del jefe *taiping* calificado de «Primer Ministro» que había transmitido estas tranquilizadoras palabras al embajador de Francia. <<

[150] Zeng Guofan (1811-1872) fue, junto con Zuo Zongtang y Li Hongzhang, uno de los principales artífices de la recuperación manchú, que les permitiría recobrar Nanquín en 1864. Zeng escribió un diario a lo largo de treinta años, que supone una mina de información sobre la visión que tenían los neoconfucionistas de la China de esa época. <<

[151] Se trata de un suceso verídico. La relación entre la hermana menor del Tianwan y el Príncipe del Oriente, muy tumultuosa, concluyó con el asesinato de este el 2 de septiembre de 1856. <<

[152] Los Fu son la forma primitiva de la poesía china, inspirada en los Cantos de Chu, una de las dos grandes recopilaciones de poesía de la antigüedad. <<

[153] Conocido por su refinamiento e inteligencia, el príncipe Gong (1833-1898) era francófilo y anglófilo. Tras la muerte de su hermano (agosto de 1861) fue el principal artífice de la «Restauración» del régimen debilitado por la toma de Pekín y ocupó con tino hasta 1884 el cargo de ministro de Asuntos Extranjeros de China. <<

[154] Nombre chino para designar el motivo del dragón. <<

[155] En el budismo, arhat o arahant es alguien que ha ganado el entendimiento profundo sobre la verdadera naturaleza de la existencia, que ha alcanzado el nirvana y en consecuencia, no volverá a nacer de nuevo. (*N. del Ed.*) <<

[156] locución latina que significa literalmente: «Así pasa la gloria del mundo» y que se utiliza para señalar lo efímero de los triunfos. (*N. del Ed.*) <<